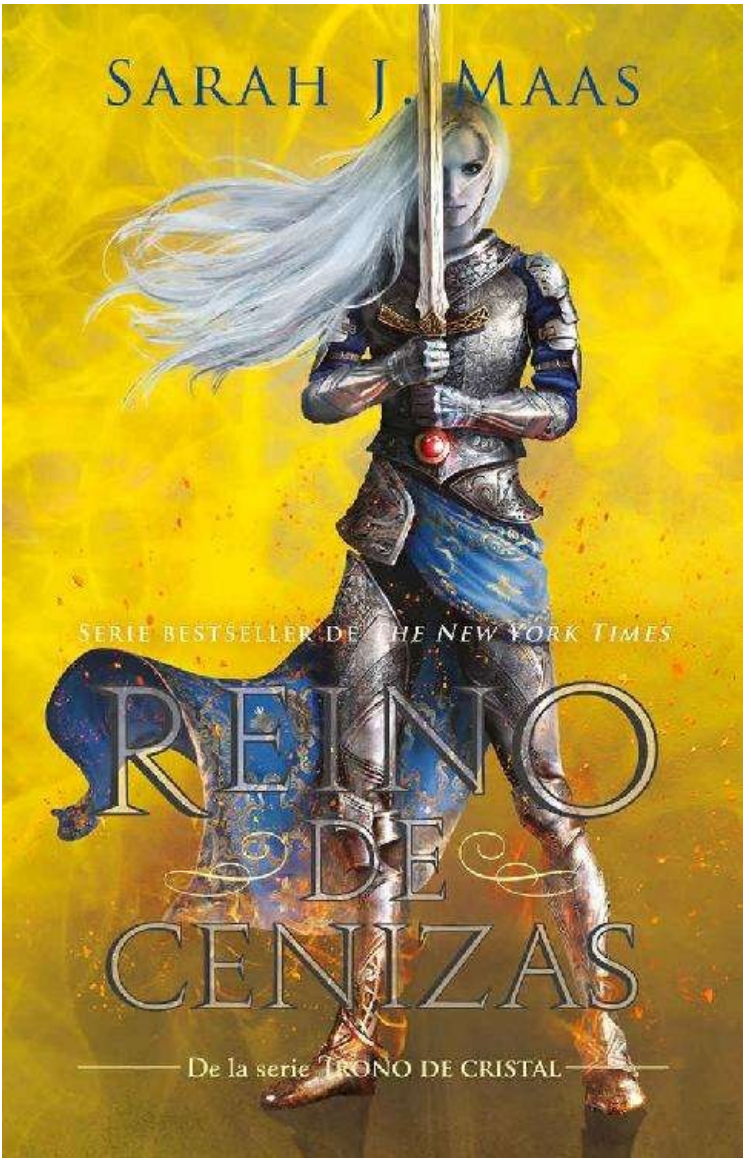

SARAH J. MAAS
SERIE BESTSELLER DE THE NEW YORK TIMES
REINO DE CENIZAS
De la serie TRONO DE CRISTAL

SARAH J. MAAS

REINO DE CENIZAS

De la serie TRONO DE CRISTAL

Traducción de Carolina Alvarado Graef

ALFAGUARA

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleermex

@megustaleermex

Penguin Random House Grupo Editorial

Para mis padres, que me enseñaron

a creer que las chicas pueden salvar el mundo.

EL PRÍNCIPE

La había estado buscando desde el instante en que se la llevaron.

Su pareja.

Apenas recordaba su propio nombre. Y tan sólo lo recordaba porque sus tres compañeros lo mencionaban mientras la buscaban entre mares violentos y oscuros, en los antiguos bosques dormidos, en las cimas de montañas azotadas por tormentas y sepultadas bajo la nieve.

Él se detenía apenas el tiempo necesario para alimentar su cuerpo y concederles unas cuantas horas de sueño a sus compañeros. De no ser por ellos, ya se habría ido volando alto y lejos.

Pero iba a necesitar la fuerza de sus espadas y magia, iba a necesitar su astucia y sabiduría antes de que todo esto terminara.

Antes de enfrentar a la reina oscura que le había arrancado lo más preciado de sí mismo, que le había robado a su pareja mucho antes de encerrarla en un féretro de hierro. Y cuando terminara con ella, después de eso, se enfrentaría a los mismísimos dioses desalmados, decididos a destruir lo que quedara de su pareja.

Así que permaneció con sus compañeros mientras pasaban los días. Luego las semanas.

Luego los meses.

Siguió buscando. Siguió buscándola por todos los caminos polvorientos y olvidados.

Y, a veces, hablaba a lo largo de ese vínculo que los unía, enviaba su alma por el viento hacia el sitio donde la mantenían cautiva, en su tumba.

Te voy a encontrar.

LA PRINCESA

El hierro la ahogaba. Había apagado el fuego en sus venas como si hubieran lanzado agua a sus flamas.

Podía escuchar el agua, incluso dentro de la caja de hierro, incluso con la máscara de hierro y las cadenas que la envolvían como listones de seda. El rugido, el interminable sonido del agua que corría sobre la piedra, inundaba los silencios entre sus gritos.

Una franja de isla en el corazón de un río envuelto en bruma, apenas un poco más que una roca plana entre rápidos y cascadas. Ahí la habían dejado. Ahí la habían almacenado. En un templo de roca construido para algún dios olvidado.

Y probablemente ella sería olvidada. Eso sería preferible a la otra opción: que la recordaran por su absoluto fracaso. Si todavía hubiera alguien que la recordara. Si quedara alguien siquiera.

No lo permitiría. Ese fracaso.

No les diría lo que deseaban saber.

No importaba cuántas veces el sonido de sus gritos ahogara el rugido del río. No importaba cuántas veces el crujir de sus huesos desgajara el bramido atronador de los rápidos.

Había intentado llevar un registro de los días.

Pero no sabía cuánto tiempo la habían mantenido en esa caja de hierro. Cuánto tiempo la habían obligado a dormir, cuánto había pasado en el aletargamiento que le provocaba el humo dulce que habían vertido en la caja cuando la transportaron ahí. A esta isla, a este templo del dolor.

No sabía cuánto tiempo habían durado los intervalos entre sus gritos y su vigilia. Entre el final del dolor y el momento en que iniciaba de nuevo.

Días, meses, años, todo se fundía en lo mismo, como su propia sangre, que con frecuencia se deslizaba al piso de piedra y se disolvía en el río.

Una princesa que debería vivir mil años. Más.

Ése había sido su don. Ahora era su maldición.

Otra maldición que soportar, tan pesada como la que le habían impuesto mucho antes de nacer. Sacrificarse para subsanar un error antiguo. Para pagar a los dioses que habían fundado su mundo, que se habían quedado atrapados en él, la deuda de alguien más. El mundo que esos dioses luego gobernaron.

Ella no sentía la mano cálida de la diosa que la había bendecido y maldecido con su terrible poder. Se preguntaba si a esa diosa de luz y flama siquiera le importaba que ahora estuviera atrapada dentro de la caja de hierro, o si el ser inmortal ya había transferido su atención a otra persona. Al rey que podría ofrecerse en su lugar y, al ofrecer su vida, salvar su mundo.

A los dioses no les importaba quién pagara la deuda. Por eso sabía que no vendrían por ella a salvarla. Así que ni se molestó en rezarles.

Pero seguía contándose la historia a sí misma, seguía imaginando a veces que el río le cantaba. Que la oscuridad que vivía dentro del ataúd sellado también le cantaba.

Había una vez, en una tierra que hace mucho tiempo quedó reducida a cenizas, una joven princesa que amaba su reino…

Entonces empezaba a descender profundamente en esa oscuridad, en el mar de flamas. Se sumergía tan profundo que cuando restallaba el látigo, cuando se desgajaba el hueso, a veces no lo sentía.

La mayoría de las veces sí.

Durante esas horas infinitas fijaba su mirada en su compañero.

No en el cazador de la reina, quien podía modular el dolor como un músico extrae la melodía de su instrumento, sino en el enorme lobo blanco, amarrado con cadenas invisibles. Forzado a ser testigo de todo esto.

Algunos días no podía soportar ver al lobo. En esos momentos había estado cerca, demasiado cerca, de romperse. Lo único que evitó que sucediera fue la historia.

Había una vez, en una tierra que hace mucho tiempo quedó reducida a cenizas, una joven princesa que amaba su reino…

Las palabras que le había dicho a un príncipe. Una vez… hacía mucho tiempo.

Un príncipe de hielo y viento. Un príncipe que había sido suyo, y ella de él. Mucho antes de que supieran del vínculo entre sus almas.

La tarea de proteger el reino alguna vez glorioso ahora recaía sobre los hombros de él.

El príncipe cuyo aroma estaba besado de pino y nieve, el aroma de ese reino que ella había amado con su Corazón de Fuego.

Incluso cuando la reina oscura supervisaba el esmerado trabajo del cazador, la princesa pensaba en él. Se aferraba a su recuerdo como si fuera una roca en el río revuelto.

La reina oscura con sonrisa de araña intentó usarlo en su contra. En las redes de obsidiana que tejía, las ilusiones y sueños que hilaba en la culminación de cada punto de quiebre, la reina intentaba manipular el recuerdo de él como una llave para entrar a su mente.

Estaban confundiéndose. Las mentiras y las verdades y los recuerdos. El sueño y la negrura del ataúd de hierro. Los días atada al altar de roca en el centro de la habitación, o colgada de un gancho del techo, o amarrada entre cadenas ancladas a un muro de piedra. Todo empezaba a difuminarse, como tinta en el agua.

Así que se contó a sí misma la historia. La oscuridad y la flama de su más profundo interior la susurraba también, y ella se la cantaba también. Encerrada en ese ataúd escondido en una isla en el corazón de un río, la princesa recitaba la historia, una y otra vez, y permitía que desataran una eternidad de dolor sobre su cuerpo.

Había una vez, en una tierra que hace mucho tiempo quedó reducida a cenizas, una joven princesa que amaba su reino…

PARTE UNO

EJÉRCITOS Y ALIADOS

CAPÍTULO 1

La nieve había llegado antes de tiempo.

Incluso para Terrasen, la primera tormenta otoñal había entrado mucho antes de lo usual.

Aedion Ashryver no estaba completamente seguro si era una bendición. Pero si eso mantenía a las legiones de Morath lejos de su puerta un poco más, les agradecería a los dioses de rodillas. Aunque esos mismos dioses amenazaran todo lo que él amaba. Si siquiera podían considerarse dioses esos seres de otro mundo.

Aedion suponía que había cosas más importantes que contemplar, de cualquier forma.

En las dos semanas desde que se había reunido con su Flagelo, no habían visto rastro de las fuerzas de Erawan, ni terrestres ni aéreas. La nieve espesa había empezado a caer apenas tres días después de su regreso, entorpeciendo el proceso de por sí lento de transportar a las tropas desde su flota congregada hasta el enorme campamento del Flagelo en la planicie de Theralis.

Las embarcaciones habían navegado tierra adentro por el río Florine, justo hasta las puertas de Orynth. Tenían banderas de todos los colores que ondeaban con el viento intenso proveniente de las montañas Staghorn: el cobalto y dorado de Wendlyn, el negro y carmesí de Ansel de Briarcliff, el plateado brillante de la realeza Whitethorn y sus muchos primos. Los Asesinos Silenciosos, esparcidos por toda la flota, no tenían bandera aunque ninguna era necesaria para identificarlos ya que tenían ropa de color claro y un gran surtido de armas soberbias y letales.

Los barcos pronto se reunirían con la retaguardia que quedaba en la desembocadura del Florine y patrullarían la costa desde Ilium hasta Suria, pero los soldados de a pie, la mayoría provenientes de las fuerzas del Príncipe Heredero Galan Ashryver, irían al frente.

Un frente que ahora estaba sepultado bajo un par de metros de nieve. Que sin duda serían más en su futuro.

Escondido sobre un angosto paso de montaña en las Staghorn detrás de Allsbrook, Aedion frunció el ceño hacia las nubes cargadas.

Las pieles color claro de su vestimenta lo hacían confundirse con los grises y blancos de la saliente rocosa. Su cabello dorado estaba oculto bajo una capucha que también lo mantenía caliente. Muchas de las tropas de Galan nunca habían visto la nieve, gracias al clima templado de Wendlyn. La realeza Whitethorn y su fuerza un poco menor tampoco estaban acostumbradas. Así que Aedion había dejado a Kyllian, su comandante de mayor confianza, encargado de asegurarse de que estuvieran tan protegidos del frío como fuera posible.

Estaban lejos de casa, peleando por una reina que no conocían y en quien tal vez ni siquiera creían. Ese frío helado les mataría el espíritu y sembraría disensión con más rapidez que el viento ululante que corría entre esos picos.

Un movimiento rápido del otro lado del paso atrajo la atención de Aedion. Sólo era visible porque él sabía dónde buscar.

Ella se había camuflado mejor que él. Pero Lysandra tenía la ventaja de estar usando un abrigo que había sido criado para estas montañas.

Aunque él no se lo había dicho. Ni siquiera la había volteado a ver cuando partieron en su misión de exploración.

Aelin, aparentemente, había tenido un asunto secreto que atender en Eldrys y dejó una nota con Galan y sus nuevos aliados para explicar su desaparición. Lo cual le permitió a Lysandra acompañarlos en esta tarea.

Nadie había notado, en los dos meses que habían mantenido la farsa, que la Reina de Fuego no tenía ni una brasa que invocar. Ni que ella y la metamorfa nunca aparecían en el mismo sitio. Y nadie, ni los Asesinos Silenciosos del Desierto Rojo, ni Galan Ashryver, ni las tropas que Ansel de Briarcliff había enviado con la flota como avanzada antes del grueso de su ejército, se había percatado de los pequeños atributos que no le pertenecían a Aelin para nada. Tampoco nadie había notado la marca en la muñeca de la reina que, sin importar la piel que tuviera, Lysandra no podía cambiar.

Ella había logrado ocultar bastante bien la marca con guantes o mangas largas. Y si una porción de piel cicatrizada llegaba a asomarse, se podía explicar como parte de las marcas que le habían dejado los grilletes.

Las cicatrices falsas también las había agregado, justo donde las tenía Aelin. Junto con la risa y la sonrisa malvada. El porte altivo y la inmovilidad.

Aedion apenas podía soportar verla. Hablar con ella. Lo hizo solamente porque tenía que mantener la farsa también. Fingir que era su primo fiel, su valiente comandante que conduciría a ella y a Terrasen a la victoria, por improbable que fuera.

Así que actuó su rol. Uno de los muchos que había interpretado en su vida.

Pero en el momento en que Lysandra cambiaba su cabello dorado por

mechones oscuros, los ojos Ashryver por unos color esmeralda, dejaba de reconocer su existencia. Algunos días, el nudo de Terrasen que Aedion tenía tatuado en el pecho, los nombres de su reina y su incipiente corte entretejidos en él, se sentía como una marca de ganado. En especial el de Lysandra.

Él sólo la había traído a esta misión para que fuera más sencilla. Más segura. Había otras vidas además de la suya en juego, y aunque él habría podido delegar la tarea de exploración a una unidad del Flagelo, le hacía falta la acción.

Les había tomado más de un mes navegar desde Eyllwe con sus nuevos aliados, ya que tuvieron que evadir la flota de Morath que rodeaba Rifthold y después, las últimas dos semanas, avanzar a pie tierra adentro.

Casi no habían tenido que enfrentarse en combate. Solamente con algunas bandas nómadas de soldados de Adarlan, sin Valg entre ellos, que habían logrado derrotar rápidamente.

Aedion dudaba que Erawan esperara hasta la primavera. Dudaba que el silencio tuviera algo que ver con el clima. Lo había discutido con sus hombres y con Darrow y los demás lords hacía unos días. Probablemente Erawan esperaría hasta el momento más crudo del invierno, cuando la movilidad fuera más complicada para los ejércitos de Terrasen, cuando los soldados de Aedion estuvieran más débiles por haber pasado meses en la nieve, con el cuerpo entumido por el frío. Ni siquiera la fortuna del rey que Aelin había logrado conseguirles la primavera pasada podía prevenir eso.

Sí, podían comprar comida y mantas y ropa, pero cuando las líneas de aprovisionamiento quedaran enterradas bajo la nieve, ¿de qué servirían? Ni con todo el oro de Erilea podían detener la pérdida constante de fuerza que los meses de campamento durante el invierno, expuestos al clima inmisericorde de Terrasen, podían provocar.

Darrow y los demás lords no le creían cuando afirmaba que Erawan atacaría a medio invierno, ni le creían a Ren cuando el lord de Allsbrook concordaba con su opinión. Erawan no era un tonto, decían. A pesar de su legión aérea de brujas, los soldados Valg de a pie no podían cruzar la nieve cuando tenía tres metros de profundidad. Habían decidido que Erawan esperaría hasta la primavera.

Pero Aedion no se arriesgaría. Tampoco el príncipe Galan, que había permanecido en silencio durante esa reunión, pero que buscó a Aedion después para ofrecerle su apoyo. Debían mantener a las tropas alimentadas y resguardadas, mantenerlas entrenadas y listas para marchar en cualquier momento.

Esta misión de exploración, si la información de Ren era correcta, les ayudaría en su causa.

Se escuchó el crujir de un arco cercano, apenas audible por el sonido del viento. La punta y el cuerpo de la flecha estaban pintados de blanco, apenas visibles, y apuntaban con precisión mortífera hacia la boca del paso entre las

montañas.

Aedion vio a Ren Allsbrook a los ojos; el joven lord se ocultaba entre las rocas y tenía la flecha lista para disparar. Estaba cubierto con unas pieles grises y blancas iguales a las de Aedion y usaba una bufanda de color claro cubriéndole la boca. Ren era apenas un par de ojos oscuros y la insinuación de una cicatriz.

Aedion le hizo un ademán para indicarle que esperara. Con una mirada rápida hacia la metamorfa al otro lado del paso, Aedion transmitió la misma orden.

Que permitieran que se acercara el enemigo.

Nieve que crujía mezclada con respiración dificultosa.

Justo a tiempo.

Aedion acomodó una flecha en su propio arco y se agachó para ocultarse bajo la saliente.

Tal y como les había dicho la exploradora de Ren al entrar a la tienda de campaña de Aedion hacía cinco días: el grupo que se aproximaba era de seis.

Venían sin tomarse la molestia de intentar pasar desapercibidos entre la nieve y las rocas. Sus pieles oscuras, enmarañadas y extrañas, los convertían en virtuales faros por su contraste con la nieve brillante de las montañas Staghorn. Pero el hedor que tenían, transportado por el viento, ya le había proporcionado suficiente confirmación a Aedion.

El Valg. No se alcanzaban a ver collares en ninguno de los miembros del pequeño grupo ni ninguna señal de que portaran un anillo oculto bajo los gruesos guantes. Aparentemente, incluso hasta los animalejos infestados de demonios eran susceptibles al frío. O al menos sus huéspedes mortales.

El conjunto de enemigos se adentró más en la boca del pasaje. La flecha de Ren se mantuvo firme.

Dejen vivo a uno, había ordenado Aedion antes de que ocuparan sus posiciones.

Había sido una suerte que eligieran este pasaje, una entrada alterna a las zonas más bajas de Terrasen. Apenas medía lo suficiente para que cupieran dos caballos y desde hacía mucho tiempo ni los ejércitos conquistadores ni los comerciantes que buscaban vender su mercancía en el interior del reino más allá de las Staghorn lo utilizaban.

Para Aedion seguía siendo un misterio qué vivía detrás de ese pasaje, quién se atrevía a ganarse la vida más allá de cualquier frontera reconocida. Al igual que no sabía por qué estos soldados se habían aventurado tanto al interior de las montañas.

Pero lo averiguaría pronto.

La compañía de demonios pasó debajo de ellos y Aedion y Ren se movieron para reposicionar sus arcos.

Un tiro vertical directo al cráneo. Eligió su blanco.

Aedion asintió como única señal antes de dejar volar su flecha.

La sangre negra seguía emitiendo vapor sobre la nieve cuando la pelea terminó.

Sólo había durado unos cuantos minutos. Sólo unos cuantos, después de que las flechas de Aedion y Ren encontraron sus blancos y Lysandra saltó de su percha para destrozar a otros tres. Y para desgarrarle los músculos de las pantorrillas al sexto y único sobreviviente de la compañía.

El demonio gimió cuando Aedion caminó en su dirección. La nieve a los pies del hombre estaba manchada de negro azabache y sus piernas convertidas en jirones. Como listones de una bandera destrozada por el viento.

Lysandra se sentó cerca de su cabeza, con el hocico manchado de ébano y los ojos verdes clavados en el rostro pálido del hombre. Unas garras afiladas como agujas brillaban bajo sus patas enormes.

Tras ellos, Ren estaba comprobando si los demás estaban muertos. Su espada se elevó y cayó para decapitarlos antes de que el aire helado pudiera congelarlos al punto de que ya no lo pudiera hacer.

—Basura traidora —le bufó a Aedion el demonio mientras su semblante angosto se retorcía con odio. El hedor se le metió por las fosas nasales de Aedion y recubrió sus sentidos como el aceite.

Aedion sacó el cuchillo que traía al costado, la daga larga y afilada que Rowan Whitethorn le había regalado, y sonrió sombríamente.

—Esto puede terminar rápido, si eres listo.

El soldado del Valg escupió a las botas de Aedion cubiertas de nieve.

El castillo de Allsbrook llevaba más de quinientos años en pie con las montañas Staghorn a sus espaldas y Oakwald a sus pies.

Aedion caminaba frente a una enorme chimenea encendida, de las muchas que había en el castillo. Podía contar las marcas de cada uno de los inviernos brutales en las piedras grisáceas. También podía sentir el peso de la famosa historia del castillo en esas rocas: los años de valor y servicio, cuando estos pasillos habían estado llenos de canciones y guerreros, y los largos años de pesar posteriores.

Ren se había apropiado de una silla desgastada y afelpada a un lado de la

chimenea; tenía los brazos apoyados en los muslos mientras miraba las flamas. Habían llegado la noche anterior e incluso Aedion había estado demasiado agotado por el viaje a través de la nieve en Oakland como para hacer un recorrido del lugar. Y después de lo que habían hecho esta tarde, dudaba que pudiera reunir la energía necesaria para hacerlo en este momento.

El otrora majestuoso salón estaba en silencio y a oscuras más allá de la fogata y, sobre sus cabezas, los tapices decolorados y las cimeras de la bandera de la familia Allsbrook se mecían con el viento que se colaba por las ventanas altas que decoraban uno de los lados de la habitación. Había una variedad de aves haciendo sus nidos cerca del techo, hechas un ovillo para protegerse del frío letal al otro lado de los muros de la fortaleza antigua.

Y, entre ellas, un halcón de ojos verdes escuchaba atentamente cada palabra.

—Si Erawan está buscando un camino hacia Terrasen —dijo Ren al fin—, las montañas serían una decisión imprudente —observó con el ceño fruncido las bandejas vacías donde estaba la comida que habían devorado minutos antes. Un guiso sustancioso de carnero y tubérculos asados. La mayor parte de la comida estaba poco sazonada, pero estaba caliente—. La tierra no perdona fácilmente en estas zonas. Perdería incontables tropas solamente por las inclemencias del tiempo.

—Erawan no hace nada sin motivo —lo contradijo Aedion—. La ruta más sencilla hacia Terrasen sería por la zona de las granjas, en los caminos del norte. Es donde cualquiera esperaría que entrara. Ya sea ahí o que enviara a sus fuerzas por la costa.

—O por ambas partes, por tierra y por mar.

Aedion asintió. Erawan había tejido una red inmensa en su deseo de terminar con la resistencia que había surgido en este continente. El imperio de Adarlan ya no le servía como un frente a Morath. Desde Eyllwe hasta la frontera norte de Adarlan, de las costas del Gran Océano hasta el gigantesco muro de montañas que dividían el continente en dos, la sombra del rey del Valg crecía día con día. Aedion dudaba que Erawan se fuera a detener antes de colocarle a cada uno de ellos un collar negro alrededor del cuello.

Y si Erawan lograba conseguir las otras dos llaves del Wyrd, si podía abrir el portal del Wyrd a voluntad y desatar las hordas de Valg de su propio reino, tal vez incluso esclavizar ejércitos de otros mundos y usarlos para conquistar… No habría posibilidad de detenerlo. Ni en este mundo, ni en ningún otro.

Toda esperanza de prevenir ese destino horrible yacía ahora en manos de Dorian Havilliard y Manon Picos Negros. Aedion no había escuchado ni una palabra sobre dónde habían ido durante estos meses ni qué les había sucedido. Suponía que eso era una buena señal. Su supervivencia dependía de su discreción.

Aedion dijo:

—Entonces, que Erawan desperdicie un equipo de exploración para encontrar pequeños pasajes entre las montañas parece poco prudente —se rascó la mejilla cubierta de barba de varios días. Habían salido antes del amanecer el día anterior y él había preferido dormir más que afeitarse—. No tiene sentido, estratégicamente. Las brujas pueden volar, así que enviar un equipo para explorar y determinar las dificultades del terreno tiene poca utilidad. Pero si la información es para ejércitos terrestres… Pasar a las tropas por estos pequeños pasajes tardaría meses, eso sin mencionar el riesgo del clima.

—Su explorador simplemente no dejaba de reír —dijo Ren y negó con la cabeza. Su cabello negro al hombro se balanceó con el movimiento—. ¿Qué es lo que no estamos viendo? ¿Qué es?

Bajo la luz de la chimenea, la cicatriz que le marcaba todo el rostro se veía más cruda. Un recordatorio de los horrores que Ren había tenido que sobrellevar, a los cuales su familia no había sobrevivido.

—Podría ser para sembrar duda entre nosotros. Para hacernos reposicionar nuestras fuerzas —respondió Aedion y apoyó una mano en el marco de la chimenea. La roca tibia le infundía calor a su piel aún helada.

Ren en verdad había preparado al Flagelo durante los meses que Aedion no estuvo. Trabajó de cerca con Kyllian para posicionarlos lo más al sur de Orynth que les autorizó Darrow. Lo cual resultó ser apenas más allá de las colinas que bordeaban el punto más al sur de la planicie de Theralis.

Ren ya le había cedido el control a Aedion, aunque la reunión del lord de Allsbrook con Aelin había sido fría. Tan fría como la nieve que azotaba el exterior de esta fortaleza, para ser precisos.

Lysandra había desempeñado bien su papel, con un dominio total del sentimiento de culpa y la impaciencia de Aelin. Y desde entonces, sabiamente, había evadido cualquier situación donde pudieran hablar del pasado. Aunque Ren no había demostrado ningún deseo de sentarse a recordar los años previos a la caída de Terrasen. Ni los acontecimientos del invierno anterior.

Aedion se aferraba a la esperanza de que Erawan también siguiera sin saber que ya no contaban con la Portadora de Fuego entre sus tropas. Ni siquiera quería considerar lo que las tropas de Terrasen harían o dirían cuando se dieran cuenta de que las llamas de Aelin no los protegerían en la batalla.

—También podría ser una maniobra real que tuvimos la suerte de descubrir —reflexionó Ren—. ¿Entonces nos arriesgamos a mover tropas a los pasajes? Ya hay algunas en las Staghorn detrás de Orynth y en las planicies al norte más allá.

Una maniobra inteligente por parte de Ren, para convencer a Darrow de permitirle colocar a una porción de su Flagelo detrás de Orynth, en caso de que Erawan navegara al norte y atacara desde allá. Sabía que el bastardo era capaz de cualquier cosa.

—No quiero que el Flagelo esté demasiado disperso —dijo Aedion mientras mantenía su atención en el fuego. Era tan diferente, esta flama, al fuego de Aelin. Como si el fuego que tenía enfrente fuera un fantasma comparado con el ser vivo que producía la magia de su reina—. Y seguimos sin tener tropas de sobra.

Incluso con las decisiones intrépidas y desesperadas de Aelin, los aliados que había conseguido no se acercaban siquiera al poderío de Morath. Y todo el oro que había acumulado pudo comprarles pocas tropas más, ya que quedaban contadas personas disponibles para siquiera intentar convencerlas de unirse a su causa.

—Aelin no parecía demasiado preocupada cuando se fue a Eldrys —murmuró Ren.

Por un momento, Aedion estuvo de regreso en el cordón litoral de arena empapada en sangre.

Una caja de hierro. Maeve la había azotado y colocado en un auténtico ataúd. Y se habían marchado a Mala sepa dónde acompañadas de un sádico inmortal.

—Aelin —dijo Aedion intentando imitar su propio tono lento y desenfadado lo mejor que pudo, a pesar de que la mentira se le atoraba en la garganta— tiene sus propios planes que sólo nos comunicará cuando sea el momento adecuado.

Ren no dijo nada. Y aunque la reina que Ren creía que había regresado era una ilusión, Aedion agregó:

—Todo lo que ella hace es por Terrasen.

Le había dicho cosas tan horrendas el día que ella había terminado con el ilken. ¿Dónde están nuestros aliados?, había exigido saber. Todavía estaba intentando perdonarse por ello. Por todo. Sólo le quedaba esta única oportunidad de corregir las cosas, de hacer lo que ella había pedido y salvar su reino.

Ren miró las espadas gemelas que él había dejado sobre la mesa antigua detrás de ellos.

—De todas maneras se fue —dijo.

No a Eldrys, sino diez años atrás.

—Todos hemos cometido errores en la última década.

Los dioses sabían que Aedion tenía muchas cosas por expiar.

Ren se puso tenso, como si las decisiones que lo atormentaban le hubieran mordido la espalda.

—Nunca le hablé —dijo Aedion en voz baja para que el halcón posado cerca del techo no escuchara— sobre el salón de opio en Rifthold.

Sobre el hecho de que Ren conocía a la dueña y que había frecuentado el establecimiento de la mujer muchas veces antes de la noche en que Aedion y Chaol habían escondido a Ren cuando estaba casi inconsciente para ocultarlo de los hombres del rey.

—Puedes ser un verdadero hijo de puta, ¿sabías? —dijo Ren con voz repentinamente ronca.

—Nunca usaría eso en tu contra —le respondió Aedion al joven lord que lo observaba con recelo y le sostuvo la mirada, dejó que Ren sintiera la autoridad que bullía dentro de la suya—. Lo que quería decir, antes de que te pusieras así —agregó cuando Ren abrió la boca de nuevo— era que Aelin te ofreció un sitio en esta corte sin conocer esa parte de tu pasado —un músculo tembló en la mandíbula de Ren—. Pero aunque lo hubiera sabido, Ren, de todas formas te habría hecho esa oferta.

Ren estudió el piso de piedra debajo de sus botas.

—No hay ninguna corte.

—Darrow puede gritar todo lo que le dé la gana, pero yo estoy en desacuerdo —dijo Aedion y se sentó en la silla que estaba frente a la de Ren. Si Ren verdaderamente apoyaba a Aelin, ahora que Elide Lochan había regresado, y Sol y Ravi de Suria probablemente la apoyaban, eso le daba a su reina tres votos a su favor. Contra los cuatro que se oponían a ella.

Tenían pocas esperanzas de que el voto de Lysandra, como lady de Caraverre, fuera reconocido.

La metamorfa no había pedido conocer las tierras que serían su hogar si sobrevivían a esta guerra. Tan sólo se había converti-do en un halcón en el recorrido hacia acá y se alejó volando. Cuando regresó después de un rato, no dijo nada pero sus ojos verdes brillaban.

No, Caraverre no sería reconocido como territorio, no hasta que Aelin ocupara el trono.

Hasta que Lysandra fuera coronada como reina, si la suya no regresaba.

Regresaría. Tenía que.

Se abrió una puerta al fondo del pasillo, seguida por pasos ligeros y apresurados. Se puso de pie un instante antes de que un alegre «¡Aedion!» rebotara cantarín sobre las rocas.

Evangeline estaba muy sonriente, vestida de pies a cabeza con ropa de lana de color verde y con las orillas decoradas con piel blanca. Su cabello dorado

rojizo colgaba en dos trenzas. Como las niñas de las montañas de Terrasen.

Sus cicatrices se estiraron cuando sonrió y Aedion abrió los brazos justo antes de que ella se lanzara sobre él.

—Me dijeron que llegaron anoche, ya muy tarde, pero luego volvieron a salir antes de que amaneciera y me preocupaba no verte otra vez...

Aedion le dio un beso en la cabeza.

—Creo que creciste treinta centímetros desde la última vez que te vi.

Los ojos color cetrino de Evangeline brillaron cuando pasó su mirada entre él y Ren.

—¿Dónde...?

Un destello de luz y ahí estaba ella.

Resplandeciente. Lysandra parecía brillar cuando se cubrió el cuerpo desnudo con una capa. La prenda estaba en una silla cercana precisamente por este motivo. Evangeline se lanzó a los brazos de la metamorfa llorando de alegría. Los hombros de Evangeline se sacudían y Lysandra sonrió, profunda y cálidamente, mientras acariciaba la cabeza de la niña.

—¿Estás bien?

Hacia el resto del mundo, la metamorfa aparentaba estar tranquila, serena. Pero Aedion la conocía, conocía sus estados de ánimo, los detalles que delataban la verdad. Reconocía ese ligerísimo temblor en sus palabras que revelaba el torrente rápido que se arremolinaba debajo de la superficie hermosa.

—Sí —dijo Evangeline y se apartó del abrazo para sonreírle a Ren—. Él y lord Murtaugh me trajeron acá poco después. Ligera está con él, por cierto. Con Murtaugh, quiero decir. Le agrada más que yo porque él le da golosinas todo el día. Ahora está más gorda que un gato mimado.

Lysandra rio y Aedion sonrió. La niña había estado bien cuidada.

Como si se diera cuenta de lo mismo, Lysandra le murmuró a Ren, con voz similar a un ronroneo:

—Gracias.

Las mejillas de Ren se tornaron un poco rosadas cuando se puso de pie.

—Pensé que estaría más segura aquí que en un campamento de batalla. Más cómoda, al menos.

—Es un lugar maravilloso, Lysandra —dijo Evangeline y tomó la mano de

Lysandra entre las suyas—. Murtaugh incluso me llevó a Caraverre una tarde. Bueno, eso fue antes de que empezara a nevar. Tienes que conocerlo. Las colinas y los ríos y los árboles hermosos, todo muy cerca de las montañas. Pensé ver un leopardo de las nieves escondido entre las rocas, pero Murtaugh dijo que me lo había imaginado. Pero juro que sí lo vi, ¡era más grande que el tuyo! ¡Y la casa! Es la casa más hermosa que haya visto, con un jardín bardeado en la parte trasera que Murtaugh dice estará lleno de vegetales y rosas en el verano.

Durante un instante, Aedion no pudo soportar la emoción en el rostro de Lysandra mientras Evangeline seguía hablando de sus grandes planes para la propiedad. El dolor de desear una vida que probablemente le sería arrebatada antes de que tuviera oportunidad de iniciarla.

Aedion volteó a ver a Ren. La mirada del lord estaba clavada en Lysandra. Como siempre estaba cuando ella adoptaba una forma humana.

Aedion se esforzó por no apretar la mandíbula y dijo:

—Entonces, reconoces Caraverre.

Evangeline continuó con su alegre plática pero la mirada de Lysandra se deslizó hacia ellos.

—Darrow no es lord de Allsbrook —fue la única respuesta que dio Ren.

Así era. ¿Y quién se opondría a tener una vecina tan hermosa?

Esto es, cuando no estuviera viviendo en Orynth bajo la piel de otra y portando la corona, usando a Aedion como padre del falso heredero a la sangre real. Apenas era un poco más que un semental.

Lysandra nuevamente asintió para dar las gracias y Ren se ruborizó aún más. Como si no acabaran de pasar todo el día avanzando en la nieve y masacrando Valg. Como si el olor a vísceras no estuviera aún impregnado en ellos.

De hecho, Evangeline olisqueó la capa con la que se estaba cubriendo Lysandra y frunció el ceño.

—Huelen horrible. Todos.

—¡Esos modales! —la reprendió Lysandra pero rio al mismo tiempo.

Evangeline se puso las manos en las caderas con un gesto que Aedion había observado a Aelin hacer tantas veces que le dolió el corazón al verla.

—Tú me pediste que les dijera si apestaban. En especial el aliento —Lysandra sonrió y Aedion se resistió al movimiento de las comisuras de sus propios labios—. Así que les estoy diciendo —concluyó la niña.

Luego jaló la mano de Lysandra para intentar llevarla hacia el pasillo.

—Puedes compartir habitación conmigo. Hay un cuarto de baño ahí.

Lysandra concedió un paso.

—Una habitación muy elegante para ser de visitas —le murmuró Aedion a Ren con las cejas arqueadas. Tenía que ser una de las mejores para tener su propio cuarto de baño.

Ren agachó la cabeza.

—Le pertenecía a Rose.

Su hermana mayor. Que había muerto masacrada junto con Rallen, la segunda hija de los Allsbrook, en la academia de magia a la que asistían. La escuela, que estaba cerca de la frontera con Adarlan, había quedado directamente en el paso de las tropas invasoras.

Incluso antes de la caída de la magia, habrían tenido pocas defensas contra diez mil soldados. Aedion no se permitía con frecuencia recordar la masacre de Devellin, la famosa escuela. Cuántos niños había ahí. Cómo ninguno había podido escapar.

Ren había sido cercano a sus dos hermanas, pero sobre todo a la enérgica Rose.

—Le hubiera agradado a ella —aclaró Ren con un movimiento de la barbilla en dirección a Evangeline. Aedion notó que la niña compartía con Ren las cicatrices. La cicatriz que le recorría el rostro a Ren era el resultado de haber escapado de la carnicería que le había costado la vida a sus padres mientras creaban una distracción para que él y Murtaugh pudieran huir. Las cicatrices de Evangeline provenían de un escape diferente en el cual logró evitar el tipo de vida infernal que su protectora había soportado.

Aedion tampoco se permitió recordar ese hecho.

Evangeline continuó jalando el brazo de Lysandra, sin prestar ninguna atención a la conversación.

—¿Por qué no me despertaste cuando llegaron?

Aedion no escuchó la respuesta de Lysandra porque la niña ya la iba conduciendo hacia el pasillo. La mirada de la metamorfa se cruzó con la de él.

Ella había intentado hablar con él en estos últimos dos meses. Muchas veces. Docenas de veces. Él la había ignorado. Y cuando al fin llegaron a las costas de Terrasen, ella ya se había dado por vencida.

Ella le había mentido. Lo había engañado tanto que todos los momentos que compartieron, todas las conversaciones que tuvieron… no sabía qué era real. No quería saber. No quería saber si ella en verdad había sido honesta cuando él tan estúpidamente le había ofrecido todo.

Él creía que ésta había sido su última cacería. Que tendría la oportunidad de tomarse su tiempo con ella, mostrarle todo lo que Terrasen tenía. Mostrarle todo lo que él tenía.

Perra mentirosa, la había llamado. Le había gritado esas palabras.

Ya había logrado aclarar su mente lo suficiente como para sentirse avergonzado de haberlo dicho. Pero la rabia permanecía.

La mirada de Lysandra era cautelosa, como si le estuviera preguntando: ¿No podemos, en este raro momento de felicidad, hablar como amigos?

Aedion simplemente devolvió su atención a la chimenea y bloqueó la mirada de esmeralda, el rostro exquisito.

Ren podía quedársela. Aunque sólo de pensarlo le daban ganas de destrozar algo.

Lysandra y Evangeline desaparecieron al fondo del pasillo. La niña seguía hablando.

El peso de la decepción de Lysandra permaneció como un roce fantasma.

Ren se aclaró la garganta:

—¿Quieres decirme qué está pasando entre ustedes dos?

Aedion lo vio con tal severidad que alguien menos valiente hubiera salido corriendo despavorido.

—Trae un mapa. Quiero volver a revisar los pasos entre las montañas.

A pesar de todo, Ren fue a buscar uno.

Aedion se quedó mirando el fuego, tan pálido sin la chispa de magia de su reina.

¿Cuánto tiempo pasaría hasta que el viento que aullaba tras los muros del castillo fuera reemplazado por los bramidos de las bestias de Erawan?

Aedion recibió su respuesta al amanecer del día siguiente.

Estaba sentado en un extremo de la mesa larga en el Gran Salón mientras Lysandra y Evangeline desayunaban en silencio del otro lado. Aedion logró controlar el temblor de sus dedos cuando abrió la carta que el mensajero le había dado un momento antes. Ren y Murtaugh, sentados junto a él, se abstuvieron de exigirle respuestas mientras leía. Una vez. Dos.

Aedion al fin dejó la carta sobre la mesa. Inhaló profundamente con el ceño fruncido y miró en dirección a la luz grisácea que se filtraba por la hilera de

ventanas en la parte superior de la pared.

Podía sentir el peso de la mirada de Lysandra desde el otro lado de la mesa. Pero ella no se movió.

—Es de Kyllian —dijo Aedion con voz ronca—. Las tropas de Morath llegaron a tierra en la costa… en Eldrys.

Ren maldijo. Murtaugh permaneció en silencio. Aedion no se puso de pie porque sospechaba que las rodillas no lo sostendrían.

—Destruyó la ciudad. La dejó en ruinas sin usar una sola tropa.

Aedion sólo podía intentar adivinar por qué el rey oscuro había esperado tanto tiempo.

—¿Las torres de las brujas? —preguntó Ren. Aedion le había contado todo lo que les había revelado Manon Picos Negros en su recorrido por los Pantanos Rocosos.

—No dice —respondió Aedion. Era poco probable que Erawan hubiera usado las torres, ya que eran lo suficientemente grandes para requerir ser transportadas por tierra y los vigías de Aedion seguramente habrían notado una torre de treinta metros de altura recorriendo su territorio—. Pero las explosiones destruyeron la ciudad.

—¿Aelin? —susurró Murtaugh.

—Está bien —mintió Aedion—. De camino de regreso al campamento de Orynth el día antes de que esto sucediera.

Por supuesto, la carta de Kyllian no mencionaba a Aelin pero su comandante principal especulaba que como no había un cuerpo ni celebraciones del enemigo, la reina había logrado escapar.

Murtaugh relajó todo su cuerpo en su asiento y Ligera le recargó la cabeza dorada sobre el muslo.

—Gracias a Mala por esa bendición.

—No le agradezcas todavía —dijo Aedion y metió la carta en el bolsillo de la capa gruesa que vestía para protegerse de las corrientes de aire en el pasillo. No le agradezcas nada, se sintió tentado a agregar—. De camino a Eldrys, Morath eliminó diez buques de guerra de Wendlyn cerca de Ilium y el resto de la flota huyó por el Florine junto con nuestros barcos.

Murtaugh se frotó la mandíbula.

—¿Por qué no perseguirlos, seguirlos río arriba?

—Quién sabe —Aedion lo meditaría luego—. Erawan tenía la mira puesta en

Eldrys y ahora ya tomó la ciudad. Parecería que tiene la intención de que algunas de sus tropas salgan de ahí. Si no hacemos algo, llegarán a Orynth en una semana.

—Tenemos que regresar al campamento —dijo Ren y su rostro se oscureció—. Ver si podemos hacer que nuestra flota vuelva a bajar por el Florine y que ataquen con Rolfe desde el mar. Mientras nosotros atacamos por tierra.

Aedion no se sentía con ánimos de recordarles que no habían sabido nada de Rolfe a excepción de unos cuantos mensajes vagos sobre su búsqueda de los micenianos y su flota legendaria. Las probabilidades de que Rolfe emergiera para salvarlos eran tan pocas como que emergiera la legendaria Tribu de Lobos del extremo más alejado de las montañas Anascaul en el interior del territorio. O que las hadas que habían escapado de Terrasen hacía una década regresaran de donde fuera que estuvieran para unirse a las fuerzas de Aedion.

La calma calculadora que había guiado a Aedion en las batallas y en las masacres se instaló en su cuerpo, tan sólida como la capa de pieles que vestía. La velocidad sería su aliada ahora. La velocidad y la claridad.

La línea tiene que mantenerse, ordenó Rowan antes de que salieran. Consigan todo el tiempo que puedan para nosotros.

Cumpliría esa promesa.

Evangeline se quedó en silencio cuando la atención de Aedion se centró en la metamorfa al otro lado de la mesa.

—¿Cuántas personas puedes cargar en tu forma de guiverno?

CAPÍTULO 2

Elide Lochan alguna vez albergó la esperanza de viajar a muchos lugares, a un sitio donde nadie hubiera escuchado antes sobre Adarlan o Terrasen, tan distante que Vernon no tuviera ninguna posibilidad de encontrarla.

No había anticipado que eso pudiera suceder en realidad.

En un callejón polvoriento y antiguo de una ciudad igualmente polvorienta y antigua en un reino al sur de Doranelle, Elide se maravillaba con el repique de las campanas al mediodía que resonaba por todo el cielo transparente. El sol horneaba la roca de color claro de los edificios y el viento seco recorría las calles que los separaban. Ya le habían enseñado a pronunciar el nombre de esta ciudad en tres ocasiones pero seguía sin poder lograrlo.

Supuso que no tendría importancia. No estarían en este lugar por mucho tiempo. Así como no se habían detenido más de lo necesario en ninguna de las ciudades que habían pasado a toda velocidad, ni en los bosques, ni en las montañas, ni en las tierras bajas. Reino tras reino, el paso implacable establecido por un príncipe que apenas parecía recordar cómo hablar, ya no se diga cómo comer por sí mismo.

Elide hizo una mueca al ver el cuero desgastado del traje de bruja que todavía traía puesto, su capa gris raída y sus botas rasguñadas. Luego miró a sus dos compañeros en el callejón. Sí, todos habían tenido mejores épocas.

—En cualquier momento —murmuró Gavriel con los ojos de color leonado fijos en la boca del callejón. Una figura alta y oscura se ocultaba en las escasas sombras del arco derruido y monitoreaba desde ahí el movimiento en la calle.

Elide no lo miró por mucho tiempo. No había tenido el valor de hacerlo durante estas semanas interminables. No había tenido el valor de soportarlo a él ni el dolor intolerable que se acumulaba en su pecho.

Elide le frunció el ceño a Gavriel.

—Deberíamos habernos detenido para almorzar.

Él movió la barbilla en dirección al bolso viejo recargado contra el muro.

—Tengo una manzana en mi bolso.

Elide miró hacia el edificio que se elevaba junto a ellos, suspiró y metió la mano en el bolso. Buscó entre la ropa, la cuerda, las armas y diversos artículos hasta que logró sacar la gran manzana roja y verde. Era la última de muchas que habían cortado en un huerto del reino vecino. Elide se la ofreció al lord hada.

Gavriel arqueó una ceja dorada.

Elide imitó el gesto.

—Puedo oír el ruido que hace tu estómago.

Gavriel resopló divertido y aceptó la manzana con una inclinación de la cabeza. Luego la limpió en la manga de su saco claro.

—En efecto, mi estómago protesta.

Al final del callejón, Elide podría haber jurado que la figura oscura se tensaba. No le dio importancia.

Gavriel mordió la manzana y se alcanzó a ver el destello de sus grandes colmillos. El padre de Aedion Ashryver… el parecido era increíble, aunque la similitud se limitaba a su apariencia. En los pocos días que había pasado con Aedion, había demostrado ser lo opuesto de este hombre considerado y de voz suave.

Después de que Asterin y Vesta los dejaron en el barco que los había transportado hasta acá, le había provocado un poco de preocupación la idea de viajar sola con tres hombres inmortales. Le preocupaba quedar pisoteada y atropellada.

Pero Gavriel había sido amable desde el primer momento. Se aseguró de que Elide comiera lo suficiente, que tuviera mantas para protegerse en las noches heladas, le enseñó a montar los caballos que habían comprado porque no había manera de que Elide les siguiera el paso a pie, ni siquiera si su tobillo estuviera sano. Y para los momentos en que tenían que cruzar territorios escarpados a caballo, Gavriel incluso le había protegido la pierna con su magia. Su poder se sentía como una brisa cálida de verano contra su piel.

Ella ciertamente no le estaba permitiendo a Lorcan que hiciera eso por ella.

Nunca olvidaría la escena de él arrastrándose tras Maeve cuando la bruja había roto el juramento de sangre que los unía. Arrastrándose hacia ella como un amante rechazado, como un perro herido desesperado por seguir a su amo. Aelin había sido brutalizada y Lorcan fue el responsable de informarle a Maeve dónde estaban. Y aún así la intentó seguir. Arrastrándose en la arena aún húmeda por la sangre de Aelin.

Gavriel se comió la mitad de la manzana y le ofreció el resto a Elide.

—Tú también deberías comer.

Ella frunció el ceño al ver la piel amoratada debajo de los ojos de Gavriel. Debajo de los de ella sin duda estaría igual también. Su ciclo, por lo menos, sí había aparecido el mes pasado a pesar de lo pesado del viaje que había terminado con todas sus reservas de alimento.

Eso había sido particularmente mortificante. Explicarles a tres guerreros que ya podían oler la sangre que necesitaba conseguir compresas. Paradas más frecuentes.

No mencionó los cólicos que le retorcían las vísceras, la espalda y que se extendían por sus muslos. Siguió cabalgando con la cabeza agachada. Sabía que ellos se habrían detenido. Incluso Rowan se hubiera detenido para permitirle descansar. Pero cada vez que hacían una pausa, Elide se imaginaba esa caja de hierro. Veía el látigo, brillante por la sangre, que restallaba en el aire. Oía los gritos de Aelin.

Ella se fue para que no se llevaran a Elide. No había dudado ofrecerse en su lugar.

Tan sólo esa idea era suficiente para mantener a Elide sobre su yegua. Esos días fueron un poco menos difíciles gracias a las tiras de lino limpio que le proporcionaron Gavriel y Rowan, sin duda con material de sus propias camisas. No tenía idea de cuándo las habían cortado.

Elide mordió la manzana y saboreó su frescura dulce y ácida. Rowan había dejado unas cuantas monedas de cobre del poco dinero que les quedaba sobre un tronco para pagar la fruta que habían tomado.

Pronto tendrían que empezar a robar para poder comer. O tendrían que vender sus caballos.

Se empezaron a escuchar golpes detrás de las ventanas cerradas en el piso de arriba, acompañados del grito amortiguado de un hombre.

—¿Crees que tengamos mejor suerte esta vez? —preguntó Elide en voz baja.

Gavriel estudió los postigos pintados de azul y tallados en una celosía intrincada.

—Eso espero.

Estos últimos días habían corrido con poca suerte. Había estado escasa desde esa maldita playa en Eyllwe, cuando Rowan sintió el jalón en su vínculo con Aelin, el vínculo de pareja, y empezó a seguir su llamado a través del océano. Pero cuando llegaron a estas costas después de varias semanas terribles de aguas agitadas y tormentosas, ya no quedaba nada que seguir.

No había señal de la flota restante de Maeve. No había ni una pista de que el buque de la reina, el Ruiseñor, estuviera anclado en algún puerto. No había

noticias sobre su regreso al trono en Doranelle.

Tuvieron que dejarse guiar solamente por rumores que los enviaron por montañas nevadas, por bosques densos y por planicies secas.

Hasta el reino anterior, la ciudad previa, las calles habían estado llenas de personas que celebraban Samhuinn para honrar a los dioses en este momento en que el velo entre los mundos era más delgado.

No tenían idea de que esos dioses no eran sino seres de otro mundo. Que toda la ayuda que ofrecían los dioses, toda ayuda que recibía Elide de esa vocecita en su hombro, tenía una meta en mente: regresar a casa. Peones, tan sólo eso eran para los dioses Elide y Aelin y todos los demás.

Esto se pudo confirmar por el hecho de que Elide no había escuchado un solo susurro de la guía de Anneith desde aquel día horrible en Eyllwe. Solamente uno que otro empujón en los días largos, como si fueran recordatorios de su presencia. De que alguien estaba observando.

De que, si tuvieran éxito en su misión por encontrar a Aelin, se esperaría que la joven reina de todas maneras pagara el máximo precio a esos dioses. Si Dorian Havilliard y Manon Picos Negros podían recuperar la tercera y última llave del Wyrd. Si el joven rey no se ofrecía como voluntario para el sacrificio en lugar de Aelin.

Así que Elide soportaba esos empujones ocasionales y se negaba a considerar qué especie de criatura se había interesado así en ella. En todos ellos.

Elide intentó no prestar demasiada atención a esas ideas mientras buscaron entre tantas calles, atentos a cualquier señal que les indicara la localización de Maeve. El sol se puso y Rowan gruñía con cada hora que pasaba sin que tuvieran ningún resultado. Igual que todas las ciudades anteriores tampoco les habían brindado ningún resultado.

Elide los había obligado a continuar recorriendo las calles festivas sin ser notados ni seguidos por nadie. Tuvo que recordarle esta necesidad de pasar inadvertidos a Rowan cada vez que mostraba los dientes. Recordarle que había ojos en todos los reinos, en todas las tierras. Y si se sabía que un grupo de guerreros hada estaba aterrorizando ciudades en busca de Maeve, sin duda eso llegaría a oídos de la Reina Hada en un instante.

Cuando cayó la noche, en las colinas doradas detrás de los muros de esa ciudad habían empezado a encenderse las hogueras.

Rowan finalmente había dejado de gruñir al verlas. Como si ese espectáculo jalara algún hilo de su memoria, de su dolor.

Pero entonces, al pasar junto a un grupo de soldados hada bebiendo, Rowan se quedó inmóvil. Evaluó a los guerreros con esa mirada fría y calculadora que le indicaba a Elide que estaba formulando algún plan.

Se metieron a un callejón y el príncipe hada les comunicó su idea en términos descarnados y brutales.

Una semana más tarde habían terminado en este callejón. Los gritos aumentaron en el edificio arriba de ellos.

Elide hizo una mueca al escuchar el crujir de madera más fuerte que las campanas de la ciudad.

—¿Deberíamos ayudar?

Gavriel se pasó la mano tatuada por la cabellera dorada. Los nombres de los guerreros que habían caído bajo su mando, le había explicado la semana anterior cuando ella finalmente se atrevió a preguntar.

—Ya casi termina.

Era verdad, incluso Lorcan ya tenía las cejas fruncidas con impaciencia al mirar la ventana sobre Elide y Gavriel.

Cuando las campanas del mediodía terminaron de tañer, los postigos se abrieron de golpe.

Destrozaron sería más preciso porque dos hadas salieron volando por la ventana.

Uno de ellos, de cabello castaño ensangrentado, gritó mientras caía.

El príncipe Rowan Whitethorn no dijo nada al caer junto con él. Mantenía al otro hombre atrapado y le mostraba los dientes.

Elide se apartó para darles suficiente espacio cuando cayeron en el montón de cajas que había en el callejón. El golpe hizo salir volando astillas y basura.

Notó que una ráfaga de viento había evitado que la caída fuera fatal para el hada de hombros anchos que Rowan sacó de entre los escombros sosteniéndolo del cuello de su túnica azul.

No les serviría de nada muerto.

Gavriel sacó un cuchillo y permaneció al lado de Elide mientras Rowan azotaba al desconocido contra el muro del callejón. No había ni un rastro de amabilidad en el semblante del príncipe. Ninguna calidez.

Sólo un depredador de sangre fría. Decidido a encontrar a la reina dueña de su corazón.

—Por favor —balbuceó el hada. En la lengua común.

Entonces, Rowan sí lo había encontrado. Rowan se había percatado en Samhuinn de que no tendrían ninguna esperanza de rastrear a Maeve. Pero

encontrar a los comandantes a su servicio, dispersos en diversos reinos como préstamos a gobernantes mortales, eso sí lo podían hacer.

Y el hada a quien Rowan le gruñía entre los labios ensangrentados sí era un comandante. Un guerrero, a juzgar por el ancho de sus hombros y sus muslos musculosos. Rowan era mucho más grande. Gavriel y Lorcan también. Como si, entre las hadas, los tres hombres fueran completamente de otra raza.

—Las cosas serán así —dijo Rowan en tono suave y mortífero al comandante que lloriqueaba. Una sonrisa brutal se dibujó en la boca del príncipe que hizo que empezara a correr la sangre de su labio reventado—. Primero te romperé las piernas, tal vez un pedazo de la columna para que no puedas arrastrarte —señaló con el dedo ensangrentado hacia el fondo del callejón. Hacia Lorcan —. Sabes quién es él, ¿no?

Como respuesta, Lorcan se acercó desde el arco. El comandante empezó a temblar.

—La pierna y la columna, tu cuerpo con el tiempo las sanaría —continuó Rowan mientras Lorcan se acercaba con actitud acechante—. Pero lo que Lorcan Salvaterre te hará… —una risa grave y seca—. De eso no te vas a recuperar, amigo.

El comandante miró desesperado hacia Elide, hacia Gavriel.

La primera vez que había sucedido esto, hacía dos días, Elide no había podido ver. Ese comandante en particular no tenía ninguna información que valiera la pena y, dado el horrible tipo de burdel donde lo habían encontrado, Elide realmente no se sentía mal de que Rowan dejara su cuerpo en el fondo del callejón. Y su cabeza en el otro extremo.

Pero hoy, en esta ocasión… Mira. Observa, le siseó una voz al oído. Escucha.

A pesar del calor y del sol, Elide sintió un escalofrío. Apretó los dientes y se guardó todas las palabras que intentaban abrirse paso en su interior. Encuentren a alguien más. Encuentren una manera de usar sus propios poderes para forjar el Candado. Encuentren una manera de aceptar sus destinos de permanecer atrapados en este mundo para que no tengamos que pagar una deuda que, para empezar, no era nuestra.

Pero si Anneith le estaba hablando después de darle sólo pequeños empujones durante meses… Elide se tragó esas palabras. Como se esperaba de todos los mortales. Por Aelin, podía someterse. Igual que Aelin a la larga lo haría.

El rostro de Gavriel no mostraba ninguna misericordia, sólo una especie de pragmatismo sombrío al mirar al comandante tembloroso que colgaba de la mano firme de Rowan.

—Dile lo que quiere saber. Si no lo haces, sólo empeorarás la situación para ti.

Lorcan ya casi los había alcanzado. Un viento oscuro se arremolinaba entre sus dedos largos.

No quedaba nada del hombre que ella conoció en su rostro duro. Al menos, del hombre que había sido antes de ese día en la playa. No, ésta era la máscara que ella había visto por primera vez en Oakwald. Insensible. Arrogante. Cruel.

El comandante notó el poder que se acumulaba en la mano de Lorcan, pero logró sonreírle burlonamente a Rowan con los dientes cubiertos de sangre.

—Los matará a todos —dijo. El golpe en su ojo ya se había hinchado y tenía el párpado cerrado. El aire vibraba en los oídos de Elide porque Rowan había extendido un escudo de viento a su alrededor. Para encerrar cualquier sonido —. Maeve matará a todos y cada uno de ustedes, traidores.

—Puede intentarlo —fue la respuesta tranquila de Rowan.

Mira, volvió a susurrar Anneith.

Cuando el comandante empezó a gritar en esta ocasión, Elide no apartó la mirada.

Y mientras Rowan y Lorcan hacían lo que estaban entrenados para hacer, ella no podía decidir si la orden de Anneith había sido que ayudara o si era un recordatorio de lo que harían precisamente los dioses si ellos desobedecían.

CAPÍTULO 3

Las montañas Staghorn estaban ardiendo y Oakland también.

Los árboles poderosos y antiguos estaban reducidos a cascarones carbonizados. La ceniza caía como nieve densa.

Las brasas volaban en el viento, una burla de cómo habían flotado a su paso como luciérnagas cuando ella corría entre las fogatas de Beltane.

Tantas flamas, el calor asfixiante, el aire mismo que le quemaba los pulmones.

Tú hiciste esto tú hiciste esto tú hiciste esto.

El crujir de los árboles moribundos parecía decir estas palabras, parecía gritarlas.

El mundo estaba bañado en fuego. En fuego, no en oscuridad.

Un movimiento entre los árboles atrapó su atención.

El Señor del Norte estaba frenético, perdido en la agonía, mientras galopaba en su dirección. Su pelaje blanco humeaba y el fuego devoraba su impresionante cornamenta… pero no era la flama inmortal que brillaba en su propia insignia, la flama inmortal de los ciervos sagrados de Terrasen y de Mala la Portadora de Fuego, antes que ellos. Sino verdaderas llamas violentas.

El Señor del Norte pasó corriendo y ardiendo, ardiendo, ardiendo.

Ella estiró la mano hacia él, invisible e insignificante, pero el orgulloso ciervo continuó su camino mientras los gritos brotaban de su boca.

Sueños horribles e inclementes. Como si el corazón del mundo estuviera siendo desgarrado.

No pudo hacer nada cuando el ciervo se abalanzó hacia un muro de llamas que se extendía como red entre dos robles.

No salió de ahí.

Un lobo blanco la estaba observando otra vez.

Aelin Ashryver Whitethorn Galathynius recorrió el borde del altar en el que yacía con el dedo cubierto de hierro.

Ése era todo el movimiento que lograba tener.

Cairn la había dejado ahí en esta ocasión. No se había molestado en llevarla a la caja de hierro junto al muro adyacente.

Era un descanso poco común. No despertar en la oscuridad sino con la luz de las flamas.

Los braseros estaban apagándose y permitían ya la entrada del frío húmedo que se presionaba contra su piel. Contra lo que no estaba cubierto de hierro.

Ella ya había intentado jalar las cadenas lo más silenciosamente posible. Pero estaban fijas.

Habían agregado más hierro. Sobre ella. Empezando con los guanteletes de metal.

Ya no recordaba cuándo había sucedido eso. Dónde había sucedido. Solamente recordaba la caja de hierro.

El asfixiante ataúd de hierro.

Ella había intentado encontrar alguna debilidad, una y otra vez. Antes de que le pusieran ese humo de olor dulzón que la dejaba inconsciente. No sabía cuánto tiempo había dormido después de eso.

Cuando despertó en este sitio, ya no había humo.

Volvió a intentar, entonces. Todo lo que permitía el hierro. Empujaba con sus pies, sus codos, sus manos, en contra del metal inamovible. No tenía espacio para darse la vuelta. Para aliviar el dolor de las cadenas que se le enterraban en la piel. Que la raspaban.

Las heridas de los azotes que se grabaron profundamente en su espalda ya habían desaparecido. Las que le habían separado la piel del hueso. ¿O eso también había sido un sueño?

Se había perdido en los recuerdos, en los años de entrenamiento en la fortaleza de los asesinos. En las lecciones donde la habían dejado encadenada, entre su propio excremento, hasta que supo cómo quitárselas.

Pero la habían encadenado tomando en cuenta ese entrenamiento. Ninguna de las cosas que intentaba en la oscuridad había funcionado.

El metal del guante raspó la piedra oscura, apenas audible por el siseo de los braseros y el río que rugía al fondo. Donde fuera que estuvieran.

Ella y el lobo.

Fenrys.

Él no estaba encadenado. No era necesario.

Maeve le había ordenado que se quedara, que obedeciera, y eso hizo.

Durante varios minutos se quedaron mirándose el uno a la otra.

Aelin no pensó en el dolor que la había dejado inconsciente. Aunque el recuerdo del crujido de huesos hacía que le empezara a temblar el pie. Las cadenas sonaron al moverse.

Pero nada brotó ahí donde la agonía debía ser enorme. Ni siquiera un poco de incomodidad en los pies. Bloqueó de su mente la imagen del hombre, Cairn, que los había destazado. Cómo la había hecho gritar hasta quedarse sin voz.

Tal vez había sido un sueño. Uno de la horda interminable que la acosaba en la negrura. Un ciervo en llamas, huyendo entre los árboles. Horas en este altar mientras unas herramientas antiguas le destrozaban los pies. Un príncipe de cabello plateado cuyo olor era el aroma del hogar.

Todo se revolvía y sangraba, incluso en este mismo momento, con la mirada fija en el lobo blanco recostado junto al muro frente al altar, todo podía ser un fragmento de una ilusión.

El dedo de Aelin volvió a rascar el borde curvado del altar.

El lobo parpadeó… tres veces. En los primeros días, meses, años de esto, habían establecido un código silencioso entre ellos. Valiéndose de los pocos momentos en los cuales había logrado hablar, susurrando a través de los agujeros casi invisibles del ataúd de hierro.

Un parpadeo para sí. Dos para no. Tres para ¿Estás bien? Cuatro para Aquí estoy, estoy contigo. Cinco para Esto es real, estás despierta.

Fenrys volvió a parpadear tres veces. ¿Estás bien?

Aelin tragó saliva para intentar aliviar el espesor que sentía en la garganta y despegó la lengua del paladar. Parpadeó una vez. Sí.

Contó los parpadeos del lobo.

Seis.

Había inventado eso. Mentirosa, o algo así. Ella se negó a aceptar ese código en particular.

Volvió a parpadear una vez. Sí.

Unos ojos oscuros la estudiaron. Él lo había visto todo. Cada momento. Si tuviera permitido transformarse, le podría decir qué era imaginario y qué era real. Si algo de todo esto había sido real.

Cuando despertaba, no le quedaba ninguna lesión. Ningún dolor. Sólo el recuerdo del dolor, del rostro sonriente de Cairn que la iba cortando en pedacitos una y otra vez.

Seguramente la había dejado sobre el altar porque tenía la intención de regresar pronto.

Aelin se movió lo suficiente para jalar las cadenas y el cerrojo de la máscara se le enterró en la nuca. No había sentido el roce del viento en sus mejillas, ni en la mayor parte de su piel, en… ni siquiera sabía cuánto tiempo.

Lo que no estaba cubierto de hierro estaba envuelto en una túnica blanca sin mangas que le llegaba a medio muslo. Dejaba sus piernas y brazos desnudos para las atenciones de Cairn.

Había días, recuerdos, de momentos en que ni siquiera tenía la túnica, de cuchillos recorriendo su abdomen. Pero cuando despertaba, la túnica permanecía intacta. Sin cambio. Sin mancha.

Las orejas de Fenrys se irguieron y vibraron. Era toda la alerta que Aelin necesitaba.

Odiaba el estremecimiento que empezaba a cernirse alrededor de sus huesos cuando escuchaba el arrastrar de pasos fuera de la habitación cuadrada y la puerta de hierro. Era la única manera de entrar. No había ventanas. El pasillo de roca que a veces lograba ver al otro lado estaba igualmente sellado. Lo único que entraba a este sitio era el sonido del agua.

El sonido se hizo más fuerte cuando la puerta de hierro se abrió con un gemido.

Ella se obligó a no temblar cuando el hombre de cabello castaño se acercó.

—¿Ya despierta tan pronto? Creo que no me esforcé lo suficiente contigo.

Esa voz. Odiaba esa voz más que cualquier otra. Cantarina y fría.

Él vestía ropa de guerrero pero no portaba ninguna de las armas de los soldados en su cintura estrecha.

Cairn notó dónde se posaba su mirada y le dio unas palmadas al martillo pesado que colgaba en su cintura.

—Estoy ansioso por más.

No había llamas para invocar. Ni siquiera una brasa.

Cairn caminó hacia la pequeña pila de troncos junto a uno de los braseros y alimentó uno al fuego moribundo. La flama se arremolinó y chisporroteó para luego saltar sobre la madera con sus dedos hambrientos.

La magia de Aelin ni siquiera se inmutó. Todo lo que comía y bebía a través de la pequeña ranura en la boca de la máscara estaba espolvoreado de hierro.

Al principio lo rechazó. Detectó el sabor del hierro y lo escupió.

Estaba a punto de morir de deshidratación cuando la forzaron a beber. Luego la dejaron sin comer, tanto tiempo que al final devoró todo lo que le pusieron enfrente, sin importar el hierro.

No pensaba mucho en esa época. En esa debilidad. Lo emocionado que se había sentido Cairn al verla comer y lo mucho que se había enfurecido cuando seguía sin tener el resultado que él quería.

Cairn echó leños al otro brasero antes de tronarle los dedos a Fenrys.

—Puedes ir a hacer tus necesidades al pasillo y regresar inmediatamente.

Como si un fantasma lo hubiera levantado, el enorme lobo salió lentamente.

Maeve había considerado inclusive eso, concederle a Cairn el poder para ordenar cuándo Fenrys podía comer y beber, cuándo podía orinar. Aelin sabía que Cairn lo olvidaba deliberadamente a veces. Los gemidos caninos de dolor se podían escuchar incluso dentro de su caja.

Real. Eso había sido real.

El hombre frente a ella, un guerrero entrenado en todo salvo en honor y espíritu, estudió su cuerpo.

—¿Cómo jugaremos hoy, Aelin?

Odiaba el sonido de su nombre en la lengua de ese individuo.

Ella frunció los labios para mostrarle los dientes.

Rápido como una serpiente, Cairn la tomó del cuello con suficiente fuerza para dejarle una marca.

—Tanta rabia. Incluso ahora.

Ella nunca soltaría eso… la rabia. Incluso cuando se hundía en ese mar ardiente en su interior, incluso cuando le cantaba a la oscuridad y la flama, la rabia la guiaba.

Los dedos de Cairn se enterraron en su garganta y no pudo evitar dejar escapar un gemido ahogado.

—Esto puede terminar con unas cuantas palabras, princesa —le ronroneó él y se inclinó lo suficiente para que ella pudiera sentir su aliento en la boca—. Unas cuantas palabritas y tú y yo nos separaremos para siempre.

Nunca las pronunciaría. Nunca haría el juramento de sangre a Maeve.

Si lo hiciera, le estaría entregando todo lo que sabía y todo lo que era. Se convertiría en su esclava eterna. Y abriría las puertas de la condena a todo el mundo.

La presión de la mano de Cairn en su cuello se aflojó un poco y Aelin inhaló profundamente. Pero él conservó los dedos en el lado derecho de su garganta.

Ella sabía precisamente el punto, la cicatriz exacta, por la que estaba pasando los dedos. Las pequeñas marcas gemelas en el espacio entre su cuello y su hombro.

—Interesante —murmuró Cairn.

Aelin apartó la cabeza bruscamente y le volvió a mostrar los dientes.

Cairn la golpeó.

No en la cara, que estaba cubierta de hierro y le haría sangrar los nudillos. La golpeó en el estómago que no tenía protegido.

Ella sintió cómo se le salía el aire y el hierro resonó cuando intentó sin éxito doblarse hacia un costado.

Con pasos grandes pero silenciosos, Fenrys entró y ocupó su sitio junto a la pared. La preocupación y la rabia se podían ver en los ojos oscuros del lobo mientras ella intentaba recuperar el aliento, mientras sus extremidades encadenadas seguían intentando proteger su cuerpo con una posición fetal. Pero Fenrys lo único que pudo hacer fue acomodarse nuevamente en el piso.

Cuatro parpadeos. Aquí estoy, estoy contigo.

Cairn no lo vio. No comentó sobre la respuesta de ella, un parpadeo, mientras se burlaba de las pequeñas cicatrices de la mordida en el cuello, selladas con sal de las aguas tibias de la Bahía de la Calavera.

La marca de Rowan. La marca de una pareja.

No se permitió pensar en él demasiado tiempo ya que Cairn estaba desabrochando el martillo de cabeza pesada de su cintura para luego comprobar su peso mientras lo sostenía entre sus manos anchas.

—Si no fuera por las restricciones de Maeve —dijo el hombre y observó el cuerpo de Aelin como un pintor estudiando el lienzo en blanco—, te marcaría con mis propios dientes. Ya veríamos entonces si la marca de Whitethorn se mantiene.

El terror se arremolinó en su estómago. Había visto la evidencia de lo que las largas horas con ella le provocaban. Enroscó los dedos y raspó la roca como si fuera la cara de Cairn.

Cairn pasó el martillo a una de sus manos.

—Me tendré que conformar con esto, supongo —pasó la otra mano por todo su torso y ella se intentó apartar de este gesto posesivo pero las cadenas la sostuvieron. Él sonrió—. Qué sensible —dijo apretándole la rodilla desnuda con suavidad—. La vez pasada empezamos con los pies. Empecemos más alto ahora.

Aelin se preparó. Respiró hondo para apartar el miedo lo más posible. Para alejarlo de su cuerpo.

Nunca le permitiría que la venciera. Nunca haría ese juramento de sangre.

Por Terrasen, por su gente, a quien había dejado soportar su propio tormento durante diez largos años. Les debía esto como mínimo.

Se sumergió profundo, profundo, profundo, como si pudiera escapar de lo que estaba por venir, como si pudiera ocultarse de ello.

El martillo brilló bajo la luz de las llamas al elevarse sobre su rodilla. Cairn inhaló con una mezcla de anticipación y deleite en el rostro.

Fenrys parpadeó, una y otra y otra vez. Aquí estoy, estoy contigo.

Eso no evitó que el martillo cayera.

Ni que el grito le rasgara la garganta.

CAPÍTULO 4

—Este campamento lleva meses abandonado.

Manon apartó la vista del acantilado cubierto de nieve desde donde había estado monitoreando el borde occidental de las montañas Colmillos Blancos. Hacia los Yermos.

Asterin permaneció agachada sobre los restos semienterrados de una hoguera. Sobre el hombro traía puesta una piel de cabra cuyo pelo se movía con el viento gélido. Su Segunda continuó:

—Nadie ha estado aquí desde principios del otoño.

Manon sospechaba algo así. Las Sombras habían localizado el lugar una hora antes durante su patrullaje del territorio que tenían por delante y, de alguna manera, habían notado las irregularidades astutamente ocultas en el lado de sotavento del pico rocoso. La Madre era testigo de que la misma Manon podría haber pasado por alto el lugar.

Asterin se puso de pie, se limpió el cuero de sus pantalones para quitarse la nieve de las rodillas. Ni siquiera el material grueso era suficiente para protegerla contra el frío brutal. Por eso habían empezado a usar las pieles de cabra.

Son buenas para ocultarnos en la nieve, había dicho Edda. La Sombra incluso había permitido que su tinte de cabello favorito, una tonalidad oscura, se desvaneciera durante estas semanas para dejar a la vista el cabello blanco como la luna que tenía naturalmente. El tono de Manon. Briar seguía usando el tinte. Una de ellas debía hacer las incursiones nocturnas, o al menos eso decía la otra Sombra.

Manon miró a las dos Sombras con cuidado mientras caminaban por el campamento. Tal vez ya no eran Sombras sino más bien las dos caras de la luna. Una oscura, una clara.

Uno de los muchos cambios entre las Trece.

Manon exhaló y el viento disolvió de inmediato la nube de vapor que salió de su boca.

—Tienen que estar en alguna parte —murmuró Asterin para que las demás no

escucharan desde la roca donde esperaban para protegerse del viento.

—Tres campamentos —dijo Manon con voz baja por igual—. Todos fueron abandonados hace mucho tiempo. Estamos cazando fantasmas.

El cabello dorado de Asterin se liberaba de la trenza y volaba con el viento hacia el occidente. Hacia el hogar que probablemente nunca volverían a ver.

—Los campamentos son prueba de que son de carne y hueso. Ghislaine piensa que podrían ser de grupos de cazadores de finales del verano.

—También podrían ser de hombres salvajes de estas montañas.

Aunque Manon sabía que no lo eran. Había cazado suficientes Crochans durante los últimos cien años como para poder reconocer su estilo de fogata, sus campamentos pulcros. Todas las Trece los conocían. Y habían rastreado y matado a tantos hombres salvajes de las montañas Colmillos Blancos ese año a nombre de Erawan que también conocían sus hábitos.

Los ojos negros con destellos dorados de Asterin se fijaron en el horizonte borroso.

—Las vamos a encontrar.

Pronto. Tendrían que encontrar al menos algunas de las Crochans pronto. Manon sabía que tenían métodos para comunicarse a pesar de estar dispersas. Maneras de pedir ayuda. Un llamado para que las apoyaran.

El tiempo no estaba de su lado. Ya habían pasado casi dos meses desde aquel día en la playa de Eyllwe. Desde que ella había conocido el precio terrible que la Reina de Terrasen debía pagar para poner fin a toda esta locura. El precio que probablemente también tendría que pagar otra persona del linaje de Mala, si así fuera necesario.

Manon resistió el impulso de mirar por encima de su hombro hacia donde el rey de Adarlan estaba entre el resto de sus Trece. Estaba entreteniendo a Vesta invocando flamas, agua y hielo en las palmas ahuecadas de sus manos. Una pequeña muestra de su magia terrible y maravillosa. Lanzó tres remolinos de los elementos hacia arriba para que bailaran lentamente unos alrededor de otros y Vesta arqueó una ceja, impresionada. Manon había visto cómo lo miraba la centinela de cabellera rojiza, había notado que Vesta, sabiamente, se contenía y no se dejaba vencer por el impulso de ese deseo.

Pero Manon no le había dado ninguna orden al respecto. No le había dicho nada a las Trece sobre lo que significaba, exactamente, el rey humano para ella.

Nada, quería decir. Alguien tan desapegado como ella. Tan silenciosamente furioso. Y tan presionado de tiempo. No habían tenido ningún éxito para encontrar la tercera y última llave del Wyrd. Las dos que llevaba el rey en su bolsillo no les proporcionaban ninguna clave, solamente su hedor

sobrenatural. No tenían ni la más remota idea de dónde podría tenerla Erawan. Buscar en Morath o en cualquier otro de sus campamentos de avanzada sería un suicidio.

Así que habían hecho a un lado su cacería, tras semanas de búsqueda infructuosa, para dedicarse a encontrar a las Crochans. El rey protestó en un principio pero al final cedió. Sus aliados y amigos en el Norte necesitaban todos los guerreros que pudieran reunir. Encontrar a las Crochans… Manon no rompería su promesa.

Tal vez ya la habían desheredado como Heredera del Clan Picos Negros, tal vez ahora solamente comandaba una docena de brujas, pero podía mantenerse fiel a su palabra.

Así que encontraría a las Crochans. Las convencería de que volaran a la batalla con las Trece. Con ella. La última Reina Crochan viviente.

Aunque eso las llevara a todas directo hacia los brazos de la Oscuridad.

El sol ascendió aún más en el cielo y su luz sobre las nieves era casi cegadora.

No sería prudente quedarse más tiempo en ese lugar. Habían sobrevivido estos meses gracias a su fuerza y su ingenio. Porque, mientras estaban buscando a las Crochans, también alguien las estaba buscando a ellas. Principalmente, las Piernas Amarillas y las Sangre Azul. Todas en patrullas de exploración.

Manon había dado la orden de no involucrarse, de no matar. Si se perdiera una patrulla de Dientes de Hierro, eso solamente daría información sobre su localización. Aunque Dorian les podría haber roto los cuellos sin siquiera levantar un dedo.

Era una pena que él no hubiera nacido bruja. Pero ella estaba más que satisfecha de aceptar un aliado tan mortífero. Al igual que el resto de las Trece.

—¿Qué dirás —preguntó Asterin— cuando encontremos a las Crochans?

Manon lo había pensado una y otra vez. Si las Crochans sabrían quién había sido Lothian Picos Negros, que había amado al padre de Manon, un raro príncipe Crochan. Que sus padres habían soñado, habían creído, que habían creado una niña que rompería la maldición de las Dientes de Hierro y que uniría a su gente.

Una niña no de guerra sino de paz.

Pero esas palabras eran ajenas a su lengua. Amor. Paz.

Manon recorrió con el dedo enguantado el retazo de tela roja que ataba su trenza. Era una tira de la capa de su media hermana. Rhiannon. La habían nombrado como la última Reina Bruja. Cuya cara Manon tenía por alguna

razón.

Manon respondió:

—Supongo que le pediré a las Crochans que no disparen.

La boca de Asterin empezó a esbozar una sonrisa.

—Me refería a lo que les dirías sobre quién eres.

Rara vez rehuía de las cosas. Rara vez sentía temor de algo. Pero decir las palabras, esas palabras…

—No lo sé —admitió Manon—. Ya veremos si llegamos tan lejos.

El Demonio Blanco. Así la llamaban las Crochans. Ella era la primera en su lista de personas por matar. Una bruja que cualquier Crochan debía matar en cuanto la viera. Eso por sí mismo dejaba claro que no sabían cuál era su relación con ellas.

Sin embargo, su media hermana lo había deducido. Y luego Manon le había cortado la garganta.

Manon, Asesina de tu propia sangre, le había dicho su abuela con intención de provocarla. La Matrona probablemente había disfrutado cada corazón de Crochan que Manon le había llevado a la Fortaleza Picos Negros a lo largo de los últimos cien años.

Manon cerró los ojos y escuchó el canto hueco del viento.

Detrás de ellas, Abraxos dejó escapar un gemido impaciente y hambriento. Sí, todos tenían hambre esos días.

—Te seguiremos, Manon —le dijo Asterin en voz baja.

Manon volteó a ver a su prima.

—¿Me merezco ese honor?

Asterin apretó los labios. El pequeño bulto en su nariz… ése se lo había provocado Manon. Le había roto la nariz en el comedor de la Omega por pelear con las boconas de las Piernas Amarillas. Asterin nunca se había quejado de ello. Parecía portar el recuerdo de la golpiza de Manon con orgullo.

—Sólo tú puedes decidir si lo mereces, Manon.

Manon permitió que las palabras se asentaran y volteó la mirada hacia el horizonte occidental. Tal vez se merecería ese honor si lograra que todas regresaran al hogar que nunca habían visto.

Si sobrevivían a esta guerra y todas las cosas terribles que deberían hacer antes de que terminara.

No era fácil alejarse a escondidas de trece brujas dormidas y sus guivernos.

Pero Dorian Havilliard las había estado estudiando, sus guardias, quién dormía más profundamente, quién podría decirle a las demás si lo veían alejarse de su pequeña fogata y quién mantendría la boca cerrada. Semanas y semanas desde que se había decidido por esta idea. Por este plan.

Habían acampado en una pequeña saliente donde encontraron rastros viejos de las Crochans. Se resguardaron bajo unas rocas y los guivernos formaron un muro de cuero caliente a su alrededor.

Tenía sólo unos minutos para hacer esto. Ya llevaba semanas practicando: no hacía ningún comentario y fingía que le irritaba tener que enfrentar las inclemencias del frío para atender sus necesidades. Dejó que las brujas se acostumbraran a sus movimientos nocturnos.

También dejó que Manon se acostumbrara.

Aunque no se había declarado nada oficialmente entre ellos, sus sacos de dormir siempre terminaban uno al lado del otro todas las noches. Aunque el campamento lleno de brujas no le proporcionaba ninguna oportunidad de enredarse con ella. No, para eso, habían tenido que recurrir a los bosques desiertos debido al invierno y a pasos montañosos repletos de nieve. Sus manos buscaban con ansiedad cualquier fragmento de piel que se atrevieran a dejar expuesto al aire helado.

Sus encuentros eran breves, salvajes. Dientes y uñas y gruñidos. Y no solamente de parte de Manon.

Pero después de un día de búsqueda infructuosa, después de ser poco más que un vigilante glorificado contra los enemigos que los cazaban mientras sus demás amigos sangraban para salvar sus tierras, él necesitaba el desahogo tanto como ella. Nunca lo discutían, eso que los acosaba. Lo cual, por él, estaba perfecto.

Dorian no tenía idea de en qué tipo de hombre lo convertiría eso.

La mayoría de los días, para ser honestos, sentía poco. Llevaba meses sintiendo poco, a excepción de esos instantes robados y salvajes con Manon. Y salvo por los momentos en que entrenaba con las Trece, cuando una especie de rabia burda lo impulsaba a continuar blandiendo la espada, poniéndose de pie cuando lo derribaban.

Manejo de la espada y de los cuchillos, arquería, rastreo: le enseñaron todo lo que pidió aprender. Junto con el peso sólido de Damaris, ahora también colgaba un cuchillo de bruja del cinturón de su espada. Sorrel se lo había regalado cuando logró sujetar en combate a la impávida Tercera por primera vez. Hacía dos semanas.

Pero cuando terminaban las lecciones, cuando se sentaban alrededor de la pequeña fogata que se atrevían a poner en riesgo cada noche, se preguntaba si las brujas podrían oler la inquietud que le espoleaba el cuerpo.

Si ahora podrían oler que no tenía ninguna intención de orinar en la noche gélida al ir abriéndose paso entre sus sacos de dormir y luego entre los guivernos, Narene, la hembra azul cielo de Asterin, y Abraxos. Asintió en dirección a Vesta, que estaba de guardia, y la bruja pelirroja, a pesar del frío brutal, le sonrió ampliamente antes de desaparecer de su vista tras un montículo rocoso.

Tenía motivos para elegir su turno de vigilancia. Entre las Trece, había algunas que nunca sonreían para nada. Lin, quien todavía parecía estar deliberando si debía disecarlo y examinar sus entrañas, e Imogen, que se mantenía aislada y nunca le sonreía a nadie. Thea y Kaya por lo general reservaban sus sonrisas la una para la otra y cuando Faline y Fallon, las gemelas demonio, como las llamaban los demás, sonreían, significaba por lo general que todo estaba a punto de irse al carajo.

Todas ellas podrían sospechar si lo veían desaparecer demasiado tiempo. Pero Vesta, que le coqueteaba con descaro, ella le permitiría permanecer fuera del campamento más tiempo. Probablemente por miedo a lo que le haría Manon si la descubriera siguiéndolo en la oscuridad.

Un bastardo… era un bastardo por estarlas utilizando así. Por evaluar y monitorearlas cuando ellas estaban arriesgándolo todo para encontrar a las Crochans.

Pero daba igual si le importaba. Si ellas le importaban. Si él mismo se importaba, en realidad. Ese sentimiento nunca le había servido de nada. No le había servido de nada a Sorscha.

Y no importaría cuando tuviera que renunciar a todo para sellar el portal del Wyrd.

Podía sentir el peso de Damaris en su costado, pero nada se comparaba con los dos objetos que tenía guardados en el bolsillo de su chaqueta gruesa. Por fortuna, había aprendido pronto a ignorar sus susurros, sus llamados sobrenaturales. La mayor parte del tiempo.

Ninguna de las brujas cuestionó por qué había sido tan fácil persuadirlo de renunciar a la búsqueda de la tercera llave del Wyrd. Él sabía que no tendría caso desperdiciar su tiempo discutiendo. Así que había planeado, y les había permitido, Manon incluida, que creyeran que estaba conforme con su rol de protegerlas con su magia.

Cuando llegó al claro rodeado de rocas que había explorado anteriormente con el pretexto de caminar sin rumbo por la zona, Dorian se apresuró a hacer sus preparativos.

No había olvidado ni un solo movimiento de las manos de Aelin en la Bahía de

la Calavera cuando hizo trazos con su sangre en el piso de la habitación en el Rosa del Océano.

Pero él no planeaba invocar a Elena con su sangre.

Cuando la nieve estuvo roja, cuando se aseguró de que el viento siguiera alejando su olor del campamento de las brujas, Dorian desenvainó a Damaris y la clavó en el círculo de marcas del Wyrd.

Y luego esperó.

Su magia era un latido constante en su cuerpo, la pequeña flama que se atrevía a conjurar apenas lo suficiente para calentar su cuerpo. Para evitar que tiritara hasta morir mientras pasaban los minutos.

El hielo había sido la primera manifestación de su magia. Pensaba que tal vez eso le daba alguna especie de preferencia por él. O al menos algo de inmunidad. Pero no tenía ninguna. Y había decidido que si sobrevivían suficiente tiempo para soportar el calor asfixiante del verano, nunca volvería a quejarse.

Había estado afinando su magia lo más posible durante estas semanas de cacería implacable e inútil. Ninguna de las brujas poseía poder, no más allá del Doblegamiento, el poder que sólo podían invocar una vez con consecuencias terribles y devastadoras. Pero las Trece lo observaban con cierto grado de interés mientras continuaba con las lecciones que Rowan había empezado. Hielo. Fuego. Agua. Sanación. Viento. Con las nevadas, intentar extraer vida de la tierra congelada había demostrado ser imposible, pero seguía intentándolo.

La única magia que siempre saltaba cuando él la invocaba seguía siendo esa fuerza invisible capaz de romper huesos. Eso era lo que más les gustaba a las brujas. En especial porque lo hacía su mejor línea de defensa contra sus enemigos. La muerte… ése era su don. Lo único que parecía poder ofrecer a quienes lo rodeaban. Era apenas un poco mejor que su padre en ese aspecto.

La flama fluyó sobre él, invisible y tranquilizante.

No había escuchado ni un susurro de Aelin. Ni de Rowan y sus compañeros. Ni un susurro sobre si Maeve aún tenía presa a la reina.

Aelin había estado dispuesta a cederlo todo a cambio de salvar Terrasen, para salvarlos a todos. Él no podía hacer menos. Aelin ciertamente tenía más que perder. Una pareja y esposo que la amaba. Una corte que la seguiría hasta el mismo infierno. Un reino que llevaba mucho tiempo aguardando su retorno.

Lo único que él tenía era una tumba sin nombre para una sanadora que nadie recordaría, un imperio resquebrajado y un castillo en ruinas.

Dorian cerró los ojos por un momento intentando bloquear la imagen de la explosión del castillo de cristal, la imagen de su padre estirando el brazo

hacia él, suplicándole que lo perdonara. Un monstruo… Ese hombre había sido un monstruo de todas las maneras posibles. Había concebido a Dorian estando poseído por un demonio del Valg.

¿Eso en qué lo convertía a él? Su sangre era roja y el príncipe del Valg que lo había infestado se deleitaba en darse un festín con él, en hacerlo disfrutar todo lo que había hecho mientras traía puesto el collar. ¿Pero se podía seguir considerando completamente humano?

Exhaló largamente y abrió los ojos.

Un hombre estaba parado frente a él en el claro nevado.

Dorian hizo una reverencia.

—Gavin.

El primer rey de Adarlan tenía sus ojos.

O, mejor dicho, Dorian tenía los mismos ojos que Gavin, heredados a través de los mil años que los separaban.

El resto del rostro del rey antiguo le resultaba ajeno: el cabello largo y castaño oscuro, las facciones severas, el gesto serio de su boca.

—Te aprendiste las marcas.

Dorian se enderezó de su reverencia.

—Aprendo rápido.

Gavin no sonrió.

—La invocación no es un don que deba usarse a la ligera. Arriesgas mucho, joven rey, al llamarme aquí. Considerando lo que llevas contigo.

Dorian se dio unas palmadas en el bolsillo de la chaqueta donde tenía las dos llaves del Wyrd e intentó no hacer caso al poder terrible y extraño que pulsó contra su mano ante eso.

—Todo es arriesgado en estos días —dijo y se enderezó por completo—. Necesito tu ayuda.

Gavin no respondió. Su mirada se deslizó hacia Damaris, que seguía enterrada en la nieve entre las marcas. Era una posesión personal del rey, así como Aelin había usado el Ojo de Elena para invocar a la antigua reina.

—Al menos has cuidado bien mi espada —levantó la vista hacia los ojos de Dorian, afilados al igual que el acero—. Aunque no podría decir lo mismo de mi reino.

Dorian apretó la mandíbula.

—Mi padre me lo heredó en mal estado, me temo.

—Tú eras el príncipe de Adarlan mucho antes de convertirte en su rey.

La magia de Dorian se revolvió y se congeló, más fría que la noche que lo cubría.

—Entonces considera que estoy intentando reparar años de mal comportamiento.

Gavin le sostuvo la mirada por un momento que se extendió hacia la eternidad. Un verdadero rey, eso era el hombre frente a él. Un rey no sólo de nombre, sino de espíritu. Como pocos lo habían sido desde que Gavin fue sepultado bajo los cimientos del castillo que había construido a las orillas del Avery.

Dorian soportó el peso de la mirada de Gavin. Permitió que el rey viera lo que quedaba de él, que notara la franja pálida que le rodeaba el cuello.

Entonces Gavin parpadeó una vez, la única señal que le daría para indicarle que podía continuar.

Dorian tragó saliva.

—¿Dónde está la tercera llave?

Gavin se puso tenso.

—Tengo prohibido decirlo.

—¿Lo tienes prohibido o no quieres decirlo?

Tal vez debería estar arrodillado, tal vez debería mantener un tono respetuoso. ¿Cuántas leyendas sobre Gavin había leído de niño? ¿Cuántas veces había corrido por el castillo jugando a que era ese rey que ahora estaba parado frente a él?

Dorian sacó el Amuleto de Orynth de su chaqueta y lo dejó meciéndose en el viento helado. Una canción silenciosa y fantasmagórica se filtró del medallón dorado y azul, en lenguas inexistentes.

—Brannon Galathynius desafió a los dioses al poner la llave aquí con una advertencia a Aelin. Lo menos que puedes hacer es darme alguna pista.

Los bordes de Gavin empezaron a borrarse pero su figura seguía visible frente a él. No quedaba mucho tiempo. Para ninguno de los dos.

—Brannon Galathynius era un bastardo arrogante. Yo he visto lo que sucede cuando se interfiere con los planes de los dioses. Las cosas no terminarán

bien.

—Tu esposa, no los dioses, provocó esto.

Gavin le mostró los dientes. Y aunque el hombre tenía muchos años muerto, la magia de Dorian se activó de nuevo, lista para atacar.

—Mi pareja —gruñó Gavin— es el costo de esto. Mi pareja, si las llaves se consiguen, desaparecerá para siempre. ¿Sabes lo que es eso, joven rey? ¿Tener la eternidad… para que luego te sea arrebatada?

Dorian no se molestó en responder a la pregunta.

—No quieres que encuentre la tercera llave porque eso significará el fin de Elena.

Gavin no dijo nada.

Dorian dejó escapar un gruñido.

—Incontables personas morirán si estas llaves no se vuelven a colocar en la puerta —guardó el Amuleto de Orynth nuevamente en su chaqueta y volvió a hacer caso omiso del zumbido sobrenatural que vibraba contra sus huesos—. No puedes ser tan egoísta.

Gavin permaneció en silencio. El viento le azotaba el cabello oscuro. Pero sus ojos brillaron de modo apenas perceptible.

—Dime dónde —exhaló Dorian. Tenía apenas unos minutos antes de que incluso Vesta saliera a buscarlo—. Dime dónde está la tercera llave.

—También se perderá tu vida. Si consigues las llaves y haces el Candado. Tu alma también se perderá. No habrá ni un rastro de ti en el Más Allá.

—A nadie le importaría eso de todas maneras.

A él ciertamente no le importaba. Y de verdad se merecía ese tipo de final por haber fallado tantas veces. Por haber hecho todo lo que había hecho.

Gavin lo contempló largamente. Dorian se mantuvo inmóvil bajo su mirada feroz. Un guerrero que había sobrevivido a la segunda guerra de Erawan.

—Elena ayudó a Aelin —insistió Dorian y su aliento se arremolinó en el espacio que los separaba—. No se amedrentó, ni siquiera por lo que significaba para su destino. Aelin tampoco, aunque no tendrá ni una vida larga con su propia pareja, ni una eternidad con él —dijo. Al igual que yo tampoco las tendré. El corazón le empezó a latir con fuerza y su magia empezó a ascender simultáneamente—. Pero tú sí. Tú sí huirías de esto.

Gavin volvió a mostrarle los dientes.

—Erawan podría ser derrotado sin sellar la puerta.

—Dime cómo y yo encontraré una manera de hacerlo.

Pero Gavin volvió a guardar silencio y apretó los puños a sus costados.

—Si lo supieras, ya se habría hecho hace mucho tiempo —Dorian resopló con suavidad y Gavin negó con la cabeza pero Dorian continuó—. Tus amigos murieron peleando contra las hordas de Erawan. Ayúdame a evitar que los míos tengan el mismo destino. Tal vez ya sea demasiado tarde para algunos de ellos —dijo y sintió que se le revolvía el estómago.

¿Chaol habría logrado llegar al Continente del Sur? Tal vez sería mejor si su amigo nunca regresaba, si se quedaba seguro en Antica. Aunque Chaol jamás haría algo así.

Dorian miró hacia la saliente rocosa tras la cual estaba. No le quedaba mucho tiempo.

—¿Y qué hay de Adarlan? —exigió saber Gavin—. ¿Lo dejarías sin rey? —la pregunta en sí le informaba a Dorian la opinión que el rey tenía de Hollin—. ¿Así es como repararás los años que pasaste sin hacer nada como príncipe heredero?

Dorian recibió el golpe verbal. No era más que la verdad, proveniente de la boca del hombre que le había servido a ese dios sin nombre.

—¿En realidad sigue importando eso?

—Adarlan era mi orgullo.

—Ya no lo merece —respondió Dorian con brusquedad—. No lo ha merecido por mucho, mucho tiempo. Tal vez merece quedar en ruinas.

Gavin ladeó la cabeza.

—Las palabras de un niño descuidado y arrogante. ¿Crees que eres el único que ha sufrido una pérdida?

—Y sin embargo, tu propio miedo a la pérdida te hace escoger a una mujer sobre el destino de todo el mundo.

—Si tuvieras que elegir entre tu mujer o Erilea, ¿tu decisión sería distinta?

Sorscha o el mundo. La pregunta le sonaba hueca. Un poco del fuego de su interior se apagó. Sin embargo, Dorian se atrevió a responder:

—Te engañas sobre el camino que queda por delante, pero le serviste al dios de la verdad.

Chaol le había contado sobre su descubrimiento en las catacumbas debajo del

sistema de alcantarillado de Rifthold en la primavera. El templo olvidado de hueso donde estaba escrita la confesión que había escrito Gavin antes de morir.

—¿Qué tiene él que decir sobre el rol de Elena en esto? —terminó de decir Dorian.

—El Que Todo lo Ve no dice estar relacionado con esas criaturas cobardes —gruñó Gavin.

Dorian podría jurar que un viento polvoriento y seco sopló por el paso.

—¿Entonces qué es él?

—¿No puede haber dioses de muchos lugares? ¿Algunos nacidos en este mundo, otros nacidos en otras partes?

—Esa pregunta se deberá debatir en otro momento —dijo Dorian con seriedad —. Cuando no estemos en guerra —inhaló profundamente. Luego otra vez—. Por favor —exhaló—, por favor ayúdame a salvar a mis amigos. Ayúdame a arreglar esto.

Era lo único que le quedaba, su misión.

Gavin volvió a observarlo, a sopesar lo que le decía. Dorian lo soportó. Lo dejó leer la verdad que estaba escrita en su alma.

El dolor nubló el rostro del rey. Dolor y arrepentimiento que se mezclaron cuando Gavin al fin dijo:

—La llave está en Morath.

Dorian sintió que la boca se le secaba.

—¿Dónde en Morath?

—No lo sé.

Dorian le creía. El temor puro en la mirada de Gavin lo confirmaba. El rey hizo un ademán con la cabeza en dirección a Damaris.

—Esa espada no es ornamental. Permite que te guíe, si no puedes confiar en ti mismo.

—¿Es cierto que dice la verdad?

—La bendijo El Que Todo lo Ve personalmente después de que yo le juré lealtad —dijo Gavin encogiéndose un poco de hombros. Un gesto no del todo domesticado. Como si el hombre en realidad nunca hubiera salido del territorio salvaje de Adarlan donde había ascendido de líder bélico a Alto Rey —. Aún tienes que aprender por ti mismo qué es verdad y qué es mentira.

—¿Pero Damaris me ayudará a encontrar la llave en Morath?

Para entrar a la fortaleza de Erawan, donde se hacían todos esos collares…

Gavin apretó la boca.

—No puedo decirlo. Pero te diré esto: no vayas todavía a Morath. Hazlo hasta que estés listo.

—Estoy listo ahora.

Era una mentira. Gavin también lo sabía. Le costó trabajo no tocarse el cuello, esa franja pálida que siempre le marcaría la piel.

—Morath no es una simple fortaleza —dijo Gavin—. Es un infierno y no es amable con los jóvenes imprudentes —Dorian se puso tenso pero Gavin continuó—. Sabrás cuando estés verdaderamente listo. Permanece en este campamento, si logras convencer a tus acompañantes. El camino te encontrará aquí.

Los bordes de Gavin se deformaron más y su rostro se puso borroso.

Dorian se animó a dar un paso al frente.

—¿Soy humano?

Los ojos de zafiro de Gavin se suavizaron, apenas.

—Yo no soy quien puede responder eso.

Y entonces el rey desapareció.

CAPÍTULO 5

El comandante del callejón dijo que sus últimas órdenes habían salido de Doranelle.

Nadie sabía si debían creerle.

Estaban sentados alrededor de una fogata pequeña en un campo polvoriento en las afueras de una ciudad en ruinas. Lorcan Salvaterre se había limpiado la sangre de las manos hacía rato y volvió a considerar la lógica de la respuesta.

¿Habían descartado la opción más simple? ¿Que Maeve estuviera todo este tiempo en Doranelle, escondida de sus súbditos?

Pero el comandante era un repugnante mentiroso. Le había escupido a Lorcan en la cara antes de que todo terminara.

Sin embargo, el otro comandante que habían encontrado hoy, tras una semana cazándolo en el puerto más cercano, dijo que había recibido órdenes de un reino lejano donde habían buscado hacía tres semanas. En la dirección opuesta de Doranelle.

Lorcan movió la tierra con la punta de la bota.

Ninguno de ellos se sentía con ánimos de hablar desde que el comandante de esta tarde les había dado información que contradecía la que tenían del primero.

—Doranelle es la fortaleza de Maeve —dijo Elide al fin. Su voz tranquila llenó el silencio denso—. Aunque sea simple, tendría sentido que llevara a Aelin allá.

Whitethorn se limitaba a mirar el fuego. No había lavado la sangre de su chaqueta gris oscuro.

—Sería imposible, incluso para Maeve, mantenerla oculta en Doranelle —la contradijo Lorcan—. Ya nos hubiéramos enterado.

No estaba seguro de cuándo había sido la última vez que le había hablado a la mujer frente a él.

Ella no se había amedrentado al verlo interrogar y doblegar a los comandantes de Maeve. Se había asustado un poco en las peores partes, sí, pero había escuchado cada una de las palabras que Rowan y Lorcan les extrajeron. Lorcan suponía que ella habría visto cosas peores en Morath y odiaba que así fuera. Odiaba que su tío monstruoso siguiera respirando.

Pero esa cacería vendría después. Después de que encontraran a Aelin. O lo que quedara de ella.

La mirada de Elide se puso fría, muy fría, y respondió:

—Maeve logró esconder a Gavriel y Fenrys de Rowan en la Bahía de la Calavera. Y de alguna manera ocultó e hizo desaparecer toda su flota.

Lorcan no respondió. Elide continuó con la mirada inalterada:

—Maeve sabe que Doranelle sería el sitio obvio, la elección que probablemente no investigaríamos porque es demasiado simple. Anticipó que pensaríamos que se llevaría a Aelin a la zona más alejada de Erilea en vez de regresar directamente a casa.

—Maeve tendría la ventaja de recurrir fácilmente al ejército —agregó Gavriel y su garganta tatuada se movió cuando tragó saliva—. Lo cual haría mucho más difícil el rescate.

Lorcan se controló para no decirle a Gavriel que se callara la boca. No le había pasado desapercibido cómo Gavriel se esforzaba por ayudar a Elide, por hablar con ella. Y sí, una pequeña parte de él se lo agradecía, ya que le quedaba clarísimo que ella no aceptaría ninguna ayuda de él.

Que Hellas lo maldijera, él había tenido que recurrir a cortar su camisa para que Whitethorn y Gavriel le dieran las compresas para su ciclo. Había amenazado con despellejarlos si le decían que era de él, y Elide, con su sentido del olfato de humana, no lo pudo oler en la tela.

No sabía por qué se molestaba. No había olvidado sus palabras aquel día en la playa.

Espero que pases el resto de tu miserable vida inmortal sufriendo. Espero que te quedes solo. Espero que vivas con el arrepentimiento y la culpa en tu corazón y que nunca encuentres una manera de soportarlo.

Su juramento, su maldición o lo que hubiera sido, se había convertido en realidad. Cada una de sus palabras.

Había destrozado algo. Algo de un valor inconmensurable. Nunca le había importado hasta ahora.

Incluso el juramento de sangre cercenado, que todavía era una herida abierta en su alma, no se acercaba ni remotamente al agujero que aparecía en su pecho cuando la veía.

Ella le había ofrecido un hogar en Perranth sabiendo que él sería un hombre sin honor. Le había ofrecido un hogar con ella.

Pero no había sido el rompimiento del juramento de Maeve lo que hizo que ella retirara su oferta. Había sido una traición tan grande que él no sabía cómo arreglarlo.

¿Dónde está Aelin? ¿Dónde está mi esposa?

La esposa de Whitethorn, y su pareja. Solamente esta misión, esta búsqueda interminable de Aelin, era lo que evitaba que Lorcan se perdiera en un pozo del cual nunca más podría volver a emerger.

Tal vez si la encontraran, si quedara lo suficiente de Aelin tras lo que le hubiera hecho Cairn, podría encontrar cómo vivir consigo mismo. Cómo soportar a esta… persona en quien se había convertido. Tal vez tardaría otros quinientos años en lograrlo.

No se permitió considerar que Elide sería poco más que polvo para ese entonces. Tan sólo de pensarlo sentía cómo la cena raquítica de pan viejo y queso duro se le revolvía en el estómago.

Un tonto… era un tonto inmortal y estúpido por haber iniciado este camino con ella, por olvidar que, aunque ella lo perdonara, de todas maneras seguía siendo mortal.

Al fin, Lorcan dijo:

—También tendría sentido que Maeve fuera con los akkadianos, como dijo el comandante hoy. Maeve tiene lazos con ese reino desde hace mucho tiempo —continuó. Él, Whitethorn y Gavriel habían ido a la guerra y regresado de esos territorios arenosos. Deseaba nunca volver a ese lugar—. Sus ejércitos la protegerían.

Porque sería necesario un ejército para que Whitethorn no alcanzara a su pareja.

Volteó a ver al príncipe, quien no dio ninguna señal de haber estado escuchando. Lorcan no quería considerar si Whitethorn pronto necesitaría agregar un tatuaje al otro lado de su cara.

—El comandante fue mucho más cooperativo hoy —continuó diciéndole Lorcan al príncipe con quien había combatido lado a lado por tantos siglos, que había sido un bastado infeliz y frío como Lorcan hasta esta primavera—. Apenas lo empezaste a amenazar y cantó. El que dijo que Maeve estaba en Doranelle seguía riendo al final.

—Yo creo que está en Doranelle —interrumpió Elide—. Anneith me dijo que escuchara ese día. No lo hizo las otras dos ocasiones.

—Sí, es algo que debemos considerar —aceptó Lorcan, y a Elide le brillaron

los ojos con irritación—. Aunque no veo ningún motivo para creer que los dioses serían tan claros.

—Palabras del hombre que siente el toque de un dios que le dice cuándo correr o cuándo pelear —respondió bruscamente Elide.

Lorcan no le hizo caso, no hizo caso a esa verdad. No había sentido el toque de Hellas desde los Pantanos Rocosos. Como si inclusive el dios de la muerte sintiera repulsión por él.

—La frontera de Akkadia está a tres días a caballo de aquí. La capital a tres días más. Doranelle está a más de dos semanas, y eso si viajamos casi sin descanso.

El tiempo no estaba de su lado. Con las llaves del Wyrd, con Erawan, con la guerra que seguramente estaba desatándose en el propio continente de Elide, todo retraso tenía un precio. Eso sin mencionar lo que cada día le provocaría sin duda a la reina de Terrasen.

Elide abrió la boca pero Lorcan la interrumpió:

—Y por otro lado, llegar a la fortaleza de Maeve agotados y hambrientos… No tendríamos ninguna probabilidad. Y con el velo que ella es capaz de generar, es posible que pasemos literalmente junto a Aelin y nunca nos demos cuenta.

Las fosas nasales de Elide se abrieron un poco pero volteó a hablar con Rowan.

—Es tu decisión, príncipe.

No era sólo un príncipe, ya no. Era el consorte de la reina de Terrasen.

Al fin, Whitethorn levantó la cabeza. Y esos ojos verdes se posaron en Lorcan, quien soportó el peso de su mirada, el dominio innato. Había estado esperando que Rowan se vengara como él lo merecía, había estado esperando ese golpe. Deseaba recibirlo. No había llegado.

—Ya llegamos hasta este punto en el sur —dijo Rowan al fin con voz baja—. Será mejor ir a Akkadia que arriesgarnos a ir hasta Doranelle para descubrir que nos equivocamos.

Y eso fue todo.

Elide solamente le lanzó una mirada furiosa a Lorcan y se puso de pie con el pretexto de tener que ir a atender sus necesidades antes de dormir. Su caminar era estable al avanzar por el pasto crujiente, gracias a la férula de magia que Gavriel mantenía alrededor de su tobillo.

Pero Lorcan sabía que debería ser su magia la que la estuviera ayudando. La que estuviera tocando su piel.

Los pasos de Elide se volvieron distantes, casi silenciosos. Por lo general, iba más lejos de lo necesario para evitar que la alcanzaran a oír. Lorcan le dio unos cuantos minutos y luego salió caminando tras ella hacia la oscuridad.

Elide ya venía de regreso y se detuvo sobre una pequeña colina, apenas un montículo de tierra en el campo.

—Qué quieres.

Lorcan siguió caminando hasta que llegó a la base de la colina y se detuvo.

—Akkadia es la elección más sabia.

—Rowan decidió lo mismo. Debes estar complacido.

Intentó pasar a su lado pero Lorcan se interpuso en su camino. Ella levantó la cabeza para verlo a la cara pero él nunca se había sentido tan pequeño. Más bajo de estatura.

—Yo no insistí en Akkadia para molestarte —logró decir.

—No me importa.

Ella intentó volver a rodearlo pero Lorcan se lo impidió con facilidad.

—Yo no… —las palabras se le atoraban en la garganta—. Yo no quería que esto sucediera.

Elide dejó escapar una risa suave y agresiva.

—Por supuesto que no. ¿Por qué podrías tener la intención de que tu maravillosa reina cortara el juramento de sangre?

—Eso no me importa —dijo Lorcan. Era verdad. Nunca había dicho palabras más ciertas—. Sólo quiero arreglar las cosas.

Ella frunció los labios.

—Tal vez consideraría creer eso si no te hubiera visto arrastrándote tras Maeve en la playa.

Lorcan parpadeó al escuchar las palabras, el odio que contenían. Estaba tan impactado que en esta ocasión sí le permitió pasar junto a él. Elide ni siquiera volteó a verlo.

Hasta que Lorcan dijo:

—Yo no me arrastré tras Maeve.

Ella se detuvo y su cabello se meció con el movimiento. Lentamente, volteó a

verlo por encima del hombro. Imperiosa y fría como las estrellas sobre ellos.

—Me arrastré… —dijo y tragó saliva—. Me arrastré tras Aelin.

Intentó apartar de su mente la arena sangrienta, los gritos de la reina, sus últimos ruegos a Elide. Los bloqueó y dijo:

—Cuando Maeve cercenó el juramento, no podía moverme, apenas podía respirar.

La agonía era tal que Lorcan no podía imaginar cómo sería si hubiera cortado el juramento él solo, sin órdenes. No era el tipo de dolor del cual uno podía alejarse.

El juramento podía estirarse, adelgazarse. El hecho de que Vaughan, el último de su grupo, sin duda seguía recorriendo los campos en el norte en su «cacería» de Lorcan era prueba suficiente de que las restricciones del juramento de sangre eran flexibles. Pero romperlo directamente por su propia voluntad, encontrar otra manera de romper ese vínculo, sería aceptar la muerte.

Durante estos meses se había preguntado si eso era lo que debía haber hecho.

Lorcan tragó saliva.

—Intenté llegar a ella. Con Aelin. Intenté llegar a esa caja —agregó con voz tan baja que sólo Elide lo alcanzó a oír—. Lo prometo.

Su palabra era su garantía, el único bien que tenía para negociar. Eso se lo había dicho alguna vez a ella, durante las semanas que pasaron viajando. No vio ningún destello en la mirada de Elide que le demostrara que recordaba eso.

Elide simplemente caminó de regreso al campamento. Lorcan permaneció donde estaba.

Él había hecho esto. Él le había provocado esto a ella, a ellos.

Elide llegó a la fogata del campamento y Lorcan finalmente la siguió. Se acercó al anillo de luz a tiempo para verla sentarse junto a Gavriel con la boca apretada con fuerza.

El León le murmuró:

—No estaba mintiendo, ¿sabes?

Lorcan apretó la mandíbula y no hizo ningún esfuerzo por disimular sus pasos. Si los oídos de Gavriel eran lo suficientemente agudos para haber escuchado toda su conversación, sin duda el León ya sabía que venía de regreso. Y ciertamente sabía que no debía meter sus narices en sus asuntos.

Pero Lorcan se descubrió de todas maneras estudiando la cara de Elide, esperando su respuesta.

Y cuando ella ignoró tanto al León como a Lorcan, deseó no haber dicho ni una palabra.

El príncipe Rowan Whitethorn Galathynius, consorte, esposo y pareja de la reina de Terrasen, sabía que estaba soñando.

Lo sabía porque la podía ver.

Sólo había oscuridad aquí. Y viento. Y un enorme abismo que los separaba.

Ese abismo, esa grieta en el mundo, no tenía fondo. Pero él alcanzaba a oír susurros que se deslizaban por ahí, muy abajo.

Ella estaba de pie dándole la espalda. Su cabello volaba como una cortina de oro. Estaba más largo que la última vez que lo había visto.

Intentó transformarse, volar para cruzar el abismo. La magia innata de su cuerpo no lo obedeció. Encerrado en su cuerpo de hada, el salto era demasiado largo y sólo podía mirar en dirección a ella, percibir su aroma —jazmín, cedrón y brasas crujientes— que flotaba en su dirección con el viento. El viento no le reveló ningún secreto, no tenía ninguna canción que cantar.

Era un viento de muerte, de frío, de nada.

Aelin.

Él no tenía voz aquí pero pronunció su nombre. Lo lanzó al otro lado del barranco que los separaba.

Lentamente, ella volteó a verlo.

Era su rostro… o lo sería en unos años. Cuando se Estableciera.

Pero no fueron los rasgos ligeramente más maduros los que le quitaron el aliento.

Fue la mano sobre su vientre redondo.

Ella miró en su dirección. Su cabello seguía volando. Tras ella, aparecieron cuatro figuras pequeñas.

Rowan cayó de rodillas.

La más alta: una niña de cabello dorado y ojos color verde pino, rostro solemne y orgulloso como el de su madre. El niño que estaba junto a ella era casi de la misma altura y le sonrió, una expresión cálida y brillante, con los ojos Ashryver casi encendidos debajo de su cabellera plateada. El niño a su lado, de cabello de plata y ojos verdes, bien podría haber sido el gemelo de

Rowan. Y la niña más pequeña, aferrada a las piernas de su madre… Una niña de huesos delicados y cabello plateado, apenas más grande que un bebé, con ojos azules que se remontaban a un linaje que él desconocía.

Niños. Sus hijos. Los hijos de ambos.

Con otro a unas pocas semanas de nacer.

Su familia.

La familia que podría tener, el futuro que podría tener. Lo más hermoso que había visto jamás.

Aelin.

Sus hijos se acercaron más a ella y la niña mayor levantó la vista hacia Aelin como advertencia.

Entonces Rowan lo sintió. Un viento negro, mortífero y poderoso, que soplaba hacia ellos.

Intentó gritar. Intentó ponerse de pie, encontrar una manera de llegar a su lado.

Pero el viento negro llegó con un rugido, destrozando y rasgando todo en su camino.

Seguían viéndolo cuando se los llevó a ellos también.

Hasta que lo único que quedó fue polvo y sombras.

Rowan despertó de golpe. Su corazón latía desbocado y su cuerpo le gritaba que se moviera, que luchara.

Pero no había nada ni nadie contra quien luchar aquí, en este campo polvoriento bajo las estrellas.

Un sueño. El mismo sueño.

Se frotó la cara y se sentó en su saco de dormir. Los caballos dormían sin dar señas de angustia. Gavriel, el León, estaba vigilando en su forma de gato montés justo fuera del círculo de luz de la fogata. Sus ojos brillaban en la oscuridad. Elide y Lorcan no se movieron en su sueño profundo.

Rowan estudió la posición de las estrellas. Amanecería en unas pocas horas.

Y entonces se dirigirían a Akkadia… a esa tierra de matorrales y arena.

Mientras Elide y Lorcan debatían a dónde ir, él lo había considerado por su cuenta. Si debería volar a Doranelle solo y arriesgarse a perder varios días preciosos en una búsqueda que podría ser inútil.

Si Vaughan estuviera con ellos, si Vaughan hubiera sido liberado, tal vez podría haber enviado al guerrero en su forma de águila pescadora a Doranelle mientras ellos avanzaban hacia Akkadia.

Rowan lo volvió a considerar. Si presionaba a su magia, si aprovechaba los vientos, las dos semanas para llegar a Doranelle se podrían cubrir en cuestión de días. Pero si por alguna razón encontraba a Aelin… Había luchado en suficientes batallas como para saber que necesitaría de la fuerza de Lorcan y Gavriel antes de que todo pudiera terminar. Sabía que podría poner en peligro a Aelin si intentara liberarla sin su ayuda. Lo cual podría entonces implicar volar de regreso para después hacer el viaje agonizantemente lento al norte.

Y Akkadia estaba muy cerca, lo cual hacía que la decisión de buscar ahí primero fuera la más sabia. En caso de que el comandante de hoy hubiera dicho la verdad. Y en caso de que lo que habían aprendido en Akkadia los condujera a Doranelle, entonces irían. Juntos.

Aunque fuera en contra de todos sus instintos como la pareja de Aelin. Como su esposo. Aunque cada día, cada hora que Aelin pasara en las garras de Maeve probablemente le estaba provocando más sufrimiento de lo que él podía atreverse a pensar.

Así que viajarían a Akkadia. En unos cuantos días, entrarían a las planicies y luego se acercarían a las distantes colinas secas más allá. Cuando empezaran las lluvias del invierno, la planicie reverdecería con mucha vida, pero después del verano ardiente, las tierras estarían todavía color café y trigo, el agua escasa.

Se aseguraría de que se aprovisionaran bien en el siguiente río. Suficiente también para los caballos. Podría ser que les faltara también comida, pero había animales para cazar en las planicies. Conejos enjutos y pequeños, animales peludos que se enterraban en la tierra cuarteada. Precisamente el tipo de comida que le provocaba escalofríos a Aelin.

Gavriel notó el movimiento en el campamento y se acercó. Sus enormes patas se movían silenciosamente incluso en el pasto seco. Los ojos amarillentos e inquisitivos le parpadearon.

Rowan negó con la cabeza ante la pregunta que el León no hizo:

—Duerme un poco. Yo me encargo.

Gavriel ladeó la cabeza con un gesto que Rowan sabía que significaba ¿Estás bien?

Extraño… seguía siendo extraño trabajar con el León, con Lorcan, sin los vínculos del juramento de Maeve obligándolos a hacerlo. Saber que estaban aquí porque así lo querían.

Rowan no estaba seguro de en qué los convertía eso, exactamente.

Rowan no hizo caso a la pregunta silenciosa de Gavriel y fijó la mirada en el fuego que se iba apagando.

—Descansa mientras puedas.

Gavriel no protestó al dirigirse hacia su saco de dormir y se dejó caer en él con un suspiro felino.

Rowan reprimió el sentimiento de culpa que quiso aflorar en él. Los había estado presionando mucho. No se habían quejado, no le habían pedido que redujera la velocidad a la que los llevaba.

Desde aquel día en la playa, él no había sentido nada en el vínculo. Nada.

Ella no estaba muerta, porque el vínculo todavía existía, pero… estaba silencioso.

Él lo pensó mucho durante las largas horas de este viaje, en las horas que estaba de guardia. Incluso durante las horas que se suponía debía estar durmiendo.

No había sentido dolor en el vínculo ese día en Eyllwe. Lo sintió cuando Dorian Havilliard la apuñaló en el castillo de cristal, había sentido el vínculo —lo que él tan estúpidamente había pensado era el vínculo carranam entre ellos— estirarse casi hasta el punto de quiebre cuando ella había estado tan tan cerca de la muerte.

Sin embargo, aquel día en la playa cuando Maeve la atacó, luego cuando Cairn la azotó con el látigo…

Rowan apretó la mandíbula con tanta fuerza que le dolió y sintió que el estómago se le revolvía. Miró en dirección a Goldryn, que estaba a su lado junto al saco de dormir.

Con suavidad, colocó la espada frente a él y miró el rubí en el centro de la empuñadura, su brillo ardiente bajo la luz de la fogata.

Aelin había sentido la flecha que él recibió durante la pelea con Manon en el templo de Temis. O había sentido un tirón con la fuerza suficiente para saber, en ese momento, que eran una pareja.

Sin embargo él no había sentido nada ese día en la playa.

Tenía la sensación de saber la respuesta. Sabía que probablemente Maeve era la causante, era la responsable del obstáculo que amortiguaba su conexión. Se había metido a su mente para engañarlo y hacerle creer que Lyria era su pareja. Había engañado los instintos que lo convertían en hada macho. Sin duda no estaba más allá de sus poderes encontrar una manera de apagar lo que fluía entre él y Aelin, de evitar que él supiera en cuánto peligro estaba ella, y ahora evitaba que la encontrara.

Pero él debía haberlo sabido. Sobre Aelin. No debía haber esperado a conseguir los guivernos y a los demás. Debería haber volado directo a la playa y no haber desperdiciado esos minutos tan valiosos.

Pareja. Su pareja.

Eso también debería haberlo sabido. Aunque la rabia y el dolor lo hubieran convertido en un miserable bastardo, debería haber sabido quién era ella, quién era desde el momento en que la mordió en Mistward, incapaz de controlar su impulso por proclamarla como suya. El momento en que su sangre tocó su lengua y le cantó, y luego se negó a dejarlo en paz porque el sabor permaneció con él durante meses.

En vez de eso, pelearon. Él les había permitido pelear… así de perdido estaba en su rabia y su hielo. Ella también estaba perdida en su furia y había escupido unas palabras tan odiosas e impronunciables que él la trató como a cualquier otro individuo bajo su mando que le hubiera contestado mal. Sin embargo, esos días todavía lo atormentaban. Aunque Rowan sabía que si en algún momento mencionaba esas peleas con algo de vergüenza, Aelin le diría que era un tonto.

No sabía qué hacer sobre el tatuaje de su cara, su cuello y su brazo. La mentira que contaba sobre su pérdida y la verdad que revelaba sobre su ceguera.

Él había amado a Lyria, eso era verdad. Y la culpa de eso lo carcomía vivo cada vez que lo pensaba pero ahora lo podía entender. Por qué Lyria había estado tan temerosa de él los primeros meses, por qué había sido tan difícil cortejarla, a pesar del vínculo de pareja ya que su verdad también era desconocida para Lyria. Ella había sido amable, y callada y gentil. Un tipo de fuerza distinto, sí, pero no lo que él hubiera elegido.

Se odiaba por pensar eso.

A pesar de la rabia que lo consumía por pensarlo, por pensar en lo que le habían robado. A Lyria también. Aelin había sido suya, y él de ella, desde el principio. Antes de eso. Y Maeve había planeado romper eso, romperla a ella para conseguir lo que quería.

No permitiría que eso se quedara sin castigo. Al igual que no olvidaría que Lyria, independientemente de lo que hubiera existido en verdad entre ellos, estaba embarazada de su hijo cuando Maeve envió esas fuerzas enemigas a su hogar en la montaña. Nunca perdonaría eso.

Te mataré, le había dicho Aelin a Maeve cuando se enteró de lo que había hecho. La terrible manipulación de Maeve que lo había destrozado, y había destrozado a Lyria. Elide le había contado a Rowan cada una de las palabras de su encuentro, una y otra vez. Te mataré.

Rowan se quedó mirando el corazón ardiente del rubí de Goldryn.

Rezó para que ese fuego, esa rabia, no se hubiera resquebrajado. Sabía cuántos días habían pasado, sabía quién había prometido Maeve que se encargaría de la tortura. Sabía que tenía todo en su contra. Él había pasado dos semanas atado a la mesa del enemigo. Todavía tenía la cicatriz en el brazo que le provocó uno de sus instrumentos más creativos.

Prisa. Tenían prisa.

Rowan se inclinó y recargó la frente contra la empuñadura de Goldryn. El metal se sentía tibio, como si todavía tuviera un suspiro de la flama de su portadora.

No había pisado Akkadia desde aquella última guerra terrible. Aunque él había llevado a las hadas y soldados mortales a la victoria, no tenía ningún deseo de volver a ver ese lugar.

Pero irían a Akkadia.

Y si la encontraba, si la liberaba… Rowan no se permitió pensar más allá de eso.

La otra verdad que enfrentarían, la otra carga. Dile a Rowan que siento mucho haber mentido. Pero dile que de todas maneras teníamos el tiempo contado. Incluso antes de hoy, sabía que teníamos el tiempo contado, pero de todas maneras desearía que hubiéramos tenido más.

Se negaba a aceptarlo. Nunca aceptaría que ella sería el precio a pagar para terminar esto, para salvar su mundo.

Rowan miró el manto de estrellas sobre su cabeza.

Mientras todas las demás constelaciones siguieron su camino, el Señor del Norte permanecía, la estrella inmortal entre sus cuernos apuntaba hacia casa. A Terrasen.

Dile que tiene que pelear. Debe salvar Terrasen, y dile que recuerde los votos que hizo conmigo.

El tiempo no estaba a su favor para el asunto con Maeve ni tampoco con la guerra que estaba desencadenándose en su propio continente. Pero no tenía ninguna intención de regresar sin ella, independientemente de lo que ella le hubiera pedido antes de separarse, independientemente de los juramentos que había hecho al casarse con ella de cuidar y gobernar Terrasen.

Y dile que gracias, por recorrer ese camino oscuro conmigo de regreso a la luz.

Había sido un honor. Desde el principio, había sido un honor para él, el mayor honor de su vida inmortal.

Una vida inmortal que compartirían, de alguna manera. No aceptaría ninguna

otra alternativa.

Rowan lo juró en silencio a las estrellas.

Podría haber jurado que el Señor del Norte destelló ante eso.

CAPÍTULO 6

Los vientos invernales que se batían sobre las olas violentas helaron a Chaol Westfall desde el instante en que salió de su camarote bajo cubierta. A pesar de su gruesa capa azul, el frío húmedo se le colaba hasta los huesos y ahora, mientras estudiaba el agua, parecía como si la densa capa de nubes no fuera a abrir nunca. El invierno empezaba a entrar al continente, con la misma certeza que las legiones de Morath.

La mañana fresca no había revelado nada, solamente los mares revueltos y los soldados y marineros estoicos que habían mantenido este barco navegando con rapidez hacia el norte. Tras ellos, a sus flancos, venía la mitad de la flota del khagan. La otra mitad seguía en el continente sur mientras se reunía el resto de la armada del gran imperio. Tendrían sólo unas semanas de retraso si el clima cooperaba.

Chaol rezó para que ese viento helado de sal así lo hiciera. Ya que, a pesar del tamaño de la flota reunida tras ellos, y a pesar de los mil jinetes de ruks que estaban saliendo por los aires desde sus nidos en los barcos para su cacería matutina sobre las olas, de todas maneras era posible que no fueran suficientes contra Morath.

Y tal vez no llegarían a tiempo para que su ejército hiciera la diferencia de cualquier modo.

En tres semanas de navegación habían escuchado pocas noticias sobre las huestes que habían reunido sus amigos y que supuestamente llevarían a Terrasen, y se habían mantenido lo suficientemente lejos de la costa como para evitar cualquier barco, o guiverno, del enemigo. Pero eso cambiaría hoy.

Un brazo tibio y delicado lo tomó del suyo y una cabeza de cabello castaño dorado se recargó contra su hombro.

—Está helado acá afuera —murmuró Yrene y frunció el ceño al ver las olas azotadas por el viento.

Chaol le dio un beso en la cabeza.

—El frío ayuda a forjar el carácter.

Ella ahogó una risa y el vapor de su aliento desapareció de inmediato por el viento.

—Hablas como un auténtico hombre del norte.

Chaol le pasó el brazo alrededor de los hombros y la acercó a él.

—¿No te estoy ofreciendo suficiente calor estos días, esposa?

Yrene se sonrojó y le dio un codazo en las costillas.

—Tarado.

Ya había pasado más de un mes y él seguía maravillándose ante la palabra: esposa. Ante la mujer que estaba a su lado, que había sanado su alma fracturada y agotada.

Su columna vertebral era secundaria a eso. Había pasado estos largos días en el barco practicando cómo podría pelear —ya fuera a caballo o con un bastón o desde su silla de ruedas— en los ratos en los que el poder de Yrene se agotaba lo suficiente para que el vínculo vital que los unía se adelgazara y permitiera que la lesión volviera a tomar el control.

Su columna no había sanado, no realmente. Nunca lo haría. Había sido el precio a pagar para salvar su vida después de que una princesa del Valg lo había llevado al borde de la muerte. Pero no lo sentía como un precio demasiado alto.

Nunca habían sido una carga: la silla, la lesión. No lo serían ahora tampoco.

Pero la otra parte de ese trato con la diosa que había guiado a Yrene toda su vida, que la había llevado a las costas de Antica y ahora de vuelta a su propio continente… esa parte le provocaba mucho temor.

Si él moría, Yrene se iría también.

Para transmitirle su poder de sanación y que así pudiera caminar cuando ella no tenía demasiado agotada su magia, sus vidas mismas se habían entrelazado.

Así que si él caía en batalla contra las legiones de Morath… No se perdería solamente su vida.

—Estás pensando demasiado —le dijo Yrene con el entrecejo fruncido—. ¿Qué pasa?

Chaol movió la barbilla en dirección al barco que navegaba más cercano a ellos. En la popa había dos ruks, uno dorado y uno rojizo, alertas. Ambos estaban ensillados aunque no había señal de los jinetes de Kadara o de Salkhi.

—No puedo distinguir si estás señalando los ruks o el hecho de que Nesryn y Sartaq fueron lo suficientemente inteligentes para quedarse en cama en una mañana como ésta —como deberíamos haber hecho nosotros, agregaron sus

ojos dorados con acidez.

Entonces fue el turno de Chaol de darle un suave codazo.

—Tú me despertaste a mí esta mañana, ¿sabes?

Le dio un beso suave en el cuello, un recordatorio preciso de cómo, exactamente, lo había despertado Yrene. Y lo que habían pasado haciendo en la madrugada alrededor de una hora.

Tan sólo la sedosidad tibia de la piel de Yrene contra sus labios fue suficiente para calentarle los huesos.

—Podemos regresar a la cama, si quieres —murmuró.

Yrene dejó escapar un sonido suave y sin aliento y Chaol sintió cómo sus manos ansiaban recorrer su cuerpo envuelto en ropa cálida. A pesar de tener poco tiempo y estar apresurándose hacia el norte, él amaba aprenderse todos los sonidos que ella hacía, amaba provocárselos.

Pero Chaol apartó la cabeza del cuello de Yrene para volver a señalar a los ruks.

—Saldrán en una misión de exploración pronto —podría apostar que Nesryn y el recién coronado heredero del khagan estaban poniéndose sus armas y sus ropas en ese momento—. Ya nos adentramos lo suficiente hacia el norte como para tener que empezar a buscar dónde atracar.

Para poder decidir dónde exactamente atracarían la flota y desde dónde marcharían tierra adentro lo más rápido posible.

Si Rifthold seguía en manos de Erawan y las legiones de Dientes de Hierro, entonces navegar río arriba por el Avery y marchar al norte hacia Terrasen no sería la mejor opción. Pero el rey del Valg podría tener soldados esperándolos en cualquier punto más adelante. Eso sin mencionar la flota de la reina Maeve, que había desaparecido después de su batalla con Aelin y afortunadamente no había vuelto a aparecer.

Según los cálculos de su capitán, debían estar aproximándose a la frontera que Fenharrow compartía con Adarlan. Así que necesitaban decidir hacia dónde, exactamente, estarían navegando. Lo más rápido posible.

Ya habían perdido tiempo muy valioso al esquivar las Islas Muertas, a pesar de saber que ya eran del capitán Rolfe otra vez. Morath ya se había enterado probablemente sobre su viaje, pero no hacía falta anunciar su posición exacta.

Pero esta discreción les había costado: no tenía noticias sobre la ubicación de Dorian. Ni una palabra sobre si habría ido al norte con Aelin y la flota que ella había reunido de diversos reinos. Chaol debía conformarse con rezar por que Dorian lo hubiera logrado y que permaneciera a salvo.

Yrene miró con atención a los dos ruks del barco vecino.

—¿Cuántos exploradores irán?

—Sólo ellos.

Yrene abrió los ojos alarmada.

—Es más fácil que un número pequeño se mantenga oculto —explicó Chaol y señaló el cielo—. La capa de nubes de hoy hace que sea el momento ideal para explorar también —dijo. Pero al ver que la preocupación en el rostro de Yrene no disminuía, agregó—: Tendremos que pelear en esta guerra en algún momento, Yrene.

¿Cuántas vidas estaría cobrando Erawan por cada día que ellos tardaran?

—Lo sé —respondió ella y tomó el relicario de plata que colgaba de su cuello. Él se lo había dado y le había pedido a un maestro joyero que grabara en su superficie las montañas y mares. En el interior, tenía todavía la nota que Aelin Galathynius le había dejado a Yrene años atrás, cuando trabajaba como cantinera en un puerto pequeño, cuando su reina vivía como asesina con otro nombre.

—Solamente… Sé que es una tontería, pero de alguna manera no pensé que este día llegaría tan pronto.

Él no diría que estas semanas en el mar habían pasado rápidamente, pero entendía a qué se refería ella.

—Estos últimos días serán los más largos.

Yrene se recargó en él y lo abrazó de la cintura.

—Tengo que ir a revisar las provisiones. Le pediré a Borte que me lleve al barco de Hasar.

Arcas, el ruk de la feroz jinete, seguía dormido en su sitio de siempre, en la popa.

—Tal vez tengas que esperar un rato para hacerlo.

Sí, ambos habían aprendido durante estas semanas a no molestar ni al ruk ni a la jinete cuando dormían. Que los dioses se apiadaran de ellos si Borte y Aelin algún día se conocían.

Yrene sonrió y le tomó la cara entre las manos. Sus ojos despejados estudiaron los de él.

—Te amo —dijo con suavidad.

Chaol inclinó la frente hasta que se apoyó en la de ella.

—Dime eso cuando estemos metidos hasta las rodillas en lodo congelado, ¿sí?

Ella rio pero no hizo ningún movimiento para alejarse. Él tampoco.

Así que, frente con frente y alma con alma, permanecieron de pie bajo el viento inclemente, sobre las olas enormes y esperaron las noticias de lo que habían descubierto los ruks.

Había olvidado el estúpido frío del norte.

Ni siquiera mientras vivió con los jinetes de ruks en las montañas Tavan, Nesryn Faliq había estado tan congelada como ahora.

Y el invierno no había llegado del todo.

Sin embargo, Salkhi no mostraba ni una señal de que el frío le afectara mientras volaban sobre nube y mar. Pero eso también podría deberse a que Kadara iba volando a su lado y la ruk dorada no se inmutaba bajo el viento implacable.

Cariño… su ruk había desarrollado cariño y una incansable admiración por la ruk de Sartaq. Aunque Nesryn suponía que lo mismo se podía decir sobre ella y el jinete de la ruk.

Nesryn apartó la mirada de las nubes arremolinadas y grises y miró de reojo al jinete a su izquierda.

Ya le había crecido el cabello un poco. Apenas lo suficiente para podérselo trenzar y que no le revoloteara en el viento.

Al percibir su mirada, el heredero del khaganato le hizo una señal, ¿Todo bien?

Nesryn se sonrojó a pesar del frío pero le indicó con los dedos torpes y entumidos: Todo bien.

Se sentía como una estudiante ingenua. En eso se había convertido al estar con el príncipe, sin importar el hecho de que llevaban varias semanas compartiendo cama ni lo que él había prometido para su futuro.

Que gobernara a su lado. Como la futura emperatriz del khaganato.

Por supuesto, era absurdo. La idea de vestirse como la madre de Sartaq, con esos vestidos hermosos y holgados y esos tocados majestuosos… No, ella estaba hecha para el traje de cuero de los rukhin, para el peso del acero, no las joyas. Se lo había dicho a Sartaq. Muchas veces.

Él se había reído de ella. Le había dicho que podría caminar por el castillo desnuda si así lo quería. Que lo que ella usara o dejara de usar no le molestaría en lo más mínimo.

Pero seguía siendo una idea ridícula. Una que el príncipe parecía creer era la única opción para su futuro. Él había apostado su corona a ello, le había dicho a su padre que si ser el príncipe significaba no estar con ella, que entonces se alejaría del trono. El khagan entonces le ofreció el título de heredero.

Antes de irse, sus hermanos no parecían haberse molestado por ello, aunque habían pasado todas sus vidas luchando por hacer que su padre los coronara como herederos. Inclusive Hasar, que iba en el barco con ellos, había controlado su lengua afilada y sus comentarios mordaces. Si Kashin, Arghun o Duva, quienes permanecieron en Antica con la promesa de parte de Kashin de alcanzarlos con el resto del ejército de su padre, habían cambiado de opinión sobre la designación de Sartaq como heredero, eso Nesryn no lo sabía.

Un movimiento a su derecha la hizo guiar a Salkhi en esa dirección.

Falkan Ennar, el metamorfo y comerciante convertido en espía rukhin, había adoptado la forma de un halcón desde esa mañana y se valió de la sorprendente velocidad de esas criaturas para adelantarse. Debió haber visto algo porque descendió y pasó volando a su lado y luego volvió a volar tierra adentro. Síganme, parecía estarles diciendo.

Navegar hasta Terrasen seguía siendo una opción, dependiendo de lo que encontraran hoy a lo largo de la costa. Si Lysandra todavía estaba ahí, si seguía con vida, eso era otro asunto.

Falkan había jurado que su fortuna y sus propiedades le serían heredadas a ella mucho antes de saber que ella había sobrevivido a la niñez o heredado los dones de su familia. Una familia extraña de los Yermos, que se había desperdigado por el continente. Su hermano terminó en Adarlan el tiempo suficiente para engendrar a Lysandra y abandonar a su madre.

Pero Falkan no había hablado de esos deseos desde que salieron de las montañas Tavan y en vez de eso se había dedicado a ayudar de todas las maneras posibles: principalmente haciendo viajes de exploración. Pero pronto llegaría el momento en que necesitarían más ayuda, como la habían necesitado contra las kharankui en los Páramos de Dagul.

Tal vez tan importante como el ejército que los acompañaba era la información que habían conseguido. Que Maeve para nada era una reina hada sino una impostora del Valg. Una antigua reina del Valg que se había infiltrado a Doranelle en los albores del tiempo, que había intervenido en las mentes de las reinas hermanas y las había convencido de que tenían una hermana mayor.

Tal vez ese conocimiento no tendría ningún uso en esta guerra. Pero tal vez podría desviarla de alguna manera. Saber que había otro enemigo a sus espaldas. Y que Maeve había huido a Erilea para escapar del rey del Valg con quien se había casado, hermano de otros dos, que a su vez habían desgajado las llaves del Wyrd del portal y habían recorrido mundos para encontrarla.

Que los tres reyes del Valg hubieran irrumpido en este mundo solamente para

ser detenidos aquí, sin saber que su presa ahora acechaba desde un trono en Doranelle, era un giro raro del destino. De esos tres reyes, sólo Erawan, el hermano de Orcus, el esposo de Maeve, permanecía aquí. ¿Qué pagaría por saber quién era ella en realidad?

Tal vez era una pregunta para que la consideraran otras personas. Que pensaran cómo se podría utilizar.

Falkan voló hacia abajo entre las nubes y Nesryn lo siguió.

El aire frío y húmedo le azotaba el cuerpo pero Nesryn se inclinó hacia su ruk que descendía volando. Salkhi seguía a Falkan sin que ella se lo hubiera ordenado. Durante un minuto, sólo vio pasar nubes y luego…

Unos riscos blancos se elevaban de las olas grisáceas y más allá de ellos, los pastizales secos se extendían en las últimas planicies del norte de Fenharrow.

Falkan voló hacia la costa y moderó su velocidad para no perderlos.

Kadara les seguía el paso con facilidad y volaron en silencio viendo cómo iba aclarándose la imagen de la costa.

Los pastos de las planicies no estaban secos por el invierno. Los habían quemado. Y los árboles, desprovistos de hojas, eran poco más que cascarones.

En el horizonte, se podían ver columnas de humo que manchaban el cielo invernal. Eran demasiadas y demasiado grandes para ser provocadas por granjeros quemando los restos de sus cultivos para fertilizar la tierra.

Nesryn le hizo una señal a Sartaq, Voy a ver más de cerca.

El príncipe le hizo una señal de vuelta, Vuela cerca de las nubes, no bajes más.

Nesryn asintió y ella y su ruk desaparecieron en la delgada capa inferior de las nubes. La tierra quemada se alcanzaba a ver ocasionalmente entre los huecos de la nube.

Poblados y granjas: desaparecidos. Como si una fuerza hubiera azotado desde el mar y hubiera arrasado todo a su paso.

Sin embargo, no había una flota aguardando en la costa. No, este ejército había avanzado a pie.

Nesryn y Sartaq se mantuvieron justo dentro del velo de las nubes y recorrieron la tierra.

Ella sintió cómo le latía el corazón cada vez más rápido con cada legua de territorio quemado y despojado que recorrían. No había señales de un ejército opositor ni batallas.

Habían quemado todo solamente por diversión enferma.

Nesryn estudió el terreno, las características que podía distinguir. Era verdad que acababan de pasar la frontera de Fenharrow y que Adarlan se extendía hacia el norte.

Pero tierra adentro, cada vez más cerca con cada legua que avanzaban, alcanzó a ver a un ejército marchando. Se extendía por kilómetros y kilómetros, negro y ondulante.

El poder de Morath. O una terrible fracción de él, enviado para inspirar terror y destrucción antes de la oleada final.

Sartaq hizo una señal, Un grupo de soldados abajo.

Nesryn se asomó por encima del ala de Salkhi. La distancia al suelo era enorme pero logró ver un pequeño grupo de soldados con armadura oscura que se abría paso entre los árboles. Un grupo separado de la enorme masa que avanzaba adelante. Como si los hubieran enviado a terminar con cualquier superviviente.

Nesryn apretó la mandíbula e hizo otra señal al príncipe, Vamos.

No de regreso a los barcos. Sino con esos seis soldados que empezaban el largo camino para reunirse con su grupo.

Nesryn y Salkhi se lanzaron por los aires y Sartaq voló a toda velocidad a su izquierda.

El grupo de soldados no pudo siquiera gritar antes de que Nesryn y Sartaq los alcanzaran.

Lady Yrene Westfall, antes Yrene Towers, ya había contado las provisiones unas seis veces. Todos los barcos estaban llenos de ellas pero el barco de la princesa Hasar, la escolta personal de la Sanadora Mayor, tenía el cargamento más vital de tónicos y ungüentos. Muchos de ellos se habían fabricado antes de salir de Antica, pero Yrene y las demás sanadoras que acompañaron al ejército habían pasado largas horas a bordo preparando más de la mejor manera posible.

En el almacén en penumbras, Yrene se paró con firmeza para no caer por el movimiento de las olas y cerró la tapa de la caja con frascos de ungüentos. Apuntó el número en un trozo de papel que traía consigo.

—Es el mismo número que hace dos días —dijo una voz anciana desde las escaleras. Hafiza, la Sanadora Mayor, estaba sentada en los escalones de madera con las manos sobre la falda de lana gruesa que le cubría las rodillas delgadas—. ¿Qué es lo que piensas que les va a pasar, Yrene?

Yrene se lanzó la trenza por encima del hombro.

—Quería asegurarme de haber contado bien.

—Otra vez.

Yrene se metió el pedazo de pergamino en el bolsillo y tomó su capa de piel del sitio donde la había lanzado sobre una caja.

—Cuando estemos en los campos de batalla, conservar nuestras provisiones…

—Será vital, sí, pero también imposible. Cuando estemos en los campos de batalla, niña, tendrás suerte de siquiera encontrar uno de estos frascos en el caos.

—Eso es lo que estoy tratando de evitar.

La Sanadora Mayor le ofreció un suspiro solidario.

—Morirá gente, Yrene. De maneras horribles y dolorosas. Morirán y ni tú ni yo podremos salvarlos.

Yrene tragó saliva.

—Lo sé.

Si no se apresuraban, si no tocaban tierra pronto y descubrían a dónde podía marchar el ejército del khagan, ¿cuántos más morirían?

La mirada conocedora de la anciana no desapareció. Desde el momento en que Yrene miró a Hafiza por primera vez, la anciana había emanado esta tranquilidad, esta seguridad. Pensar en la Sanadora Mayor en esos campos de batalla sangrientos hacía que se le revolviera el estómago a Yrene. A pesar de que era el motivo preciso por el cual habían hecho el viaje, la razón por la que se habían preparado, para empezar.

Pero eso era aparte de la situación de Valg, que estaban aposentados en sus huéspedes humanos como parásitos. Valg que las matarían de inmediato si supieran lo que las sanadoras planeaban hacer.

Lo que Yrene planeaba hacer con cualquier Valg que se cruzara en su camino.

—Los ungüentos ya están hechos, Yrene — Hafiza gimió al levantarse de su lugar en los escalones. Se ajustó las solapas de la gruesa chaqueta de lana, cortada y bordada con el estilo de los jinetes darghan. Había sido un regalo de la última visita de la Sanadora Mayor a las estepas, cuando llevó a Yrene consigo—. Están contados. No hay más provisiones para hacer más, no hasta que lleguemos a tierra y podamos ver qué se puede usar allá.

Yrene se envolvió con más fuerza en su capa.

—Yo necesito hacer algo.

La Sanadora Mayor dio unas palmadas en el pasamanos.

—Lo harás, Yrene. Pronto lo harás.

Hafiza subió las escaleras tras decir esas palabras y dejó a Yrene en el almacén entre las torres de cajas.

Yrene no le dijo a la Sanadora Mayor que no estaba enteramente segura de cuánto tiempo más podría ayudar… todavía no. No había susurrado ni una palabra de esa duda a nadie, ni siquiera a Chaol.

La mano de Yrene se movió hacia su abdomen y se detuvo ahí.

CAPÍTULO 7

Morath. La última llave estaba en Morath.

La noticia atormentó a Dorian durante toda la noche, sin permitirle dormir. Cuando llegó a dormitar, despertó con una mano en el cuello, intentando sostener el collar que ya no estaba ahí.

Tenía que encontrar alguna manera de ir. Alguna manera de conseguirla.

Porque Manon sin duda no estaría dispuesta a llevarlo. A pesar de que ella había sugerido que él podría tomar el lugar de Aelin para fabricar el Candado.

Las Trece apenas habían logrado escapar de Morath y no tenían ninguna prisa por regresar. No ahora que su tarea de encontrar a las Crochans se había convertido en algo tan vital. No ahora que Erawan probablemente podría percibir su llegada antes de que ellas se acercaran a la fortaleza.

Gavin había afirmado que el camino lo encontraría a él aquí, en este campamento. Pero encontrar una manera de convencer a las Trece de quedarse, cuando el instinto y la urgencia las obligaban a continuar moviéndose… eso podría demostrar ser tan imposible como conseguir la tercera llave del Wyrd.

El campamento empezó a activarse con la luz gris de la aurora y Dorian se dio por vencido y dejó de intentar dormir. Se puso de pie y se dio cuenta de que el saco de dormir de Manon estaba enrollado y la bruja estaba parada con Asterin y Sorrel junto a sus guivernos. A ese trío era a quienes debía convencer de quedarse… de alguna manera.

Los demás guivernos ya estaban esperando cerca de la entrada del paso y se movían inquietos mientras se preparaban para el vuelo insoportablemente frío.

Otro día, otra cacería de un clan de brujas que no tenían deseos de ser encontradas. Y que probablemente tendrían pocos deseos de unirse a esta guerra.

—Saldremos en cinco minutos —resonó la voz rocosa de Sorrel por todo el campamento.

Entonces tendría que esperar para convencerlas. Tendría que posponerlo.

En tres minutos, el fuego ya estaba apagado y las armas estaban puestas, los sacos de dormir atados a las sillas de montar y todas las necesidades físicas atendidas antes del largo día de vuelo que les aguardaba.

Dorian se puso a Damaris a la cintura y se dirigió hacia Manon, que estaba parada con esa inmovilidad sobrenatural. Hermosa, aquí entre la maldita nieve, con una piel de cabra colgada sobre los hombros. Cuando se acercó, los ojos de Manon lo miraron con un destello de oro quemado.

Asterin le sonrió con picardía.

—Buenos días, majestad.

Dorian inclinó la cabeza.

—¿A dónde iremos a pasear hoy?

Sabía que sus palabras desenfadadas no se veían reflejadas en la expresión de sus ojos.

—Estamos discutiéndolo —respondió Sorrel. El rostro de la Tercera era severo pero abierto.

Tras ellos, Vesta maldijo cuando la hebilla de su silla de montar se desabrochó. Dorian no se atrevió a voltear para confirmar que las manos invisibles de su magia habían funcionado.

—Ya buscamos al norte de aquí —dijo Asterin—. Continuemos hacia el sur… podemos llegar al final de los Colmillos antes de regresar.

—Tal vez ni siquiera estén en las montañas —respondió Sorrel—. En las décadas pasadas las hemos cazado en las tierras bajas.

Manon escuchó con una expresión fría e inalterada. Como hacía todas las mañanas. Sopesando sus palabras, escuchando el viento que le cantaba.

La alforja de Imogen se soltó de su atadura. La bruja siseó y desmontó para volverla a atar. Dorian no estaba seguro de cuánto tiempo las podrían demorar estos pequeños retrasos. No indefinidamente.

—Si abandonamos estas montañas —argumentó Asterin— estaremos mucho más vulnerables a que nos rastreen en las tierras abiertas. Tanto nuestros enemigos como las Crochans nos localizarán mucho antes de que nosotros lo hagamos.

—Hará más calor —gruñó Sorrel—. Eyllwe estará mucho más cálido.

Aparentemente, incluso las brujas inmortales con acero en las venas podían agotarse del frío que les drenaba el cuerpo.

Pero ir tan al sur, hasta Eyllwe, cuando seguían estando relativamente cerca de Morath… Manon también pareció considerar eso. Sus ojos se posaron en la chaqueta de Dorian. En las llaves que traía dentro, como si pudiera percibir su susurro latiente, su movimiento en contra del poder de Dorian. Lo único que quedaba entre Erawan y su dominio de Erilea. Acercarlas a cien kilómetros de Morath… No, ella nunca lo permitiría.

Dorian mantuvo una expresión sosa pero agradable, con la mano sobre la empuñadura en forma de ojo de Damaris.

—¿Este campamento no tiene ninguna pista de hacia dónde se dirigieron?

Sabía que ellas no tenían ni idea. Lo sabía pero esperó de todas maneras a que le respondieran. Se esforzó por no apretar la empuñadura de Damaris con demasiada fuerza.

—No —respondió Manon con un ligero gruñido.

Pero Damaris no dio ninguna respuesta más allá de la tibieza ligera de su metal. No sabía qué esperaba: un murmullo de poder que le corroborara algo, una voz que le confirmara en su mente.

Ciertamente no este suspiro intrascendente de calidez.

Calor para verdad; probablemente frío para mentira. Pero… al menos Gavin había dicho la verdad sobre la espada. No debía haberlo dudado, considerando el dios que Gavin todavía honraba.

Manon le sostuvo la mirada con esa concentración implacable y depredadora y dio la orden de salir. Hacia el norte.

Alejándose de Morath. Dorian abrió la boca, pensando algo que decir, que hacer, para retrasar su partida. Aparte de romperle el ala a algún guiverno, no había nada…

Las brujas se dirigieron a sus guivernos. Dorian iría con una de las centinelas en el siguiente tramo de esta cacería interminable. Pero Abraxos rugió y se abalanzó sobre Manon con un chasquido de sus dientes.

Manon se dio la vuelta rápidamente, la magia de Dorian despertó y de inmediato atacó al enemigo invisible.

Un gran oso blanco había surgido de la nieve detrás de ella.

Con la boca abierta, lanzó un zarpazo con la pata enorme. Manon se agachó para esquivarlo y rodó hacia un lado. Dorian creó un muro de su magia: viento y hielo.

El oso salió disparado hacia atrás y cayó en la nieve con un golpe seco. Se puso de pie al instante de nuevo y se dirigió a toda velocidad hacia Manon. Solamente hacia Manon.

En un parpadeo, Dorian invocó unas manos invisibles para detener a la bestia. Justo cuando chocó con su magia, un montón de nieve salió volando y se vio un destello de luz.

Conocía esa luz. Un metamorfo.

Pero no fue Lysandra quien emergió de la piel perfectamente camuflada del oso.

No, lo que salió del oso estaba hecho de pesadillas.

Una araña. Una enorme araña estigia, del tamaño de un caballo y negra como la noche.

Entrecerró sus múltiples ojos al ver a Manon, hizo sonar sus tenazas y siseó:

—Picos Negros.

De alguna manera, la araña estigia la había encontrado. Después de todos estos meses, después de las miles de leguas que Manon había recorrido por aire y por tierra y por mar, la araña a quien le había robado la seda para reforzar las alas de Abraxos al fin la había encontrado.

Pero la araña no había anticipado a las Trece. Ni el poder del rey de Adarlan.

Manon desenfundó a Hiende Viento mientras Dorian mantenía a la araña inmovilizada con su magia. El rey no daba señales de estarse esforzando. Poderoso… se hacía más poderoso cada día.

Las Trece cerraron filas. Sus armas brillaban bajo el sol y la nieve deslumbrantes, los guivernos formaron un muro de piel gruesa y garras detrás de ellas.

Manon avanzó unos cuantos pasos hacia esas tenazas en movimiento.

—Estás muy lejos de las montañas Ruhnn, hermana.

La araña siseó.

—No fue muy difícil encontrarte, a pesar de ello.

—¿Conoces a esta bestia? —preguntó Asterin mientras avanzaba hacia Manon.

La boca de Manon se retorció en una sonrisa cruel.

—Ella donó la seda de araña para las alas de Abraxos.

La araña gruñó:

—Tú me robaste mi seda y me aventaste a mí y a mis tejedoras por el borde de un precipicio…

—¿Cómo es que tienes poderes de metamorfa? —preguntó Dorian, que seguía manteniendo a la araña en su sitio. Se acercó al otro lado de Manon con una mano en la empuñadura de su antigua espada—. Las leyendas no lo mencionan.

La curiosidad iluminaba su rostro. Manon supuso que esa franja blanca que cruzaba su garganta era prueba suficiente de que él había tenido que lidiar con cosas mucho peores. Y supuso que el vínculo que había entre ellos también era prueba de que él le tenía poco miedo al dolor o a la muerte.

Era una buena característica para una bruja, sí. ¿Pero para un mortal? Probablemente lograría hacerse matar.

Tal vez no era una falta de temor, sino más bien una falta de… de lo que fuera que los mortales consideraran vital para sus almas. Lo que le había arrancado su padre. Y ese demonio del Valg.

La araña dijo furiosa:

—Le cobré dos décadas a un joven comerciante a cambio de mi seda. El don de la transformación fluyó a mí proveniente de su fuerza vital… un poco de su poder —todos esos ojos se volvieron a entrecerrar dirigiéndose a Manon—. Él pagó el precio voluntariamente.

—Mátala y terminemos con esto —murmuró Asterin.

La araña retrocedió todo lo que le permitió la atadura invisible del rey.

—No tenía idea de que nuestras hermanas se habían vuelto tan cobardes si ahora requieren de magia para capturarnos como cerdos.

Manon levantó a Hiende Viento y consideró dónde, entre todos esos ojos, enterrar la espada.

—¿Te parece bien si vemos si chillas como uno cuando lo haga?

—Cobarde —escupió la araña—. Suéltame y terminemos con esto a la manera antigua.

Manon lo consideró. Luego se encogió de hombros.

—Lo haré sin dolor. Considera eso el pago de mi deuda contigo.

La bruja inhaló y se preparó para dar el golpe…

—Espera —exhaló la araña—. Espera.

—De los insultos a las súplicas —murmuró Asterin—. ¿Quién no tiene agallas,

decías?

La araña no hizo caso a la Segunda y sus ojos sin fondo devoraron a Manon y después a Dorian.

—¿Sabes qué es lo que se está moviendo en el sur? ¿Sabes qué horrores se están reuniendo allá?

—Bah, son noticias viejas —resopló Vesta.

—¿Cómo crees que te encontré? —preguntó la araña. Manon se quedó inmóvil —. Dejaron tantas cosas en Morath. Con sus olores en todas.

Si la araña las había encontrado aquí con tanta facilidad, tenían que irse. En este momento.

La araña siseó:

—¿Quieres que te diga lo que vi a unos sesenta kilómetros de aquí? ¿A quién vi, Picos Negros? —Manon se puso tensa—. Crochans —dijo la araña y luego suspiró con profundidad. Con hambre.

Manon parpadeó. Sólo una vez. Las Trece se quedaron igualmente inmóviles. Asterin preguntó:

—¿Viste a las Crochans?

La enorme cabeza de la araña subió y bajó afirmativamente antes de que suspirara otra vez.

—Las Crochans siempre me supieron a lo que me imagino sabe el vino de verano. A lo que sabría el chocolate, como ustedes lo llaman.

—Dónde —exigió saber Manon.

La araña les dio la ubicación: un lugar indefinido y desconocido.

—Yo les mostraré dónde —dijo—. Yo las guiaré.

—Podría ser una trampa —dijo Sorrel.

—No lo es —dijo Dorian con la mano todavía en la empuñadura de su espada. Manon estudió la claridad de sus ojos, sus hombros rectos. La cara sin piedad pero el ángulo inquisitivo de su cabeza—. Veamos si su información resulta cierta… y decidamos su destino después.

Manon dijo bruscamente:

—Qué.

Las Trece se inquietaron al ver que se les negaba una muerte.

Dorian movió la barbilla en dirección a la araña que temblaba.

—No la maten. Todavía no. Tal vez sepa algo más aparte de dónde están las Crochans.

La araña siseó:

—No necesito la piedad de un niño…

—Es la piedad de un rey lo que estás recibiendo —dijo Dorian con frialdad—. Y te sugeriría que permanecieras en silencio el tiempo suficiente para recibirla.

Era raro, muy raro, que Manon escuchara esa voz en él, el tono que le producía emoción en la sangre y en los huesos. La voz de un rey.

Pero él no era su rey. Él no era el líder del aquelarre de las Trece.

—Si la dejamos vivir nos venderá al mejor postor.

Los ojos color zafiro de Dorian se arremolinaron y apretó la espada con la mano. Manon se puso tensa al ver esa mirada contemplativa y fría. El depredador perspicaz que se alcanzaba a percibir debajo del rostro apuesto del rey. Lo único que le dijo a la araña fue:

—Al parecer, lograste dominar las artes metamorfas en cuestión de meses.

El camino lo encontraría aquí, le había dicho Gavin.

Un camino a Morath. No un camino físico, no un sendero por recorrer, sino esto.

La bestia profana permaneció en silencio un instante antes de decir:

—Nuestros dones son extraños e insaciables. No sólo nos alimentamos de sus vidas, sino también de sus poderes, si los tienen. Cuando se liberó la magia, aprendí a usar las habilidades que el metamorfo me transfirió.

Damaris se calentó en su mano. Era verdad. Cada una de las palabras de la araña había sido verdad. Y esto… Un camino hacia Morath… transformado en otra cosa completamente. En otra piel.

Tal vez una esclava humana, como Elide Lochan. Alguien cuya presencia pasara desapercibida.

Su poder crudo se había adaptado a todas las demás formas de magia, había podido moverse entre llamas y hielo y sanación. Poder transformarse… ¿lo podría aprender también?

Dorian sólo le preguntó a la araña:

—¿Tienes nombre?

—Un rey sin corona le pide su nombre a una simple araña —murmuró y sus ojos sin fondo lo miraron fijamente—. No puedes pronunciarlo en tu lengua, pero puedes llamarme Cyrene.

Manon apretó los dientes.

—No importa cómo te llamemos ya que estarás muerta pronto.

Pero Dorian la miró de reojo.

—Las Ruhnn son parte de mi territorio. Como tal, Cyrene es una de mis súbditas. Creo que eso me da el derecho a decidir si ella vive o muere.

—Ambos están a merced de mi aquelarre —gruñó Manon—. Apártate.

Dorian le sonrió ligeramente.

—¿Yo también?

Un viento más frío que el aire de la montaña llenó el paso.

Podía matarlas a todas. Ahogándolas al quitarles todo el aire o bien rompiéndoles el cuello. Podía matarlas a todas, incluyendo a sus guivernos. Esa conciencia le abrió otro hueco en el interior. Otro espacio vacío. ¿Alguna vez le había preocupado a su padre, o a Aelin, poseer tal poder?

—Llevémosla con nosotros, interroguémosla un poco más a fondo en el siguiente campamento.

Manon dijo con voz golpeada:

—¿Planeas llevar eso con nosotras?

Como respuesta, la araña se transformó y adquirió la forma de una mujer de piel clara y cabello oscuro. Pequeña y sin ningún rasgo distintivo, salvo esos ojos negros inquietantes. No era hermosa, pero tenía una especie de atractivo antiguo y mortífero que ni siquiera su nueva piel podía ocultar. Y estaba completamente desnuda. Tiritó y se frotó los brazos delgados con las manos.

—¿Esta forma será lo suficientemente ligera para el viaje?

Manon no hizo caso a la araña.

—¿Y cuando se transforme en la noche para hacernos pedazos?

Dorian se limitó a ladear la cabeza y el hielo bailó en las puntas de sus dedos.

—No lo hará.

Cyrene inhaló.

—Un don de magia poco común —miró a Dorian con ojos voraces—. Para un rey poco común.

Dorian solamente frunció el ceño con disgusto.

Manon miró a Asterin. Los ojos de su Segunda se veían cautelosos, su boca estaba apretada formando una línea. Sorrel, un par de metros detrás, miraba a la araña con furia pero ya no estaba sosteniendo la espada.

Las Trece, ante una señal no verbal, marcharon hacia sus guivernos. Cyrene las observó con esos ojos horribles y desalmados que parpadeaban de vez en cuando. Le empezaron a castañetear los dientes.

Manon ladeó la cabeza hacia Dorian.

—Estás… diferente hoy.

Él se encogió de hombros.

—Si quieres que quien calienta tu cama se acobarde ante todas tus palabras y obedezca todas tus órdenes, busca en otra parte.

La mirada de Manon bajó hacia la franja pálida alrededor de su garganta.

—Sigo sin estar convencida, principito —siseó—, de no matarla y ya.

—¿Y qué sería necesario, brujita, para convencerte de no hacerlo?

No se molestó en ocultar la promesa sensual de sus palabras ni su provocación.

Un músculo de la mandíbula de Manon se movió ligeramente. Cosas de leyendas, eso era lo que lo rodeaba. Las brujas, la araña… Bien podría ser un personaje en uno de los libros que le había prestado a Aelin el otoño previo. Aunque ninguno de ellos había tenido que soportar un enorme abismo en su interior.

Cyrene miró sus pies descalzos en la nieve y las manos que temblaban a sus costados, un eco de las tenazas que había tenido momentos antes.

Dorian intentó no estremecerse. Sería suicida intentar meterse a Morath… cuando esta cosa le diera la información que necesitaba.

El peso de la mirada de Manon cayó nuevamente sobre él y Dorian no se inmutó. No le afectaron tampoco las palabras de Manon:

—Si valoras tan poco tu existencia como para confiar en esta cosa, entonces, por supuesto, tráela —un desafío a no mirar hacia Morath o hacia la araña, sino hacia su interior. Ella podía ver exactamente qué era lo que le carcomía

el pecho vacío, aunque fuera solamente porque ella tenía una bestia similar que la consumía por dentro—. Pronto sabremos si dijo la verdad o no sobre las Crochans.

La araña había dicho la verdad. Damaris se había calentado en su mano cuando Cyrene habló.

Y cuando encontraran a las Crochans, cuando las Trece estuvieran distraídas, él averiguaría lo que necesitaba de la araña también.

Manon volteó a ver a las Trece. Las brujas ya vibraban con impaciencia.

—Volaremos ahora. Podremos llegar con las Crochans al anochecer.

—¿Y luego qué? —preguntó Asterin. Era la única de ellas que tenía permiso de hacerlo.

Manon se dirigió a Abraxos y Dorian la siguió. Le lanzó una capa extra a Cyrene y su magia la jaló.

—Y luego daremos el siguiente paso —dijo Manon para evadir la pregunta. Y por una vez, no miró a nadie a los ojos. No hizo nada más que mirar hacia el sur.

La bruja también tenía sus secretos. ¿Pero eran tan funestos como los de él?

CAPÍTULO 8

La negrura le dio la bienvenida a Aelin cuando recuperó la conciencia. Una negrura apretada y contenida.

Un movimiento de sus codos hizo que chocara con los costados de la caja. Las cadenas se movieron y vibraron en el espacio reducido. Sus pies descalzos alcanzaban a sentir el otro extremo si se movía un poco.

Levantó las manos atadas hacia el muro de hierro sólido a unos cuantos centímetros sobre su cara. Recorrió las espirales y soles grabados en su superficie con el dedo. Incluso en el interior, Maeve había ordenado que los grabaran. De manera que Aelin nunca pudiera olvidar que esta caja había sido hecha para ella mucho antes de que hubiera nacido siquiera.

Pero… eran sus propios dedos desnudos los que rozaban el metal frío y áspero.

Le había quitado los guantes de hierro. O había olvidado ponérselos nuevamente después de lo que hizo. Los había sostenido sobre el brasero abierto hasta que el metal se puso al rojo vivo alrededor de sus manos y ella estaba gritando, gritando…

Aelin presionó las palmas de las manos contra la tapa de metal y empujó.

El brazo destrozado, las astillas de hueso que sobresalían de su piel: ya no estaban.

O nunca había sucedido. Pero se había sentido real.

Más que otros recuerdos que se aproximaban, que le exigían que los reconociera. Que los aceptara.

Aelin presionó las palmas contra el hierro y se esforzó lo más que pudo.

No logró siquiera moverla.

Volvió a intentarlo. Que tuviera la fuerza para hacerlo era gracias a los otros servicios que le habían proporcionado las sanadoras de Maeve: evitaban que sus músculos se atrofiaran mientras estaba ahí acostada.

Un quejido suave hizo eco en la caja. Una advertencia.

Aelin bajó las manos justo cuando el candado empezó a moverse y la puerta rechinó y se abrió.

Los pasos de Cairn eran más rápidos en esta ocasión. Más urgentes.

—Haz tus necesidades en el pasillo y espera junto a esta puerta —le dijo a Fenrys con tono golpeado.

Aelin se preparó cuando escuchó que los pasos se detenían. Un gruñido y un siseo de metal y luego una ola de luz de fuego. Parpadeó deslumbrada pero se mantuvo inmóvil.

Habían anclado sus cadenas a la caja en sí. Había averiguado eso por las malas.

Cairn no dijo nada mientras separaba las cadenas de sus anclas.

El momento más peligroso para él, justo antes de moverla a las anclas del altar. Aunque ella tenía los pies y las manos atados, él no se arriesgaba.

No lo hizo hoy, tampoco, a pesar de que no se había molestado en volverle a poner los guantes.

Tal vez se habían derretido sobre ese brasero junto con su piel.

Cairn la levantó para ponerla de pie y media docena de guardias aparecieron en silencio en la puerta. Sus rostros no reflejaban el horror de lo que le habían hecho.

Ella había visto a estos hombres antes. En un tramo sangriento de playa.

—Varik —dijo Cairn y uno de los guardias dio un paso al frente.

Fenrys ya estaba a su lado junto a la puerta, alto como un poni. La espada de Varik estaba apoyada en la garganta de Fenrys.

Cairn tomó sus cadenas y la jaló hacia su pecho mientras avanzaban hacia los guardias, hacia el lobo.

—Si haces cualquier cosa, lo mato.

Aelin no le dijo que no tenía la certeza de tener la fuerza de intentar cualquier cosa, mucho menos huir.

Una pesadez se había instalado en ella.

No peleó contra el costal negro que le pusieron sobre la cabeza cuando pasaron por el arco de la puerta. Tampoco protestó mientras caminaban por ese pasillo, aunque sí contó los pasos y las vueltas.

No le importaba si Cairn había tenido la precaución de agregar unas cuantas vueltas para desorientarla. De todas maneras las contó. Escuchó el sonido del río que se hacía más fuerte con cada vuelta, la bruma que cada vez helaba más su piel expuesta y hacía que las rocas bajo sus pies estuvieran resbalosas.

Luego el aire libre. No podía verlo, pero rozaba sus dedos húmedos sobre su piel, susurrando sobre la amplitud del mundo.

Corre. Ahora.

Esas palabras eran un murmullo distante.

No tenía duda de que la espada del guardia seguía en la garganta de Fenrys. Que derramaría sangre. El hechizo de restricción de Maeve limitaba a Fenrys demasiado bien, incluso coartaba ese don extraño que tenía de transportarse en distancias cortas, como si estuviera pasando de una habitación a la otra.

Ella ya había perdido la esperanza de que él encontrara una manera de usar su poder, de llevárselos de ahí. Dudaba que él recuperara milagrosamente la habilidad si la espada del guardia lo golpeaba.

Pero si hacía caso a esa voz, si corría, ¿el precio de su vida valía la de ella?

—Estás considerándolo, ¿verdad? —le siseó Cairn al oído. Ella pudo sentir su sonrisa incluso a través del saco que la cegaba—. Si la vida del lobo es un precio justo a pagar para escapar —la risa de un amante—. Inténtalo. Ve qué tan lejos llegas. Tenemos unos cuantos minutos más por caminar.

Ella no le hizo caso. Ignoró esa voz que le susurraba corre, corre, corre.

Paso tras paso, siguieron caminando. Las piernas le temblaban por el esfuerzo.

Le decía suficiente sobre cuánto tiempo había estado ahí. Cuánto tiempo llevaba sin poderse mover bien, a pesar de las atenciones de las sanadoras que evitaban que sus músculos se atrofiaran.

Cairn la condujo por unas escaleras de caracol que la hicieron casi perder el aliento. La bruma empezó a desaparecer y a convertirse en el aire fresco de la noche. Olores dulces. Flores.

Las flores seguían existiendo. En este mundo, en este infierno, las flores seguían abriendo en alguna parte.

El rugido de las aguas empezó a desvanecerse tras ellos y pronto se convirtió en un sonido agradablemente apagado para luego ser reemplazado por un sonido alegre de fuentes. Sintió el frío suave de baldosas en los pies y pudo ver destellos dorados de fuego a través de la tela de la capucha. Lámparas.

El aire se hizo más denso, se aquietó. Un patio, quizá.

Sintió la electricidad que le recorría los muslos, las pantorrillas, advirtiéndole que avanzara más lentamente, que descansara.

Luego volvió a sentir cómo el aire se abría a su alrededor y el agua volvía a rugir.

Cairn se detuvo y la jaló hacia su cuerpo. Sus diversas armas se le clavaron en las cadenas, en la piel. La ropa de los otros guardias sonó cuando se detuvieron también. Las garras de Fenrys sonaron en la piedra. El sonido sin duda tenía la intención de indicarle que él seguía cerca.

Se dio cuenta de por qué él sintió la necesidad de hacer eso cuando escuchó una voz femenina, a la vez joven y anciana, divertida y sin alma, ronronear:

—Quítale la capucha, Cairn.

La capucha desapareció y Aelin necesitó solamente un par de parpadeos para ver todo.

Había estado en este lugar antes.

Había estado en esta veranda amplia con vista a un gran río y cascadas. Había recorrido la antigua ciudad de roca que sabía se extendía a sus espaldas.

Se había parado justo en ese mismo sitio, frente a la reina de cabellera oscura que descansaba en un trono de roca sobre una plataforma. La bruma se arremolinaba en el aire a su alrededor y un búho blanco estaba parado en el respaldo de su asiento.

Sólo había un lobo recostado a sus pies en esta ocasión. Negro como la noche, negro como los ojos de la reina, que se posaron en Aelin y se entrecerraron con placer.

Maeve parecía estar contenta con que Aelin viera a su alrededor. Que absorbiera todo.

El vestido color morado oscuro de Maeve brillaba como la niebla detrás de ella. La tela de la cola larga colgaba sobre los escalones de la plataforma. Se plegaba hacia…

Aelin vio lo que brillaba en la base de los escalones y se quedó inmóvil.

Los labios rojos de Maeve se curvaron para formar una sonrisa y agitó su mano de piel de marfil.

—Si me haces el favor, Cairn.

El hombre no titubeó y llevó a Aelin hacia lo que estaba en el piso.

Vidrio roto, apilado y acomodado en un círculo.

Él se detuvo justo fuera del círculo. La primera de las astillas gruesas quedó a un par de centímetros de los dedos de los pies de Aelin.

Maeve le hizo una señal al lobo negro a sus pies y él se puso de pie, tomó algo del brazo del trono y regresó trotando hacia Cairn.

—Pensé que tu rango al menos debía ser reconocido —dijo Maeve con esa sonrisa de araña que no titubeaba, mientras Aelin observaba lo que el lobo le daba al guardia al lado de Cairn.

—Pónsela —ordenó la reina.

Una corona, antigua y brillante, destelló en las manos del guardia. Hecha de plata y perla, tallada para tener la forma de alas hacia arriba que se unían en el pico al centro, rodeada de púas de diamante puro, brillaba como si los rayos de la luna hubieran sido capturados en su interior cuando el guardia la colocó sobre la cabeza de Aelin.

Un peso terrible y sorprendente. El metal se clavó en su piel. Era mucho más pesada de lo que parecía, como si tuviera el centro de hierro sólido.

Era otro tipo de grillete. Siempre lo había sido.

Aelin controló su instinto de retroceder, de sacudir la cabeza para quitársela.

—Es la corona de Mab —dijo Maeve—. Tu corona, por sangre y herencia. Su verdadera Heredera.

Aelin hizo caso omiso de las palabras. Miró el círculo de astillas de vidrio.

—Ah, eso —dijo Maeve al notar dónde posaba su atención—. Creo que ya sabes lo que sucederá, Aelin del Fuego Salvaje.

Aelin no dijo nada.

Maeve asintió.

Cairn la empujó hacia el frente, directo al vidrio.

Sus pies descalzos se rebanaron. La piel nueva gritó al desgarrarse.

Inhaló profundamente entre los dientes y se tragó el alarido justo cuando Cairn la empujó para que se arrodillara.

Se le salió el aliento con el impacto. Con cada astilla que la cortaba y se enterraba profundamente.

Respira… respirar era la clave, era vital.

Extrajo su mente, lejos, inhaló y exhaló. Una ola que se alejaba de la playa y luego regresaba.

Sintió el charco de calidez bajo sus rodillas, sus pantorrillas y sus tobillos, el olor cobrizo de su sangre que se elevaba para mezclarse en la bruma.

Su respiración se tornó agitada y empezó a temblar. Un grito surgió en su interior.

Se mordió el labio y los colmillos perforaron la carne.

No gritaría. Todavía no.

Respira… respira.

El olor de su sangre le cubría la boca y apretó más los dientes.

—Es una pena que no haya un público aquí para presenciar esto —dijo Maeve. Su voz se escuchaba lejana y, al mismo tiempo, demasiado cercana—. Aelin la Portadora de Fuego, con su corona de Reina Hada al fin. Hincada a mis pies.

Un temblor sacudió todo el cuerpo de Aelin, la movió lo suficiente para que el vidrio encontrara nuevos ángulos, nuevas entradas.

Se alejó más, más al fondo. Cada respiración la jalaba hacia el mar, hacia un sitio donde las palabras y los sentimientos y el dolor se convertían en una costa lejana.

Maeve tronó los dedos.

—Fenrys.

El lobo avanzó al frente y se sentó junto al trono. Pero antes miró al lobo negro. Tan sólo un movimiento de la cabeza.

El lobo negro le devolvió la mirada, impasible y fría. Y eso fue suficiente para que Maeve dijera:

—Connall, finalmente puedes decirle a tu gemelo lo que querías.

Un destello de luz.

Aelin inhaló por la nariz, exhaló por la boca, una y otra vez. Apenas registró al hombre hermoso de cabello oscuro que ahora estaba en el lugar del lobo. Tenía la piel color bronce, como su gemelo, pero sin ese lado salvaje, sin el brillo de picardía en su rostro. Estaba usando ropa de guerrero. Era negra, no gris como solía usarla Fenrys, y tenía cuchillos gemelos colgando a ambos costados.

El lobo blanco miró a su gemelo, inmóvil en su sitio gracias a esas ataduras invisibles.

—Habla con libertad, Connall —dijo Maeve todavía con una ligera sonrisa. La lechuza del respaldo del trono los observaba con ojos solemnes y sin parpadear—. Dile a tu hermano que estas palabras son tuyas y no son órdenes mías.

Una bota empujó a Aelin en la espalda, un ligero empujón hacia el frente. Para enterrarla con más fuerza en el vidrio.

No había respiración suficiente que la pudiera alejar lo necesario para controlar el gemido apagado.

Lo odiaba, odiaba ese sonido, tanto como odiaba a la reina que estaba frente a ella y al sádico a sus espaldas. Pero de todas maneras el gemido logró salir, apenas discernible gracias al sonido de las cataratas.

Los ojos oscuros de Fenrys voltearon a verla. Parpadeó cuatro veces.

Ella no fue capaz de parpadear. Sus dedos se enroscaron y se desenroscaron en su regazo.

—Tú te buscaste esto —le dijo Connall a Fenrys y atrajo de nuevo la atención de su hermano. Su voz era tan helada como la de Maeve—. Tu arrogancia, tu imprudencia sin control… ¿era esto lo que querías? —Fenrys no respondió—. No podías permitirme tener esto… tener una parte de esto para mí mismo. Hiciste el juramento de sangre no para servir a nuestra reina sino para no ser superado por mí ni siquiera una vez en tu vida.

Fenrys le enseñó los dientes a pesar de que algo similar al dolor también opacó su mirada.

Otra oleada quemante le recorrió las rodillas, los muslos. Aelin cerró los ojos ante ella.

Soportaría esto, resistiría.

Su gente había sufrido durante diez años. Probablemente estaba sufriendo en este momento. Por ellos, lo haría. Lo aceptaría. Lo superaría.

La voz fuerte de Connall onduló a su lado.

—Eres una desgracia para nuestra familia, para este reino. Te has prostituido a una reina extranjera y, ¿para qué? Te rogué que te controlaras cuando te enviaron a buscar a Lorcan. Te rogué que fueras inteligente. Bien podrías haberme escupido en la cara.

Fenrys gruñó y el sonido debió haber significado algo en un lenguaje secreto entre ellos porque Connall resopló:

—¿Irme? ¿Por qué querría irme jamás? ¿Y para qué? ¿Eso? —incluso con los ojos cerrados, Aelin supo que la señalaba—. No, Fenrys. No me iré. Y tú

tampoco.

Un gemido suave cortó el aire húmedo.

—Eso es todo, Connall —dijo Maeve y la luz volvió a destellar con tanta fuerza que incluso penetró la oscuridad detrás de los párpados de Aelin.

Ella respiró y respiró y respiró.

—Ya sabes que esto puede acabar rápidamente, Aelin —dijo Maeve. Aelin mantuvo los ojos cerrados—. Dime dónde escondiste las llaves del Wyrd, haz el juramento de sangre… El orden no importa, supongo.

Aelin abrió los ojos. Levantó las manos atadas frente a ella.

Y le hizo una señal obscena a Maeve, la más sucia y grosera que pudo hacer.

La sonrisa de Maeve se apretó, apenas perceptiblemente.

—Cairn.

Antes de que Aelin pudiera inhalar para prepararse, unas manos se posaron con fuerza en sus hombros. Empujaron hacia abajo.

Entonces ya no pudo controlar el grito.

No pudo cuando él la empujó hacia un foso ardiente de agonía que le subía por las piernas, por la columna.

Oh, dioses… oh, dioses.

A lo lejos, el gruñido de Fenrys se abría paso entre sus gritos, seguido por el tono cantarín de Maeve:

—Muy bien, Cairn.

La presión de sus hombros disminuyó.

Aelin se inclinó sobre sus rodillas. Una respiración profunda… necesitaba lograr hacer una respiración completa y profunda.

No lo logró. Sus pulmones, su pecho, sólo podían moverse en jadeos poco profundos y rasposos.

Se le nubló la vista, las imágenes se borraron, la sangre que se había extendido más allá de sus rodillas formó pequeñas olas con el movimiento.

Aguantar… resistir…

—Mis espías me dieron un trozo de información interesante esta mañana —dijo Maeve con lentitud—. Una historia de que tú estabas actualmente en

Terrasen, alistando el pequeño ejército que reuniste para la guerra. Tú y el príncipe Rowan y mis dos guerreros en desgracia. Junto con tu grupo de siempre.

Aelin no se había dado cuenta de que se había aferrado a eso.

A esa ligerísima esperanza, ridícula y patética. La ligerísima esperanza de que él estuviera buscándola.

Le había dicho que no lo hiciera, después de todo. Le había dicho que protegiera Terrasen. Había hecho lo necesario para que él resistiera en un último intento desesperado contra Morath.

—Es útil tener una metamorfa que represente tu papel como reina —dijo Maeve pensativa—. Aunque me pregunto cuánto tiempo puede durar el engaño sin tus dones especiales para incinerar a las legiones de Morath. Cuánto tiempo pasará hasta que los aliados que reuniste se empiecen a preguntar por qué no arde la Portadora de Fuego.

No era mentira. Los detalles, su plan con Lysandra… No había manera de que Maeve lo supiera a menos que fuera verdad. ¿Maeve podría estar intentando adivinar y estar mintiendo? Sí… sí, y sin embargo…

Rowan se había ido con ellos. Todos se habían ido al norte. Y habían llegado a Terrasen.

Era un pequeño consuelo. Un pequeño consuelo pero…

El vidrio a su alrededor brilló bajo la bruma y la luz de la luna. Su sangre era una mancha espesa que se abría paso entre las astillas.

—Yo no deseo eliminar este mundo, como Erawan —dijo Maeve como si fueran un par de amigas conversando en uno de los salones de té de Rifthold. Si existían todavía después del saqueo de las Dientes de Hierro—. Me gusta Erilea precisamente como es. Siempre me ha gustado.

El vidrio, la sangre, la veranda y la luz de la luna se mezclaron en su visión.

—He visto muchas guerras. He enviado a mis guerreros a pelear en ellas, a terminarlas. He visto lo destructivas que son. El vidrio en el que estás en este momento proviene de una de esas guerras, ¿sabes? De las montañas de cristal del sur. Alguna vez fueron dunas de arena, pero los dragones las quemaron y las convirtieron en vidrio en un conflicto antiguo y sangriento —un murmullo de diversión—. Algunos dicen que es el vidrio más duro del mundo. El más resistente. Pensé que, con tu linaje de fuego, podrías valorar sus orígenes.

Un chasquido de la lengua y luego Cairn estaba otra vez ahí, con las manos sobre sus hombros.

Empujando.

Con más y más fuerza. Dioses, dioses, dioses…

No había dioses para salvarla. No realmente.

Los gritos de Aelin hicieron eco en la roca y en el agua.

Sola. Estaba sola en esto. No tendría ningún caso suplicarle al lobo blanco que le ayudara.

Las manos sobre sus hombros se retiraron.

Respirando agitadamente, con la bilis quemándole la garganta, Aelin nuevamente se agachó sobre sus rodillas.

Aguantar… resistir…

Maeve simplemente continuó:

—Los dragones no sobrevivieron aquella guerra. Y nunca más volvieron a surgir.

Sus labios se curvaron y Aelin supo que Maeve se había asegurado de ello.

Otros portadores de fuego: cazados y eliminados.

No sabía por qué lo sintió en ese momento. Ese dejo de tristeza por criaturas que llevaban siglos y siglos de no existir. Que nunca más serían vistas en esta tierra. Por qué la ponía tan inexpresablemente triste. Por qué importaba siquiera, cuando su propia sangre estaba gritando de agonía.

Maeve volteó a ver a Connall, quien seguía en su forma de hada junto al trono, con los ojos fijos todavía en su hermano.

—Refrigerios.

Aelin permaneció hincada en ese vidrio mientras traían comida y bebidas. Hincada ahí mientras Maeve comía queso y uvas sin dejar de sonreírle.

Aelin no pudo detener el temblor que se apoderó de su cuerpo, el adormecimiento brutal.

Se alejó muy muy profundamente.

No importaba si Rowan no venía por ella. Si los demás habían obedecido a sus deseos de pelear por Terrasen.

Ella también lo salvaría a su manera. Todo el tiempo que pudiera. Le debía eso como mínimo a Terrasen. Nunca podría saldar su deuda por completo.

A la distancia, las palabras hicieron eco y un recuerdo brilló. Permitió que se

la llevara, que la sacara de su cuerpo.

Estaba sentada junto a su padre en los escalones que descendían a la arena de lucha al aire libre que había en el castillo.

Era más un templo que un lugar para pelear, flanqueado por columnas desgastadas de color claro que habían sido testigos durante siglos del surgimiento de los guerreros más poderosos de Terrasen. La tarde de verano ya estaba por terminar y el lugar estaba vacío y lleno de luz dorada que se derramaba por todas partes.

Rhoe Galathynius recorrió su escudo redondo con la mano. El metal oscuro tenía cicatrices y marcas hechas por horrores mucho antes aniquilados. «Algún día —dijo mientras ella trazaba con el dedo uno de los rasguños de la superficie antigua— este escudo será tuyo. Como me lo dieron a mí y a tu tío abuelo antes que a mí».

El aliento de Aelin seguía agitado por el entrenamiento. Estaban solos los dos, tal como él le había prometido. La hora a la semana que le dedicaba sólo a ella.

Su padre colocó el escudo sobre el escalón de roca debajo de ellos, sintió su golpe metálico vibrar a través de sus sandalias. Pesaba casi lo mismo que ella pero él lo cargaba como si fuera simplemente una extensión de su brazo.

«Y tú —continuó su padre—, al igual que las muchas grandes mujeres y hombres de esta Casa, lo usarás para defender nuestro reino —ella levantó la vista al rostro apuesto y joven de su padre. Solemne y real—. Esto es tu obligación, tu única tarea —apoyó una mano en el borde del escudo golpeándolo para dar énfasis—. Defender, Aelin. Proteger».

Ella había asentido, sin comprender. Y su padre le había besado la frente, como si tuviera la esperanza de que ella no tuviera que entenderlo nunca.

Cairn volvió a empujarla hacia el vidrio.

Ya no le quedaba ningún sonido para gritar.

—Ya me estoy aburriendo de esto —dijo Maeve, que ya había olvidado su bandeja de plata con comida. Se inclinó al frente en el trono y el búho a sus espaldas agitó las alas—. ¿Crees, Aelin Galathynius, que yo no haré los sacrificios necesarios para obtener lo que busco?

Aelin ya había olvidado cómo hablar. No había pronunciado ni una sola palabra aquí, de todas maneras.

—Permíteme demostrarte —dijo Maeve y se enderezó. Los ojos de Fenrys se encendieron como advertencia.

Maeve agitó su mano de marfil en dirección a Connall, congelado junto a su trono. Donde había permanecido desde que trajo la comida de la reina.

—Hazlo —dijo.

Connall desenfundó uno de los cuchillos de su cinturón. Avanzó hacia Fenrys.

No.

La palabra fue un tañido frío dentro de su cuerpo. Sus labios incluso formaron la sílaba mientras luchaba contra las cadenas. Líneas de fuego líquido le subieron por las piernas.

Connall avanzó otro paso.

El vidrio crujía y tronaba debajo de ella. No, no…

Connall se detuvo sobre Fenrys, su mano temblaba. Fenrys sólo le gruñó.

Connall levantó el cuchillo en el aire entre ellos.

Aelin no podía ponerse de pie. No podía levantarse con las cadenas y el vidrio. No podía hacer nada, nada…

Cairn la tomó del cuello. Sus dedos la apretaron lo suficiente para dejarle marcas y la volvió a empujar hacia las astillas bañadas en sangre. Un grito áspero y resquebrajado emanó de sus labios.

Fenrys. Su único vínculo con la vida, con esta realidad…

El cuchillo de Connall brilló. Había ido a ayudar en Mistward. Había desafiado a Maeve entonces; tal vez ahora lo haría, tal vez sus palabras odiosas habían sido un engaño…

El cuchillo bajó a toda velocidad.

Pero no hacia Fenrys.

Sino hacia el propio corazón de Connall.

Fenrys se movió, o intentó hacerlo. Con el hocico abierto en lo que podría haber sido un grito, intentó una y otra vez abalanzarse sobre su hermano. Connall cayó al suelo de baldosas de la veranda. La sangre empezó a formar un charco.

El búho del trono de Maeve aleteó una vez, como si estuviera horrorizado. Pero Cairn rio en voz baja y el sonido retumbó en la cabeza de Aelin.

Real. Esto era real. Tenía que serlo.

Algo frío y untuoso se le revolvió en el cuerpo. Sus manos quedaron inertes a sus costados. La luz desapareció de los ojos oscuros de Connall, su cabello negro derramado en el piso a su alrededor como un espejo oscuro de la sangre que emanaba.

Fenrys estaba temblando. Aelin probablemente también.

—Ensuciaste algo que me pertenecía, Aelin Galathynius —dijo Maeve—. Y ahora deberá purgarse.

Fenrys estaba lloriqueando; seguía intentando arrastrarse hacia su hermano muerto en el piso. Las hadas podían sanar. Tal vez el corazón de Connall podría repararse…

El pecho de Connall se elevó con un estertor superficial.

No volvió a moverse.

El aullido de Fenrys desgajó la noche.

Cairn la soltó y Aelin se dejó caer sobre el vidrio. Sus manos y muñecas le empezaron a arder.

Se quedó tendida ahí, medio estirada. Dejó que la corona se le cayera de la cabeza y rodara por el piso. El vidrio de dragón salía disparado donde rebotaba. Rebotó y luego rodó haciendo un semicírculo en la veranda. Llegó hasta el barandal de roca.

Y luego cayó en el río rugiente y odioso que corría abajo.

—No hay nadie aquí para ayudarte —dijo Maeve con voz tan vacía como el espacio entre las estrellas—. Y nadie vendrá por ti.

Los dedos de Aelin se envolvieron alrededor del vidrio antiguo.

—Piénsalo. Piénsalo esta noche, Aelin —dijo Maeve y chasqueó los dedos—. Ya terminamos.

Las manos de Cairn se envolvieron alrededor de las cadenas.

Ella sintió que las piernas se le doblaban, que los pies volvían a abrírsele. Apenas lo sintió, apenas sintió todo por la rabia y el mar de fuego que se arremolinaba muy muy en la profundidad.

Pero cuando Cairn la levantó, recorriéndole el cuerpo con sus manos salvajes, lo atacó.

Dos golpes.

Le enterró una astilla de vidrio en el costado del cuello. Él se tambaleó hacia atrás y maldijo al sentir la sangre que brotaba en un chorro.

Aelin se dio la vuelta y el vidrio le destrozó las plantas de los pies pero lanzó la astilla que tenía en la otra mano. Directo a Maeve.

Falló por un cabello. Logró rasguñar la mejilla pálida de Maeve antes de caer ruidosamente detrás del trono. El búho chilló.

Unas manos bruscas la agarraron, Cairn gritaba, aullidos rabiosos de Maldita perra, pero ella no los escuchó. No escuchó porque vio la gota de sangre que descendía por la mejilla de Maeve.

Sangre negra. Tan negra como la noche.

Tan negra como los ojos que la reina posó en ella mientras levantaba una mano hacia su mejilla.

Aelin sintió que se le doblaban las piernas y no opuso resistencia a los guardias que se la estaban llevando.

Un parpadeo y la sangre empezó a fluir de color rojo. Su olor cobrizo como la de ella.

Un truco de la luz. Una alucinación, otro sueño…

Maeve miró la mancha carmesí que le cubría los dedos pálidos.

Un viento de ónix se azotó contra Aelin y se envolvió alrededor de su cuello.

Apretó y ella no supo más.

CAPÍTULO 9

Cairn la ató al altar y la dejó.

Fenrys no entró hasta mucho después de que ella había despertado.

Todavía brotaba sangre del sitio donde Cairn le había dejado el vidrio en las piernas y en los pies.

Lo que entró de regreso a la cámara de roca no fue un lobo sino un hombre.

Cada uno de los pasos de Fenrys le informó lo suficiente antes de ver lo apagado de sus ojos, la palidez de su piel normalmente dorada. No veía nada, ni siquiera cuando se detuvo frente al sitio donde ella estaba encadenada.

Sin palabras, insegura de que su garganta siquiera funcionara, Aelin parpadeó tres veces. ¿Estás bien?

Dos parpadeos respondieron. No.

Tenía todavía las marcas de sal manchándole las mejillas.

Las cadenas de Aelin sonaron cuando estiró un dedo tembloroso hacia él.

En silencio, él le dio la mano.

Ella movió la boca para decir las palabras sin sonido, aunque él probablemente no podría entenderlas a través de la ranura de la máscara. Lo siento.

Él solamente apretó más su mano.

Su chaqueta gris estaba desabotonada en la parte superior. Estaba lo suficientemente abierta para que se alcanzara a ver un poco del pecho musculoso debajo. Como si él no se hubiera molestado en volverla a cerrar en su prisa por marcharse.

Sintió que se le revolvía el estómago. Lo que él sin duda había tenido que hacer después, con el cuerpo de su gemelo todavía tirado en las baldosas de la veranda a sus espaldas…

—No sabía que me odiaba tanto —dijo Fenrys con voz áspera.

Aelin le apretó la mano.

Fenrys cerró los ojos e inhaló temblorosamente.

—Sólo me dio permiso de quitar el vidrio. Cuando lo termine de quitar, tendré que… regresar allá.

Señaló con la barbilla en dirección a la pared donde normalmente se sentaba. Intentó examinar las piernas de Aelin pero ella volvió a apretarle la mano y parpadeó dos veces. No.

Quería que permaneciera un rato más en esta forma, que pudiera sentir su pérdida como hombre y no como lobo. Quería que se quedara en esta forma para poder escuchar una voz amistosa, sentir unas manos amables…

Aelin empezó a llorar.

No pudo evitarlo. No pudo detenerse después de empezar. Odiaba cada lágrima y cada sollozo, cada movimiento involuntario de su cuerpo que hacía que el dolor se extendiera como relámpago por sus piernas y pies.

—Los voy a quitar —dijo él.

Ella no pudo decirle, no pudo empezar a explicarle que no era el vidrio, no era la piel desgarrada hasta el hueso.

Él no vendría. No vendría por ella.

Debía estar contenta. Debía sentir alivio. Sentía alivio. Pero… Pero…

Fenrys sacó un par de pinzas de la caja de herramientas que Cairn había dejado en una mesa cercana.

—Seré lo más rápido que pueda.

Ella se mordió el labio con tanta fuerza que le salió sangre y apartó la mirada cuando sintió el primer trozo de vidrio salir de su rodilla. La carne y los tendones volvieron a desgarrarse.

El olor a sal era más fuerte que el de la sangre y supo que él también estaba llorando. El olor combinado de sus lágrimas llenó la pequeña habitación mientras él trabajaba.

Ninguno dijo una sola palabra.

CAPÍTULO 10

El mundo se había convertido en tan sólo lodo congelado, y sangre roja y negra, y los gritos de los moribundos que se elevaban hacia el gélido cielo.

Lysandra había aprendido en estos meses que la batalla no era algo ordenado y limpio. Era caos y dolor y no había grandes duelos heroicos. Sólo el descuartizar de sus garras y el desgajar de sus colmillos; el sonido de los escudos abollados y las espadas ensangrentadas. Las armaduras que en algún momento se habían podido distinguir pronto se llenaron de sangre y, de no ser por lo oscuro de los colores de sus enemigos, Lysandra no estaba completamente segura de cómo podría discernir entre aliado y enemigo.

Sus líneas se habían mantenido. Al menos tenían eso.

Escudo con escudo y hombro con hombro en el campo nevado que ya se había convertido en un lodazal, se enfrentaron a la legión de Erawan que había marchado por Eldrys.

Aedion eligió el campo, la hora, el ángulo de esta batalla. Los demás habían insistido en un ataque inmediato, pero él le había permitido a Morath marchar tierra adentro lo suficiente, justo donde los quería. La ubicación era tan importante como los números, fue lo único que dijo.

No a Lysandra, por supuesto. Casi no le decía ni una maldita palabra estos días.

Y sin duda ahora no era el momento para pensar en eso. Para que le importara eso.

Sus aliados y soldados creían que Aelin Galathynius seguía en camino hacia ellos y eso le permitía a Lysandra adoptar la forma del leopardo de las nieves. Ren Allsbrook incluso había mandado hacer una armadura para el pecho y los flancos del leopardo. Era lo suficientemente ligera para no estorbar pero suficientemente sólida para no salir herida tras los tres golpes que había sido demasiado lenta para detener: una flecha al lado y luego dos cortes de espadas enemigas.

Tenía pequeñas heridas que le ardían por todo el cuerpo. La piel estaba manchada de sangre en sus patas a causa de todas las muertes que había provocado al frente de la batalla y tenía varias heridas por pisar espadas y flechas rotas.

Pero seguía adelante. El Flagelo se mantenía firme contra lo que les habían enviado.

Sólo cinco mil.

Sólo parecía una palabra ridícula, pero era la que habían usado Aedion y los demás.

Apenas suficiente para ser considerado un ejército, si pensaban en el poderío total de Morath, pero bastantes como para representar una amenaza.

Para ellos, pensó Lysandra al lanzarse entre dos guerreros del Flagelo y atacar al soldado del Valg más cercano.

El hombre tenía la espada levantada, listo para atacar al soldado del Flagelo frente a él. Ladeó la cabeza al levantar la espada y no se dio cuenta de la muerte segura que se abalanzaba sobre él hasta que la mandíbula de Lysandra se cerró en su cuello expuesto.

Llevaban horas en esta batalla y ya era su instinto apretar, reventar la carne como si fuera un trozo de fruta madura.

Empezó a moverse de nuevo antes de que el soldado cayera al piso y escupió su garganta en el lodo. Dejó que el Flagelo se encargara de decapitar su cadáver. Qué lejos le parecía ahora su vida de cortesana en Rifthold. A pesar de la muerte que la rodeaba, no podría decir que la extrañara.

A lo largo del frente, Aedion gritaba órdenes al flanco izquierdo. Habían dejado que algunos miembros del Flagelo descansaran al escuchar sobre los pocos soldados que había enviado Erawan y habían llenado sus filas con una mezcla de soldados de las pequeñas fuerzas de los lords de Terrasen y los del príncipe Galan Ashryver y la reina Ansel de los Yermos, quien tenía más soldados en camino.

No hacía falta revelar que tenían un pequeño batallón de soldados hada cortesía del príncipe Endymion y la princesa Sellene Whitethorn, ni que los Asesinos Silenciosos del Desierto Rojo estaban también con ellos. Llegaría el momento en que necesitarían la sorpresa de su presencia, argumentó Aedion durante el breve consejo de guerra que habían tenido al regresar al campamento. Lysandra, agotada por llevar a cuestas a él, a Ren y a Murtaugh sin descanso desde Allsbrook hasta las fronteras de Orynth, apenas pudo escuchar el debate. Pero Aedion había ganado, de cualquier manera.

Como ganaba todo, a fuerza de pura voluntad y arrogancia.

No se atrevió a mirar hacia las filas para comprobar cómo estaba, hombro con hombro en el lodo con sus hombres. Ren se hallaba al frente del flanco derecho, donde estaba apostada Lysandra. Galan y Ansel habían tomado el izquierdo, Ravi y Sol de Suria peleaban con ellos.

No se atrevió a ver cuáles espadas seguían moviéndose.

Contarían sus muertos después de la batalla.

Ya no quedaban demasiados enemigos. Mil, si acaso. Los soldados a sus espaldas eran muchos más.

Así que Lysandra continuó matando, la sangre de su enemigo como vino podrido en su lengua.

Ganaron, aunque Aedion sabía muy bien que la victoria contra cinco mil tropas probablemente era pasajera, considerando que el grueso de las tropas de Morath estaba aún por llegar.

El golpe de adrenalina de la batalla todavía no se les había bajado; por ese motivo, Aedion terminó en su tienda de campaña una hora después de que hubiera caído el último de los Valg, de pie frente a una mesa cubierta de mapas con Ren Allsbrook y Ravi y Sol de Suria.

No sabía dónde habría ido Lysandra. Había sobrevivido, lo cual supuso era suficiente.

No se habían lavado la sangre ni el lodo que los cubría tan a fondo que se había endurecido debajo de sus cascos y su armadura. Habían dejado las armas tiradas en un montón afuera de la tienda de campaña. Todo tendría que limpiarse. Pero eso sería después.

—¿Pérdidas de su lado? —le preguntó Aedion a Ravi y Sol. Los dos hermanos rubios gobernaban Suria, aunque técnicamente Sol era su lord. Nunca antes habían luchado en las guerras, a pesar de tener más o menos la edad de Aedion, pero hoy les había ido bastante bien. A sus soldados también.

Los lords de Suria habían perdido a su padre durante las ejecuciones de Adarlan una década antes. Su madre había sobrevivido a las guerras y la ocupación de Adarlan gracias a su ingenio y al hecho de que su puerto próspero era demasiado valioso para la ruta comercial del reino como para destrozarlo.

Sol, al parecer, había heredado esa ecuanimidad e inteligencia de su madre.

Ravi, inmaduro e imprudente, se parecía a su difunto padre.

Sin embargo, ambos odiaban Adarlan con una intensidad ardiente y profunda que se podía ver reflejada en sus ojos color azul claro.

Sol, con la cara angosta manchada de lodo, exhaló por la nariz. Una nariz de aristócrata, solía pensar Aedion cuando eran niños. El lord siempre había sido más un estudioso que un guerrero, pero parecía haber aprendido un par de cosas en los años difíciles que habían pasado desde entonces.

—No muchos, gracias a los dioses. Doscientos, a lo sumo.

La voz suave era engañosa. Aedion lo había entendido en estas semanas. Tal vez era en sí un arma, hacer creer a la gente que tenía un corazón suave y débil. Para enmascarar la mente ágil y los instintos afilados detrás de esa apariencia.

—¿Y en tu lado? —le preguntó Aedion a Ren.

Ren se pasó la mano por la cabellera oscura y el movimiento hizo que cayeran algunos trozos de lodo seco.

—Ciento cincuenta, si acaso.

Aedion asintió. Mucho mejor de lo que había anticipado. Las filas habían aguantado gracias a los miembros del Flagelo que estaban dispersos entre todos. El Valg había intentado mantener el orden pero cuando la sangre humana empezó a derramarse, se encendió su sed de batalla y perdieron el control a pesar de los gritos de sus comandantes.

Todos eran soldados rasos del Valg, no había príncipes entre ellos. Aedion sabía que eso no era una bendición.

Sabía que los cinco mil hombres que había enviado Erawan, que habían emboscado los barcos de Galan Ashryver en Ilium antes de salir hacia Eldrys, tenían el único propósito de agotarlos. No había ilken, ni Dientes de Hierro, ni mastines del Wyrd.

Y de todas maneras habían sido difíciles de matar. Habían luchado más tiempo que la mayoría de los hombres.

Ravi miró el mapa.

—¿Retrocedemos hacia Orynth ahora? ¿O vamos hacia la frontera?

—Darrow nos ordenó ir a Orynth si sobrevivíamos —dijo Sol con el ceño fruncido hacia su hermano, hacia la luz en los ojos de Ravi que dejaba muy claro a dónde deseaba ir.

Darrow, que ya era demasiado viejo para pelear, se había quedado en el campamento secundario a treinta kilómetros de ellos. Para ser la siguiente línea de defensa si de alguna manera los cinco mil hombres lograban destruir una de las unidades de pelea más talentosas de la historia de Terrasen. Sin duda ahora ya les estaría llegando la noticia de que la batalla había ido a su favor y Darrow probablemente se dirigiría de regreso a la capital.

Aedion miró a Ren.

—¿Crees que tu abuelo pueda convencer a Darrow y los demás lords de continuar hacia el sur?

Guerra por comité. Era absurdo. Cada una de sus decisiones, cada campo de

batalla, tenía que discutirlo. Tenía que convencerlos.

Como si estas tropas no fueran para su reina, como si no hubieran llegado por el llamado de Aelin. Como si el Flagelo le sirviera a alguien más.

Ren exhaló con la mirada hacia el techo de la carpa. Era un espacio amplio pero austero. No habían tenido ni el tiempo ni los recursos para amueblarla como una tienda de campaña de guerra apropiada. Solamente había un catre, unos cuantos braseros y esta mesa, junto con una bañera de cobre detrás de una cortina en la parte de atrás. En cuanto terminara esta reunión buscaría alguien para que la llenara.

Si Aelin hubiera estado ahí, la podría haber calentado en un instante.

Intentó bloquear la opresión que sintió en el pecho.

Si Aelin hubiera estado ahí, con una respiración habría convertido en cenizas al viento a los cinco mil soldados que hoy se habían agotado matando.

Ninguno de los lords a su alrededor había preguntado dónde estaría su reina. Por qué no había estado hoy en el campo de batalla. Tal vez no se atrevían.

Ren dijo:

—Si movemos a los ejércitos al sur sin el permiso de Darrow y los otros lords, estaremos cometiendo traición.

—¿Traición aunque estemos salvando nuestro maldito reino? —exigió saber Ravi.

—Darrow y los otros pelearon en la última guerra —le dijo Sol a su hermano.

—Y la perdieron —rebatió Ravi—. Por mucho —asintió en dirección a Aedion —. Tú estuviste en Theralis. Tú viste la masacre.

Los lords de Suria no sentían afecto por Darrow ni por los demás lords que habían dirigido a sus fuerzas en ese último esfuerzo fracasado. Consideraban que sus errores habían llevado a las muertes de casi toda su corte, sus amigos. No importaba que Terrasen hubiera estado superado por tantos soldados ni que nunca hubieran tenido esperanzas de cualquier manera.

Ravi continuó:

—Yo digo que vayamos al sur. Juntemos nuestras fuerzas en la frontera en vez de permitirle a Morath acercarse tanto a Orynth.

—Y permitir que los aliados que todavía tengamos en el sur no tengan que viajar tan lejos para unirse a nosotros —agregó Ren.

—Galan Ashryver y Ansel de los Yermos irán a donde les digamos que vayan. Los asesinos y las hadas también —insistió Ravi—. El resto de las tropas de

Ansel está avanzando hacia el norte. Podríamos alcanzarlos. Tal vez pedirles que ataquen desde el oeste mientras nosotros lo hacemos desde el norte.

Era una idea sensata y Aedion la había contemplado. Sin embargo, convencer a Darrow… Se dirigiría al otro campamento mañana, podría alcanzar a Darrow antes de que regresara a la capital. Después de ver que se atendiera a todos los heridos.

Pero parecía que Darrow no quería esperar a la mañana.

—General Ashryver —dijo una voz masculina desde el exterior. Se oía joven y tranquila.

Aedion gruñó ante eso y ciertamente no fue Darrow quien entró, sino un hombre alto, de cabello oscuro y ojos grises. No tenía armadura aunque su ropa oscura cubierta de lodo revelaba un cuerpo en buena forma. Tenía una carta en sus manos y se la extendió a Aedion mientras cruzaba la tienda de campaña con gracia. Luego hizo una reverencia.

Aedion recibió la carta. En ella estaba escrito su nombre con la letra de Darrow.

—Lord Darrow te solicita que vayas con él mañana —dijo el mensajero y movió la barbilla hacia la carta cerrada—. Con tu ejército.

—¿Cuál es el punto de la carta —murmuró Ravi— si de todas maneras le vas a mencionar lo que dice?

El mensajero miró al joven lord con aspecto confundido.

—Yo también pregunté eso, mi lord.

—En ese caso, me sorprende que sigas teniendo empleo —dijo Aedion.

—No estoy empleado —dijo el mensajero—. Sólo estoy… colaborando.

Aedion abrió la carta que, en efecto, tenía la orden de Darrow.

—Para que llegaras aquí tan rápido tuviste que haber volado —le dijo al mensajero—. Esto debe haber sido escrito antes de que la batalla siquiera empezara esta mañana.

El mensajero sonrió.

—Me dieron dos cartas. Una era para la victoria, la otra para la derrota.

Valiente… Este mensajero era valiente, y arrogante, para estar al servicio de Darrow.

—¿Cómo te llamas?

—Nox Owen —respondió el mensajero e hizo otra reverencia—. De Perranth.

—He oído hablar de ti —dijo Ren y miró al hombre con renovada atención—. Eres un ladrón.

—Exladrón —corrigió Nox y guiñó el ojo—. Ahora soy un rebelde y el mensajero de más confianza de lord Darrow.

En verdad, un ladrón talentoso sería un buen mensajero que pudiera entrar y salir de diferentes lugares sin ser visto.

Pero a Aedion no le importaba lo que este hombre hiciera o no.

—Supongo que no regresarás esta noche —el mensajero negó con la cabeza. Aedion suspiró—. ¿Darrow se da cuenta de que estos hombres están exhaustos y que, aunque ganamos la batalla, no fue una victoria sencilla ni mucho menos?

—Estoy seguro de que sí —dijo Nox y arqueó sus cejas oscuras con un ligero gesto de diversión.

—Dile a Darrow —intervino Ravi— que puede venir a reunirse con nosotros, entonces. En vez de hacernos mover todo un ejército sólo para verlo.

—La reunión es una excusa —dijo Sol en voz baja. Aedion asintió. Al ver el entrecejo arrugado de Ravi, su hermano mayor aclaró—: Quiere asegurarse de que no…

Sol dejó de hablar porque estaba consciente de que el ladrón estaba oyendo cada palabra. Pero Nox sonrió, como si de todas maneras hubiera entendido lo que quería decir.

Darrow quería asegurarse de que no se llevaran el ejército de este lugar para marchar hacia el sur. Tenía la intención de evitar que lo hicieran con estas órdenes de movilización del día siguiente.

Ravi gruñó cuando al fin descifró las palabras de su hermano.

Aedion y Ren intercambiaron miradas. El lord de Allsbrook frunció el ceño pero asintió.

—Descansa donde encuentres una fogata que te dé la bienvenida, Nox Owen —le dijo Aedion al mensajero—. Saldremos en la madrugada.

Aedion salió a buscar a Kyllian para comunicarle la orden. Las tiendas de campaña eran un desorden de soldados exhaustos y los heridos gemían entre los demás.

Aedion se detuvo el tiempo suficiente para saludar a los heridos, para ofrecer una mano en el hombro o una palabra de apoyo. Algunos sobrevivirían esta noche. Muchos no.

Se detuvo en otras fogatas también. Para felicitar por una buena pelea, ya fueran soldados de Terrasen, de los Yermos o de Wendlyn. Con unos cuantos de ellos inclusive compartió una cerveza o un bocado.

Rhoe le había enseñado eso, el arte de hacer que sus hombres quisieran seguirlo, quisieran morir por él. Pero más que eso, verlos como hombres, como personas con familias y amigos, que arriesgaban tanto como él al luchar. No era una carga, a pesar del agotamiento que iba envolviéndolo poco a poco, agradecerles su valentía, sus espadas.

Pero sí fue tardado. El sol ya se había puesto y el campamento lodoso estaba sumido en sombras profundas entre las fogatas para cuando Aedion logró llegar a la tienda de campaña de Kyllian.

Elgan, uno de los capitanes del Flagelo, le dio una palmada en el hombro cuando pasó. El rostro áspero del hombre sonreía con seriedad.

—No fue un mal primer día, cachorro —gruñó Elgan.

Así había llamado a Aedion desde los primeros días en el Flagelo. Había sido uno de los primeros hombres aquí que no lo trataba como un príncipe que hubiera perdido su reino sino como un guerrero luchando por defenderlo. Mucho de su entrenamiento en el campo de batalla se lo debía a Elgan. Junto con su vida, considerando las incontables veces que la sabiduría y la espada veloz del hombre lo habían salvado.

Aedion le sonrió al viejo capitán.

—Peleaste bien, para ser un abuelo.

La hija de Elgan había tenido un hijo el invierno anterior.

Elgan gruñó:

—Me gustaría verte blandir una espada así de bien cuando tengas mi edad, niño.

Luego se marchó en dirección a una fogata donde estaban otros comandantes y capitanes más veteranos. Notaron la atención de Aedion y levantaron sus tarros como saludo.

Aedion solamente inclinó la cabeza y continuó su camino.

—Aedion.

Conocería esa voz aunque estuviera ciego.

Lysandra salió de detrás de una tienda de campaña. Tenía la cara limpia a pesar de la ropa lodosa.

Él se detuvo y por fin empezó a sentir el peso de la tierra y la sangre que tenía encima.

—Qué.

Ella no hizo caso a su tono de voz.

—Podría volar a ver a Darrow esta noche. Darle el mensaje que quieras.

—Quiere que llevemos al ejército con él y que de ahí vayamos a Orynth —dijo Aedion e intentó seguir su camino hacia la tienda de Kyllian—. De inmediato.

Ella se interpuso en su camino.

—Puedo ir y decirle que este ejército necesita descansar.

—¿Esto es un intento por quedar bien conmigo?

Estaba demasiado cansado, demasiado agotado, para molestarse con andar por las ramas.

Los ojos de esmeralda de Lysandra se enfriaron tanto como la noche invernal a su alrededor.

—No me importa un carajo quedar bien contigo. Lo que me importa es que este ejército se agote con movimientos innecesarios.

—¿Cómo sabes siquiera lo que se dijo en esa tienda de campaña?

Supo la respuesta en cuanto terminó de formular la pregunta. Había estado presente en una forma pequeña e imperceptible. Por esa precisa razón tantos reinos y cortes habían cazado y matado a los metamorfos. Eran espías y asesinos sin igual.

Ella se cruzó de brazos.

—Si no quieres que escuche lo que sucede en tus consejos de guerra, dímelo.

Él la miró a la cara, notó su postura tensa. Se podía ver que ella también estaba exhausta. Su piel dorada estaba pálida y sus ojos se veían atormentados. Aedion no sabía dónde estaría quedándose en el campamento. Si siquiera tenía una tienda de campaña.

Sintió remordimiento por un instante.

—¿Cuándo, exactamente, hará su gran regreso nuestra reina?

Ella apretó los labios.

—Esta noche, si lo consideras prudente.

—¿Perderse la batalla y aparecer para disfrutar de la gloria de la victoria? Creo que a las tropas no les va a parecer muy alentador.

—Entonces dime dónde y cuándo y lo haré.

—¿Así de ciegamente como obedeciste a tu reina me obedecerás ahora a mí?

—Yo no obedezco a ningún hombre —gruñó ella—. Pero tampoco soy tan ingenua como para pretender saber más que tú sobre ejércitos y soldados. Mi orgullo no se lastima con tanta facilidad.

Aedion dio un paso al frente.

—¿Y el mío sí?

—Lo que hice, lo hice por ella y por este reino. Mira a estos hombres, tus hombres, mira a los aliados que hemos reunido y dime que, si supieran la verdad, estarían tan dispuestos a luchar.

—El Flagelo peleó cuando creíamos que Aelin había muerto. No sería distinto.

—Tal vez lo sería para nuestros aliados. Para la gente de Terrasen —no se retractó ni un milímetro—. Si quieres castígame por el resto de tu vida. Por mil años, si terminas Estableciéndote.

Dado que Gavriel era su padre, era probable que lo hiciera. Aedion había intentado no pensar demasiado en esta posibilidad. Había intentado no interactuar con la realeza hada ni con sus soldados más allá de lo necesario. Y ellos se mantenían aislados. Pero no lo despreciaron ni se burlaron de su estatus de demihada. En realidad no parecía importarles qué sangre fluía por sus venas siempre y cuando los mantuviera con vida.

—Tenemos suficientes enemigos ya —continuó Lysandra—. Pero si de verdad quieres que yo también lo sea, está bien. No me arrepiento por lo que hice y nunca me arrepentiré.

—Bien —fue lo único que pudo pensar ante eso.

La mirada de ella era penetrante. Como si estuviera sopesando al hombre en su interior.

—Fue real, Aedion —dijo—. Todo. No me importa si me crees o no. Pero fue real para mí.

No podía soportar escuchar esas palabras.

—Tengo una reunión —mintió y dio un paso al lado para esquivarla—. Ve a arrastrarte a otro lado.

El dolor destelló en los ojos de la metamorfa pero lo ocultó rápidamente. Aedion sabía que era el peor tipo de bastardo por haberlo provocado.

Pero continuó su camino hacia la tienda de campaña de Kyllian. Ella no lo siguió.

Era una tonta.

Una tonta y estúpida por haberle hablado y ahora podía sentir que algo se le desbarataba en el pecho.

Tenía suficiente dignidad como para no rogarle. Como para no ver a Aedion entrar a la tienda de campaña de Kyllian y preguntarse si sería una reunión o si sería que estaba tratando de recordarse a sí mismo la vida después de toda la muerte de hoy. Para no cederle ni un milímetro al fuego que ardía en sus ojos.

Lysandra se dirigió a la agradable tienda de campaña que Sol de Suria le había dado cerca de la suya. Era un hombre amable y muy inteligente, que no tenía ningún interés en las mujeres. El hermano menor, Ravi, la había observado, como hacían todos los hombres. Pero mantenía una distancia respetuosa y le había hablado a ella, no a su pecho, así que el joven también le agradaba. No le importaba tener su tienda entre las de ellos.

De hecho, era un honor. Había pasado de tener que meterse a las camas de los lords, y hacer lo que le pidieran con una sonrisa, a pelear a su lado. Y ahora ella era una lady. Una que reconocían tanto los lords de Suria como el lord de Allsbrook, a pesar de lo que pensara Darrow.

La hubiera llenado de felicidad de no ser porque la batalla la había agotado tanto que la caminata de regreso a la tienda de campaña le pareció eterna. De no ser porque el príncipe general le había fileteado el espíritu tan a fondo.

Cada paso era un esfuerzo. El lodo succionaba sus botas.

Recorrió un pasillo de tiendas con banderas que iban desde el ciervo blanco sobre fondo verde esmeralda del Flagelo hasta los peces plateados gemelos sobre turquesa vibrante de la Casa de Suria. Le faltaban ya unos quince metros para llegar a su tienda y se podría recostar. Los soldados sabían quién era ella, qué era. Ninguno, si es que la vieron, le gritó nada como solían hacer los hombres en Rifthold.

Lysandra avanzó con dificultad hacia su tienda y suspiró con agotamiento aliviado al atravesar la entrada para dirigirse a su catre.

Un sueño frío y vacío la alcanzó antes de que pudiera recordar quitarse las botas.

CAPÍTULO 11

—¿Están seguros de esto? —preguntó Chaol.

El corazón le latía con fuerza. Tenía la mano apoyada sobre el escritorio en el camarote que compartía con Yrene y señaló el mapa que Nesryn y Sartaq habían extendido frente a ellos.

—Los soldados que interrogamos tenían órdenes sobre dónde reunirse —dijo Sartaq desde el otro lado del escritorio. Todavía vestía la ropa de vuelo de los rukhin—. Estaban tan rezagados que hubieran tenido que preguntar hacia dónde ir.

Chaol se frotó la mandíbula.

—¿Y pudieron ver el tamaño del ejército?

—Diez mil —respondió Nesryn, que seguía apoyada en una pared cercana—. Pero no hay señas de las legiones de Dientes de Hierro. Solamente soldados y unos mil de caballería.

—Por lo que se alcanzaba a ver desde el aire —dijo la princesa Hasar mientras jugaba con la punta de su trenza larga y oscura—. ¿Quién dice que no hay algo más oculto entre sus filas?

Cuántos demonios del Valg habría, fueron las palabras que la princesa no necesitó agregar. De todos los hermanos reales, Hasar se había tomado más a pecho y más personalmente la infestación de la princesa Duva y el asesinato de su hermana Tumelun. Había venido con ellos para vengar a sus hermanas y para asegurarse de que esto no volviera a suceder. Si esta guerra no hubiera sido tan desesperada, Chaol habría pagado por ver a Hasar atacar al Valg.

—Los soldados no divulgaron esa información —admitió Sartaq—. Solamente el sitio hacia donde se dirigían.

Yrene, al lado de Chaol, le envolvió los dedos alrededor de la mano y apretó. Él no se había dado cuenta de qué tan fría y qué tan temblorosa se había puesto su mano hasta que sintió la calidez de la de ella empezar a entibiarlo.

Porque el objetivo de ese ejército enemigo que ahora marchaba hacia el noroeste…

Anielle.

—Tu padre no ha claudicado ante Morath —dijo Hasar y lanzó su trenza por encima del hombro de su chaqueta bordada color azul cielo—. Erawan debe sentirse nervioso para tener la necesidad de enviar ese ejército a aplastarlo.

Chaol se tragó la sequedad de su garganta.

—Pero Erawan ya saqueó Rifthold —dijo y señaló la capital en la costa para luego recorrer el Avery con el dedo tierra adentro—. Controla casi todo el río. ¿Por qué no enviar a las brujas a saquear? ¿Por qué no subir por el Avery? ¿Por qué llevar al ejército tan lejos por la costa y luego de regreso?

—Para abrir el camino para los demás —dijo Yrene con la boca apretada—. Para provocar el mayor terror posible.

Chaol exhaló.

—En Terrasen. Erawan quiere que Terrasen sepa lo que viene, quiere tomarse su tiempo y que sus fuerzas destruyan tramos grandes de territorio.

—¿Anielle tiene ejército? —preguntó Sartaq con sus ojos oscuros serenos.

Chaol se enderezó e hizo un puño con la mano, como si eso pudiera mantener bajo control el temor que se acumulaba en su estómago. Tenían que apresurarse, ya.

—No para enfrentar a un ejército de diez mil soldados. La fortaleza tal vez sobreviviría un sitio, pero no indefinidamente. Y ahí no cabe toda la población de la ciudad.

Sólo los elegidos de su padre.

Se hizo el silencio y Chaol supo que estaban esperando que él hablara, que él formulara la pregunta. Odió cada una de las palabras que salieron de su boca.

—¿Vale la pena desplegar nuestras tropas aquí y marchar para salvar Anielle?

Porque no podían arriesgarse a navegar por el Avery. Rifthold estaba en su desembocadura. Tendrían que encontrar un sitio para desembarcar y marchar tierra adentro. Por las planicies, cruzar el Acanthus, hacia Oakwald, y hacia las faldas de las montañas Colmillos Blancos. Días de recorrido a caballo y ni los dioses sabrían cuánto tiempo le tomaría a un ejército.

—Tal vez no quede gran cosa de Anielle para cuando lleguemos —dijo Hasar con más suavidad de la que solía usar. Suficiente para que Chaol tuviera que controlarse para no decirles que era eso, precisamente, lo que hacía que debieran movilizarse ya—. Si la parte sur de Adarlan ya no tiene salvación, entonces podríamos atracar cerca de Meah —agregó Hasar y señaló la ciudad al norte del reino—. Marchar cerca de la frontera y prepararnos para

interceptarlos.

—O podríamos ir directamente a Terrasen y navegar tierra adentro por el Florine a la entrada de Orynth —dijo Sartaq.

—No sabemos qué encontraremos en ninguno de los dos —dijo Nesryn en voz baja y su voz tranquila llenó la habitación. Era una mujer diferente en varias maneras a la que había salido con Chaol hacia el continente sur—. Meah podría estar tomada y Terrasen estar bajo sitio. Los días que les llevaría a nuestros exploradores volar al norte serían un desperdicio de tiempo que es vital, eso si acaso regresan.

Chaol inhaló profundamente e intentó obligar a su corazón a tranquilizarse. No tenía idea de dónde podría estar Dorian, si había ido con Aelin a Terrasen. Los soldados que Nesryn y Sartaq habían interrogado no lo sabían. ¿Qué habrían elegido sus amigos? Casi podía escuchar a Dorian gritándole nada más por titubear, podía escucharlo ordenándole que dejara de dudar hacia dónde ir y que se dirigiera a Anielle.

—Anielle está cerca del Abismo Ferian —dijo Hasar—, que también está controlado por Morath y es otro de los puestos de avanzada de las Dientes de Hierro y sus guivernos. Si llevamos nuestras fuerzas tan tierra adentro, no sólo estaremos arriesgando al ejército que marche hacia Anielle, sino que también llevaríamos un grupo de brujas a nuestras espaldas —miró a Chaol a los ojos y su rostro permaneció tan severo como sus palabras—. ¿Salvar la ciudad nos daría alguna ventaja?

—Es su hogar —dijo Yrene con voz baja pero no débil. Su barbilla se negó a bajar siquiera un poco en presencia de la realeza—. Creo que eso es motivo suficiente para defenderla.

Chaol apretó la mano alrededor de la de ella para agradecerle en silencio. Dorian hubiera dicho lo mismo.

Sartaq volvió a estudiar el mapa.

—El Avery se ramifica cerca de Anielle —murmuró y recorrió el río con el dedo—. Da vuelta hacia el sur hacia el Lago de Plata y Anielle y luego la otra rama va hacia el norte, pasa por el Abismo Ferian, recorre las montañas Ruhnn y sube casi a la frontera de Terrasen.

—Puedo leer un mapa, hermano —gruñó Hasar.

Sartaq no le hizo caso y miró a Chaol nuevamente a los ojos. Una chispa se encendió en sus profundidades tranquilas.

—Podemos evitar el Avery hasta llegar a Anielle. Marchar tierra adentro. Y cuando la ciudad esté segura, empezar una campaña hacia el norte, a lo largo del Avery.

Nesryn se separó del muro y se acercó al lado del príncipe.

—¿Hacia el Abismo Ferian? Entonces estaríamos enfrentándonos a las brujas.

Sartaq le sonrió con una media sonrisa.

—Qué bueno que tenemos a los ruks.

Hasar se inclinó sobre el mapa.

—Si tomamos el Abismo Ferian, entonces podríamos marchar hasta Terrasen tomando la ruta interior —sacudió la cabeza—. ¿Pero qué hay de la flota?

—Ellos pueden esperar para interceptar la flota de Kashin —dijo Sartaq—. Nos llevamos a los soldados, a la caballería de Darghan, a los ruks, y ellos esperan a que llegue el resto del ejército y les dicen que se reúnan con nosotros allá.

Chaol sintió la esperanza revivir en su pecho.

—Pero eso nos deja de todas maneras al menos una semana detrás del ejército que se dirige a Anielle —dijo Nesryn.

Era cierto. Nunca los alcanzarían. Cualquier retraso podría costar incontables vidas.

—Tenemos que advertirles —dijo Chaol—. Anielle debe recibir una advertencia para tener tiempo para prepararse.

Sartaq asintió.

—Yo puedo estar ahí en unos días si voy volando.

—No —dijo Chaol e Yrene arqueó una ceja—. Si puedes prestarme un ruk y un jinete, iré yo mismo. Tú quédate aquí y prepara a los ruks para el vuelo. Mañana, de ser posible. Un día o dos, cuando mucho —hizo un ademán hacia Hasar—. Atraquen los barcos y lleven a las tropas tierra adentro, lo más rápido que puedan marchar.

La mirada de Yrene se volvió cautelosa. Estaba muy consciente de qué y quién enfrentaría él en Anielle. El regreso a casa que nunca había imaginado, ciertamente no en estas circunstancias.

—Yo iré contigo —le dijo su esposa.

Él volvió a apretarle la mano como diciendo No me sorprende para nada enterarme de eso.

Yrene le apretó la mano también.

Sartaq y Hasar asintieron y Nesryn abrió la boca como si fuera a objetar pero también asintió.

Saldrían esta misma noche, ocultos por la oscuridad. Encontrar a Dorian nuevamente tendría que esperar. Yrene se mordió el labio, calculando lo que necesitarían empacar, qué decirles a las demás sanadoras.

Él rezó para que llegaran a tiempo, rezó para saber qué demonios decirle a su padre, después del juramento que había roto, después de todo lo que había entre ellos. Y más que eso, lo que les diría a su madre y a su hermano ya-no-tan-pequeño que había dejado atrás cuando eligió a Dorian sobre su herencia.

Chaol le había dado a Yrene el título que le correspondía al casarse con él: Lady Westfall.

Se preguntó si podría soportar que lo llamaran lord. Si importaba siquiera, dado lo que iba en dirección a la ciudad frente al Lago de Plata.

Si siquiera importaría si no llegaban a tiempo.

Sartaq apoyó la mano en la empuñadura de su espada.

—Mantendremos la defensa por ustedes todo el tiempo posible, lord Westfall. Los ruks irán uno o dos días tras ustedes y los soldados una semana detrás de ellos.

Chaol le dio la mano a Sartaq y luego a Hasar.

—Gracias.

La boca de Hasar se curvó para esbozar media sonrisa.

—Agradécenos si salvamos tu ciudad.

CAPÍTULO 12

Todo. Ella había dado todo por esto y lo había hecho con gusto.

Aelin estaba recostada en la oscuridad, la plancha de hierro como una noche sin estrellas sobre ella.

Ahí había despertado. Había estado ahí… un largo tiempo.

Suficiente tiempo para haber hecho sus necesidades. No le había importado.

Tal vez todo había sido por nada. La Reina Prometida.

Prometida a la muerte, a entregarse para saldar la deuda de una princesa antigua. Para salvar este mundo.

No lo podría hacer. Fallaría en eso, aunque sobreviviera a Maeve.

Si sobreviviera a lo que podría haber visto debajo de la piel de la reina. Si es que era real, siquiera.

Contra Erawan, había pocas esperanzas. Pero también contra Maeve…

Se empezó a formar un charco de lágrimas silenciosas en su máscara.

No importaba. No iba a salir de este sitio. De esta caja.

Nunca más volvería a sentir la calidez tersa del sol en su cabello o la brisa del mar en sus mejillas.

No podía dejar de llorar, sin tregua y sin pausa. Como si se hubiera abierto una presa en su interior en el momento en que vio la sangre brotar del rostro de Maeve.

No le importaba que Cairn viera las lágrimas, que las pudiera oler.

Que la rompiera de nuevo hasta que quedara hecha trocitos sangrientos en el suelo. Que lo hiciera una y otra vez.

No pelearía. No podía soportar pelear.

Una puerta rechinó al abrirse y cerrarse. Se acercaron unos pasos largos.

Luego un golpe en la tapa del ataúd.

—¿Cómo te suenan unos días más ahí adentro?

Ella deseó poder integrarse a la negrura que la rodeaba.

Cairn le dijo a Fenrys que saliera a hacer sus necesidades y regresara. El silencio llenó la habitación.

Luego un ligero sonido rasposo. Algo que recorría la parte superior de la caja. Como si Cairn estuviera recorriéndola con una daga.

—He estado pensando cómo pagarte cuando te deje salir.

Aelin bloqueó sus palabras. No hizo nada salvo mirar hacia la oscuridad.

Estaba tan cansada. Tan tan cansada.

Por Terrasen había hecho esto gustosa. Todo. Por Terrasen, ella merecía pagar este precio.

Había intentado arreglar las cosas. Lo había intentado y había fallado.

Y estaba tan tan cansada.

Corazón de Fuego.

Las palabras susurradas flotaron por la noche eterna, un destello de sonido, de luz.

Corazón de Fuego.

La voz de la mujer era suave, amorosa. Era la voz de su madre.

Aelin apartó la cara. Incluso ese movimiento era más de lo que podía soportar.

Corazón de Fuego, ¿por qué lloras?

Aelin no pudo responder.

Corazón de Fuego.

Las palabras eran como una suave caricia en su mejilla.

Corazón de Fuego, ¿por qué lloras?

Y a la distancia, muy dentro de ella, Aelin susurró hacia ese rayo de

recuerdos: Porque estoy perdida. Y no sé cuál es el camino.

Cairn seguía hablando. Seguía raspando la tapa del ataúd con el cuchillo.

Pero Aelin no lo escuchó porque encontró a la mujer recostada a su lado. Un espejo, o un reflejo del rostro que ella tendría en unos cuantos años. Si vivía tanto.

Tiempo prestado. Cada momento había sido solamente tiempo prestado.

Evalin Ashryver pasó sus dedos suaves por la mejilla de Aelin. Por la máscara.

Aelin podría haber jurado que los sentía tocar su piel.

Has sido muy valiente, le dijo su madre. Has sido muy valiente, por mucho tiempo.

Aelin no pudo detener el sollozo silencioso que se abrió paso por su garganta.

Pero debes ser valiente un poco más, mi Corazón de Fuego.

Ella se acercó al roce de su madre.

Debes ser valiente un poco más, y recuerda…

Su madre colocó la mano fantasma sobre el corazón de Aelin.

Lo que importa es la fuerza de esto. No importa dónde estés, no importa qué tan lejos, esto te conducirá a casa.

Aelin logró acercar la mano a su pecho para cubrir los dedos de su madre. Lo único que sintió en la piel fue la tela delgada y el hierro.

Pero Evalin Ashryver le sostuvo la mirada a Aelin, la suavidad se endureció y brilló como acero fresco. Es la fuerza de esto lo que importa, Aelin.

Los dedos de Aelin se clavaron en su pecho mientras movía la boca para repetir en silencio: La fuerza de esto.

Evalin asintió.

Las amenazas siseadas de Cairn bailaron por todo el ataúd y su cuchillo siguió raspando y raspando.

El rostro de Evalin no se alteró. Eres mi hija. Naciste de dos linajes muy poderosos. Esa fortaleza fluye en ti. Vive en ti.

El rostro de Evalin brilló con la ferocidad de las mujeres que las habían antecedido, todas hasta la reina hada cuyos ojos ambas habían heredado.

No te doblegarás.

Luego se marchó, como rocío bajo el sol de la mañana.

Pero las palabras permanecieron.

Florecieron dentro de Aelin, brillantes como brasas avivadas.

No te doblegarás.

Cairn recorrió el metal con su daga, justo sobre su cabeza.

—Cuando te corte esta vez, perra, voy a…

Aelin golpeó la tapa con la mano.

Cairn se detuvo.

Aelin volvió a golpear el hierro con la mano. Otra vez.

No te doblegarás.

Otra vez.

No te doblegarás.

Otra vez. Otra.

Hasta que se sintió viva, hasta que su sangre le empezó a llover en el rostro y a limpiarle las lágrimas, hasta que cada golpe de su puño en el hierro fue un grito de batalla.

No te doblegarás.

No te doblegarás.

No te doblegarás.

Surgió en ella, quemando y rugiendo, y ella se entregó de lleno. A la distancia, cerca, se escuchó el crujir de madera. Como si alguien hubiera entrado tambaleándose a interrumpir algo. Luego gritos.

Aelin golpeó su puño contra el metal, la canción de su interior palpitaba y crecía, una ola gigantesca que se dirigía a toda velocidad a la costa.

—¡Denme esa gloriella!

Las palabras no significaban nada. Él no era nada. Siempre sería nada.

Una y otra vez, golpeó la tapa. Una y otra vez, esa canción de fuego y oscuridad se encendió en todo su cuerpo, fuera de él, hacia el mundo.

No te doblegarás.

Algo siseó y crujió cerca y el humo entró por la tapa.

Pero Aelin siguió golpeando. Siguió golpeando hasta que el humo la ahogó, hasta que su olor dulzón la arrastró y la hundió para llevársela lejos.

Y cuando despertó encadenada en el altar, pudo ver lo que le había hecho al ataúd de hierro.

La parte superior de la tapa se había deformado. Ahora tenía un gran bulto y el metal se había estirado y adelgazado.

Como si hubiera estado muy cerca de romperse por completo.

En la cima oscura de la colina con vista al reino dormido, Rowan se congeló.

Los otros ya habían bajado media colina y llevaban a sus caballos a lo largo de la pendiente seca que los llevaría al otro lado de la frontera de Akkadia y hacia las planicies áridas más allá.

Él soltó las riendas de su corcel.

Tenía que haberlo imaginado.

Miró el cielo estrellado, las tierras adormecidas más allá, el Señor del Norte sobre ellos.

Le llegó un instante después. Hizo erupción a su alrededor y rugió.

Una y otra y otra vez, como si fuera un martillo contra un yunque.

Los demás voltearon a verlo.

Esa canción rugiente y de fuego se acercó aun más. Lo recorrió.

Recorrió el vínculo de pareja. Lo recorrió hasta el fondo de su alma.

Un aullido de furia y desafío.

Desde la base de la colina, Lorcan dijo con voz áspera:

—Rowan.

Era imposible, completamente imposible, pero…

—Al norte —dijo Gavriel y dio la vuelta a su alazán capado—. La explosión vino del norte.

De Doranelle.

Un faro en la noche. Un poder que hacía vibrar el mundo, como lo había hecho en la bahía de la Calavera.

Lo llenó de sonido, de fuego y de luz. Como si gritara, una y otra vez, Estoy viva, estoy viva, estoy viva.

Y luego silencio. Como si la hubieran cortado.

Extinguido.

Se negó a pensar por qué. El vínculo de pareja permanecía. Estaba tenso y restirado, pero permanecía.

Así que él envió las palabras por ese vínculo, con toda la esperanza y furia y amor ilimitado que sentía de ella. Te voy a encontrar.

No hubo respuesta. Nada salvo la oscuridad pulsante y el Señor del Norte que brillaba en las alturas, apuntando al norte. A ella.

Encontró a sus compañeros esperando sus órdenes.

Abrió la boca para decirles pero se detuvo. Lo pensó.

—Necesitamos hacer que Maeve se mueva, que se aleje de Aelin —su voz retumbaba y silenciaba el zumbido lánguido de los insectos en los pastos—. Sólo lo necesario para que podamos infiltrar Doranelle.

Porque ni siquiera los tres juntos podrían bastar para hacerle frente a Maeve.

—Si ella se entera de que vamos en camino —lo contradijo Lorcan—, va a llevarse a Aelin y no vendrá hacia nosotros. No es tan tonta.

Pero Rowan miró a Elide. Los ojos de la lady de Perranth estaban muy abiertos.

—Lo sé —dijo y empezó a formular su plan, tan frío e implacable como el poder que le recorría por las venas—. Atraeremos a Maeve con otro tipo de carnada, entonces.

CAPÍTULO 13

La araña había dicho la verdad.

Escondidas entre las rocas llenas de hielo de un pico en las montañas, Manon y las Trece se asomaron hacia el pequeño paso de abajo.

Hacia el campamento de brujas de capas rojas que las Sombras le habían confirmado estaba ahí una hora antes.

Manon miró por encima de su hombro hacia el sitio donde Dorian estaba parado, casi invisible, contra la nieve. La araña estaba en su forma humana a su lado.

Los ojos sin fondo de la criatura la vieron directamente y brillaron con triunfo.

Bien. Cyrene, o como se llamara, podría vivir. Ya se vería a dónde los conduciría. Los horrores que la araña había mencionado en Morath…

Eso lo verían después.

Manon estudió el cielo azul que empezaba a oscurecerse. Ninguna de ellas había dicho nada cuando Manon se fue montada en Abraxos unas horas antes. Y ninguna de las Trece preguntó ahora dónde había estado mientras monitoreaban el campamento de sus antiguas enemigas.

—Setenta y cinco que alcanzamos a ver —murmuró Asterin con la mirada fija en el campamento lleno de actividad—. ¿Qué demonios están haciendo allá?

Manon no lo sabía. Las Sombras no habían podido averiguar nada.

Las tiendas de campaña estaban instaladas alrededor de pequeñas fogatas y cada ciertos minutos partían y llegaban figuras sobre escobas. Sentía que el corazón le iba a estallar en el pecho.

Las Crochans. La otra mitad de su legado.

—Avanzaremos cuando nos lo indiques —le dijo Sorrel alentándola cuidadosamente.

Manon inhaló y deseó que el viento lleno de nieve la mantuviera fría e

impasible durante este próximo encuentro. Y lo que viniera después.

—Sin uñas ni dientes —le ordenó Manon a las Trece. Luego miró de nuevo por encima del hombro al rey y la araña—. Ustedes pueden quedarse aquí, si lo desean.

Dorian sonrió lentamente.

—¿Y perderme toda la diversión?

Manon logró ver el brillo en su mirada, el destello que le indicaba a ella que tal vez él era el único que comprendía lo que estaba por suceder. Que Manon no estaba sólo a punto de enfrentar a sus enemigas, sino a la que potencialmente sería su gente. Dorian asintió de manera sutil y dijo:

—Iremos todos.

Manon tan sólo asintió y se puso de pie. Las Trece se pusieron de pie tras ella.

En cuestión de minutos empezaron a resonar los gritos de alarma.

Pero Manon mantuvo las manos en el aire cuando Abraxos aterrizó en el borde del campamento Crochan. Las Trece y sus guivernos venían detrás. Vesta traía a Dorian y a la araña.

Había lanzas y flechas y espadas apuntándoles con precisión letal.

Una bruja de cabellera oscura cruzó las filas y avanzó hasta la delantera. Tenía una espada fina en la mano y miró a Manon fijamente.

Crochans. Su gente.

Ahora… ahora era el momento de dar el discurso que había planeado. Liberar esas palabras que había atado a su interior.

Asterin la volteó a ver como animándola en silencio.

Pero los labios de Manon no se movieron.

La del cabello oscuro mantenía los ojos castaños fijos en Manon. Encima de su hombro se alcanzaba a ver un báculo de madera pulida. No, no era un báculo… era una escoba. Más allá de la capa roja ondeante de la bruja, se veían brillar las ramas atadas con hilo de oro.

Entonces debía ser de alto rango si las ataduras de su escoba eran tan finas. La mayoría de las Crochans usaba metales más simples. Las más pobres, simplemente cordel.

—Qué interesantes sustitutos de sus escobas de palo fierro —dijo la Crochan. Las demás tenían la misma expresión severa que las Trece. La bruja miró hacia el sitio donde estaba Dorian sobre la montura de Vesta, probablemente

estudiándolo todo con su mirada limpia y astuta—. Y es interesante tu compañía —la bruja curvó un poco la boca—. A menos que las cosas hayan ido tan mal para tu gente, Picos Negros, que hayas tenido que recurrir a compartir.

Asterin dejó escapar un gruñido.

Pero la bruja la había identificado… o al menos sabía a qué clan pertenecían. La Crochan olfateó a la araña metamorfa. Entrecerró los ojos.

—Interesante compañía, en verdad.

—No tenemos intención de hacerles daño —dijo al fin Manon.

La bruja resopló.

—¿El Demonio Blanco no lanzará sus amenazas?

Oh, sí lo sabía, entonces. Quién era Manon, quiénes eran todas ellas.

—¿O son ciertos los rumores? ¿Que rompiste con tu abuela? —la bruja miró a Manon con descaro de pies a cabeza. Un vistazo mucho más atrevido de lo que Manon le permitía por lo general a sus enemigos—. Los rumores dicen que también te atacó personalmente, pero aquí estás. Sana y salva y cazándonos de nueva cuenta. Tal vez los rumores de tu deserción tampoco son ciertos.

—Ella se separó de su abuela —dijo Dorian y se bajó del guiverno de Vesta para empezar a avanzar hacia Abraxos. Las Crochans se pusieron tensas pero no hicieron ningún movimiento para atacar—. La saqué del mar hace meses, donde estaba en las puertas de la Muerte. Vi los trozos de hierro que mis amigos le extrajeron del abdomen.

La Crochan arqueó las cejas oscuras y volvió a mirar con cuidado al hombre hermoso y elocuente. Tal vez se dio cuenta del poder que irradiaba de él… y las llaves que traía.

—¿Y quién eres tú, exactamente?

Dorian esbozó una sonrisa encantadora a la bruja y empezó a hacer una reverencia.

—Dorian Havilliard, a tu servicio.

—El rey —murmuró una de las Crochans cerca de los guivernos.

Dorian le guiñó un ojo.

—Eso también.

Sin embargo, la líder del aquelarre se quedó estudiándolo… luego a Manon. Y

a la araña.

—Parecería que hay más por explicar.

Manon sentía ansiedad por sacar a Hiende Viento de su espalda.

Pero Dorian dijo:

—Llevamos ya dos meses buscándolas —las Crochans se volvieron a poner tensas—. No por violencia ni deporte —aclaró Dorian con palabras que fluían en una melodía de plata—. Sino para discutir temas sobre nuestros pueblos.

Las Crochans se inquietaron. Las botas crujieron en la nieve helada.

La líder del aquelarre preguntó:

—¿Entre Adarlan y nosotras o entre las Picos Negros y nuestra gente?

Manon se bajó al fin de Abraxos. El guiverno resopló con ansiedad al ver el brillo de las armas de las brujas.

—Todos —dijo Manon con seriedad. Movió la barbilla hacia los guivernos—. No les harán daño —a menos que ella se los ordenara. En ese caso las cabezas de las Crochans quedarían separadas de sus cuerpos antes de poder desenfundar las espadas—. Pueden bajar la guardia.

Una de las Crochans rio.

—¿Y que nos recuerden como las tontas que confiaron en ustedes? No lo creo.

La líder del aquelarre le lanzó una mirada silenciadora a la centinela de cabello café que había hablado, una bruja hermosa de figura voluptuosa. La bruja se encogió de hombros y suspiró hacia el cielo.

La líder del aquelarre volteó a ver a Manon.

—Bajaremos la guardia cuando nos ordenen que lo hagamos.

—¿Quién? —preguntó Dorian y empezó a fijarse en sus rangos.

Ahora sería el momento para que Manon dijera quién era, qué era ella. Anunciar a qué habían venido en realidad.

La líder del aquelarre señaló hacia el campamento.

—Ella.

Incluso a la distancia, Dorian se había maravillado de las escobas que usaban las Crochans para volar por los cielos. Pero ahora, rodeado de ellas… No eran mitos. Eran guerreras. Unas guerreras más que dispuestas a terminar con ellos.

Capas color rojo sangre fluían por todas partes. El contraste era pronunciado con la nieve y las montañas grises. Aunque muchas de las brujas tenían rostros jóvenes y hermosos, había otras tantas que parecían más maduras y algunas incluso ancianas. Dorian no podía imaginar qué tan viejas tendrían que ser para estar tan acabadas. No dudaba que lo podrían matar con facilidad.

La líder del aquelarre apuntó hacia las filas ordenadas de tiendas de campaña y las guerreras ahí reunidas se apartaron. El muro de escobas y armas brillaba en la luz menguante.

—Entonces —dijo una voz antigua cuando las filas retrocedieron para revelar el sitio donde había apuntado la Crochan. No estaba acabada por la edad, pero su cabello estaba blanco por el paso del tiempo. Sin embargo, sus ojos azules eran tan transparentes como un lago de montaña—. Entonces, ya veo que las cazadoras ahora se han convertido en las presas.

La bruja antigua se detuvo en el extremo de sus filas y estudió a Manon. Había amabilidad en el rostro de la bruja, observó Dorian, así como sabiduría. Y, se dio cuenta, también algo parecido al pesar. Eso no le impidió colocar la mano en la empuñadura de Damaris, como si estuviera simplemente descansándola ahí.

—Las buscamos para poder hablar —respondió Manon con voz fría y tranquila que resonó sobre las rocas—. No tenemos intención de hacerles daño.

Damaris se entibió ante la verdad de esas palabras.

—Esta vez —murmuró la bruja de cabello castaño que había hablado antes. La líder del aquelarre le dio un codazo como advertencia.

—¿Pero quién eres? —le preguntó Manon a la anciana—. Tú eres la líder de estos aquelarres.

—Soy Glennis. Mi familia le sirvió a la realeza Crochan mucho antes de que cayera la ciudad —dijo la bruja y sus ojos se posaron en la tira de tela roja que ataba la trenza de Manon—. Veo que Rhiannon te encontró.

Dorian había escuchado a Manon explicarles a las Trece la verdad sobre sus antepasados y quién le había ordenado su abuela que matara en la Omega.

Manon mantuvo la barbilla en alto aunque sus ojos dorados destellaron.

—Rhiannon no logró salir del Abismo Ferian.

—Perra —gruñó una bruja y otras también lo hicieron.

Manon no hizo caso y le preguntó a la Crochan anciana:

—¿La conocían, entonces?

Las brujas se quedaron en silencio.

La anciana inclinó la cabeza. Ese pesar volvió a llenarle los ojos. Dorian no necesitó de la calidez confirmatoria de Damaris para saber que las siguientes palabras eran verdaderas.

—Yo era su bisabuela —incluso el viento que azotaba se aquietó—. Y también la tuya.

CAPÍTULO 14

Las Crochans bajaron las armas bajo las órdenes de la supuesta bisabuela de Manon. Glennis.

Ella había exigido que le explicara cómo, quiénes eran los miembros de su linaje, pero Glennis se limitó a hacerle una señal a Manon para que la siguiera hacia el campamento.

Al menos dos docenas de brujas estaban cuidando las fogatas dispersas entre las tiendas de campaña blancas. Todas dejaron de hacer sus diversas tareas cuando vieron pasar a Manon. Ella nunca había visto a las Crochans haciendo sus tareas domésticas, pero aquí estaban: algunas cuidaban las fogatas, otras traían cubos de agua, otras monitoreaban los pesados calderos de algo que olía como guiso de cabra de montaña sazonado con hierbas secas.

No escuchó ni una palabra en su mente mientras avanzó entre las filas de Crochans inquietas. Las Trece tampoco intentaron hablar. Pero Dorian sí.

El rey, su cuerpo como un muro de calidez sólida, empezó a caminar a su lado y le preguntó en voz baja:

—¿Sabías que tenías familia viviendo todavía entre las Crochans?

—No.

Su abuela no lo había mencionado en sus últimas palabras de provocación.

Manon dudaba que el campamento de las Crochans fuera permanente. Serían tontas si revelaran esa información. Pero Cyrene lo había descubierto de alguna manera.

Tal vez siguiendo el olor de Manon… las partes del olor que denotaban su parentesco con las Crochans.

La araña ahora caminaba entre Asterin y Sorrel. Dorian seguía sin mostrar señas de esfuerzo para mantenerla parcialmente contenida, aunque sí conservaba una mano en la empuñadura de su espada.

Una mirada severa de Manon y él dejó el tema.

—¿Cómo quieres hacer esto? —murmuró Dorian—. ¿Quieres que me mantenga en silencio o que esté a tu lado?

—Asterin es mi Segunda.

—¿Y qué soy yo, entonces?

La pregunta insinuante le recorrió la columna vertebral, como si él la hubiera acariciado con esas manos invisibles.

—Tú eres el rey de Adarlan.

—¿Seré entonces parte de las discusiones?

—Si así lo quieres.

Ella sintió la molestia creciente del rey y ocultó su sonrisa.

La voz de Dorian se convirtió en un ronroneo.

—¿Sabes qué es lo que quiero?

Ella volteó a verlo con gesto incrédulo. Y vio que el rey sonreía.

—Parece como si fueras a salir corriendo —dijo él sin dejar de sonreír—. Creo que eso daría una mala impresión.

Estaba intentando provocarla, distraerla para que soltara un poco de su control férreo sobre sí misma.

—Ellas saben quién eres —continuó Dorian—. Ya pasó la parte de demostrarles eso. La cosa será si te aceptarán a ti —su bisabuela debió haber provenido de la parte no real de su sangre, entonces—. Éstas no parecen ser el tipo de brujas que te vas a ganar con brutalidad.

Él no tenía idea.

—¿Estás pretendiendo darme consejos?

—Considéralo como una sugerencia, de un monarca a otra.

A pesar de quienes iban caminando frente a ellos, y tras ellos, Manon sonrió ligeramente.

Él la sorprendió más diciendo:

—He estado metiéndome a mi poder desde que aparecieron. Un movimiento en falso y las puedo hacer volar en pedazos.

Un escalofrío le recorrió la espalda al percibir la violencia helada de la voz de

Dorian.

—Las necesitamos como aliadas.

Todo lo que hiciera hoy, esta noche, tenía como finalidad lograr esa alianza.

—Entonces esperemos que no llegue a eso, brujita.

Manon abrió la boca para responder.

Pero el sonido de un cuerno, agudo y admonitorio, se abrió paso en la noche que caía.

Luego el sonido de poderosas alas de cuero resonó entre las estrellas.

El campamento entró en acción al instante. Se escucharon los gritos de las guardias que habían hecho sonar la alarma. Las Trece cerraron filas alrededor de Manon con las armas desenvainadas.

Las Dientes de Hierro las habían encontrado.

Mucho antes de lo que había planeado Manon.

Dorian no sabía cómo los había encontrado la patrulla de Dientes de Hierro. Supuso que las fogatas podrían haberlas delatado.

Dorian hizo acopio de su magia y vio cómo veintiséis enormes figuras volaban sobre el campamento.

Piernas Amarillas. Dos aquelarres.

La anciana que se había presentado como la bisabuela de Manon empezó a gritar órdenes y las Crochans obedecieron, saltaron a los cielos recién oscurecidos sobre sus escobas y desenfundaron espadas y arcos.

No hubo tiempo de preguntarse cómo las habían encontrado, si la araña había tendido una trampa… ciertamente no dio tiempo al escucharse la voz de Manon que les ordenó a las Trece adoptar posiciones defensivas.

Rápidas como sombras, corrieron al sitio donde habían dejado a sus guivernos con los dientes de hierro destellando.

Dorian esperó a que las Crochans se hubieran alejado antes de desatar su poder. Lanzas de hielo, para perforar los pechos expuestos del enemigo o para rasgar sus alas.

Recordó soltar las ataduras de Cyrene, aunque no liberarla del poder que evitaba que atacara. Sólo darle suficiente espacio para transformarse, para defenderse. Un destello del otro lado del campamento le informó que ya lo había hecho.

El interrogatorio vendría después.

Manon y las Trece llegaron a los guivernos y en un instante ya estaban en el aire, volando hacia el caos sobre sus cabezas.

Las Crochans eran tan pequeñas, tan terriblemente pequeñas, comparadas con el volumen de los guivernos. A pesar de sus escobas.

Y cuando se acercaron volando alrededor de los dos aquelarres de Dientes de Hierro, disparando flechas y blandiendo espadas, Dorian se quedó sin espacio para poder disparar libremente. Las Crochans daban vueltas a toda velocidad alrededor de las bestias, demasiado rápidas para que él pudiera seguirles el paso. Algunos de los guivernos aullaron y cayeron del cielo pero muchos más permanecieron en el aire.

Glennis ladró órdenes desde el suelo. Tenía un gran arco en las manos arrugadas apuntando hacia arriba.

Un guiverno voló sobre ellas, tan bajo que las espinas venenosas de su cola iban rasgando las tiendas de campaña.

Glennis soltó su flecha y Dorian hizo eco de su ataque con uno propio.

Una lanza de hielo sólido, abalanzándose hacia el pecho moteado expuesto.

Tanto la flecha como la lanza de hielo dieron en el blanco y la sangre negra llovió hacia ellos. Antes de que el guiverno y su jinete chocaran contra un pico rocoso y cayeran por el precipicio.

Glennis sonrió y la cara anciana se iluminó.

—Yo di el primer golpe.

Sacó otra flecha. Tanta ligereza, a pesar de estar ante una emboscada.

—Me gustaría que fueras mi bisabuela —murmuró Dorian y preparó su siguiente ataque. Tendría que ser cuidadoso porque las Trece se veían muy similares a las Piernas Amarillas desde abajo.

Pero las Trece no necesitaban que él fuera cuidadoso, ni tampoco de su ayuda.

Atacaron las filas de las Piernas Amarillas, las separaron y las dispersaron.

Las Piernas Amarillas tal vez tenían la ventaja de la sorpresa, pero las Trece eran las maestras de la guerra.

Las Crochans caían de los cielos cuando las espinas de las colas brutales las golpeaban. Algunas ni siquiera alcanzaban a caer porque se enfrentaban cara a cara con las fauces enormes y no volvían a emerger.

—¡Sepárense! —ladró Manon hacia la batalla—. ¡Formen filas cerca del suelo!

No era una orden para las Trece sino para las Crochans.

Glennis gritó, un grito amplificado por la magia, sin duda:

—¡Sigan sus órdenes!

Y sin más, las Crochans se reagruparon y formaron una unidad sólida en el aire sobre las tiendas de campaña.

Vieron cómo Abraxos le arrancaba la garganta de una mordida a un guiverno del doble de su tamaño y cómo Manon le clavaba una flecha en la cara a su jinete. Vieron a las gemelas demonio de ojos verdes rodear a tres guivernos entre las dos y hacerlos chocar contra la montaña. Vieron a la montura azul de Asterin arrancar a una jinete de su silla y luego arrancarle parte de la columna vertebral al guiverno que estaba bajo la bruja.

Cada una de las Trece marcaba un objetivo con cada pase que hacían entre las atacantes.

Las Piernas Amarillas no tenían esta organización.

Las centinelas Piernas Amarillas que intentaron apartarse del camino de las Trece para atacar a las Crochans de abajo se toparon con un muro de flechas.

Los guivernos podrían sobrevivir a esto, pero las jinetes no.

Y con unos cuantos movimientos cuidadosos, las bestias sin jinete terminaron con las gargantas cortadas, y su sangre se derramó por todas partes antes de que chocaran con los picos montañosos.

La lástima se mezclaba con el miedo y la rabia en su corazón.

¿Cuántas de estas bestias podrían haber sido como Abraxos, si hubieran tenido buenas jinetes que los amaran?

Le resultó sorprendentemente difícil lanzar su magia contra el guiverno que logró volar directo hacia ellos, que iba dirigido a Glennis con otro guiverno atrás.

Lo mató rápidamente. Le rompió el cuello a la bestia con un estallido de su poder que lo dejó jadeando.

Luego dirigió su magia hacia el segundo guiverno que venía atrás y le dio el mismo final rápido, pero no vio al tercero y al cuarto que ahora estaban aterrizando en el campamento, destrozando tiendas de campaña y dando mordiscos a lo que se cruzara en su camino. Las Crochans cayeron, gritando.

Pero Manon estaba ahí. Abraxos iba volando a toda velocidad y ella le cortó la cabeza a la jinete más cercana. La centinela Piernas Amarillas seguía con

expresión sorprendida cuando su cabeza salió volando.

La magia de Dorian retrocedió.

La cabeza cercenada chocó contra el suelo cerca de él y rodó.

Una habitación apareció en la vista de Dorian, el mármol rojo manchado de sangre, el sonido hueco de la cabeza al chocar con la roca fue el único sonido aparte de sus gritos.

No se suponía que debería amarte.

La cabeza de la Piernas Amarillas se detuvo cerca de sus botas y la sangre azul corría en la nieve y la tierra.

No escuchó, no le importó, que el cuarto guiverno viniera volando directamente hacia él.

Manon gritó su nombre y las flechas de las Crochans salieron disparadas.

Los ojos de la centinela Piernas Amarillas no veían a nadie, nada.

Unas fauces enormes se abrieron frente a él, la mandíbula abierta a todo lo que daba.

Manon volvió a gritar su nombre, pero él no podía moverse.

El guiverno se abalanzó y la oscuridad se abrió frente a él cuando la enorme mandíbula empezó a cerrarse a su alrededor.

Y Dorian liberó su magia de todas sus ataduras.

En un instante, el guiverno se lo estaba tragando entero y su aliento putrefacto manchaba el aire.

Al siguiente, la bestia estaba en el suelo, el cadáver humeante.

Humeante por lo que él le había hecho.

No al guiverno, sino a él mismo.

El cuerpo que él había convertido en flama sólida, tan caliente que había derretido la mandíbula del guiverno, su garganta. Había pasado por la boca de la bestia como si fuera una tela de araña.

La jinete Piernas Amarillas que había sobrevivido al choque desenfundó la espada, pero demasiado tarde. Glennis le atravesó la garganta con una flecha.

El silenció cayó. Inclusive la batalla en los aires se detuvo.

Las Trece aterrizaron, salpicadas de sangre azul y negra. Tan distinta a la

sangre roja de Sorscha, a su propia sangre roja también.

Luego sintió manos con puntas de hierro tomándolo de los hombros y unos ojos dorados que lo miraban fijamente.

—¿Estás loco?

Él solamente pudo mirar la cabeza de la bruja Piernas Amarillas, a un par de metros de distancia. La mirada de Manon se dirigió al mismo sitio. Apretó la boca y lo soltó para voltear a decirle a Glennis:

—Voy a enviar a mis Sombras a buscar si hay más.

—¿Hubo sobrevivientes enemigas? —preguntó Glennis mientras estudiaba el cielo vacío. Ni Glennis ni las Crochans dejaron ver si estaban sorprendidas o impactadas por la magia de Dorian y se apresuraron a atender a las heridas.

—Todas muertas —respondió Manon.

Pero la Crochan de cabello oscuro que las había interceptado inicialmente se dirigió furiosa hacia Manon, con la espada desenvainada:

—Tú hiciste esto.

Dorian llevó la mano hacia Damaris pero no intentó desenfundarla. No mientras Manon siguiera sin doblegarse.

—¿Salvarles el pellejo? Sí, yo diría que eso hicimos.

La bruja siseó furiosa.

—Tú las condujiste aquí.

—Bronwen —advirtió Glennis mientras se limpiaba sangre azul de la cara.

La joven bruja, Bronwen, se molestó.

—¿Crees que fue una mera coincidencia que llegaran ellas e inmediatamente después nos atacaran?

—Ellas pelearon con nosotras, no en nuestra contra —dijo Glennis. Volteó a ver a Manon—. ¿Lo juras?

Los ojos dorados de Manon brillaban con la luz de las fogatas.

—Lo juro. Yo no las conduje aquí.

Glennis asintió pero Dorian se quedó mirando a Manon.

Damaris se había puesto helada. Tan helada que la empuñadura dorada le quemaba la piel.

Glennis, aparentemente satisfecha, volvió a asentir.

—Entonces hablaremos… más tarde.

Bronwen escupió en el suelo sangriento y se alejó.

Una mentira. Manon había mentido.

Ella le arqueó una ceja pero Dorian le dio la espalda. Debía dejar que esta información se asentara. Que se asentara lo que ella había hecho.

Y entonces empezaron una serie de órdenes y movimientos, recoger a las heridas y a las muertas. Dorian ayudó todo lo que pudo, sanó a las que lo necesitaban más. Heridas abiertas y grandes que derramaban sangre azul sobre sus manos.

La calidez de esa sangre no lo calentó.

CAPÍTULO 15

Era una mentirosa, y una asesina, y probablemente sería ambas cosas de nuevo antes de que todo esto terminara.

Pero Manon no tenía remordimientos sobre lo que había hecho. No había espacio en ella para el remordimiento. No ahora que tenían el tiempo encima y tantas cosas dependían de ellos.

Durante las largas horas que trabajaron para reparar el campamento y sanar a las Crochans, Manon vigiló los cielos helados.

Ocho muertas. Podría haber sido peor. Mucho peor. Aunque ella cargaría con las vidas de esas ocho Crochans, se aprendería sus nombres para poder recordarlas.

Manon pasó la larga noche ayudando a las Trece a llevar a los guivernos caídos y sus jinetes Dientes de Hierro a otra cima. El suelo estaba demasiado congelado para enterrarlas, y hacer piras delataría su posición, así que optaron por la nieve. No se atrevió a pedirle a Dorian que usara su poder para ayudarles.

Había visto la mirada en sus ojos. Como si lo supiera.

Manon dejó caer un cuerpo rígido de Piernas Amarillas. Los labios de la centinela ya estaban azules y tenía el cabello rubio con costras de hielo. Asterin iba jalando de las botas a una jinete fornida y luego la dejó junto a la otra sin mucha ceremonia.

Pero Manon miró sus rostros muertos. También las había sacrificado a ellas.

Ambos lados de este conflicto. Ambas sangres eran de ella.

Todas sangrarían; demasiadas morirían.

¿Glennis les habría dado la bienvenida? Tal vez, pero las otras Crochans no parecían muy dispuestas a hacerlo.

Y quedaba el hecho de que no tenían tiempo que desperdiciar convenciéndolas. Así que Manon había elegido el único método que conocía: la batalla. Había salido volando más temprano ese día, hacia el lugar donde

sabía que estarían patrullando las Dientes de Hierro, y esperó a que el gran viento del norte se llevara su olor hacia el sur. Y luego esperó.

—¿Las conocías? —preguntó Asterin al notar que Manon seguía viendo el cuerpo de la centinela caída. A lo largo de la fila de cadáveres, los guivernos estaban usando sus alas para cubrirlos con nieve.

—No —dijo Manon—. No las conocía.

Estaba empezando a amanecer para cuando regresaron al campamento Crochan. Los ojos que habían escupido fuego unas horas antes las miraban ahora con cautela. Menos manos se acercaban a sus armas cuando ellas avanzaron hacia la fogata grande. Era la más grande del campamento y estaba ubicada en su corazón. El hogar de Glennis.

La anciana estaba parada frente al fuego, calentando sus manos retorcidas y ensangrentadas. Dorian estaba sentado cerca y sus ojos de zafiro le comunicaron a Manon su rechazo cuando le devolvió la mirada.

Después. Esa conversación tendría que darse después.

Manon se detuvo a un par de metros de Glennis. Las Trece se acomodaron en la periferia de la fogata y estudiaron las cinco tiendas de campaña a su alrededor así como el caldero que hervía al centro. Detrás de ellas, las Crochans continuaban con sus reparaciones y sanaciones… y no dejaban de mantenerlas vigiladas discretamente.

—Come algo —dijo Glennis con un ademán hacia el caldero hirviente. Hacia lo que olía como guiso de cabra.

Manon no se molestó en protestar antes de obedecer, tomó uno de los pequeños platos de cerámica que estaban junto a la fogata. Otra manera de demostrar confianza: comer su comida. Aceptarla.

Así que Manon lo hizo. Devoró unos cuantos bocados antes de que Dorian siguiera su ejemplo e hiciera lo mismo. Cuando ambos estaban comiendo, Glennis se sentó en una roca y suspiró.

—Han pasado más de quinientos años desde que una bruja Dientes de Hierro y una Crochan compartieron una comida. Desde la última vez que buscaron intercambiar palabras de paz. Interrumpidos, tal vez, solamente por tu madre y tu padre.

—Supongo —dijo Manon con suavidad e hizo una pausa en su comida.

La boca de la anciana se movió un poco para sugerir una sonrisa, a pesar de la batalla, la noche agotadora.

—Yo soy la abuela de tu padre —aclaró al fin—. Yo parí a tu abuelo, quien se unió a una reina Crochan que luego murió al dar a luz a tu padre.

Otra cosa que habían heredado de las hadas: la dificultad para concebir y la naturaleza mortífera del nacimiento. Una manera en que la Diosa de las Tres Caras mantenía el equilibrio, para evitar inundar estas tierras con demasiados niños inmortales que devorarían todos sus recursos.

Manon miró el campamento semidestrozado.

La anciana leyó la pregunta en su mirada:

—Nuestros hombres viven en las casas, donde están seguros. Este campamento es un puesto de avanzada mientras realizamos nuestras actividades.

Las Crochans siempre habían dado a luz a más varones que las Dientes de Hierro, y habían adoptado el hábito hada de seleccionar parejas, si no con un verdadero vínculo de pareja, al menos sí en espíritu. Ella siempre había pensado que era algo exagerado y extraño. Innecesario.

—Después de que tu madre nunca regresó, le pidieron a tu padre que formara una pareja con otra joven bruja. Él era el único portador de la línea Crochan, ¿ves? Y si tu madre y tú no hubieran sobrevivido al parto, su linaje habría terminado con él. Él no supo qué había sucedido con ustedes. Si estaban vivas o muertas. Ni siquiera sabía dónde buscarlas. Así que aceptó su responsabilidad y accedió a ayudar a su pueblo moribundo —su bisabuela sonrió con tristeza—. Todos los que conocieron a Tristan lo amaron.

Tristan. Ése había sido su nombre. ¿Su abuela lo habría sabido antes de matarlo?

—Una joven bruja fue elegida especialmente para él. Pero él no la amaba… tu madre era su verdadera pareja, la canción de su alma. Pero Tristan lo hizo funcionar de todas maneras. Rhiannon fue el resultado de eso.

Manon se puso tensa. Si la madre de Rhiannon estuviera aquí…

Nuevamente, la anciana leyó la pregunta en el rostro de Manon.

—La mató una centinela Piernas Amarillas en las planicies fluviales de Melisande. Hace años.

Un destello de vergüenza recorrió a Manon al sentir el alivio invadirla. Evitar esa confrontación, evitar suplicar el perdón, como debía haber hecho.

Dorian dejó su cuchara a un lado. Era un gesto agraciado, desenfadado, considerando cómo había matado a ese guiverno.

—¿Cómo es que la línea Crochan sobrevivió? La leyenda dice que ustedes desaparecieron.

Otra sonrisa triste.

—Puedes agradecer a mi madre por eso. La hija menor de Rhiannon Crochan dio a luz durante el sitio de la Ciudad de las Brujas. Con nuestros ejércitos vencidos y solamente con los muros de la ciudad para mantener fuera a las legiones de Dientes de Hierro, y con tantos de sus hijos y nietos muertos y su pareja empalada en el muro de la ciudad, Rhiannon les pidió a los heraldos que anunciaran que la cría había nacido muerta. Para que las Dientes de Hierro no supieran que una Crochan podría haber sobrevivido. Esa misma noche, justo antes de que Rhiannon empezara su batalla de tres días contra las brujas mayores Dientes de Hierro, mi madre se llevó a la princesa bebé en secreto en su escoba —la anciana tragó saliva—. Rhiannon era su amiga más querida… una hermana. Mi madre quería quedarse, pelear hasta el fin, pero le pidieron que hiciera esto por su gente. Por nuestra gente. Hasta el día de su muerte, mi madre creyó que Rhiannon había ido a las puertas de la ciudad para pelear contra las brujas mayores como distractor. Para lograr que la última descendiente de las Crochans pudiera escapar mientras las Dientes de Hierro miraban en otra dirección.

Manon no sabía exactamente qué decir, cómo poner en palabras lo que se revolvía en su interior.

—Verás —continuó Glennis— que tienes algunas primas en este campamento.

Asterin se puso tensa al escuchar eso. Edda y Briar también se pusieron tensos en sus puestos alrededor de la fogata. La familia de Manon, del lado Picos Negros. Sin duda estarían dispuestas a pelear para conservar esa distinción.

—Bronwen —dijo la anciana con un ademán hacia la líder del aquelarre de cabello oscuro con la escoba atada con oro. La bruja ahora estaba monitoreando a Manon y a las Trece desde las sombras más allá del fuego—. Bronwen también es mi bisnieta. Tu prima más cercana.

El rostro de Bronwen no reveló ninguna amabilidad, por lo que Manon tampoco se molestó en parecer agradable.

—Ella y Rhiannon eran tan cercanas como hermanas —murmuró Glennis.

Manon tuvo que hacer un gran esfuerzo para no tocar el trozo de capa roja que decoraba la punta de su trenza.

Dorian, que la Oscuridad cobijara su alma, intervino:

—Las encontramos por una razón.

Glennis volvió a calentar sus manos.

—Supongo que es para pedirnos que nos unamos a esta guerra.

Manon no suavizó su mirada.

—Así es. Tú y todas las Crochans que estén dispersas en estos territorios.

Una de las Crochans que estaba en las sombras dejó escapar una risotada.

—Qué cinismo.

Otras rieron con ella.

Los ojos azules de Glennis no titubearon.

—No hemos organizado un batallón desde antes de la caída de la Ciudad de las Brujas. Probablemente esto sea más difícil de lo que anticipaban.

Dorian preguntó:

—¿Y si su reina las llamara a pelear?

La nieve crujió bajo unos pasos fuertes y apareció Bronwen con los ojos castaños encendidos.

—No contestes, Glennis.

Qué falta de respeto, qué informalidad para dirigirse a sus mayores…

Bronwen miró a Manon con expresión intensa.

—Tú no eres nuestra reina a pesar de lo que pudiera sugerir tu sangre. A pesar de esta pequeña batalla. Nosotros no te obedeceremos, ni hoy ni nunca.

—Morath las encontró hoy —dijo Manon con frialdad. Ya había anticipado esta reacción—. Volverá a encontrarlas. Puede ser en unos meses, o en un año, pero las volverá a encontrar. Y entonces ya no habrá esperanza de derrotarlos —continuó y mantuvo las manos a sus costados haciendo un gran esfuerzo por no sacar sus garras de hierro—. Un ejército de muchos reinos se está reuniendo en Terrasen. Únanse a ellos.

—Terrasen no vino a ayudarnos hace quinientos años —dijo otra voz que se acercó. La bruja bonita de cabello castaño que había hablado antes. Su escoba también estaba atada con metal fino… plata en vez del oro de Bronwen—. No veo por qué deberíamos molestarnos en ayudarles ahora.

—Yo pensaba que ustedes eran un montón de almas caritativas y santurronas —dijo Manon con voz afectada—. Seguramente esto es justo el tipo de cosa que les gusta.

La bruja joven se notó irritada pero Glennis levantó la mano arrugada.

Pero no fue suficiente para detener a Bronwen, quien miró a Manon de pies a cabeza y gruñó:

—Tú no eres nuestra reina. Nunca volaremos contigo.

Bronwen y la bruja joven se empezaron a alejar enojadas y las guardias Crochans reunidas a su alrededor abrieron sus filas para dejarlas pasar.

Manon vio que Glennis estaba haciendo una mueca.

—Te vas a ir dando cuenta de que nuestra familia tiene una veta temperamental.

Despiadado.

Lo que había hecho Manon esta noche, llevar a las Dientes de Hierro a este campamento… Dorian no encontraba otra palabra para describirlo salvo despiadado.

Dejó a Manon y a su bisabuela, rodeadas de las Trece, y salió a buscar a la araña.

Encontró a Cyrene donde la había dejado, oculta en las sombras de una de las tiendas de campaña más alejadas.

Había regresado a su forma humana. Tenía el cabello oscuro enredado y estaba envuelta en una capa Crochan. Como si una de ellas hubiera sentido lástima al verla. Sin darse cuenta de que el hambre en la mirada de Cyrene no era por el guiso de cabra.

—¿De dónde viene la capacidad de transformarte? —preguntó Dorian y se detuvo frente a ella con la mano sobre Damaris—. ¿De tu interior?

La araña metamorfa le parpadeó y luego se puso de pie. Alguien le había dado una túnica color café, pantalones y botas.

—La magia que hiciste fue sorprendente —le sonrió y dejó ver sus pequeños dientes afilados—. Qué gran rey podría hacer de ti. Sin oposición, sin rival.

Dorian no tenía ganas de decir que no estaba del todo seguro de qué tipo de rey deseaba ser, en caso de vivir el tiempo suficiente para reclamar su trono. Cualquiera, cualquier cosa que no fuera su padre parecía ser una buena alternativa en este momento.

Dorian permaneció en posición relajada y volvió a preguntar:

—¿De dónde en tu interior viene tu capacidad de transformarte?

Cyrene ladeó la cabeza, como si estuviera intentando escuchar algo.

—Fue raro, rey mortal, darme cuenta de que tenía un nuevo lugar en mi interior con el regreso de la magia. Encontrar que algo nuevo se había arraigado ahí —su mano pequeña se movió hacia el centro de su cuerpo, justo encima del ombligo—. Una pequeña semilla de poder. Controlo la transformación a voluntad. Pienso en qué quiero ser y el cambio empieza aquí adentro al principio. Siempre, el calor viene de aquí —la araña lo miró

fijamente—. Si deseas ser algo, rey sin corona, entonces selo. Ése es el secreto para transformarte. Sé lo que deseas ser.

Él evitó poner los ojos en blanco aunque Damaris se calentó en su mano. Sé lo que deseas ser, algo mucho más fácil de decir que de hacer. En especial con el peso de una corona.

Dorian se llevó la mano al abdomen, sobre toda la ropa abrigadora y la capa. Lo único que sintió fueron sus músculos tonificados.

—¿Eso haces para invocar el cambio, piensas primero en qué te quieres convertir?

—Con ciertas limitaciones. Necesito tener una imagen clara en mi mente o no funcionará.

—Entonces no puedes convertirte en algo que no hayas visto.

—Puedo inventar ciertos rasgos, color de ojos, complexión, cabello, pero no a la criatura en sí —respondió la araña esbozando una sonrisa aterradora—. Usa esa hermosa magia que tienes. Cambia tus lindos ojos —lo desafió—. Cambia su color.

Que los dioses lo maldijeran pero lo intentó. Pensó en ojos castaños. Se imaginó los ojos de bronce de Chaol, feroces después de una de sus sesiones de entrenamiento. No como se habían visto antes de que su amigo saliera en el barco hacia el continente sur.

¿Habría logrado sanar Chaol? ¿Él y Nesryn habrían convencido al khagan de enviar ayuda? ¿Cómo sabría Chaol siquiera dónde estaban ahora, qué les había sucedido a todos, cuando habían terminado dispersos a los cuatro vientos?

—Piensas demasiado, joven rey.

—Es preferible a pensar poco —respondió él.

Damaris volvió a calentarse. Podría haber jurado que lo hizo divertida.

Cyrene rio.

—No pienses tanto en el color de ojos, exígelo más bien.

—¿Cómo aprendiste esto sin que alguien te enseñara?

—El poder está dentro de mí ahora —dijo la araña simplemente—. Yo lo escuché.

Dorian soltó un listón de su magia hacia la araña. Ella se puso tensa. Pero la magia del rey se acercó a ella, cuidadosa e inquisitiva como un gato. Magia cruda, pura, que podía adoptar la forma que él quisiera.

La movió hacia ella, la dirigió hacia esa semilla de poder dentro de ella. Para aprender.

—Qué estás haciendo —exhaló la araña y se movió un poco.

La magia de Dorian se envolvió alrededor de ella y pudo sentirlos, cada año odioso y terrible de su existencia.

Cada…

Se le secó la boca. La bilis le subió por la garganta cuando su magia detectó el olor. Nunca olvidaría ese olor, su vileza. Conservaría la marca en su garganta para siempre como prueba.

Valg. La araña, de alguna manera, era Valg. Y no estaba poseída sino que así había nacido.

Mantuvo su expresión neutra. Desinteresada. Incluso cuando su magia localizó ese trocito de magia brillante y hermoso.

Magia robada. Como los Valg robaban todo.

Se apropiaban de todo lo que querían.

Sintió que su sangre le rugía y se le agolpaba en las orejas.

Dorian estudió el pequeño cuerpo de Cyrene, su rostro ordinario.

—Has estado bastante callada sobre esa misión de venganza que te hizo salir de cacería a través de todo el continente.

Los ojos oscuros de Cyrene se convirtieron en pozas sin fondo.

—Oh, no he olvidado eso. Para nada.

Damaris permaneció tibia. Esperando.

Él permitió que su magia envolviera unas manos tranquilizadoras alrededor de la semilla de poder atrapada en el infierno negro dentro de la araña.

No le importó saber por qué ni cómo era que las arañas estigias eran Valg. Cómo habían llegado aquí. Por qué se habían quedado.

Se alimentaban de sueños y vida y dicha. Lo disfrutaban.

La semilla de poder metamorfo brilló en sus manos, como si agradeciera la caricia amable. El toque humano.

Esto. Su padre había permitido que este tipo de criaturas crecieran, que gobernaran. Sorscha había sido masacrada por estas cosas, su crueldad.

—Puedo hacer un trato contigo, ¿sabes? —susurró Cyrene—. Cuando llegue el momento, me aseguraré de que tú te salves.

Damaris se puso más fría que el hielo.

Dorian la miró a los ojos. Sacó su magia y podría haber jurado que la semilla de poder metamorfo intentó no dejarlo ir. Intentó rogarle que no se fuera.

Le sonrió a la araña. Ella le sonrió también.

Y luego atacó.

Unas manos invisibles le envolvieron el cuello y lo retorcieron. Justo cuando su magia se adentró a su ombligo, donde vivía la semilla robada de magia humana y se envolvió a su alrededor.

La sostuvo, un pájaro bebé entre sus manos, mientras la araña moría. Estudió la magia, cada una de sus facetas, antes de que pareciera suspirar aliviada y se disolviera en el viento, libre al fin.

Cyrene cayó al piso con los ojos ciegos.

Sin tener que hacer un gran esfuerzo, Dorian la incineró. Nadie se acercó a preguntar qué era ese hedor que emergía de sus cenizas. La mancha negra que quedaba debajo de ellas.

Valg. Tal vez sería la manera de entrar a Morath pero no podía apartar la vista de esa mancha oscura en la tierra semidescongelada.

Soltó a Damaris y la espada se silenció renuentemente.

Encontraría su camino para entrar a Morath. Cuando dominara la transformación.

La araña y sus familiares podían arder en el infierno.

El corazón de Dorian seguía latiendo a toda velocidad cuando, una hora más tarde, estaba en una tienda de campaña donde ni siquiera cabía parado, sobre uno de dos sacos de dormir.

Manon entró a la tienda justo cuando él se estaba quitando las botas y cubriéndose con mantas gruesas de lana. Olían a caballo y a paja y bien podrían provenir de un establo, pero no le importaba. Eran cálidas y mejor que no tener nada.

Manon estudió el espacio reducido, el segundo saco de dormir y la manta.

—Trece es un número impar —dijo ella a modo de explicación—. Siempre he tenido una tienda de campaña para mí sola.

—Perdón por arruinarte eso.

Ella lo miró con fría diversión antes de sentarse en el saco para empezar a desatarse las botas. Pero sus dedos se detuvieron y sus fosas nasales se ensancharon.

Lentamente, lo miró por encima del hombro.

—Qué hiciste.

Dorian le sostuvo la mirada.

—Tú hiciste lo que tenías que hacer hoy —respondió él simplemente—. Yo también.

Ni siquiera se molestó en intentar tocar a Damaris, que estaba cerca.

Ella volvió a olerlo.

—Mataste a la araña.

Sus palabras no lo estaban juzgando, era curiosidad pura.

—Era una amenaza —admitió él. Y una mierda del Valg.

La cautela invadió la mirada de Manon.

—Podría haberte matado.

Él le sonrió a medias.

—No, no podría haberlo hecho.

Manon lo observó nuevamente y él soportó el peso de su mirada.

—¿No tienes nada que decir sobre mis propias… decisiones?

—Mis amigos y yo estamos luchando y es probable que encontremos nuestras muertes en el norte —respondió Dorian—. No tenemos tiempo para pasar semanas ganándonos a las Crochans.

Ahí estaba, la verdad brutal. Para ganarse un poco de buena voluntad en este lugar habían tenido que cruzar esa línea. Tal vez estas decisiones insensibles eran parte de portar la corona.

Él guardaría su secreto… todo el tiempo que ella así lo quisiera.

—¿No me vas a dar ningún sermón sobre lo correcto?

—Estamos en guerra —respondió él con sequedad—. Ya estamos más allá de eso.

Y de cualquier manera, esto no importaría cuando su alma eterna fuera el precio a pagar para frenar tanta masacre, ¿o sí? Él ya la había arruinado lo suficiente. Si cruzar línea tras línea serviría para evitar que otros salieran dañados, lo haría. No sabía bien en qué tipo de rey lo convertía eso.

Manon murmuró, aparentemente aceptando esa respuesta.

—Sabes sobre intrigas de la corte y conspiraciones —dijo, y sus dedos hábiles empezaron otra vez a desatar sus botas—. ¿Cómo… harías esto? ¿Cómo actuarías en mi situación con las Crochans?

Dorian descansó la cabeza sobre su mano.

—El problema es que ellas tienen la ventaja. Tú las necesitas mucho más que ellas a ti. La única carta que te quedaba por jugar era tu linaje, y al parecer ellas ya lo rechazaron, a pesar de la batalla. Así que ¿cómo hacemos que esto sea vital para ellas? ¿Cómo les demuestras que necesitan a su última reina viviente, la última de las herederas del linaje Crochan? —lo pensó—. También está el prospecto de la paz entre sus pueblos, pero tú… —hizo una mueca—. Tú ya no eres reconocida como la heredera. La capacidad de negociar que pudieras tener como Picos Negros sólo es a título personal y a nombre de las Trece, no del resto de las Dientes de Hierro. No sería un verdadero tratado de paz.

Manon terminó de desatarse las botas y se recostó en su saco de dormir. Luego se cubrió con la manta y miró hacia el techo bajo de la tienda de campaña.

—¿Te enseñaron estas cosas en tu castillo de cristal?

—Sí.

Antes de que él lo hubiera convertido en astillas y polvo.

Manon se acostó de lado y apoyó la cabeza en una mano. Su cabello blanco se escapaba de la trenza y enmarcaba su rostro.

—No puedes usar esa magia que tienes para simplemente… obligarlas, ¿o sí?

Dorian ahogó una risa.

—No que yo sepa.

—Maeve logró meterse en la mente del príncipe Rowan para convencerlo de aceptar una pareja falsa.

—Ni siquiera sé cuál es el poder de Maeve —respondió Dorian, estremeciéndose ante la imagen. Lo que le había hecho la reina hada a Rowan, lo que le estaría haciendo en este momento a la reina de Terrasen—. Y no estoy del todo seguro de querer empezar a experimentar en posibles aliadas.

Manon exhaló un suspiro por la nariz.

—Mi entrenamiento no incluyó este tipo de cosas.

Eso no sorprendía a Dorian.

—¿Quieres mi opinión sincera? —preguntó. Ella lo miró fijamente con sus ojos dorados y asintió—. Averigua qué necesitan y aprovéchalo para tu beneficio. ¿Qué las alentaría a unirse a ti, a verte como su reina Crochan? La batalla de esta noche te ganó un poco de su confianza, pero no su aceptación inmediata. Tal vez Glennis lo sepa.

—Tendría que arriesgarme a preguntarle.

—No confías en ella.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Ella es tu bisabuela. Y no ordenó que te ejecutaran en cuanto te vio.

—Mi abuela tampoco lo hizo hasta el final.

Manon no reflejó ninguna emoción en su rostro pero clavó los dedos en su cuero cabelludo al pronunciar esas palabras.

Así que Dorian dijo:

—Aelin necesitaba que el capitán Rolfe y su gente se desperezaran de siglos de permanecer ocultos para reunir a la flota miceniana. Averiguó que sólo regresarían a Terrasen cuando apareciera un dragón marino, uno de sus antiguos aliados en los mares. Así que hizo que eso sucediera: provocó a una pequeña flota de Valg para que atacaran la Bahía de la Calavera cuando estaba básicamente indefensa y luego usó la batalla para hacer lucir al dragón marino que llegó a ayudarlos, invocado de aire y magia.

—La metamorfa —dijo Manon y Dorian asintió—. ¿Y los micenianos lo creyeron?

—Por supuesto —dijo Dorian con voz lenta—. Aelin averiguó qué era lo que los micenianos necesitaban para estar convencidos de unirse a su causa. ¿Qué tipo de cosa necesitarían las Crochans para hacer lo mismo?

Manon se volvió a recostar en su saco, con movimientos tan agraciados como los de una bailarina. Jugueteó con la punta de su trenza, el trozo de tela roja.

—Le preguntaré a Ghislaine en la mañana.

—No creo que Ghislaine lo sepa.

Los ojos dorados se clavaron en los de él.

—¿De verdad crees que debería preguntarle a Glennis?

—Sí. Y creo que te ayudará.

—¿Por qué se tomaría la molestia?

Él se preguntó si las Trece alguna vez lo lograrían ver, ese rastro de odio a sí misma que a veces le cruzaba el rostro.

—Su madre abandonó voluntariamente su ciudad, abandonó a su gente, a su reina, en sus últimas horas para poder preservar la sangre real. Tu sangre. Creo que ella te contó esa historia hoy para que te dieras cuenta de que haría lo mismo también.

—¿Pero por qué no decirlo abiertamente, entonces?

—Porque, en caso de que no te hayas dado cuenta, no eres precisamente popular en este campamento, a pesar de tu plan con las Dientes de Hierro. Glennis sabe cómo se juega esto. Tú simplemente necesitas estar a su altura. Para empezar, averigua por qué están aquí y luego planea tu siguiente movimiento.

Ella tensó los labios y luego se relajó.

—Tus tutores te enseñaron bien, principito.

—Ser criado por un tirano infestado de demonios tuvo sus ventajas, al parecer.

Las palabras le salieron inexpresivas, aunque algo afilado empezó a surgir en su interior.

Ella posó la mirada en su garganta, en la franja pálida que la cruzaba. Él casi podía sentir la mirada como un roce fantasma.

—Lo sigues odiando.

Él arqueó una ceja.

—¿Se supone que no debería?

El cabello del color de la luna de Manon reflejó la luz tenue.

—Tú me dijiste que él era humano. En el fondo, había permanecido humano e intentó protegerte de la mejor manera que pudo. Pero lo odias.

—Perdóname si sus métodos para protegerme me parecen poco agradables.

—Pero fue el demonio, no el hombre, quien mató a tu sanadora.

Dorian apretó la mandíbula.

—No hay diferencia.

—¿No? —preguntó Manon con el ceño fruncido—. La mayoría apenas puede soportar unos meses de infestación Valg. Tú apenas lo soportaste —él intentó no encogerse al escuchar esas palabras francas—. Pero él aguantó por décadas.

Dorian no apartó la mirada y respondió:

—Si estás intentando hacer parecer a mi padre como una especie de héroe noble, estás perdiendo el tiempo —dijo y consideró terminar la conversación ahí pero le hizo otra pregunta—. Si alguien te dijera que tu abuela era buena en secreto, que no quiso asesinar a tus padres y a tantos más, que había sido obligada a hacerte matar a tu propia hermana, ¿te parecería tan fácil de creer? ¿Podrías perdonarla?

Manon miró su abdomen, la cicatriz oculta bajo su ropa de cuero. Él se preparó para su respuesta pero ella sólo dijo:

—Ya me cansé de hablar.

Bien. Él también.

—¿Preferirías hacer otra cosa, brujita?

La voz de Dorian se había vuelto áspera y sabía que ella podía escuchar su corazón, que empezó a latir con rapidez.

Ella solamente respondió acercándose a él. Los mechones de cabello blanco cayeron alrededor de ellos como una cortina.

—Dije que no quiero hablar —exhaló Manon y bajó la boca al cuello de Dorian. Lo recorrió con los dientes, justo por encima de esa línea blanca donde había estado el collar.

Dorian gimió suavemente y movió las caderas para rozar el cuerpo de la bruja. Ella empezó a respirar agitadamente y él le acarició un costado del cuerpo.

—Cállame, entonces —dijo él y su mano se deslizó hacia el trasero de la bruja. Ella le mordisqueó el cuello, la mandíbula. No había rastro de esos dientes de hierro, pero la promesa de ellos estaba latente, una exquisita espada sobre su cabeza.

Sólo con ella no tenía que dar ninguna explicación. Sólo con ella no tenía que ser un rey ni nada excepto él mismo. Sólo con ella no habría juicio por lo que había hecho, a quién le había fallado, lo que todavía podría tener que hacer.

Sólo esto: placer y abandono total.

La mano de Manon encontró la hebilla de su cinturón y Dorian buscó la de ella, y ninguno de los dos habló durante un rato.

La liberación que ella encontró esa noche, dos veces, no pudo apagar del todo la ansiedad que sintió cuando amaneció. La mañana era gris y triste cuando Manon se dirigió a la tienda de campaña de Glennis.

Dejó al rey durmiendo, envuelto en las mantas que habían compartido, aunque ella no le permitió que la abrazara. Simplemente se volteó de lado, le dio la espalda, y cerró los ojos. A él no parecía importarle, saciado y adormilado después de que ella lo montó hasta que ambos encontraron su placer, y pronto se quedó dormido. Había permanecido dormido mientras Manon pensaba cómo exactamente quería que se diera esta reunión.

Tal vez debía haber traído a Dorian. Él ciertamente sabía cómo jugar estos juegos. Cómo pensar como rey.

Había matado a esa araña como una verdadera bruja de sangre azul. Sin un gramo de piedad.

Eso no debía emocionarla tanto como lo hacía.

Pero Manon sabía que su orgullo nunca se recuperaría y que nunca podría volver a llamarse a sí misma una bruja, si le permitía a él hacer esto en su lugar.

Así que Manon se hizo de fuerza y se metió a la tienda de campaña de Glennis sin anunciarse.

—Tengo que hablar contigo.

Glennis estaba poniéndose la capa hechizada frente a un pequeño espejo de bronce.

—¿Antes del desayuno? Supongo que heredaste esa prisa de tu padre. Tristan siempre se metía a mi tienda de campaña para informarme de sus asuntos urgentes. Me costaba trabajo convencerlo de sentarse el tiempo suficiente para comer.

Manon no hizo caso a ese fragmento de información. Las Dientes de Hierro no tenían padres. Sólo a sus madres y las madres de sus madres. Siempre había sido así. Pero era un esfuerzo no hacer preguntas sobre él. ¿Cómo había conocido a Lothian Picos Negros, qué los había hecho hacer a un lado ese odio antiguo?

—¿Qué necesitaríamos para ganarnos a las Crochans? ¿Para que se unan a nosotros en la guerra?

Glennis se acomodó la capa frente al espejo.

—Sólo una reina Crochan puede encender la Flama de la Guerra, para invocar

a todas las brujas desde su hogar.

Manon parpadeó ante la respuesta franca.

—¿La Flama de la Guerra?

Glennis movió la barbilla hacia la entrada de su tienda de campaña, hacia la fogata que estaba afuera.

—Todas las familias Crochans tienen un hogar que se va con ellas a cada campamento o casa que hacemos; las fogatas nunca se apagan. La flama de mi hogar data de la ciudad Crochan misma, donde Brannon Galathynius le dio a Rhiannon una chispa del fuego eterno. Mi madre lo cargó en un globo de vidrio, oculto en su capa, cuando sacó a tu antepasada y ha continuado ardiendo en todos los hogares Crochans desde entonces.

—¿Qué sucedió cuando la magia desapareció por diez años?

—Nuestras videntes tuvieron una visión de que desaparecería y que la flama moriría. Así que encendimos varias fogatas ordinarias a partir de esa flama mágica y las mantuvimos encendidas. Cuando la magia desapareció, la flama se apagó. Y cuando la magia regresó esta primavera, la flama volvió a encenderse, justo en el hogar donde la habíamos visto por última vez —su bisabuela volteó a verla—. Cuando una reina Crochan llama a su gente a la guerra, una flama se toma del hogar real y se pasa a cada hogar, de un campamento y poblado al otro. La llegada de la flama es un llamado que sólo puede hacer la verdadera reina Crochan.

—¿Entonces sólo necesito usar la flama de esa fogata y el ejército vendrá a mí?

Un graznido de risa.

—No. Primero tienes que ser aceptada como reina para hacerlo.

Manon apretó los dientes.

—¿Y cómo podría lograr eso?

—Eso no me corresponde a mí averiguarlo, ¿o sí?

Manon necesitó de todo su autocontrol para no sacar las uñas de hierro y empezar a caminar amenazadoramente en la tienda de campaña.

—¿Por qué están aquí… en este campamento?

Glennis arqueó las cejas.

—¿No te lo dije ayer?

Manon dio golpes en el suelo con la punta del pie.

La bruja notó la impaciencia y rio.

—Estábamos camino a Eyllwe.

Manon se sorprendió.

—¿Eyllwe? Si piensan que pueden huir de esta guerra, les puedo decir que ya está en ese reino también.

Eyllwe llevaba mucho tiempo recibiendo el peso de la ira de Adarlan. En sus interminables reuniones con Erawan, él había estado particularmente centrado en asegurarse de que ese reino permaneciera fracturado.

Glennis asintió.

—Lo sabemos. Pero recibimos información de nuestros hogares al sur sobre una amenaza que había surgido. Nos dirigimos a reunirnos con algunos grupos combatientes de Eyllwe que han logrado sobrevivir todo este tiempo para enfrentarnos a los horrores que pueda haber enviado Morath.

Ir al sur, no al norte a Terrasen.

—Erawan podría estar soltando esos horrores en Eyllwe solamente para dividirlas —dijo Manon—. Para evitar que ayuden a Terrasen. Habría adivinado que yo estoy intentando unir a las Crochans. Eyllwe ya está perdido… Vengan con nosotras al norte.

La anciana se limitó a negar con la cabeza.

—Es posible. Pero ya dimos nuestra palabra. Así que iremos a Eyllwe.

CAPÍTULO 16

Darrow estaba esperando a caballo sobre la colina cuando el ejército finalmente llegó al caer la noche. Había sido un día entero de marcha porque la nieve y el viento no cedieron en todo el maldito recorrido.

Aedion, sobre su propio caballo, se apartó de la columna de soldados que se dirigían al pequeño campamento y galopó sobre la nieve cubierta de hielo en dirección al anciano lord. Al llegar frente a él, hizo un ademán con la mano enguantada hacia el resto de los guerreros que lo acompañaban.

—Tal como nos solicitaste, aquí estamos.

Darrow apenas miró a Aedion y estudió a los soldados que empezaban a montar el campamento. Era una labor agotadora y brutal después del largo día, y de la batalla previa, pero dormirían bien esta noche. Y Aedion se negaría a moverse al día siguiente. Tal vez al siguiente también.

—¿Cuántos perdimos?

—Menos de quinientos.

—Bien.

Aedion se irritó ante esta aprobación. No era el ejército de Darrow. Ni siquiera era el de Aedion.

—¿Qué querías que nos pediste que viniéramos hasta acá tan rápido?

—Quería discutir la batalla contigo. Saber qué habías averiguado.

Aedion apretó los dientes.

—Te elaboraré un informe por escrito, entonces —tomó las riendas de su corcel e hizo por regresar al campamento—. Mis hombres necesitan refugio.

Darrow asintió con firmeza, como si no estuviera consciente del recorrido agotador que había exigido.

—Nos reuniremos al amanecer. Avísale a los demás lords.

—Tú envía tu propio mensajero.

Darrow lo miró con frialdad.

—Avísale a los demás lords —miró a Aedion desde las botas llenas de lodo hasta el cabello sin lavar—. Y descansa.

Aedion no se molestó en responderle y salió cabalgando en su corcel que avanzó por la nieve sin titubear. Era una bestia fina y orgullosa que le servía bien.

Aedion entrecerró los ojos para que la nieve aullante no le lastimara más la cara. Necesitaban hacer su campamento, rápido.

Al amanecer iría a la reunión con Darrow. Con los demás lords.

Y con Aelin.

Durante la noche cayeron unos treinta centímetros de nieve que cubrieron las tiendas de campaña, apagaron las fogatas y obligaron a los soldados a dormir hombro con hombro para conservar el calor.

Lysandra tiritaba en su tienda de campaña, a pesar de estar en su forma de leopardo de las nieves junto al brasero y despertó antes del amanecer simplemente porque ya era inútil intentar seguir durmiendo.

Y por esa reunión que estaba a unos momentos de iniciar.

Se dirigió a la gran carpa de guerra de Darrow. Ansel de Briarcliff iba a su lado, ambas bien arropadas para protegerse del frío. Afortunadamente, la mañana helada evitó que surgiera una conversación entre ellas salvo lo mínimo. No tenía caso hablar cuando el aire les congelaba los dientes al grado de que les dolían.

La realeza hada de cabello plateado entró justo antes que ellas. El príncipe Endymion inclinó la cabeza para saludarla, para saludar a Aelin.

Era la esposa de su primo. Eso era lo qué él pensaba de ella. Además de ser reina. Endymion nunca había olido a Aelin y no tendría por qué saber que el olor de la metamorfa era el equivocado.

Gracias a los dioses.

La carpa de guerra estaba casi llena de lords y príncipes y comandantes reunidos alrededor del centro del lugar, todos estudiando el mapa del continente que colgaba de uno de los costados de la tienda de campaña. Tenía alfileres clavados en diferentes lugares para indicar la posición de diversos ejércitos.

Tantos, demasiados, reunidos en el sur. Bloqueando la llegada de ayuda de cualquier aliado más allá del frente de Morath.

—Regresó, al fin —dijo una voz fría.

Lysandra le sonrió con sorna y caminó hacia el centro de la habitación. Ansel se quedó cerca de la entrada.

—Supe que me perdí de la diversión ayer. Pensé que debía regresar antes de quedarme sin la oportunidad de matar algunos soldados del Valg yo misma.

Sus palabras fueron recibidas con algunas risas pero Darrow no sonrió.

—No recuerdo haberte invitado a esta reunión, alteza.

—Yo la invité —dijo Aedion y caminó hacia el borde del grupo—. Puesto que técnicamente está peleando con el Flagelo, la hice mi segunda al mando.

Y por lo tanto, digna de estar en ese lugar.

Lysandra se preguntó si alguien más alcanzaría a notar el dejo de dolor en la expresión de Aedion: dolor, y repulsión por la reina impostora que se pavoneaba entre ellos.

—Siento decepcionarte —le canturreó a Darrow.

Darrow se limitó a devolver su atención al mapa. Ravi y Sol entraron. Sol vio a Aelin y asintió respetuosamente y Ravi le sonrió. Aelin le guiñó un ojo antes de voltear a ver el mapa.

—Después de derrotar a Morath ayer bajo el mando del general Ashryver —dijo Darrow—, creo que debemos posicionar nuestras tropas en Theralis y preparar las defensas de Orynth para un sitio.

Los lords más viejos, Sloane, Gunnar e Ironwood, gruñeron y mostraron su aprobación.

Aedion negó con la cabeza. Sin duda ya estaba anticipando esto.

—Eso le anuncia a Erawan que estamos huyendo y nos aleja demasiado de cualquier potencial aliado del sur.

—En Orynth —dijo lord Gunnar, más anciano y más canoso que Darrow y el doble de maldito— tenemos muros que pueden soportar catapultas.

—Si llegan con esas torres de las brujas —interrumpió Ren Allsbrook—, entonces hasta los muros de Orynth se derrumbarán.

—Aún no hemos visto evidencia de esas torres —lo contradijo Darrow—. Más allá de la palabra de un enemigo.

—Un enemigo convertido en aliado —dijo Aelin-Lysandra. Darrow la volteó a ver con rechazo—. Manon Picos Negros no mintió. Sus Trece no estaban

aliadas con Morath cuando pelearon a nuestro lado.

La realeza hada asintió, al igual que Ansel.

—Contra Maeve —se burló lord Sloane, un hombre delgado como carrizo, de cara severa y nariz aguileña—. Esa batalla fue contra Maeve, no contra Erawan. ¿Hubieran hecho lo mismo contra su propia gente? Las brujas son leales hasta la muerte y más astutas que zorras. Manon Picos Negros y su grupo bien podrían haberlos engañado y haberles dado la información incorrecta.

—Manon Picos Negros le dio la espalda a su propia abuela, la bruja mayor del Clan Picos Negros —dijo Aedion con la voz peligrosamente similar a un gruñido—. No creo que las astillas de hierro que encontramos en su abdomen fueran una mentira.

—Repito —dijo lord Sloane—, esas brujas son astutas. Harán lo que sea.

—Las torres de las brujas son reales —dijo Lysandra y la voz fresca e impasible de Aelin llenó la tienda de campaña—. No voy a gastar el aliento en demostrar su existencia. Y tampoco arriesgaré a Orynth contra su poder.

—¿Pero sí arriesgarías los poblados de la frontera? —la desafió Darrow.

—Planeo encontrar una manera de eliminar esas torres antes de que puedan pasar las colinas —respondió ella lentamente. Rezaba para que Aedion tuviera un plan.

—Con ese fuego que has demostrado tener de manera tan espectacular —dijo Darrow con la misma frialdad.

Ansel de Briarcliff respondió antes de que Lysandra pudiera inventarse una mentira arrogante que quedara bien en la situación:

—A Erawan le gusta jugar estos jueguitos mentales, aumentar el temor. Será bueno que se pregunte y se preocupe de por qué Aelin no ha usado sus poderes todavía. Que contemple si estará ahorrándolos para algo enorme —un guiño pícaro hacia ella—. Espero en verdad que sea horroroso.

Lysandra le sonrió a la reina.

—Oh, ten la certeza de que lo será.

Sintió la mirada de Aedion, la agonía y la preocupación que ocultaba tan bien. Pero el general dijo:

—Eldrys tenía el propósito de disminuir nuestra fuerza, hacernos dudar de la sabiduría de Morath al enviar a sus soldados acá. Quiere que lo subestimemos. Si nos vamos hacia la frontera, tendremos las colinas para frenar su avance. Nosotros conocemos el territorio, él no. Podemos usarlo a nuestro favor.

—¿Y si corta camino a través de Oakwald? —preguntó lord Gunnar y señaló el camino que pasaba por Endovier—. ¿Entonces, qué?

Ren Allsbrook respondió esta vez:

—Entonces conocemos bien ese territorio también. Oakwald no le tiene cariño a Erawan o sus fuerzas. Su alianza es con Brannon. Y sus herederos.

Una mirada a ella, fría y al mismo tiempo… con calidez. Apenas una poca.

Ella le ofreció un esbozo de sonrisa al joven lord. Ren hizo caso omiso y volvió a mirar el mapa.

—Si nos movemos hacia la frontera —dijo Darrow—, nos estaremos arriesgando a que terminen con nosotros y entonces dejaríamos a Perranth, Orynth y todos los pueblos y ciudades de este reino a merced de Erawan.

—Hay puntos a favor de cada una de las posiciones —dijo el príncipe Endymion y dio un paso al frente. Era el mayor de todos aunque no se veía un día más grande de veintiocho años—. Su ejército sigue siendo demasiado pequeño para arriesgarse a dividirlo a la mitad. Todos deberán ir, ya sea al sur o de regreso al norte.

—Yo votaría por el sur —dijo la princesa Sellene, la prima de Endymion. La prima de Rowan. Ella sentía curiosidad por Aelin, podía notar Lysandra, pero mantenía su distancia. Como si dudara en establecer un vínculo si la guerra podría destruirlos a todos. Lysandra se había preguntado en más de una ocasión qué parte de su larga vida habría provocado que la princesa fuera así: cautelosa y solemne pero no del todo desapegada—. Hay más rutas de escape, si surgiera la necesidad —dijo y apuntó al mapa con el dedo bronceado. Su cabello plateado y trenzado brillaba entre los dobleces de su capa gruesa color esmeralda—. En Orynth tendrán la espalda contra las montañas.

—Hay caminos secretos a través de las Staghorn —dijo lord Sloane sin alterarse en lo más mínimo—. Muchos de nuestros pueblos los usaron hace diez años.

Y así continuaron. Debatiendo y discutiendo, las voces subiendo y bajando de tono.

Hasta que Darrow convocó a un voto: sólo entre los seis lords de Terrasen. Aparentemente, eran los únicos líderes oficiales de este ejército.

Dos de ellos, Sol y Ren, votaron por la frontera.

Cuatro, Darrow, Sloane, Gunnar y Ironwood, votaron por moverse hacia Orynth.

Darrow simplemente dijo cuando se hizo el silencio:

—Si nuestros aliados no quieren arriesgarse a seguir nuestro plan, pueden

partir. No los obligaremos a atenerse a ningún juramento.

Lysandra casi se sobresaltó al escucharlo.

Aedion gruñó y un poco de preocupación se pudo ver en sus ojos.

Pero el príncipe Galan, que se había mantenido en silencio y observando, un hombre que escuchaba a pesar de sus frecuentes sonrisas y su estilo valiente de lucha tanto en mar como en tierra, dio un paso al frente. Miró a Aelin directamente a los ojos, los mismos ojos que él, con un brillo especial.

—Seríamos muy malos aliados, en ese caso —dijo con el acento de Wendlyn muy pronunciado— si abandonáramos a nuestros amigos cuando sus decisiones fueran distintas a las nuestras. Prometimos ayudar en esta guerra. Wendlyn no se retractará.

Darrow se puso tenso. No por las palabras, sino por el hecho de que estaban dirigidas a ella. A Aelin.

Lysandra inclinó la cabeza y se llevó una mano al corazón.

El príncipe Endymion levantó la barbilla.

—Yo le hice un juramento a mi primo, tu consorte —dijo y los demás lords se inquietaron. Como Aelin no era reina, el título de Rowan seguía sin ser reconocido por ellos. Aparentemente, sólo los otros lords—. Ya que dudo que nos den la bienvenida en Doranelle nuevamente, me gustaría pensar que tal vez podríamos hacer nuestro nuevo hogar aquí, si todo sale bien.

Aelin hubiera estado de acuerdo.

—Son bienvenidos aquí, todos ustedes. Todo el tiempo que quieran.

—Tú no tienes autorización para hacer semejantes invitaciones —le espetó lord Gunnar.

Ninguno de ellos se molestó en responder. Pero Ilias de los Asesinos Silenciosos asintió solemnemente para indicar que estaba de acuerdo en quedarse y Ansel de Briarcliff simplemente le guiñó un ojo a Aelin y dijo:

—Yo vine hasta acá para ayudarte a hacer polvo a ese bastardo. No veo por qué regresar ahora a casa.

Lysandra no fingió la gratitud que le apretó la garganta cuando le hizo una reverencia a los aliados que su reina había reunido.

Un hombre alto y joven de cabellera oscura entró a la tienda de campaña y miró a los ahí reunidos con sus ojos grises. Los abrió como platos cuando la vio: Aelin. Con los ojos muy abiertos volteó a ver a Aedion como si quisiera confirmar. Notó el cabello dorado, los ojos Ashryver y palideció.

—Qué pasa, Nox —gruñó Darrow.

El mensajero se enderezó y se apresuró para llegar al lado de su lord. Le murmuró algo al oído.

—Que entre —fue la única respuesta de Darrow.

Nox salió, con movimientos agraciados a pesar de su altura, y entró un hombre de estatura más baja y piel pálida.

Darrow extendió una mano para recibir la carta.

—¿Traes un mensaje de Eldrys?

Lysandra olió al desconocido al mismo tiempo que Aedion.

Un instante después, el desconocido sonrió y dijo:

—Erawan envía sus saludos.

Y desató un estallido de viento negro justo hacia ella.

CAPÍTULO 17

Lysandra se agachó pero no fue lo suficientemente rápida para evadir el latigazo de poder que le hizo un corte en el brazo.

Cayó al suelo y rodó como había aprendido bajo la cuidadosa tutela de Arobynn. Pero Aedion ya estaba frente a ella, con la espada desenvainada. Defendiendo a su reina.

Un golpe de luz y frío, de Enda y Sellene, y el mensajero de Morath quedó de rodillas, su poder oscuro chocó contra una barrera invisible de viento helado.

Alrededor de la tienda de campaña, todos habían retrocedido con las armas brillando. Al lado del hombre caído, Ilias y Ansel ya habían sacado sus espadas y las tenían inclinadas hacia él. Sus posiciones defensivas eran imágenes en espejo. Estaban entrenados hasta los huesos por el mismo maestro, bajo el mismo sol ardiente. Sin embargo, ninguno de los dos miró al otro.

Ren, Sol y Ravi ocuparon sus posiciones al lado de Lysandra, de Aelin, con las espadas listas para derramar sangre. Una corte naciente que cerraba filas alrededor de su reina.

Los lords de más edad habían huido torpemente detrás de la seguridad de la mesa de comida con los rostros arrugados y pálidos. Sólo Galan Ashryver había ocupado un sitio cerca de la salida de la carpa, sin duda para interceptar al atacante en caso de que intentara huir. Era una maniobra valiente, y arriesgada, considerando lo que estaba hincado en el centro de la tienda de campaña.

—¿Nadie olió que era un demonio del Valg? —exigió saber Aedion y jaló a Lysandra del brazo sano para ayudarla a ponerse de pie. Pero el desconocido no tenía collar ni anillo en sus manos desnudas y pálidas.

Lysandra sintió que el estómago se le revolvía cuando puso su mano en la herida pulsante de su brazo. Sabía lo que latía dentro del corazón de ese hombre. Un corazón de hierro y piedra del Wyrd.

El mensajero rio y siseó:

—Corran a su castillo. Nosotros…

Olisqueó el aire. Luego miró directamente a Lysandra. Hacia la sangre que estaba escurriendo por su brazo izquierdo y que empapaba la desgastada túnica azul mar de Aelin.

Sus ojos se abrieron de par en par con sorpresa y deleite y la palabra empezó a formarse en sus labios. Metamorfa.

—Mátenlo —les ordenó a los miembros de la casa real de las hadas de cabello plateado. Su corazón latía con fuerza.

Nadie se atrevió a decirle que ella misma lo quemara.

Endymion levantó una mano y el hombre poseído por el Valg empezó a ahogarse. Pero primero sus ojos se oscurecieron por completo hasta que no quedaba nada blanco.

No por la muerte que empezaba a recorrerlo. Pero parecía estar enviando un mensaje a través de un vínculo largo de obsidiana.

El mensaje que podría condenarlos a todos: Aelin Galathynius no estaba aquí.

—Ya fue suficiente de esto —gruñó Aedion y el miedo, miedo real, hizo palidecer su rostro cuando él también se dio cuenta de lo que el mensajero le acababa de transmitir a su amo.

La espada de Orynth brilló, la sangre negra salió disparada, y la cabeza del hombre cayó en el piso cubierto por alfombras.

En el silencio, Lysandra jadeó y apartó la mano de su brazo para estudiar la herida. No era profunda pero estaría adolorida durante unas cuantas horas.

Ansel de Briarcliff enfundó su espada con cabeza de lobo y tomó a Lysandra del hombro. Su cabello rojizo se meció cuando miró la herida y luego el cadáver.

—Son unos malditos infelices, ¿verdad?

Aelin hubiera tenido una respuesta fanfarrona que los haría reír a todos, pero Lysandra no encontró las palabras. Simplemente asintió mientras la mancha negra avanzaba en el piso de la tienda de campaña. La realeza hada olió la peste e hicieron una mueca.

—Limpien este desastre —ordenó Darrow a nadie en particular. Aunque las manos le temblaban ligeramente.

Junto a la entrada de la tienda de campaña, Nox veía al Valg decapitado con la boca abierta. Sus ojos grises la miraron, buscando, y luego bajó la vista.

—No tenía un anillo —murmuró Nox.

Aedion tomó el extremo del mantel que cubría la mesa de alimentos que nadie

había tocado y limpió la espada de Orynth.

—No lo necesitaba.

Erawan ya sabía que Aelin no estaba con ellos. Que una metamorfa había ocupado su lugar.

Aedion caminó por el campamento y Lysandra-como-Aelin iba detrás de él.

—Ya sé —dijo él por encima del hombro y por una vez no hizo caso a los guerreros que lo saludaban.

Ella lo siguió de todas maneras.

—¿Qué hacemos?

Él no se detuvo hasta que llegaron a su propia tienda de campaña. El olor de ese mensajero del Valg estaba impregnado en su nariz. Ese látigo de negrura que había herido a Lysandra seguía brillando en sus ojos. Su grito de dolor seguía haciendo eco en sus oídos.

Su temperamento estaba a punto de ebullición, aullando en busca de una salida.

Ella lo siguió a la tienda de campaña.

—¿Qué hacemos? —volvió a preguntar.

—¿Qué tal si empezamos por asegurarnos de que no haya otros mensajeros ocultos en el campamento? —gruñó Aedion sin dejar de caminar de un lado al otro. Los miembros de la realeza hada ya habían dado esa orden y habían enviado a sus mejores exploradores.

—Ya lo sabe —exhaló ella.

Él volteó rápidamente y se enfrentó a su prima, a Lysandra, temblando. No era Aelin, aunque hoy había sido bastante convincente. Más de lo normal.

—Él ya sabe quién soy.

Aedion se frotó la cara.

—También parece saber que vamos a Orynth. Quiere que hagamos justo eso.

Ella se dejó caer en el catre, como si sus rodillas ya no pudieran sostenerla en pie. Por un momento, la necesidad de sentarse a su lado, de atraerla hacia él, fue tan fuerte que él casi lo hizo.

El olor de su sangre llenaba todo el espacio, junto con ese olor salvaje y de muchas facetas que tenía. Su aroma arrastraba un dedo sensual por su piel, avivando su rabia para convertirla en algo tan letal que bien podría matar al

siguiente hombre que entrara a su tienda de campaña.

—Erawan podría escuchar las noticias y preocuparse —dijo Aedion cuando pudo volver a pensar—. Podría preguntarse por qué no está aquí y si estará a punto de hacer algo que lo perjudique. Lo podría forzar a revelar su jugada.

—O podría atacarnos ahora, con todo su poderío, porque sabe que estamos en el punto más débil.

—Tendremos que esperar a ver qué sucede.

—Orynth será un matadero —susurró ella y sus hombros se vencieron bajo el peso, no sólo de ser una mujer arrojada al centro de este conflicto, sino una mujer que estaba representando a otra, que podría fingir pero tenía sus límites. Que no tenía realmente el poder de detener las hordas que marchaban hacia el norte. Pero había estado dispuesta a cargar con ese peso. Por Aelin. Por este reino.

Aunque había tenido que mentirle a él, había estado dispuesta a aceptar este peso.

Aedion se dejó caer a su lado y se quedó con la mirada perdida en la pared de la tienda de campaña.

—No iremos a Orynth.

Ella levantó la cabeza. No sólo por las palabras sino por lo cerca que él se sentó.

—¿A dónde iremos, entonces?

Aedion miró su armadura, aceitada y lista en un maniquí del otro lado de la tienda de campaña.

—Sol y Ravi llevarán a algunos de sus hombres de regreso a la costa para asegurarse de que no nos topemos con otros ataques desde el mar. Se encontrarán con lo que queda de la flota de Wendlyn mientras Galan y sus soldados se quedan con nosotros. Marcharemos como un solo ejército hacia la frontera.

—Los otros lords votaron en contra de eso.

Claro que lo habían hecho, los viejos tontos.

Él había jugado en el borde de la traición durante la última década. Había hecho de eso un arte. Aedion sonrió ligeramente.

—Déjamelo a mí.

El Flagelo le era leal solamente a Aelin Galathynius.

Al igual que los aliados que ella había reunido. Y las fuerzas de Ren Allsbrook y Ravi y Sol de Suria.

Y también, aparentemente, Nox Owen.

Pero fue Lysandra, de hecho, no Aedion, quien hizo posible su huida.

Iba caminando de regreso a su propia tienda de campaña, la tienda de Aelin, no digna de una reina sino de una capitana del ejército, cuando Nox empezó a caminar a su lado. Silencioso y agraciado. Bien entrenado. Y probablemente más letal de lo que aparentaba.

—Entonces, Erawan ya sabe que no eres Aelin.

Ella volteó a verlo rápidamente.

—¿Qué? —una pregunta rápida e imprecisa para ganar un poco de tiempo. ¿Aedion se habría arriesgado a decirle la verdad?

Nox esbozó una media sonrisa.

—Lo deduje cuando vi la sorpresa en la cara de ese demonio.

—Debes estar equivocado.

—¿Ah, sí? ¿O no me recuerdas para nada?

Ella hizo su mejor esfuerzo por mirarlo con altivez, aunque el mensajero ladrón era mucho más alto que ella. Aelin nunca había mencionado a Nox Owen.

—¿Por qué habría de recordar a uno de los lacayos de Darrow?

—Un buen intento, pero Celaena Sardothien se veía un poco más divertida cuando hacía trizas a un hombre.

Sabía, sabía quién era Aelin, quién había sido. Lysandra no dijo nada y continuó caminando hacia su tienda de campaña. Si le decía a Aedion, ¿cuánto tiempo tardaría Nox en terminar enterrado bajo la tierra congelada?

—Tu secreto está a salvo —murmuró Nox—. Celaena… Aelin era una amiga. Sigue siéndolo, espero.

—Cómo —no admitiría más que eso sobre su papel en todo esto.

—Peleamos juntos en una competencia en el castillo de cristal —dijo él y resopló—. No tenía idea hasta hoy. Dioses, yo llegué ahí por el ministro Joval, como espía de los rebeldes. Era mi primera vez fuera de Perranth. Mi primera vez, y terminé sin darme cuenta entrenando al lado de mi reina —una risa silenciosa y maravillada—. He estado trabajando por años con los rebeldes, incluso cuando era ladrón. Querían que fuera sus ojos dentro del castillo y

que les informara sobre los planes del rey. Les informé sobre algunas cosas extrañas hasta que se volvió demasiado peligroso. Hasta que Cel… Aelin me advirtió que huyera. Le hice caso y regresé. Joval está muerto. Cayó en una pelea con una banda de rebeldes cerca de la frontera esta primavera. Darrow me eligió para ser su propio mensajero y espía. Así que heme aquí —una mirada en su dirección, el asombro todavía en su rostro—. Estoy a tu disposición, aunque tú no seas… tú —ladeó la cabeza—. ¿Quién eres, a todo esto?

—Aelin.

Nox sonrió comprensivamente.

—Está bien.

Lysandra hizo una pausa frente a la tienda de campaña demasiado pequeña de la reina, acomodada entre las tiendas de Aedion y de Ren.

—¿Cuál es el precio de tu silencio? ¿O Darrow ya lo sabe?

—¿Por qué le diría? Yo sirvo a Terrasen y a la familia Galathynius. Siempre lo he hecho.

—Algunos podrían decir que Darrow tiene buenas posibilidades de reclamar el trono, dada su relación con Orlon.

—Me di cuenta hoy de que la asesina que alguna vez llamé amiga es en realidad la reina que yo creía muerta. Creo que los dioses me están apuntando en cierta dirección, ¿no es así?

Ella se detuvo un poco en la entrada de la tienda. Una calidez deliciosa la llamaba desde el interior.

—¿Y si te dijera que necesitamos de tu ayuda esta noche y que el riesgo es ser tachado de traidor?

Nox simplemente hizo una reverencia.

—Entonces diría que le debo a mi amiga Celaena un favor por advertírmelo en el castillo además de salvarme la vida antes de eso.

Lysandra no estaba segura de por qué confiaba en él. Pero había desarrollado un instinto sobre los hombres que siempre había demostrado ser certero, aunque no había tenido la posibilidad de actuar en consecuencia antes. Sólo le servía para prepararse para ellos.

Pero Nox Owen, la amabilidad de su rostro era auténtica. Sus palabras eran verdaderas. Otro aliado que les había conseguido Aelin, esta vez sin saberlo.

Sabía que Aedion estaría de acuerdo con el plan, aunque todavía la odiara. Así que Lysandra se acercó a él y bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Entonces, escucha con cuidado.

Se hizo en silencio y sin dejar rastro.

Cada uno de los elementos intrincados funcionó sin problema, como si los mismos dioses los hubieran ayudado.

En la cena, Nox Owen le puso algo al vino que sirvió personalmente, como una disculpa suplicante por haber dejado pasar al soldado del Valg, a los lords Darrow, Sloane, Gunnar y Ironwood. No para matarlos sino para que se quedaran profundamente dormidos.

Ni siquiera el rugido de un oso despertaría a este tarado, dijo Ansel de Briarcliff cuando se paró frente al catre de lord Gunnar. Le levantó el brazo flácido y lo dejó caer.

El lord no se movió y Lysandra, que estaba en la forma de un ratón de campo y oculta en las sombras detrás de la reina, consideró que era suficiente prueba.

Los cuatro leales abanderados de los lords también estaban profundamente dormidos esa noche, cortesía del vino que Galan Ashryver, Ilias, Ren y Ravi se habían asegurado de repartir alrededor de sus fogatas.

Y cuando todos despertaron al día siguiente, sólo había nieve azotando el exterior de sus tiendas de campaña.

El campamento ya no estaba.

Ni el ejército.

CAPÍTULO 18

Nadie en Anielle ni en la fortaleza de rocas grises que surgía en su extremo sur gritó alarmado al ver el ruk que descendió de los cielos y que aterrizó sobre la almena.

Los guardias de la fortaleza que habían estado vigilando sólo sacaron sus armas. Uno de ellos corrió al interior en penumbras y le apuntó a Chaol e Yrene cuando se bajaron del gran pájaro.

El frío en mar abierto no era nada comparado con el viento que llegaba del muro de montañas detrás de la ciudad, ni con el frío helado del gran Lago de Plata alrededor del cual estaba construida. El lago estaba tan plano que parecía un gran espejo extendido debajo del cielo gris.

Yrene sabía que la distribución de Anielle le era tan familiar a Chaol como su propio cuerpo y sabía, por los recuerdos que había visto en su alma y lo que le había dicho estos meses, que las tejas grises de los techos habían sido elaboradas con la laja de las canteras justo al sur, que la madera de las casas había sido tomada de la maleza de Oakwald que estaba tras la planicie al lado sur del lago. Un pequeño brote de picos salía como un brazo de los Colmillos y creaba un borde entre esta parte y el Lago de Plata. Y contra la ladera árida de estas montañas se había construido la fortaleza.

Nivel tras nivel, la fortaleza Westfall se levantaba de la planicie hacia las alturas de la montaña a sus espaldas. Su puerta más baja abría hacia la gran planicie de nieve, mientras otros niveles daban hacia la ciudad a su izquierda. Había sido construida como una fortaleza, sus incontables niveles, almenas y puertas estaban diseñadas para sobrevivir a un ataque enemigo. Las rocas grises tenían las cicatrices de justo cuántas veces había presenciado y sobrevivido a este tipo de ataques, y ningunas tenían más que las del muro exterior que rodeaba la fortaleza.

Intimidante, imponente, implacable… Chaol le había dicho que la fortaleza nunca había sido construida para ser bella ni para ser agradable. De hecho, no había banderas coloridas volando en el viento. No había olores ni especias en el viento tampoco. Sólo humedad helada y espesa.

Desde las torres superiores cubiertas de liquen, Yrene sabía que se podían monitorear todos los movimientos en el lago o en la planicie, en la ciudad o en el bosque, incluso en las faldas de los Colmillos. ¿Cuántas horas había pasado su esposo en los pasillos de la torre, mirando hacia Rifthold, deseando estar

en cualquier otro lugar, menos en este lugar frío y oscuro?

Chaol permaneció cerca de Yrene con la barbilla en alto cuando le anunció a la docena de guardias que les apuntaban con las espadas que él era lord Chaol Westfall y que deseaba ver a su padre. De inmediato.

Ella nunca lo había escuchado usar ese tono de voz. Era un tipo distinto de autoridad. La voz de un lord.

Un lord… y ella era una lady, supuso. Aunque el vuelo la había obligado a abandonar sus vestidos habituales y a usar ropa de cuero de rukhin, aunque estaba segura de que su cabello trenzado estaba todo revuelto y que necesitaría horas y un baño para desenredarlo.

Permanecieron en las almenas en silencio y la mano enguantada de Chaol tomó la de ella. El viento agitaba la piel del cuello de su capa gruesa. En su rostro no se veía salvo determinación seria, pero la mano con la que apretaba la de ella… Ella sabía lo que significaba este regreso a casa.

Nunca olvidaría el recuerdo que había presenciado de su padre, cuando lo arrojó por los escalones de roca unos niveles más abajo, lo cual le provocó a Chaol la cicatriz oculta justo bajo la línea donde le empezaba a salir el pelo. Era un niño. Había aventado a un niño por las escaleras y lo había obligado a irse a Rifthold a pie.

Ella dudaba que su segunda impresión de su suegro fuera más positiva.

Ciertamente no le pareció ser así cuando vio un hombre de rostro delgado y túnica gris aparecer y decirles:

—Síganme.

Sin mencionar su título, sin mencionar su título honorífico. Sin dar la bienvenida.

Yrene le apretó la mano a Chaol. Habían venido a darle la advertencia a la gente de esa ciudad, no al bastardo que había dejado unas cicatrices tan brutales en el alma de su esposo. La gente merecía el aviso, la protección.

Yrene se recordó eso a sí misma cuando entraron a la fortaleza sombría.

No había gran diferencia entre el exterior y este pasillo alto y estrecho. Las ventanas muy altas y delgadas en las paredes permitían la entrada de poca luz y unos braseros antiguos proyectaban sombras parpadeantes sobre las rocas. Algunos tapices desgastados colgaban cada cierta distancia y ningún sonido, ni música, ni risa, ni conversación, les dio la bienvenida.

¿Esta casa antigua llena de corrientes de aire había sido su hogar? Comparado con el palacio del khagan, era una pocilga, ni siquiera digna de nidos de ruks.

—Mi padre —murmuró Chaol para que su escolta no lo escuchara, sin duda al darse cuenta de la preocupación en el rostro de Yrene— no cree en gastar su dinero en mejoras. Si no se ha colapsado, entonces no tiene por qué arreglarse.

Yrene intentó sonreír ante el intento de ser gracioso, intentó hacerlo por él, pero su temperamento iba empeorando con cada paso que daban por el pasillo. El escolta silencioso al fin se detuvo frente a dos grandes puertas de roble. La madera era tan vieja y podrida como la fortaleza misma. El escolta tocó una vez.

—Adelante.

Yrene sintió el temblor que recorrió a Chaol al escuchar la voz fría y astuta.

Las puertas se abrieron para revelar un salón oscuro bordeado de columnas y perforado por rayos de luz acuosa.

Ése sería el único saludo que recibirían, por lo visto, ya que el hombre que estaba sentado en la cabecera de esa mesa larga de madera, lo suficientemente grande para sentar a cuarenta hombres, no se molestó en ponerse de pie.

Cada uno de los pasos que dieron hizo eco en el salón. La fogata rugiente y enorme que estaba a su izquierda apenas hacía algo para mitigar el frío. Una copa de lo que parecía ser vino y los restos de la comida de la tarde estaban frente al lord de Anielle sobre la mesa. No había señal de su esposa ni de su otro hijo.

Pero la cara… era la cara de Chaol en unas cuantas décadas. O lo sería, si Chaol se volviera tan desalmado y frío como el hombre que estaba frente a ellos.

Ella no supo cómo lo hizo, cómo logró Chaol inclinar la cabeza en una reverencia.

—Padre.

Chaol nunca se había sentido avergonzado de la fortaleza hasta que entró acompañado de Yrene. Nunca se había dado cuenta de cuánto necesitaba una reparación, de lo descuidada que estaba.

Tan sólo de pensar en ella, tan llena de luz y calidez, en este sitio lúgubre, sentía ganas de correr de regreso al ruk que los esperaba sobre los parapetos y volar de vuelta a la costa.

Y ahora, al verla frente a su padre, que ni siquiera se había molestado en levantarse de la silla, cuya cena a medio terminar estaba desechada frente a él, Chaol se dio cuenta de que tendría que esforzarse para controlar su temperamento.

La capa de forro de piel de su padre caía a su alrededor. ¿Cuántas veces lo había visto en esta silla, en la cabecera de esta gran mesa, donde alguna vez se sentaron los más reconocidos lords y guerreros de Adarlan?

Ahora estaba vacía, era un cascarón de lo que alguna vez había sido.

—Estás caminando —dijo su padre y lo miró de la cabeza a los pies. Su mirada se detuvo en la mano de Chaol que seguía sosteniendo la de Yrene. Oh, sin duda lo mencionaría pronto. Cuando pudiera herirlo más profundamente—. Lo último que supe era que no podías siquiera mover los dedos de los pies.

—Es gracias a esta mujer —dijo Chaol. Pero Yrene miró a su padre con una frialdad que Chaol nunca había visto antes. Como si estuviera pensando en pudrirle los órganos dentro del cuerpo. Eso animó a Chaol lo suficiente para decir—: Mi esposa. Lady Yrene Towers Westfall.

Una chispa de sorpresa se encendió en el rostro de su padre, pero desapareció rápidamente.

—Una sanadora, entonces —dijo en voz baja y estudió a Yrene con tal intensidad que Chaol sintió ganas de empezar a romper cosas—. Towers no es una casa noble que yo reconozca.

El miserable bastardo.

Yrene levantó la barbilla un poco.

—Tal vez no lo sea, milord, pero su linaje no es menos orgulloso o valioso.

—Al menos habla bien —dijo su padre y dio un sorbo al vino. Chaol apretó la mano libre con tanta fuerza que su guante crujió—. Mejor que esa otra, la asesina presuntuosa.

Yrene sabía. Todo. Conocía cada fragmento de la historia, sabía de quién era la nota que traía en su relicario. Pero eso no sirvió para suavizar el golpe, no cuando el padre de Chaol agregó:

—Quien resultó ser la reina de Terrasen —una risa vacía carente de alegría—. Qué premio podrías haber conseguido ahí, hijo, si hubieras logrado conservarla.

—Yrene es la mejor sanadora de su generación —dijo Chaol en un tono de voz letal—. Su valor es mayor al de cualquier corona.

Y en esta guerra, eso bien podría ser cierto.

—No necesitas molestarte dándole pruebas de mi valor a él —dijo Yrene con la mirada helada clavada en su padre—. Sé con precisión lo talentosa que soy. No requiero de su bendición.

Todas sus palabras fueron absolutamente ciertas.

Su padre le devolvió la mirada desinteresada a ella y pareció curioso por un momento.

Si le hubieran preguntado a Chaol, hace unos minutos, cómo pensaba que iba a resultar este encuentro, nunca habría pensado como posibles resultados que Yrene no se impresionara para nada con su padre o que Yrene lo enfrentara sin ninguna reserva.

Su padre se recargó en su silla.

—No viniste hasta acá para al fin cumplir el juramento que me hiciste, ¿o sí?

—Esa promesa ya fue rota y me disculpo por ello —logró decir Chaol. Yrene se irritó. Antes de que pudiera repetirle que no se molestara, Chaol continuó—: Vinimos a advertirte.

Su padre arqueó una ceja.

—Morath está avanzando, eso lo sé. He tomado la precaución de enviar a tu amada madre y a tu hermano a las montañas.

—Morath está avanzando —dijo Chaol luchando contra la decepción porque no podría ver a ninguna de las dos personas con quienes más necesitaba hablar— y viene justo hacia acá.

Su padre, por una vez, se quedó completamente inmóvil.

—Diez mil soldados —dijo Chaol—. Vienen a saquear la ciudad.

Podría jurar que su padre había palidecido.

—¿Tienes la certeza de esto?

—Navegué con un ejército que envió el khagan y con una legión de sus jinetes de ruk. Sus exploradores de avanzada descubrieron esta información. Los rukhin están volando hacia acá en este momento, pero los soldados darghan no llegarán hasta dentro de una semana o más —dio un paso al frente, sólo uno—. Necesitas reunir tus fuerzas y preparar la ciudad. De inmediato.

Pero su padre le dio vueltas al vino y frunció el entrecejo al líquido rojo de la copa.

—No hay fuerzas aquí… nada que pudiera hacerle algo a un grupo de diez mil hombres.

—Entonces, empieza a evacuar y mete a todos los que puedas en la fortaleza. Prepárate para el sitio.

—La última vez que me fijé, niño, yo seguía siendo el lord de Anielle. Tú le diste la espalda sin dudarlo. Dos veces.

—Tienes a Terrin.

—Terrin es un estudioso. ¿Por qué crees que lo mandé con su madre como si fuera un bebé de brazos? —su padre rio burlonamente—. ¿Regresaste a sangrar por Anielle, entonces? ¿Para al fin sangrar por esta ciudad?

—No le hables así —le dijo Yrene con tranquilidad amenazante.

Su padre la ignoró.

Pero Yrene volvió a avanzar hacia el lado de Chaol.

—Yo soy la heredera de la Sanadora Mayor de las Torre Cesme. Vine porque tu hijo me lo pidió, de regreso a las tierras que me vieron nacer, para ayudar en esta guerra junto con doscientas sanadoras de la Torre misma. Tu hijo pasó los últimos meses forjando una alianza con el khaganato y ahora todos los ejércitos del khagan están navegando hacia este continente para salvar a tu gente. Así que mientras tú estás aquí en tu miserable fortaleza lanzándole insultos, debes saber que él ha hecho lo que nadie más pudo hacer y si tu ciudad sobrevive, será gracias a él y no a ti.

Su padre parpadeó. Lentamente.

Chaol tuvo que controlarse para no tomar a Yrene en sus brazos y besarla.

Pero le dijo a su padre:

—Prepárate para el sitio y ten listas las defensas. O el Lago de Plata volverá a teñirse de rojo bajo las garras de las bestias de Erawan.

—Conozco la historia de esta ciudad tan bien como tú.

Chaol consideró si debía terminar ahí, pero preguntó:

—¿Por eso no te arrodillaste ante Erawan?

—Ni ante el rey fantoche que lo precedió —dijo su padre y empezó a jugar con su comida.

—¿Tú sabías… que el rey estaba poseído por el Valg?

Los dedos de su padre se quedaron quietos sobre la costra de un pan, la única señal de su sorpresa.

—No. Sólo que estaba reuniendo un ejército que no parecía… natural en todo el territorio. Yo no soy el lacayo de nadie, sin importar lo que pienses de mí —volvió a bajar la mano—. Por supuesto, en mis planes por alejarte del peligro, al parecer sólo te acerqué más a él.

—¿Por qué molestarte?

—Lo que dije en Rifthold fue cierto. Terrin no es un guerrero, no de corazón. Vi lo que se estaba construyendo en Morath, en el Abismo Ferian, y solicité que mi hijo mayor regresara a mi lado, que tomara la espada en caso de que yo cayera. Y ahora regresaste, a la hora en que la sombra de Morath nos está rodeando por todos lados.

—Por todos lados salvo uno —dijo Chaol e hizo un ademán hacia las montañas Colmillos Blancos apenas visibles a través de las ventanas altas—. Se rumora que Erawan ha pasado estos meses cazando a los hombres salvajes de los Colmillos. Si te hacen falta tantos soldados, pide ayuda.

Su padre apretó los labios.

—Son nómadas semisalvajes que se divierten matando a nuestra gente.

—Igual que la nuestra se ha divertido matándolos a ellos. Deja que Erawan nos una.

—¿Y qué les puedo ofrecer? Las montañas nos han pertenecido desde antes de que Gavin Havilliard ocupara el trono.

Yrene murmuró:

—Ofréceles la maldita luna, si eso los convence de ayudar.

Su padre sonrió con sorna.

—¿Puedes ofrecer semejante cosa, como la heredera de la Sanadora Mayor?

—Cuidado —gruñó Chaol.

Su padre ignoró eso también.

—Preferiría tener la cabeza clavada en una lanza que darles a los salvajes de los Colmillos un centímetro de las tierras de Anielle, mucho menos pedirles ayuda.

—Espero que tu gente esté de acuerdo —dijo Yrene.

Su padre dejó escapar una de esas risas sin alegría.

—Me agradas más que la reina asesina, creo. Tal vez casarse con la plebe le inyectará algo de agallas a nuestra sangre de nuevo.

Chaol sintió que la sangre se le agolpaba en las orejas, pero los labios de Yrene se curvaron para formar una sonrisa.

—Eres exactamente como te imaginaba —dijo. El padre de Chaol solamente inclinó la cabeza.

—Prepara la ciudad, la fortaleza —logró decir Chaol entre dientes—. O te

merecerás todo lo que le provoques.

CAPÍTULO 19

Quince minutos más tarde, Chaol podía sentir a Yrene que seguía temblando cuando entraron a una recámara pequeña pero cálida. Uno de los pocos sitios acogedores en esta horrenda fortaleza. Una cama y un cuenco de agua medio oxidado llenaban casi todo el espacio. Había una jarra de agua caliente a su lado.

No era exactamente una recámara digna del hijo de un lord. Luchó contra el calor que le subió a las mejillas.

—Me desheredaron, ¿recuerdas? —dijo Chaol y se recargó contra la puerta cerrada. Sus bolsos estaban tirados a sus pies—. Esta recámara es para un invitado.

—Estoy segura de que tu padre la seleccionó sólo para ti.

—Estoy seguro de que sí.

Yrene gruñó.

—Es peor de lo que me habías dicho.

Chaol esbozó una sonrisa pequeña y cansada.

—Y tú estuviste brillante.

Completamente brillante.

Al menos, su padre había estado de acuerdo en empezar las evacuaciones para quienes vivían en las afueras de la ciudad, y para cuando llegaron a esta recámara, la fortaleza ya se había activado en preparación para el sitio. Si su padre necesitaba ayuda para planearlo, no lo dijo. Al día siguiente, después de descansar esta noche, vería con sus propios ojos qué era lo que su padre tenía en mente.

Pero, por el momento, después de casi dos días de volar por los aires helados, necesitaba descansar.

Y su esposa, sin importar su valentía e intrepidez, también necesitaba descansar aunque no lo admitiera.

Así que Chaol se apartó de la puerta y se acercó a Yrene, que caminaba frente a la cama.

—Siento que te haya dicho esas cosas.

Ella hizo un ademán para desestimar su preocupación.

—Yo siento que tú hayas tenido que lidiar con él más tiempo que esa conversación.

Su temperamento, a pesar de todo lo que les esperaba, a pesar del bastardo que gobernaba esta ciudad, lo reconfortaba por dentro. Chaol se acercó y la tomó de la mano para detener sus pasos. Le pasó el pulgar sobre la argolla de matrimonio.

—Desearía que la hubieras conocido a ella en su lugar… a mi madre —dijo con suavidad.

La ferocidad de la mirada de Yrene disminuyó.

—Yo también —sonrió un poco—. Aunque me sorprende que tu padre se preocupara por ellos tanto como para enviarlos lejos ante la más mínima insinuación de amenaza.

—Ellos son valiosos para él. No me sorprendería si los mandó con buena parte del tesoro real.

Yrene miró a su alrededor como dudando.

—Anielle es uno de los territorios más ricos de Adarlan, a pesar de lo que sugiera esta fortaleza —le besó los nudillos, el anillo—. Hay cámaras llenas de tesoros en las catacumbas. Oro, joyas, armaduras… se dice que allá abajo está la riqueza de un reino entero.

Yrene dejó escapar un murmullo impresionado pero dijo:

—Debería haberles dicho a Sartaq y Nesryn que trajeran más sanadoras y no sólo a esas cincuenta que seleccionamos.

Hafiza se quedaría con los soldados de a pie y la caballería, pero Eretia, su segunda al mando, volaría con los ruks y dirigiría al grupo, incluida Yrene.

—Nos las arreglaremos con lo que tenemos. Dudo que esta ciudad tuviera siquiera una sanadora con dones de magia hasta hace una hora.

Ella tragó saliva.

—¿Esta fortaleza puede sobrevivir a un sitio lo suficiente para esperar a que llegue el ejército por tierra? No parece poder soportar siquiera otro invierno, mucho menos un ejército en sus puertas.

—Esta fortaleza ha resistido más de mil años… sobrevivió al segundo ejército de Erawan, incluso cuando saquearon Anielle. Sobrevivirá su tercera guerra también.

—¿Dónde evacuarán a la gente? Las montañas ya están cubiertas de nieve.

—Hay pasos a través de las montañas. Son peligrosos pero podrían llegar a los Yermos si se mantienen unidos y llevan suficientes provisiones.

Dirigirse al norte de Anielle sería una trampa mortal, con las brujas en el Abismo Ferian, e ir demasiado al sur los llevaría a la puerta de Morath. Ir al este los llevaría al camino que estaba recorriendo el ejército del cual buscaban escapar.

—Tal vez podrían esconderse en Oakwald, en las faldas de los Colmillos —dijo Chaol y sacudió la cabeza—. No hay buenas opciones, no en esta época del año.

—Muchos no lo lograrán —dijo ella con suavidad.

—Tienen una mejor posibilidad en los Colmillos que aquí —respondió él también en voz baja. Seguían siendo su gente, lo seguían tratando con amabilidad, aunque su propio padre no lo hiciera—. Me aseguraré de que mi padre envíe con ellos a algunos soldados que sean demasiado viejos para pelear aquí… ellos recordarán el camino.

—Ya sé que no soy nada más que plebe —dijo Yrene y Chaol rio—, pero los que elijan quedarse, los que entren a la fortaleza… Tal vez mientras esperamos la llegada de nuestras propias fuerzas, yo podría ayudar a encontrarles espacio. Provisiones. Ver si hay algunas sanadoras entre ellos que pudieran tener acceso a las hierbas e ingredientes que necesitaremos. Tener los vendajes listos.

Él asintió. El orgullo le llenó el pecho tanto que casi le dolía. Una lady. Si no por sangre, sí por su nobleza de carácter. Su esposa era más una lady que cualquier otra que hubiera conocido, en cualquier corte.

—Entonces preparémonos para la guerra, esposo —dijo Yrene con la mirada llena de tristeza y temor.

Y al ver esa semilla de temor, no por ella misma sino por la situación en la que pronto estarían involucrados, que presenciarían, él la tomó en sus brazos y la recostó sobre la cama.

—La guerra puede esperar hasta la mañana —dijo y acercó su boca a la de ella.

Amaneció y llegaron los ruks.

Tantos ruks que bloqueaban el sol débil y el retumbar de sus alas y el movimiento de sus plumas llenaba el firmamento.

La gente gritó en esta ocasión, sus gritos un adelanto de los gritos que vendrían cuando ese ejército llegara a sus puertas.

Los ruks se acomodaron en la planicie frente al lado sur de la fortaleza, hacia la orilla del lago. Esa zona se había mantenido sin edificaciones porque la extensión de tierras planas estaba llena de manantiales de aguas termales y solía inundarse todos los años. Eso no impedía que algunos granjeros obstinados intentaran cultivar la zona de tierras endurecidas de todas maneras.

Alguna vez había sido parte del mismo lago, antes de que se construyera la presa en las Cataratas Occidentales de los Colmillos. Sus aguas rugientes se silenciaron y se convirtieron en un pequeño chorro de agua que alimentaba al lago. Durante siglos, los ancestros de Chaol habían considerado destruir la presa, permitir que el río caudaloso fluyera de nuevo con libertad, ahora que sus antiguas forjas habían sido sustituidas por unos cuantos molinos de agua que se podían mover con facilidad a otras partes.

Sin embargo, la destrucción que provocaría romper la presa, aunque pidieran el apoyo de todos los manipuladores mágicos de agua para controlar la corriente, sería catastrófica. Toda la planicie se inundaría en cuestión de minutos y una parte de la ciudad también sería arrasada. Las aguas se precipitarían desde las montañas y destruirían todo a su paso en una ola gigantesca que correría hasta el mismo Oakwald. Los niveles inferiores de la fortaleza, las puertas que daban a la planicie, quedarían completamente sumergidos.

Así que la presa se había quedado, así como los pastizales de la planicie.

Los ruks se acomodaron en filas ordenadas y Chaol e Yrene los observaron desde las almenas. Otros guardias se apartaron de sus puestos para unirse a ellos y los jinetes empezaron a montar su campamento con las cosas que habían traído en sus monturas. Las sanadoras subirían después, aunque tal vez unas cuantas podrían permanecer en el campamento hasta que llegaran las legiones de Morath.

Dos figuras oscuras volaban sobre sus cabezas. Los guardias regresaron a sus puestos cuando Nesryn y Sartaq aterrizaron en las almenas. Un halcón pequeño aterrizó junto al ruk de la primera. Falkan Ennar, después.

Nesryn desmontó de su ruk con un movimiento rápido. Su rostro estaba tan serio como cualquier rincón del reino de Hellas.

—Morath está a tres días de distancia, posiblemente cuatro —dijo sin aliento.

Sartaq llegó tras ella. Los ruks no necesitaban amarradero.

—Nos mantuvimos volando muy alto, fuera de donde podrían detectarnos, pero Falkan sí pudo acercarse.

El metamorfo permaneció en forma de halcón junto a Salkhi.

Yrene dio un paso al frente.

—¿Qué vieron?

Nesryn negó con la cabeza. Su piel, que por lo general tenía un tono moreno dorado, se veía drenada de sangre.

—Valg y hombres, principalmente. Pero todos parecían rápidos… violentos.

Chaol intentó controlar su mueca de temor.

—¿No vieron rastro de las brujas?

—Ninguno —dijo Sartaq y se pasó la mano por el cabello trenzado—. Aunque podrían estar esperando para salir velozmente del Abismo Ferian cuando llegue el ejército.

—Recemos por que no sea así —dijo Yrene y miró a los ruks en el valle abajo.

Mil ruks. Había parecido como un regalo de los dioses, como un número imposiblemente grande. Pero al verlos ahí reunidos en la planicie…

Incluso las poderosas aves podrían ser arrasadas en la marea de la batalla.

CAPÍTULO 20

—¿Conoces la historia de la reina que caminó entre mundos?

Sentada sobre la alfombra de musgo en el antiguo valle, jugando con las pequeñas flores blancas que había por todas partes, Aelin negó con la cabeza.

En los robles enormes que formaban un enramado sobre el claro, las estrellas titilaban y brillaban, como si estuvieran atrapadas entre las ramas mismas. Más allá, la luna llena había salido y bañaba el bosque con una luz tan brillante que todo se podía ver claramente. A su alrededor, flotaba una suave canción que dispersaba su melodía en el cálido aire del verano.

—Es una historia triste —le dijo su tía.

Una de las comisuras de su boca pintada de rojo se movió hacia arriba. La mujer se recargó en su silla labrada en una roca de granito. Era su sitio usual, cuando tenían estas lecciones, estas pláticas largas y apacibles que se alargaban en las noches frescas del verano.

—Y es una historia antigua.

Aelin arqueó la ceja.

—¿No estoy ya un poco grande para cuentos de hadas antiguos?

Acababa de celebrar su cumpleaños número veinte hacía tres días, en otro valle no muy alejado de éste. Había asistido la mitad de Doranelle, o eso parecía. Sin embargo, su pareja había logrado escabullirse con ella un rato de la celebración. Llegaron a un estanque escondido en el corazón del bosque. Ella todavía sentía cómo se sonrojaba al recordar ese baño bajo la luz de la luna, lo que Rowan la había hecho sentir, cómo la había idolatrado en las aguas entibiadas por el sol.

Pareja. Esa palabra seguía siendo una sorpresa. Al igual que llegar a este lugar al final de la primavera y verlo junto al trono de su tía y simplemente saber. Y en los meses que siguieron a ese momento, su cortejo… Aelin se sonrojó en realidad al pensarlo. Lo que habían hecho en ese estanque del bosque había sido la culminación de esos meses. Y una liberación. Las marcas de pareja en su cuello, y en el de Rowan, lo demostraban. No regresaría sola a Terrasen cuando llegara el otoño.

—Nadie es demasiado viejo para las historias antiguas de hadas —le respondió su tía y su ligera sonrisa se hizo más grande—. Y como tú eres parte hada, creo que podrías estar interesada.

Aelin sonrió también e inclinó la cabeza.

—Es verdad, tía.

Tía no era precisamente la palabra correcta, ya que las separaban muchas generaciones y milenios, pero era la palabra que la reina le había sugerido a Aelin que usara.

Maeve se acomodó mejor en su asiento.

—Hace muchos años, cuando el mundo era nuevo, cuando no había reinos humanos, cuando las guerras aún no mancillaban la tierra, nació una joven reina.

Aelin cruzó las piernas y ladeó la cabeza.

—No sabía que era una reina. Entre su gente, el poder no se heredaba sino simplemente se nacía con él. Y conforme fue creciendo, su fuerza creció con ella. Se dio cuenta de que la tierra en la que vivía era demasiado pequeña para ese poder. Demasiado oscura y fría y triste. Ella tenía dones similares a los que poseían los de su especie, pero también había recibido más. Su poder era un arma más afilada, más intrincada… suficiente para hacer que ella fuera distinta. Su gente vio ese poder y se inclinó ante él, y ella los gobernó.

»Se corrió la voz sobre sus dones y tres reyes llegaron para pedir su mano. Para formar una alianza entre su trono y el que ella había construido para ella misma, aunque fuera pequeño. Por un tiempo, pensó que eso sería la novedad, el desafío que siempre había deseado. Los tres reyes eran hermanos, cada uno con su propio poder, vasto y aterrador. Ella eligió al mayor de ellos, no porque tuviera alguna habilidad o talento en especial, sino por sus incontables bibliotecas. Lo que ella podría aprender en sus tierras, lo que podría hacer con su poder… El conocimiento era lo que ansiaba tener, no al rey en sí.

Era una historia extraña. Aelin arqueó las cejas pero su tía continuó.

—Así que se casaron y ella dejó su pequeño territorio para reunirse con él en su castillo. Durante un tiempo, estuvo satisfecha, tanto con su esposo como con el conocimiento que su hogar le proporcionaba. Él y sus dos hermanos eran conquistadores y pasaban mucho tiempo fuera en busca de nuevos territorios que unir a sus tronos compartidos. A ella no le importaba porque le daba libertad de aprender a su antojo. Pero las bibliotecas de su esposo contenían conocimientos que ni siquiera él sabía que existían. Leyendas y sabiduría de mundos que tenían mucho tiempo de haber quedado reducidos a polvo. Ella aprendió que en verdad había otros mundos. No sólo el reino oscuro y gris en el que vivían, sino mundos más allá, unos encima de otros sin darse cuenta de la existencia de los demás. Mundos donde el sol no era un

débil rayo acuoso que pasaba entre nubes cenizas, sino un arroyo dorado de calidez. Mundos donde existía el verde. Ella nunca había oído hablar de ese color. Verde. Tampoco había oído del azul, no de ese tono que describía el cielo. No podía siquiera imaginarlo.

Aelin arrugó el entrecejo.

—Qué existencia tan miserable.

Maeve asintió con seriedad.

—Lo era. Y mientras leía más y más sobre estos otros mundos, que alguna vez habían recorrido viajeros muertos mucho tiempo atrás, más ganas le daban de conocerlos. De sentir el beso del sol en su cara. De escuchar el canto matutino de los gorriones, el grito de las gaviotas volando sobre el mar. El mar… eso también le era desconocido. Una extensión infinita de agua, con sus propios humores y profundidades ocultas. Lo único que tenían en sus tierras eran lagos turbios poco profundos y ríos semisecos. Así que mientras su esposo y sus dos hermanos peleaban en otra de sus guerras, ella empezó a pensar cómo podría encontrar una manera de llegar a uno de esos mundos. Cómo podría marcharse.

—¿Eso siquiera es posible?

Algo le empezó a inquietar, como si pudiera de verdad ser cierto, pero tal vez era una de las historias de su madre, o tal vez de Marion, que se agitaban en sus recuerdos.

Maeve asintió.

—Lo era. Usando el lenguaje mismo de la existencia en sí, las puertas podían abrirse, aunque fuera brevemente, entre los mundos. Estaba prohibido, iba contra las leyes desde mucho antes de que nacieran su esposo y sus hermanos. Cuando murió el último de los antiguos viajeros, los senderos entre los reinos se sellaron y desaparecieron junto con ellos sus métodos para recorrer diferentes mundos. O eso era lo que todos pensaban. Pero en las profundidades de la biblioteca privada de su esposo, encontró los antiguos hechizos. Empezó con pequeños experimentos. Primero, abrió una puerta al reino del descanso, para encontrar a una de esas viajeras y preguntarle cómo se debía hacer correctamente —una sonrisa de complicidad—. La viajera se negó a decirle. Así que la reina empezó a aprender por su cuenta. Abría y cerraba puertas olvidadas o selladas hacía mucho tiempo. Se asomaba al funcionamiento interno del cosmos. Su propio mundo se convirtió en una jaula. Se cansó de las guerras de su esposo, de su crueldad desenfadada. Y cuando volvió a irse a la guerra, la reina reunió a sus doncellas más cercanas, abrió una puerta al nuevo mundo y dejó el mundo en el cual había nacido.

—¿Se fue? —dijo Aelin sorprendida—. ¿Simplemente… dejó su propio mundo? ¿Para siempre?

—En realidad nunca había sido su mundo. Ella había nacido para gobernar

otros.

—¿A dónde se fue?

La sonrisa se hizo un poco más amplia.

—A un mundo hermoso. Donde no había guerra, no había oscuridad. No era como el mundo en el que ella había nacido. Ahí también fue coronada como reina. Pudo ocultarse en un cuerpo nuevo para que nadie supiera lo que había debajo, para que ni siquiera su propio esposo la reconociera.

—¿La volvió a encontrar alguna vez?

—No, pero sí la buscó. Averiguó todo lo que ella había aprendido y lo aprendió también. Y se lo enseñó a sus hermanos. Deshicieron mundo tras mundo para intentar encontrarla. Y cuando llegaron al mundo donde ella había hecho su nuevo hogar, no la reconocieron. Se enfrascaron en una guerra y ella continuó sin revelar su identidad. Ganó la guerra y dos de los reyes, incluido su esposo, fueron desterrados de vuelta a su propio mundo. El tercero quedó atrapado, su poder casi terminado. Logró arrastrarse hacia las profundidades de la tierra y la reina victoriosa pasó su existencia larga, larga, preparándose para su regreso, preparando a su gente para su regreso. Porque los tres reyes habían recurrido a algo más aparte de sus métodos para recorrer mundos. Habían encontrado la manera de abrir una puerta permanente entre los mundos y forjaron tres llaves con este propósito. Usar esas llaves les daría el control de todos los mundos, tendrían el poder de la eternidad en las palmas de sus manos. Ella quería encontrarlas, sólo para tener la fuerza de destruir a cualquier enemigo, de mandar al hermano menor de su esposo de regreso a su reino. Para proteger su nuevo mundo hermoso. Era todo lo que ella siempre había querido: vivir en paz, sin que la amenazara la sombra de su pasado.

Desde lejos, ese fantasma de la memoria volvió a empujar. Como si hubiera olvidado apagar una flama que había dejado encendida en su recámara.

—¿Y la reina encontró las llaves?

La sonrisa de Maeve se volvió triste.

—¿Crees que lo hizo, Aelin?

Aelin lo pensó. Muchas de sus pláticas, de sus lecciones en este valle, tenían acertijos más profundos, preguntas sobre las que ella debía reflexionar, para ayudarle cuando algún día ocupara su trono con Rowan a su lado.

Como si lo hubiera llamado, el olor a pino y nieve de su pareja llenó el claro. Un sonido de alas y ahí estaba, parado en su forma de halcón en uno de los enormes robles. Su príncipe guerrero.

Ella le sonrió, como lo había hecho ya durante varias semanas cuando llegaba para acompañarla de regreso a sus habitaciones en el palacio del río. En esas

caminatas desde el bosque hasta la ciudad cubierta de niebla ella lo llegó a conocer, a amar. Más de lo que había amado nada antes.

Aelin volvió a mirar a su tía.

—La reina era inteligente además de ambiciosa. Creo que podría hacer cualquier cosa, incluso encontrar las llaves.

—Eso sería lo lógico. Pero las llaves se le seguían escapando.

—¿Dónde estaban?

La mirada oscura de Maeve se fijó en la de ella con intensidad.

—¿Dónde crees que estaban?

Aelin abrió la boca.

—Creo…

Parpadeó. Hizo una pausa.

La sonrisa de Maeve regresó, suave y amable. Como había sido su tía con ella desde el inicio.

—¿Dónde crees que están las llaves, Aelin?

Ella volvió a abrir la boca. Y de nuevo se detuvo.

Como si una cadena invisible la jalara. La silenciara.

Cadena… una cadena. Miró sus manos, sus muñecas. Como si esperara verla ahí.

Nunca había sentido el dolor de los grilletes en su vida. Pero se quedó viendo el sitio vacío en su muñeca donde podría jurar que había una cicatriz. Pero sólo había piel suave y dorada por el sol.

—Si este mundo estuviera en riesgo, si esos reyes terribles amenazaran con destruirlo, ¿a dónde irías a buscar las llaves?

Aelin levantó la vista hacia su tía.

Otro mundo. Existía otro mundo. Como el fragmento de un sueño, había otro mundo, y en él, ella tenía una muñeca con una cicatriz. Tenía cicatrices por todas partes.

Y su pareja, parado en el roble sobre sus cabezas… Él tenía un tatuaje en su cara y cuello y brazo en ese mundo. Era una historia triste… su tatuaje contaba una historia triste y terrible. Sobre la pérdida. Sobre la pérdida provocada por una reina oscura…

—¿Dónde están escondidas las llaves, Aelin?

La sonrisa plácida y amorosa seguía en el rostro de Maeve. Y sin embargo…

Y sin embargo.

—No —exhaló Aelin.

Algo se removió en las profundidades de la mirada de su tía.

—¿No qué?

Ésta no era su existencia, su vida. Este sitio, estos meses de dicha y aprendizaje en Doranelle, encontrar a su pareja…

Sangre y arena y olas que chocaban.

—No.

Su voz retumbó como un trueno por todo el valle apacible.

Aelin mostró los dientes y apretó las manos en el musgo.

Maeve rio suavemente. Rowan voló desde las ramas y aterrizó en el brazo levantado de la reina.

No se resistió cuando ella envolvió sus delgadas manos blancas alrededor de su cuello. Y se lo rompió.

Aelin gritó. Gritó y se llevó las manos al pecho, al vínculo de pareja que se estaba desgarrando…

Aelin se arqueó en el altar y todas las partes rotas y desgarradas de su cuerpo gritaron junto con ella.

Sobre ella, Maeve sonreía.

—Te gustó esa visión, ¿verdad?

No era real. Eso no había sido real. Rowan estaba vivo, estaba vivo…

Trató de mover el brazo. Sintió un relámpago al rojo vivo azotarla y volvió a gritar.

Sólo pudo producir un gruñido rasposo. Rota, igual que estaba ahora su brazo…

Estaba ahora…

El hueso brillaba, apuntando hacia arriba en más sitios de los que podía

contar. Sangre y piel retorcida y…

No había cicatrices de los grilletes, ni siquiera en este desastre.

En este mundo, en este sitio, ella tampoco tenía cicatrices.

Otra ilusión, otro paisaje de sueños creado por la reina…

Volvió a gritar. Gritó al ver su brazo arruinado, la piel sin cicatrices, el eco que permanecía del vínculo de pareja cercenado.

—¿Sabes qué es lo que más me duele, Aelin? —las palabras de Maeve eran suaves como las de una amante—. Es que en verdad tú piensas que yo soy la villana en todo esto.

Aelin sollozó entre dientes e intentó sin éxito mover el brazo. Ambos brazos. Miró el lugar, esta habitación real-pero-no.

Habían reparado la caja. Habían soldado una plancha de hierro nueva sobre la tapa. Y sobre los lados. Y el fondo. Entraba menos aire y las horas o días que pasara ahora dentro los pasaría en un calor casi sofocante. Había sido un alivio cuando finalmente la encadenaron al altar.

Cuando sea que eso hubiera ocurrido. Si es que siquiera había ocurrido.

—No dudo que tu pareja o Elena o incluso el mismo Brannon te hayan llenado la cabeza de mentiras sobre lo que haría con las llaves —dijo Maeve y recorrió el borde de roca del altar con la mano, justo por encima de su sangre salpicada y las astillas de hueso—. Lo que dije fue verdad. Me gusta este mundo. No deseo destruirlo. Sólo mejorarlo. Imagina un reino donde no haya hambre, no haya dolor. ¿No es eso por lo que están peleando tú y tus amigos? ¿Un mundo mejor?

Las palabras eran una burla. Una burla de lo que ella le había prometido a tantos. Lo que le había prometido, y aún le debía, a Terrasen.

Aelin intentó no jalar las cadenas, no mover sus brazos rotos, no moverse contra la presión que empujaba su piel desde dentro. Una intensidad creciente en sus huesos, en su mente. Un poco más, cada día.

Maeve suspiró con pesadez.

—Sé lo que piensas de mí, Portadora de Fuego. Lo que supones. Pero hay algunas verdades que no se pueden compartir. Ni siquiera por las llaves.

Pero la creciente presión que tronaba en su interior, que ahogaba el dolor… tal vez era peor.

Maeve le puso la mano sobre la mejilla de la máscara.

—La Reina Prometida. Yo quiero salvarte de ese sacrificio que ofreció una

muchacha necia —una risa suave—. Incluso te dejaré quedarte con Rowan. Los dos aquí, juntos. Mientras tú y yo trabajamos para salvar el mundo.

Sus palabras eran mentiras. Ella lo sabía aunque no podía recordar bien dónde terminaba una verdad y empezaba la mentira. Si su pareja había pertenecido a otra antes que a ella. Si había sido entregado. ¿O eso había sido una pesadilla?

Dioses, la presión que sentía en su cuerpo. En su sangre.

No te doblegarás.

—Puedes sentirlo ya —continuó Maeve—. El deseo de tu cuerpo de decir que sí —Aelin abrió los ojos y la confusión en su mirada debía ser obvia porque Maeve sonrió—. ¿Sabes lo que le hace a alguien con magia estar encerrado en hierro? No lo sentirías de inmediato, pero conforme pasa el tiempo… Tu magia necesita liberarse, Aelin. Esa presión que sientes es tu magia gritando que quiere liberarse de estas cadenas y liberar la presión. Tu misma sangre te está diciendo que me obedezcas.

Era cierto. No la parte sobre la sumisión, sino la parte sobre la presión creciente que sería peor que cualquier dolor provocado por el agotamiento de su magia. Lo había sentido una vez, cuando se había sumergido lo más profundo de su poder.

Eso no sería nada comparado con esto.

—Me iré por unos días —dijo Maeve.

Aelin se quedó quieta.

Maeve negó con la cabeza fingiendo decepción con un gesto irónico.

—No estás progresando tan rápido como deseaba, Aelin.

Del otro lado de la habitación, Fenrys gruñó como advertencia. Maeve ni siquiera lo volteó a ver.

—Me han dicho que nuestro enemigo mutuo ha sido visto de nuevo en estas costas. Uno de ellos, un príncipe Valg, fue capturado a unos días de aquí, cerca de la frontera sur. Traía varios collares, sin duda para usarlos en mi propia gente. Tal vez incluso en mí.

No. No…

Maeve pasó la mano por el cuello de Aelin, como si estuviera trazando el sitio donde iría el collar.

—Así que iré en persona a conseguir ese collar, para ver lo que el subalterno de Erawan tiene que decir. En la primera guerra hice pedazos a príncipes del Valg —dijo en voz baja—. Deberá ser más o menos sencillo, supongo, hacerlos

doblegarse ante mi voluntad. Bueno, doblegar a uno a mi voluntad y quitarle el control a Erawan cuando te ponga su collar al cuello.

No.

La palabra era un canto repetitivo, un grito creciente en su interior.

—No sé por qué no se me había ocurrido antes —pensó Maeve en voz alta.

No.

Maeve tocó con fuerza la muñeca destrozada de Aelin y ella ahogó su grito.

—Piénsalo. Y, a mi regreso, volveremos a discutir mi propuesta. Tal vez esa presión creciente te haga ver las cosas con mayor claridad también.

Un collar. Maeve iba a ir por un collar de piedra del Wyrd…

Maeve se dio la media vuelta y su vestido negro onduló junto con ella. Pasó por la entrada y su búho voló desde su percha sobre la puerta abierta para aterrizar en su hombro.

—Estoy segura de que Cairn encontrará maneras de mantenerte entretenida mientras no estoy.

Aelin no supo cuánto tiempo estuvo en el altar después de que las sanadoras entraron con su humo dulzón. Le volvieron a poner los guanteletes de metal.

Con cada hora que pasaba, sentía el aumento de la presión bajo su piel. Inclusive en ese sueño pesado de la droga. Como si una vez habiéndola reconocido, no pudiera ignorarla. Ni contenerla.

Sería el menor de sus problemas si Maeve le ponía un collar alrededor del cuello.

Fenrys estaba sentado junto a la pared. Sus ojos brillaban con preocupación. Parpadeó: ¿Estás bien?

Ella parpadeó dos veces. No.

No, no estaba nada bien. Maeve había estado esperando que sucediera esto, esperando que la presión empezara porque sabía que sería peor que cualquier cosa que le pudiera hacer Cairn. Y con el collar que Maeve había ido a recoger en persona…

No podía permitirse siquiera contemplarlo. Una forma más horrible de esclavitud, una de la cual nunca podría escapar, donde nunca podría pelear. No era romper a la Portadora de Fuego sino borrarla.

Tomar todo lo que ella era, su poder y conocimiento, y arrancárselo. Tenerla atrapada en el interior mientras era testigo de su propia voz que revelaba la

ubicación de las llaves del Wyrd. Que hacía el juramento de sangre a Maeve. Que se sometía a ella por completo.

Fenrys parpadeó cuatro veces. Estoy aquí, estoy contigo.

Ella respondió lo mismo. Estoy aquí, estoy contigo.

Su magia se elevó en busca de una salida y ocupó todos los espacios entre su aliento y sus huesos. No podía encontrar un lugar para ella, no podía hacer nada para calmarla.

No te doblegarás.

Se concentró en esas palabras. En la voz de su madre.

Tal vez la magia la devoraría desde adentro antes de que regresara Maeve.

Pero no sabía cómo lo soportaría. Soportar otros días de esto, ni siquiera la siguiente hora. Liberar esta tensión, aunque fuera un poco…

Apartó de su mente los pensamientos que empezaban a introducirse en ella. Los de ella o los de Maeve, no le importaba.

Fenrys volvió a parpadear el mismo mensaje, una y otra vez, Estoy aquí, estoy contigo.

Aelin cerró los ojos y rezó por perderse en el olvido.

—Levántate.

Una burla de las palabras que alguna vez había escuchado.

Cairn estaba parado frente a ella con una sonrisa que le retorcía la cara cruel. Y la luz salvaje de sus ojos…

Aelin se quedó quieta cuando él empezó a desabrochar las cadenas.

Entraron unos guardias. Fenrys gruñó.

La presión se revolvía bajo su piel, le golpeaba la cabeza como un martillo brutal. Peor que las herramientas de tortura que colgaban del costado de Cairn.

—Maeve quiere que te movamos —dijo. La luz febril en sus ojos aumentó cuando la levantó y la llevó a la caja. La dejó caer con tanta fuerza que las cadenas resonaron contra sus huesos, contra su cráneo. Le lloraron los ojos e intentó levantarse pero la tapa se cerró sobre ella de golpe.

La oscuridad, caliente y densa, se presionó contra ella. La sensación gemela a lo que crecía bajo su piel.

—Como Morath está llegando de nuevo a estas costas, quiere que te llevemos a un sitio más seguro hasta que ella regrese —canturreó Cairn del otro lado de la tapa. Se escuchó el gruñido de los guardias y la caja se elevó. El movimiento hizo que Aelin se mordiera el labio—. No me importa un carajo lo que te haga cuando te ponga ese collar de demonio al cuello. Pero hasta entonces… Eres toda para mí, ¿no? Un último rato de diversión para nosotros, hasta que te encuentres con un nuevo amigo en tu interior.

El temor se le acumuló en el estómago y apagó un poco la presión.

La llevarían a otro sitio… Alguna vez le había advertido algo sobre eso a una joven sanadora. Le había dicho que si su atacante intentaba moverla, casi sin duda la mataría, y que debería hacer un último esfuerzo antes de que lo lograra.

Y eso era sin la amenaza del collar de piedra del Wyrd, que se iba acercando más con cada día que pasaba.

Pero Cairn no la mataría, no, porque Maeve la necesitaba viva.

Aelin se concentró en su respiración. Adentro y afuera, afuera y adentro.

Eso no logró evitar que el miedo agudo y untuoso se apoderara de ella. No le ayudó a evitar temblar.

—Tú vendrás con nosotros, Fenrys —dijo Cairn con voz risueña. Aelin iba deslizándose contra el metal de la caja mientras avanzaban escaleras arriba —. No quisiera que te perdieras ni un instante de esto.

CAPÍTULO 21

Rowan conocía cada uno de los caminos, los más recorridos y los ocultos, que llevaban a Doranelle. Tanto el reino frondoso como la ciudad enorme que habían recibido ese nombre.

Gavriel y Lorcan también. Habían vendido sus caballos la noche anterior y dejaron que Elide regateara el precio. Los guerreros hada eran demasiado reconocibles y aunque ocultaran sus caras, la simple presencia de su poder sería notoria. Pocos ignorarían quiénes eran.

A diferencia de la frontera norte con Wendlyn, los caminos del sur hacia el reino no estaban vigilados por lobos salvajes. Pero de todas maneras tendrían que mantenerse ocultos, recorrer caminos semiolvidados en su avance hacia el norte.

Y cuando estuvieron a unos cuantos días de los límites exteriores de la ciudad, tendieron su trampa para Maeve.

Sabía qué era lo que la reina no resistiría y tendría que venir en persona a recoger: collares de piedra del Wyrd.

Aelin todavía no había sido acabada. Lo sabía, lo había sentido. Probablemente eso estaba enloqueciendo a Maeve. Así que la tentación de usar un collar de piedra del Wyrd, la arrogancia que él sabía poseía Maeve que le permitiría creerse capaz de controlar al demonio en el interior, arrebatárselo al mismo Erawan… eso sería una oportunidad demasiado grande para que la reina la pasara por alto.

Así que habían empezado a esparcir rumores. Elide empezó a hablar en tabernas y mercados, en los sitios donde Rowan sabía que estarían escuchando los espías de Maeve. Murmullos de una guarnición hada que había capturado a un príncipe del Valg… los collares extraños que encontraron con él. La ubicación: un puesto de avanzada a varias leguas de distancia. Los collares: disponibles para quien quisiera llevárselos.

No se molestó en pedirle a los dioses que Maeve cayera en su trampa. Que no enviara a uno de sus espías en su lugar para recoger los collares o para confirmar su existencia. Era una jugada arriesgada, pero era lo único que podían hacer.

Y mientras iban escalando por la pronunciada pendiente del lado sur de los

altozanos que les proporcionarían una vista de la ciudad envuelta por la noche al fin, el corazón de Rowan latía con fuerza en su pecho. Tal vez no tenían las habilidades de ocultarse que poseía Maeve, pero sin el juramento de sangre, podían permanecer sin ser detectados.

Aunque Maeve tenía ojos en todas partes, su red de poder se extendía ampliamente por estas tierras. Y por tantas otras.

Su respiración era dificultosa e iban subiendo un poco a rastras hacia la punta más alta de las colinas boscosas. Había otras maneras de entrar a la ciudad, sí, pero ninguna les proporcionaba una vista del terreno frente a ellos. Rowan no se había arriesgado a volar porque los vigilantes expertos sin duda estarían buscando un halcón de cola blanca, incluso durante la noche.

Sólo quedaban ya diez metros para llegar a la cima.

Rowan siguió subiendo y los demás iban detrás de él a poca distancia.

Ella estaba aquí. Había estado aquí todo el tiempo. Si hubieran venido directamente a Doranelle…

No se permitió considerarlo. No al llegar a la cima de la colina.

Bajo la luna de plata, la ciudad de rocas grises se veía bañada de blanco, envuelta en bruma proveniente de los ríos y cascadas que la rodeaban. Entre jadeos, Elide ahogó un grito.

—Yo… yo pensaba que iba a ser como Morath —admitió.

La ciudad serena estaba en el corazón de una cuenca fluvial. Las linternas seguían encendidas a pesar de la hora y él sabía que en algunas plazas habría música.

Su hogar. O el que lo había sido. ¿Sus ciudadanos seguían siendo su gente si él estaba casado con una reina extranjera? ¿Cuando había peleado y matado a tantos de ellos en las aguas de Eyllwe? No buscó las banderas negras de luto que seguramente estarían colgadas de muchas ventanas.

A su lado, sabía que Lorcan y Gavriel estaban evitando contarlas también. Durante siglos, habían conocido a esta gente, habían vivido entre ellos. Los habían llamado amigos.

¿Pero había quien estuviera consciente de quién estaba presa entre ellos? ¿Habían escuchado sus gritos?

—Ése es el palacio —le dijo Gavriel a Elide y señaló hacia el conjunto de domos y edificios elegantes en el borde oriental, justo a lo largo de la caída de la impresionante catarata.

Ninguno dijo nada mientras miraban con atención el edificio rodeado de columnas donde estaban las habitaciones privadas de la reina. Y las que

habían sido de ellos. No había luces encendidas en el interior.

—Eso no confirma nada —dijo Lorcan—. No nos dice si Maeve se fue ni si Aelin sigue ahí.

Rowan escuchó el viento, lo olió, pero no sintió nada.

—La única manera de confirmarlo es entrando a la ciudad.

—¿Esos dos puentes son la única manera de entrar? —dijo Elide con el ceño fruncido hacia los puentes gemelos de roca en los costados sur y norte de Doranelle. Ambos estaban abiertos y ambos eran visibles a kilómetros a la redonda.

—Sí —respondió Lorcan con la voz tensa.

El río era demasiado ancho, demasiado caudaloso, para nadar en él. Y si existían otras maneras de entrar, Rowan no las conocía.

—Deberíamos hacer un recorrido de toda la cuenca —dijo Lorcan mientras estudiaba la ciudad en el corazón del valle. Al norte, las colinas boscosas se derramaban hacia el muro gigante de las montañas Cambrian. Al oeste, la planicie se extendía en sus tierras de cultivo, interminables y abiertas, hasta el mar. Y al este, más allá de la cascada, los pastizales terminaban en los antiguos bosques con las montañas más allá.

Sus montañas. El sitio que alguna vez había llamado su hogar, donde estuvo esa casa de montaña que había sido quemada. Donde había enterrado a Lyria y donde, de igual forma, había anticipado algún día ser enterrado en su último descanso.

—Necesitamos también una estrategia de salida —dijo Rowan aunque ya lo había estado pensando. Dónde huir después. Maeve enviaría a sus mejores cazadores para encontrarlos.

Ese grupo alguna vez lo había incluido a él. Lo habían enviado a rastrear y eliminar a las hadas que se habían vuelto demasiado monstruosas para que Maeve las tolerara, hadas que habían actuado por su cuenta y que ya no tenían derecho a existir. Él había entrenado a los cazadores que Maeve ahora enviaría. Les había enseñado los caminos ocultos, los lugares donde las hadas preferían ocultarse.

Nunca consideró que tal vez algún día eso se podría utilizar en su contra.

—Tomará un día —dijo Lorcan.

Rowan lo miró con frialdad.

—Un día es más de lo que podemos darnos el lujo de tardarnos.

Aelin estaba allá abajo. En esa ciudad. Lo sabía, lo podía sentir. Había estado

sumergiéndose en su poder los últimos dos días, preparándose para la matanza que provocaría, la huida que tendrían que emprender. La tensión de controlar ese poder tiró de él, jaló el control que le quedaba todavía.

Lorcan dijo:

—Si no hacemos el plan con cuidado, pagaremos el precio de nuestra prisa. Tu pareja también lo pagará.

El control de su excomandante también estaba al límite. Incluso Gavriel, que era tranquilo y estable por naturaleza, estaba caminando ansioso. Todos habían estado sumergiéndose en su poder y reuniendo todo lo que podían.

Pero Lorcan tenía razón. Rowan le hubiera dicho lo mismo si los papeles hubieran estado invertidos.

Gavriel señaló a una saliente rocosa en la colina frente a ellos.

—Ese lugar está oculto. Podemos acampar ahí esta noche y hacer nuestras evaluaciones en la mañana. Descansar un poco.

La idea era aberrante. Dormir mientras Aelin estaba a sólo unos kilómetros de distancia.

Intentó afinar sus oídos, como si pudiera detectar sus gritos en el viento. Pero Rowan simplemente dijo:

—Está bien.

No necesitaba declarar que no podían arriesgarse a hacer una fogata. El aire estaba frío pero no tan helado como para que no sobrevivieran.

Rowan bajó por la colina y le ofreció la mano a Elide para ayudarle a bajar por la rocosa y peligrosa pendiente. Ella le tomó la mano con dedos temblorosos.

Seguía sin amedrentarse por haberlos acompañado, por hacer todas estas cosas.

Rowan encontró otro sitio donde apoyar el pie antes de voltear para ayudarle.

—No necesitas entrar a la ciudad. Podemos decidir la ruta de escape y tú puedes reunirte con nosotros allá.

Como Elide no respondió, Rowan volteó a verla.

No tenía la mirada en él. Sino en la ciudad frente a ella.

Tenía los ojos abiertos como platos por el terror. Su olor se cubrió de ese aroma.

Lorcan llegó en un instante y le puso la mano en el hombro.

—¿Qué…?

Rowan volteó a ver la ciudad. La cima de la colina era una frontera.

No de los límites de la ciudad sino de una ilusión. Una ilusión hermosa e idílica para quienes estuvieran explorando los bordes de la ciudad para elaborar sus informes. Porque la realidad era que lo que estaba rodeando a la ciudad por todos los lados, incluso en la planicie al este…

Un ejército. Un gran ejército estaba acampando ahí.

—Llamó a la mayoría de sus fuerzas —exhaló Gavriel. El viento le azotaba el cabello en la cara.

Rowan contó las fogatas que cubrían el territorio oscuro como una manta de estrellas. Nunca había visto a un ejército de hadas más grande. Los que él y su grupo habían conducido a la guerra no se acercaban siquiera.

Aelin podría estar en cualquier lugar de esa fuerza. En los campamentos o en la ciudad en sí.

Tendrían que ser inteligentes. Astutos. Y si Maeve no había caído en la trampa que le habían tendido…

—¿Trajo al ejército para mantenernos fuera? —preguntó Elide.

Lorcan miró a Rowan y sus ojos oscuros se llenaron de un gesto de advertencia.

—O para mantener a Aelin dentro.

Rowan estudió el campamento del ejército. ¿Qué opinarían de este ejército los habitantes de Doranelle, que rara vez veían fuerzas armadas más allá de los guerreros que a veces patrullaban la ciudad?

—Tenemos aliados en la ciudad —intervino Gavriel—. Podríamos intentar hacer contacto. Averiguar dónde está Maeve, para qué está reunido este ejército aquí. Si ha habido mención de Aelin.

El tío de Rowan, Ellys, el líder de su Casa, había permanecido aquí cuando zarpó la flota de Maeve. Un hombre duro, inteligente, pero leal. Había entrenado a Enda a su imagen, para convertirlo en un cortesano de mente ágil. Pero también había entrenado a Rowan cuando había tenido oportunidad y le dio algunas de sus primeras lecciones de manejo de la espada. Rowan había crecido en la casa de su tío y había sido el único hogar que conoció hasta que encontró esa montaña. ¿Pero la lealtad de Ellys se inclinaría hacia Maeve o hacia su sangre, en especial tras la traición de la casa de Whitethorn en Eyllwe?

Era posible que su tío ya estuviera muerto. Maeve podría haberlo castigado a nombre de todos los primos a quienes Rowan les había pedido ayuda. O Ellys,

en un intento por congraciarse con Maeve después de la traición, podría delatarlos antes de que ellos encontraran a Aelin.

Y en lo que respectaba a los demás, los pocos aliados que podrían tener…

—Maeve es capaz de introducirse en la mente de una persona —dijo Rowan—. Probablemente sabe quiénes son nuestros aliados y es posible que ya estén comprometidos —apoyó la mano en la empuñadura de Goldryn y sintió el metal cálido como algo reconfortante—. No nos arriesgaremos.

Lorcan gruñó para indicar que estaba de acuerdo.

Elide dijo:

—Maeve no me conoce a mí, o apenas me conoce. Nadie me reconocería, en especial si puedo… ajustar mi aspecto. Como lo hice cuando empecé a esparcir esas mentiras sobre el príncipe del Valg. Podría intentar entrar a la ciudad mañana y averiguar lo que se pueda.

—No.

La respuesta de Lorcan fue como un cuchillo en la oscuridad.

Elide, fría e impasible, le dijo:

—Tú no eres mi comandante. Tú no eres miembro de mi corte.

Volteó a ver a Rowan. Pero él sí.

Él tenía un rango superior al de ella. Rowan intentó no retroceder ante esas palabras. Aelin le había asignado esto.

Lorcan siseó:

—Ella no conoce la distribución de la ciudad, no sabe cómo manejar a los guardias…

—Entonces le enseñaremos —interrumpió Gavriel—. Esta noche. Le enseñaremos lo que sepamos.

Lorcan enseñó los dientes.

—Si Maeve está en Doranelle, la va a encontrar.

—No lo hará —dijo Elide.

—Te encontró en esa playa —le respondió Lorcan con tono golpeado.

Elide levantó la barbilla.

—Voy a ir a esa ciudad mañana.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Preguntar si han visto a Aelin Galathynius paseándose por la ciudad? ¿Preguntar si Maeve está disponible para tomar el té? —gruñó Lorcan y el sonido reverberó por el aire.

Elide no se retractó ni por un segundo.

—Voy a preguntar por Cairn.

Todos se quedaron inmóviles. Rowan ni siquiera estaba seguro de haber oído bien.

Elide los miró lenta y cuidadosamente.

—Sin duda una joven mortal puede preguntar sobre el hada que la abandonó.

Lorcan se puso tan pálido como la luna que estaba sobre sus cabezas.

—Elide —dijo. Como ella no respondió, Lorcan se dirigió a Rowan—. Exploraremos, hay otra manera de…

Elide se limitó a decirle a Rowan:

—Si encontramos a Cairn, encontramos a Aelin. Y podremos averiguar si Maeve sigue aquí.

El miedo ya no estaba visible en la mirada de Elide. No quedaba ni un rastro de él en su olor.

Así que Rowan asintió aunque Lorcan se puso tenso.

—Buena cacería, lady.

CAPÍTULO 22

Las planicies nevadas de Terrasen se extendían hacia el sur, justo hasta el punto donde empezaban las colinas que se extendían hasta el horizonte.

Ese verano, Lysandra había cruzado esas colinas con sus compañeros, con su reina. Había visto a Aelin subir a una colina y luego caminar hasta la roca de granito tallada que salía de su cima. El marcador de la frontera entre Adarlan y Terrasen. Su amiga había dado un paso más allá de la roca y había regresado a casa.

Tal vez eso la convertía en una tonta, pero Lysandra no se había percatado entonces de que la siguiente vez que viera esas colinas, vistiendo las plumas de un ave, sería durante la guerra.

O que sería como una exploradora para un ejército de miles de soldados que iba avanzando muy por detrás de ella. Había dejado que Aedion pensara cómo explicar la súbita desaparición de Aelin cuando salió esa mañana a explorar. Para averiguar dónde podrían al fin interceptar a las legiones de Morath, y para darle al general una idea del terreno por delante. Los exploradores hada en sus propias formas de aves habían volado hacia el este y el oeste para ver qué más podrían averiguar también.

Sus alas plateadas de halcón domaron el viento helado y la elevaron con una velocidad que generó relámpagos líquidos en su corazón. Después de la forma de leopardo de las nieves, ésta se había convertido en su favorita. Rápido, brillante, feroz... este cuerpo había sido hecho para cabalgar el viento, para perseguir a sus presas.

La nieve había cesado pero el cielo permanecía gris, sin un asomo de sol para calentarlos. El frío era una preocupación secundaria que se volvía tolerable gracias a sus capas de plumas.

Voló y voló a lo largo de kilómetros, estudiando los terrenos vacíos. Poblados que habían cruzado en el verano y que ahora estaban desolados porque sus habitantes habían huido al norte. Rezó por que hubieran encontrado un refugio seguro antes de las nevadas, por que los que usaban la magia en esos pueblos se alejaran lo más posible de las redes de Morath. Había una chica en uno de esos pueblos bendecida con un don de agua muy poderoso. ¿Ella y su familia habrían sido recibidas tras los gruesos muros de Orynth?

Lysandra aprovechó una corriente ascendente y subió aún más. El horizonte

reveló más información. La primera de las colinas pasó debajo de ella, bordes de luz y sombra bajo el cielo nublado. Pasar al ejército por encima de estas colinas no sería sencillo, pero el Flagelo había peleado cerca de aquí antes. Sin duda conocían el camino para atravesar este lugar a pesar de la nieve que se amontonaba muy alto en las hondonadas.

El viento aullaba y soplaba en dirección al norte. Como si estuviera intentando evitar que ella volara al sur. Rogándole que no siguiera.

Aparecieron colinas coronadas con rocas: las antiguas marcas de la frontera. La cruzó a toda velocidad. Le quedaban unas cuantas horas antes de que oscureciera. Volaría hasta que la noche y el frío se lo impidieran y encontraría un árbol donde refugiarse hasta poder retomar su exploración al amanecer.

Voló más al sur, el horizonte sombrío y vacío.

Hasta que no lo fue.

Hasta que vio lo que venía marchando hacia ellos y casi cayó del cielo.

Ren le había enseñado cómo contar soldados, pero perdía la cuenta cada vez que intentaba determinar un número en las filas ordenadas que avanzaban por las planicies del norte de Adarlan. Justo hacia las colinas que abarcaban ambos territorios.

Miles. Cinco, diez, quince mil. Más.

Una y otra vez, se confundía al contar. Veinte, treinta.

Lysandra subió más en el cielo. Más porque ilken alados iban volando con ellos y pasaban volando bajo sobre las tropas de armadura negra, monitoreando todo lo que sucedía.

Cuarenta. Cincuenta.

Cincuenta mil soldados supervisados por ilken.

Y, entre ellos, a caballo, iban cabalgando jóvenes de rostros hermosos. Con collares negros en la garganta, encima de sus armaduras.

Príncipes del Valg. Cinco en total, cada uno al mando de una legión.

Lysandra volvió a contar las fuerzas. Tres veces.

Cincuenta mil soldados. Contra los veinticinco mil que ellos habían reunido.

Uno de los ilken la vio y voló hacia arriba.

Lysandra dio una vuelta pronunciada y regresó hacia el norte batiendo las alas lo más rápido que pudo.

Los dos ejércitos se reunieron en los campos nevados del sur de Terrasen.

El príncipe general de Terrasen les había ordenado esperar en vez de apresurarse a encontrar a las legiones de Morath. Dejar que los soldados de Erawan se agotaran en las colinas y enviar una fuerza de avanzada de Asesinos Silenciosos para ir deshaciéndose de los soldados que se esforzaban por cruzar los montículos y hondonadas.

Sólo algunos de los asesinos regresaron.

El poder oscuro de los príncipes del Valg iba barriendo al frente, devorando todo a su paso.

Y, sin embargo, la Portadora de Fuego no convirtió al Valg en cenizas. No hizo nada salvo avanzar al lado de su primo.

Los ilken descendieron sobre el campamento en la noche y desataron el caos y el terror. Desgarraron los cuerpos de los soldados con sus garras venenosas antes de escapar de regreso por los cielos.

Tiraron las antiguas rocas de la frontera de sus colinas cubiertas de pastos al entrar a Terrasen.

Apenas un poco cansados, sin que les afectara la nieve y casi sin haber reducido sus números, el ejército de Morath salió de las últimas colinas.

Se apresuraron a bajar por las laderas, una ola negra que rompía sobre la tierra. Justo hacia las lanzas y escudos del Flagelo. La magia de los soldados hada mantenía controlado el poder de los príncipes del Valg.

Pero no podía contra los ilken. La atravesaron como si fueran telas de araña en una puerta. Algunos escupían su veneno para derretir la magia.

Luego los ilken habían aterrizado, o habían destrozado sus defensas por completo. E incluso una metamorfa en la forma de un guiverno armado con espinas venenosas no pudo derribarlos a todos.

Ni siquiera el príncipe general con su espada antigua e instintos de hada pudo cortar sus cuellos a la velocidad necesaria.

En el caos, nadie notó que la Portadora de Fuego no apareció. Que ni siquiera una chispa de su flama había brillado entre los alaridos de la noche.

Luego los alcanzaron los soldados de a pie.

Y ese ejército que habían reunido de varios lugares empezó a desgarrarse.

Primero se rompió el flanco derecho. Un príncipe del Valg desató su poder y dejó hombres muertos tirados a su paso. Fue necesario que Ilias de los Asesinos Silenciosos se escabullera detrás de las líneas enemigas y lo decapitara para que la matanza se detuviera un poco.

Las líneas centrales del Flagelo se mantuvieron pero perdieron metro tras metro frente a las garras y colmillos y espadas y escudos. Eran tantos enemigos que la realeza hada y sus familias no pudieron sacar el aire de sus gargantas tan rápido como era necesario, tan lejos como era necesario. Todos los avances que lograban con la magia de las hadas no servían para detener a Morath por mucho tiempo.

Las bestias de Morath los empujaron hacia el norte ese primer día. Y durante la noche.

Y al amanecer del día siguiente.

Para cuando anocheció el segundo día, las filas del Flagelo ya habían cedido.

Y Morath no dejaba de avanzar.

CAPÍTULO 23

Elide nunca había visto un lugar como Doranelle.

La Ciudad de los Ríos, la llamaban. Nunca se había imaginado que una ciudad se podría construir en la confluencia de varios, donde caían a una cuenca enorme.

No permitió que el asombro se le notara en la cara mientras caminaba por las calles sinuosas y pulcras.

El miedo era otro compañero que debía mantener bajo control. Con el sentido del olfato de las hadas, podían detectar cosas como las emociones. Y aunque una buena dosis de miedo la ayudaría a mantenerse oculta, demasiado podría ser su perdición.

Pero este sitio parecía un paraíso. Las flores rosadas y azules colgaban desde los balcones; había pequeños canales que se metían por algunas calles y transportaban a la gente en barcos brillantes y largos.

Nunca había visto a tantas hadas, nunca había pensado que serían completamente normales. Bueno, tan normales como era posible, con su gracia y esas orejas y colmillos. Junto con los animales que pasaban a su lado, o volaban, en tantas formas diferentes que no podía llevar la cuenta. Todos perfectamente contentos de ir por sus vidas, comprando de todo, desde hogazas de pan y jarras de una especie de aceite hasta trozos de tela de colores vibrantes.

Y por encima de todo, en el palacio al lado este de Doranelle, estaba Maeve. Y esta ciudad, le había dicho Rowan a Elide, había sido construida de roca para evitar que Brannon o sus descendientes pudieran arrasarla con fuego.

Elide luchó para controlar el cojeo que iba aumentando con cada paso que daba hacia el interior de la ciudad y que la iba alejando de la magia de Gavriel. Los había dejado en las colinas boscosas donde acamparon la noche previa, y Lorcan nuevamente intentó convencerla de no ir. Pero ella había buscado en sus bolsos hasta que encontró lo que necesitaba: unas moras que Gavriel había juntado el día anterior, un cinturón y una capa verde oscuro de Rowan, una camisa blanca arrugada de Lorcan y un pequeño espejo que usaba para afeitarse.

No había dicho nada cuando encontró las tiras blancas de lino al fondo del

bolso de Lorcan. Esperando su próximo ciclo. No habría sabido qué decir, de cualquier manera. No podía sin que el corazón se le contrajera en el pecho al pensarlo.

Elide mantuvo los hombros relajados aunque su rostro permanecía tenso cuando se detuvo en la orilla de una linda placita alrededor de una fuente borboteante. Los vendedores y compradores caminaban por todas partes, platicando bajo el sol de media mañana. Elide se detuvo en el arco de entrada a la plaza, se recargó en él, y sacó el pequeño espejo del bolsillo de la capa. Tuvo cuidado de no mover los cuchillos que llevaba ocultos ahí también.

Abrió el espejo y frunció el ceño al ver su reflejo: la mitad de su expresión no era fingida del todo. Había aplastado las moras al amanecer y delineó sus ojos con cuidado con los jugos para que se vieran con los bordes enrojecidos y miserables. Como si llevara semanas llorando.

Y sí, el rostro que le hizo una mueca de tristeza en el espejo se veía bastante desdichado.

Pero no era el reflejo lo que quería ver. Sino la plaza a sus espaldas. Estudiarla directamente podría provocar demasiadas preguntas, pero si simplemente estaba viéndose al espejo, si aparentaba ser sólo una chica vanidosa intentando mejorar su aspecto descuidado… Elide acomodó algunos mechones de su cabello y continuó monitoreando la plaza.

Era una especie de centro de actividades. Había dos tabernas a sus lados, a juzgar por los barriles de vino que servían como mesas al frente y los vasos vacíos sobre ellas que esperaban ser recogidos. Entre las dos tabernas, una parecía atraer más hombres, algunos con ropa de guerreros. De las tres plazas que había visitado, las tabernas que había encontrado, ésta era la única con soldados.

Perfecto.

Elide volvió a acomodarse el cabello, cerró el espejo, y volteó hacia la plaza con la barbilla en alto. Una chica intentando hacer acopio de algo de dignidad.

Que vieran lo que quisieran ver, que vieran la camisa blanca que se había puesto en lugar de la chaqueta de cuero de las brujas, la capa verde sobre sus hombros y sostenida por un cinturón, y que la consideraran una viajera sin sentido de la moda y sin experiencia en el mundo. Una chica muy alejada de su elemento en esta ciudad hermosa y bien vestida.

Se acercó a las siete hadas que estaban afuera de la taberna. Se fijó en quién hablaba más, quién reía con más fuerza, a quién de los cinco hombres y dos mujeres se dirigían con más frecuencia. Una de las mujeres no era guerrera sino que estaba vestida con unos pantalones suaves y femeninos y una túnica color azul rey que se ajustaba a su cuerpo voluptuoso como un guante.

Elide notó a quién parecían mirar con más frecuencia en busca de

confirmación y con la esperanza de encontrar aprobación. Una mujer de hombros anchos, con el cabello oscuro muy corto. Portaba armadura sobre sus hombros y muñecas, más fina que la que tenían los hombres. Entonces, debía ser su comandante.

Elide se quedó a un par de metros de distancia y levantó una mano para sostener la capa a la altura de su corazón. Con la otra mano se puso a jugar con el anillo dorado que tenía en su dedo; la reliquia invaluable era en este momento apenas el recuerdo de un amante. Se mordió el labio, lanzó una mirada insegura y rápida hacia los soldados en la taberna. Sorbió un poco la nariz.

La otra mujer, la de la ropa fina azul, fue la primera en notarla.

Era hermosa, se dio cuenta Elide. Su cabello oscuro caía en una trenza gruesa y brillante por su espalda. Su piel morena dorada brillaba como si tuviera luz interior. Sus ojos lucían suaves con amabilidad. Y preocupación.

Elide interpretó esa preocupación como una invitación y se acercó a ellos dando traspiés y agachando la cabeza.

—Pe-perdón por interrumpir —dijo rápidamente dirigiéndose más hacia la mujer hermosa de cabello oscuro.

El tartamudeo siempre había incomodado a la gente, siempre los tomaba desprevenidos y hacía que quisieran alejarse pronto. Que le dijeran lo que ella quería saber.

—¿Te pasa algo? —preguntó la mujer con voz ronca, hermosa. El tipo de voz que Elide siempre se había imaginado que tenían las grandes bellezas, el tipo de voz que hacía que los hombres enloquecieran. Por el modo en que habían estado sonriendo los hombres a su alrededor, Elide no dudaba que la mujer tenía ese mismo efecto en ellos.

Elide dejó que el labio le temblara un poco, se lo mordió.

—Estoy… estoy buscando a alguien. Dijo que estaría aquí, pero… —miró a los guerreros y volvió a jugar con el anillo en su dedo—. Vi sus uniformes y pensé que t-tal vez ustedes podrían conocerlo.

La alegría del pequeño grupo se disolvió y fue sustituida por cautela. Y compasión, de la mujer hermosa. Ya fuera por el tartamudeo o por lo que podía ver con claridad: una joven sufriendo por un amante que probablemente no estaba ahí.

—¿Cómo se llama? —preguntó la mujer más alta, tal vez la hermana de la otra, a juzgar por el mismo tono de piel y el cabello oscuro.

Elide tragó saliva con tanta fuerza que logró que su garganta se moviera de forma lastimera.

—Me da mucha pena molestarlos —dijo apenada—. Pero se ven muy a-a-amables.

Uno de los hombres murmuró algo sobre ir por otra tanda de bebidas y dos de sus compañeros decidieron ir con él. Los dos hombres que se quedaron parecían también tener la intención de ir pero una mirada seria de su comandante los obligó a quedarse.

—No es molestia —dijo la mujer hermosa y movió su mano bien manicurada. No era más alta que Elide pero tenía el porte de una reina—. ¿Quieres que te traigamos algo de comer?

La gente era fácil de elogiar, fácil de engañar, independientemente de sus orejas redondas o puntiagudas.

Elide dio un paso para acercarse más.

—No, muchas gracias. No quisiera ser una mo-molestia.

Las fosas nasales de la mujer se ensancharon un poco cuando Elide se detuvo tan cerca que podría tocarlos. Sin duda olía a las semanas que habían pasado en el camino. Pero fue amable y no dijo nada, aunque sus ojos recorrieron el rostro de Elide.

—El nombre de tu amigo —le insistió la comandante. Su voz áspera era lo opuesto a la de su hermana.

—Cairn —susurró Elide—. Se llama Cairn.

Uno de los hombres soltó una maldición. El otro miró a Elide de pies a cabeza.

Pero las dos mujeres se quedaron inmóviles.

—Él… él trabaja con la reina —dijo Elide y miró de un rostro al siguiente, el retrato de la esperanza—. ¿Lo conocen?

—Lo conocemos —dijo la comandante con el rostro sombrío—. ¿Tú… tú eres su amante?

Elide se obligó a sonrojarse pensando en todos los momentos que la habían avergonzado en el camino: su ciclo, tener que explicar cuándo tenía que hacer sus necesidades…

—Tengo que hablar con él —fue lo único que dijo Elide. Averiguaría el paradero de Maeve en otro momento.

La belleza de cabello oscuro dijo en un tono de voz demasiado bajo:

—¿Cómo te llamas, niña?

—Finnula —mintió Elide y dio el nombre de su nana.

—Te daré un consejo —dijo el otro hombre lentamente y le dio un trago a su cerveza—. Si lograste escapar de Cairn, no lo busques de nuevo.

Su comandante le lanzó una mirada.

—Cairn tiene un juramento de sangre con nuestra reina.

—Eso no evita que sea una mierda —dijo el hombre.

La mujer gruñó, con la suficiente ferocidad para que el hombre sabiamente fuera a ver qué había pasado con sus bebidas.

Elide hizo que sus hombros se curvaran hacia adentro.

—Entonces, ¿lo conocen?

—¿Se suponía que Cairn te iba a ver aquí? —preguntó la mujer hermosa.

Elide asintió.

Las dos mujeres intercambiaron miradas. La comandante dijo:

—No sabemos dónde está.

Mentira. Ella pudo ver la mirada entre ambas, entre las hermanas. Su decisión de no decirle, ya fuera por proteger a la chica mortal indefensa que creían que era o por alguna especie de lealtad a él. O tal vez a todas las hadas que decidían encontrar camas en los reinos mortales y luego ignorar las consecuencias meses después. Lorcan había sido el resultado de una unión así y luego fue arrojado a merced de estas calles.

La idea bastaba para hacerla apretar la mandíbula y rechinar los dientes, pero Elide se esforzó para mantener la expresión relajada.

No te enojes, le había enseñado Finnula. Sé inteligente.

Tomó nota. No parecer demasiado patética en la siguiente taberna. Ni como una amante despreciada que podría llevar a su hijo en las entrañas.

Porque tendría que ir a otra. Y si conseguía una respuesta en la siguiente, de todas formas tendría que ir a otra para confirmarla.

—¿La reina… está en su residencia? —preguntó Elide con esa voz suplicante y quejumbrosa que le resultaba molesta a sus propios oídos—. Di-dijo que viaja con ella ahora, pero si ella no está…

—Su majestad no está en su casa —le dijo la comandante con la suficiente brusquedad como para que ella entendiera que ya se le estaba agotando la paciencia. Elide no permitió que se le doblaran las rodillas, ni que sus hombros se encorvaran salvo con lo que ellos pudieran interpretar como

decepción—. Pero dónde está Cairn, como ya te dije, no lo sabemos.

Maeve no estaba. Al menos tenían eso a su favor. No sabía si sería por pura suerte o gracias a sus maquinaciones y no le importaba. Pero Cairn… No averiguaría más de estas mujeres. Así que Elide inclinó la cabeza.

—Gra-gracias.

Se marchó antes de que las mujeres pudieran decir otra cosa y se aseguró de esperar otros cinco minutos junto a la fuente. Quince. El reloj de la plaza marcó la hora y se dio cuenta de que las mujeres seguían observándola cuando hizo su mejor actuación de caminar desalentada hacia la otra entrada a la plaza.

Continuó su actuación durante unas cuadras. Caminó sin un rumbo específico hasta que se metió en un callejón oscuro y respiró profundamente.

Maeve no estaba en Doranelle. ¿Cuánto tiempo seguiría siendo cierto esto?

Tenía que encontrar a Cairn… y rápido. Tenía que hacer su mejor esfuerzo en su siguiente actuación.

Debía ser menos patética, menos necesitada, menos llorosa. Tal vez había agregado demasiado rojo alrededor de sus ojos.

Elide sacó el espejo. Se pasó el dedo meñique bajo un ojo y frotó un poco la mancha roja. No pudo quitársela. Se mojó la punta del meñique con la lengua, pasó el dedo otra vez por su párpado inferior. Disminuyó, ligeramente.

Estaba a punto de volverlo a hacer cuando vio movimiento en el espejo.

Se dio la vuelta, pero fue demasiado tarde.

La mujer hermosa de cabello oscuro de la taberna estaba parada detrás de ella.

Lorcan nunca había sentido tan pesado el paso de las horas.

Mientras exploraba la frontera sur de ese ejército, estudiando las rotaciones de los soldados, observando las arterias principales del campamento, mantuvo un ojo en la ciudad.

Su ciudad… o la que lo había sido. Nunca se hubiera imaginado, ni siquiera durante la niñez que pasó sobreviviendo entre sus sombras, que se convertiría en el centro enemigo. Que Maeve, aunque lo había azotado y castigado por cualquier cosa o por su propia diversión, se convertiría en una enemiga tan grande como Erawan. Y enviar a Elide a las garras de Maeve… había requerido de toda su fuerza de voluntad permitirle marcharse.

Si Elide terminaba capturada, si la descubrían, no lo aceptaría, nunca. Ella no tenía magia, salvo los ojos perspicaces de la diosa en su hombro y su insólita

habilidad de pasar desapercibida, de ajustarse a las expectativas. No habría ni un destello de poder, ninguna señal que le alertara de que ella estaba en peligro.

Pero mantuvo su distancia. La observó cruzar el puente en la mañana. Sintió el aliento que se le apretaba en el pecho, pero ella pasó sin que los guardias le preguntaran nada ni la notaran en ninguno de los dos extremos. Aunque Maeve no permitía que los demihadas o humanos vivieran dentro de las fronteras de Doranelle sin probar su valía, podían visitar la ciudad… brevemente.

Después se fue a explorar. Sabía que Whitethorn le había ordenado estudiar el extremo sur, este extremo, porque era precisamente por donde ella saldría. Si salía.

Whitethorn y Gavriel se repartieron los otros campamentos. El príncipe tomó el del oeste y el norte y el León tomó el campamento al este arriba de la cuenca de la catarata.

El sol de la tarde estaba ya poniéndose hacia el mar distante cuando regresaron a su pequeña base.

—¿Algo? —se escuchó retumbar la pregunta de Rowan.

Lorcan negó con la cabeza.

—Nada de Elide, ni de mi exploración. Las rotaciones de los vigías son estrictas pero no impenetrables. Tienen guardias en los árboles a diez kilómetros a la redonda.

Conocía a algunos de ellos. Había sido su comandante. ¿Eran ahora sus enemigos?

Gavriel se acomodó para recargarse en una roca, también estaba sin aliento.

—Tienen patrullas aéreas en el campamento al este. Y vigías hasta la frontera con el bosque.

Rowan se recargó en un enorme pino y se cruzó de brazos.

—¿Qué tipo de aves?

—De rapiña, principalmente —dijo Gavriel. Soldados altamente entrenados, entonces. Siempre habían sido los más astutos entre los vigías—. No reconocí a nadie de tu Casa.

O todos habían estado en la flota, que ahora estaba en Terrasen, o Maeve los había sacrificado.

Rowan se pasó la mano por la mandíbula.

—El campamento de la planicie occidental está igualmente vigilado. El del norte un poco menos, pero los lobos en los pasajes están haciéndoles la mitad del trabajo.

No se molestaron en discutir la razón por la que se podría haber reunido ese ejército. Hacia dónde podrían dirigirse. Si la derrota de Maeve en la costa de Eyllwe podría ser suficiente para que ella se aliara con Morath y llevara a este ejército a aplastar a Terrasen al fin.

Lorcan miró hacia las colinas boscosas y se esforzó por escuchar cualquier crujido de ramas u hojas.

Media hora. Esperaría media hora y luego bajaría por esa colina.

Se obligó a escuchar a Whitethorn y Gavriel que establecían puntos de entrada y estrategias de salida para cada campamento. Se obligó a unirse a ese debate. Se obligó también a discutir las posibles entradas y salidas de Doranelle en sí, dónde podrían entrar a la ciudad, cómo podrían cruzar de regreso sin atraer toda la ira de ese ejército sobre ellos. Un ejército que alguna vez habían supervisado y comandado. Ninguno de ellos lo mencionó, aunque Gavriel no paraba de ver los tatuajes que tenía en las manos. ¿Cuántas vidas más debería agregar antes de que esto terminara? ¿Cuántos de sus soldados caerían, no por el ataque enemigo, sino por su propia espada?

El sol se acercó más al horizonte. Lorcan empezó a caminar ansiosamente.

Demasiado tiempo. Ya se había tardado demasiado tiempo.

Los demás también se quedaron callados. Mirando hacia la colina. Esperando.

Un ligero temblor movía las manos de Lorcan y las apretó con fuerza para formar puños. Cinco minutos. Iría en cinco minutos, que Aelin Galathynius y su plan se fueran al demonio.

Aelin había sido entrenada para soportar la tortura. Elide… Podía ver esas cicatrices que tenía por los grilletes. Ver su pie y tobillo lisiados. Ella ya había soportado demasiado sufrimiento y terror. No podía permitirle tener que enfrentar ni un segundo más de eso…

Unas ramas se rompieron bajo los pies ligeros y Lorcan se incorporó de un salto con la mano en la espada.

Whitethorn abrió la funda del hacha que traía al costado y un cuchillo apareció en su otra mano. Gavriel desenfundó su espada.

Pero luego se escuchó un silbido de dos tonos y las piernas de Lorcan le temblaron con tanta violencia que tuvo que volverse a sentar en la roca donde estaba.

Gavriel silbó también y Lorcan lo agradeció. No estaba seguro de tener el aliento para hacerlo él.

Y ahí apareció ella, jadeando por el ascenso de la colina, sus mejillas rosadas en la noche fresca.

—¿Qué pasó? —preguntó Whitethorn.

Lorcan estudió su rostro, su postura.

Estaba bien. No estaba herida. No había enemigos persiguiéndola.

Elide lo miró a los ojos. Con cautela e incertidumbre.

—Conocí a alguien.

Elide pensó que estaba a punto de morir.

O, como mínimo, creyó que la iban a delatar con Maeve cuando se enfrentó a la belleza de cabello oscuro en las sombras de ese callejón.

Se dijo a sí misma, en esos instantes, que haría su mejor esfuerzo por soportar la tortura que sin duda llegaría, que mantendría en secreto la ubicación de sus compañeros aunque le destrozaran el cuerpo. Pero la idea de lo que le harían…

La mujer levantó una mano delicada.

—Sólo quiero hablar. En privado.

Hizo un ademán hacia el fondo del callejón, hacia una entrada con un toldo de metal. Para que nadie las viera, ni los que estaban en el suelo ni los que pasaran por arriba.

Elide la siguió y llevó su mano hacia el cuchillo que tenía en el bolsillo. La mujer iba adelante, sin armas visibles, su paso tranquilo.

Pero cuando se detuvieron en las sombras bajo el toldo, la mujer volvió a levantar la mano.

Una flama dorada bailaba entre sus dedos.

Elide retrocedió y el fuego desapareció tan pronto como había aparecido.

—Me llamo Essar —dijo la mujer con suavidad—. Soy amiga… de tus amigos, creo.

Elide no dijo nada.

—Cairn es un monstruo —dijo Essar y dio un paso para acercarse—. Mantente lejos de él.

—Necesito encontrarlo.

—Representaste tu papel de amante maltratada bastante bien. Tienes que saber algo sobre él. Lo que hace.

—Si sabes dónde está, por favor dímelo —dijo Elide. Estaba más que dispuesta a suplicar.

Essar miró a Elide de arriba abajo. Luego dijo:

—Estaba en la ciudad hasta ayer. Luego se fue al campamento del este —apuntó por encima de su hombro con el pulgar—. Está allá ahora.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no está aterrorizando a los clientes de todos los establecimientos de este pueblo, atragantándose con el dinero que Maeve le dio cuando hizo el juramento de sangre.

Elide parpadeó. Tenía la esperanza de que algunas de las hadas se opusieran a Maeve, en especial después de aquella batalla en Eyllwe, pero toparse con un rechazo tan abierto…

Essar luego agregó:

—Y porque mi hermana, la soldado con quien hablaste, me lo dijo. Lo vio en el campamento esta mañana, sonriendo como un gato.

—¿Por qué habría de creerte?

—Porque estás usando la camisa de Lorcan y la capa de Rowan Whitethorn. Si no me crees, diles a ellos quién te lo dijo y ellos te creerán.

Elide ladeó la cabeza.

Essar dijo con suavidad:

—Lorcan y yo estuvimos juntos un tiempo.

Estaban en medio de la guerra y habían viajado miles de kilómetros para encontrar a su reina pero de todas maneras se abrió un hueco en el estómago de Elide al escuchar esas palabras. La amante de Lorcan. Esta belleza delicada con voz seductora había sido amante de Lorcan.

—Me empezarán a buscar si desaparezco demasiado tiempo, pero diles quién soy. Diles lo que te dije. Si están buscando a Cairn, ahí lo van a encontrar. Desconozco su ubicación precisa —Essar retrocedió un paso—. No preguntes por Cairn en otras tabernas. No es querido, ni siquiera entre los soldados. Y los que sí están con él… No quieres atraer su interés.

Essar empezó a alejarse pero Elide dijo rápidamente:

—¿Dónde fue Maeve?

Essar miró por encima de su hombro. La estudió. Los ojos de la mujer se abrieron mucho.

—Tiene a Aelin del Fuego Salvaje —exhaló Essar.

Elide no dijo nada pero Essar murmuró:

—Eso fue… eso fue el poder que sentimos la otra noche —Essar volvió a acercarse a Elide y la tomó de las manos—. No sé a dónde se iría Maeve hace unos días. No lo anunció y no se llevó a nadie. Con frecuencia trabajo para ella y me pide que… No importa. Lo que importa es que Maeve no está aquí. Pero no sé cuándo regresará.

El alivio amenazó con hacer que a Elide se le doblaran las rodillas. Los dioses, al parecer, todavía no los abandonaban del todo.

Pero si Maeve había llevado a Aelin al puesto de avanzada donde habían mentido diciendo que tenían al príncipe del Valg…

Elide le apretó las manos a Essar y las sintió cálidas y secas.

—¿Tu hermana sabe dónde está Cairn en el campamento?

Durante unos minutos, y luego una hora, hablaron. Essar se fue y regresó con Dresenda, su hermana. Y, en ese callejón, elaboraron un plan.

Elide terminó de contarle a Rowan, Lorcan y Gavriel todo lo que había averiguado. Se quedaron sentados y asombrados durante un minuto.

—Justo antes del amanecer —repitió Elide—. Dresenda dijo que la guardia del campamento del este es más débil en la madrugada. Que encontraría la manera de que los guardias estuvieran ocupados. Es nuestra única ventana.

Rowan estaba viendo hacia los árboles, como si alcanzara a ver la distribución del campamento, como si estuviera pensando cómo entrar, cómo salir.

—Pero no confirmó que Aelin estuviera en la tienda de campaña de Cairn —advirtió Gavriel—. Maeve no está y es posible que Aelin se haya ido con ella.

—Es el riesgo que tendremos que asumir —dijo Rowan.

Un riesgo que, tal vez, debían haber considerado.

Elide miró a Lorcan, que se había mantenido en silencio todo el tiempo. Aunque había sido su amante quien los había ayudado, tal vez guiada por la misma Anneith. O al menos la había delatado el olor de la ropa de Elide.

—¿Crees que podamos confiar en ella? —le preguntó Elide a Lorcan, aunque sabía la respuesta.

Los ojos oscuros de Lorcan se movieron hacia ella.

—Sí, aunque no sé por qué se tomaría la molestia.

—Porque es una buena mujer, por eso —dijo Rowan. Al ver que Elide arqueaba una ceja, explicó—: Essar visitó Mistward esta primavera. Conoció a Aelin —miró a Lorcan—. Y me pidió que te dijera a ti que te enviaba saludos.

Elide no había visto nada que se pareciera a la nostalgia en el rostro de Essar pero, dioses, era hermosa. E inteligente. Y amable. Y, por alguna razón, Lorcan la había dejado ir.

Gavriel intervino:

—Si nos vamos a adentrar al campamento al este, necesitamos elaborar un plan ya. Ponernos en nuestras posiciones. Está a varios kilómetros de distancia.

Rowan miró nuevamente en dirección al campamento distante.

—Si estás considerando volar hacia allá —gruñó Lorcan—, entonces te merecerás toda la miseria que te traiga tu propia estupidez.

Rowan le enseñó los dientes pero Lorcan dijo:

—Entraremos todos. Saldremos todos.

Elide asintió, por una vez de acuerdo con él. Lorcan pareció ponerse tenso por la sorpresa.

Rowan llegó a la misma conclusión, porque se agachó para clavar el cuchillo en la tierra musgosa.

—Ésta es la tienda de campaña de Cairn —dijo de la daga y buscó una piña de pino cercana—. Ésta es la entrada sur del campamento.

Y empezaron a planear.

Rowan se había separado de sus compañeros hacía una hora. Los envió a tomar sus posiciones.

No todos entrarían, ni todos saldrían.

Rowan entraría al campamento del este y tomaría la entrada del sur.

Gavriel y Lorcan estarían esperando su señal cerca de la entrada este, ocultos en el bosque justo detrás de las colinas cubiertas de pasto que había de ese lado. Listos para desatar toda su furia cuando él lanzara una señal luminosa con su magia. Les correspondería distraer a los soldados hacia su lado mientras Rowan se lanzaba por Aelin.

Elide los esperaría más adentro de ese bosque. O huiría, si las cosas salían mal.

Ella protestó, pero incluso Gavriel tuvo que recordarle que ella era mortal. Que no tenía entrenamiento. Y sobre lo que había hecho ese día… Rowan no tenía las palabras para expresar su gratitud por lo que Elide había hecho. La aliada inesperada que había encontrado.

Él confiaba en Essar. A ella nunca le había agradado Maeve, había expresado abiertamente que no la servía por su propia voluntad ni con orgullo. Pero estas últimas horas antes del amanecer, cuando tantas cosas podrían salir mal…

Maeve no estaba. Al menos eso había salido bien.

Rowan esperó en las pendientes pronunciadas de las colinas frente a la entrada sur del campamento. No le había costado trabajo mantenerse oculto de los vigías en los árboles y su viento cubría cualquier rastro de su olor.

Abajo, disperso en el pastizal al este, brillaba el campamento del ejército.

Tenía que estar ahí. Aelin tenía que estar ahí.

Si habían llegado tan lejos pero terminaban siendo el motivo para que Maeve se volviera a llevar a Aelin, que se la llevara a ese puesto de avanzada…

Rowan resistió el peso que sentía en el pecho. El vínculo en su interior estaba oscuro y durmiente. No había ninguna indicación de que Aelin estuviera cerca.

Essar no tenía idea de que Aelin estaba ahí hasta que Elide se lo informó. ¿Cuántos más lo ignoraban? ¿Qué tan bien la había ocultado Maeve?

Si Aelin no estaba en ese campamento mañana, encontrarían a Cairn, al menos. Y conseguirían algunas respuestas. Le darían una probada de su propia medicina…

Rowan apartó ese pensamiento de su mente. No se permitió pensar en lo que le habrían hecho a ella.

Lo haría mañana, cuando se encontrara con Cairn. Cuando le pagara por cada momento de dolor causado.

En el cielo, las estrellas brillaban con claridad y brillantez, y aunque Mala solamente se había aparecido frente a él al amanecer, en las colinas al otro lado de esta misma ciudad, aunque ella probablemente era poco más que un ser poderoso y desconocido de otro mundo, de todas maneras le ofreció una oración.

Entonces, le había suplicado a Mala que protegiera a Aelin de Maeve cuando entraran a Doranelle, que le diera la fuerza y guía necesarias y que le

permitiera salir con vida. Entonces, le había suplicado a Mala que le permitiera permanecer con Aelin, la mujer que amaba. La diosa se había presentado como poco más que un rayo de luz al amanecer, pero él había sentido su sonrisa.

Esta noche, acompañado solamente por el fuego frío de las estrellas, volvió a suplicarle.

Un suave remolino de viento envió su oración flotando hacia esas estrellas, hacia la luna creciente que bañaba en plata el campamento, el río, las montañas.

Él se había abierto camino en el mundo matando; había ido a la guerra y regresado más veces de las que podía recordar. Y a pesar de todo eso, a pesar de la rabia y desesperación y el hielo que había envuelto alrededor de su corazón, de todas maneras había encontrado a Aelin. Cada horizonte donde había mirado, sin la capacidad ni la voluntad de descansar durante esos siglos, cada montaña y océano que había visto y donde se había preguntado qué habría al otro lado… Había sido ella. Había sido Aelin, ese llamado silencioso del vínculo de pareja que lo impulsaba, aun cuando él no pudiera sentirlo.

Habían recorrido este sendero oscuro juntos para llegar a la luz. No permitiría que el camino terminara aquí.

CAPÍTULO 24

Las Crochans no le hicieron caso. Ni a las Trece. Unos cuantos insultos siseados cuando pasaban, pero bastó una mirada de Manon para que las Trece se limitaran a formar puños con sus manos a manera de respuesta.

Las Crochans permanecieron en el campamento una semana para cuidar de sus heridas, y por tanto Manon y las Trece también se habían quedado, ignoradas y odiadas.

—¿Qué es este lugar? —le preguntó Manon a Glennis cuando la encontró puliendo el palo de una escoba atada con oro junto a la fogata. Había otras dos sobre una capa a su lado. Era un trabajo manual de poca importancia para la bruja a cargo de este campamento.

—Éste es un campamento antiguo, uno de los más antiguos que reconocemos —dijo Glennis mientras sus dedos retorcidos volaban sobre el palo de la escoba—. Cada uno de los Grandes Hogares tiene una fogata aquí, al igual que muchas otras —de hecho, había muchas más de siete en el campamento —. Fue un sitio de reunión para nosotras después de la guerra y, desde entonces, se ha convertido en un lugar para la iniciación de algunas de nuestras brujas jóvenes a la adultez. Es un rito que hemos desarrollado a lo largo de los años: enviarlas a las profundidades de la maleza durante unas semanas para que cacen y sobrevivan solamente con sus escobas y un cuchillo. Mientras lo hacen, las demás permanecemos aquí.

Manon preguntó en voz baja:

—¿Sabes cuál es nuestro rito de iniciación?

El rostro de Glennis se tensó.

—Lo sé. Todas lo sabemos.

¿A qué hoguera pertenecería la bruja que había matado a los dieciséis años? ¿Qué había hecho su abuela con el corazón Crochan que había traído de vuelta al castillo Picos Negros en una caja, vestida con la capa de su enemiga a modo de trofeo?

Pero Manon preguntó:

—¿Cuándo se dirigirán a Eyllwe?

—Mañana. Las que resultaron más gravemente heridas en la batalla ya sanaron lo suficiente para viajar, o para sobrevivir aquí por su cuenta.

Manon sintió que se le hacía un hueco en el estómago, pero apartó la sensación de arrepentimiento.

Glennis le dio una de las escobas a Manon, una que estaba atada con hilos de metal ordinario.

—¿Volarán al sur con nosotras?

Manon tomó la escoba y sintió la madera chisporrotear en su mano. El viento le susurró al oído sobre la corriente rápida y fuerte que había entre los picos en las alturas.

Ella y las Trece ya lo habían decidido hacía varios días. Si el sur era donde las Crochans irían, entonces ellas también irían al sur. Aunque cada día que pasara pudiera condenar más a quienes estaban en el norte.

—Volaremos con ustedes.

Glennis asintió.

—Esa escoba le pertenece a la bruja de pelo negro llamada Karsyn —dijo la anciana y movió la barbilla hacia las tiendas de campaña detrás de Manon—. Está de guardia junto a tus guivernos.

Dorian decidió que no necesitaba de un lugar oculto para practicar. Lo cual era una suerte, porque en el campamento Crochan no existía la privacidad. Ni dentro del campamento y, ciertamente, tampoco a su alrededor. Los ojos atentos de las centinelas vigilaban día y noche.

Y así fue como terminó sentado frente a Vesta en el hogar de Glennis. La bruja de cabello rojo estaba medio dormida por el aburrimiento.

—Aprender a transformarse —se quejó y bostezó por décima vez en esa hora — parece una pérdida colosal de tiempo —movió la mano blanca como la nieve en dirección al cuadrilátero de entrenamiento provisional donde las Trece mantenían sus cuerpos e instintos entrenados—. Podrías estar luchando con Lin en este momento.

—Acabo de ver a Lin casi tirarle los dientes a Imogen hasta la garganta. Perdóname si ahora no estoy de humor para meterme al cuadrilátero con ella.

Vesta arqueó una ceja pelirroja.

—No habrá presunción masculina de tu parte, entonces.

—Me gustan mis dientes donde los tengo —suspiró él—. Estoy intentando concentrarme.

Ninguna de las brujas, ni siquiera Manon, había preguntado por qué estaba practicando. Él sólo había mencionado, hacía casi una semana, que la araña lo había hecho preguntarse si podría transformarse, usando su magia cruda, y ellas se encogieron de hombros.

Estaban concentradas en las Crochans. En el viaje a Eyllwe que probablemente sucedería en cualquier momento.

Él no había escuchado a nadie mencionar que se estuvieran reuniendo ejércitos, pero si aventurarse al sur para pelear con ellos dividía las fuerzas de Morath aunque fuera un poco, si eso distraía a Erawan cuando Dorian fuera a la fortaleza del rey del Valg… Lo aceptaría.

Ya le había proporcionado a Manon y a Glennis la información que tenía sobre el reino y sus gobernantes. Los padres de Nehemia y sus dos hermanos menores. El imperio de Adarlan había hecho un buen trabajo diezmando el ejército de Eyllwe, así que cualquier esperanza en ese frente era imposible, pero si reunían unos cuantos miles de soldados para dirigirse al norte… sería una ayuda para sus amigos.

Si lograban sobrevivir, sería suficiente.

Dorian cerró los ojos y Vesta guardó silencio. Durante días, se había sentado con él cuando el entrenamiento y las tareas de vigilancia se lo permitían, prestando atención a cualquier señal de transformación cuando él lo intentaba: cambiar su cabello, su piel, sus ojos.

Nada ocurría.

Su magia había tocado el poder robado de la metamorfa y había aprendido apenas lo suficiente antes de matar a la araña.

Ahora era cuestión de convencer a su magia de convertirse en el poder de esa metamorfa. No sabía si eso se había logrado hacer con magia cruda en el pasado.

Sé lo que deseas ser, le había dicho Cyrene.

Nada. Deseaba ser nada.

Pero Dorian seguía buscando en su interior. En cada rincón hueco y vacío. Sólo debía hacerlo el tiempo suficiente. Aprender a transformarse. Escabullirse a Morath y encontrar la tercera llave. Luego ofrecer todo lo que era y había sido al Candado y al portal.

Y luego todo terminaría. Para Erawan, sí, pero también para él.

Aunque eso dejaría a Hollin con el derecho al trono. Hollin, quien había sido engendrado también por un hombre infestado del Valg. ¿El demonio le habría transmitido algunos rasgos a su hermano?

El niño había sido una bestia… ¿pero era humano?

Hollin no había matado a su padre. Tampoco había destrozado el castillo. Ni había permitido que Sorscha muriera.

Dorian no se atrevió a preguntarle a Damaris. No estaba seguro de qué haría si su espada le revelaba lo que era en el fondo.

Así que Dorian miró a su interior, al sitio donde fluía su magia, donde podía moverse entre la flama y el agua y el hielo y el viento.

Pero no importó cómo se lo pidiera, cómo se imaginara el cabello castaño o la piel más pálida o pecas, no pasó nada.

Manon no era una mensajera pero entendió la indirecta… y la oferta. Junto con otras tres escobas, todas para brujas en el campamento.

No sería suficiente volar con ellas a Eyllwe. No… Tendría que aprender sobre ellas. Sobre cada una de estas brujas.

Asterin, que había estado vigilando desde el otro lado de la hoguera, empezó a caminar a su lado y tomó dos de las escobas.

—Había olvidado que usaban secuoya —dijo su Segunda al ver las escobas que cargaba—. Es una madera mucho más sencilla de tallar que el palo fierro.

Manon todavía podía sentir cómo le habían dolido las manos durante los largos días que pasó tallando su primera escoba a partir del tronco de palo fierro que había encontrado en las profundidades de Oakwald. Los primeros dos intentos resultaron en palos rotos, por lo que decidió tallar su escoba con más cuidado. Tres intentos, uno por cada rostro de la Diosa.

Tenía trece años, apenas unas semanas después de su primer sangrado, que había traído consigo la corriente vibrante de poder que la llamaba al viento, que fluía por las escobas y las transportaba a los cielos. Cada golpe del cincel, cada martillazo que transformaba el bloque de material casi impenetrable, le transfería ese poder a la escoba naciente en sí.

—¿Dónde dejaste la tuya? —preguntó Manon.

Asterin se encogió de hombros.

—En alguna parte de la Fortaleza Picos Negros.

Manon asintió. La suya estaba en el fondo de un armario en su habitación en el sitio donde gobernaba su abuela. La había lanzado ahí después de que desapareció la magia porque la escoba era poco más que un instrumento de limpieza sin magia.

—Supongo que ya no iremos por ellas —dijo Asterin.

—No, no iremos —dijo Manon y estudió el cielo—. Volaremos con las Crochans a Eyllwe mañana. Para reunirnos con el ejército humano que van a buscar.

Asterin apretó los labios.

—Tal vez los podamos convencer a todos, a las Crochans y a los guerreros de Eyllwe, de dirigirse al norte.

Tal vez. Si tenían suerte. Si no desperdiciaban mucho tiempo mientras Erawan aplastaba el norte y lo hacía polvo.

Llegaron con la primera bruja que les había indicado Glennis. Asterin no dijo nada cuando Manon le indicó a su Segunda que entregara la escoba.

La Crochan arrugó la nariz con repulsión y tomó la escoba con dos dedos.

—Ahora tendré que limpiarla otra vez.

La sonrisa torcida de Asterin indicó que los problemas se acercaban rápidamente.

Así que Manon movió a su Segunda para que volviera a caminar y se abrieron paso entre las tiendas de campaña para buscar a las otras dueñas.

—¿De verdad crees que esto vale la pena? —murmuró Asterin cuando la segunda bruja y luego la tercera se burlaron al recibir sus escobas—. ¿Jugar a servir a estas princesas mimadas?

—Espero que sí —murmuró Manon cuando iban llegando con la última bruja. Karsyn. La Crochan de cabello oscuro estaba viendo al círculo de guivernos, justo donde Glennis había dicho que estaría.

Asterin se aclaró la garganta y la bruja volteó. Su rostro de piel apiñonada se tensó.

Pero no se burló. No siseó.

Misión cumplida. Asterin se dio la media vuelta. Pero Manon le dijo a la Crochan con un movimiento de la barbilla hacia los guivernos:

—Son distintos a las escobas. Más rápidos, más mortíferos, pero también hay que alimentarlos y darles de beber.

Los ojos verdes de Karsyn se veían cautelosos pero también se notaba la curiosidad. Miró a los guivernos que estaban muy juntos para protegerse del frío. La hembra azul de Asterin estaba presionada junto a Abraxos y él tenía un ala sobre ella.

Manon dijo:

—Erawan los hizo. No sabemos exactamente qué métodos usó. Tomó un molde antiguo y lo trajo a la vida —porque había guivernos en Adarlan en el pasado… hacía mucho tiempo—. Tenía la intención de criar un ejército de asesinos sin conciencia, pero algunos no salieron así.

Por una vez, Asterin se mantuvo en silencio.

Al fin, Karsyn habló:

—Tu guiverno parece más un perro que otra cosa.

No era un insulto, tuvo que recordarse Manon. Las Crochans tenían perros como mascotas. Los adoraban, al igual que los humanos.

—Se llama Abraxos —dijo Manon—. Es… diferente.

—Él y la azul son pareja.

Asterin se quedó con los ojos abiertos.

—¿Son qué cosa?

La Crochan apuntó a la hembra azul acurrucada junto a Abraxos.

—Él es más pequeño, pero la cuida todo el tiempo. La acaricia con el hocico cuando nadie lo está viendo.

Manon intercambió miradas con Asterin. Sus monturas coqueteaban constantemente, sí, pero pareja…

—Interesante —logró decir Manon.

—¿No sabían que hacían esas cosas? —dijo Karsyn con el ceño fruncido.

—Sabíamos que se reproducían —intervino Asterin al fin—. Pero no habíamos visto que lo hicieran por… elección.

—Por amor —dijo la Crochan y Manon tuvo que resistirse a poner los ojos en blanco—. Estas bestias, a pesar de su amo oscuro, son capaces de amar.

No tenía sentido, pero algo en ella hizo que se diera cuenta de que era verdad. Manon decidió preguntar, aunque ya lo sabía:

—¿Cómo te llamas?

Pero la cautela volvió a llenar los ojos de Karsyn, como si recordara con quién estaba hablando, que había otras que las podrían ver conversando.

—Gracias por la escoba —dijo la bruja y se marchó entre las tiendas de campaña.

Al menos una de las Crochans le había hablado. Tal vez este viaje a Eyllwe le proporcionaría la oportunidad de hablar con otras. A pesar de que podía sentir el peso de cada hora y minuto que se acumulaban sobre ellas.

Apresúrate al norte, le cantaba el viento, día y noche. Apresúrate, Picos Negros.

Cuando Karsyn se fue, Asterin seguía viendo a Abraxos y Narene y se rascaba la cabeza.

—¿De verdad crees que ya son una pareja?

Abraxos levantó la cabeza del sitio donde la tenía recargada en la espalda de Narene y las miró, como diciendo, Les tomó mucho tiempo darse cuenta.

—¿Qué se supone que estoy buscando, exactamente?

Sentados rodilla con rodilla en la diminuta tienda de campaña, con el aullido del viento afuera, Manon entrecerró los ojos y estudió el rostro de Dorian.

—Mis ojos —dijo él—. Sólo dime si cambian de color.

Ella gruñó.

—Esta cosa de transformarse, ¿es tan necesario aprenderla ahora?

—Dame por mi lado —ronroneó él y buscó en su interior mientras su magia se encendía.

Castaños. Cambiarán de azul a castaño.

Mentiroso… supuso que era un mentiroso por no comunicarle a Manon sus verdaderos motivos. No necesitaba que Damaris se lo confirmara.

Ella tal vez le prohibiría ir a Morath, pero había otra posibilidad, incluso peor.

Que ella insistiera en ir con él.

Manon lo miró de una manera que hubiera hecho salir despavorido a cualquier otro hombre.

—Siguen azules.

Dioses en los cielos, Manon era hermosa. Se preguntó cuándo dejaría de sentir que tener esos pensamientos era una traición.

Dorian inhaló profundamente y se volvió a concentrar. No hizo caso de la presencia susurrante de las dos llaves en su bolsillo.

—Dime si cambian aunque sea un poco.

—¿Es tan diferente a tu magia?

Dorian se recargó hacia atrás y se apoyó en los brazos mientras buscaba las palabras para explicar.

—No es como otros tipos de magia, que fluye por mis venas, y que apenas tengo que pensar para que cambie de hielo a flama a agua.

Ella lo miró con atención, la cabeza ladeada como había visto hacer también a los guivernos. Justo antes de que se comieran una cabra entera.

—¿Cuál te gusta más?

Era una pregunta extrañamente personal. A pesar de que esta última semana, gracias a la calidez y privacidad relativas de la tienda de campaña, habían pasado horas enredándose en las mantas que estaban ahora bajo ellos.

Él nunca había estado con alguien como ella. A veces se preguntaba si ella alguna vez había estado con alguien como él. Había visto con qué frecuencia ella disfrutaba cuando él tomaba las riendas, cuando el cuerpo de ella se retorcía debajo del de él y ella perdía el control por completo.

Pero esas horas en la tienda de campaña no habían dado por resultado ninguna especie de intimidad emocional. Sólo eran una bendita distracción. Para ambos. A él le daba gusto, o eso se decía a sí mismo. Nada de esto podría terminar bien. Para ninguno de los dos.

—Me gusta más el hielo —admitió Dorian por fin, cuando se dio cuenta de que había permitido que el silencio se extendiera—. Fue el primer elemento que salió de mí, no sé por qué.

—No eres una persona fría.

Él arqueó la ceja.

—¿Ésa es tu opinión profesional?

Manon lo miró con atención.

—Puedes descender a esos niveles cuando estás enojado, cuando tus amigos están amenazados. Pero no eres frío, no en el corazón. He visto hombres que sí lo son, y tú no eres así.

—Tú tampoco —dijo él en voz ligeramente baja.

Fue la respuesta equivocada.

Manon se puso tensa y levantó la barbilla.

—Yo tengo ciento diecisiete años —dijo sin expresión—. He pasado la mayor parte de ese tiempo matando. No creas que los acontecimientos de los últimos

meses han borrado eso.

—Tú síguete diciendo eso —le dijo Dorian.

Dudaba que alguien le hubiera hablado así de insolentemente. Sintió placer de haberlo podido hacer y mantener su garganta intacta al mismo tiempo.

Ella le gruñó en la cara.

—Eres un tonto si crees que por ser su reina eso borra el hecho de que he matado veintenas de Crochans.

—Eso siempre será verdad. Cómo lo hagas contar ahora es lo que importa.

Hacerlo contar. Aelin había dicho lo mismo en aquellos primeros días después de que le quitaran el collar. Intentó no preguntarse si ese dolor helado de la piedra del Wyrd pronto volvería a apretarse alrededor de su cuello.

—No soy una Crochan de corazón suave. Nunca lo seré, aunque use su corona de estrellas.

Él había escuchado los susurros sobre esa corona entre las Crochans esta semana: si al fin la encontrarían. La corona de estrellas de Rhiannon Crochan, que la misma Baba Piernas Amarillas le había robado a su cuerpo moribundo. Dónde había terminado después de que Aelin matara a la matrona, Dorian no tenía idea. Si se había quedado con esa extraña feria ambulante con la que viajó, podía haber terminado en cualquier parte. Podría haber sido vendida para conseguir dinero rápido.

Manon continuó:

—Si eso es en lo que las Crochans esperan que me convierta antes de unirse a esta guerra, entonces pueden aventurarse a Eyllwe mañana solas.

—¿Es tan malo que te importe?

Los dioses eran testigos de que él había luchado contra eso mismo.

—No sé cómo hacerlo —gruñó ella.

Ridículo. Una mentira descarada. Tal vez por la probabilidad de que le volvieran a poner un collar en Morath, tal vez porque era un rey que había dejado a su reino en las garras del enemigo, pero Dorian dijo:

—Sí te importa. Tú también lo sabes. Eso es lo que hace que todo esto te dé tanto temor.

Los ojos dorados de Manon se encendieron de rabia pero no dijo nada.

—Que te importe no te vuelve débil —propuso él.

—¿Entonces por qué no escuchas tu propio consejo?

—Me importa —dijo él y su temperamento también se alteró como el de ella. Y decidió mandarlo todo al carajo; decidió soltar esa correa que se había autoimpuesto. Dejó ir ese control—. Me importa más de lo que debería. Incluso me importas tú.

Otro comentario equivocado.

Manon se puso de pie, lo más erguida que le permitía estar la tienda de campaña.

—Entonces eres un tonto.

Se puso las botas rápidamente y salió furiosa hacia la noche helada.

Incluso me importas tú.

Manon frunció el ceño y se dio la vuelta dormida, apretada entre Asterin y Sorrel. Sólo les quedaban unas cuantas horas antes de partir, antes de dirigirse a Eyllwe y la fuerza que pudiera estar aguardando a las Crochans para aliarse con ellas. Y en busca de ayuda.

Que te importe no te vuelve débil.

El rey era un tonto. Poco más que un niño. ¿Qué sabía él sobre algo?

Pero las palabras se enterraron bajo su piel, en sus huesos.

¿Es tan malo que te importe?

No lo sabía. No quería saberlo.

El amanecer ya estaba cerca cuando un cuerpo tibio se recostó junto a él.

Dorian dijo a la oscuridad:

—Tres en la misma tienda no es muy cómodo, ¿verdad?

—No regresé porque esté de acuerdo contigo —dijo Manon y tiró de las mantas para taparse.

Dorian sonrió ligeramente y volvió a quedarse dormido. Dejó que su magia los calentara a ambos.

Cuando despertaron, algo afilado en su pecho se había suavizado, apenas un poco.

Pero Manon estaba frunciendo el ceño mientras lo veía. Dorian se sentó, gimió al estirar los brazos lo más que pudo dentro de la tienda.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Manon porque seguía con el mismo gesto.

Manon se puso las botas, luego la capa.

—Tus ojos están castaños.

Él levantó una mano hacia su cara, pero ella ya iba saliendo.

Dorian la miró irse. El campamento ya estaba en movimiento, apresurándose para marcharse.

En la parte donde ese borde afilado se había suavizado en su pecho, la magia ahora fluía más libremente. Como si su poder también se hubiera liberado de esas restricciones que había soltado un poco la noche anterior. Lo que había abierto, lo que le había revelado a Manon. Una especie de libertad haber soltado eso.

El sol apenas se estaba asomando al cielo cuando salieron en su largo vuelo hacia Eyllwe.

CAPÍTULO 25

Cairn la dejó pudrirse un tiempo en la caja.

En este lugar el silencio era mayor. No se escuchaba el rugido interminable y monótono del río.

No sentía nada salvo esa presión que aumentaba y aumentaba y aumentaba bajo su piel, en su cabeza. No podía correr para alejarse, ni siquiera cuando perdía la conciencia.

Pero todavía tenía los grilletes clavándose en su piel, raspándola. La humedad se acumulaba debajo de ella con el paso del tiempo. Y Maeve sin duda venía acercándose cada vez más con ese collar.

No podía recordar la última vez que había comido.

Volvió a perderse en las profundidades, en un rincón de la oscuridad, donde se contaba a sí misma esa historia, la historia, una y otra vez.

Quién era, qué era, lo que destruiría si cediera a la falta casi total de aire de esa caja, a la tensión creciente.

Pero no importaría. Cuando ese collar se envolviera alrededor de su cuello, ¿cuánto tiempo le tomaría para que el príncipe del Valg de su interior le sacara toda la información que Maeve quería? ¿Para que violara y se metiera hasta su barrera más interior para extraer esos secretos vitales?

Cairn empezaría otra vez pronto. Sería horrible. Y luego regresarían las sanadoras con su humo dulzón, como lo habían hecho estos meses, estos años, o el tiempo que hubiera estado aquí.

Pero ella había visto más allá de ellas, por un instante. Había visto la lona que estaba sobre su cabeza, el suelo cubierto con alfombras tejidas debajo de sus pies envueltos en sandalias. Los braseros que ardían por todas partes.

Una tienda de campaña. Estaba en una tienda de campaña. Se escuchaba un murmullo afuera, no muy cerca pero sí lo suficiente para que su oído hada lo alcanzara a percibir. Había gente hablando en su idioma y en el Antiguo Lenguaje. Oyó a alguien quejarse sobre lo lleno que estaba el campamento.

Era un campamento militar, lleno de hadas.

Un sitio más seguro, había dicho Cairn. Maeve quería que ella estuviera aquí para poderla apartar de Morath. Hasta que Maeve tuviera el frío collar de roca del Wyrd alrededor de su cuello.

Pero luego volvió a perderse. Cuando despertó, limpia y sin dolor, supo que Cairn empezaría pronto. El lienzo del torturador estaba nuevamente en blanco, listo para que él lo pintara de rojo. Su terrible gran final, ya no para sacarle información, ya no hacía falta con el triunfo de Maeve que se avecinaba, sino solamente por su propio placer.

Aelin también estaba lista.

No la habían encadenado a un altar esta vez. Sino a una mesa de metal, colocada en el centro de la gran carpa. Él había traído las comodidades de casa… o lo que fuera que él considerara su casa.

Un ropero con cajones estaba junto a una de las paredes de lona. Sin duda lo que había ahí adentro no era ropa.

Fenrys estaba recostado junto al ropero, con la cabeza en sus patas delanteras, dormido. Por una vez, dormido. El dolor le pesaba, le opacaba la piel, le apagaba el brillo de los ojos.

Habían colocado otra mesa cercana a donde ella estaba. Un trapo cubría tres objetos sobre ella. Junto al más cercano, también se veía un trozo de terciopelo negro. Para los instrumentos que usaría en ella. Que exhibiría como un comerciante acomodaría sus joyas más finas.

Había también dos sillas, una frente a la otra, al otro lado de la segunda mesa, frente al brasero lleno hasta el borde de troncos ardientes. El humo subía, subía, subía…

Había un pequeño agujero en el techo de la tienda de campaña. Y a través de él…

Aelin no pudo evitar el temblor de su boca al ver el cielo nocturno, los pequeños puntos de luz que brillaban en él.

Estrellas. Sólo dos, pero eran estrellas sobre ella. El cielo mismo… no era la pesadez del corazón de la noche sino un negro turbio y grisáceo.

El amanecer. Probablemente saldría el sol en una hora, más o menos, si todavía había estrellas. Tal vez duraría suficiente tiempo para ver la luz del sol.

Fenrys abrió los ojos de golpe y levantó la cabeza. Movió las orejas.

Aelin respiró profundamente para tranquilizarse y Cairn apareció por la entrada de la tienda de campaña. Alcanzó a dar un vistazo a las fogatas y la

oscuridad menguante más allá. Nada más.

—¿Disfrutaste tu descanso?

Aelin no dijo nada.

Cairn recorrió el borde de la mesa de metal con la mano.

—He estado debatiéndome sobre qué debo hacer contigo, ¿sabes? Cómo saborear realmente esto, cómo hacerlo especial para ambos antes de que termine nuestro tiempo juntos.

El gruñido de Fenrys retumbó en la tienda de campaña. Cairn simplemente quitó el trapo de la mesa más pequeña.

Descubrió unos platos de metal de poca profundidad que tenían tres patas, cada uno con troncos sin encender.

Aelin se puso tensa cuando acercó uno de ellos y lo colocó a los pies de la mesa de metal. Era un brasero pequeño al cual le habían cortado las patas para que el tazón quedara apenas sobre el suelo.

Colocó el segundo brasero bajo el centro de la mesa. El tercero bajo la cabeza.

—Hemos jugado antes con tus manos —dijo Cairn y se enderezó. Aelin empezó a temblar, empezó a jalar las cadenas que ataban sus brazos sobre su cabeza. Él sonrió más ampliamente—. Veremos ahora cómo reacciona todo tu cuerpo a las flamas sin tu pequeño don. Tal vez ardas como el resto de nosotros.

Aelin jaló inútilmente, sus pies se resbalaban contra el metal todavía fresco.

Así no…

Cairn buscó en su bolsillo y sacó un poco de pedernal.

Esto no sería simplemente romper su cuerpo. Sino romperla a ella, al fuego que ella había aprendido a amar. Destruir la parte de ella que cantaba.

Le derretiría la piel y los huesos hasta que ella sintiera temor de las flamas, hasta que las odiara, como odiaba a esas sanadoras que habían venido una y otra vez a reparar su cuerpo, a confundir lo que era real de lo que había sido un sueño.

El gruñido de Fenrys continuó, interminable.

Cairn dijo con tranquilidad:

—Puedes gritar todo lo que quieras, si eso te hace sentir mejor.

La mesa se pondría al rojo vivo y el olor de carne quemada le llenaría la nariz y no podría detenerlo, detenerlo a él. Sollozaría con la agonía a medida que las quemaduras se profundizaran, a través de su piel y hasta el hueso.

La presión en su cuerpo, en su cabeza, disminuyó. Se convirtió en algo secundario cuando Cairn sacó una bolsa enrollada de su otro bolsillo. La colocó sobre el trozo de terciopelo negro y ella pudo distinguir las protuberancias de las herramientas delgadas que estaban en su interior.

—Para cuando el calor de la mesa se vuelva aburrido —dijo él y le dio unas palmaditas al bolso de herramientas—. Quiero ver qué tanto avanzan las quemaduras en tu cuerpo, debajo de la piel.

La bilis le subió por la garganta a Aelin mientras él sopesaba el pedernal en su mano y se acercaba.

Entonces empezó a deshilacharse, quién era y quién había sido empezaron a fundirse tal como su propio cuerpo pronto se fundiría cuando esta mesa se calentara.

Esto era lo que le había tocado vivir. Esto era lo que le tocaba y lo soportaría. Pero una palabra tomó forma en su lengua.

Por favor.

Intentó tragársela. Intentó mantenerla encerrada cuando Cairn se agachó junto a la mesa con el pedernal en alto.

No te doblegarás.

No te doblegarás.

No te doblegarás.

—Espera.

Una palabra rasposa.

Cairn se detuvo. Se levantó.

—¿Espera?

Aelin temblaba y jadeaba.

—Espera.

Cairn se cruzó de brazos.

—¿Hay algo que quieras decir por fin?

Le permitiría prometerle lo que fuera, prometerle a Maeve. Y después de todas maneras encendería esos braseros. Maeve no sabría que ella ya había cedido durante varios días.

Aelin se obligó a verlo a los ojos. Sus dedos cubiertos por el guantelete de metal presionaban el hierro bajo su cuerpo.

Una última oportunidad.

Había visto las estrellas en el cielo. Era el mejor regalo que había recibido, mejor que las joyas y vestidos y arte que alguna vez había deseado y coleccionado en Rifthold. El último regalo que recibiría, si jugaba bien las cartas que le habían tocado. Si lo hacía bien.

Terminar esto, terminar con ella. Antes de que Maeve pudiera ponerle el collar de roca del Wyrd al cuello.

El amanecer se acercaba y las estrellas empezaban a desvanecerse una por una.

Rowan estaba cerca de la entrada sur del campamento, su poder vibraba.

La tienda de campaña de Cairn estaba al centro del campamento. Había dos kilómetros entre Rowan y su presa.

Cuando los guardias empezaran su cambio de turno, les sacaría el aire de los pulmones. Les sacaría el aire de los pulmones a todos los soldados que se encontrara a su paso. ¿A cuántos conocería? ¿A cuántos habría entrenado? Una pequeña parte de él rezaba por que fueran pocos. Que, si lo conocían, tuvieran la sensatez de no intervenir. Pero no tenía ninguna intención de detenerse.

Rowan abrió la funda del hacha que colgaba a su costado. En la otra mano ya tenía un cuchillo largo.

Una tranquilidad asesina se había apoderado de él hacía horas. Hacía días. Hacía meses.

Sólo faltaban unos cuantos minutos.

Los seis guardias de la entrada del campamento se movieron de sus puestos. Los vigías de los árboles detrás de él, que no habían detectado su presencia durante la noche, se darían cuenta de la acción en el instante en que sus compañeros cayeran. Y sin duda lo verían en cuanto saliera entre los árboles para cruzar el angosto tramo de pastos que estaba entre el bosque y el campamento.

Rowan había considerado entrar volando, pero las patrullas aéreas habían estado circulando toda la noche y si las enfrentaba, gastaría más poder del necesario por un rato si también debía esquivar las flechas y la magia que pronto le empezarían a disparar también desde abajo… Gastaría reservas

vitales de su energía. Así que entraría a pie, una carrera difícil y brutal hacia el centro del campamento. Y luego de regreso, con Aelin o con Cairn.

Vivo. Tenía que mantener a Cairn vivo por el momento. Lo suficiente para salir del campamento y llegar a un sitio donde pudiera arrancarle todas las respuestas que necesitaba.

Ve, le dijo una voz silenciosa. Ve, ahora.

La hermana de Essar había sugerido esperar al amanecer. Cuando el turno de guardia fuera el más débil. Cuando ella se aseguraría de que ciertos guardias no llegaran a tiempo.

Ve ahora.

Esa voz, cálida pero insistente, lo jalaba. Lo empujaba hacia el campamento.

Rowan enseñó los dientes y su respiración se hizo más agitada. Lorcan y Gavriel estarían esperando la señal, un destello de su magia, cuando se hubiera adentrado lo suficiente en el campamento.

Ahora, príncipe.

Conocía esa voz, había sentido su calidez. Y si la Señora de la Luz personalmente le susurraba al oído…

Rowan no se permitió considerarlo más, molestarse con la diosa que por un lado lo instaba a actuar pero que no tenía problema con sacrificar a su pareja por el Candado.

Así que Rowan se preparó y pensó en el hielo de sus venas.

Tranquilo. Preciso. Letal.

Cada uno de los movimientos de sus cuchillos, cada golpe de su poder, debía contar.

Rowan lanzó su magia hacia la entrada del campamento.

Los guardias se llevaron las manos a la garganta, los escudos débiles se doblaron a su alrededor. Rowan los destrozó sin dificultad y su magia les sacó el aire de los pulmones, de la sangre.

Cayeron al piso un instante después.

Los vigías gritaron desde los árboles, salieron las órdenes de «¡Suenen la alarma!».

Pero Rowan ya estaba corriendo. Y los vigías de los árboles, cuyos gritos seguían recorriendo el viento mientras ellos intentaban recuperar el aliento, ya habían muerto.

El cielo empezó a colorearse en su transformación hacia el amanecer.

Parado al borde del bosque que rodeaba el lado este del campamento, a unos tres kilómetros de las colinas llenas de pastos entre él y el borde del ejército, Lorcan monitoreaba las tropas que empezaban a moverse.

Gavriel ya se había transformado y el enorme gato montés estaba caminando cerca de la línea de los árboles, esperando la señal.

Le costaba trabajo no mirar detrás de él aunque Lorcan sabía que no la alcanzaría a ver. Habían dejado a Elide unos kilómetros dentro del bosque, escondida en un pequeño bosquecillo de árboles a la orilla de un claro. Si las cosas iban mal, se adentraría más en las colinas boscosas y subiría hacia las montañas antiguas. Donde aún había depredadores más letales y astutos que las hadas.

Ella no le había dicho ni una palabra de despedida, aunque les deseó suerte a todos. Lorcan tampoco había encontrado las palabras adecuadas de todas maneras, así que se fue sin siquiera mirar atrás.

Pero ahora sí miró atrás. Si no regresaban, rezó por que ella no fuera a buscarlos.

Gavriel dejó de caminar y sus orejas se pusieron atentas hacia el campamento.

Lorcan se quedó inmóvil.

Una chispa de su poder despertó y parpadeó.

La muerte llamaba cerca.

—Es demasiado pronto —dijo Lorcan e intentó encontrar la señal de Whitethorn. Nada.

Las orejas de Gavriel estaban aplanadas contra su cabeza. Y esos parpadeos de muerte continuaron pasando.

CAPÍTULO 26

Aelin tragó saliva una vez. Dos veces. El vivo retrato del temor incierto mientras seguía encadenada a esa mesa de metal. Cairn seguía esperando su respuesta.

Y luego dijo, con la voz quebrada:

—Después de pasarte el día tratando de romperme, ¿qué se siente saber que sigues sin ser nada?

Cairn sonrió.

—Veo que aún te queda un poco de fuego. Bien.

Ella le sonrió detrás de la máscara.

—Tú sólo pudiste hacer el juramento de sangre por esto. Por mí. Sin mí, no eres nada. Volverás a no ser nada. Menos que nada, por lo que he escuchado.

Cairn apretó los dedos alrededor del pedernal.

—Sigue hablando, perra. Veremos a dónde te lleva.

Ella soltó una carcajada rasposa.

—Los guardias hablan cuando no estás, ¿sabes? Se les olvida que yo también soy hada. Que puedo oír como tú.

Cairn no dijo nada.

—Al menos están de acuerdo conmigo en un frente. Tú no tienes agallas. Tienes que atar a la gente para lastimarla porque eso te hace sentir hombre —Aelin miró deliberadamente entre sus piernas—. Inadecuado de las maneras que cuentan.

Un temblor lo recorrió.

—¿Quieres que te muestre lo inadecuado que soy?

Aelin rio de nuevo con un resoplido, altivo y frío, y miró al techo, hacia el cielo

que empezaba a aclarar. Lo último que vería, si le salía bien su plan.

Siempre había habido otro, un repuesto, que podría tomar su lugar si ella fracasaba. Que su muerte implicara que Dorian tendría que morir, que haría que esos dioses odiosos exigieran su vida para hacer el Candado… No era de sorprenderse que se odiara por ello. Le había fallado a suficiente gente, le había fallado a Terrasen, como para también tener que someterse a esta carga adicional. Pero al menos no tendría que sentirse así por demasiado tiempo.

Así que dijo lentamente hacia el cielo, hacia las estrellas:

—Oh, ya sé que no hay mucho que ver ahí, Cairn. Y tú no eres lo suficientemente hombre como para poder usarlo sin que alguien esté gritando, ¿o sí? —ante el silencio de él, ella sonrió—. Eso pensé. Lidié con suficiente gente de tu calaña en el gremio de los asesinos. Todos son iguales.

Un gruñido profundo.

Aelin solamente rio y ajustó la posición de su cuerpo, como si se estuviera poniendo cómoda.

—Adelante, Cairn. Haz lo que puedas.

Fenrys dejó escapar un gemido de advertencia.

Ella esperó, esperó, sin dejar de sonreír y conservando la soltura de sus extremidades.

Un puño le golpeó el abdomen, con tanta fuerza que ella intentó arquearse. El aire se le salió del cuerpo.

Luego otro golpe, a sus costillas, que le sacó un grito rasposo. Fenrys ladró.

Se escuchó el sonido de unos cerrojos abriéndose. Un aliento caliente le cosquilleó el oído mientras la levantaban de un tirón de la mesa.

—Las órdenes de Maeve tal vez me mantengan limitado, perra, pero veamos cuánto más puedes hablar después de esto.

A causa de sus piernas encadenadas, no logró poner los pies bajo ella antes de que Cairn la tomara por la nuca y le azotara el rostro contra el borde de la mesa de metal.

Vio estallar estrellas, cegadoras y agonizantes, cuando crujió como metal sobre metal sobre el hueso agrietado a lo largo de su cuerpo. Cayó hacia atrás y sus pies encadenados la dejaron tirada en el piso.

Fenrys volvió a ladrar, frenético y furioso.

Pero Cairn ya estaba ahí. La tomó del cabello con tanta fuerza que le lloraban

los ojos y ella volvió a gritar cuando la arrastró por el piso hacia el gran brasero encendido.

La puso de pie jalándole el cabello y empujó su rostro con la máscara hacia el frente.

—Vamos a ver qué tanto te burlas de mí ahora.

El calor la quemó instantáneamente, las flamas acariciaban la máscara muy cerca de su piel. Oh, dioses, oh, dioses, el calor…

La máscara se calentó en su cara y las cadenas en su cuerpo también.

A pesar de sus intenciones, de sus planes, intentó moverse hacia atrás, pero Cairn la sostuvo con firmeza. La empujó hacia el fuego mientras su cuerpo se resistía, luchando por moverse hacia cualquier espacio con aire fresco.

—Voy a derretirte la cara tanto que ni siquiera las sanadoras van a poder arreglarte —le susurró al oído. La empujó más y ella empezó a sentir que sus extremidades se vencían, el calor le quemaba la piel, las cadenas y la máscara.

Él la acercó un par de centímetros más a la flama.

El pie de Aelin se deslizó hacia atrás, entre las piernas apoyadas de Cairn. Ahora. Tenía que ser ahora…

—Disfruta respirar el fuego —siseó él y ella le permitió acercarla otro par de centímetros. Le permitió desequilibrarse un poco, sólo una fracción y luego azotó su cuerpo, no hacia arriba, sino hacia atrás, hacia él. Enganchó el pie alrededor de su tobillo y él perdió el equilibrio.

Aelin se dio la vuelta y le golpeó el pecho con el hombro. Cairn cayó al suelo.

Corrió… o lo intentó. Con las cadenas en los pies, en las piernas, apenas podía caminar, pero intentó moverse y pasar a su lado, consciente de que él ya se estaba moviendo, ya estaba levantándose.

Corre…

Las manos de Cairn se envolvieron alrededor de sus pantorrillas y las jalaron. Cayó y sintió el dolor recorrerle los dientes cuando chocaron contra la máscara. Se abrió el labio y le empezó a sangrar.

Entonces él llegó encima de ella y empezó a golpearla en la cabeza, en el cuello, en el pecho.

No podía quitárselo de encima. Sus músculos estaban demasiado agotados por la falta de uso, a pesar de lo que las sanadoras hacían para evitar que se le atrofiaran. Tampoco pudo voltearlo, aunque lo intentó.

Cairn buscó algo a sus espaldas… un atizador de hierro que se estaba calentando en el brasero.

Aelin se azotó de un lado a otro, intentando levantar las manos y pasarlas por arriba de la cabeza de Cairn para enrollar las cadenas alrededor de su cuello. Pero estaban atadas a los grilletes que tenía a los costados, en la espalda.

Los gruñidos y ladridos de Fenrys seguían sonando. La mano de Cairn rebuscó el atizador. No lo encontró.

Cairn volteó a sus espaldas para localizar el atizador y se atrevió a apartar la mirada de ella por un segundo.

Aelin no titubeó. Levantó la cabeza rápidamente e hizo chocar su rostro enmascarado con la cabeza de Cairn.

Él cayó hacia atrás y ella se lanzó hacia la entrada de la tienda de campaña.

Él tenía más control de lo que ella había calculado.

No la mataría, y lo que acababa de hacer, provocarlo…

Apenas había logrado levantarse cuando las manos de Cairn volvieron a tomarla del cabello.

La aventó con toda su fuerza hacia el ropero.

Aelin chocó con el mueble con un gran crujido que le retumbó por todo el cuerpo.

Algo en su costado tronó y ella gritó. El sonido fue débil y fragmentado. Luego chocó contra el suelo.

Fenrys había visto a su gemelo enterrarse un cuchillo en el corazón. Había visto a Connall desangrarse y morir sobre aquellas baldosas. Y luego le habían ordenado arrodillarse frente a Maeve en esa misma sangre mientras ella le pedía que la atendiera.

Se había sentado en una habitación de roca durante dos meses y había sido testigo de lo que le habían hecho al cuerpo de la joven reina, a su espíritu. No había podido ayudarla mientras ella gritaba y gritaba. Nunca podría dejar de oír esos gritos.

Pero el sonido que brotó de ella cuando Cairn la lanzó hacia el ropero donde Fenrys lo había visto acomodando sus herramientas, el sonido que hizo cuando chocó contra el piso, fue lo que lo destrozó por completo.

Un sonido pequeño. Silencioso. Sin esperanza.

Nunca se lo había escuchado, ni una sola vez.

Cairn se puso de pie y se limpió la nariz ensangrentada y rota.

Aelin Galathynius se movió e intentó levantarse apoyada en los antebrazos.

Cairn tomó el atizador al rojo vivo del brasero. Le apuntó a ella como si fuera una espada.

Fenrys luchó contra sus ataduras invisibles mientras Aelin lo miraba, donde había estado sentado los últimos dos días, en ese mismo maldito espacio junto a la pared de la carpa.

La desesperanza brilló en la mirada de Aelin.

La verdadera desesperanza, sin ninguna luz ni salida. El tipo de desesperanza que ya sólo deseaba la muerte. El tipo de desesperanza que empezaba a erosionar la fuerza, a carcomer cualquier voluntad de resistir.

Ella le parpadeó. Cuatro veces. Estoy aquí, estoy contigo.

Fenrys supo qué quería decir. Era el mensaje final. No el previo a la muerte sino el previo a algo que se rompería y de lo cual nadie saldría ileso. Antes de que Maeve regresara con el collar de roca del Wyrd.

Cairn hizo girar el atizador en sus manos; el calor emanaba de su punta.

Y Fenrys no lo podía permitir.

No podía permitirlo. En su alma destrozada, en lo que le quedaba después de todo lo que lo habían forzado a ver y hacer, no podía permitirlo.

El juramento de sangre mantenía sus patas plantadas. Una cadena oscura que corría hasta su alma.

No lo permitiría. Ese rompimiento final.

Empujó hacia arriba, contra el jalón de ese vínculo oscuro, gritando, aunque ningún sonido surgió de su hocico abierto.

Empujó y empujó y empujó contra esas cadenas invisibles, contra esa orden del juramento de sangre de obedecer, de permanecer quieto, de vigilar.

Lo desafió. Todo lo que era el juramento de sangre.

El dolor lo atravesó hasta el fondo.

Lo bloqueó mientras Cairn le apuntaba con el atizador ardiente a la joven reina con el corazón de fuego salvaje.

No lo permitiría.

Gruñendo, mientras el hombre en su interior se azotaba de un lado a otro, Fenrys aulló contra la cadena oscura que lo ataba.

La desgajó, la mordió y la rasgó con cada brizna de desafío que logró reunir.

Que eso lo matara, que eso lo arruinara. No continuaría sirviendo. No por otro instante. No obedecería.

No obedecería.

Y lentamente, Fenrys se puso de pie.

El dolor vibró por todo el cuerpo de Aelin, que yacía extendida, jadeando e intentando separar su cabeza y pecho del suelo apoyándose en los brazos.

Pero no estaba viendo a Cairn y el atizador.

Sino a Fenrys, que se estaba levantando con el cuerpo tembloroso por el dolor y el hocico arrugado por la rabia.

Incluso Cairn se detuvo. Miró al lobo blanco.

—Detente.

Fenrys gruñó, un gruñido feroz y profundo. Y siguió luchando por ponerse en pie.

Cairn apuntó el atizador hacia la alfombra.

—Échate. Es una orden de tu reina.

Fenrys empezó a tener un espasmo y se le erizó el pelo del lomo. Pero estaba parado.

Parado.

A pesar de la orden, a pesar de las órdenes del juramento de sangre.

Párate.

Desde muy lejos, se escucharon las palabras.

Cairn rugió:

—¡Échate!

La cabeza de Fenrys se movía de un lado al otro, su cuerpo se azotaba contra las cadenas invisibles. Contra un juramento invisible.

Sus ojos oscuros vieron directo a los de Cairn.

La sangre empezó a correr desde una de las fosas nasales del lobo.

Esto lo mataría: romper el juramento. Le rompería el alma. El cuerpo se iría poco después.

Pero Fenrys adelantó una pata. Sus garras se clavaron en el piso.

El rostro de Cairn palideció con ese paso. Ese paso imposible.

Fenrys la miró. Ninguno necesitó ya el código silencioso que compartían para que se entendiera la palabra que él tenía en la mirada. La orden y la súplica.

Corre.

Cairn leyó la palabra también.

Y siseó:

—Si tiene la columna rota, no puede.

Y levantó el atizador con fuerza para golpearle la espalda a Aelin.

Con un rugido, Fenrys saltó.

Y con eso, reventó por completo el juramento de sangre.

CAPÍTULO 27

El lobo y el hada salieron revolcándose por la alfombra, gruñendo y rasgando.

Fenrys se lanzó hacia la garganta de Cairn mientras sostenía al hombre con su enorme cuerpo pero Cairn logró interponer sus pies y pateó.

Aelin se levantó y les rogó a sus piernas que tuvieran fuerza mientras lograba hincarse junto al ropero con cajones. Fenrys chocó contra la mesa de metal pero instantáneamente volvió a ponerse en movimiento y lanzó su cuerpo contra Cairn.

Un siseo suave se escuchó cerca y Aelin se atrevió a apartar la vista para ver el atizador en el piso a su derecha.

Movió los pies hacia él. Colocó el centro de las cadenas que le ataban los tobillos sobre la punta al rojo vivo.

Lentamente, los eslabones del centro se calentaron.

El lobo y el hada luchaban en un nudo de garras y puños y dientes y luego se separaron.

Cercenar el juramento de sangre… eso lo mataría.

Eran los últimos latidos de su corazón, sus últimas respiraciones.

—Te arrancaré la piel de los huesos —jadeó Cairn.

Fenrys respiró pesadamente. La sangre le brotaba entre los dientes mientras colocaba una pata frente a la otra, caminando en círculo. Su mirada no se movía de la de Cairn mientras seguían avanzando, evaluándose el uno al otro para dar el golpe mortal.

Los eslabones al centro de la cadena empezaron a brillar.

Arriba, el cielo empezó a aclararse y a ponerse gris.

Fenrys y Cairn dieron otra vuelta, paso tras paso.

Lo estaba intentando cansar, agotar. Cairn conocía el precio de cercenar el

juramento de sangre. Sabía que sólo tenía que esperar para que Fenrys muriera.

Fenrys también lo sabía.

Atacó y tiró una mordida hacia la garganta de Cairn mientras dirigía las patas hacia las espinillas del hombre.

Aelin tomó el atizador, plantó los talones y jaló la varilla de metal hacia arriba. Resistió contra los eslabones calientes de la cadena y movió los pies hacia abajo lo más que pudo. Los brazos se le doblaban.

Cairn y Fenrys seguían rodando y Aelin apretó los dientes y gritó.

La cadena entre sus piernas se rompió.

Era todo lo que necesitaba.

Se puso de pie pero se detuvo. Fenrys estaba debajo de Cairn y la miró a los ojos. Le gruñó como advertencia y como orden.

Corre.

Cairn volteó a verla. Vio la cadena que colgaba libre entre sus tobillos.

—Tú…

Pero Fenrys se abalanzó hacia arriba y cerró sus mandíbulas en el hombro de Cairn.

Cairn gritó, se arqueó e intentó tomar a Fenrys por la espalda.

Fenrys volvió a mirarla y desgarró el hombro de Cairn mientras él los empujaba contra el borde de la mesa. Golpeó la columna de Fenrys contra el metal con tanta fuerza que se escuchó crujir el hueso.

Corre.

Aelin no titubeó. Corrió hacia la entrada de la carpa.

Y hacia la mañana que estaba del otro lado.

Un kilómetro hacia el centro del campamento. A la tienda de campaña.

Los soldados habían respondido como Rowan lo anticipó y los había matado de igual manera.

Varias aves de rapiña lo atacaban y le lanzaban viento y hielo desde arriba. Él destrozaba su magia con explosiones de la suya y los dispersaba.

Un grupo de guerreros salió de atrás de una hilera de tiendas de campaña.

Algunos lo vieron y corrieron de regreso al sitio de donde habían salido. Todos eran soldados que él había entrenado. Y algunos que no. Sin embargo, muchos se quedaron a pelear.

Rowan destrozó sus escudos, les sacó el aire de los pulmones. Algunos vieron su hacha ondear hacia sus cuellos.

Cerca. Estaba tan cerca de esa tienda de campaña. Le haría la señal a Lorcan y Gavriel en un momento. Cuando estuviera lo suficientemente cerca para necesitar de la distracción para salir.

Otra oleada de soldados se dirigió a él y Rowan preparó su cuchillo largo. Su poder bloqueaba las flechas y luego a los arqueros.

Y los convirtió a todos en astillas sangrientas.

CAPÍTULO 28

Aelin corrió.

Sus piernas débiles se tropezaban en los pastos, sus manos todavía encadenadas le limitaban el movimiento, pero corrió. Eligió una dirección, cualquiera salvo la bruma del río a su izquierda y corrió.

El sol empezaba a salir y el campamento… Había movimiento detrás de ella. Gritos.

Ella lo bloqueó y se dirigió a la derecha. Hacia el sol saliente, como si fuera el abrazo cálido de la propia Mala.

No lograba respirar lo suficiente a través de la angosta ranura de la máscara, pero siguió moviéndose, pasando junto a tiendas de campaña, junto a soldados que la volteaban a ver como si estuvieran confundidos. Tenía el atizador en sus manos y se negó a ver qué era lo que causaba el escándalo, si Cairn venía corriendo detrás de ella.

Pero entonces los oyó. Gritos que daban órdenes.

Unos pasos detrás en el pasto que se acercaban. La gente adelante alertada por sus gritos.

Sus pies descalzos corrían sobre el suelo, sus piernas exhaustas le rogaban que se detuviera.

Pero Aelin continuó dirigiéndose hacia el horizonte al este. Hacia los árboles y las montañas, hacia el sol que despuntaba entre ellos.

Y cuando los primeros soldados le bloquearon el paso y le gritaron que se detuviera, tomó el atizador de hierro y no dudó.

La muerte le cantó a Lorcan.

Por las aves de rapiña que volaban más y más al centro del campamento, supo que Whitethorn ya estaba cerca de la tienda de campaña de Cairn.

Así que pronto recibirían la señal.

Lorcan y Gavriel tranquilizaron su respiración y prepararon su poder. Latía en su interior, como dos olas gemelas a punto de reventar.

Pero la muerte llegó a otro lugar del campamento.

Más cerca de ellos. Moviéndose a toda velocidad.

Lorcan miró el cielo que se hacía más luminoso, la línea de las primeras tiendas de campaña. La entrada con los guardias.

—Alguien se está moviendo hacia acá —le murmuró Lorcan a Gavriel—. Pero Whitethorn sigue allá.

Fenrys. O Connall, tal vez. Tal vez la hermana de Essar, quien nunca le había agradado. Pero no le importaría eso si ella no los traicionaba.

Apuntó al norte de la entrada.

—Tú toma ese lado. Prepárate para atacar por el flanco.

Gavriel salió corriendo, un depredador listo para atacar sin ser visto cuando Lorcan atacara de frente.

La muerte brillaba. Whitethorn estaba ya casi en el centro del campamento. Y esa fuerza que se estaba aproximando a la entrada este…

Al demonio con esperar.

Lorcan salió de entre los árboles, con su poder oscuro ondeando, listo para enfrentarse a lo que saliera por esas tiendas de campaña.

Desabrochó la funda de la espada a su lado y miró al cielo, al campamento, al mundo mientras la muerte seguía parpadeando, cuando el sol saliente cubrió de oro los pastos y empezó a evaporar el rocío.

Nada. No había señal de qué, o quién…

Llegó a la primera hondonada que salía del borde del campamento, las concavidades angostas e inclinadas, cuando apareció Aelin Galathynius.

Lorcan no anticipaba el sollozo que le subió por la garganta cuando la vio correr entre las tiendas de campaña, cuando vio la máscara de hierro y las cadenas que traía sobre su cuerpo, las manos aún atadas.

Cuando vio la sangre que le empapaba la piel, su túnica blanca y corta, su cabello, más largo que la última vez que la había visto y pegado a su cabeza por la sangre.

Sus rodillas dejaron de funcionar e incluso su magia titubeó al ver su carrera salvaje y desesperada por alcanzar el borde del campamento.

Los soldados corrían hacia ella.

Lorcan se puso en movimiento de golpe y lanzó su magia hacia arriba en un movimiento amplio. No hacia ella, sino hacia Whitethorn, que seguía corriendo hacia el centro del campamento.

Está aquí, está aquí, está aquí, dijo en su mensaje.

Pero Lorcan estaba demasiado lejos, las hondonadas con pastos y huecos entre ellos ahora parecían interminables. Diez soldados convergieron en Aelin, le bloquearon el paso hacia el campo abierto.

Uno atacó con su espada, un golpe que le partiría el cráneo en dos.

El tonto no se dio cuenta de quién estaba frente a él. Lo que estaba enfrentando.

Que no era una reina que echaba fuego atada en hierro la que iba directo hacia él, sino una asesina.

Con un giro y los brazos levantados, Aelin se enfrentó directamente a la espada.

Justo como lo había planeado.

La espada del soldado falló por un poco y no cayó donde él quería pero sí precisamente donde ella lo deseaba.

En el centro de las cadenas que le ataban las manos.

El hierro tronó.

Luego la espada del hombre estaba en manos de ella. Luego la sangre brotó de la garganta del soldado.

Aelin giró y se lanzó contra los otros soldados que estaban entre ella y la libertad. Mientras corría hacia ella, Lorcan no pudo evitar quedarse con la boca abierta ante lo que estaba sucediendo.

Ella volvió a atacar antes de que ellos supieran hacia dónde voltear. Atacar, esquivar, avanzar.

Con la otra mano consiguió una de las dagas de los soldados.

Y entonces terminó todo. Ya no había nada entre ella y la entrada del campamento salvo los seis guardias que estaban sacando sus armas…

Lorcan les lanzó su magia, una red letal de poder que hizo que esos guardias cayeran de rodillas. Sus cuellos se rompieron.

Aelin no titubeó al verlos caer vencidos al suelo. Siguió avanzando y se dirigió

directamente al campo y las colinas. Donde Lorcan venía corriendo hacia ella.

Volvió a hacer una señal. Hacia mí, hacia mí.

No sabía si Aelin reconocía la señal, o si lo reconocía a él, pero de todas formas corrió en su dirección.

Entera. Su cuerpo parecía estar entero pero se veía tan delgada y sus piernas ensangrentadas parecían tener dificultad para mantenerla en pie.

Un campo de prominencias empinadas y agujeros los seguía separando. Lorcan maldijo.

No lo lograría, no en ese terreno, no agotada como estaba…

Pero lo logró.

Aelin desapareció en la primera hondonada y la magia de Lorcan estalló una y otra vez. A ella, a Whitethorn.

Y luego ella salió en la cima de la colina y él alcanzó a ver que la lentitud empezaba a apoderarse de ella, el puro agotamiento de un cuerpo que llegaba a su límite.

Las flechas salían disparadas de los arcos y un muro de ellas salió volando al cielo. Dirigido a ella en esas colinas expuestas.

Lorcan lanzó otra oleada de su poder para romperlas.

Dispararon más. En esta ocasión fueron disparos individuales, de tantas direcciones que él no podía rastrear el origen de cada uno. Eran arqueros entrenados, algunos de los mejores de Maeve. Aelin debía…

Ya lo estaba haciendo.

Aelin empezó a avanzar en zigzag y se convirtió en un blanco más difícil. De izquierda a derecha, corría por las colinas, más lentamente con cada montículo que superaba, con cada paso que daba hacia Lorcan mientras él seguía corriendo en su dirección, con cien metros entre ellos ya.

Una flecha volaba directamente a su espalda, pero Aelin se lanzó a un lado y patinó en el pasto y la tierra. Se levantó de nuevo en un instante, con las armas todavía en las manos, y siguió corriendo hacia las colinas y depresiones entre ellos.

Otra flecha dirigida a ella, y Lorcan iba a desviarla. Pero un muro de dorado brillante llegó antes.

Desde el norte, saltando sobre las hondonadas, venía Gavriel a toda velocidad. Aelin desapareció en un agujero en la tierra y, cuando salió, el León venía corriendo a su lado y había creado un escudo dorado a su alrededor. No cerca

de ella sino en el aire que los rodeaba. No podía tocarla por la máscara de hierro, las cadenas que colgaban en su torso. Los guanteletes en sus manos.

Los soldados iban saliendo en un torrente del campamento y Lorcan envió un viento negro para azotarse contra ellos. Donde los tocaba, morían. Y quienes no, se toparon con un escudo impenetrable que les impidió entrar al campo.

Lo extendió lo más que pudo. Con o sin juramento de sangre, seguían siendo su gente. Sus soldados. Evitaría sus muertes, si podía. Los salvaría de ellos mismos.

Aelin ya venía tropezándose y Lorcan libró la última de las colinas que los separaban.

Abrió la boca para gritar algo, no sabía qué, pero un grito perforó el cielo azul.

El sollozo que brotó de Aelin al escuchar el grito de furia del halcón le destrozó el pecho a Lorcan.

Pero continuó corriendo hacia los árboles, hacia la protección que le proporcionarían. Lorcan y Gavriel empezaron a avanzar a su lado y, cuando volvió a tropezar, cuando esas piernas demasiado delgadas dieron de sí, Lorcan la tomó por debajo del brazo y la cargó.

Rápido como una estrella fugaz, Rowan se lanzó hacia ellos. Los alcanzó cuando estaban pasando los primeros árboles. Se transformó al aterrizar. Se detuvieron bruscamente y Aelin cayó al suelo cubierto de pino.

Rowan llegó con ella en un instante y sus manos se dirigieron hacia la máscara que le cubría el rostro, las cadenas, la sangre que le cubría los brazos, su cuerpo destrozado…

Aelin dejó escapar otro sollozo y luego gimió:

—Fenrys.

Lorcan tardó un instante en entender. Ella tuvo que señalar detrás de ellos, hacia el campamento, y dijo de nuevo, como si no pudiera decir otra cosa:

—Fenrys.

Su respiración era un desgarramiento húmedo. Una súplica. Una súplica destrozada y sangrienta.

Fenrys seguía con Cairn. En el campamento. Aelin volvió a señalar, sollozando.

Rowan apartó la vista de su pareja.

La rabia en la mirada de Rowan podría haber devorado el mundo. Y esa rabia

estaba a punto de vengarse de una manera que sólo podía poseer un hada macho por su pareja.

Los colmillos de Rowan brillaron pero su voz tenía un tono suave y mortífero cuando le dijo a Lorcan:

—Llévala al valle —un movimiento de la barbilla a Gavriel—. Tú ven conmigo.

Con un último vistazo hacia Aelin, su furia congelada cerniéndose en una tormenta en el viento, el príncipe y el León se fueron para atacar de nuevo el campamento caótico y sangriento.

CAPÍTULO 29

Con el campamento en caos total, fue mucho más sencillo entrar de regreso.

El poder de Rowan les abrió camino en el borde oeste y despedazó por igual carpa y hueso. Cualquier soldado que siguiera entre el extremo este del campamento y el centro corrió hacia allá.

Abrieron el paso. Justo a la tienda de campaña que había estado tan cerca de alcanzar cuando percibió el poder de Lorcan. Una señal.

De que la habían encontrado. O que ella los había encontrado, al parecer.

Y cuando Rowan la vio, primero desde los cielos y luego a su lado, cuando olió la sangre, tanto de ella como de otros, cuando vio las cadenas y la máscara de hierro sobre su cara, cuando ella sollozó al verlo, con su olor cubierto de terror y desesperación…

La rabia que le hirvió por todo el cuerpo no tuvo espacio para la misericordia. No tuvo espacio para la compasión.

No tenía ninguna de las dos cuando él y Gavriel pasaron por el último grupo de tiendas de campaña y llegaron a la carpa grande situada en un círculo de pasto que había sido despejado. Como si nadie soportara estar cerca de Cairn.

Fenrys estaba con ella. O había estado.

Por el interior en silencio, se preguntó si el lobo estaría muerto.

Gavriel se transformó de nuevo en hada y sacó el cuchillo de su cintura. Intercambiaron una mirada y eso bastó para que Rowan le ordenara guardar silencio y envió una corriente de viento al interior.

Entonces le cantó a él para informarle que había dos vidas. Ambas heridas. La sangre se sentía densa en el aire. Eso fue todo lo que necesitó.

Silenciosos como la brisa en el pasto, entraron a la carpa. Rowan no sabía dónde mirar.

El lobo y el hada tirados en el piso.

El ataúd de hierro del otro lado.

La caja de hierro donde la habían encerrado.

La habían tenido que reforzar, al parecer, por la soldadura descuidada que tenían las placas gruesas en la parte superior.

La caja era tan pequeña. Tan angosta.

El olor de la sangre de Aelin, su miedo, saturaba el interior de la tienda de campaña. Emanaba de esa caja.

Cerca había una mesa de metal.

Y debajo de ella…

Rowan vio los tres braseros sin encender que estaban debajo, las argollas para fijar las cadenas en la cabecera y en los pies de la mesa, y por último vio al hombre hada ensangrentado, pero todavía vivo, en el piso frente a Fenrys.

Gavriel ya estaba agachado ante Fenrys. La luz dorada de su poder se envolvió alrededor de la piel bañada en sangre. Lo estaba sanando. El lobo blanco no recuperó la conciencia pero su respiración se estabilizó. Eso bastaba por lo pronto.

—Sánalo —dijo Rowan con suavidad letal. El León levantó la vista y se dio cuenta de que Rowan ya no miraba al lobo. Sino a Cairn.

A Cairn le faltaban trozos de carne del cuerpo. Una protuberancia en su sien le indicó a Rowan que había sido el golpe que lo había hecho perder la conciencia. Como si Fenrys hubiera azotado el cráneo de Cairn en el costado de esa mesa de metal. Y luego se hubiera colapsado apenas a más de un metro de distancia.

Colapsado, tal vez no por las heridas en sí, sino… Rowan se sobresaltó. ¿Lo que había sucedido aquí había sido tan terrible que el lobo había logrado hacer lo imposible para que Aelin no tuviera que soportarlo?

Los ojos amarillos de Gavriel brillaron con cautela. Rowan volvió a señalar a Cairn.

—Sánalo.

No tenían mucho tiempo. No para hacer lo que quería. Lo que necesitaba.

Algunos de los cajones del ropero alto estaban abiertos. Dentro brillaban herramientas pulidas.

Había una bolsa de herramientas sobre un trozo de terciopelo negro junto a la mesa de metal.

La sangre de Aelin le cantó de dolor y desesperación, de absoluto terror.

Su Corazón de Fuego.

La magia de Gavriel brilló y la luz dorada se acomodó sobre Cairn.

Rowan estudió las herramientas que Cairn había sacado, las que había en el cajón. Con cuidado, deliberadamente, seleccionó una.

Un cuchillo delgado y muy afilado. La herramienta de una sanadora para incisiones precisas y para raspar podredumbre.

Cairn gimió al empezar a recuperar la conciencia. Para cuando Cairn despertó, encadenado ya a la mesa de metal, Rowan estaba listo.

Cairn vio quién estaba viéndolo, la herramienta que tenía en la mano tatuada, las otras que también había colocado en ese trozo de terciopelo y empezó a intentar revolcarse. Las cadenas de hierro lo sostuvieron con firmeza.

Luego Cairn vio la rabia congelada de la mirada de Rowan. Comprendió qué es lo que tenía la intención de hacer con ese cuchillo tan afilado. Una mancha oscura se extendió en el frente de los pantalones de Cairn.

Rowan envolvió un viento helado alrededor de la carpa, para bloquear cualquier sonido, y empezó.

CAPÍTULO 30

El sonido del conflicto hacía eco por todo el territorio, incluso a varios kilómetros de distancia. En las profundidades de las colinas bajo un bosque antiguo, Elide llevaba horas esperando. Primero temblaba en la oscuridad, luego vio cómo el cielo comenzaba a despintarse y teñirse de gris y luego, finalmente, de azul. Y con esa última transición, el escándalo había empezado.

Elide había alternado entre caminar por el valle musgoso, dar vueltas entre las rocas grisáceas que estaban esparcidas entre los árboles, y sentarse en el silencio aplastante recargada en los árboles enormes y de troncos amplios intentando hacerse lo más pequeña y silenciosa posible. Gavriel le había jurado que ninguna de las bestias extrañas o letales que recorrían estas tierras se acercaría tanto a Doranelle, pero de todas maneras ella prefería no arriesgarse. Así que permaneció en el valle, donde le habían indicado que esperara.

Que los esperara. O que esperara a que las cosas fueran tan mal que ella no tuviera alternativa más que buscar su propia salida. Tal vez buscaría a Essar, si las cosas llegaran a eso…

Pero no llegarían a eso. Lo juró una y otra vez. No podían llegar a eso.

El sol de la mañana empezaba a calentar la sombra helada cuando los vio.

Los vio antes de escucharlos porque sus pisadas eran silenciosas en el suelo del bosque, gracias a su gracia inmortal y su entrenamiento. Exhaló un aliento tembloroso cuando Lorcan salió entre dos árboles cubiertos de musgo con la mirada fija en ella. Y un paso atrás, dando traspiés…

Elide no sabía qué hacer. Con su cuerpo, con sus manos. No sabía qué decir al ver a Aelin tropezarse sobre las raíces y las rocas, al ver cómo chocaban la máscara y las cadenas y al verla bañada en sangre. No era sólo sangre de sus propias heridas sino también de otros.

Estaba delgada y su cabello dorado mucho más largo. Demasiado largo, incluso considerando el tiempo que no la había visto. Casi le llegaba al ombligo y estaba prácticamente cubierto de sangre. Como si hubiera corrido bajo una lluvia de sangre.

No había señal de Rowan y Gavriel. Pero el rostro de Lorcan no mostraba dolor, nada salvo urgencia, por cómo veía los cielos, los árboles. Atento a

cualquier señal de persecución.

Aelin se detuvo en el borde del claro. Venía descalza y su túnica corta no revelaba lesiones graves.

Pero había poco reconocimiento en la mirada de Aelin por la sombra de la máscara.

Lorcan le dijo a la reina:

—Aquí los esperaremos.

Aelin, como si su cuerpo no le perteneciera del todo, levantó sus manos envueltas en los guantes de metal y con grilletes. La cadena que las unía estaba rota y colgaba en pedazos de cada uno de los grilletes. Lo mismo en los tobillos.

Jaló uno de los guanteletes. No se movió.

Volvió a jalar. El guantelete no se movió nada.

—Quítamelos.

Su voz era grave, rasposa.

Elide no sabía a cuál de los dos se lo había ordenado, pero antes de que ella pudiera cruzar el claro, Lorcan tomó la muñeca de la reina para examinar los candados.

Una de las comisuras de su boca se tensó. No había manera sencilla de liberarlos, entonces.

Elide se acercó. Su cojeo era severo ahora que la magia de Gavriel estaba ocupada.

Los guanteletes estaban cerrados en sus muñecas y se traslapaban un poco con los grilletes. Ambos tenían unas pequeñas cerraduras. Ambos estaban hechos de hierro.

Elide se movió ligeramente y recargó su peso en la pierna sana para poder ver dónde estaba cerrada la máscara en la parte trasera de la cabeza de Aelin.

Ese cerrojo era más complicado que los otros, las cadenas eran gruesas y antiguas.

Lorcan había metido la punta de una daga delgada al cerrojo del guantelete y ahora la estaba inclinando para intentar abrir el mecanismo.

—Quítamelos —dijo la reina con palabras guturales que se tragaron los árboles cubiertos de musgos.

—Estoy intentándolo —dijo Lorcan. No lo dijo con amabilidad pero ciertamente no lo hizo tampoco con su frialdad habitual.

La daga raspó el cerrojo pero no logró nada.

—Quítamelos —la reina empezó a temblar.

—Estoy…

Aelin le arrebató la daga y el metal sonó contra el metal mientras ella metía la punta de la daga en el cerrojo. La daga temblaba en su mano cubierta de hierro.

—Quítamelos —susurró y apartó los labios para mostrar los dientes—. Quítamelos.

Lorcan intentó recuperar la daga pero ella se hizo a un lado. Él dijo bruscamente:

—Estos cerrojos son demasiado ingeniosos. Necesitamos un cerrajero.

Jadeando entre dientes, Aelin clavó y giró la daga en el cerrojo del guantelete. Un crujido resonó en el claro.

Pero no era el cerrojo. Aelin sacó la daga y pudieron ver la punta rota. Una astilla de metal salió del cerrojo y cayó al musgo.

Aelin miró la daga rota, la astilla en el musgo suave donde pisaban sus pies descalzos y sangrientos y empezó a respirar más y más rápido.

Luego dejó caer la daga en ese mismo musgo. Empezó a tratar de quitarse los grilletes de los brazos, los guanteletes de las manos, la máscara de la cara.

—Quítamelos —suplicó mientras seguía rascando y tirando y jalando—. ¡Quítamelos!

Elide estiró la mano hacia ella, para evitar que se arrancara la piel de los huesos, pero Aelin la esquivó y se adentró más en el claro.

La reina se dejó caer de rodillas y se inclinó al frente intentando arrancarse la máscara.

No logró moverla.

Elide miró a Lorcan. Estaba petrificado, con los ojos muy abiertos mirando a Aelin sobre el musgo y escuchando su respiración que ya empezaba a convertirse en sollozos.

Él había hecho esto. Los había conducido a esto.

Elide dio un paso hacia Aelin.

Los guanteletes de la reina empezaron a hacerle sangrar el cuello donde estaban rozándola, también en la mandíbula donde jalaba la máscara.

—¡Quítamelos! —la súplica se convirtió en un alarido—. ¡Quítamelos!

Una y otra vez, la reina lo gritó:

—¡Quítamelos, quítamelos, quítamelos!

Estaba sollozando entre sus gritos, los sonidos retumbaban por el bosque antiguo. No dijo otra palabra. No le suplicó a ningún dios, a ningún ancestro.

Sólo esas palabras, una y otra y otra vez.

Quítamelos, quítamelos, quítamelos.

Se escuchó un movimiento entre los árboles a sus espaldas y el hecho de que Lorcan no intentara tomar sus armas le informó a Elide quién era. Pero cualquier alivio que pudo sentir duró poco al ver salir a Rowan y Gavriel cargando un enorme lobo blanco entre los dos. El lobo cuyas mandíbulas se habían cerrado en el brazo de Elide y que le había arrancado la carne hasta el hueso. Fenrys.

Estaba inconsciente y la lengua le colgaba del hocico ensangrentado. Rowan apenas entró al claro y dejó al lobo en el suelo para dirigirse a Aelin.

El príncipe estaba cubierto de sangre. Por sus pasos normales, Elide supo que no era de él.

Por la sangre que le cubría la barbilla, el cuello… No quiso saber.

Aelin jalaba la máscara fija, sin darse cuenta o sin importarle que el príncipe estuviera frente a ella. Su consorte, su esposo, su pareja.

—Aelin.

Quítamelos, quítamelos, quítamelos.

Sus gritos eran insoportables. Peores que los de aquel día en la playa en Eyllwe.

Gavriel se acercó para pararse al lado de Elide. Tenía la piel dorada pálida mientras miraba a la reina frenética.

Lentamente, Rowan se arrodilló frente a ella.

—Aelin.

Ella solamente inclinó la cabeza hacia las copas de los árboles y sollozó.

La sangre le corría por el cuello a causa de los rasguños que se había hecho en la piel y se mezclaba con la que ya tenía ahí.

Rowan estiró una mano temblorosa, la única señal de la agonía que Elide sabía seguramente le estaba recorriendo el cuerpo. Con cuidado, le puso las manos sobre las muñecas; con cuidado, cerró sus dedos a su alrededor. Para detener los rasguños y arañazos brutales.

Aelin sollozaba, su cuerpo temblaba de la fuerza de su llanto.

—Quítamelos.

Los ojos de Rowan destellaron. El pánico y el dolor y la añoranza brillaron en su mirada.

—Lo haré. Pero tienes que quedarte quieta, Corazón de Fuego. Sólo unos momentos.

—Quítamelos.

Los sollozos empezaron a hacerse más suaves y a convertirse en algo más desgarrado y crudo. Rowan pasó los pulgares sobre sus muñecas, sobre esos grilletes de hierro. Como si no fueran más que su piel. Lentamente, ella empezó a dejar de temblar.

No, no había dejado de temblar, se dio cuenta Elide cuando Rowan se puso de pie y caminó hacia la espalda de la reina. Más bien los contuvo, los volvió hacia su interior. Los temblores ondulaban por el cuerpo tenso de Aelin pero se mantuvo inmóvil mientras Rowan examinaba el cerrojo.

Pero algo como sorpresa, luego horror y dolor, se reflejó en su rostro mientras él estudiaba su espalda. Desapareció tan pronto como apareció.

Con un vistazo, Gavriel y Lorcan llegaron a su lado, con pasos lentos. No amenazantes.

Al otro lado del claro, Fenrys seguía inconsciente con el pelo blanco bañado en sangre.

Elide caminó hacia Aelin y se colocó en el sitio donde había estado Rowan.

La reina tenía los ojos cerrados, como si requiriera de toda su concentración para permanecer quieta un instante más, para permitirles ver, para no volver a arañar el metal.

Así que Elide no dijo nada, no le pidió que hiciera nada y se quedó acompañándola simplemente, por si la necesitaba.

Detrás de Aelin, la cara salpicada de sangre de Rowan estaba seria mientras seguía estudiando el cerrojo que sostenía las cadenas de la máscara en la parte trasera de su cabeza. Sus fosas nasales se ensancharon un poco.

Rabia… frustración.

—Nunca había visto un cerrojo así —murmuró Gavriel.

Aelin empezó a temblar otra vez.

Elide le puso una mano sobre la rodilla. Aelin se la había raspado y tenía lodo y pasto en la piel cubierta de sangre.

Esperó a que la reina le apartara la mano, pero Aelin no se movió. Permaneció con los ojos cerrados y su respiración entrecortada se mantuvo sin cambio.

Rowan tomó una de las cadenas que ataban la máscara y le asintió dirigiéndose a Lorcan.

—La otra.

En silencio, Lorcan tomó el extremo opuesto. Cortarían el hierro si tenían que hacerlo.

Elide contuvo el aliento mientras los dos hombres jalaban con todas sus fuerzas. Los brazos les temblaban.

Nada.

Lo intentaron otra vez. Aelin contuvo el aliento. Elide le apretó la rodilla.

—Logró romper las cadenas de sus tobillos y de sus manos —dijo Gavriel—. No son indestructibles.

Pero con las cadenas de la máscara tan cerca de su cabeza, era imposible darles un espadazo. O tal vez la máscara estaba hecha de hierro mucho más fuerte.

Rowan y Lorcan gruñeron y jalaron de nuevo las cadenas. No tenía caso.

Jadeando suavemente, se detuvieron un momento. Tenían marcas rojas en las manos.

Ya habían intentado usar su magia para romper el hierro.

El silencio se apoderó del claro. No podían permanecer ahí. No mucho tiempo más. Pero llevar a Aelin encadenada, cuando estaba tan desesperada por quitarse las cadenas…

Aelin abrió los ojos.

Tenía la mirada vacía. Completamente drenada. Una guerrera que ya había aceptado la derrota.

Elide dijo sin pensar, porque quería encontrar algo que ahuyentara ese vacío:

—¿Alguna vez hubo una llave? ¿Los viste usar una llave?

Dos parpadeos. Como si eso significara algo.

Rowan y Lorcan volvieron a jalar, con fuerza.

Pero la mirada de Aelin cayó hacia el musgo, hacia las rocas. Entrecerró un poco los ojos, como si hubiera al fin entendido la pregunta. A través del pequeño agujero de la máscara, Elide alcanzó a ver que su boca se movía para formar las palabras. Una llave.

—No la tengo… no las tenemos —dijo Elide y entendió la dirección de los pensamientos de Aelin—. Las tienen Manon y Dorian.

—Silencio —siseó Lorcan. No por el volumen de su voz, sino por la información letal que había revelado Elide.

Aelin volvió a parpadear dos veces con esa intencionalidad extraña.

Rowan les gruñó a las cadenas y volvió a jalar.

Pero Aelin estiró la mano hacia el musgo y trazó una figura.

—¿Qué es eso? —Elide se inclinó al frente cuando la reina lo volvió a hacer. Su rostro hueco estaba impasible.

Los hombres hicieron una pausa al escuchar la pregunta y vieron el dedo de Aelin moverse en el verdor.

—Una marca del Wyrd —dijo Rowan con suavidad—. Para abrir.

Aelin la volvió a trazar, muda e inmóvil. Como si ninguno de ellos estuviera ahí.

—¿Funcionan en el hierro? —preguntó Gavriel y siguió el movimiento del dedo de Aelin.

—Abrió las puertas de la biblioteca real de Adarlan con ese símbolo —murmuró Rowan—. Pero necesitó…

Dejó que sus palabras quedaran inconclusas y tomó el cuchillo roto que Aelin había descartado en el musgo a su lado. Se hizo un corte en la palma de la mano.

Se arrodilló frente a ella y extendió la mano ensangrentada.

—Muéstrame, Corazón de Fuego. Muéstrame otra vez.

Le dio un golpe suave a su tobillo, al grillete que estaba ahí.

En silencio, con movimientos tiesos, Aelin se inclinó al frente. Olió la sangre que se acumulaba en la palma de la mano de Rowan y sus fosas nasales se ensancharon. Sus ojos se levantaron hacia los de él, como si el olor de su sangre estuviera formulando una pregunta.

—Soy tu pareja —susurró Rowan como si ésa fuera la respuesta que ella buscaba. Y el amor en sus ojos, la manera en que se quebró su voz, el temblor de su mano ensangrentada… Elide sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

Aelin sólo miraba la sangre que se acumulaba en la palma de su mano. Enroscó los dedos y el guantelete hizo un ruido metálico. Como si eso fuera otra respuesta, también.

—No puede hacerlo con el hierro —dijo Elide—. Si está en sus manos. Interfiere con la magia en la sangre.

Un parpadeo de ella en ese lenguaje silencioso.

—Por eso te los pusieron, ¿no? —dijo Elide con un dolor en el pecho—. Para asegurarse de que no pudieras usar tu propia sangre con las marcas del Wyrd para liberarte.

Como si todo ese hierro no fuera suficiente.

Otro parpadeo, su rostro inmóvil tan vacío y frío. Tan cansado.

Rowan apretó la mandíbula. Pero metió un dedo en la sangre de su mano y le ofreció la mano a ella.

—Enséñame, Corazón de Fuego —dijo otra vez.

Elide podría haber jurado que Rowan tembló, y no de miedo, cuando la mano envuelta de metal de Aelin se cerró sobre la de él.

Con movimientos pequeños y entrecortados, ella guio su dedo para trazar el símbolo en el grillete alrededor de su tobillo.

Un destello suave de luz verdosa, y entonces…

El siseo y el suspiro del cerrojo llenaron el claro. El grillete cayó al musgo.

Lorcan maldijo.

Rowan le ofreció la mano, la sangre, nuevamente. El grillete alrededor de su otro tobillo cedió ante la marca del Wyrd.

Luego los grilletes en sus muñecas. Luego los hermosos y terribles guanteletes cayeron al musgo.

Aelin levantó sus manos desnudas y se las llevó a la cara, buscando el cerrojo

detrás de la máscara pero se detuvo.

—Yo lo haré —dijo Rowan con la voz todavía suave, todavía llena de ese amor. Se pasó a su espalda y Elide se quedó mirando esa máscara horrible, los soles y flamas tallados y labrados en su antigua superficie.

Un destello de luz, un sonido metálico y se liberó.

Su rostro estaba pálido… tan pálido. Todo rastro del tono besado por el sol había desaparecido.

Y estaba vacío. Consciente, pero no.

Cauteloso.

Elide se mantuvo inmóvil y dejó que la reina la observara. Los hombres se pasaron al frente y Aelin los vio uno por uno. Gavriel, quien inclinó la cabeza. Lorcan, quien la miró directamente a los ojos, su mirada oscura impasible.

Y Rowan. Rowan, cuya respiración se volvió agitada y tragó saliva de manera ruidosa.

—¿Aelin?

El nombre, al parecer, también liberó algo.

No de la reina que ella había conocido brevemente, sino el poder en su interior.

Elide retrocedió un poco cuando las flamas, doradas y brillantes, hicieron erupción alrededor de la reina. La túnica se hizo cenizas.

Lorcan arrastró a Elide hacia atrás y ella lo permitió aunque el calor empezaba a disiparse. La explosión de poder se contrajo en un aura alrededor de la reina, una segunda piel brillante.

Aelin permaneció ahí hincada, ardiendo, y no habló.

Las llamas brillaban a su alrededor, aunque el musgo, las raíces no se quemaban. Ni siquiera liberaban vapor. Y a través del fuego, el cabello largo de Aelin ocultando un poco su desnudez, Elide pudo ver bien lo que le habían hecho.

Además de un moretón en las costillas, no tenía nada.

Ni una marca. Ni un callo.

Ni una sola cicatriz. Las que Elide había visto en esos días antes de que se llevaran a Aelin también habían desaparecido.

Como si alguien las hubiera limpiado.

CAPÍTULO 31

Se habían llevado sus cicatrices.

Maeve le había quitado todas.

Eso le dijo a Rowan lo suficiente sobre lo que le habían hecho. Cuando él había visto su espalda, la piel suave donde había cicatrices de Endovier y donde debían estar las cicatrices de los azotes de Cairn, lo sospechó.

Pero arrodillada, ardiendo sin nada sobre ella salvo su piel… No había cicatrices donde debía haberlas. La cicatriz que era casi un collar que le provocó Baba Piernas Amarillas: desaparecida. Las marcas de los grilletes de Endovier: desaparecidas. La cicatriz donde Arobynn Hamel la había forzado a romperse su propio brazo: desaparecida. Y en las palmas de las manos…

Aelin miraba ahora las palmas de sus manos expuestas. Como si se diera cuenta de lo que le faltaba.

Las cicatrices de las palmas de sus manos, una del momento en que se convirtieron en carranam, la otra de su juramento a Nehemia, habían desaparecido por completo.

Como si nunca hubieran existido.

Sus flamas ardieron con más brillo.

Las sanadoras podían eliminar cicatrices, sí, pero el motivo más probable de la falta de cicatrices en Aelin, en todos los sitios donde él alguna vez las había sentido con sus manos, con su boca…

Era piel nueva. Toda. Salvo su rostro, ya que dudaba que fueran tan estúpidos como para quitarle la máscara.

Casi cada centímetro de su piel estaba cubierto por piel nueva, sin marcas y fresca como la nieve. La sangre que la cubría se había quemado para revelarla.

Piel nueva porque habían tenido que reemplazar lo que se había destruido. Sanarla para poder empezar una y otra vez.

Gavriel y Elide se habían acercado al sitio donde estaba Fenrys. La sanación de batalla que había hecho Gavriel en el guerrero probablemente no sería suficiente para alejar a la muerte.

Sin dirigirse a nadie en particular, Gavriel dijo:

—No le queda mucho tiempo.

Había roto su juramento de sangre. A través de su pura voluntad, Fenrys lo había roto. Y pronto pagaría el precio cuando su fuerza vital abandonara su cuerpo por completo.

La mirada de Aelin se movió entonces. De sus manos, de su piel horrendamente impoluta, al lobo al otro lado del claro.

Parpadeó dos veces. Y luego se puso de pie, despacio.

Sin percatarse de su desnudez, o sin que le importara, dio un paso inestable. Rowan llegó a su lado en un instante, lo más cerca que sus flamas se lo permitían.

Podía acercarse, si se cubría de hielo o simplemente cortando el aire que alimentaba sus flamas. Pero cruzar esa línea, meterse a sus flamas cuando tanto, tantísimo, le había sido arrebatado… No se permitió pensar sobre el reconocimiento distante y cauteloso en su cara cuando lo había visto, cuando los había visto a todos. Como si no estuviera del todo segura si podía confiar en ellos. Si podía confiar en esto.

Aelin logró dar otro paso, tambaleándose.

Él miró su cuello cuando pasó a su lado. Incluso las mordidas gemelas, sus marcas de proclamación, habían desaparecido.

Envuelta en llamas, Aelin avanzó hacia Fenrys. El lobo blanco no se movió.

El dolor le suavizaba el rostro, incluso a la distancia. El dolor y la gratitud.

Gavriel y Elide permanecieron al otro lado de Fenrys cuando ella se aproximó. Retrocedieron un paso. No por temor, sino para darle el espacio en este momento de despedida.

Debían marcharse. Quedarse aquí, a pesar de los kilómetros que los separaban del campamento, era una tontería. Podrían llevarse a Fenrys cargado hasta que todo terminara, pero… Rowan no pudo obligarse a decirlo. Decirle a Aelin que tal vez no sería prudente hacer una despedida larga como ella lo necesitaba. Tenían sólo minutos, cuando mucho, antes de que tuvieran que empezar a moverse.

Pero si algún explorador o vigía los encontraba, se aseguraría de que no se acercaran lo suficiente para molestarla.

Gavriel y Lorcan parecían estar pensando lo mismo y se miraron a los ojos de un lado del claro al otro. Rowan movió la barbilla hacia la línea de árboles del oeste para dar la orden en silencio. Se dirigieron hacia allá.

Aelin se arrodilló junto a Fenrys y su flama los envolvió a los dos. El fuego empezó a formar un aura dorada-rojiza, un escudo que él sabía derretiría la piel de quien quisiera cruzarlo. Fluía y ondeaba a su alrededor, una burbuja de aire cobrizo y, a través de ella, Rowan vio cómo ella acariciaba el costado golpeado del lobo.

Gavriel había sanado la mayoría de las heridas, pero la sangre continuaba ahí.

Aelin lo acarició con movimientos largos y suaves sobre su piel, con la cabeza inclinada. Estaba pronunciando algunas palabras en un tono demasiado bajo para que Rowan alcanzara a oír.

Lenta, dolorosamente, Fenrys abrió un ojo. Su mirada estaba llena de agonía: agonía y, sin embargo, algo similar al alivio y la dicha al ver su rostro desnudo. Y agotamiento. Tanto agotamiento que Rowan supo que la muerte sería un abrazo bien recibido, un beso de la misma Silba, la Diosa de las Muertes Tranquilas.

Aelin volvió a hablar. El sonido debía estar contenido o era absorbido por el escudo. No había lágrimas. Sólo ese pesar… y claridad.

El rostro de una reina, se dio cuenta mientras Lorcan y Gavriel ocupaban sus puestos en el borde del claro. Era el rostro de una reina lo que veía a Fenrys. Una reina que tomó su enorme pata en sus manos, empujó hacia atrás la piel peluda y sacó una garra curva.

La pasó sobre su antebrazo desnudo y abrió su piel. Dejó un camino de sangre por donde pasó.

Rowan contuvo el aliento. Gavriel y Lorcan los voltearon a ver.

Aelin volvió a hablar y Fenrys parpadeó una vez ante eso.

Ella consideró que esa respuesta era suficiente.

—Dioses —exhaló Lorcan al ver a Aelin extender su brazo sangrante hacia la boca de Fenrys—. Malditos putos dioses.

Por la lealtad de Fenrys, por su sacrificio, no había una mejor recompensa que ella pudiera ofrecerle. Para evitar que muriera, no había otra manera de salvarlo.

Sólo esto. Sólo el juramento de sangre.

Y cuando Fenrys logró lamer la sangre de su herida, cuando hizo el juramento silencioso a su reina, parpadeando unas cuantas veces más, Rowan sintió que se le hacía un nudo insoportable en el pecho.

Cercenar el juramento de sangre a una reina le había cortado la fuerza vital, su alma. Hacer el juramento de sangre a otra, bien podría reparar esa herida, la magia antigua que unía la vida menguante de Fenrys a la de Aelin.

Tres lengüetazos. Eso fue lo único que tomó Fenrys antes de volver a recargar la cabeza en el musgo y cerrar los ojos.

Aelin se recostó a su lado y las flamas los abarcaron a los dos.

Rowan no podía moverse. Nadie podía moverse.

Aelin movió los labios para formar una palabra corta y seca.

Fenrys no respondió.

La volvió a pronunciar con su rostro real decidido.

Vive.

Usaría el juramento de sangre para forzarlo a permanecer de este lado de la vida. Pero Fenrys seguía inmóvil.

Al otro lado de la burbuja de flama y calor, Elide se puso la mano sobre la boca y sus ojos brillaron. Había leído la palabra también en los labios de Aelin.

Aelin volvió a pronunciar la palabra una tercera vez, mostrando los dientes al darle a Fenrys su primera orden. Vive.

Rowan no respiró mientras esperaban. Transcurrieron varios minutos que se hicieron eternos.

Luego Fenrys abrió los ojos.

Aelin miró al lobo a los ojos, nada en su rostro salvo esa orden seria e implacable.

Lentamente, Fenrys se movió. Sus patas se movieron debajo de su cuerpo, movió las piernas. Y se puso de pie.

—No lo puedo creer —susurró Lorcan—. No…

Pero ahí estaba Fenrys, parado frente a su reina ahora de rodillas. Y luego ahí estaba Fenrys, inclinando la cabeza, los hombros al mismo tiempo, con una pata frente a la otra. Haciendo una reverencia.

El fantasma de una sonrisa pasó por los labios de Aelin pero se fue antes de siquiera tomar forma.

Aelin permaneció de rodillas. Mientras Fenrys los miraba con sorpresa y

alivio en los ojos. Miró a Rowan y Rowan sonrió e inclinó la cabeza.

—Bienvenido a la corte, cachorro —dijo con la voz quebrada.

Una emoción cruda recorrió el rostro lupino y luego Fenrys volteó a ver a Aelin.

Ella estaba con la mirada perdida. Fenrys le empujó el hombro con su cabeza peluda.

Ella acarició el pelo blanco del lobo. El corazón de Rowan estaba contraído.

Maeve se había metido a la mente de Rowan para engañar sus propios instintos.

¿Qué le había hecho a ella? ¿Qué le había hecho en estos meses?

—Debemos irnos —dijo Gavriel con la voz entrecortada al ver a Fenrys, orgulloso y vigilante, al lado de Aelin—. Tenemos que poner distancia entre nosotros y el campamento y encontrar dónde pasar la noche.

Donde reevaluarían cómo y dónde salir de este reino. La mejor alternativa sería dirigirse hacia el bosque, hacia las montañas. Esos árboles los protegerían y había suficientes cuevas donde ocultarse.

—¿Puedes caminar? —le preguntó Lorcan a Fenrys.

Fenrys miró a Lorcan con ojos oscuros y siniestros.

Oh, esa pelea llegaría. Esa venganza.

El lobo asintió brevemente.

Elide tomó uno de los bolsos que estaban cerca de la base de un árbol.

—¿Hacia dónde?

Pero Rowan no logró responder.

Silenciosos como espectros, aparecieron al otro lado del claro. Como si simplemente hubieran aparecido a la sombra del follaje.

Pequeños cuerpos, algunos pálidos, otros negros como la noche, otros con escamas. La mayoría ocultos, salvo sus dedos largos y delgados y sus ojos grandes y sin parpadear.

Elide ahogó un grito.

—La Gente Pequeña.

Elide no había visto rastro de la Gente Pequeña desde los días previos a la

caída de Terrasen. E incluso entonces eran solamente vistazos de un instante y sonidos de las hojas en las sombras antiguas de Oakland. Nunca tantos, nunca tan abiertamente.

O tan abiertamente como se presentarían en cualquier situación.

Eran más o menos media docena y estaban reunidos al otro lado del claro ocultos casi por completo detrás de raíces y rocas y montones de hojas. Ninguno de los machos hada se movió aunque Fenrys ladeó las orejas en su dirección.

Un milagro, eso era lo que había sucedido con la reina y el lobo.

Aunque Fenrys parecía estar agotado, sus ojos lucían despejados cuando la Gente Pequeña se reunió.

Aelin apenas los miró.

Una mano pálida y larga se elevó sobre una roca manchada de musgo y enroscó un dedo.

Vengan.

Rowan preguntó con voz como el granito:

—¿Quieren que los sigamos?

De nuevo, la mano hizo el movimiento. Vengan.

Gavriel murmuró:

—Ellos conocen este bosque mejor que nosotros.

—¿Y confían en ellos? —exigió saber Lorcan.

La mirada de Rowan se posó en Aelin.

—Le salvaron la vida una vez —dijo. Aquella noche en que el asesino de Erawan había regresado por Aelin—. Lo harán también esta vez.

Silenciosos e invisibles, pasaron entre los árboles y rocas y arroyos del antiguo bosque.

Rowan se mantuvo un paso detrás de Aelin y Fenrys. Gavriel y Elide iban al frente del grupo. Lorcan iba a la retaguardia mientras todos seguían a la Gente Pequeña.

Aelin no había dicho nada, no había hecho nada salvo ponerse de pie cuando le dijeron que era hora de irse. Rowan le había ofrecido su capa y ella le había permitido pasar por la burbuja de flamas doradas y transparentes para envolver su cuerpo desnudo en ella.

Venía sosteniendo la capa en su pecho mientras caminaban, kilómetro tras kilómetro, con los pies desnudos. Si las rocas y las raíces del bosque le lastimaban los pies, no hacía ni un movimiento para indicarlo. Seguía caminando, con Fenrys a su lado dentro de esa esfera de fuego, como si fueran dos fantasmas de recuerdos.

Una visión del pasado caminando entre los árboles, la reina y el lobo.

Los demás hablaron muy poco mientras pasaban las horas y los kilómetros. Mientras veían que las colinas boscosas se iban convirtiendo en pendientes más pronunciadas y las rocas se iban haciendo más grandes. Había pedazos de árboles y las piedras estaban rotas en algunas partes.

—De las antiguas guerras entre los espíritus del bosque —le susurró Gavriel a Elide cuando se dio cuenta de que ella fruncía el ceño al ver una colina llena de troncos caídos y rocas rotas—. Algunos siguen peleando, completamente ajenos y desinteresados en los problemas de cualquier otro reino salvo éste.

Rowan nunca había visto a esa raza de seres etéreos mucho más antiguos y discretos incluso que la Gente Pequeña. Pero en su casa de las montañas, que estaba cerca de las cumbres de la cordillera hacia donde se dirigían, a veces escuchaba el sonido de las piedras destrozándose y los árboles que caían en las noches oscuras y sin luna. Cuando no había ni un susurro de viento en el aire ni ninguna tormenta que los pudiera provocar.

Tan cerca, apenas unos treinta kilómetros más o menos, hasta la casa de montaña que él había construido.

Había planeado llevar a Aelin ahí un día, aunque no quedara nada salvo cenizas desaparecidas hacía mucho tiempo. Sólo para mostrarle dónde había estado la casa, dónde había enterrado a Lyria. Seguía allá arriba, su pareja que nunca había sido.

Y su verdadera pareja… Iba caminando sin titubear entre los árboles. Apenas más que un espectro.

Seguían todavía a la Gente Pequeña, que los iba llamando desde un árbol, una roca, un arbusto frente a ellos para luego desaparecer. Detrás de Lorcan, unos cuantos más iban borrando sus huellas con sus manos astutas y sus pequeñas magias.

Rezó por que tuvieran un sitio donde pasar la noche. Un sitio donde Aelin pudiera dormir y pudiera permanecer protegida de los ojos de Maeve cuando se diera cuenta de que la habían engañado.

Iban caminando hacia el este, lejos de la costa. Rowan no se atrevió a decirles que necesitaban encontrar un puerto. Vería a dónde los llevarían esta noche y luego elaboraría su plan para regresar a su propio continente.

Pero cuando la Gente Pequeña apareció frente a una roca gigantesca, cuando luego desaparecieron y reaparecieron en una astilla cortada en la roca misma,

cuando unas manos los llamaron desde el interior, Rowan retrocedió un poco.

La criatura que vivía en el lago debajo de la montaña Bald era una amenaza leve comparada con las otras cosas que seguían cazando en sitios oscuros y olvidados.

Pero la Gente Pequeña los volvió a llamar.

Lorcan apareció a su lado.

—Podría ser una trampa.

Pero Elide y Gavriel se acercaron sin dudarlo.

Y detrás de ellos, Aelin continuó también. Así que Rowan la siguió, como la seguiría hasta respirar su último aliento, y más allá.

La entrada a la cueva era angosta pero pronto se abría a un pasadizo más grande. Aelin iluminaba el espacio y bañaba las paredes de roca negra con un brillo dorado que era suficiente para ver.

Pero su flama se veía pequeña cuando entraron a la enorme cámara. El techo se extendía hasta perderse, aunque no fue la altura lo que lo hizo pararse en seco.

Había nichos y espacios excavados en la cara de la roca. Algunos tenían sacos de dormir, otros lo que parecían ser pilas de ropa y algunos, comida. Cerca de uno había una fogata y más allá, pegada a una pared, un abrevadero natural brillaba con el agua que llegaba de un pequeño arroyo.

Pero más al fondo de la cueva, al otro lado de ese espacio, fluyendo hasta el borde de la roca negra, se extendía un gran lago que se perdía en la oscuridad.

Había incontables lagos subterráneos y ríos debajo de estas montañas, sitios tan profundamente enterrados en la tierra que ni siquiera las hadas se habían molestado o atrevido a explorarlos.

Éste, al parecer, lo había ocupado la Gente Pequeña y habían incluso colocado ramas de abedul contra las paredes. Habían colgado guirnaldas y coronas de las ramas blancas y, entre las hojas, brillaban pequeñas lucecitas azuladas.

Magia: magia antigua y extraña la de esas luces. Como si las hubieran arrancado del cielo nocturno.

Elide estaba viendo el espacio con asombro en su expresión. Gavriel y Lorcan, sin embargo, lo estaban estudiando con una mirada más inquisitiva y cautelosa. Rowan hacía lo mismo. La única salida parecía ser el sitio por donde habían entrado y el lago se extendía tanto a la distancia que no se alcanzaba a ver si había otra costa al otro lado.

Aelin no se detuvo y se dirigió a uno de los muros brillantes. No era su precaución de costumbre, no movió los ojos hacia todas partes para buscar las salidas y las complicaciones, las posibles armas que podría usar.

Un trance… era casi como si estuviera en un trance, como si se hubiera perdido en un océano sin fondo en su interior y se hubiera sumergido tanto que ellos podrían ser como aves volando sobre su superficie distante.

Pero ella se dirigió hacia esa pared, donde las ramas de abedul estaban acomodadas artísticamente. Había más Gente Pequeña dentro, se dio cuenta Rowan. En las ramas, aferrados a ellas.

Los pasos de Aelin eran silenciosos sobre la roca. Fenrys se detuvo cerca, como si quisiera darle privacidad.

Rowan tenía la vaga sensación de que Lorcan, Elide y Gavriel se dirigían al nicho al otro lado de la cueva para inspeccionar las cosas que les habían dejado ahí.

Pero él se quedó en el centro del lugar mientras su pareja se detenía frente al muro brillante y viviente. No tenía ninguna expresión en su rostro, no había tensión en su cuerpo.

Sin embargo, inclinó la cabeza a la Gente Pequeña oculta entre las ramas y troncos frente a ella. Movió la mandíbula, habló. Palabras breves y cortas.

Él nunca había escuchado a la Gente Pequeña hablar. Pero ahí estaba su reina, su esposa, su pareja, murmurándoles.

Al fin, se dio la vuelta, su rostro todavía inexpresivo, sus ojos de fuego salvaje tan planos y fríos como el lago. Fenrys empezó a caminar a su lado y Rowan permaneció en su sitio observando a Aelin acercarse a la pequeña fogata.

Seguros. La Gente Pequeña debió haberle dicho que la cueva era segura si ahora ella se estaba moviendo hacia la fogata. Su propia esfera seguía brillando con intensidad.

Los demás apartaron su atención de las provisiones.

Pero Aelin no les hizo caso, no le hizo caso al mundo, y ocupó un sitio entre la fogata y el muro de la cueva, se recostó en la roca y cerró los ojos.

CAPÍTULO 32

Dorian tuvo los ojos color marrón durante tres días antes de averiguar cómo volver a cambiarlos a azul. Asterin y Vesta bromeaban con él sin piedad mientras avanzaban por la cima de los Colmillos e iban lamentándose dramáticamente sobre la ausencia de los lindos ojos de campanilla azul y cuando el tono de zafiro al fin regresó, suspiraron hacia los cielos.

Su magia podía saltar de un elemento al otro, pero la habilidad de transformarse yacía en otra cosa por completo. Estaba en una parte de él que siempre había ansiado una cosa por encima de todas las demás: soltar. Ser libre. Igual que Temis, Diosa de las Cosas Salvajes, era libre… fuera de toda jaula. Como él había deseado ser alguna vez, cuando era poco más que un príncipe intrépido e idealista.

Era la única petición de la magia: soltar. Que dejara ir a quien y en lo que se había convertido desde que usó ese collar y que emergiera como algo nuevo, algo diferente.

Era más fácil saberlo que ponerlo en práctica. Desde que sus ojos regresaron al azul, como si un hilo empezara a desenredarse en su interior, no había podido hacer otra cosa. Ni siquiera cambiarlos de nuevo a color café.

Las Crochans y las Trece se habían detenido para su pausa de mediodía bajo la cubierta de Oakwald. Los árboles estaban desnudos pero no había nada de nieve en el suelo. Otro día y llegarían al punto de reunión. Una semana después de lo prometido a los líderes militares de Eyllwe, pero llegarían.

Se sentó en un tronco caído y cubierto de musgo a masticar la tira de carne seca de conejo. Su cena.

—Me duele la cabeza sólo de verte intentar con tanta insistencia —dijo Glennis del otro lado del claro. A su alrededor, las Trece comían en silencio y Manon monitoreaba todo. Las Crochans estaban sentadas entre ellas, por lo menos. En silencio, pero estaban sentadas ahí.

Lo cual significaba que todas lo estaban viendo en ese momento. Dorian dejó de masticar la carne dura e inclinó la cabeza ante la anciana.

—A mí me duele la cabeza por ambos, creo.

—¿En qué exactamente estás intentando transformarte? ¿O en quién?

En lo opuesto a lo que era. Lo opuesto al hombre que no se había percatado de la presencia de Sorscha por años. Y que sólo le ofreció la muerte al final. Se sentiría contento de dejar ir eso, si tan sólo la magia se lo permitiera.

—Nada —respondió él. Muchas de las Trece y las Crochans devolvieron su atención a sus propios alimentos ante su respuesta aburrida—. Sólo quiero ver si es posible para alguien con mi tipo de magia. Si puedo siquiera cambiar rasgos pequeños.

No era una mentira, no del todo.

Manon frunció el entrecejo, como si estuviera intentando descifrar un acertijo que no lograba ver del todo.

—Pero, si tuvieras éxito —presionó Glennis—, ¿quién desearías ser?

No lo sabía. No podía conjurar una imagen más allá de la oscuridad vacía. Damaris, a su lado, tampoco tenía una respuesta.

Dorian miró hacia su interior, sintió el mar de magia que se revolvía dentro de él.

Trazó su forma con manos cuidadosas e invisibles. Siguió un hilo en su interior, no hacia su estómago, sino hacia su corazón todavía cuarteado.

¿Quién deseas ser?

Ahí estaba, como la semilla de poder que Cyrene se había robado: la pequeña maraña en su magia. No era una maraña, sino un nudo: un nudo en un tapiz. Uno que él podría tejer.

Uno que él podría diseñar y convertirlo en algo si se atrevía.

¿Quién deseas ser?, le preguntó al tapiz apenas tejido dentro de él. Permitir que los hilos y los nudos tomaran forma, elaborar el diseño dentro de su mente. Empezando con algo pequeño.

Glennis rio.

—Tus ojos son verdes ahora, rey.

Dorian se sobresaltó y su corazón empezó a latir con fuerza. Las demás nuevamente dejaron de comer y se quedaron con la boca abierta. Algunas se acercaron para poderlo ver más de cerca. Pero él alimentó su magia al telar dentro de sí mismo y agregó cosas al diseño que emergía.

—Oye, creo que el cabello dorado no te queda para nada —dijo Asterin con una mueca—. Te ves enfermo.

¿Quién deseaba ser? Quien fuera menos él. Quien fuera salvo en lo que se

había convertido.

Su respuesta silenciosa hizo que ese telar mágico cayera de sus manos invisibles y supo que, si mirara en un espejo, su cabello oscuro y sus ojos de zafiro estarían de regreso. Asterin suspiró aliviada.

Pero Manon sonrió con seriedad, como si ella hubiera escuchado su respuesta silenciosa. Y como si comprendiera.

La noche había caído ya de lleno y las fogatas de las Crochans crujían debajo del enramado de los árboles sin hojas. Glennis preguntó:

—¿Alguna de ustedes ha visto los Yermos?

Las Trece parpadearon en dirección a la anciana. Por lo general no se dirigía a todas al mismo tiempo ni hacía preguntas tan personales.

Pero al menos Glennis les hablaba. Llevaban tres días de viaje y Manon no estaba más cercana a ganarse a las Crochans que cuando salieron de los Colmillos. Aunque sí le dirigían la palabra, y en ocasiones llegaban al hogar de Glennis para compartir los alimentos, lo hacían intercambiando la menor cantidad posible de palabras.

Asterin respondió por el aquelarre:

—No. Ninguna de nosotras, aunque yo pasé un tiempo en un bosque al otro lado de la montaña. Pero nunca tan lejos.

La tristeza brilló en los ojos negros con dorado de la bruja, como si ésa no fuera toda la historia. De hecho, Sorrel y Vesta, e incluso Manon, vieron a la bruja con un poco de esa tristeza.

Manon le preguntó a Glennis, la única Crochan en esta fogata bajo los árboles:

—¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad —respondió la anciana—. Ninguna de nosotras ha ido tampoco. No nos atrevemos.

—¿Por miedo a nosotras? —preguntó Asterin y su cabello dorado se movió cuando se inclinó hacia la fogata. Había encontrado una tira de cuero en el campamento para atársela en la frente. No era el negro que había usado durante un siglo, pero era un aspecto familiar, por lo menos. Quedaba algo, al parecer, que no se había alterado del todo.

—Por miedo a lo que nos hará a nosotras, ver lo que queda de nuestra ciudad que alguna vez fue grandiosa, de nuestras tierras.

—Nada salvo ruinas, dicen —murmuró Manon.

—¿Y la reconstruirías, si pudieras? —preguntó Glennis—. ¿Reconstruirías la ciudad para ustedes?

—Nunca discutimos lo que haríamos —respondió Asterin— si alguna vez pudiéramos regresar a casa.

—Un plan, tal vez —dijo Glennis pensativa— sería una buena idea. Es algo poderoso que tener —sus ojos azules se posaron en Manon—. No sólo para las Crochans sino para ustedes mismas.

Dorian asintió, aunque él no era parte de esta conversación.

¿Qué deseaban ser las Trece, las Dientes de Hierro y las Crochans, qué deseaban construir, como pueblo?

Manon abrió la boca pero las Sombras entraron súbitamente al círculo de luz de su hogar con el rostro serio. Las Trece se pusieron de pie al instante.

—Fuimos a explorar la zona hacia donde nos dirigimos, hacia el sitio de reunión —jadeó Edda.

Manon se preparó. Un susurro de poder brilló en el campamento, la única indicación de que la magia de Dorian se había enroscado a su alrededor para formar un escudo casi impenetrable.

—Apesta a muerte —terminó de decir Briar.

CAPÍTULO 33

Habían llegado demasiado tarde.

No sólo por una hora, o un día. No, a juzgar por el estado de los cuerpos dispersos en el claro lleno de hojas a treinta kilómetros al sur, la semana que se habían retrasado le había costado todo al grupo de Eyllwe.

Morath había dejado a los guerreros donde habían caído, había algunas Crochans de capas rojas, las que habían llamado a sus hermanas del norte a este sitio, entre los caídos. El olor de putrefacción era tan fuerte que a Manon le lloraron los ojos mientras investigaban lo que quedaba.

Ella había provocado esto.

Ella lo había causado al retrasar a las Crochans con esa batalla. Un vistazo a Dorian, que estaba en el borde del claro con un brazo sobre su nariz para mitigar la pestilencia, y supo que él también lo pensaba. La dureza de sus ojos decía lo suficiente.

—Algunos escaparon —anunció Edda. La Sombra tenía expresión seria—. Pero la mayoría no lo logró.

—Querían que hubiera sobrevivientes —dijo Bronwen a un volumen suficiente para que todas la escucharan— para sembrar miedo.

Manon estudió los árboles destrozados. Los antiguos robles estaban tan rotos como los cuerpos en el suelo del bosque. Una prueba de quién, exactamente, había sido el responsable de la masacre.

Ella había hecho eso también.

Bronwen dijo con voz fría y baja:

—¿Qué grupo de mortales podría tener la esperanza de sobrevivir a un ataque de una legión de Dientes de Hierro? En especial cuando esa legión aérea fue entrenada por una Líder de la Flota tan talentosa.

—Elige tus palabras con cuidado —le advirtió Asterin.

Pero Una, la Crochan bonita de cabello castaño, y otra de las primas de

Manon, tomó su escoba atada con hilos de plata y dijo:

—Tú las entrenaste. Todas ustedes lo hicieron: entrenaron a las brujas que hicieron esto —Una señaló los cuerpos putrefactos, las gargantas desgarradas, la matanza que no se había limitado a muertes rápidas. Para nada—. ¿Y esperan que nosotras olvidemos eso?

Se hizo el silencio. Incluso de parte de Asterin. Glennis no dijo nada.

Las manos de Manon se volvieron frágiles. Desconocidas. El hierro dentro de ellas se sentía quebradizo.

Ella había provocado esto. Los soldados en el claro no eran nada ni nadie para ella, la mayoría eran meros mortales y, sin embargo… Había una mujer tendida cerca de las botas de Manon con el torso abierto desde el ombligo hasta el esternón. Sus ojos color café miraban sin ver hacia las copas de los árboles sobre ella. Tenía la boca todavía abierta en un gesto de dolor.

—Puedo quemarlas —ofreció Dorian a nadie en particular.

¿Quién había sido la guerrera frente a ella? ¿Por quién había peleado? No por reinos o gobernantes pero ¿quién estaba en su vida que valía la pena defender?

—Deberíamos alertar al rey y a la reina de Eyllwe —estaba diciendo Bronwen —. Advertirles también a los príncipes. Decirles que se mantengan poco visibles. Erawan está más allá de capturar prisioneros de guerra.

Manon miraba fijamente a la guerrera masacrada. Lo que alguna vez le había deleitado. Lo que alguna vez había lucido frente al mundo y había hecho sin un rastro de arrepentimiento. Sólo con el deseo de tener la aprobación de su abuela. La aprobación de las Dientes de Hierro.

Serían recordadas por esto.

Ella sería recordada por esto.

La jinete coronada de Erawan. Su líder de la flota.

—No las quemes —dijo Manon.

El claro se quedó en silencio.

Pero Manon se arrodilló en la tierra podrida, sacó sus uñas de hierro, y empezó a cavar.

Asterin se arrancó los guantes y se agachó al suelo cerca de ella. Luego Sorrel y Vesta. Luego el resto de las Trece.

La tierra fría y dura no cedía con facilidad. Le lastimaba los dedos a Manon cuando su piel raspaba contra raíces y rocas.

Al otro lado del claro, Karsyn, la bruja cuya escoba Manon había devuelto, también intentó arrodillarse. Pero Manon levantó una mano sucia y ya sangrante. La bruja se detuvo.

—Sólo las Trece —dijo Manon—. Nosotras los enterraremos —las Crochans se quedaron viéndola y Manon siguió arrancando los trozos de suelo antiguo—. Nosotras los enterraremos a todos.

Durante horas, Manon y las Trece se arrodillaron en la tierra empapada en sangre y cavaron una fosa que sirviera de tumba.

Dorian le ayudó a Bronwen y Glennis a redactar mensajes para el rey y la reina de Eyllwe y para sus dos hijos. Para advertirles del peligro y nada más. Ninguna petición de ayuda ni de ejércitos.

Justo antes del amanecer, regresaron las mensajeras Crochans. Sus hermanas al sur, quienes las habían llamado, habían llegado justo después de la masacre, demasiado tarde para salvar al grupo de humanos o a las pocas brujas que habían enviado por adelantado. Volaron directamente de ahí a Banjali, donde sus cuatro aquelarres ahora estaban ayudando al rey y la reina de Eyllwe.

Aunque la realeza de Eyllwe no parecía necesitar la ayuda. No, la otra mensajera Crochan había regresado con un mensaje del mismo rey: la pérdida del grupo de soldados era grave, sí, pero Eyllwe lo soportaría. Sus rebeldes y fuerzas reunidas, aunque pocos en cantidad, seguían resistiendo a Morath, seguían sin dejarse vencer. Continuarían manteniendo el frente en el sur y lo harían hasta respirar su último aliento.

Dorian dedujo las palabras que no estaban escritas: no tenían un solo soldado que les sobrara para enviar a Terrasen. Después de lo que había visto, Dorian tendía a estar de acuerdo.

Eyllwe había dado demasiado, por demasiado tiempo. Era momento de que los demás llevaran la carga.

Dorian se preguntó si Manon se daba cuenta de las Crochans que la observaban. No con odio sino con cierta medida de respeto. Juntas, las Trece cavaron una enorme tumba. Ni siquiera le pidieron a sus guivernos que se llevaran la tierra.

El sol salió y luego empezó su descenso. Poco a poco, la tumba fue tomando forma. Ya era lo suficientemente grande para todos los guerreros caídos.

Tenía que ir a Morath. Pronto.

Antes de que esto volviera a ocurrir. Antes de que otra fosa común se tuviera que cavar. No podría soportar siquiera pensarlo, era peor que pensar en tener otro collar alrededor del cuello.

La noche ya había caído de lleno cuando Dorian logró alejarse. Para cuando

encontró un claro despejado, trazó las marcas y enterró a Damaris en la tierra que brillaba con su propia sangre.

Su invocación recibió respuesta rápida en esta ocasión.

Pero no fue Gavin quien emergió, resplandeciente, del aire nocturno.

La magia de Dorian brilló, lista para el ataque, cuando la figura tomó forma.

Cuando Kaltain Rompier, enfundada en un vestido de ónix y el cabello suelto, le sonrió con tristeza.

Todas las palabras desaparecieron de la lengua de Dorian.

Pero su magia permaneció girando a su alrededor, manos invisibles ansiosas de hacer crujir huesos.

No que hubiera ninguna vida que robarle a Kaltain Rompier.

Pero ella de todas maneras levantó una mano delgada y su vestido vaporoso y cabello sedoso flotaron en un viento fantasma.

—No quiero lastimarte.

—Yo no te invoqué.

Fue lo único que se le ocurrió decir.

Los ojos oscuros de Kaltain se deslizaron hacia Damaris que se elevaba del círculo con las marcas del Wyrd.

—¿No?

Él no quería contemplar por qué o cómo la espada la había llamado a ella y no a Gavin. Si la espada tenía una voluntad propia o si el dios que la había bendecido había organizado esta reunión. Con la intención de mostrarle la verdad que consideraba necesaria que él supiera.

—Pensé que te habían destruido en Morath —dijo él con voz rasposa.

—Así fue —su rostro era más suave de lo que él había visto en su vida—. De muchas maneras, así fue.

Manon y Elide le habían contado todo lo que ella había tenido que soportar. Lo que había hecho por ellas. Inclinó la cabeza.

—Lo siento.

—¿Por qué?

Entonces las palabras salieron de su boca a toda velocidad, derramándose

desde el sitio donde las había mantenido desde los Pantanos Rocosos de Eyllwe.

—Por no ver como debí hacerlo. Por no saber dónde te llevaron. Por no ayudarte cuando tuve la oportunidad.

—¿Tuviste la oportunidad? —la pregunta era calmada pero él podría haber jurado que tenía un toque de tensión.

Abrió la boca para negarlo. Pero entonces se obligó a mirar atrás, a quien él había sido mucho tiempo antes del collar, antes de Sorscha.

—Sabía que estabas en el calabozo del castillo. Me conformé con dejarte pudrir ahí. Y luego Perrington… digo, Erawan, te llevó a Morath y no me molesté en pensar en eso —la vergüenza lo recorría—. Lo siento —repitió.

Un príncipe heredero que no había servido a su reino ni a su gente. No realmente. Gavin tenía razón.

Los ojos de Kaltain brillaron.

—Yo tampoco estoy libre de culpa, ¿sabes?

—Lo que te sucedió en Morath no fue para nada tu culpa.

—No, no lo fue —coincidió ella y una sombra le oscureció el rostro—. Pero yo tomé decisiones por mi cuenta al ir a Rifthold el otoño pasado, al mantener mi ambición por ti… tu corona. Me arrepiento de algunas de esas cosas.

La mirada de Dorian se deslizó hacia el antebrazo desnudo de la mujer, hacia la cicatriz que permanecía incluso en la muerte.

—Salvaste a mis amigos —dijo él y se arrodilló—. Renunciaste a todo para salvarlos y para quitarle la llave del Wyrd a Erawan —él haría lo mismo, si lograra sobrevivir a los horrores de Morath—. Estoy en deuda contigo.

Kaltain lo miró hincado.

—Yo nunca tuve amigos propios. No como tú. Siempre te envidié por eso. A ti y a Aelin.

Él levantó la cabeza.

—¿Sabes quién es?

Un asomo de sonrisa.

—La muerte tiene sus ventajas.

Él no pudo evitar hacer la siguiente pregunta.

—¿Es… es mejor allá? ¿Estás en paz?

—No se me permite decirlo —respondió Kaltain con suavidad y sus ojos brillaron comprensivos—. Y no se me permite decir quién vive aquí conmigo.

Él asintió y luchó por sobreponerse a la opresión que sentía en su pecho, a la decepción. Pero ladeó la cabeza y dijo:

—¿Quién te prohíbe hacerlo?

Si los doce dioses en esta tierra estaban varados en Erilea, ciertamente no gobernaban en otros reinos.

Los labios de Kaltain se curvaron hacia arriba.

—Tampoco tengo permitido decirlo.

Él abrió la boca para hacer más preguntas pero ella lo interrumpió.

—Hay otras fuerzas involucradas. Más allá de lo tangible y lo conocido.

Él miró hacia Damaris.

—¿Otros dioses?

El silencio de Kaltain fue respuesta suficiente. Pero… en otra ocasión. Lo pensaría en otro momento.

—Nunca pensé en invocarte —admitió Dorian—. Tú, que conoces los verdaderos horrores de Morath. No me di cuenta de que… —dejó que sus palabras se fueran apagando mientras se ponía de pie.

—¿De que quedaría algo de mí para invocar? —terminó de decir ella. Él hizo una mueca—. La llave consumió mucho… pero no todo.

—¿La tercera llave está en Morath, entonces?

Ella asintió con seriedad. Su cuerpo brilló y empezó a desvanecerse rápidamente.

—Aunque no sé dónde la guardaba. Yo no estaba… lista para recibir la segunda antes de hacer lo que hice.

Pasó sus dedos delgados sobre la cicatriz negra que descendía como serpiente por su brazo.

Él nunca había hablado con ella… no realmente. Apenas la había mirado al pasar, o había hecho muecas mientras soportaba una conversación de cortesía con ella.

Y, sin embargo, aquí estaba ella, la mujer que había eliminado a una tercera parte de Morath, que había devorado a un príncipe del Valg a fuerza de pura voluntad.

—¿Cómo lo hiciste? —susurró él—. ¿Cómo te liberaste de su control?

Tenía que saberlo. Si iba a meterse directamente al infierno, si era muy probable que terminara con un nuevo collar alrededor del cuello, tenía que saberlo.

Kaltain estudió su cuello antes de voltear a verlo a los ojos.

—Porque me rebelé en su contra. Porque no sentía que me mereciera ese collar.

La verdad de sus palabras lo golpeó tan fuerte como si le hubiera dado un empujón en el pecho.

Kaltain se limitó a preguntar:

—Trazaste las marcas de invocación por alguna razón. ¿Qué deseas saber?

Dorian se guardó la verdad que ella le había lanzado, el espejo que representaba sobre todo lo que él alguna vez había sido y en lo que se había convertido. No había sido un verdadero príncipe: no en espíritu, no en acción. Intentó serlo, pero demasiado tarde. Había actuado demasiado tarde. Dudaba estar haciendo un mejor papel como rey. Ciertamente no cuando había eliminado a Adarlan de su propia culpa y enojo, cuando cuestionó si debía salvarse el reino.

Como si siquiera hubiera existido la posibilidad de que no lo mereciera.

Preguntó al fin:

—¿Estoy listo para ir a Morath?

Sólo ella podía saberlo. Ella había sido testigo de cosas mucho peores que Manon o Elide.

Kaltain volvió a mirar a Damaris.

—Ya conoces la respuesta.

—¿No intentarás convencerme de no ir?

Pero Kaltain apretó los labios y su vestido de ónix empezó a confundirse con la noche.

—Tú sabes a lo que te enfrentarás allá. Yo no soy quien deba decirte si estás listo.

A Dorian se le secó la boca.

Kaltain agregó:

—Todo lo que has escuchado sobre Morath es cierto. Es verdad y aún hay cosas peores de lo que puedes imaginar. Mantente en la fortaleza. Es el centro de poder de Erawan y probablemente el único lugar en el que confiaría para guardar la llave.

Dorian asintió y su corazón empezó a latir con fuerza.

—Lo haré.

Ella dio un paso hacia él pero se detuvo cuando sus bordes se borraron aún más.

—No te quedes demasiado tiempo y no atraigas su atención. Es arrogante y está completamente ensimismado y no se molestará demasiado en investigar a detalle lo que pueda arrastrarse por sus pasillos. Sé rápido, Dorian.

Él sintió un temblor recorrerle las manos, pero las apretó para formar puños.

—Si lo puedo matar, ¿debería arriesgarme?

—No —respondió ella y negó con la cabeza—. No saldrías vivo. Él tiene una cámara en las profundidades de la fortaleza, es donde guarda los collares. Te llevará ahí si te captura.

Él se enderezó.

—Yo…

—Ve a Morath, como lo has planeado. Llévate la llave y nada más. O te volverás a ver con un collar alrededor el cuello.

Él tragó saliva.

—Apenas puedo transformarme.

Kaltain esbozó una media sonrisa y empezó a disolverse en la luz de la luna.

—¿No puedes?

Y luego desapareció.

Dorian se quedó viendo el sitio donde ella había estado. Las marcas del Wyrd ya habían desaparecido. Sólo quedaba Damaris en pie ahí, como testigo de la verdad que de alguna manera sentía que él necesitaba escuchar.

Así que Dorian buscó esa maraña en su magia, el sitio donde el poder crudo se arremolinaba y emergía como lo que él deseaba.

Soltar… ésa era la orden de la magia de la transformación. Soltar todo. Dejar ir el muro que había construido a su alrededor en el momento en que el príncipe del Valg lo había invadido y buscar dentro. En sí mismo. Tal vez era lo que la espada le pedía hacer cuando invocó a Kaltain.

¿Quién deseas ser?

—Alguien merecedor de mis amigos —dijo hacia la noche silenciosa—. Un rey que merezca su reino —agregó y, por un instante, una cabellera blanca como la nieve y unos ojos dorados aparecieron en su mente—. Feliz —susurró y envolvió la mano alrededor de la empuñadura de Damaris. Soltó ese remanente de terror que permanecía en él.

La antigua espada se calentó en su mano, un calor amistoso y rápido.

Fluyó por sus dedos y hacia su muñeca. A ese sitio en su interior donde habitaban todas esas verdades, donde se convirtió en calidez rodeada del dolor más agudo.

Y entonces el mundo creció y se expandió, los árboles se elevaron, el suelo se acercó…

Intentó tocarse la cara pero se dio cuenta de que no tenía manos.

Sólo alas negras como el hollín. Sólo un pico de ébano que no permitía que salieran palabras de él.

Un cuervo. Un…

Una suave inhalación de aire lo hizo voltear hacia atrás, mucho más fácil de hacer en esta forma, hacia los árboles. Hacia Manon que estaba parada en las sombras de un roble. Su mano ensangrentada y sucia estaba recargada contra el tronco del árbol mientras lo veía. Mientras veía su transformación.

Dorian buscó ese hilo de poder que lo mantenía en esta forma extraña y ligera. En un instante, el mundo volvió a mecerse, y él creció y creció, de vuelta a su cuerpo humano, Damaris fría e inmóvil a sus pies. Su ropa de alguna manera había permanecido intacta. Tal vez a través de las diferencias que existían entre su magia cruda y el don de un verdadero metamorfo.

Pero el labio de Manon se levantó y ella le mostró los dientes. Sus ojos dorados brillaban como brasas encendidas.

—¿Cuándo, exactamente, me ibas a informar que estabas a punto de ir a conseguir la tercera llave del Wyrd?

CAPÍTULO 34

—Necesitamos retroceder —le dijo Galan Ashryver a Aedion entre jadeos mientras estaban al lado de la carpa donde guardaban el agua, al fondo de las filas de su ejército. El príncipe heredero estaba salpicado de sangre roja y negra por igual.

Tres días de lucha en la nieve y el viento helado, tres días de ser empujados hacia el norte kilómetro a kilómetro. Aedion tenía a los soldados en una rotación en el frente y los que lograban dormir unos minutos regresaban a la batalla con pasos cada vez más y más pesados.

Él acababa de salir de la fila delantera apenas unos minutos antes, cuando Kyllian le ordenó que se fuera y tuvo que empujar a Aedion a sus espaldas. El Flagelo empezó a mandarlo hacia atrás con brusquedad hasta que llegó a este sitio. El príncipe heredero de Wendlyn estaba tomando agua en el extremo más alejado de sus fuerzas. La piel trigueña del príncipe se veía ceniza y sus ojos opacos mientras monitoreaban a los soldados que se apresuraban o que caminaban con pesadez.

—Si retrocedemos ahora nos perseguirán hasta Orynth —dijo Aedion con la garganta adolorida. Le dolía pronunciar cada palabra.

Nunca había visto a un ejército tan grande. Incluso en Theralis, hace tantos años.

Galan le dio a Aedion su odre y él bebió todo lo que pudo.

—Te seguiré, primo, hasta donde nos lleve esto, pero no podremos mantenernos así. No durante otra noche entera.

Aedion lo sabía. Se había dado cuenta de eso cuando la pelea había continuado a pesar de que había caído la oscuridad.

Cuando los hombres empezaron a preguntar por qué Aelin del Fuego Salvaje no quemaba a todos sus enemigos. Por qué no por lo menos les proporcionaba luz para pelear.

Por qué había vuelto a desaparecer.

Lysandra se había transformado en guiverno para luchar contra los ilken, pero la habían forzado a retroceder detrás de sus líneas. Era buena para

matar ilken, sí, pero también era un blanco grande y obvio para las flechas y las lanzas de Morath.

Delante de ellos, demasiado cerca para su gusto, los gritos y el choque de armas se elevaban hacia el cielo. Incluso la magia de la realeza hada empezaba a debilitarse junto con sus soldados. En los sitios donde fallaba, los Asesinos Silenciosos estaban aguardando, destrozando al Valg y a los ilken por igual con veloz eficiencia. Pero tampoco eran tantos. Y todavía no había señales del ejército adicional de Ansel de Briarcliff.

Pronto, les había prometido la reina pelirroja con una seriedad poco usual apenas hacía unas horas. La legión que la acompañaba iba disminuyendo rápidamente. El resto de mi ejército llegará pronto.

Se escuchó un gruñido cerca que se abrió paso entre el escándalo de la batalla. El leopardo de las nieves no había titubeado, casi no había descansado.

Tenía que regresar a la batalla. Tenía que comer algo y regresar. Kyllian podría mantener el orden durante un rato, pero Aedion era su príncipe. Y sin saber nada de Aelin… le correspondía a él mantener a los soldados en orden.

Aunque las filas empezaban a flaquear, como fugas de agua en una presa.

—El río Lanis junto a Perranth —murmuró Aedion cuando Ilias y los Asesinos Silenciosos le dispararon a los ilken que caían del cielo. Sus flechas encontraban sus blancos con facilidad. Las alas primero, fue lo que aprendieron por las malas. Para que cayeran del cielo. Luego espadas a la cabeza para decapitarlos por completo.

Si no, se volvían a levantar. Y recordaban quién había intentado matarlos.

—Si retrocedemos hacia el norte —continuó Aedion— para llegar a Perranth y cruzar el río, podríamos obligarlos también a cruzar. E irlos matando en ese punto.

—¿Hay un puente? —preguntó Galan con el rostro tenso al ver que uno de los dos príncipes del Valg que quedaban con vida enviaba una oleada de poder oscuro hacia un cúmulo de soldados. Los hombres se desvanecían como flores en una helada.

Una ráfaga de viento y hielo respondió: Sellene o Endymion. Tal vez uno de sus muchos primos.

—No es un puente lo suficientemente grande. Pero el río está congelado; podríamos cruzarlo y luego derretirlo.

—Con Aelin.

Era una pregunta dudosa y cautelosa.

Aedion hizo un gesto hacia la fuente de ese estallido de magia que ahora luchaba con el poder de los príncipes del Valg.

—Si la realeza hada puede hacer hielo, entonces también puede deshacerlo. Justo bajo los pies de Morath.

Los ojos color turquesa de Galan brillaron, ya fuera por el plan o por el hecho de que Aelin no sería quien lo pondría en práctica.

—Morath podría adivinar nuestras intenciones.

—No hay mucho de dónde elegir.

Desde Perranth, tendrían acceso a más provisiones, tal vez tropas nuevas que se unirían a ellos desde la misma ciudad. Pero retroceder…

Aedion estudió las filas que iban rompiéndose soldado por soldado. Sus hombres ya estaban agotados y en las últimas.

Retroceder y vivir. Pelear y morir.

Porque esta resistencia terminaría deshaciéndose si continuaban así. Aquí, en las planicies del sur, serían vencidos.

No había ninguna garantía de que Rowan y los demás encontraran a Aelin. De que Dorian y Manon consiguieran la tercera llave del Wyrd y luego se la dieran a su reina, si es que podía liberarse, y que luego los pudiera encontrar en este desastre de mundo. No había garantía de cuántas Crochans podría reunir Manon, si es que lograba conseguir alguna.

La flota estaba demasiado dispersa en la costa de Terrasen como para servirles de algo. Sólo quedaban las fuerzas restantes de Ansel de Briarcliff para ofrecer algo de alivio. Si es que para entonces este ejército no estaba ya convertido en esqueletos. Había pocas opciones salvo resistir hasta que llegaran. Sus últimos aliados.

Porque Rolfe y los micenianos… no había garantía de que llegaran. No habían sabido nada de ellos.

—Ordena la retirada —le dijo Aedion al príncipe—. Y avísale a Endymion y Sellene que necesitaremos su poder en cuanto empecemos a correr.

Lanzar toda su magia para formar un gran escudo que les protegiera las espaldas mientras ellos intentaban poner tantos kilómetros como fuera posible entre ellos y Morath.

Galan asintió y se puso el casco ensangrentado sobre su cabellera oscura. Se marchó dando grandes zancadas entre la masa caótica de soldados.

Retirada. Tan pronto, tan rápido. A pesar de todo su entrenamiento, los años brutales de aprendizaje y peleas y liderazgo, todo se había reducido a esto.

¿Siquiera llegarían a Perranth?

El orden con el cual había marchado el ejército hacia el sur se colapsó por completo durante la huida de regreso al norte. Las tropas de las hadas se quedaron en la retaguardia. Sus escudos mágicos empezaban a debilitarse pero aguantaron. Mantendrían a las fuerzas de Morath bajo control junto a las colinas mientras retrocedían hacia Perranth.

Las palabras murmuradas entre los soldados cojos y exhaustos pasaron al lado de Lysandra mientras ella avanzaba entre ellos, en la forma de un caballo. Le había permitido a un joven montar en su espalda cuando vio que tenía vísceras visibles colgando fuera de su armadura destrozada.

Durante largos kilómetros, la sangre del soldado colgado en su espalda le iba entibiando el flanco.

El goteo tibio había cesado hacía mucho. La sangre se había congelado.

Él también.

Ella no tenía el corazón para quitárselo de encima, para dejar su cuerpo muerto en el campo para que lo aplastaran. Además, la sangre congelada lo mantenía pegado a ella.

Cada paso era un esfuerzo de voluntad. Sus propias heridas sanaban más rápido que las de los soldados a su alrededor. Muchos cayeron durante la marcha hacia Perranth. Algunos eran levantados y cargados por sus compañeros o desconocidos.

Algunos no volvieron a levantarse.

No se suponía que la resistencia se deshiciera tan rápido.

Las palabras de los soldados fueron empeorando conforme se acercaban a Perranth, a pesar de unas cuantas horas de descanso esa primera noche. ¿Dónde está la reina? ¿Dónde está su fuego?

Ella no podía luchar como Aelin, no de manera convincente y no lo suficientemente bien como para permanecer con vida. Y cuando la Portadora de Fuego peleara sin flamas… entonces podrían enterarse del engaño.

Tendría que huir. Otra vez.

Los Asesinos Silenciosos notaron la segunda noche que el soldado muerto seguía sobre el lomo de Lysandra.

No dijeron nada pero reunieron un poco de agua tibia para derretir la sangre y los órganos que se habían congelado sobre ella. Luego para bañarla.

En su forma de yegua ruana, no tenía palabras que ofrecerles, no tenía

manera de preguntarles si sabían quién era. De todas formas la trataron con amabilidad.

Nadie intentó acercarse al caballo solitario que recorría el campamento en ruinas. Algunos soldados habían levantado sus tiendas de campaña. Muchos simplemente se durmieron junto a las fogatas, bajo mantas y chaquetas.

A ella le zumbaban los oídos. Le habían estado zumbando desde el primer choque de la batalla.

No supo cómo encontró la tienda de campaña que buscaba, pero ahí estaba, abierta a la noche. Lo podía ver dentro, acompañado de Galan, Ansel y Ren.

Las cejas del lord de Allsbrook se elevaron cuando ella entró y su cabeza casi chocó con el techo.

Un caballo. Seguía en la forma de caballo.

Ren se movió hacia ella con dificultad, a pesar del agotamiento que sin duda le pesaba en cada centímetro de su cuerpo.

Lysandra buscó ese hilo en su interior, el hilo que la llevaría de regreso a su cuerpo humano, la luz brillante que la devolvería a su forma.

Los otros cuatro se quedaron mirándola mientras ella lo encontraba, luchaba por hacerlo funcionar. La magia le arrancó sus últimas fuerzas. Para cuando estaba nuevamente en su propia piel, ya estaba cayendo al piso cubierto de paja.

No sintió el frío chocar contra su piel desnuda y tampoco le importó cuando colapsó de rodillas.

Ansel ya estaba ahí y la cubrió con su capa.

—¿Dónde demonios estabas?

Incluso la reina de los Yermos estaba pálida. Su cabello del color del vino estaba apelmazado en su cabeza debajo de la tierra y la sangre.

Lysandra no podía ya hablar. Apenas pudo quedarse de rodillas sosteniendo la capa.

—Saldremos una hora antes del amanecer —dijo Aedion. La orden era también la indicación de que se marcharan.

Ansel y Galan asintieron y salieron de la tienda de campaña. Ren sólo murmuró:

—Te buscaré algo de alimento, lady.

Luego salió de la tienda también.

Las botas crujieron en la paja y luego él estaba rodilla con rodilla frente a ella. Aedion.

No había nada amable en su rostro. No había piedad ni calidez.

Durante un largo minuto simplemente se quedaron viendo uno a la otra.

Luego el príncipe gruñó en voz baja:

—Tu plan fue una mierda.

Ella no dijo nada pero no pudo evitar que sus hombros se curvaran hacia adentro.

—Tu plan fue una mierda —exhaló él con los ojos brillantes—. ¿Cómo podrías ser ella, usar su piel, y pensar que te podrías salir con la tuya? ¿Cómo podrías jamás pensar que podrías ingeniártelas para engañar a nuestros ejércitos que están contando contigo para que quemes a los enemigos y los conviertas en cenizas, y todo lo que puedes hacer es huir y regresar como alguna bestia?

—No puedes culparme por esta retirada —dijo ella con voz áspera. Eran las primeras palabras que pronunciaba en días y días.

—Tú estuviste de acuerdo en enviar a Aelin a su muerte y dejarnos aquí para que nos hicieran pedazos. No le dijeron a nadie de su plan, no nos dijeron a ninguno de nosotros, que les podríamos haber explicado las realidades de esta guerra, y que necesitaríamos una maldita Portadora de Fuego y no una metamorfa inútil y sin entrenamiento para pelear contra Morath.

Golpe tras golpe, las palabras aterrizaban en su corazón exhausto.

—Nosotras…

—Si estaban tan dispuestas a dejar que Aelin muriera, ¡entonces deberías habérselo permitido después de que incinerara las hordas de Erawan!

—Eso no hubiera evitado que Maeve la capturara.

—Si nos hubieran dicho, podríamos haber hecho un plan distinto, podríamos haber actuado de otra manera y no estaríamos aquí, ¡maldita seas!

Ella se quedó mirando la paja lodosa.

—Expúlsame de tu ejército, entonces.

—Arruinaron todo —dijo Aedion y sus palabras fueron más frías que el viento del exterior—. Tú y ella.

Lysandra cerró los ojos.

La paja se movió y ella supo que él se había puesto de pie, lo supo cuando sus

palabras la golpearon desde arriba de su cabeza inclinada.

—Sal de mi tienda de campaña.

No estaba segura de poderse mover para obedecer, aunque deseaba hacerlo. Necesitaba hacerlo.

Defenderse. Debía defenderse. Enfurecerse con él cuando la atacaba porque necesitaba darle salida a su miedo y desesperación.

Lysandra abrió los ojos y elevó la vista hacia él. A la rabia de su rostro, el odio.

Logró ponerse de pie aunque su cuerpo aullaba de dolor. Logró mirarlo a los ojos aunque Aedion repitió con frialdad taciturna:

—Sal.

Descalza en la nieve, sin ropa debajo de la capa. Aedion miró sus piernas desnudas, como si estuviera dándose cuenta de ello. Y no le importó.

Así que Lysandra asintió, se cubrió lo mejor que pudo con la capa de Ansel y salió hacia la noche helada.

—¿Dónde está? —preguntó Ren, que traía una taza de algo que parecía como sopa demasiado aguada en una mano y un trozo de pan en la otra. El lord buscó en la tienda de campaña como si la fuera a encontrar bajo el catre, en la paja.

Aedion miró los pocos leños que seguían ardiendo en el brasero y no dijo nada.

—¿Qué hiciste? —exhaló Ren.

Todo estaba a punto de acabar. Estuvieron condenados desde que Maeve se robó a Aelin. Desde que su reina y la metamorfa habían llegado a su acuerdo.

Así que no importaba lo que dijera. No le importaba que no fuera justo, que no fuera cierto.

No le importaba porque estaba tan cansado que no podía reunir suficiente vergüenza por haberla culpado de la derrota segura que enfrentarían en unos días frente a los muros de Perranth.

Deseaba que ella lo hubiera golpeado, que le hubiera gritado.

Pero ella le permitió enfurecerse. Y había salido a la nieve, descalza.

Él había prometido salvar Terrasen, mantener firme el frente. Lo había hecho durante años.

Y sin embargo esta prueba contra Morath, cuando más importaba… había fallado.

Encontraría la fuerza para volver a pelear. Para reunir a sus hombres. Sólo… necesitaba dormir.

Aedion no se dio cuenta de cuándo se marchó Ren, sin duda para buscar a la metamorfa de la que estaba tan estúpidamente enamorado.

Debería llamar a sus comandantes del Flagelo. Ver lo que pensaban sobre cómo manejar este desastre.

Pero no pudo. No pudo hacer nada salvo mirar ese fuego mientras la noche seguía su curso.

CAPÍTULO 35

No había confiado en este mundo, en este sueño. En los compañeros que habían caminado con ella, que la habían traído aquí. En el príncipe guerrero de ojos verde pino, que olía a Terrasen.

En él, en especial, no se atrevía a creer en él. No en las palabras que pronunciaba sino en el hecho mismo de que estuviera ahí. No confiaba en que le hubiera quitado la máscara, los grilletes. Habían desaparecido también en otros sueños… en sueños que habían resultado ser falsos.

Pero la Gente Pequeña le había dicho que era verdad. Todo esto. Le dijeron que estaba a salvo y que podía descansar y que ellos la cuidarían.

Y toda esa presión terrible e implacable que se retorcía en sus venas… había disminuido. Sólo lo suficiente para permitirle pensar, respirar y actuar con algo aparte del instinto.

Había liberado todo lo que se atrevía, pero no todo. Ciertamente no todo.

Y había dormido. También había hecho eso, en los otros sueños. Había vivido días y semanas de historias que luego desaparecían como pisadas en la arena.

Pero cuando abrió los ojos, la cueva seguía ahí, aunque un poco menos iluminada. Su poder vibrante se había acomodado más profundamente, estaba dormido. El dolor de sus costillas había disminuido y el corte en su antebrazo había sanado, aunque todavía tenía una costra.

Era la única marca que tenía en su cuerpo.

Aelin la tocó con un dedo. Un dolor apagado le respondió.

Suave… no la costra, sino su dedo. Suave como el vidrio cuando frotaba las yemas de su pulgar y su dedo índice.

No tenía callos. No tenía callos ni en sus dedos ni en las palmas de sus manos. Estaban completamente limpias, sin ninguna de las marcas que habían provocado los años de entrenamiento o el año en Endovier.

Pero esta nueva cicatriz, el leve latido debajo de ella, eso al menos todavía permanecía.

Acurrucada en el suelo de roca, miró la cueva.

El lobo blanco estaba dormido a sus espaldas, roncando suavemente. Su esfera de flama transparente seguía ardiendo a su alrededor e iba disminuyendo la presión brasa tras brasa. Aunque no del todo.

Aelin tragó saliva y sintió el sabor de la ceniza.

Ante lo cual su magia abrió un ojo.

Aelin inhaló rápidamente. Aquí no… todavía no.

Le susurró a su flama. Todavía no.

Pero la flama alrededor de ella y el lobo se encendió y se hizo más gruesa. Le bloqueó la vista de la cueva. Ella apretó la mandíbula.

Todavía no, le prometió. No hasta poderlo hacer sin correr peligro. Lejos de ellos.

Su magia presionó contra sus huesos pero ella no le hizo caso. La mantuvo amarrada.

La burbuja de flamas se hizo más pequeña, protestando, y volvió a ponerse transparente. A través de ella alcanzaba a ver la cuenca que había tallado el agua, las figuras dormidas de sus compañeros.

El príncipe guerrero estaba dormido a un par de metros de distancia del borde de su fuego, metido en un nicho en el muro de la cueva. El agotamiento se le notaba en el cuerpo, aunque no se había quitado las armas.

Tenía la espada colgando del cinturón y el rubí ardía bajo la luz de su fuego.

Ella conocía esa espada. Era una espada antigua, forjada en estas tierras para una guerra mortífera.

También había sido su espada. Esos callos borrados se ajustaban a la perfección en su empuñadura. Y el príncipe guerrero que ahora la portaba había encontrado la espada para ella. En una cueva como ésta, llena de las reliquias de héroes que habían partido al Más Allá hacía mucho tiempo.

Estudió el tatuaje que le descendía al príncipe por la cara y el cuello y que luego desaparecía debajo de su ropa oscura.

Soy tu pareja.

Ella quería creerle, pero este sueño, esta ilusión que le habían creado…

No era una ilusión.

Él había ido a buscarla.

Rowan.

Rowan Whitethorn. Ahora Rowan Whitethorn Galathynius, su esposo y rey consorte. Su pareja.

Ella movió los labios para pronunciar su nombre.

Él había ido a buscarla.

Rowan.

En silencio, con tanta cautela que ni siquiera el lobo blanco despertó, se sentó mientras sostenía la capa que olía a pino y nieve con una mano. Su capa, su olor entretejido en las fibras.

Se puso de pie. Sintió las piernas más firmes de lo que habían estado. Con un pensamiento, la burbuja de flamas se expandió y ella avanzó unos cuantos metros hacia el príncipe dormido.

Miró su cara, apuesta pero severa.

Él abrió los ojos y la miró, como si supiera dónde encontrarla incluso dormido.

Una pregunta silenciosa iluminó esos ojos verdes. ¿Aelin?

Ella no hizo caso a esa pregunta silenciosa porque no podía soportar volver a abrir ese canal entre ambos y miró las líneas poderosas de su cuerpo, su tamaño. Un viento suave besado de hielo y relámpagos se acercó a acariciar su muro de flama, un eco de su pregunta silenciosa.

La magia de ella se encendió ante eso, una onda de poder que bailó a través de su cuerpo.

Como si hubiera encontrado un espejo de ella misma en el mundo, como si hubiera encontrado la contramelodía de su propia canción.

En esas ilusiones o sueños que había tenido, eso nunca había sucedido. Su propia flama no había saltado dichosa ante la presencia del príncipe, de su poder.

Estaba aquí. Era él y había ido a buscarla.

La flama se fundió hasta convertirse en nada salvo el aire fresco de la cueva. No se fundió, sino más bien se metió en ella, se enroscó, una gran bestia jalando su correa.

Rowan. El príncipe Rowan.

Él se sentó lentamente. Cierta quietud empezó a apoderarse de su cuerpo.

Él lo sabía. Se lo había dicho antes, antes de que ella permitiera que la nada se la llevara. Soy tu pareja.

Debían habérselo dicho, entonces. Sus compañeros. Elide y Lorcan y Gavriel. Todos habían estado en aquella playa cuando todo se había ido al infierno.

Su magia se volvió a elevar y ella enderezó los hombros, la obligó a dormir, a esperar, sólo un poco más.

Ella estaba aquí. Ambos estaban ahí.

¿Qué le podría decir a él, para arreglar las cosas, para explicarle? ¿Que él había sido utilizado con tanta bajeza, que había sufrido tanto, por culpa de ella?

Él tenía sangre en el cuerpo. Tanta sangre. Le había empapado por completo la ropa oscura. Por las manchas de su cuello y el aspecto debajo de las uñas, parecía como si hubiera intentado lavarse un poco. Pero el olor permanecía.

Ella conocía ese olor… a quién pertenecía.

Sintió que su columna vertebral se tensaba, sus extremidades también. Se esforzó por relajar un poco la mandíbula e inhaló rápidamente. Se obligó a exhalar con lentitud entre los dientes. Se obligó a no hacer caso del olor de la sangre de Cairn. Lo que le provocaba. Su magia se revolcaba y aullaba.

Y ella se obligó a decirle a él, a su príncipe, quien olía a casa:

—¿Está vivo?

Una rabia helada destelló en los ojos de Rowan.

—No.

Muerto. Cairn estaba muerto. La tensión de su cuerpo cedió un poco… ligeramente. Sus flamas también disminuyeron.

—¿Cómo?

El rostro de Rowan no se oscureció en lo más mínimo con remordimiento.

—Una vez me dijiste en Mistward que si yo me atrevía en algún momento a azotarte con el látigo, me despellejarías vivo —sus ojos no se apartaron de los de ella y dijo con un tono de voz letalmente suave—. Yo tomé la decisión de darle ese destino a Cairn en tu nombre. Y cuando terminé, me tomé la libertad de separar su cabeza de su cuerpo y luego quemé lo que quedaba —una pausa, un instante de duda—. Lamento no haberte dado la oportunidad de hacerlo tú misma.

Ella no tenía la energía para sentir un chispazo de sorpresa, para maravillarse de la brutalidad de su venganza. No mientras dejaba que esas palabras se

asentaran en su mente. No al sentir que sus pulmones volvían a abrirse.

—No podía arriesgarme a traerlo hasta acá para que tú lo mataras —continuó Rowan mientras estudiaba su rostro—. Ni arriesgarme a dejarlo con vida.

Ella levantó las palmas de las manos y miró la piel sin marcas, vacía.

Cairn había hecho eso. La había destrozado a tal grado que necesitaron volverla a armar. Había eliminado todo rastro de quién y qué había sido ella, lo que había visto y lo que había soportado.

Bajó las manos a sus costados.

—Me alegra —dijo y sus palabras fueron ciertas.

Rowan sintió que un escalofrío lo recorría e inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Estás…? —pareció tener dificultad para elegir la palabra correcta—. ¿Puedo abrazarte?

La necesidad descarnada de su voz la desgarraba pero dio un paso atrás.

—Yo…

Miró la cueva, y apartó la vista de la manera en que los ojos de Rowan se apagaron al verla retroceder. Al otro lado de la cámara, el gran lago fluía, suave y plano como un espejo negro.

—Necesito bañarme —dijo con voz baja y cruda. Aunque no tenía ni una marca en su cuerpo más allá de sus pies sucios—. Necesito lavarme para quitarme todo —volvió a intentar.

La comprensión le suavizó la mirada a Rowan. Apuntó con la mano tatuada al abrevadero que estaba cerca.

—Hay algunos trozos de tela para que te laves —se pasó la mano por el cabello plateado, mucho más largo que la última vez que lo había visto, en este mundo, en esta verdad, al menos—. No sé cómo, pero también encontraron algunas de tus prendas viejas de Mistward y las trajeron para acá.

Pero a ella se le estaban volviendo nuevamente distantes las palabras en la lengua.

La magia rugió y presionó contra su sangre, le apretó los huesos.

Fuera, aulló. Fuera.

Pronto, prometió ella.

Ahora. Se azotaba. Le temblaban las manos, se le cerraban los puños, como si

pudiera mantenerla dentro.

Así que le dio la espalda y apuntó no al abrevadero sino al lago más allá.

El aire se movió a sus espaldas y sintió que él la estaba siguiendo. Cuando Rowan se dio cuenta de dónde tenía la intención de bañarse, le advirtió:

—El agua está prácticamente congelada, Aelin.

Ella simplemente dejó caer la capa en las rocas negras y se metió al agua.

El vapor siseó y empezó a elevarse a su alrededor en grandes nubes. Ella continuó avanzando, aceptando la sensación del agua con cada paso, aunque no lograba perforar el calor de su cuerpo.

El agua estaba cristalina, aunque la oscuridad no permitía ver el fondo que desapareció en cuanto se sumergió debajo de la superficie helada.

El agua estaba silenciosa. Fresca y agradable y tranquila.

Así que Aelin soltó un poco la correa… sólo una parte.

Las flamas saltaron y fueron devoradas por el agua helada. Consumidas.

Eso alivió un poco la presión, esa niebla interminable de calor. Se calmó y se enfrió hasta que los pensamientos empezaron a tomar forma nuevamente.

Con cada brazada debajo de la superficie, hacia la oscuridad, podía volverlo a sentir. Volverse a sentir a sí misma. O lo que quedaba de ella.

Aelin. Ella era Aelin Ashryver Whitethorn Galathynius, y era reina de Terrasen.

Salió más magia pero ella la siguió controlando. No toda… todavía no.

La había capturado Maeve, la había torturado. Cairn, su centinela, la había torturado. Pero ella había escapado y su pareja había ido a buscarla. La había encontrado, justo como se habían encontrado a pesar de siglos de derramamiento de sangre y pérdida y guerra.

Aelin. Ella era Aelin y esto no era una especie de ilusión sino el mundo real.

Aelin.

Nadó hacia el centro del lago y Rowan la iba siguiendo por el borde de la roca a lo largo de la orilla.

Se sumergió debajo de la superficie y se permitió hundirse más y más y más. Los dedos de sus pies sólo sentían el agua abierta y fresca. Intentaban tocar un fondo que no llegó.

Más y más abajo en la oscuridad, el frío.

El agua antigua y helada jalaba la flama y el calor y la tensión. Jalaba y la succionaba y la alejaba.

Enfriaba ese centro ardiente que tenía hasta que ella volvió a tomar forma. Una espada al rojo vivo que pasó del fuego al agua.

Aelin. Eso era ella.

El agua de ese lago nunca había visto la luz del sol, había fluido del corazón oscuro y frío de las mismas montañas. Mataría al más fuerte de los guerreros hada en cuestión de minutos.

Pero ahí estaba Aelin, nadando como si fuera un estanque en el bosque entibiado por el sol.

Se quedó flotando y sumergía la cabeza de vez en cuando para tallarse el cabello.

Él no se había dado cuenta de que ella había estado ardiendo a ese grado hasta que se metió al lago helado y empezó a salir vapor.

En silencio, se había sumergido, nadando debajo de la superficie. El agua era tan cristalina que él alcanzaba a ver cada uno de los movimientos de su cuerpo ligeramente iluminado. Como si el agua le hubiera quitado la piel de la mujer y hubiera revelado el alma encendida que había debajo.

Pero ese brillo iba disminuyendo con cada respiración que salía a dar, iba apagándose un poco más cada vez que se sumergía debajo de la superficie.

¿Ella no había querido que la tocara por ese infierno interno, o simplemente porque primero quería lavarse la mancha de Cairn? Tal vez ambas cosas. Al menos ya había empezado a hablar y sus ojos se habían despejado un poco.

Permanecieron despejados cuando se quedó flotando, el brillo todavía ligeramente presente en su cuerpo, y levantó la vista hacia donde él estaba en una franja de roca negra que sobresalía en la orilla del lago.

—Podrías acompañarme —dijo al fin.

No había calidez en sus palabras, pero él sintió la invitación. No a probar su cuerpo como él ansiaba, como necesitaba para saber que ella estaba ahí con él, sino más bien para estar con ella.

—A diferencia de ti —dijo intentando tranquilizar su voz ahora que su expresión de reconocimiento amenazaba con doblarle las rodillas—, yo no creo que mi magia me caliente tanto si me meto.

Pero quería. Dioses, quería meterse. Pero se obligó a agregar:

—Este lago es antiguo. Deberías salir.

Antes de que algo saliera del lago.

Ella no le hizo caso y sus brazos continuaron formando grandes círculos en el agua. Aelin sólo lo miró con esa expresión seria y cautelosa.

—No me doblegué —dijo en voz baja. Él sintió que el corazón se le resquebrajaba al escuchar las palabras—. No les dije nada.

Ella no se lo estaba diciendo para que la felicitara, ni para presumir. Sino para decirle a él, su consorte, dónde estaban parados en esta guerra. Lo que sus enemigos podrían saber.

—Yo sabía que no lo harías —logró responderle.

—Ella… trató de convencerme de que todo esto era una pesadilla. Cuando Cairn terminaba conmigo, o mientras lo hacía, no lo sé, ella intentaba meterse en mi mente —miró alrededor de la cueva, como si pudiera ver el mundo afuera—. Creaba fantasías que se sentían tan reales… —se sumergió bajo la superficie. Tal vez necesitaba el agua fresca del lago para poder volver a escuchar su propia voz; tal vez necesitaba la distancia entre ellos para poder pronunciar estas palabras. Volvió a salir y se acomodó el cabello hacia atrás con una mano—. Se sentían igual que esto.

En parte, él no quería saber, pero de todas maneras le preguntó:

—¿Qué tipo de ilusiones?

Una pausa larga.

—Ya no tiene importancia.

Era demasiado pronto para presionarla a hablar… si es que ese momento llegaría alguna vez.

Entonces ella preguntó con suavidad:

—¿Cuánto tiempo?

Él necesitó de los tres siglos de entrenamiento que tenía para lograr que la devastación y la agonía que sentía por ella no se reflejara en su rostro.

—Dos meses, tres días y siete horas.

Ella apretó la boca, ya fuera por el tiempo o por el hecho de que él había contado todas y cada una de las horas que permanecieron separados.

Se volvió a pasar la mano por el cabello. Los mechones flotaban a su alrededor en el agua. Seguía estando demasiado largo para que fueran solamente dos meses.

—Me sanaban después de cada… sesión. Para que dejara de saber qué me habían hecho y qué estaba en mi mente y dónde estaba la verdad.

Si Maeve borraba sus cicatrices, tenía mayor probabilidad de convencerla de que nada de esto era real. Aelin continuó:

—Pero las sanadoras no podían recordar qué tan largo tenía el pelo, o Maeve quería confundirme aún más, así que me lo dejaron más largo.

Sus ojos se oscurecieron ante el recuerdo de por qué, tal vez, habían necesitado hacerle crecer el pelo de nueva cuenta.

—¿Quieres que te lo corte del largo que lo tenías la última vez que te vi? —las palabras de Rowan eran casi guturales.

—No —el agua ondulaba a su alrededor—. Lo quiero así para poder recordar.

Lo que le habían hecho, lo que había sobrevivido y lo que había protegido. A pesar de todo lo que le había hecho a Cairn, la manera en que se había asegurado de que se mantuviera vivo y gritando todo el tiempo, Rowan deseó que todavía estuviera con vida aunque fuera para tomarse más tiempo para matarlo.

Y cuando encontrara a Maeve…

Ella no le correspondía a él. Había matado a Cairn y no se arrepentía. Pero Aelin… Maeve era de ella.

Aunque la mujer que flotaba frente a él no parecía tener la venganza en la mente. No se veía rastro de la rabia ardiente que la movía.

No la culpaba. Sabía que tomaría tiempo, tiempo y distancia, sanar las heridas internas. Si alguna vez podían sanar del todo.

Pero él trabajaría con ella, la ayudaría de todas las maneras que pudiera. Y si ella nunca regresaba a ser quien había sido antes de esto, su amor permanecería igual.

Aelin sumergió la cabeza y, cuando volvió a salir, dijo:

—Maeve estaba a punto de ponerme un collar del Valg al cuello. Salió para ir por él —el olor de su miedo persistente flotó hacia él y Rowan dio un paso más cerca del borde del agua—. Por eso… por eso me escapé. Me trasladó al campamento militar para vigilarme y yo…

Su voz se detuvo pero lo miró a los ojos. Le permitió leer las palabras que no podía pronunciar de esa manera silenciosa que siempre habían tenido para comunicarse. Escapar no era mi intención.

—No, Corazón de Fuego —exhaló él y negó con la cabeza al sentir el horror

empezar a recorrerlo—. No había… no había collar.

Ella parpadeó y ladeó la cabeza.

—¿Eso también fue un sueño?

Él sintió que el corazón se le cuarteaba mientras buscaba las palabras adecuadas. Se obligó a decirlas en voz alta.

—No… fue real. O Maeve pensó que lo era. Pero los collares, la presencia del Valg… Fue una mentira que inventamos. Para que Maeve saliera y con la esperanza de separarla de ti y de Doranelle.

Sólo se escuchó el ligero movimiento del agua.

—¿No había collar?

Rowan se arrodilló y sacudió la cabeza.

—Yo… Aelin, si hubiera sabido lo que haría con esa información, lo que tú decidirías hacer…

Podría haberla perdido. No a manos de Maeve ni de los dioses ni del Candado, sino por sus propias malditas decisiones. La mentira que había elaborado.

Aelin volvió a sumergirse bajo la superficie. Tan profundamente que cuando la llama surgió de ella, apenas pareció un parpadeo.

La luz brotó de ella y sus ondas recorrieron todo el lago, iluminaron las rocas, el techo húmedo y brillante en las alturas. Una erupción silenciosa.

La respiración de Rowan empezó a agitarse. Pero ella nadó nuevamente a la superficie. La luz se desprendía de su cuerpo como listones de las nubes. Casi había desaparecido cuando salió.

—Lo siento —logró decir él.

De nuevo, la inclinación de la cabeza.

—No tienes nada de qué disculparte.

Pero sí tenía. Había aumentado su terror, su desesperación. Había…

—Si no hubieras sembrado esa mentira para Maeve, si no me lo hubiera dicho, no estaríamos aquí en este momento, creo —dijo.

Él intentó controlar el nudo que se retorcía en su estómago, su urgencia por ir hacia ella, por suplicarle que lo perdonara. Intentó e intentó.

Ella sólo preguntó:

—¿Y qué hay de los demás?

No lo sabía aún… no tenía manera de saber cómo y por qué y dónde se habían separado. Así que Rowan se lo dijo, lo más breve y tranquilamente que pudo.

Cuando terminó, Aelin permaneció en silencio varios minutos.

Miró hacia la negrura, las ondas que provocaba su movimiento eran el único sonido. Su cuerpo ya casi había perdido todo ese brillo de recién forjado.

Luego giró de nuevo hacia él.

—Maeve dijo que tú y los demás estaban en el norte. Que te habían visto sus espías allá. ¿Ese engaño también lo sembraste para ella?

Él negó con la cabeza.

—Al parecer, Lysandra ha sido meticulosa.

Aelin tragó saliva.

—Yo le creí.

De cierta manera, sonaba como una confesión.

Así que Rowan dijo:

—Te dije alguna vez que aunque la muerte nos separara, yo destrozaría todos los mundos hasta encontrarte —le sonrió—. ¿En verdad creías que esto me iba a detener?

Ella hizo una mueca y, al fin, todas esas emociones agonizantes empezaron a aflorar en sus ojos.

—Se suponía que ibas a salvar Terrasen.

—Considerando que el sol sigue brillando, creo que Erawan no ha ganado todavía. Así que lo salvaremos juntos.

No se permitió pensar en el precio final de destruir a Erawan. Y Aelin tampoco parecía tener ninguna prisa por discutirlo, ya que dijo:

—Debías haber ido a Terrasen. Te necesita.

—Yo te necesito más —no se arrepintió al escuchar la honestidad descarnada que volvió más áspera su voz—. Y Terrasen también te necesitará. No a Lysandra fingiendo ser tú, sino a ti.

Ella asintió levemente.

—Maeve reunió a su ejército. Dudo que fuera sólo para vigilarme mientras ella no estaba.

Él había apartado esa idea para considerarla después.

—Tal vez fue sólo para reunir sus defensas en caso de que Erawan ganara del otro lado del océano.

—¿De verdad piensas que ésos son sus planes?

—No —admitió él—. No lo creo.

Y si Maeve tenía la intención de llevar a su ejército a Terrasen, para unirse con Erawan o bien para ser otra fuerza que golpeara su reino, para atacar cuando estuvieran más débiles, debían apresurarse. Debían regresar. De inmediato. Los ojos de Aelin, de su pareja, brillaron con entendimiento y temor.

Aelin tragó saliva y susurró:

—Estoy tan cansada, Rowan.

Él volvió a sentir que el corazón se le rompía.

—Lo sé, Corazón de Fuego.

Abrió la boca para decir algo más, para convencerla de que saliera del agua para poder al fin abrazarla si las palabras no podían ayudar a aligerar su carga, pero en ese momento lo vio.

Un barco, antiguo, y con toda su superficie labrada, salió de las sombras.

—Regresa a la orilla.

El barco no estaba flotando a la deriva… estaba siendo remolcado. Apenas alcanzaba a distinguir dos figuras oscuras que se deslizaban bajo la superficie.

Aelin no titubeó y sus brazadas permanecieron controladas mientras nadaba hacia él. No retrocedió cuando él le extendió la mano ni cuando la envolvió en su capa mientras el barco pasaba a su lado.

Unas criaturas negras, semejantes a anguilas y más o menos del tamaño de un hombre mortal, iban remolcando el barco. Sus aletas flotaban tras ellas como velos de ébano y con cada movimiento de sus colas largas él podía ver unos ojos blancos lechosos. Ciegas.

Llevaron el barco de fondo plano donde cabrían quince hombres hada hasta la orilla del lago. Un movimiento de cuerpos pequeños y delgados en la oscuridad y la Gente Pequeña lo ató en una estalagmita cercana.

Los demás debieron haber escuchado su orden a Aelin, porque salieron con las espadas desenvainadas. Medio metro detrás de ellos, Elide estaba con Fenrys que seguía en su forma de lobo.

—No creo que tengan la intención de que vayamos hacia el interior de las cuevas —murmuró Lorcan.

Pero Aelin volteó a verlos, su cabello goteando sobre la roca alrededor de sus pies descalzos. Con sólo pensarlo podría haberse secado pero no hizo el intento.

—Nos están cazando.

—Lo sabemos —le respondió bruscamente Lorcan y, de no ser por el hecho de que Aelin en ese momento tenía la mano sobre su hombro, Rowan lo hubiera arrojado al lago.

Pero las facciones de Aelin no se alteraron y continuaron serias e impasibles.

—La única manera de llegar al mar es a través de estas cuevas.

Era una idea absurda. Estaban a cientos de kilómetros tierra adentro y no había ningún registro de que estas montañas se conectaran con algún sistema de cuevas que fluyera hasta el océano. Para lograr eso, tendrían que ir al norte de la cordillera y luego dar vuelta al oeste en las montañas Cambrian para descender hasta la costa.

—¿Y supongo que ellos te dijeron eso? —preguntó Lorcan con la cara dura como el granito.

—Cuidado —gruñó Rowan. Fenrys le enseñó los dientes al guerrero de cabello oscuro y su pelo se erizó.

Pero Aelin simplemente dijo:

—Sí —no bajó la barbilla un milímetro—. La tierra sobre nuestras cabezas está llena de soldados y espías. Ir por abajo es la única manera.

Elide dio un paso al frente.

—Yo iré —dijo y miró a Lorcan con frialdad—. Tú puedes arriesgarte a ir por la superficie, si no crees en lo que ella dice.

Lorcan apretó la mandíbula y una pequeña parte de Rowan disfrutó viendo a la delicada lady de Perranth hacer pedazos al guerrero endurecido por siglos de conflicto con tan sólo unas cuantas palabras.

—Considerar los posibles inconvenientes de la situación es prudente.

—No tenemos tiempo para considerar —lo interrumpió Rowan antes de que Elide pudiera responderle lo que se veía que tenía en la punta de la lengua—.

Tenemos que seguir moviéndonos.

Gavriel se acercó a estudiar el barco atracado y lo que parecían ser paquetes de provisiones sobre su fondo sólido.

—¿Pero cómo navegaremos?

—Nos escoltarán —respondió Aelin.

—¿Y si nos abandonan? —la desafió Lorcan.

Aelin lo miró sin alterarse.

—Entonces tendremos que encontrar la manera de salir, supongo.

Un asomo, apenas una chispa, de su temperamento se reveló detrás de esas palabras calmadas.

No había nada más que debatir después de eso. Y tenían poco que empacar. Los demás le dieron a Aelin privacidad para vestirse junto a la fogata mientras inspeccionaban el barco y, cuando ella volvió a salir, con botas, pantalones y varias capas debajo de su túnica gris, verla con esa ropa de Mistward le provocó a Rowan un nudo en el estómago.

Ya no era una prisionera desnuda que había escapado. Pero ese rostro todavía no estaba iluminado de su picardía, dicha y salvajismo irrefrenable.

El resto del grupo esperó en el bote, todos sentados en las bancas que tenía construidas a los lados. Fenrys y Elide aparentemente eligieron sentarse lo más lejos posible de Lorcan. Gavriel era el reticente amortiguador dorado que los separaba.

Rowan permaneció en la orilla, con una mano extendida hacia Aelin cuando ella se acercó. Cada uno de sus pasos parecía ser algo planeado, como si todavía se siguiera maravillando de poder moverse con libertad. Como si todavía estuviera acostumbrándose a mover sus piernas sin el peso de las cadenas.

—¿Por qué —preguntó Lorcan en voz alta, más para sí mismo— tomarse tantas molestias por nosotros?

Obtuvo su respuesta, todos la obtuvieron, un instante después.

Aelin se detuvo a un par de metros del barco y de la mano extendida de Rowan. Volteó de nuevo hacia la cueva. La Gente Pequeña se asomó entre las ramas de abedul, desde las rocas, detrás de las estalagmitas.

Lenta, pronunciadamente, Aelin les hizo una reverencia.

Rowan podría haber jurado que todas esas cabezas diminutas se inclinaron ante eso.

Un par de manos huesudas y grisáceas se asomaron por encima de una roca cercana. Sostenían algo brillante. Colocaron el objeto sobre la roca.

Rowan se quedó inmóvil. Una corona de plata y perla y diamante brillaba ahí, elaborada con la forma de las alas de un cisne.

—La Corona de Mab —exhaló Gavriel. Pero Fenrys apartó la mirada hacia la oscuridad y enroscó la cola alrededor de su cuerpo.

Aelin dio un paso titubeante hacia la corona.

—Cayó… cayó al río.

Rowan no quería saber cómo se había encontrado con la corona, por qué la había visto caer al río. Maeve conservaba las dos coronas de sus hermanas siempre bajo vigilancia y sólo las sacaba para exhibirlas en su salón del trono en situaciones oficiales del estado. En memoria de sus hermanas, decía. Rowan a veces se había preguntado si sería un recordatorio de que ella había sobrevivido más que ellas, que ella había conservado el trono al final.

La mano grisácea se deslizó sobre el borde de la roca y empujó la corona con un gesto no verbal. Tómala.

—¿Quieres saber por qué? —le preguntó Gavriel a Lorcan en voz baja mientras Aelin caminaba hacia la roca. Su rostro sólo expresaba una reverencia solemne—. Porque ella no sólo es la heredera de Brannon sino también de Mab.

Un recuerdo de su tatarabuela, le había dicho Maeve para provocarla. Quien le había heredado su fuerza, su inmortalidad.

Aelin cerró la mano alrededor de la corona y la levantó con cuidado. Brillaba como si tuviera la luz viviente de la luna entre sus manos.

La línea de mi hermana Mab era fuerte, había dicho Maeve en la playa, según Elide. Y, en efecto, ese linaje parecía haberse conservado en todos los aspectos.

Pero Aelin no hizo ningún movimiento por ponerse la corona cuando regresó hacia Rowan. Sus pasos eran más estables ya. Él intentó no pensar demasiado en la insoportable suavidad de su mano cuando tomó la de él. La ayudó a abordar y luego subió al barco antes de soltar las cuerdas que lo mantenían atado a la orilla.

Gavriel terminó de decir, con asombro en cada una de sus palabras:

—Y eso la convierte también en su reina.

Aelin miró a Gavriel a los ojos, la corona casi brillaba en sus manos.

—Sí —fue lo único que dijo cuando el barco empezó a navegar hacia la

oscuridad.

CAPÍTULO 36

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a la costa? —preguntó Elide en un susurro cuyo eco rebotó en las paredes de la cueva talladas por el río.

Había sentido pánico cuando el barco se alejó de la luz de la costa y se adentró en un pasadizo al otro lado del lago. Era tan oscuro que no podía ver siquiera sus propias manos frente a su cara. Estar atrapada en una oscuridad tan impenetrable por horas, días, posiblemente más…

¿Sería como estar en ese ataúd de hierro? Aelin no parecía dar ninguna señal de que la oscuridad sofocante le molestara, y no había tampoco mostrado ninguna intención de iluminar su camino. No había invocado ni una brasa.

Pero la Gente Pequeña, al parecer, se había preparado. Y en cuestión de unos instantes tras entrar al pasadizo completamente negro del río, una luz azul se encendió en la linterna que colgaba sobre la proa curvada.

No era luz, ni siquiera era magia. Eran pequeños gusanos que brillaban con una tonalidad azul claro, como si cada uno se hubiera tragado el corazón de una estrella.

Los habían puesto en la linterna y su luz suave ondeaba sobre las paredes suavizadas por el paso del agua. Una luz tenue y tranquilizadora. Al menos lo era para ella.

Los machos hada estaban alertas. Sus ojos brillaban con una luz animal. Usaban la iluminación para ir estudiando las cavernas por las cuales iban siendo remolcados por esas extrañas bestias serpentinas.

—No estamos moviéndonos muy rápido —respondió Rowan desde donde estaba sentado junto a Aelin cerca de la parte trasera del barco. Fenrys dormitaba a los pies de la reina. El barco era tan grande que cada uno de ellos podía recostarse entre las bancas, o bien podían reunirse cerca de la proa para comer las provisiones de frutas y quesos—. Y no sabemos qué tan directamente fluyen estos pasadizos. Decir que algunos días sería una estimación conservadora.

—Nos llevaría tres semanas hacer el recorrido a pie si estuviéramos en la superficie —explicó Gavriel. Su cabello dorado se veía del color de la plata bajo la luz de la linterna—. Tal vez más.

Elide se puso a jugar con el anillo que traía en el dedo. Hizo girar la argolla una y otra vez. Preferiría viajar un mes a pie que permanecer atrapada en estos pasadizos oscuros y sin aire.

Pero no tenían alternativa. Anneith no le había susurrado ninguna advertencia: no había dicho nada antes de que abordaran el barco. Ni antes de que Aelin recibiera la antigua corona de la reina hada, su herencia y derecho.

La reina había guardado la corona de Mab en uno de sus bolsos, como si se tratara tan sólo de un cinturón adicional para cargar espadas. No había hablado y ellos tampoco le habían hecho preguntas.

Ella había pasado estas últimas horas sentada en la parte trasera del barco, estudiando sus manos sin cicatrices y ocasionalmente asomándose a las aguas negras debajo de ellos. Qué esperaría ver debajo de su propio reflejo ondulante, Elide prefería no saber. Las criaturas letales y antiguas de estas tierras eran demasiado numerosas para contar y la mayoría no era amistosa con los mortales.

Elide se inclinó hacia la pila de sus bolsos y volteó a la izquierda. Lorcan se había posicionado ahí, a uno de los costados del barco. Más cerca de ella de lo que había estado en semanas.

Él percibió su atención y volteó sus ojos oscuros hacia ella.

Durante unos cuantos instantes, ella se permitió mirarlo.

Él se había arrastrado tras Maeve en la playa para salvar a Aelin. Y la había encontrado cuando ella estaba escapando. Se había asegurado de que Aelin lograra salir. ¿Eso borraba lo que había hecho al llamar a Maeve en un principio? Aunque Maeve hubiera puesto una trampa, aunque él no supiera las intenciones que Maeve tenía con Aelin, ¿eso borraba su decisión de llamarla?

La última vez que habían hablado como amigos había sido a bordo de ese barco en las horas previas a la llegada de la flota de Maeve. Él le había dicho que debían hablar y ella había imaginado que hablarían de su futuro, de ellos.

Pero tal vez él había estado a punto de decirle lo que había hecho, que se había equivocado al actuar antes de ver cómo se desenvolvían los planes de Aelin. Elide dejó de hacer girar el anillo.

Él lo había hecho por ella. Elide lo sabía. Había llamado a la flota de Maeve porque pensaba que estaban a punto de ser destruidos por la flota de Melisande. Lo había hecho por ella, al igual que cuando bajó el escudo que los rodeaba aquel día en que Fenrys le había arrancado un pedazo del brazo para que Gavriel la pudiera sanar.

Pero la reina sentada en silencio detrás de ellos… no había ni rastro de ese fuego afilado, ni de la sonrisa malévola que le esbozaba a todos los que se

cruzaban a su paso… Dos meses con un sádico. Con dos sádicos. Ése había sido el precio, y la carga que Aelin y todos ellos deberían soportar.

Ese silencio, que apagaba el fuego, se debía a él. No por completo, pero en cierta forma.

Lorcan apretó los labios, como si pudiera leer sus pensamientos en su expresión.

Elide volvió a mirar al frente, al sitio donde el techo de la caverna se hacía tan bajo que ella podría haberlo tocado si se pusiera de pie. El espacio empezó a hacerse más y más angosto…

—Probablemente es un pasaje hacia una caverna más grande —murmuró Lorcan, como si también pudiera ver el miedo en su rostro. U olerlo.

Elide no se molestó en responder. Pero no pudo evitar sentir un poco de gratitud.

Continuaron avanzando hacia esa oscuridad antigua y silenciosa y nadie habló durante un largo rato.

El collar no había sido real.

Pero el ejército que Maeve había llamado sí lo era.

Y Dorian, y Manon con él, estaban buscando la última llave del Wyrd. Si él la conseguía de manos del mismo Erawan, donde fuera que el rey del Valg la tuviera guardada, si él conseguía tener las tres…

El movimiento del agua contra el barco era el único sonido y había sido lo único que se escuchaba ya durante un rato.

Gavriel permanecía vigilando en la proa y Lorcan monitoreaba desde el lado de estribor con la mandíbula apretada. Fenrys y Elide dormitaban. La cabeza de la lady estaba recargada contra su costado. El cabello negro como la tinta se derramaba sobre el pelo blanco como la nieve.

Aelin miró en dirección a Rowan, que estaba sentado a su lado, pero no se tocaban. Ella tenía los dedos enroscados sobre su regazo. Un parpadeo hacia la oscuridad fue la única indicación de que él estaba consciente de cada uno de los movimientos de la reina.

Aelin inhaló su olor, dejó que su fuerza se fuera asentando más profundamente en su interior.

Dorian y Manon podrían estar en cualquier parte. Buscar a la bruja y al rey sería una pérdida de tiempo. Sus caminos volverían a cruzarse o no lo harían. Y si él encontraba la llave final y se la entregaba, ella pagaría lo que los dioses habían exigido. Lo que ella le debía a Terrasen, al mundo.

Pero si Dorian elegía ponerle fin a todo él mismo, forjar el Candado… Aelin sintió que se le revolvía el estómago. Él tenía el poder. Tanto como ella, si no es que más.

Se suponía que sería su sacrificio. El derramamiento de su sangre para salvarlos a todos. Permitirle que lo hiciera él…

Ella podía. Ella debía. Erawan sin duda estaría desatando su furia sobre Terrasen y el ejército de Maeve probablemente les provocaría incontables problemas, podía confiar en que Dorian lo haría. Confiaba en él.

Aunque tal vez nunca se perdonaría a sí misma si sucediera.

Su deuda, se suponía que era la deuda que ella debía pagar. Tal vez el castigo por no hacerlo sería tener que vivir consigo misma. Tener que vivir con todo lo que le habían hecho en estos meses, también.

La negrura del río subterráneo se hizo más densa, envolvió sus brazos alrededor de ella y la apretó.

Distinta de la negrura de la caja de hierro. De la negrura que había encontrado en su interior.

Un lugar del cual tal vez nunca escaparía, no realmente.

Su poder se removió, despertó. Aelin tragó saliva y se negó a reconocerlo. A obedecerlo.

No lo haría. No podía. Todavía no. Hasta estar lista.

Había visto la cara de Rowan cuando ella habló de lo que su engaño la había impulsado a hacer. Había notado la manera en que sus compañeros la veían, con lástima y miedo en sus ojos. Ante lo que le habían hecho, en lo que se había convertido.

Un nuevo cuerpo. Un cuerpo desconocido, extraño, como si la hubieran arrancado de uno y la hubieran metido a otro. Era algo diferente al cambio entre sus formas, de alguna manera. No había intentado cambiar su cuerpo humano todavía. No veía para qué.

Sentada en silencio mientras el barco avanzaba por la oscuridad, sintió el peso de esas miradas. Su temor. Sintió que se estaban preguntando qué tan dañada estaba.

No te doblegarás.

Sabía que eso había sido verdad, que había sido la voz de su madre y ninguna otra la que le había hablado.

No se doblegaría ante esto. Ante lo que le habían hecho. Ante lo que quedaba.

Por los compañeros que la rodeaban, para liberarlos de su desesperanza, de su miedo, no cedería.

Lucharía por ello, se arrastraría por regresar si era necesario, volvería a ser quien había sido. Recordaría su arrogancia y sonrisa y guiño. Lucharía contra esa mancha persistente en su alma, lucharía para ignorarla. Usaría este viaje por la oscuridad para reconstruirse, sólo lo necesario para que pareciera convincente.

Aunque esta oscuridad fracturada ahora viviera en su interior, aunque hablar fuera difícil, les mostraría lo que ellos deseaban ver.

Una Portadora de Fuego entera. Aelin del Fuego Salvaje.

Le mostraría al mundo también esa mentira. Haría que la creyeran.

Tal vez algún día ella la creería también.

CAPÍTULO 37

Pasaron días de viaje prácticamente en silencio.

Tres días, si los sentidos de Rowan y Gavriel eran certeros. Tal vez el segundo traía un reloj de bolsillo. A Aelin no le importaba en realidad.

Usó cada uno de esos días para considerar lo que se había hecho, lo que estaba por delante. A veces, el rugido de su magia ahogaba el resto de sus pensamientos. A veces su poder dormía. Ella no le hizo caso.

Navegaron por la oscuridad, el río debajo ellos era tan negro que bien podrían estar flotando por el reino de Hellas.

Eran las últimas horas de su cuarto día por la oscuridad y las rocas. Sus escoltas incansables seguían jalando el barco. Entonces, Rowan murmuró:

—Estamos entrando a territorio de criaturas de los túmulos.

Gavriel volteó a verlo desde su posición en la proa.

—¿Cómo lo sabes?

Fenrys, que estaba recostado a su lado, todavía en forma de lobo, movió las orejas hacia el frente.

Ella no le había preguntado por qué seguía en su forma de lobo. A ella nadie le había preguntado por qué permanecía en su forma de hada, después de todo. Pero supuso que si él adoptaba su forma de hada podría sentir la tentación de hablar. De responder a preguntas que tal vez no estaba listo para discutir. Podría simplemente empezar a gritar y gritar sobre lo que les habían hecho, sobre lo que le habían hecho a Connall.

Rowan señaló con un dedo tatuado hacia un nicho en la pared. Una sombra velaba los recovecos, pero cuando la luz azul de la linterna llegó al fondo, se alcanzó a ver oro brillar en la roca. Oro antiguo.

—¿Qué es una criatura de los túmulos? —susurró Elide.

—Criaturas de malicia y pensamiento —respondió Lorcan mientras escudriñaba el pasadizo y se llevaba la mano a la empuñadura de su espada—.

Codician el oro y los tesoros, e infestaban las tumbas antiguas de reyes y reinas para poder vivir entre riquezas. Odian la luz de cualquier tipo. Espero que esto los mantenga alejados.

Elide se encogió y Aelin sintió deseos de hacer lo mismo.

Pero en vez de eso, se esforzó por extraer de su cuerpo suficientes palabras para preguntarle a Rowan:

—¿Son las mismas criaturas que vimos debajo de aquellos montículos que visitamos?

Rowan se enderezó y sus ojos brillaron ante su pregunta, o el simple hecho de que hubiera hablado. Él se había mantenido a su lado estos días, una presencia silenciosa y constante. Incluso cuando dormían, se mantenía a un metro de distancia pero todavía sin tocarla, simplemente ahí. Lo suficientemente cerca para que su olor de pino y nieve la tranquilizara y le permitiera dormir.

Rowan apoyó la mano en el borde del barco.

—Hay muchos montículos de estas criaturas por todo Wendlyn, pero no hay más entre las Cambrian y Doranelle aparte de los que vimos. Al menos hasta donde sabemos —agregó—. No sabía que las tumbas llegaban a tanta profundidad.

—Las criaturas necesitan entrar de alguna manera porque las puertas de las tumbas probablemente estén selladas en la parte superior —dijo Gavriel y se asomó a un nicho más grande que apareció a la derecha frente a ellos. No era un nicho, sino más bien la entrada a una cueva que llegaba a la orilla del río y luego subía hasta perderse de vista.

—Detengan el barco —dijo Aelin.

La orden se topó con silencio, incluso de Rowan.

Aelin apuntó hacia la orilla que se formaba junto a la entrada de la cueva.

—Detengan el barco —repitió.

—No creo que podamos —murmuró Elide. Era verdad, ambas habían tenido que recurrir a usar un balde para sus necesidades en estos días. Los hombres se ponían a hablar de algo en voz alta para hacer el silencio más tolerable.

Pero el barco se dirigió hacia el nicho y su velocidad disminuyó. Fenrys se levantó y olisqueó el aire mientras se acercaban a la orilla. Rowan y Lorcan se inclinaron hacia afuera para apoyar las manos sobre la roca y evitar chocar con demasiada fuerza.

Aelin no esperó a que el barco dejara de moverse, tomó una linterna y saltó al suelo pulido por el río.

Rowan maldijo y saltó detrás de ella.

—Quédense aquí —le advirtió a quienes se quedaron en el barco.

Aelin no se molestó en ver quién había obedecido y entró a la cueva.

La reina había sido imprudente antes de que Cairn y Maeve hicieran su trabajo durante dos meses, pero parecía como si cualquier remanente de sentido común hubiera sido eliminado de ella a fuerza de azotes.

Sin embargo, Lorcan no lo dijo cuando él y Elide se quedaron solos en el barco. Gavriel y Fenrys habían salido tras Rowan y Aelin. Su camino se distinguía sólo por el resplandor cada vez más débil de la luz azul en las paredes.

No había luz de fuego. Ella no había mostrado ni una chispa desde que entraron a la cueva.

Elide permaneció sentada frente a él en el lado izquierdo del barco. Tenía la espalda recargada en el borde curvado. Había permanecido en silencio los últimos minutos y observaba la entrada de la cueva que ya estaba oscura.

—Las criaturas de los túmulos no son peligrosas si estás armado con magia —dijo Lorcan.

Ella movió sus ojos oscuros hacia él.

—Bueno, pues yo no tengo nada de magia, así que me disculparás si permanezco alerta.

No, alguna vez le había dicho que aunque la magia fluía en la familia Lochan, ella no tenía nada. Él nunca le había dicho que él siempre había considerado su inteligencia como una magia poderosa por sí misma, independientemente de los susurros de Anneith.

Elide continuó:

—No estoy preocupada por las criaturas.

Lorcan miró el río que fluía junto a ellos en silencio, las cuevas a su alrededor, antes de decir:

—Le tomará un tiempo reajustarse.

Ella lo miró con esos ojos que lo acusaban.

Él apoyó los antebrazos sobre las rodillas.

—La recuperamos. Está con nosotros ahora. ¿Qué más quieres? —no necesitó agregar de mí.

Elide se sentó más erguida.

—No quiero nada —de ti.

Él apretó los dientes. Aquí sería donde lo discutirían, por lo visto.

—¿Cuánto tiempo más se supone que debo seguir redimiéndome?

—¿Te estás aburriendo?

Él gruñó.

Ella se limitó a mirarlo furiosa.

—No me había dado cuenta siquiera de que te estuvieras redimiendo.

—Aquí estoy, ¿no?

—¿Por quién, exactamente? ¿Por Rowan? ¿Por Aelin?

—Por ambos. Y por ti.

Ahí estaba. Al fin lo había soltado.

A pesar del brillo azulado de la linterna, pudo notar el rubor que se extendió por las mejillas de Elide. Pero ella apretó los labios.

—Te lo dije en esa playa: no quiero tener nada que ver contigo.

—¿Entonces por un error seré tu enemigo eterno?

—Ella es mi reina y tú llamaste a Maeve y luego le dijiste dónde estaban las llaves y te quedaste ahí mientras le hacían eso.

—No tienes idea de lo que puede hacer el juramento de sangre. Ninguna.

—Fenrys rompió el juramento. Encontró la manera.

—Y si Aelin no hubiera estado ahí para ofrecerle otro, habría muerto —rio con una risa amarga—. Tal vez hubieras preferido eso.

Ella no hizo caso a su comentario.

—Tú ni siquiera lo intentaste.

—Claro que sí —gruñó él—. Luché con todas mis fuerzas. Y no fue suficiente. Si me hubiera ordenado que te degollara, lo habría hecho. Y si hubiera encontrado alguna manera de romper el juramento, habría muerto, y ella probablemente también te habría matado o te habría llevado con ella después. En esa playa, mi único pensamiento era hacer que Maeve te olvidara, que te

dejara ir a ti…

—¡No me preocupo por mí! ¡No me preocupaba por mí en esa playa!

—Bueno, pues yo sí —dijo con un gruñido que hizo eco sobre el agua y la roca. Luego bajó la voz. Podrían atraer cosas peores que las criaturas de los túmulos en estas cuevas—. Yo me preocupaba por ti en esa playa. Y tu reina también.

Elide negó con la cabeza y apartó la mirada, hacia cualquier dirección, al parecer, salvo hacia él.

Esto era lo que resultaba de abrir una puerta a un sitio en su interior que nunca nadie había penetrado. Este desastre, este hueco en su pecho que lo hacía seguir necesitando arreglar las cosas.

—Puedes tenerme todo el resentimiento que quieras —dijo con una aspereza que desvelaba sus sentimientos—. Estoy seguro de que voy a sobrevivir.

El dolor apareció en la mirada de Elide.

—Bien —respondió con voz quebradiza.

Él odió esa fragilidad más que cualquier otra cosa que hubiera experimentado. Se odiaba a sí mismo por provocarla. Pero él tenía límites respecto a qué tanto estaba dispuesto a arrastrarse.

Había dicho lo que tenía que decir. Si ella deseaba lavarse las manos de él para siempre, entonces él tendría que encontrar la manera de respetar su decisión. De vivir con eso.

De alguna manera.

La cueva subía unos cuantos metros y luego se nivelaba y se adentraba en la roca. Era un pasadizo abierto toscamente que no había sido tallado ni por el agua ni por los años, se dio cuenta Rowan, sino por manos mortales. Tal vez los reyes y los lords muertos hacía muchos años habían utilizado el río subterráneo para depositar a sus muertos antes de sellar las tumbas a la luz del sol y el aire de la superficie. Tal vez el conocimiento de los pasadizos había muerto junto con sus reinos.

Un brillo débil latió en la linterna que Aelin tenía en la mano y bañó de azul las paredes de la cueva. Él la alcanzó rápidamente y ahora iba caminando a su lado. Fenrys corría a sus pies y Gavriel iba en la retaguardia.

Rowan no se había molestado con liberar sus armas. El acero era de poca utilidad contra las criaturas de los túmulos. Sólo podían ser destruidas con magia.

Sólo podía hacer conjeturas sobre por qué Aelin había sentido la necesidad de detenerse, qué necesitaba ver. El pasadizo se abrió hacia una caverna

pequeña y vieron brillar el oro.

Oro por todas partes, así como una sombra cubierta de una túnica raída oculta al lado del sarcófago al centro.

Rowan gruñó como advertencia, pero Aelin no atacó.

Cerró los puños pero permaneció inmóvil. La criatura siseó. Aelin solamente la miró.

Como si no quisiera, no pudiera, tocar su poder.

Rowan sintió que se le hacía un nudo en el pecho. Luego lanzó un latigazo de hielo y viento por la cueva.

La criatura aulló una vez y desapareció.

Aelin se quedó mirando el sitio donde había estado por un segundo y luego lo miró por encima del hombro. La gratitud brillaba en sus ojos.

Rowan solamente asintió. No te preocupes.

Pero Aelin se volteó y bloqueó esa conversación silenciosa para continuar revisando el espacio.

Tiempo. Le tomaría tiempo sanar. Aunque él sabía que su Corazón de Fuego fingiría lo contrario.

Así que Rowan también se puso a investigar. Al otro lado de la tumba, más allá del sarcófago y el tesoro, se abría un arco hacia otra cámara. Tal vez otra tumba o un pasadizo de salida.

—No tenemos tiempo de encontrar una salida —murmuró Rowan mientras ella se adentraba en la tumba—. Y las cuevas siguen siendo una opción más segura que la superficie.

—No estoy buscando una salida —respondió ella con esa voz tranquila e impasible. Se detuvo, tomó un puñado de monedas de oro estampadas con el rostro de un rey olvidado—. Necesitaremos fondos para nuestro viaje. Y sepan los dioses qué más.

Rowan arqueó la ceja.

Aelin se encogió de hombros y metió el oro en el bolsillo de su capa.

—A menos que el lamentable tintineo que escuché surgir de tu monedero no sea una indicación de los pocos fondos que tenemos.

Esa chispa de humor sarcástico, la provocación… Estaba intentándolo. Por él, o por los demás, tal vez un poco por ella misma, pero estaba intentándolo.

Lo menos que podía hacer él era ofrecerle lo mismo. Rowan inclinó la cabeza.

—En verdad estamos en necesidad de rellenar nuestros cofres.

Gavriel tosió.

—Esto les pertenece a los muertos, ¿saben?

Aelin agregó otro puñado de monedas a su bolsillo y empezó a dar una vuelta por la tumba llena de tesoros.

—Los muertos no tienen que comprar su pasaje en un barco. Ni caballos.

Rowan le sonrió ampliamente al León.

—Ya oíste a la dama.

Un destello de luz brilló del sitio donde Fenrys había estado olisqueando un cofre de joyas y luego el hombre estaba parado ahí. Tenía la ropa gris desgastada pero intacta, en mucho mejores condiciones que el aspecto vacío de sus ojos.

Aelin pausó su saqueo.

Fenrys tragó saliva, como si estuviera intentando recordar cómo hablar. Luego dijo con voz ronca:

—Necesitábamos más bolsillos —le dio unos golpes a los suyos para enfatizar.

Los labios de Aelin formaron un esbozo de sonrisa. Le parpadeó a Fenrys, tres veces.

Ante lo cual Fenrys parpadeó una vez.

Un código. Habían creado un código silencioso para comunicarse porque le habían ordenado a él permanecer en su forma de lobo.

La sonrisa de Aelin no desapareció del todo y caminó hacia el hombre de cabello dorado. La piel bronceada de Fenrys se veía ceniza. Aelin abrió los brazos como una oferta silenciosa.

Para que él decidiera si deseaba tener contacto. Si podría soportarlo.

Justo como Rowan le permitiría a ella decidir si quería tocarlo.

Un pequeño suspiro se escapó de Fenrys y luego abrazó a Aelin y un temblor le recorrió el cuerpo. Rowan no podía ver la cara de ella, tal vez no necesitaba verla, cuando ella apretó la chaqueta de Fenrys con tanta fuerza que sus nudillos se veían blancos.

Era una buena señal, un pequeño milagro, que alguno de ellos deseara, pudiera ser tocado. Rowan se lo tuvo que recordar, aunque cierta parte intrínseca y masculina de él se tensó ante el contacto. Un bastardo hada territorial, así lo había llamado ella en alguna ocasión. Haría lo posible por no merecerse ese título.

—Gracias —dijo Aelin con una voz tan suave que el corazón de Rowan se cuarteó un poco más. Fenrys no respondió, pero por la angustia de su rostro, Rowan supo que no hacía falta el agradecimiento.

Se apartaron y Fenrys le tocó la mejilla.

—Cuando estés lista, podemos hablar.

Sobre lo que habían soportado. Para desenmarañar todo lo que había sucedido.

Aelin asintió y exhaló.

—Igualmente.

Empezó a meter oro de nuevo en sus bolsillos pero volteó a ver a Fenrys, que tenía el rostro demacrado.

—Hice el juramento de sangre contigo para salvar tu vida —dijo Aelin—. Pero si no lo quieres, Fenrys, yo… podemos encontrar una manera de liberarte…

—Lo quiero —dijo Fenrys sin rastro de su usual sentido del humor altanero. Miró a Rowan e inclinó la cabeza—. Es un honor para mí servirle a esta corte. Y servirte a ti —se dirigió a Aelin.

Ella hizo un ademán como para restarle importancia, aunque Rowan no pudo evitar darse cuenta del brillo en sus ojos cuando se agachó para recoger más oro. Le dio un momento a ella y luego se acercó a Fenrys y le puso la mano sobre el hombro.

—Me alegra tenerte de regreso —agregó y luego titubeó un poco antes de decir—, hermano.

Porque eso era lo que serían. Nunca lo habían sido antes, pero lo que Fenrys había hecho por Aelin… Sí, hermano era como lo llamaría Rowan. Aunque el propio hermano de Fenrys…

Los ojos oscuros de Fenrys brillaron.

—Ella mató a Connall. Lo obligó a clavarse un cuchillo en el corazón.

Un collar de perlas y rubíes se cayó de las manos de Gavriel.

La temperatura de la tumba subió pero no hubo destello de flamas, movimiento de brasas.

Como si la magia de Aelin se hubiera levantado pero ella la hubiera controlado de nuevo.

Sin embargo, Aelin seguía metiendo oro y joyas en sus bolsillos.

Ella también la había presenciado. Esa masacre.

Pero fue Gavriel quien se aproximó con pasos silenciosos a pesar de las joyas y el oro en el piso y le puso la mano a Fenrys en el otro hombro:

—Nos aseguraremos de que esa deuda quede saldada antes del final.

El León nunca había pronunciado semejantes palabras, no hacia su exreina. Pero la furia brillaba en la mirada amarilla de Gavriel. Tristeza y furia.

Fenrys respiró hondo para tranquilizarse y se alejó. La pérdida en su rostro se mezcló con otra cosa que Rowan no podía definir. Pero ahora no era el momento de preguntar, de entrometerse.

Llenaron sus bolsillos con todo el oro que pudieron. Fenrys incluso se quitó la chaqueta gris para hacer un bolso improvisado. Cuando casi colgaba hasta el suelo de tanto oro y su tela se empezaba a ver demasiado tensa, salió en silencio por el pasillo. Gavriel, que seguía incómodo con su saqueo descarado, salió detrás de él un momento después.

Sin embargo, Aelin continuó buscando entre el tesoro. Había sido más selectiva que los demás. Examinaba las piezas con lo que Rowan supuso era el ojo de una joyera. Los dioses eran testigos de que ella tenía suficientes joyas como para saber cuáles tendrían el mayor precio en el mercado.

—Debemos irnos —dijo. Sus propios bolsillos estaban a punto de reventar y sentía el peso del oro al caminar.

Ella se levantó del sitio donde estaba buscando en un cofre de metal.

Rowan se quedó inmóvil mientras ella se aproximaba con algo apretado en la palma de la mano. Se detuvo muy cerca de él, lo suficiente para tocarlo, y abrió la mano.

Ahí había dos anillos dorados.

—No conozco las costumbres hada —dijo. El anillo más grueso tenía un rubí de corte elegante en la argolla y el pequeño tenía una esmeralda rectangular montada encima. La piedra era del tamaño de su uña—. Pero cuando los humanos se casan, intercambian anillos.

Le temblaban los dedos, apenas un poco. Había demasiadas palabras sin pronunciarse entre ellos.

Sin embargo, éste no era el momento para tener esa conversación, esa

sanación.

No ahora que debían partir lo más rápido posible y esta oferta que ella le estaba haciendo, esta prueba de que todavía quería lo que había entre ellos, los juramentos que habían intercambiado…

—Supongo que la esmeralda brillante es para mí —dijo Rowan con una media sonrisa.

Ella exhaló una risa suave. El sonido susurrado era tan preciado para él como los anillos que ella les había buscado en este tesoro.

Ella tomó su mano y él intentó no temblar del alivio, intentó no caer de rodillas cuando ella le puso el anillo de rubí en el dedo. Le quedaba a la perfección. El anillo sin duda había sido forjado para el rey que estaba en esta tumba.

En silencio, Rowan tomó la mano de ella y le puso el anillo de esmeralda.

—Hasta cualquier fin —susurró él.

Los ojos de Aelin se veían esperanzados.

—Hasta cualquier fin.

Un recordatorio, y un juramento, más sagrado que cualquier juramento de matrimonio que habían hecho en ese barco.

Caminar este sendero juntos, de regreso de la oscuridad de ese ataúd de hierro. Enfrentar lo que los aguardaba en Terrasen, sin importar las promesas antiguas a los dioses.

Él le acarició el dorso de la mano con el pulgar.

—Volveré a hacer el tatuaje —ella tragó saliva pero asintió—. Y —agregó Rowan— me gustaría agregar otro. En mí… y en ti.

Ella arqueó las cejas pero él le apretó la mano. Tendrás que esperar a verlo, princesa.

Otro esbozo de sonrisa. No se apartó al escuchar sus palabras silenciosas esta vez. Típico.

Él abrió la boca para hacer la pregunta que llevaba días muriendo por hacer. ¿Puedo besarte? Pero ella le quitó la mano.

Admiró la argolla que brillaba en su dedo y apretó la boca al voltear a ver su palma.

—Tengo que entrenar otra vez.

No tenía un solo callo en las manos.

Aelin frunció el ceño a su cuerpo demasiado delgado.

—Y hacer algo de músculo otra vez.

Un ligero temblor vibró en sus palabras pero apretó las manos para formar puños a sus costados y le sonrió a su ropa, la ropa de Mistward.

—Será como en los viejos tiempos.

Estaba intentando. Estaba extrayendo esa arrogancia, intentando. Así que él también lo haría. Hasta que ella ya no lo necesitara.

Rowan esbozó una sonrisa torcida.

—Como en los viejos tiempos —dijo y la empezó a seguir a la salida de la tumba y de vuelta al río de ébano—, pero con mucho menos tiempo para dormir.

Podría haber jurado que el pasadizo se había calentado. Pero Aelin continuó avanzando.

Más tarde. Esa conversación, este tema pendiente entre ellos, vendría después.

CAPÍTULO 38

La reina y su consorte necesitaban, al parecer, un momento en privado. Elide se sorprendió más al ver a Fenrys en su forma hermosa de hombre que al ver el oro que él y Gavriel traían y que casi se desparramaba de sus bolsillos.

Lorcan rio con suavidad cuando empezaron a guardar el tesoro en sus bolsos. Más de lo que algunas personas podrían soñar.

—Al menos está pensando de manera previsora.

Fenrys se quedó inmóvil cuando se agachó frente a su bolso. El oro en sus manos brillaba como su cabello. No había nada remotamente cálido en sus ojos oscuros.

—Estamos en esta posición sólo por tu culpa.

Elide se puso tensa cuando Lorcan se quedó quieto. Gavriel dejó de guardar el tesoro y su mano se movió hacia la daga que colgaba en su costado.

Pero el guerrero de cabello oscuro inclinó la cabeza.

—Ya me lo han recordado —respondió, pero no volteó a ver a Elide.

Fenrys le enseñó los dientes.

—Cuando salgamos de esto —siseó—, tú y yo arreglaremos las cosas.

La sonrisa de Lorcan era una brutal tajada blanca.

—Será un placer.

Elide sabía que lo decía en serio. Con gusto aceptaría lo que Fenrys le hiciera, participaría en ese conflicto devastador y sangriento.

Gavriel suspiró y sus ojos amarillos se encontraron con los de Elide. No se podía decir ni hacer nada para convencerlos de lo contrario.

Pero Elide inhaló en ese momento para sugerir que los pleitos entre ellos, con o sin motivos de venganza, no se cumplirían cuando Aelin y Rowan salieron del pasadizo.

La reina tenía a Goldryn colgando de un costado, indudablemente porque el príncipe se la había devuelto. Su rubí brillante parecía una amatista en la luz azul y se movía de arriba abajo con cada paso de Aelin.

Apenas se habían vuelto a subir al barco cuando un siseo salió volando del pasadizo del que acababan de salir.

Tensos, Rowan y Gavriel rápidamente empujaron el barco para alejarlo de la orilla. Las criaturas que lo remolcaban se pusieron en movimiento y los jalaron hacia el río.

Las espadas brillaron y todos los guerreros inmortales se quedaron letalmente inmóviles.

Pero Aelin no desenfundó a Goldryn. Ni siquiera levantó una mano en llamas. Simplemente permaneció al lado de Elide con el rostro como piedra.

El siseo se hizo más fuerte. Unas manos oscuras y llenas de costras rascaban el arco del pasadizo pero retrocedían en los puntos donde se encontraban con la luz.

—Alguien está enojado por el robo del tesoro —murmuró Fenrys.

—Pueden formarse —dijo Aelin y Elide podría haber jurado que el dorado de los ojos de la reina había brillado. Un destello de luz oculta en las profundidades y, luego, nada.

Un viento helado corrió por las cuevas. El siseo se detuvo.

Temblando, Elide murmuró:

—No creo que quiera regresar a estas tierras.

Fenrys rio, una risa sensual que no se expresaba en sus ojos.

—Estoy de acuerdo, lady.

Flotaron en la oscuridad un día más, luego dos. El mar seguía sin aparecer.

Aelin estaba durmiendo, un sueño pesado y sin soñar nada, cuando una mano fuerte la tomó del hombro.

—Mira —susurró Rowan y su aliento le rozó la oreja.

Ella abrió los ojos y vio una luz débil.

No era el mar, se dio cuenta al sentarse. Los demás se levantaron, sin duda porque también escucharon a Rowan.

Sobre ellos, colgando del techo de la caverna como si fueran estrellas atrapadas bajo la roca, brillaban unas pequeñas luces azules.

Gusanos bioluminiscentes, como los de la linterna. Miles de ellos que se volvían infinitos por el reflejo en el agua negra. Estrellas arriba y abajo.

Por el rabillo del ojo, Aelin vio que Elide se llevaba la mano al pecho.

Un mar de estrellas: en eso se había convertido la cueva.

Belleza. Todavía había belleza en este mundo. Las estrellas todavía podían brillar, todavía brillaban con fuerza, incluso enterradas bajo la tierra.

Aelin respiró el aire fresco de la cueva, la luz azul. Dejó que fluyera por su cuerpo.

Estremecer las estrellas. Había prometido hacer eso. Había hecho tanto para llegar a ese fin, pero todavía quedaba mucho por hacer. Tenían que apresurarse. ¿Cuántos estaban sufriendo en las garras de Morath?

La belleza perduraba… y Aelin lucharía por ella. Necesitaba luchar.

Era un pulso constante en su sangre, en sus huesos. Junto con el poder que ella mantenía en las profundidades y que ignoraba con cada respiración. Pelear… una última vez.

Había escapado para poderlo hacer. Pensaría en todos aquellos que desafiaron a Morath, desafiaron a Maeve, mientras ella entrenaba. No dudaría. No se atrevía a detenerse.

Haría que este tiempo contara. De todas las maneras posibles.

La esmeralda de su argolla de matrimonio brilló con su propio fuego.

Era egoísta de su parte reforzar ese vínculo cuando su propia sangre la destinaba al altar de los sacrificios, pero ella se había bajado del barco para encontrarlos. Los anillos. Saquear el tesoro se le ocurrió después. Pero si ella no iba a tener cicatrices en su cuerpo, ningún recordatorio de dónde había estado y quién era y qué había prometido, entonces necesitaría al menos esta prueba.

Aelin podría haber jurado que las estrellas vivientes sobre sus cabezas cantaron, un coro celestial que flotaba por las cuevas.

Una canción estelar que iba arrastrada por la corriente del río, que fluía a su lado, los últimos kilómetros antes de llegar al mar.

CAPÍTULO 39

El ejército enemigo llegó no en tres días, ni en cuatro, sino en cinco.

Era una bendición y una maldición, decidió Nesryn. Una bendición, por el tiempo que les dio para prepararse, para que los ruks llevaran a algunas de las personas más vulnerables de Anielle a un campamento nevado más allá de los Colmillos.

Y una maldición por el miedo que empezaba a pudrirse en la fortaleza, que ahora estaba llena de quienes no habían podido o querido hacer el viaje. Al anochecer del cuarto día, ya alcanzaban a ver las filas negras que marchaban hacia ellos por los tramos de Oakwald que habían talado.

Para el amanecer del quinto día, estaban ya cerca de la orilla del lago, en la planicie.

Nesryn estaba montada en Salkhi en una de las torres del castillo. Borte estaba en Arcas a su lado.

—Para ser un ejército de demonios, marchan más lento que la propia madre de mi ej.

Nesryn rio.

—Los ejércitos tienen que cargar con sus provisiones, y éste tuvo que cruzar un río y derribar un bosque.

Borte inhaló con fuerza.

—Parece mucha molestia por una ciudad tan pequeña.

Así era, los jinetes de ruks no estaban impresionados con Anielle, ciertamente no después de acampar en Antica antes de llegar a estas tierras.

—Si salvamos esta ciudad y tomamos el Abismo Ferian al norte, eso podría abrirnos un camino en esa dirección. Tal vez sea un lugar feo pero es vital.

—Oh, el territorio es hermoso —dijo Borte y miró hacia el lago que brillaba bajo la luz invernal. El vapor de las aguas termales cercanas flotaba por su superficie—. Pero los edificios… —hizo una mueca.

Nesryn rio.

—Puede que tengas razón.

Durante unos momentos, observaron al ejército acercarse poco a poco. La gente estaba huyendo en las calles, se apresuraban para subir los escalones interminables de la fortaleza y sus almenas.

—Me sorprende que Sartaq le hubiera permitido a su futura emperatriz volar contra ellos —dijo Borte con picardía. La joven la había estado fastidiando con eso todas estas semanas.

Nesryn frunció el ceño.

—¿Dónde está Yeran?

Borte le sacó la lengua, a pesar del ejército que se aproximaba.

—Ardiendo en el infierno, por lo que a mí concierne.

Ni siquiera lejos de sus propios nidos y de las antiguas rivalidades, el par de prometidos había suavizado su relación. O tal vez era parte del juego que jugaban ambos y que llevaban años jugando. Fingir odio cuando era tan obvio que matarían a cualquiera que representara una amenaza para el otro.

Nesryn arqueó las cejas y Borte se cruzó de brazos. Sus trenzas gemelas volaban con el viento.

—Traerá a las últimas dos sanadoras a la fortaleza.

Y justo cuando lo dijo, un ruk casi negro voló desde la planicie.

—¿No tienen ninguna intención de casarse por fin antes de la batalla?

Borte retrocedió un poco.

—¿Por qué lo haría?

La sonrisa de Nesryn era pícara.

—¿Para tener su noche de bodas?

Borte ladró una risotada.

—¿Quién dice que no la tuvimos ya?

Nesryn se quedó con la boca abierta.

Pero Borte se limitó a ladear la cabeza, le chasqueó la lengua a Arcas y la jinete y el ruk se lanzaron hacia el cielo helado.

Nesryn se quedó mirando a Borte hasta que llegó a la planicie. Pasó volando junto a Yeran en su ruk con un movimiento intrépido que algunos podrían haber interpretado como un gesto vulgar gigante hacia el guerrero.

El ruk oscuro de Yeran gritó con indignación y Nesryn sonrió. Sabía que Yeran probablemente estaría haciendo lo mismo que ella, a pesar de traer a las dos sanadoras en su montura.

Pero la sonrisa de Nesryn resultó ser breve cuando volvió a mirar en dirección al ejército que cada minuto estaba más y más cerca. Una masa continua e incansable de acero y muerte.

¿Acamparían hasta el amanecer o atacarían en la noche? ¿El sitio sería rápido y letal o largo y brutal? Ella había visto sus provisiones. Estaban preparados para quedarse todo el tiempo que fuera necesario hasta dejar la ciudad convertida en ruinas.

Y hasta eliminar a todas las almas que vivieran en su interior.

Los tambores de hueso empezaron a sonar al ponerse el sol.

Yrene se paró en el parapeto más alto de la fortaleza y contó las antorchas que se perdían hacia la noche. Tuvo que esforzarse por conservar la cena en su estómago.

Nada distinto de los demás alimentos de ese día, se dijo a sí misma. Los alimentos que había luchado por consumir sin vomitar.

El parapeto estaba lleno de soldados y espectadores por igual. Todos estaban viendo hacia el ejército en el borde de la planicie que los separaba de la frontera de la ciudad, todos escuchando en silencio el sonido implacable de los tambores.

Un ritmo constante y horrible. Que tenía la intención de alterar los nervios, de quebrar las voluntades.

Ella sabía que continuarían toda la noche. No les permitirían descansar, los harían temer el amanecer.

La fortaleza estaba tan llena como era posible. Los pasillos estaban repletos de sacos de dormir. Ella y Chaol le habían cedido su recámara a una familia de cinco. Los niños eran demasiado jóvenes para hacer el recorrido hacia los Yermos, incluso a espaldas de un ruk. En el aire helado, un recién nacido podría ponerse azul por el frío en cuestión de minutos.

Yrene recorrió el muro de piedra con una mano. Era roca gruesa y antigua. Le suplicó que resistiera.

Catapultas. Había catapultas en el ejército que llegaba. Había escuchado el último informe de Falkan en el desayuno. La planicie en sí seguía llena de suficientes rocas de los días en los cuales había formado parte del lago como

para que Morath no tuviera ningún problema en encontrar cosas que lanzarles.

La advertencia había mantenido a Yrene atareada todo el día, llevando a las familias que habían ocupado habitaciones del lado del lago a otro sitio, así como a quienes dormían muy cerca de las ventanas o de los muros exteriores. Era algo de último minuto y había sido una tontería no haberlo considerado hasta ahora, pero había estado tan concentrada los últimos cinco días en asegurarse de que todos estuvieran dentro, que no había pensado en cosas como las catapultas y los bloques de roca pesada que se romperían.

Movió sus provisiones de sanación también. A una habitación interior donde sería necesario que toda la fortaleza se colapsara para destruir lo que había adentro. Las sanadoras de la Torre habían traído todo lo que había sido posible de los barcos, pero hicieron más cuando llegaron. No era su mejor trabajo, no por mucho, pero Eretia había dicho que los ungüentos y los tónicos sólo tenían que funcionar, no deslumbrar, y que continuaran mezclando.

Todo estaba listo. Todo estaba preparado. O lo más preparado que podrían estarlo.

Así que Yrene se quedó en las almenas, escuchando los tambores de hueso un rato más.

Chaol se dijo a sí mismo que no era la última noche que pasaría con su esposa. De todas maneras la aprovechó al máximo y los dos habían descansado tanto como pudieron resistir antes de levantarse, horas antes del amanecer.

El resto de la gente en la fortaleza también estaba despierta. Los ruks estaban inquietos en los techos y almenas de la torre, el sonido de los golpes y rasguños de sus garras en las rocas hacía eco en todos los pasillos y habitaciones.

Los tambores seguían sonando. Habían sonado toda la noche.

Le había dado un beso de despedida a Yrene y ella pareció querer decir algo más, pero optó por darle un abrazo durante un preciado y largo minuto antes de separarse.

No sería la última vez que la vería, se prometió a sí mismo al dirigirse a las almenas donde su padre, Sartaq y Nesryn habían acordado reunirse al amanecer.

El príncipe y Nesryn no habían llegado todavía, pero su padre estaba ahí portando una armadura que Chaol no había visto desde que era niño. Desde que su padre había salido para cumplir los deseos de Adarlan. Para conquistar este continente.

Le seguía quedando bien. El metal lucía apagado, raspado y golpeado. No era

la armadura más fina del arsenal de la familia bajo la fortaleza pero sí era la más sólida. Tenía una espada colgando a la cintura y su escudo estaba recargado contra la pared de las almenas. A su alrededor, los vigías intentaban no mirar al enemigo, aunque sus ojos llenos de temor seguían cada movimiento.

Los tambores siguieron sonando.

Chaol se acercó al lado de su padre. Su túnica oscura estaba reforzada con armadura en los hombros, antebrazos y espinillas.

Un bastón de palo fierro estaba enfundado en su espalda, para cuando la magia de Yrene empezara a debilitarse. Y su silla esperaba en el gran salón, para cuando la magia se agotara del todo.

Su padre no había dejado ver qué pensaba sobre todo esto cuando Chaol se lo había explicado el día anterior. No había dicho ni una sola palabra.

Chaol miró al hombre de reojo. Su padre miraba directamente hacia el ejército que empezaba a apagar sus fogatas una por una ante la salida del sol.

—Usaron los tambores de hueso en el último sitio de Anielle —dijo su padre sin que le temblara la voz—. La leyenda cuenta que esos tambores sonaron por tres días y tres noches antes de que atacaran y la ciudad estaba ya tan inundada de terror, tan enloquecida con la falta de sueño, que no tuvieron oportunidad de defenderse. Los ejércitos y bestias de Erawan los hicieron pedazos.

—En aquel entonces no tenían ruks peleando de su lado —dijo Chaol.

—Ya veremos cuánto duran.

Chaol apretó los dientes.

—Si no tienes esperanzas, entonces tus hombres tampoco durarán mucho.

Su padre miró hacia la planicie, el ejército que iba revelándose con cada minuto.

—Tu madre se fue —dijo el hombre al fin.

Chaol no ocultó su sorpresa.

Su padre apretó la mano sobre el parapeto de roca.

—Tomó a Terrin y se fue. No sé hacia dónde huyeron. En cuanto nos dimos cuenta de que estábamos rodeados de enemigos, ella tomó a sus doncellas, a sus familias. Se fue a la mitad de la noche. Sólo tu hermano se molestó en dejar una nota.

Su madre, después de todo lo que había soportado, de todo lo que había

sobrevivido en esta casa infernal, al fin se había marchado. Para salvar a su otro hijo, su promesa de un futuro.

—¿Qué dijo Terrin?

Su padre acarició la roca con la mano.

—No importa.

Obviamente sí importaba. Pero ahora no era el momento para presionar, para preocuparse por eso.

No había miedo en el rostro de su padre. Sólo resignación fría.

—Si no lideras a estos hombres hoy —gruñó Chaol—, entonces yo lo haré.

Su padre lo miró por fin, su expresión severa.

—Tu esposa está embarazada.

La sorpresa recorrió el cuerpo de Chaol como un golpe físico.

Yrene… Yrene…

—Tal vez sea una sanadora talentosa, pero no es buena para mentir. ¿O acaso no te has dado cuenta de la frecuencia con la que coloca su mano sobre su abdomen o el tono verde que adquiere a la hora de comer?

Eran palabras inocentes y despreocupadas. Como si su padre no estuviera rompiendo el suelo en el que estaba parado.

Chaol abrió la boca y su cuerpo se tensó. Para gritarle a su padre, para correr con Yrene, no lo sabía.

Pero entonces se detuvieron los tambores de hueso.

Y el ejército empezó a avanzar.

CAPÍTULO 40

Manon y las Trece habían enterrado a todos y cada uno de los soldados masacrados por las Dientes de Hierro. Sus manos desgarradas y sangrantes les punzaban y tenían las espaldas muy adoloridas, pero lo habían hecho.

Cuando aplanaron el último trozo de tierra dura, Manon se encontró con Bronwen en el borde del claro. El resto de las Crochans se habían ido para montar el campamento.

Las Trece pasaron caminando lentamente junto a Manon. Ghislaine, según Vesta, había sido invitada a sentarse en el hogar de una bruja que también estaba interesada en esos temas mortales y académicos.

Sólo Asterin se quedó en las sombras cercanas para cuidarle las espaldas. Manon le preguntó a Bronwen:

—¿Qué pasa?

Debería haber intentado hacer plática con más amabilidad, usar la diplomacia, pero no lo hizo. No podía soportarlo.

Bronwen tragó saliva, como si las palabras se le atoraran en la garganta.

—Tú y tu aquelarre actuaron honorablemente.

—¿Lo dudabas, del Demonio Blanco?

—No pensaba que las Dientes de Hierro se preocuparan por las vidas humanas.

No tenía idea. Manon sólo dijo:

—Mi abuela me informó que ya no soy una Dientes de Hierro, así que, por lo visto, lo que les preocupe o no, no tiene nada que ver conmigo —continuó caminando hacia los árboles tras los cuales habían desaparecido las Trece y Bronwen empezó a caminar a su lado—. Era lo menos que podía hacer —admitió Manon.

Bronwen la miró de reojo.

—Vaya que sí.

Manon volteó a ver a la Crochan.

—Eres buena líder de tus brujas.

—Las Dientes de Hierro nos han dado una buena razón para estar muy bien entrenadas.

Algo parecido a la vergüenza la volvió a recorrer. Se preguntó si en algún momento encontraría una manera de aliviarlo, de soportarlo.

—Supongo que así fue.

Bronwen no dijo nada y se alejó hacia las pequeñas fogatas.

Pero cuando Manon salió en busca de Glennis y su hogar, las Crochans la miraron.

Algunas inclinaron la cabeza en su dirección. Otras asintieron con seriedad.

Ella se encargó de que las Trece curaran sus manos y trató sin éxito de quedarse sentada. De permitirse empezar a sentir el peso del día.

A su alrededor, alrededor de cada hoguera, las Crochans discutían en voz baja si debían regresar a sus casas o dirigirse más al sur, hacia Eyllwe. Pero, si iban a Eyllwe, ¿qué harían? Manon apenas alcanzaba a escuchar el debate. Glennis permitió que cada uno de los siete hogares gobernantes llegara a su propia decisión.

Manon no se quedó a escuchar qué habían decidido. No se molestó en pedirles que volaran con ellas al norte.

Asterin avanzó hasta llegar al lado de Manon y le ofreció una tira de carne seca de conejo mientras las Trece comían. Las Crochans continuaron sus debates en voz baja. El viento cantó entre los árboles, hueco e incisivo.

—¿A dónde iremos al amanecer? —preguntó Asterin—. ¿Las seguiremos o nos dirigiremos al norte?

¿Seguirían en esta misión inútil de ganárselas o ya abandonarían eso?

Manon estudió sus manos adoloridas y sangrantes, las uñas de hierro llenas de tierra.

—Yo soy una Crochan —dijo—. Y soy una Dientes de Hierro —flexionó los dedos e intentó hacer que el dolor desapareciera—. Las Dientes de Hierro son mi gente también. Independientemente de lo que decrete mi abuela. Son mi gente, Sangre Azul y Piernas Amarillas y Picos Negros por igual.

Y ella cargaría con el peso de lo que había creado, para lo que había

entrenado, para siempre.

Asterin no dijo nada, aunque Manon sabía que estaba escuchando cada palabra. Sabía que el resto de las Trece habían dejado de comer también para escuchar.

—Quiero llevarlas a casa —les dijo Manon, al viento que fluía hasta los Yermos—. Quiero llevar a todas a casa. Antes de que sea demasiado tarde, antes de que se conviertan en algo que no merezca un hogar.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó Asterin con suavidad pero no con debilidad.

Manon se terminó su tira de carne seca y le dio un trago a su odre.

La respuesta no estaba en elegir a unas sobre otras, Crochans sobre Dientes de Hierro. Nunca había estado ahí.

—Si las Crochans no pueden reunir un grupo para pelear, entonces encontraré otro. Uno que ya esté entrenado.

—No puedes ir a Morath —exhaló Asterin—. No lograrás acercarte a ciento cincuenta kilómetros del lugar. El grupo de Dientes de Hierro tal vez ya esté demasiado cambiado como para siquiera considerar aliarse contigo.

—No iré a Morath —dijo Manon y metió su mano congelada a su bolsillo—. Iré al Abismo Ferian. A lo que quede ahí bajo el mando de Petrah Sangre Azul. A pedirles a ellas que se unan a nosotras.

Asterin y las Trece se quedaron en silencio, atónitas. Manon las dejó para que lo meditaran y caminó hacia los árboles. Encontró el rastro de Dorian y siguió su olor.

Y lo vio conversando con el espíritu de Kaltain Rompier. La mujer se veía curada y lúcida en la muerte. Libre de su terrible tormento. La sorpresa hizo que Manon se quedara inmóvil en su sitio.

Luego escuchó los planes de Dorian de infiltrarse en Morath. Morath, donde estaba la tercera y última llave del Wyrd. Él sabía eso y no se lo había dicho.

Kaltain desapareció en el aire de la noche y luego Dorian se transformó. En un cuervo hermoso y orgulloso.

No había estado practicando para mantenerse entretenido. Para nada.

Manon gruñó:

—¿Cuándo, exactamente, planeabas informarme que estabas a punto de ir por la tercera llave del Wyrd?

Dorian parpadeó frente a ella. Su rostro era el vivo retrato de la tranquilidad

y la confianza.

—Cuando me fuera.

—¿Cuando despegaras en forma de cuervo o de guiverno, justo a las redes de Erawan?

La temperatura en el claro descendió bruscamente.

—¿Cuál hubiera sido la diferencia si te lo hubiera dicho hace semanas o ahora?

Ella sabía que no tenía ni un rastro de amabilidad ni calidez en la cara. Era la cara de una bruja. Una Picos Negros.

—Morath es suicidio. Erawan te encontrará sin importar la forma que tengas y vas a terminar con un collar en el cuello.

—No tengo alternativa.

—Teníamos un acuerdo —dijo Manon y dio un paso al frente—. Teníamos un acuerdo de que encontrar las llaves ya no era una prioridad…

—Yo sabía que no tenía caso discutirlo contigo —dijo él y sus ojos brillaron como flamas azules—. Mi camino no tiene impacto en el tuyo. Reúne a las Crochans, vuela al norte a Terrasen. Mi camino me lleva a Morath. Siempre ha sido así.

—¿Cómo pudiste haber visto a Kaltain y no darte cuenta de lo que te aguarda? —levantó el brazo y señaló el sitio donde Kaltain tenía la cicatriz—. Erawan te capturará. No puedes ir.

—Perderemos esta guerra si no voy —le dijo él con dureza—. ¿Cómo es que no te importa eso?

—Me importa —siseó ella—. Me importa si perdemos esta guerra. Me importa si fracaso y no logro aliarme con las Crochans. Me importa que vayas a Morath y no regreses, que no regreses con una vida que merezca ser vivida —dijo. Él solamente parpadeó. Manon escupió al suelo lleno de musgo—. ¿Ahora me quieres decir que no es tan malo que algo te importe? Bueno, esto es el resultado.

—Justo por esto no había dicho nada —exhaló él.

Ella sintió que su corazón latía a toda velocidad. Su pulso hizo eco por todo su cuerpo, aunque sus palabras fueron tan frías como el hielo.

—¿Deseas ir a Morath? —avanzó amenazante hacia él pero éste no retrocedió ni un centímetro—. Entonces demuéstramelo. Demuéstrame que estás listo.

—Yo no tengo que demostrarte nada, brujita.

Ella le sonrió. Una sonrisa brutal y malvada.

—Entonces tal vez deberías demostrártelo a ti mismo. Una prueba.

Él la había engañado, le había mentido. Este hombre que ella creía no le guardaba ningún secreto. No sabía por qué esto la hacía querer romper todo lo que se le pusiera al frente.

—Volaremos al Abismo Ferian al amanecer —él se sobresaltó pero ella continuó—. Ven con nosotras. Necesitaremos un espía en el interior. Alguien que pueda escabullirse entre los guardias para decirnos qué y quién hay dentro —apenas podía escuchar su propia voz por el rugido que sentía en la cabeza—. Veamos qué tan bien puedes transformarte entonces, principito.

Manon se obligó a sostenerle la mirada. A dejar que las palabras se quedaran colgando entre los dos.

Él se dio la media vuelta y se dirigió al campamento.

—Bien. Pero búscate otra tienda para dormir esta noche.

CAPÍTULO 41

Llegaron al mar encubiertos por la oscuridad. Lo único que les advirtió su cercanía fue el olor a sal que entró a la cueva y luego las aguas más agitadas que corrían a su lado y, por último, el rugido de las olas.

Los ojos de Maeve podían estar en todas partes, pero no estaban fijos en la entrada de la cueva que abría a una bahía en la costa oeste de Wendlyn. Tampoco estaban en esa bahía cuando el barco llegó a su playa arenosa y luego desapareció de regreso en las cuevas antes de que alguien pudiera siquiera intentar agradecer a las criaturas que los habían remolcado sin descanso.

Aelin miró el barco hasta que desapareció. Intentó no ver demasiado tiempo la arena limpia y sin mancha debajo de sus botas, mientras los demás debatían dónde habrían desembarcado en la costa.

Tras unas cuantas horas de avanzar rápidamente al norte, hacia territorio de Wendlyn, averiguaron la respuesta: lo suficientemente cerca de un puerto.

La marea estaba de su parte y con el oro que habían robado a las criaturas de los túmulos, sólo era cuestión de que Rowan y Lorcan se cruzaran de brazos para que consiguieran un barco. La flota de Wendlyn iba navegando a las costas de Terrasen y las reglas sobre el cruce de fronteras habían sido revocadas. Ya no existían los cambios de barcos que había que hacer para llegar al continente del otro lado del mar ni las medidas de seguridad. Ahora ya no se trataba de un mero tirano en Adarlan, sino de un rey del Valg con una legión aérea.

Eso hizo que fuera más fácil enviar los mensajes que ella había preparado también. Si la carta a Aedion y Lysandra les llegaría ya dependía de los dioses, supuso, dado que parecían decididos a ser sus titiriteros. Tal vez ya no se molestarían con ella ahora, si Dorian iba en camino de conseguir la tercera llave, si él podía ocupar su lugar.

No lo pensó demasiado.

El barco estaba apenas un poco mejor que en ruinas. Todos los barcos en mejores condiciones habían sido requisados para la guerra, pero éste al menos parecía ser lo suficientemente sólido para hacer el recorrido de varias semanas. Por la cantidad de oro que pagaron, el capitán les cedió su propio camarote a Aelin y Rowan. Si el hombre sabía quiénes eran, lo que eran, no lo

dijo.

A Aelin no le importaba. Sólo le importaba que salieran con la marea de la medianoche. La magia de Rowan los impulsó con rapidez hacia el mar iluminado por la luna.

Lejos de Maeve. De sus ejércitos congregados.

Lejos de la verdad que Aelin podría haber visto ese día en la habitación del trono de Maeve, la sangre oscura que se había convertido en roja.

No les había dicho a los demás. No sabía si ese momento había sido real o una ilusión óptica. Si había sido otro de los espejismos o un fragmento que se hubiera confundido en el recuerdo muy real de la muerte de Connall.

Ya lidiaría con eso después, decidió Aelin y se paró junto a la proa. Los otros ya se habían ido a sus propios camarotes bajo la cubierta mucho antes. Sólo quedaba Rowan, subido en el mástil principal mientras buscaba en todos los horizontes cualquier indicación de que los estuvieran persiguiendo.

Habían escapado de Maeve. Por ahora. Al menos esta noche, no sabría dónde encontrarlos. Hasta que se corriera la voz de los desconocidos en ese puerto, del barco por el cual habían pagado una fortuna digna de un rey para que los llevara al infierno de la guerra. De los mensajes que Aelin había enviado.

Al menos Maeve no sabía dónde estaban las llaves del Wyrd. Todavía tenían eso a su favor.

Aunque era probable que Maeve llevara a su ejército al otro lado del mar para cazarlos. O simplemente para ayudar en la caída de Terrasen.

El poder de Aelin se agitó, un relámpago que gemía en su sangre. Apretó los dientes y no le prestó atención.

Todo dependía de que ellos lograran llegar al continente antes que Maeve y sus fuerzas. O antes de que Erawan pudiera destrozar demasiado el mundo.

Aelin se inclinó hacia la brisa del mar, permitió que penetrara en su piel, en su cabello, que le lavara la oscuridad de las cuevas, aunque la oscuridad de los meses previos no era tan fácil de borrar del todo. Que le calmara el fuego para convertirlo en brasas adormecidas.

Estas semanas en el mar serían interminables, incluso con la magia de Rowan impulsándolos.

Usaría estos días para entrenar, para trabajar con la espada y la daga y el arco hasta tener las manos llenas de ampollas, hasta formar nuevos callos. Hasta que la delgadez se convirtiera en músculo.

Lo reconstruiría… lo que había sido.

Tal vez una última vez, tal vez sólo por un rato, pero lo haría. Aunque fuera solamente por Terrasen.

Rowan bajó volando del mástil y se transformó cuando llegó a su lado en el barandal. Miró el cielo nocturno frente a ellos.

—Deberías descansar.

Ella lo miró de reojo.

—No estoy cansada —no era mentira, no en cierto sentido—. ¿Quieres entrenar?

Él frunció el ceño.

—Eso puede esperar a mañana.

—O esta noche.

Ella le sostuvo la mirada penetrante e igualó el dominio que mostraba él con el suyo propio.

—Puede esperar algunas horas, Aelin.

—Cada día cuenta.

Contra Erawan, incluso un día de entrenamiento contaría. Rowan apretó la mandíbula.

—Cierto —dijo al fin—. Pero de todas maneras puede esperar. Hay… hay cosas que debemos discutir.

Las palabras silenciosas aparecieron en sus ojos brillantes como de un animal. Sobre tú y yo.

Ella sintió que se le secaba la boca. Pero asintió.

En silencio, caminaron hacia su espacioso camarote. Su única decoración era una pared de ventanas que veía hacia el mar en movimiento detrás de ellos. Era muy distinto al camarote de una reina, o cualquier cosa que ella podría haber comprado como la asesina de Adarlan.

Al menos la cama construida en un nicho de la pared se veía lo suficientemente limpia. Las sábanas se veían recién lavadas y sin una sola mancha. Pero Aelin se dirigió al escritorio de roble anclado en el piso y se recargó en él mientras Rowan cerraba la puerta.

Bajo la luz débil de la linterna, los dos se quedaron mirando fijamente.

Ella había soportado a Maeve y a Cairn; había soportado Endovier e incontables otros horrores y pérdidas. Podía tener esta conversación con él.

El primer paso para empezar a reconstruirse.

Aelin sabía que Rowan podía oír su corazón que latía desbocado cuando el espacio entre ellos se tensó. Tragó saliva una vez.

—Elide y Lorcan te dijeron… te dijeron todo lo que se dijo en esa playa.

Él asintió brevemente y la cautela le invadió la mirada.

—Todo lo que dijo Maeve.

Rowan volvió a asentir.

Aelin se preparó.

—Que yo soy… que somos pareja.

La comprensión y algo similar al alivio reemplazaron esa cautela.

—Sí.

—Yo soy tu pareja —dijo Aelin porque debía pronunciar las palabras en voz alta—. Y tú eres la mía.

Rowan cruzó la habitación pero se detuvo a poca distancia del escritorio donde ella estaba recargada.

—¿Qué hay de eso, Aelin?

La pregunta era seria y grave.

—¿Tú no…? —Aelin se frotó la cara—. Tú sabes lo que ella te hizo, lo que le hizo a… —no podía decir su nombre. Lyria—. Por esa razón.

—Lo sé.

—¿Y?

—¿Y qué quieres que te diga?

Ella se apartó del escritorio.

—Quiero que me digas cómo te sientes al respecto. Si…

—¿Si qué?

—Si desearías que no fuera así.

Él juntó las cejas.

—¿Por qué desearía eso?

Ella negó con la cabeza, incapaz de responder, y miró por encima de su hombro hacia el mar.

Parecía como si él fuera a cerrar la distancia que los separaba pero se quedó en su lugar.

—Aelin —dijo él con voz ronca—. Aelin.

Ella lo vio entonces, vio el dolor en sus palabras.

—¿Sabes qué deseo? —le mostró las palmas de sus manos, una tatuada, la otra sin marcas—. Desearía que me lo hubieras dicho. Cuando te diste cuenta. Desearía que me lo hubieras dicho entonces.

Ella sintió el dolor del nudo que se había formado en su garganta. Tragó saliva.

—No quería lastimarte.

—¿Por qué me lastimaría saber la verdad que ya estaba en mi corazón? ¿La verdad que deseaba?

—Yo no lo entendía. No entendía cómo podía ser posible. Pensé que tal vez… que tal vez tu podrías tener dos parejas en tu vida, pero incluso entonces, yo sólo —exhaló—. Yo no quería que te angustiaras.

La mirada de él se suavizó.

—¿Me arrepiento de que Lyria fuera arrastrada a esto, que el costo del juego de Maeve fuera su vida y la vida del hijo que podríamos haber tenido? Sí. Me arrepiento de eso y desearía que nunca hubiera sucedido —llevaría el tatuaje para recordarlo el resto de sus días—. Pero nada de eso fue tu culpa. Yo siempre tendré que cargar con ese peso, siempre sabré que yo elegí dejarla en busca de la guerra y la gloria y que caí por completo en el engaño de Maeve.

—Pero Maeve quería atraparte para llegar a mí.

—Entonces fue su decisión, no la tuya.

Aelin acarició la madera desgastada del escritorio.

—En esas ilusiones que creó para mí, me mostró diferentes variaciones de una más que de las demás —sus palabras se oían tensas, pero se obligó a pronunciarlas. Se obligó a mirarlo—. Ella creó una ilusión que sentí tan real que podía oler el viento de las Staghorn.

—¿Qué te mostró?

Una pregunta sin aliento. Aelin tuvo que tragar saliva antes de poder

responder.

—Me mostró lo que podría haber sido, si no hubiera habido Erawan, si Elena hubiera lidiado con él como debía y lo hubiera desterrado. Si no hubiera habido Lyria, nada de ese dolor ni desesperanza que soportaste. Me mostró Terrasen como sería hoy, con mi padre como rey y mi infancia feliz y… —le temblaron los labios—. Cuando cumplí veinte años, tú llegaste con una delegación hada a Terrasen, para enmendar el distanciamiento entre mi madre y Maeve. Y tú y yo nos vimos la primera vez en el salón del trono de mi padre y lo supimos.

No se resistió al ardor de sus ojos.

—Yo quería creer que eso era el mundo real. Que esto era la pesadilla de la cual había despertado. Quería creer que había un lugar donde tú y yo nunca habíamos conocido este sufrimiento y esta pérdida, donde nos veríamos una vez y sabríamos que éramos pareja. Maeve me dijo que podía hacer eso posible. Si le daba las llaves, haría que eso fuera posible —se limpió la mejilla, la lágrima que se escapó por ella—. Ella creó realidades donde tú estabas muerto, donde te había matado Erawan y la única manera en que yo podría vengar tu muerte sería dándole las llaves a ella. Pero esas realidades hicieron… Dejé de ser útil para ella en cuanto me dijo que tú ya no estabas. No logró hacerme hablar, pensar. Sin embargo en las que tú y yo nos conocimos, donde las cosas eran como debían haber sido… en ese momento fue cuando estuve más cerca.

Él tragó saliva con tanta fuerza que se alcanzó a oír.

—¿Qué te detuvo?

Ella volvió a limpiarse la cara.

—El hombre del que me enamoré eres tú. Eres tú, el que conoció el dolor igual que yo y el que caminó conmigo a través de todo eso de regreso a la luz. Maeve no entendía eso. Que aunque pudiera crear el mundo perfecto, no serías tú quien estaría conmigo. Y yo nunca cambiaría eso, nunca cambiaría esto. Por nada.

Él le tendió una mano. Como oferta e invitación.

Aelin le dio la mano y los dedos llenos de callos de Rowan la apretaron con suavidad.

—Yo quería que fueras tú —exhaló él y cerró los ojos—. Durante meses y meses, incluso desde Wendlyn, me preguntaba por qué no habías sido tú mi pareja. Me desgarraba preguntármelo, pero de todas maneras lo hacía —abrió los ojos y ardían como fuego verde—. Todo este tiempo, quería que fueras tú.

Ella bajó la mirada, pero él le levantó la barbilla con el índice y el pulgar.

—Sé que estás cansada, Corazón de Fuego. Sé que el peso que cargas en tus

hombros es más de lo que cualquiera debería soportar —tomó sus manos unidas y se las puso sobre el corazón—. Pero enfrentaremos esto juntos. Erawan, el Candado, todo. Lo enfrentaremos juntos. Y cuando terminemos, cuando tú te Establezcas, entonces tendremos mil años juntos. Más.

Un sonido efímero salió de ella.

—Elena dijo que el Candado requiere…

—Lo enfrentaremos juntos —volvió a jurar él—. Y si el costo de ello en verdad eres tú, entonces lo pagaremos juntos. Como un alma en dos cuerpos.

Ella sintió que el corazón se le rompía al punto de desgajarse.

—Terrasen necesita un rey.

—No tengo intención de gobernar Terrasen sin ti. Aedion se puede quedar con el trabajo.

Ella le estudió el rostro. Cada una de sus palabras era cierta.

Él mantuvo sus manos unidas cerca de su pecho, donde su corazón latía con un ritmo constante y firme, y con la otra mano le apartó el cabello de la cara.

—Si yo tuviera varias ilusiones para elegir, escenarios perfectos, yo también te elegiría a ti.

Ella sintió la verdad de esas palabras hacer eco en eso inquebrantable que vinculaba sus mismas almas y levantó la cabeza hacia la de él. Pero él no hizo ningún movimiento más.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué no me estás besando?

—Pensé que tal vez querrías que te preguntara antes.

—Eso nunca te había frenado.

—Esta primera vez, quería asegurarme de que estuvieras… lista.

Después de Cairn y Maeve. Después de meses de no tener ninguna elección.

Ella sonrió a pesar de lo que recordaba.

—Estoy lista para que me beses de nuevo, príncipe.

Él soltó una risa oscura y murmuró:

—Gracias a los dioses.

Luego bajó su boca a la de ella.

El beso fue suave, ligero. Le permitió a ella decidir hacia dónde llevarlo. Así que ella hizo justo eso.

Pasó los brazos alrededor del cuello de Rowan y se presionó contra él. Se arqueó al sentir sus manos que le recorrieron la espalda. Sin embargo, su boca seguía besándola con la suavidad de una pluma. Besos dulces y exploratorios. Lo haría toda la noche, si eso era lo que ella deseaba.

Pareja. Él era su pareja y ella finalmente tenía permitido llamarlo así y permitirle ser tan…

El pensamiento desencadenó algo. Aelin le mordió el labio inferior y lo raspó con uno de sus colmillos.

El gesto también desencadenó algo en él.

Con un gruñido, Rowan la tomó entre sus brazos, sin separar en ningún momento su boca de la de ella. La cargó hasta la cama, donde la recostó con suavidad. Se quitaron las botas, las chaquetas y camisas y pantalones. Y luego él estaba con ella, la fuerza y el calor de él se extendían sobre su piel desnuda.

Ella no podía tocarlo tanto ni tan rápido como quería, sentir suficiente de él contra ella. Ni siquiera cuando él le recorrió el cuello con la boca y cuando lamió el punto donde habían estado sus marcas de proclamación. Ni siquiera cuando él se fue a otras partes, adorando sus senos mientras ella se arqueaba con cada lengüetazo y succión. Ni siquiera cuando él se arrodilló entre sus piernas y sus hombros le separaron por completo los muslos, para probarla, una y otra vez, hasta que ella estaba retorciéndose debajo de él.

Pero algo primitivo en ella se quedó inmóvil y silencioso cuando Rowan volvió a levantarse y se miraron a los ojos.

—Tú eres mi pareja —le dijo con palabras casi guturales. Se acercó a su entrada y ella movió las caderas hacia él, pero él permaneció donde estaba. Negándole lo que ella ansiaba hasta escuchar lo que necesitaba escuchar.

Aelin inclinó la cabeza hacia atrás y le mostró el cuello.

—Tú eres mi pareja —dijo las palabras sin aliento—. Y yo soy la tuya.

Rowan la penetró con un movimiento poderoso y enterró sus dientes en el lado de su cuello.

Ella gritó por la proclamación, la liberación ya venía recorriendo su columna vertebral a toda velocidad pero él empezó a moverse. A moverse mientras sus dientes seguían en ella. Ella gimió con cada movimiento de sus caderas, su tamaño era una indulgencia de la cual nunca tendría suficiente. Le recorrió la espalda musculosa con las uñas, luego fue más abajo y sintió cada uno de los

movimientos poderosos que él hacía hacia su interior.

Rowan soltó la mordida de su cuello y Aelin tomó su boca con un beso salvaje. Probó el sabor de su propia sangre cobriza en su lengua.

Él enloqueció con eso y le levantó las caderas para que el ángulo le permitiera penetrarla más profundamente, con más fuerza. El mundo podría haber estado ardiendo a su alrededor, por lo que a ella le importaba, y a él también.

—Juntos, Aelin —le prometió y ella escuchó el resto de las palabras en todos los sitios donde sus cuerpos estaban unidos. Juntos enfrentarían esto, juntos encontrarían una manera.

La liberación se acercó a su punto máximo nuevamente, un resplandor brillante.

Y justo cuando llegó a su quiebre, Aelin le enterró los dientes a Rowan en el cuello y lo proclamó así como él había hecho con ella.

Su sangre, poderosa y besada por el viento, le llenó la boca, el alma, y Rowan rugió ante la liberación que se abría paso a través de él también.

Durante varios minutos permanecieron recostados y con los cuerpos enredados.

Juntos encontraremos una manera, parecían repetir sus alientos entremezclados, el mar agitado. Juntos.

CAPÍTULO 42

Lorcan tenía la última guardia de la noche, lo cual le permitió ver la salida del sol sobre el horizonte distante.

¿Alguna vez volvería a verlo? ¿Wendlyn, Doranelle, alguna parte de esta tierra al este?

Tal vez no, considerando hacia donde navegaban en el oeste, con el ejército inmortal de Maeve sin duda persiguiéndolos de cerca. Tal vez todos estaban condenados a tener contados los amaneceres.

Los demás despertaron y se aventuraron a la cubierta para averiguar qué había traído la mañana. Nada, casi les dijo desde donde estaba en la proa. Agua y sol y grandes cantidades de nada.

Fenrys lo vio y le enseñó los dientes. Lorcan le esbozó una sonrisa burlona.

Sí, esa pelea vendría después. Sería bienvenida, esa oportunidad de aliviar la tensión de sus huesos, de permitir que Fenrys lo lastimara un poco.

Pero no mataría al lobo. Fenrys sí podría tratar de matarlo, pero Lorcan no lo haría. No después de lo que Fenrys había soportado, de lo que había logrado hacer.

Elide salió de la cubierta inferior con el cabello trenzado y alisado. Como si se hubiera levantado antes del amanecer. Ella casi no miró en su dirección aunque él sabía que ella estaba perfectamente consciente de su ubicación. Lorcan bloqueó el dolor hueco que sentía en el pecho.

Pero Aelin lo vio y empezó a caminar en su dirección. Él percibió más claridad en la cara de la reina que en los últimos días. Más arrogancia también en su andar.

Tenía las mangas de la camisa blanca enrolladas hasta el codo, el cabello trenzado. Goldryn y un cuchillo largo colgaban de su cinturón. Lista para el entrenamiento. Emocionada, a juzgar por la energía desbordante que vibraba a su alrededor.

Lorcan la alcanzó a la mitad del trayecto y bajó una pequeña escalera.

Whitethorn estaba cerca, también con ropas para entrenar. La cautela de sus ojos le dijo suficiente a Lorcan: el príncipe no tenía idea de qué trataría todo esto.

Pero la joven reina se cruzó de brazos.

—¿Planeas navegar con nosotros a Terrasen?

Era una pregunta innecesaria para el amanecer a la mitad del mar.

—Sí.

—¿Y planeas unirte a nosotros en esta guerra?

—Ciertamente no voy para disfrutar del clima.

La diversión brilló en la mirada de Aelin, aunque su rostro permaneció serio.

—Entonces así serán las cosas.

Lorcan esperó la lista de órdenes y exigencias, pero la reina simplemente lo estaba observando. La diversión se transformó en algo endurecido como el acero.

—Tú eras el segundo al mando de Maeve —dijo y Elide volteó a verlos—. Y ahora que no lo eres, eso te deja como un hada poderosa cuyas alianzas yo en realidad no conozco y en las cuales no confío. En especial ahora, porque es muy probable que el ejército de Maeve ya esté avanzando hacia el continente. Así que no te puedo tener en mi reino, ni viajando con nosotros, si cabe la posibilidad de que vendas información para volver a congraciarte con Maeve, ¿o sí?

Él abrió la boca, molesto por el tono altanero, pero Aelin continuó.

—Así que te haré una oferta, Lorcan Salvaterre —se dio unos golpes en el antebrazo desnudo—. Haz el juramento de sangre conmigo y te dejaré moverte por donde quieras.

Fenrys maldijo a sus espaldas, pero Lorcan apenas lo escuchó porque sentía un rugido en la cabeza.

—¿Y qué, exactamente —logró decir—, obtengo yo de esto?

La mirada de Aelin se deslizó por encima de su hombro. Hacia el sitio desde donde observaba Elide con la boca abierta. Cuando la reina volvió a mirar a Lorcan a los ojos, un asomo de compasión ya ablandaba la arrogancia férrea.

—Te permitiremos entrar a Terrasen. Eso será lo que obtengas. Dónde elijas vivir dentro de las fronteras de Terrasen ya no será mi decisión.

No sería su decisión, ni la de él. Sino la de la mujer de cabello oscuro que los

miraba anonadada.

—¿Y si me niego? —se atrevió a preguntar Lorcan.

—En ese caso, nunca se te permitirá poner un pie en mi reino, ni seguir viajando con nosotros. No ahora que están en juego las llaves y que el ejército de Maeve viene detrás de nosotros —esa compasión permanecía—. No confío lo suficiente en ti para permitirte unirte a nosotros de ninguna otra forma.

—¿Pero me permitirías hacer el juramento de sangre?

—No quiero nada de ti y tú no quieres nada de mí. La única orden que te daré será la que le daría a cualquier otro ciudadano de Terrasen: proteger y defender nuestro reino y a su gente. Puedes vivir en una choza en las Staghorn, me da igual.

Y lo decía en serio. Si hacía el juramento de sangre, si juraba no volver a dañar su reino nunca más, ella le daría su libertad. Y si se negaba… nunca volvería a ver a Elide.

—No tengo otra opción —dijo Aelin en voz baja para que los demás no la pudieran escuchar—. No puedo arriesgar Terrasen —continuó con el brazo aún extendido hacia él—. Pero no te quitaré algo tan preciado.

—Lo que no te das cuenta es que eso ya no es una posibilidad.

De nuevo, esa sonrisa insinuada y una mirada por encima del hombro hacia Elide.

—Lo es —le respondió ella cuando lo volteó a ver de nuevo con los ojos de turquesa brillantes. Había una sabiduría en el rostro de Aelin que él tal vez nunca había notado antes. El rostro de una reina—. Créeme, Lorcan, lo es.

Él intentó bloquear la esperanza que le llenó el pecho, desconocida y no deseada.

—Pero Terrasen no sobrevivirá a esta guerra, ella no sobrevivirá a esta guerra, sin ti.

Y aunque la reina frente a él diera su vida inmortal para forjar el Candado, para detener a Erawan, el juramento de sangre de proteger su reino permanecería.

—Es tu decisión —dijo ella simplemente.

Lorcan se permitió ver en dirección a Elide, aunque fuera una insensatez.

Ella tenía una mano en la garganta y los ojos oscuros muy abiertos.

No importaba si ella todavía le ofrecía un hogar en Perranth, si la reina decía la verdad.

Pero lo que sí importaba era que Aelin Galathynius hacía su promesa en serio: él era demasiado poderoso, sus alianzas demasiado turbias, para permitirle viajar con ellos, entrar a su reino sin un control. Ella lo dejaría ir, lo mantendría fuera de Terrasen, aunque las hordas de Erawan avanzaran, sólo para evadir la otra amenaza que los perseguía: Maeve.

Y Elide no sobreviviría a esto, a esta guerra, si todos ellos morían.

No podía aceptar esa posibilidad. Por ridícula e inútil que fuera, no podía pasarla por alto. No podía aceptar que las bestias de Erawan o su tío Vernon volvieran a capturarla.

Tonto. Era un estúpido y antiguo tonto.

Pero el dios en su hombro no le dijo que huyera, ni que peleara.

Entonces era su decisión. Se preguntó qué le diría la diosa que susurraba al oído de Elide.

Se preguntaba qué pensaría Elide misma de esto cuando le respondió a Aelin:

—Está bien.

—Que los dioses nos salven —murmuró Fenrys.

Los labios de Aelin esbozaron una ligera sonrisa divertida y con un toque de crueldad. Miró al lobo:

—Tendrás que dejarlo vivir, sí lo sabes, ¿verdad? —le dijo a Fenrys con la ceja arqueada—. No habrá duelo a muerte. No habrá pelea de venganza. ¿Lo puedes soportar?

Lorcan sintió irritación cuando Fenrys lo miró de la cabeza a los pies. Lorcan le devolvió la mirada intentando expresar todo el dominio posible.

Los ojos de Fenrys le devolvieron toda esa furia. No tanta como la que Lorcan poseía, pero la suficiente para recordarle que el Lobo Blanco de Doranelle podía morder si así lo deseaba. Letalmente.

Fenrys sólo volteó a ver a la reina.

—Si te digo que al convivir con él verás que es un hijo de puta y un bastardo miserable, ¿eso te hará cambiar de opinión?

Lorcan gruñó, pero Aelin dio una risotada.

—¿Pero acaso no es ésa la razón por la cual amamos a Lorcan?

La sonrisa de la reina le informó a Lorcan que ella recordaba todos y cada uno de los detalles de sus encuentros iniciales en Rifthold, cuando él la aventó de cara contra un muro de ladrillo. Le dijo a Fenrys:

—Sólo lo invitaremos a Orynth en los días feriados.

—¿Para que arruine las fiestas? —dijo Fenrys con el ceño fruncido—. Yo soy de los que aprecian mucho sus días feriados. No necesito que un misántropo me los arruine.

Dioses en las alturas. Lorcan volteó a ver a Rowan, pero el príncipe guerrero estaba estudiando a su reina con cuidado. Como si supiera con precisión qué tipo de tormenta se cernía debajo de su piel.

Aelin hizo un ademán con la mano.

—Está bien, está bien. Tú no intentarás matar a Lorcan por lo sucedido en Eyllwe y, a cambio, nosotros no lo invitaremos a nada.

Su sonrisa era absolutamente malvada.

Éste era el tipo de corte a la que se estaría uniendo… este remolino de… Lorcan no encontró la palabra adecuada. Dudaba que sus cinco siglos de vida lo hubieran preparado para ello.

Aelin extendió la mano.

—Ya sabes cómo se hace, entonces. ¿O eres demasiado viejo para recordarlo?

Lorcan la miró con molestia pero se arrodilló y le ofreció la daga que traía al costado.

Un tonto. Era un tonto.

Y, sin embargo, las manos le temblaban un poco cuando le dio el cuchillo a la reina.

Aelin sintió el peso del cuchillo. Su dedo estaba adornado por un anillo dorado con una esmeralda obscenamente grande montada en él. Una argolla de matrimonio. Probablemente del tesoro de la criatura de los túmulos que había saqueado. Él miró al sitio donde estaba parado Whitethorn a su lado. Y, en efecto, el guerrero tenía un anillo en su dedo, con un rubí en la argolla. Y por encima del cuello de la chaqueta de Rowan se podían ver dos cicatrices recientes.

Y un par que también marcaban la garganta de la propia reina.

—¿Ya terminaste de vernos? —le preguntó Aelin a Lorcan con frialdad.

Él frunció el ceño. A pesar del ritual sagrado en el que estaban a punto de participar, la reina encontró una manera de ser irreverente.

—Dilo.

Las comisuras de sus labios volvieron a levantarse.

—Lorcan Salvaterre, ¿juras por tu sangre y tu alma eterna ser leal a mí, a mi corona y a Terrasen por el resto de tu vida?

Él parpadeó. Maeve había pronunciado una lista larga de preguntas en el Antiguo Lenguaje cuando le hizo el juramento. Pero respondió:

—Sí, lo juro.

Aelin cortó su antebrazo con la daga y su sangre brilló tanto como el rubí de la espada que colgaba a su lado.

—Entonces bebe.

Era su última oportunidad para arrepentirse de esto.

Pero volvió a mirar en dirección a Elide. Y vio esperanza, sólo un asomo, iluminándole la cara.

Así que Lorcan tomó el brazo de la reina entre sus manos y bebió.

Su sabor, jazmín, cedrón y brasas crujientes, le llenó la boca. Le llenó el alma mientras algo ardía y se establecía en su interior.

Una brasa de calidez. Como si un trozo de esa magia feroz se hubiera posado sobre su propia alma.

Se tambaleó un poco y le soltó el brazo.

—Bienvenido a la corte —dijo Aelin—. Ésta es tu primera y única orden: proteger a Terrasen y a su gente.

La orden se asentó en él también. Otra pequeña chispa que brillaba en las profundidades de su cuerpo.

Luego la reina se dio la media vuelta y se alejó… no, se dirigió a Elide.

Lorcan intentó pararse pero no tuvo éxito. Su cuerpo, al parecer, todavía necesitaba unos momentos.

Así que sólo pudo observar a Aelin que le decía a Elide:

—No te ofreceré a ti el juramento de sangre.

Juramento o no, él consideró lanzar a la reina al océano por la devastación que vio nublar la cara de Elide. Pero la lady de Perranth mantuvo la barbilla en alto.

—¿Por qué?

Aelin tomó la mano de Elide con una suavidad que tranquilizó un poco la furia que Lorcan había empezado a sentir.

—Porque cuando regresemos a Terrasen, si me dan el trono, entonces no puedes estar atada a mí —dijo. Elide frunció el entrecejo—. Perranth es la segunda casa más poderosa en Terrasen —explicó Aelin—. Cuatro de sus lords ya decidieron que yo no tengo lo necesario para ocupar el trono. Necesito una mayoría para recuperarlo.

—Y si yo hiciera el juramento de sangre, eso pone en peligro la integridad de mi voto —concluyó Elide.

Aelin asintió y le soltó la mano para voltear a verlos a todos. El sol estaba saliendo y la reina estaba bañada en luz dorada.

—Terrasen está a más de dos semanas de distancia, si las tormentas invernales no interfieren. Usaremos este tiempo para entrenar y planear.

—¿Planear qué? —preguntó Fenrys y se acercó.

Un miembro de su corte. De la corte de Lorcan. Los tres estaban nuevamente vinculados y, al mismo tiempo, eran más libres de lo que habían sido. Lorcan se preguntó por qué la reina no le ofrecía el juramento a Gavriel, pero en ese instante ella volvió a hablar.

—Mi misión no se puede completar sin las llaves. Supongo que sus nuevos portadores tarde o temprano me buscarán, si encuentran la tercera llave y deciden no terminar las cosas por su cuenta —miró a Rowan, quien asintió. Como si ya hubieran discutido esto—. Así que más que desperdiciar tiempo vital recorriendo el continente en busca de ellos, iremos a Terrasen. En especial si Maeve traerá su ejército a sus costas también. Y si no se me permite liderar desde mi trono, entonces tendré que hacerlo desde el campo de batalla.

Tenía la intención de pelear. La reina, la reina de Lorcan, tenía la intención de pelear contra Morath. Y contra Maeve, si sucedía lo peor. Y luego moriría por todos ellos.

—A Terrasen, entonces —dijo Fenrys.

—A Terrasen —repitió Elide.

Aelin miró al oeste, hacia el reino que era todo lo que quedaba entre Erawan y la conquista. Hacia el nuevo hogar de Lorcan. Como si pudiera ver el ataque de las legiones del lord oscuro sobre él. Y el ejército inmortal de Maeve que avanzaba a sus espaldas, el ejército que Lorcan y sus compañeros alguna vez habían comandado.

Aelin simplemente se dirigió al centro de la cubierta. La tripulación les abrió paso. Desenfundó a Goldryn y su daga y luego arqueó las cejas a Whitethorn en un desafío silencioso.

El príncipe guerrero obedeció y desenfundó su espada y su hacha antes de colocarse en una posición defensiva.

Entrenar… reentrenar su cuerpo. No se manifestaba nada de su poder pero sus ojos brillaban con fuerza.

Aelin preparó sus armas.

—A Terrasen —dijo al fin.

Y empezó.

CAPÍTULO 43

Dorian empezó con algo pequeño.

Primero, cambió sus ojos a negro. Un negro sólido, como el de los seres del Valg. Luego cambió su piel a un tono helado y pálido, el tipo de piel que nunca veía la luz del sol. Dejó su pelo oscuro pero logró hacer que su nariz se viera más aguileña, su boca más delgada.

No hizo una transformación completa sino en pedazos. Tejiendo una imagen en sí mismo, formando el tapiz de su nuevo rostro, su nueva piel, durante el largo vuelo silencioso de ascenso a los Colmillos.

No le había dicho a Manon que probablemente sería una misión suicida también. Apenas había hablado con ella desde ese día en el claro del bosque. Habían salido en la madrugada, cuando les anunció a Glennis y a las Crochans lo que planeaba hacer. Ellas podían volar al Abismo Ferian y regresar a ese campamento oculto en los Colmillos en cuatro días, si tenían suerte.

Le había pedido a las Crochans que se reunieran con ellas ahí. Que confiaran en ella lo suficiente para regresar a su campamento de montaña y esperar.

Habían dicho que sí. Tal vez fue la tumba que cavaron las Trece todo el día, pero las Crochans dijeron que sí. Una confianza tentativa, sólo por esta ocasión.

Así que Dorian voló con Asterin. Usó cada una de las horas gélidas de su vuelo al norte para alterar su cuerpo lentamente.

Si tienes tantas ganas de ir a Morath, le había siseado Manon otra vez antes de irse, entonces veamos si lo puedes hacer.

Una prueba. Una en la que le daría gusto tener éxito. Aunque fuera sólo para echárselo en cara a ella.

Manon conocía una entrada trasera que sólo usaban los guivernos para entrar al Colmillo del Norte, junto con la servidumbre humana que tenía la mala suerte de estar atada a este lugar. Asterin y Manon dejaron a las Trece a cierta distancia en las montañas antes de acercarse y, de todas maneras, aterrizaron a suficiente distancia de los vigías y continuaron el recorrido a pie con la montura de Asterin durante varias horas. Abraxos gruñó en protesta y

jaló las riendas cuando se fueron, pero Sorrel lo detuvo con firmeza.

Los dos picos enormes que flanqueaban el Abismo se hicieron más grandes con cada kilómetro que avanzaban. Pero cuando ya estaban cerca del lado sur del Colmillo, Dorian se dio cuenta de que no estaba consciente de lo enormes que eran.

Tanto como para poder contener toda una flota aérea. Para entrenarla y criarla.

Esto era lo que su padre y Erawan habían construido. En lo que Adarlan se había convertido.

No había guivernos dando vueltas en el cielo, pero sus rugidos y gritos hacían eco desde el paso cuando entró por las antiguas puertas que daban hacia el interior de la montaña en sí. Detrás de él, conducida por una cadena, lo seguía Narene, la montura de Asterin.

Era simplemente otro entrenador que regresaba con su guiverno después de salir a tomar algo de aire. Los pocos guardias, hombres mortales, en las puertas apenas parpadearon cuando él apareció detrás de una saliente rocosa.

Dorian sintió que las palmas de las manos le empezaban a sudar dentro de sus guantes. Rezó para que la transformación se mantuviera.

No tendría manera de saberlo, aunque supuso que pocas personas aquí reconocerían su rostro natural. Había elegido una coloración lo suficientemente parecida a la suya para que si su tejido empezaba a deshacerse, se pudiera pensar que el cambio del tono de piel o los ojos se debía simplemente a una ilusión óptica.

Narene bufó y jaló las riendas. No quería acercarse a este lugar.

No la culpaba. El hedor de las montañas hacía que le temblaran las rodillas.

Pero él había pasado años entrenando su expresión para que no se notara el dolor de cabeza que le provocaban los perfumes de las damas de la corte de su madre. Qué lejos parecía ese mundo ahora: ese palacio de perfume y encaje y música melodiosa. Si no se hubieran resistido a Erawan, ¿él habría permitido que siguiera existiendo? ¿Si hubieran cedido ante él, Erawan habría mantenido su engaño como Perrington y gobernado como rey mortal?

Dorian sentía que las piernas le quemaban. Las horas de caminata estaban ya haciendo efecto. Manon y Asterin estaban ocultas cerca, escondidas entre la nieve y la roca. Sin duda habían seguido atentamente cada uno de sus movimientos conforme se iba acercando a las puertas.

Las últimas palabras que le dijo a Manon fueron breves. Cortantes.

Le había dejado las dos llaves del Wyrd en la mano. El Amuleto de Orynth

tintineó ligeramente al chocar con sus uñas de hierro. Se necesitaría ser tonto para meterlas en una de las fortalezas de Erawan.

—Tal vez no sean tu prioridad —dijo Dorian—, pero siguen siendo vitales para nuestro éxito.

Los ojos de Manon se entrecerraron y guardó las llaves en su bolsillo. No se inmutó para nada al tener guardado en su chaqueta un poder tan grande como para arrasar con reinos enteros.

—¿Crees que las voy a tirar a la basura o qué?

Asterin de repente pensó que la nieve requería de toda su atención.

Dorian se encogió de hombros y se desabrochó la funda de Damaris. La espada era algo demasiado fino para un mero entrenador de guivernos. Se la dio a Manon también. Una daga ordinaria sería su única arma… y la magia en sus venas.

—Si no regreso —dijo mientras ella se ataba la antigua espada a su cinturón —, las llaves deben ir a Terrasen.

Era el único sitio en el que podía pensar… aunque Aelin no estuviera ahí para recibirlas.

—Regresarás —dijo Manon. Sonaba más como una amenaza que como otra cosa.

Dorian sonrió.

—¿Me extrañarías si no regresara?

Manon no contestó. Él no sabía por qué esperaba que lo hiciera.

Había dado apenas un paso, cuando Asterin lo tomó del hombro.

—Adentro y afuera, lo más rápido que puedas —le advirtió—. Cuida a Narene.

La preocupación brillaba en los ojos negros con destellos dorados de la Segunda.

Dorian inclinó la cabeza.

—La cuidaré con mi vida —prometió y se acercó a la bestia para tomar las riendas. No le pasó desapercibida la gratitud que suavizó las facciones de Asterin. Ni que Manon ya le había dado la espalda.

Era un tonto por emprender este camino con ella. Debía haberlo sabido.

Los rostros de los guardias adquirieron claridad. Dorian asumió su rol de entrenador cansado y aburrido.

Esperó un interrogatorio, pero nunca llegó.

Simplemente lo dejaron pasar, con el mismo cansancio y aburrimiento que él. Y frío.

Asterin le había dado una explicación de la distribución del Colmillo del Norte y de la Omega frente a él, así que supo dónde dar vuelta a la izquierda al entrar al pasillo de muros altos. Los gritos y gruñidos de guivernos sonaban por todas partes y ese olor a podredumbre se le instaló en la nariz.

Pero encontró los establos precisamente donde Asterin le dijo que estarían. Narene fue paciente mientras él ataba sus cadenas al ancla en la pared.

Dorian dejó a su montura azul con una palmada suave en el cuello y partió para ver qué le revelaba el Abismo Ferian.

Las horas que pasaron fueron de las más largas en la existencia de Manon.

Por la anticipación, se dijo. De lo que debería hacer.

Abraxos, por supuesto, las encontró en cuestión de una hora. Traía las riendas cortadas por la lucha que sin duda había tenido con Sorrel, y que había ganado. Sin embargo, esperó junto a Manon en silencio, completamente enfocado en la puerta por donde habían desaparecido Dorian y Narene.

El tiempo pasaba muy lentamente. La espada del rey era un peso constante a su costado. Se maldijo por tener que demostrar, a él, a ella misma, que se negaba a permitirle ir a Morath por razones prácticas y ordinarias. Erawan no estaba en el Abismo Ferian. Sería más seguro.

Un poco. Pero si las matronas estaban ahí…

Por eso había ido. Para saber si estaban ahí. Para ver si Petrah verdaderamente estaba al mando del grupo ahí reunido y cuántas Dientes de Hierro estaban presentes.

No había entrenado como espía, pero había crecido en una corte donde la gente se equipaba con sonrisas y ropa como si fueran armas. Sabía cómo confundirse entre los demás, sabía escuchar. Sabía cómo hacer que la gente viera lo que quería ver.

Ella había enviado a Elide a los calabozos en Morath, que la oscuridad la maldijera. Enviar al rey de Adarlan al Abismo Ferian no era diferente.

Eso no evitó que se le saliera una exhalación cuando Abraxos se puso tenso y empezó a ver hacia el cielo. Como si hubiera escuchado algo que ellas no.

Y fue la dicha de la mirada de su montura lo que le informó lo que pasaba.

Momentos después, Narene volaba hacia ellos. Venía con tranquilidad sobre las montañas. Sobre ella, venía un jinete de cabellera oscura y piel pálida. En

verdad había podido cambiar partes de su cuerpo. Su rostro era casi irreconocible. Y así lo mantuvo.

Asterin se apresuró hacia Narene e incluso Manon parpadeó cuando su Segunda la abrazó del cuello. La abrazó con fuerza. Narene solamente recargó la cabeza contra la espalda de Asterin y resopló.

Dorian desmontó de Narene y dejó las riendas colgando.

—¿Y bien? —exigió saber Manon.

Los ojos de Dorian, oscuros como los de un miembro del Valg, destellaron. Ella no intentó explicar por qué le temblaban las rodillas. Se le doblaron también cuando le devolvió su espada y luego las dos llaves. Sus uñas rozaron la mano enguantada.

Los ojos de Dorian se aclararon hasta quedar de ese abrumador color zafiro y su piel se volvió nuevamente dorada.

—Las matronas no están ahí. Sólo Petrah Sangre Azul y unas trescientas brujas Dientes de Hierro de los tres clanes —su boca esbozó una sonrisa cruel, fría como los picos que los rodeaban. Condenatoria—. El camino está despejado, majestad.

Las patrullas en el Abismo Ferian las vieron a kilómetros de distancia.

Pero de todas maneras les permitieron a las Trece aterrizar en la Omega.

Manon había dejado a Dorian en el paso donde se habían reunido las Trece. Si no regresaban en un día, él debía hacer lo que considerara mejor. Ir a Morath y a los brazos abiertos de Erawan, si es que era tan imprudente.

No hubo despedidas entre ellos.

Montada sobre Abraxos, Manon mantuvo constante el latido de su corazón al llegar al interior de la boca cavernosa que llevaba a la Omega. Estaba consciente de que todos los ojos enemigos estaban sobre ellas, tanto al frente como atrás.

—Deseo hablar con Petrah Sangre Azul —dijo en el atrio.

Una voz joven respondió:

—Eso pensé.

La heredera Sangre Azul apareció en el arco más cercano. Tenía una banda de hierro en la frente y un vestido azul holgado y vaporoso.

Manon inclinó la cabeza.

—Reúne a tus huestes en este atrio.

Manon no pensó demasiado en lo que diría.

Y cuando las trescientas brujas Dientes de Hierro entraron al atrio, algunas directamente de sus patrullajes, Manon pensó que tal vez debería haberlo pensado. La observaban, observaban a las Trece con un desdén cauteloso.

Su Líder de la Flota en desgracia; su heredera caída.

Cuando se reunieron todas, Petrah, todavía en la puerta donde había aparecido, simplemente dijo:

—Mi deuda de vida por una audiencia, Picos Negros.

Manon tragó saliva. Sentía la lengua tan seca como el papel. Estaba sentada sobre Abraxos y podía ver cada uno de los movimientos de la multitud, los ojos muy abiertos o las manos ya preparadas sobre las espadas.

—No les diré los detalles sobre quién soy —dijo Manon al fin—. Porque creo que ya los han escuchado.

—Perra Crochan —escupió alguien.

Manon fijó su mirada en las Picos Negros, que la observaban con los rostros severos mientras que las brujas de otros clanes se veían molestas y llenas de odio. Les habló a ellas, por ellas había venido aquí.

—Toda mi vida —dijo Manon y su voz titubeó sólo un poco— me han dicho siempre una mentira.

—No tenemos por qué escuchar esta basura —escupió otra centinela.

Asterin gruñó al lado de Manon y las demás guardaron silencio. A pesar de haber caído de la gracia de las brujas, las Trece eran mortíferas.

Manon continuó:

—Una mentira sobre quiénes somos, lo que somos. Que somos monstruos y que estamos orgullosas de serlo —pasó un dedo sobre el trozo de tela roja que ataba su trenza—. Pero en eso nos convirtieron. Convirtieron —repitió—. Cuando podríamos ser mucho más.

Se hizo el silencio.

Manon lo interpretó como una señal de aliento.

—Mi abuela no planea solamente reclamar los Yermos cuando termine esta guerra. Planea gobernar los Yermos como Reina Mayor. Su única reina.

Ante esas palabras se escuchó un murmullo. Ante las palabras, ante la traición que Manon estaba cometiendo al revelar los planes privados de su matrona.

—No habrá Sangres Azules, ni Piernas Amarillas, no como son ahora. Ella planea tomar todas las armas que han construido aquí y planea usar a nuestras jinetes Picos Negros y convertir a los demás clanes en nuestras súbditas. Y si no ceden a su voluntad, no existirán para nada.

Manon inhaló. Otra vez.

—Sólo hemos conocido el derramamiento de sangre y la violencia durante quinientos años. Los conoceremos por otros quinientos.

—Mentirosa —gritó alguien—. Volaremos hacia la gloria.

Pero Asterin se movió, se desabotonó la chaqueta de cuero y luego se levantó la camisa blanca. Se levantó en los estribos para mostrar su abdomen cicatrizado y brutalizado.

—Ella no está mintiendo.

SUCIA

Ahí seguía la palabra estampada. Siempre estaría ahí estampada.

—¿Cuántas de ustedes —gritó Asterin— han sido marcadas de la misma manera? ¿Por sus matronas, por las líderes de sus aquelarres? ¿Cuántas de ustedes han visto que queman a sus crías que nacen muertas antes de que les den oportunidad de cargarlas?

El silencio que se sintió en ese momento fue distinto al anterior. Estremecido… tembloroso.

Manon miró a las Trece y vio lágrimas en los ojos de Ghislaine al ver la marca en el vientre de Asterin. Lágrimas en los ojos de todas las que no sabían.

Y fue por esas lágrimas, que Manon nunca había visto, que volvió a encarar al grupo:

—Morirán en esta guerra, o después de ella. Y nunca volverán a ver su hogar.

—¿Qué es lo que quieres, Picos Negros? —preguntó Petrah desde el arco.

—Vuelen con nosotras —exhaló Manon—. Acompáñenos. Contra Morath. Contra la gente que las mantendría lejos de su hogar, de su futuro —se volvieron a escuchar murmullos. Manon continuó—. Una alianza de Dientes de Hierro y Crochans. Tal vez una que al fin termine con la maldición.

Nuevamente, el silencio estremecedor. Como una tormenta a punto de estallar.

Asterin se volvió a sentar en su silla de montar, pero mantuvo su camisa abierta.

—La decisión de cómo forjar el futuro de nuestra gente está en sus manos —le dijo Manon a cada una de las brujas ahí reunidas, todas las Picos Negros que podrían volar hacia la guerra y no regresar nunca—. Pero permítanme decirles esto —sus manos temblaron al apretar los puños sobre sus muslos—: hay un mundo mejor allá afuera. Yo lo he visto.

Incluso las Trece la voltearon a ver en ese momento.

—He visto brujas y humanos y hadas vivir juntos en paz. Y eso no implica debilidad, sino fortaleza. He conocido reyes y reinas cuyo amor por sus reinos, por su gente, es tan grande que el amor por sí mismos es secundario. Cuyo amor por su gente es tan fuerte que harán lo imposible aunque todo esté en su contra.

Manon levantó la barbilla.

—Ustedes son mi gente. No importa lo que haya decretado mi abuela, ustedes son mi gente y siempre lo serán. Pero, si es necesario, volaré contra ustedes para asegurarme de que exista un futuro para quienes no pueden defenderse por sí mismos. Llevamos demasiado tiempo cazando a los débiles, lo disfrutábamos. Es hora de que nos convirtamos en algo mejor que nuestras antepasadas —las palabras que les había dicho hacía meses a las Trece—. Hay un mundo mejor allá afuera —volvió a decir—. Y yo lucharé por él —hizo girar a Abraxos hacia la caída que estaba detrás de ellas—. ¿Ustedes qué harán?

Manon volteó a ver a Petrah y asintió. Con los ojos brillantes, la heredera solamente le devolvió el gesto. Les permitirían marcharse como habían llegado: sin un rasguño.

Así que Manon acicateó a Abraxos y él saltó por los aires. Las Trece salieron tras ellos.

No había sido una niña de guerra.

Sino de paz.

CAPÍTULO 44

—¿Cómo quieres que te rebane hoy, Aelin?

Las palabras de Cairn eran como un soplo de aliento caliente en su oreja. Sintió el cuchillo recorrer su muslo desnudo.

No. No, no podía haber sido un sueño.

El escape, Rowan, el barco hacia Terrasen.

Cairn enterró la punta de su daga en la carne sobre su rodilla y ella apretó los dientes al ver su sangre brotar y derramarse. Al ver que él empezaba a retorcer el cuchillo, un poco más profundamente con cada giro.

Lo había hecho tantas veces ya. Por todo su cuerpo.

No se detendría hasta llegar al hueso. Cuando ella estuviera gritando y gritando.

Un sueño. Una ilusión. Su escape de él, de Maeve, había sido otra ilusión.

¿Lo había confesado? ¿Había dicho dónde estaban ocultas las llaves?

No pudo contener el sollozo que le rasgó la garganta.

Luego una voz fría y cultivada ronroneó:

—Todo ese entrenamiento y ¿en esto terminaste?

No era real. Arobynn, parado al otro lado del altar, no era real. Aunque lo pareciera, su cabello rojo brillante y sus ropas impecables.

Su antiguo amo esbozó una media sonrisa.

—Hasta Sam soportó más que esto.

Cairn volvió a torcer el cuchillo y cortó músculos. Ella se arqueó y su grito vibró en sus oídos. A lo lejos, Fenrys gruñó.

—Podrías escapar de estas cadenas, si en realidad lo desearas —dijo Arobynn

y frunció el ceño con asco—. Si en realidad lo intentaras.

No, no podía, y todo había sido un sueño, una mentira…

—Tú te dejaste mantener cautiva. Porque en el momento en que te liberen… —Arobynn rio—. En ese momento deberás ofrecer tu vida, un cordero sacrificial.

Ella arañó y se azotó contra el dolor desgarrador de su pierna. No escuchó las risas de Cairn. Sólo escuchó al rey de los asesinos, invisible e indetectable a su lado.

—En el fondo, esperas estar aquí el tiempo suficiente para que el joven rey de Adarlan pague el precio. En el fondo, sabes que estás ocultándote aquí, esperando que él te despeje el camino —Arobynn se recargó contra el costado del altar y se empezó a limpiar las uñas con la daga—. En el fondo, sabes que no es justo en realidad que esos dioses te hayan elegido. Que Elena te haya elegido a ti en vez de a él. Ella te consiguió un poco de tiempo para vivir, sí, pero tú de todas maneras fuiste la elegida para pagar el precio. Su precio. Y el de los dioses.

Arobynn recorrió el costado de su cara con una mano de dedos largos.

—¿Ya entiendes todo lo que traté de evitarte durante años? ¿Lo que podrías haber evitado si hubieras permanecido como Celaena, si hubieras permanecido conmigo? —sonrió—. ¿Ya ves, Aelin?

No pudo contestar. No tenía voz.

Cairn llegó al hueso y…

Aelin se levantó de golpe y sus manos volaron hacia su muslo.

No tenía cadenas que la amarraran. No tenía una máscara sofocándola.

No tenía ninguna daga enterrada en el cuerpo.

Jadeando, con el olor de sábanas húmedas en la nariz, el sonido de sus gritos fue reemplazado por el canto de pájaros. Aelin se frotó la cara.

El príncipe que se había quedado dormido a su lado ya le estaba acariciando la espalda con movimientos silenciosos y tranquilizadores.

Del otro lado de la pequeña ventana de la posada en ruinas en alguna parte cerca de la frontera entre Fenharrow y Adarlan, se levantaron los velos espesos de niebla.

Un sueño. Sólo un sueño.

Ella giró y puso los pies en la alfombra desgastada sobre el piso irregular de madera.

—No amanecerá hasta dentro de una hora —dijo Rowan.

Pero Aelin buscó su camisa.

—Voy a calentar, entonces.

Tal vez correría, porque no había podido hacerlo en semanas y semanas.

Rowan se sentó, alerta.

—El entrenamiento puede esperar, Aelin.

Lo habían estado haciendo ya durante varias semanas, tan exhaustivo y agotador como en Mistward.

Ella se puso los pantalones y luego se abrochó el cinturón de la espada.

—No, no puede.

Aelin esquivó hacia un lado. La espada de Rowan pasó volando junto a su cabeza y le cortó unos cuantos cabellos de la punta de su trenza.

Ella parpadeó, jadeando, y apenas logró levantar a Goldryn a tiempo para detener su siguiente ataque. El metal reverberó en las ampollas dolorosas que le cubrían las manos.

Nuevas ampollas, para un nuevo cuerpo. Tres semanas en altamar y sus callos apenas habían empezado a formarse de nuevo. Todos los días, horas entrenando con la espada, el arco y el combate, y sus manos seguían suaves.

Con un gruñido, Aelin se agachó. Sus muslos le quemaron pero se preparó para saltar.

Pero Rowan se detuvo en el patio polvoriento de la posada. Su hacha y su espada cayeron a sus lados. En la primera luz del amanecer, la posada podría haber parecido un lugar agradable. La brisa del mar proveniente de la costa cercana soplaba entre las hojas que aún le quedaban al manzano jorobado del centro del patio.

Una tormenta se cernía en el norte y había obligado a su barco a buscar puerto la noche anterior. Después de semanas en el mar, ninguno de ellos dudó en pasar unas cuantas horas en tierra. Para averiguar qué demonios había sucedido en su ausencia.

La respuesta: guerra.

En todas partes, la guerra había estallado. Pero dónde se estaban librando las batallas… eso no lo sabía el posadero anciano. Los barcos ya no se detenían en el puerto y los grandes buques de guerra simplemente pasaban frente a la costa. Tampoco sabía si eran amigos o enemigos. Al parecer, no sabía absolutamente nada. Incluyendo cómo cocinar. Y cómo limpiar su posada.

Tendrían que regresar al mar en un par de días si querían llegar pronto a Terrasen. Había demasiadas tormentas en el norte para arriesgarse a cruzar directamente en este punto, les había dicho el capitán. En esta época del año, era más seguro llegar a la costa del continente y luego subir por ella. Aunque esa decisión y esas tormentas los hubieran llevado a este punto: en algún lugar entre Fenharrow y la frontera de Adarlan. Con Rifthold a unos días de distancia.

Al ver que Rowan no empezaba a pelear, Aelin frunció el ceño.

—Qué.

No fue tanto una pregunta sino más bien una exigencia.

La mirada de Rowan era impasible. Como había estado cuando ella regresó de su salida a correr por los campos llenos de niebla detrás de la posada para encontrarlo apoyado en el manzano.

—Ya fue suficiente por hoy.

—Acabamos de empezar —dijo ella y levantó su espada.

Rowan mantuvo la suya abajo.

—Casi no dormiste anoche.

Aelin se puso tensa.

—Soñé feo —por decir lo menos. Levantó la barbilla y le lanzó una sonrisa—. Tal vez estoy empezándote a cansar un poco.

A pesar de las ampollas, al menos ya había empezado a subir un poco de peso. Había visto sus brazos pasar de delgados a musculosos, sus muslos de carrizos a delgados y poderosos.

Rowan no le devolvió la sonrisa.

—Vamos a desayunar.

—Después de lo que cenamos ayer, no tengo prisa por comer —dijo ella. No le dio ni un instante de advertencia antes de lanzarse contra él con un espadazo alto de Goldryn y un ataque bajo con la daga.

Rowan esquivó su ataque con facilidad. Chocaron, se separaron y volvieron a chocar.

Él le mostró los colmillos.

—Tienes que comer.

—Tengo que entrenar.

No podía contenerla… esa necesidad de hacer algo. De estar en movimiento.

No importaba cuántas veces blandiera su espada, seguía sintiéndolos. Los grilletes. Y cuando se detenía para descansar, podía sentirla también, su magia. Esperando.

De hecho, pareció abrir un ojo y bostezar.

Ella apretó la mandíbula y volvió a atacar.

Rowan se defendía de cada uno de sus ataques y ella estaba consciente de que sus maniobras ya estaban volviéndose descuidadas. Sabía que él le permitiría continuar en vez de aprovechar las muchas oportunidades de ponerle fin a la pelea.

Pero ella no podía detenerse. La guerra se extendía a todo su alrededor. La gente estaba muriendo. Y ella había estado encerrada en esa maldita caja, había sido hecha pedazos una y otra vez, incapaz de hacer nada.

Rowan atacó, con tanta rapidez que ella no alcanzó a ver. Pero lo que la condenó al fracaso fue el pie que él deslizó frente a ella y que la lanzó súbitamente hacia la tierra.

Sintió el dolor en las rodillas, el raspón que se abría bajo sus pantalones, y la daga salió volando de su mano.

—Gané —jadeó él—. Vamos a comer.

Aelin lo miró furiosa desde el suelo.

—Otra ronda.

Rowan se limitó a enfundar su espada.

—Después del desayuno.

Ella le gruñó. Él le gruñó también.

—No seas estúpida —dijo él—. Perderás todo ese músculo si no alimentas tu cuerpo. Así que come. Y si todavía quieres entrenar después, yo entrenaré contigo —le extendió la mano tatuada—. Aunque probablemente vas a vomitarlo todo.

Ya fuera por el agotamiento o por la cocina sospechosa del posadero.

Pero Aelin dijo:

—Está muriendo gente. En Terrasen. En… en todas partes. La gente está muriendo, Rowan.

—Que desayunes no va a cambiar eso —ella frunció los labios para gruñir pero él la interrumpió—. Ya sé que hay gente muriendo. Vamos a ayudarlos. Pero tú necesitas tener algo de fuerza o no podrás hacerlo.

Era verdad. Su pareja decía la verdad. Y sin embargo, ella podía verlos, oírlos. Esa gente moribunda, aterrada.

Cuyos gritos sonaban con tanta frecuencia como los de ella.

Rowan movió los dedos para recordarle. ¿Vamos?

Aelin frunció el ceño y le dio la mano para que él le ayudara a pararse. Qué mandón.

Rowan la abrazó. Eso es lo más decente que me has dicho.

Elide intentó no hacer una mueca al ver la avena grisácea que humeaba frente a ella. En especial porque el posadero los estaba observando desde las sombras detrás de la barra de la cantina. Sentada en una de las pequeñas mesas redondas que llenaban el lugar destartalado, Elide vio a Gavriel que estaba moviendo el contenido de su propio tazón.

Gavriel se llevó la cuchara a la boca. Lentamente.

Elide abrió los ojos. Se fueron abriendo cada vez más cuando lo vio abrir la boca y dar un bocado.

Se alcanzó a oír cuando tragó. Apenas logró contener su reacción de desagrado.

Elide controló su sonrisa al ver la miseria pura que invadió la mirada dorada del León. Aelin y Rowan estaban a punto de concluir una batalla similar contra la avena hacía unos momentos, cuando ella entró a la cantina. La reina le deseó suerte antes de salir de regreso al patio.

Elide no la había visto quedarse quieta en ningún momento salvo cuando comía. O durante las horas en que les enseñó sobre las marcas del Wyrd, después de que Rowan le pidiera que les enseñara.

Eso la había liberado de las cadenas, le explicó el príncipe. Y si los ilken eran resistentes a su magia, entonces aprender esas marcas antiguas sería útil con todo lo que tenían que enfrentar. Las batallas tanto físicas como mágicas.

Eran unas marcas muy extrañas y difíciles. Elide no podía ni siquiera leer su propio lenguaje, no lo había intentado en años. No pensaba que se le presentara la oportunidad pronto. Pero aprender estas marcas, si eso le ayudaba a sus compañeros de alguna manera… podía intentarlo. Había intentado, lo suficiente para conocer ya algunas.

Gavriel se atrevió a llevarse otro bocado de avena a la boca y le esbozó una

sonrisa tensa al posadero. El hombre lució tan aliviado que Elide tomó su propia cuchara y dio un bocado. Estaba insípida y un poco agria. ¿Le había puesto sal en vez de azúcar? Pero… estaba caliente.

Gavriel la miró y Elide nuevamente contuvo su risa.

Sintió, más que vio, a Lorcan entrar. El posadero de inmediato encontró algo que hacer en otra parte. El hombre no se había sorprendido de ver a cinco hadas llegar a su posada anoche, así que esfumarse cada vez que Lorcan aparecía ciertamente se debía al gesto adusto que su compañero había perfeccionado.

De hecho, Lorcan vio a Elide y Gavriel y salió del comedor.

Apenas habían hablado estas semanas. Elide no sabía siquiera qué decir.

Un miembro de esta corte. De su corte. Para siempre.

Él y Aelin ciertamente no se habían hecho amigos. No. Los únicos que le dirigían la palabra eran Rowan y Gavriel. Fenrys, a pesar de haberle prometido a Aelin no pelear con Lorcan, lo ignoraba la mayor parte del tiempo. Y Elide… Ella se había apartado con tanta frecuencia que Lorcan no se molestaba ya en acercarse.

Bien. Estaba bien. Aunque ella a veces se daba cuenta de que abría la boca para hablar con él. Lo observaba mientras tomaban las lecciones de las marcas del Wyrd con Aelin. O cuando entrenaba con la reina, en los raros momentos en que no estaban peleando.

Aelin les había sido devuelta. Estaba recuperándose lo mejor que podía.

Elide ya no sintió el sabor de su siguiente bocado de avena. Gavriel, gracias a dios, no dijo ya nada.

Y Anneith tampoco habló. Ni un susurro de guía.

Así era mejor. Escucharse a sí misma. Y también era mejor que Lorcan mantuviera su distancia.

Elide se comió el resto de su avena en silencio.

Rowan tenía razón: casi vomitó después del desayuno. Tras cinco minutos en el patio, tuvo que detenerse porque esa avena miserable le empezaba a subir por la garganta.

Rowan rio cuando ella se puso la mano sobre la boca. Y luego se transformó en halcón para volar hacia la costa cercana: al barco a recibir noticias de parte del capitán.

Aelin enderezó los hombros mientras lo veía desaparecer hacia las nubes. Él, por supuesto, tenía razón. Sobre descansar.

Si los demás sabían qué era lo que la impulsaba, no dijeron nada.

Aelin enfundó a Goldryn y exhaló largamente. En el fondo, su poder gruñó.

Ella abrió y cerró las manos.

El rostro frío y pálido de Maeve apareció frente a sus ojos.

Su magia se silenció.

Volvió a exhalar y se sacudió el temblor de las manos antes de dirigirse a la puerta abierta de la posada. Había un camino largo y polvoso delante. Los campos a la distancia estaban secos. Era un territorio sin mayor atractivo, olvidado. Apenas había visto algo en su salida a correr en la madrugada, aparte de la niebla y algunos gorriones que volaban entre los pastos secos del invierno.

Fenrys estaba sentado en su forma de lobo en el borde del campo más cercano, mirando a la distancia. Precisamente donde había estado desde antes del amanecer.

Ella le permitió escuchar sus pasos. Pudo ver el movimiento de sus orejas. Él se transformó cuando ella se acercó y se apoyó en la cerca desvencijada que rodeaba el campo.

—¿A quién hiciste enojar para que te tocara el turno de la noche? —preguntó Aelin mientras se limpiaba el sudor de la frente.

Fenrys rio y se pasó la mano por el cabello.

—¿Me creerías si te dijera que yo me ofrecí como voluntario?

Ella arqueó una ceja. Él se encogió de hombros y devolvió la vista al campo frente a él. La niebla todavía se mantenía en los extremos más alejados.

—No duermo bien estos días —dijo y la miró de reojo—. Supongo que no soy el único.

Ella se empezó a arrancar una ampolla en la mano derecha y siseó.

—Podríamos empezar una sociedad secreta, para gente que no duerme bien.

—Me anoto, siempre y cuando Lorcan no esté invitado.

Aelin contuvo su carcajada.

—Ya olvídalo.

El rostro de Fenrys se volvió de piedra.

—Dije que lo haría.

—Claramente no lo has hecho.

—Lo haré cuando tú dejes de agotarte con tus carreras de la madrugada.

—No me estoy agotando. Rowan lo está supervisando.

—Rowan es la única razón por la cual no vas cojeando por todas partes.

Era verdad. Aelin cerró sus puños adoloridos y se los metió a los bolsillos. Fenrys no dijo nada, no le preguntó por qué no se calentaba los dedos. O el aire a su alrededor.

Simplemente volteó a verla y parpadeó tres veces. ¿Estás bien?

El grito de una gaviota perforó el mundo gris y Aelin parpadeó dos veces.

No.

Era lo más que admitiría. Volvió a parpadear. Tres veces ahora. ¿Tú estás bien?

Dos parpadeos de él también.

No, no estaban bien. Tal vez nunca lo estarían. Si los demás lo sabían, si lograban ver más allá de la arrogancia y el temperamento, no habían dicho nada.

Ninguno de ellos comentó que Fenrys no había usado su magia para transportarse de un lugar a otro. Aunque en el mar no había ningún sitio a donde ir. Pero ni siquiera cuando entrenaban lo utilizaba.

Tal vez su poder había muerto con Connall. Tal vez había sido un don que ambos habían compartido y tocarlo era insoportable.

Ella no se atrevía a mirar hacia adentro, al mar revuelto que se arremolinaba en su interior. No podía.

Juntos en ese campo, Aelin y Fenrys vieron el sol subir cada vez más alto, lo vieron evaporar la niebla.

Después de un minuto, ella preguntó:

—Cuando hiciste tu juramento a Maeve, ¿a qué supo su sangre?

Las cejas doradas de Fenrys se acercaron una a la otra.

—A sangre. Y a poder. ¿Por qué?

Aelin negó con la cabeza. Otro sueño, o alucinación.

—Si nos está pisando los talones con ese ejército, yo sólo… estoy tratando de entenderlo. A ella, quiero decir.

—Planeas matarla.

La avena en su estómago se le revolvió pero Aelin se encogió de hombros. Aunque sintió el sabor de ceniza en su lengua.

—¿Tú preferirías hacerlo?

—No estoy seguro de poder sobrevivirlo —dijo él entre dientes—. Y tú tienes más motivos para hacerlo que yo.

—Yo diría que tenemos motivos equivalentes.

Los ojos oscuros de Fenrys le recorrieron la cara.

—Connall era un mejor hombre que… que lo que viste esa vez. Que lo que era al final.

Ella le tomó la mano y la apretó.

—Lo sé.

Los últimos restos de niebla desaparecieron. Fenrys preguntó en voz baja:

—¿Quieres que te cuente?

No hablaba de su hermano.

Ella negó con la cabeza.

—Sé suficiente —respondió y miró sus manos frías y llenas de ampollas—. Sé suficiente —repitió.

Él se puso tenso y se llevó una mano a la espada a su costado. No por las palabras que ella había pronunciado, sino…

Rowan venía descendiendo de los cielos, una caída a toda velocidad.

Se transformó a poca distancia del suelo y aterrizó con la gracia de un depredador. Corrió los últimos pasos hacia ellos.

Goldryn cantó cuando ella la desenfundó.

—¿Qué?

Su pareja simplemente apuntó a los cielos.

A lo que volaba ahí.

CAPÍTULO 45

La roca rugía contra la roca e Yrene apoyó una mano en las piedras vibrantes de la fortaleza Westfall cuando la torre se meció. En el pasillo, la gente gritaba. Algunos aullaban y otros se lanzaban sobre los miembros de su familia para cubrirlos con sus cuerpos mientras llovían escombros.

La mañana apenas había despuntado y ya el fragor de la batalla estaba a todo lo que daba.

Yrene se recargó contra las rocas. El corazón le latía desbocado. Contó sus respiraciones hasta que el temblor se detuvo. El último ataque habían sido seis.

Afortunadamente, esta vez sólo llegó a tres.

Cinco días de esto. Cinco días de esta pesadilla interminable. El único descanso que tenían era en las horas más oscuras de la noche.

Apenas había visto a Chaol para algo más que un beso y un abrazo rápidos al pasar. La primera vez, él tenía una herida en la sien que ella le sanó. La siguiente, venía apoyado en el bastón, cubierto de tierra y sangre, aunque la mayor parte no era de él.

Era la sangre negra que le revolvía el estómago. Valg. Había Valg allá afuera. Infestando huéspedes humanos. Demasiados para que ella los pudiera curar. No, eso vendría después de la batalla. Si sobrevivían.

Pronto, demasiado pronto, los heridos y los muertos empezaron a llegar. Eretia había organizado una enfermería en el salón principal y ahí era donde Yrene pasaba la mayor parte de su tiempo. Donde se dirigía después de lograr dormir unas cuantas horas.

La torre se estabilizó e Yrene le anunció a nadie en particular:

—Los ruks siguen resistiendo el embate. Morath está usando las catapultas porque no pueden pasar por los muros de la fortaleza.

Sus palabras eran sólo parcialmente ciertas, pero las familias escondidas en el pasillo, entre sus sacos de dormir y sus pocas pertenencias de valor, parecían tranquilizarse.

Los ruks sí habían logrado deshabilitar muchas de las catapultas que Morath había traído, pero aún quedaban algunas… las suficientes para seguir golpeando la fortaleza, la ciudad. Y aunque los ruks estuvieran frenando un poco el ataque, eso no duraría mucho tiempo.

Yrene no quería saber cuántos habrían caído. Sólo veía el número de jinetes en el salón y sabía que serían demasiados. Eretia había ordenado que los ruks heridos se resguardaran en uno de los patios interiores y asignó a cinco sanadoras para que los cuidaran. El espacio estaba tan lleno que casi era imposible moverse en su interior.

Yrene prestó atención a los escombros en las escaleras de la torre antes de salir apresurada. Casi se había roto el cuello el día anterior al resbalarse con un pedazo de madera.

Escuchó los gemidos de los heridos mucho antes de entrar al salón. Las puertas se abrieron de par en par para revelar hilera tras hilera de soldados, del khaganato y Anielle por igual. Las sanadoras no tenían catres para todos, así que muchos estaban tendidos sobre colchonetas. Cuando se les terminaron ésas, usaron capas y mantas acomodadas sobre la roca fría.

No había suficientes provisiones, no alcanzaban, y tampoco había suficientes sanadoras. Deberían haber traído más del resto del grupo.

Yrene se arremangó y se dirigió a la estación de lavado cerca de las puertas. Varios de los niños cuyas familias estaban refugiadas en la fortaleza se estaban dedicando a vaciar las pilas de agua sucia para rellenarlas con agua caliente cada pocos minutos. Junto con las palanganas de los heridos.

Yrene no estaba segura de que estuviera bien que los niños fueran testigos de tanto derramamiento de sangre y dolor, pero nadie más estaba disponible para hacerlo. Nadie más estaba tan dispuesto a ayudar.

El lord de Anielle podía ser un bastardo sin igual, pero su gente era un grupo valiente y de corazón noble. Un grupo que había dejado una marca mucho más profunda en su esposo que su odioso padre.

Yrene se talló las manos, aunque se las había lavado antes de bajar, y las sacudió para secárselas. No podían desperdiciar las pocas telas que tenían en secarse las manos.

Su magia apenas había podido recargarse, a pesar de que había dormido un poco. Sabía que si se asomaba hacia las almenas, vería a Chaol usando su bastón, quizás incluso estaría montando el caballo de batalla al que le habían ajustado el aparato para sostenerlo. Su cojeo era pronunciado la última vez que lo vio, la tarde anterior.

Pero él no se había quejado. No le había pedido que dejara de usar su poder. Él seguiría luchando ya fuera de pie o usando el bastón o la silla o el caballo.

Eretia se acercó a Yrene a medio salón. Su piel oscura brillaba con el sudor.

—Van a traer a una jinete. Tiene una herida en el cuello provocada por una garra, pero todavía respira.

Yrene controló su escalofrío.

—¿Había veneno en la garra?

Muchísimas bestias del Valg lo tenían.

—La vigía que nos avisó que venía en camino no estaba segura.

Yrene sacó su instrumental del bolso que traía colgado a la cintura y miró el salón para ver dónde podrían ponerse a trabajar en la jinete. No había mucho espacio pero, ahí, junto a los lavabos donde se acababa de lavar las manos... Era suficiente espacio.

—Los encontraré en la puerta.

Yrene empezó a alejarse hacia las puertas abiertas.

Pero Eretia la tomó del brazo y le clavó los delgados dedos suavemente en la piel.

—¿Descansaste suficiente?

—¿Tú descansaste? —le respondió Yrene. Eretia seguía ahí cuando Yrene se fue a dormir hacía unas horas y al parecer, o había llegado mucho antes que ella esta mañana, o no se había ido para nada.

Eretia entrecerró sus ojos castaños.

—Yo no soy la que tiene que ser cuidadosa sobre cuánto le exige a su cuerpo.

Yrene sabía que Eretia no se refería al esfuerzo por mantener el vínculo entre su cuerpo y el de Chaol.

—Yo conozco mis propios límites —respondió Yrene con seriedad.

Eretia miró intencionalmente el abdomen todavía plano de Yrene.

—Muchas no se arriesgarían para nada.

Yrene hizo una pausa.

—¿Hay un riesgo?

—No, pero cualquier embarazo, en especial en los primeros meses, es agotador. Y eso es sin contar los horrores de la guerra y sin incluir usar tu magia hasta el límite todos los días.

Por un instante, Yrene permitió que las palabras se asentaran en su mente.

—¿Desde hace cuánto que lo sabes?

—Algunas semanas. Mi magia lo percibió en ti.

Yrene tragó saliva.

—No le he dicho a Chaol.

—Creo que, de haber un momento para hacerlo —dijo la sanadora e hizo un ademán hacia la fortaleza que temblaba a su alrededor—, ese momento sería ahora.

Yrene lo sabía. Había intentado encontrar una manera de decírselo durante un rato. Pero colocar esa carga sobre sus hombros, esa preocupación por su seguridad y por la seguridad de la vida que crecía dentro de ella… No quería distraerlo. Sumarle al miedo que ella ya sabía que él tenía que enfrentar, sólo por tenerla ahí, luchando a su lado.

Y que Chaol supiera que, si él caía en la batalla, no sería solamente su vida la que terminaría con la de él… No podía decírselo. Todavía no.

Tal vez eso la hacía egoísta, tal vez estúpida, pero no podía hacerlo. Aunque en el momento en que se dio cuenta en la sala de baño del barco, cuando su ciclo no llegó y ella empezó a contar los días, había llorado de alegría. Y luego se dio cuenta de qué, exactamente, implicaría estar embarazada durante la guerra. Que esta guerra probablemente todavía se estaría peleando, o que estaría en sus últimos días horribles, cuando ella diera a luz.

Yrene había decidido que haría todo lo que estuviera en su poder para asegurarse de que no terminara con su bebé naciendo en un mundo de oscuridad.

—Le diré cuando sea el momento indicado —dijo Yrene un poco bruscamente.

Desde las puertas del salón se escucharon los gritos:

—¡Abran paso! ¡Abran paso a los heridos!

Eretia frunció el ceño pero se apresuró con Yrene a reunirse con los pobladores que traían la camilla ya ensangrentada y la jinete de ruk al borde de la muerte sobre ella.

El caballo debajo de Chaol se reacomodó pero se mantuvo firme en el lugar que ocupaban a lo largo de las almenas inferiores de los muros de la fortaleza. No era un caballo tan fino como Farasha, pero sí era lo suficientemente sólido. Era una bestia de corazón valiente que había aceptado bastante bien su silla con el aparato para sostenerlo y eso era lo más importante.

Caminar, Chaol lo sabía, no sería una opción cuando desmontara. La tensión

en su columna le decía lo intensamente que Yrene ya estaba trabajando a pesar de que el sol apenas había salido. Pero él también podía pelear a caballo, podía liderar a estos soldados de todas maneras.

Delante, extendiéndose demasiado lejos para que él las pudiera contar, las filas del ejército de Erawan se lanzaban a otro día de ataque directo contra los muros de la ciudad.

Los ruks volaban en las alturas, evadiendo flechas y lanzas, atrapando soldados del suelo para hacerlos pedazos. Sobre las aves, los rukhin desataban su propio torrente de furia en ataques cuidadosos e inteligentes organizados por Sartaq y Nesryn.

Pero después de cinco días, incluso los poderosos ruks estaban avanzando con más lentitud.

Y las torres de asedio de Morath, que al principio habían logrado convertir en fragmentos de metal y astillas de madera, ahora estaban logrando acercarse a los muros.

—Preparen a los hombres para el impacto —ordenó Chaol al capitán de rostro serio que estaba cerca de él. El capitán gritó la orden hacia las filas que Chaol había reunido justo antes del amanecer.

Unos cuantos grupos de soldados de Morath habían logrado colocar sus garfios en las paredes los últimos dos días. Levantaban sus escaleras de asedio y por ahí subía el tropel de soldados. Chaol las había separado de los muros y a pesar de que los guerreros de Anielle no estaban seguros de qué hacer con los hombres infestados de demonios que llegaron a matarlos, obedecieron las órdenes que les ladró. Rápidamente zanjaron el flujo de soldados sobre los muros y cortaron las cuerdas que sostenían las escaleras.

Pero las torres de asedio que se acercaban… ésas no se podrían separar con tanta facilidad. Y tampoco sería tan sencillo detener a los soldados que cruzaran el puente de metal que uniría la torre con los muros de la fortaleza.

Detrás de él, varios niveles más arriba, estaba seguro de que su padre lo estaba observando. Ya había hecho una señal con el sistema de linternas que les había enseñado a usar Sartaq para indicar que necesitaban que los ruks regresaran… a tirar las torres.

Pero los ruks estaban volando en la retaguardia del ejército de Morath, donde los comandantes del Valg mantenían sus filas en orden. Había sido la idea de Nesryn la noche anterior: dejar de atacar las interminables filas delanteras y mejor ir a atacar a quienes daban las órdenes. Tratar de generar caos y desorganización.

La primera torre de asedio se acercaba. El metal crujía mientras los guivernos, encadenados al suelo y con las alas recortadas, jalaban la torre y la acercaban más. Los soldados ya estaban formados detrás de ella en dos filas, listos para subir a toda velocidad.

El día de hoy sería doloroso.

El caballo de Chaol se volvió a acomodar debajo de él y él le dio unas palmadas a la armadura del cuello del corcel con la mano cubierta por su guantelete. El escándalo se tragó el sonido de metal chocando con metal.

—Paciencia, amigo.

A lo lejos, más allá del alcance de los arqueros, la catapulta estaba siendo recargada. Apenas treinta minutos antes habían lanzado una gran roca y Chaol se ocultó debajo de un arco, rezando por que la base de la torre que golpeó no se colapsara.

Rezando por que Yrene no estuviera cerca de ahí.

Apenas la había visto estos días de derramamiento de sangre y agotamiento. No había tenido oportunidad de decirle lo que sabía. De decirle lo que estaba en su corazón. Se había conformado con un beso profundo pero breve y luego se apresuró en su camino a la almena donde lo necesitaban.

Chaol desenvainó su espada. El metal recién pulido vibró al liberarse de su funda. Los dedos de su otra mano se apretaron alrededor de la embrazadura de su escudo. Era el escudo de un jinete de ruk, ligero y diseñado para el combate veloz. El aparato que lo sostenía en la silla de montar permanecía estable, sus broches seguros.

Los soldados que estaban en las almenas se inquietaron al ver la torre de asedio que se acercaba. Los horrores que traía dentro.

—Alguna vez fueron hombres —dijo Chaol y su voz se pudo escuchar a pesar del fragor de la batalla fuera de los muros de la fortaleza— todavía pueden morir como tales.

Unas cuantas espadas dejaron de temblar.

—Ustedes son el pueblo de Anielle —continuó Chaol. Levantó su escudo e inclinó su espada—. Mostrémosles a ellos lo que eso significa.

La torre de asedio chocó contra el costado de la fortaleza y el metal del puente en su parte superior cayó y aplastó los parapetos de la almena debajo.

La concentración de Chaol se tornó fría y calculadora.

Su esposa estaba en la fortaleza a sus espaldas. Embarazada con su bebé.

No le fallaría.

Una de las torres de asedio había llegado a los muros de la fortaleza y empezaba a descargar soldado tras soldado en el antiguo castillo.

A pesar de la distancia, Nesryn podía ver el caos en las almenas. Apenas

alcanzaba a distinguir a Chaol sobre su caballo gris, peleando en medio de todo.

Voló hacia la izquierda sobre el ejército que les lanzaba flechas y lanzas. Los ruks detrás de ella la siguieron.

Al otro lado del campo de batalla, Borte y Yeran, al mando de otra facción de rukhin, dieron vuelta a la derecha. Los dos grupos de rukhin eran una imagen en espejo; volaron uno hacia el otro y luego giraron para abrirse paso por las filas de la retaguardia.

Justo cuando Sartaq, que comandaba un tercer grupo, atacó desde la otra dirección.

Habían eliminado a dos comandantes, pero todavía quedaban otros tres. No eran príncipes, gracias a los dioses de aquí y a los treinta y seis del khaganato, pero de todas maneras eran Valg. La sangre negra cubría las plumas y la armadura de Salkhi, cubría a todos los ruks en los cielos.

Ella había pasado horas limpiando a Salkhi la noche anterior. Todos los rukhin habían hecho lo mismo porque no estaban dispuestos a arriesgarse a que la sangre seca interfiriera con la forma en que capturaban el viento sus plumas.

Nesryn colocó una flecha en el arco y eligió su blanco. Otra vez.

El comandante del Valg había evadido su tiro anterior. Pero no lo haría en esta ocasión.

Salkhi voló bajo. Las flechas chocaban una tras otra contra la pechera de su armadura, contra sus plumas gruesas y su piel. Nesryn casi vomitó la primera vez que una flecha le atinó hacía unos días. Hacía una vida. Ahora también pasaba horas cada noche quitándoselas del cuerpo, como si fueran espinas de una planta desértica.

Sartaq había pasado ese tiempo recorriendo las fogatas, consolando a aquellos cuyas monturas no habían tenido tanta suerte. O tranquilizando a los ruks que habían perdido a sus jinetes. Ya había una carreta llena de sus suldes, en espera del viaje final a su hogar para ser plantadas en las faldas áridas de Arundin.

Cuando Salkhi estuvo cerca de arrancar a varios Valg de sus caballos y hacerlos pedazos con sus garras, Nesryn le disparó al comandante.

No vio si su flecha lo había alcanzado.

Porque un cuerno se escuchó por encima de todo el escándalo.

Se elevó un grito de los rukhin y todos voltearon al este. Hacia el mar.

Desde donde venía la carga de la caballería y los soldados darghan que se

dirigían al flanco este desprotegido del ejército de Morath. Hasar venía montada en su caballo muniqi, al frente del ejército del khagan en persona.

Dos ejércitos chocaron en la planicie de las afueras de una ciudad antigua, uno oscuro y uno dorado.

Lucharon, una lucha brutal y sangrienta, durante las largas horas del día gris.

Pero los ejércitos de Morath no cedieron. Y no importó cómo se unieran las fuerzas de Nesryn y los rukhin, bajo el mando de Sartaq y Hasar, el Valg seguía en pie de lucha.

Y el ejército de Morath seguía posicionado entre el ejército del khagan y la ciudad sitiada, un mar de oscuridad.

Cuando cayó la noche, cuando fue demasiado negra incluso para que el Valg continuara peleando, el ejército del khagan se replegó para valorar la situación. Para estar listos para el ataque al amanecer.

Nesryn llevó en su ruk a Yrene y a Chaol, ensangrentados y exhaustos, desde los muros de la fortaleza hasta el sitio donde se unirían al consejo de guerra con los hijos del khagan. A su alrededor, los soldados gemían y gritaban en agonía. Las sanadoras bajo el mando de la propia Hafiza corrían para atenderlos antes de que la noche diera paso a más lucha.

Pero cuando llegaron a la tienda de campaña de la princesa Hasar, cuando todos estuvieron reunidos alrededor de un mapa de Anielle, sólo tuvieron la oportunidad de discutir unos cuantos minutos antes de ser interrumpidos.

Por la última persona que Chaol esperaba que entrara por la abertura de la carpa.

CAPÍTULO 46

Perranth apareció en el horizonte, la ciudad de rocas oscuras estaba resguardada entre un lago de color cobalto y una pequeña cordillera del mismo nombre.

El castillo había sido construido al pie de una gran montaña que hacía frontera con la ciudad. Sus torres angostas eran tan altas como para competir con las de Orynth. Los muros de la gran ciudad habían sido derribados por el ejército de Adarlan y nunca fueron restaurados. Los edificios en sus orillas se desparramaban ahora hacia los campos más allá del río Lanis congelado que fluía entre el lago y el mar distante.

En esos campos, Aedion decidió que resistirían y pelearían su última batalla.

El hielo soportó el peso de sus hombres cuando cruzaron el río y reorganizaron sus filas mermadas en la ribera opuesta.

La realeza Whitethorn y sus guerreros estaban ya casi agotados y su magia era apenas una brisa. Pero habían mantenido a Morath un día detrás de ellos con sus escudos de magia.

Ese día lo aprovechó el ejército para descansar, para conseguir madera de los árboles, o de los establos y granjas abandonadas que encontraron a su paso para encender sus fogatas. Un día en que Aedion le ordenó a Nox Owen que fuera en calidad de su emisario a Perranth, la ciudad natal del ladrón, para ver si los hombres y mujeres de la ciudad vendrían a ocupar los lugares disponibles en sus filas.

No muchos. Nox regresó con unos cuantos cientos de guerreros aun menos entrenados. Ninguno con magia.

Pero sí tenían algunas armas, aunque la mayoría viejas y oxidadas. Al menos unas cuantas flechas. Vernon Lochan se había encargado de que su gente permaneciera desarmada, por miedo a un levantamiento si se enteraban de que la verdadera heredera al trono de Perranth estaba cautiva en la torre más alta del castillo.

Pero la gente de Perranth ya estaba harta de su lord títere, al parecer.

Y al menos tenían mantas y comida para compartir. Entraban carretas llenas cada hora, junto con sanadoras —aunque ninguna con dones de magia— para

curar a los heridos. Los que estaban demasiado lastimados para pelear eran enviados en las carretas de provisiones a la ciudad, a veces unos apilados sobre otros.

Pero una manta y una comida caliente no sumarían a sus filas. Ni controlarían el avance de Morath.

Así que Aedion planeó y conservó cerca a sus comandantes del Flagelo. Le sacarían todo el provecho posible a su esfuerzo. A cada centímetro de terreno, a cada arma y soldado.

No había visto a Lysandra. Aelin tampoco había aparecido.

La reina los había abandonado, murmuraban los soldados.

Aedion se aseguraba de ponerle fin a esas conversaciones. Les había dicho con un gruñido que la reina tenía su propia misión para salvarles el pellejo y que si su intención fuera que Erawan se enterara, se la habría anunciado a ellos, ya que por lo visto eran muy afectos al chisme.

Eso disminuyó el descontento… apenas un poco.

Aelin no los había defendido con su fuego, los había abandonado para que fueran masacrados.

En parte él estaba de acuerdo. Se preguntaba si no sería mejor ignorar las llaves, usar las dos que tenían para eliminar estos ejércitos, en vez de destrozar su mayor arma para forjar el Candado.

Carajo, hubiera llorado de alegría si se aparecía Dorian Havilliard y su considerable poder en ese momento. El rey habría derribado a los ilken de los cielos, les habría roto el cuello sin tocarlos. Él hasta le haría reverencias a Dorian si eso sirviera para salvarlos.

Era mediodía cuando el ejército de Morath los volvió a alcanzar. Su masa se veía llegar hasta el horizonte. Una tormenta negra que arrasaba por los campos.

Le había advertido a la gente de Perranth que huyeran hacia Oakwald, si podían. Encerrarse en el castillo sería de muy poca utilidad. No tenía provisiones para aguantar un sitio. Él había considerado usarlo para esta batalla, pero su ventaja estaba en el río congelado, no en permitir que los acorralaran para soportar una muerte lenta.

Nadie llegaría para salvarlos. No sabían nada de Rolfe, las fuerzas de Galan estaban mermadas, sus barcos eran muy pocos para abarcar la costa y no habían oído nada del resto de los soldados de Ansel de Briarcliff.

Aedion ocultaba esa información de su rostro cuando montaba su corcel a lo largo de sus filas, mientras inspeccionaba a los soldados.

El olor de su miedo empañaba el aire helado, el peso de su temor era un foso sin fondo que se veía reflejado en sus miradas cuando seguían sus movimientos.

El Flagelo empezó a golpear sus escudos con las espadas. Era un latido que tenía el objetivo de cubrir las vibraciones de los soldados de Morath marchando hacia ellos.

Aedion no buscó a la metamorfa entre las filas. Los ilken volaban bajo sobre la enorme masa de Morath. Sin duda ella atacaría ahí primero.

Aedion detuvo su caballo en el centro del grupo, el Lanis helado estaba casi enterrado debajo de la nieve que había caído la noche anterior. Pero Morath sabía de su existencia. Esos príncipes del Valg sin duda habían estudiado el terreno con meticulosidad. Lo más seguro era que lo hubieran estudiado también a él, su técnica y su habilidad. Él sabía que se enfrentaría a alguno de ellos antes de que esto terminara, tal vez a todos. No terminaría bien.

Sin embargo, mientras se arriesgaran a cruzar, no le importaba. Endymion y Sellene, las únicas dos hadas que todavía tenían un suspiro de poder, estaban atisbando justo detrás de la fila del Flagelo.

Las miradas de sus propios soldados se sentían como un roce fantasma entre sus omóplatos, en su cabeza cubierta por el casco. No había preparado un discurso para alentarlos.

Un discurso no evitaría que esos hombres murieran hoy.

Así que Aedion desenfundó la espada de Orynth, levantó su escudo y se unió al ritmo constante que estaba haciendo el Flagelo.

Con la fuerza de transmitir toda la resistencia y rabia de su corazón, golpeó la antigua espada contra el círculo de metal abollado.

El escudo de Rhoe.

Aedion nunca le dijo a Aelin. Quería esperar hasta que estuvieran en Orynth para revelarle que el escudo que cargaba, que nunca había perdido, le había pertenecido a su padre. Y a muchos otros antes de eso.

No tenía nombre. Ni siquiera Rhoe conocía su edad. Y cuando Aedion se lo llevó de la habitación de Rhoe, lo único que se llevó cuando llegó la noticia de que habían masacrado a su familia, también dejó que los demás lo olvidaran.

Ni siquiera Darrow lo había reconocido. El escudo estaba desgastado y era muy sencillo. Había pasado desapercibido al lado de Aedion, pero era un recordatorio de lo que él había perdido. Lo que defendería hasta su último aliento.

Los soldados de sus ejércitos aliados imitaron el golpeteo cuando Morath llegó a la orilla del río. Dos príncipes del Valg a caballo ladraron la orden para

que los primeros soldados cruzaran el hielo a pie. Los ilken se mantuvieron detrás, cerca del centro. Para atacar cuando estuvieran debilitados.

Ren Allsbrook y sus arqueros restantes se mantenían ocultos detrás de las filas. Desde ahí elegirían sus blancos entre esos terrores alados.

Más y más, Aedion y su ejército golpearon las espadas contra sus escudos.

Más y más, el ejército de Morath avanzaba sobre el río congelado.

Aedion mantuvo el ritmo, su enemigo no se daba cuenta de que el sonido tenía otro propósito.

Cubrir el sonido del hielo que se cuarteaba en las profundidades.

Morath avanzó hasta que casi llegaron al otro lado del río.

Enda y Sellene no necesitaron que les dieran la orden. Un viento se abalanzó sobre el hielo y luego chocó con fuerza contra él, se metió en las cuarteaduras que habían creado. Y luego voló el hielo en pedazos. Lo hizo trizas.

Morath estaba marchando hacia ellos en un momento.

Al siguiente, se habían desplomado en el agua. Al caer y salpicar, se escuchó cómo el aire se llenaba de gritos y alaridos. Los ilken se lanzaron al frente para sacar a los soldados que se ahogaban bajo el peso de su armadura.

Pero Ren Allsbrook estaba esperando y, cuando gritó sus órdenes, los arqueros de inmediato dispararon a los ilken expuestos. Los flechazos a las alas los lanzaron hacia el hielo, al agua. Al hundirse, algunos ilken arrastraron a sus propios soldados al fondo.

Cada uno de los príncipes del Valg levantó una mano, como si todos compartieran la misma mente. El ejército se detuvo en la orilla. Vieron a sus hermanos ahogarse. Vieron a Endymion y Sellene que seguían destrozando el hielo, evitando que se volviera a congelar.

Aedion se atrevió a sonreír al ver a los soldados que se ahogaban.

Vio a dos de los príncipes del Valg que también le sonreían desde el otro lado del río. Uno de ellos se pasó la mano por el collar negro que traía al cuello. Una promesa y un recordatorio de lo que le harían.

Aedion inclinó la cabeza en un gesto provocativo, invitándolos a atreverse. Ciertamente podían intentarlo.

El poder de la realeza hada al fin se agotó. Así lo anunció el hielo que se formó sobre los soldados que se ahogaban y que quedaron sellados debajo, en el agua oscura.

Con una ráfaga de viento negro de los príncipes del Valg, los soldados de

Morath empezaron a avanzar por el hielo sin siquiera mirar hacia abajo, sin hacer caso a los puños que golpeaban el hielo bajo sus pies.

Aedion llevó a su caballo detrás de la línea delantera, al sitio donde Kyllian y Elgan estaban montados en sus caballos. Dos mil enemigos, cuando mucho, se habían ahogado en el río. Ninguno emergería.

Pero apenas era un rasguño para la fuerza que avanzaba ahora.

Aedion no tenía palabras para sus comandantes, quienes lo conocían de toda la vida, tal vez mejor que cualquier otra persona. Ellos no tenían palabras para él tampoco.

Cuando Morath al fin llegó a la orilla de su lado, con las espadas relucientes en el día gris, Aedion dejó escapar un rugido y avanzó al ataque.

Los ilken sabían que había una metamorfa entre sus filas y que usaba la piel de un guiverno. Lysandra se dio cuenta después de que los atacó, cuando saltó de las filas del ejército para lanzarse contra un grupo de tres.

Otros tres estaban esperándola, ocultos en la horda de abajo. Una emboscada.

Ella apenas había eliminado a dos, les había cortado la cabeza con su cola con espinas, cuando se vio obligada a huir por el ataque de sus garras envenenadas. Así que había atraído a los ilken de regreso a sus propias filas, justo donde estaban al alcance de los arqueros de Ren.

Habían derribado a los ilken… apenas. Les apuntaron a las alas para que Lysandra pudiera arrancarles la cabeza mientras caían al suelo.

Después de terminar con ellos, se lanzó al suelo y se transformó. Aterrizó como leopardo de las nieves y empezó a atacar a los soldados que ya empujaban contra los escudos de Terrasen.

La unidad entrenada del Flagelo no era nada contra la cantidad de tropas que los iban obligando a retroceder. Los guerreros hada, los Asesinos Silenciosos y los pocos soldados restantes de Ansel y Galan dispersos entre ellos ya no eran esas unidades letales capaces de frenar al ejército enemigo.

Así que Lysandra rasguñó y desgarró y destazó. La bilis negra le quemaba la garganta. La nieve se convirtió en lodo bajo sus patas. Los cadáveres se apilaban, hombres humanos y Valg gritaban por igual.

La voz de Aedion vibró a lo largo de las filas:

—¡Mantengan el flanco derecho!

Ella se atrevió a mirar en su dirección. Los ilken habían concentrado sus fuerzas ahí, empujaban contra los hombres en una falange de muerte y veneno.

Luego la orden del príncipe:

—¡Manténganse firmes en el izquierdo!

Había reposicionado al Flagelo entre los flancos derecho e izquierdo para compensar su debilidad en las planicies al sur, pero no era suficiente.

Los ilken arrasaron hacia la caballería. Los caballos aullaban cuando las garras envenenadas los destripaban. Los jinetes terminaban aplastados debajo de sus monturas.

Aedion galopó hacia el flanco izquierdo. Algunos miembros del Flagelo cabalgaron con él.

Lysandra iba matando soldado tras soldado. Las flechas volaban de ambos frentes.

Y Morath seguía avanzando. Más y con más fuerza, obligando al Flagelo a retroceder como si fueran poco más que unas cuantas ramas que les bloqueaban el camino.

Ella sentía que su aliento le quemaba en los pulmones, las piernas le dolían, pero seguía peleando.

No quedaría nada de ellos para cuando se pusiera el sol si la pelea seguía así.

Los otros hombres también parecieron percatarse de esto. Veían detrás de los demonios con los que peleaban, hacia las decenas de miles que los seguían en filas ordenadas, esperando su turno para matar y matar y matar.

Algunos de los soldados empezaron a darse la vuelta. A huir de la línea delantera.

Algunos simplemente tiraban sus escudos al suelo y salían corriendo del camino de Morath.

Morath aprovechó este momento. Como una ola que revienta en la costa, chocaron con las filas delanteras. Justo en el centro, que no se había roto, ni siquiera cuando los demás se habían debilitado.

Abrieron un hueco justo en medio.

El caos se apoderó de la batalla.

Aedion rugió desde algún lado, desde el corazón del infierno:

—¡Vuelvan a formar las filas!

Nadie hizo caso a la orden.

El Flagelo intentó sin éxito mantener la formación. Ansel de Briarcliff les gritó

a sus hombres que huían que regresaran al frente, Galan Ashryver hizo eco de sus órdenes y las gritó a sus propios soldados. Ren les gritó a sus arqueros que se quedaran, pero ellos también abandonaron sus puestos.

Lysandra le abrió las espinillas a un soldado de Morath, luego le arrancó la garganta a otro. No quedaba ninguno de los guerreros de Terrasen detrás de ella para decapitar los cuerpos caídos.

No había nadie.

Terminada. La batalla había terminado.

Era una inútil, Aedion se lo había dicho.

Lysandra miró hacia los ilken que se deleitaban en el flanco derecho y supo qué era lo que debía hacer.

CAPÍTULO 47

Aedion se imaginó que todos morirían donde estaban, luchando juntos hasta el fin. No siendo cazados uno por uno al intentar huir.

Lo habían obligado a ir detrás de las filas cuando Morath avanzó. Incluso el Flagelo tuvo que separarse del frente. Pronto, la destrucción sería completa.

Las flechas seguían volando desde las profundidades de sus filas. Ren recuperó un poco de orden, aunque fuera sólo para cubrirlos mientras se retiraban.

No era una marcha ordenada al norte. No, los soldados salían corriendo y se empujaban unos a otros.

Era un fin deshonroso, que no merecía mención, indigno de este reino.

Aedion se mantendría en pie, se mantendría en pie hasta que lo derribaran.

Miles de hombres avanzaron junto a él, sus ojos abiertos como platos por el terror. Morath los persiguió y los príncipes del Valg sonreían en anticipación del banquete que sin duda se darían.

Listo. Era un hecho, aquí en este campo sin nombre en Perranth.

Entonces se escuchó un llamado del otro lado de las filas que se estaban deshaciendo.

Los hombres que huían empezaron a detenerse. A voltear hacia la dirección de las noticias.

Aedion le clavó la espada a un soldado de Morath antes de comprender las palabras por completo.

Ha llegado la reina. La reina está en las filas delanteras.

Durante un iluso instante, Aedion buscó el destello de flamas en el cielo.

Pero no llegó ninguno.

El miedo empezó a llenarle el corazón, un miedo más profundo del que jamás

había conocido.

La reina está en las filas delanteras… en el flanco derecho.

Lysandra.

Lysandra había vuelto a adquirir la forma de Aelin.

Se dio la vuelta hacia el flanco derecho inexistente.

Justo cuando la reina de cabello dorado con una armadura prestada enfrentaba a dos ilken, con la espada y el escudo en sus manos.

No.

La palabra fue como un puñetazo en todo su cuerpo, más fuerte que cualquier golpe que jamás hubiera recibido.

Aedion empezó a correr, a empujar a sus propios hombres para abrirse paso. Hacia el flanco derecho demasiado lejano. Hacia la metamorfa que estaba enfrentando a esos ilken, sin garras ni colmillos ni nada para defenderse más allá de su espada y su escudo.

No.

Empujó a dos hombres para abrirse camino, la nieve y el lodo le dificultaban cada paso y pudo ver a dos ilken que se acercaban más y más a la reina metamorfa.

Saboreando a su presa.

Pero los soldados detuvieron su huida. Algunos incluso reformaron las filas cuando el llamado volvió a emitirse.

La reina está aquí. La reina pelea en las filas delanteras.

Justo por eso lo había hecho. Justo por eso se había transformado en esa humana indefensa.

No.

Los ilken eran mucho más grandes que ella, le sonrieron con sus rostros horribles y maltratados.

Él estaba demasiado lejos. Estaba todavía demasiado lejos para poder hacer cualquier maldita cosa…

Uno de los ilken la atacó con su brazo largo que acababa en garras.

El grito cuando las garras envenenadas le rasgaron el muslo se pudo escuchar a pesar del fragor de la batalla.

Lysandra cayó y levantó el escudo para cubrirse.

Aedion retiraba todo lo dicho.

Retiraba todo lo que le había dicho, cada uno de los instantes de rabia en su corazón.

Se abrió paso empujando a sus propios hombres, incapaz de respirar, de pensar.

Retiraba todo: ninguna de sus palabras había sido verdad, no realmente.

Lysandra intentó ponerse de pie sobre la pierna herida. Los ilken rieron.

—¡Por favor! —aulló Aedion. Los gritos de los moribundos se tragaron su voz —. ¡Por favor!

Negociaría. Ofrecería cualquier cosa. Vendería su alma al dios oscuro a cambio de que ellos le perdonaran la vida a Lysandra.

No lo había dicho en serio. Retiraba todo lo que había dicho, todas esas palabras.

Inútil. La había llamado inútil. La había arrojado desnuda a la nieve.

Retiraba todo.

Aedion sollozó y se lanzó hacia ella. Lysandra intentaba ponerse de pie otra vez y estaba usando su escudo para apoyarse.

Los hombres empezaron a reunirse detrás de ella, esperando ver qué haría la Portadora de Fuego. Cómo quemaría a los ilken.

No había nada que ver, nada que presenciar. Nada, salvo su muerte.

Pero Lysandra se puso de pie. El cabello dorado de Aelin le cayó en la cara cuando levantó su escudo y apuntó la espada entre ella y los ilken.

La reina llegó; la reina pelea sola.

Los hombres corrieron de regreso al frente. Se dieron la vuelta y corrieron hacia ella.

Lysandra mantuvo la espada firme, apuntada al ilken en desafío y rabia.

Lista para la muerte que pronto llegaría.

Había estado dispuesta a entregar la vida desde el inicio. Estuvo de acuerdo con los planes de Aelin, sabiendo que las cosas podían terminar así.

Una transformación, un cambio a su forma de guiverno, y destruiría a los ilken. Pero permaneció en el cuerpo de Aelin. Sostuvo la espada, su única arma, levantada.

Terrasen era su hogar. Y Aelin su reina.

Moriría para mantener a este ejército unido. Para evitar que las filas se rompieran. Para unir a sus soldados una última vez.

Su pierna goteaba sangre hacia la nieve y los dos ilken olfatearon y volvieron a reír. Sabían… lo que había bajo su piel. Sabían que ella no era la reina.

Ella se mantuvo firme. No cedió ni un centímetro a los ilken que avanzaron otro paso.

Por Terrasen, haría esto. Por Aelin.

Él retiraba lo dicho. Lo retiraba todo.

Aedion estaba a unos treinta metros de distancia cuando el ilken atacó.

Gritó cuando el de la izquierda lanzó un zarpazo con las garras y el de la derecha se abalanzó contra ella, como si la fuera a derribar en la nieve.

Lysandra evadió el golpe de la izquierda con su escudo y el ilken cayó de espaldas. Con un rugido, ella levantó la espada a la derecha.

Abrió al ilken que se lanzaba sobre ella desde el ombligo hasta el esternón.

La sangre negra brotó y el ilken gritó, con tanta fuerza que Aedion sintió que le zumbaban los oídos. Pero la criatura cayó en la nieve e intentó levantarse con una garra en el abdomen abierto.

Aedion corrió más rápido. Estaba ya a diez metros de distancia y el espacio que los separaba estaba despejado.

El ilken que había caído a la izquierda todavía no estaba derrotado. Cuando Lysandra se distrajo con el que retrocedía, él lanzó un zarpazo a sus piernas otra vez.

Aedion lanzó la espada de Orynth con toda la energía que le quedaba y Lysandra giró para enfrentar al ilken que la atacaba.

Ella empezó a caer de espaldas. Levantó el escudo, su única defensa, pero fue demasiado lenta para escapar de esas garras.

Las puntas de las garras envenenadas le rozaron las piernas justo cuando la espada le atravesó el cráneo a la bestia.

Lysandra cayó en la nieve con un grito de dolor y Aedion llegó de inmediato. La cargó, sacó la espada de la cabeza del ilken y la volvió a dejar caer para

cortar los tendones del cuello. Una vez. Dos.

La cabeza del ilken cayó en la nieve y el lodo. La otra bestia instantáneamente desapareció entre los soldados de Morath que se habían detenido a observar.

Y que ahora veía a la reina y a su general y atacaron.

Pero se toparon con una oleada de soldados de Terrasen que corrieron junto a Aedion y Lysandra, con un grito de batalla surgiendo de sus gargantas.

Aedion se llevó casi arrastrando a la metamorfa detrás de la línea de batalla que acababan de volver a establecer, entre los soldados que se habían reunido alrededor de su reina.

Tenía que sacarle el veneno, tenía que encontrar una sanadora que lo pudiera sacar de inmediato. Sólo quedaban unos cuantos minutos antes de que le llegara al corazón…

Lysandra se tambaleó con un gemido en los labios.

Aedion se echó el escudo a la espalda y a ella sobre el hombro. Un vistazo a su pierna le mostró que había piel desgarrada pero no había ninguna sustancia verdosa.

Tal vez los dioses habían escuchado. Tal vez era su idea de piedad: que el veneno del ilken se hubiera terminado en las otras víctimas antes de llegar a ella.

Pero tan sólo la pérdida de sangre… Aedion presionó la mano sobre la piel desgarrada y sangrienta para detener el flujo. Lysandra gimió.

Aedion miró en dirección al ejército que se estaba reagrupando para buscar alguna de las banderas blancas que las sanadoras usaban sobre sus cascos. Ninguna. Volteó hacia las filas en la parte delantera. Tal vez habría algún guerrero hada con la suficiente habilidad para sanar, con suficiente magia todavía…

Aedion se detuvo. Observó lo que empezó a salir por el horizonte.

Brujas Dientes de Hierro.

Varias docenas montadas en guivernos.

Pero no venían volando. Los guivernos venían caminando sobre el suelo.

Venían arrastrando una enorme torre móvil de roca. No era una torre de asedio ordinaria.

Una torre de las brujas.

Se elevaba treinta metros. La estructura entera estaba construida en una

plataforma que no alcanzaba a distinguir por el ángulo del terreno y las hileras de guivernos encadenados que la iban arrastrando por la planicie. Una docena más de brujas volaba a su alrededor, vigilándola. Estaba construida de roca oscura, roca del Wyrd, y tenía rendijas dispersas en todos los niveles.

Pero estas aperturas no eran ventanas. Eran portales a través de los cuales se podía apuntar el poder de los espejos que cubrían el interior de la torre, como le había descrito Manon Picos Negros. Todos podían ajustarse en cualquier dirección, enfocarse en cualquier punto.

Lo único que necesitaban era una fuente de poder para que los espejos la amplificaran y luego dispararan su reflejo hacia el mundo.

Oh, dioses.

—¡Retirada! —gritó Aedion mientras sus hombres seguían acercándose—. RETIRADA.

Con su vista de hada, alcanzaba a distinguir el nivel superior de la torre que estaba más expuesto que los demás.

Ahí estaban reunidas brujas con capas oscuras alrededor de lo que parecía ser un espejo curvo que apuntaba hacia el centro hueco de la torre.

Aedion giró y empezó a correr con la metamorfa al hombro.

—¡RETIRADA!

El ejército observó lo que se aproximaba. Aunque no sabían que no era una torre de asedio normal, entendieron su orden con suficiente claridad. Lo vieron corriendo con Aelin al hombro.

Manon nunca había averiguado cuál era el alcance de la torre, qué tan lejos podría disparar la magia oscura que se reunía en su interior.

No había ningún sitio donde ocultarse en el campo. No había agujeros en la tierra donde pudiera lanzarse con Lysandra y esperar que la explosión les pasara por encima. Nada salvo nieve plana y soldados frenéticos.

—¡RETIRADA! —se desgañitó Aedion.

Miró por encima del hombro cuando las brujas de la parte superior de la torre se separaron para abrirle el paso a una figura pequeña vestida de negro ónix. Tenía el cabello claro suelto.

Una luz negra empezó a esparcirse alrededor de la figura… la bruja. Ella levantó las manos sobre su cabeza, empezó a reunir su poder.

El Doblegamiento.

Manon Picos Negros se los había descrito. Las brujas Dientes de Hierro no

tenían otra magia salvo ésa. La capacidad de desatar el poder de la diosa oscura en una explosión incendiaria que arrasaba con todos a su alrededor. Incluida la misma bruja.

Ese poder seguía acumulándose, creciendo alrededor de la bruja como un aura maldita y luego simplemente saltó hacia adentro de la torre.

Justo al agujero en su centro.

Aedion siguió corriendo. No tenía alternativa salvo continuar en movimiento. La bruja se dejó caer en el corazón cubierto de espejos de la torre y liberó el poder oscuro en su interior.

El mundo se estremeció.

Aedion lanzó a Lysandra al lodo y la nieve y se aventó sobre ella, como si eso de alguna manera la fuera a salvar de la fuerza rugiente que hizo erupción desde la torre, justo hacia su ejército.

En un momento, el flanco izquierdo estaba luchando y volvía a emprender la retirada.

Al siguiente, una oleada de luz ennegrecida chocó contra los cuatro mil soldados.

Cuando la luz se dispersó, sólo quedaba ceniza y metal abollado.

CAPÍTULO 48

Las fuerzas del khagan habían dado un golpe importante a Morath. Bastó con ése para hacer que se detuvieran los tambores.

No era ni de cerca una derrota segura, pero era suficiente para que el cojeo pronunciado de Chaol se sintiera más ligero cuando entró a la enorme carpa de guerra de la princesa Hasar. Su sulde estaba plantada afuera. El pelo de caballo ruano revoloteaba con el viento proveniente del lago. La lanza del propio Sartaq estaba clavada en el lodo frío junto a la de su hermana. Y junto a la lanza del heredero…

Recargado en su bastón, Chaol se detuvo a ver la lanza de ébano que también estaba plantada ahí. El pelo de caballo de color profundamente negro seguía brillante a pesar de su antigüedad. Esta lanza no representaba a la realeza en el interior de la carpa como una marca de su linaje darghan, sino al hombre a quien servían. Una sulde con pelo de caballo blanco, la Marfil, para portar en tiempos de paz; y una sulde con pelo de caballo negro, la Ébano para blandir en tiempos de guerra.

No se había percatado de que el khagan le había dado a su heredero la sulde Ébano para que la trajera a estas tierras.

Al lado de Chaol, con el vestido salpicado de sangre pero con la mirada despejada, Yrene también se detuvo. Habían viajado por semanas con el ejército, pero ver este símbolo que representaba su compromiso con esta guerra, ver la lanza que irradiaba los siglos de conquista que había atestiguado… Casi parecía sagrada, esa sulde. Era sagrada.

Chaol colocó su mano en la espalda de Yrene y la guio al interior de la carpa, al espacio muy ornamentado en su interior. Para haber llegado a toda velocidad a Anielle, justo en el momento preciso, sólo una mujer como Hasar era capaz de lograr que su carpa real fuera erigida durante la batalla.

Chaol recargó su bastón lodoso en la tarima de madera y apretó los dientes al subir el escalón. Ni siquiera las alfombras gruesas y suaves hacían que disminuyera el dolor que le recorría la espalda, las piernas.

Se quedó quieto y se apoyó con fuerza en el bastón mientras respiraba y recuperaba el equilibrio.

El rostro salpicado de sangre de Yrene se tensó.

—Vamos a conseguirte una silla —murmuró y Chaol asintió. Sentarse, aunque fuera por unos minutos, sería un bendito alivio.

Nesryn entró detrás de ellos y aparentemente escuchó la sugerencia de Yrene porque de inmediato se dirigió al escritorio alrededor del cual estaban Sartaq y Hasar y sacó una silla de madera labrada. Chaol le agradeció con un movimiento de la cabeza y se sentó.

—¿Y el sillón dorado? —preguntó con tono de burla la princesa Hasar. Yrene se sonrojó bajo la sangre que manchaba su piel dorada y le hizo una mueca a su amiga.

El sillón dorado que Chaol se había traído del Continente del Sur, el sillón en el cual Yrene lo había sanado, desde el cual él se había ganado su corazón, seguía seguro a bordo de su barco. Estaba esperando, en caso de que sobrevivieran, para ser el primer mueble de la casa que le construiría a su esposa.

Al bebé que llevaba en su vientre.

Yrene se detuvo junto a la silla y Chaol le tomó de la mano delgada. Entrelazaron los dedos. Tenían las manos muy sucias, ambos, pero no le importaba. A ella tampoco, a juzgar por el apretón que le dio.

—Somos más que la legión de Morath —dijo Sartaq y los salvó de las palabras burlonas de Hasar—, pero debemos pensar con cuidado cómo vamos a elegir atacarlos para abrirnos paso hacia la ciudad de manera que no desgastemos demasiado nuestras fuerzas aquí.

Porque la pelea real seguía estando en el futuro. Como si estos días terribles de sitio y derramamiento de sangre, como si los hombres que hoy habían caído, sólo fueran el principio.

Hasar dijo:

—Es buena idea.

Sartaq hizo una ligera mueca.

—Podría haber terminado de manera distinta —dijo Sartaq. Chaol arqueó una ceja y Hasar hizo lo mismo—. Si tú no hubieras llegado, hermana, yo estaba a unas cuantas horas de abrir la presa e inundar la planicie.

Chaol se sobresaltó.

—¿De verdad?

El príncipe se frotó el cuello.

—Una medida desesperada.

Era verdad. Una ola de ese tamaño hubiera arrasado con parte de la ciudad, la planicie y los manantiales de aguas termales, y leguas más allá. Cualquier ejército a su paso se habría ahogado, habría sido arrastrado. Podría incluso haber llegado hasta el ejército del khaganato que estaba marchando hacia ellos para salvarlos.

—Entonces debemos alegrarnos de que no lo hicieras —dijo Yrene con el rosto pálido al considerar la posible destrucción. Lo cerca que habían estado de un desastre. Que Sartaq lo admitiera era indicativo de bastante: tal vez él sería el heredero, pero deseaba que su hermana supiera que él, también, era capaz de cometer errores. Que tenían que pensar bien sus planes de acción por muy sencillo que pareciera.

Hasar, por lo visto, entendió sus palabras y asintió.

Alguien se carraspeó en la carpa y todos voltearon hacia la ranura de entrada donde apareció uno de los capitanes darghan. Tenía su sulde en la mano llena de lodo. Alguien había llegado a verlos, tartamudeó el hombre. Ninguno de los hermanos preguntó quién y le indicaron al hombre que los dejara pasar.

Un momento después, Chaol sintió alivio de haber estado sentado.

Nesryn exhaló:

—Santos dioses.

Chaol estaba de acuerdo porque vieron entrar a la carpa a Aelin Galathynius, a Rowan Whitethorn y a varios más.

Estaban llenos de lodo. El cabello trenzado de la reina de Terrasen estaba mucho más largo que la última vez que lo había visto Chaol. Y sus ojos… ya no eran los ojos suaves pero ardientes. Eran algo más maduro. Más cansado.

Chaol se puso de pie de un salto.

—Pensé que estaban en Terrasen —dijo rápidamente.

Todos los informes lo habían confirmado. Pero aquí estaba ella y venía sin ejército.

Tres hombres hada, guerreros enormes, tan anchos y musculosos como Rowan, entraron con ellos junto con una mujer humana delicada y de cabello oscuro.

Pero Aelin solamente lo veía a él. Lo veía y lo veía.

Nadie habló cuando las lágrimas empezaron a correr por el rostro de Aelin.

No por su presencia, se dio cuenta Chaol mientras tomaba su bastón y cojeaba hacia ella.

Sino por lo que veía en él. Que estaba parado. Caminando.

La joven reina soltó una risa entrecortada y dichosa y lo abrazó del cuello. El dolor le recorrió la columna a Chaol con el impacto pero correspondió el abrazo y todas sus preguntas se le desvanecieron en la lengua.

Aelin estaba temblando cuando se apartó.

—Sabía que lo harías —exhaló y miró su cuerpo, sus pies, y luego de nuevo su cara—. Sabía que lo lograrías.

—No lo logré yo solo —dijo él con la voz espesa. Chaol tragó saliva y se separó de Aelin para extender un brazo a sus espaldas. A la mujer que él sabía estaba ahí, con una mano sobre el relicario que colgaba de su cuello.

Tal vez Aelin no la recordaría, tal vez su encuentro años atrás no había significado nada para ella, pero Chaol atrajo a Yrene al frente.

—Aelin, permíteme que te presente a…

—Yrene Towers —exhaló la reina cuando la esposa de Chaol dio un paso para pararse a su lado.

Las dos mujeres se quedaron viendo.

La boca de Yrene temblaba cuando abrió su relicario de plata y sacó un trozo de papel. Con las manos temblorosas, se lo dio a la reina.

Las propias manos de Aelin también temblaban cuando recibió el papel.

—Gracias —susurró Yrene.

Chaol supuso que eso era todo lo que en realidad necesitaba decirse.

Aelin desdobló el papel y leyó la nota que había escrito, vio las marcas de los cientos de veces que ese papel había sido desdoblado y doblado, todas las veces que había sido releído en los últimos años.

—Fui a la Torre —dijo Yrene con la voz quebrada—. Usé el dinero que me diste y fui a la Torre. Y me convertí en la sanadora heredera de la Sanadora Mayor. Y ahora regresé para hacer todo lo posible. Le enseñé a todas las sanadoras que pude las lecciones que me diste esa noche, sobre la defensa propia. No desperdicié ni una de las monedas que me diste, ni un momento del tiempo, de la vida que me compraste —las lágrimas rodaban y rodaban por la cara de Yrene—. No desperdicié nada.

Aelin cerró los ojos, sonrió detrás de sus propias lágrimas, y cuando los abrió, tomó las manos temblorosas de Yrene entre las suyas.

—Ahora es mi turno de agradecerte.

Pero la mirada de Aelin se centró en la argolla de matrimonio del dedo de Yrene y cuando volteó a ver a Chaol, él sonrió.

—Ya no es Yrene Towers —dijo Chaol con suavidad—, sino Yrene Westfall.

Aelin soltó una de esas risas ahogadas y dichosas y Rowan dio un paso para pararse a su lado. Yrene inclinó la cabeza hacia atrás para ver la altura del guerrero y abrió los ojos de par en par. No sólo por el tamaño de Rowan, sino por las orejas puntiagudas, los colmillos ligeramente más largos y el tatuaje. Aelin dijo:

—Permíteme presentarte, lady Westfall, a mi propio esposo, el príncipe Rowan Whitethorn Galathynius.

Porque, en efecto, en el dedo de la reina había una argolla de matrimonio. La esmeralda estaba salpicada de lodo pero era brillante. En la mano de Rowan había un anillo de oro y rubí.

—Mi pareja —agregó Aelin y batió las pestañas al mirar al hada a su lado. Rowan puso los ojos en blanco pero no pudo contener su sonrisa al inclinar su cabeza a Yrene.

Yrene hizo una reverencia pero Aelin soltó una risotada.

—Nada de eso, por favor. Se le va a subir a su cabezota inmortal —su sonrisa se suavizó cuando Yrene se ruborizó y Aelin levantó el trozo de papel—. ¿Puedo quedarme con esto? —miró el relicario de Yrene—. ¿O su lugar es ahí adentro?

Yrene le dobló los dedos a la reina alrededor del papel.

—Es tuyo, como siempre lo fue. Un fragmento de tu valentía que me ayudó a encontrar la mía.

Aelin sacudió la cabeza como para restarse importancia.

Pero Yrene le apretó la mano cerrada.

—Me dieron valor las palabras que escribiste. Cada uno de los kilómetros que viajé, cada hora que pasé estudiando y trabajando, me dieron valor. Te agradezco por eso también.

Aelin tragó saliva y Chaol aprovechó el momento para sentarse de nuevo. Su espalda se lo agradeció. Le dijo a la reina:

—Hay otra persona responsable de que este ejército esté aquí —hizo un gesto a Nesryn. La mujer ya le sonreía a la reina—. Los rukhin que ves, el ejército aquí reunido, se lo debemos tanto a Nesryn como a mí.

Una chispa se encendió en los ojos de Aelin y ambas mujeres se encontraron a medio camino para abrazarse con fuerza.

—Quiero oír toda la historia —dijo Aelin—. Absolutamente toda.

La sonrisa suave de Nesryn se amplió.

—Y así será. Pero después.

Aelin le dio una palmada en el hombro y volteó a ver a los dos miembros de la casa real que seguían junto al escritorio. Altos y soberbios pero tan salpicados de lodo como ella.

Chaol dijo de pronto:

—¿Dorian?

Rowan respondió:

—No está con nosotros.

Miró a los hermanos en el escritorio.

—Ellos están al tanto de todo —dijo Nesryn.

—Está con Manon —dijo Aelin simplemente. Chaol no estaba seguro de sentir alivio al escuchar eso—. Buscando algo importante.

Las llaves. Santos dioses.

Aelin asintió. Después. Pensaría dónde podría estar Dorian después. Aelin volvió a asentir. Toda la historia también tendría que contarse después.

Nesryn dijo:

—Permíteme presentarte a la princesa Hasar y al príncipe Sartaq.

Aelin hizo una reverencia profunda.

—Tienen mi eterna gratitud —dijo y la voz que salió de su boca fue en verdad la voz de una reina.

Cualquier sorpresa que Sartaq y Hasar hubieran mostrado cuando la reina hizo esa reverencia ya estaba oculta cuando hicieron las suyas, el vivo retrato de la gracia cortesana.

—Mi padre —dijo Sartaq— permaneció en el khaganato para supervisar nuestras tierras junto con nuestros hermanos, Duva y Arghun. Pero mi hermano Kashin viene en camino con el resto del ejército. Venía dos semanas atrás de nosotros cuando salimos.

Aelin miró a Chaol y él asintió. Algo le brilló en los ojos a la reina con la confirmación pero movió la barbilla hacia Hasar.

—¿Recibiste mi carta?

La carta que Aelin había enviado hacía meses, suplicando que la ayudaran y prometiendo a cambio solamente un mundo mejor.

Hasar se limpió las uñas.

—Tal vez. Recibo demasiadas cartas de princesas estos días como para poder acordarme de responder a todas.

Aelin sonrió, como si ambas hablaran un lenguaje que nadie más podía entender, un código especial entre dos mujeres igualmente arrogantes y orgullosas. Pero hizo un ademán hacia sus compañeros, que dieron un paso al frente:

—Permítanme presentarles a mis amigos: Lord Gavriel, de Doranelle —el guerrero de ojos color miel y cabello dorado hizo una reverencia. Tenía el cuello y las manos cubiertos de tatuajes pero todos sus movimientos eran agraciados—. Es algo así como mi tío —agregó Aelin con una sonrisa a Gavriel. Al ver las cejas fruncidas de Chaol, explicó—: Es el padre de Aedion.

—Ah, eso explica varias cosas —murmuró Nesryn.

El cabello, la cara amplia… sí, era igual. Pero en los aspectos que Aedion era fuego, Gavriel parecía ser roca. De hecho, sus ojos se pusieron solemnes cuando dijo:

—Aedion es mi orgullo.

La emoción recorrió el rostro de Aelin pero hizo un gesto hacia el hombre de cabello oscuro. No era alguien con quien quisiera involucrarse Chaol, decidió mientras veía las facciones como labradas en granito, los ojos negros y la boca seria.

—Lorcan Salvaterre, antes de Doranelle, y ahora un miembro de mi corte que hizo el juramento de sangre —Aelin le guiñó un ojo al hombre imponente, como si lo primero no fuera suficiente sorpresa. Lorcan frunció el ceño—. Seguimos en la etapa de adaptación —susurró en voz alta e Yrene rio.

Lorcan Salvaterre. Chaol no lo había conocido esa primavera en Rifthold pero había escuchado hablar de él. Sabía que había sido el comandante de más confianza de Maeve, su guerrero más leal y feroz. Que quería matar a Aelin, que odiaba a Aelin. Cómo había sucedido esto, por qué ella no estaba en Terrasen con su ejército…

—Tú también tienes una historia que contar —dijo Chaol.

—Vaya que sí —dijo Aelin y cerró los ojos. Rowan le puso una mano en la espalda baja. Malo… algo terrible había ocurrido. Chaol estudió a Aelin para buscar alguna pista.

Se detuvo cuando se dio cuenta de la suavidad de la piel de su cuello. La falta de cicatrices. Las cicatrices que no estaban ya en sus manos, en las palmas.

—Después —dijo Aelin con suavidad. Se enderezó y otro hombre de cabello dorado dio un paso al frente. Hermoso. Era la única manera de describirlo.

—Fenrys... ¿Sabes?, de hecho no conozco el nombre de tu familia.

Fenrys le guiñó un ojo a la reina con picardía.

—Moonbeam.

—No es cierto —siseó Aelin intentando no reír.

Fenrys se puso la mano en el corazón.

—Te hice el juramento de sangre. ¿Crees que te mentiría?

Otro hombre hada que había hecho el juramento de sangre en su corte. En la carpa, Sartaq maldijo en su propio idioma. Como si hubiera escuchado hablar de Lorcan y Gavriel y Fenrys.

Aelin le hizo una señal vulgar a Fenrys que hizo reír a Hasar y luego miró a los hermanos.

—Apenas los estoy entrenando. Sus modales todavía no son dignos de la fina compañía de la realeza del khaganato.

Incluso Sartaq sonrió ante eso. Pero Aelin ahora señalaba a la mujer pequeña y delicada.

—Y la única integrante civilizada de mi corte, lady Elide Lochan, de Perranth.

Perranth. Chaol había estudiado los árboles genealógicos de Terrasen ese invierno, había visto las listas de tantas casas reales tachadas, víctimas de la conquista de diez años atrás.

El nombre de Elide estaba entre ellos. Otro miembro de la realeza de Terrasen había logrado sobrevivir a los carniceros de Adarlan.

La joven hermosa dio un paso al frente con dificultad e hizo una reverencia a la realeza. Sus botas ocultaban cualquier indicio de la fuente de su herida, pero la atención de Yrene se fue directamente a su pierna. A su tobillo.

—Es un honor conocerlos a todos —dijo Elide con voz baja y firme. Los miró a todos con sus ojos oscuros, inteligentes y despejados. Como si pudiera ver debajo de su piel y sus huesos, hasta sus propias almas.

Aelin se limpió las manos.

—Bueno, ya que terminamos con eso —anunció y caminó hacia el escritorio y

el mapa—, ¿les parece si discutimos hacia dónde piensan marchar cuando le partamos toda la cara a este ejército?

CAPÍTULO 49

Rowan había estado hablando con el capitán de su barco cuando el ruk voló a su lado.

Según su pareja, el ruk casi había chocado con el barco debido a la densa niebla sobre el mar. La jinete era exploradora de una flota estacionada al sur.

Habían dejado en los barcos apenas la tripulación indispensable, pero la exploradora desconocía los planes de los miembros de la casa real. Lo único que sabía era que el ejército del khagan había ido a Anielle.

A dónde irían después de eso, a Rifthold, a Eyllwe, no se había decidido.

Así que Aelin les ayudaría a decidir. Se aseguraría de que el asunto en Anielle quedara terminado y que el ejército del khagan marchara al norte. A Terrasen.

Y a ninguna otra parte. Lo que tuviera que hacer para convencerlos, lo que tuviera que ofrecer a cambio, lo pagaría. Aunque ir a Anielle significara retrasar su propio regreso a Terrasen.

Supuso que sería mejor regresar con un ejército a sus espaldas que sola.

Sin embargo, mientras estaban en la carpa de la realeza, Aelin no podía creer del todo cuántos soldados había enviado el khagan. Y con más en camino, había dicho el príncipe Sartaq.

Recorrieron las tiendas de campaña ordenadas del campamento y vieron a sus soldados, tanto a los soldados de a pie como a una caballería verdaderamente impresionante. Los darghan, los legendarios jinetes de las estepas del khaganato. El pueblo original de la familia real, que había conquistado todo el continente.

Y luego vieron a los ruks, e incluso el miserable de Lorcan maldijo sorprendido ante las aves hermosas y poderosas adornadas con armadura fina y ante los jinetes armados sobre ellas. La exploradora había sido impactante. Pero un ejército de ellos era una cosa gloriosa.

Una mirada a Rowan le informó que esa mente sagaz ya estaba cocinando un plan.

Así que Aelin les sonrió a los hermanos y preguntó en tono desenfadado:

—¿A dónde planeaban ir después de esto?

La princesa Hasar, astuta como la pareja de Aelin, le devolvió la sonrisa. Una sonrisa afilada y pequeña.

—Sin duda estás a punto de empezar tu labor de convencimiento para que vayamos a Terrasen.

La habitación se puso tensa pero Aelin rio.

—¿Empezar? ¿Quién dice que no estoy ya en medio de mi labor?

—Que los dioses nos salven —murmuró Chaol. Rowan hizo eco a su sentimiento.

Hasar abrió la boca pero el príncipe Sartaq la interrumpió:

—Decidiremos hacia dónde marchar cuando aseguremos Anielle.

El rostro del príncipe permaneció serio, calculador… mas no frío. Aelin había decidido en cuestión de instantes que él le agradaba. Y le agradó aún más cuando supo que él acababa de ser coronado como el heredero del khagan. Con Nesryn como su posible esposa.

Posible para la diversión de Aelin porque la propia Nesryn no estaba tan convencida de convertirse en emperatriz del imperio más poderoso del mundo.

Pero lo que dijo Sartaq…

Elide habló:

—¿No tienen intención de ir a Terrasen?

Aelin se mantuvo inmóvil pero apretó los puños.

El príncipe Sartaq dijo con cautela:

—Nuestro plan inicial era ir al norte, pero puede haber otros lugares como Anielle que necesiten ser liberados.

—Terrasen necesita ayuda —dijo Rowan. Su rostro era el vivo retrato de la calma sólida cuando miró a sus nuevos aliados y a sus viejos amigos.

—Sin embargo, Terrasen no la ha pedido —dijo Hasar, sin sentirse para nada intimidada por el muro de guerreros hada que la miraban con el ceño fruncido. Era exactamente el tipo de persona que Aelin esperaba que fuera cuando le había escrito hacía varios meses.

Chaol se aclaró la garganta. Dioses, Chaol estaba caminando otra vez. Y estaba casado con Yrene Towers, que lo había sanado.

Un hilo en un tapiz. Así fue como se había sentido la noche que le dejó el oro a Yrene en Innish. Como tirar de un hilo en un tapiz y ver qué tan lejos y qué tan amplio llegaba.

Hasta el Continente del Sur, por lo visto. Y había rebotado con un ejército y un amigo sano y feliz. O al menos tan feliz como podía estar cualquiera de ellos en ese momento.

Aelin miró a Chaol a los ojos.

—Nos concentraremos en ganar esta batalla —dijo él y asintió una vez con comprensión al detectar el fuego que había en sus ojos—. Y luego decidiremos.

La princesa Hasar le sonrió a Aelin.

—Así que asegúrate de impresionarnos.

De nuevo, la tensión recorrió la habitación.

Aelin miró a la princesa a los ojos. Le sonrió ligeramente. Y no dijo nada.

Nesryn se movió un poco, como si estuviera muy consciente de lo que podía significar ese silencio.

—¿Qué tan sólidos son los muros de la fortaleza? —le preguntó Gavriel a Chaol para desviar un poco la conversación.

Chaol se frotó la mandíbula.

—Han resistido sitios antes, pero Morath lleva días atacando. Las almenas son lo suficientemente sólidas pero con unos golpes más de las catapultas, las torres podrían caer.

Rowan se cruzó de brazos.

—¿Hoy franquearon los muros?

—Sí —dijo Chaol con seriedad—. Con una torre de asedio. Los ruks no pudieron llegar a tiempo para tirarla —Nesryn se encogió un poco pero Sartaq no ofreció una disculpa. Chaol continuó—. Aseguramos los muros, pero los soldados del Valg eliminaron a varios de nuestros hombres, de Anielle, quiero decir.

Aelin miró el mapa y bloqueó el desafío que le lanzaba la princesa de mirada fiera y que era su espejo de tantas maneras.

—¿Entonces cómo podemos hacer esto? ¿Nos abrimos paso por sus filas en

grupo o vamos eliminándolos a uno por uno?

Nesryn señaló el mapa con un dedo, justo sobre el lago de Plata.

—¿Y qué tal si los empujamos hacia el lago en sí?

Hasar murmuró pensativa y dijo, ya sin tono burlón:

—Morath se posicionó mal en su codicia por saquear la ciudad. No consideraron que serían aplastados por los darghan ni destrozados por los rukhin.

Aelin miró a Rowan de reojo. Vio que él ya la estaba viendo.

Los convenceremos de ir a Terrasen, dijo su pareja en silencio.

Chaol se inclinó al frente. La espalda le temblaba un poco, pero recorrió con el dedo la orilla oeste del lago.

—Esta sección del lago, desafortunadamente, es poco profunda a unos cien metros de la orilla. El ejército podría salir caminando o atraernos hacia el agua.

—Unas cuantas horas en esa agua —dijo Yrene con la boca apretada— los mataría. La hipotermia se apoderaría de ellos pronto. Tal vez en cuestión de minutos, dependiendo del viento.

—Eso es en caso de que el Valg pueda ser vencido así —intervino Hasar—. No mueren como hombres normales de muchas maneras y según ustedes ellos provienen también de unas tierras de oscuridad y frío —continuó. Por lo visto los hermanos conocían a sus enemigos—. Podríamos empujarlos hacia el agua y luego enterarnos de que no les afecta para nada. Y al hacerlo, también expondríamos a nuestras propias tropas a los elementos —la princesa apuntó hacia los muros de la fortaleza—. Sería mejor empujarlos directamente hacia la roca, hacerlos pedazos contra ella.

Aelin estaba de acuerdo.

Lorcan abrió la boca para decir algo sin duda desagradable pero unos pasos en el lodo del exterior de la tienda de campaña lo hicieron voltear a toda velocidad hacia la entrada. Una mujer hermosa, de cabello oscuro, entró y sus trenzas gemelas venían ondeando.

—No me lo van a creer…

Se detuvo al ver a Aelin. Al ver a los hombres hada. Su boca se quedó abierta en forma de «O».

Nesryn rio.

—Borte, te presento…

Otros pasos en el lodo, más pesados y lentos que los de Borte, y luego un joven entró. Su piel no era del color moreno besado por el sol como la de Borte o los miembros de la casa real, sino pálida.

—Regresó —jadeó el joven y miró a Nesryn con la boca abierta—. Durante días, juraba que podía sentir algo, noté los cambios, pero hoy simplemente todo regresó.

Nesryn ladeó la cabeza. Su cortina de cabello oscuro se deslizó sobre la armadura de su hombro.

—Quién…

Borte apretó el brazo del joven.

—Falkan. Es Falkan, Nesryn.

El príncipe Sartaq caminó para pararse junto a Nesryn, agraciado como cualquier guerrero hada.

—Cómo.

Pero el joven ya estaba mirando a Aelin con ojos entrecerrados. Como si estuviera intentando recordar de dónde la conocía.

Luego dijo:

—La asesina del mercado en Xandria.

Aelin arqueó una ceja.

—Espero que el caballo que robé ahí no haya sido tuyo.

Fenrys tosió. Aelin le lanzó al guerrero una sonrisa por encima del hombro.

Los ojos del joven pasaban de un rostro al otro y luego aterrizaron en la enorme esmeralda de su dedo. Y luego en el rubí aún más grande de la empuñadura de Goldryn.

Borte le dijo a Nesryn:

—Estábamos comiendo alrededor de la fogata y entonces Falkan se abrazó el estómago como si fuera vomitar encima de todos —Falkan miró molesto a Borte— y luego su cara se hizo joven. Es joven.

—Siempre fui joven —murmuró Falkan—. Sólo que no lo aparentaba.

Sus ojos grises volvieron a encontrarse con los de Aelin.

—Te di un pedazo de seda de araña.

Durante un instante, el entonces y el ahora se confundieron y se tambalearon.

—El comerciante —murmuró Aelin. La última vez que lo había visto había sido en el Desierto Rojo, con aspecto veinte años mayor—. Tú le vendiste tu juventud a una araña estigia.

—¿Se conocen? —dijo Nesryn con la boca abierta.

—Los hilos del destino se entretejen de maneras misteriosas —dijo Falkan y luego le sonrió a Aelin—. Nunca supe tu nombre.

Hasar rio desde el otro lado del escritorio.

—Ya lo sabes, metamorfo.

Antes de que Falkan pudiera descifrarlo, Fenrys dio un paso al frente.

—¿Metamorfo?

Pero Nesryn dijo:

—Y el tío de Lysandra.

Aelin se dejó caer en la silla que estaba junto a la de Chaol. Rowan le puso una mano en el hombro y, cuando ella levantó la vista hacia él, vio que él estaba a punto de soltar una carcajada.

—¿Qué es tan gracioso, exactamente? —siseó.

Rowan sonrió.

—Que por una vez, tú te fuiste de espaldas por la sorpresa.

Aelin le sacó la lengua. Borte sonrió y Aelin le guiñó un ojo.

Pero Falkan le dijo a Aelin y a sus compañeros:

—Conocen a mi sobrina.

Su hermano debió haber sido mucho más viejo para poder ser el padre de Lysandra. Falkan no tenía nada similar al rostro de su amiga, aunque Lysandra también ya había olvidado su forma original.

—Lysandra es mi amiga y lady de Caraverre —dijo Aelin—. No viene con nosotros —agregó cuando vio la mirada esperanzada de Falkan dirigirse a la entrada de la carpa—. Está en el norte.

Borte había regresado a estudiar a los hombres hada. No por su considerable belleza, sino por su tamaño, sus orejas puntiagudas, sus armas y sus colmillos alargados. Aelin le susurró en secreto:

—Pídeles que hagan una pirueta antes de ofrecerles un premio.

Lorcan la miró furioso pero Fenrys se transformó con un destello. El enorme lobo blanco llenaba gran parte del espacio.

Hasar maldijo, Sartaq dio un paso atrás y Borte sonrió ampliamente.

—Son entonces verdaderas hadas.

Gavriel, el caballero galante de siempre, hizo una reverencia. Lorcan, el bastardo, simplemente se cruzó de brazos.

Pero Rowan le sonrió a Borte.

—Así es.

Borte giró para ver a Aelin.

—Entonces tú eres Aelin Galathynius. Te ves exactamente como te describió Nesryn.

Aelin le sonrió a Nesryn, quien estaba recargada en Sartaq.

—Espero que sólo hayas dicho cosas horribles de mí.

—Sólo lo peor —respondió Nesryn con seriedad aunque no pudo controlar del todo el movimiento de las comisuras de su boca.

Pero Falkan susurró.

—La reina —y cayó de rodillas.

Hasar rio.

—Nunca mostró ese tipo de admiración cuando nos conoció a nosotros.

Sartaq arqueó las cejas.

—Tú le dijiste que se convirtiera en rata y que se escabullera por el suelo.

Aelin levantó a Falkan del hombro.

—No puedo aceptar que el tío de mi amiga se arrodille en el suelo, ¿o sí?

—Dijiste que eras una asesina —los ojos de Falkan estaban tan abiertos que la parte blanca brillaba a su alrededor—. Le robaste caballos al lord de Xandria…

—Sí, sí —dijo Aelin con un movimiento de la mano—. Es una historia larga y estamos en medio de un consejo de guerra, así que…

—¿Lárgate? —terminó de decir Falkan.

Aelin rio pero volteó a ver a Nesryn y a Sartaq. Ella movió la barbilla hacia Falkan.

—Se ha convertido en una especie de espía que trabaja para nosotros. Entra a nuestras reuniones.

Aelin asintió y luego le guiñó un ojo al metamorfo.

—Supongo que no necesitas ya que mate a esa araña estigia después de todo.

Pero Falkan se puso tenso y su atención pasó a Nesryn y Sartaq a Borte. Seguía con la boca abierta ante las hadas.

—¿Ellos lo saben?

Aelin presintió que iba a tener que volver a sentarse. De hecho, Chaol le dio unas palmadas a la silla a su lado y se ganó una risita de Yrene.

Aelin se hizo un favor a sí misma y se sentó. Rowan ocupó su lugar detrás de ella y apoyó ambas manos en sus hombros. Le acarició la nuca con el pulgar y luego pasó su mano hacia las cicatrices que nuevamente marcaban el lado de su cuello gracias al agua salada que él había usado para sellarlas.

Pero aunque sus músculos se relajaron con esas manos amorosas, al igual que su alma, su respiración permaneció tensa.

No mejoró nada cuando Nesryn dijo:

—Las arañas estigias son Valg.

Silencio.

—Nos encontramos a sus familiares, las kharankui en las profundidades de los Páramos de Dagul. Llegaron a este mundo a través de una grieta temporal entre los reinos y luego permanecieron aquí para vigilar la entrada, en caso de que volviera a aparecer.

—Esto no puede terminar bien —murmuró Fenrys. Elide estuvo de acuerdo.

—Se alimentan de sueños y de años y de vida —dijo Falkan y se llevó la mano a su propio pecho—. Como me han dicho mis amigos que hace el Valg.

Aelin había visto a los príncipes del Valg drenar toda la juventud y el vigor de un humano y dejar detrás sólo un cadáver seco. No dudaba que las arañas tuvieran un don similar.

—¿Esto qué significa para la guerra? —preguntó Rowan. Seguía acariciando el cuello de Aelin con sus pulgares.

—La pregunta sería si se unirán a las fuerzas de Erawan —dijo desafiante Lorcan con el rostro como piedra.

—No le responden a Erawan —dijo Nesryn en voz baja y Aelin lo supo. Supo por cómo la miraba Chaol, la lástima y el miedo, supo en sus huesos antes de que Nesryn terminara de hablar—. Las arañas estigias, las kharankui le responden a su reina Valg. A la única reina del Valg. A Maeve.

CAPÍTULO 50

Rowan le apretó los hombros a Aelin cuando las palabras se asentaron en su cuerpo, huecas y frías.

—¿Maeve es una reina del Valg? —exhaló el príncipe.

Aelin no dijo nada. No podía encontrar las palabras.

Su poder empezó a arremolinarse. No lo sintió.

Nesryn asintió con solemnidad.

—Sí. Las kharankui nos contaron toda la historia.

Y entonces Nesryn les contó todo. Cómo Maeve de alguna forma había conseguido entrar a este mundo, huyendo o aburrida de su esposo, Orcus. El hermano mayor de Erawan. Sobre cómo Erawan, Orcus y Mantyx habían destrozado mundos enteros para encontrarla, la esposa perdida de Orcus, y sólo se detuvieron en este mundo porque las hadas se habían levantado para desafiarlos. Hadas dirigidas por Maeve, a quien los reyes del Valg no conocieron ni reconocieron en la forma que había adoptado.

La vida que había creado para sí misma. Las mentes de todas las hadas que existieron y que ella había corrompido, convenciendo a esas hadas de que había tres reinas, no dos. Incluyendo las mentes de Mab y Mora, las dos reinas hermanas que habían gobernado Doranelle. Incluido el mismo Brannon.

—Las arañas dijeron —continuó Nesryn— que ni siquiera Brannon lo sabía. Incluso ahora, en el Más Allá, no lo sabe. Así de profundamente penetraron los poderes de Maeve en su mente, en las mentes de todos. Ella se convirtió en su verdadera reina.

Las palabras, la verdad, iban golpeando a Aelin, una tras otra.

Elide estaba tan pálida como la muerte.

—Pero ella les teme a las sanadoras —un movimiento de cabeza hacia Yrene —. Tiene ese búho que mencionas, una sanadora hada esclavizada, en caso de que los Valg algún día la descubran.

Porque eso era otra parte. La otra cosa que Nesryn había revelado. Chaol e Yrene agregaron sus propios recuentos.

Los Valg eran parásitos. E Yrene podía curar a sus huéspedes humanos. Lo había hecho para la princesa Duva. Y podría hacerlo también con muchos más esclavizados con anillos o collares.

Pero lo que había infestado a Duva era… Una princesa del Valg.

Aelin se recargó en el respaldo de su silla. Apoyó la cabeza contra el muro sólido del cuerpo de Rowan. Las manos de su esposo temblaban en sus hombros. Temblaban al irse percatando de qué, exactamente, era lo que se había metido a su mente. De dónde había provenido el poder de Maeve que le permitía hacer eso. Por qué permanecía sin morir y sin envejecer y había vivido más que cualquier otro. Por qué el poder de Maeve era la oscuridad.

—Por eso también le teme al fuego —dijo Sartaq con un movimiento de la barbilla hacia Aelin—. Por eso te teme tanto a ti.

Y por eso había querido destrozarla. Para convertirla en algo justo como esa sanadora esclavizada atada a su lado en forma de búho.

—Yo pensé… Una vez logré cortarla —dijo Aelin al fin. Esa oscuridad silenciosa y antigua presionó hacia su interior, la arrastró hacia abajo, abajo, abajo—. Vi que sangró negro. Luego cambió a rojo —exhaló y se obligó a salir de la oscuridad, el silencio que amenazaba con devorarla entera. Se obligó a enderezarse. Miró a Fenrys—. Tú dijiste que su sangre sabía normal cuando hiciste el juramento.

El lobo blanco se transformó de nuevo a su cuerpo de hada. Su piel de bronce se veía ceniza, el terror inundaba sus ojos oscuros.

—Así es.

Rowan gruñó.

—A mí tampoco me supo diferente.

—Un encantamiento, como la forma que mantiene —dijo Gavriel pensativo.

Nesryn asintió.

—Por lo que nos dijeron las arañas, parece completamente posible que ella pudiera haberlos convencido de que su sangre se veía y sabía como sangre de hada.

Fenrys hizo un sonido como si fuera a vomitar. Aelin sentía algo similar.

Y a la distancia, un recuerdo-que-no-era-recuerdo se removió. De noches de verano que pasó en un claro en el bosque. Cuando Maeve la instruía. Y le contaba la historia de una reina que caminaba entre mundos.

Que no estaba conforme en el reino en el que había nacido y que había encontrado la manera de irse, usando el conocimiento perdido de viajeros antiguos. Viajeros de mundos.

Maeve se lo había dicho. Tal vez era una historia sesgada y parcial, pero se la había contado. ¿Por qué? ¿Por qué hacerlo siquiera? ¿Alguna manera de ganársela, o de hacerla titubear, si las cosas llegaran a esto?

—Pero Maeve odia a los reyes del Valg —dijo Elide e, incluso desde ese sitio silencioso y a la deriva donde se había ido, Aelin pudo percibir la mente aguda de Elide trabajando detrás de sus ojos—. Se ha escondido todo este tiempo. Seguramente no se aliará con ellos.

—Salió corriendo ante la oportunidad de tener en sus manos un collar del Valg —dijo Fenrys con tono sombrío—. Parecía convencida de poder controlar al príncipe en su interior.

No sólo a través del poder de Maeve, sino porque ella era una reina demonio.

Aelin se obligó a respirar otra vez. Otra. Sus dedos se enroscaron alrededor de un arma invisible.

Lorcan no había dicho ni una palabra. No había hecho nada salvo quedarse ahí parado, pálido y silencioso. Como si él también hubiera dejado de estar en su cuerpo.

—No conocemos sus planes —dijo Nesryn—. Las kharankui no la han visto en miles de años y sólo se enteran de murmullos que les comunican las arañas menores. Pero siguen idolatrándola y esperando su retorno.

Chaol vio a Aelin a los ojos, su mirada inquisitiva.

Aelin dijo en voz baja:

—Yo fui prisionera de Maeve durante dos meses.

El silencio en la carpa fue total. Luego lo explicó… todo. Por qué no estaba en Terrasen, quién estaba allá peleando, a dónde habían ido Dorian y Manon.

Aelin tragó saliva al terminar y se recargó en Rowan.

—Maeve quería que le revelara la ubicación de las dos llaves del Wyrd. Quería que se las entregara, pero logré escaparme antes de que me llevara. A Doranelle. Quería doblegarme a su voluntad. Usarme para conquistar el mundo, pensaba yo. Pero tal vez quería usarme como un escudo contra el Valg, para cuidarla siempre —las palabras salieron de su boca, pesadas y afiladas—. Fui su prisionera hasta hace casi un mes —hizo un movimiento de cabeza hacia su corte—. Cuando me escapé, ellos me volvieron a encontrar.

Se volvió a hacer el silencio. Sus nuevos compañeros se quedaron sin palabras. No los culpaba.

Entonces Hasar siseó:

—Haremos que la perra pague también por eso, ¿no?

Aelin fijó la mirada en los ojos oscuros de la princesa.

—Sí, lo haremos.

La verdad había chocado contra Rowan como un golpe físico.

Maeve era Valg.

Una reina del Valg. Distanciada de ese esposo que alguna vez había invadido este mundo y, si Chaol estaba en lo cierto, deseaba hacerlo otra vez si Erawan tenía éxito y lograba abrir el portal del Wyrd.

Sabía que su grupo, o como se llamara ahora este conjunto de guerreros hada, estaba también impactado. Sabía que él mismo había caído en una especie de estupor.

La mujer a quien habían servido, a la que reverenciaban, era… Valg.

Habían sido engañados a tal grado que ni siquiera lo detectaron al probar su sangre.

Fenrys parecía como si fuera a vomitar en el piso de la carpa. Para él, la verdad sería la más horrenda.

El rostro de Lorcan permanecía frío y en blanco. Gavriel no paraba de frotarse la mandíbula y en su mirada fluía la consternación.

Rowan exhaló largamente.

Una reina del Valg.

Eso era lo que había tenido prisionera a su Corazón de Fuego. El tipo de poder que había intentado penetrar en su mente.

El tipo de poder que había penetrado en la mente de Rowan. En todas sus mentes, si podía hacer un encantamiento que hiciera que su sangre se viera y supiera como sangre ordinaria.

Sintió la tensión que iba creciendo en Aelin, la tormenta que se cernía y que casi le ponía a vibrar las manos sobre sus hombros.

Pero sus llamas no aparecieron. No se había asomado siquiera una brasa en estas semanas, a pesar de la intensidad de sus entrenamientos.

Ocasionalmente, veía que el rubí de Goldryn brillaba mientras ella la sostenía, como si el fuego brillara en el corazón de la gema. Pero nada más.

Ni siquiera cuando estaban en la cama del barco, cuando sus dientes encontraron la marca de su cuello.

Elide los veía a todos, su silencio, y les dijo a sus nuevos compañeros:

—Tal vez deberíamos definir un plan de acción sobre la batalla de mañana.

Y darles tiempo, esta noche, para digerir toda esta información portentosa.

Chaol asintió.

—Trajimos un baúl lleno de libros —le dijo a Aelin—. De la Torre. Están llenos de marcas del Wyrd —Aelin ni siquiera parpadeó pero Chaol terminó de hablar—. Si logramos salir de esta batalla, son tuyos para que los estudies. En caso de que haya en ellos algo que pueda ayudar.

Contra Erawan, contra Maeve, contra el destino terrible de Aelin.

Ella se limitó a asentir levemente.

Así que Rowan se obligó a hacer a un lado la sorpresa y la repulsión y el miedo para concentrarse en el plan inmediato. El único que pudo hacer lo mismo fue Gavriel. Fenrys se quedó donde estaba y Lorcan solamente se quedó mirando al frente, a la nada.

Aelin continuaba en su silla, hirviendo a fuego lento. Encrespándose.

Elaboraron su plan de manera rápida y eficiente: regresarían con Chaol e Yrene a la fortaleza para ayudar en la lucha al día siguiente. Los hermanos de la realeza del khaganato presionarían desde este lado. Nesryn y el príncipe Sartaq irían al frente de los ruks y la princesa Hasar estaría al mando de los soldados de a pie y la caballería darghan.

Un grupo brillantemente entrenado y letal. Rowan ya se había fijado en los soldados darghan, con sus caballos finos y su armadura, sus lanzas y sus cascos encrestados, cuando venían en camino hacia esta carpa, y había sentido alivio al advertir su habilidad. Tal vez sería el último suspiro de alivio que tendría en esta guerra. Era probable ya que las fuerzas del khagan no habían decidido aún a dónde llevarían a su ejército después.

Supuso que eso era justo, tantos territorios estaban siendo arrasados por Morath en estos momentos, pero cuando esta batalla terminara, se aseguraría de que fueran al norte. A Terrasen.

Pero mañana, mañana aplastarían a la legión de Morath contra los muros de la fortaleza. Chaol y Rowan estarían al mando de los hombres desde el interior, eliminando a los soldados enemigos.

Aelin no se ofreció para hacer nada. No daba señal siquiera de haberlos escuchado.

Y cuando todos consideraron que el plan era sensato, junto con un plan de contingencia en caso de que las cosas salieran mal, Nesryn sólo dijo:

—Les buscaremos unos ruks que los lleven de regreso a la fortaleza.

Aelin salió hacia la noche helada a toda velocidad. Rowan apenas pudo seguirle el paso.

No había brasas en su camino. El lodo no siseaba ni humeaba bajo sus botas.

No había nada de fuego. Ni siquiera una chispa.

Como si Maeve la hubiera apagado. Como si la hubiera hecho temerle a su poder.

Odiarlo.

Aelin se abrió paso entre las tiendas de campaña ordenadas, entre los caballos y sus jinetes en armadura, entre los soldados alrededor de las fogatas, entre los jinetes de ruk y sus aves poderosas, que llenaban a Rowan de tanta admiración que no podía ponerlo en palabras. Todo el camino hacia el borde este del campamento y hacia la planicie que se extendía más adelante. Ese espacio lucía amplio y hueco después de lo apretados que estaban en el campamento.

No se detuvo hasta que llegó a un arroyo que habían cruzado unas horas antes. Casi estaba congelado pero ella rompió el hielo con un pisotón de su bota. Lo abrió para revelar el agua oscura debajo besada por la luz de plata de las estrellas.

Luego cayó de rodillas y bebió.

Bebió y bebió de la cuenca de su mano. Tenía que estar tan helada como para lastimar, pero ella continuó hasta que apoyó las manos en las rodillas y dijo:

—No puedo hacer esto.

Rowan se arrodilló a su lado. El escudo que había creado a su alrededor mientras caminaban mantenía fuera el viento helado de la planicie.

—No… no puedo —dijo ella con la respiración entrecortada y se cubrió la cara con las manos mojadas.

Con suavidad, Rowan tomó sus muñecas y las bajó.

—No estarás enfrentando esto sola.

La angustia y el terror llenaban esos ojos hermosos y él sintió un nudo doloroso en el pecho cuando ella dijo:

—Nuestras probabilidades eran bajísimas cuando esto era sólo contra

Erawan. Pero ¿contra él y Maeve? Ella tiene un ejército a su alrededor. Probablemente está en camino a Terrasen en este momento. Y si Erawan llama a sus dos hermanos, si los otros reyes regresan…

—Necesita las otras dos llaves para hacerlo. No las tiene.

Ella apretó los puños y sus uñas se clavaron en las palmas de sus manos con tanta fuerza que el olor de su sangre llenó el aire.

—Debería haber ido a buscar las llaves. De inmediato. No venir aquí. No a hacer esto.

—Es la misión de Dorian ahora, no tuya. No va a fracasar.

—Es mi misión y siempre lo ha sido…

—Tomamos la decisión de venir aquí y así seguiremos —le gruñó sin molestarse en controlar su tono—. Si Maeve en verdad está llevando a su ejército a Terrasen, eso sólo confirma que tomamos la decisión correcta en venir aquí. Que necesitamos convencer a las fuerzas del khaganato de que vayan con nosotros al norte después de esto. Es nuestra única oportunidad de tener éxito.

Aelin se pasó las manos por el cabello. El dorado estaba manchado de arroyos de sangre.

—No puedo ganar contra ellos. Contra un rey y una reina del Valg —su voz se hizo áspera—. Ya ganaron.

—No es verdad —y aunque Rowan odió cada palabra, gruñó—, y tú sobreviviste dos meses contra Maeve sin magia para protegerte. Dos meses de una reina del Valg intentando entrar en tu mente, Aelin. Intentando doblegarte.

Aelin tembló.

—Pero lo hizo.

Rowan esperó a que lo dijera.

Aelin susurró:

—Yo quería morir al final, incluso antes de que me amenazara con el collar. Y ahora todavía me siento como si alguien me hubiera arrancado de mí misma. Como si estuviera en el fondo del mar y quien yo soy, quien yo era, estuviera a lo lejos en la superficie. Como si nunca pudiera llegar allá de nuevo.

Él no sabía qué decir, qué hacer aparte de abrirle las manos para separarle las uñas de las palmas con suavidad.

—¿Creíste en mi arrogancia, en mi insolencia? —exigió saber Aelin con la voz

quebrada—. ¿Los demás? Porque lo he estado intentando. He estado intentando como nunca convencerme de que es real, recordándome que sólo necesito fingir ser como era el tiempo necesario.

El tiempo necesario para forjar el Candado y morir.

Él dijo con suavidad:

—Lo sé, Aelin.

No había creído en los guiños y las sonrisas burlonas ni por un segundo.

Aelin dejó escapar un sollozo que le rompió algo a él en el interior.

—Ya no puedo sentirme como yo misma. Es como si ella me hubiera apagado. Como si me hubiera arrancado de mí. Ella, y Cairn, y todo lo que me hicieron —tragó aire y Rowan la envolvió en sus brazos y la acercó a su regazo—. Estoy tan cansada —lloró ella—. Estoy tan tan cansada, Rowan.

—Lo sé —le respondió y le acarició el cabello—. Lo sé.

En realidad era lo único que había por decir.

Rowan la abrazó hasta que su llanto empezó a disminuir y se quedó quieta, acurrucada contra su pecho.

—No sé qué hacer —murmuró ella.

—Luchas —respondió él simplemente—. Luchamos. Hasta que no podamos más. Luchamos.

Ella se enderezó pero permaneció en su regazo, lo vio a la cara con una crudeza que lo destruyó.

Rowan le puso una mano en el pecho, justo sobre ese corazón ardiente.

—Corazón de Fuego.

Era un desafío y un llamado.

Ella puso la mano sobre la de él, cálida a pesar de la noche helada. Como si ese fuego no se hubiera apagado por completo. Pero sólo miró hacia arriba, a las estrellas. Al Señor del Norte, que estaba vigilando.

—Luchamos —exhaló ella.

Aelin encontró a Fenrys junto a una fogata solitaria, mirando las flamas crujientes.

Se sentó en el tronco a su lado, vulnerable y abierta y temblorosa pero… la sal de sus lágrimas había lavado un poco de todo eso. La había estabilizado.

Rowan la había estabilizado, y lo seguía haciendo, desde donde montaba guardia en las sombras más allá de la fogata.

Fenrys levantó la cabeza. Tenía los ojos tan huecos como ella sabía habían estado los suyos.

—Cuando necesites hablar —dijo con la voz todavía ronca—, estoy aquí.

Fenrys asintió con la boca como una línea recta.

—Gracias.

El campamento se estaba alistando para la partida, pero Aelin se acercó más y se sentó a su lado en silencio durante varios minutos.

Dos sanadoras, identificables solamente por las bandas blancas alrededor de sus bíceps, pasaron apresuradas con los brazos cargados de vendas.

Aelin se puso tensa. Se concentró en su respiración.

Fenrys se dio cuenta de dónde había dirigido ella la mirada.

—Se sentían horrorizadas, ¿sabes? —dijo en voz baja—. Cada vez que ella les pedía que fueran a… arreglarte.

Las dos sanadoras desaparecieron detrás de una tienda de campaña. Aelin flexionó los dedos, intentando sacudirse la sensación.

—Eso no evitaba que lo hicieran.

—No tenían otra opción.

Ella miró sus ojos oscuros. Fenrys apretó los labios.

—Nadie te hubiera dejado en ese estado. Nadie.

Rota y ensangrentada y quemada…

Tomó la empuñadura de Goldryn con fuerza. Se sentía indefensa.

—Ellas la desafiaron a su manera —continuó Fenrys—. A veces ella les ordenaba que te devolvieran la conciencia. Con frecuencia, decían que no podían, que tu mente se había sumergido en una profundidad demasiado grande. Pero yo sabía, creo que Maeve también, que ellas te ponían en ese estado. El mayor tiempo posible. Para ganarte algo de tiempo.

Ella tragó saliva.

—¿Maeve las castigó?

—No lo sé. Nunca eran las mismas sanadoras.

Lo más probable era que Maeve sí las hubiera castigado. Probablemente les había destrozado la mente por su desafío.

Aelin apretó más la espada que tenía a su costado.

Indefensa. Había estado indefensa. Como muchos en esta ciudad, en Terrasen, en este continente, estaban indefensos.

La empuñadura de Goldryn se entibió en su mano.

No volvería a estar así. Durante el tiempo que le quedara.

Gavriel caminó hacia Rowan, miró a la reina y a Fenrys y murmuró:

—No eran las noticias que necesitábamos escuchar.

Rowan cerró los ojos por un instante.

—No, no lo eran.

Gavriel le puso la mano a Rowan en el hombro.

—Esto no cambia nada, de cierta manera.

—Cómo.

—Nosotros le servimos a Maeve. Ella era… no como Aelin, como debe ser una reina. Eso lo sabíamos mucho antes de conocer la verdad. Si Maeve quiere usar lo que es en contra de nosotros, aliarse con Morath, eso cambia las cosas. Pero el pasado ya no existe. Está terminado, Rowan. Saber que Maeve es Valg o solamente una persona infame no cambia lo que sucedió.

—Saber que una reina del Valg quiere esclavizar a mi pareja, y que casi lo logró, cambia muchas cosas.

—Pero sabemos a qué le teme Maeve, y por qué le teme —insistió Gavriel con los ojos amarillos brillantes—. El fuego… y las sanadoras. Si Maeve llega con ese ejército suyo, nosotros no estamos indefensos.

Era verdad. Rowan podría maldecirse a sí mismo por no pensar en eso antes. Pero se planteó entonces otra pregunta.

—Su ejército —dijo Rowan— está formado de hadas.

—También su flota —dijo Gavriel con cautela.

Rowan se pasó la mano por el cabello.

—¿Podrás vivir con esa decisión, con pelear contra tu propia gente?

Matarlos.

—¿Tú podrás? —reviró Gavriel.

Rowan no respondió.

Gavriel preguntó después de un momento:

—¿Por qué Aelin no me ofreció el juramento de sangre?

El hombre no había preguntado eso durante las últimas semanas. Y Rowan no estaba seguro de por qué Gavriel se lo preguntaría ahora, pero le respondió con la verdad.

—Porque ella no lo hará hasta que Aedion lo haga primero. Ofrecértelo a ti antes que a él… ella quiere que Aedion lo haga primero.

—En caso de que él no desee que yo esté cerca de su reino.

—Para que Aedion sepa que ella antepuso las necesidades de él a las suyas.

Gavriel inclinó la cabeza.

—Yo diría que sí, si me lo ofreciera.

—Lo sé —dijo Rowan y le dio una palmada en la espalda a su amigo más viejo —. Ella también lo sabe.

El León miró al norte.

—¿Crees…? No hemos recibido ninguna noticia de Terrasen.

—Si hubiera caído, si Aedion hubiera caído, lo sabríamos. La gente aquí lo sabría.

Gavriel se frotó el pecho.

—Hemos estado en la guerra. Él ha estado en la guerra. Ha peleado en el campo de batalla desde que era niño, malditos sean los dioses —la ira destelló en el rostro de Gavriel. No por lo que Aedion hubiera hecho, sino por lo que había tenido que hacer por el destino y la mala suerte. Lo que Gavriel no había prevenido por no estar ahí—. Pero sigo temiendo cada día que pasa sin que tengamos noticias. Siento terror al ver llegar a cada uno de los mensajeros.

Un terror que Rowan nunca había conocido, distinto al temor por su pareja, su reina. El miedo de un padre por su hijo.

No se permitió mirar en dirección a Aelin. Recordar los sueños que había tenido mientras la buscaba. La familia que había visto. La familia que construirían juntos.

—Debemos convencer a la familia real del khaganato que marchen con nosotros al norte cuando termine esta batalla —dijo Gavriel en voz suave.

Rowan asintió.

—Si podemos destrozar este ejército mañana, y convencerlos de que Terrasen es la única alternativa como el siguiente paso, entonces bien podríamos estar dirigiéndonos al norte pronto. Tal vez estés peleando al lado de Aedion para Yulemas.

Las manos de Gavriel se apretaron a sus costados. Los tatuajes de sus nudillos se estiraron.

—Si él me permite el honor.

Rowan se encargaría de que Aedion lo permitiera. Pero sólo dijo:

—Ve por Elide y Lorcan. Los ruks están casi listos para partir.

CAPÍTULO 51

Lorcan se quedó en las orillas de la zona donde estaban los ruks. Apenas se fijó en las magníficas aves o sus jinetes con armadura que estaban preparándose para dormir. Unos cuantos, sabía, todavía no descansarían porque los llevarían a ellos y las provisiones necesarias de regreso a la fortaleza que se elevaba sobre la ciudad y la planicie.

No le importaba, no se maravillaba de que pronto estaría volando sobre una de esas bestias increíbles. No le importaba que al día siguiente todos enfrentarían al ejército oscuro que estaba reunido cerca.

Había peleado en más batallas, más guerras, de las que le interesaba recordar. Mañana no sería distinto, salvo por los demonios que matarían, en vez de hombres o hadas.

Demonios como su antigua reina, por lo visto.

Él se había ofrecido a ella, la había deseado, o eso era lo que él creía. Y ella se había reído de él. No estaba seguro de qué significaría eso. Sobre ella, sobre él mismo.

Pensaba que su oscuridad, los dones de Hellas, eran lo que lo atraía a ella, lo que los había reunido.

Tal vez el dios oscuro quería no que le jurara lealtad a Maeve sino que la matara. Que se acercara lo suficiente para hacerlo.

Lorcan no se acomodó la capa para protegerse de la ráfaga de aire helado proveniente del lago distante. Prefirió enfrentar el frío, enfrentar el hielo en el viento. Como si eso pudiera arrancar la verdad.

—Ya nos vamos.

La voz de Elide cortó el silencio ensordecedor de sus pensamientos.

—Los ruks están listos —agregó ella.

No había ni miedo ni lástima en su cara. Su cabello negro reflejaba la luz dorada de las antorchas y las fogatas. De todos ellos, ella había sido la que había recibido la noticia con menor dificultad. Se acercó al escritorio como si

hubiera nacido en un campo de batalla.

—Yo no sabía —dijo él con voz tensa.

Elide sabía a qué se refería.

—Tenemos cosas más importantes de qué preocuparnos de todas maneras.

Él dio un paso hacia ella.

—No lo sabía —dijo de nuevo.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás para ver su rostro y frunció los labios. Un músculo de su mandíbula vibraba.

—¿Quieres que te dé algún tipo de absolución por eso?

—Yo le serví casi quinientos años. Quinientos años y sólo pensaba que ella era inmortal y fría.

—Eso suena como la definición del Valg para mí.

Él enseñó los dientes.

—Vive durante eones y espera a ver qué te sucede, lady.

—No sé por qué estás tan sorprendido. A pesar de ser inmortal y fría, la amabas. Debiste haber aceptado esos rasgos. ¿Por qué sería distinto si la llamamos de otra manera?

—Yo no la amaba.

—Ciertamente actuabas como si la amaras.

Lorcan gruñó.

—¿Por qué insistes en regresar a ese punto, Elide? ¿Por qué es lo único que no puedes dejar ir?

—Porque estoy intentando entender. Cómo pudiste llegar a amar a un monstruo.

—¿Por qué?

Él avanzó hacia ella. Ella no retrocedió ni un paso.

De hecho, sus ojos relucían ardientes cuando siseó:

—Porque me ayudará a entender cómo es que yo hice lo mismo.

La voz se le quebró en las últimas palabras y Lorcan no pudo moverse cuando

la comprensión llegó. Él nunca… él nunca había tenido alguien que…

—¿Es una enfermedad? —exigió saber ella—. ¿Es que hay algo roto en tu interior?

—Elide.

Su nombre le raspaba los labios. Lorcan se atrevió a extender la mano hacia ella.

Pero ella se alejó.

—Si crees que porque hiciste el juramento de sangre a Aelin eso significa algo para nosotros, estás terriblemente equivocado. Tú eres inmortal, yo soy humana. No olvidemos ese pequeño detalle tampoco.

Lorcan casi tuvo que dar un paso atrás al escuchar esas palabras, su horrenda verdad. Él tenía quinientos años. Debería apartarse, no debería molestarle tanto esta situación. Pero gruñó:

—Estás celosa. Eso es lo que en realidad te carcome.

Elide soltó una risotada que él nunca le había escuchado, cruel y aguda.

—¿Celosa? ¿Celosa de qué? ¿Del demonio al que serviste? —enderezó los hombros, una ola a punto de reventar en la costa—. Lo único que me provoca celos, Lorcan, es que ella se libró de ti.

Lorcan odió que sus palabras lo afectaran como un golpe físico. Que él ya no tenía defensas en lo que respectaba a ella.

—Lo siento —dijo—. Discúlpame por todo, Elide.

Listo, lo había dicho, había puesto todo frente a ella.

—Lo siento —repitió.

Pero la expresión de Elide no se suavizó.

—No me importa —dijo y le dio la espalda—. Y no me importa si sobrevives mañana en ese campo de batalla.

Celosa. La simple idea de sentir celos de Maeve por ser dueña del afecto de Lorcan durante siglos. Elide cojeó hacia el grupo de ruks listos para salir. Llevaba la mandíbula tan apretada que le dolía.

Ya había llegado casi a la primera de las aves ensilladas cuando una voz dijo a sus espaldas:

—Lo hubieras ignorado.

Elide se detuvo y se dio cuenta de que Gavriel la venía siguiendo.

—¿Disculpa?

El rostro normalmente cálido del León estaba serio, mostraba desaprobación.

—Lo pateaste cuando ya estaba en el suelo.

Elide no había pronunciado ni una palabra desagradable hacia Gavriel en todo el tiempo que llevaba de conocerlo, pero dijo:

—No veo cómo esto pueda ser de tu incumbencia.

—Nunca había escuchado a Lorcan disculparse de nada. Incluso cuando Maeve le daba azotes por haber cometido algún error, él no se disculpaba con ella.

—¿Y eso significa que debe ganarse mi perdón?

—No. Pero debes darte cuenta de que hizo el juramento de sangre a Aelin por ti. Por nadie más. Para poder permanecer cerca de ti. Aunque sabía perfectamente bien que tú tendrías una vida mortal.

Las aves se movieron y agitaron las alas en anticipación al vuelo.

Ella lo sabía. Lo supo en el momento en que él se había arrodillado frente a Aelin. Semanas después, Elide seguía sin saber qué interpretar de esto, qué hacer con la conciencia de que Lorcan lo había hecho por ella. Qué hacer con la necesidad de hablar con él, de trabajar con él como lo habían hecho. Se odiaba a sí misma por eso. Por no intentar conservar su enojo más tiempo.

Por eso había ido tras él esa noche. No para castigarlo a él, sino a ella misma. Para recordarse a ella misma a quién le había vendido él a su reina, lo profundamente equivocada que había estado.

Y sus últimas palabras a él… eran mentira. Una mentira horrible y odiosa.

Elide volteó a ver a Gavriel otra vez.

—Yo no…

El León ya no estaba. Y durante el vuelo helado por encima del ejército y después sobre el mar de oscuridad que se extendía entre ellos y la antigua ciudad, incluso esa voz sabia que le había susurrado toda su vida se había silenciado.

Nesryn se quedó junto a Salkhi con una mano en el flanco emplumado mientras veía al grupo elevarse hacia los cielos. Los veinte ruks no sólo llevaban a Aelin Galathynius y sus compañeros, incluidos Chaol e Yrene, sino también a más sanadoras, provisiones y algunos cuantos caballos que iban encapuchados y en jaulas de madera que los pájaros podían cargar.

Incluyendo el caballo de Chaol, Farasha.

—Me gustaría poder ir con ellos —suspiró Borte desde donde estaba cepillando a Arcas—. Pelear al lado de las hadas.

Nesryn la miró de soslayo, divertida.

—Pronto tendrás esa oportunidad, si vamos a Terrasen después de esto.

Cerca de ellas, se escuchó un resoplido de escarnio distintivamente masculino.

—Ve a otra parte a escuchar conversaciones ajenas, Yeran —le gritó Borte a su prometido.

Pero el capitán Berald se limitó a responderle:

—Qué buena comandante, enamorándose de las hadas como una adolescente.

Borte puso los ojos en blanco.

—Cuando me enseñen sus técnicas para matar y yo las use para eliminarte del mapa en nuestra siguiente Convención, entonces ya podrás hablar sobre mi enamoramiento.

El apuesto capitán se acercó irritado desde donde estaba junto a su propio ruk. Nesryn agachó la cabeza para ocultar su sonrisa. De pronto estaba interesadísima en cepillar las plumas color marrón de Salkhi.

—Serás mi esposa entonces, según lo que acordaste con mi madre-hogar —dijo y se cruzó de brazos—. No sería muy bien visto que mataras a tu propio esposo en la Convención.

Borte le sonrió con una dulzura envenenada a su prometido.

—Entonces tendré que matarte en otro momento.

Yeran le sonrió, el vivo retrato de la diversión pícara.

—En otra ocasión será —prometió.

Nesryn alcanzó a notar la luz que brillaba en los ojos del capitán. Así como la manera en que Borte se mordió el labio, ligeramente, y cómo su respiración se agitó.

Yeran se agachó para susurrar algo al oído de Borte que hizo que ella abriera los ojos como platos. Y, por lo visto, la impactó bastante porque cuando Yeran se alejó hacia su ruk, con gran arrogancia, Borte se sonrojó intensamente y empezó a limpiar su ruk de nuevo.

—No preguntes —dijo entre dientes.

Nesryn levantó las manos.

—Ni soñarlo.

El rubor de Borte permanecía varios minutos después. Limpiaba su ruk casi con desesperación.

Se escucharon unos pasos suaves y agraciados sobre la nieve y Nesryn supo quién se aproximaba desde antes de que los rukhin se enderezaran para saludar. No porque Sartaq fuera su príncipe y el heredero al trono, sino porque era su capitán. De todos los rukhin en esta guerra, no sólo del nido eridun.

Él les indicó que podían descansar con un movimiento de la mano. Luego miró el cielo nocturno y los ruks que se alejaban volando bajo el escudo de Rowan Whitethorn que los protegía de cualquier flecha enemiga que pudiera alcanzarlos. Sartaq apenas había llegado al lado de Nesryn cuando Borte le dio unas palmadas a Arcas, lanzó su cepillo al bolso de provisiones y se alejó hacia la noche.

Nesryn supo que no era para dejarlos a solas. Lo supo porque vio a Yeran apartarse de su propio ruk un instante después para seguir a Borte con tranquilidad. La chica miró una vez sobre su hombro y su mirada no tenía nada de molesta cuando vio a Yeran siguiéndola de cerca.

Sartaq rio.

—Al menos ya son un poco más directos al respecto.

Nesryn resopló divertida y siguió cepillando las plumas de Salkhi.

—Estoy tan confundida.

—Los jinetes que están en las tiendas de campaña junto a la de Borte no lo están.

Nesryn arqueó las cejas pero sonrió.

—Qué bueno. No lo de los jinetes, sino lo de ellos.

—La guerra le provoca cosas extrañas a la gente. Hace que todo sea mucho más urgente —le acarició la cabeza y entrelazó sus dedos en su cabello antes de murmurarle al oído—. Ven a la cama.

El calor le recorrió el cuerpo.

—Tenemos una batalla mañana. Otra vez.

—Y un día de muerte ha hecho que quiera abrazarte —le dijo el príncipe con esa sonrisa que la dejaba sin defensas. En especial cuando agregó—: Y de hacer otras cosas contigo.

Nesryn sintió que los dedos de los pies se enroscaban en sus botas.

—Entonces ayúdame a terminar de limpiar a Salkhi.

El príncipe se lanzó con tanta rapidez por el cepillo que Borte había dejado que Nesryn rio.

CAPÍTULO 52

Las Crochans habían regresado a su campamento en los Colmillos y esperaron.

Manon y sus Trece desmontaron de los guivernos. Ella sentía que algo se le retorcía en el estómago con cada paso que daba hacia la fogata de Glennis. La tira de tela roja en la punta de su trenza se había convertido en un yunque, algo que jalaba su cabeza.

Ya estaban a punto de llegar al hogar de Glennis cuando Bronwen se acercó para caminar al lado de Manon.

Asterin y Sorrel, unos pasos atrás, se pusieron tensas pero ninguna intervino. Especialmente porque Bronwen preguntó:

—¿Qué sucedió?

Manon miró a su prima.

—Les pedí que consideraran su posición en esta guerra.

Bronwen frunció el entrecejo hacia el cielo, como si esperara ver a las Dientes de Hierro detrás de ellas.

—¿Y?

—Y ya veremos, supongo.

—Pensé que habías ido a reunirlas para que se unieran contigo.

—Fui —respondió Manon enseñando los dientes— a hacerlas pensar en quiénes quieren ser.

—No pensé que las Dientes de Hierro tuvieran esa capacidad.

Asterin gruñó.

—Cuidado, bruja.

Bronwen le esbozó una sonrisa burlona por encima del hombro y luego le dijo

a Manon:

—¿Te dejaron salir viva?

—En efecto.

—¿Pelearán… les darán la espalda a Morath y a las otras Dientes de Hierro?

—No lo sé.

No sabía. De verdad no sabía.

Bronwen permaneció en silencio durante unos pasos. Manon apenas había entrado al anillo de luz del hogar de Glennis cuando la bruja que caminaba a su lado agregó:

—No debimos haber albergado ninguna esperanza, entonces.

Manon no tenía una respuesta, así que se alejó. Las Trece pasaron al lado de Bronwen sin voltear a verla.

Manon encontró a Glennis atizando los carbones de su hogar. El fuego sagrado en su centro era una llamarada brillante que no necesitaba madera para arder. Un regalo de Brannon, un trozo de la reina de Terrasen aquí.

Glennis dijo:

—Debemos partir antes del mediodía mañana. Se decidió: regresaremos a nuestros hogares.

Manon sólo se sentó en la roca más cercana a la anciana. Dejó que las Trece encontraran algo para comer. Dorian se había quedado con los guivernos. La última vez que lo había visto, hacía unos minutos, algunas Crochans se estaban acercando a él. Por placer o por información, eso Manon no lo sabía. Dudaba que él y ella compartieran una cama pronto. En especial si él seguía decidido a ir a Morath.

Esa idea no le gustaba nada.

Manon le dijo a Glennis:

—¿Crees que las Dientes de Hierro sean capaces de cambiar?

—Tú deberías conocer mejor esa respuesta.

La conocía y no estaba del todo segura de que le gustara la conclusión a la cual había llegado.

—¿Rhiannon pensaba que podíamos lograrlo?

¿Pensaba que yo podía lograrlo?

La mirada de Glennis se suavizó. Un asomo de tristeza brilló en sus ojos cuando le agregó otro leño a la flama.

—Tu media hermana era lo opuesto a ti, de muchas maneras. E igual a tu padre de muchas otras. Era abierta, y honesta, y expresaba sus sentimientos sin importar las consecuencias. Era directa, según algunos. Tal vez no lo puedas ver por cómo se portan ahora —dijo la anciana con una ligera sonrisa —, pero a bastantes de las brujas alrededor de estos hogares no les agradaba. Decían que no querían escuchar sus sermones sobre nuestra gente que fracasaba, ni sobre cómo existía una mejor solución. Cómo nuestra gente podría encontrar la paz. Todos los días, hablaba con entusiasmo con quien quisiera escuchar sobre la posibilidad de un Reino de las Brujas unido. La posibilidad de un futuro en el cual no tuviéramos que ocultarnos ni estar tan dispersas. Muchas la llamaban una ingenua. Pensaban que era una ingenua en especial cuando fue a buscarte. Para ver si estabas de acuerdo con ella, a pesar de lo que sugería tu historia sangrienta.

Había muerto por ese sueño, esa posibilidad de un futuro. Manon la había matado por eso.

Glennis dijo:

—¿Rhiannon pensaba que las Dientes de Hierro eran capaces de cambiar? Tal vez era la única bruja de las Crochans que lo pensaba, pero lo creía con cada fibra de su ser —su garganta arrugada se movió cuando tragó saliva—. Ella pensaba que las dos podían gobernar el Reino de las Brujas juntas. Que tú serías la líder de las Dientes de Hierro y ella la de las Crochans y que juntas reconstruirían lo que se fracturó hace mucho tiempo.

—Y ahora sólo quedo yo.

A cargo de ambas.

—Ahora sólo quedas tú —repitió Glennis y su mirada se volvió directa, implacable—. Un puente entre nosotras.

Manon aceptó el plato de comida que le llevó Asterin antes de sentarse a su lado.

Asterin dijo:

—Las Dientes de Hierro cambiarán de opinión. Ya verás.

Sorrel gruñó desde la roca más cercana. No estaba de acuerdo y se le notaba en el rostro.

Asterin le hizo una seña vulgar a la Tercera de Manon.

—Cambiarán. Lo juro.

Glennis les sonrió un poco pero Manon no dijo nada y empezó a comer.

Ten esperanza, le había dicho a Elide hacía muchos meses.

Pero tal vez no habría esperanza para ninguno de ellos.

Dorian se quedó entre los guivernos a responder las preguntas de las Crochans que no querían o tal vez se sentían demasiado nerviosas para preguntarle a las Trece lo que había ocurrido en el Abismo Ferian.

No, no venía un grupo de brujas detrás de ellas. No, nadie los había seguido. Sí, Manon había hablado con las Dientes de Hierro para pedirles que se unieran a ellas. Sí, habían salido con vida. Sí, ella había hablado a nombre de las Dientes de Hierro y de las Crochans.

Al menos, eso le había dicho Asterin en su largo vuelo de regreso. Hablar con Manon, discutir los siguientes pasos… No se molestó con eso. Todavía no.

Y cuando Asterin se quedó en silencio, él se perdió en sus pensamientos. Consideró todo lo que había visto en el Abismo Ferian, cada pasillo retorcido y salón y arena que apestaba a miedo y dolor.

Lo que su padre y Erawan habían construido. El tipo de reino que había heredado.

Las llaves del Wyrd se movieron, susurraron. Dorian no les hizo caso y pasó la mano por la empuñadura de Damaris. El oro permanecía tibio a pesar del frío intenso.

Una espada de la verdad, sí, pero también un recordatorio de lo que alguna vez había sido Adarlan. En lo que podía volver a convertirse.

Si no titubeaba. Si no dudaba de sí mismo. Durante el tiempo que le quedara.

Podía corregir las cosas. Todo. Podía corregirlo.

Damaris se calentó con consuelo y confirmación silenciosos.

Dorian se apartó del grupo de Crochans y se dirigió a la delgada franja de tierra que veía hacia el precipicio salpicado de rocas y nieve.

Las montañas brutales se alzaban ondeando en todas direcciones, pero él miró al sureste. Hacia Morath, que yacía más allá de donde llegaba su mirada.

Había podido transformarse en un cuervo aquella noche en el bosque de Eyllwe. Ahora supuso que sólo necesitaba aprender a volar.

Buscó en su interior ese remolino de poder crudo. El calor afloró en él, sus huesos crujieron, el mundo se amplió.

Abrió el pico y un graznido ronco salió de su cuello.

Estiró las alas de hollín y Dorian empezó a practicar.

CAPÍTULO 53

Alguien le había prendido fuego a su muslo.

No era Aelin, porque Aelin no estaba. Estaba sellada dentro de un sarcófago de hierro al otro lado del mar.

Pero alguien la había quemado hasta el hueso. Tanto que el movimiento más ligero en el sitio donde yacía (¿una cama? ¿un catre?) le provocaba una agonía ardiente que le recorría el cuerpo.

Lysandra abrió un poco los ojos y un gemido suave se elevó por su garganta reseca.

—Con calma —le dijo una voz profunda.

Ella conocía esa voz. Conocía el olor… como un arroyo cristalino y pasto fresco. Aedion.

Movió los ojos, pesados y ardientes, hacia el sonido.

El cabello brillante del guerrero colgaba sin vida y estaba apelmazado de sangre. Y esos ojos color turquesa tenían manchas amoratadas debajo y se veían completamente desolados. Vacíos.

Estaban dentro de una tienda de campaña rústica. La única luz provenía de una linterna que se mecía bajo el viento helado que entraba por las aberturas. Ella estaba cubierta con muchas mantas pero él estaba sentado en un balde invertido, todavía vestido con su armadura y sin nada para abrigarse.

Lysandra separó la lengua de su paladar y prestó atención a los sonidos del mundo afuera de la tienda de campaña oscura.

Caos. Gritos. Los alaridos de algunos hombres.

—Entregamos Perranth —dijo Aedion con voz ronca—. Llevamos dos días huyendo. En otros tres días llegaremos a Orynth.

Ella frunció las cejas ligeramente. ¿Había estado inconsciente durante tanto tiempo?

—Tuvimos que llevarte en una carreta con los demás heridos. Apenas esta noche nos atrevimos a detenernos —la fuerte columna de su cuello se movió cuando tragó saliva—. Una tormenta entró al sur. Frenó a Morath… apenas un poco.

Ella intentó tragar pero tenía la garganta completamente seca. Lo último que recordaba era que se había enfrentado a aquellos ilken. Nunca había estado tan consciente de las limitaciones de un cuerpo mortal, de cómo incluso Aelin, que parecía tan alta cuando recorría el mundo con arrogancia, era diminuta junto a esas criaturas. Luego esas garras le habían abierto la pierna. Y ella había logrado dar un golpe perfecto y había derribado a una de ellas.

—Lograste unir a nuestro ejército —dijo él—. Perdimos la batalla pero la retirada no fue deshonrosa.

Lysandra logró sacar una mano de debajo de las mantas y se estiró para intentar alcanzar la jarra de agua junto a la cama. Aedion se movió de inmediato y le llenó una taza.

Pero cuando ella cerró la mano alrededor de la taza, notó su color, su forma.

Sus propias manos. Su propio brazo.

—Te… transformaste —dijo Aedion al notar su mirada sorprendida—. Mientras la sanadora te estaba suturando la pierna. Creo que el dolor… Te transformaste de nuevo en este cuerpo.

Con un rugido de náuseas, el horror se revolvió en su interior.

—¿Cuántos lo vieron?

Sus primeras palabras, cada una tan áspera y seca como papel de lija.

—No te preocupes por eso.

Ella le dio un trago al agua.

—¿Todos lo saben?

Él asintió con solemnidad.

—¿Qué les dijiste… sobre Aelin?

—Que ella estaba fuera en una misión vital con Rowan y los demás. Y que es algo tan secreto que no podemos arriesgarnos a hablar de eso.

—Los soldados…

—No te preocupes por eso —repitió él. Pero ella lo podía ver en su rostro. La tensión.

Se habían congregado alrededor de su reina solamente para enterarse de que había sido una ilusión. Que el poder de la Portadora de Fuego no estaba con ellos. Que no los protegería contra el ejército que venía pisándoles los talones.

—Lo siento —exhaló ella.

Aedion tomó la taza vacía de agua y luego le tomó la mano y la apretó suavemente.

—Yo lo siento, Lysandra. Todo —tragó saliva de nuevo—. Cuando vi a los ilken, cuando te vi luchando contra ellos…

Inútil. Perra mentirosa. Las palabras que le había escupido, la furia que había desatado contra ella, la sacaron más del estupor del dolor. Enfocaron más su mente.

—Tú hiciste esto —dijo él en voz más baja— por Terrasen. Por Aelin. Estabas dispuesta a morir por ellos, por los dioses.

—Sí, lo estaba.

Las palabras de ella salieron frías como el acero.

Aedion parpadeó cuando ella le quitó la mano. La pierna le dolía y le pulsaba pero logró sentarse. Para verlo a los ojos.

—Me han degradado y humillado de muchísimas maneras, por muchos años —dijo con voz temblorosa. No de temor, sino por la ola gigante que venía arrastrando todo en su interior, que le quemaba junto con la herida de su pierna—. Pero nunca me había sentido tan humillada como cuando me echaste a la nieve. Cuando me llamaste perra mentirosa frente a nuestros amigos y aliados. Nunca —dijo y sintió odio por las lágrimas de rabia que le picaban en los ojos—. Alguna vez me forzaron a arrastrarme ante hombres. Y, por los dioses, casi me arrastré por ti estos meses. ¿Pero casi tuve que morir para que tú te dieras cuenta de que te habías portado como un imbécil? ¿Casi tuve que morir para que me volvieras a ver como humana?

Él no ocultó el arrepentimiento en su mirada. Ella había pasado años leyendo las expresiones de los hombres y reconocía cada una de las emociones agonizantes de su rostro como genuinas. Pero eso no borraba lo que había dicho, y hecho.

Lysandra se llevó una mano al pecho, justo sobre su propio corazón hecho pedazos.

—Yo quería que fueras tú —dijo ella—. Después de Wesley, después de todo eso, yo quería que fueras tú. Lo que Aelin me pidió que hiciera no tenía nada que ver. Lo que ella me pidió que hiciera nunca se sintió como una carga porque yo quería que fueras tú al final de todas maneras —no se limpió las lágrimas que le rodaban por las mejillas—. Y tú me lanzaste a la nieve.

Aedion cayó de rodillas. Estiró la mano hacia la de ella.

—Nunca dejaré de arrepentirme de ello. Lysandra, nunca olvidaré ni un segundo de esto, nunca dejaré de odiarme por esto. Y estoy tan…

—No lo hagas —dijo ella y le arrebató la mano—. No te arrodilles. No te molestes —apuntó a la entrada de la tienda de campaña—. Ya no tengo nada que decirte. Ni tú a mí.

La agonía le recorrió el rostro a Aedion pero ella bloqueó los sentimientos que esto le generaba. Lo que le provocaba ver a Aedion ponerse de pie, con un suave gemido por algún dolor no especificado en su cuerpo poderoso. Por unos cuantos instantes, sólo la miró.

Luego dijo:

—Todas las promesas que te hice en esa playa en la Bahía de la Calavera fueron ciertas.

Y luego se fue.

Aedion había pasado buena parte de su vida odiándose a sí mismo por las diversas cosas que había hecho.

Pero ver las lágrimas en la cara de Lysandra por él… Nunca se había sentido más como un bastardo.

Apenas lograba escuchar a los soldados a su alrededor. Estaban tensos e inquietos en la nieve que volaba entre sus tiendas de campaña montadas a toda prisa. ¿Cuántos heridos más morirían esta noche?

Ya había usado su rango para que Lysandra recibiera la atención de las mejores sanadoras que les quedaban. Y eso no había sido suficiente porque las sanadoras no tenían magia. Y a pesar de las habilidades de Lysandra para sanar más rápido, de todas maneras habían tenido que suturarle la pierna. Y ahora le cambiaban los vendajes cada dos o tres horas. Por fortuna, la herida había cerrado, probablemente con la suficiente rapidez para evitar una infección.

Muchos de los heridos en sus filas no podían decir lo mismo. Las heridas putrefactas, la sangre podrida en sus venas… Cada mañana, más y más cuerpos se quedaban atrás en la nieve. El suelo estaba demasiado congelado y no había tiempo para quemarlos.

Comida para las bestias de Erawan, murmuraron los soldados cuando empezaron a avanzar. Era como ofrecerle una comida gratis al enemigo.

Aedion hizo que dejaran de hablar de eso, junto con cualquier queja sobre su huida y su derrota. Para cuando acamparon esa noche, un tercio de los soldados, incluyendo miembros del Flagelo, tenía varias tareas asignadas para mantenerlos ocupados. Para que estuvieran tan cansados después del

día de huir que no tuvieran energía para quejarse.

Aedion se dirigió a su propia tienda de campaña, justo afuera del anillo de tiendas de las sanadoras donde estaba Lysandra. También se había valido del privilegio de su rango para conseguirle una tienda de campaña privada.

Casi había llegado a su tienda pequeña (no tenía caso montar toda su tienda de guerra si iban a salir de nuevo huyendo en unas horas) cuando vio las figuras reunidas alrededor de la fogata afuera.

Empezó a caminar más lentamente y se acercó con cuidado.

Ren se puso de pie. Su rostro estaba serio debajo de la pesada capucha.

Pero el hombre al lado de Ren fue el que hizo que se afilara el temperamento de Aedion y se convirtiera en algo peligroso.

—Darrow —dijo—. Pensé que ya estarías en Orynth.

El lord envuelto en pieles no sonrió.

—Vine a traerles un mensaje en persona. Dado que mi mensajero de más confianza parece haber elegido otra alianza.

El viejo bastardo lo sabía, entonces. Sobre Lysandra fingiendo ser Aelin. Y el papel de Nox Owen en alejar a su ejército fuera de su alcance.

—Ya di lo que tengas que decir —le soltó Aedion.

Ren se puso tenso, pero no dijo nada.

Los labios delgados de Darrow se curvaron para formar una sonrisa cruel.

—Por tus actos de rebelión imprudente, por tu negativa a obedecer nuestras órdenes y llevar tus tropas donde se te ordenó, por tu completa derrota en la frontera y la pérdida de Perranth, te retiraremos tu rango.

Aedion apenas escuchó las palabras.

—Considérate ahora un soldado del Flagelo, si te aceptan. Y en lo que respecta a la impostora que has estado paseando por todas partes —una risa en dirección a las tiendas de campaña de las sanadoras.

Aedion gruñó.

Darrow entrecerró los ojos.

—Si ella es descubierta de nuevo fingiendo ser la princesa Aelin —Aedion casi le arrancó la garganta con esa palabra, princesa—, entonces no tendremos más remedio que firmar su orden de ejecución.

—Me gustaría verte intentarlo.

—Me gustaría verte impedírnoslo.

Aedion sonrió burlonamente.

—Oh, no será conmigo con quien tengas que lidiar. Buena suerte a cualquier hombre que se atreva a intentar hacerle daño a una metamorfa tan poderosa.

Darrow no hizo caso a la amenaza y levantó la mano.

—La espada de Orynth, si me haces el favor.

Ren se sobresaltó y dijo:

—Perdiste la cabeza, Darrow.

Aedion sólo se quedó mirando al antiguo lord que agregó:

—Esa espada le pertenece a un verdadero general de Terrasen, a su príncipe comandante. Y dado que tú ya no eres el portador de ese título, la espada deberá regresar a Orynth. Hasta el momento en que se pueda determinar un portador nuevo y adecuado.

Ren gruñó:

—Esa espada está en nuestras manos, Darrow, gracias a Aedion. Si él no la hubiera recuperado, seguiría oxidándose entre el tesoro de Adarlan.

—Siempre tendrá nuestra gratitud por ello. Aunque sea sólo por eso.

Un rugido apagado llenaba la cabeza de Aedion. La mano de Darrow seguía extendida.

Supuso que se merecía esto. Por su fracaso en estos campos de batalla, su fracaso para defender las tierras que le había prometido a Aelin salvar. Por lo que le había hecho a la metamorfa que había sido dueña de su corazón desde ese momento en que destrozó a aquellos soldados del Valg en las alcantarillas de Rifthold.

Aedion se desabrochó la antigua espada del cinturón. Ren emitió un sonido de protesta.

Pero él no le hizo caso al lord y le lanzó la espada de Orynth a Darrow.

La falta del peso de la espada en el sitio donde siempre colgaba lo desequilibró.

El anciano miró la espada en sus manos. Incluso se atrevió a recorrer el pomo de hueso con un dedo. El odioso bastardo no podía contener su admiración.

Aedion sólo dijo:

—La espada de Orynth sólo es un trozo de metal y hueso. Siempre lo ha sido. Lo que inspira la espada en su portador es lo que importa. El verdadero corazón de Terrasen.

—Qué poético de tu parte, Aedion —fue la respuesta de Darrow, que se dio media vuelta y se dirigió a donde fuera que lo estuviera esperando su escolta en las orillas del campamento—. Tu comandante, Kyllian, es ahora el general del Flagelo. Repórtate con él para que te dé tus órdenes.

La nieve que revoloteaba en el aire devoró al viejo lord después de unos cuantos pasos.

Ren gruñó:

—Por supuesto que tú sigues siendo el general.

—Los lords de Terrasen dieron sus órdenes y así será.

—¿Por qué no estás peleando esto? —preguntó Ren con los ojos encendidos—. Le entregaste la espada sin más…

—Me importa un carajo —dijo Aedion y no se molestó en tratar de ocultar el agotamiento, la decepción y la furia en su voz—. Que se lleve la espada, y el ejército. Me importa un carajo.

Ren no lo detuvo y Aedion se metió a su tienda de campaña y no volvió a salir hasta el amanecer.

Los lords de Terrasen le habían quitado su espada al general Ashryver.

La noticia se extendió rápidamente por todas las fogatas, como una onda a través de todas las filas.

El soldado era nuevo en el Flagelo y había sido aceptado en sus filas apenas en el verano. Era un honor, a pesar de la guerra inminente. Un honor, aunque la familia del soldado había llorado al verlo partir.

Pelear por el príncipe Aedion, pelear por Terrasen… valía la pena, valía la carga pesada de dejar atrás su hogar en la granja. Dejar atrás a la hija de ese granjero, a la chica de rostro dulce a quien nunca tuvo oportunidad siquiera de besar.

Lo había valido entonces. Pero ahora no.

Los amigos que había hecho durante los meses de entrenamiento y pelea estaban muertos.

Reunidos alrededor de la fogata demasiado pequeña, el soldado era el último que quedaba de los reclutas de rostro joven que habían estado tan dispuestos

a ponerse a prueba contra el Valg a principios del verano.

En medio del invierno, ahora se consideraba un tonto. Eso cuando siquiera se molestaba en hablar.

Las palabras se habían vuelto innecesarias, desconocidas. Tan desconocidas como este cuerpo medio congelado, que nunca se calentaba, aunque se dormía lo más cerca de la fogata que se atrevía. Eso si lograba conciliar el sueño con todos los gritos de los heridos y los moribundos. La conciencia de lo que los iba cazando hacia el norte.

No quedaba nadie para ayudarles. Para salvarlos. La reina que habían pensado luchaba con ellos había sido una mentira. Era el engaño de una metamorfa. No sabía dónde estaría luchando ahora Aelin Galathynius, qué era lo que ella consideraba más importante que ellos.

La noche helada avanzaba y amenazaba con devorar la pequeña fogata frente a él. El soldado se acercó más a la flama, temblando bajo su capa desgastada. Sentía el palpitar de cada dolor y raspón del día.

Pero no abandonaría a este ejército. No como algunos de los demás estaban murmurando. Ni siquiera porque el príncipe Aedion había perdido su título, ni siquiera porque su reina no estaba ahí, no abandonaría a este ejército.

Había hecho un juramento de proteger Terrasen. De proteger a su familia. Lo cumpliría.

Aunque ahora sabía que nunca más los volvería a ver.

La nieve seguía cayendo cuando reemprendieron la huida.

Cayó los siguientes dos días y los fue obligando a moverse más al norte, kilómetro tras kilómetro.

El decreto de Darrow tuvo poco impacto. Kyllian se negó directamente a tomar ninguna decisión sin la aprobación de Aedion. Se negó a ponerse la armadura que le correspondía según el rango. Se negó a ocupar la tienda de campaña.

Aedion sabía que se había ganado esa lealtad hacía mucho tiempo. Al igual que el Flagelo se había ganado la de él. Pero eso no impedía que lo odiara, un poco. No impedía que deseara que Kyllian se hiciera cargo por completo.

La pierna de Lysandra había sanado lo suficiente para que pudiera montar, pero casi no la veía. Ella se mantenía al lado de Ren. Los dos iban viajando cerca de las sanadoras, en caso de que sus suturas se rompieran. Cuando Aedion sí la volteaba a ver, ella se le quedaba mirando de tal manera que lo hacía querer vomitar.

Para el tercer día, sus exploradores regresaron corriendo con ellos. Les informaron que Morath había empezado a acelerar el paso y que los estaba

alcanzando, rápido.

Aedion sabía cómo serían las cosas. Veía cada uno de los pasos dificultosos y las caras hambrientas a su alrededor.

Orynth estaba a medio día de distancia. Si fuera terreno fácil, cabría la posibilidad de llegar tras sus muros. Pero entre ellos y la ciudad estaba el río Florine. Era demasiado ancho como para cruzar sin botes. El puente más cercano estaba demasiado al sur como para arriesgarse.

En esta época del año, era posible que todavía no estuviera congelado. Y, aunque lo estuviera, con el río tan ancho y profundo, la capa de hielo que con frecuencia lo cubría no era demasiado gruesa. Si lo cruzaba el ejército, se arriesgarían a que se colapsara el hielo.

Había otras maneras de llegar a Orynth. Ir directamente al norte hacia las Staghorn y luego cortar de regreso al sur hacia la ciudad que estaba a sus pies. Pero cada hora que se retrasaran le permitía ganar terreno a Morath.

Aedion iba montando junto a Kyllian cuando llegó Elgan galopando a su lado. El caballo exhalaba rizos de aire caliente hacia el día lleno de nieve.

—El río está quince kilómetros más adelante —dijo Elgan—. Tenemos que tomar nuestra decisión ahora.

Arriesgar el puente al sur o el tiempo que tardarían en recorrer la ruta larga al norte. Ren, que los vio hablar, avanzó con su caballo.

Kyllian aguardó la orden. Aedion arqueó la ceja.

—Tú eres el general.

—Eso es una estupidez —escupió Kyllian.

Aedion sólo volteó a ver a Elgan.

—¿Sabemos algo sobre el estado del hielo?

Elgan negó con la cabeza.

—No sabemos nada. Tampoco sobre el puente.

La nieve interminable y agitada los aguardaba adelante. Aedion no se atrevió a ver a sus espaldas, hacia las filas que se movían con lentitud, hacia los soldados encorvados.

Ren, tan silenciosamente como se había acercado, regresó al sitio donde avanzaba al lado de Lysandra.

Unas alas se escucharon en el viento y la nieve y luego un halcón volaba hacia el cielo. Una de las patas del ave se veía torpemente estirada.

—Sigan avanzando —fue lo único que les dijo Aedion a sus compañeros.

Lysandra regresó antes de una hora. Se dirigió a Ren y sólo a Ren. Y luego el joven lord galopó hacia Aedion, donde todavía estaban también Kyllian y Elgan.

El rostro de Ren se había puesto cenizo.

—No hay hielo en el Florine. Y los exploradores de Morath se adelantaron y destrozaron el puente del sur.

—Nos están obligando a avanzar al norte —murmuró Elgan.

Ren asintió.

—Nos alcanzarán para mañana en la mañana.

No tenían tiempo para considerar correr hacia la entrada norte de Orynth. Y con el Florine a pocos kilómetros de distancia, demasiado amplio y profundo para cruzarlo, demasiado frío para atreverse a nadar, y Morath acercándose por la retaguardia, estaban completamente atrapados.

CAPÍTULO 54

Chaol le dio una manzana a Farasha, la hermosa yegua negra que estaba inquieta después de ese vuelo que nunca había experimentado.

Por lo visto, hasta el caballo del mismo Hellas se asustaba, aunque Chaol supuso que cualquier persona sensata que se viera colgando a muchos metros de altura se sentiría nerviosa.

—Alguien podría hacer eso por ti —dijo Yrene recargada contra el muro del establo de la fortaleza. Lo estaba viendo trabajar y monitoreaba cada uno de los pasos que daba con su cojeo pronunciado—. Deberías descansar.

Chaol sacudió la cabeza.

—Ella no sabe qué demonios está pasando. Me gustaría intentar tranquilizarla antes de que se vaya a dormir.

Antes de la batalla al día siguiente… antes de que pudieran tener una oportunidad de salvar Anielle.

Él seguía procesando todo lo que había ocurrido en estos meses que no había estado. Las batallas y las pérdidas. A dónde había ido Dorian con Manon y las Trece. Chaol sólo podía rezar para que su amigo tuviera éxito y que no decidiera sacrificarse para forjar el Candado.

Necesitaba desenmarañar todo lo que había averiguado, así que dejó a Aelin y los demás cerca del Gran Salón para que buscaran algo de comer y de inmediato se llevó a Farasha ahí con él. Principalmente, por la seguridad de los demás alrededor del caballo muniqi, ya que Farasha había intentado darle un mordisco al soldado más cercano en cuanto le quitaron la capucha. Ni siquiera esa capucha le había ocultado qué exactamente estaba sucediendo en la jaula gigante donde la habían atado.

Pero Farasha no le mordió la mano y se comió la manzana, así que Chaol esperaba que lo perdonara por ese vuelo turbulento. En parte, se preguntaba si la yegua sabía que le dolía la espalda, que necesitaba su bastón, pero que elegía estar ahí con ella.

Le pasó la mano por la crin de ébano y luego le acarició su fuerte cuello.

—¿Estás lista para aplastar algunos soldados del Valg mañana, amiga?

Farasha bufó y movió un ojo oscuro hacia él, como diciendo, ¿Tú lo estás?

Chaol sonrió e Yrene rio con suavidad.

—Debo regresar al salón —dijo su esposa—. Ver si alguien necesita ayuda.

Pero no se alejó.

Sus miradas se encontraron por encima del lomo poderoso de Farasha.

Él le dio la vuelta al caballo, todavía con precaución por los mordiscos.

—Lo sé —dijo él en voz baja.

Yrene ladeó la cabeza.

—¿Qué sabes?

Chaol entrelazó sus dedos. Y luego le puso las manos sobre su abdomen todavía plano.

—Oh —fue lo único que pudo decir Yrene y se quedó con la boca abierta—. Yo… ¿cómo?

Chaol sintió que su corazón se desbocaba.

—Entonces es verdad.

Los ojos dorados de Yrene estudiaron los de él.

—¿Quieres que lo sea?

Chaol le acarició la mejilla con la mano.

—Más de lo que me había percatado.

La sonrisa de Yrene fue amplia y hermosa, tanto como para fracturarle el corazón.

—Es verdad —exhaló ella.

—¿Cuánto tiempo?

—Casi dos meses.

Él le miró el estómago, el sitio que pronto se hincharía con el bebé que crecía en su interior. Su bebé.

—No me lo dijiste, supongo, porque no querías que me preocupara.

Yrene se mordió el labio.

—Algo así.

Él resopló con una risa.

—¿Y cuando estuvieras caminando como pato, con el vientre a punto de estallar?

Yrene le dio un golpe en el brazo.

—No voy a caminar como pato.

Chaol rio y la atrajo hacia sus brazos.

—Caminarás como el pato más hermoso, es lo que quise decir —la risa de Yrene vibró contra su cuerpo y Chaol le besó la cabeza, la sien—. Vamos a tener un bebé —le murmuró al cabello.

Ella lo abrazó también.

—Sí —susurró ella—. Pero, ¿cómo lo supiste?

—Mi padre —gruñó Chaol— aparentemente tiene mejores habilidades de observación que yo.

Sintió cómo ella se encogió un poco.

—¿No estás molesto porque no te lo dije?

—No. Hubiera preferido enterarme por primera vez de tus labios, pero entiendo por qué no querías decir nada todavía. Por estúpido que sea —dijo y mordió suavemente su oreja. Yrene le dio un codazo en las costillas y él rio de nuevo. Rio a pesar de que cada uno de los días que habían peleado en esta batalla, cada oponente al que se enfrentaba, sentía terror de cometer un error fatal. No había podido olvidar que, si él caía, se llevaría a ambos con él.

Ella lo abrazó con más fuerza y recargó su cabeza contra su pecho.

—Serás un padre brillante —dijo con suavidad—. El más brillante que ha existido.

—Son palabras halagadoras, viniendo de la mujer que me quería lanzar de la ventana más alta de la Torre hace unos meses.

—Una sanadora nunca sería tan poco profesional.

Chaol sonrió y apreció su olor antes de retroceder un poco y besarla en los labios.

—Estoy más feliz de lo que puedo expresar, Yrene, de compartir esto contigo. Lo que necesites, estoy a tus órdenes.

Las comisuras de los labios de ella se movieron un poco hacia arriba.

—Palabras peligrosas.

Pero Chaol le acarició la argolla de matrimonio con el pulgar.

—Tendré que ganar rápido esta guerra, entonces, para que nuestra casa esté terminada para el verano.

Ella puso los ojos en blanco.

—Una razón noble para derrotar a Erawan.

Chaol le dio otro beso.

—A pesar de lo mucho que me gustaría demostrarte cuánto estoy a tus órdenes —le dijo contra su boca—, tengo otra cosa pendiente antes de irme a la cama.

Yrene arqueó las cejas.

Él hizo una mueca.

—Tengo que presentarle a Aelin a mi padre. Antes de que se encuentren.

El hombre no había estado en el salón cuando llegó la comitiva, y después Chaol estuvo demasiado preocupado por el bienestar de Farasha para molestarse en buscarlo.

Yrene se estremeció pero la diversión relució en su mirada.

—¿Está mal si quiero ir contigo? ¿Y llevar botanas para disfrutar el espectáculo?

Chaol la abrazó y acarició a Farasha como despedida antes de irse. A pesar del bastón, cojeaba con cada paso, y el dolor de su espalda le recorría las piernas, pero todo era secundario. Todo, inclusive la maldita guerra, era secundario a la mujer a su lado.

Al futuro que construirían juntos.

Todo lo bien que había ido la conversación de Yrene con Chaol, así de mal salieron las cosas entre Aelin Galathynius y su padre.

Yrene no llevó botanas, pero solamente porque para cuando llegaron al Gran Salón, ya se habían encontrado con su padre. Que iba a toda velocidad hacia la habitación donde se habían ido a descansar Aelin y sus compañeros.

—Padre —dijo Chaol y empezó a avanzar a su lado.

Yrene no dijo nada pero siguió con atención todos los movimientos de Chaol. El dolor de su espalda debía ser grande si estaba cojeando tanto a pesar de que su magia ya estaba nuevamente llena. No tenía idea de dónde había dejado su silla, si había terminado aplastada bajo los escombros. Rezó por que no fuera así.

Su padre le habló con tono hosco:

—¿No me despertaste cuando la reina de Terrasen llegó a mi castillo?

—No era una prioridad.

Chaol se detuvo frente a la puerta que abría hacia la pequeña habitación que había sido liberada para la reina y tocó.

La única confirmación a su llamado fue un gruñido y el esposo de Yrene empujó la puerta con el hombro lo suficiente para asomar la cabeza.

—Mi padre —le dijo Chaol a quien fuera que estuviera dentro, presumiblemente la reina— quiere verte.

Silencio, luego el sonido de ropa en movimiento y pasos.

Yrene se mantuvo atrás cuando Aelin Galathynius apareció. Tenía la cara y las manos limpias, pero la ropa todavía sucia. A su lado estaba ese enorme guerrero hada de cabello plateado, Rowan Whitethorn. De quien la realeza hablaba con tanto temor y respeto hacía unos meses. En la habitación, lady Elide estaba sentada frente a la pared del fondo, con una bandeja de comida a su lado, y el lobo blanco gigante estaba echado en el piso, monitoreándolo todo con los ojos entrecerrados.

Una sorpresa ver la transformación, darse cuenta de que estas hadas podrían ser poderosas y antiguas, pero todavía tenían un pie en el bosque. La reina, al parecer, prefería la forma de hada. Sus orejas delicadamente puntiagudas quedaban semiocultas bajo su cabello suelto. Detrás de ella, no había señal del melancólico guerrero de cabello dorado, Gavriel, ni del aterrador Lorcan. Gracias a Silba por eso, al menos.

Aelin dejó la puerta abierta, aunque los dos miembros de su corte permanecieron sentados. Casi aburridos.

—Vaya —fue lo único que dijo la reina al salir al pasillo.

El padre de Chaol miró al príncipe guerrero a su lado. Luego volteó hacia Chaol y dijo:

—Supongo que se conocieron en Wendlyn. Después de que la mandaste allá.

Yrene se sorprendió ante el tono provocador del hombre. Bastardo. Bastardo

horrible.

Aelin chasqueó la lengua.

—Sí, sí, ya vamos a sacarlo todo. Aunque no creo que tu hijo en realidad se arrepienta, ¿o sí?

Aelin miró a Yrene y ella intentó no encogerse un poco al sentir esa mirada de turquesa y oro. Diferente al fuego que había visto aquella noche en Innish, pero todavía repleto de esa conciencia afilada. Diferentes… ambas eran diferentes a las niñas que habían sido entonces. Una sonrisa curvó la boca de la reina.

—Creo que le ha ido bastante bien —frunció el ceño a su consorte—. Yrene, al menos, no parece ser del tipo que acapara todas las mantas o que ronca en tu oído toda la noche.

Yrene tosió y el príncipe Rowan simplemente le sonrió a la reina.

—No me importan tus ronquidos —dijo con suavidad.

La boca de Aelin se movió como si fuera a reírse cuando volteó a ver al padre de Chaol. La risa de Yrene se apagó al ver la falta de luz en el rostro del hombre. Chaol se puso tenso como la cuerda de un arco cuando la reina le dijo a su padre:

—No desperdicies tu aliento intentando provocarme. Estoy cansada, tengo hambre y no terminaría bien para ti.

—Ésta es mi fortaleza.

Aelin fingió sorpresa y miró con la boca abierta el techo, los muros, los pisos.

—¿En serio?

Yrene tuvo que bajar la cabeza para ocultar su sonrisa. Chaol también.

Pero Aelin le dijo al lord de Anielle:

—Confío en que no vas a interferir con nosotros.

Un límite. Yrene contuvo el aliento.

El padre de Chaol dijo simplemente:

—Por lo que sé, tú no eres la reina de Adarlan.

—No, pero tu hijo es la Mano del Rey, lo cual significa que tiene mayor rango que tú —Aelin le sonrió con una dulzura terrible a Chaol—. ¿No le habías dicho eso?

Yrene y Aelin ya no eran las niñas que habían sido en Innish, era verdad, pero ese fuego salvaje seguía vivo en el espíritu de la reina. Un fuego salvaje con un toque de locura.

Chaol se encogió de hombros.

—Pensaba decírselo si salía en la conversación.

Su padre se veía furioso.

Sin embargo, el príncipe Rowan le dijo al hombre:

—Defendiste y preparaste a tu gente de manera admirable. No tenemos planes de robarte eso.

—Yo no necesito la aprobación de brutos hadas —dijo el lord en tono de mofa.

Aelin tomó a Rowan del hombro.

—Bruto. Me gusta. Es mejor que «zopilote», ¿no?

Yrene no tenía idea de qué hablaba la reina, pero intentó contener su risa de todas maneras.

Aelin hizo una reverencia burlona al lord de Anielle.

—Con este agradable intercambio, me despido para ir a terminar nuestra cena. Disfruten su noche y nos vemos en las almenas mañana. Y por favor púdrete en el infierno.

Luego Aelin se volteó. Tenía la mano en la espalda de su esposo para guiarlo de regreso al interior. Pero no sin antes sonreírles por encima del hombro a Yrene y Chaol y dijo, con los ojos brillantes, con dicha y calidez esta vez:

—Felicidades.

Yrene no tenía idea de cómo lo sabía. Pero las hadas tenían un sentido del olfato sobrenatural.

Yrene sonrió e inclinó la cabeza, justo antes de que Aelin le azotara la puerta en la cara al lord de Anielle.

Chaol volteó a ver a su padre. Cualquier rastro de diversión estaba expertamente oculto.

—Bueno, ya la viste.

El padre de Chaol temblaba con lo que Yrene supuso era una combinación de rabia y humillación y se alejó caminando rápidamente. Era una de las mejores cosas que había visto Yrene jamás.

A juzgar por la sonrisa de Chaol, sabía que su esposo sentía lo mismo.

—Qué hombre tan horrible —dijo Elide tras terminarse su pierna de pollo y le dio la otra a Fenrys, que otra vez estaba en su forma de hada. Él se la comió con un gruñido de aprecio—. Pobre lord Chaol.

Aelin estiró sus piernas adoloridas al frente y se recargó contra la pared. Se terminó su propia ración de pollo y luego comió un trozo de pan negro.

—Pobre Chaol, pobre de su madre, pobre de su hermano. Pobres de todos los que hayan tenido que lidiar con él.

En la única ventana angosta de la habitación, vigilando al ejército oscuro a decenas de metros debajo de ellos, Rowan resopló.

—Estuviste excepcional esta noche.

Aelin le hizo un saludo militar con su trozo de pan.

—Cualquiera que interrumpa mi cena se arriesga a pagar el precio.

Rowan puso los ojos en blanco pero sonrió. Justo como Aelin lo había visto sonreír cuando ambos detectaron lo que tenía Yrene. El bebé dentro de ella.

Se sentía contenta por Yrene, por ambos. Chaol se merecía esa dicha, tal vez más que nadie. Tanto como su propia pareja.

Aelin no permitió que esas ideas fueran más lejos. Se terminó su pan y se acercó a la ventana para recargarse en Rowan. Él la abrazó por los hombros, despreocupado.

Ninguno mencionó a Maeve.

Elide y Fenrys continuaron comiendo en silencio y les dieron la privacidad que podían en esa habitación pequeña y sin muebles que estaban compartiendo y donde pernoctarían en sus sacos de dormir. El lord de Anielle, al parecer, no compartía su aprecio por el lujo. O las comodidades básicas para sus huéspedes. Como baños calientes. O camas.

—Los hombres están aterrados —dijo Rowan asomado hacia los niveles inferiores de la fortaleza—. Se puede oler.

—Llevan días defendiendo la fortaleza. Saben lo que les aguarda al amanecer.

—Su miedo —dijo Rowan con la mandíbula apretada— es prueba de que no confían en nuestros aliados. Es una prueba de que no confían en que el ejército del khagan en verdad los pueda salvar. Eso hará que peleen mal. Podría crear una debilidad donde no debería haber una.

—Tal vez debiste decírselo a Chaol —dijo Aelin—. Él podría haberles dicho unas palabras para motivarlos.

—Creo que Chaol les ha dicho muchas. Este tipo de miedo pudre el alma.

—¿Qué se puede hacer, entonces?

Rowan sacudió la cabeza.

—No lo sé.

Pero ella percibía que sí lo sabía. Percibía que él quería decir algo más y que algo se lo impedía, tal vez los compañeros presentes o alguna otra cosa.

Así que Aelin no lo presionó y estudió las almenas donde patrullaban los soldados. Luego el ejército extenso y oscuro más allá. Los gritos y aullidos rasgaban la noche, los sonidos no eran de esta tierra y le provocaban un escalofrío en la espalda.

—¿Es más fácil pelear una batalla en tierra o en el mar? —le preguntó Aelin a su esposo, su pareja, y vio su rostro tatuado.

Ella sólo había peleado con los barcos en la Bahía de la Calavera e incluso eso había sido relativamente rápido. Y contra los ilken que los atacaron en los Pantanos Rocosos, había sido más un exterminio que otra cosa. No era lo que los aguardaba al día siguiente. No era igual a lo que habían hecho sus amigos en el Mar Angosto mientras ella y Manon estuvieron en el espejo, y luego con Maeve en la playa.

Rowan lo pensó.

—Son igual de difíciles pero de maneras distintas.

—Yo prefiero pelear en tierra —gruñó Fenrys.

—¿Porque a nadie le gusta el olor a perro mojado? —preguntó Aelin por encima de su hombro.

Fenrys rio.

—Exactamente por eso.

Al menos ya estaba sonriendo otra vez.

La boca de Rowan esbozó un intento de sonrisa pero sus ojos seguían serios mientras evaluaba el ejército del enemigo.

—La batalla de mañana será igual de brutal —dijo—. Pero el plan es sólido.

Estarían en las almenas con Chaol, preparándose para cualquier maniobra desesperada que Morath pudiera intentar cuando se encontraran atrapados y estuvieran siendo aplastados por el ejército del khagan. Elide estaría con Yrene y las demás sanadoras en el Gran Salón, ayudando a los heridos.

Aelin solamente podía adivinar dónde estarían Lorcan y Gavriel. Ambos se habían alejado en cuanto llegaron. El segundo se había ido a montar guardia en algún lado y el primero probablemente estaría por ahí meditando en su amargura. Pero casi sin duda, pelearían a su lado.

Como si lo hubiera invocado con sus pensamientos, Gavriel entró a la habitación.

—El ejército parece estar tranquilo —dijo a modo de saludo y luego se dejó caer en el piso junto a Fenrys y tomó el platón de pollo—. Pero los hombres tienen mucho miedo. Están desgastados tras días de defender estos muros.

Rowan asintió, sin molestarse en decirle al León que acababan de discutir lo mismo. Dejó que Gavriel comiera con voracidad.

—Tendremos que asegurarnos de que no se acobarden mañana, entonces.

En efecto.

—Me preguntaba —dijo Elide a nadie en particular después de un momento—. Dado que Maeve es una impostora, ¿quién gobernará Doranelle si ella es exiliada con todos los demás Valg?

—O si acaba convertida en cenizas —murmuró Fenrys.

Aelin podría haber sonreído, pero la pregunta de Elide la hizo pensar.

Gavriel dejó lentamente el pollo en el platón.

Rowan dejó caer el brazo con el que abrazaba a Aelin. Sus ojos color verde pino estaban muy abiertos.

—Tú.

Aelin parpadeó.

—Hay otros que pertenecen al linaje de Mab. Galan o Aedion…

—El trono se hereda a través de la línea materna, sólo a una mujer. O así debía ser —dijo Rowan—. Tú eres la única mujer con derecho directo y puro al linaje de Mab.

—Y tu casa, Rowan —dijo Gavriel—. Alguien de tu casa debería tener derecho a la mitad del trono perteneciente a Mora.

—Sellene. Iría a ella.

A pesar de ser un príncipe, el propio linaje de Rowan que lo conectaba a la sangre de Mora se había adelgazado tanto como para ser sólo de nombre. Aelin estaba más cercanamente relacionada con Elide, probablemente con Chaol también, que con Rowan, a pesar de los ancestros compartidos.

—Bueno, pues Sellene se lo puede quedar —dijo Aelin y se limpió las manos del polvo que no tenía—. Doranelle es de ella.

No volvería a pisar esa ciudad, estuviera o no Maeve. No estaba segura de si eso la convertía en cobarde. No se atrevió a buscar el zumbido calmante de su magia.

—La Gente Pequeña en verdad lo sabía —dijo Fenrys y se frotó la mandíbula —. Lo que eras.

Siempre la habían reconocido, la Gente Pequeña. Le habían salvado la vida hacía diez años y habían salvado sus vidas estas últimas semanas. La habían reconocido y le dejaban regalos. Tributo, ella pensaba, a la heredera de Brannon. No a…

Gavriel murmuró:

—La reina hada del oeste.

Silencio.

Aelin dijo:

—¿Eso es un título verdadero?

—Lo es ahora —murmuró Fenrys. Aelin lo miró.

—Si Sellene es la reina hada del este —dijo Rowan.

Nadie habló durante un largo minuto.

Aelin suspiró hacia el techo.

—¿Qué más da otro título elegante, supongo?

Los demás no respondieron y ella intentó no sentir demasiado el peso de ese título. Todo lo que implicaba. Que ella no sólo debía hacerse cargo de la Gente Pequeña en este continente, sino junto con el grupo de Rowan, crear un nuevo hogar para cualquier hada que quisiera unirse a ellos. Para cualquier hada que hubiera sobrevivido a la matanza de diez años atrás en Terrasen y que quisiera regresar.

Un sueño inalcanzable. Uno que ella probablemente no llegaría a ver. A crear.

—La reina hada del oeste —dijo Aelin para sentir el sabor de las palabras en su lengua.

Se preguntó cuánto tiempo podría llamarse a ella misma por ese nombre.

Por el silencio que pesaba sobre todos, sabía que sus compañeros estaban

pensando lo mismo. Y por el dolor en la mirada de Rowan, la rabia y la determinación, supo que él ya estaba calculando cómo librarla del altar de los sacrificios.

Pero eso vendría después. Después de mañana. Si sobrevivían.

Había una puerta y una eternidad detrás del umbral de su arco negro.

Pero no era para ella. No, para ella no habría un Más Allá.

Los dioses habían construido otro ataúd, esta vez elaborado de esa roca oscura y brillante.

Roca que su fuego nunca podría fundir. Nunca podría perforar. La única manera de escapar era convertirse en la roca, disolverse en ella como espuma de mar en la playa.

Cada una de sus respiraciones era más débil que la anterior. No habían hecho agujeros en este ataúd.

Más allá de sus paredes, sabía que había un segundo ataúd junto al de ella. Lo sabía porque alcanzaba a oír los gritos ahogados.

Dos princesas, una de oro y una de plata. Una joven y otra antigua. Ambas eran el precio a pagar para sellar esa puerta a la eternidad.

El aire se terminaría pronto. Ya había gastado mucho en su desesperado arañar de la roca. Le punzaban las puntas de los dedos donde se había roto uñas y piel.

Esos gritos femeninos se hicieron más tenues.

Debía aceptarlo, asumirlo. Sólo cuando lo hiciera la tapa se abriría.

El aire se sentía tan caliente, era tan preciado. No podía salir, no podía salir…

Aelin se obligó a despertar. La habitación seguía oscura y la respiración profunda de sus compañeros seguía constante.

Aire fresco en el exterior. Las estrellas apenas eran visibles a través de la ventana angosta.

No estaba en un ataúd de piedra del Wyrd. No había ninguna puerta lista para devorarla entera.

Pero ella sabía que de alguna manera la estaban observando. Esos malditos dioses. Incluso ahora, estaban observando. Esperando.

Un sacrificio. Eso era lo único que ella representaba para ellos.

La náusea le revolvió el estómago pero Aelin no le hizo caso, no hizo caso

tampoco al temblor que le recorría el cuerpo. Al calor debajo de su piel.

Aelin se volteó de lado y se acercó a la calidez sólida de Rowan. Los gritos ahogados de Elena seguían resonando en sus oídos.

No, no volvería a estar indefensa.

CAPÍTULO 55

Asumir una forma femenina no era del todo como Dorian lo esperaba.

La manera en que caminaba, la manera en que movía las caderas y las piernas... era extraña. Era tan desconcertantemente extraño. Si alguna de las Crochans se había percatado de la joven bruja que estaba entre ellas caminando en círculos, agachándose y estirando las piernas, no habían detenido su trabajo de levantar el campamento para partir.

Luego estaba el tema de sus senos, que nunca había imaginado que fueran tan... estorbosos. No era desagradable, pero la sorpresa de que sus brazos chocaran con ellos, la necesidad de ajustar su postura para adaptarse a su ligero peso, seguía fresca todavía después de algunas horas.

Hizo que su transformación fuera lo más sencilla posible: había elegido a una joven Crochan la noche anterior, una de las novatas que quizás no sería requerida a todas horas ni tampoco sería demasiado notoria y la estudió hasta que ella probablemente lo consideró un pervertido.

Esa mañana, la imagen de su cara y su forma todavía estaba fresca en su mente y él se dirigió al borde del campamento y simplemente se obligó a asumirla.

Bueno, tal vez no simplemente. La transformación aún no era del todo una sensación disfrutable con el ajuste de huesos, el cosquilleo en su cuero cabelludo con el cabello castaño largo que crecía en ondas brillantes, la sensación en la nariz que estaba adoptando una curvatura delicada.

Durante varios minutos no hizo nada más que quedarse viendo a sí mismo. Las manos delicadas, las muñecas más pequeñas. Era sorprendente, cuánta fuerza contenían esos huesos diminutos. Unos cuantos golpes sutiles entre las piernas le dijeron lo suficiente sobre los cambios en la zona.

Y así había estado ahí durante las últimas dos horas, aprendiendo cómo se movía y operaba el cuerpo femenino. Era completamente distinto a aprender cómo volaba un cuervo, cómo domaba el viento.

Pensaba saberlo todo sobre el cuerpo femenino. Cómo hacer ronronear de placer a una mujer. Estaba tentado casi a buscar una tienda de campaña para averiguar de primera mano cómo se sentían ciertas cosas.

Pero así no aprovecharía bien su tiempo. No en estos momentos en que el campamento se preparaba para viajar.

Las Trece estaban ansiosas. No habían decidido todavía a dónde ir. Y las Crochans no las habían invitado a acompañarlas a ninguno de sus hogares. Ni siquiera Glennis.

Ninguna de ellas, sin embargo, lo volteó a ver cuando pasaron a su lado. Ninguna lo reconoció.

Dorian acababa de completar otro circuito caminando en su pequeña área de entrenamiento cuando Manon pasó a su lado, el cabello de plata volando detrás de ella. Él hizo una pausa, igual que lo haría una centinela Crochan cautelosa, y la vio pasar entre la nieve y el lodo como si fuera una espada a través del mundo.

Manon casi había llegado al otro lado de su área de entrenamiento cuando se quedó inmóvil y rígida.

Lentamente, se dio la vuelta con las fosas nasales muy abiertas.

Esos ojos dorados lo recorrieron, rápidos y cortantes.

Sus cejas se juntaron un poco. Dorian sólo le esbozó una sonrisa perezosa.

Luego ella avanzó hacia él.

—Me sorprende que no te estés manoseando.

—¿Quién dice que no lo hice ya?

Otra mirada evaluadora.

—Pensaría que habrías adoptado una forma más bonita.

Él se miró con el ceño fruncido.

—Yo creo que es bastante bonita.

Manon apretó la boca.

—Supongo que esto significa que estás a punto de ir a Morath.

—¿Dije algo así? —no se molestó en sonar agradable.

Manon dio un paso hacia él con los dientes brillando bajo el sol. En este cuerpo, él era más bajo que ella. Odió la emoción que le recorrió la sangre cuando ella se agachó para gruñirle.

—Tenemos suficientes cosas con las cuales lidiar hoy, principito.

—¿Acaso estoy en tu camino?

Ella abrió la boca y luego la volvió a cerrar.

Dorian rio un poco e intentó darse la vuelta para alejarse. Una mano con puntas de hierro lo tomó del brazo.

Era raro que esa mano se sintiera grande en su cuerpo. Grande y no la forma delgada y mortífera a la que se había acostumbrado.

Los ojos dorados de Manon brillaban.

—Si quieres que sea una mujer de corazón blando que llore a la hora de tomar decisiones difíciles y al final no me atreva a tomarlas, entonces estás en la cama equivocada.

—No estoy en la cama de nadie por el momento.

No había ido a su tienda de campaña estas noches. No desde esa conversación en Eyllwe.

Ella no se inmutó ante su respuesta.

—Tu opinión no me importa.

—¿Entonces por qué estás aquí parada?

De nuevo, ella abrió la boca y la volvió a cerrar. Luego gruñó:

—Cambia de forma.

Dorian volvió a sonreír.

—¿No tienes nada mejor que hacer en este momento, majestad?

Sinceramente, él pensó que ella liberaría esos dientes de hierro y le arrancaría la garganta. Casi quería ver que lo intentara. Incluso le acarició la mandíbula con sus manos fantasmas.

—¿Crees que no sé por qué no quieres ir conmigo a Morath?

Podría haber jurado que ella se estremeció. Podría haber jurado que ella arqueó el cuello, apenas un poco, para acercarse a ese roce fantasma.

Dorian le recorrió el cuello con esos dedos invisibles y luego recorrió sus clavículas.

—Pídeme que me quede —dijo y sus palabras no tenían nada de calidez, nada de amabilidad—. Pídeme que me quede contigo, si eso es lo que quieres.

Sus dedos invisibles se convirtieron en garras y le recorrieron la piel. Manon

tragó saliva.

—Pero no dirás eso, ¿verdad, Manon?

Ella empezó a respirar con dificultad. Él siguió acariciándole el cuello, la mandíbula, la garganta, acariciando la piel que había probado incontables veces.

—¿Sabes por qué? —le preguntó a la bruja.

Como no respondió, Dorian permitió que una de esas garras fantasma se enterrara un poco, apenas ligeramente.

Ella tragó saliva y no era por miedo.

Dorian se acercó más e inclinó la cabeza hacia atrás para mirarla a los ojos mientras ronroneaba:

—Porque aunque seas mayor, aunque seas mortífera de miles de maneras diferentes, en el fondo tienes miedo. No sabes cómo pedirme que me quede porque temes aceptarte a ti misma que eso quieres. Tienes miedo. De ti misma más que de cualquier otra persona en el mundo. Tienes miedo.

Durante unos instantes, ella se le quedó viendo.

Luego gruñó:

—No tienes idea de lo que estás diciendo.

Y se alejó caminando rápidamente.

Una risa grave brotó de la garganta de Dorian y alcanzó a la bruja. Ella enderezó la espalda.

Pero Manon no se dio la vuelta.

Miedo. De aceptar que sentía algún tipo de apego.

Era ridículo

Y tal vez era cierto.

Pero no era su problema. No en este momento.

Manon caminó por el campamento que se alistaba para partir. Las tiendas de campaña estaban siendo desmontadas y dobladas, los hogares empacados. Las Trece estaban con sus guivernos, sus provisiones ya guardadas en sus alforjas.

Algunas de las Crochans le fruncieron el ceño. No con enojo, sino con algo similar a la decepción. Descontento. Como si pensaran que separarse era

mala idea.

Manon no expresó que estaba de acuerdo. Aunque las Trece las siguieran, las Crochans encontrarían la manera de perderlas. De usar sus poderes para detener a los guivernos el tiempo necesario para desaparecer.

Y ella no se rebajaría, no rebajaría a las Trece, a convertirse en perros persiguiendo a sus amos. Tal vez estaban desesperadas por encontrar ayuda, tal vez se la habían prometido a sus aliados, pero no se rebajaría más.

Manon se detuvo en el campamento de Glennis, el único hogar que seguía encendido. Un fuego que siempre se mantendría ardiendo.

Un recordatorio de la promesa que había hecho para honrar a la reina de Terrasen. Una flama única y solitaria haciendo frente al frío.

Manon se frotó la cara y se sentó en una de las rocas alrededor del hogar.

Una mano se apoyó en su hombro, cálida y ligera. No se molestó en apartarla de un manotazo.

Glennis dijo:

—Partiremos en unos minutos. Pensé en venir a despedirme.

Manon levantó la vista hacia la bruja antigua.

—Buen vuelo.

En realidad era lo único que quedaba por decir. El fracaso de Manon no se debía a Glennis, no se debía a nadie más que a ella misma, supuso.

Tienes miedo.

Era cierto. Había intentado, pero no había intentado de verdad ganarse a las Crochans. No les había permitido percibir ninguna parte que fuera importante para ella. No les había permitido ver lo que eso le había hecho a ella, saber que tenía una hermana y que la había matado. No sabía cómo y nunca se había molestado en aprender.

Tienes miedo.

Sí, sí tenía miedo. De todo.

Glennis retiró la mano del hombro de Manon.

—Que tu camino te conduzca a salvo a través de la guerra y finalmente de regreso a casa.

No sentía ganas de decirle a la anciana que no había hogar para ella, ni para las Trece.

Glennis volteó hacia el cielo y suspiró una vez.

Luego sus cejas se juntaron. Sus fosas nasales se ensancharon.

Manon saltó a sus pies.

—Corran —exhaló Glennis—. Corran ahora.

Manon desenfundó a Hiende Viento y no corrió.

—Qué pasa.

—Están aquí.

Cómo las había olfateado Glennis en el viento no le importó a Manon.

Porque en ese momento vio tres guivernos salir de las nubes y dirigirse a su campamento.

Conocía a esos guivernos, casi tan bien como conocía a las tres jinetes que hicieron que las Crochans se movieran a toda velocidad.

Las matronas de los clanes de brujas Dientes de Hierro las habían encontrado. Y habían venido a terminar lo que Manon había empezado aquel día en Morath.

CAPÍTULO 56

Las tres Brujas Mayores habían venido solas.

Eso no evitó que las Crochans se congregaran rápidamente en el aire sobre sus escobas. Algunas de ellas se estremecieron al reconocerlas.

Manon apretó a Hiende Viento con un ligero temblor en su mano cuando las tres brujas aterrizaron en el borde de la fogata de Glennis. Sus guivernos aplastaron las tiendas de campaña debajo de sus cuerpos.

Asterin y Sorrel llegaron al instante a su lado. El murmullo de su Segunda se perdió bajo el sonido de las tiendas de campaña que se rompían.

—Las Sombras ya están volando y nos avisaron que no hay señal de otra unidad.

—¿Ninguno de sus aquelarres?

—No. Y no hay señal de Iskra ni de Petrah.

Manon tragó saliva. Las matronas sí habían venido solas. Habían volado de donde fuera que estuvieran reunidas y de alguna manera las habían encontrado.

O las habían rastreado.

Manon no pensó demasiado en eso. Que tal vez había guiado a las tres matronas directamente a este campamento. Los gruñidos suaves de las Crochans a su alrededor estaban dirigidos a Manon y eso le decía lo suficiente sobre lo que ellas opinaban.

Los guivernos se aquietaron y enroscaron sus colas largas alrededor de sus cuerpos, con esas espinas llenas de veneno listas para provocar la muerte.

Unos pasos apresurados se escucharon sobre la nieve helada y se detuvieron al lado de Manon justo cuando ella percibió que el olor de él la envolvía.

—¿Ellas son…?

—Sí —respondió ella en voz baja. El corazón le latía a toda velocidad cuando

vio a las matronas desmontar y no levantar las manos para solicitar audiencia. No, simplemente se acercaron al hogar donde ardía todavía la preciada flama.

—No se involucren —les advirtió Manon a él y a las demás y se acercó hacia ellas.

No era la batalla del rey, sin importar el poder que residiera en sus venas.

Glennis ya estaba armada con una espada antigua entre sus manos arrugadas. La mujer era tan anciana como la matrona Piernas Amarillas pero se paraba orgullosa y erguida para enfrentar a las tres Brujas Mayores.

Cresseida Sangre Azul fue la primera en hablar. Sus ojos estaban tan fríos como la corona con espinas de hierro que se hundía en su frente pecosa.

—Ha pasado una eternidad, Glennis.

Pero la mirada de Glennis, se dio cuenta Manon, no estaba en la matrona Sangre Azul. Ni siquiera en la abuela de Manon, cuyas ropas negras volaban en el viento mientras le sonreía con sorna a su nieta.

La mirada de Glennis estaba en la matrona Piernas Amarillas, jorobada y odiosa, en medio de las otras dos. En la corona de estrellas sobre el escaso cabello blanco de la anciana.

La espada de Glennis temblaba ligeramente. Y justo cuando Manon se dio cuenta de lo que la matrona había elegido usar para esta visita, Bronwen apareció al lado de Glennis y exhaló:

—La corona de Rhiannon.

En la cabeza de la matrona de las Piernas Amarillas para burlarse de estas brujas. Para escupirles.

Un rugido empezó a sonar en los oídos de Manon.

—Ya veo el tipo de gente que frecuentas estos días, nieta —dijo la abuela de Manon. Su cabello oscuro con mechones plateados estaba trenzado y su rostro despejado.

Una señal de sus intenciones, que su abuela trajera el cabello peinado así.

Batalla. Aniquilación.

El peso de la atención de las tres Brujas Mayores se presionaba contra ella. Las Crochans se reunieron a sus espaldas y se movían inquietas en espera de su respuesta.

Pero fue Glennis la que gruñó, con una voz que Manon no había escuchado aún:

—¿Qué quieren?

La abuela de Manon sonrió y dejó ver sus dientes de hierro con chispas de óxido. La verdadera señal de su edad.

—Cometiste un grave error, Manon, Asesina de tu propia sangre, cuando buscaste hacer que nuestras fuerzas se volvieran en contra nuestra. Cuando sembraste semejantes mentiras entre nuestras centinelas respecto a nuestros planes… mis planes.

Manon mantuvo la barbilla en alto.

—Sólo dije la verdad. Y debió haberte asustado lo suficiente como para que buscaras a estas dos para venir a cazarme y demostrar tu inocencia en tus maquinaciones en su contra.

Las otras dos matronas ni siquiera parpadearon. Las garras de su abuela habían llegado muy hondo, por lo visto. O simplemente no les importaba.

—Vinimos —dijo Cresseida furiosa, lo opuesto en muchas maneras a su hija, quien le había dado a Manon la oportunidad de hablar— para finalmente deshacernos de una espina en nuestro costado.

¿Petrah habría sido castigada por permitirle a Manon salir de la Omega con vida? ¿La heredera Sangre Azul seguiría viva? Cresseida alguna vez gritó con el terror y dolor de una madre cuando Petrah casi cayó a su muerte. ¿Ese amor, tan extraño y desconocido, seguía existiendo? ¿O el deber y el odio antiguo habían ganado?

Esa idea fue suficiente para darle firmeza a Manon.

—Vinieron porque nosotras somos una amenaza.

Por la amenaza que tú representas para ese monstruo que llamas abuela.

—Vinieron —continuó Manon y levantó a Hiende Viento un poco— porque tienen miedo.

Manon dio un paso al frente de Glennis y levantó más su espada.

—Vinieron —dijo Manon— porque no tienen más poder que el que nosotras les concedemos. Y están mortalmente asustadas de que estamos a punto de arrebatárselos —Manon hizo girar a Hiende Viento en su mano e inclinó la espada hacia abajo para trazar una línea en la nieve entre ellas—. Vinieron solas por ese miedo. Que las demás puedan ver lo que nosotras somos capaces de hacer. La verdad que siempre han intentado ocultar.

Su abuela chasqueó la lengua.

—Escúchate. Suenas justo como una Crochan con ese sermoncito sin sentido.

Manon no le hizo caso. No le hizo caso y apuntó a Hiende Viento directamente a la matrona Piernas Amarillas y gruñó:

—Ésa no es tu corona.

Algo parecido al titubeo cruzó el rostro de Cresseida Sangre Azul. Pero la matrona Piernas Amarillas le hizo una señal a Manon de que se acercara con sus uñas de hierro, tan largas que se curvaban hacia abajo.

—Entonces ven por ella, traidora.

Manon cruzó la línea que había trazado en la nieve.

Nadie habló a sus espaldas. Ella se preguntó si siquiera estarían respirando.

No había ganado contra su abuela. Había sobrevivido apenas y eso sólo por suerte.

En esa pelea, había estado lista para enfrentar su fin. Para despedirse.

Manon levantó a Hiende Viento y su corazón empezó a latir con fuerza y firmeza.

No se enfrentaría al abrazo de la Oscuridad hoy.

Pero ellas sí.

—Esto me parece conocido —dijo su abuela con voz lenta y movió las piernas para asumir una posición de ataque. Las otras dos matronas hicieron lo mismo—. La última reina Crochan. Manteniéndose firme contra nosotras.

Manon hizo tronar su mandíbula y sus dientes de hierro descendieron. Con un movimiento de los dedos, desenfundó las uñas de hierro.

—No sólo una reina Crochan esta vez.

Los ojos azules de Cresseida dudaron. Como si se diera cuenta de lo que las otras dos matronas no.

Ahí… sería ahí donde Manon atacaría primero. En la que se estaba preguntando si tal vez habían cometido un grave error en venir hasta acá.

Un error que les costaría lo que habían venido a proteger.

Un error que les costaría esta guerra.

Y sus vidas.

Porque Cresseida notó la firmeza de la respiración de Manon. Notó la clara convicción en sus ojos. Notó la falta de miedo en su corazón cuando dio otro

paso al frente.

Manon le sonrió a la matrona Sangre Azul como diciendo que sí.

—No me mataste entonces —le dijo Manon a su abuela—. No creo que ahora lo logres.

—Ya veremos —le siseó su abuela y se lanzó al ataque.

Manon estaba lista.

Con un movimiento hacia arriba de Hiende Viento contrarrestó los dos primeros golpes de su abuela y luego esquivó el tercero. Giró a la derecha hacia el ataque de la matrona Piernas Amarillas, que acometió hacia arriba con velocidad sobrenatural. Sus pies casi volaban sobre la nieve, y lanzó un espadazo hacia la espalda expuesta de Manon.

Manon logró resistir el ataque de la anciana y la aventó hacia atrás. Justo cuando Cresseida se lanzó contra ella.

Cresseida no era una luchadora entrenada. No como las matronas Picos Negros y Piernas Amarillas. Había pasado demasiados años leyendo entrañas y buscando en las estrellas la respuesta a los acertijos de la Diosa de las Tres Caras.

Un movimiento evasivo a la izquierda le permitió a Manon esquivar con facilidad el ataque de las uñas de Cresseida y con otro movimiento le logró clavar el codo en la nariz a la matrona Sangre Azul.

Cresseida se tropezó. La matrona Piernas Amarillas y su abuela volvieron a atacar.

Eran tan rápidas. Sus tres ataques habían ocurrido en cuestión de unos parpadeos.

Manon mantuvo sus pies firmemente plantados. Vio hacia dónde se movía una de las matronas y la otra dejó un espacio peligroso expuesto.

No era una Líder de la Flota con el espíritu vencido e insegura de su lugar en el mundo.

No se avergonzaba de la verdad frente a ella.

No tenía miedo.

La abuela de Manon dirigió el ataque. Sus maniobras eran las más mortíferas.

Ella fue la que le provocó el primer corte de dolor. Un rasguño de esas uñas de hierro en el hombro de Manon.

Pero Manon blandió su espada, una y otra vez, hierro sobre acero tañendo a

lo largo de las cumbres heladas.

No, no tenía nada de miedo.

Dorian nunca había visto una pelea como la que estaba ocurriendo frente a él. Nunca había visto algo así de rápido, así de letal.

Nunca había visto a alguien moverse como Manon, un remolino de acero y hierro.

Tres contra una… las probabilidades no estaban a su favor. No ahora que estaba parada frente a quien había dejado a Manon al borde de la muerte unos meses antes.

Pero donde ellas atacaban, ella ya había desaparecido. Ya estaba contraatacando.

No logró colocar muchos golpes, pero sí las mantuvo alejadas.

Ellas tampoco lograron dar muchos.

La magia de Dorian se revolcaba, buscaba salida, buscaba detener la pelea. Pero ella le había ordenado que no se metiera. Y él obedecería.

A su alrededor, las Crochans vibraban con temor y angustia. Ya fuera por la pelea que se desenvolvía frente a ellas o por las tres matronas que las habían encontrado.

Pero Glennis no temblaba. Bronwen a su lado vibraba con la energía de alguien que deseaba integrarse a la lucha.

Manon y las Brujas Mayores se separaron jadeando. La sangre azul corría por el hombro de Manon y las tres matronas tenían unos cuantos cortes pequeños.

Manon seguía del lado opuesto de la línea que había trazado. Seguía manteniéndose firme.

La bruja de cabello oscuro con voluminosas ropas negras escupió sangre azul a la nieve. La abuela de Manon.

—Patética. Tan patética como tu madre —una sonrisa de burla hacia Glennis —. Y como tu padre.

El gruñido que emergió de la garganta de Manon resonó por las montañas.

Su abuela graznó una risa de cuervo.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer, entonces? ¿Gruñir como perro y blandir tu espada como una especie de basura humana? Tarde o temprano te cansaremos. Sería mejor que te arrodillaras de una vez y murieras con algo

de tu honor intacto.

Manon sólo pasó una mano de puntas de hierro hacia su espalda y separó los dedos sin apartar la vista de las matronas.

Dorian acercó la mano a Damaris pero Bronwen se movió antes.

La Crochan lanzó su espada y el acero brilló sobre la nieve y bajo el sol.

Los dedos de Manon se cerraron en la empuñadura y la espada cantó cuando la movió frente a las Brujas Mayores otra vez.

—Rhiannon Crochan se mantuvo en las puertas durante tres días y tres noches y no se arrodilló ante ti, ni siquiera al final —una sonrisa se abrió camino en su cara—. Creo que yo haré lo mismo.

Dorian podría haber jurado que la flama sagrada que ardía a su izquierda se había encendido con un brillo más intenso. Podría haber jurado que Glennis ahogó un grito. Que todas las Crochans habían hecho lo mismo.

Manon dobló las rodillas y levantó las espadas.

—Terminemos lo que empezó entonces, también.

Atacó con las espadas reluciendo. Su abuela le concedió paso tras paso y las otras dos matronas no lograron vencer sus defensas.

Ya no era esa bruja que se había dormido y había deseado la muerte. Ya no era esa bruja que se había enfurecido ante la verdad que la había destrozado.

En su sitio, peleando como si fuera el mismo viento, sin titubear ante las matronas, estaba alguien que Dorian no había conocido.

Estaba la reina de dos pueblos.

La matrona Piernas Amarillas lanzó una ofensiva que hizo que Manon cediera un paso, luego otro. Las espadas se elevaban para contrarrestar cada ataque.

Cedió esos pocos pasos y nada más.

Porque Manon, con la convicción en su corazón y una temeridad absoluta en sus ojos, era imparable.

La matrona Piernas Amarillas empujó a Manon cerca de la línea y casi la tocó con sus talones. Las otras dos brujas habían retrocedido, como si quisieran ver lo que sucedería.

Para ser una anciana jorobada, la bruja Piernas Amarillas era el vivo retrato de una pesadilla. Peor que lo que había sido jamás Baba Piernas Amarillas. Sus pies apenas parecían tocar el suelo y sus uñas de hierro curvadas sacaban sangre en cada sitio que tocaban.

La espada de Manon bloqueaba golpe tras golpe, pero no hacía ningún movimiento por avanzar. Por presionar para empujarla hacia atrás, aunque Dorian veía varias oportunidades de hacerlo.

Manon recibió varios cortes que dejaron su brazo y su costado sangrando. Pero no cedió ni un paso más. Un muro contra el cual la matrona Piernas Amarillas no podía avanzar. La anciana dejó escapar un gruñido, atacó una y otra vez sin éxito y furiosa.

Dorian se dio cuenta de la trampa en el momento que sucedió.

Vio el lado que Manon había dejado abierto, la carnada en que colocó en bandeja de plata.

La matrona Piernas Amarillas, furiosa, no lo pensó dos veces antes de lanzarse con las garras de fuera.

Manon la estaba esperando.

Perdida en su sed de sangre, el rostro horrible de la matrona Piernas Amarillas se iluminó con triunfo cuando se lanzó a dar el fácil golpe mortal que le arrancaría el corazón a Manon.

La matrona Picos Negros ladró la advertencia pero Manon ya estaba en movimiento.

Justo cuando esas garras curvadas rasgaron el cuero y la piel, Manon giró hacia un lado y clavó a Hiende Viento en el cuello estirado de la matrona Piernas Amarillas.

La sangre azul brotó en un chorro hacia la nieve.

Dorian no apartó la mirada esta vez al ver la cabeza que rodó al suelo. Al ver el cuerpo de ropa color marrón caer con ella.

Las otras dos matronas se detuvieron. Ninguna de las Crochans detrás de Dorian habló mientras Manon veía sin piedad el torso sangrante de la matrona.

Nadie parecía respirar cuando Manon clavó la espada de Bronwen en la tierra congelada y se agachó para quitarle la corona de estrellas a la cabeza cercenada de la bruja Piernas Amarillas.

Él nunca había visto una corona como ésa.

Era un objeto viviente y brillante que relucía en sus manos. Como si nueve estrellas hubieran sido arrancadas de los cielos y colocadas para brillar alrededor de esa banda sencilla de plata.

La luz de la corona bailó en el rostro de Manon cuando lo levantó sobre su cabeza y se la puso sobre el cabello blanco suelto.

Incluso el viento en la montaña se detuvo.

Pero una brisa fantasma movió los mechones del pelo de Manon y la corona resplandeció con fuerza. Las estrellas blancas brillaban con sus corazones de cobalto y rubí y amatista.

Como si hubiera estado dormida durante mucho mucho tiempo. Y ahora hubiera despertado.

Ese viento fantasma hizo que el cabello de Manon volara hacia un lado y que unos mechones le volaran frente a la cara.

Y junto a él, a su alrededor, las Trece se llevaron dos dedos a la frente en señal de deferencia.

En alianza con la reina que miraba fijamente a las dos Brujas Mayores restantes.

La reina Crochan, nuevamente coronada.

El fuego sagrado saltó y bailó, como si le diera la bienvenida dichoso.

Manon tomó la espada de Bronwen y la levantó junto con Hiende Viento y le dijo a la matrona Sangre Azul que parecía apenas ser unos años mayor que la misma Manon:

—Vete.

La bruja Sangre Azul parpadeó. Tenía los ojos muy abiertos con lo que sólo podía ser terror y consternación.

Manon movió la barbilla hacia el guiverno que aguardaba detrás de la bruja.

—Dile a tu hija que todas las deudas entre nosotras han quedado saldadas. Y que ella puede decidir qué hacer contigo. Llévate también al otro guiverno.

La abuela de Manon se molestó y mostró sus dientes de hierro, como si fuera a darle la orden contraria a la matrona Sangre Azul, pero la bruja ya iba corriendo hacia su guiverno.

Perdonada por la reina Crochan gracias a que su hija le había permitido a Manon hablar con las Dientes de Hierro.

En cuestión de segundos, la matrona Sangre Azul ya se alejaba por los cielos. El guiverno de la bruja Piernas Amarillas iba volando a su lado.

Lo cual dejaba solamente a la abuela de Manon. Dejaba a Manon con las espadas levantadas y una corona de estrellas brillando en su frente.

Manon resplandecía, como si las estrellas en su cabeza estuvieran

centelleando por todo su cuerpo. Era una belleza sorprendente y poderosa, como ninguna otra en el mundo. Como nadie había sido antes ni nadie sería después.

Y lentamente, como si saboreara cada uno de sus pasos, Manon avanzó hacia su abuela.

Los labios de Manon se curvaron para formar una pequeña sonrisa mientras avanzaba hacia su abuela.

Una luz cálida y bailarina fluía por todo su cuerpo, tan segura como lo que había sido vertido en su corazón estos últimos momentos sangrientos.

No retrocedió. No temió.

El peso de la corona era poco, como si estuviera hecha de luz de luna. Pero su fuerza dichosa era como una canción, algo que no se apagaba frente a la única bruja mayor que seguía en pie.

Así que Manon continuó caminando.

Dejó la espada de Bronwen a un par de metros de distancia. Dejó a Hiende Viento unos metros más allá.

Con las uñas de fuera y los dientes listos, Manon se detuvo a apenas cinco pasos de su abuela.

Un odioso despojo de existencia desperdiciada. Eso era su abuela.

Nunca se había dado cuenta de cuánto más alta era que la matrona. Lo angosto de sus hombros, o cómo los años de rabia y odio la habían desgastado.

La sonrisa de Manon aumentó. Y podría haber jurado que sentía dos personas paradas a su lado.

Sabía que no habría nadie ahí si volteaba a ver. Sabía que nadie más los podría ver, los podría percibir, parados a su lado. Parados con su hija contra la bruja que los había destruido.

Su abuela escupió al suelo y le mostró los dientes oxidados.

Pero esta muerte…

Ésta no le correspondía a ella.

No les correspondía a los padres cuyos espíritus estaban a su lado, quienes podrían haber estado ahí todo el tiempo, guiándola hacia esto. Quienes no se habían apartado de su lado a pesar de que los hubiera separado la muerte.

No, tampoco les correspondía a ellos.

Miró a sus espaldas. Hacia su Segunda que esperaba al lado de Dorian.

Las lágrimas rodaban por el rostro de Asterin. Lágrimas de orgullo… orgullo y alivio.

Manon llamó a Asterin con la mano de puntas de hierro.

La nieve crujió y Manon se dio la vuelta, lista para recibir el ataque.

Pero su abuela no la había atacado. No a ella.

No, la matrona Picos Negros iba corriendo hacia su guiverno. Huía.

Las Crochans se pusieron tensas y el miedo dio lugar a la ira cuando su abuela se subió a la silla.

Manon levantó la mano.

—Déjenla ir.

Un chasquido de las riendas y su abuela ya estaba en el aire. Las alas del gran guiverno soplaron un viento fétido en su dirección.

Manon miró al guiverno elevarse más y más alto.

Su abuela no miró atrás antes de desaparecer en los cielos.

Cuando ya no hubo ni un rastro de las matronas salvo la sangre azul y el cadáver sin cabeza que manchaba la nieve, Manon volteó a ver a las Crochans.

Tenían los ojos muy abiertos, pero no se movieron.

Las Trece permanecieron donde estaban. Dorian también.

Manon tomó ambas espadas, enfundó a Hiende Viento en su espalda y avanzó hacia el lugar donde estaban Glennis y Bronwen, vigilando cada una de sus respiraciones.

Sin decir palabra, Manon le dio a Bronwen su espada y asintió en agradecimiento.

Luego se quitó la corona de estrellas y se la dio a Glennis.

—Esto te pertenece a ti —le dijo en voz baja.

Las Crochans se movieron en su sitio y murmuraron.

Glennis tomó la corona y las estrellas se apagaron un poco. Una pequeña sonrisa se dibujó en la cara de la anciana.

—No —dijo—, no me pertenece.

Manon no se movió cuando Glennis levantó la corona y la volvió a colocar en la cabeza de Manon.

Luego la antigua bruja se arrodilló en la nieve.

—Lo que fue robado ha sido restaurado; lo que estaba perdido regresó a casa. Te saludo, Manon Crochan, Reina de las Brujas.

Manon se quedó inmóvil por el temblor que amenazaba con doblarle las piernas.

Se quedó ahí mientras las demás Crochans, Bronwen entre ellas, se hincaban en una rodilla. Dorian, de pie entre ellas, sonrió, con más brillo y libertad que lo que había visto jamás.

Y luego las Trece se arrodillaron con dos dedos en sus frentes e inclinaron la cabeza. Un orgullo feroz iluminaba sus rostros.

—Reina de las Brujas —dijeron con una sola voz las Crochans y las Picos Negros.

Como un solo pueblo.

CAPÍTULO 57

Una hora antes del amanecer, la fortaleza y los dos ejércitos empezaron a moverse.

Rowan casi no había dormido y se mantuvo despierto junto a Aelin, escuchando su respiración. Que todos los demás pudieran dormir tan profundamente era muestra de su absoluto agotamiento. Lorcan no los buscó otra vez. Rowan estaba seguro de que así lo había querido.

Rowan no permaneció despierto por miedo o anticipación de la batalla, no, había dormido bien en otras guerras. Pero su mente no dejaba de moverse de una idea a la siguiente a la siguiente a la siguiente.

Había visto cuántos soldados acampaban afuera. Valg, hombres humanos leales a Erawan, algunas bestias letales, pero nada como los ilken o los mastines del Wyrd o siquiera las brujas.

Aelin podría arrasar con ellos antes de que el sol saliera del todo. Unos cuantos estallidos de su poder y ese ejército desaparecería.

Pero ella no había ofrecido eso como una posibilidad en los planes que habían hecho la noche anterior.

Él había visto la esperanza brillar en los ojos de la gente de la fortaleza, el asombro de los niños, cuando ella pasó. La Portadora de Fuego, susurraban. Aelin del Fuego Salvaje.

¿Qué tan rápido se derrumbarían ese asombro y esa esperanza hoy cuando no liberara ni una chispa de ese fuego? ¿Qué tan rápido se pudriría el miedo de esos hombres cuando la reina de Terrasen no eliminara a las legiones de Morath?

No había podido preguntarle. Se había dicho a sí mismo, se había rugido a sí mismo estas últimas semanas que debía preguntarle, cuando ni siquiera en su entrenamiento ella había invocado ni una brasa.

Pero no se había atrevido a exigir que le dijera por qué no quería o no podía usar su poder, por qué no habían visto ni sentido nada de él tras esos días iniciales de libertad. No podía preguntarle qué le habían hecho Maeve y Cairn para lograr que ella temiera u odiara su magia tanto que no se atrevía a tocarla.

La preocupación y la angustia lo carcomían. Rowan salió de la habitación y el ruido de los preparativos le dio la bienvenida en cuanto entró al pasillo. Un instante después, la puerta se abrió detrás de él y unos pasos avanzaron a su lado junto con un olor conocido.

—La quemaron.

Rowan miró de reojo a Fenrys.

—¿Qué?

Pero Fenrys asintió hacia una sanadora que pasó a su lado.

—Cairn… y Maeve a través de sus órdenes.

—¿Por qué me estás diciendo esto?

Fenrys, con o sin juramento de sangre, independientemente de lo que hubiera hecho por Aelin o no, no tenía por qué meterse en estos asuntos. No, esto era algo entre él y su pareja, y nadie más.

Fenrys le esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Estuviste viéndola la mitad de la noche. Lo puedo ver en tu cara. Todos lo están pensando… ¿por qué no simplemente le prende fuego a todos los enemigos y los manda al infierno?

Rowan se dirigió a la estación de lavado al fondo del pasillo. Algunos soldados y sanadoras estaban parados frente al abrevadero de metal, limpiándose las caras para despejar el sueño o los nervios.

Fenrys dijo:

—Le puso esos guanteletes de metal. Y una vez, los calentó sobre un brasero abierto. Entonces… —titubeó para encontrar las palabras y Rowan apenas podía respirar—. Las sanadoras tardaron dos semanas en curar lo que les hizo a sus manos y muñecas. Y, cuando despertó, no había nada salvo piel sana. No podía distinguir entre qué le habían hecho y qué había sido una pesadilla.

Rowan tomó una de las jarras que los niños rellenaban constantemente y se la vació en la cabeza. El agua helada le golpeó la piel y acalló el rugido en sus oídos.

—Cairn hizo muchas cosas así.

Fenrys tomó otra jarra y se echó agua en las manos para luego frotarse la cara. A Rowan le temblaban las manos mientras veía el agua correr hacia la bandeja debajo del abrevadero.

—Pero las marcas de tu proclamación —Fenrys se volvió a limpiar la cara—.

No importaba qué le hicieran, ésas permanecían. Más que cualquier otra cicatriz, ésas permanecieron.

Pero su cuello no tenía cicatrices cuando él la encontró.

Fenrys le leyó el pensamiento y dijo:

—La última vez que la sanaron, justo antes de que escapara. Entonces desaparecieron. Cuando Maeve le dijo que tú te habías ido a Terrasen.

Las palabras lo golpearon como un puñetazo. Cuando ella perdió toda esperanza de que él fuera a buscarla. Ni siquiera las mejores sanadoras del mundo habían podido quitarle eso hasta entonces.

Rowan se limpió la cara con la manga de su chaqueta.

—¿Por qué me estás diciendo esto? —repitió.

Fenrys se puso de pie y se secó la cara de la misma manera.

—Para que pudieras dejar de preguntarte qué había pasado. Para que te concentres en otra cosa hoy —el guerrero se mantuvo a su lado mientras se dirigían a donde les habían dicho que habría un desayuno simple—. Y que le permitas acercarse a ti cuando ella esté lista.

—Ella es mi pareja —gruñó Rowan—. ¿Crees que no lo sé?

Fenrys podía irse a meter el hocico en los asuntos de otra persona.

Fenrys levantó las manos.

—Tú puedes ser brutal, cuando quieres algo.

—Nunca la forzaría a decirme nada que no estuviera lista para decir.

Era parte de su trato desde el principio. En parte, por eso se había enamorado de ella.

Debía haberlo sabido, en esos meses en Mistward, cuando se daba cuenta de que estaba compartiendo con ella partes de él mismo, de su historia, que nunca le había dicho a nadie. Cuando se dio cuenta de que necesitaba decirle, en fragmentos, sí, pero quería que ella supiera. Y Aelin quería escucharlo. Todo.

Descubrieron a Aelin y Elide en la mesa del buffet, con el rostro serio mientras tomaban trozos de pan y queso y frutas secas. No había señales ni de Gavriel ni de Lorcan.

Rowan se acercó a Aelin y le dio un beso en el cuello. Justo en el sitio donde estaban sus nuevas marcas de proclamación.

Ella tarareó y le ofreció una mordida del pan que ella estaba comiendo mientras tomaba el resto de su comida. Él aceptó. El pan era denso y sustancioso. Luego dijo:

—Estabas dormida cuando salí hace unos minutos pero de alguna manera llegaste antes que yo al desayuno —otro beso en el cuello—. ¿Por qué no me sorprende?

Elide rio junto a Aelin. Ella también estaba poniendo comida en su plato. Aelin le dio un codazo a Rowan y él se formó a su lado.

Los cuatro comieron rápidamente, rellenaron sus odres en la fuente de un patio interior y luego fueron a buscar una armadura. Había pocas cosas en los niveles superiores que estuvieran en condiciones de usarse, así que bajaron hacia la fortaleza, más y más profundamente, hasta que llegaron a una habitación cerrada.

—¿Deberíamos o sería grosero? —pensó Aelin en voz alta y se asomó a la puerta de madera.

Rowan produjo una lanza con su viento y la dirigió al cerrojo para romperlo.

—Parece que ya estaba abierto cuando llegamos aquí —dijo con tono neutro.

Aelin le sonrió ampliamente y Fenrys retiró la antorcha de su soporte en el angosto pasillo de roca para iluminar la habitación en el interior.

—Bueno, ahora ya sabemos por qué el resto de la fortaleza es una mierda —dijo Aelin al ver el tesoro—. Tiene todo el oro y las cosas divertidas acá abajo.

Realmente, la idea de diversión de su pareja era la misma que la de Rowan: armadura y espadas, lanzas y mazas antiguas.

—¿No pudo repartir esto? —dijo Elide con el ceño fruncido al ver las hileras de espadas y dagas.

—Son puras reliquias —dijo Fenrys y se acercó a una de las hileras para estudiar más de cerca la empuñadura de una espada—. Antigua pero sigue funcionando. Muy buena —añadió y sacó la espada de su funda. Miró a Rowan —. Esto fue forjado por un herrero asterion.

—De otra era —dijo Rowan y se maravilló ante la espada perfecta, su condición impecable—. Cuando las hadas no eran tan temidas.

—¿La vamos a tomar así nada más? ¿Sin siquiera pedirle permiso a Chaol? —preguntó Elide y se mordió el labio.

Aelin rio.

—Digamos que nos vamos a considerar guerreros contratados por comisión. Y, como tales, tenemos una cuota por cobrar.

Levantó un escudo redondo y dorado. Sus bordes estaban labrados con hermosos motivos de olas. También elaborado por asteriones, a juzgar por la hechura. Probablemente para el lord de Anielle… el lord del Lago de Plata.

—Tomaremos lo que nos deben por la batalla de hoy —continuó Aelin— y le evitaremos a su señoría la molestia de tener que bajar en persona.

Dioses, la amaba.

Fenrys le guiñó un ojo a Elide.

—Yo no diré nada si tú no dices nada, lady.

Elide se ruborizó y luego hizo un ademán con la mano.

—Tomen sus salarios entonces.

Rowan lo hizo. Él y Fenrys encontraron una armadura que les quedaba, en ciertas áreas. Tuvieron que olvidarse de conseguir una armadura completa, pero tomaron varias piezas para reforzar sus hombros, antebrazos y espinillas. Rowan acababa de terminar de amarrarse las grebas en las piernas cuando Fenrys dijo:

—Deberíamos llevar algunas de estas cosas para Lorcan y Gavriel.

Deberían. Rowan buscó entre otras piezas y empezó a recolectar dagas y espadas adicionales, luego secciones de otra armadura que le podría quedar a Lorcan. Fenrys hizo lo mismo para Gavriel.

—Deben cobrar mucho por sus servicios —murmuró Elide. Aunque la lady de Perranth tenía algunas dagas en el cinturón también.

—Necesito encontrar cómo pagar mis gustos extravagantes, ¿no? —dijo Aelin con voz lenta mientras sopesaba una daga en sus manos.

Pero ella todavía no se ponía la armadura y cuando Rowan la miró inquisitivamente, Aelin movió la barbilla en su dirección y le dijo:

—Vayan arriba… busquen a Lorcan y Gavriel. Yo los alcanzaré pronto.

Por una vez, su rostro no era legible. Tal vez quería un momento a solas antes de la batalla. Y cuando Rowan intentó encontrar alguna palabra en sus ojos, Aelin se dio la vuelta hacia el escudo que había elegido. Como si lo estuviera contemplando.

Así que Rowan y Fenrys se dirigieron a los pisos superiores. Elide les ayudó a cargar su equipo robado. Nadie los detuvo. No ahora que el cielo estaba poniéndose gris y los soldados se apresuraban a ocupar sus posiciones en las almenas.

Rowan y Fenrys no tuvieron que ir muy lejos. Estarían apostados junto a las puertas en el nivel inferior, donde los arietes podrían abrirse paso si Morath alcanzaba ese punto de desesperación.

En el nivel sobre ellos, Chaol estaba montado en su magnífica yegua negra. El aliento de la yegua se veía salir con el vapor que se enroscaba desde sus fosas nasales. Rowan levantó una mano a modo de saludo y Chaol también lo saludó antes de devolver la mirada al ejército enemigo.

El khaganato haría la primera maniobra, la presión inicial para hacer que Morath se empezara a mover.

—Siempre olvido lo mucho que odio esta parte —murmuró Fenrys—. La espera antes de que empiece.

Rowan gruñó para indicar que estaba de acuerdo.

Gavriel caminó hacia ellos. Lorcan venía como una tormenta oscura detrás de él. Rowan le dio la armadura que había conseguido a Lorcan.

—Cortesía del lord de Anielle.

Por la forma en que lo miró, Rowan se dio cuenta de que había detectado su mentira, pero de todas maneras recibió la armadura y se la empezó a poner con eficiencia. Gavriel hizo lo mismo. Si los soldados a su alrededor reconocían esa armadura, si Chaol la reconocía, nadie dijo una palabra.

A lo lejos, el cielo gris se siguió aclarando y Morath empezó a moverse para descubrir que el ejército dorado del khaganato ya estaba en sus posiciones.

Y cuando un ruk solitario gritó su desafío, el khaganato avanzó.

Los soldados formados en hileras perfectas marcharon, con las lanzas al frente y los escudos unidos borde con borde. La caballería darghan iba a ambos lados, una fuerza de la naturaleza lista para llevar a Morath al sitio donde querían. Y en los aires, aleteando, los rukhin prepararon sus arcos y eligieron sus blancos.

—¡Listos! —gritó Chaol a los hombres de su fortaleza.

La armadura sonó con el movimiento de los hombres. El miedo que sentían le llenaba la nariz a Rowan.

Todo se decidiría… hoy. Si la esperanza permanecía o se fracturaba.

En el cielo que despertaba ya se alcanzaban a distinguir dos torres de asedio que iban siendo remolcadas hacia ellos. Justo hacia el muro. Mucho más cerca de donde las había visto Rowan la noche anterior cuando hizo un vuelo de exploración. Por lo visto, Morath tampoco había dormido.

Los ruks seguirían en la retaguardia con su propio ejército y harían que

Morath avanzara hacia la fortaleza. Para que los fueran eliminando ahí, uno por uno.

—Tenemos unos cuantos minutos antes de que la primera torre haga contacto con el muro —comentó Gavriel.

Una mirada a las almenas, a los soldados sobre ellas, les indicó que no había señal de Aelin.

Lorcan murmuró:

—Alguien debería decirle que deje de arreglarse y venga para acá.

Rowan le gruñó como advertencia.

El choque de los pies con armadura y los escudos era tan familiar como una canción. Los soldados de Morath se dirigían a los muros de la fortaleza con las lanzas listas. En el otro extremo del ejército, los soldados miraban en la otra dirección, con las lanzas y picas en posición para interceptar al ejército del khaganato.

Un cuerno se escuchó desde las profundidades de las filas del khaganato y las flechas salieron volando.

La masa de soldados de Morath prácticamente no reaccionó ni miró a sus espaldas para confirmar qué había sucedido en la retaguardia.

—Escaleras —murmuró Fenrys y apuntó con la barbilla hacia la onda que se estaba produciendo en las filas. Enormes escaleras de asedio hechas de hierro se abrían paso entre la multitud.

—En este ataque lo apostarán todo —dijo Lorcan con voz igualmente suave. Todos eran cuidadosos de no permitir que los escucharan los hombres a su alrededor—. Intentarán entrar a la fortaleza antes de que el khaganato los someta.

—¡Arqueros! —se escuchó el grito de Chaol.

A sus espaldas los arcos crujieron en las almenas.

Fenrys se quitó el arco de la espalda y colocó una flecha en posición.

Rowan tenía el arco a la espalda también, la aljaba sin tocar. Gavriel y Lorcan hicieron lo mismo. No tenía caso desperdiciarlas en unos cuantos soldados cuando se podían necesitar para blancos mucho peores más tarde.

Pero uno de ellos tenía que verse derribando soldados. Por lo que eso podía hacer para elevar el ánimo. Y Fenrys que, había que admitirlo, era tan buen arquero como Rowan, era una buena elección.

Rowan vio la trayectoria que seguiría la flecha de Fenrys, hacia uno de los

portadores de la escalera.

—Que sea impresionante —murmuró.

—No te metas en mis asuntos —le murmuró a Fenrys y siguió a su blanco con la punta de la flecha mientras esperaba las órdenes de Chaol.

Si Aelin no llegaba en el siguiente momento, tendría que abandonar las almenas para ir a buscarla. ¿Qué demonios la había retrasado?

Lorcan desenfundó su espada antigua, que Rowan había visto derribar soldados en reinos muy lejanos, en guerras mucho más largas que ésta.

—Se dirigirán a las puertas cuando coloquen la torre de asedio —dijo Lorcan y miró desde las almenas hacia la puerta un nivel más abajo el pequeño grupo de hombres que estaba al frente. Habían derribado varios árboles para reforzar las puertas de metal, pero si un grupo lo suficientemente sólido de soldados enemigos se acumulaban frente a ella, podrían lograr que esos soportes y cerrojos pesados se vencieran en cuestión de minutos. Y abrirían las puertas a las hordas que venían atrás.

—No les permitamos llegar tan lejos —dijo Rowan al ver la enorme torre que se acercaba cada vez más. Los soldados estaban reunidos detrás de ella, esperando a escalar por su interior—. Chaol derribó la torre el otro día sin nuestra ayuda. Lo podemos volver a hacer.

—¡Disparen! —se escuchó el rugido de Chaol que hizo eco en las rocas y las flechas salieron volando con una canción.

Como un enjambre de langostas, atacaron a los soldados que marchaban abajo. La flecha de Fenrys encontró su blanco con precisión letal.

En un instante, otra flecha salió disparada. Un segundo soldado de la escalera de asedio cayó.

Dónde demonios estaba Aelin…

Morath no se detuvo. Marcharon por encima de los soldados caídos en el frente de sus filas.

La oleada de miedo humano en las almenas le trepaba por la piel. Su grupo tendría que atacar rápido, y atacar bien, para dispersarla.

La torre de asedio se acercaba más. Una mirada de Rowan hizo que él y sus amigos se movieran hacia el sitio donde indudablemente chocaría contra las almenas. Lo suficientemente cerca de las escaleras que llevaban a la puerta. Morath había elegido la ubicación bien.

Algunos de los soldados por donde pasaban estaban rezando, exhalando palabras temblorosas hacia el aire gélido de la mañana.

Lorcan le dijo a uno de ellos:

—Guarda tu aliento para la batalla, no para los dioses.

Rowan volteó a verlo pero el hombre, con la boca abierta ante las palabras de Lorcan, guardó silencio.

Chaol ordenó que volvieran a disparar y las flechas salieron volando. Fenrys disparaba mientras caminaba. Como si apenas tuviera que pensarlo.

Pero seguían escuchando las oraciones susurradas conforme avanzaban por las filas. Las espadas temblaban junto con las oraciones.

Arriba, junto a Chaol, los soldados seguían firmes y sus rostros sólidos.

Pero acá abajo, en este nivel de las almenas… los rostros estaban pálidos. Con los ojos muy abiertos.

—Alguien debería decir algo inspirador —dijo Fenrys entre dientes y volvió a disparar otra flecha—. O estos hombres se van a orinar encima en un minuto.

Porque un minuto era todo lo que tenían. La torre de asedio se acercaba cada vez más.

—Tú tienes la cara bonita —dijo Lorcan—. Tú harás un mejor trabajo.

—Es demasiado tarde para discursos —interrumpió Rowan antes de que Fenrys pudiera responder—. Será mejor que les mostremos lo que podemos hacer.

Se posicionaron sobre el muro. Justo en el camino del puente que saldría de la torre para caer en la almena.

Desenfundó su espada, luego liberó el hacha a su lado. Gavriel desenvainó las espadas gemelas de su espalda y se acomodó en la posición al flanco, al lado derecho de Rowan. Lorcan se puso del lado izquierdo. Fenrys tomó la retaguardia para detener a cualquiera que lograra pasar por su red.

Los hombres mortales se reunieron detrás de ellos. Las puertas vibraron con el impacto de Morath finalmente.

Rowan estabilizó su respiración y preparó su magia para que destrozara los pulmones de los Valg. Derrotaría a algunos primero con las espadas. Para demostrar qué tan fácil era hacerlo, que Morath estaba desesperado y que la victoria estaría cercana. La magia vendría después.

La torre de asedio crujió cuando se detuvo.

Justo cuando el muro debajo de ellos recibió el impacto y tembló, Fenrys susurró:

—Santos dioses.

No por el puente que se había desplegado y por donde los soldados que se amontonaban en la torre empezarían a salir.

Sino por quién emergió del arco de la fortaleza a sus espaldas. Lo que emergió.

Rowan no sabía dónde mirar. A los soldados que salían de la torre de asedio y saltaban a las almenas o a Aelin.

A la reina de Terrasen.

Ella había encontrado una armadura debajo de la fortaleza. Era una armadura hermosa de color oro claro que brillaba como un amanecer de verano. Tenía el cabello trenzado y una diadema en la cabeza. No una diadema sino parte de la armadura. Parte de algún juego antiguo diseñado para una dama enterrada hacía mucho.

Una corona para la guerra, una corona para utilizar en la batalla. Una corona para guiar ejércitos.

No había temor en su rostro, no había duda, y Aelin levantó el escudo e hizo girar a Goldryn en su mano antes de que los primeros soldados de Morath la alcanzaran.

Con un movimiento rápido y apuntando hacia arriba, uno de los soldados de Morath terminó abierto del ombligo a la barbilla. Su sangre negra salió disparada pero ella ya estaba en movimiento, fluyendo como un arroyo alrededor de una roca.

Rowan se lanzó a la batalla. Sus espadas encontraron sus objetivos pero él no la dejaba de ver.

Aelin chocó el escudo contra un guerrero que la atacaba, con Goldryn cortó a otro antes de clavar la espada en el soldado que había esquivado.

Lo hizo otra vez, y otra.

Todo el tiempo avanzando hacia la torre de asedio. Sin restricciones. Sin ataduras.

Se escuchó una voz recorrer las filas. La reina está aquí.

Los soldados que esperaban su turno voltearon hacia ellos.

Aelin atacó a tres soldados del Valg y los dejó muertos sobre las rocas.

Plantó su línea frente a las fauces abiertas de esa torre de asedio, justo en el paso de esa horda repleta de enemigos. Cada uno de los momentos que había pasado entrenando en el barco, en el camino, cada nueva ampolla y callo…

todo para reconstruirse a sí misma para este momento.

La reina está aquí.

Con Goldryn certera, el escudo una extensión de su brazo, Aelin brillaba como el sol que ahora despuntaba sobre el ejército del khagan. Ella derrotaba a cada soldado que se lanzaba a su camino.

Cinco, diez… se movía y se movía y se movía, esquivaba y blandía, empujaba y aventaba, los chorros de sangre negra corrían, su rostro era el vivo retrato de una voluntad decidida e inquebrantable.

—¡La reina! —gritaron los hombres—. ¡A la reina!

Y mientras Rowan avanzaba hacia ella, mientras el grito recorría las almenas y los hombres de Anielle corrían a su lado, él se dio cuenta de que Aelin no necesitaba ni una pizca de flamas para inspirar a los hombres a que la siguieran. Que había estado esperando, aguantando, para mostrarles lo que ella, sin magia, sin ningún poder divino, podía hacer.

Nunca había visto algo más glorioso. En todas las tierras, en todas las batallas que había presenciado, nunca había visto algo tan glorioso como Aelin frente a la torre de asedio, resistiendo.

Cuando el amanecer se abrió paso a su alrededor, Rowan rugió un grito de batalla y se lanzó contra Morath.

Esta primera batalla establecería el tono.

Establecería el tono y enviaría un mensaje. Pero no a Morath.

Impresiónanos, había dicho Hasar.

Así que eso haría. Había elegido la armadura dorada y su corona de batalla. Y esperó al amanecer, hasta que la torre de asedio había chocado contra las almenas, antes de desatarse.

Para hacer que los hombres de aquí no se vencieran, para eliminar el miedo que les descomponía las miradas.

Para convencer a los miembros de la realeza del khaganato de lo que podría hacer, de lo que podía hacer. No una amenaza, un recordatorio.

Ella no era una princesa indefensa. Nunca lo había sido.

Goldryn silbaba con cada movimiento, su mente estaba tan fresca y aguda como la espada mientras ella evaluaba a cada soldado enemigo, sus armas, y los derrotaba de manera acorde. Alcanzó a darse cuenta de que Rowan peleaba a su lado, Gavriel y Fenrys cerca de su flanco izquierdo.

Pero estaba muy consciente de los hombres mortales que se lanzaron a la

lucha con gritos de desafío. Habían llegado hasta este punto. Sobrevivirían hoy también. Y los hijos del khaganato lo sabrían.

El sonido de cascos al galope empañó el fragor de la batalla y entonces Chaol estaba ahí, con la espada brillante, avanzando hacia la marea interminable que brotaba de la entrada de la torre.

—¡A lord Chaol! ¡A la reina!

Qué lejos estaban ambos de Rifthold. De la asesina y el capitán.

Las flechas volaron desde el ejército que se aproximaba del otro lado del muro, pero una ola de viento helado las hizo astillas antes de que llegaran a sus blancos.

Una mancha oscura pasó a toda velocidad y entonces Lorcan ya estaba en la boca de la torre de asedio. Su espada se movía con tal rapidez que Aelin apenas podía verla. Se abrió camino por el puente de metal de la torre y hacia la escalinata más allá. Como si tuviera la intención de bajar luchando por las rampas para salir al campo de batalla.

Abajo, empezó a sonar un bum. Morath había traído su ariete.

Aelin sonrió inflexible. Los derrotaría a todos. Y luego a Erawan. Y luego se lanzaría contra Maeve.

En el extremo opuesto del campo, el ejército del khagan presionaba e iba ganando terreno paso a paso.

No estaba indefensa. No estaba contenida. Nunca más.

La muerte se convirtió en una melodía en su sangre, cada momento un baile mientras la marea de soldados que brotaba de la torre iba haciéndose más lenta. Como si, en efecto, Lorcan estuviera matando a su paso por el interior. Los que lograban evadirlo se encontraban con la espada de la reina o la de Rowan. Un destello de oro y Gavriel había masacrado a todos a su paso para entrar también a la torre de asedio con las espadas gemelas moviéndose como un remolino.

Lo que Lorcan y el León harían al llegar al fondo, cómo retirarían la torre, eso no lo sabía. No lo pensó.

No desde su posición de matanza y movimiento, de aliento y sangre. De libertad.

La muerte había sido su maldición y su don y su amiga durante todos estos largos, largos años. Se sentía feliz de volver a saludarla bajo el sol dorado de la mañana.

CAPÍTULO 58

Elide ni siquiera estaba en las almenas y ya deseaba nunca más tener que soportar otra guerra.

Los soldados que entraban, sus heridas… No sabía cómo podían estar tan tranquilas las sanadoras. Cómo Yrene Westfall trabajaba con tanta firmeza mientras el hombre gritaba, gritaba, gritaba y sus órganos se asomaban por la herida en su abdomen.

La fortaleza se sacudía de vez en cuando y Elide se odiaba por sentir alivio de no saber qué significaba eso. Aunque la carcomía la incertidumbre acerca del destino de sus compañeros. Si el ejército del khagan estaba lo suficientemente cerca para que esta pesadilla terminara pronto.

Todavía pasarían horas, dijo la sanadora de piel morena y ojos inteligentes llamada Eretia cuando Elide vomitó al ver a un hombre con la tibia saliendo de su pierna. Faltaban horas para que terminara, le llamó la atención la sanadora con seriedad, así que sería mejor que terminara de vomitar y se pusiera a trabajar otra vez.

Pero Elide no podía hacer gran cosa. A pesar del generoso don de poder que corría por la línea de sangre Lochan, ella no tenía magia, no tenía dones aparte de saber leer a las personas y mentir. Pero ayudó a las sanadoras a sostener hombres que se revolcaban. Corrió a conseguir vendajes, agua caliente y los ungüentos o hierbas que las sanadoras le solicitaban con tranquilidad.

Ninguna de ellas gritaba. Sólo levantaban la voz y la magia brillaba a su alrededor si los alaridos de un soldado impedían que se escucharan sus palabras.

El sol apenas se había asomado por el horizonte, a juzgar por la luz en las ventanas altas del Gran Salón, y ya había tantos heridos. Tantos.

Y seguían llegando y Elide seguía moviéndose. Su cojeo se convirtió primero en un dolor sordo y luego agudo. Un dolor menor, comparado con lo que los soldados soportaban. Comparado con lo que estaban enfrentando en las almenas.

No se permitió pensar en sus amigos. No se permitió pensar en Lorcan, que no se había presentado en la habitación la noche anterior y no los había

buscado tampoco en la mañana. Como si no quisiera estar cerca de ella. Como si se hubiera tomado muy en serio cada una de las palabras odiosas que ella había pronunciado.

Así que Elide ayudó a las sanadoras de miradas despejadas, sostuvo a los hombres que gritaban y suplicaban, y no se detuvo.

Farasha no retrocedió frente a los soldados de Morath que llegaron a las almenas. Tampoco ante los que emergieron de la segunda torre de asedio que se afianzó más adelante en el muro, ni ante los que subieron por las escaleras.

No, esa yegua magnífica los pisoteaba, sin miedo y feroz, justo como Chaol había predicho. Un caballo cuyo nombre significaba mariposa pisoteando a todos los soldados del Valg.

Si su aliento no estuviera entrecortado en su pecho, Chaol podría haber sonreído. Si sus hombres no estuvieran siendo derribados a su alrededor, tal vez también hubiera reído un poco.

Pero Morath se estaba lanzando contra los muros y puertas con una furia que no habían visto antes. Tal vez sabían quién había llegado a Anielle y quién los estaba eliminando. Aelin y Rowan peleaban espalda con espalda y Fenrys se abrió camino por las almenas para unirse a Chaol junto a la segunda torre de asedio.

El brazo de Chaol que sostenía la espada no titubeaba, a pesar del agotamiento que empezaba a aumentar, y así pasó una hora, luego dos. A lo lejos, al otro lado del mar de soldados enemigos, los rukhin y las fuerzas darghan se congregaban y luego aplastaban a Morath entre sus fuerzas, llevándolos hacia los muros de la fortaleza.

Morath, al parecer, no pensaba rendirse. Tenían la mente puesta en provocar destrucción, en entrar a la fortaleza y matar a tantos como fuera posible antes de ser derrotados.

Su escudo estaba ensangrentado y abollado, su caballo era un demonio feroz bajo su cuerpo, y Chaol continuó blandiendo su espada. Su esposa estaba dentro de la fortaleza a sus espaldas. No le fallaría.

Nesryn se quedó sin flechas demasiado rápido.

Morath no huyó, ni siquiera con el poderío de los jinetes darghan y los soldados que descendían sobre ellos. Así que iban avanzando con lentitud. Dejaban cuerpos vestidos de negro así como armaduras doradas a su paso. Más soldados de Morath que de ellos, pero era difícil, casi insoportable, ver a tantos caídos. Ver los hermosos caballos darghan sin jinetes. O también derribados.

Los rukhin también tenían pérdidas, pero no tantas. No ahora que un ejército estaba luchando debajo de ellos.

Sartaq iba al frente del centro y Nesryn, desde donde comandaba el flanco izquierdo, estaba al tanto de él y Kadara. También de Borte y Yeran, que lideraban el flanco derecho al lado oeste de la batalla. Falkan Ennar estaba en forma de ruk con ellos. Tal vez se lo había imaginado, pero Nesryn podría jurar que el metamorfo peleaba con vigor renovado. Como si los años que le habían sido devueltos le agregaran fuerza.

Nesryn acicateó a Salkhi y volvieron a descender. Los jinetes detrás de ella la siguieron. Las flechas y lanzas volaron hacia ellos. Algunos soldados de Morath huyeron. Nesryn y Salkhi volvieron a elevarse cubiertos de más sangre negra.

En las alturas, unos vigías gemelos rukhin monitoreaban la batalla. Mientras Nesryn se limpiaba la sangre negra de la cara, uno de los jinetes descendió, directamente hacia Sartaq.

Sartaq se alejó volando a toda velocidad un instante después.

Nesryn sabía que al príncipe no le iba a gustar nada su decisión, pero le gritó al capitán de los rukhin detrás de ella que mantuviera la formación y salió volando tras él.

—Regresa a tu posición —le ordenó Sartaq gritando para que lo escuchara a pesar del viento. Su piel se veía anormalmente ceniza.

—¿Qué pasa? —gritó ella. Salkhi aleteó con más fuerza y alcanzó al ruk del príncipe.

Sartaq señaló frente a ellos. Al muro de montañas justo detrás del lago y la ciudad.

A la presa que había mencionado tan despreocupadamente ayer como opción para eliminar al ejército de Morath.

Con cada aleteo de Salkhi, la situación se iba haciendo más clara. Lo que lo había hecho salir enloquecido a toda velocidad.

Un grupo de soldados de Morath había utilizado la noche no para descansar sino para pasar a escondidas por la ciudad abandonada. Para escalar las colinas y luego la montaña. Hasta la presa misma.

Donde estaban ahora con arietes e ingenio intentando derribarla.

Salkhi voló más cerca. Nesryn buscó una flecha pero sus dedos se cerraron alrededor del aire.

Sin embargo, Sartaq tenía dos flechas todavía y las disparó hacia los treinta y tantos soldados de Morath que azotaban el ariete gigantesco justo en el centro de la presa. Contra la madera, y la roca, y el hierro, antiguos y amenazantes. Con unas cuantas grietas todo se vendría abajo.

Y luego el lago superior y el río, cautivos detrás de la presa, se liberarían con furia por toda la planicie.

A Morath no le importaba que sus propias fuerzas fueran eliminadas también. De todas maneras perderían hoy.

Pero tampoco permitirían que el ejército del khagan saliera ese día de la planicie.

Ambas flechas de Sartaq encontraron sus blancos, pero los dos soldados que cayeron no causaron que los demás soltaran el ariete. Repitieron la maniobra, lo mecieron hacia atrás y lo arrojaron hacia el frente.

El sonido de madera sobre madera resonó hasta las alturas.

Nesryn y Sartaq ya volaban lo suficientemente cerca como para poder ver con claridad los refuerzos de hierro que tenía el ariete. Una funda gruesa de hierro, con la punta llena de púas cuyo propósito era el de rasgar y perforar. Si Salkhi y Kadara pudieran alcanzarlos, les podrían arrancar el ariete de las manos.

El metal crujía y resonaba. El grito de advertencia de Sartaq cortó el aire.

Salkhi se ladeó instintivamente al ver el enorme perno de hierro antes que Nesryn. Un perno había salido disparado de un aparato de aspecto pesado que debían haber subido con dificultad. Para mantener alejados a los ruks.

El perno pasó a su lado y chocó contra la roca de la montaña.

Hubiera perforado el pecho de Salkhi, directo a su corazón.

Con el estómago revuelto, Nesryn volvió a elevarse para poder evaluar a los soldados abajo.

Sartaq le hizo una señal desde donde estaba, cerca de ella. Entraremos desde dos direcciones diferentes. Nos reuniremos en el centro.

El viento le gritaba en los oídos, pero Nesryn jaló las riendas y Salkhi se inclinó para volar en un arco amplio. Sartaq hizo lo mismo con Kadara, la imagen en espejo de la maniobra de Nesryn.

—¡Lo más rápido que puedas, Salkhi! —le gritó Nesryn al ruk.

Iban avanzando hacia la presa, hacia los soldados. Salkhi y Kadara volaron uno hacia la otra, se cruzaron en el aire, y volvieron a hacer otro arco. Volando rápido como el mismo viento. Negándoles un blanco fácil a los arqueros.

Un perno de hierro salió disparado hacia Sartaq y cortó el aire encima de él, casi rozándole la cabeza.

El ariete volvió a chocar contra la madera.

Esta vez se escuchó un crujido. Un gemido profundo, como una bestia terrible que despertaba de un sueño largo.

Otro perno de hierro salió volando hacia ellos y falló. Nesryn y Sartaq pasaban volando uno junto a la otra, tan rápido que a ella le lloraban los ojos. El viento cantaba, lleno de las voces de los moribundos y los heridos.

Y luego ya estaban ahí. Salkhi llevaba las garras estiradas y chocó contra la máquina de hierro que había lanzado esos pernos para destrozarla. Los soldados gritaron cuando el ruk cayó también sobre ellos.

Los que sostenían el ariete lograron dar otro golpe que provocó un sonido atronador contra la presa antes de que Sartaq y Kadara los atacaran. Los hombres salieron volando. Algunos chocaron contra la presa. Algunos aterrizaron en pedazos.

Kadara lanzó el ariete hacia el lado de la montaña y la madera se hizo astillas con el impacto. Rodó sobre las rocas y luego desapareció.

Con el corazón desbocado, mientras la batalla seguía desatándose abajo, Nesryn hizo girar a Salkhi y evaluó el muro de la presa. Sartaq hizo lo mismo a su lado.

Lo que vieron los hizo volar de regreso a la fortaleza lo más rápido que los pudieron transportar los vientos.

Lorcan se había abierto paso peleando para bajar por la primera torre de asedio. Avanzó por su interior oscuro y apretado matando a los soldados que se cruzaban en su camino. Gavriel iba detrás de él y pronto lo alcanzó. Lorcan estaba resistiendo en la entrada de la torre contra los incontables soldados que intentaban pasar a su interior.

Entre los dos contuvieron esa marea aunque algunos soldados de Morath lograron pasar a pesar de sus espadas. Whitethorn y la reina estarían esperando para matarlos.

Lorcan perdió la noción de cuánto tiempo llevaban él y Gavriel resistiendo en la entrada de la torre de asedio… cuánto tiempo pasó hasta que sus fuerzas pudieron separarla del muro.

Su magia sería inútil. Toda la maldita cosa estaba construida de hierro. Las escaleras también. Como si Morath hubiera anticipado su presencia.

Sólo supieron que la torre estaba a punto de colapsarse por el crujido del metal. Salieron corriendo hacia el campo de batalla.

Y llegaron a la parte exterior de las puertas. Fenrys y lord Chaol habían aparecido en los muros de las almenas con arqueros y les dispararon a los soldados que se lanzaron contra Lorcan y Gavriel.

Pero él y el León ya habían elegido su siguiente blanco: el ariete que seguía golpeando esas puertas cada vez más debilitadas. Los arqueros los cubrían desde arriba y ellos empezaron a masacrar soldados para llegar hasta allá. Y luego a masacrar a los que sostenían el ariete en sí, hasta que cayó al suelo y luego quedó olvidado en la oleada de soldados de Morath que se lanzó contra ellos.

La respiración de Lorcan había permanecido constante, una fuerza que lo mantenía firme mientras los cuerpos se apilaban a su alrededor.

Sólo necesitaban resistir en las puertas el tiempo necesario para que el ejército del khagan sobrepasara al grupo de Morath.

Desde arriba, un viento rápido y brutal se sumó al baile mortal. Les arrancó el aire de los pulmones a los soldados que iban contra ellos. Whitethorn seguía luchando en las almenas.

Lorcan volvió a perder la noción del tiempo. Sólo estaba vagamente consciente del sol que iba avanzando por el cielo.

Pero el ejército del khagan iba ganando terreno en el campo de batalla, centímetro a centímetro.

Lo suficiente para que los ruks arrancaran las escaleras de asedio de los muros de la fortaleza. Lo suficiente para que lord Chaol les gritara a él y a Gavriel que subieran por la última y regresaran de una maldita vez.

Gavriel obedeció. Vio la escalera que ya no tenía soldados de Morath y que estaba siendo sostenida sólo lo necesario para que ellos regresaran a las almenas.

Pero las fuerzas del khagan ya estaban cerca. Y un empujón en el hombro de Lorcan le indicó que no corriera, que peleara.

Así que Lorcan escuchó. No se molestó en gritarle a Gavriel, que ya iba a medio camino por la escalera y se lanzó a la pelea.

Había sido criado para la batalla. Independientemente de la reina a la que le sirviera, ya fuera hada o Valg o humana, esto era para lo que había entrenado. Lo que una parte de él siempre ansiaba hacer.

Lorcan se abrió su propio camino hacia las filas del khagan que avanzaban. Algunos de los soldados de Morath huían a su paso. Algunos caían antes de que él los alcanzara porque iba arrancando vidas con su magia.

Pronto. Ganarían el territorio pronto y la canción de su sangre se acallaría.

En parte, no quería que terminara a pesar de que su cuerpo empezaba a suplicar que descansara.

Pero, cuando la batalla terminara, ¿qué quedaría?

Nada. Elide se lo había dejado bastante claro. Lo amaba pero se odiaba por eso.

De todas maneras, él no la merecía.

Ella merecía una vida de paz, de felicidad. Él no conocía esas cosas. Pensaba que las había vislumbrado en los meses que viajaron juntos, antes de que todo se fuera al demonio, pero ahora ya sabía que él no estaba hecho para nada similar.

Pero este campo de batalla, esta canción de muerte a su alrededor… Esto sí lo podía hacer. Esto sí lo podía saborear.

Los cascos dorados del ejército del khagan se hacían más nítidos, sus caballos feroces no titubeaban. Eran un grupo más preparado que cualquiera con el que hubiera peleado en un reino mortal. En muchos inmortales, también.

Obedeciendo la canción de muerte en su sangre, Lorcan bajó sus escudos. No deseaba que esto fuera fácil. Quería sentir cada golpe, ver cómo la vida de sus enemigos escapaba de sus cuerpos bajo su espada.

No le importaba lo que sucediera. A nadie le importaría si regresaba o no a la fortaleza. No retrocedió al empezar a pelear contra los diez soldados que lo atacaron.

Tal vez se merecía lo que sucediera después. Tal vez se lo merecía por sus pensamientos patéticos o por su arrogancia al bajar sus escudos.

En un instante, estaba enviando a los soldados de Morath de regreso con su creador oscuro. En un instante, estaba sonriendo aunque sentía el sabor de su sangre vil que salpicaba por el aire.

Un destello de metal en su espalda. Lorcan giró, con la espada en alto, pero era demasiado tarde.

La espada del soldado del Valg empujó hacia arriba. Lorcan se arqueó y gritó al sentir que la carne se desgarraba a lo largo de su columna. No tenía armadura… no había armadura que les quedara en los torsos amplios.

El soldado de Morath volvió a moverse. Era más hábil que los otros. Tal vez el hombre que había infestado tenía cierta habilidad en el campo de batalla, algo que el demonio usaba para su ventaja.

Lorcan casi no pudo levantar la espada antes de que el soldado le enterrara la suya en el abdomen.

Lorcan cayó y soltó su espada. El lodo helado le succionó la cara, como si quisiera tragárselo entero. Jalarlo hacia abajo a las profundidades oscuras del reino de Hellas, donde merecía estar.

La tierra tembló bajo la fuerza de los cascos de los caballos y las flechas gritaron sobre su cabeza.

Luego escuchó un rugido. Y luego la negrura.

CAPÍTULO 59

El ejército del khagan no tomó prisioneros.

Unos cuantos de los soldados de Morath trataron de escapar hacia la ciudad. Parado al lado de Aelin en las almenas, Rowan observaba a los ruks ir por ellos con eficiencia letal.

Todavía sentía un zumbido en los oídos por el escándalo de la batalla. Su aliento todavía estaba entrecortado, al igual que el de Aelin. Las pequeñas heridas que tenía ya estaban sanando y sentía un picor cosquilleante debajo de su ropa manchada. Sin embargo, la herida que tenía en la pierna necesitaría más tiempo.

Al otro lado de la planicie, hasta el horizonte, el ejército del khagan se aseguraba de que sus víctimas permanecieran derribadas. Las espadas y las lanzas reflejaban la luz del atardecer al alzarse y caer, cortando cabezas. Rowan siempre había recordado el caos y la emoción de la batalla, pero esto, las secuelas de sentimientos adormecidos y de agotamiento, lo había olvidado.

Las sanadoras ya iban saliendo al campo de batalla. Sus banderas blancas contrastaban con el mar de negro y oro. Los que necesitaban ayuda más intensiva eran transportados por los ruks y los llevaban directo al caos del Gran Salón.

Sobre las almenas bañadas de sangre, rodeados de sus aliados y compañeros, Rowan le pasó a Aelin el odre. Ella bebió largamente y luego se lo dio a Fenrys.

Una liberación y un alivio. Eso había sido la batalla para su pareja.

—Las pérdidas fueron mínimas —estaba diciendo la princesa Hasar con una mano apoyada en una pequeña sección del muro de las almenas que no estaba bañada en sangre negra o roja—. Los soldados rasos fueron los que tuvieron más bajas; los darghan quedaron prácticamente intactos.

Rowan asintió. Impresionante, más que impresionante. El ejército del khagan había sido una fuerza bellamente coordinada que se movía por la planicie como si fueran granjeros cosechando trigo. De no haber estado tan metido en el baile de la batalla, tal vez se hubiera detenido a maravillarse de sus maniobras.

La princesa volteó a ver a Chaol, sentado en su silla de ruedas y con el rostro serio.

—¿Y de su lado?

Chaol miró a su padre. El hombre mayor observaba el campo de batalla con los brazos cruzados y les respondió sin voltearlos a ver:

—Muchos. Dejémoslo así.

El dolor parecía reflejarse en la mirada del bastardo, pero no dijo nada más.

Chaol frunció el ceño hacia Hasar a modo de disculpa y apretó las manos en los brazos de su silla. Los soldados de Anielle, aunque habían luchado con valentía, no eran un grupo entrenado. Muchos de los que sobrevivieron eran guerreros con experiencia que habían peleado contra los hombres salvajes en los Colmillos, le había dicho Chaol a Rowan antes. La mayoría de los muertos no.

Hasar al fin miró a Aelin.

—Supe que diste todo un espectáculo hoy.

Rowan se preparó para la respuesta.

Aelin apartó la vista del campo de batalla e inclinó la cabeza.

—Parece que ustedes también.

Era verdad, la armadura ornamentada de Hasar estaba salpicada de sangre negra. Había estado en medio de la batalla, sobre su caballo muniqi, y había cabalgado hasta las puertas. Pero la princesa no hizo otro comentario.

La irritación, profunda y casi oculta, se pudo ver en los ojos de Aelin. Pero no volvió a hablar, no presionó a la princesa sobre su siguiente paso. Simplemente devolvió su atención al campo de batalla y se mordió el labio.

Apenas se había detenido durante la batalla, solamente cuando ya no había más Valg que matar. Y en los minutos que llevaba desde que se habían despejado los muros, había permanecido en silencio, distante. Como si todavía estuviera saliendo de ese sitio tranquilo y calculador donde había estado mientras peleaba. No se había molestado en quitarse la armadura. La corona de batalla estaba cubierta de sangre, su cabello también.

El padre de Chaol había echado un vistazo a su armadura, a la de Rowan, y se había puesto blanco de rabia. Pero Chaol simplemente había movido su silla al lado de su padre y le gruñó algo en voz demasiado baja para que Rowan alcanzara a oír, y el hombre se contuvo.

Por el momento. Tenían asuntos más importantes que considerar. Cosas que hacían que su pareja se estuviera mordiendo el labio. Cuando llegara el

ejército del príncipe Kashin, si en verdad se dirigirían al norte a Terrasen. Si hoy había sido suficiente para ganárselos.

Aparecieron dos figuras en el cielo. Kadara y Salkhi, que venían volando hacia la fortaleza a una velocidad casi descontrolada.

La gente se apresuró para apartarse del camino de los ruks cuando Sartaq y Nesryn aterrizaron en las almenas y se bajaron de sus monturas para ir directamente hacia ellos.

—Tenemos un problema —dijo Nesryn con el rostro cenizo.

En verdad, los labios de Sartaq estaban casi sin sangre. El olor de ambos estaba lleno de temor.

Las ruedas de la silla de Chaol salpicaron al pasar por los charcos de sangre.

—¿Qué pasa?

Aelin se enderezó. Gavriel y Fenrys se quedaron inmóviles.

Nesryn apuntó al otro lado de la ciudad, al muro de montañas.

—Interceptamos a un grupo de soldados de Morath casi al final de la batalla… intentando romper esa presa.

Rowan maldijo y la maldición de Chaol le hizo eco.

—Supongo que no tuvieron éxito gracias a ustedes —dijo Aelin, que miraba hacia la presa demasiado cercana a las aguas agitadas del lago superior y el río que contenía.

—Parcialmente —dijo Sartaq y un músculo le vibró en la mandíbula—. Pero cuando llegamos ya se había hecho mucho daño.

—Ya dilo —siseó Hasar.

Los ojos oscuros de Sartaq brillaron.

—Tenemos que evacuar a nuestro ejército de la planicie. Ahora mismo.

—¿Se va a romper? —exigió saber el padre de Chaol.

Nesryn hizo una mueca.

—Es probable que sí.

—Podría reventarse en cualquier momento —dijo Sartaq e hizo un ademán hacia el ejército del khagan en la planicie—. Necesitamos sacarlos.

—No hay a dónde ir —dijo el padre de Chaol—. El agua rugirá por kilómetros

y esta fortaleza no puede contener a todo tu ejército.

En verdad, se dio cuenta Rowan, la fortaleza, a pesar de su posición alta, no podía contener a un ejército del tamaño del que estaba en la planicie. De ninguna manera. Y la fortaleza, que se elevaba sobre el suelo, sería lo único que podría soportar la ola gigante de agua helada que se abriría paso desde las montañas y por toda la planicie. Y que arrasaría con todo lo que encontrara a su paso.

Hasar fijó su mirada ardiente en Chaol.

—¿Hacia dónde les decimos que corran?

—Llamen a los ruks —dijo Chaol—. Que carguen tantas personas como puedan y luego las lleven al pico detrás de nosotros —hizo una señal hacia la pequeña montaña en la cual estaba construida la fortaleza—. Que los pongan sobre las rocas, donde sea.

—¿Y los que no logren subirse a los ruks? —presionó la princesa ya con algo de pánico reflejado en su rostro feroz.

El corazón de Rowan latía con fuerza. Habían ganado la batalla sólo para que el enemigo tuviera la última palabra en su victoria.

Morath no permitiría que el ejército del khagan saliera de esa planicie.

Destruiría a este ejército, su ligera esperanza, de un simple golpe brutal.

—¿Sería una trampa desde el principio? —se preguntó Chaol y se frotó la mandíbula—. Erawan sabía que yo traería a un ejército. ¿Eligió Anielle por eso? ¿Sabiendo que yo vendría, y que él usaría la presa para eliminar a nuestro ejército?

—Lo pensaremos después —advirtió Aelin con el rostro tan serio como el de Rowan. Miró hacia la planicie—. Diles que corran. Si no pueden conseguir un ruk, que corran. Si logran llegar al borde de Oakwald, tal vez tengan oportunidad si pueden subirse a un árbol.

Su pareja no mencionó que con una ola de ese tamaño, esos árboles quedarían sumergidos, o serían arrancados de raíz.

Gavriel preguntó:

—¿No hay manera de arreglar el daño de la presa?

—La revisamos —dijo Sartaq y tragó saliva—. Morath sabía dónde golpear.

—¿Qué hay de tu magia? —le preguntó Fenrys a Rowan—. ¿Podrías congelarlo… el río?

Él ya lo había considerado. Rowan negó con la cabeza.

—Es demasiado profundo y su corriente demasiado fuerte.

Tal vez si estuvieran aquí sus primos, pero Enda y Sellene estaban en el norte, sus hermanos y parientes con ellos.

—Abran las puertas de la fortaleza —dijo Chaol en voz baja—. Todos los que estén cerca pueden correr hacia acá. Los que estén más lejos pueden huir al bosque.

Rowan miró a Aelin a los ojos.

A ella le empezaron a temblar las manos.

Esto no puede terminar aquí parecía estar diciendo. El pánico… el pánico se encendió en su mirada. Rowan le tomó la mano temblorosa y apretó.

Pero no había verdad ni mentira que la tranquilizara.

No habría verdad ni mentira que salvara al ejército en la planicie.

Elide encontró a sus compañeros y sus aliados no en la sala de consejo, sino reunidos en las almenas. Como si no estuvieran rodeados de cuerpos y sangre.

Cada paso que daba entre la sangre negra y roja la hacía encogerse un poco. Intentaba no ver los ojos de los soldados caídos. Yrene la había enviado para ver cómo estaba Chaol. Había sido una pregunta jadeante y temerosa de la esposa que no había sabido nada de él desde el inicio de la batalla.

Después de horas de estar ayudando a las sanadoras, Elide estaba desesperada por escapar de esa habitación que apestaba a sangre y desperdicios. Pero el alivio de salir al aire fresco, a la batalla terminada, fue corto cuando vio las almenas sangrientas. Cuando notó los rostros pálidos de sus compañeros, sus palabras tensas. Todos estaban mirando entre las montañas y el campo de batalla.

Algo había salido mal. Algo estaba mal.

El campo de batalla se extendía a la distancia. Las sanadoras corrían entre los cuerpos caídos con sus banderas blancas en alto para indicar su ubicación. Había tantos. Tantos muertos y heridos. Un mar de ellos.

Elide llegó al lado de Chaol justo cuando Nesryn Faliq saltó sobre su hermoso ruk y se lanzó de un clavado hacia el ejército abajo. No… hacia los otros ruks.

Elide le puso una mano en el hombro a Chaol y apartó su atención de donde veía alejarse a Nesryn. Estaba salpicado de sangre pero sus ojos de bronce estaban despejados.

Y llenos de terror.

El mensaje que Yrene le había dado a Elide se le borró de la memoria.

—¿Qué pasa?

Aelin respondió. Su armadura ensangrentada se veía extraña y antigua. Una visión del pasado.

—La presa se va a reventar —dijo la reina con voz ronca—. Y va a llevarse a todos los que queden en la planicie.

Oh, dioses. Oh, dioses.

Elide los miró a todos y supo la respuesta a su siguiente pregunta: ¿Qué podemos hacer?

Nada.

Los ruks se elevaron por los cielos y aleteaban a su alrededor con soldados en sus garras y en sus espaldas.

—¿Alguien ya les advirtió a las sanadoras? —dijo Elide y señaló hacia las banderas blancas que ondeaban a lo lejos en la planicie—. ¿A la Sanadora Mayor?

Hafiza estaba allá abajo, le había dicho Yrene.

Silencio. Entonces el príncipe Sartaq maldijo en su propio idioma y salió corriendo hacia su ruk dorado. Iba a toda velocidad hacia el campo de batalla en cuestión de segundos, gritando a todo pulmón. Kadara descendía a cada rato y, cuando volvía a levantarse, llevaba otra figura pequeña entre sus garras. Sanadoras. Iba recogiendo todas las que podía.

Elide se dio la vuelta hacia sus compañeros al ver que los soldados empezaban a correr hacia la fortaleza, pasando por encima de cadáveres y heridos por igual. Las órdenes salieron en el lenguaje del Continente del Sur, y más soldados del campo de batalla saltaron a la acción.

—¿Qué más… qué más podemos hacer? —exigió saber Elide.

Aelin y Rowan simplemente miraban hacia el campo de batalla, miraban con Fenrys y Gavriel a los ruks que se apresuraban a salvar a todos los que pudieran. Detrás de ellos, la princesa Hasar caminaba ansiosa y Chaol y su padre murmuraban sobre dónde podrían alojar a todos en la fortaleza. Los que sobrevivieran.

Elide los volvió a ver. Los vio a todos.

Y luego preguntó en voz baja:

—¿Dónde está Lorcan?

Ninguno de ellos volteó.

Elide volvió a preguntar, en voz más alta:

—¿Dónde está Lorcan?

Los ojos de Gavriel la miraron con confusión.

—Él… salió al campo de batalla durante la pelea. Lo vi justo antes de que las tropas del khagan lo alcanzaran.

—¿Dónde está? —dijo Elide y se le quebró la voz. Fenrys la miró. Luego Rowan y Aelin. Elide suplicó: —¿Dónde está Lorcan?

Desde su silencio impactado, supo que ellos ni siquiera se lo habían preguntado.

Elide se dio la vuelta hacia el campo de batalla. A esa extensión interminable de cuerpos caídos. Los soldados huían. Muchos de los heridos estaban siendo abandonados donde estaban.

Tantos cuerpos. Tantos, tantos soldados allá abajo.

—Dónde —nadie contestó. Elide señaló hacia el campo de batalla y le gruñó a Gavriel—. ¿Dónde lo viste unirse a las fuerzas del khagan?

—Casi al otro lado del campo —respondió Gavriel con la voz tensa y señaló hacia la planicie—. No… no lo vi después de eso.

—Mierda —exhaló Fenrys.

Rowan le dijo:

—Usa tu magia. Salta al campo de batalla, encuéntralo, y tráelo de regreso.

El alivio le llenó el pecho a Elide.

Hasta que Fenrys dijo:

—No puedo.

—No la usaste ni una vez en la batalla —le dijo Rowan—. Deberías poder hacerlo sin problema.

Fenrys palideció debajo de la sangre que manchaba su rostro y miró a Elide con ojos suplicantes.

—No puedo.

Se hizo el silencio en las almenas.

Entonces Rowan gruñó:

—No lo quieres hacer —señaló con un dedo sangriento hacia el campo de batalla—. Lo dejarías morir y ¿para qué? Aelin lo perdonó —su tatuaje se contrajo cuando volvió a gruñirle—. Sálvalo.

Fenrys tragó saliva. Pero Aelin dijo:

—Déjalo, Rowan.

Rowan le gruñó a ella también.

Ella le gruñó también.

—Déjalo.

Alguna conversación no verbal intercambiaron y la esperanza que se había encendido en el pecho de Elide se apagó al ver que Rowan cedía. Vio a Fenrys y asintió a manera de disculpa. Fenrys, que parecía que iba a vomitar, simplemente volvió a mirar el campo de batalla.

Elide dio un paso atrás. Luego otro.

Lorcan no podía estar muerto.

Ella lo sabría si estuviera muerto. Lo sabría en su corazón, en su alma, si ya se hubiera ido.

Estaba allá abajo. Estaba allá abajo, en ese ejército, tal vez herido y desangrándose…

Nadie la detuvo cuando regresó corriendo al interior de la fortaleza. Cada cojeo hacía que el dolor le subiera por la pierna, pero no se detuvo al llegar a las escaleras interiores y después al salir al caos.

Le había hecho una promesa.

Había hecho un juramento, hacía varios meses.

Siempre te voy a encontrar.

Los soldados y las sanadoras corrían escaleras arriba, empujando a Elide para pasar. Los gritos eran casi ensordecedores al rebotar contra las rocas antiguas. Ella avanzó hacia abajo con dificultad, sollozando entre dientes.

Siempre te voy a encontrar.

Empujó, dio codazos y le gritó a la gente frenética que corría junto a ella. Elide se abrió camino a lo largo de cada escalón. Hacia las puertas.

La gente gritaba, un flujo interminable que subía por las escaleras. Pero Elide

continuaba bajando. Se saltaba uno que otro escalón. La gente ni siquiera la volteaba a ver, ni siquiera para intentar dejarla pasar mientras fluían hacia arriba. Cuando Elide perdió otro escalón, gritó hacia la escalera:

—¡Abran paso a la reina!

Nadie la escuchó, así que lo hizo de nuevo. Llenó su voz de mando y con todo el poder que había visto usar a los machos hada para intimidar a sus oponentes gritó:

—¡Abran paso a la reina!

Esta vez, la gente se pegó a las paredes. Elide aprovechó el espacio angosto y fue gritando sus órdenes una y otra vez. Su tobillo iba aullando de dolor con cada paso.

Pero lo logró. Llegó al nivel inferior sumergido en el caos, a las puertas abiertas y llenas de soldados. Más allá, podía ver los cuerpos extenderse hasta el horizonte. Guerreros y sanadoras y los que llevaban a los heridos rápidamente hacia cualquier escalinata que pudieran encontrar.

Elide dio cinco pasos cojeando hacia la puerta antes de darse cuenta de que sería imposible. Cruzar ese campo, encontrarlo en esa planicie interminable, antes de que la presa se reventara y se lo llevara. Antes de que lo perdiera para siempre.

No estaba muerto.

No estaba muerto.

Siempre te voy a encontrar.

Elide miró hacia las puertas, hacia el cielo en busca de algún ruk que pudiera llevarla. Pero todos volaban hacia los niveles superiores que estaban repletos de soldados y sanadoras. Algunos incluso iban depositando a la gente en la misma montaña. Y en el nivel del suelo, nadie podía oír sus gritos de ayuda.

Ningún soldado se detuvo tampoco.

Elide miró hacia el otro extremo de la entrada en las puertas.

Vio los caballos que los jinetes desesperados llevaban a los establos. Las bestias corcoveaban por el pánico a su alrededor mientras eran llevados hacia las rampas repletas.

Una yegua negra se encabritó. Su grito fue una advertencia antes de intentar patear con sus cascos al mozo de cuadra que la llevaba. Era la yegua de lord Chaol. El mozo que la intentaba llevar hacia el establo gritó y cayó, apenas logró sostener las riendas mientras el caballo daba pisotones con las orejas pegadas a la cabeza.

Elide no pensó. No lo reconsideró. Se dirigió hacia los caballos y los establos.

Le dijo al mozo que sostenía a Farasha y que todavía retrocedía del caballo enloquecido:

—Yo la llevo.

El hombre, con el rostro pálido, le lanzó las riendas.

—Buena suerte.

Luego él también corrió.

La yegua, Farasha, jaló con tanta fuerza de las riendas que Elide casi salió volando por las rocas. Pero plantó los pies con firmeza aunque su pierna protestó a gritos y le dijo a la yegua:

—Te necesito, corazón feroz —vio directamente a los ojos fieros y oscuros de Farasha—. Te necesito —dijo con la voz quebrada—. Por favor.

Y, por los dioses en los cielos, el caballo se tranquilizó. Parpadeó.

Los caballos y los mozos de cuadra pasaban a su lado pero Elide la sostuvo con firmeza. Esperó a que Farasha bajara la cabeza, como si le diera permiso.

Los estribos estaban lo suficientemente bajos gracias a que las piernas de Chaol eran largas y Elide los pudo alcanzar. De todas maneras tuvo que morderse el labio para no gritar cuando su peso cayó en su tobillo malo, cuando empujó, y se levantó hacia la silla fina de Farasha. Era una pequeña bendición que no hubiera habido tiempo de quitarles las sillas a los caballos después de la batalla. Había una especie de sostén colgando a los lados, sin duda para que lord Chaol se mantuviera estable, y Elide los desabrochó. Cualquier peso adicional, lo que fuera que pudiera hacer su paso más lento, tenía que ser descartado.

Elide tomó las riendas.

—Al campo de batalla, Farasha.

Farasha relinchó y se lanzó hacia la refriega.

Los soldados saltaron para apartarse de su camino y Elide no se detuvo para disculparse, no se detuvo por nadie, y ella y la yegua negra avanzaron hacia las puertas. Y luego las cruzaron.

Y salieron a la planicie.

CAPÍTULO 60

Rowan sabía que su magia simplemente retrasaría lo inevitable. Había pensado volar hacia la presa para ver si podía mantener la estructura en su sitio sólo el tiempo necesario, aunque no pudiera detener el río por completo, pero la fuerza al otro lado… no podía contenerse.

Los soldados y las sanadoras corrían hacia la fortaleza. Los ruks volaban a toda velocidad por el campo de batalla para llevar a los que estaban más cerca del camino del agua hacia un sitio seguro. Pero no eran lo suficientemente rápidos. Incluso sin saber cuándo se rompería la presa, no habría suficiente tiempo.

¿Lorcan estaría entre los que corrían o había logrado subirse a un ruk?

—El poder —le dijo Fenrys en voz baja, sostenido de la pared llena de sangre — era lo que compartíamos Connall y yo.

—Lo sé —dijo Rowan. No debería haberlo presionado—. Lo siento.

Fenrys simplemente asintió.

—No he podido soportarlo desde entonces Yo… yo ni siquiera estoy seguro de poder usarlo otra vez —dijo y repitió—: Lo siento.

Rowan le puso la mano en el hombro. Era otra de las cosas que haría que Maeve pagara.

—De todas maneras es posible que ni siquiera lo encontraras.

Fenrys apretó la mandíbula.

—Podría estar en cualquier parte.

—Podría estar muerto —murmuró la princesa Hasar.

—O herido —intervino Chaol y se acercó hacia la orilla del muro para mirar el campo de batalla abajo y la presa distante más allá.

Aelin, a un par de metros de distancia, también estaba mirando en esa dirección. Su cabello lleno de sangre se había soltado de la trenza con el

fuerte viento. Los mechones fluían hacia esas montañas, hacia la destrucción que pronto sería liberada.

No dijo nada. No había hecho nada desde que Nesryn y Sartaq les comunicaron la noticia. Era justo su tipo de pesadilla, se dio cuenta él, no poder ayudar, verse forzada a mirar mientras los demás sufrían. No tenía palabras para consolarla, no había palabras que pudieran arreglar esto. Detener esto.

—Podría intentar rastrearlo —ofreció Gavriel.

Rowan trató de sacudirse su creciente angustia.

—Voy a volar por el campo de batalla para ver si lo puedo localizar y les haré una señal desde allá…

—No te molestes —dijo la princesa Hasar. Rowan estaba a punto de gruñirle una respuesta cuando ella señaló hacia el campo de batalla—. Ella ya se adelantó.

Rowan volteó y los demás hicieron lo mismo.

—No —exhaló Fenrys.

Ahí, galopando por la planicie en un caballo negro conocido, iba Elide.

—Farasha —murmuró Chaol.

—Va a morir —dijo Gavriel y se puso tenso como si estuviera a punto de saltar de las almenas para salir corriendo tras ella—. Va a…

Farasha saltaba sobre los cuerpos caídos, se abría paso entre los heridos y los muertos. Elide iba viendo de un lado a otro en la silla de montar. Y a la distancia, Rowan podía distinguir su boca que se movía y gritaba una palabra, un nombre, una y otra vez. Lorcan.

—Si cualquiera de ustedes baja —advirtió Hasar—, también morirán.

Era algo que iba contra todos los instintos, contra todos los siglos de entrenamiento y lucha que había compartido con Lorcan, pero la princesa tenía razón. Perder una vida era mejor que perder varias. En especial porque necesitaría de su grupo para el resto de la guerra.

Lorcan estaría de acuerdo, le había enseñado a Rowan a tomar ese tipo de decisiones difíciles.

Pero Aelin permaneció en silencio, como si hubiera descendido muy profundamente a su interior, y siguió viendo hacia el campo de batalla.

Hacia la pequeña jinete y el poderoso caballo que corrían.

Farasha era una tempestad bajo su cuerpo, pero la yegua no intentó quitarse a Elide de encima mientras recorrían la planicie llena de cuerpos a toda velocidad.

—¡Lorcan!

El viento, los aullidos de los soldados que huían, los alaridos de los ruks en los cielos se tragaban su grito.

—¡Lorcan!

Buscó en cada cadáver que pasaba para ver si distinguía algo de ese cabello negro brillante, ese rostro severo. Tantos. El campo de muertos se extendía infinitamente, los cuerpos caídos unos sobre otros.

Farasha saltaba por encima de ellos y daba vueltas cerradas mientras Elide volteaba para buscar y buscar y buscar.

Los caballos darghan y sus jinetes pasaban corriendo a su lado. Algunos iban hacia la fortaleza, otros hacia el bosque distante en el horizonte. Farasha se movía entre ellos y tiraba mordiscos a los que se cruzaban en su camino.

—¡Lorcan!

Qué pequeño sonaba su grito, qué débil.

Pero la presa seguía sin reventar.

Siempre te voy a encontrar.

Y sus palabras, las palabras estúpidas y odiosas que le había dicho… ¿Ella había provocado esto? ¿Se lo había causado a él? ¿Les había pedido a los dioses que lo hicieran?

Sus palabras se disolvieron totalmente en el instante en que se dio cuenta de que no estaba en las almenas. Todo lo sucedido en los últimos meses se disolvió y desapareció.

—¡Lorcan!

Sin titubear, Farasha continuó moviéndose. Su crin negra volaba en el viento.

La presa debía resistir. Resistiría. Hasta que ella lo llevara de regreso a la fortaleza.

Así que Elide no se detuvo. No miró hacia la amenaza que aguardaba, esperando ser liberada.

Cabalgó, y cabalgó, y cabalgó.

Sobre las almenas, Chaol no sabía hacia dónde dirigir su mirada: hacia la

presa, hacia la gente que huía de su inminente destrucción o hacia la joven lady de Perranth que corría por el campo de batalla sobre su caballo.

Una mano tibia se posó sobre su hombro y supo sin voltear que era Yrene.

—Acabo de escuchar sobre la presa. Había enviado a Elide a que viera si estabas…

Las palabras de su esposa cesaron cuando vio a la jinete solitaria que cabalgaba alejándose de las masas que se dirigían a la fortaleza.

—Que Silba la salve —susurró Yrene.

—Lorcan está allá abajo —fue la única explicación que le dio Chaol.

Los machos hada estaban tan tensos como cuerdas de un arco mientras la joven cruzaba el campo de batalla poco a poco. Las probabilidades de que encontrara a Lorcan, ya no se diga que lo lograra antes de que se reventara la presa…

Pero Elide continuaba cabalgando. Corriendo contra la misma muerte.

La princesa Hasar dijo en voz baja:

—La chica está cometiendo una tontería. Es la más valiente que he visto, pero no deja de ser una tontería lo que está haciendo.

Aelin no dijo nada. Su mirada estaba perdida. Como si se hubiera retraído en sí misma al darse cuenta de que su ligerísima esperanza estaba a punto de desaparecer. Junto con sus amigos.

—Hellas cuida a Lorcan —murmuró Fenrys—. Y Anneith, su consorte, cuida a Elide. Tal vez se logren encontrar.

—En el caballo de Hellas —dijo Chaol.

Todos lo voltearon a ver y apartaron la mirada del campo.

Chaol negó con la cabeza e hizo un ademán hacia la planicie, hacia la yegua negra y su jinete.

—Yo llamo a Farasha el caballo de Hellas. Lo he hecho desde el momento en que la conocí.

Como si conocer ese caballo, traerla para acá, no hubiera sido por él sino por este motivo. Por esta carrera desesperada en un campo de batalla interminable.

Yrene le tomó la mano, como si ella también comprendiera.

El silencio cayó en su sección de las almenas. No quedaban palabras por

pronunciar.

—¡Lorcan!

La voz de Elide ya casi no daba más. Había perdido la cuenta de cuántas veces había gritado su nombre.

No había señal de él.

Se dirigió hacia el lago. Más cerca de la presa. Él hubiera elegido el lago por sus ventajas defensivas.

Los cuerpos eran como una mancha debajo, a su alrededor. Había tantos Valg en el campo. Algunos levantaban sus manos pálidas hacia Farasha. Como si quisieran jalarla, desgarrarla, suplicarle que los ayudara.

La yegua los pisoteaba hacia el lodo, los huesos tronaban y los cráneos reventaban.

Tenía que estar acá afuera. Tenía que estar en alguna parte. Vivo… herido, pero vivo.

Lo sabía.

El lago era una extensión gris a su izquierda, una burla del infierno que se desataría en cualquier instante.

—¡Lorcan!

Habían llegado al corazón del campo de batalla y Elide hizo que Farasha frenara lo necesario para poder pararse en los estribos, mordiéndose el labio para controlar la agonía de su tobillo. Nunca se había sentido tan pequeña, tan inconsecuente. Una mota de nada en este mar maldito.

Elide volvió a dejarse caer en la silla y acicateó al caballo con los talones. Llevó a Farasha más cerca de la extensión plateada brillante. Tenía que haberse dirigido al lago.

El caballo se puso en movimiento, su pecho subía y bajaba como un fuelle poderoso.

Más y más, armaduras negras y doradas, sangre y nieve y lodo. La presa se mantenía.

Pero allá…

Elide tiró de las riendas y frenó al caballo que avanzaba a toda velocidad.

Allá, no demasiado lejos de la orilla del agua, había un grupo de soldados de Morath caídos. Un sector. No había ninguna armadura dorada entre ellos. Incluso en las partes donde el ejército del khagan había arrasado, había

perdido algún soldado. La distribución en el campo de batalla no era equitativa, pero había cuerpos con armadura dorada en la masa de negro.

Sin embargo, ahí no había ninguno. Tampoco había flechas ni lanzas que justificaran la caída de tantos.

Un verdadero camino lleno de demonios del Valg fluía delante de ella.

Elide siguió el camino. Miró cada cadáver, cada rostro con casco. La boca se le secó. Más y más avanzó en este camino de destrucción.

Tantos. Había matado a tantos.

Su aliento le raspaba la garganta cuando se acercaron al final del camino de muerte, donde los cuerpos dorados volvieron a empezar a aparecer.

Nada. Elide detuvo a Farasha. Gavriel había dicho que lo había visto por última vez aquí. ¿Se había lanzado detrás de las líneas de sus aliados y se había movido desde ahí?

Podría haberse ido caminando de este campo, se dio cuenta ella. Podría ya estar de regreso en la fortaleza, o en Oakwald, y ella había montado hasta acá por nada…

—¡Lorcan! —gritó, con tanta fuerza que se sorprendió de que no le sangrara la garganta—. ¡Lorcan!

La presa seguía intacta. ¿Cuál de sus respiraciones sería la última?

—¡LORCAN!

Un gemido adolorido le respondió a sus espaldas.

Elide se dio la vuelta en la silla y miró el camino de Valg muertos detrás de ella.

Una mano ancha y bronceada se levantó desde debajo de una pila de cuerpos e intentó apoyarse en la pechera de un soldado. A menos de cinco metros de distancia.

Un sollozo le brotó de la garganta rota y Farasha galopó hacia esa mano ensangrentada que se esforzaba por elevarse. El caballo se detuvo bruscamente. La sangre salió salpicada desde sus cascos. Elide se bajó de la silla de un salto y corrió hacia él.

La armadura y las espadas la cortaban, la carne muerta chocaba contra su piel mientras ella movía los cadáveres de los demonios, gruñendo por el peso. Encontró a Lorcan que también se abría paso, la mano se convirtió en un brazo, luego en dos, que retiraban los cuerpos apilados sobre él.

Elide estiró la mano justo cuando él logró quitarse de encima al soldado que

estaba tirado encima de él.

Elide vio la herida en el abdomen de Lorcan e intentó no caer de rodillas.

La sangre salía por todas partes. La herida no estaba cerrada, no de la manera como las hadas debían poder sanarse a sí mismas. La herida que lo había derribado debió haber sido catastrófica si había requerido de todo su poder para sanar tan poco.

Pero no se lo dijo. No le dijo otra cosa salvo:

—La presa está a punto de reventar.

La sangre negra salpicaba a Lorcan en la cara ceniza, sus ojos oscuros nublados por el dolor. Elide apoyó los pies, se tragó su grito de dolor y lo tomó por debajo de los hombros.

—Necesitamos sacarte de aquí.

La respiración de Lorcan era rasposa y húmeda cuando intentó levantarlo. Él bien podría ser una roca, podría ser tan inamovible como la misma fortaleza.

—Lorcan —le suplicó con la voz quebrada—, tenemos que sacarte de aquí.

Él movió las piernas y gimió con agonía. Ella nunca lo había oído siquiera quejarse. Nunca había visto que no se pudiera levantar.

—Levántate —le dijo—. Levántate.

Las manos de Lorcan la tomaron de la cintura y Elide no pudo evitar gritar de dolor por soportar su peso y por cómo hacía chocar los huesos de su pie y su tobillo. Las rodillas de Lorcan no estaban apoyadas en el suelo. Él se detuvo.

—Hazlo —le rogó—. Levántate.

Pero sus ojos oscuros se fijaron en el caballo.

Farasha se acercó, con pasos cuidadosos por encima de los cadáveres. No se movió cuando Lorcan se sostuvo de las tiras inferiores de la silla de montar, con la otra mano apoyada en el hombro de Elide, y movió sus piernas debajo de su cuerpo otra vez.

Su respiración se volvió entrecortada. La sangre fresca empezó a salir de su vientre y fluía sobre los restos de sangre seca en su chaqueta y sus pantalones.

Cuando se empezó a levantar, Elide pudo ver la herida que tenía abriéndole el costado izquierdo de la espalda.

Podía ver la carne abierta, alcanzaba un hueso asomándose.

Oh, dioses. Oh, dioses.

Elide se agachó más debajo de él hasta que logró pasar su brazo por encima de sus hombros. Con los muslos ardiendo, el tobillo aullando, Elide empujó hacia arriba.

Lorcan jaló al mismo tiempo y Farasha se mantuvo firme. Volvió a gemir y todo su cuerpo empezó a tambalearse.

—No te detengas —le siseó Elide—. No te atrevas a detenerte.

Su respiración se volvió entrecortada y superficial, pero Lorcan se puso de pie, centímetro a centímetro. Quitó el brazo de encima del hombro de Elide y se lanzó hacia la silla de montar. Para colgarse de ella.

Jadeó y jadeó. La sangre fresca también le escurría por la espalda.

El regreso sobre el caballo sería una agonía. Pero no tenían otra alternativa. Ninguna.

—Ahora sube —no le permitió escuchar el terror y la desesperación en su voz —. Súbete a la silla.

Él recargó la frente contra el flanco oscuro de Farasha. Se tambaleó tanto que Elide lo sostuvo con cuidado de la cintura.

—No moriste, maldición —le dijo con brusquedad—. Y todavía no mueres. Todavía no morimos. Así que súbete a esa silla.

Cuando Lorcan no hizo nada salvo respirar y respirar y respirar, Elide volvió a hablar.

—Te prometí que siempre te encontraría. Yo te lo prometí y tú me lo prometiste. Vine por ti por eso. Estoy aquí por eso. Estoy aquí por ti, ¿lo entiendes? Y si no nos subimos a este caballo ahora, no tenemos posibilidad de escapar de esa presa. Vamos a morir.

Lorcan jadeó otro instante. Luego otro. Y después, apretó los dientes y los puños hasta que sus nudillos se pusieron blancos alrededor del pomo de la silla, y levantó la pierna lo suficiente para poner un pie en el estribo.

Ésta sería la verdadera prueba: ese impulso hacia arriba, pasar la otra pierna por encima del cuerpo de Farasha, al otro lado de la silla.

Elide se colocó en su espalda, con mucho cuidado de no lastimar más la terrible cortada que le abría el cuerpo. Enterró los pies hasta los tobillos en el lodo congelado. No se atrevió a mirar hacia la presa. Todavía no.

—Súbete —le ordenó con un ladrido entre los gritos de pánico de los soldados que huían—. Súbete a la silla ahora.

Lorcan no se movió, le temblaba todo el cuerpo.

Elide gritó:

—¡Súbete ahora! —y lo empujó hacia arriba.

Lorcan aulló con tanta fuerza que a Elide le zumbaron los oídos. La silla crujió bajo su peso y la sangre empezó a brotarle de las heridas, pero ya estaba en el aire, ya estaba moviéndose hacia el lomo del caballo.

Elide lo empujó con toda su fuerza y algo le tronó en el tobillo con tanta violencia que el dolor la recorrió completa, la cegó y le robó el aliento. Se tropezó y perdió el equilibrio. Pero Lorcan ya estaba arriba, su pierna al otro lado del caballo. Se agachó sobre la silla, con un brazo en el abdomen y el cabello oscuro colgando tan abajo que le rozaba la espalda a Farasha.

Elide apretó la mandíbula por el dolor agudo de su tobillo, se enderezó y calculó la distancia.

Un brazo largo y ensangrentado cayó frente a su cara. Una oferta para ayudarla a subir.

Ella no le hizo caso. Ella lo había subido a la silla. No haría que se cayera de ella otra vez.

Elide dio un paso atrás, cojeando.

No se permitió registrar el dolor, corrió unos cuantos pasos hacia Farasha y saltó.

La mano de Lorcan la tomó de la chaqueta. Ella sintió que se le salía todo el aire cuando su estómago chocó contra el borde duro de la silla y arañó para encontrar apoyo.

La fuerza del brazo de Lorcan no titubeó cuando la jaló casi sobre sus piernas. Cuando gruñó de dolor mientras ella se enderezaba.

Pero lo logró. Puso las piernas a ambos lados del caballo y tomó las riendas. Lorcan le pasó un brazo alrededor de la cintura. Su cuerpo destrozado era una masa sólida a sus espaldas.

Elide al fin se atrevió a mirar hacia la presa. Un ruk volaba sobre ella y ondeaba frenéticamente una bandera dorada.

Pronto. Se rompería pronto.

Elide acercó las riendas de Farasha.

—A la fortaleza, amiga —dijo y le clavó los talones en los flancos—. Más rápido que el viento.

Farasha obedeció. Elide se movía contra Lorcan y la yegua empezó a galopar, lo cual provocó otro gemido de dolor. Pero él se mantuvo sobre la silla, a pesar de los pasos golpeados que le provocaban jadeos agonizantes.

—¡Más rápido, Farasha! —le gritó Elide al caballo y la dirigió hacia la fortaleza, hacia la montaña donde la habían construido.

Nada le había parecido nunca tan lejano.

Tan lejano que no alcanzaba a ver si la puerta inferior de la fortaleza seguía abierta. Si alguien estaba ahí, esperándolos.

No cierren la puerta.

No cierren la puerta.

Cada paso poderoso de los cascos de Farasha, sobre los cadáveres de los caídos, hacía eco de la oración silenciosa de Elide mientras volaban por la planicie interminable.

No cierren la puerta.

CAPÍTULO 61

La agonía le recorría la sangre, los huesos y el aliento a Lorcan.

Cada paso del caballo, cada salto que daba para librar cuerpos y escombro, le volvía a encender el dolor. No había final, no había alivio. Apenas podía mantenerse sobre la silla, mantenerse consciente.

Mantener su brazo alrededor de Elide.

Ella había ido a buscarlo. Lo había encontrado, de alguna forma, en ese campo de batalla interminable.

Tenía su nombre en los labios como un llamado que nunca podría negar, ni siquiera cuando la muerte ya lo acunaba entre sus brazos con suavidad, cuando estaba ya acomodado debajo de todos los que había derrotado y esperaba sus últimos alientos.

Y ahora, corriendo hacia esa fortaleza demasiado lejana, tan lejos de las multitudes de soldados y jinetes que corrían hacia las puertas, se preguntó si estos minutos serían los últimos. Si serían los últimos de ella también.

Había ido a buscarlo.

Lorcan logró mirar hacia la presa a su derecha. Hacia el jinete de ruk que indicaba que era cuestión de minutos antes de que liberara el infierno sobre la planicie.

No sabía cómo se había debilitado. No le importaba.

Farasha saltó por encima de una pila de cuerpos de Valg y Lorcan no pudo evitar gemir al sentir su sangre tibia escurrir por su abdomen y su espalda.

Pero Elide seguía acicateando al caballo para que siguiera avanzando, los mantuvo en un camino lo más recto posible hacia la fortaleza distante.

Ningún ruk se acercaría a rescatarlos. No, su suerte se había acabado en sobrevivir todo este tiempo, en que ella lo encontrara. Su poder no podía hacer nada contra esa agua.

Las filas más alejadas de soldados aterrados aparecieron y Farasha los

rebasó.

Elide dejó escapar un sollozo y él siguió su línea de visión.

Hacia la puerta de la fortaleza, todavía abierta.

—¡Más rápido, Farasha!

No ocultó el terror de su voz, la desesperación.

Cuando la presa se rompiera, la ola gigante tardaría menos de un minuto en alcanzarlos.

Había ido a buscarlo. Lo había encontrado.

El mundo se quedó en silencio. El dolor en su cuerpo desapareció en la nada. En algo secundario.

Lorcan pasó su otro brazo alrededor de Elide y le acercó la boca al oído para decirle:

—Tienes que dejarme ir.

Cada una de sus palabras se oía áspera, su voz tan esforzada que casi ya no le servía.

Elide no se distrajo de la fortaleza que estaba frente a ellos.

—No.

Esa quietud suave fluyó a su alrededor, levantó la niebla del dolor y de la batalla.

—Tienes que hacerlo. Tienes que hacerlo, Elide. Soy demasiado pesado. Y sin mi peso, tal vez llegues a la fortaleza a tiempo.

—No.

La sal de las lágrimas de Elide le llenó la nariz.

Lorcan le rozó la mejilla húmeda con la boca, sin hacer caso al dolor que le rugía por todo el cuerpo. El caballo seguía galopando y galopando, como si pudiera ganarle la carrera a la muerte misma.

—Te amo —le susurró a Elide al oído—. Te amé desde el momento en que levantaste esa hacha para matar al ilken —las lágrimas de Elide volaban en el viento y desaparecían detrás de él—. Y estaré contigo… —su voz se quebró pero se obligó a decir las palabras, a decir la verdad de su corazón—. Estaré contigo siempre.

No sentía miedo de lo que le sucedería cuando cayera del caballo. No sentía

nada de miedo si eso significaba que ella llegaría a la fortaleza a tiempo.

Así que Lorcan le besó la mejilla a Elide de nuevo, se permitió olerla una última vez y repitió:

—Te amo.

Luego empezó a retirar sus brazos de alrededor de su cintura.

Elide le puso la mano en el antebrazo. Le enterró las uñas, directo en la piel, tan feroz como un ruk.

—No.

No había lágrimas en su voz. Nada salvo acero consistente y sólido.

—No —repitió. La voz de la lady de Perranth.

Lorcan intentó mover el brazo, pero ella no lo soltó.

Si él caía del caballo, ella caería con él.

Juntos. O se salvarían juntos o morirían juntos.

—Elide…

Pero Elide chocó los talones contra los flancos del caballo.

Chocó los talones en el flanco oscuro y gritó:

—¡VUELA, FARASHA! —restalló las riendas—. ¡VUELA, VUELA, VUELA!

Y que los dioses la ayudaran, esa yegua lo hizo.

Como si el dios que la había diseñado llenara los pulmones de la yegua con su propio aliento, Farasha aceleró el paso.

Más rápida que el viento. Más rápida que la muerte.

Farasha rebasó a los primeros miembros de la caballería darghan. Pasó a los caballos desesperados y sus jinetes que iban a todo galope hacia las puertas.

Su corazón poderoso no titubeó, aunque Lorcan sabía que estaba latiendo a punto de reventar.

Quedaba apenas un kilómetro entre ellos y la fortaleza.

Pero un crujido ensordecedor resquebrajó el mundo, con un gemido que hizo eco en el lago, en las montañas.

No podía hacer nada, ese caballo valiente y sin temor no podía hacer nada

porque la presa se reventó.

Rowan empezó a rezar por los que seguían en la planicie, por el ejército que estaba a punto de ser arrasado cuando la presa se rompió.

A unos pasos de distancia, Yrene también estaba susurrando sus oraciones. A Silba, la Diosa de las Muertes Tranquilas. Que sea rápida, que sea indolora.

Un muro de agua, tan grande como una montaña, se liberó. Y se precipitó hacia la ciudad, hacia la planicie, con la ira de mil años de confinamiento.

—No van a llegar —siseó Fenrys, que miraba atentamente a Lorcan y Elide mientras galopaban hacia ellos. Estaban tan cerca… tan cerca, pero esa ola llegaría en cuestión de segundos.

Rowan se obligó a pararse ahí, a observar los últimos momentos de vida de la lady de Perranth y su excomandante. Era lo único que podía ofrecer: presenciar sus muertes para poder contar su historia a todos. Para que no fueran olvidados.

El rugido de la ola que se acercaba se volvió ensordecedor, incluso a kilómetros de distancia.

Pero Elide y Lorcan seguían corriendo. Farasha rebasaba caballo tras caballo tras caballo.

Incluso ahí arriba, ¿lograrían escapar del alcance de la ola? Rowan se atrevió a evaluar las almenas, para considerar si tenía que hacer que los demás, que Aelin, fueran a un sitio más alto.

Pero Aelin no estaba a su lado.

No estaba en las almenas.

El corazón de Rowan se detuvo. Simplemente dejó de latir al ver a un ruk de tono oxidado caer de los cielos, clavándose hacia el centro de la planicie.

Arcas, el ruk de Borte. Una mujer de cabello dorado colgaba de sus garras.

Aelin. Aelin iba…

Arcas se acercó a la tierra y abrió las garras. Aelin cayó al suelo, rodó y rodó y luego se puso de pie.

Justo en el camino de la ola.

—Oh, dioses —exhaló Fenrys cuando también la vio.

Todos la vieron.

La reina en la planicie.

El muro interminable de agua avanzaba hacia ella.

Las rocas de la fortaleza empezaron a vibrar. Rowan extendió la mano para sostenerse. Un miedo como nada de lo que jamás había sentido empezó a recorrerlo al ver a Aelin levantar los brazos sobre su cabeza.

Un pilar de fuego se encendió a su alrededor y levantó su cabello con él.

La ola rugía y rugía hacia ella, hacia el ejército a sus espaldas.

El temblor de la fortaleza no provenía de la ola.

No provenía de ese muro de agua para nada.

Se formaron grietas en la tierra, se abrieron. Se hizo una telaraña que brotaba de Aelin.

—Los manantiales de aguas termales —exhaló Chaol—. El valle está lleno de venas que entran a la tierra misma.

Hacia el corazón ardiente del mundo.

La fortaleza se sacudió, con más violencia en esta ocasión.

El pilar de fuego regresó al cuerpo de Aelin. Extendió la mano frente a ella con el puño cerrado.

Como si pudiera detener la ola en seco.

Entonces él lo supo. Como su pareja o como su carranam, lo supo.

—Tres meses —exhaló Rowan.

Los otros se quedaron inmóviles.

—Tres meses —repitió con las rodillas a punto de doblársele—. Lleva tres meses descendiendo al fondo de su poder.

Cada día que estuvo con Maeve, atada con el hierro, se había sumergido más profundamente. Y no había usado demasiado ese poder desde que la habían liberado porque seguía sumergiéndose.

Para reunir todo el poder de su magia. No para forjar el Candado, no para Erawan.

Sino para el golpe mortal contra Maeve.

Unas semanas de descenso habían llevado sus poderes a niveles devastadores. Tres meses de descenso…

Santos dioses. Santos putos dioses.

Y cuando su fuego chocó con el muro de agua que se elevaba frente a ella, cuando chocaron…

—¡AGÁCHENSE! —rugió Rowan de manera que lo pudieran escuchar a pesar del aullido de las aguas—. ¡AGÁCHENSE AHORA!

Sus compañeros cayeron a las rocas al igual que todos los que lo escucharon.

Rowan se sumergió en su poder. Se sumergió rápida e intensamente, arrancando todo resto de magia que le quedara.

Elide y Lorcan seguían demasiado lejos de las puertas. Miles de soldados seguían demasiado lejos de las puertas y la ola empezaba a elevarse a sus espaldas.

Y Aelin abrió su mano hacia el agua.

El fuego hizo erupción.

Un fuego de cobalto. El alma rugiente de la flama.

Una ola gigante de fuego.

Más alta que las aguas rugientes, salió en un estallido de ella y se extendió hacia ambos lados.

La ola chocó contra ella. Y donde el agua chocó contra el muro de fuego, donde mil años de confinamiento se encontraron con tres meses, el mundo estalló.

Un vapor ardiente, capaz de derretir la carne del hueso, salió disparado por la planicie.

Con un rugido, Rowan lanzó todo lo que le quedaba de su magia hacia el ataque del vapor, un muro de viento que lo lanzó hacia el lago, hacia las montañas.

Pero las aguas seguían avanzando, rompiendo contra las flamas que no cedían ni un centímetro.

El golpe mortal contra Maeve. Se gastaría aquí, para salvar al ejército que podía ser la salvación de Terrasen. Para salvar las vidas en la planicie.

Rowan apretó los dientes y jadeó ante su poder que empezaba a deshacerse. El agotamiento estaba cerca, mortalmente cerca.

La ola furiosa chocó una y otra y otra vez contra el muro de llamas.

Rowan no vio si Elide y Lorcan habían llegado a la fortaleza. Si los demás

soldados y jinetes en la planicie se habían detenido a ver lo que sucedía con la boca abierta.

La princesa Hasar se levantó a su lado y dijo:

—Ese poder no es una bendición.

—Díselo a tus soldados —le gruñó Fenrys y también se puso de pie.

—No lo dije con esa intención —le respondió Hasar con la expresión de asombro absoluto en la cara.

Rowan se recargó contra las almenas, jadeando con fuerza mientras continuaba luchando para mantener el vapor letal alejado del ejército. Al enfriarlo y alejarlo.

Unas manos sólidas se deslizaron bajo sus brazos y luego Fenrys y Gavriel lo estaban deteniendo entre los dos.

Pasó un minuto. Luego otro.

La ola empezó a disminuir de tamaño. El fuego seguía ardiendo.

La cabeza le iba a estallar a Rowan. Tenía la boca seca.

Perdió toda noción del tiempo. Sintió un sabor cobrizo en su lengua.

La ola bajó aún más y las aguas agitadas empezaron a tranquilizarse.

El rugido se convirtió en chapoteo, los rápidos en remolinos.

Hasta que el muro de flamas también empezó a descender. A dirigir las aguas hacia abajo y abajo y abajo. Dejando que las absorbieran las grietas en la tierra.

Las rodillas de Rowan dieron de sí, pero continuó usando su magia el tiempo suficiente para que el vapor disminuyera. Para que el vapor también se calmara.

Llenaba la planicie y había convertido el mundo en niebla. Bloqueaba la vista y no podían ver a la reina en su centro.

Luego silencio. Silencio absoluto.

El fuego centelleó en la niebla, el azul se convirtió en dorado y luego en rojo. Un brillo apagado y parpadeante.

Rowan escupió sangre en las rocas de la almena. Sentía el aliento como astillas de vidrio en la garganta.

Las flamas brillantes empezaron a encogerse. El vapor ondeaba a su paso.

Hasta que sólo quedó un pilar delgado de fuego envuelto en la niebla que cubría la planicie.

No era un pilar de fuego.

Era Aelin.

Ardía encendida de color blanco. Como si se hubiera entregado tan absolutamente a su flama que se hubiera convertido ella misma en fuego.

La Portadora de Fuego, susurró alguien en las almenas.

La niebla ondeaba y formaba olas, la convertía en una efigie luminosa.

El silencio se convirtió en algo reverente.

Un viento suave del norte sopló hacia abajo. El velo de niebla se levantó y ahí estaba ella.

Brillaba desde adentro. Brillaba con luz dorada y algunos mechones de su cabello flotaban en un viento fantasma.

—La heredera de Mala —exhaló Yrene.

En la planicie, Elide y Lorcan se habían detenido.

El viento empujó más la niebla y despejó el territorio más allá de Aelin.

Y donde había estado la ola enorme y letal, donde la muerte había avanzado hacia ellos, no quedaba nada.

Durante tres meses, ella le había cantado a la oscuridad y a la flama, y ellas le habían cantado también.

Durante tres meses, se había sumergido tan hondo en su poder que había llegado a profundidades desconocidas. Mientras Maeve y Cairn trabajaban en ella, ella se había sumergido. Nunca les dejó saber qué era lo que estaba reuniendo, lo que juntaba día tras día tras día.

Un golpe mortal. Un golpe para eliminar a una reina oscura de la tierra para siempre.

Había mantenido ese poder enroscado en su interior incluso después de que la liberaron de los grilletes. Había luchado por conservarlo ahí durante estas semanas, con un enorme esfuerzo. Algunos días había sido más fácil no hablar. Algunos días, su arrogancia había sido la clave para ignorarlo.

Pero cuando vio esa ola, cuando vio que Elide y Lorcan habían elegido la muerte juntos, cuando vio al ejército que podría salvar a Terrasen, lo supo. Sintió el fuego que dormía bajo esta ciudad y supo que había venido aquí por una razón.

Había venido aquí por esta razón.

El río seguía fluyendo de la presa, inofensivo y pequeño, y se abría paso hacia el lago.

Nada más.

Aelin levantó una mano brillante frente a ella y un vacío bendito y fresco al fin la llenó.

Lentamente, empezando por las puntas de sus dedos, el brillo empezó a desvanecerse.

Como si estuviera recién forjada, como si estuviera forjada de nuevo en su cuerpo.

De nuevo en Aelin.

Una claridad, aguda y cristalina, llenó el espacio. Como si pudiera ver de nuevo, respirar de nuevo.

Centímetro a centímetro, el brillo dorado desapareció en su piel y sus huesos. Nuevamente era una mujer.

El halcón de cola blanca ya se había lanzado a los cielos.

Pero cuando el último resto del brillo desapareció, cuando salió por los dedos de sus pies, Aelin cayó de rodillas.

Cayó de rodillas en el silencio absoluto del mundo y se recostó de lado en posición fetal.

Tuvo la vaga sensación de que unos brazos fuertes y conocidos la habían levantado. De ser cargada sobre un lomo de plumas, aún en esos brazos.

De volar por los cielos mientras los últimos restos de la niebla desaparecían bajo el sol del atardecer.

Y luego la dulce oscuridad.

CAPÍTULO 62

Las Crochans no se dispersaron a los cuatro vientos.

Como una sola, las Trece y las Crochans volaron hacia el suroeste, hacia los límites de los Colmillos. A otro campamento secreto, ya que la ubicación del anterior estaba comprometida. Más lejos de Terrasen pero, al menos, más cerca de Morath.

Era poco consuelo, pensó Dorian, cuando llegaron a un sitio seguro para acampar por la noche. Los guivernos podrían haber continuado, pero las Crochans en sus escobas no podían volar tanto tiempo. Habían volado hasta que la oscuridad casi las cegó a todas y aterrizaron sólo después de que las Sombras y las Crochans estuvieron de acuerdo en un sitio seguro donde se podían quedar.

Se organizaron las guardias, tanto en el suelo como en el cielo. Si las dos matronas supervivientes decidían vengarse por su derrota humillante, sería en este momento. Las Crochans y Asterin habían pasado gran parte del día dejando rastros falsos, pero sólo sabrían si habían escapado con el paso del tiempo.

La noche era helada, tanto que se tomaron la molestia de montar las tiendas de campaña. Los guivernos se acurrucaban juntos recargados bajo una de las salientes rocosas. Y aunque no hacer fogatas hubiera sido más prudente, el frío amenazaba con ser tan letal que Glennis tomó la flama sagrada de la esfera de vidrio donde la guardaba mientras viajaban y encendió el fuego. Otras hicieron lo mismo y aunque podían hacer encantamientos para ocultar el campamento, las fogatas, de los ojos enemigos, Dorian no podía olvidar del todo que las matronas Dientes de Hierro los habían encontrado de todas maneras.

No habían hablado de dónde irían después. De lo que harían. Si al fin se separarían o si permanecerían unidas como un solo grupo.

Manon no había preguntado ni presionado para que formaran una alianza, para que fueran a la guerra. No había exigido saber hacia dónde volaban, tal era su necesidad urgente de alejarse lo más posible de ese campamento esta mañana.

Pero al día siguiente, Dorian pensaba mientras se metía entre las mantas de su saco de dormir, con una ligera flama creada por él mismo para calentar el

espacio, al día siguiente se verían forzadas a confrontar varias cosas.

Agotado por completo, con frío a pesar de la magia que lo calentaba, Dorian apoyó la cabeza en el paquete de provisiones que usaba como almohada.

El sueño ya casi se lo había llevado cuando un estallido de frío se metió a la tienda de campaña y luego desapareció. Supo quién era desde antes de que ella se sentara junto a su saco. Cuando abrió los ojos, encontró a Manon sentada con las rodillas al pecho y los brazos recargados encima de ellas.

Miraba el interior de la tienda con poca luz, el espacio iluminado con la luz plateada de las estrellas brillantes en su frente.

—No tienes que traerla puesta todo el tiempo —le dijo él—. Tenemos permiso de quitárnosla.

Unos ojos dorados se deslizaron hacia él.

—Yo nunca te he visto usar una corona.

—Los últimos meses no me han dado mucho acceso a la colección real —dijo y se sentó—. Y además odio usarlas. Se me clavan en la cabeza.

Un esbozo de sonrisa.

—Ésta no es tan pesada.

—Dado que parece estar hecha de luz, me imagino que no.

Aunque esa corona seguro pesaría mucho de otras maneras, eso lo sabía.

—Así que ya me estás hablando otra vez —le dijo ella y no se molestó en disimular el cambio de tema.

—Yo te hablé antes.

—¿Es porque ahora soy una reina?

—Ya eras una reina antes de hoy.

Los ojos dorados de Manon se entrecerraron, buscando en él la respuesta que quería. Dorian se lo permitió y le devolvió el favor. Su respiración estaba tranquila, su postura, por una vez, relajada.

—Pensé que sería una mayor satisfacción. Verla huir —su abuela—. Cuando mataste a tu padre, ¿qué sentiste?

—Ira. Odio —respondió Dorian. No se amedrentó ante la verdad que expresaba, lo horrible que era.

Ella se mordió el labio inferior. No había seña de esos dientes de hierro. Una

admisión de duda, poco frecuente y en voz baja.

—¿Crees que debería haberla matado?

—Algunas personas podrían decir que sí. Pero humillarla así —dijo él pensativo— podría ser un golpe que la debilite más a ella y a las fuerzas de Dientes de Hierro que si la hubieras matado. Matarla podría haber hecho que las Dientes de Hierro se volvieran en tu contra.

—Maté a la matrona Piernas Amarillas.

—La mataste, le perdonaste la vida a la bruja Sangre Azul y tu abuela huyó. Ésa es una derrota desmoralizadora. Si las hubieras matado a todas, incluso si sólo hubieras matado a tu abuela y a la matrona Piernas Amarillas, podría haber hecho que sus muertes se interpretaran como sacrificios nobles a favor de los clanes de Dientes de Hierro.

Ella asintió. Sus ojos dorados volvieron a posarse sobre él con esa claridad e inmovilidad sobrenaturales.

—Perdón —dijo ella—. Por cómo hablé cuando supe de tus planes de ir a Morath.

Él se quedó tan sorprendido que sólo pudo parpadear. Tan sorprendido que el humor fue su único escudo y dijo:

—Parece que el comportamiento bonachón de las Crochans se te está pegando, Manon.

Una media sonrisa afloró en la cara de la bruja ante esas palabras.

—Que mi madre me ayude si alguna vez me vuelvo tan aburrida.

Pero la diversión de Dorian se desvaneció.

—Acepto tu disculpa.

Le sostuvo la mirada para dejarla ver que lo decía con toda honestidad.

Pareció ser suficiente respuesta para ella. Una respuesta y, de alguna manera, la pista final de lo que buscaba.

Cerró los ojos dorados.

—Te irás —exhaló—. Mañana.

Él no se molestó en mentir.

—Sí.

Era hora. Ella se había enfrentado a su abuela, había desafiado lo que había

creado. Era hora de que él hiciera lo mismo. No necesitaba la calidez de Damaris para que se lo confirmara ni que los espíritus de los muertos se lo dijeran.

—¿Cómo?

—Tus brujas tienen escobas y guivernos. Yo aprendí a hacer mis propias alas.

Durante unas cuantas respiraciones, ella no dijo nada. Luego bajó las rodillas y se dio la vuelta para verlo de frente.

—Morath es una trampa mortal.

—Lo es.

—Yo… nosotras no podemos ir contigo.

—Lo sé.

Podría jurar que el miedo había entrado en los ojos de Manon. Pero no se enfureció con él, no le rugió… ni siquiera le gruñó. Sólo le preguntó:

—¿No te da miedo ir solo?

—Por supuesto que me da miedo. Cualquier persona sensata sentiría miedo. Pero mi misión es más importante que el miedo, creo.

La rabia le pasó un instante por el rostro a Manon y tensó los hombros.

Luego esa expresión desapareció y fue reemplazada por algo que él había visto por primera vez ese día: el rostro de una reina. Firme y sabia, con un dejo de pesar y con una claridad brillante. Bajó la mirada hacia el saco de dormir y luego lo miró a los ojos.

—¿Y si te pidiera que te quedaras?

La pregunta también lo tomó por sorpresa. Pensó con cuidado su respuesta.

—Necesitaría una muy buena razón, supongo.

Ella se llevó los dedos a los broches y botones de su ropa de cuero y empezó a aflojarlos.

—Porque no quiero que vayas —fue lo único que dijo.

Él sintió que el corazón le latía cada vez con más fuerza conforme ella iba revelando centímetro tras centímetro de su piel desnuda y sedosa. No eran movimientos seductores sino más bien una oferta que se mostraba desnuda frente a él.

A Manon le empezaron a temblar los dedos y Dorian al fin se movió, la ayudó

a quitarse las botas y luego el cinturón de donde colgaba su espada. Dejó su chaqueta abierta, los montículos de sus senos apenas visibles entre las solapas. Subían y bajaban en un ritmo irregular que se hizo más y más inestable cuando ella estiró la mano para empezar a quitarle a él la chaqueta.

Dorian la dejó. La dejó que le quitara la chaqueta y luego la camisa que tenía debajo.

Afuera, el viento aullaba.

Y cuando se arrodillaron uno frente a la otra, desnudos de la cintura para arriba, con esa corona de estrellas todavía sobre su cabeza, Manon dijo con suavidad:

—Podríamos formar una alianza. Entre Adarlan y las Crochans. Y toda Dientes de Hierro que quiera seguirme.

Ésa era su respuesta, se dio cuenta él. A su petición de una razón convincente para quedarse.

Ella le tomó la mano y entrelazó sus dedos.

Era algo más íntimo que cualquier cosa que hubieran compartido antes, más vulnerable de lo que ella se había permitido estar.

—Una alianza —dijo y su garganta subió y bajó cuando tragó saliva— entre tú y yo.

Sus ojos dorados se levantaron hacia los de él. La oferta brillaba en ellos.

Casarse. Unir a su gente en los términos más sólidos y más inquebrantables.

—Tú no quieres eso —dijo él con voz igualmente baja—. Tú nunca estarías dispuesta a estar atada a un hombre de esa manera.

Podía ver esa verdad en ese rostro hermoso. Que estaba de acuerdo con él. Pero negó con la cabeza y la luz de las estrellas bailó en su cabello.

—Las Crochans no han ofrecido volar con nosotras a la guerra. No me he atrevido a preguntarles. Pero si tuviera la fuerza de Adarlan a mi lado, tal vez finalmente se convencerían.

Si no estaban ya convencidas tras el triunfo de hoy, entonces nada las haría cambiar de opinión. Ni siquiera que su reina les ofreciera esa libertad que tanto ansiaba conservar.

Pero que Manon siquiera considerara la posibilidad…

Dorian enredó una onda de su cabello plateado alrededor de su dedo. Durante sólo un instante, se permitió beber todo de ella.

Sería su esposa, su reina. Ya era su igual, su par, su espejo de tantas maneras. Y con su unión, el mundo lo sabría.

Pero alcanzaba a ver los barrotes de la jaula que se irían cerrando, cada vez más cerca, día con día. Y eso acabaría con ella por completo o la convertiría en algo que ninguno de los dos deseaba que fuera.

—¿Te casarías conmigo, con tal de que ayudáramos a Terrasen en esta guerra?

—Aelin está dispuesta a morir para terminar con este conflicto. ¿Por qué debería ser la única que lleve la carga del sacrificio?

Y ahí estaba, su respuesta, aunque él sabía que ella no se había dado cuenta.

Sacrificio.

La otra mano de Dorian se dirigió a los botones de sus pantalones y los desabrochó con algunas maniobras hábiles. Y dejó a la vista la cicatriz larga y gruesa que le cruzaba el abdomen.

¿Habría él podido controlarse como Manon había hecho hoy si él hubiera enfrentado a su abuela?

Absolutamente no.

Pasó sus dedos por encima de la cicatriz. Luego más arriba por su vientre. Más y más arriba. La piel de Manon se erizó bajo su mano, hasta que él se detuvo justo encima de su corazón. Colocó su palma contra él, la curva de su seno se elevaba para chocar con su mano con cada una de sus respiraciones.

—Tenías razón —dijo ella en voz baja—. Tengo miedo —Manon le puso la mano sobre la de él—. Tengo miedo de que vayas a Morath y regreses como algo que yo no conozca. Algo que tenga que matar.

—Lo sé.

Esos mismos miedos lo perseguían en cada paso que daba.

Ella apretó sus dedos sobre los de él y presionó con más fuerza. Como si quisiera dejar la marca de su mano sobre su corazón que latía desbocado debajo.

—¿Te quedarías aquí si tuviéramos esta alianza entre nosotros?

Él escuchó cada una de las palabras que ella no pronunció.

Así que Dorian le rozó la boca con los labios. Manon dejó escapar un sonido suave.

Dorian volvió a besarla y la lengua de Manon se encontró con la de él,

hambrienta y explorando. Luego le clavó las manos en el cabello y ambos se arrodillaron para encontrarse a medio camino.

Ella gimió, sus manos pasaron del cabello de Dorian a su pecho, a sus pantalones. Lo acarició a través de la tela y Dorian gimió en su boca.

El tiempo empezó a deshilacharse y sólo estaba Manon, una espada viviente en sus brazos. Sus pantalones se sumaron a las camisas y chaquetas en el suelo y luego él la estaba recostando sobre su saco de dormir.

Manon apartó sus manos del cuerpo de Dorian para quitarse la corona brillante que tenía en la cabeza, pero él la detuvo con un roce fantasma.

—No —le dijo con voz casi gutural—. Déjatela puesta.

Los ojos de ella se convirtieron en oro fundido, sus párpados se hicieron pesados y empezó a moverse e inclinó la cabeza hacia atrás.

Él se quedó con la boca seca al ver esa belleza que amenazaba con ser su perdición, la tentación que todos sus instintos querían hacer suya. No el cuerpo, sino lo que ella había ofrecido.

Casi dijo que sí, en ese momento.

Casi fue tan egoísta, tan codicioso por ella, que casi dijo que sí. Sí, la tomaría como su reina. Para nunca tener que decir adiós a esto, para que esta bruja magnífica y feroz permaneciera a su lado para toda la vida.

Manon se acercó a él, le clavó los dedos en los hombros y Dorian se levantó sobre ella para encontrar su boca y robarle un beso.

Un movimiento de las caderas de ella y él estaba ya enterrado, la seda caliente de ella era suficiente para hacerlo olvidar que tenían un campamento alrededor, o reinos que proteger.

Él no se molestó con sus roces fantasmas. La quería toda para él, piel con piel.

Cada movimiento que hacía en su interior, Manon lo respondía con un movimiento giratorio y exigente. Quédate. La palabra hacía eco en cada respiración.

Dorian tomó una de sus piernas y la levantó para acercarse más. Gimió al sentir la perfección del movimiento, y Manon se tragó el sonido con un beso propio. Con una mano en su trasero lo impulsó a moverse con más fuerza, con más rapidez.

Dorian le dio a Manon lo que quería. Se dio a sí mismo lo que él quería. Una y otra y otra vez.

Como si esto pudiera durar para siempre.

La respiración de Manon estaba tan entrecortada como la de Dorian cuando al fin se separaron.

Ella apenas podía mover las extremidades, apenas podía respirar suficiente aire mientras miraba hacia el techo de la tienda de campaña. Dorian, tan agotado como ella, no se molestó en intentar hablar.

¿Qué más quedaba por decir, de todas maneras?

Ella le había dicho lo que quería. Había dicho tanta verdad como se había atrevido a pronunciar en voz alta.

En ese momento posterior, una especie de claridad saciada brilló. Algo que ella no había sentido en mucho mucho tiempo.

Los ojos de zafiro de Dorian miraban su rostro y Manon volteó a verlo. Lentamente se quitó la corona de estrellas y la dejó a un lado.

Luego los cubrió a ambos con las mantas.

Él no se movió nada cuando ella se acercó a su cuerpo, a sus músculos sólidos.

No, Dorian sólo le pasó el brazo por encima y la atrajo hacia él.

Manon todavía estaba escuchando su respiración cuando se quedó dormida, calientita en sus brazos.

Despertó en la madrugada en una cama fría.

Manon miró a su alrededor, el espacio vacío donde había estado el rey, la falta de provisiones y la antigua espada, y lo supo.

Dorian había ido a Morath. Y se había llevado con él las dos llaves del Wyrd.

CAPÍTULO 63

Aedion y Kyllian mantuvieron a sus tropas aterradas en línea conforme marchaban hasta las orillas del Florine.

No tenía caso correr al norte. No ahora que ya escuchaban el golpeteo de los tambores de hueso. El sonido iba haciéndose más fuerte con cada minuto mientras Aedion ordenaba a su legión que se formara.

Avanzó hacia las filas delanteras. Su armadura se sentía tan pesada que podría haber estado hecha de roca. La ausencia de la antigua espada a su lado era como una extremidad fantasma. Aedion le dijo a Ren:

—Necesito que me hagas un favor.

Ren, que se estaba poniendo su aljaba, no se molestó en levantar la vista.

—No me digas que huya.

—Nunca.

Cerca… estaban tan cerca de Theralis. Sería muy simbólico que al fin muriera en el campo de batalla donde Terrasen había caído hacía una década. Que su sangre empapara la tierra donde tantos de su propia corte amada habían muerto, que sus huesos se unieran a los de ellos, sin un señalamiento en la planicie.

—Necesito que pidas ayuda.

Ren levantó la vista entonces. Su rostro cicatrizado era más delgado de lo que había estado unas semanas antes. ¿Cuándo había sido la última vez que habían tenido una comida adecuada? ¿O una noche completa de sueño? Aedion no sabía dónde estaba Lysandra, qué forma había adoptado. No la había buscado la noche anterior y ella se había mantenido alejada de él por completo.

—Yo no soy nadie ahora —dijo Aedion. Las filas de soldados se apartaban para que ellos pasaran. El Flagelo y las hadas, los Asesinos Silenciosos y los soldados de Wendlyn y de los Yermos por igual—. Pero tú eres el lord de Allsbrook. Envía mensajeros. Envía a Nox Owen. Pide ayuda. Envíalos en todas direcciones, a quien sea que encuentren. Dile a Nox y a los demás que supliquen si es necesario, pero diles que digan que Terrasen está pidiendo

ayuda.

Sólo Aelin tenía la autorización para hacer eso, o Darrow y su consejo, pero a Aedion no le importaba.

Ren se detuvo y Aedion hizo una pausa a su lado, muy consciente de los soldados que alcanzaban a escucharlos. De los oídos de hada que tenían muchos de ellos. Endymion y Sellene ya estaban en las filas delanteras del flanco izquierdo, sus rostros serios y agotados. Un hogar… eso era lo que habían perdido, lo que ahora peleaban para volver a ganar. Si alguno sobrevivía a esto. ¿Qué pensaría su padre sobre él, peleando junto a su gente al fin?

—¿Alguien vendrá? —preguntó Ren, consciente también de esos oídos que escuchaban. Consciente de los rostros serios que quedaban en sus filas, a pesar de la muerte que marchaba a sus espaldas.

Aedion se puso el casco y sintió el frío intenso del metal.

—Nadie vino hace diez años. Pero tal vez alguien se tome la molestia en esta ocasión.

Ren lo tomó del brazo y lo acercó.

—Tal vez ya no quede nada por defender, Aedion.

—Envía el mensaje de todas maneras.

Movió la barbilla hacia las filas por las que habían pasado. Ilias estaba puliendo sus espadas con un grupo de los asesinos que habían peleado con su padre, con la atención fija en el enemigo por enfrentar. Preparándose para hacer un último intento desesperado en esta planicie nevada tan alejada de su cálido desierto.

—¿Insistes en que sigo siendo tu general? Entonces ésa es mi última orden. Pide ayuda —dijo Aedion.

Un músculo se movió en la mandíbula de Ren. Pero dijo:

—Considéralo hecho.

Luego se marchó.

No se molestaron con despedidas. Ya tenían suficiente mala suerte.

Así que Aedion continuó, solo, hacia la fila delantera. Dos soldados del Flagelo se apartaron para hacerle un lugar y Aedion levantó su escudo que se acomodó perfectamente entre los de su frente unificado. El muro de metal contra el cual Morath golpearía primero, y con más fuerza.

La nieve se arremolinó y ocultó todo más allá de unos treinta metros.

Pero los tambores de hueso sonaban cada vez más fuertes. Pronto la tierra empezó a temblar debajo de los pies que marchaban.

Ahí resistirían o morirían, ahí en un campo sin nombre frente al Florine. ¿Cómo habían terminado así?

Aedion desenvainó su espada y los demás soldados hicieron lo mismo. Un sonido de metal vibrante que cortaba el aullido del viento.

Morath apareció, una fila de negro sólido que emergía de la nieve.

Cada paso que avanzaban, aparecían más detrás de ellos. ¿Qué tan lejos estaba esa torre de las brujas? ¿Qué tan pronto se podría volver a usar su poder?

Rezó, por el bien de sus soldados, para que fuera rápido y relativamente indoloro. Para que no conocieran demasiado terror antes de ser convertidos en cenizas.

El Flagelo no hizo sonar sus espadas en los escudos esta vez.

Sólo se escuchaba el avance de Morath y los tambores.

Si hubieran ido a Orynth cuando Darrow lo exigió, habrían llegado. Habrían tenido tiempo de cruzar el puente o de tomar la ruta del norte.

Esta derrota, estas muertes, eran sólo su responsabilidad.

En las filas un movimiento llamó su atención… justo cuando una cabeza peluda y enorme se asomaba entre el príncipe Galan y uno de sus soldados restantes. Un leopardo de las nieves.

Los ojos verdes se deslizaron hacia él, drenados y desolados.

Aedion fue el primero en apartar la vista. Esto ya era demasiado malo incluso sin saber que ella estaba ahí. Que Lysandra también se quedaría sin duda hasta que ella, también, cayera.

Rezó por caer primero. Para no tener que verla.

Morath se acercó lo suficiente y las órdenes de Ren sonaron para que se prepararan los arqueros.

Las flechas salieron volando y se perdieron en las nieves.

Morath envió una oleada de regreso que bloqueó la poca luz.

Aedion inclinó su escudo y se agachó. Cada impacto le hacía vibrar los huesos.

Los gritos y gruñidos llenaron su lado del campo de batalla. Cuando los tiros

cesaron, cuando volvieron a enderezarse, muchos hombres no se volvieron a levantar.

No habían disparado sólo flechas y no eran lo único que había caído sobre la nieve.

Sino también cabezas. Cabezas humanas, muchas todavía dentro de sus cascos. Tenían la insignia del lobo rugiendo de Ansel de Briarcliff.

El resto del ejército que ella había prometido. El que habían estado esperando.

Debieron haberse encontrado con Morath… y fueron exterminados.

Los gritos se elevaron del ejército a sus espaldas cuando las filas de hombres se dieron cuenta de lo que había sucedido. Una voz femenina en particular se escuchó por encima del ruido, su grito lúgubre hizo eco en el casco de Aedion.

Los ojos lechosos y muy abiertos de la cabeza decapitada que había aterrizado cerca de sus botas miraban al cielo, la boca seguía abierta en un grito de terror.

¿A cuántos de ellos conocía Ansel? ¿Cuántos de ellos eran sus amigos?

No era el momento de buscar a la joven reina, de ofrecerle sus condolencias. No ahora que probablemente ninguno de los dos iba a sobrevivir el día. No ahora que podrían ser las cabezas de sus propios soldados las que fueran lanzadas contra los muros de Orynth.

Ren ordenó que volvieran a disparar. Sus flechas eran tan pocas comparadas con lo que habían lanzado sobre ellos unos segundos antes. Unas cuantas gotas de lluvia comparadas con una tormenta. Muchas encontraron su blanco y varios soldados de armadura oscura cayeron. Pero fueron reemplazados por los que venían atrás, eran simples engranes de una terrible máquina.

—Pelearemos como uno —gritó Aedion a las filas y se obligó a no hacer caso a las cabezas tiradas en el suelo—. Moriremos como uno.

Un cuerno sonó desde el fondo de las filas enemigas. Los soldados de Morath empezaron a correr directamente hacia su línea delantera.

Las botas de Aedion se enterraron en el lodo y preparó su brazo del escudo. Como si tuviera la posibilidad de detener la marea que se extendía hasta el horizonte.

Contó sus respiraciones, sabiendo que eran las últimas. Un leopardo de las nieves gruñó en sus filas, un desafío al ejército que los atacaba.

Quedaban veinte metros. Los arqueros de Ren seguían disparando menos y menos flechas. Quince. Diez.

La espada en su mano no era equivalente a la espada antigua que había portado con tanto orgullo. Pero la haría funcionar. Cinco. Tres.

Aedion inhaló. Los ojos negros y sin fondo de los soldados de Morath se podían distinguir con claridad debajo de sus cascos.

La línea delantera de Morath inclinó sus espadas, sus lanzas…

El fuego rugió desde el flanco izquierdo.

Su flanco izquierdo.

Aedion no se atrevió a apartar la vista del enemigo que estaba frente a él, pero varios de los soldados de Morath sí.

Los mató por esa distracción. Mató a más soldados sorprendidos también cuando giraron hacia otro estallido de flamas.

Aelin. Aelin…

Los soldados detrás de él gritaron. En señal de triunfo y alivio.

—Cierren el espacio—le gruñó Aedion a los guerreros que estaban a sus costados y retrocedió lo suficiente para poder ver la fuente de su salvación, libre y segura al fin…

No había sido Aelin quien liberó el fuego en el flanco izquierdo.

No había sido Aelin quien se había acercado oculta por el río cubierto por un velo de nieve.

El Florine estaba lleno de barcos. Parecían casi fantasmas entre los remolinos de nieve. Algunos tenían las banderas de su flota unida.

Pero tantos, tantos que no podía contarlos, tenían una bandera de cobalto adornada con un dragón marino verde.

La flota de Rolfe. Los micenianos.

Sin embargo, no había señal de los antiguos dragones que alguna vez se habían sumado a la batalla con ellos. Sólo soldados humanos que empezaron a marchar por la nieve. Cada uno de ellos, con la boca cubierta por una bufanda, portaba un dispositivo similar.

Lanzas de fuego.

Se escuchó un cuerno sonar desde el río. Y entonces las lanzas de fuego escupieron flamas ardientes hacia las filas de Morath, como si fueran fumarolas directas del infierno. Dragones, todas ellas, que lanzaban fuego sobre sus enemigos.

Las flamas derretían la armadura y la carne. Y quemaban a los demonios que odiaban el calor y la luz.

Como si fueran granjeros quemando sus campos cosechados para el invierno, los micenianos de Rolfe avanzaron, con sus lanzas de fuego escupiendo, hasta que formaron una línea entre Aedion y su enemigo.

Morath se dio la vuelta y huyó.

Una carrera descarada. Sus gritos de advertencia se alcanzaban a escuchar a pesar del rugido de las flamas. ¡La Portadora de Fuego los armó! ¡Su poder vuelve a arder!

Los tontos no se dieron cuenta de que no había magia… nada más allá de pura suerte y el momento indicado.

Luego, una voz conocida gritó:

—¡Rápido! ¡A bordo, todos!

Rolfe.

Los barcos en el río se habían acercado, habían bajado sus planchas y habían enviado botes de remos a la orilla para esperar a los soldados.

Aedion no desperdició ni un segundo.

—¡Al río! ¡A la flota!

Los soldados no titubearon. Corrieron hacia la flota que los esperaba, saltaron a cualquier bote de remos que pudieron alcanzar. Fue caótico y desordenado, pero no sabían cuánto tiempo se mantendría Morath en retirada y no les importaba.

Aedion mantuvo su posición en las filas delanteras y se aseguró de que ningún soldado se quedara atrás.

En las filas, el príncipe Galan y una figura peluda y con manchas hicieron lo mismo. A su lado, con el cabello rojo volando por el viento, Ansel de Briarcliff mantenía la espada apuntada hacia el enemigo. Las lágrimas le rodaban por las mejillas pecosas. Las cabezas de sus hombres estaban regadas en la nieve a su alrededor.

Y frente a ellos, todavía lanzando llamas, los micenianos de Rolfe les consiguieron el tiempo que necesitaban para retirarse.

Cada segundo pasaba con gran lentitud pero, poco a poco, esos barcos se llenaron. Lentamente, su ejército salió de la orilla. Cada barco que partía era reemplazado por otro. Muchas de las hadas se transformaron. Había aves de rapiña que llenaban el cielo gris y volaban sobre el río.

Y cuando no quedaban ya más que unos cuantos barcos, entre ellos el barco hermoso con el mástil labrado en forma de un dragón marino al ataque, Rolfe gritó desde el timón:

—¡Retirada, todos!

Los micenianos y sus lanzas de fuego retrocedieron con rapidez y se apresuraron a subir a los botes que regresaban a la costa.

Lysandra y Ansel corrieron con ellos y Aedion hizo lo mismo. Fue la carrera más larga de su vida.

Pero entonces ya había llegado a la plancha del barco de Rolfe. El río era lo suficientemente profundo como para que pudieran acercarse mucho a la orilla. Lysandra, Galan y Ansel ya lo habían pasado y Aedion apenas logró subir a la cubierta antes de que se levantara la plancha. Debajo, a su alrededor, los micenianos saltaron a sus barcos y remaron a toda velocidad. Ni un sólo soldado se quedó atrás. Sólo los muertos.

Se vio un destello de luz y Aedion se dio la vuelta hacia el timón del barco a tiempo para ver a Lysandra transformarse de leopardo de las nieves a mujer, desnuda como el día que nació.

Rolfe, había que reconocérselo, sólo se vio ligeramente sorprendido cuando ella lo abrazó. Y de nuevo había que reconocerle al lord Pirata que la cubrió con su capa antes de abrazarla a ella.

Aedion se acercó a ellos, jadeando y tan aliviado que podría vomitar en la cubierta reluciente.

Rolfe soltó a Lysandra y le dejó su capa. Mientras la metamorfa se envolvía en ella, el capitán dijo:

—Parecía que necesitaban un rescate.

Aedion sólo abrazó al hombre y luego asintió hacia las manos enguantadas de Rolfe.

—Supongo que le debemos agradecer a ese mapa.

—Resulta que sirve para otras cosas aparte de saquear —sonrió Rolfe—. Ravi y Sol de Suria nos interceptaron cerca de la frontera norte —admitió—. Pensaban que podrían estar en problemas y nos enviaron hacia acá —se pasó la mano por el cabello—. Ellos están con lo que queda de su flota, vigilando la costa. Si Morath ataca desde el mar, no tendrán suficientes barcos para defenderse. Les dije eso pero de todas maneras me ordenaron que viniera para acá —la cara del Lord Pirata se tensó—. Así que heme aquí.

Aedion casi no notó a los marineros y soldados que estaban navegando rápidamente al otro lado del río.

—Gracias —exhaló.

Y gracias a los dioses por Ravi y Sol.

Rolfe negó con la cabeza y miró hacia la masa de soldados de Morath que seguían en retirada.

—Los sorprendimos, pero no podremos mantenerlos alejados por mucho tiempo.

Lysandra avanzó hacia el lado de Rolfe. Aedion intentó no estremecerse al ver sus piernas y pies descalzos, sus hombros descubiertos, cuando el viento helado proveniente del río empezó a soplar.

—Sólo necesitamos llegar a Orynth y detrás de sus muros. Desde ahí podemos reorganizarnos.

—No puedo llevar a todo tu ejército a Orynth —dijo Rolfe haciendo un ademán hacia los soldados reunidos en la otra orilla—. Pero puedo llevarte a ti ahora, si quieres llegar por adelantado para prepararte —el lord Pirata estudió la ribera, como si estuviera buscando a alguien—. Ella no está aquí, ¿verdad?

Lysandra sacudió la cabeza.

—No.

—Entonces haremos lo que se pueda —fue lo único que dijo Rolfe con la tranquilidad de su autoridad. Sus ojos color verde mar se deslizaron hacia el lugar donde Ansel de Briarcliff estaba en el barandal del barco, mirando hacia el campo de cabezas que habían quedado en la nieve.

Nadie habló cuando la joven reina se arrodilló, cuando su armadura resonó contra la cubierta, y agachó la cabeza.

Aedion murmuró:

—Déjenme mandar decirles a nuestras tropas que marchen hacia Orynth y que nosotros navegaremos a la ciudad.

—Yo lo haré —dijo Lysandra sin voltear a verlo. No se molestó en decir otra cosa. La capa cayó a los tablones del piso y ella se convirtió en halcón y se dirigió hacia el sitio donde Kyllian se estaba bajando de uno de los botes. Intercambiaron unas palabras y luego Kyllian volteó a ver a Aedion y levantó la mano como despedida.

Ante lo cual Aedion la levantó y entonces Lysandra se volvió a transformar. Cuando aterrizó en el barco, regresó a su forma humana, tomó la capa y caminó hacia Ansel.

En silencio, la metamorfa le puso una mano sobre la armadura del hombro. Ansel ni siquiera levantó la vista.

Aedion le preguntó a Rolfe:

—¿Cuántas de esas lanzas de fuego tienes?

El Lord Pirata apartó su mirada de Ansel y la dirigió a la masa negra que se hacía más pequeña detrás de ellos. Apretó los labios.

—No suficientes para soportar un sitio.

Y ni siquiera las lanzas de fuego servirían de algo, de absolutamente nada, cuando las torres de las brujas llegaran a los muros de Orynth.

CAPÍTULO 64

Horas después, Yrene seguía temblando.

Por el desastre del que habían escapado apenas, por las muertes que había presenciado antes de que llegara la ola, por el poder de la reina en la planicie. El poder del príncipe que había evitado que el vapor hirviera vivo a cualquiera que se encontrara en su camino.

Yrene se había volcado sobre su trabajo de sanación durante el caos que le siguió a eso. Dejó a los miembros de la realeza y sus comandantes para que supervisaran las secuelas y regresó al Gran Salón. Las sanadoras volvieron a salir al campo de batalla, en busca de los que necesitaran ayuda.

Todos, cada una de las personas en la fortaleza o en los cielos o en el campo de batalla, volteaban a ver el espacio ahora vacío entre los dos picos de las montañas, hacia la ciudad inundada y destruida y la línea que marcaba el límite entre la vida y la muerte. La ola y los desperdicios habían destruido buena parte de Anielle. El agua ahora corría en pequeños arroyos hacia el lago de Plata.

Una visión de lo que podría haber quedado de ellos de no ser por Aelin Galathynius.

Yrene se arrodilló frente a una jinete de ruk. El pecho de la mujer estaba abierto por un espadazo e Yrene extendió las manos ensangrentadas y brillantes.

La magia, limpia y brillante, fluyó de ella hacia la mujer y curó la piel rasgada y el músculo. La pérdida de sangre tardaría en recuperarse, pero la mujer no había perdido tanta como para que Yrene tuviera que gastar su energía en aumentar sus niveles.

Necesitaría descansar pronto. Durante algunas horas.

Le habían pedido que revisara a la reina después de que el príncipe Rowan la llevó a una habitación privada. Nesryn los había transportado a ambos desde la planicie en su ruk. Yrene no lograba que sus manos dejaran de temblar mientras las pasaba sobre el cuerpo inconsciente de Aelin.

No tenía ninguna señal de daño salvo algunas cortadas provocadas en la batalla que ya estaban sanando. Nada aparte de una mujer dormida y

agotada.

Que tenía el poder de un dios en sus venas.

Después Yrene revisó al príncipe Rowan, que se veía en mucho peor estado. Tenía una herida considerable en el muslo. Pero él le dijo que lo que le pasaba era que se había acercado demasiado al agotamiento y que sólo necesitaba descansar también.

Así que Yrene los dejó solos para ir a atender a otro.

A Lorcan, cuyas lesiones… Yrene tuvo que llamar a Hafiza para que la ayudara con algunas partes. Para que le prestara algo de poder porque el de Yrene estaba demasiado agotado.

El guerrero inconsciente, que aparentemente había caído de Farasha en el instante que él y Elide pasaron por las puertas, no se movió siquiera mientras trabajaban en él.

Eso había sido hacía horas. Días, parecía.

Sí, necesitaba descansar.

Yrene se acercó a la estación de agua en el fondo del salón. Tenía la boca seca como papel. Un poco de agua, algo de comida y tal vez una siesta. Luego estaría lista para empezar a trabajar otra vez.

Pero entonces un cuerno, claro y brillante, sonó afuera.

Todos se detuvieron y corrieron a las ventanas. La sonrisa de Yrene creció cuando ella, también, encontró un sitio para asomarse hacia el campo de batalla.

Hacia el sitio donde el resto del ejército del khagan, con el príncipe Kashin al frente, marchaba hacia ellos.

Gracias a los dioses. Todos en el salón murmuraron palabras similares.

Desde la fortaleza, un cuerno respondió en señal de bienvenida.

No sólo un ejército había sido salvado aquí hoy, se dio cuenta Yrene cuando regresó de la estación de agua. Si esa ola hubiera alcanzado a Kashin…

Suerte. Habían corrido con mucha mucha suerte.

Pero Yrene no podía evitar preguntarse cuánto tiempo duraría esa suerte.

Si les ayudaría a continuar con la brutal marcha hacia el norte, hacia los muros del mismo Orynth.

Lorcan gimió en voz baja cuando emergió del abrazo cálido y pesado de la

oscuridad.

—Eres un bastardo con suerte.

Demasiado pronto. Demasiado pronto después de estar tan cerca de la muerte como para tener que oír la voz pausada de Fenrys.

Lorcan abrió un ojo y se dio cuenta de que estaba en un catre en una habitación angosta. Una única vela iluminaba el espacio y su luz bailaba sobre el cabello dorado del guerrero hada que estaba sentado en una silla de madera al pie de su cama.

La sonrisa de Fenrys era como un gajo de blancura.

—Has estado dormido durante un día. A mí me tocó la mala suerte de tener que cuidarte.

Era mentira. Por el motivo que fuera, Fenrys había elegido estar ahí.

Lorcan movió su cuerpo… ligeramente.

No había rastro de dolor más allá de unas ligeras punzadas en su espalda y algo tenso en su abdomen. Logró levantar la cabeza lo suficiente para arrancarse la manta pesada de lana que le cubría el cuerpo desnudo. Donde había podido ver sus vísceras, ahora sólo había una cicatriz roja y gruesa.

Lorcan dejó caer la cabeza de regreso sobre la almohada.

—Elide —dijo con la voz áspera en su lengua.

Lo último que recordaba era que habían entrado a caballo por las puertas. El poder maldito de Aelin Galathynius ya se había agotado. Luego la oscuridad se apoderó de él.

—Ayudando a las sanadoras en el Gran Salón —dijo Fenrys y estiró las piernas frente a él.

Lorcan cerró los ojos, algo tenso en su pecho empezó a relajarse.

—Bueno, como no estás muerto —empezó a decir Fenrys, pero Lorcan ya se había vuelto a dormir.

Lorcan despertó después. Horas, días, no lo sabía.

La vela seguía encendida en el delgado alféizar de la ventana. Ya se había consumido hasta su base. Horas, entonces. A menos que hubiera dormido tanto tiempo que hubieran tenido que reemplazar la vela.

No le importaba. No cuando la luz suave le reveló a la mujer delicada que estaba recostada boca abajo en los pies de su catre. La mitad inferior de su cuerpo seguía en la silla de madera donde había estado Fenrys. Tenía los

brazos alrededor de su cabeza y uno de ellos estirado hacia él. Buscando su mano, a pocos centímetros de la de ella.

Elide.

El cabello oscuro de la mujer le cubría el rostro dormido y también se extendía por la manta y sobre las espinillas de Lorcan.

Lorcan hizo una mueca por el dolor que aún le quedaba en el cuerpo y estiró el brazo lo necesario para tocarle los dedos.

Estaban fríos. Las puntas de sus dedos eran mucho más pequeñas que las de los dedos de él. Se contrajeron y se apartaron y ella inhaló bruscamente al despertarse.

Lorcan saboreó cada una de las facciones de ella cuando hizo un gesto de dolor por la torcedura de su cuello. Pero Elide fijó los ojos en él.

Se quedó inmóvil cuando lo vio mirándola, despierto y en completa admiración de la mujer que había cruzado el infierno a caballo para encontrarlo…

Cansada. Se veía agotada pero su barbilla no se inclinaba.

Lorcan no tenía palabras. Le había dicho todo en el lomo de ese caballo de todas maneras.

Pero Elide preguntó:

—¿Cómo te sientes?

Adolorido. Exhausto. Pero encontrarla sentada al lado de su cama…

—Vivo —dijo y lo dijo en serio.

El rostro de ella permanecía impasible pero dirigió la mirada al cuerpo de Lorcan. La manta se había bajado lo suficiente para dejar al descubierto la mayor parte de su torso, aunque ocultaba todavía la herida cicatrizada en su abdomen. Pero él nunca se había sentido tan desnudo.

Fue un esfuerzo seguir respirando con tranquilidad debajo de su mirada aguda.

—Yrene dijo que habrías muerto si no hubieran empezado a curarte cuando lo hicieron.

—Habría muerto —dijo él con voz áspera—, si tú no hubieras enfrentado el infierno para encontrarme.

Ella levantó la vista hacia sus ojos.

—Te hice una promesa.

—Eso me dijiste.

¿Eso era un poco de rubor que se extendía por sus mejillas pálidas? Pero ella no se intimidó.

—Tú dijiste también algunas cosas interesantes.

Lorcan intentó sentarse, pero el cuerpo le estalló en dolor como protesta.

Elide explicó:

—Yrene advirtió que, aunque las heridas están sanadas, el dolor permanecerá un tiempo.

Lorcan apretó los dientes para soportar el dolor agudo en su espalda, en su abdomen. Logró recargarse en los codos y consideró que eso había sido suficiente progreso.

—Hace mucho tiempo que no me habían herido tan gravemente. Había olvidado lo molesto que es.

Una sonrisa se empezó a esbozar en los labios de ella.

Él sintió que el corazón se le detenía. La primera vez que le había sonreído en meses y meses. Desde aquel día en el barco, cuando le tocó la mano mientras se mecían en las hamacas.

La sonrisa desapareció pero el color en sus mejillas permaneció.

—¿Lo dijiste en serio? Lo que dijiste.

Él le sostuvo la mirada. Permitió que un muro en su interior se derrumbara. Sólo para ella. Para esta pequeña mentirosa inteligente y de ojos perspicaces que había logrado colarse entre todas sus defensas y la regla inamovible que había elaborado para su vida. Le permitiría ver eso en su rostro. Le permitiría verlo todo, como nadie lo había hecho antes.

—Sí.

Ella apretó la boca, pero no en desagrado.

Así que Lorcan dijo con suavidad:

—Cada una de las palabras que pronuncié fue en serio —el corazón le latía con fuerza, tan rápido que era asombroso que ella no lo pudiera escuchar—. Y lo haré hasta el día que me disuelva en el Más Allá.

Lorcan no respiró cuando Elide extendió la mano con cuidado hacia él. Y entrelazaron sus dedos.

—Te amo —le susurró ella.

Él agradeció estar acostado. Esas palabras le hubieran doblado las rodillas. Incluso ahora, sentía la tentación de hacerle una reverencia a la verdadera dueña de su corazón antiguo y malvado.

—Te he amado —continuó ella— desde el momento en que peleaste por mí contra Vernon y los ilken —la luz de su mirada le robó el aliento a Lorcan—. Y cuando supe que estabas en alguna parte en ese campo de batalla, lo único que quería era poder decírtelo. Era lo único que importaba.

En otro momento, él se hubiera burlado. Hubiera dicho que había cosas mucho más importantes, en especial en esta guerra. Pero la mano de ella que sostenía la suya… Nunca había conocido algo tan valioso.

Lorcan le acarició el dorso de la mano con el pulgar.

—Lo siento, Elide. Todo.

—Lo sé —dijo ella con suavidad. Ningún arrepentimiento ni dolor le opacaron el rostro. Ahí sólo brillaba una tranquilidad clara y firme. El rostro de la lady poderosa en quien se estaba convirtiendo, en quien ya se había convertido, y quien gobernaría Perranth con sabiduría en una mano y compasión en la otra.

Se miraron durante varios minutos. Una bendita eternidad.

Y luego Elide separó sus manos y se puso de pie.

—Debería regresar con Yrene.

Lorcan le tomó la mano de nuevo.

—Quédate.

Ella arqueó una ceja oscura.

—Sólo voy al Gran Salón.

Lorcan le acarició el dorso de la mano con el pulgar de nuevo.

—Quédate —exhaló.

Por un instante, pensó que le volvería a decir que no y estaba preparado para no tener problema con eso, para aceptar estos últimos minutos como un regalo que no se merecía.

Pero entonces Elide se sentó en el borde de su catre, justo junto a su hombro, y le pasó la mano por el cabello. Lorcan cerró los ojos y se recargó en su mano sin poder detener el ronroneo profundo que le recorrió el pecho.

Ella hizo un sonido suave de asombro, quizá algo más, y lo volvió a acariciar.

—Dilo —le susurró con los dedos todavía en su cabello.

Lorcan abrió los ojos y la miró.

—Te amo.

Ella tragó saliva y Lorcan apretó los dientes para sentarse. Al estar así de cerca, recordó cuánto más alto era que ella. En ese caballo, ella había sido una fuerza de la naturaleza, una tormenta desafiante. La manta que cubría a Lorcan se deslizó peligrosamente hacia abajo pero él permitió que se quedara ahí en su regazo.

No le pasó desapercibida la rápida desviación de la mirada de Elide. Ni el regreso lento de sus ojos recorriendo todo su torso. Casi podía sentirlos, deteniéndose en cada músculo y cicatriz.

Un gemido suave salió de su boca mientras ella continuaba viéndolo hasta saciarse. Pidiendo con la mirada cosas que él ciertamente no estaba en condiciones de darle por el momento. Y que ella tal vez tampoco estaba lista para darle, independientemente de sus declaraciones.

Tuvo que enfrentarse de inmediato a demostrar su control cuando Elide le recorrió la nueva cicatriz del abdomen con dedos temblorosos.

—Yrene dijo que tal vez siempre tengas esta cicatriz —dijo y él agradeció que retirara la mano.

—Entonces será la cicatriz que más atesore.

Fenrys se moriría de risa si lo oyera hablar así, pero no le importó a Lorcan. Al demonio con los demás.

Otra de sus sonrisas pequeñas le alzó las comisuras de los labios a Elide y Lorcan tuvo que apretar las mantas con los puños para lograr contenerse y no probar esa sonrisa, no idolatrarla con su propia boca.

Pero esta cosa nueva y frágil que vibraba entre ambos… No la arriesgaría por nada del mundo.

Gracias a los dioses, Elide no tenía ese tipo de preocupaciones. Ninguna, por lo visto, porque levantó la mano hacia su mejilla y lo acarició con el pulgar. Cada respiración requería de todo su control.

Lorcan se quedó totalmente inmóvil cuando ella acercó su boca a la de él. Los labios de Elide rozaron los suyos.

Ella se apartó.

—Descansa, Lorcan. Aquí estaré cuando despiertes.

Cualquier cosa que ella pidiera, se la daría. Cualquier cosa.

Estaba demasiado alterado por ese beso suave y hermoso como para molestarse con palabras, así que volvió a acostarse.

Ella sonrió al ver su absoluta obediencia y, como si no pudiera resistirse, se acercó otra vez.

Ese beso duró. Ella presionó su boca contra la de él y, ante la ligera insistencia de sus labios, la petición delicada, él respondió con los suyos.

El sabor de ella amenazaba con hacerlo perder el control por completo, y el roce tentativo de su lengua contra la de él le provocó otro ronroneo desde el fondo del pecho. Pero Lorcan permitió que Elide lo explorara, lenta y dulcemente, y le dio lo que ella pedía.

Y cuando su boca se volvió más insistente, cuando su respiración empezó a escucharse entrecortada, él le sostuvo cuidadosamente la nuca con la mano. Ella se abrió para él y, al escuchar su gemido suave, Lorcan pensó que iba a salirse de su propia piel.

Su mano pasó de su nuca a recorrer su espalda. Saboreó el cuerpo tibio e inquebrantable que estaba bajo esas capas de ropa. Elide se arqueó hacia su mano y produjo otro de esos pequeños sonidos. Como si ella hubiera estado igual de hambrienta de él.

Pero Lorcan se obligó a alejarse. Se obligó a retirar su mano de la espalda de ella. Jadeando un poco, compartiendo el mismo aliento, le dijo directamente a su boca.

—Después. Ve a ayudar a los demás.

Los ojos oscuros cubiertos de deseo lo miraron y Lorcan reacomodó la manta sobre su regazo.

—Ve a ayudar a los demás —repitió—. Yo estaré aquí cuando estés lista para dormir.

La petición no pronunciada se quedó flotando en el aire. Elide se apartó y lo estudió nuevamente.

—Sólo dormir —dijo Lorcan sin molestarse en ocultar el calor que subía en su mirada—. Por ahora.

Hasta que ella estuviera lista. Hasta que ella le dijera, le mostrara, que deseaba compartir todo con él. Esa unión final.

Pero hasta entonces, él quería que ella estuviera ahí. Que durmiera a su lado, donde él pudiera cuidarla. Como ella lo había cuidado.

El rostro de Elide estaba ruborizado cuando se puso de pie. Las manos le temblaban. No de miedo, sino por el mismo esfuerzo que debía hacer para no volver a tocarlo.

Él disfrutaría mucho volviéndola loca. Enseñándole poco a poco todo lo que sabía sobre el placer, sobre el deseo. Tenía pocas dudas de que él iba a aprender bastantes cosas de ella también.

Elide pareció leer eso en su rostro y se ruborizó aún más.

—Después, entonces —exhaló y cojeó hacia la puerta.

Lorcan envió un chispazo de su poder para envolverlo alrededor de su tobillo. El cojeo desapareció.

Con una mano en la perilla de la puerta, Elide asintió agradecida.

—Extrañaba eso.

Él escuchó las palabras que ella no dijo al desaparecer en el pasillo lleno de gente.

Te extrañaba.

Lorcan se permitió sonreír por una vez.

CAPÍTULO 65

Dorian se había ido a Morath.

Había volado del campamento en las alas que él mismo había creado. Habría elegido algún tipo de pájaro pequeño y ordinario, de eso estaba segura Manon. Algo que ni siquiera las Trece hubieran notado.

Manon estaba en la orilla del mirador, viendo hacia el este.

El crujir de la nieve le informó que Asterin se acercaba.

—Se fue, ¿verdad?

Ella asintió, incapaz de encontrar palabras. Le había ofrecido todo y pensó que él aceptaría. Pensó que había aceptado con lo que hicieron después.

Sin embargo, había sido una despedida. Una última unión antes de aventurarse a las fauces de la muerte. No la enjaularía, no aceptaría lo que ella le había dado.

Como si la conociera mejor de lo que ella se conocía a sí misma.

—¿Vamos a seguirlo?

En la luz creciente del amanecer, el campamento empezaba a activarse. Hoy… hoy decidirían a dónde ir. Hoy, se atrevería a pedirle a las Crochans que la siguieran. ¿Le harían caso?

Pero dirigirse a Morath, donde las reconocerían mucho antes de que se acercaran, regresar al infierno…

El sol terminó de salir, grande y dorado, como si fuera la nota solitaria de la melodía que inundaba el mundo.

Manon abrió la boca.

—¡Terrasen está pidiendo ayuda! —se escuchó la voz de una joven Crochan que resonaba en todo el campamento.

Manon y Asterin se dieron la vuelta, otras hicieron lo mismo y vieron a la

bruja correr hacia la tienda de campaña de Glennis. La anciana emergió cuando la otra bruja detuvo súbitamente su carrera. Una vigía, sin duda, sin aliento y despeinada por el viento.

—Terrasen está pidiendo ayuda —jadeó la vigía y apoyó las manos en las rodillas al agacharse para recuperar el aliento—. Morath los derrotó en la frontera, luego en Perranth, y avanza hacia Orynth en este momento. Saquearán la ciudad en menos de una semana.

Peores noticias de lo que anticipaba Manon. Aunque lo necesitaba, lo estaba esperando.

Las Trece se reunieron más cerca de ella, Bronwen un paso atrás, y Manon no se atrevió a respirar cuando Glennis miró hacia la flama inmortal que ardía en la fogata a un par de metros de distancia. La Flama de la Guerra.

Luego volteó a ver a Manon.

—¿Qué dices tú, Reina de las Brujas?

Un reto y un desafío.

Manon levantó la barbilla y consideró los dos caminos que tenía frente a ella.

Uno al este, a Morath. El otro al norte, a Terrasen y la batalla.

El viento cantó y, en él, escuchó la respuesta.

—Responderé al llamado de Terrasen —dijo Manon.

Asterin dio un paso para pararse a su lado, sin temor mientras recorría el grupo reunido a su alrededor con la mirada.

—Yo también.

Sorrel avanzó al lado derecho de Manon.

—También las Trece.

Manon esperó, casi sin atreverse a reconocer lo que empezó a arder en su pecho.

Entonces Bronwen dio un paso al frente. Su cabello oscuro volaba con el viento helado.

—El hogar Vanora volará al norte.

Otra bruja enderezó los hombros.

—También el Silian.

Y así continuaron.

Hasta que las líderes de los siete Grandes Hogares estuvieron ahí reunidas.

Hasta que Glennis le dijo a Manon:

—Hace mucho tiempo, Rhiannon Crochan avanzó al lado del rey Brannon hacia la batalla. Así lo hace también su gemela renacida y así también se forjarán de nuevo las alianzas antiguas —hizo un ademán hacia la flama eterna—. Enciende la Flama de la Guerra, Reina de las Brujas, y reúne a tus huestes.

El corazón de Manon latía a toda velocidad, tan rápido que lo podía sentir en las palmas de sus manos, pero tomó una rama de abedul que estaba entre la leña.

Nadie habló cuando la metió a la flama eterna.

La madera se encendió con flamas rojas y doradas y azules que saltaron hacia arriba y la devoraron. Manon sacó la rama cuando el fuego estaba bien encendido, profundo y certero.

Ni siquiera el viento alteró la flama cuando Manon la levantó en alto: una antorcha para un nuevo día.

La multitud Crochan se separó y reveló un camino directo hacia el hogar de Bronwen. La bruja ya estaba esperando, su aquelarre reunido a su alrededor.

Cada paso era el golpe en un tambor de guerra. Una respuesta a una pregunta hecha hacía mucho tiempo.

Los ojos de Bronwen brillaban cuando Manon se detuvo.

Manon sólo dijo:

—Tu reina te llama a la guerra.

Y tocó el hogar de Bronwen con su flama.

La luz se encendió, brillante y danzarina.

Bronwen tomó una rama en sus manos, un tronco largo que ardía en la fogata.

—Las Vanora volarán.

Tomó el tronco y caminó hacia el hogar del siguiente clan, donde lanzó esa chispa del fuego sagrado a su fogata. Nuevamente la luz se encendió, justo cuando Bronwen declaró, con voz fuerte y clara como el día que despuntaba a su alrededor:

—Su reina las llama a la guerra. Las Vanora volarán con ella. ¿Ustedes?

La líder del hogar sólo dijo:

—Las Redbriar volarán.

Y encendió su propia antorcha antes de apresurarse a la fogata del siguiente clan.

De hogar en hogar. Hasta que los siete en el campamento habían aceptado y encendido el fuego.

Entonces, y sólo entonces, la joven vigía del último clan tomó su antorcha encendida, fue por su escoba y saltó a los aires. Para encontrar al siguiente clan, para informarles que había sido emitido el llamado.

Manon y las Trece, rodeadas de las Crochans, se quedaron viéndola hasta que la vigía se convirtió en un punto luminoso en el cielo y luego en nada.

Manon elevó una oración silenciosa al viento para que la flama sagrada que llevaba la joven vigía ardiera con fuerza a lo largo del recorrido largo y peligroso.

Y que encontrara su camino hasta los campos de batalla de Terrasen.

Hogar por hogar, la Flama de la Guerra fue avanzando.

Sobre las montañas cubiertas de nieve y entre los árboles de bosques frondosos, ocultándose de los enemigos que recorrían los cielos. A lo largo de noches terriblemente frías, cuando el viento aullaba y trataba de eliminar cualquier rastro de la flama.

Pero el viento no tuvo éxito, no contra la flama de la reina.

Así que avanzó, de hogar en hogar.

Hasta los poblados remotos, donde la gente gritaba y se dispersaba al ver a una joven descender de los cielos en una escoba, ondeando su antorcha muy alto.

No para hacerles un llamado a ellos, sino a las pocas mujeres que no huían. Que se acercaban a la flama, a la joven, y ella les gritaba:

—Su reina las llama a la guerra. ¿Volarán con ella?

Los baúles escondidos en los áticos se abrieron. Las capas dobladas de tela roja salieron de sus interiores. Las escobas que estaban en los armarios, detrás de las puertas, debajo de las camas, salieron, amarradas con oro o plata o cordel.

Y las espadas, antiguas y hermosas, salieron de debajo de los tablones de los

pisos, o de los pajares. Su metal brillaba tanto como el día que había sido forjado en una ciudad que ahora estaba en ruinas.

Brujas, susurraban los habitantes de los pueblos. Los esposos veían con ojos muy abiertos e incrédulos a las mujeres que se elevaron hacia el cielo con sus capas rojas volando tras ellas. Hubo brujas entre nosotros todo este tiempo.

Poblado tras poblado, donde los hogares nunca se habían apagado por completo, fueron encendiéndose ante eso. Siempre una joven salía a buscar el siguiente hogar, el siguiente bastión de su gente.

Brujas, entre nosotros. Brujas, que ahora van a la guerra.

Una ola creciente de brujas, que tomaron los cielos con sus capas rojas, sus espadas colgadas a la espalda, las escobas que iban perdiendo los años de polvo acumulado con cada kilómetro que volaban hacia el norte.

Brujas que se despidieron de sus familias, sin ofrecer explicación al besar a sus bebés dormidos para desaparecer en el cielo estrellado.

Kilómetro tras kilómetro, a través del mundo que descendía en tinieblas, el llamado se extendió, incesante e interminable como la flama eterna que pasaba de hogar en hogar.

«¡A volar, a volar, a volar! —gritaban—. ¡A la reina! ¡A la guerra!»

De todas partes, a través de la nieve y la tormenta y el peligro, las Crochans volaron.

CAPÍTULO 66

Aelin despertó con el olor de pino y nieve y supo que estaba en casa.

No en Terrasen, todavía no, pero en el sentido de que siempre estaría en casa si Rowan estaba a su lado.

Su respiración tranquila le llenaba el oído derecho. El sonido que hacía cuando estaba bien y verdaderamente dormido. Le había pasado el brazo sobre el abdomen como un peso sólido y tibio. La luz plateada cubría las rocas antiguas del techo.

Era de mañana, o un día nublado. Los pasillos del otro lado de la puerta le ofrecían fragmentos de sonido que empezó a acomodar, pieza por pieza, como si estuviera armando un espejo roto que le podría revelar el mundo exterior.

Aparentemente, habían pasado tres días desde la batalla. Y el resto del ejército del khagan, al mando del príncipe Kashin, su tercer hijo, había llegado.

Ese dato fue lo que la hizo despertar y recuperar la conciencia por completo. Puso una mano sobre el brazo de Rowan. Una caricia, sólo para ver qué tan profundamente dormido estaba en su sueño rejuvenecedor. Tres días, habían dormido ahí, sin estar conscientes del mundo. Era un momento peligroso y vulnerable para cualquier persona con magia, cuando sus cuerpos exigían que durmieran profundamente para recuperarse de haber gastado tanto poder.

Otro fragmento de información que logró discernir fue que Gavriel estaba sentado frente a su puerta. En su forma de gato montés. La gente se silenciaba al acercarse. No estaban conscientes de que en cuanto pasaban a su lado, sus murmullos de Ese felino extraño y aterrador también podían ser detectados por sus oídos de hada.

Aelin recorrió la costura de la manga de Rowan con el dedo. Sintió el músculo y sus venas prominentes debajo. Despejados… su cabeza, su cuerpo se sentían despejados. Como la primera respiración de aire helado en una mañana de invierno.

Durante los días que habían dormido, no se había despertado sobresaltada ni se había sentido perseguida por ninguna pesadilla. Era un alivio pequeño pero se agradecía.

Aelin tragó saliva. Tenía la garganta seca. ¿Qué había sido real de lo que Maeve había intentado plantar en su mente? ¿Importaba si el dolor había sido verdadero o imaginario?

Se había escapado, se había escapado de Maeve y Cairn. Enfrentar las partes de ella que habían quedado destrozadas sería algo que tendría que hacer después.

Por el momento, era suficiente con tener esta claridad. Aunque liberar su poder, gastar ese golpe poderoso aquí, no había sido su plan.

Aelin miró a Rowan, su rostro serio suavizado y apuesto por el sueño. Y limpio… la sangre que tenían salpicada ambos ya no estaba. Alguien debió haberla lavado mientras ellos dormían.

Como si percibiera su atención, o sólo sintiera la mano que permanecía en su brazo, Rowan despertó. La miró de pies a cabeza, consideró que todo estaba bien, y luego la miró a los ojos.

—Presumida —dijo entre dientes.

Aelin le dio unas palmadas en el brazo.

—Tú también diste un buen espectáculo, príncipe.

Él sonrió y su tatuaje se arrugó un poco.

—¿Ese espectáculo será la última de tus sorpresas o hay más por venir?

Ella dudó… si debía decirle, revelarlo. Tal vez.

Rowan se sentó y la manta se deslizó de su cuerpo. ¿Es del tipo de sorpresa que va a terminar haciendo que mi corazón deje de latir?

Ella rio y apoyó la cabeza en su puño. Empezó a trazar marcas sobre la manta rasposa.

—Envié una carta… cuando estábamos en ese puerto en Wendlyn.

Rowan asintió.

—A Aedion.

—A Aedion —dijo ella con voz baja para que ni siquiera Gavriel pudiera escuchar al otro lado de la puerta—. Y a tu tío. Y a Essar.

Rowan arqueó las cejas.

—¿Diciendo qué?

Ella tarareó un poco.

—Diciendo que había sido prisionera de Maeve y que mientras estuve presa ella había elaborado algunos planes nefastos.

Su pareja se quedó inmóvil.

—¿Qué propósito tenías en mente?

Aelin se sentó y empezó a limpiarse las uñas.

—Convencerlos de deshacer su ejército. Empezar una revuelta en Doranelle. Sacar a Maeve del trono. Ya sabes, detalles.

Rowan solamente la miró. Luego se frotó la cara.

—¿Crees que una carta podría lograr eso?

—Estaba redactada con palabras fuertes.

Él se quedó con la boca abierta.

—¿Qué tipo de planes nefastos mencionaste?

—Su deseo de conquistar el mundo, su total falta de interés en perdonar las vidas de las hadas en la guerra, su interés en las cosas del Valg —tragó saliva —. Tal vez incluso mencioné que ella era posiblemente Valg.

Rowan se sobresaltó.

Aelin se encogió de hombros.

—Adiviné por suerte. Las mejores mentiras incluyen siempre algún detalle auténtico.

—Sugerir que Maeve es Valg es una mentira bastante extravagante, incluso para ti. Aunque resultara ser verdad.

Ella ondeó la mano.

—Ya veremos si algo resulta de esto.

—Si funciona, si de alguna manera se rebelan y el ejército se vuelve en su contra… —negó con la cabeza y rio suavemente— sería una ventaja en esta guerra.

—Maquino y miento de manera tan genial y ¿ése es todo el crédito que me das?

Rowan le dio un golpecito suave en la nariz.

—Recibirás el crédito si el ejército de Maeve no se presenta. Hasta entonces, nos prepararemos como si fueran a llegar. Lo cual es altamente probable —dijo Rowan. Al verla fruncir el ceño, agregó—: Essar no tiene mucho poder y a mi tío no le gusta arriesgarse mucho. No son como Enda y Sellene. Para que ellos derrocaran a Maeve… sería algo monumental. Eso si sobrevivieran.

Ella sintió que se le revolvía el estómago.

—Es su decisión, lo que quieran hacer. Yo sólo les informé sobre los hechos.

Hechos planteados de manera cuidadosa y medio adivinados. Había sido una apuesta arriesgada, para ser honesta.

Rowan sonrió.

—¿Y aparte de intentar derrocar a Maeve? ¿Alguna otra sorpresa de la cual yo deba saber?

La sonrisa se desvaneció y Aelin volvió a acostarse. Rowan hizo lo mismo a su lado.

—Ya no hay más —dijo. Rowan arqueó las cejas y ella agregó—: Lo juro por mi trono. No hay más.

La diversión en la mirada del príncipe desapareció.

—No sé si sentirme aliviado.

—Todo lo que yo sé, tú lo sabes. Todas las cartas están sobre la mesa ahora.

Con los ejércitos que habían reunido, con el Candado, con todo.

—¿Crees que lo podrás hacer otra vez? —preguntó él—. ¿Extraer tanto poder?

—No lo sé. No creo. Eso requirió mantenerme… contenida. Con los grilletes.

Una sombra le oscureció el rostro a Rowan y se acostó de lado con la cabeza apoyada en la mano.

—Nunca había visto algo así.

—Nunca lo volverás a ver.

Era la verdad.

—Si el costo de obtener todo ese poder fue lo que tuviste que soportar, entonces me alegra que así sea.

Aelin le recorrió los músculos poderosos del muslo con los dedos. Los detuvo en la rasgadura de la tela justo arriba de la rodilla.

—No sentí cuando te hiciste esta herida a través del vínculo de pareja —dijo tocando la nueva cicatriz gruesa. Un trofeo de la batalla. Se obligó a enfrentar la mirada penetrante de él. ¿Maeve logró romper esa parte? ¿Esa parte de nosotros?

—No —exhaló él y le apartó el cabello de la frente—. Me he dado cuenta de que el vínculo sólo transmite el dolor de las heridas más graves.

Ella tocó el sitio en su hombro donde la flecha de Asterin Picos Negros lo había herido hace tantos meses. El momento en que supo lo que él era para ella.

—Por eso yo no sabía lo que te estaba sucediendo en la playa —dijo Rowan con dificultad. Porque los azotes con un látigo, a pesar de ser brutales e insoportables, no la habían acercado a la muerte. Sólo la llevaron a un ataúd de hierro.

Ella frunció el ceño.

—Si me vas a decir que te sientes culpable por eso…

—Los dos tenemos que vivir con esto, con lo que sucedió estos meses.

Una mirada a él y supo que él estaba muy consciente de lo que todavía le nublaba el alma.

Y porque él era la única persona que veía todo lo que ella era y no se alejaba, Aelin dijo:

—Yo quería que ese fuego fuera para Maeve.

—Lo sé.

Palabras tan simples pero que a la vez significaban todo… esa comprensión.

—Quería… arreglar las cosas —exhaló largamente—. Borrarlo todo.

Cada recuerdo y pesadilla y mentira.

—Tomará un tiempo, Aelin. Enfrentarlo, superarlo.

—No tengo un tiempo.

Él tensó la mandíbula.

—Eso está por verse.

Ella no se molestó en discutir. Pero admitió:

—Quiero que todo termine.

Él se quedó completamente inmóvil, pero le permitió tener ese espacio para pensar, para hablar.

—Quiero que todo termine ya —repitió ella con voz ronca—. Esta guerra, los dioses y el portal del Wyrd y el Candado. Todo —se frotó las sienes, apartó el peso, la mancha remanente que ningún fuego podría limpiar—. Quiero ir a Terrasen, a pelear, y luego quiero que todo termine.

Quería que terminara desde que se enteró del verdadero precio de volver a forjar el Candado. Había querido que todo terminara con cada uno de los latigazos de Cairn en la playa en Eyllwe. Y con todo lo que él le había hecho después. No le importaba lo que sucediera, cómo acabara, quería que todo terminara.

No sabía bien en qué o en quién la convertía eso.

Rowan permaneció en silencio por un rato y luego dijo:

—Entonces tendremos que asegurarnos de que las huestes del khagan vayan al norte. Y regresaremos a Terrasen y aplastaremos a los ejércitos de Erawan —la tomó de las manos y las acercó a su boca para darle un beso rápido—. Y después, después de todo eso, veremos sobre ese maldito Candado.

Una voluntad inflexible llenaba cada una de sus respiraciones, todo el aire a su alrededor.

Ella permitió que eso fuera suficiente para ambos. Guardó sus palabras, su juramento, todas esas promesas entre ellos, y extendió la palma de su mano frente a él.

Invocó a su magia… la gota de agua que tenía a través de la familia de su madre. El linaje de Mab.

Una pequeña esfera de agua se formó en su mano. Encima de los callos que había vuelto a conseguir con mucho cuidado.

Dejó que el poder suave y refrescante la recorriera. Dejó que le suavizara las partes afiladas en su interior y que las arrullara. El don de su madre.

No te doblegarás.

Cuando el Candado le quitara todo, ¿también reclamaría esta parte? ¿Esta parte tan preciada de su poder?

También se guardó esos pensamientos.

Se concentró y apretó los dientes para hacer que la esfera de agua rotara en la palma de su mano.

Lo único que logró fue que vibrara un poco.

Rio con un resoplido.

—Vaya reina hada del oeste.

Rowan rio en voz baja.

—Sigue practicando. En mil años, tal vez puedas hacer algo con eso.

Ella le dio un manotazo en el brazo y la gota de agua le mojó la manga de la camisa.

—Es una maravilla que yo haya logrado aprender algo de ti con ese tipo de apoyo.

Se sacudió el agua de la mano. Justo en la cara de él.

Rowan le mordió la nariz.

—Sabes que llevo la cuenta, princesa. De todas las cosas horribles que salen de tu boquita.

Ella sintió que los dedos de los pies se le enroscaban y le pasó los dedos por el cabello sedoso y abundante.

—¿Cómo deberé pagar por ésta?

Del otro lado de la puerta, podría jurar que escuchó los pasos suaves de un felino alejarse rápidamente.

Rowan sonrió, como si hubiera percibido la partida de Gavriel también. Luego le colocó la mano en el abdomen y con la boca le recorrió la parte de abajo de la mandíbula.

—He estado pensando en algunas cosas.

Pero la mano que le había puesto en el vientre empujó hacia abajo lo suficiente para que Aelin soltara un uuuff. Y se dio cuenta de que llevaba tres días dormida y que su vejiga estaba tan llena como correspondía a ese tiempo. Hizo una mueca y saltó para ponerse de pie. Se tambaleó un poco y él llegó al instante a su lado para sostenerla.

—Antes de que me hagas tuya completamente —declaró—, necesito encontrar un baño.

Rowan rio y se agachó para tomar su cinturón de la espada, que estaba acomodado junto a la pared al lado del de ella. Sólo Gavriel los podía haber acomodado con tanto cuidado.

—Eso es más importante en verdad que lo que yo tenía planeado.

La gente se les quedaba viendo en los pasillos. Algunos susurraban al verlos

pasar.

La reina y su consorte. ¿Dónde crees que hayan estado estos días?

Escuché que fueron a las montañas y regresaron con hombres salvajes.

Escuché que habían estado haciendo hechizos alrededor de la ciudad para protegerla de Morath.

Rowan seguía sonriendo cuando Aelin salió del baño comunitario de mujeres.

—¿Ves? —dijo ella y empezó a caminar a su lado para dirigirse no a su habitación y a que él la hiciera suya, sino hacia el pasillo donde se había servido la comida—. Estás empezando a disfrutar la fama.

Rowan arqueó una ceja.

—¿Crees que no me han seguido los murmullos por todas partes durante los últimos trescientos años? —ella puso los ojos en blanco pero él rio—. Esto es mucho mejor que Bastardo de corazón frío o Escuché que mató a alguien con la pata de una mesa.

—Pero sí mataste a alguien con la pata de una mesa.

La sonrisa de Rowan se hizo más grande.

—Y sí eres un bastardo de corazón frío —agregó.

Rowan rio.

—Nunca dije que esos murmullos fueran mentiras.

Aelin lo tomó del brazo.

—Voy a empezar un rumor sobre ti, entonces. Algo verdaderamente grotesco.

Él gimió en protesta.

—No quiero ni imaginar qué podrías inventar tú.

Ella habló en un secreto fingido cuando pasaron junto a un grupo de soldados humanos.

—¿Volaste al campo de batalla para sacarles los ojos a nuestros enemigos? —su grito ahogado hizo eco en las rocas de la fortaleza—. ¿Y te comiste los ojos?

Uno de los soldados se tropezó y los otros los voltearon a ver de inmediato.

Rowan le pellizcó el hombro.

—Gracias por eso.

Ella inclinó la cabeza.

—De nada.

Aelin seguía sonriendo cuando encontraron la comida y almorzaron rápidamente. Se enteraron de que era medio día mientras estaban sentados codo a codo en una escalera polvorienta y semiolvidada. Algo muy similar a los días que pasaron en Mistward, rodilla con rodilla, hombro con hombro en la cocina mientras escuchaban las historias de Emrys.

Pero, a diferencia de esos meses en la primavera, ahora Aelin colocó el plato entre sus pies, lo abrazó del cuello y sus bocas se unieron al instante.

No, ciertamente no era para nada como cuando estaban en Mistward porque ella se subió al regazo de Rowan y no le importó que alguien pudiera subir o bajar por esas escaleras y lo besó todo lo que quiso.

Se detuvieron, sin aliento y con los ojos enloquecidos, antes de que ella pudiera decidir que tal vez no sería tan mala idea desabrocharle los pantalones en ese lugar, o que la mano de él, que discreta y lentamente le acariciaba ese maldito lugar entre sus muslos, debería estar dentro de ella.

Si Aelin fuera honesta con ella misma, seguía considerando si debería llevarlo al armario más cercano cuando salieron a buscar a sus compañeros al fin. Una mirada a los ojos vidriosos de Rowan y supo que él estaba considerando lo mismo.

Sin embargo, incluso el deseo que le calentaba la sangre se iba enfriando cuando entraron al estudio antiguo cerca de la parte más alta de la fortaleza y miraron el grupo ahí reunido. Fenrys y Gavriel ya estaban ahí. Chaol también. Pero no había señal de Elide o Lorcan.

Pero, desafortunadamente, el padre de Chaol sí estaba presente. Y los miró molesto cuando entraron a esa reunión que parecía haber empezado hacía un rato. Aelin le esbozó una sonrisa con sorna y avanzó hacia el gran escritorio.

Un hombre alto y de hombros amplios estaba parado con Nesryn, Sartaq y Hasar. Era apuesto y estaba repleto de una especie de energía impaciente. Sus ojos color café eran agradables, su sonrisa sencilla. Le agradó de inmediato.

—Mi hermano —dijo Hasar y lo señaló sin levantar la vista del mapa—, Kashin.

El príncipe hizo una reverencia.

Aelin le devolvió la reverencia y Rowan hizo lo mismo.

—Un honor —dijo Aelin—. Muchas gracias por venir.

—En realidad puedes agradecerle a mi padre por eso. Y a Yrene —dijo Kashin. Su dominio del lenguaje era tan perfecto como el de sus hermanos.

De verdad, Aelin tenía mucho que agradecerle a la sanadora.

Los ojos agudos de Nesryn miraron a Aelin de pies a cabeza.

—¿Te estás sintiendo bien?

—Sólo necesitaba descansar —Aelin movió la barbilla hacia Rowan—. Aunque él sí necesita siestas frecuentes a su avanzada edad.

Sartaq tosió y bajó la cabeza para continuar estudiando el mapa.

Sin embargo, Fenrys rio.

—Veo que ya regresó tu buen humor.

Aelin le sonrió al padre de Chaol que estaba muy serio.

—Ya veremos cuánto dura.

El hombre no dijo nada.

Rowan hizo un ademán hacia el escritorio y preguntó:

—¿Han decidido… hacia dónde se dirigirán ahora?

Era una pregunta muy despreocupada y tranquila. Como si el destino de Terrasen no dependiera de eso.

Hasar abrió la boca pero Sartaq la interrumpió.

—Al norte. Iremos al norte con ustedes. Es lo menos que podemos hacer para pagarles por salvar a nuestro ejército, a nuestra gente.

Aelin intentó no parecer demasiado aliviada.

—Aparte de la gratitud —dijo Hasar aunque no sonaba nada agradecida—, los exploradores de Kashin ya nos confirmaron que Morath está concentrando sus esfuerzos en Terrasen. Así que ahí será donde iremos.

Aelin deseó no haber comido tanto.

—¿Qué tan mal están las cosas?

Nesryn sacudió la cabeza y respondió por el príncipe Kashin:

—Los detalles no son muy claros. Lo único que sabemos es que se han visto hordas marchando al norte y que van dejando tras de sí una estela de

destrucción.

Aelin mantuvo los puños cerrados a sus costados y se esforzó por no frotarse la cara.

El padre de Chaol dijo:

—Espero que ese poder que tienes pueda ser invocado otra vez.

Aelin permitió que una brasa de ese poder brillara en sus ojos.

—Gracias por la armadura —canturreó.

—Considéralo un regalo adelantado de tu coronación —dijo el lord de Anielle con una sonrisa burlona.

Sartaq se aclaró la garganta.

—Si tú y tus compañeros ya se recuperaron, entonces avanzaremos al norte lo más pronto posible.

Hasar no objetó ante eso.

—¿Y marchar por las montañas? —preguntó Rowan viendo el mapa. Aelin recorrió con la mirada la ruta que seguirían—. Tendríamos que pasar directamente frente al Abismo Ferian. Apenas lograremos llegar a la orilla de este lago antes de entrar en otra batalla.

—Entonces los atraemos —dijo Hasar—. Los engañamos para que vacíen las fuerzas que están aguardando en el Abismo y luego llegamos sorpresivamente por la retaguardia.

—Adarlan controla todo el Avery —dijo Chaol y trazó una línea invisible tierra adentro desde Rifthold—. Para avanzar al norte, tenemos que cruzar ese río de todas maneras. Si elegimos el Abismo como el campo de batalla, evitaremos el problema que surgiría de luchar en medio de Oakwald. Al menos los ruks podrían darnos protección aérea. Eso no se podría con los árboles.

Rowan asintió.

—Necesitamos llevar a la mayor parte de las huestes hacia las montañas y luego, llegar al Abismo desde donde menos lo esperen. Pero es terreno complicado. Necesitamos elegir nuestra ruta con cuidado.

El padre de Chaol gruñó. Aelin levantó las cejas pero el que contestó fue su hijo:

—Envié emisarios a los Colmillos el día después de la batalla. Para contactar a los hombres salvajes que viven ahí y ver si saben de algún camino secreto a través de las montañas para llegar al Abismo.

Los enemigos antiguos de esta ciudad.

—¿Y?

—Sí los conocen. Pero hay un precio.

—Que no será pagado —dijo molesto el lord de Anielle.

—Déjame adivinar: territorio —dijo Aelin.

Chaol asintió. A eso se debía la tensión en esta habitación.

Ella dio unos golpes en el piso con el pie mientras estudiaba al lord de Anielle.

—¿Y no estás dispuesto a darles ni una franja de territorio?

Él simplemente la miró con ojos enfurecidos.

—Aparentemente no —murmuró Fenrys.

Aelin se encogió de hombros y se dirigió a Chaol.

—Bueno, pues entonces está decidido.

—¿Qué está decidido? —preguntó su padre.

Aelin no le hizo caso y le guiñó un ojo a su amigo.

—Tú eres la Mano del rey de Adarlan. Tu rango es superior. Estás autorizado a actuar en nombre de Dorian —hizo un ademán hacia el mapa—. El territorio tal vez sea parte de Anielle, pero le pertenece a Adarlan. Ve y negocia.

El padre de Chaol respingó.

—Tú…

—Iremos al norte —dijo Aelin—. Tú no vas a estorbarnos —nuevamente dejó que un poco de fuego iluminara sus ojos, hizo que el dorado de su mirada ardiera—. Yo detuve esa ola. Considera esta alianza con los hombres salvajes como una manera de pagar ese favor.

—La ola destruyó la mitad de mi ciudad —gruñó el hombre.

La risa grave de Fenrys estaba llena de incredulidad. Rowan gruñó suavemente.

Chaol le reprochó a su padre.

—Eres un bastardo.

—Cuidado con tus palabras, niño.

Aelin asintió comprensiva dirigiéndose a Chaol.

—Ya veo por qué te fuiste.

Chaol, había que reconocerlo, hizo una mueca y devolvió la atención al mapa.

—Si podemos pasar el Abismo Ferian, entonces continuaremos al norte.

Pasarían por Endovier. Ese camino los llevaría directamente por Endovier. Aelin sintió que el estómago se le revolvía. Rowan le rozó la mano con suavidad.

—Tenemos que decidirlo pronto —declaró Sartaq—. En este momento, estamos sentados entre el Abismo Ferian y Morath. Sería muy fácil para Erawan mandar a sus huestes a aplastarnos entre esos dos puntos.

Hasar miró a Chaol.

—¿Yrene ya estará por terminar?

Él recargó un codo en el brazo de su silla de ruedas.

—Aún con los pocos supervivientes, hay demasiados. Estaríamos aquí durante semanas.

—¿Cuántos heridos? —preguntó Rowan.

Chaol negó con la cabeza.

—No resultaron heridos —apretó la mandíbula—. Valg.

Aelin frunció el ceño.

—¿Yrene está sanando Valg?

Hasar sonrió.

—Se podría decir.

Aelin no le hizo caso.

—¿Puedo ver?

Encontraron a Yrene no en la fortaleza sino en una tienda de campaña en lo que quedaba del campo de batalla, inclinada sobre un hombre que se revolcaba en un catre. Las muñecas y los tobillos del hombre estaban atados con cadenas a unas argollas fijas en el suelo.

Aelin miró una de esas cadenas y tuvo que tragar saliva.

Rowan le puso una mano en la espalda baja y Fenrys se acercó un paso.

Yrene se detuvo. Tenía las manos envueltas en luz blanca. Borte, con la espada desenvainada, estaba cerca.

—¿Pasa algo? —preguntó Yrene y la luz de sus manos se desvaneció. El hombre descansó y se quedó flácido cuando el ataque de la sanadora al demonio en su interior se detuvo.

Chaol llevó su silla cerca de ella. Las ruedas estaban equipadas para terrenos más difíciles.

—Aelin y sus compañeros quieren ver una demostración. Si puedes.

Yrene se alisó el cabello que se había escapado de su trenza.

—En realidad no es algo que se pueda ver. Lo que sucede es debajo de la piel… mente con mente.

—Te enfrentas directamente a los demonios del Valg —dijo Fenrys con una buena cantidad de admiración en su voz.

—Son basura odiosa y cobarde —dijo Yrene y se cruzó de brazos. Le frunció el ceño al hombre atado en el catre—. Son en verdad patéticos —dijo hacia él, hacia el demonio dentro de él.

El hombre siseó. Yrene sólo sonrió. El hombre, el demonio, gimoteó.

Aelin parpadeó. No estaba segura si reír o caer de rodillas.

—Enséñame. Haz lo que siempre haces, pero déjame ver.

Así que la sanadora lo hizo. Colocó sus manos brillantes sobre el pecho del hombre. Él gritó y gritó y gritó.

Yrene jadeó con las cejas muy juntas. Durante varios minutos, los alaridos continuaron.

Borte dijo:

—¿No es muy emocionante cuando están atados, verdad?

Sartaq la miró con exasperación. Como si fuera una conversación que ya hubieran tenido en varias ocasiones.

—Tú puedes dedicarte a atender a los caballos, si prefieres.

Borte le puso los ojos en blanco pero volteó a ver a Aelin. La miró con una

franqueza que sólo Aelin podía apreciar.

—¿Alguna otra misión para mí?

Aelin sonrió.

—Todavía no. Pronto, tal vez.

Borte le sonrió a ella.

—Por favor. Por favor libérame de este aburrimiento.

Aelin miró a la sanadora que irradiaba luz.

—¿Cuántos llevas hoy?

—Diez —gruñó Borte.

Aelin le preguntó a Chaol:

—¿Y cuántos puede curar en un día?

—Quince, cuando mucho. Algunos requieren más energía que otros para lograrlos expulsar, así que algunos días son menos.

Aelin intentó hacer el cálculo de cuántos soldados infestados quedaban en el campo.

—¿Y cuando ya están curados? ¿Qué haces con ellos?

—Los interrogamos —dijo Chaol con el ceño fruncido—. Vemos cuáles son sus historias y cómo terminaron capturados. Dónde están sus alianzas.

—¿Y les creen? —preguntó Fenrys.

Hasar dio unas palmadas en la empuñadura de su fina espada.

—Nuestros interrogadores son hábiles para sacar la verdad.

Aelin ignoró el malestar de su estómago.

—¿Entonces los liberan —dijo Gavriel que llevaba varios minutos en silencio— y luego los torturan?

—Esto es una guerra —dijo Hasar simplemente—. Los dejamos funcionales. Pero no nos arriesgaremos a perdonarles la vida sólo para que formen un nuevo ejército a nuestras espaldas.

—Algunos se unieron a Erawan de manera voluntaria —dijo Chaol en voz baja —. Algunos tomaron el anillo voluntariamente. Yrene sabe, cuando está ahí adentro, quién lo quería y quién no. No se molesta en salvar a los que se

arrodillaron gustosos. Así que la mayoría de los que salva eran ingenuos o fueron tomados por la fuerza.

—Algunos quieren pelear con nosotros —dijo Sartaq—. Los que pasan nuestro proceso de aprobación pueden empezar a entrenar con nuestros soldados. No han sido muchos, pero hay algunos.

Bien. Bien y bien.

Yrene ahogó un grito y su luz brilló tanto como para hacer que Aelin entrecerrara los ojos.

El hombre que estaba atado al catre tosió y se arqueó.

Un vómito negro y nocivo salió disparado.

Borte hizo una mueca de asco y ondeó la mano para alejar el olor. Luego al hombre le salió humo negro de la boca.

Yrene se dejó caer hacia atrás y Chaol levantó el brazo rápidamente para sostenerla. La sanadora sólo se apoyó en el brazo de la silla y se llevó la mano al pecho jadeante.

Aelin le dio un momento para recuperar el aliento. Lograr hacer algo así era sorprendente. Y hacerlo mientras estaba embarazada… Aelin movió la cabeza con asombro.

Sin dirigirse a nadie en particular, Yrene dijo:

—Ese demonio no quería irse.

—¿Pero ya se fue? —preguntó Aelin.

Yrene señaló al hombre en el catre que estaba abriendo ya los ojos. Eran castaños, no negros, y miraron hacia arriba.

—Gracias —fue lo único que pudo decir el hombre con voz áspera.

Y humana. Completamente humana.

CAPÍTULO 67

Rowan siguió a Aelin mientras recorría el campo de batalla, hasta la orilla del Lago de Plata. Se detenía sólo de vez en cuando para recoger las armas del enemigo que valían la pena. Había pocas.

Los demás se habían dispersado. Gavriel se quedó para aprender de Yrene cómo curar a los Valg, Fenrys se dirigió con Chaol a reunirse con emisarios de los hombres salvajes y los hijos del khagan se fueron a ver a sus tropas.

Partirían en dos días, si el clima lo permitía. Dos días y empezarían su avance hacia el norte.

Gracias a los dioses. Aunque ellos eran los últimos seres a quienes Rowan quería agradecerles algo.

Aelin se detuvo en la orilla rocosa del lago y miró por la extensión del espejo que ahora estaba lleno de escombros. Puso una mano sobre la empuñadura de Goldryn y la flama bailó bajo sus dedos, hacia la roca roja misma.

—Tomaría años —dijo— sanar a todos los que han sido infectados por el Valg.

—Cada uno de esos soldados tiene una familia, amigos que quisieran que lo intentáramos.

—Lo sé.

El viento helado le lanzaba el cabello frente a la cara. Soplaba hacia el norte.

—¿Entonces por qué caminamos hasta acá?

Ella se había puesto contemplativa durante la reunión en la tienda de campaña, su entrecejo se había fruncido.

—¿Yrene podría sanarlos? ¿A Erawan y Maeve? No sé por qué no lo pensé.

—¿El cuerpo de Erawan es de él o es robado? ¿Y el de Maeve? —Rowan movió la cabeza—. Sus casos podrían ser completamente distintos.

—No sé cómo le podría pedir a Yrene que lo hiciera. Pedírselo a Chaol —dijo Aelin y tragó saliva—. Siquiera poner a Yrene cerca de Erawan o Maeve… No

puedo hacerlo.

Rowan tampoco podría. No por mil distintas razones.

—¿Pero es un error darle más importancia a la seguridad de Yrene que a la de todo este mundo? —meditó Aelin mientras examinaba una de las dagas enemigas que se había robado. Era una daga muy fina, probablemente robada —. Ella es el arma más poderosa que tenemos, si las llaves no entran en el juego. ¿Es una tontería no presionar para que se use?

No era su decisión, no le correspondía. Pero le podía ofrecer a ella un espacio para rumiarla.

—¿Crees que podrías vivir contigo misma si algo le pasara a Yrene o a su bebé?

—No. Pero al menos el resto del mundo viviría. Mi culpa sería algo secundario.

—Y si no presionas a Yrene para que trate de destruirlos, y Erawan o Maeve ganan, ¿entonces qué?

—Sigue existiendo el Candado. Sigo existiendo yo.

Rowan tragó saliva. Vio la razón por la cual ella necesitaba alejarse de los otros. Por qué necesitaba caminar.

—Yrene es un rayo de esperanza para ti. Para nosotros. Una oportunidad de no tener que forjar el Candado. Ni tú ni Dorian.

—Los dioses lo exigen.

—Los dioses se pueden ir al infierno.

Aelin aventó la daga.

—Odio esto. De verdad.

Él la abrazó. Era lo único que podía ofrecerle.

Terminado… había dicho que quería que todo terminara. Él haría lo posible para lograrlo.

Aelin se recargó en su pecho y miraron el lago frío en silencio.

—¿Me dejarías hacerlo a mí, si yo fuera Yrene? ¿Si estuviera embarazada de nuestro bebé?

Él no pudo bloquear la imagen de ese sueño, de Aelin, embarazada y rodeada de sus hijos.

—A mí no me corresponde dejarte hacer nada.

Ella hizo un ademán con la mano.

—Ya sabes a qué me refiero.

Él se tomó un momento para responder.

—No. Aunque el mundo se acabara por esa razón, no lo podría soportar.

Y con la situación del Candado, él bien tendría que tomar esa decisión también.

Rowan le pasó los dedos sobre las marcas de proclamación en el cuello.

—Te dije que el amor es una debilidad. Que todo sería mucho más sencillo si nos odiáramos.

Ella resopló con risa.

—Dame unas cuantas semanas marchando con este ejército, en esas montañas, y tal vez ya no sigamos siendo aliados tan agradables.

Rowan le besó la cabeza.

—Que los dioses nos ayuden.

Pero Aelin se alejó ante esas palabras, la frase que le había brotado de la lengua. Frunció el ceño hacia el campamento del ejército.

—¿Qué? —preguntó él.

—Quiero ir a ver los libros de las marcas del Wyrd que trajeron Chaol e Yrene.

—¿Qué dice esto? —le preguntó Aelin a Borte dando unos golpes con el dedo en una línea de texto en halha, la lengua del Continente del Sur.

Sentada a su lado en el escritorio de la carpa de guerra del príncipe Sartaq, la jinete de ruk estiró el cuello para estudiar la nota escrita a mano junto a una larga columna de marcas del Wyrd.

—Un buen hechizo para propiciar que tus plantíos de hierbas crezcan.

Del otro lado del escritorio, Rowan rio. Tenía un libro abierto frente a él pero su progreso era mucho más lento que el de Aelin.

La mayoría de los tomos estaban escritos totalmente en marcas del Wyrd, pero las anotaciones escritas a mano en los márgenes la habían hecho pedirle ayuda a la joven rukhin. Borte, que estaba ya muy aburrida de ayudar a Yrene, saltó ante la oportunidad de ayudarles y le dejó la tarea del Valg a su

prometido irritado.

Pero durante las dos horas que Aelin y Rowan estuvieron estudiando la colección que Chaol e Yrene habían traído de la biblioteca prohibida de Hafiza en la punta de la torre, nada había demostrado ser útil.

Aelin suspiró hacia el techo de lona de la gran carpa del príncipe. Tenían suerte de que Sartaq hubiera traído estos baúles en vez de dejarlos en los barcos, pero… ya empezaba a sentir agotamiento y los símbolos intrincados que se entretejían frente a ella empezaban a verse confusos en las páginas amarillentas.

Rowan se enderezó.

—Éste abre algo —dijo y volteó el libro para que ella lo viera—. No conozco los otros símbolos, pero ése dice «abrir».

A pesar de las horas de clases que tomaron en el viaje de regreso a este continente, Rowan y los demás no dominaban completamente la lengua de marcas semiolvidadas. Pero su pareja recordaba muchas, como si se las hubieran sembrado en la mente.

Aelin estudió con cuidado la línea de símbolos en la página. Las leyó una segunda vez.

—No es lo que buscamos —se mordisqueó el labio inferior—. Es un hechizo para abrir un portal entre diferentes lugares… sólo en este mundo.

—¿Como lo que puede hacer Maeve? —preguntó Borte.

Aelin se encogió de hombros.

—Sí, pero éste es para distancias cortas. Más parecido a lo que puede hacer Fenrys.

O lo que podía hacer, antes de que Maeve lo rompiera.

La boca de Borte se movió hacia un lado.

—¿Entonces cuál es el punto de este hechizo?

—¿Entretener a la gente en las fiestas? —dijo Aelin y le devolvió el libro a Rowan.

Borte rio y se volvió a recargar en su silla. Se puso a jugar con la punta de su larga trenza.

—¿Crees que el hechizo existe… para encontrar una manera alternativa de sellar el portal del Wyrd?

La pregunta era apenas más que un susurro y, de cualquier manera, Rowan

miró a la chica para advertirle. Borte no le hizo caso.

No. Elena se lo hubiera dicho, o Brannon, en caso de que algo así existiera.

Aelin pasó la mano sobre la página seca y antigua. Los símbolos se veían borrosos.

—Vale la pena buscar, ¿no?

Rowan retomó su revisión y decodificación cuidadosas. Se sentaría aquí por horas, Aelin lo sabía. Y si no encontraban nada, sabía que de todas maneras él se sentaría aquí y volvería a leer todo sólo para estar seguro.

Una salida… un camino alternativo. Para ella, para Dorian. Para quien fuera de ellos que tuviera que pagar el precio de forjar el Candado y sellar la puerta. Una esperanza desesperada, ingenua.

Pasaron las horas y los montones de libros se iban haciendo más pequeños. Fenrys llegó después de un rato, inusualmente solemne mientras buscaban y buscaban. Y no encontraron nada.

Cuando ya no quedaban más libros en el baúl, cuando Borte ya estaba quedándose dormida y Rowan caminaba por la carpa, Aelin les hizo un favor a todos y les ordenó que regresaran a la fortaleza.

Había valido la pena buscar, se dijo. Aunque el peso enorme en su estómago le dijera lo contrario.

Chaol encontró a su padre donde lo había dejado, furioso en su estudio.

—No puedes darles ni un solo acre de territorio a los hombres salvajes —le siseó su padre a Chaol cuando entró en su silla y cerró la puerta.

Chaol se cruzó de brazos y no se molestó en parecer querer tranquilizarlo.

—Puedo y lo haré.

Su padre se puso de pie de un salto y apoyó las manos en su escritorio.

—¿Le escupirías a las vidas de todos los hombres de Anielle que pelearon y murieron para mantener este territorio fuera de sus sucias manos?

—Si ofrecerles un pequeño trozo de tierra significará que las futuras generaciones de hombres y mujeres de Anielle no tendrán que pelear o morir, entonces creo que nuestros ancestros estarían complacidos.

—Son bestias, apenas con la capacidad de ser sus propios amos.

Chaol suspiró y se recargó en su silla. Toda una vida de esto… eso era lo que Dorian le había heredado. Como Mano, tendría que lidiar con lords y gobernantes iguales a su padre. Si sobrevivían. Si Dorian sobrevivía, también.

Esa idea bastó para hacer que Chaol dijera:

—Todos en esta guerra están haciendo sacrificios. La mayoría son mucho mucho mayores que unos cuantos kilómetros de territorio. Agradece que es lo único que te estamos pidiendo.

El hombre rio burlonamente.

—¿Y qué dirías si yo negociara contigo?

Chaol puso los ojos en blanco y empezó a girar su silla de regreso hacia la puerta.

Su padre levantó una hoja de papel.

—¿No quieres saber qué me escribió tu hermano?

—No tanto como para detener esta alianza —dijo Chaol y terminó de girar su silla para alejarse.

Su padre desdobló la carta de todas maneras y empezó a leer:

—Espero que Anielle arda hasta convertirse en cenizas. Y tú con ella —una sonrisa pequeña y odiosa—. Eso es todo lo que tu hermano dijo. Mi heredero… así es como se siente sobre este lugar. Si él no va a proteger Anielle, ¿qué será de ella sin ti?

Otra estrategia, para hacer que sintiera culpa y accediera. Chaol dijo:

—Estoy seguro de que la opinión de Terrin sobre Anielle está atada a sus sentimientos hacia ti.

El lord anciano se volvió a sentar en su silla.

—Deseo que tú sepas lo que enfrentará Anielle en caso de que tú no la protejas. Estoy dispuesto a negociar, niño —rio—. Aunque sé lo bien que tú cumples tus promesas.

Chaol recibió el golpe.

—Soy un hombre rico y no hay nada que tú me pudieras ofrecer.

—¿Nada? —su padre apuntó a un baúl junto a la ventana—. ¿Qué dirías de algo más valioso que el oro?

Como Chaol no respondió, su padre avanzó hacia el baúl, lo abrió con una llave que tenía en el bolsillo y levantó la tapa pesada. Chaol acercó la silla para ver qué contenía.

Cartas. Todo el baúl estaba lleno de cartas con su nombre escritas con letra elegante.

—Ella descubrió el baúl. Justo antes de que supiéramos que Morath avanzaba hacia nosotros —dijo su padre con una sonrisa burlona y fría—. Debí haberlas quemado, por supuesto, pero algo me dijo que debería guardarlas. Para este momento exacto, creo.

El baúl estaba repleto de cartas. Todas escritas por su madre. A él.

—Cuánto tiempo —dijo en voz demasiado baja.

—Desde el día que te fuiste —respondió su padre aún con esa sonrisa.

Años. Años de cartas, de una madre de quien él no había sabido nada, una madre que él creía que no quería hablarle, que había cedido a los deseos de su padre.

—Tú le hiciste creer que yo no le había respondido —dijo Chaol sorprendido de que su voz todavía se escuchara calmada—. Nunca las enviaste y la dejaste pensar que yo no le había contestado nunca.

Su padre bajó la tapa del baúl y lo volvió a cerrar con llave.

—Eso parece.

—Por qué.

Era la única pregunta que importaba.

Su padre frunció el ceño.

—No podía permitir que te alejaras de tu herencia, de Anielle, sin consecuencias, ¿o sí?

Chaol tomó los brazos de su silla con fuerza para resistir la tentación de envolverlas alrededor de la garganta del hombre.

—¿Crees que mostrarme este baúl de sus cartas hará que yo quiera negociar contigo?

Su padre rio.

—Eres un hombre sentimental. Verte con esa esposa que tienes sólo me lo ha comprobado. Creo que tú negociarías bastante para poder leer esas cartas.

Chaol se le quedó viendo. Parpadeó una vez, como si eso pudiera acallar el rugido en su cabeza, en su corazón.

Su madre nunca lo había olvidado. Nunca le había dejado de escribir.

Chaol sonrió ligeramente.

—Quédate con las cartas —dijo y giró su silla de nuevo hacia las puertas—. Ahora que ya te dejó, tal vez sea lo único que te quede para recordarla.

Abrió la puerta del estudio y miró a su padre por encima del hombro.

Su padre seguía junto al baúl, tieso como una espada.

—Yo nunca negocio con bastardos —dijo Chaol y volvió a sonreír al salir hacia el pasillo—. Ciertamente no voy a empezar a hacerlo contigo.

Chaol les cedió a los hombres salvajes de los Colmillos una pequeña franja de territorio en Anielle del Sur. Su padre estaba furioso y se negaba a reconocer el trato, pero nadie le hizo ningún caso para gran diversión de Aelin.

Dos días después, una pequeña unidad de los hombres llegó a la frontera oeste de la ciudad, cerca del agujero enorme donde había estado la presa, para guiarlos por el camino.

Cada uno de los hombres barbados iba montado en un poni de montaña y aunque sus pieles pesadas ocultaban casi todo su cuerpo, sus armas estaban muy a la vista: hachas, espadas, cuchillos que brillaban bajo la luz grisácea.

La gente de Caín… o la que lo había sido. Aelin decidió no mencionarlo cuando los presentaron. Y Chaol, sabiamente, no admitió que él había matado al hombre.

Había sido en otra vida. En otro mundo.

Sentada sobre el fino caballo muniqi que Hasar le había prestado, Aelin cabalgó al frente del grupo al salir de Anielle. Chaol iba sobre Farasha a su izquierda, Rowan en su propio caballo muniqi a su derecha. Sus compañeros iban dispersos detrás. Lorcan ya estaba en condiciones de montar y Elide iba a su lado.

Y detrás de ellos, perdiéndose en la distancia, avanzaba el ejército del khagan.

Al menos, parte de él. La mitad de los ruks y los jinetes darghan marcharían bajo la bandera de Kashin hacia el lado este de las montañas, para llamar la atención de las fuerzas enemigas y que salieran del Abismo Ferian a la batalla abierta en el valle. Mientras ellos llegaban por la retaguardia, justo a su puerta trasera.

La nieve cubría con un manto espeso las montañas. El cielo gris amenazaba con más nieve, pero los vigías rukhin y los hombres salvajes consideraban que el clima hostil no llegaría todavía, al menos no hasta que llegaran al Abismo.

Cinco días de camino, con el ejército y las montañas. Serían tres para el ejército que marchaba a lo largo de la orilla del lago y del río.

Aelin inclinó la cara hacia el cielo frío cuando empezó una serie interminable

de zigzags para subir por las laderas de las montañas. Los rukhin podían cargar la mayor parte del equipo pesado, gracias a los dioses, pero la subida por las montañas sería su primera prueba.

Los ejércitos del khagan habían cruzado todo tipo de territorios. Montañas y desiertos y mares. No se amedrentarían ahora.

Así que Aelin supuso que ella tampoco lo haría. El tiempo que le quedara, hasta que todo terminara.

Este último avance hacia el norte, hacia casa… Sonrió con seriedad frente a las enormes montañas, frente al ejército que se extendía detrás de ellos.

Y sólo porque podía, sólo porque iban de camino a Terrasen al fin, Aelin liberó una chispa de su poder. Algunos de los portaestandartes detrás de ellos murmuraron sorprendidos, pero Rowan sólo sonrió. Sonrió con esa esperanza feroz, esa determinación brutal que se encendía en el corazón de ella cuando empezaba a arder.

Ella permitió que la llama la cubriera, un brillo dorado que sabía se alcanzaría a ver desde las filas más lejanas del ejército, desde la ciudad y la fortaleza que habían dejado atrás.

Como un faro brillante en las sombras de las montañas, en las sombras de las fuerzas que los aguardaban, Aelin iluminó el camino hacia el norte.

PARTE DOS

Dioses y puertas

CAPÍTULO 68

Las torres negras de Morath se elevaban por encima de las forjas humeantes y las fogatas del campamento en el valle como una colección de espadas oscuras levantadas hacia los cielos.

Llegaban hasta las nubes más bajas. Algunas estaban rotas y resquebrajadas, otras seguían orgullosamente erguidas. La furia y el acto final de Kaltain Rompier estaban escritos por todas partes sobre ellas.

Con las alas de color hollín muy abiertas, Dorian detectó un viento que apestaba a hierro y carroña y dio la vuelta alrededor de la fortaleza. En estos días largos de viaje, había aprendido a aprovechar los vientos y aunque había cubierto gran parte del recorrido en forma de un rápido halcón de cola roja, se transformó esa mañana en un cuervo ordinario.

Morath estaba rodeado de parvadas de cuervos. Sus graznidos eran tan abundantes como el sonido de los martillos en los yunques en todo el valle. A pesar del infierno que habían desatado en el norte, todavía había más soldados acampando aquí. Más tropas, más brujas.

Dorian siguió el ejemplo de los otros cuervos y se mantuvo alejado de los guivernos. Voló bajo y vio aquelarre tras aquelarre que vigilaban e informaban o entrenaban. Tantas Dientes de Hierro. Todas esperando.

Dio una vuelta alrededor de las torres más elevadas de Morath. Estudió la fortaleza, el ejército en el valle, los guivernos en sus nidos altos. Con cada batir de sus alas, el peso de lo que había ocultado en una saliente rocosa a quince kilómetros de distancia se hacía mayor.

Hubiera sido una locura traer las dos llaves hasta acá. Así que las había enterrado en las rocas y no se atrevió siquiera a marcar el lugar. Sólo podía rezar por que estuvieran a la distancia suficiente para que Erawan no las detectara.

Al lado de una torre, dos mujeres de la servidumbre con los brazos llenos de ropa limpia salieron de una pequeña puerta y empezaron a subir por la escalera exterior. Llevaban la cabeza agachada, como si estuvieran intentando ignorar al ejército que se movía a lo lejos. O a los guivernos cuyos aullidos hacían eco en la roca negra.

Ahí. Esa puerta.

Dorian voló hacia ella. Trató de obligar a su corazón a tranquilizarse, a su olor —lo único que podía delatarlo y condenarlo— a que permaneciera sin ser notado. Pero ninguna de las Dientes de Hierro que volaban en lo alto se percató del cuervo-que-no-olía-a-cuervo. Y las dos lavanderas que subían por las escaleras de la torre no dijeron nada cuando él aterrizó en el pequeño barandal de roca y dobló sus alas.

Con un salto, ya estaba en las rocas.

Una transformación, la sensación de que los músculos y los huesos le quemaban, y el mundo se volvió más grande, infinitamente más mortífero.

E infinitamente menos consciente de su presencia.

Los bigotes de Dorian se movieron y sus grandes orejas giraron. El rugido de los guivernos vibraba a través de su cuerpo pequeño y peludo. Apretó los dientes… eran grandes, casi demasiado grandes para su pequeña boca. El olor era casi nauseabundo.

Podía oler… todo. La frescura remanente de la ropa que acababa de pasar. El olor a carne de animal de caza que surgía por algún caldo que habían comido las lavanderas. Nunca había considerado que los ratones fueran extraordinarios, pero ni siquiera como un halcón había tenido esta sensación de estar alerta, este nivel de estar despierto.

En un mundo diseñado para matarlos, supuso que los ratones necesitaban esa agudeza para sobrevivir.

Dorian se permitió volver a respirar profundamente antes de escurrirse debajo de la puerta cerrada. Al interior de Morath.

Sus sentidos tal vez estaban más agudos, pero nunca se había percatado de lo intimidante que eran unas escaleras en realidad sin tener piernas humanas.

Se mantuvo en las sombras, se ocultó en el polvo y la oscuridad con cada par de pies que pasaba a su lado. Algunos tenían armadura; otros, botas; otros, zapatos desgastados. Pero todos los dueños de esos pies lucían pálidos y miserables.

No había brujas, gracias a los dioses. Y no había príncipes del Valg ni sus peones.

Ciertamente no había señales de Erawan.

La torre a la que había entrado era de sirvientes, una que Manon le había mostrado en alguna de sus varias explicaciones a Aelin. Gracias a ella él había logrado seguir su mapa mental que confirmó al volar sobre la zona durante las últimas horas.

La torre de Erawan… ahí empezaría. Y si el rey del Valg estaba ahí… ya

pensaría qué hacer. No había decidido si haría que Erawan pagara por todo lo que había hecho, a pesar de la advertencia de Kaltain.

Con la respiración entrecortada, Dorian llegó a la base de las escaleras de caracol. Enredó su cola larga alrededor de su cuerpo y se asomó al pasillo poco alumbrado frente a él.

Desde este lugar, tendría que cruzar todo el piso, luego subir otra escalera, luego recorrer otro pasillo y después, con suerte, ahí estaría la torre de Erawan.

Manon nunca había entrado. Nunca supo qué había ahí. Sólo que estaba vigilada por Valg a todas horas. Era un buen lugar para iniciar su búsqueda.

Se movieron sus orejas. No escuchó pasos que se acercaran. Afortunadamente, tampoco gatos.

Dorian dio la vuelta en una esquina, su piel color gris marrón se confundía con la roca, y corrió a lo largo de la ranura donde la pared se unía con el piso. Había un guardia vigilando al final del pasillo, con la mirada perdida. Era tan grande como una montaña para Dorian conforme se iba acercando.

Dorian casi había llegado donde estaba el guardia y el cruce que vigilaba cuando lo sintió: el movimiento y luego el silencio.

Inclusive el guardia se enderezó y miró por la ranura de una ventana detrás de él.

Dorian se quedó quieto y se ocultó en las sombras.

Nada. No había gritos ni alaridos, pero…

El guardia regresó a su puesto pero prestó atención al pasillo.

Dorian se quedó quieto y en silencio, esperando. ¿Habían descubierto su presencia? ¿Habían emitido un llamado?

No podía ser tan fácil como parecía. Erawan sin duda tenía trampas que le alertaran de la presencia de cualquier enemigo…

Unos pasos ligeros y rápidos sonaron a la vuelta de la esquina y el guardia volteó en esa dirección.

—¿Qué pasa? —exigió saber el hombre.

El sirviente que se aproximaba no frenó su paso.

—Quién sabe, con la gente que lo rodea estos días. No me quedaré a averiguarlo.

Luego el hombre se apresuró a irse y pasó rápidamente al lado de Dorian.

No corría hacia algo, sino de algo.

Los bigotes de Dorian se movieron mientras olfateaba el aire. Nada.

Esperar en un pasillo no era buena idea. Pero seguir adelante, buscar lo que podría estar sucediendo… Tampoco era prudente.

Había un sitio donde seguro podría conseguir algo de información. Donde la gente siempre estaba intercambiando chismes, incluso en Morath.

Así que Dorian regresó por el pasillo. Bajó otras escaleras. Sus patas pequeñas apenas podían moverse tan rápido como él quería. Hacia las cocinas, calientes y brillantes con la luz del enorme hogar.

Lady Elide había trabajado ahí, había conocido a estas personas. No eran Valg, sino personas reclutadas para prestar un servicio. Personas que sin duda hablarían sobre lo que estaba sucediendo en esta fortaleza. Al igual que lo hacían en el palacio en Rifthold.

Los diversos sirvientes y cocineras estaban esperando. Miraban hacia las escaleras del lado opuesto de la cocina cavernosa. Al igual que el delgado gato anaranjado de ojos verdes que estaba al otro lado de la habitación.

Dorian se hizo lo más pequeño que pudo. Pero la bestia no le prestó atención. Estaba concentrado en las escaleras. Como si él también lo supiera.

Y luego los pasos, rápidos y silenciosos. Entraron dos mujeres con bandejas vacías en sus manos. Ambas estaban pálidas y temblorosas.

El hombre que tenía que ser el cocinero en jefe le preguntó a las mujeres:

—¿Vieron algo?

Una de las mujeres negó con la cabeza.

—No estaban en el salón de consejo todavía. Gracias a los dioses.

Las manos de su pareja temblaban cuando dejó la bandeja sobre una superficie.

—Pero llegarán pronto.

—Qué suerte que salieron antes de que llegaran —dijo alguien—. O podrían haber acabado como parte del almuerzo también.

Suerte, en verdad. Dorian se quedó otro rato, pero la cocina retomó sus ritmos, satisfecha con el regreso a salvo de sus dos miembros.

El salón de consejo… tal vez el mismo que había descrito Manon. Donde Erawan prefería tener sus reuniones. Y si el mismo Erawan se estaba dirigiendo hacia allá…

Dorian salió corriendo y pensando en el mapa mental que había elaborado Manon. Un tonto… sólo un tonto iría voluntariamente a ver a Erawan. Arriesgarse.

Tal vez él tenía deseos de morir. Tal vez en verdad era un tonto. Pero quería verlo. Tenía que verlo, esta criatura que había arruinado tantas cosas. Que estaba listo para devorar su mundo.

Tenía que verlo, esta cosa que había dado las órdenes de que lo esclavizaran, que había masacrado a Sorscha. Y si tenía suerte, tal vez lo mataría.

Podía permanecer en esta forma y atacar. Pero sería mucho más satisfactorio regresar a su propio cuerpo, desenfundar a Damaris y terminar con él. Permitir que Erawan viera la franja pálida alrededor de su cuello y que supiera quién lo había matado, que no había logrado vencerlo todavía.

Y luego Dorian encontraría esa llave.

El silencio le indicó el camino, tal vez más que el mapa mental que había memorizado.

Los pasillos se vaciaron. El aire se hizo más denso, frío. Como si la corrupción de Erawan le brotara del cuerpo.

No había guardias, ni Valg ni humanos, vigilando las puertas abiertas.

No había nadie que vigilara la figura encapuchada que entró con la capa negra flotando detrás de él.

Dorian se apresuró, corriendo detrás de esa figura justo antes de que se cerraran las puertas. Su magia empezó a crecer y él se esforzó para tranquilizarla, para enroscarla, como una serpiente lista para atacar.

Un golpe para derribar a Erawan. Luego se transformaría y sacaría a Damaris.

La figura se detuvo. La capa ondeó y Dorian corrió a la sombra más cercana, junto a la ranura entre la puerta y el piso.

La habitación era ordinaria, salvo por una mesa de vidrio negro al centro. Y el hombre de cabello dorado y ojos dorados sentado ante ella.

Manon no había mentido: Erawan de verdad se había deshecho de la piel de Perrington para cambiarla por algo más hermoso.

Aunque Dorian se dio cuenta de que seguía usando ropa fina. Cuando el rey del Valg se puso de pie, pudo ver que su chaqueta gris y sus pantalones estaban elaborados inmaculadamente. No había armas a su lado. Ni una señal de la llave del Wyrd.

Pero podía sentir el poder de Erawan, todo lo negativo que emanaba de él. Podía percibir, y recordar, cómo se había sentido ese poder en su interior, coagulándole el alma.

El hielo crujió en sus venas. Rápido… debía ser rápido. Debía atacar ahora.

—Ésta es una sorpresa inesperada —dijo Erawan con voz joven pero a la vez no. Hizo un ademán hacia la comida dispuesta en la mesa: frutas y carnes curadas—. ¿Algo de comer?

La magia de Dorian titubeó cuando dos manos delgadas y pálidas como la luna se asomaron de los dobleces de la capa negra y movieron el cuello de la prenda.

La mujer que estaba debajo no era hermosa, no al estilo clásico. Sin embargo, con su cabello negro, sus ojos oscuros, sus labios rojos… Era impactante. Hipnotizadora.

Esos labios rojos se curvaron para revelar unos dientes blancos como el hueso.

El frío le recorrió la espalda a Dorian al ver las orejas delicadas y puntiagudas que se asomaban por encima de la cortina de cabello oscuro. Hada. La mujer era hada.

Se quitó la capa para revelar un vestido holgado del púrpura más profundo antes de sentarse al otro lado de la mesa frente a Erawan. No dudó ni un instante ni pareció atemorizada en sus movimientos agraciados.

—Entonces, sabes por qué vine.

Erawan sonrió al sentarse, sirvió una copa de vino para la mujer y luego otra para él. Y todos los pensamientos asesinos desaparecieron de la mente de Dorian cuando el rey del Valg preguntó:

—¿Habría cualquier otra razón para que te dignaras a visitar Morath, Maeve?

CAPÍTULO 69

Orynth no había estado tan silencioso desde el día que Aedion y el resto de la corte de Terrasen habían marchado hacia Theralis.

Incluso entonces se había escuchado una vibración en la antigua ciudad erigida entre la desembocadura del Florine y el borde de las Staghorn. Oakwald era una franja de bosque al oeste.

En aquel entonces, los muros blancos todavía brillaban.

Ahora estaban manchados y grisáceos, tan tristes como el cielo. Aedion y Lysandra, junto con sus aliados, marcharon por las enormes puertas de metal de la entrada oeste. Aquí, las paredes eran de dos metros de ancho. Los bloques de roca eran tan pesados que la leyenda decía que Brannon había reclutado gigantes de las montañas Staghorn para que construyeran los muros.

Aedion daría lo que fuera a cambio de que esos gigantes olvidados hacía mucho llegaran a la ciudad ahora. A cambio de que las antiguas Tribus de Lobos bajaran corriendo de los picos altos detrás de la ciudad, acompañados de las hadas perdidas de Terrasen. Que todos los antiguos mitos emergieran desde las sombras del tiempo como lo habían hecho Rolfe y sus micenianos.

Pero sabía que ya se les había terminado la suerte.

Sus compañeros también lo sabían. Incluso Ansel de Briarcliff se había quedado tan silenciosa como Ilias y sus asesinos, con los hombros encorvados. Ella había estado así desde que las cabezas de sus guerreros habían aterrizado entre sus filas. Su cabello color vino estaba opaco, sus pasos pesados. Aedion reconocía su horror, su culpa. Deseaba tener un momento para consolar a la joven reina más allá de una disculpa rápida. Pero Ilias, al parecer, había asumido el papel de hacer justo eso y cabalgaba junto a Ansel en compañía constante y silenciosa.

La ciudad estaba construida a los pies del castillo enorme y casi mítico sobre una roca saliente. Un castillo tan alto que las torretas parecían perforar el cielo. En el pasado, el castillo brillaba, los rosales y las enredaderas subían por sus rocas entibiadas por el sol. La canción de mil fuentes sonaba en todos los pasillos y patios. En el pasado, las banderas orgullosas ondeaban desde esas torres imposiblemente altas, como vigías sobre las montañas y el bosque y el río y la planicie de Theralis abajo.

Ahora se había convertido en un mausoleo.

Nadie hablaba mientras subían por las calles empinadas y sinuosas. Las personas con caras entristecidas se paraban a verlos o continuaban en su carrera a fin de prepararse para el sitio.

No había manera de escapar. Con las Staghorn a sus espaldas, Oakwald al oeste y el ejército avanzando desde el sur, era imposible. Sí, podían huir hacia el este por las planicies pero ¿dónde? ¿A Suria, donde sólo era cuestión de tiempo que los encontraran? ¿Al interior, más allá de las montañas, donde los inviernos eran tan brutales que se decía que ningún mortal podía sobrevivir? La gente de Orynth estaba tan atrapada como su ejército.

Aedion sabía que debería enderezar la espalda. Debería sonreírle a esta gente, su gente, y ofrecerles un poco de valentía.

Pero no podía. No podía evitar pensar cuántos habían perdido familia, amigos, en la batalla junto al río. En las semanas de pelea antes de eso. Cuántos seguían rezando por que las filas constantes de soldados que avanzaban hacia la ciudad incluyeran algún ser amado.

Era su culpa, su carga. Sus decisiones los habían llevado ahí. Sus decisiones habían dejado todos esos cuerpos en la nieve, un verdadero camino de cuerpos desde la frontera sur hasta el Florine.

El castillo blanco se elevaba frente a ellos, más grande con cada colina que ascendían. Al menos tenían eso… la ventaja de estar en el terreno alto.

Al menos tenían eso.

Darrow y los otros lords los estaban esperando.

No en la habitación del trono sino en la espaciosa sala del consejo al otro lado del palacio.

La última vez que Aedion había estado en esa habitación, un imbécil adarlaniano presumido había presidido la junta. El virrey de Terrasen, se llamaba a sí mismo.

Parecía que ese hombre se había llevado sus ornamentos, incluidas las sillas y tapices de las paredes, y había salido huyendo en el momento en que habían matado al rey.

Así que ahora una vieja mesa de trabajo servía como escritorio de guerra. Estaba rodeada de diferentes sillas apolilladas de varias habitaciones alrededor del castillo. En ese momento estaban ocupadas por Darrow, Sloane, Gunnar e Ironwood. Murtaugh, para sorpresa de Aedion, estaba entre ellos.

Se pusieron de pie cuando Aedion y sus compañeros entraron. No por respeto a Aedion sino por los miembros de la realeza que lo acompañaban.

Ansel de Briarcliff miró el espacio descuidado, como había hecho durante todo el recorrido a través del castillo oscuro y abandonado y dejó salir un silbido.

—No era broma cuando dijiste que Adarlan saqueó sus tesoros.

Eran sus primeras palabras en horas. En días.

Aedion refunfuñó.

—Hasta el cobre.

Se detuvo frente a la mesa.

Darrow exigió saber:

—¿Dónde está Kyllian?

Aedion le sonrió de una manera que no se reflejaba en sus ojos. Ren se puso tenso porque podía leer la advertencia que representaba esa sonrisa.

—Me pidió que me adelantara mientras él dirigía al ejército hacia acá.

Mentira.

Darrow puso los ojos en blanco y luego miró a Rolfe, que seguía viendo el castillo descuidado con un gesto de desagrado.

—Supongo entonces que te debemos a ti la retirada afortunada.

Rolfe miró al hombre con sus ojos de color verde mar.

—Eso sí.

Darrow volvió a sentarse y los otros lords lo imitaron.

—¿Y tú eres…?

—El Corsario Rolfe —dijo el pirata con suavidad—. Comandante en la Flota de Su Majestad. Y heredero del pueblo miceniano.

Los otros lords se enderezaron.

—Los micenianos desaparecieron hace una era —dijo lord Sloane. Pero notó la espada que Rolfe traía colgando, su pomo de dragón marino. Sin duda había visto la flota que subía por el Florine.

—Desaparecieron pero no murieron —le aclaró Rolfe—. Y hemos venido a saldar una vieja deuda.

Darrow se frotó la sien. Viejo… Darrow verdaderamente representaba su edad

al recargarse contra el borde de la mesa.

—Bueno, agradezcamos a los dioses por eso.

Lysandra dijo, a punto de estallar de rabia:

—Se lo deben agradecer a Aelin.

El hombre entrecerró los ojos y el temperamento de Aedion se afiló para convertirse en algo letal. Pero la voz de Darrow estaba exhausta, pesada, cuando preguntó:

—¿No estarás fingiendo hoy, lady?

Lysandra sólo señaló a Rolfe, luego a Ansel, luego a Galan. Extendió el brazo hacia las ventanas, donde estaba la realeza hada e Ilias de los Asesinos Silenciosos viendo por su propia gente en los terrenos del castillo.

—Todos. Todos ellos vinieron aquí por Aelin. No por ti. Así que antes de que te burles de que no existe la Flota de Su Majestad, permíteme decirte que sí la hay. Y que tú no formas parte de ella.

Darrow dejó escapar un suspiro largo y volvió a frotarse la sien.

—Puedes retirarte de esta habitación.

—Por supuesto que no —gruñó Aedion.

Pero Murtaugh intervino:

—Hay alguien, lady, que quisiera verte —Lysandra arqueó las cejas y el anciano hizo una mueca—. No deseé arriesgarme a dejarla sola en Allsbrook. Evangeline está en la torre norte, en la habitación que fue de mi nieta. Te vio llegar desde la ventana y apenas pude convencerla de esperar.

Era una manera amable y astuta de calmar la tormenta que empezaba a cernirse. Aedion consideró si debía decirle a Lysandra que podía quedarse, pero Lysandra ya estaba en movimiento, con el cabello oscuro volando detrás de ella.

Cuando se fue, Aedion dijo:

—Ella ha peleado en las filas delanteras en todas las batallas. Casi murió a manos de nuestros enemigos. No me parece haber visto a ninguno de ustedes molestándose en hacer lo mismo.

El grupo de lords ancianos hizo un gesto de desagrado. Pero fue Darrow quien se reacomodó en su silla… ligeramente. Como si Aedion hubiera tocado una herida infectada.

—Ser demasiado viejo para pelear —dijo Darrow en voz baja—, mientras los

hombres y mujeres jóvenes mueren no es tan fácil como podrías pensar, Aedion —miró hacia abajo, hacia la espada sin nombre que llevaba Aedion—. No es nada fácil.

Aedion pensó si debería decirle que le preguntara a la gente que había muerto si eso tampoco era fácil, pero el príncipe Galan se aclaró la garganta:

—¿Qué preparaciones están haciendo para el sitio?

Los lords de Terrasen no parecían apreciar que los cuestionaran, pero abrieron sus bocas odiosas y hablaron.

Una hora después, cuando los demás se habían ido a sus habitaciones, y luego a darse un baño y por una comida caliente, Aedion se puso a seguir su olor.

No había ido a la torre norte y a su encomendada que la esperaba, sino a la sala del trono.

Las enormes puertas de roble estaban abiertas ligeramente. Los dos ciervos encabritados tallados en las puertas lo miraban hacia abajo. En el pasado, una hoja de oro cubría la flama inmortal que brillaba entre sus astas orgullosas.

Durante la última década, alguien había retirado el oro. Por rencor o para conseguir algunas monedas.

Aedion pasó por las puertas. La habitación cavernosa era como el fantasma de un viejo amigo.

¿Cuántas veces se había quejado por tener que ponerse su ropa elegante y pararse junto a los tronos sobre la plataforma al fondo de la habitación bordeada de columnas? ¿Cuántas veces había visto a Aelin quedándose dormida durante un día de pompa interminable?

En el pasado, las banderas de todos los territorios de Terrasen colgaban del techo. En el pasado, los pisos de mármol claro estaban tan pulidos que podía verse reflejado en ellos.

En el pasado, un trono de cuerno de venado estaba sobre la plataforma, monumental y primigenio. Construido con las astas desechadas de los ciervos inmortales de Oakwald.

Los ciervos ahora habían sido masacrados y quemados, al igual que el trono de cuerno antes de la batalla de Theralis. El rey había ordenado que se hiciera justo en medio del campo de batalla.

Frente a esa plataforma vacía estaba parada Lysandra. Mirando el mármol blanco como si pudiera ver el trono que alguna vez había estado ahí. Como si pudiera ver los otros tronos más pequeños que estaban a su lado.

—No me había dado cuenta de cuánto destrozó Adarlan este lugar —dijo, porque lo había olido o porque había reconocido el sonido de sus pasos.

—La estructura sigue intacta —dijo Aedion—. Cuánto tiempo más siga siendo verdad eso, no lo sé.

Los ojos verdes de Lysandra se movieron hacia él, apagados por el agotamiento y la tristeza.

—En el fondo —dijo ella en voz baja—, una parte de mí pensaba que viviría para verla sentada aquí —señaló hacia la plataforma, hacia el sitio donde alguna vez había estado el trono de cuerno—. En el fondo, pensé que de alguna manera lo lograríamos. Inclusive con Morath, y el Candado y todo.

No quedaba nada de esperanza en su rostro.

Tal vez por ese motivo se había tomado la molestia de dirigirle la palabra.

—Yo también lo pensaba —dijo Aedion con voz igual de baja, aunque las palabras hicieron eco en la enorme habitación vacía—. Yo también lo pensaba.

CAPÍTULO 70

La Reina de las Hadas había ido a Morath.

Dorian obligó a su corazón a tranquilizarse, a su respiración a estabilizarse mientras Maeve daba un sorbo a su vino.

—No me conoces, entonces —dijo la reina hada estudiando al rey del Valg.

Erawan hizo una pausa y detuvo la copa antes de que llegara a sus labios.

—¿No eres Maeve, Reina de Doranelle?

Aelin. ¿Maeve había traído a Aelin aquí? ¿Para vendérsela a Erawan?

Dioses, dioses…

Maeve inclinó la cabeza hacia atrás y rio.

—Milenios separados y ya olvidaste a tu propia cuñada.

Dorian se alegró de ser solamente un ser pequeño, silencioso y al cual nadie prestaba atención. Porque bien podría haberse desplomado.

Erawan se quedó inmóvil.

—Tú.

Maeve sonrió.

—Yo.

Los ojos dorados recorrieron el cuerpo de la Reina Hada.

—Con piel de hada. Todo este tiempo —dijo él.

—Me decepciona que no te hayas dado cuenta.

El palpitar del poder de Erawan fluyó sobre Dorian. Era tan similar, tan terriblemente similar a ese poder untuoso del príncipe del Valg.

—¿Sabes qué has…? —el rey del Valg se quedó en silencio y luego enderezó los hombros—. Supongo que debería agradecértelo, entonces —continuó Erawan tras recuperar el control—. Si tú no hubieras traicionado a mi hermano, yo no habría descubierto este mundo encantador. Y no estaría a punto de conquistarlo —dio un sorbo a su copa—. Pero la pregunta es la misma: ¿Por qué venir aquí? ¿Por qué revelarte en este momento? Mi antigua enemiga… tal vez ya no lo sea.

—Nunca fui tu enemiga —dijo Maeve con voz tranquila—. Sin embargo, tus hermanos sí fueron mis enemigos.

—Pero te casaste con Orcus a sabiendas de cómo era.

—Tal vez debí haberme casado contigo cuando me lo ofreciste —una pequeña sonrisa, provocadora y horrenda—. Pero yo era tan joven entonces. Fácilmente engañada.

Erawan dejó escapar una risa que le revolvió el estómago a Dorian.

—Nunca fuiste eso. Y ahora henos aquí.

Si Aelin estuviera aquí, si Dorian la pudiera encontrar, tal vez lograrían vencer al rey y a la reina del Valg.

—Henos aquí —repitió Maeve—. Tú a punto de arrasar con este continente. Y yo, dispuesta a ayudarte.

Erawan cruzó la pierna y puso el tobillo sobre la rodilla.

—Repito: ¿por qué?

Los dedos de Maeve acariciaron las facetas del cristal de su copa.

—Mi gente me traicionó. Después de todo lo que hice por ellos, todo lo que los protegí, se levantaron en mi contra. El ejército que reuní se negó a marchar. Mis nobles, mis sirvientes, se negaron a arrodillarse. Ya no soy la reina de Doranelle.

—Puedo adivinar quién podría estar detrás de algo así —dijo Erawan.

La oscuridad centelleó en la habitación, terrible y fría.

—Tenía contenida a Aelin del Fuego Salvaje. Esperaba traértela cuando ella estuviera… lista. Pero el centinela que designé para que la vigilara cometió un grave error. Yo misma admitiré que me engañaron. Y ahora ella está libre otra vez. Y decidió enviar cartas a ciertos individuos influyentes en Doranelle. No dudaría que ya esté en este continente.

Dorian sintió el alivio recorrerle el cuerpo.

Erawan movió una mano.

—En Anielle. Desperdiciando su poder de manera descuidada.

Los ojos de Maeve brillaron.

—Ella me costó mi reino, mi trono. Mi círculo de guerreros de confianza. Cualquier neutralidad que pudiera haber tenido en esta guerra, cualquier misericordia que podría haber ofrecido, desapareció en el momento en que ella y su pareja se fueron.

La habían encontrado. De alguna manera, la habían encontrado. Y Anielle… ¿se atrevía a tener esperanzas de que Chaol también estuviera ahí?

Dorian podría haber rugido por su victoria. Pero Maeve continuó:

—Aelin Galathynius vendrá por mí, si te sobrevive. No planeo permitírselo.

La sonrisa de Erawan se hizo más amplia.

—Así que piensas aliarte conmigo.

—Sólo juntos podremos asegurarnos de que el linaje de Brannon sea eliminado para siempre. Que nunca más vuelva a surgir.

—¿Entonces por qué no matarla cuando la tuviste?

—¿Tú hubieras hecho eso, hermano? ¿No hubieras intentado convertirla?

El silencio de Erawan fue suficiente confirmación. Luego el rey del Valg preguntó:

—Me has dado mucha información, hermana. ¿Esperas que te crea tan rápido?

—Anticipé esa reacción —respondió ella con un esbozo de sonrisa—. Después de todo, no me queda nada salvo mis propios poderes.

Erawan no dijo nada, como si estuviera muy consciente del baile al que lo estaba conduciendo la reina.

Maeve extendió una mano blanca como la luna hacia el centro de la habitación.

—Hay otra cosa que podría traer a la mesa, en caso de que te interese.

Un movimiento de sus dedos delgados y apareció un agujero en el corazón de la habitación.

Dorian se sobresaltó y se ocultó más en las sombras y el polvo. No se molestó en ocultar su temblor cuando un engendro que solamente podía haber sido creado en la oscuridad apareció al otro lado de ese agujero. De ese portal.

—Ya había olvidado que tú dominabas ese don —dijo Erawan con un destello de sus ojos dorados ante la cosa que ahora les hacía una reverencia y hacía sonar sus tenazas.

La araña.

—Y también había olvidado que ellas seguían tomándose la molestia de obedecerte —continuó Erawan.

—Cuando las hadas me hicieron a un lado —dijo Maeve y sonrió ligeramente a la araña enorme—, regresé con aquellas que siempre me han sido fieles.

—Las arañas estigias se han independizado como criaturas —la contradijo Erawan—. Tu lista de aliados sigue siendo corta.

Maeve negó con la cabeza y su cabello oscuro se vio reluciente.

—Éstas no son arañas estigias.

A través del portal, Dorian podía distinguir las rocas escarpadas y cenizas. Montañas.

—Éstas son las kharankui, como las llaman los pobladores del Continente del Sur. Mis doncellas más leales.

El corazón de Dorian latía con fuerza al ver a la araña hacer otra reverencia.

El rostro de Erawan se tornó frío y aburrido.

—¿Qué uso tendría yo para ellas? —hizo un ademán hacia las ventanas, el paisaje infernal de su creación—. Yo he creado ejércitos de bestias leales a mí. No necesito unos cuantos cientos de arañas.

Maeve no titubeó ni un instante.

—Mis doncellas son ingeniosas, sus telarañas llegan muy lejos. Me hablan sobre lo que está sucediendo en el mundo. Y me hablaron sobre la siguiente… fase en tus grandes planes.

Dorian se preparó para lo que escucharía. Erawan se puso tenso.

Maeve dijo con parsimonia:

—Las princesas del Valg necesitan huéspedes. Tú has tenido dificultades para conseguir candidatas lo suficientemente poderosas para contenerlas. La princesa del khaganato logró sobrevivir a la que le plantaste y ya es dueña de su propio cuerpo otra vez.

Princesas del Valg. En el Continente del Sur. Chaol…

—Estoy escuchando —dijo Erawan.

Maeve señaló a la araña que seguía inclinada frente al portal… el portal al Continente del Sur que abrió con la misma facilidad que una ventana.

—¿Por qué molestarnos con huéspedes humanas para las seis princesas restantes cuando puedes conseguir unas mucho más poderosas? Y dispuestas.

Los ojos dorados de Erawan se deslizaron hacia la araña.

—¿Tú y tus hermanas permitirían esto?

Eran las primeras palabras que le dirigía a la criatura.

La araña hizo sonar sus tenazas y parpadeó con sus ojos horribles.

—Sería un honor demostrar lealtad a nuestra reina.

Maeve le sonrió a la araña. Dorian sintió un escalofrío.

—Huéspedes inmortales y poderosas —le ronroneó Maeve al rey del Valg—. Con sus dones innatos, imagina cómo podrían florecer las princesas dentro de ellas. Tanto la araña como la princesa se convertirían en más.

Se convertirían en un horror más allá de cualquier cosa imaginable.

Erawan no dijo nada y Maeve movió los dedos de nuevo para hacer desaparecer el portal y la araña. Se puso de pie, elegante como una sombra.

—Te dejaré a solas para que consideres esta alianza, si eso es lo que deseas. Las kharankui harán lo que yo les ordene y estarán felices de marchar bajo tu bandera.

—¿Pero qué le diré a mi hermano cuando vuelva a verlo?

Maeve ladeó la cabeza.

—¿Planeas volver a ver a Orcus?

—¿Por qué piensas que he pasado tanto tiempo construyendo este ejército, preparando este mundo, si no es para darle la bienvenida a mis hermanos nuevamente? ¿Si no es para impresionarlos con lo que he creado aquí?

Erawan traería a los reyes del Valg de regreso a Erilea, si podía. Y si lo hacía…

Maeve estudió al rey en su silla.

—Dile a Orcus que me aburrí de esperar a que regresara a casa de sus conquistas —la sonrisa de una araña—. Me hubiera gustado más ir con él.

Erawan parpadeó como única señal de su sorpresa. Luego movió su mano

elegante y las puertas se abrieron con un viento fantasma.

—Pensaré en tu oferta, hermana. Por tu audacia para venir a verme, te permitiré que te quedes como mi huésped hasta tomar la decisión —dos guardias aparecieron en el pasillo y Dorian tensó las patas sobre las rocas—. Ellos te llevarán a tu habitación.

Quedarse en este salón demasiado tiempo podría exponerlo, pero no había percibido la llave en el rey del Valg. Después… podría seguir buscando después. También consideraría cuál sería la mejor manera de matar al rey. Decidiría si era tan imprudente como para arriesgarse. Por ahora…

Maeve plegó la tela de su capa, se dio la vuelta y Dorian aprovechó la oportunidad para salir corriendo y ocultarse entre sus sombras de nuevo para irse junto con la reina hada.

Los guardias la llevaron por el pasillo, por unas escaleras de caracol y luego hacia una torre adyacente a la de Erawan. Tenía muebles elegantes de roble pulido y sábanas frescas de lino. Quizás era el remanente de aquellos años en que este lugar había sido una fortaleza humana y no una casa de los horrores.

Cuando la puerta de madera tachonada de hierro se cerró, Maeve se recargó en ella y suspiró.

—¿Planeas seguir escondido en esa forma patética todo el día?

Dorian se abalanzó hacia la ranura entre la puerta y el piso pero ella le pisó la cola con la bota negra.

El dolor le recorrió los huesos con el pisotón pero ella no movió el pie. Dorian sintió cómo se agitaba su poder, cómo se azotaba, pero las garras de un viento oscuro se envolvieron alrededor de su magia, ahogándola. Asfixiándola.

La reina hada le sonrió.

—No eres muy talentoso como espía, rey de Adarlan.

CAPÍTULO 71

La magia de Dorian luchó, rugió al sentirse contenida en la red de poder oscuro de Maeve. Si hubiera podido convertirse en guiverno y arrancarle la cabeza…

Pero Maeve sonrió, agotada y divertida, y al fin levantó el pie de su pobre cola. Luego soltó las garras que tenían atrapada su magia.

Él sintió un escalofrío ante el poder oscuro y putrefacto que arrastró unas zarpas contra su magia, rozó el corazón brillante y puro de su poder, y luego desapareció.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar, para no tocar la franja pálida en su cuello sólo para confirmar que ya no estuviera ahí.

La sonrisa de Maeve permaneció en su boca roja. La magia de Dorian seguía temblando con la sensación residual que le había dejado su poder. El poder de introducirse a las mentes, de desgarrar la psique. Un tipo diferente de enemiga. Uno que requeriría otra ruta. Una ruta imprudente y poco sabia. La ruta de un cortesano.

Así que se transformó, el pelo se convirtió en piel, las patas en manos. Cuando al fin se paró frente a la reina hada, en forma de hombre, ella sonrió más ampliamente:

—Qué apuesto eres.

Dorian hizo una reverencia. No se atrevió a buscar a Damaris a su lado.

—¿Cómo lo supiste?

—¿Crees que no te vi, que no percibí tu olor y la sensación de tu poder en los recuerdos de Aelin? —ladeó la cabeza—. Aunque mi espía no me informó sobre tu interés en transformarte.

Cyrene. El horror lo recorrió.

Maeve caminó al interior de la habitación y se sentó en la banca que estaba a los pies de su cama, con tanta dignidad como si se estuviera sentando en su trono.

—¿Cómo crees que supieron las matronas dónde encontrarte?

—Cyrene sólo estuvo en el campamento un día —logró decir él.

—¿De verdad crees que no hay otras arañas en las montañas? Todas ellas le responden a ella, y a mí. Ella sólo necesitaba susurrar una vez, a las correctas, para que me encontraran. Y que encontraran a las Dientes de Hierro —Maeve se alisó el vestido—. Si Erawan sabe o no sobre tus dones aún no lo sé. Antes de que la mataras, Cyrene sí me informó que tú eras… distinto.

No se arrepentía nada de haberla matado.

—Pero eso no tiene nada que ver. Cyrene está muerta y tú estás muy lejos de los brazos de Manon Picos Negros.

Dorian puso la mano en la empuñadura de Damaris.

Maeve le sonrió a la antigua espada.

—Parece que la reina de Terrasen aprendió a compartir. ¿Ya ha adquirido un buen tesoro, no?

Dorian se sobresaltó. Si Maeve sabía sobre todo lo que Aelin poseía…

—Eso lo sé también —dijo Maeve mirándolo con esos ojos oscuros y sin fondo. Damaris se entibió en su mano—. Y sé que la araña no adivinó esa verdad, al menos —lo miró con cuidado—. ¿Dónde están ahora, Dorian Havilliard?

Algo rastrero y afilado se deslizó en su mente. Intentando entrar…

La magia de Dorian rugió. Una pared de hielo chocó contra esas garras mentales. Las hizo pedazos.

Maeve rio. Dorian parpadeó y se dio cuenta de que toda la habitación estaba cubierta de escarcha.

—Un método dramático pero efectivo.

Dorian le sonrió con sorna.

—¿Crees que sería tan tonto como para permitirte entrar en mi mente? —seguía con la mano en la espada y metió la otra a su bolsillo para ocultar que le temblaba—. ¿O para decirte dónde están ocultas?

—Valía la pena intentarlo —dijo Maeve.

—¿Por qué no sonar la alarma? —fue lo único que dijo él.

Maeve se recargó hacia atrás y lo volvió a estudiar.

—Tú quieres lo que yo quiero. Erawan lo tiene. ¿Eso no nos convierte en una

especie de aliados?

—Debes estar loca si crees que yo te daría las llaves.

—¿Ah, sí? ¿Qué harías entonces con ellas, Dorian? ¿Destruirlas?

—¿Qué harías tú? ¿Conquistar el mundo?

Maeve rio.

—Oh, nada tan ordinario como eso. Me aseguraría de que Erawan y sus hermanos nunca pudieran regresar —Damaris permaneció tibia en su mano. La reina había dicho la verdad. O parte de ella.

—¿Admitirás con tanta facilidad que planeas traicionar a Erawan?

—¿Por qué crees que vine hasta acá? —preguntó Maeve—. Mi gente me echó y adiviné que vendrías pronto a Morath.

La calidez de Damaris no titubeó pero Dorian dijo:

—No puedes pensar que te voy a creer que estás aquí para buscar mi alianza. No ahora que fui testigo de tu plan de ofrecerle tus arañas a Erawan para que ayuden a sus princesas.

No quería ni siquiera saber qué podían hacer las princesas del Valg. Por qué Erawan se había tardado en liberarlas.

—Un pequeño sacrificio de mi parte para ganarme su confianza —Damaris permaneció cálida—. No somos tan distintos, tú y yo. Y no tenemos ya nada que perder, gracias a tu amiga.

Verdad, verdad, verdad.

Y ahí estaba: la oportunidad que él había estado esperando.

Mantuvo su mente encerrada en esos muros de hielo. Su magia evaluó la enemiga que tenían frente. Dorian dejó que su mano se deslizara de la empuñadura de Damaris. Dejó que ella viera cómo se derretía poco a poco su desconfianza y dijo:

—Aelin parece tener una habilidad para arruinar los reinos de los demás mientras protege el suyo.

—Y de permitir que otros paguen sus deudas.

Dorian se quedó inmóvil, aunque su magia continuaba vigilante, monitoreando el poder oscuro de Maeve que caminaba a lo largo de la barrera de su mente.

—¿No es ése el motivo por el cual estás aquí? —preguntó Maeve—. ¿Para ser

el sacrificio de modo que Aelin no tenga que destruirse a sí misma? —chasqueó la lengua—. Es un desperdicio terrible… que cualquiera de ustedes dos tenga que pagar el precio de la tontería de Elena.

—Lo es.

Verdad.

—¿Puedo decirte qué fue lo que Aelin me reveló, en esos momentos en que pude ver dentro de su mente?

Dorian no se atrevió a poner la mano en Damaris otra vez.

—Tú la esclavizaste —gruñó—. No quiero saber ni una cosa sobre eso.

Maeve se echó la cortina de cabello sobre el hombro y canturreó.

—Aelin está contenta de que seas tú —se limitó a decir—. Está esperando llegar demasiado tarde. Que tú logres lo que te propusiste hacer y la salves de tener que tomar una decisión terrible.

—Ella tiene una pareja y un reino. No la culpo —comentó el rey y la agudeza de sus palabras no fue del todo fingida.

—¿No? ¿Tú no tienes también un reino que cuidar, uno que no es menos poderoso y noble que Terrasen? —Dorian no dijo nada. Entonces, Maeve agregó—: Aelin lleva semanas libre. Y no ha venido a buscarte.

—El continente es un lugar grande.

Una sonrisa comprensiva.

—Podría encontrarte, si lo quisiera. Pero se fue a Anielle.

Él sabía el juego que ella estaba jugando. Su magia se descuidó un instante. Una oportunidad.

La magia de Maeve se lanzó ante la posibilidad, buscando una manera de entrar. Apenas había logrado cruzar el umbral cuando él apretó los dientes y la volvió a sacar de su mente. El muro de hielo chocó contra ella.

—Si quieres que sea tu aliado, estás eligiendo una manera equivocada de demostrarlo.

Maeve rio suavemente.

—¿Puedes culparme por intentarlo?

Dorian no respondió y se quedó viéndola un minuto. Hizo todo por fingir que lo estaba considerando. Toda su experiencia en las intrigas de la corte y su entrenamiento lograron que mantuviera una expresión impasible.

—¿Crees que traicionaría a mis amigos con tanta facilidad?

—¿Es traición? —preguntó Maeve pensativa—. ¿Encontrar una alternativa para que tú y Aelin Galathynius no tengan que pagar el precio más alto? Era la intención que yo tenía para ella todo este tiempo: evitar que ella fuera un sacrificio a los dioses insensibles.

—Esos dioses son seres poderosos.

—¿Entonces dónde están ahora? —hizo un ademán hacia la recámara, el fuerte. El silencio respondió—. Tienen miedo. De mí. De Erawan. De las llaves —le sonrió con una sonrisa de serpiente—. Te tienen miedo a ti. A ti y a Aelin la Portadora de Fuego. Ustedes tienen suficiente poder para enviarlos de regreso a su hogar… o para condenarlos.

Él no respondió. No estaba del todo equivocada.

—¿Por qué no desafiarlos? ¿Por qué ceder a sus deseos? ¿Qué han hecho por ti?

El rostro de dolor de Sorscha le apareció en la mente.

—No hay otra manera —dijo él al fin—. De terminar con esto.

—Las llaves podrían ponerle fin.

Para usarlas, en vez de para volver a sellar la puerta.

—Podrían hacer cualquier cosa —continuó Maeve—. Destruir a Erawan, enviar a esos dioses de vuelta a sus casas si eso es lo que quieren —ladeó la cabeza—. Abrir otra puerta a reinos de paz y tranquilidad.

A la mujer que sin duda estaría ahí.

El poder oscuro y depredador que recorría su mente se desvaneció, regresó hacia su dueña.

Aelin lo había hecho en una ocasión. Había abierto una puerta para ver a Nehemia. Era posible. Los encuentros con Gavin y Kaltain lo confirmaban.

—¿Y si no te aliaras sólo conmigo —preguntó él al fin— sino con Adarlan mismo?

Maeve no respondió. Como si la oferta la hubiera sorprendido.

—Una alianza más grande que sólo trabajar juntos para encontrar la llave —dijo Dorian pensativo y se encogió de hombros—. Tú no tienes reino y es obvio que quieres otro. ¿Por qué no prestarle tus dones a Adarlan, a mí? Trae tus arañas a nuestro lado.

—Hace un instante estabas furioso de que hubiera esclavizado a tu amiga.

—Oh, sigo estándolo. Pero no soy tan orgulloso como para negarme a considerar la posibilidad. ¿Quieres un reino? Entonces únete al mío. Alíate conmigo, trabaja conmigo para conseguir lo que necesitamos de Erawan y yo te haré reina. De un territorio mucho más grande, con una población que no se levantará contra ti. Un nuevo comienzo, supongo.

Al ver que ella seguía sin hablar, Dorian se recargó en la puerta. Era el vivo retrato de la despreocupación cortesana.

—Estás pensando que quiero engañarte. Tal vez sea cierto.

—¿Y Manon Picos Negros? ¿Qué hay de tus promesas a ella?

—No le hice ninguna promesa respecto a mi trono, y ella no quiere tener nada que ver con eso, de todas maneras —no ocultó la amargura al volver a encogerse de hombros—. Se han construido matrimonios sobre bases mucho más volátiles que éste.

—Aelin del Fuego Salvaje bien podría marcarte como enemigo, si hiciéramos una verdadera unión.

—Aelin no se arriesgaría a matar a un aliado, no en este momento. Y descubrirá que no es la única capaz de salvar este mundo. Tal vez incluso me lo agradezca, si está ansiosa por evitar ser sacrificada como tú dices.

Las comisuras de la boca roja de Maeve se curvaron hacia arriba.

—Eres joven e intrépido.

Dorian volvió a hacer una reverencia.

—También soy excepcionalmente apuesto y estoy dispuesto a ofrecer mi trono en un gesto de buena fe.

—Podría venderte a Erawan en este momento y me recompensaría con generosidad.

—Te recompensaría… como si fueras un perro que le lleva un faisán a su amo —Dorian rio y vio que los ojos de ella centellearon—. Tú acabas de proponer esta alianza entre nosotros, no yo. Pero considera esto: ¿te arrodillarás o gobernarás, Maeve? —se tocó el cuello, justo en la franja pálida que lo cruzaba—. Yo me arrodillé y me di cuenta de que no me interesa volverlo a hacer. No por Erawan, ni por Aelin, ni por nadie —volvió a encogerse de hombros—. La mujer que amo está muerta. Mi reino está destrozado. ¿Qué puedo perder? —permitió que algo de ese hielo viejo, esa oquedad de su pecho, se reflejara en su rostro—. Estoy dispuesto a jugar este juego. ¿Y tú?

Maeve volvió a guardar silencio. Y, lentamente, esas manos fantasmas se metieron a los rincones de su mente.

Él le permitió ver. Ver la verdad que ella buscaba.

Lo soportó, ese toque exploratorio.

Al fin, Maeve exhaló por la nariz.

—Viniste a Morath por una llave y te irás con una esposa.

Él casi se dejó caer por el alivio.

—Me iré con ambas cosas. Y pronto.

—¿Y cómo propones que encontremos lo que buscamos?

Dorian le sonrió a la reina hada. A la reina del Valg.

—Déjamelo a mí.

En la torre más alta de Morath unas horas después, Dorian se asomó a las fogatas del ejército que se encendían por toda la superficie del valle. Las plumas de su cuervo se esponjaron con el viento helado que bajaba de los picos alrededor.

Al menos, los gritos y los gruñidos se habían detenido. Como si incluso los trabajadores de las mazmorras tuvieran un horario laboral normal. Esa idea le podría parecer graciosa para su humor oscuro si no supiera el tipo de seres que se estaban desmembrando y criando aquí.

Su primo, Roland, había terminado en este lugar. Lo sabía, aunque nadie se lo había confirmado jamás. ¿Había sobrevivido a la transición a un príncipe del Valg o simplemente había servido de alimento a uno de los terrores que recorrían este lugar?

Levantó la cabeza y buscó en el cielo nublado. La luna era un manchón pálido detrás de las nubes, un ligero hilo de luz que parecía preferir mantenerse oculto de los ojos atentos de Morath.

Era un juego peligroso. Estaba jugando un juego muy peligroso.

¿Gavin lo estaría viendo en este momento, desde donde fuera que estuviera descansando? ¿Se había enterado del tipo de monstruo con el que Dorian se había aliado?

No se atrevió a invocar al rey en este sitio. No con Erawan tan cerca.

Tan cerca que Dorian podría haberlo atacado. Tal vez era una tontería no haberlo hecho. Tal vez sería un tonto si lo intentara, como le había advertido Kaltain, porque podría revelar su misión. Porque Erawan tenía esos collares a la mano.

Dorian miró hacia la torre de junto, donde dormía Maeve. Era un juego muy

muy peligroso.

La torre oscura junto a la de ella parecía latir con poder. Sin embargo, la sala de consejo en el fondo seguía encendida. Y en el pasillo… había movimiento. La gente caminaba con antorchas. Se apresuraban.

Estúpido. Era en verdad estúpido pero voló hacia la noche gélida. Dio la vuelta y luego voló hacia una ventana un poco abierta en el pasillo.

Abrió la ventana un poco más con el pico y escuchó.

—He estado aquí durante meses y ¿ahora rechaza mi consejo? —dijo un hombre alto y delgado que iba avanzando por el pasillo. Alejándose de la sala de consejo de Erawan. Hacia la puerta de la torre al final del pasillo y los guardias inexpresivos que estaban ahí vigilando.

A su lado iban dos hombres más bajos de estatura intentando seguirle el paso. Uno de ellos dijo:

—Los motivos de Erawan son misteriosos en verdad, lord Vernon. No hace nada sin motivo. Ten fe en él.

Dorian se quedó congelado.

Vernon Lochan. El tío de Elide.

Su magia se agitó y el hielo crujió en el alféizar.

Dorian siguió con la vista al lord alto y delgado cubierto con una capa oscura de piel que caía hasta el piso.

—He tenido fe en él más allá de lo que podría esperarse —ladró Vernon.

El lord y sus lacayos pasaron por la puerta de la torre, dieron la vuelta en la esquina y desaparecieron. Sus voces se desvanecieron con ellos.

Dorian estudió el pasillo vacío. La sala de consejo al extremo. La puerta todavía entreabierta.

No titubeó. No se tomó el tiempo para reconsiderar y elaboró su plan. Y esperó.

Erawan salió una hora después.

El corazón de Dorian le latía desbocado, pero mantuvo su posición en el pasillo, los hombros hacia atrás y las manos detrás de la espalda. Precisamente como se les había aparecido a los guardias después de volar a un rincón tranquilo para transformarse y regresar al pasillo.

El rey del Valg lo vio una vez y apretó la boca.

—Pensé que ya te había dicho que te podías retirar, Vernon.

Dorian inclinó la cabeza y se esforzó para mantener su respiración estable con cada paso que Erawan daba hacia él. Su magia se agitó, se retrajo aterrada ante la criatura que se acercaba, pero él la forzó a mantenerse en el fondo. En un sitio donde Erawan no la pudiera detectar.

Así como no había podido detectar a Dorian antes. Tal vez la magia cruda en él también borraba el olor detectable.

Dorian inclinó la cabeza.

—Había regresado a mis aposentos pero me di cuenta de que tenía una pregunta pendiente, milord.

Rezó por que Erawan no se diera cuenta de la ropa diferente. De la espada que mantenía semioculta bajo su capa. Rezó por que Erawan pensara que Vernon se había ido a su habitación, se había cambiado y había regresado. Y rezó por hablar lo más parecido posible al lord de Perranth para sonar convincente.

Era un hombre llorón y servil… el tipo de persona que vendería a su propia sobrina a un rey demonio.

—Qué quieres —dijo Erawan sin dejar de caminar hacia su torre, una pesadilla envuelta en un cuerpo hermoso.

Atácalo ahora. Mátalo.

Pero Dorian sabía que no había venido aquí a eso. Para nada.

Mantuvo su cabeza agachada y su voz baja.

—¿Por qué?

Erawan deslizó sus ojos dorados y brillantes en su dirección. Los ojos de Manon.

—¿Por qué qué?

—Podrías haberte hecho lord de una docena de otros territorios y, sin embargo, nos concediste el honor de elegir éste. Tengo mucho tiempo preguntándome por qué.

Los ojos de Erawan se entrecerraron y Dorian se esforzó por mantener una expresión de curiosidad servil. ¿Vernon habría preguntado esto antes?

Era un riesgo estúpido. Si Erawan notaba la espada a su lado…

—Mis hermanos y yo planeamos conquistar este mundo para agregarlo al tesoro que ya teníamos —el cabello dorado de Erawan bailó con la luz de las

antorchas conforme caminaban por el pasillo largo. Dorian tenía la sensación de que cuando llegaran a la torre al otro extremo, la conversación habría terminado—. Llegamos a éste, encontramos una sorprendente cantidad de resistencia y ellos fueron expulsados. No podía hacer menos mientras estaba atrapado aquí que pagarle el favor a este mundo por el golpe que nos dieron. Así que convertiré este mundo en un espejo de nuestro hogar original, para honrar a mis hermanos y para prepararlo para su regreso.

Dorian intentó recordar las incontables clases sobre las casas reales de sus tierras y dijo:

—Yo también sé lo que es tener una rivalidad de hermanos —le esbozó una sonrisa empalagosa al rey.

—Tú mataste al tuyo —dijo Erawan ya aburrido—. Yo amo a mis hermanos.

La idea era ridícula.

Quedaba la mitad del pasillo antes de llegar a la puerta de la torre.

—¿Realmente destruirás este mundo, entonces? ¿A todos los que viven en él?

—A los que no se arrodillen.

Maeve, al menos, deseaba conservarlo. Gobernarlo, pero conservarlo.

—¿Recibirán collares y anillos o la muerte?

Erawan lo miró de lado.

—Nunca te has preguntado por tu gente. Ni siquiera por tu sobrina, la fracasada.

Dorian se obligó a encogerse un poco y agachó la cabeza.

—Me disculpo de nuevo por eso, milord. Es una chica lista.

—Tan lista, al parecer, que una confrontación contigo te asustó.

Dorian volvió a agachar la cabeza.

—Iré a buscarla, si eso es lo que deseas.

—Estoy consciente de que ella ya no tiene lo que busco y ahora está perdido para mí. Una pérdida que tú provocaste.

La llave del Wyrd que llevaba Elide, la que le había dado Kaltain.

Dorian se preguntó si en verdad Vernon había estado oculto durante meses, evadiendo esta conversación. Volvió a encogerse.

—Dime cómo puedo rectificarlo, milord, y lo haré.

Erawan se detuvo y Dorian sintió que la boca se le secaba. Su magia se enroscó en su interior, preparándose.

Pero se obligó a ver al rey a la cara. A ver a los ojos a la criatura que había provocado tanto sufrimiento.

—Tu linaje resultó ser inútil para mí, Vernon —dijo Erawan con demasiada suavidad—. ¿Debo encontrar otro uso para ti aquí en Morath?

Dorian sabía precisamente qué tipo de usos tendría para el hombre. Levantó las manos en un gesto suplicante.

—Yo soy tu sirviente, milord.

Erawan lo vio unos instantes. Luego dijo:

—Vete.

Dorian se enderezó y dejó que Erawan caminara un par de metros hacia la torre. Los guardias inexpresivos en la puerta se hicieron a un lado cuando él se aproximó.

—¿Realmente los odias? —le lanzó Dorian.

Erawan volteó a verlo.

Dorian preguntó:

—A los humanos. A Aelin Galathynius. A Dorian Havilliard. A todos ellos. ¿Realmente los odias?

¿Por qué nos haces sufrir tanto?

Erawan cerró sus ojos dorados.

—Me mantendrían lejos de mis hermanos —dijo—. No permitiré que nada se interponga en mi camino para volverme a reunir con ellos.

—Sin duda puede haber otra manera de reunirse. Sin una guerra tan grande.

Erawan lo miró de pies a cabeza y Dorian se mantuvo inmóvil, forzando a su olor a permanecer indetectable, a la transformación a mantenerse.

—¿Eso qué tendría de divertido? —preguntó el rey del Valg y le volvió a dar la espalda para avanzar hacia el pasillo.

—¿El anterior rey de Adarlan hizo estas preguntas? —se le salieron esas palabras.

Erawan volvió a detenerse.

—No era un sirviente tan fiel como podrías pensar. Y mira lo que le costó.

—Peleó por ti —dijo Dorian sin convertir en realidad las palabras en una pregunta.

—Nunca se doblegó. No del todo.

Dorian se sintió tan sorprendido que no pudo evitar quedarse con la boca abierta. Pero Erawan empezó a caminar otra vez y le dijo sin voltear a verlo:

—Haces muchas preguntas, Vernon. Demasiadas preguntas, me parecen cansadas.

Dorian hizo una reverencia, a pesar de que Erawan le estaba dando la espalda. Pero el rey del Valg continuó su camino, abrió la puerta de la torre y dejó ver el interior sin luz. Luego la cerró.

El reloj marcó la medianoche. El sonido era desentonado y odioso. Y Dorian regresó por el pasillo y buscó otra ruta para llegar a la habitación de Maeve. Una transformación rápida en un nicho sombreado le permitió volver a correr por el piso y pudo ver con claridad en la oscuridad con sus ojos de ratón.

Sólo quedaban brasas en la chimenea cuando entró por debajo de la puerta.

En la oscuridad, Maeve dijo desde la cama:

—Eres un tonto.

Dorian volvió a transformarse y regresó a su propio cuerpo.

—¿Por qué?

—Sé a dónde fuiste. Lo que buscabas —su voz se arrastró por la oscuridad—. Eres un tonto —repitió. Como él no respondió, preguntó—: ¿Planeabas matarlo?

—No lo sé.

—No podrías enfrentarlo y sobrevivir —palabras desenfadadas y crudas. Dorian no necesitó tocar a Damaris para saber que eran verdad—. Te hubiera puesto otro collar alrededor de la garganta.

—Lo sé.

Tal vez debería haber averiguado dónde tenía el rey del Valg sus collares para destruirlos.

—Esta alianza no funcionará si te vas a estar escapando para actuar como un niño imprudente —siseó Maeve.

—Lo sé —repitió él con palabras huecas.

Maeve suspiró cuando él no volvió a decir más.

—¿Al menos encontraste lo que buscabas?

Dorian se recostó frente a la chimenea y dobló un brazo bajo su cabeza.

—No.

CAPÍTULO 72

A la distancia, el Abismo Ferian no se veía como un puesto de avanzada para una buena cantidad de la legión aérea de Morath.

Tampoco se veía, decidió Nesryn, como el sitio donde habían criado guivernos durante años.

Supuso que esa falta de señales obvias de la presencia de un rey del Valg era en parte la razón para que se hubiera mantenido en secreto durante tanto tiempo.

Se acercaron más a los enormes picos gemelos que flanqueaban sus lados, el Colmillo del Norte de uno y la Omega del otro. Separaban los Colmillos Blancos de las montañas Ruhnn. Nesryn apenas podía distinguir las estructuras construidas en cada uno. Como los nidos eridun pero por otro lado, totalmente diferentes. El hogar de montaña de los eridun estaba lleno de movimiento y de vida. Lo que se había construido en el Abismo, conectado sólo por un puente de piedra cerca de la cima, era silencioso. Frío y desolado.

La nieve casi cegaba a Nesryn, pero Salkhi voló hacia los picos, manteniéndose muy alto. Borte y Arcas venían desde el norte, apenas poco más que sombras oscuras en el blanco revuelto.

Detrás de ellos, a lo lejos, en la planicie del valle más allá del Abismo, esperaba la mitad de su ejército, junto con los ruks. Esperaban a que Nesryn y Borte, junto con los otros exploradores que habían salido, les informaran que era el momento adecuado para atacar. Habían cruzado el río en la oscuridad la noche anterior y quienes no habían podido cruzar en ruks habían cruzado en botes.

Era una posición precaria, en esa planicie frente al Abismo. El Avery se dividía en dos ramas a sus espaldas y eso los contenía. Una buena parte del río estaba congelada, pero el hielo no era tan grueso como para arriesgarse a cruzar a pie. Si esta batalla salía mal, no habría hacia dónde huir.

Nesryn acicateó a Salkhi y voló alrededor del Colmillo del Norte desde el lado sur. Abajo, las nieves arremolinadas se despejaron lo suficiente para revelar lo que parecía ser una entrada trasera a la montaña. No había señales de vigías ni de guivernos.

Tal vez el clima había hecho que todos se quedaran dentro.

Ella miró al sur, hacia los Colmillos. Pero no había señal de la segunda mitad de su ejército, que marchaba hacia el norte entre los picos mismos para llegar al Abismo desde la entrada al oeste. Era un recorrido mucho más peligroso que el que habían hecho ellos.

Pero si calculaban bien los tiempos, si lograban sacar a las huestes del Abismo hacia la planicie justo antes de que los demás llegaran del oeste, podrían aplastar a las fuerzas de Morath entre los dos. Y eso era sin el poder de Aelin Galathynius. Y su consorte y su corte.

Salkhi voló alrededor del Colmillo del Norte. A la distancia, Nesryn podía distinguir a Borte que hacía lo mismo alrededor de la Omega. Pero no había señal de su enemigo.

Y cuando Nesryn y Borte sobrevolaron de nuevo el Abismo Ferian, se atrevieron incluso a volar entre los dos picos pero tampoco vieron señal alguna.

Como si el enemigo hubiera desaparecido.

Los Colmillos Blancos eran absolutamente hostiles.

Los hombres salvajes que los guiaban lograron evitar que las montañas se volvieran letales porque sabían qué pasajes podrían estar enterrados en la nieve y cuáles podrían tener una plataforma inestable de hielo, y cuáles eran demasiado amplios como para que unos ojos volando en las alturas los pudieran detectar. A pesar de que tenían al ejército a sus espaldas, Chaol se maravilló de la velocidad a la que avanzaron, cómo, después de tres días, habían subido ya las montañas en sí y salieron a la planicie cubierta de nieve al oeste.

Nunca había pisado este territorio, aunque técnicamente era suyo. La frontera oficial de Adarlan abarcaba las planicies más allá de los Colmillos por una buena distancia antes de que se convirtieran en los territorios sin nombre de los Yermos. Pero seguía sintiéndose como los Yermos, extrañamente silencioso y extenso, una expansión desconocida de terreno que avanzaba, sin terminarse, hasta el horizonte.

Incluso los guerreros estoicos del khaganato no vieron demasiado tiempo hacia los Yermos a su izquierda mientras avanzaban al norte. En la noche, se mantenían muy cerca de sus fogatas.

Todos lo hacían. Yrene se acercaba un poco más en la noche y susurraba sobre lo extraño de las tierras, su silencio hueco. Como si la tierra misma no cantara, había dicho ya en varias ocasiones, al mismo tiempo que la estremecía un escalofrío.

Un lugar mucho mejor, pensó Chaol mientras avanzaban hacia el norte, bordeando los Colmillos a su derecha, para que Erawan construyera su imperio. Demonios, incluso se lo podrían haber dado si él hubiera construido su fortaleza en la planicie y se hubiera mantenido ahí.

—Estamos a un día del Abismo —le dijo uno de los hombres salvajes, Kai, a Chaol mientras cabalgaban en una mañana inusualmente soleada—. Acamparemos al sur del Colmillo del Norte esta noche y la caminata de mañana en la mañana nos llevará al Abismo en sí.

Había otro motivo por el cual los hombres salvajes se habían aliado con ellos, más allá del territorio que ganarían. Las brujas se habían dedicado a cazarlos esta primavera… clanes enteros y campamentos hechos trizas. Muchos de ellos habían terminado reducidos a cenizas y los pocos sobrevivientes hablaban de una mujer de cabello oscuro y poder maldito. Chaol estaba dispuesto a apostar que había sido Kaltain, pero no les dijo a los hombres salvajes que esa amenaza en particular, al menos, ya había sido eliminada. Ni que se había incinerado a sí misma al final.

No les importaría a ellos, de cualquier manera. De los doscientos y tantos hombres salvajes que se habían unido a su ejército desde su salida de Anielle, todos habían venido al Abismo Ferian para vengarse de las brujas. De Morath. Chaol no mencionó que hacía un año él mismo había matado a uno de ellos.

Bien podría haber sido hacía una década, por todo lo que había sucedido desde que había matado a Caín durante su duelo con Aelin. Aún faltaban semanas para Yulemas… si sobrevivían el tiempo necesario para celebrar. Chaol le dijo al hombre delgado y con barba, que compensaba el hecho de que su cuerpo careciera de la corpulencia tradicional de su gente con su astucia y sus ojos inteligentes:

—¿Hay algún sitio donde podamos esconder a un ejército de este tamaño en la noche?

Kai negó con la cabeza.

—No muy cerca. Esta noche correremos el mayor riesgo.

Chaol miró hacia los vagones distantes de las sanadoras donde venía Yrene, que estaba trabajando con los soldados que se habían enfermado o lesionado en el camino. No la había visto desde que despertaron, pero sabía que ella había pasado el día de hoy sanando porque la tensión en su espalda aumentaba con cada kilómetro que recorrían.

—Tendremos que conformarnos con rezar —dijo Chaol y volteó a ver la enorme montaña que empezaba a tomar forma frente a ellos.

—Los dioses no vienen a estas tierras —fue lo único que dijo Kai antes de regresar al grupo de su gente.

Un caballo avanzó a su lado y vio a Aelin envuelta en una capa con forro de piel. Tenía la mano en la empuñadura de Goldryn. Gavriel venía detrás de ella y Fenrys a su lado. El primero mantenía la vista en las planicies al oeste, el segundo monitoreaba el muro de picos a su derecha. Sin embargo, ambas hadas de cabello dorado permanecieron en silencio cuando Aelin frunció el

ceño en dirección a la figura de Kai que se alejaba.

—Ese hombre tiene un don para lo dramático que le debería ganar un lugar en los mejores escenarios de Rifthold.

—Eso es un elogio, viniendo de ti.

Ella le guiñó el ojo y le dio unas palmadas a la empuñadura de Goldryn y al rubí. La roca pareció destellar en respuesta.

—Reconozco un espíritu hermano cuando lo veo.

A pesar de la batalla que los aguardaba, Chaol rio.

Pero entonces Aelin dijo:

—Rowan y su grupo han estado sumergiéndose en su poder estos días —asintió por encima del hombro hacia Fenrys y Gavriel, luego hacia el sitio donde Rowan venía al frente de la compañía. El cabello plateado del príncipe hada era tan brillante como el sol sobre la nieve a su alrededor—. Yo también. Queremos asegurarnos de que nada le haga daño a este ejército hoy en la noche —una mirada comprensiva hacia las carretas de las sanadoras—. Ciertas áreas tendrán vigilancia especial.

Chaol asintió en agradecimiento. Que Aelin pudiera usar sus poderes, que sus compañeros también los usaran, haría mucho mucho más sencilla la batalla. Los guivernos tal vez ni siquiera podrían acercarse lo suficiente para tocar a los soldados si Aelin podía quemarlos al vuelo o si Rowan podía romperles las alas con una ráfaga de viento. O simplemente sacarles el aire de los pulmones.

Había visto suficientes peleas entre Fenrys y Gavriel en Anielle para saber que incluso sin tanta magia, ambos eran letales. Y Lorcan… Chaol no miró por encima de su hombro hacia el lugar donde venían cabalgando Lorcan y Elide. Chaol no tenía ningún deseo de enfrentarse nunca a los poderes del guerrero oscuro.

Con un movimiento de la cabeza, Aelin trotó al lado de Rowan. El rubí en la empuñadura de Goldryn era como un pequeño sol. Fenrys la siguió, cuidando la retaguardia de la reina incluso entre aliados. Pero Gavriel se quedó y llevó su caballo al lado de Farasha. La yegua vio el caballo ruano del guerrero de reojo pero no hizo ningún movimiento para morderlo. Gracias a los dioses.

El León le sonrió ligeramente.

—No tuve la oportunidad de felicitarte por tus buenas noticias.

Era algo extraño que decir de boca de un guerrero, en especial dado que apenas habían cruzado palabra fuera de los consejos, pero Chaol inclinó la cabeza.

—Gracias.

Gavriel miró hacia la nieve y las montañas, hacia el norte distante.

—Yo no tuve la oportunidad que tú tienes de estar presente desde el principio. De ver a mi hijo convertirse en hombre.

Chaol lo pensó, en la vida que crecía en el vientre de Yrene, en el hijo o hija que criarían. Pensó en lo que Gavriel no había vivido.

—Lo siento.

En verdad era lo único que se podía decir.

Gavriel sacudió la cabeza y sus ojos amarillos se pusieron dorados. Algunas chispas de esmeralda se podían ver bajo el sol brillante.

—No te lo estoy diciendo para que me expreses tu conmiseración —dijo el León y lo miró. Chaol sintió el peso de todos los siglos de vida de Gavriel sobre él—, sino más bien para decirte lo que tal vez ya sepas: que saborees cada instante.

—Sí.

Si sobrevivían a esta guerra, lo haría. Cada maldito segundo.

Gavriel movió las riendas, como si fuera a dirigir a su caballo de regreso con sus compañeros, pero Chaol dijo:

—Supongo que Aedion tampoco te la ha puesto fácil para que aparezcas en su vida.

El rostro serio de Gavriel se puso tenso.

—Tiene todos los motivos para hacerlo.

Y aunque Aedion era el hijo de Gavriel, Chaol dijo:

—Estoy seguro de que ya lo sabes, pero Aedion es de lo más terco e impulsivo —movió la barbilla hacia Aelin, que cabalgaba frente a ellos y le estaba diciendo algo a Fenrys que lo hizo soltar una risotada. Rowan venía junto a ellos y reía en voz baja—. Aelin y Aedion bien podrían ser gemelos —continuó Chaol. Gavriel no le pidió que se detuviera, por lo cual concluyó que había leído bien la herida que persistía en la mirada del León—. Ambos con frecuencia dicen una cosa pero quieren decir lo contrario. Y luego lo negarán hasta la muerte —Chaol negó con la cabeza—. Dale tiempo a Aedion. Cuando lleguemos a Orynth, tengo la sensación de que Aedion estará más contento de verte de lo que estará dispuesto a demostrar.

—Yo le estoy devolviendo a su reina, y vengo acompañado de un ejército. Creo que se pondría feliz de ver hasta a su peor enemigo si hicieran eso por él —la

preocupación hizo palidecer las facciones bronceadas del León. No por esa reunión, sino por lo que era probable que estuviera enfrentando su hijo en el norte.

Chaol lo pensó.

—Mi padre es un bastardo —dijo en voz baja—. Ha estado en mi vida desde mi concepción. Sin embargo, nunca se ha molestado en hacer las preguntas que tú haces —dijo Chaol—. Nunca le importó hacerlo. Nunca se preocupó. Ésa será la diferencia.

—Eso si Aedion elige perdonarme.

—Lo hará —dijo Chaol. Obligaría a Aedion a hacerlo.

—¿Por qué estás tan seguro?

Chaol pensó bien sus siguientes palabras y volvió a ver a Gavriel a los ojos.

—Porque eres su padre —dijo—. Y no importa lo que haya entre ustedes, Aedion siempre va a querer perdonarte —dijo. Y ahí estaba, su propia vergüenza secreta, que seguía luchando en su interior a pesar de todo lo que le había hecho su padre. Incluso después del baúl lleno de las cartas de su madre—. Y Aedion se dará cuenta, a su manera, de que fuiste a salvar a Aelin no por ella ni por Rowan, sino por él. Y que te quedaste con ellos, y que marchaste en este ejército, también por él.

El León miró al norte con los ojos vibrantes.

—Espero que tengas razón.

No intentó negarlo, que todo lo que había hecho Gavriel y todo lo que haría sería sólo por Aedion. Que marchaba al norte, hacia el infierno seguro, por Aedion.

El guerrero empezó a adelantar a su caballo pero Chaol le dijo:

—Desearía… desearía haber tenido la suerte de tenerte a ti como padre.

La sorpresa y algo mucho más profundo iluminó el rostro de Gavriel. Su garganta tatuada se movió cuando tragó saliva.

—Gracias. Tal vez es nuestro destino… nunca tener los padres que quisiéramos, pero de todas maneras conservar la esperanza de que puedan superar lo que son, con todo y sus fallas.

Chaol no le dijo a Gavriel que él ya era más que suficiente.

Gavriel dijo en voz baja:

—Me esforzaré por ser digno de mi hijo.

Chaol estuvo a punto de murmurar que más le valía a Aedion considerar al León digno de él cuando aparecieron dos figuras en las alturas. Grandes, oscuras y rápidas.

Chaol tomó el arco que traía a la espalda y los soldados gritaron. El arco del propio Gavriel ya estaba apuntando hacia el cielo, pero Rowan les gritó:

—¡No disparen!

Los caballos galoparon a toda velocidad hacia ellos y Aelin y el príncipe hada estaban ya a su lado. El segundo les dijo:

—Son Nesryn y Borte.

En minutos, las dos mujeres ya habían descendido. Sus ruks venían cubiertos de hielo por el aire helado sobre las montañas.

—¿Qué tan grave es? —preguntó Aelin que ya venía acompañada de Fenrys, Lorcan y Elide.

Borte hizo una mueca.

—No tiene sentido. Nada.

Nesryn explicó antes de que Chaol pudiera pedirle a la chica que fuera clara:

—Ya pasamos tres veces por el Abismo. Incluso aterrizamos en la Omega —sacudió la cabeza—. Está vacío.

—¿Vacío? —preguntó Chaol—. ¿No hay ni un alma ahí?

Los guerreros hada se miraron entre sí al escuchar eso.

—Algunas de las forjas seguían encendidas, así que alguien debe estar ahí —dijo Borte— pero no había ni una bruja ni guiverno. Quien sea que siga ahí, es algo mínimo, probablemente sólo entrenadores y criadores.

El Abismo Ferian estaba vacío. La legión de Dientes de Hierro se había ido.

Rowan miró hacia el pico frente a ellos.

—Necesitamos saber qué saben ellos, entonces.

Nesryn asintió con seriedad.

—Sartaq ya envió gente a hacerlo.

CAPÍTULO 73

Dorian estuvo recorriendo Morath con cien diferentes pieles.

En las patas silenciosas de un gato, o corriendo por el piso en forma de cucaracha, o colgado del techo como murciélago. Pasó la mayor parte de una semana escuchando. Mirando.

Erawan seguía sin notar de su presencia. Tal vez la naturaleza cruda de su magia sí le daba algo de anonimidad… y Maeve sólo lo había podido reconocer gracias a lo que le había sacado a Aelin de la mente.

En la noche, Dorian regresaba a la habitación de la torre de Maeve, donde repasaban todo lo que él había visto. Lo que ella hacía durante el día para evitar que Erawan notara la pequeña presencia cambiante que recorría sus pasillos, eso no se lo reveló.

Pero había llamado a las arañas. Dorian había escuchado los susurros aterrados de la servidumbre acerca del portal temporal que la reina había abierto para permitir que entraran seis de las criaturas a las catacumbas. Donde, a través de alguna magia terrible, les permitieron la entrada a las princesas del Valg.

Dorian no podía decidir si sentirse aliviado de no haber tenido que encontrarse con estos híbridos todavía. Aunque había visto los cuerpos humanos demacrados, meros cascarones, que en ocasiones llevaban por los pasillos. La cena, le siseaban los guardias a los sirvientes petrificados a su paso. Para alimentar un hambre insaciable. Para prepararlas para la batalla.

Qué le podrían hacer estas creaciones de araña-princesa, qué les harían a sus amigos en el norte… Dorian no podía dejar de recordar lo que Maeve le había dicho a Erawan. Que las princesas del Valg habían sido mantenidas aquí para la segunda fase de lo que fuera que él estaba planeando. Tal vez para asegurarse de que ellos estuvieran destruidos del todo para cuando llegaran sus ejércitos.

Eso afiló su concentración mientras exploraba. Lo empujaba y lo impulsaba a seguir inclusive cuando la razón y el instinto le decían que huyera de este lugar. Pero no lo haría. No podía. No sin la llave.

A veces, podría haber jurado que la había sentido. La llave. La presencia horrible y sobrenatural.

Pero cuando iba tras ese poder terrible por unas escaleras o por los pasillos antiguos, sólo se topaba con polvo y sombras.

Con frecuencia, lo llevaba de regreso a la torre de Erawan. A la puerta de hierro cerrada y a los guardias del Valg apostados afuera. Era uno de los pocos lugares que quedaban donde no se había atrevido a buscar. Aunque todavía le quedaban otras posibilidades.

La peste de la cámara subterránea le llegó a Dorian mucho antes de que bajara volando por esas escaleras de caracol. El pasillo era cavernoso y enorme para sus sentidos de mosca. Había sido la forma más segura ese día. El gato de la cocina estaba cazando y las brujas Dientes de Hierro estaban muy ocupadas por todo el fuerte, preparándose para lo que sólo podía suponer sería su marcha al norte.

Llevaba desde la madrugada buscando la llave. Maeve desviaba la atención de Erawan en las catacumbas al oeste, al otro lado del fuerte. Donde esas arañas-princesas estaban poniendo a prueba sus nuevos cuerpos.

Nunca había bajado tanto en la fortaleza. Debajo de las salas de almacenamiento. Debajo de las catacumbas. Sólo encontró la escalera por el olor que se filtraba detrás de la puerta ordinaria en su parte superior. El olor era detectable para su gran sentido del olfato como mosca. Había pasado junto a esa puerta muchas veces durante su búsqueda y había considerado que sólo era un armario, hasta que la suerte intervino ese día.

Dorian salió de la última vuelta de la espiral y casi se cayó del aire cuando el olor le llegó de lleno. Era mil veces peor en esta forma, con estos sentidos.

Un hedor a muerte, a podredumbre, a odio y desesperanza. El olor que solamente el Valg podía provocar.

Nunca lo olvidaría. Nunca lo había dejado atrás del todo.

Regresa. La advertencia era como un susurro en su mente. Regresa.

El pasillo inferior estaba iluminado sólo con unas cuantas antorchas en soportes oxidados de hierro. No había guardias en el pasillo ni al lado de la única puerta de hierro al fondo.

El olor pulsaba en el corredor, emanaba de esa puerta. Lo llamaba.

¿Erawan dejaría la llave del Wyrd sin vigilancia? Dorian envió su magia por el pasillo para comprobar que no hubiera trampas ocultas.

No encontró ninguna. Y cuando llegó a la puerta de hierro, retrocedió. Huyó.

Él guardó su poder de nuevo en su interior y lo acercó más a él.

La puerta de hierro estaba abollada y rasguñada por los años. Tenía nueve

candados a lo largo de su orilla, cada uno más complejo que el anterior. Candados antiguos y extraños.

No dudó. Se dirigió hacia la ligera apertura entre las rocas y la puerta de hierro y volvió a transformarse. La mosca se convirtió en un jején, tan pequeño que era casi una partícula de polvo. Voló debajo de la puerta, intentando bloquear el olor, y sintió el terrible latido en la sangre.

Le tomó un momento entender lo que estaba viendo en la habitación toscamente construida e iluminada por una pequeña linterna que colgaba del techo abovedado. Una pequeña flama verde bailaba en su interior. No era una flama de este mundo.

Su luz se deslizaba sobre un montón de rocas negras en el centro de la habitación. Pedazos de un sarcófago.

Y a su alrededor, construidos en repisas talladas en la montaña misma, brillaban los collares del Wyrd.

Sólo los instintos de este cuerpo pequeño e intrascendente permitieron que Dorian siguiera volando. Lo mantuvieron circulando en la habitación sin luz. Los escombros al centro del lugar.

La tumba de Erawan… directamente debajo de Morath. El sitio donde Elena y Gavin lo habían atrapado. Donde luego construyeron una fortaleza encima del sarcófago que no podía moverse.

El sitio donde había empezado todo este desastre. Donde, siglos después, su padre decía que él y Perrington se habían aventurado en su juventud y habían usado la llave del Wyrd para abrir tanto la puerta como el sarcófago y, sin saberlo, habían liberado a Erawan.

El rey demonio se había adueñado del cuerpo del duque. Su padre…

El corazón de Dorian latió a toda velocidad al pasar frente a los collares, mientras daba vueltas en la habitación. Erawan no había necesitado uno para contener a su padre porque el hombre no tenía magia en sus venas.

Pero Erawan había dicho que su padre no había cedido ante él… no del todo. Había peleado contra él durante décadas.

No se había permitido pensar en eso durante esta semana. Si las últimas palabras de su padre en el castillo de cristal habían sido verdaderas. Cómo lo había matado, sin tener la justificación y la excusa del collar.

La cabeza le punzaba mientras continuaba recorriendo la tumba. Los collares emanaban su hedor maldito hacia el mundo y palpitaban al mismo ritmo que su sangre.

Parecían estar dormidos. Parecían estar esperando.

¿Había un príncipe dentro de cada uno? ¿O eran cascarones listos para ser llenados?

Kaltain le había advertido sobre este lugar. El sitio donde lo llevaría Erawan si lo capturaba. Por qué había elegido Erawan este lugar para guardar sus collares… Tal vez era un santuario, si algo así podía existir para un rey del Valg. Donde Erawan vendría a contemplar el método de su propio encarcelamiento y a recordarse que no volvería a ser contenido. Que usaría estos collares para esclavizar a quienes intentaran volver a encerrarlo en el sarcófago.

La magia de Dorian se agitaba, impaciente y frenética. ¿Había ahí un collar destinado a él? ¿A Aelin?

Vueltas y vueltas. Voló varias veces sobre el sarcófago y junto a los collares. No había señal de la llave.

Sabía cómo se sentirían los collares contra su piel. El dolor helado de la piedra del Wyrd.

Kaltain había luchado en su contra. Había destruido al demonio dentro.

Él todavía podía sentir el peso de la rodilla de su padre que se le clavó en el pecho para detenerlo en el piso de mármol de un castillo de cristal que ya no existía. Todavía podía sentir la roca tersa del collar contra su cuello cuando se selló. Todavía podía ver la mano sin vida de Sorscha cuando intentó acercarse a ella una última vez.

La habitación dio vueltas y vueltas, su sangre latía con ella.

No era un príncipe, no era un rey.

Los collares lo buscaban con dedos invisibles y afilados.

Él no era mejor que ellos. Había aprendido a disfrutar lo que el príncipe del Valg le había mostrado. Había hecho pedazos a hombres buenos y había permitido que el demonio se alimentara de su odio, de su ira.

La habitación empezó a arremolinarse, a girar, a arrastrarlo a sus profundidades.

No era humano… no del todo. Tal vez no quería serlo. Tal vez se quedaría en esta forma para siempre, tal vez simplemente sucumbiría…

Un viento oscuro sopló por la habitación. Lo tomó en sus fauces y lo arrastró.

Él se resistió y gritaba en silencio.

No se lo llevarían. No así, no otra vez…

Pero lo alejó de los collares. Lo pasó por debajo de la puerta y lo sacó de la

habitación.

Hacia la palma pálida de una mano. Unos ojos oscuros y sin fondo lo miraron. Una enorme boca roja se abrió para mostrarle los dientes blancos como el hueso.

—Niñito estúpido —le siseó Maeve. Las palabras eran como truenos.

Él jadeó, el cuerpo del jején se sacudía de la punta de un ala a la otra. Si lo aplastaba con el dedo, él estaría muerto.

Se preparó, lo esperó.

Pero Maeve mantuvo la palma abierta. Y cuando empezó a caminar por el pasillo, a alejarse de la cámara sellada, dijo:

—Lo que sentiste ahí adentro, ésa es la razón por la cual me fui de su mundo —miró al frente y una sombra le oscureció el rostro—. Todos los días, eso era lo que sentía.

Arrodillado en el piso en una esquina de la habitación de Maeve, Dorian vomitó lo que tenía en el estómago en un balde de madera.

Maeve lo observaba desde una silla junto a la chimenea. Una diversión cruel se paseaba por sus labios.

—Viste los horrores de las mazmorras y no te enfermaste —dijo cuando él volvió a vomitar. La pregunta que no dijo pero que se veía en sus ojos era: ¿Por qué hoy?

Dorian levantó la cabeza y se limpió la boca con el hombro de su chaqueta.

—Esos collares —se pasó la mano por el cuello—. No pensé que me fuera a afectar así. Verlos otra vez.

—Fuiste imprudente al entrar a esa habitación.

—¿Habría podido salir si no me hubieras encontrado?

No preguntó cómo lo había hecho, cómo había percibido el peligro. Ese poder de ella sin duda lo seguía a todas partes.

—Los collares no pueden hacer nada si no están en un huésped. Pero esa habitación es un sitio de odio y dolor, el recuerdo de eso está grabado en las piedras —se examinó las uñas largas—. Te atrapó. Tú permitiste que te atrapara.

¿Kaltain no había dicho casi lo mismo sobre los collares?

—Me tomó por sorpresa.

Maeve sólo murmuró algo, muy consciente de su mentira. Pero dijo:

—Los collares son una de sus creaciones más brillantes. Ninguno de sus hermanos fue tan inteligente como para pensar en eso. Pero Erawan… siempre tuvo un don para las ideas —se recargó en el respaldo de la silla y cruzó las piernas—. Pero ese don también lo volvió arrogante —hizo un movimiento de la cabeza hacia él—. Que te permitiera quedarte en Rifthold con tu padre, en vez de traerte acá lo demuestra. Pensaba que podía controlarlos a los dos a la distancia. Si hubiera sido más cauteloso, te habría traído a Morath de inmediato. Para empezar a trabajar en ti.

Los collares se le aparecieron en un destello de memoria, emanando su olor envenenado y untuoso al mundo, llamándolo, esperándolo…

Dorian volvió a vomitar.

Maeve rio de una manera que lo hacía sentir garras recorriéndole la columna. Su temperamento.

Dorian recuperó el control y giró hacia ella.

—Tú le diste esas arañas para sus princesas, sabiendo lo que tendrían que soportar, sabiendo cómo se siente estar atrapado así, a pesar de que sea de otra manera.

Cómo, fue lo que no dijo. ¿Cómo pudiste hacer eso cuando conoces ese tipo de terror?

Maeve permaneció en silencio un momento y él podría haber jurado que algo similar al arrepentimiento le cruzó por la cara.

—No lo hubiera hecho, a menos que me viera obligada a hacerlo para demostrarle mi lealtad —su atención pasó al lugar donde Damaris colgaba en su cinturón—. ¿No deseas comprobar lo que estoy diciendo?

Dorian no tocó la empuñadura dorada.

—¿Quieres que lo haga?

Ella chasqueó la lengua.

—Eres distinto en verdad. Me pregunto si no heredaste algo de Valg cuando tu padre embarazó a tu madre.

Dorian se estremeció. No se había atrevido a preguntarle eso a Damaris… si él era humano. Si eso importaba ahora.

—¿Por qué? —preguntó e hizo un gesto a la fortaleza a su alrededor—. ¿Por qué hace Erawan todo esto?

Una semana después de habérselo preguntado al mismo rey del Valg, Dorian

todavía quería… necesitaba saber.

—Porque puede. Porque Erawan encuentra placer en ese tipo de cosas.

—Tú lo hacías sonar como el menos malo de los tres hermanos.

—Lo es —se tocó la garganta—. Orcus y Mantyx fueron los que le enseñaron todo lo que sabe. Si regresaran acá, lo que Erawan ha creado en estas montañas parecerán corderos en comparación.

Al menos sí había hecho caso a esa advertencia de Kaltain. No se había atrevido a aventurarse a las cavernas más allá del valle. A los altares de roca y las monstruosidades que Erawan construía en ellas.

Preguntó:

—¿Nunca tuviste hijos? ¿Con Orcus?

—¿Mi futuro esposo de verdad desea saberlo?

Dorian se apoyó en sus talones.

—Deseo entender a mi enemigo.

Ella consideró sus palabras.

—No permití que mi cuerpo madurara, que estuviera listo para hijos. Una pequeña rebelión, la primera, contra Orcus.

—¿Los príncipes y princesas del Valg son los hijos de otros reyes?

—Algunos sí y otros no. Ningún heredero digno ha aparecido. Aunque quién sabe qué ha ocurrido en su mundo en estos milenios —su mundo… no el de ella—. Los príncipes que Erawan invocó no han sido fuertes… no como eran ellos. Estoy segura de que eso le molesta mucho a Erawan.

—¿Por eso trajo a las princesas?

Maeve asintió.

—Las mujeres son las más mortíferas. Pero son más difíciles de contener en un huésped.

La franja de piel blanca en su cuello pareció arder pero logró controlar su estómago… esta vez.

—¿Por qué te fuiste de tu mundo?

Ella parpadeó, como si estuviera sorprendida.

—¿Qué? —preguntó él.

Ella ladeó la cabeza.

—Hace mucho mucho tiempo que no conversaba con alguien que me conozca por lo que soy. Y con alguien cuya mente siguiera siendo completamente suya.

—¿Ni siquiera Aelin?

Un músculo de la mandíbula de Maeve se movió un poco.

—Ni siquiera Aelin del Fuego Salvaje. No logré infiltrar su mente del todo, pero cosas pequeñas… ésas, la podía convencer de verlas.

—¿Por qué la capturaste y la torturaste?

Era una manera muy simple de describir lo que había sucedido en Eyllwe y después.

—Porque ella nunca aceptaría trabajar conmigo. Y ella nunca me hubiera protegido de Erawan o del Valg.

—Eres fuerte… ¿por qué no protegerte a ti misma? ¿Usar esas arañas para tu provecho?

—Porque los seres como nosotros sólo temen a ciertos dones. Los míos no son esas cosas —se puso a jugar con un mechón de su cabello negro—. Por lo general tengo a otra hada conmigo. Una que tenga poderes que funcionen contra el Valg. Distintos a los que posee Aelin Galathynius —que no especificara a qué poderes se refería le dijo a Dorian para que no desperdiciara su energía preguntándole—. Ella me hizo un juramento de sangre hace tiempo, y rara vez se aparta de mi lado. Pero no me atreví a traerla a Morath. Tenerla aquí no hubiera convencido a Erawan de que mi visita era de buena fe —se envolvió un dedo en el mechón de cabello—. Así que, como ves, estoy tan indefensa contra Erawan como tú.

Dorian lo dudaba, pero se puso de pie al fin y se dirigió a la mesa donde había agua y comida. Era una mesa con alimentos lujosos para el castillo de un demonio en medio del invierno. Se sirvió un vaso de agua y se lo tomó de un trago.

—¿Ésta es la verdadera forma de Erawan?

—De cierta manera. No somos como los humanos y las hadas, que tienen sus almas invisibles, ocultas. Nuestras almas tienen forma. Tenemos cuerpos que podemos envolver a su alrededor… para adornarlas, como joyería. La forma que ves en Erawan siempre ha sido su decoración predilecta.

—¿Cómo se ven sus almas debajo?

—Te parecerían desagradables.

Él controló su escalofrío.

—Supongo que eso también nos convierte en metamorfos —dijo Maeve mientras Dorian se dirigía a la silla a su lado. Había pasado sus noches durmiendo en el piso junto a la chimenea, con un ojo en la reina que dormía en la cama con dosel detrás de él. Pero ella no había hecho nada para lastimarlo. Nada.

—¿Te sientes Valg o hada?

—Soy lo que soy.

Por un instante, casi pudo entrever el peso de sus eones de existencia en su mirada.

—Pero, ¿quién deseas ser?

Una pregunta cuidadosa.

—No como Erawan. Ni como sus hermanos. Nunca lo he deseado.

—Ésa no es precisamente una respuesta.

—¿Sabes quién y qué quieres ser tú?

Un desafío… y una pregunta genuina.

—Estoy averiguándolo —dijo. Extraño. Tan extraño tener esta conversación. Para salvarlos a ambos por el momento, Dorian se frotó la cara y dijo—: La llave está en esta torre. Estoy seguro.

Maeve apretó los labios.

Dorian dijo:

—No hay manera de entrar… no con los guardias. Y he volado por el exterior y sé que no hay ventanas, no hay cuarteaduras por las cuales pueda meterme —le sostuvo la mirada sobrenatural a Maeve, no se amedrentó—. Necesitamos entrar. Aunque sea para confirmar que ahí está.

Ella había sostenido las llaves alguna vez… sabía cómo se sentían. Que hubiera estado tan cerca entonces…

—¿Y supongo que esperas que yo lo haga?

Él se cruzó de brazos.

—No se me ocurre a quién más le permitiría entrar Erawan.

El parpadeo solitario de Maeve fue la única señal de su sorpresa.

—Seducir y traicionar a un rey, uno de los trucos más antiguos, como dirían ustedes los humanos.

—¿Erawan puede ser seducido por alguien?

Podría haber jurado que la repugnancia le cruzaba por el rostro pálido antes de responder:

—Sí puede.

No perdieron el tiempo. No esperaron.

E incluso Dorian tuvo dificultad para apartar la vista cuando Maeve movió una mano hacia su cuerpo y el vestido morado se desvaneció y lo reemplazó un vestido negro, largo y semitransparente. Era poco más que una bata. Tenía unas partes con hilo dorado entretejido, ocultando ciertas zonas de su cuerpo que sólo podría ver quien le quitara la prenda. Cuando volteó del espejo, su expresión era seria.

—No te va a gustar lo que estás a punto de presenciar.

Se cubrió con la capa que ocultaba el cuerpo voluptuoso y el vestido pecaminoso, y salió por la puerta.

Él se transformó en un insecto rastrero, ágil y flexible, y salió tras ella. Se quedó cerca de sus pies mientras ella avanzaba por los pasillos. Hasta la base de esa torre.

Él se escondió en una grieta de la pared negra mientras Maeve le decía al Valg que vigilaba en el exterior.

—Ya sabes quién soy. Ya sabes lo que soy. Dile que vine.

Podría haber jurado que a Maeve le temblaban un poco las manos.

Pero uno de los guardias, a quien Dorian no había visto parpadear jamás, volteó hacia la puerta, tocó una vez, y entró.

Salió unos momentos después, regresó a su puesto y no dijo nada.

Maeve esperó. Luego se escucharon unos pasos desde el interior de la torre.

Y cuando se volvió a abrir la puerta, el viento pútrido y la oscuridad arremolinada dentro amenazaron con hacerlo huir. Erawan, todavía vestido a pesar de la hora, arqueó las cejas.

—Tenemos una junta mañana, hermana.

Maeve dio un paso para acercarse.

—No vine a hablar de la guerra.

Erawan se quedó quieto. Y luego les dijo a los guardias:

—Déjenos.

CAPÍTULO 74

Como si fueran uno solo, los guardias afuera de la torre de Erawan se alejaron.

A solas, con el rey del Valg bloqueando la entrada a su torre, Maeve dijo:

—¿Eso significa que soy bienvenida? —soltó un poco la capa y la parte frontal se abrió para revelar el vestido semitransparente.

Los ojos dorados de Erawan estudiaron cada centímetro. Luego su cara.

—Aunque no lo creas, eres la esposa de mi hermano.

Dorian parpadeó al escuchar eso. El honor de un demonio dentro del cuerpo del hombre.

—No tengo que serlo —murmuró Maeve y Dorian supo entonces por qué le había hecho esa advertencia antes de que salieran.

Con un movimiento de su cabeza, su cabello negro se volvió dorado. Su piel blanca como la luna se oscureció ligeramente, para convertirse en un tono bronceado. El rostro anguloso se redondeó un poco y los ojos se aclararon y se volvieron color turquesa y oro.

—Podemos jugar así, si lo prefieres.

Hasta la voz era la de Aelin.

Los ojos de Erawan destellaron y su pecho se elevó con una respiración entrecortada.

—¿Eso te gustaría?

Maeve esbozó una media sonrisa que Dorian sólo había visto en el rostro de la reina de Terrasen.

La repulsión y el horror lo recorrieron. Sabía… sabía que no había deseo verdadero en la mirada de Erawan por Aelin. No más allá de la pura posesión, de proclamarla suya, del dolor.

El encantamiento de Maeve volvió a cambiar. El cabello dorado palideció hasta quedar blanco, los ojos color turquesa ardieron para convertirse en dorados.

Una rabia helada, pura y concentrada, recorrió el cuerpo de Dorian cuando vio a Manon parada frente al rey del Valg.

—O tal vez esta forma, más hermosa que nada —se miró a sí misma, sonriendo—. ¿Ella era quien querías como reina cuando acabara esta guerra, la Líder de la Flota? ¿O solamente era una yegua premiada para usarla para crianza?

Las fosas nasales de Erawan se ensancharon y Dorian se concentró en su respiración, en las rocas debajo de él, en cualquier cosa que evitara que su magia hiciera erupción al ver el deseo, el deseo verdadero, que tensaba el rostro de Erawan.

Pero si eso lograba que Maeve entrara a esa torre…

Erawan parpadeó y el deseo desapareció.

—Eres la esposa de mi hermano —dijo—. No importa qué piel uses. Si necesitas el alivio, te enviaré a alguien a tus habitaciones.

Con eso, cerró la puerta. Y no volvió a salir.

Maeve llevó a Dorian a su reunión la mañana siguiente.

En el bolsillo de su capa, como un ratón de campo, Dorian se mantuvo quieto y escuchó.

—Después de eso de anoche —estaba diciendo Erawan— rechazaste lo que te envié.

Y en verdad, apenas quince minutos después de que regresaron a la torre de Maeve, tocaron a la puerta. Un hombre joven con rostro inexpresivo estaba ahí, hermoso y frío. No era un príncipe porque estaba usando un anillo. Simplemente era un humano esclavizado. Maeve lo envió de regreso pero no por amabilidad.

No, Dorian sabía que el hombre había sido liberado de su trabajo sólo porque él estaba presente, nada más. Maeve le había dicho eso antes de quedarse dormida.

—Quería vino —dijo Maeve con suavidad— no cerveza con agua.

Erawan rio y se escuchó el movimiento de papel.

—He estado considerando más detalles sobre esta alianza, hermana —ese título lo usaba con crueldad, para provocarla tras el rechazo de la noche anterior—. Y me he estado preguntando: ¿qué más tienes que ofrecer? Tú

tienes más que ganar de este trato que yo, después de todo. Y ofrecer seis de tus arañas es relativamente poco, aunque hayan sido huéspedes receptivas para las princesas.

Los oídos de Dorian se esforzaron por escuchar mientras esperaba la respuesta de Maeve. Ella dijo en voz baja, con más tensión de la que le había oído jamás:

—¿Qué es lo que quieres, hermano?

—Trae a las demás kharankui. Abre un portal y tráelas aquí.

—No todas estarán tan dispuestas a convertirse en huéspedes.

—No huéspedes. Soldados. No quiero correr ningún riesgo. No habrá segunda fase.

Dorian sintió que se le retorcía el estómago. Maeve titubeó.

—Existe la posibilidad, ¿sabes?, que inclusive con todo esto, aunque llame a las kharankui, de que te enfrentes a Aelin Galathynius y fracases —una pausa —. Anielle ya confirmó tu mayor miedo. Escuché lo que sucedió. El poder que ella invocó para detener ese río —Maeve canturreó—. Ese poder lo estaba guardando para mí, ¿sabes? La explosión. Pero si lo volviera a invocar, digamos que contra ti en un campo de batalla… ¿Podrías salir de eso, hermano?

—Por eso este avance al norte con tus arañas será vital —fue la única respuesta de Erawan.

—Tal vez —le debatió Maeve—. Pero no olvides que tú y yo juntos podríamos ganar. Sin las arañas. Sin las princesas. Ni siquiera Aelin Galathynius nos puede hacer frente a ambos. Podemos ir al norte y destruirla. Guardar a las arañas como reserva para otros reinos. Otros tiempos.

Ella no quería sacrificarlas. Como si le tuviera cierto aprecio a los seres que le habían sido fieles a lo largo de milenios.

—Y por otro lado —continuó Maeve—, tú sabes mucho sobre viajar entre mundos. Pero no todo —metió la mano al bolsillo y Dorian contuvo el aliento mientras ella le acarició la espalda con los dedos. Como si le estuviera indicando que escuchara.

—Y supongo que sólo lo averiguaré cuando tú y yo hayamos ganado esta guerra —dijo Erawan al fin.

—Sí, aunque estoy dispuesta a darte una muestra. Mañana, después de que me haya preparado —de nuevo, ese silencio terrible. Maeve continuó—: Son demasiado fuertes, demasiado poderosos, para que yo abra un portal entre reinos y les permita pasar. Desestabilizarían mi magia demasiado con el esfuerzo para traer todo lo que son a este mundo. Pero te los puedo enseñar,

sólo por un momento. Puedo enseñarte a tus hermanos. Orcus y Mantyx.

CAPÍTULO 75

Darrow y los otros lords de Terrasen habían aprovechado bien su tiempo en estos últimos meses, gracias a los dioses, y Orynth estaba bien provisto y preparado para el sitio que se acercaba más con cada hora que pasaba.

Comida, armas, provisiones médicas, planes sobre dónde dormirían los ciudadanos si tuvieran que huir al castillo, refuerzos en los sitios de la ciudad y los muros donde la roca antigua se había debilitado… Aedion encontró pocas cosas que criticar.

Sin embargo, después de una noche inquieta en su antigua habitación en el castillo, horrible y extraña y fría, estaba caminando en las torretas inferiores cuando amaneció. Allá arriba, el viento era mucho más salvaje, mucho más helado.

Unos pasos firmes sonaron en el arco detrás de él.

—Te vi aquí al ir bajando a desayunar —dijo Ren a modo de saludo. Las habitaciones de la corte Allsbrook siempre habían estado en la torre al lado de la de Aedion. Cuando eran niños, una vez pasaron el verano diseñando un sistema de señales hacia la habitación del otro usando una linterna.

Había sido el último verano que pasaron siendo amigos, cuando empezó a resultarle claro al padre de Ren que Aedion era el favorito para hacer el juramento de sangre. Y entonces empezó la rivalidad.

Un verano habían sido los mejores amigos e igualmente rebeldes. Al siguiente, todo era una competencia, desde las carreras por los patios y empujones en las escaleras hasta francas peleas en el Gran Salón. Rhoe había intentado limar las tensiones pero en realidad Rhoe nunca había sido un buen mentiroso. Nunca le negó abiertamente al padre de Ren que Aedion era quien haría el juramento de sangre. Y para finales de ese verano, incluso el príncipe heredero había empezado a ignorar las constantes peleas de los dos niños. Aunque nada de eso importaba ahora.

¿Su padre, Gavriel, habría promovido esa rivalidad? Supuso que tampoco importaba. Pero por un momento, Aedion intentó imaginárselo: Gavriel aquí, supervisando su entrenamiento. Su padre y Rhoe, enseñándole juntos. Y sabía que Gavriel habría encontrado alguna manera de suavizar esa competitividad, de manera similar a como mantenía la paz en el grupo. ¿Qué tipo de hombre sería si el León hubiera estado aquí? Gavriel probablemente habría terminado

masacrado con el resto de la corte pero… habría estado aquí.

Era una tontería recorrer ese camino. Aedion era quien era, y la mayor parte del tiempo no le molestaba para nada. Rhoe había sido su padre de todas las maneras que importaban. Aunque hubo momentos en que Aedion veía a Rhoe y Evalin y Aelin y se sentía como un invitado.

Aedion se sacudió el pensamiento de la cabeza. Estar aquí, en este castillo, lo había confundido. Lo había arrastrado al reino de los fantasmas.

—No esperes que el desayuno de Darrow sea como los que solíamos tener —dijo Aedion.

Aunque no esperaba ni quería uno. Comía sólo porque su cuerpo se lo exigía, comía porque eso significaba fuerza, y la necesitaría, su gente la necesitaría, dentro de poco.

Ren miró la ciudad, luego la planicie de Theralis más allá. El horizonte que seguía vacío.

—Organizaré a los arqueros hoy. Y me aseguraré de que los soldados en las puertas sepan cómo manejar ese aceite hirviendo.

—¿Tú sabes cómo manejarlo? —preguntó Aedion con la ceja arqueada.

Ren rio con un resoplido.

—¿Qué hay que saber? Les vacías un caldero gigante por la pared. El daño está hecho.

Ciertamente requería de un poco más de habilidad que eso, pero era mejor que nada. Al menos Darrow se había asegurado de que tuvieran esas provisiones.

Aedion rezó para que tuvieran la oportunidad de usarlas. Con las torres de las brujas de Morath, las probabilidades de que terminaran convertidos en escombros antes de que las huestes enemigas siquiera llegaran a alguna de las dos puertas de la ciudad eran altas.

—Lo que en verdad podríamos usar sería algo de fuego infernal —murmuró Ren—. Eso los mantendría lejos de las puertas.

Y posiblemente derretiría a todos a su alrededor también.

Aedion abrió la boca para expresar que estaba de acuerdo cuando frunció el ceño.

Miró la planicie, el horizonte.

—Ya dilo —dijo Ren.

Aedion llevó a Ren de vuelta a la entrada de la torre.

—Tenemos que hablar con Rolfe.

No sobre el fuego infernal en las puertas sur y oeste. Para nada.

Esperaron hasta que oscureciera, cuando los espías de Morath probablemente no notarían el pequeño grupo que avanzaba, kilómetro tras kilómetro, por la planicie de Theralis.

Vestidos de negro de batalla, se movieron por el campo que nuevamente quedaría bañado en sangre. Cuando llegaron a las marcas en la planicie que Aedion y Ren habían seleccionado durante el día, Aedion levantó la mano.

Los Asesinos Silenciosos hicieron honor a su nombre e Ilias les indicó que se dispersaran. Entre ellos venían también los micenianos de Rolfe con sus pesadas cargas.

Pero la metamorfa fue la que empezó a trabajar primero. Se convirtió en un tejón gigante, más grande que un caballo, y cavó en la tierra congelada con sus patas fuertes y hábiles.

El olor de su sangre llenaba el aire, pero Lysandra no dejó de cavar.

Y cuando terminó el primer agujero, se movió al siguiente y dejó al grupo de Asesinos Silenciosos y micenianos a que pusieran sus trampas y volvieran a enterrarlas.

El viento brutal gemía a su alrededor. Pero trabajaron toda la noche. Usaron cada minuto que pudieron. Y cuando terminaron, desaparecieron nuevamente en la ciudad, invisibles otra vez.

Al día siguiente, Morath apareció en el horizonte.

Desde las torres y pasarelas más altas se podía contar cada fila de soldados que marchaban. Una tras otra tras otra.

Con las manos todavía lastimadas y vendadas por cavar en la tierra congelada, Lysandra estaba en una de esas pasarelas con diversos aliados. Evangeline estaba pegada a ella.

—Van quince mil —anunció Ansel de Briarcliff cuando vio emerger otra fila. Nadie dijo nada—. Veinte.

—Morath debe estar vacío para que haya ya tantos aquí —murmuró el príncipe Galan.

Evangeline temblaba, no sólo de frío, y Lysandra abrazó a la niña con más fuerza. Al otro lado de la pasarela, Darrow y los otros lords de Terrasen hablaban en voz baja. Como si percibiera la atención de Lysandra, Darrow miró en su dirección y luego bajó la mirada hacia la temblorosa y pálida

Evangeline. Darrow no dijo nada y Lysandra no se molestó en verse agradable antes de que él les devolviera la atención a sus compañeros.

—Ya son treinta —dijo Ansel.

—Sabemos contar —le respondió Rolfe molesto.

Ansel arqueó una ceja color vino.

—¿En verdad pueden?

A pesar del ejército que avanzaba hacia ellos, Lysandra tuvo que contener su sonrisa.

Rolfe simplemente puso los ojos en blanco y devolvió su atención al ejército que se aproximaba.

—No llegarán hasta el amanecer, eso si llegan muy rápido —observó Aedion con el rostro serio.

Lysandra no había decidido qué forma adoptaría. Dónde pelearía. Si todavía había ilken en sus filas, entonces sería un guiverno, pero si se requería una pelea en un espacio más cerrado, entonces... no había decidido. Nadie le había pedido que estuviera en algún sitio en particular, aunque la petición de Aedion la otra noche para que los ayudara con su plan insólito había sido un raro descanso de estos días de esperar y temer.

Aunque gustosa elegiría esos días de andar caminando preocupada a cambio del horror que se avecinaba.

—Cincuenta mil —dijo Ansel y miró con ironía a Rolfe.

Lysandra tragó saliva para suavizar la presión que sentía en la garganta. Evangeline escondió la cara en el cuerpo de Lysandra.

Y entonces aparecieron las torres de las brujas.

Como lanzas enormes que se asomaban desde el horizonte, aparecieron en la luz grisácea de la mañana. Tres torres, repartidas equidistantemente en el ejército que continuaba avanzando tras ellas.

Hasta Ansel había dejado de contar ya.

—No pensé que fuera a ser tan terrible —susurró Evangeline con las manos clavadas en la capa pesada de Lysandra—. No pensé que fuera a ser tan aterrador.

Lysandra le dio un beso en el cabello dorado rojizo.

—No te va a pasar nada.

—No tengo miedo por mí —dijo Evangeline—, sino por mis amigos.

Esos ojos amarillos brillaban en verdad con lágrimas de terror y Lysandra le limpió una antes de devolver su atención a las torres que avanzaban con lentitud hacia ellos. No tenía palabras para consolar a la niña.

—En cualquier momento —murmuró Aedion y Lysandra miró hacia la planicie nevada.

Hacia las figuras que emergieron debajo de la nieve, vestidas de blanco. Las flechas en llamas se acomodaron en los arcos. Las líneas delanteras de Morath habían llegado casi donde estaban ellos, pero esos soldados no eran su blanco.

En el muro, Murtaugh se sostuvo con fuerza de las rocas antiguas cuando vio a la figura que tenía que ser Ren dar la orden. Las flechas en llamas se elevaron en un arco y volaron. Los soldados de Morath se cubrieron bajo sus escudos.

Pero no se preocuparon por ver bajo sus pies.

Tampoco las brujas que iban al frente de sus tres torres.

Las flechas en llamas cayeron con precisión mortífera gracias a los Asesinos Silenciosos que dispararon esos arcos.

Justo sobre las líneas de detonantes que llevaban directamente a los agujeros que habían cavado. Justo cuando las torres de las brujas pasaron sobre ellos.

Unos destellos cegadores rompieron el mar negro del ejército. Luego se escuchó el tronido poderoso.

Y luego la lluvia de roca. Todas las fuerzas de Morath voltearon a ver. Eso proporcionó la distracción necesaria para que Ren, Ilias y los Asesinos Silenciosos corrieran hacia los caballos blancos ocultos detrás de un montículo de nieve.

Cuando el destello se apagó, cuando desapareció el humo, un suspiro de alivio recorrió la pasarela.

Dos de las torres de las brujas habían pasado directamente sobre los agujeros. Agujeros que habían llenado con los reactivos y polvos que usaban las lanzas de fuego de Rolfe y luego los habían ocultado bajo la tierra, esperando una chispa para encenderlos.

Esas dos torres ahora estaban hechas ruinas. Los guivernos debajo de ellas estaban destrozados, los soldados aplastados bajo las rocas que cayeron.

Pero aún quedaba una. El agujero que estaba más cerca había explotado demasiado pronto. Uno de los guivernos que la venía jalando había recibido un golpe del escombro que voló de otra torre y estaba muerto o herido.

Y esa tercera torre se había detenido.

Un cuerno perverso y grave resonó del lado de las huestes enemigas y el ejército también se detuvo.

—Gracias a los putos dioses —dijo Rolfe e inclinó la cabeza.

Pero Aedion seguía viendo hacia la planicie, hacia las figuras a caballo que galopaban de regreso a los muros de Orynth. Asegurándose de que todos regresaran.

—¿Cuánto tiempo los detendrá eso? —preguntó Evangeline.

Todos, incluido Darrow, voltearon a ver a la niña. Nadie tenía una respuesta. No tenían una mentira que ofrecer.

Así que de nuevo miraron hacia el ejército que se reunía en la planicie. Sus últimas filas ya estaban visibles.

—Cien mil —anunció Ansel de Briarcliff suavemente.

CAPÍTULO 76

—¿Es posible… mostrar otro mundo? —le preguntó Dorian a Maeve cuando regresaron de nuevo a su habitación en la torre.

Maeve se sentó en una silla. Su expresión era distante.

—Sí, usando espejos.

Dorian arqueó una ceja.

—Has visto personalmente el poder de los espejos de las brujas. Lo que le hicieron a Aelin Galathynius y a Manon Picos Negros. ¿Quién crees que les enseñó ese poder a las brujas? No fueron las hadas —una risita—. ¿Y cómo crees que yo he podido ver tan lejos, escuchar las voces de mis espías, hasta Doranelle? Hay espejos para espiar, para viajar, para matar. Incluso en este momento, Erawan los está usando para su provecho con las Dientes de Hierro.

Con las torres de las brujas.

Maeve estaba descansando, una reina sin corona.

—Puedo mostrarle lo que desea ver.

Dorian abrió la boca pero consideró sus palabras.

—Una ilusión. No planeas mostrarle a Orcus y Mantyx de verdad.

Ella lo miró con frialdad.

—Un truco… mientras tú entras a la torre.

—No puedo entrar.

—Yo soy una viajera entre mundos —dijo Maeve—. He viajado entre universos. ¿Crees que moverse entre habitaciones será tan difícil?

—Algo evitó que fueras a Terrasen todos estos años.

Maeve apretó la mandíbula.

—Brannon Galathynius estaba consciente de mis dones para moverme entre sitios. Las protecciones alrededor de su reino evitaron que lo hiciera.

—Entonces no podrías transportar los ejércitos de Erawan por él.

—No. Sólo puedo entrar a pie. Son demasiados, de todas maneras, para que yo pueda mantener el portal abierto tanto tiempo.

—Erawan conoce tu don, así que es probable que haya tomado precauciones para proteger su propia habitación.

—Sí, y yo he pasado mi tiempo aquí deshaciéndolos. Él no es un hechicero tan hábil como piensa.

Una sonrisa satisfecha y triunfal.

Pero Dorian preguntó:

—¿Por qué no hiciste esto desde el principio?

—Porque no había decidido todavía si valía la pena el riesgo. Porque él no me había pedido todavía que trajera a mis doncellas acá, para convertirlas en meros soldados.

—Te importan… las arañas.

—Te darás cuenta, majestad, que un amigo leal es raro en verdad. No son tan fáciles de sacrificar.

—Le ofreciste seis a esas princesas.

—Y lo recordaré durante toda mi vida —dijo Maeve y una semilla de emoción pasó por su rostro—. Se ofrecieron como voluntarias. Me repito eso cuando las veo ahora y no reconozco nada de las criaturas que yo conocía. Ellas querían ayudarme —dijo y lo miró a los ojos—. No todo en el Valg es maligno.

—Erawan sí.

—Sí —dijo ella y su mirada se oscureció—. Él y sus hermanos… son lo peor de nuestra gente. Su gobierno a través del miedo y el dolor. Se regodean en ese tipo de cosas.

—¿Y tú no?

Maeve se puso a retorcer un mechón negro alrededor de su dedo. Y no respondió.

Bien. Dorian continuó:

—Entonces tú vas a pasar por encima de las protecciones que haya colocado Erawan en su habitación, abrir el portal para mí, y yo me meteré mientras tú

lo distraes con una ilusión de sus hermanos —frunció el ceño—. En cuanto encuentre la llave, él va a saber que lo engañaste. Tendremos que irnos rápidamente.

La boca de Maeve se curvó en una sonrisa.

—Lo haremos. E iremos al sitio donde escondiste las otras.

Dorian mantuvo su rostro libre de toda expresión.

—¿Estás segura de que no se va a dar cuenta de que está siendo engañado?

—Orcus es su hermano. Pero Orcus también era mi esposo. La ilusión será bastante real.

Dorian pensó.

—¿A qué hora hacemos nuestra jugada?

Al anochecer.

En ese momento le dijo Maeve a Erawan que podían reunirse. Ese espacio liminar entre la luz y la oscuridad, cuando una fuerza cede ante la otra. Cuando podía abrir el portal para Dorian a unas cuantas habitaciones de distancia.

Cuando se puso el sol, aunque Dorian no podía verlo con las nubes y la oscuridad de Morath, se quedó con la vista fija en la pared de la habitación de Maeve.

Ella se había ido unos minutos antes, sin decir nada y sólo dedicándole una mirada de despedida. Su ruta de escape había sido planeada, junto con una alternativa. Todo iría de acuerdo con el plan.

Y el cuerpo que ahora tenía él, el cabello dorado y los ojos dorados… Si alguien que no fuera el mismo Erawan lo encontrara en la torre, la vería ocupada por su amo.

No tenía espacio en su interior para albergar miedo, duda. No pensó en los collares de piedra del Wyrd debajo de la fortaleza, ni en todas las habitaciones y mazmorras terribles que había recorrido. La oscuridad empezó a caer afuera de la habitación.

Dorian dio un paso atrás al ver que las rocas se ponían oscuras, oscuras, oscuras… y luego desaparecieron.

El hedor a muerte, a podredumbre, a odio, fluyó de ahí. Mucho más putrefacto que los niveles de las tumbas debajo.

Amenazaba con doblarle las rodillas, pero Dorian desenfundó a Damaris. Reunió su poder y levantó la mano izquierda, una ligera luz dorada brillaba en

sus dedos. Fuego.

Con una oración a cualquier dios que se quisiera molestar en ayudarlo, Dorian cruzó el portal.

CAPÍTULO 77

Dorian no sabía qué debía esperar de la habitación de un rey del Valg, pero la cama con dosel elaborada de madera oscura labrada, el lavabo y el escritorio serían de las últimas cosas que hubiera pensado.

Nada extraordinario. No había un tesoro de armas antiguas robadas ni de reliquias, no había pociones hirviendo ni libros de hechizos, no había bestias gruñendo en un rincón. No había más collares del Wyrd.

Era una recámara, y nada más.

Miró la habitación circular, incluso se atrevió a mirar por las escaleras. Iban directamente a la puerta de hierro y los guardias apostados afuera. No había puertas a algún armario. Tampoco había puertas a trampillas secretas.

Abrió el guardarropa y vio hilera tras hilera de ropa limpia. Ninguno de los cajones contenía nada… y no había compartimentos secretos.

Pero la sintió. Esa presencia sobrenatural y terrible. La podía sentir a todo su alrededor…

Un pequeño sonido lo hizo voltear rápidamente.

Dorian volteó a ver la cama entonces. Lo que no había visto, lo que yacía entre las sábanas color obsidiana que casi se tragaban su cuerpo pequeño y frágil.

La joven. Su rostro estaba hueco, vacío. Pero lo miró. Como si hubiera despertado.

Era una chica bonita de cabello oscuro. No tenía más de veinte años. Casi una gemela de Kaltain.

La bilis le quemó la garganta. Cuando la chica se sentó, las sábanas se deslizaron y revelaron un cuerpo demacrado y desnudo, revelaron un brazo demasiado delgado y la terrible cicatriz amoratada cerca de la muñeca… Supo entonces por qué había sentido la presencia de la llave en toda la fortaleza. Moviéndose. Desapareciendo.

Caminaba. Seguía a su amo. A quien la mantenía esclavizada.

Tenía un collar de roca negra alrededor del cuello.

Y estaba ahí sentada entre los cobertores revueltos. Viéndolo.

Hueca y vacía… y con dolor.

Él no tenía palabras. Sólo había silencio vibrante.

Kaltain había destruido al príncipe del Valg en su interior, pero la llave del Wyrd la había enloquecido. Le había dado un poder terrible pero había destrozado su mente.

Lenta, cautelosamente, Dorian se acercó un paso a la cama.

—Estás despierta —dijo haciendo que su voz se pareciera a la voz pausada del rey del Valg. Sabía que ella estaba viendo a su captor.

Un parpadeo.

Dorian había sido testigo de los experimentos de Erawan, los horrores de sus mazmorras. Pero esta joven, muerta de hambre, los moretones de su piel, la cosa maldita en su brazo, la cosa maldita que él sabía había compartido esta cama con ella…

Se atrevió a desenrollar un hilo de su poder. Se acercó al brazo de la joven y retrocedió.

Sí, la llave estaba ahí.

Se acercó más, intentando forzarla a no voltear hacia el portal en la pared.

La joven tembló… ligeramente.

Él tuvo que esforzarse para no vomitar. Para no hacer nada salvo mirarla con autoridad fría y le dijo:

—Dame tu brazo.

Los ojos castaños de la mujer estudiaron su rostro pero extendió el brazo.

Él casi cayó de espaldas al ver la herida supurante, las venas negras que salían de ella. Derramaba su veneno al cuerpo de la mujer. Así se debía haber visto la herida de Kaltain, sin duda, y era el motivo por el cual la cicatriz había permanecido, incluso en la muerte.

Pero él enfundó a Damaris y tomó su brazo en sus manos.

Hielo. Su piel era como hielo.

—Recuéstate —le dijo.

Ella tembló pero obedeció. Se estaba preparando. Para él.

Kaltain. Oh, dioses, Kaltain. Lo que había tenido que soportar…

Dorian liberó el cuchillo que traía, el que Sorrel le había regalado, y lo levantó sobre el brazo. Kaltain había hecho lo mismo para liberar la llave, le había dicho Manon.

Pero Dorian envió un destello de su magia sanadora a su brazo. Para adormecerlo y aliviar un poco. Ella intentó apartarse bruscamente pero él la sostuvo. Dejó que su magia la recorriera. Ella ahogó un grito, se arqueó, y Dorian aprovechó su inmovilidad repentina para clavar el cuchillo, rápida y hábilmente.

Tres movimientos, mientras su magia sanadora seguía trabajando en ella, aliviando lo mejor que podía, y la astilla sangrienta estaba en sus dedos. Pulsaba y podía sentir su poder hueco y enfermizo recorrer su cuerpo.

La última llave del Wyrd.

Dejó caer el brazo de la mujer, se metió la llave del Wyrd a su bolsillo y dio la vuelta hacia el portal.

Pero una mano se envolvió en la de él, débil y temblorosa.

Él volteó con una mano en Damaris y la vio mirándolo. Las lágrimas rodaban por su cara.

—Mátame —exhaló. Dorian parpadeó—. Tú… tú lo retiraste —le dijo. No se refería a la llave, sino al demonio en su interior. De alguna manera, con esa magia sanadora—. Mátame —repitió ella y empezó a sollozar—. Mátame, por favor.

Damaris se entibió en su mano. Era verdad. La miró horrorizado.

—No… no puedo.

Ella empezó a arañar el collar que tenía en el cuello. Como si pudiera arrancárselo.

—Por favor —sollozó—. Por favor.

No tenía tiempo. Para encontrar cómo quitarle el collar. Ni siquiera estaba seguro de que se pudiera quitar, sin ese anillo dorado que Aelin había usado con él.

—No puedo.

La desesperación y la agonía le inundaron los ojos.

—Por favor —fue lo único que dijo—. Por favor.

Damaris permanecía caliente. Era verdad. La súplica no era más que la verdad.

Pero él tenía que irse… tenía que irse ahora. No se la podía llevar. Sabía que esa cosa en su interior, por más que su magia la hiciera retroceder, volvería a emerger. Y le gritaría a Erawan para revelarle dónde estaba. Lo que había robado.

Ella lloró y se intentaba rasgar el cuerpo brutalizado con las manos.

—Por favor.

¿Sería un acto de misericordia… matarla? ¿Sería un peor crimen dejarla ahí, con Erawan? ¿Esclavizada por él y el demonio del Valg en su interior?

Damaris no respondió sus preguntas silenciosas.

Y él dejó que su mano se apartara de la espada y miró a la joven que lloraba.

Manon hubiera terminado con su sufrimiento. La hubiera liberado de la única manera que quedaba. Chaol se la hubiera llevado sin importar las consecuencias. Aelin… No sabía qué hubiera hecho Aelin.

¿Quién deseas ser?

Él no era ninguno de ellos. Él era… él sólo era él mismo.

Un hombre que conocía la pérdida y el dolor, sí. Pero un hombre que conocía la amistad y la dicha.

La pérdida y el dolor… no lo habían destrozado por completo. Sin ellos, ¿los momentos de felicidad serían tan brillantes? Si no los hubiera vivido, ¿lucharía tanto para asegurarse de no tener que volver a experimentarlos?

¿Quién deseas ser?

Un rey digno de su corona. Un rey que reconstruyera lo que había sido destruido, tanto en su interior como en sus tierras.

La chica lloraba sin parar y la mano de Dorian se movió hacia la empuñadura de Damaris.

Luego se escuchó un crujido. Hueso que se rompía.

Un momento, la chica estaba llorando. Al siguiente, su cabeza estaba torcida hacia el lado y sus ojos ya no veían.

Dorian volteó rápidamente con un grito en los labios y vio a Maeve entrar a la habitación.

—Considéralo un regalo de bodas, majestad —dijo ella con una pequeña sonrisa—. Para evitar que tuvieras que tomar esa decisión.

Y fue la sonrisa de su rostro, la manera de caminar de depredadora, lo que hizo agitarse a su magia.

Maeve asintió hacia su bolsillo.

—Bien hecho.

Su poder oscuro saltó hacia su mente.

Él ya no tuvo oportunidad de tomar a Damaris antes de quedar atrapado en la red oscura de la reina.

CAPÍTULO 78

Estaba en la recámara de Erawan pero al mismo tiempo no.

Maeve le ronroneó:

—La llave, si me haces favor.

La mano de Dorian se introdujo en su bolsillo. En la astilla que estaba dentro.

—Y luego iremos por las demás —continuó ella con un ademán hacia el portal por el cual habían entrado ambos. La siguió y empezó a sacar la astilla de su bolsillo—. Tengo tantas cosas planeadas para nosotros, majestad. Para nuestra unión. Con las llaves, podría mantenerte eternamente joven. Y con tu poder, que no tiene igual ni siquiera en Aelin Galathynius, podrás protegernos de quien sea que quisiera intentar regresar a este mundo otra vez.

Salieron a la recámara de Maeve y con un movimiento de la mano, ella cerró el portal.

—Rápido —le ordenó—. Nos iremos. El guiverno espera.

Dorian se detuvo en medio de la habitación.

—¿No crees que es grosero irse sin dejar una nota?

Maeve giró para verlo, pero fue demasiado tarde.

Demasiado tarde, porque las garras que ella había introducido en su mente se habían quedado atoradas ahí, enredadas. Una flama, incandescente y chispeante, se cerró en el pedazo de ella misma que sin querer había dejado al descubierto en su intento por atraparlo.

Una trampa dentro de una trampa. La que había formado desde el momento en que la vio. Era un truco sencillo. Transformar su mente, como si estuviera transformando su cuerpo. Hacerla ver una cosa cuando se asomara a su interior.

Hacerla ver lo que ella deseaba creer: sus celos y resentimiento contra Aelin; su desesperanza; su ingenuidad imprudente. Había permitido que su mente se convirtiera en esas cosas, había permitido que eso la dejara entrar. Y cada vez

que ella se había acercado, cuando detectaba esas fallas en su poder, su magia había estudiado la de ella. Justo como había estudiado la semilla robada de transformación de Cyrene, así aprendió sobre la habilidad de Maeve para introducirse en una mente y apoderarse de ella.

Había sido sólo cuestión de esperar a que volviera a intentarlo, dejarla poner la trampa que lo atraparía con ella para siempre.

—Tú…

Una sonrisa de él y Maeve ya no pudo hablar.

Dorian le dijo a ese abismo oscuro de su mente, Yo fui un esclavo alguna vez. No pensaste de verdad que permitiría que sucediera de nuevo, ¿o sí?

Ella se sacudió pero él la sostuvo con firmeza. Me liberarás, siseó ella y la voz no era ya la de una hermosa reina sino la de algo feroz y frío. Hambriento y odioso.

Eres tan vieja como la tierra misma pero pensaste que de verdad iba a caer en tu oferta. Rio y permitió que un tentáculo de su poder la quemara. Maeve gritó, un alarido silencioso e interminable en sus mentes. Me sorprende que tú hayas caído en mi trampa.

Te mataré por esto.

No si yo te mato antes. Su fuego se convirtió en algo viviente y se envolvió alrededor de su garganta pálida. En el mundo real, en el sitio donde existían sus cuerpos.

Lastimaste a mi amiga, le dijo él con tranquilidad letal. No será tan difícil ponerte fin por eso.

¿Éste es el tipo de rey que deseas ser? ¿Alguien que tortura a una mujer indefensa?

Él volvió a reír.

Tú no eres indefensa. Y, si pudiera, te encerraría en un ataúd de hierro para toda la eternidad. Dorian miró hacia las ventanas. Hacia la noche detrás de ellas. Tenía que irse… pronto. Pero dijo: El rey que deseo ser es lo opuesto a lo que tú eres, le sonrió a Maeve. Y sólo hay una bruja que será mi reina.

Un gemido retumbó por toda la montaña debajo de ellos. Morath se sacudió.

Los ojos de Maeve se abrieron como platos.

Un tronido más fuerte que un relámpago hizo eco por las rocas. La torre se estremeció.

Dorian esbozó una sonrisa. No pensabas que había pasado todas esas horas

sólo buscando, ¿o sí?

No permitiría que existiera ni un día más… esa habitación con los collares. Ni un sólo día más.

Así que había derrumbado toda la maldita fortaleza sobre ella.

No había sido tan difícil. Pequeños trozos de magia, del hielo más frío, que se metieron entre las cuarteaduras de los cimientos de Morath. Carcomieron la roca antigua. Poco a poco, una red de inestabilidad iba creciendo en cada salón y habitación donde buscaba. Hasta que todo el lado este de la fortaleza estaba sostenido sólo por su voluntad.

Hasta ahora. Hasta que con un simple pensamiento hizo que su magia se expandiera por esas cuarteaduras forzándolas un poco.

Y Morath empezó a derrumbarse.

Le sonrió a Maeve y salió. Salió de su mente pero la sostuvo con firmeza.

La torre volvió a sacudirse. Maeve respiraba con dificultad. No puedes dejarme así. Me va a encontrar, me va a tomar…

¿Así como tú me hubieras tomado a mí?

Dorian se convirtió en un cuervo y voló en el aire de la habitación.

Morath volvió a gemir y sobre la fortaleza se elevó un aullido de rabia, tan penetrante y sobrenatural que sus huesos se estremecieron.

Dile a Erawan, dijo Dorian al detenerse en el alféizar, que lo hice por Adarlan.

Por Sorscha y Kaltain y todos los que fueron destrozados. Así como Adarlan mismo había sido destrozado.

Pero de los escombros, podría volverse a construir. Si no lo hacía él, lo harían otros.

Tal vez ése sería su primer y único regalo a Adarlan como su rey: una página en blanco, si es que sobrevivían a esta guerra.

Los gritos llenaron los pasillos. Dorian había marcado los lugares donde trabajaban los sirvientes humanos, donde vivían. Se darían cuenta, al huir, de que sus pasillos permanecían estables, hasta que saliera el último de ellos de ahí.

Por favor, suplicó Maeve y cayó de rodillas cuando la torre volvió a estremecerse. Por favor.

Debería permitirle a Erawan encontrarla. Condenarla a la vida que ella tenía planeada para él. Para Aelin.

Maeve se inclinó sobre sus rodillas, su mente y su poder estaban contenidos. Esperando en desesperación al rey oscuro del que había intentado con tanto esfuerzo escapar. O a que la fortaleza que vibraba a su alrededor se colapsara.

Sabía que se arrepentiría. Sabía que debería matarla. Pero condenarla a lo que él había soportado…

Eso no se lo desearía a nadie. Aunque les costara esta guerra.

No pensaba que eso lo volviera débil. Para nada.

Del otro lado de la ventana, las Dientes de Hierro volaban hacia los cielos. Los guivernos aullaban y las rocas de Morath empezaban a ceder. En el valle abajo, el ejército dejó de hacer lo que hacía para mirar hacia la montaña que se elevaba sobre ellos. La torre construida sobre ella y que temblaba.

Por favor, repitió Maeve. Varios niveles abajo, otro grito de rabia brotó de Erawan… más cerca ya.

Así que Dorian voló hacia la noche caótica.

El grito silencioso de desesperación de Maeve lo siguió. Todo el camino hasta los picos que veían hacia Morath y esa saliente rocosa, debajo de la cual estaban enterradas las otras dos llaves del Wyrd.

Apenas podía recordar su propio nombre cuando las metió en su otro bolsillo. Las tres llaves del Wyrd estaban con él.

Luego buscó la mente que seguía atada a la suya.

Fue simple, como una incisión. Cortar ese vínculo entre sus mentes… y cortar otra parte de ella.

Quitarle ese don que le permitía saltar entre lugares. Abrir esos portales.

Ya no serás una viajera entre mundos, dijo y su magia cruda transformó la de ella. Cambió su misma esencia. Te sugiero que inviertas en un buen par de zapatos.

Y luego dejó ir la mente de Maeve.

Un grito odioso e interminable fue la única respuesta.

Dorian volvió a transformarse y se convirtió en un guiverno grande y feroz. Un miembro de la manada que volaba al norte para llevar provisiones a la legión aérea.

Un rey… podría ser un rey para Adarlan en estos últimos días que le quedaban. Borrar la mancha y la podredumbre de lo que se había convertido. Para que pudiera empezar de nuevo. Para que se convirtiera en lo que

deseaba ser.

Dorian aprovechó un viento veloz y voló rápida y directamente hacia su destino.

Y cuando vio detrás de él, hacia la montaña y el valle que apestaban a muerte, hacia el sitio donde habían empezado tantas cosas terribles, Dorian sonrió y derribó las torres de Morath.

CAPÍTULO 79

Yrene odió el Abismo Ferian. Odió el aire concentrado entre los dos enormes picos, odió los huesos y los desechos de guiverno que ensuciaban el suelo rocoso, odió la peste que emanaba de cualquier agujero en las montañas.

Al menos estaba vacío. Aunque aún no decidían si eso sería una bendición o no.

Los dos ejércitos ahora llenaban el Abismo. Los soldados de Hasar ya se estaban preparando para cruzar de nuevo el Avery y dirigirse al bosque de Oakwald. Ese trecho tomaría mucho tiempo, incluso con los rukhin que iban cargando las carretas y las provisiones más pesadas. Y luego el trayecto al norte por el bosque, por el camino antiguo que avanzaba a lo largo del afluente norte del Avery.

—Pásame ese cuchillo de allá —le dijo Yrene a lady Elide y señaló con la barbilla hacia su botiquín. Sobre una manta en el piso de la carreta cubierta, un soldado darghan estaba inconsciente. El sudor frío le formaba gotas en la frente. No había visto a una sanadora para que atendiera una herida en el muslo que había recibido en la batalla de Anielle y, cuando esa mañana cayó de su caballo, se lo habían llevado a ella.

Las manos de Elide permanecían firmes al tomar el cuchillo delgado para pasárselo a Yrene.

—¿Lo va a despertar? —preguntó cuando Yrene se inclinó sobre el guerrero inconsciente y examinó la herida infectada que era tan horrible como para hacer vomitar a cualquiera.

—Mi magia lo tiene en un sueño profundo —dijo Yrene y preparó el cuchillo—. Permanecerá dormido hasta que yo lo despierte.

Elide, había que reconocerlo, no vomitó cuando Yrene empezó a limpiar la herida, raspando las partes muertas e infectadas.

—No hay señal de que su sangre esté envenenada, gracias a los dioses —anunció Yrene mientras el trapo al lado del hombre iba cubriéndose de podredumbre—. Pero necesitaremos darle una poción especial para asegurarse.

—¿Tu magia no puede simplemente limpiarlo todo? —preguntó Elide y lanzó

el trapo sucio al balde de la basura antes de poner otro.

—Sí puede y sí lo haré —respondió Yrene luchando por no vomitar al sentir el olor de la herida asentarse en sus fosas nasales— pero tal vez no sea suficiente si la infección realmente desea presentarse.

—Hablas de las enfermedades como si fueran seres vivientes.

—Lo son, de cierta manera —dijo Yrene—. Con sus propios secretos y temperamentos. A veces hay que ser más inteligentes que ellas, como lo serías con cualquier otro enemigo.

Yrene tomó la linterna con espejos que estaba al lado de la cama y la ajustó para que un rayo de luz brillara sobre la cortada infectada. Cuando la luz reveló que ya no había más señales de piel podrida, dejó a un lado la linterna y el cuchillo.

—No estaba tan mal como me lo temía —admitió y extendió las manos sobre la herida sangrienta.

La calidez y la luz se elevaron por su cuerpo, como un recuerdo del verano en este pasaje montañoso helado, y cuando sus manos brillaron, la magia de Yrene la guio hacia el interior del cuerpo del hombre. Fluyó por la sangre y los tendones y los huesos, cosiendo y remendando, escuchando los dolores y la fiebre que estaba muy alta. Aliviándolos, calmándolos. Limpiándolos.

Estaba jadeando al terminar pero la respiración del hombre se oía más tranquila. El sudor en su frente se había secado.

—Sorprendente —susurró Elide con la boca abierta al ver la pierna cerrada del guerrero.

Yrene sólo volteó la cabeza y vomitó en el balde de la basura.

Elide se paró de un salto.

Pero Yrene sólo levantó una mano y se limpió la boca con la otra.

—Por muy dichosa que me sienta de saber que pronto seré madre, las realidades de los primeros meses son… no tan dichosas.

Elide cojeó hacia la jarra de agua y le sirvió una taza.

—Toma. ¿Puedo traerte algo? ¿Puedes… puedes sanar tu propia enfermedad o necesitas que alguien más lo haga?

Yrene dio sorbos pequeños al agua y dejó que le lavara la bilis amarga.

—El vómito es una señal de que las cosas están progresando con el bebé — una mano se fue a su abdomen—. No es algo que en realidad se pueda curar, no a menos que tuviera una sanadora a mi lado día y noche, aliviando la

náusea.

—¿Te sientes tan mal? —dijo Elide con el ceño fruncido.

—Es mal momento, lo sé —dijo Yrene con un suspiro—. Las mejores opciones son jengibre… cualquier cosa con jengibre. Y prefiero guardarlo para los estómagos indispuestos de nuestros soldados. La menta también puede ayudar —hizo un ademán hacia su bolso—. Tengo unas hojas secas ahí adentro. Sólo pon unas cuantas en una taza con el agua caliente y estaré bien.

Detrás de ellas había un pequeño brasero con una tetera humeante que usaban más para desinfectar instrumental que para hacer té.

Elide se movió al instante e Yrene la miró en silencio mientras preparaba el té.

—Puedo sanar tu pierna, ¿sabes?

Elide se quedó inmóvil, con la mano extendida hacia la tetera.

—¿De verdad?

Yrene esperó a que la lady le diera la taza de té de menta y asintió hacia las botas de la lady.

—¿Puedo ver la lesión?

Elide titubeó, pero se sentó en el taburete al lado de Yrene y se quitó la bota y luego la calceta.

Yrene miró las cicatrices, el hueso torcido. Elide le había contado hacía unos días cómo se había hecho esa lesión.

—Tienes suerte de que no se haya infectado —dijo Yrene y dio un sorbo a su té, sintió que seguía demasiado caliente, y lo puso a un lado. Luego dio unas palmadas en su regazo. Elide obedeció y puso su pie sobre el muslo de Yrene. Con cuidado, Yrene tocó las cicatrices y los huesos destrozados. Su magia hizo lo mismo.

La brutalidad de la lesión fue suficiente para robarle el aliento a Yrene. Y para hacerla apretar los dientes porque sabía lo joven que había sido Elide, lo insoportablemente doloroso que había sido; sabía que su propio tío le había hecho eso.

—¿Qué pasa? —exhaló Elide.

—Nada… digo, aparte de lo que ya sabes.

Tanta crueldad. Tanta crueldad terrible e imperdonable.

Yrene recogió su magia pero mantuvo las manos en el tobillo de Elide.

—Esta lesión nos tomaría varias semanas de trabajo para repararla, y con nuestras circunstancias actuales, no creo que ninguna de las dos podamos hacerlo —Elide asintió—. Pero, si sobrevivimos a esta guerra, puedo ayudarte, si lo deseas.

—¿Qué implicaría?

—Hay dos posibilidades —dijo Yrene y dejó que un poco de su magia penetrara en la pierna de Elide, que aliviara los músculos adoloridos, los sitios donde el hueso chocaba contra el hueso sin que nada lo amortiguara. La lady suspiró—. La primera es la más difícil. Necesitaría reestructurar por completo tu pie y tu tobillo. Lo cual significa que tendría que romper el hueso, sacar las partes que sanaron o que se fusionaron incorrectamente, y luego hacer que volvieran a crecer. No podrías caminar mientras lo estuviéramos haciendo e incluso con la ayuda que te pudiera dar para el dolor, la recuperación sería agonizante —ésa era la verdad—. Necesitaría tres semanas para separar los huesos y volverlos a acomodar, pero necesitarías al menos un mes de reposo y volver a aprender a caminar con ese pie.

El rostro de Elide se había puesto pálido.

—¿Y la otra opción?

—La otra opción sería no sanar el pie, sino darte un ungüento, como el que dices que te dio Lorcan, para ayudarte con los dolores. Pero debo advertirte: el dolor nunca va a desaparecer. Con la manera como chocan tus huesos aquí —tocó suavemente el punto en el pie de Elide, luego un punto cerca de sus dedos—, la artritis ya está empezando. Conforme los huesos sigan chocando, la artritis, ese dolor que sientes al caminar, sólo irá empeorando. Podría llegar el momento en unos años, tal vez cinco, tal vez diez, es difícil saberlo, cuando el dolor sea tal que ningún ungüento te podría ayudar.

—Entonces necesitaría el otro procedimiento de todas maneras.

—Es tu decisión si quieres hacerlo. Yo sólo quiero que tengas una mejor idea del panorama —le sonrió a la lady—. Tú debes decidir cómo eliges enfrentarlo.

Yrene le dio unas palmadas al pie de Elide y la lady lo volvió a bajar al piso. Luego se volvió a poner la calceta y la bota. Con movimientos sencillos y eficientes.

Yrene dio un sorbo a su té, que ya se había entibiado lo suficiente. La energía fresca de la menta la recorrió, le despejó la mente y le calmó el estómago.

Elide dijo:

—No sé si pueda enfrentar ese dolor otra vez.

Yrene asintió.

—Con ese tipo de lesión, necesitaríamos también enfrentar muchas cosas en tu interior —sonrió hacia la entrada de la carreta—. Mi esposo y yo acabamos de hacer un recorrido similar juntos.

—¿Fue difícil?

—Increíblemente. Pero lo logró. Lo logramos.

Elide lo consideró y luego se encogió de hombros.

—Primero tendríamos que sobrevivir a esta guerra, supongo. Si vivimos… entonces lo volveremos a hablar.

—Me parece bien.

Elide frunció el ceño hacia el techo de la carreta.

—Me pregunto qué averiguarían allá arriba.

En la Omega y el Colmillo del Norte, donde Chaol y los otros estaban ahora reunidos con los criadores y entrenadores que se habían quedado.

Yrene no quería saber más de eso y Chaol no le había dicho nada sobre cómo planeaban extraer la información de los hombres.

—Espero que algo que haga que valga la pena nuestra estancia en este lugar horrendo —murmuró Yrene y luego se terminó el resto de su té. Mientras más pronto se fueran de ahí, mejor.

Era como si los dioses se estuvieran riendo de ella… de ellas. Un golpe en las puertas de la carreta hizo que Elide cojeara hacia ellas y al abrirlas apareció Borte. Su rostro estaba extrañamente solemne.

Yrene se preparó para lo que le diría, pero la jinete de ruk se dirigió a Elide.

—Debes venir conmigo —dijo Borte sin aliento. Detrás de la joven esperaba Arcas. Un gorrión estaba parado en la silla de montar. Falkan Ennar. No era un acompañante, se dio cuenta Yrene, sino un guardia adicional.

Elide preguntó:

—¿Qué pasa?

Borte se reacomodó, con impaciencia o nervios, Yrene no podía definirlo.

—Encontraron a alguien en la montaña. Quieren que subas para decidir qué hacer con él.

Elide se quedó inmóvil. Completamente inmóvil

Yrene preguntó:

—¿Quién?

Borte apretó los labios.

—Su tío.

Elide se preguntó si los rukhin le rehuirían para siempre si vomitaba en Arcas. Durante todo el vuelo rápido y casi vertical hacia el puente que unía la Omega y el Colmillo del Norte, apenas consiguió no vaciar todo el contenido de su estómago sobre las plumas del ave.

—Lo encontraron oculto en el Colmillo del Norte —le había dicho Borte mientras ayudaba a Elide a subirse a la silla. Falkan ya iba volando hacia arriba por la cara vertical del pasaje—. Estaba fingiendo ser un entrenador de guivernos. Pero otro de los entrenadores lo delató. La reina Aelin pidió que te llamaran en cuanto lo aseguraron. A tu tío, no al entrenador, digo.

Elide no había podido responder. Sólo asintió.

Vernon estaba aquí. En el Abismo. No en Morath con su amo, sino aquí.

Gavriel y Fenrys estaban esperando cuando Arcas aterrizó en la enorme entrada al Colmillo del Norte. La roca tallada rústicamente se veía como unas enormes fauces abiertas. El olor de lo que había en el interior le volvió a revolver el estómago. Como carne podrida y algo peor. Valg, sin duda, pero también el olor de odio y crueldad y corredores angostos y sin ventilación.

Los dos hombres hada empezaron a caminar a su lado en silencio cuando entraron. No había señal de Lorcan ni de Aelin. Ni de su tío.

Los hombres yacían muertos en algunos de los pasillos poco alumbrados por los que Fenrys y Gavriel la llevaron. Los habían matado los rukhin cuando llegaron. Ninguno tenía sangre negra, pero de todas maneras apestaban. Como si este lugar les hubiera infectado el alma.

—Están acá —dijo Gavriel en voz baja, con suavidad.

A Elide le empezaron a temblar las manos y Fenrys le puso una mano sobre el hombro.

—Está bien sujeto.

Ella sabía que no se refería sólo a cuerdas o cadenas. Probablemente con fuego y hielo y tal vez incluso con el propio poder oscuro de Lorcan.

Pero eso no evitó que siguiera temblando, no evitó que se volviera pequeña y frágil cuando doblaron una esquina y vieron a Aelin, Rowan y Lorcan parados frente a una puerta cerrada. Más adelante en el pasillo estaban esperando Nesryn y Sartaq, junto con lord Chaol. Dejándolos decidir qué hacer.

Dejando que Elide decidiera.

El rostro serio de Lorcan estaba congelado de rabia. Sus ojos sin fondo parecían estanques helados de noche pura. Dijo en voz baja:

—No tienes que entrar ahí.

—Te pedimos que vinieras —dijo Aelin que tenía también una expresión de ira contenida— para que pudieras decidir qué quieres que hagamos con él. Si deseas hablar con él antes de que lo hagamos nosotros.

Una mirada a los cuchillos que colgaban en los cinturones de Rowan y Lorcan, la manera en que se cerraban los dedos de la reina, y Elide supo a qué tipo de plática se referían.

—¿Se refieren a torturarlo para que les dé información?

No se atrevió a ver a Aelin a los ojos.

—Antes de que reciba lo que merece —gruñó Lorcan.

Elide miró al hombre que amaba y a la reina a quien servía. Y su cojeo nunca se sintió tan pronunciado, tan obvio, al dar un paso para acercarse.

—¿Por qué está aquí?

—Todavía no nos lo revela —respondió Rowan—. Y aunque no hemos confirmado que tú estás aquí, lo sospecha —miró a Lorcan—. Es tu decisión, lady.

—¿Lo matarán de todas maneras?

Lorcan preguntó:

—¿Quieres que lo hagamos?

Hacía meses, le había dicho que lo hiciera. Y Lorcan había accedido. Eso había sido antes de que Vernon y los ilken fueran a abducirla, justo antes de la noche en que estuvo dispuesta a aceptar la muerte en vez de ir con él a Morath.

Elide miró a su interior. Los demás tuvieron la cortesía de guardar silencio.

—Me gustaría hablar con él antes de que decidamos su destino.

Una inclinación de la cabeza de Lorcan fue su única respuesta antes de abrir la puerta que estaba a sus espaldas.

Las antorchas parpadearon. El espacio en el interior estaba vacío salvo por una mesa de trabajo recargada contra la pared.

Y su tío, atado con cadenas gruesas, sentado en una silla de madera.

Su ropa estaba desgastada, su cabello descuidado, como si se hubiera resistido cuando lo ataron. Tenía sangre en una de las fosas nasales y la nariz hinchada.

Rota.

Un vistazo a su derecha confirmó que había sangre en los nudillos de Lorcan.

Vernon se enderezó cuando Elide se paró a un par de metros de distancia. La puerta se cerró. Lorcan y Aelin estaban a unos pasos detrás de ella. Los demás estaban en el pasillo.

—Qué poderosos acompañantes tienes estos días, Elide —dijo Vernon.

Esa voz. Incluso con la nariz rota, esa voz horrible y sedosa la hizo sentir garras en la piel.

Pero Elide mantuvo la frente en alto. Mantuvo la mirada en su tío.

—¿Por qué estás aquí?

—¿Primero me echan encima al bruto —dijo Vernon con lentitud y un movimiento de cabeza en dirección a Lorcan—, y luego traen a la niña de cara dulce para que me saque las respuestas? —una sonrisa a Aelin—. ¿Ésta es tu técnica, majestad?

Aelin se recargó en la pared de piedra y metió las manos en sus bolsillos. Su rostro no tenía nada de humano. Aunque Elide vio cómo sus manos, incluso dentro de la tela, se movían.

Encadenado y con grilletes. Golpeado.

Apenas hacía unas semanas, la reina era la que estaba en el lugar de Vernon. Y ahora parecía estarse obligando a estar aquí por pura fuerza de voluntad. Estaba aquí, lista para sacarle la información a Vernon, por Elide.

Eso le dio suficiente fuerza a Elide para decirle a su tío:

—Tienes las respiraciones contadas. Te sugeriría que las usaras sabiamente.

—Despiadada —dijo Vernon con una sonrisa burlona—. La sangre de bruja en tus venas sí se manifestó, después de todo.

No podía soportarlo. Estar en la misma habitación que él. Respirar el mismo aire que el hombre que había sonreído cuando ejecutaron a su padre, que había sonreído mientras la mantuvo encerrada en esa torre durante diez años. Que había sonreído al tocar a Kaltain, o probablemente algo peor, y luego cuando intentó venderle a Elide a Erawan para que la usara en sus experimentos de crianza.

—¿Por qué? —preguntó.

Era la única pregunta que se le ocurría. La única que en realidad importaba.

—¿Por qué hacer lo que hiciste?

—Dado que mis respiraciones están contadas —dijo Vernon—, supongo que no importa si te digo —una pequeña sonrisa movió sus labios—. Porque podía —dijo su tío. Lorcan gruñó—. Porque mi hermano, tu padre, era un bruto insufrible, cuya única cualidad para gobernar fue el orden de nuestro nacimiento. Un guerrero bruto —escupió Vernon y le sonrió burlonamente a Lorcan. Luego a Elide—. Parece ser que tú heredaste la preferencia de tu madre también —negó con la cabeza e hizo un gesto despreciable—. Es una lástima. Ella era una belleza rara, ¿sabes? Es una lástima que la mataran defendiendo a su majestad —el calor recorrió la habitación pero el rostro de Aelin permaneció inexpresivo—. Podría haber encontrado un sitio para ella en Perranth si no…

—Suficiente —dijo Elide con suavidad pero no con debilidad. Dio otro paso hacia él—. Entonces, estabas celoso. De mi padre. Celoso de su fortaleza, de su talento. De su esposa —Vernon abrió la boca pero Elide levantó la mano—. No he terminado.

Vernon parpadeó.

Elide mantuvo su respiración tranquila y los hombros hacia atrás.

—No me importa por qué estás aquí. No me importa lo que planeen hacer contigo. Pero quiero que sepas que después de salir de esta habitación, no volveré a pensar en ti. Tu nombre será borrado de Perranth, de Terrasen, de Adarlan. No habrá siquiera un susurro con tu nombre jamás, ni ningún recordatorio. Serás olvidado.

Vernon palideció… ligeramente. Luego sonrió.

—¿Borrado de Perranth? Lo dices como si no lo supieras, lady Elide —se inclinó al frente lo más que le permitieron las cadenas—. Perranth está en manos de Morath. Tu ciudad ha sido saqueada.

Las palabras la recorrieron como un golpe e incluso Lorcan inhaló por la sorpresa.

Vernon se recargó en el respaldo de nuevo, orgulloso como gato.

—Adelante, bórrame. Con todo en ruinas, no será difícil de hacer.

Perranth había sido capturado por Morath. Elide no necesitó voltear para saber que los ojos de Aelin casi brillaban. Terrible… esto era mucho peor de lo que habían anticipado. Tenían que avanzar rápidamente. Llegar al norte lo antes posible.

Así que Elide se dio la vuelta hacia la puerta. Lorcan se adelantó para abrírsela.

—¿Eso es todo? —exigió saber Vernon.

Elide se detuvo. Dio la vuelta lentamente.

—¿Qué más tendría que decirte?

—No me pediste detalles —otra sonrisa de serpiente—. Todavía no has aprendido a jugar el juego, Elide.

Elide le sonrió de vuelta.

—No hay nada más que me interese escuchar de ti —miró a Lorcan y a Aelin, a sus compañeros que estaban en el pasillo—. Pero ellos sí tienen más preguntas.

El rostro de Vernon se puso del color de la leche podrida.

—¿Me vas a dejar en sus manos, completamente indefenso?

—Yo estuve indefensa cuando tú no permitiste que nadie sanara mi pierna —dijo con una tranquilidad que se asentó en su cuerpo—. Entonces yo era una niña, y sobreviví. Tú eres un hombre adulto —permitió que sus labios se curvaran para formar una sonrisa—. Ya veremos si tú también lo logras.

No intentó ocultar su cojeo al salir. Al ver de reojo a Lorcan y el destello de orgullo que surgió en su mirada.

Ni un susurro… ni un solo susurro de aquella voz que la había guiado. No por miedo, sino… Tal vez no necesitaba a Anneith, Señora de las Cosas Sabias. Tal vez la diosa sabía que no la necesitaba.

Ya no.

Aelin sabía que bastaba con que dijera una palabra y Lorcan le arrancaría la garganta a Vernon. O tal vez empezaría rompiendo huesos.

O lo desollaría vivo, como había hecho Rowan con Cairn.

Siguió a Elide que iba todavía con la cabeza en alto. Aelin se obligó a hacer que su respiración se mantuviera tranquila. A prepararse para lo que estaba por venir. Podía hacerlo. Podía superar el temblor de sus manos, el sudor frío en su espalda. Para averiguar lo que tenían que saber, podría encontrar la manera de soportar la siguiente tarea.

Elide se detuvo en el pasillo. Gavriel, Rowan y Fenrys se acercaron un paso. No había ya señal de Nesryn, Chaol o Sartaq, aunque un grito probablemente los traería de vuelta a esta madriguera putrefacta.

Dioses, el hedor de este lugar. La sensación.

A lo largo de la última hora, había estado considerando si valdría la pena por su salud mental y su estómago transformarse a su forma humana, al sentido del olfato menos desarrollado que eso le ofrecía.

Elide le dijo a nadie en particular:

—No me importa lo que hagan con él.

—¿Te importa si sale vivo? —le preguntó Lorcan con ecuanimidad mortífera.

Elide estudió al hombre que la amaba.

—No —Bien, pensó Aelin. Elide agregó—: Pero que sea rápido —Lorcan abrió la boca. Elide negó con la cabeza—. Mi padre así lo querría.

Castígalos a todos, le había pedido alguna vez Kaltain a Aelin que le prometiera. Y Vernon, por lo que Elide le había dicho a Aelin, parecía ser de los que estaban al principio de la lista de Kaltain.

—Necesitamos interrogarlo primero —dijo Rowan—. Averiguar qué sabe.

—Entonces háganlo —dijo Elide—. Pero, cuando llegue el momento, que sea rápido.

—Rápido —dijo Fenrys—, ¿pero no indoloro?

El rostro de Elide reflejó frialdad, firmeza.

—Lo que ustedes decidan.

La sonrisa brutal de Lorcan le dijo a Aelin suficiente. Al igual que el hacha, gemela de la de Rowan, que brilló a su lado.

Ella sintió que las palmas de sus manos empezaban a sudar. Habían estado sudando desde que ataron a Vernon, desde que vio las cadenas de hierro.

Aelin buscó su magia. No la flama rugiente, sino la gota fresca de agua. Escuchó su canto silencioso, le permitió que la cubriera. Y, luego, supo lo que deseaba hacer.

Lorcan dio un paso hacia la habitación, pero Aelin le bloqueó el camino. Dijo:

—La tortura no le sacará nada.

Incluso Elide parpadeó al escucharla.

Aelin dijo:

—A Vernon le gusta jugar. Jugaremos entonces.

Rowan cerró los ojos. Como si pudiera oler el sudor en sus manos, como si supiera que hacerlo a la antigua… la iba a hacer vomitar por la orilla del Colmillo del Norte.

—Nunca subestimes el poder de romper algunos huesos —dijo Lorcan.

—Veamos qué puedes sacarle —le dijo Rowan. Lorcan volteó, abrió la boca, pero Rowan gruñó—: Podemos decidir, aquí y ahora, qué queremos ser como corte. ¿Actuaremos como nuestros enemigos? ¿O encontraremos otras maneras de hacerlos cooperar?

Su pareja la vio a los ojos y ahí brillaba la comprensión.

Lorcan parecía seguir dispuesto a querer discutir.

Sobre el dolor fantasma de las cadenas en sus muñecas, el peso de la máscara sobre su cara, Aelin dijo:

—Lo haremos a mi manera primero. De todas formas lo podrás matar, pero lo intentaremos a mi manera primero.

Lorcan ya no protestó. Aelin dijo entonces:

—Necesitamos un poco de cerveza.

Aelin deslizó el tarro de cerveza fría por la mesa donde ahora estaba sentado Vernon. Sus cadenas habían sido aflojadas para que pudiera usar las manos.

Un movimiento en falso y ella lo derretiría con su fuego.

Sólo el León y Fenrys se quedaron en la habitación, junto a las puertas.

Rowan y Lorcan gruñeron cuando les dio la orden de quedarse en el pasillo, pero Aelin dijo que ellos sólo estorbarían a sus esfuerzos con Vernon.

Aelin dio un trago a su propio tarro.

—Es un día extraño, cuando debes alabar el buen gusto de tu enemigo en la cerveza.

Vernon frunció el ceño al tarro.

—No está envenenado —dijo Aelin—. Eso iría en contra de mi propósito.

Vernon dio un pequeño trago.

—Supongo que piensas que si me llenas de cerveza y me hablas como si fuéramos grandes amigos, eso hará que te diga lo que quieres saber.

—¿Prefieres la alternativa? —sonrió un poco—. Yo ciertamente no.

—Los métodos podrían ser diferentes, pero el resultado final será el mismo.

—Dime algo interesante, Vernon, y tal vez eso cambie.

Él la recorrió con la mirada.

—Si hubiera sabido que te ibas a convertir en esta reina, tal vez no me habría molestado en arrodillarme ante Adarlan —una sonrisa maliciosa—. Tan distinta a tus padres. ¿Tu padre alguna vez torturó a alguien?

Aelin no hizo caso a la provocación y dio un trago. Hizo un buche con la cerveza en su boca, como si pudiera lavarse la mancha de este lugar.

—Tú intentaste sin éxito quedarte con el poder. Primero, robándoselo a Elide, luego intentando venderle a Elide a Erawan. Morath saqueó Perranth y sin duda marcha hacia Orynth, pero tú estás aquí. Escondido —dio otro trago—. Una podría pensar que Erawan tiene un nuevo favorito.

—Tal vez me envió aquí por una razón, majestad.

Su magia ya lo había explorado. Para asegurarse que no tuviera un corazón de hierro o que la piedra del Wyrd no latiera en su pecho.

—Yo creo que te echaron —dijo ella, se recargó en el respaldo de la silla y cruzó los brazos—. Creo que ya dejaste de ser útil, en especial porque fracasaste en tu intento de recapturar a Elide, y Erawan no se sentía con ganas de deshacerse por completo de un lacayo pero tampoco quería ver tu carota por ahí. Así que aquí estás —movió la mano por la habitación, hacia la montaña sobre ellos—. El hermoso Abismo Ferian.

—Es hermoso en la primavera —dijo Vernon.

Aelin sonrió.

—De nuevo, dime algo interesante y tal vez vivas para verlo.

—¿Lo juras? ¿Por tu trono? ¿Que no me matarás? —una mirada hacia Fenrys y Gavriel, impasibles detrás de ella—. ¿Ni ninguno de tus compañeros?

Aelin resopló divertida.

—Esperaba que resistieras más antes de revelar tu mano —se terminó el resto de la cerveza—. Pero sí. Juro que ni yo ni mis compañeros te mataremos si nos dices lo que sabes.

Fenrys se sobresaltó. Todo lo que Vernon necesitaba para saber que ella lo decía en serio, que no lo habían planeado.

Vernon le dio un trago grande a su cerveza. Luego dijo:

—Maeve fue a Morath.

Aelin agradeció estar sentada. Mantuvo la expresión aburrida, insulsa.

—¿Para ver a Erawan?

—Para unirse a él.

CAPÍTULO 80

La habitación giraba un poco. Ni siquiera la gota de magia de su madre podía tranquilizarla.

Peor. Peor que cualquier cosa que Aelin hubiera imaginado escuchar de los labios de Vernon.

—¿Maeve trajo a su ejército? —su voz desenfadada y tranquila sonaba muy muy lejos.

—No trajo a nadie, sólo ella.

—¿Ningún ejército… nada?

Vernon volvió a beber.

—Nada que yo viera antes de que Erawan me mandara para acá a medianoche sobre un guiverno. Dijo que le había hecho demasiadas preguntas y que me convenía más estar acá.

Erawan o Maeve debían saberlo. De alguna manera. Que ellos llegarían aquí. Y plantaron a Vernon en su camino. Para que les dijera esto.

—¿Ella dijo dónde estaba su ejército?

Que no fuera Terrasen… si ya se habían adelantado a Terrasen…

—No dijo, pero yo supuse que sus fuerzas estarían cerca de la costa, para esperar órdenes de hacia dónde dirigirse.

Aelin intentó controlar su náusea que iba en aumento.

—¿Supiste qué era lo que Maeve y Erawan planeaban hacer?

—Enfrentarte, me imagino.

Ella se obligó a recargarse otra vez en el respaldo, con aspecto aburrido, desinteresado.

—¿Sabes dónde guarda Erawan la tercera llave del Wyrd?

—¿Qué es eso?

La pregunta no era para confundirla.

—Una astilla de roca negra… como la que tenía en el brazo Kaltain Rompier.

Vernon cerró los ojos.

—Ella también tenía un don de fuego, ¿sabes? Me estremezco al pensar qué podría haber sucedido si Erawan hubiera puesto esa piedra en tu brazo.

Ella no le hizo caso.

—¿Y bien?

Vernon se terminó su cerveza.

—No sé si tiene otra aparte de lo que estaba en el brazo de Kaltain.

—Sí la tenía. La tiene.

—Entonces yo no sé dónde está, ¿o sí? Sólo sabía de la que robó mi astuta sobrinita.

Aelin se esforzó para no apretar los dientes. Maeve y Erawan… unidos. Y ni una palabra sobre dónde estaban Dorian y Manon con las otras dos llaves.

Intentó no fijarse en las paredes que parecían irse acercando más y más a ella, en el sudor frío que empezaba a deslizarse por su espalda.

—¿Por qué se alió Maeve con Erawan?

—Yo no supe sobre esa discusión. Me enviaron acá muy pronto —un destello de molestia—. Pero Maeve de alguna manera tiene… influencia sobre Erawan.

—¿Qué pasó con las Dientes de Hierro que estaban aquí en el Abismo?

—Fueron llamadas al norte. A Terrasen. Recibieron órdenes de unirse a la legión que ya va en camino después de derrotar al ejército en la frontera y luego en Perranth.

Oh, dioses. Aelin necesitó de todo su entrenamiento para poder pensar a pesar del rugido en su cabeza.

—Cien mil soldados marchan hacia Orynth —dijo Vernon riendo—. ¿Tu fuego será suficiente para detenerlos?

Aelin puso una mano en la empuñadura de Goldryn y sintió latir su corazón desbocado.

—¿Qué tan lejos están de la ciudad?

Vernon se encogió de hombros.

—Ya estaban a pocos días cuando la legión de Dientes de Hierro se fue de aquí.

Aelin calculó la distancia, el terreno, el tamaño de su propio ejército. Estaban, en el mejor de los casos, a dos semanas de distancia. Eso si el clima no intervenía. Dos semanas para cruzar el bosque denso y el territorio enemigo.

Nunca llegarían a tiempo.

—¿Maeve y Erawan irán con ellos?

—Supongo que sí. No con el grupo inicial, por razones que no se me comunicaron, pero irán a Orynth. Y te enfrentarán allá.

Se le secó la boca. Aelin se puso de pie.

Vernon frunció el ceño.

—¿No quieres preguntar si conozco alguna debilidad de Erawan, o si hay alguna sorpresa para ti?

—Ya tengo todo lo que necesito saber.

Movió la barbilla hacia Fenrys y Gavriel y el primero se apartó de la pared para abrir la puerta. El segundo, sin embargo, empezó a apretar las cadenas de Vernon otra vez. Lo ató a los brazos de la silla.

—¿No me vas a quitar las cadenas? —exigió saber Vernon—. Te dije lo que querías.

Aelin dio un paso hacia el pasillo y notó la furia del rostro de Lorcan. Él había escuchado todas las palabras, incluido el juramento de no permitirles matar a Vernon.

Aelin miró a Vernon por encima del hombro con una sonrisa torcida.

—No dije nada sobre quitarte las cadenas.

Vernon se quedó inmóvil.

Aelin se encogió de hombros.

—Yo dije que ninguno de nosotros te mataría. No es nuestra culpa si no puedes escapar de esas cadenas, ¿o sí?

La sangre se escapó del rostro de Vernon.

Aelin dijo en voz baja.

—Tú encadenaste y encerraste a mi amiga en una torre durante diez años. Veamos qué tanto te gusta a ti la experiencia —permitió que su sonrisa fuera feroz—. Aunque, después de que nos encarguemos de los entrenadores, no creo que nadie se quede aquí para alimentarte. Ni para traerte agua. O siquiera para escuchar tus gritos. Así que dudo que llegues a los diez años antes de que la muerte te reclame. Pero ¿dos días? ¿Tres? Eso creo que lo puedo aceptar.

—Por favor —dijo Vernon cuando Gavriel extendió la mano hacia la perilla de la puerta, para dejarlo encerrado.

—Marion me salvó la vida —dijo Aelin y miró al hombre a los ojos—. Y tú le serviste alegremente al hombre que la mató. Tal vez incluso le dijiste al rey de Adarlan dónde encontrarnos. A todos.

—¡Por favor! —aulló Vernon.

—Deberías haber conservado ese tarro de cerveza —fue todo lo que Aelin dijo antes de asentir dirigiéndose a Gavriel.

Vernon empezó a gritar cuando se cerró la puerta. Y Aelin hizo girar la llave.

El silencio llenó el pasillo.

Aelin miró los ojos muy abiertos de Elide. Lorcan estaba salvajemente satisfecho a su lado.

—No será rápido así —dijo Aelin y le dio la llave a Elide. El resto de la pregunta quedó flotando en el aire.

Vernon siguió gritando, suplicando que regresaran, que lo desencadenaran.

Elide miró la puerta cerrada. Consideró al hombre desesperado que estaba del otro lado.

La lady de Perranth tomó la llave. La guardó en su bolsillo.

—Deberíamos encontrar una mejor manera de sellar esa habitación.

—Se confirmaron nuestros peores miedos —le dijo Aelin a Rowan mientras se asomaban por uno de los balcones del Colmillo del Norte, hacia el ejército reunido en la base del Abismo. Hacia donde se dirigían ahora sus compañeros, tras terminar la tarea de sellar de modo permanente la habitación donde estaba encadenado Vernon. Donde ellos también deberían estar dirigiéndose. Pero ella se había quedado ahí. Se tomó un momento.

Rowan le puso una mano en el hombro.

—Los enfrentaremos juntos. A Maeve y Erawan.

—¿Y a los cien mil soldados que marchan hacia Orynth?

—Juntos, Corazón de Fuego —fue todo lo que dijo.

Ella distinguió en sus rostros los siglos de entrenamiento y la frialdad calculadora. Esa voluntad inquebrantable.

Apoyó la cabeza en su hombro y la armadura se le clavó en la sien.

—¿Lo lograremos? ¿Quedará algo todavía?

Él le apartó el cabello de la cara.

—Lo intentaremos. Es lo mejor que podemos hacer.

Las palabras de un comandante que había entrado y salido de los campos de batalla durante siglos.

Se tomaron de la mano y miraron juntos al ejército debajo. La ligerísima esperanza de salvación que les ofrecía.

¿Había sido una tontería gastar esos tres meses de descenso en su poder en ese ejército en vez de gastarlos Maeve? ¿En Maeve y Erawan? Aunque empezara en este momento, no podría, nunca podría, ser igual.

—No te agobies con lo que podría haber sido —le dijo Rowan al leer las palabras en su rostro.

No sé qué hacer, dijo ella en silencio.

Él le besó la cabeza. Juntos.

Y mientras el viento aullaba entre los picos, Aelin se dio cuenta de que su pareja tal vez tampoco tenía una solución.

CAPÍTULO 81

—Cien mil —exhaló Ren y se calentó las manos ante la chimenea del Gran Salón. Habían perdido dos Asesinos Silenciosos a manos de los arqueros de Morath que buscaron venganza por la destrucción de las torres de las brujas, pero por fortuna a nadie más.

De todas maneras, la comida de esa noche había sido triste. Nadie había comido en realidad, no cuando oscureció y se encendieron las fogatas del campamento enemigo. Eran más de las que podían contar.

Aedion se había quedado ahí después de que todos se fueron a sus camas. El único que se quedó también fue Ren. Lysandra se había llevado a Evangeline, que seguía temblando, a su habitación. Sólo los dioses sabían lo que les traería la mañana.

Aunque esos dioses tal vez ya los habían abandonado de nuevo, ahora que la alternativa que tenían para regresar a su mundo estaba encerrada en un ataúd de hierro. Tal vez, ahora estaban concentrando toda su atención en Dorian Havilliard.

Ren exhaló largamente.

—Llegamos al final, ¿verdad? No queda ya nadie que pueda venir en nuestro auxilio.

—No será un final bonito —admitió Aedion recargado contra el marco de la chimenea—. En especial cuando la tercera torre vuelva a funcionar.

No tendrían otra oportunidad de sorprender a Morath.

Movió la barbilla hacia el joven lord.

—Deberías descansar un poco.

—¿Y tú?

Aedion se quedó mirando las llamas.

—Hubiera sido un honor —dijo Ren—. Servir en esta corte. Contigo.

Aedion cerró los ojos y tragó saliva.

—Hubiera sido un honor en verdad.

Ren le puso la mano en el hombro. Luego se escucharon sus pasos alejarse por el pasillo.

Aedion permaneció a solas junto a la chimenea que se iba apagando poco a poco durante unos minutos más. Luego se dirigió a su cama para dormir lo que pudiera.

Casi había llegado a la entrada de la torre este, cuando la vio.

Lysandra se detuvo, llevaba una taza de algo que parecía leche caliente en sus manos.

—Para Evangeline —dijo—. No puede dormir.

La niña había estado temblando todo el día. Parecía como si fuera a vomitar en la mesa cuando cenaron.

Aedion sólo preguntó:

—¿Puedo hablar con ella?

Lysandra abrió la boca, como si fuera a decir que no, y él estaba dispuesto a olvidar el tema, pero entonces ella asintió.

Caminaron en silencio hasta llegar a la torre norte y luego subieron y subieron y subieron. A la vieja habitación de Rose. Ren debió haberse encargado de eso otra vez. La puerta estaba entreabierta y una luz dorada se desparramaba hacia afuera.

—Te traje un poco de leche —anunció Lysandra, con el aliento apenas alterado por la subida—. Y algo de compañía —agregó.

Aedion entró a la acogedora habitación. A pesar de los años de descuido, la habitación de Rose en el castillo real seguía sin tener ningún daño… una de las pocas habitaciones que había permanecido así.

Los ojos de Evangeline se abrieron como platos cuando lo vio, y Aedion le ofreció a la niña una sonrisa antes de sentarse en la orilla de su cama. Ella tomó la leche que le ofreció Lysandra y la metamorfa se sentó al otro lado del colchón. Evangeline le dio un sorbo a la taza que tenía muy apretada entre sus manos.

—Antes de mi primera batalla —le dijo Aedion a la niña—, pasé toda la noche en el baño.

Evangeline dejó escapar un gritito agudo de incredulidad.

—¿Tú?

Aedion sonrió.

—Oh, sí. Quinn, el viejo capitán de la guardia, dijo que era asombroso que tuviera todavía algo dentro de mí cuando amaneció.

Un dolor antiguo llenó el pecho de Aedion cuando mencionó a su mentor y amigo, al hombre que había admirado tanto. Quien había resistido por última vez, al igual que Aedion lo haría, en la planicie más allá de esta ciudad.

Evangeline rio un poco.

—Qué asco.

—Ni me digas —continuó Aedion, y podría haber jurado que Lysandra sonreía un poco—. Así que tú ya eres mucho más valiente de lo que yo fui.

—Vomité hace rato —dijo Evangeline en voz baja.

Aedion le dijo en un secreto conspiratorio:

—Es mejor que cagarte en los pantalones, corazón.

Evangeline se carcajeó y tuvo que apretar la taza para no derramar la leche.

Aedion sonrió y le despeinó el cabello rojizo.

—La batalla no será linda —dijo mientras Evangeline bebía un sorbo de su leche—. Y probablemente vuelvas a vomitar. Pero sólo recuerda que este miedo que sientes significa que tienes algo por lo cual vale la pena luchar, algo que te importa tanto que perderlo es lo peor que puedes imaginar —apuntó a la ventana escarchada—. ¿Esos bastardos en la planicie? Ellos no tienen nada de eso —puso su mano sobre la de ella y apretó con suavidad—. Ellos no tienen nada por qué pelear. Y aunque tal vez nosotros no seamos tantos como ellos, nosotros sí tenemos algo que vale la pena defender. Y por eso podemos vencer nuestro miedo. Podemos pelear contra ellos, hasta el fin. Por nuestros amigos, por nuestra familia… —le apretó la mano nuevamente—. Por quienes amamos —se atrevió a levantar la vista hacia Lysandra, en cuyos ojos había un asomo de esperanza—. Por aquellos que amamos, podemos superar ese miedo. Recuerda eso mañana. Aunque vomites, aunque pases toda la noche en el baño. Recuerda que tenemos algo por lo cual pelear, y eso siempre triunfará.

Evangeline asintió.

—Lo haré.

Aedion volvió a despeinarla y se dirigió a la puerta. Se detuvo antes de salir. Miró a Lysandra a los ojos, esos ojos de esmeralda que brillaban.

—Yo perdí a mi familia hace diez años. Mañana lucharé por la nueva que he construido.

No sólo por Terrasen y su corte y su gente. Sino también por las dos mujeres en esta habitación.

Quería que fueras tú al final.

Casi le repitió las palabras a Lysandra. Casi las volvió a decir al ver algo parecido a la tristeza y la nostalgia entrar a su rostro.

Pero Aedion salió de la habitación y cerró la puerta.

Lysandra casi no durmió. Cada vez que cerraba los ojos, veía la expresión del rostro de Aedion, escuchaba sus palabras.

No esperaba sobrevivir a esta batalla. No esperaba que ninguno de ellos lo hiciera.

Debería haberlo seguido. Debería bajar corriendo las escaleras de la torre para seguirlo.

Pero no lo hizo.

Amaneció, el día era brillante. Así podían ver el tamaño del ejército que los aguardaba con mayor claridad.

Lysandra le trenzó el cabello a Evangeline. La niña estaba más erguida que el día anterior. Eso se lo podía agradecer a Aedion. Por las palabras que habían permitido que la niña durmiera.

Caminaron en silencio al Gran Salón. Evangeline llevaba la cabeza en alto. Podría ser su último desayuno.

Casi habían llegado cuando se escuchó una voz anciana.

—Me gustaría hablar con ustedes.

Darrow.

Evangeline volteó antes de que lo hiciera Lysandra.

El antiguo lord estaba en la puerta de lo que parecía ser un estudio y las llamó hacia su interior.

—No tomará mucho tiempo —dijo al ver la molestia en el rostro de Lysandra.

Ella ya estaba harta de fingir ser amable con hombres con quienes no tenía ningún interés en ser amable.

Evangeline la vio haciendo una pregunta en silencio, pero Lysandra movió la barbilla hacia el anciano.

—Muy bien.

El estudio estaba lleno de pilas de libros… pilas y pilas, contra las paredes, en el piso. Muchos más de mil. Muchos maltratados por la edad.

—Lo que quedó de los textos sagrados de la Biblioteca de Orynth —dijo Darrow y se dirigió hacia el escritorio lleno de papeles frente a una ventana angosta—. Lo único que los Maestros pudieron salvar hace diez años.

Tan poco. Era tan poco comparado con lo que Aelin le había dicho que existía en esa biblioteca casi mítica.

—Les pedí que los sacaran de donde estaban escondidos después de la muerte del rey —dijo Darrow y se sentó tras el escritorio—. Un optimismo ingenuo, supongo.

Lysandra caminó hacia una de las pilas y vio el título. En un idioma que no reconoció.

—Los restos de una civilización que alguna vez fue grande —apuntó Darrow con la voz ronca.

Y ese pequeño quiebre en su voz hizo que Lysandra volteara. Abrió la boca para preguntarle qué quería, pero vio lo que tenía junto a la mano derecha.

En un cristal no más grande que un naipe, la flor roja y anaranjada dentro parecía brillar… igual que el poder de las llamas que le dieron nombre.

—La flama del rey —exhaló incapaz de detenerse y se acercó.

Aelin y Aedion le habían contado sobre la flor legendaria que había florecido en las montañas y campos el día que Brannon llegó a este continente, como prueba de la paz que había traído con él.

Y desde esos días antiguos, sólo se habían visto flores solitarias, tan raras que su aparición era considerada una señal de que la tierra había bendecido al gobernante en el trono de Terrasen. Que el reino estaba verdaderamente en paz.

La que estaba encerrada en el cristal sobre el escritorio de Darrow, había dicho Aelin, apareció durante el reino de Orlon. Orlon, el amor de toda la vida de Darrow.

—Los Maestros tomaron los libros cuando Adarlan invadió —dijo Darrow y sonrió con tristeza a la llama del rey—. Yo tomé esto.

El trono hecho de cuerno de venado, la corona… todo había sido destruido. Salvo este tesoro, tan grande como cualquier pertenencia de la casa

Galathynius.

—Es muy hermosa —dijo Evangeline y se acercó al escritorio—. Pero muy pequeña.

Lysandra podría haber jurado que el hombre casi sonreía.

—Lo es —dijo Darrow—. Y tú también.

Ella no esperaba que su voz se suavizara, que se volviera amable. Y no esperaba tampoco sus siguientes palabras.

—La batalla llegará a nosotros antes del mediodía —le dijo Darrow a Evangeline—. Necesito a alguien de mente ágil y pie veloz para que me ayude. Que lleve mensajes a nuestros comandantes en el castillo y que me traiga provisiones según se vayan necesitando.

Evangeline ladeó la cabeza.

—¿Quieres que yo te ayude?

—Tú has entrenado con los guerreros cuando viajas con ellos, supongo.

Evangeline miró a Lysandra inquisitivamente y ella asintió. Todos habían supervisado a Evangeline aprendiera lo básico sobre uso de la espada y de arquería cuando viajaban.

La niña asintió con la cabeza al viejo lord.

—Tengo algo de habilidad, pero no como Aedion.

—Pocos la tienen —dijo Darrow con ironía—. Pero yo necesito a alguien de corazón valiente y mano firme para que me ayude. ¿Tú eres esa persona?

Evangeline no volteó a ver a Lysandra otra vez.

—Lo soy —dijo con la barbilla en alto.

Darrow sonrió un poco.

—Entonces ve al Gran Salón. Desayuna y, cuando regreses, tendré aquí tu armadura.

Los ojos de Evangeline se abrieron cuando escuchó mencionar la armadura pero el miedo ya no los estaba opacando para nada.

Lysandra le murmuró:

—Ve. Te alcanzaré en un minuto.

Evangeline salió corriendo, su trenza volaba detrás de ella.

Sólo cuando Lysandra estuvo segura de que ya hubiera bajado las escaleras, dijo:

—¿Por qué?

—Supongo que esa pregunta significa que me estás permitiendo darle órdenes a tu encomendada.

—Por qué.

Darrow tomó el cristal de la llama del rey.

—Nox Owen ya no me sirve ahora que su alianza quedó clara y además, al parecer, desapareció sepan los dioses dónde, probablemente a petición de Aedion —le dio una vuelta al cristal entre sus dedos delgados—. Pero más que eso, ningún niño debe estar observando a sus amigos morir. Mantenerla ocupada, darle un propósito y algo de poder será mejor que tenerla encerrada en la torre norte, aterrada de cada sonido y de cada muerte.

Lysandra no sonrió ni inclinó la cabeza.

—¿Harías esto por la encomendada de una puta?

Darrow dejó el cristal en el escritorio.

—Lo que más recuerdo de hace diez años son los rostros de los niños. Incluso más que el de Orlon. Y el rostro de Evangeline ayer mientras veía al ejército… era la misma desesperanza que vi entonces. Así que aunque me consideres un bastardo ejemplar, como diría Aedion, no soy tan desalmado como podrías pensar —asintió hacia la puerta abierta—. Yo estaré al pendiente de ella.

Lysandra no estaba del todo segura de qué decir. Si debía escupirle en la cara y que se fuera al carajo con su oferta.

Pero el brillo en los ojos de Evangeline, la manera en que había salido corriendo… Propósito. Darrow le había ofrecido propósito y guía.

Así que se dio la vuelta de ese tesoro de libros antiguos más valiosos que el oro. Los compañeros silenciosos y melancólicos de Darrow.

—Gracias.

Darrow hizo un movimiento con la mano y regresó a estudiar los papeles que tenía sobre su escritorio… aunque sus ojos no se estaban moviendo sobre las páginas.

Los muros de las almenas de la ciudad estaban llenos de soldados. Todos con el rostro serio ante lo que iba marchando cada vez más cerca.

La torre de las brujas seguía descompuesta, gracias a los dioses. Pero incluso a la distancia, Aedion alcanzaba a ver a los soldados trabajando para reparar

su rueda dañada. Aunque sin otro guiverno para reemplazar al que había caído el día anterior, no se movería pronto.

Pero de todas maneras no sería más sencillo. No, el día de hoy sería doloroso.

—Llegarán al alcance de los arqueros más o menos en una hora —informó Elgan. No le hacían caso a las órdenes de Darrow. Kyllian seguía siendo el general, sí, pero todos los reportes que recibía su amigo, los recibía también Aedion.

—Recuérdales que hagan valer cada disparo. Que elijan sus blancos.

El Flagelo sabía eso sin que se los tuvieran que mencionar. Los demás… ya se habían probado en estas batallas, pero un recordatorio nunca salía sobrando.

Elgan se dirigió a las secciones de los muros que Ren y los nobles hada habían decidido eran más ventajosos para sus arqueros. Contra cien mil tropas, sólo tenían la esperanza de matar unos cuantos, pero permitir que el enemigo llegara hasta los muros sin obstáculo sería una verdadera tontería. Y quebrantaría el espíritu de esta gente antes de que llegara su fin.

—¿Qué es eso? —murmuró Ren. Apuntó al horizonte.

Buena vista. Los ojos de Ren tenían que ser más aguzados que los de la mayoría de los humanos, porque incluso para Aedion era apenas una mancha en el horizonte.

Esperó un segundo. La mancha oscura empezó a adquirir forma, subiendo al cielo azul.

Volando hacia ellos.

—¿Ilken? —dijo Ren. Entrecerró los ojos y se cubrió del brillo del sol.

—Demasiado grandes —exhaló Aedion.

Más cerca, la masa que volaba sobre el ejército se volvió más clara. Más grande.

—Guivernos —dijo Aedion y sintió el temor coagulándosele en el estómago.

La legión aérea de las Dientes de Hierro al fin había sido desplegada.

—Oh, dioses —susurró Ren.

Contra un sitio terrestre, Orynth podría haber resistido, unos días o semanas, pero habría resistido.

Pero con las aproximadamente mil brujas Dientes de Hierro que volaban hacia ellos sobre esos guivernos… No les harían falta sus torres infernales para destruir la ciudad, el castillo. Para romper las puertas de la ciudad y los

muros y dejar entrar a las hordas de Morath.

Los soldados empezaron a ver a los guivernos. La gente gritó por las almenas. Hasta el castillo detrás de ellos.

Este sitio ni siquiera tendría la posibilidad de ser un sitio.

Todo terminaría hoy. En unas cuantas horas.

Unos pies veloces se detuvieron a su lado y ahí estaba ya Lysandra, jadeando.

—Dime qué hacer, a dónde ir —sus ojos color esmeralda estaban muy abiertos por el terror, el terror indefenso y la desesperanza—. Puedo convertirme en guiverno, intentar mantenerlas…

—Son más de mil Dientes de Hierro —dijo Aedion con la voz hueca en sus oídos. El miedo de Lysandra le afiló algo peligroso en su interior, pero se controló para no extender la mano hacia ella—. No hay nada que tú o que nosotros podamos hacer.

Unas cuantas docenas de Dientes de Hierro habían saqueado Rifthold en cuestión de horas.

Estas huestes…

Aedion se concentró en su respiración, en mantener la cabeza en alto cuando sus soldados empezaron a apartarse de sus posiciones en los muros.

Inaceptable.

—¡QUÉDENSE EN SUS POSICIONES! —gritó—. CIERREN FILAS Y NO RETROCEDAN.

La orden rugida detuvo a los que parecían estar a punto de correr, por lo menos. Pero no detuvo las palabras temblorosas, el olor de su miedo creciente.

Aedion volteó a ver a Lysandra y Ren.

—Que Rolfe lleve sus lanzas de fuego a las torres y edificios altos. Vean si pueden quemar a las Dientes de Hierro y tirarlas.

Cuando Ren titubeó, Aedion gruñó:

—Háganlo ahora.

Entonces Ren se fue corriendo hacia el sitio donde estaba el lord pirata con sus soldados micenianos.

—No servirá de nada, ¿o sí? —dijo Lysandra con suavidad.

Aedion sólo dijo:

—Ve por Evangeline y vete. Hay un pequeño túnel en el nivel más bajo del castillo que conduce a las montañas. Ve por ella y vete.

Ella negó con la cabeza.

—¿Con qué fin? Morath nos encontrará de todas maneras.

Los comandantes de Aedion venían corriendo hacia él y, por primera vez desde que los conocía, el verdadero terror brillaba en los ojos del Flagelo. En los ojos de Elgan.

Pero Aedion mantuvo la atención en Lysandra.

—Por favor. Te lo suplico. Te lo suplico, Lysandra, vete.

Ella levantó la barbilla.

—No le estás pidiendo a nuestros otros aliados que huyan.

—Porque no estoy enamorado de nuestros otros aliados.

Por un instante, ella sólo parpadeó.

Luego su rostro se vino abajo y Aedion sólo pudo mirarla, sin arrepentirse de las palabras que había pronunciado. Sólo sentía temor de esa masa que volaba hacia ellos, que seguía en su formación sobre el ejército infinito. Sentía temor de lo que le haría esa legión a ella, a Evangeline.

—Debí habértelo dicho —dijo Aedion con la voz entrecortada—. Cada día después de que me di cuenta, todos estos meses. Te lo debí haber dicho todos los días.

Lysandra empezó a llorar y él le enjugó las lágrimas.

Sus comandantes llegaron a su lado, con el rostro cenizo y jadeando.

—¿Órdenes, general?

No se molestó en recordarles que él no era su general. Daba lo mismo cómo demonios lo llamaran durante unas cuantas horas, de todas maneras.

Pero Lysandra permaneció a su lado. No hizo ningún movimiento para marcharse.

—Por favor —le repitió.

Lysandra simplemente entrelazó sus dedos con los de él como una respuesta silenciosa. Y como desafío.

Él sintió que el corazón se le rompía por esa decisión. Por la mano, temblorosa y fría, que se aferraba a la suya.

Le apretó los dedos con fuerza y no la soltó cuando volteó a ver a sus comandantes.

—Iremos…

—¡Guivernos desde el norte!

La advertencia gritada resonó por las almenas y Aedion y Lysandra se agacharon al dar la vuelta hacia el ataque que llegaba por sus espaldas.

Trece guivernos venían volando desde las Staghorn. Directo hacia los muros de la ciudad.

Y mientras se dirigían hacia Orynth, mientras la gente y los soldados gritaban y huían frente a ellos, el sol brilló sobre el guiverno más pequeño que iba al frente.

Y sus alas brillaron como un rayo de esperanza.

Aedion conocía ese guiverno. Conocía a la jinete de cabello blanco que iba sobre él.

—NO DISPAREN —gritó a las filas. Sus comandantes hicieron eco de la orden y todas las flechas que apuntaban hacia arriba se detuvieron.

—Es… —exhaló Lysandra y dejó caer su mano para dar un paso adelante, como si estuviera en un trance—. Es…

De todas maneras, los soldados retrocedieron de los muros de la ciudad cuando Manon Picos Negros y sus Trece aterrizaron junto a ellos. Justo enfrente de Aedion y Lysandra.

No era la bruja que había visto la última vez en una playa en Eyllwe.

No, ya no quedaba nada de esa criatura fría y extraña en el rostro que le sonrió con amargura. Nada de ella en esa impresionante corona de estrellas sobre su frente.

Una corona de estrellas.

Para la última reina Crochan.

Se escuchó un aliento jadeante y dificultoso acercarse y Aedion apartó la vista de Manon Picos Negros para ver a Darrow que se apresuraba hacia ellos con la boca abierta ante la bruja y su guiverno, ante Aedion que no le estaba disparando a ella, quien Darrow consideraba era una enemiga que venía a negociar antes de la masacre.

—No nos rendiremos —escupió Darrow.

Asterin Picos Negros, con su montura azul al lado de la de Manon, rio un poco.

Los labios de Manon también se curvaron ligeramente con diversión mientras ella le decía a Darrow:

—Vinimos para asegurarnos de que no lo hagan, mortal.

Darrow siseó:

—¿Entonces por qué las envió su amo a hablar con nosotros?

Asterin volvió a reír.

—No tenemos amo —dijo Manon Picos Negros y en efecto utilizó la voz de una reina. Sus ojos dorados brillaban—. Vinimos a honrar nuestra alianza con una amiga.

No había señal de Dorian entre las Trece, pero Aedion estaba tan impactado que no tuvo las palabras para preguntar.

—Vinimos —dijo Manon con voz alta para que todos los que estaban sobre los muros la pudieran escuchar— para hacerle honor a una promesa que le hice a Aelin Galathynius. Para luchar por lo que ella nos prometió.

Darrow dijo en voz baja:

—¿Y qué fue eso?

Manon le sonrió entonces.

—Un mundo mejor.

Darrow dio un paso hacia atrás. Como si no creyera lo que estaba parado frente a él, en desafío a la legión que se dirigía hacia su ciudad.

Manon sólo miró a Aedion, todavía con esa sonrisa.

—Hace mucho tiempo, las Crochans lucharon al lado de Terrasen, para honrar la gran deuda que teníamos con el rey hada Brannon por darnos nuestras tierras. Durante siglos, fuimos sus aliadas y amigas más cercanas —esa corona de estrellas relucía con fuerza en su cabeza—. Escuchamos su llamado de ayuda —Lysandra empezó a llorar—. Y vinimos a responderlo.

—¿Cuántas? —exhaló Aedion mientras veía al cielo, a las montañas—. ¿Cuántas?

El rostro de la reina bruja se llenó de orgullo y asombro, e incluso sus ojos dorados brillaban esperanzados cuando apuntó hacia las Staghorn.

—Ve con tus propios ojos.

Y entonces, de entre los picos, aparecieron.

Sus capas rojas revoloteaban en el viento y llenaron los cielos del norte. Eran tantas que Aedion no pudo contarlas, ni las espadas y arcos y armas que traían a sus espaldas. Sus escobas volaban directa y decididamente en su dirección.

Miles. Miles de ellas descendieron en Orynth. Miles de ellas volaban ahora sobre la ciudad. Los soldados de Aedion miraban hacia arriba con la boca abierta al ver el mar rojo revolotear, impávidas y despreocupadas ante las fuerzas enemigas que oscurecían el horizonte. Una por una por una, aterrizaron en las almenas vacías del castillo.

Una legión aérea para desafiar a las Dientes de Hierro.

Las Crochans habían regresado al fin.

CAPÍTULO 82

Toda Crochan capaz de volar y usar una espada había respondido al llamado.

Durante días, volaron al norte, se mantuvieron cerca de las montañas y luego cruzaron Oakwald volando bajo para después hacer un circuito amplio y así evitar que Morath las detectara.

En verdad, cuando Manon y las Trece estaban en los muros de la ciudad y vieron la ola de Crochans sobre sus cabezas que intentaba avanzar hacia algún sitio donde aterrizar en las almenas, seguía resultándoles difícil de creer que lo hubieran logrado.

Y llegaron justo a tiempo.

Mientras más avanzaban hacia el norte, más Crochans se sumaban a sus filas. Como si la corona de estrellas que Manon estaba usando fuera un imán que las atrajera hacia ella.

Cada kilómetro aparecían más en las nubes, en las montañas, en el bosque. Jóvenes y viejas, de ojos sabios o de rostros frescos, todas vinieron.

Hasta que llegaron cinco mil detrás de Manon y las Trece.

—Se detuvieron por completo —dijo la metamorfa junto a Aedion y apuntó hacia el campo de batalla.

A lo lejos, las huestes de Morath se habían detenido.

Totalmente. Como si estuvieran muy sorprendidas y dudando.

—Tu abuela está con ellas —le murmuró Asterin a Manon—. Puedo sentirlo.

—Lo sé —dijo Manon y volteó a ver al joven príncipe general—. Nosotras nos encargaremos de las Dientes de Hierro.

Los ojos de color turquesa de Aedion brillaron tanto como la mañana e hizo un ademán hacia la planicie.

—Por supuesto, son todas suyas.

La boca de Manon se movió hacia un lado y luego hizo un movimiento con la barbilla a las Trece.

—Estaremos en las almenas de tu castillo. Dejaré aquí a una de mis centinelas, en caso de que necesites enviar un mensaje.

Asintió dirigiéndose a Vesta y la bruja de cabello rojo no hizo nada por moverse mientras las otras volaban hacia el enorme palacio. Manon nunca había visto uno igual… ni siquiera el castillo de cristal en Rifthold se comparaba con esto.

Manon le sonrió al anciano que le había siseado y le enseñó todos los dientes.

—De nada —dijo y, con un chasquido de sus riendas, salió volando.

Morath se había detenido por completo.

Como si estuvieran reevaluando su estrategia ahora que las Crochans habían surgido de la niebla legendaria. No las habían cazado hasta casi la extinción como creían, por lo visto.

Al menos eso le permitió a Manon y su ejército descansar un poco.

Y una noche para dormir, aunque fuera inquietas. Se había reunido con los líderes mortales durante la cena, cuando les quedó claro que Morath no avanzaría para acabarlos ese día.

Cinco mil Crochans no podían ganar esta guerra. No podrían detener a cien mil soldados. Pero podían mantener controladas a las legiones de Dientes de Hierro, evitar que saquearan la ciudad y que les permitieran la entrada a las hordas de demonios.

El tiempo suficiente para que sucediera algún milagro, o algo, pensó Manon. No se había atrevido a preguntar y ninguno de los mortales había planteado la pregunta tampoco.

¿La ciudad podría resistir al embate de cien mil soldados frente a sus muros y puertas? Tal vez.

Pero no mientras la torre de las brujas siguiera funcionando en la planicie. No dudaba que estuviera siendo reparada en ese momento y que le estuvieran atando un nuevo guiverno. Tal vez por eso se habían detenido, para darse el tiempo de arreglar esa torre. Y volar a las Crochans en pedazos.

Sólo el amanecer les revelaría lo que las Dientes de Hierro habían elegido hacer. Lo que habían logrado.

Manon y las Trece, Bronwen y Glennis con ellas, pasaron horas organizando a las Crochans. Les asignaron ciertos flancos de las Dientes de Hierro con base en el conocimiento de Manon de las formaciones de sus enemigos.

Ella había inventado esas formaciones. Había planeado dirigirlas.

Y cuando terminaron de hacer eso, cuando la reunión con los gobernantes mortales terminó, todos seguían con expresión seria pero ya no tan cerca del pánico. Entonces, Manon y las Trece encontraron un pequeño salón donde dormir.

Unas cuantas velas ardían en la habitación espaciosa pero no había muebles. Nada salvo los sacos de dormir que traían. Manon intentó no mirar demasiado tiempo el suyo, no fijarse en el olor que fue desapareciendo con cada kilómetro que avanzaban hacia el norte.

Dónde estaba Dorian, qué estaba haciendo… no se permitió pensar en eso.

Porque si lo hacía, volaría de nuevo al sur, hasta Morath.

En la habitación en penumbras, Manon se sentó en su saco de dormir. Las Trece estaban sentadas a su alrededor. Escuchaban el caos del castillo.

El lugar era apenas más que una tumba. Los fantasmas de sus riquezas atormentaban cada uno de sus rincones. Se preguntó qué habría sido esa habitación: una sala de juntas, un lugar para dormir, un estudio… No tenía nada que la distinguiera.

Manon recargó la cabeza contra las rocas frías del muro a sus espaldas. Su corona estaba junto a sus botas.

Asterin habló primero y rompió el silencio del aquelarre.

—Conocemos todas sus maniobras, todas sus armas. Y ahora las Crochans también lo saben. Las matronas probablemente ya están sintiendo pánico.

Manon nunca había visto a su abuela sentir pánico, pero rio al imaginarla.

—Ya veremos mañana, supongo —miró a sus Trece—. Han llegado hasta acá conmigo, pero mañana nos enfrentaremos a nuestra propia gente. Es posible que tengan que pelear con amigas o amantes o miembros de sus familias —tragó saliva—. No las culparé si no pueden hacerlo.

—Llegamos hasta acá —dijo Sorrel— porque todas estamos preparadas para lo que venga mañana.

Las Trece asintieron. Asterin dijo:

—No tenemos miedo.

No, no lo tenían. Manon vio los ojos despejados que la rodeaban y lo supo.

—Esperaba que al menos algunas —se quejó Vesta— del Abismo Ferian se hubieran unido a nosotras.

—No entienden —dijo Ghislaine— siquiera lo que les estamos ofreciendo.

Libertad… libertad de las matronas que las habían forjado en herramientas de destrucción.

—Es un desperdicio —farfulló Asterin. Incluso las gemelas demonios de ojos verdes asintieron.

Volvieron a quedarse en silencio. A pesar de sus ojos despejados, las Trece estaban muy conscientes de los límites de cinco mil Crochans contra las Dientes de Hierro y el ejército que las acompañaba.

Así que Manon dijo mientras miraba a cada una de ellas a los ojos:

—Preferiría volar con ustedes que con diez mil Dientes de Hierro a mi lado —sonrió un poco—. Mañana les mostraremos por qué.

Su aquelarre sonrió, malvado y desafiante, y se llevaron dos dedos a la frente en señal de deferencia.

Manon les devolvió el mismo gesto e inclinó la cabeza al mismo tiempo.

—Somos las Trece —dijo—. Desde ahora hasta que la Oscuridad nos acoja.

Evangeline había decidido que ya no quería ser la paje de lord Darrow sino una bruja Crochan.

Una de las mujeres incluso le había dado a la niña una capa roja, que Evangeline seguía usando cuando Lysandra fue a acostarla. Le ayudaría a Darrow al día siguiente, le prometió Evangeline antes de quedarse dormida. Después de asegurarse de que las Crochans tuvieran toda la ayuda que necesitaran.

Lysandra sonrió ante eso, a pesar de que sus probabilidades de éxito eran muy bajas. Manon Picos Negros, ahora Manon Crochan, supuso, había sido directa en su evaluación. Las Crochans podrían controlar a las Dientes de Hierro, tal vez derrotarlas si tenían mucha suerte, pero quedaban todavía las huestes de Morath. Cuando el ejército volviera a marchar, sus planes de defender los muros seguirían siendo los mismos.

Incapaz y renuente a quedarse dormida en el catre al lado de la cama de Evangeline, Lysandra salió a recorrer los pasillos del antiguo y enorme castillo. Qué hogar hubiera sido éste para ella y Evangeline. Qué corte.

Tal vez siguió su olor inconscientemente, pero Lysandra no se sorprendió para nada cuando entró al Gran Salón y encontró a Aedion frente a la chimenea que ya se estaba apagando.

Estaba solo y ella estaba casi segura de que llevaba un rato así.

Él volteó antes de que ella terminara de pasar por la puerta. Observó cada

uno de sus pasos.

Porque no estoy enamorado de nuestros otros aliados. Cómo esas palabras habían cambiado todo y a la vez nada.

—Deberías estar durmiendo.

Aedion le esbozó una media sonrisa.

—Tú también.

El silencio cayó entre ellos y se miraron fijamente.

Ella podría pasar así toda la noche. Había pasado muchas noches así, en la piel de otra bestia. Sólo observándolo, memorizando las líneas poderosas de su cuerpo, la voluntad inquebrantable en sus ojos.

—Pensé que íbamos a morir hoy —dijo ella.

—Íbamos a morir hoy.

—Sigo enojada contigo —dijo—. Pero…

Él arqueó las cejas y una luz que hacía mucho no veía iluminó su rostro.

—¿Pero?

Ella frunció el ceño.

—Pero pensaré sobre lo que me dijiste. Eso es todo.

Una sonrisa maliciosa y conocida le movió los labios.

—¿Pensarás sobre eso?

Lysandra levantó la barbilla y lo vio con altivez en la medida de lo posible porque él era mucho más alto.

—Sí, lo pensaré. Lo que planeo hacer.

—Sobre el hecho de que estoy enamorado de ti.

—Oh —él sabía que su arrogancia fanfarrona la sacaría de balance—. Si así es como quieres decirle.

—¿Le debería decir de otra manera?

Dio un paso hacia ella y la dejó decidir si lo permitiría. Lo hizo.

—Sólo… —Lysandra apretó los labios—. No mueras mañana. Es todo lo que pido.

—Para que puedas tener tiempo de pensar sobre qué planeas hacer con mi declaración.

—Precisamente.

La sonrisa de Aedion se volvió depredadora.

—¿Yo puedo pedirte algo, entonces?

—No creo que estés en posición de hacer ninguna petición, pero bueno.

La sonrisa de lobo continuaba en su cara cuando le susurró al oído:

—Si no muero mañana, ¿puedo besarte al terminar el día?

Lysandra se ruborizó y se alejó un paso. Era una cortesana entrenada, por los dioses. Altamente entrenada. Y, sin embargo, esa sencilla petición la dejó con las rodillas temblorosas.

Logró recuperarse y enderezó los hombros.

—Si no mueres mañana, Aedion, entonces hablaremos. Y veremos qué sucede.

La sonrisa de Aedion no disminuyó ni un ápice.

—Hasta mañana en la noche, entonces.

Mañana los esperaba un infierno. Tal vez su perdición. Pero ella no lo besaría, no ahora. No haría ese tipo de promesa o despedida.

Así que Lysandra se fue por el pasillo con el corazón latiendo con locura.

—Hasta mañana.

CAPÍTULO 83

Dorian voló y voló. A lo largo de la cima de los Colmillos, con Oakwald como una constante extensión de territorio invernal desolado a su derecha, voló al norte durante casi dos días antes de atreverse a parar.

Eligió un claro entre un grupo de árboles antiguos y chocó contra las ramas. Apenas se dio cuenta de la molestia en la piel gruesa del guiverno. Se transformó en cuanto cayó en la nieve. Su magia derritió al instante el arroyo congelado que corría ahí.

Luego cayó de rodillas y bebió. Tragos profundos y jadeantes.

Encontrar comida fue más sencillo de lo que había anticipado. No necesitó una trampa ni flechas para capturar al conejo flaco que se ocultaba cerca. No necesitó cuchillos para quitarle la piel. Ni una hoguera.

Cuando su sed y su hambre fueron saciadas, cuando una mirada al cielo le dijo que no había enemigos aproximándose, Dorian trazó las marcas. Sólo una vez más.

Debería irse pronto. Pero para esto, podía retrasar su vuelo al norte un poco más. Damaris, al parecer, estuvo de acuerdo. Invocó a quien él quiso esta vez.

Gavin apareció en el círculo de marcas sangrientas del Wyrd. Con la luz del día, se veía más pálido y más borroso.

—Las encontraste, entonces —dijo el rey antiguo a modo de saludo—. Y dejaste un desastre para Erawan.

—Lo hice.

Dorian metió la mano al bolsillo de su chaqueta. Hacia el terrible poder que ahí pulsaba. Había necesitado toda su concentración durante el escape de Morath para poder bloquear los susurros. Su estremecimiento no se debió sólo al aire helado.

—¿Entonces para qué me llamaste?

Dorian miró al hombre a los ojos. De rey a rey.

—Quería decirte que lo había logrado, para que tuvieras oportunidad de despedirte. De Elena, digo. Antes de que se forje el Candado.

Gavin se quedó inmóvil. Dorian no se amedrentó bajo la mirada evaluadora del rey.

Después de un momento, Gavin dijo con algo de suavidad:

—Entonces supongo que te estaré diciendo adiós a ti.

Dorian asintió. Estaba listo. No tenía otra alternativa que estar listo.

Gavin preguntó:

—¿Ya lo decidiste, entonces? ¿Que tú serás quien se sacrifique?

—Aelin está en el norte —dijo Dorian—. Cuando la encuentre, supongo que decidiremos qué hacer —quien de ellos se uniría a las tres llaves y no saldría vivo de ello—. Pero —admitió—, espero que ella haya encontrado otra solución. Una que también funcione para Elena.

Aelin había escapado de Maeve. Tal vez podría tener la misma suerte para lograr que escaparan a su destino.

Un viento fantasma voló algunos mechones del cabello largo de Gavin frente a su rostro.

—Gracias —dijo con voz ronca—. Por siquiera considerarlo.

Pero el dolor brilló en los ojos del rey. Él sabía con precisión lo imposible que sería.

Así que Dorian dijo:

—Lo siento. Por lo que el éxito en forjar el Candado significará para ustedes dos.

Gavin tragó saliva.

—Mi pareja tomó su decisión hace mucho tiempo. Siempre estuvo preparada a enfrentar las consecuencias, aunque yo no lo estuviera.

Al igual que Sorscha había tomado sus propias decisiones. Había elegido su propio camino.

Y por una vez, el recuerdo de ella no le dolió. Más bien, era un desafío brillante y luminoso. Un desafío para que él hiciera que esto valiera la pena. Por ella y por tantos otros. También por él mismo.

—No te des por vencido tan fácilmente en la vida —dijo Gavin—. La vida que tuve con Elena es lo que me permite siquiera considerar separarnos ahora.

Una buena vida… tan buena como lo que podía esperarse —inclinó la cabeza —. Deseo lo mismo para ti.

Antes de que Dorian pudiera decir lo que emergió en su corazón al escuchar esas palabras, Gavin miró al cielo. Sus cejas oscuras se juntaron.

—Tienes que irte.

Porque el sonido de alas llenó el aire. Miles de alas.

La legión de Dientes de Hierro en Morath se había reunido de todas maneras después del colapso de la fortaleza, al parecer. Y ahora estaban haciendo el viaje largo hacia el norte, hacia Orynth. Probablemente mucho más dispuestas a hacer pedazos a sus amigos.

Rezó por que Maeve no estuviera en ese grupo. Que se hubiera quedado lamiendo sus heridas en Morath con Erawan. Hasta que el resto de sus horrores marcharan, las princesas arañas entre ellos.

Pero a pesar del ejército que se aproximaba, Dorian tocó la empuñadura de Damaris y dijo:

—Yo lo cuidaré. Adarlan. El tiempo que me quede. No lo abandonaré.

La espada brilló con calidez.

Y Gavin, a pesar de la pérdida que estaba por ocurrir para él, sonrió un poco. Como si él también sintiera la calidez de la espada.

—Lo sé —dijo—. Siempre he sabido eso.

El calor de Damaris se mantuvo.

Dorian tragó saliva para aliviar el nudo que sentía en la garganta.

—Cuando el portal del Wyrd vuelva a sellarse, ¿será posible continuar abriendo este tipo de portales? ¿Podré verte, pedir tu consejo?

Gavin empezó a desvanecerse.

—No lo sé —dijo en voz baja. Y agregó—: Pero espero que sí.

Dorian se puso una mano sobre el corazón e hizo una gran reverencia.

Y cuando Gavin desapareció en la nieve y el sol, Dorian podría haber jurado que el rey también le había hecho una reverencia.

Minutos después, cuando las alas bloquearon el sol, nadie vio al guiverno solitario que se elevó de Oakwald para volar con el enorme grupo.

CAPÍTULO 84

No quedaba armadura en el arsenal agotado del castillo. Y nada les quedaría a los guivernos, de todas maneras.

Lo que había sobrevivido a la ocupación de Adarlan o lo que había sido adquirido desde su caída ya había sido distribuido. Y aunque el príncipe Aedion había ofrecido que un herrero les soldara placas de metal para formar pecheras, Manon echó un vistazo a las puertas que fundirían para hacerlas y supo que serían demasiado pesadas. Contra la legión de Dientes de Hierro, la velocidad y la agilidad serían sus mejores aliados.

Así que irían a la batalla como siempre lo habían hecho: sin nada salvo sus espadas, sus dientes y uñas de hierro y su astucia.

En un balcón grande sobre la torre más alta del castillo de Orynth, con el ejército de Morath extendiéndose a la distancia, Manon observó el sol saliente y supo que era probable que éste fuera su último amanecer.

Pero las Trece, muchas también recargadas contra el barandal del balcón, no veían al este.

No, su atención estaba enfocada en el enemigo que empezaba a moverse bajo la luz creciente. O en las dos Crochans que estaban con Manon, las escobas en la mano y las espadas ya en sus espaldas.

No le había sorprendido ver a Bronwen llegar esa mañana vestida para la batalla. Pero Manon hizo una pausa cuando Glennis emergió con una espada y su cabello trenzado.

Ya habían repasado los detalles. Y lo habían hecho tres veces la noche anterior. Y ahora, a la luz del día que nacía, se quedaron en la punta de la torre antigua.

A lo lejos, en medio de las filas repletas de Morath, se escuchó un cuerno.

Lentamente, como una bestia que despertaba de un sueño profundo, las huestes de Morath empezaron a moverse.

—Ya era hora —murmuró Asterin junto a Manon. Su cabello trenzado estaba atado con una tira de cuero que le cruzaba la frente.

Los guivernos de las Dientes de Hierro emprendieron el vuelo con dificultad por el peso de sus armaduras.

Pero esa pesadez no les serviría de mucho a ellas. No, las Dientes de Hierro, después de un inicio pesado, pronto llenaron los cielos. Al menos mil. Manon no quería saber dónde estaría el grupo del Abismo Ferian. Todavía no.

En las torres del castillo, sobre las azoteas de la ciudad y a lo largo de los muros de las almenas, el ejército Crochan enderezó sus escobas a sus lados, listas para la señal de volar.

Una señal de Bronwen, del cuerno tallado que tenía a su lado. El cuerno estaba roto y empañado por la edad. Los símbolos tallados en él estaban tan desgastados que apenas eran visibles.

Al notar la mirada atenta de Manon, Bronwen dijo:

—Una reliquia del viejo reino. Le pertenecía a Telyn Vanora, una joven guerrera sin experiencia durante los últimos días de la guerra que estaba cerca de las puertas cuando Rhiannon cayó. Mi antepasada —recorrió el cuerno con la mano—. Ella usó este cuerno para advertirle a nuestra gente que Rhiannon había muerto y que huyeran de la ciudad. Justo después de que emitió la alarma, la matrona Sangre Azul la mató. Pero ella le dio a nuestra gente tiempo para correr. Para sobrevivir —los ojos oscuros de Bronwen se llenaron de esperanza—. Es un honor para mí volver a soplar en este cuerno hoy. No para sonar la advertencia a nuestra gente, sino para unirla.

Ninguna de las Trece volteó a ver a Bronwen, pero Manon sabía que habían escuchado cada palabra.

Bronwen se puso una mano en la pechera de cuero.

—Telyn está aquí hoy. En los corazones de cada Crochan que se unió a la batalla, que llegó hasta acá. Todas las que cayeron en las guerras de las brujas están con nosotras, aunque no las podemos ver.

Manon pensó en esas dos presencias que percibió cuando estaba peleando contra las matronas y supo que las palabras de Bronwen eran verdad.

—Luchamos por ellas —dijo Bronwen y su mirada se fue hacia el ejército enemigo que avanzaba—. Y por el futuro que ganaremos.

—El futuro que todas ganaremos —dijo Manon y volteó a ver a las Trece. Aunque no sonrieron, la ferocidad de sus rostros decía suficiente.

Manon volteó a ver a Glennis.

—¿En verdad piensas pelear?

Glennis asintió, firme y decidida.

—Hace quinientos años, mi madre eligió el futuro del linaje real por encima de la lucha al lado de sus seres amados. Y aunque nunca se arrepintió de su decisión, el peso de lo que dejó atrás nunca la abandonó. Yo he soportado su carga toda mi vida —la anciana hizo un ademán hacia Bronwen y luego hacia Asterin—. Todas las que peleamos aquí hoy, lo hacemos con alguien invisible a nuestras espaldas.

Los ojos con chispas de oro de Asterin se suavizaron un poco.

—Sí —fue todo lo que la Segunda de Manon dijo y su mano se dirigió a su abdomen.

No porque recordara la palabra odiosa que tenía marcada ahí, o lo que le habían hecho.

Sino en recuerdo de su cría que nació muerta y que la abuela de Manon había arrojado al fuego antes de que Asterin tuviera la oportunidad de abrazarla.

En recuerdo del cazador al que Asterin había amado, como ninguna Dientes de Hierro había amado antes a un hombre, y con quien nunca regresó por vergüenza y temor. El cazador que nunca dejó de esperar su regreso, ni siquiera cuando era un anciano.

Por ellos, por la familia que había perdido, Manon sabía que su Segunda lucharía hoy. Para que nunca volviera a suceder.

Manon también pelearía hoy para asegurarse de que así fuera.

—Así que aquí estamos después de quinientos años —dijo Glennis con voz firme pero distante, como si emergiera de las profundidades de la memoria. El sol naciente bañó los muros blancos de Orynth en oro—. La resistencia final de las Crochans.

Como si esas palabras fueran en sí una señal, Bronwen levantó el cuerno de Telyn Vanora a sus labios y sopló.

La mayoría creía que el río Florine fluía desde las Staghorn, por el borde occidental de Orynth y luego por las tierras bajas.

Pero la mayoría no sabía que el antiguo rey hada había construido esta ciudad con sabiduría, que había cavado una red de alcantarillado y arroyos subterráneos que llevaban agua fresca de la montaña directamente a la ciudad. Directamente debajo del castillo.

Con una antorcha levantada en alto, Lysandra se asomó a una de esas vías acuáticas subterráneas. El agua se arremolinaba al fluir por el túnel de roca y hacia el exterior de los muros de la ciudad. Podía ver las nubes que formaba su aliento cuando le dijo al grupo de soldados del Flagelo que la acompañaban:

—Cierren la reja cuando salga.

La única confirmación que recibió fue un gruñido.

Lysandra frunció el ceño al ver la reja de hierro pesada que cerraba el río subterráneo. Las varillas de metal eran tan gruesas como su antebrazo. Lord Murtaugh fue quien sugirió esta ruta de ataque en particular. Su conocimiento de las vías acuáticas debajo de la ciudad y el castillo eran superiores incluso a lo que sabía Aedion.

Lysandra se preparó para el clavado, sabía que el agua estaría fría. Más que fría.

Pero Morath estaba moviéndose y si ella no se ponía en su posición pronto, bien podría llegar demasiado tarde.

—Que los dioses te acompañen —dijo uno de los soldados del Flagelo.

Lysandra le sonrió al hombre con seriedad.

—Y a todos ustedes.

No se permitió reconsiderarlo. Simplemente dio un paso y saltó del muro de roca.

Se sumergió en el agua sin fondo. El frío le arrancó el aire de los pulmones pero ya iba transformándose. La luz y el calor llenaron su cuerpo conforme sus huesos cambiaban de forma y su piel desaparecía. Su magia pulsó y se agotó rápidamente por todo lo que requería para hacer este cuerpo, pero entonces terminó el proceso.

A la distancia, sobre la superficie, los miembros del Flagelo maldijeron. A ella no le importó si era por miedo o por asombro.

Subió a la superficie por una bocanada de aire y luego se volvió a sumergir. Incluso en esta forma, el frío calaba. El agua era turbia y con poca luz, pero nadó con la corriente y dejó que la guiara hacia el exterior del antiguo túnel.

Debajo de los muros de la ciudad. Al Florine, donde el frío se volvió casi insoportable. Sobre su cabeza flotaban trozos gruesos de hielo que evitaban que los ojos enemigos la detectaran.

Nadó río abajo, a lo largo del flanco este de las huestes de Morath, y esperó su señal.

Las Crochans salieron volando, una ola de rojo que cubrió la ciudad y sus muros.

Sobre la sección sur del muro, con Ren a su lado, Aedion inclinó la cabeza hacia atrás para verlas subir a los cielos y volar hacia la planicie.

—¿De verdad crees que pueden pelear contra eso? —preguntó Ren con un

movimiento de la cabeza hacia el mar de brujas Dientes de Hierro y sus guivernos que se acercaban.

—Creo que no tenemos otra opción más que esperar que puedan —dijo Aedion y se quitó el arco de la espalda. Ren hizo lo mismo.

A su señal silenciosa, los arqueros de los muros de la ciudad levantaron sus arcos también.

Entre ellos estaban los micenianos de Rolfe con sus lanzas de fuego. Tenían los dispositivos de metal recargados contra la pared.

Morath marchó. No habría más retrasos, más sorpresas. La batalla sucedería.

Aedion miró hacia la curva del Florine, las láminas de hielo brillaban con fuerza bajo el sol de la mañana. Trató de bloquear el miedo que sentía en su corazón. Estaban demasiado desesperados, demasiado superados en números, para que le negara a Lysandra la misión que había asumido hoy.

Con una mirada por encima del hombro, Aedion confirmó que los soldados del Flagelo tuvieran preparadas las catapultas en las almenas. Los miembros de la realeza hada estaban listos para usar su magia desgastada a fin de levitar bloques enormes de rocas del río a su sitio. Y en los muros de la ciudad, los arqueros hada permanecían vigilantes y esperaban su propia señal.

Aedion acomodó la flecha en su arco y jaló con fuerza para estirar la cuerda hacia atrás.

Como uno solo, el ejército reunido en los muros de la ciudad hizo lo mismo.

—Hagamos que esta batalla sea digna de una canción —dijo Aedion.

CAPÍTULO 85

Manon y las Trece se lanzaron a los cielos mientras el ejército Crochan fluía debajo de ellas, una marea roja avanzando hacia el mar de negro frente a ellas.

Eso obligaba a la legión de Dientes de Hierro a elegir: sus antiguas enemigas o las nuevas.

Era una prueba que Manon quería hacer pronto. Para ver cuántas de las Dientes de Hierro obedecerían la orden de seguir adelante y cuántas no acatarían las órdenes porque la tentación de luchar contra las Trece será demasiada. Y una prueba, supuso, para las matronas y sus herederas que dirigían su legión… ¿lo harían? ¿Dividirían sus fuerzas para atacar a las Dientes de Hierro o continuarían su ataque a las Crochans?

Más y más alto volaron Manon y las Trece. Los dos ejércitos se iban aproximando.

Las Crochans no titubearon y sus espadas brillaron bajo el sol, apuntadas en dirección de los guivernos que venían hacia ellas.

Las Dientes de Hierro no habían entrenado contra un enemigo que pudiera defenderse. Un enemigo que pudiera volar, que fuera más pequeño y más rápido, y que pudiera atacar su punto más débil: las jinetes. Ésa era la meta de las Crochans, derribar a las jinetes, no a las bestias.

Pero para hacerlo, necesitarían enfrentarse a las fauces y colas con espinas envenenadas de los guivernos. Y si podían volar entre ellos, entonces también tendrían que enfrentar las flechas que volaban hacia ellas y las guerreras entrenadas sobre las bestias. No sería fácil y no sería rápido.

Las Trece se elevaron tanto que el aire se enrareció. Estaban tan alto que Manon podía ver el final de las huestes, donde volaba una mancha horrible e inconfundible que reconoció como el guiverno de Iskra Piernas Amarillas.

Un desafío y una promesa de la confrontación por venir. Manon sabía, a pesar de la distancia, que Iskra la tenía marcada.

No había señal de Petrah. Ni de las dos matronas restantes. Manon no sabía quién había reemplazado a la anciana Piernas Amarillas para convertirse en Bruja Mayor. Ni le importaba. Tal vez su abuela las había convencido de que

no nombraran a Iskra o a otra bruja nueva todavía, para despejar su camino personal hacia el reinado.

Justo cuando la cabeza de Manon empezó a sentir los efectos de la altura, unos cincuenta guivernos se separaron del grupo enemigo. Volaron hacia arriba, a toda velocidad hacia ellas, como bestias desatadas de sus correas. Hambrientas por la gloria y por el derecho a presumir que se ganarían al poder decir que habían matado a las Trece.

Manon sonrió.

Los dos ejércitos chocaron uno contra otro.

Manon exhaló y jaló las riendas de Abraxos.

Su guiverno de corazón feroz abrió las alas, dio una vuelta y se dejó caer hacia la tierra.

El mundo se invirtió mientras jinete y guiverno giraban y caían abajo, abajo, abajo. Las Trece cayeron con ella. Cruzaron unos listones delgados de nubes. El ejército empezó a verse borroso, el castillo y la ciudad se acercaban debajo.

Y cuando las Dientes de Hierro estuvieron tan cerca que Manon pudo distinguir si eran Piernas Amarillas o Sangres Azules, Abraxos dio vuelta hacia un lado y una corriente lo lanzó justo al centro de su grupo.

Las Trece se colocaron en formación detrás de ella, un ariete que se abrió paso entre las Dientes de Hierro.

El arco de Manon cantaba mientras ella disparaba flecha tras flecha.

Al ver el primer chorro de sangre azul, una parte de ella desapareció.

Pero siguió disparando. Y Abraxos siguió volando, desgarrando ala y garganta con su cola y sus dientes.

Y así comenzó.

Incluso en el río, la vibración de los pies que marchaban hacía vibrar el agua alrededor de Lysandra.

No veían el hocico blanco y grande que periódicamente se asomaba entre el hielo para respirar. El cielo estaba oscurecido con los guivernos y las Crochans.

Ocasionalmente caían cuerpos al río, Dientes de Hierro y Crochan por igual.

A las Crochans que se movían, que seguían vivas, Lysandra las llevaba a la orilla opuesta procurando no ser detectada. Qué opinaban de ella, no lo dijeron. La metamorfa no se quedaba el suficiente tiempo para permitirlo.

A las Dientes de Hierro que caían al río las arrastraba al fondo y las dejaba atoradas entre las piedras.

Tenía que apartar la mirada cada vez que lo hacía.

El hocico de Lysandra salió a la superficie cuando el sonido agudo de un cuerno se abrió paso entre el escándalo. Provenía de los muros de la ciudad. No era una advertencia, sino un despliegue.

Lysandra nadó al fondo. Lo tocó y luego se impulsó hacia arriba. Su cola poderosa se movía de un lado a otro para impulsarla a la superficie.

Salió del hielo y el agua, voló en un arco por el aire y chocó directamente en el flanco este de Morath.

Los soldados gritaron cuando ella empezó a atacar con ferocidad en un remolino de dientes y garras y una cola enorme y bifurcada que partía a todos los que se cruzaban en su camino.

Donde se movía el dragón marino blanco, salpicaba la sangre negra.

Y justo cuando los soldados controlaron su terror lo suficiente para dispararle flechas y lanzas contra las escamas opalinas reforzadas con seda de araña, ella se dio la vuelta y volvió a meterse al río profundo para desaparecer bajo el hielo. Las lanzas entraron a las aguas color turquesa sin atinarle, pero Lysandra ya había salido a toda velocidad.

El cuerpo del dragón marino, o dragón de río, supuso, no se detuvo. Lo llevó hasta su límite. Los enormes pulmones estaban trabajando como fuelles.

El río dio una vuelta y ella aprovechó eso para volver a saltar del agua.

Los soldados, tan concentrados en el daño que había hecho más adelante, no la vieron hasta que estaba sobre ellos.

Ella apenas alcanzó a ver los muros de la ciudad. Una ola de negro chocaba ahora contra ellos. Las escaleras de asedio estaban irguiéndose y las flechas volaban. Había explosiones de llamas por todas partes. Luego regresó a las profundidades heladas del río.

La sangre negra corría por sus fauces, por sus colas y sus garras. Dio la vuelta bajo la sombra de las brujas que peleaban en las alturas, sobre el hielo que estaba encima de ella.

Así luchó, usando el hielo flotante como su escudo. Atacaba y luego se movía. Desestabilizaba el flanco este con cada ataque, los obligaba a huir de la orilla del río hacia las filas centrales llenas de soldados.

Poco a poco, las aguas de turquesa del Florine empezaron a enturbiarse con azul y negro.

Pero Lysandra seguía arrancándole mordiscos al ejército gigante que se lanzaba sobre Orynth.

El calor que desprendían las lanzas de fuego le quemaba la mejilla a Aedion y le calentaba el casco al grado de incomodarle.

Pero era un pequeño precio a pagar, ya que las explosiones de flamas enviaban a los soldados del Valg que estaban ante las paredes corriendo de regreso. Donde derribaban al enemigo con flechas, llegaban más. Y donde las lanzas de fuego los derretían, sólo quedaba la tierra quemada y las armaduras fundidas. Pero no había suficientes, ni remotamente.

En el cielo, más allá de los muros, las Dientes de Hierro y las Crochans seguían peleando.

Con tanta violencia, con tanta rapidez, que había una bruma azul flotando en el cielo por el derramamiento de sangre.

No alcanzaba a determinar quién tendría la ventaja. Las Trece peleaban con ellas y, donde intervenían en la pelea, caían Dientes de Hierro y sus monturas. Y aplastaban a los soldados del Valg que estaban abajo.

Las escaleras de asedio hechas de hierro volvieron a subir, dirigidas hacia los muros de la ciudad. Ante eso, las explosiones de las lanzas de fuego enviaban al suelo como cadáveres carbonizados a todos los que venían subiendo. Pero más soldados empezaban a subir sin que los detuviera el miedo a la flama.

Aedion corrió a la escalera más cercana y disparó flecha tras flecha a los soldados que subían por sus peldaños. Tiros precisos que entraban por las aberturas en la armadura oscura.

Los arqueros a su alrededor hacían lo mismo. Los soldados del Flagelo detrás de él adoptaron posición de lucha en espera de los primeros soldados que lograran subir a los muros.

En las puertas de la ciudad, las flamas estallaban y ardían. Había concentrado a muchos de los micenianos en las dos puertas de Orynth, los puntos más vulnerables en los muros.

Que el fuego se viera estallar con tanta frecuencia le decía suficiente: Morath estaba insistiendo en ese lugar.

La orden de Rolfe de ¡Conserven el fuego! hizo que se le empezara a formar un hueco de temor en el estómago, pero Aedion se concentró en la escalera de asedio. Su arco sonó y otro soldado cayó. Luego otro.

En el muro, Ren también estaba atacando otra escalera. El arco del lord cantaba.

Aedion se atrevió a mirar al ejército frente a ellos. Ya estaban amontonados bastante cerca.

Retrocedió y permitió que un arquero ocupara su lugar. Él levantó la espada y le hizo una señal al Flagelo en dirección de las catapultas y a la realeza hada y sus arqueros cerca de ellas.

—¡Ahora!

La madera tronó y gimió. Rocas del tamaño de carretas salieron volando por encima de los muros. Las rocas estaban aceitadas y brillaron bajo el sol al elevarse.

Y cuando las rocas llegaron al punto más alto de su vuelo, justo cuando empezaban a caer sobre el enemigo, los arqueros hadas lanzaron sus flechas encendidas.

Chocaron contra las rocas aceitadas justo antes de que éstas cayeran en la tierra.

Las llamas hicieron erupción y corrieron justo hacia los agujeros que Aedion había ordenado se taladraran en la roca, justo hacia el nido de polvos explosivos que nuevamente habían tomado de las preciadas reservas de las lanzas de fuego de Rolfe.

Las rocas estallaron en pedazos y lanzaron proyectiles de flama y piedra en todas direcciones.

A lo largo de los muros de la ciudad, los soldados gritaron para festejar la destrucción que esas ruinas humeantes revelaron. Nada salvo soldados derretidos, aplastados o hechos pedazos. Donde cayeron las rocas de esas seis catapultas ahora había un anillo de tierra quemada.

—¡Reposicionen! —rugió Aedion. El Flagelo ya estaba empujando las ruedas que hacían rodar las catapultas sobre sus plataformas de madera. En cuestión de segundos, las tenían apuntando a otro lugar; en cuestión de segundos, las hadas estaban colocando más rocas aceitadas de las que había juntado Darrow a lo largo de semanas y semanas.

No le dio una oportunidad de reponerse a Morath.

—¡Fuego!

Las rocas salieron volando y las flechas encendidas tras ellas.

Las explosiones en el campo de batalla sacudieron los muros de la ciudad esta vez.

Se escucharon los gritos de celebración de nuevo y Aedion le señaló al Flagelo y a las hadas que se detuvieran. Que Morath pensara que ya se habían terminado sus reservas, que sólo tenían unos cuantos tiros de suerte en su arsenal.

Aedion regresó a la escalera de asedio cuando el primer soldado del Valg llegaba a los muros.

El hombre murió antes de que sus pies tocaran la roca, cortesía de un soldado del Flagelo que lo estaba esperando.

Aedion se desató el escudo que traía a la espalda e inclinó su espada cuando la oleada de soldados se asomó por el muro.

Pero lo que apareció no fue un soldado del Valg subiendo por la escalera con facilidad.

La cara del joven lucía fría como la muerte y un hambre maldita era lo único que iluminaba sus ojos negros.

Tenía un collar al cuello.

Había llegado un príncipe del Valg.

CAPÍTULO 86

—Concéntrense en la escalera —le gruñó Aedion a los soldados que retrocedían del apuesto príncipe demonio que subió a los muros de la ciudad como si estuviera entrando a una habitación.

No traía armadura. Nada salvo una túnica negra ajustada a su cuerpo delgado.

El príncipe del Valg sonrió.

—Príncipe Aedion —ronroneó la cosa dentro de ese cuerpo y sacó la espada de una funda oscura a su costado—. Te hemos estado esperando.

Aedion atacó.

Él no tenía magia, no tenía nada para combatir el poder oscuro que fluía por las venas del príncipe, pero sí tenía velocidad. Tenía fuerza.

Aedion fintó con su espada, esa espada ordinaria y sin nombre, y el príncipe del Valg blandió la suya, justo cuando Aedion hizo chocar su escudo contra su costado.

Eso lo empujó hacia atrás. No hacia la escalera, sino hacia un miceniano que tenía la lanza de fuego.

Pero el miceniano estaba muerto.

El príncipe rio y un látigo de poder oscuro se lanzó hacia Aedion.

Aedion se agachó y levantó el escudo. Como si pudiera hacer algo contra ese poder.

La oscuridad chocó contra el metal y Aedion pudo sentir las dolorosas vibraciones en el brazo.

Pero el dolor, la agonía que drenaba la vida del cuerpo, no ocurrió.

Aedion se defendió de inmediato, un corte hacia arriba que el príncipe del Valg esquivó con un salto al lado.

Los ojos del demonio estaban muy abiertos cuando recibió el golpe del escudo. Luego de Aedion.

El príncipe del Valg siseó:

—Bastardo hada.

Aedion no sabía qué quería decir, y no le importaba porque estaba defendiéndose de otra explosión con su escudo. Las almenas ya estaban cubiertas de sangre negra y roja. Y si el miceniano de ahí cerca estaba muerto, entonces había otro junto a la escalera de Ren…

El príncipe del Valg desató explosión tras explosión de su poder.

Aedion recibió cada una en su escudo. El poder del príncipe rebotaba como si fuera un chorro de agua en una piedra. Y por cada explosión de poder que salía hacia él, Aedion blandía la espada.

El acero se topaba con el acero; la oscuridad chocaba con el metal antiguo. Aedion tenía una vaga sensación de que los soldados del Valg y los humanos se habían detenido mientras él y el príncipe demonio batallaban sobre el muro de la ciudad.

Mantuvo sus pies firmes, como le había enseñado Rhoe. Como le habían enseñado Quinn y Cal Lochan. Como le habían enseñado todos sus mentores y los guerreros que había admirado más. Para este momento, cuando necesitaría defender los muros de Orynth.

Por ellos blandía su espada, por ellos recibía golpe tras golpe.

El príncipe del Valg siseaba con cada explosión, como si estuviera furioso de que su poder no pudiera romper ese escudo.

El escudo de Rhoe.

No tenía magia. Brannon nunca lo había utilizado. Pero uno de ellos lo había forjado, uno de la línea constante de reyes y reinas que lo habían sucedido, que habían amado su reino más que sus propias vidas. Que habían cargado este escudo a la batalla, a la guerra, para defender Terrasen.

Mientras Aedion y el príncipe del Valg peleaban en los muros, mientras ese escudo antiguo se negaba a ceder, se preguntó si habría algún tipo de poder diferente en el metal. Uno que el Valg nunca podría ni lograría entender. No magia verdadera, así como la tenían Brannon y Aelin. Sino algo igual de fuerte… más fuerte.

Que el Valg nunca podría romper, sin importar cuánto lo intentara.

La espada de Aedion cantó y el príncipe del Valg rugió cuando Aedion chocó con su brazo y le hizo un corte profundo.

La sangre negra salió disparada. Aedion aprovechó la ventaja y lo empujó con el escudo y le clavó la espada.

Pero el príncipe había estado esperando.

Había preparado una trampa. Usando su propio cuerpo como carnada.

Y cuando Aedion chocó contra el príncipe del Valg, el demonio sacó una daga de su cinturón y atacó. Justo en el sitio que dejaba expuesto la armadura de Aedion. Apenas era una franja de piel cerca de su axila, vulnerable con la posición estirada de su brazo.

El cuchillo entró de golpe, destrozó carne y músculo y hueso.

Un dolor incandescente y cegador, que amenazaba con hacerlo abrir los dedos de la mano para tirar su espada. Sólo gracias a su entrenamiento, todos esos años de trabajo, Aedion pudo permanecer de pie cuando saltó hacia atrás y se sacó el cuchillo.

El príncipe del Valg rio y Aedion estaba semiconsciente de la pelea en los muros, los gritos y los muertos y los destellos de fuego. El príncipe sonrió a la daga ensangrentada.

Se la llevó a su boca sensual y arrastró la lengua por el cuchillo. Limpió la sangre de Aedion.

—Exquisita —exhaló el demonio y se estremeció de placer.

Aedion retrocedió otro paso, su brazo le ardía y le ardía y le ardía, la sangre se acumulaba dentro de su armadura.

El príncipe avanzó detrás de él.

Un látigo de poder oscuro se lanzó hacia Aedion y nuevamente lo recibió en el escudo. Permitió que lo tirara al piso y cayó sobre el cuerpo cubierto de hierro de uno de los miembros del Flagelo.

Su respiración se volvió tan cortante como el cuchillo que lo había herido.

El príncipe se detuvo frente a Aedion.

—Será un deleite darme un banquete contigo.

Aedion levantó el escudo y se preparó para el golpe.

El príncipe levantó la daga ensangrentada a su boca otra vez y puso los ojos en blanco.

Esos ojos se abrieron como platos cuando una flecha le rompió la piel en la garganta. Justo encima del collar.

El príncipe dio una arcada, volteó hacia la flecha que no venía de Aedion sino de atrás. Justo en el camino de Ren Allsbrook y la lanza de fuego que traía en sus brazos.

Ren golpeó la mano contra la compuerta de liberación y las flamas hicieron erupción.

Aedion se agachó y enroscó su cuerpo debajo del escudo porque la flama amenazaba con derretirle a él los huesos también.

El mundo se convirtió en flama y luz. Luego nada. Sólo los gritos de la batalla y los hombres moribundos.

Aedion logró bajar el escudo.

Donde había estado el príncipe del Valg sólo quedaba un montón de cenizas y un collar negro de roca del Wyrd.

Aedion jadeó y llevó su mano hacia el costado donde sangraba.

—Yo ya lo había derrotado.

Ren sólo negó con la cabeza, giró sobre su bota y disparó la lanza de fuego en los soldados del Valg más cercanos.

El lord de Allsbrook volvió a verlo y abrió la boca para decirle algo. Pero a Aedion ya le daba vueltas la cabeza y su cuerpo se empezaba a sumergir en un frío que no había conocido nunca. Luego no hubo nada.

La batalla fue muchísimo peor de lo que Evangeline había imaginado.

Tan sólo el sonido hacía que le temblaran los huesos y sólo su trabajo de llevarle mensajes a lord Darrow en los balcones más altos del castillo evitaba que se hiciera un ovillo en un rincón.

Tenía la respiración entrecortada y seca mientras corría hacia el balcón de nuevo, hacia donde seguía Darrow en su posición junto al barandal de roca. Otros dos lords de Terrasen estaban a su lado.

—De Kyllian —logró decir Evangeline con una reverencia, como había hecho cada vez que entregaba un mensaje.

Las batallas no eran sitio para los buenos modales, lo sabía; Aelin sin duda hubiera dicho eso. Pero lo siguió haciendo, las reverencias, aunque le temblaban las piernas. No podía evitarlo.

El mensajero de Kyllian la había encontrado en las escaleras del castillo y estaba aguardando la respuesta de Darrow. Era lo más cerca que había llegado a la pelea. Aunque estar ahí arriba tampoco era mejor.

Evangeline se recargó contra las rocas de la pared de la torre y dejó que

Darrow leyera la carta. Las Crochans y los guivernos estaban mucho más cerca acá arriba. A esta altura, estaba a su nivel y el mundo era una mancha borrosa abajo. Evangeline apoyó las palmas en la roca helada, como si pudiera extraer algo de fuerza de ellas.

Incluso con el fragor de la batalla, escuchó a Darrow declarar a los otros lords:

—Aedion está herido.

Evangeline sintió que el estómago se le iba a los pies. La náusea, aceitosa y espesa, se revolvió en su cuerpo.

—¿Está bien?

Los otros dos lords no le hicieron caso pero Darrow volteó a verla.

—Perdió la conciencia y se lo llevaron a un edificio cerca del muro. Las sanadoras están atendiéndolo ya. Lo traerán para acá en cuanto puedan moverlo.

Evangeline se tambaleó hacia el barandal del balcón, como si pudiera ver ese edificio en el mar de caos que había alrededor de los muros de la ciudad.

Ella nunca había tenido un hermano, ni un padre. No había decidido cuál de los dos le gustaría que fuera Aedion. Y si estaba tan malherido como para que le tuvieran que enviar un mensaje a Darrow…

Se presionó el estómago con la mano, intentando contener la bilis que le quemaba la garganta.

Se escucharon murmullos y luego una mano sobre su hombro.

—Lord Gunnar entregará mi respuesta —dijo Darrow—. Tú te quedarás aquí conmigo. Es posible que te necesite.

Las palabras eran severas, pero la mano sobre su hombro era amable.

Evangeline sólo asintió, con náuseas y sintiéndose fatal y se aferró al barandal, como si eso ayudara a mantener a Aedion de este lado de la vida.

—Bebidas calientes, Sloane —ordenó Darrow. Su voz no dejaba lugar para la discusión.

El otro lord se alejó. Evangeline no sabía cuánto tiempo había pasado después de eso. Cuánto tiempo pasó hasta que regresara el lord y Darrow le diera la taza ardiente para que la sostuviera en sus manos.

—Bebe.

Evangeline obedeció y se dio cuenta de que era una especie de caldo. Tal vez

de res. No le importó.

Sus amigos estaban allá abajo. Su familia, la que ella había construido.

A lo lejos, cerca del río, un manchón de movimiento era su única indicación de que Lysandra seguía con vida.

No había llegado noticia sobre el destino de Aedion.

Así que Evangeline se quedó en la torre, Darrow en silencio a su lado, y rezó.

CAPÍTULO 87

Incluso moviéndose lo más rápido que podía, el ejército del khagan era demasiado lento. Demasiado lento y demasiado grande para llegar a Terrasen a tiempo.

En la semana que llevaban avanzando al norte, Aelin iba suplicándole a Oakwald, a la Gente Pequeña y a Brannon que la perdonaran por ir abriendo camino a través del bosque. Y apenas iban acercándose a Endovier y la frontera a unos kilómetros de distancia. Desde ahí, si tenían suerte, serían otros diez días para llegar a Orynth. Y probablemente sería un desastre si Morath había conservado fuerzas estacionadas en Perranth tras la toma de la ciudad.

Así que habían elegido ir por la orilla de la ciudad, por el flanco occidental y darle la vuelta a las montañas de Perranth en vez de seguir por las tierras bajas que eran el camino más sencillo para cruzar el territorio. Si se valían de Oakwald para ocultarse, podrían llegar por sorpresa a Orynth.

Si quedaba algo de Orynth para cuando llegaran. Seguían estando demasiado lejos como para que los ruks hicieran algún tipo de exploración y no se habían cruzado con mensajeros en su camino. Incluso los hombres salvajes de los Colmillos, que se habían quedado con ellos y ahora juraban que marcharían a Orynth para vengar a sus hermanos, no conocían un camino más rápido.

Aelin intentaba no pensar en eso. Ni en Maeve y Erawan, donde fuera que estuvieran. Ni en lo que estuvieran planeando.

Endovier, la única señal de civilización que verían desde hace una semana, sería donde recibirían sus primeras noticias después de salir del Abismo Ferian.

Intentó tampoco pensar en eso. En el hecho de que estarían cruzando Endovier al día siguiente, o en un par de días. Que vería otra vez esas montañas grises con las minas de sal.

Recostada boca abajo en su catre (no tenía caso hacer que le pusieran la cama real para que durmieran ella y Rowan si iban a salir de nuevo en unas cuantas horas) Aelin hizo una mueca al sentir el dolor en su espalda.

El sonido de las herramientas de Rowan y el crepitar de los braseros era lo único que se escuchaba en la tienda de campaña.

—¿Terminarás esta noche? —preguntó mientras él hacía una pausa para meter la aguja en la tinta con sal.

—Si dejas de hablar —fue su respuesta seca.

Aelin resopló y se levantó sobre los codos para mirarlo por encima del hombro. No podía ver lo que él estaba tatuando, pero conocía el diseño. Era una réplica de lo que le había escrito en la espalda en la primavera, las historias de sus seres queridos y sus muertes, escritas justo donde estaban las cicatrices. Exactamente donde habían estado, como si tuviera el recuerdo grabado en la mente.

Pero ahora había ahí otro tatuaje. Un tatuaje que se extendía en sus omóplatos como si fueran un par de alas abiertas. O así era el bosquejo que le había mostrado.

La historia de los dos. De Rowan y Aelin.

Una historia que comenzaba con ira y tristeza y se convertía en algo completamente distinto.

Le dio gusto que lo dejara ahí. En la felicidad.

Aelin recargó la barbilla en sus manos.

—Llegaremos a Endovier pronto.

Rowan continuó su trabajo pero ella sabía que había oído cada una de sus palabras y había pensado bien su respuesta.

—¿Qué quieres hacer al respecto?

Hizo una mueca al sentir el ardor en un punto particularmente sensible de su columna.

—Quemarlo por completo. Volar las montañas y hacerlas pedazos.

—Bien. Yo te ayudo.

Una pequeña sonrisa le cruzó los labios a Aelin.

—¿El legendario príncipe guerrero no me va a decir que no desperdicie mi fuerza a lo tonto?

—El legendario príncipe guerrero te diría que te mantuvieras en tu camino, pero si destruir Endovier te ayudará, entonces estará a tu lado.

Aelin se quedó en silencio mientras Rowan continuó trabajando otros minutos.

—No recuerdo que el tatuaje tardara tanto la última vez.

—He hecho mejorías. Y vas a tener unas marcas completamente nuevas.

Ella tarareó pero ya no dijo nada por un tiempo.

Rowan continuó y limpiaba la sangre cuando era necesario.

—No creo poder —exhaló Aelin—. No creo poder siquiera ver Endovier, mucho menos destruirlo.

—¿Quieres que yo lo haga? —una pregunta serena de un guerrero. Lo haría, eso lo sabía ella. Si se lo pedía, volaría a Endovier y lo haría polvo.

—No —admitió ella—. Los supervisores y los esclavos ya no están. No hay nadie por destruir ni nadie por salvar. Sólo quiero pasar y no volver a pensar el ese lugar. ¿Eso me hace una cobarde?

—Te hace humana —una pausa—. O el dicho equivalente para las hadas.

Ella miró molesta sus dedos entrelazados bajo su barbilla.

—Parece que estos días soy más hada que otra cosa. A veces incluso lo olvido; cuándo fue la última vez que estuve en mi cuerpo humano.

—¿Eso es bueno o malo? —preguntó él y sus manos siguieron trabajando sin titubear.

—No lo sé. Soy humana, en el fondo, haciendo a un lado esa tontería de la reina hada. Tenía padres humanos y sus padres eran humanos, en su mayoría, e incluso con la sangre de Mab en mi familia… Soy una humana que se puede transformar en hada. Una humana que usa un cuerpo hada.

No mencionó la esperanza de vida inmortal. No con todo lo que tenían por delante.

—Por otro lado —dijo Rowan—, yo diría que eres una humana con instintos de hada. Tal vez más de ellos que de los humanos —sintió que él sonreía—. Territorial, dominante, agresiva…

—Tu talento para alabar a las mujeres no tiene paralelo.

Su risa se sintió como una ráfaga de aire caliente en su columna.

—¿Por qué no puedes ser humana y hada al mismo tiempo? ¿Por qué elegir uno?

—Porque la gente siempre parece exigir que seas uno o el otro.

—A ti nunca te ha importado un carajo lo que la gente exija.

Ella sonrió un poco.

—Cierto.

Apretó los dientes cuando la aguja volvió a perforar a lo largo de su columna.

—Me da gusto que estés aquí… que veré Endovier de nuevo por primera vez contigo.

Enfrentar esa parte de su pasado, ese sufrimiento y tormento, si no se atrevía a ver demasiado cerca los últimos meses.

Las herramientas de Rowan, el dolor adormecido, cesaron. Entonces sus labios le rozaron la parte superior de la columna, justo sobre el inicio del nuevo tatuaje. El mismo tatuaje que le había pedido a Gavriel y Fenrys que le pusieran a él en la espalda estos días, cada vez que se detenían a dormir.

—A mí también me da gusto estar aquí, Corazón de Fuego.

Por todo el tiempo que los dioses lo permitieran.

Elide se dejó caer en su catre. Gimió suavemente al agacharse para desamarrarse las agujetas de las botas. Un día ayudando a Yrene en la carreta no era sencillo, y la idea de ponerse el ungüento en el tobillo y el pie le parecía divina. El trabajo, al menos, mantenía alejados los pensamientos: lo que le había hecho a Vernon, lo que había sucedido en Perranth, lo que les aguardaba en Orynth, y lo que podrían hacer para derrotarlo.

En el catre frente a ella, Lorcan simplemente la miraba. Tenía una manzana medio pelada en sus manos.

—Deberías descansar con más frecuencia.

Elide no le hizo caso y se quitó la bota de un jalón, luego la calceta.

—Yrene está embarazada y vomita cada hora más o menos. Si ella no descansa, yo tampoco lo haré.

—No estoy seguro de que Yrene sea del todo humana —dijo él y aunque la voz era seca, el humor brillaba en su mirada.

Elide sacó la lata de ungüento de su bolsillo. Eucalipto, le había dicho Yrene. Era una planta que Elide nunca había oído nombrar pero cuyo aroma, fuerte y a la vez tranquilizante, le gustó mucho. Debajo de la hierba aromática había lavanda, romero y algo más mezclado en el ungüento opaco y de color claro.

Un movimiento de tela y Lorcan estaba arrodillado frente a ella con su pie entre las manos. Casi desaparecía en sus manos, de hecho.

—Permíteme —le ofreció.

Elide se sorprendió tanto que le permitió tomar la lata de sus manos. Observó en silencio cuando Lorcan metía sus dedos en el ungüento. Luego se lo

empezó a poner en el tobillo.

Su pulgar llegó al punto de su tobillo donde los huesos chocaban. Elide gimió. Con cuidado, casi con reverencia, Lorcan empezó a quitarle el dolor.

Esas manos habían matado en varios reinos. Tenían las cicatrices que lo demostraban. Y, sin embargo, sostenía su pie como si fuera un ave pequeña, como si fuera algo… sagrado.

No habían compartido aún una cama. Estos catres eran demasiado pequeños y Elide por lo general se quedaba dormida de inmediato después de cenar. Pero compartían la tienda de campaña. Él había sido cuidadoso, tal vez demasiado cuidadoso pensaba Elide a veces, de darle su privacidad cuando ella se bañaba o se cambiaba.

Había una bañera de la que subía el vapor en la esquina de la tienda de campaña. Se mantenía caliente por cortesía de Aelin. La mayoría de las bañeras del campamento estaban calientes gracias a ella, a la gratitud eterna a la realeza y los soldados rasos por igual.

Lorcan alternaba caricias largas con círculos pequeños y poco a poco fue eliminando el dolor de su pie. Parecía conformarse con sólo hacer eso, si eso era lo que ella deseaba.

Pero ella no estaba quedándose dormida ahora. Por una vez. Y cada movimiento de los dedos de Lorcan la hacía reacomodarse en el asiento, la hacía sentir cómo la temperatura subía entre sus muslos.

Su pulgar le presionó el arco del pie y Elide dejó escapar un sonido. No por el dolor sino…

Se ruborizó. Sintió que su temperatura subía más cuando Lorcan levantó la vista y la vio desde atrás de sus pestañas con una chispa de malicia en sus ojos oscuros.

Elide se quedó con la boca abierta un segundo. Luego le dio un manotazo en el hombro. Chocó con el músculo duro como la piedra.

—Hiciste eso a propósito.

Lorcan no apartó la mirada de sus ojos y su única respuesta fue repetir el movimiento.

Bien… se sentía tan bien, maldita sea…

Elide le quitó el pie de las manos. Cerró las piernas. Con fuerza.

Lorcan le sonrió de una manera que hizo que se le enroscaran los dedos del pie.

Pero entonces dijo:

—Realmente eres la verdadera lady de Perranth ahora —dijo y tomó otra vez su pie.

Ella lo sabía. Lo había pensado sin parar durante estos días de viaje pesado.

—¿En verdad de eso quieres hablar?

Él continuó trabajando con sus dedos milagrosos y pecaminosos.

—No hemos hablado de eso. De Vernon.

—¿Qué hay de eso? —preguntó ella intentando sin éxito fingir desinterés. Pero él la miró de nuevo bajo esas pestañas gruesas. Muy consciente de su evasiva. Elide exhaló y miró hacia el techo de la tienda de campaña.

—¿Me hace ser mejor que Vernon… cómo elegí castigarlo al final?

No se había arrepentido el primer día. Ni el segundo. Pero en estos últimos kilómetros largos, conforme iba haciéndose consciente de que Vernon probablemente estaría muerto, se lo había preguntado.

—Creo que sólo tú puedes decidir eso —dijo Lorcan. Pero dejó de mover los dedos en su pie—. Si te sirve de algo, se lo merecía.

El poder oscuro de Lorcan retumbó por toda la tienda de campaña.

—Por supuesto que dirías eso.

Él se encogió de hombros y no se molestó en negarlo.

—Perranth se recuperará, ¿sabes? —dijo—. Del saqueo de Morath. Y todo lo que le hizo Vernon antes.

Ése era otro de los pensamientos que le pesaban con cada kilómetro que avanzaban al norte. Que su ciudad, la ciudad de su padre y su madre, hubiera sido diezmada. Que Finnula, su nana, podría estar entre los muertos. Que su gente podría estar sufriendo.

—Eso es si ganamos la guerra —dijo Elide.

Lorcan reinició sus caricias reconfortantes.

—Perranth se reconstruirá —fue lo único que dijo—. Nos encargaremos de eso.

—¿Alguna vez lo has hecho? ¿Reconstruir una ciudad?

—No —admitió él mientras sus pulgares seguían aliviando sus huesos adoloridos—. Sólo las he destruido —levantó los ojos a los de ella, una mirada abierta e inquisitiva—. Pero me gustaría intentarlo. Contigo.

Ella vio la oferta que le estaba haciendo: no sólo construir la ciudad, sino una vida. Juntos.

El calor se le volvió a subir a las mejillas y asintió:

—Sí —susurró—. Por todo el tiempo que nos quede.

Porque si sobrevivían a esta guerra, todavía les quedaba el asunto de la inmortalidad de él.

Algo se cerró en la mirada de Lorcan en ese momento y ella pensó que él diría otra cosa, pero sólo inclinó la cabeza. Luego empezó a desatarle la otra bota.

—¿Qué haces? —preguntó sin aliento y con palabras apresuradas.

Sus dedos hábiles, dioses, esos dedos, le desataron los cordeles rápidamente.

—Deberías remojar ese pie. Y remojarte en general. Como te dije, trabajas demasiado.

—Dijiste que debía descansar más.

—Porque trabajas demasiado —movió la barbilla hacia la bañera tras quitarle la bota y ayudarle a pararse—. Yo iré por algo de comer.

—Ya comí…

—Deberías comer más.

Le quería dar su privacidad sin la incomodidad de que ella se lo tuviera que pedir. Eso era lo que estaba intentando hacer.

Descalza frente a él, Elide se asomó hacia sus facciones labradas en granito. Se quitó la capa y luego la chaqueta. Lorcan tragó saliva.

Ella sabía que él podía escuchar su corazón acelerarse. Probablemente podía olfatear todas las emociones que había en ella. Pero dijo:

—Necesito ayuda. Para meterme a la bañera.

—Ah, sí —dijo él con voz casi gutural.

Elide se mordió el labio. Sus senos se pusieron pesados, le cosquilleaban.

—Podría resbalarme.

Él miró su cuerpo pero no se movió.

—Es peligrosa, la hora del baño.

Elide logró convencerse de caminar hacia la bañera de cobre. Él iba un poco atrás de ella, dándole su espacio. Permitiéndole que ella lo guiara.

Elide se detuvo junto a la bañera. El vapor se movía a su alrededor. Se desfajó la camisa de los pantalones.

Lorcan observó todos sus movimientos. Ella no estaba segura de que él estuviera respirando.

Pero… las manos de Elide se detuvieron. Indecisas. No de él, sino de este rito, este sendero.

—Muéstrame qué hacer —exhaló.

—Lo estás haciendo muy bien —dijo Lorcan.

Pero ella lo miró indefensa y él se acercó lentamente. Sus dedos encontraron la orilla de su camisa.

—¿Puedo? —dijo en voz baja.

Elide susurró.

—Sí.

Lorcan siguió mirándola a los ojos, como si estuviera leyendo la sinceridad de esa palabra. Como si estuviera decidiendo que era verdad.

Con cuidado, le quitó la tela. El aire frío le besó la piel y se le puso de gallina. La banda flexible alrededor de sus senos seguía ahí, pero la mirada de Lorcan permanecía en sus ojos.

—Dime qué quieres ahora —dijo él con aspereza.

Con la mano temblorosa, Elide rozó un dedo sobre la banda.

Las manos del propio Lorcan temblaban mientras la desamarraba. Cuando reveló su cuerpo al aire, a él.

Sus ojos parecieron ponerse completamente negros cuando vio sus senos, su respiración jadeante.

—Hermosa —murmuró.

La boca de Elide se curvó al escuchar la palabra y permitir que se asentara dentro de ella. Le dio el valor necesario para levantar las manos hacia la chaqueta de él y empezar a desabrocharla, desabotonarla. Hasta que el pecho de Lorcan también estuvo desnudo y ella pasó los dedos por el mechón de cabello oscuro que crecía entre las superficies esculpidas.

—Hermoso —dijo.

Lorcan temblaba… si era por autocontrol, por emoción, ella no lo sabía. Ese adorado ronroneo que hacía vibró en su interior cuando le presionó la boca contra su pectoral.

Él le tocó el cabello. Con cada caricia le iba deshaciendo la trenza.

—Sólo iremos tan lejos como tú quieras —dijo. Pero ella se atrevió a mirar hacia abajo, a la tela estirada en sus pantalones.

Se le secó la boca.

—No… no sé lo que estoy haciendo.

—Lo que sea que hagas será suficiente —le dijo él.

Ella levantó la cabeza y estudió su cara.

—¿Suficiente para qué?

Otra media sonrisa.

—Suficiente para complacerme.

Ella rio ante su arrogancia, pero Lorcan rozó su mano contra su cuello. Sostuvo su cintura con las manos y sus pulgares acariciaron sus costillas. Pero no subieron más.

Elide se arqueó al sentir sus manos y un sonido pequeño se le escapó cuando sus labios rozaron justo debajo de su oreja. Y luego su boca encontró la de ella, suave y meticulosa.

Ella entrelazó los dedos detrás del cuello de Lorcan y él la levantó y la llevó, no a la bañera, sino al catre detrás de ellos. Sus labios nunca se separaron de los de ella.

Hogar. Esto, con él. Esto era el hogar como nunca lo había tenido. Por el tiempo que lo pudieran compartir.

Y cuando Lorcan la recostó en el catre, con la respiración tan entrecortada como la de ella, cuando se detuvo para permitirle decidir qué hacer, hasta dónde llevar esto, Elide lo besó de nuevo y susurró:

—Muéstrame todo.

Así que Lorcan lo hizo.

Había una puerta y un ataúd.

No había elegido ninguno de los dos.

Estaba en un sitio que no era un sitio, rodeada de niebla. Y miraba. Sus opciones.

Un sonido golpeaba desde dentro del ataúd. Gritos ahogados de una mujer y una súplica.

Y la puerta, el arco negro hacia la eternidad, tenía sangre corriendo por sus costados que luego penetraba la roca negra. Cuando la puerta terminara con el joven rey, su sangre sería lo único que quedaría.

—No eres mejor que yo —dijo Cairn.

Ella volteó a verlo pero no era el guerrero que la había atormentado el que estaba parado en la niebla.

Había doce personas ahí, sin forma pero presentes, antiguas y frías. Y una de ellas habló:

—Mentirosa. Traidora. Cobarde.

La sangre de la puerta se filtró en la roca, como si la puerta en sí devorara hasta la última gota de él. De quien había ido en su lugar. El que ella había permitido que fuera en su lugar.

El golpeteo dentro del ataúd no cesaba.

—Esa caja jamás se abrirá —dijeron.

Ella parpadeó, ante lo que estaba dentro de esa caja… la roca tan fría, el aire sofocante. Parpadeó y ella estaba golpeando la tapa, gritando y gritando. Parpadeó y estaba encadenada con una máscara en la cara…

Aelin despertó y vio los braseros tenues y el olor de pino y nieve de su pareja se envolvió a su alrededor. Afuera, el viento aullaba e inflaba y mecía las paredes de lona.

Cansada. Estaba tan tan cansada.

Aelin miró la oscuridad durante varias horas y no volvió a dormir.

Incluso con la cubierta que les proporcionaba Oakwald, a pesar del espacio más amplio que Aelin iba incinerando a ambos lados del antiguo camino que subía por el continente como una vena seca, podía sentir que Endovier se acercaba. Podía sentir las montañas Ruhnn que les apuntaban, un muro contra el horizonte.

Iba cabalgando cerca del frente del grupo, sin decir mucho con el paso de la mañana y luego la tarde. Rowan permaneció a su lado, siempre a su izquierda, como si pudiera ser un escudo entre ella y Endovier. Ella enviaba plumas de flama que derretían los árboles antiguos delante de ellos. El viento de Rowan ahogaba el humo que pudiera advertirle al enemigo que se

acercaban.

Había terminado los tatuajes la noche anterior. Con un espejo le había mostrado lo que había hecho. El tatuaje que había diseñado para los dos.

Ella vio las alas desplegadas, las alas de un halcón, en su espalda y lo besó. Lo besó hasta que él ya no tenía ropa y ella estaba montándolo. Ninguno de los dos se molestó ni pudo encontrar palabras.

Su espalda ya había sanado para la mañana, aunque estaba un poco adolorida en ciertos puntos de su columna. En las horas que llevaban cabalgando hacia Endovier, el peso invisible de la tinta le parecía tranquilizador.

Había salido. Había sobrevivido.

A Endovier... y a Maeve.

Y ahora era su responsabilidad correr lo más rápido posible hacia el norte, para intentar salvar a su gente antes de que Morath los eliminara para siempre. Antes de que Erawan y Maeve llegaran a hacer justo eso.

Pero esos pensamientos no le quitaban la pesadez, ese jalón hacia el oeste. Ver el sitio del que le había tomado tanto tiempo escapar, incluso después de haber sido liberada físicamente.

Después del almuerzo encontró a Elide a su derecha. Venía cabalgando en silencio bajo los árboles. Cabalgaba con más orgullo que antes. Tenía ruborizadas las mejillas.

Aelin creyó saber con precisión por qué se ruborizaba, pensó que si volteaba hacia el sitio donde cabalgaba Lorcan, se encontraría con una sonrisa satisfecha y puramente masculina.

Pero las palabras de Elide fueron todo salvo las palabras de una doncella enamorada.

—No creí en realidad volver a ver Terrasen, después de que Vernon me sacó de Perranth.

Aelin parpadeó. El rubor incluso desapareció del rostro de Elide y la lady apretó los labios.

De todos ellos, sólo Elide había visto Morath. Había vivido ahí. Había sobrevivido.

Aelin dijo:

—Hubo un tiempo en el que yo tampoco pensé que lo volvería a ver.

El rostro de Elide se tornó contemplativo.

—¿Cuando eras una asesina o cuando eras una esclava?

—Ambas —dijo. Y tal vez Elide había cabalgado a su lado sólo para hacerla hablar, pero Aelin explicó—: Fue una tortura distinta, cuando estaba en Endovier, saber que mi hogar estaba a unos cuantos kilómetros de distancia. Y que no podría verlo una última vez antes de morir.

Los ojos oscuros de Elide brillaron con comprensión.

—Yo pensé que moriría en esa torre y que nadie recordaría que había existido.

Ambas habían estado en cautiverio, habían sido esclavas… de cierta manera. Ambas habían usado grilletes. Y tenían las cicatrices que lo demostraban.

O Elide las tenía. La falta de ellas en Aelin todavía le rasgaba el cuerpo, era una ausencia que nunca pensó que lamentaría.

—Pero logramos salir al final —dijo Aelin.

Elide extendió la mano para apretar la de Aelin.

—Sí, lo logramos.

Aunque en este momento deseaba que todo terminara ya. Todo. Cada una de sus respiraciones se sentían pesadas con eso, con ese deseo.

Continuaron adelante después de eso y justo cuando Aelin vio la bifurcación en el camino, la desviación que llevaba a las minas de sal en sí, el grito de advertencia de los rukhin que volaban en la frontera entre el bosque y las montañas se pudo escuchar.

Aelin desenfundó a Goldryn en un instante. Rowan también tenía sus armas desenvainadas de inmediato a su lado y todo el ejército se detuvo para mirar hacia el bosque, hacia el cielo.

Escuchó la advertencia justo cuando una figura oscura pasó volando rápidamente. Era tan grande que ocultaba el sol bajo el dosel del bosque.

Guiverno.

Los arcos se tensaron y los ruks pasaron volando, persiguiendo al guiverno. Si una exploradora de las Dientes de Hierro los encontraba…

Aelin preparó su magia. El guiverno dio vuelta hacia ellos, apenas visible entre las ramas.

Pero una luz se encendió en ese momento. Echó a los rukhin hacia atrás pero no les hizo daño.

No era una luz. Era hielo, que brillaba y centelleaba antes de convertirse en

flamas.

Rowan también lo reconoció. Y rugió la orden de no disparar.

No fue Abraxos el que aterrizó en el crucero de los caminos. Y no había señal de Manon Picos Negros.

La luz volvió a destellar. Y entonces ahí estaba Dorian Havilliard. Su chaqueta y su capa estaban manchadas y desgastadas.

Aelin galopó por el camino hacia él. Rowan y Elide venían a su lado y los demás detrás de ellos.

Dorian levantó una mano. Su rostro estaba serio como la muerte y sus ojos se abrieron al verla.

Pero entonces Aelin lo percibió.

Lo que Dorian cargaba.

Las llaves del Wyrd.

Las tres.

CAPÍTULO 88

El brazo y las costillas de Aedion estaban incendiándose.

Peor que el calor incandescente de las lanzas de fuego, peor que cualquier nivel del reino ardiente de Hellas.

Había recuperado la conciencia cuando la sanadora empezó sus primeras puntadas. Mordió el trozo de cuero que le ofreció y se retorció del dolor mientras lo suturaba.

Para cuando ella terminó, ya se había vuelto a desmayar. Despertó minutos después, según los soldados encargados de asegurarse de que no muriera y se dio cuenta de que el dolor había disminuido un poco pero seguía siendo lo suficiente como para no poder usar la espada. Al menos hasta que la parte hada de su sangre lo sanara… más rápido que a los hombres mortales.

Que no hubiera muerto por perder tanta sangre y que pudiera intentar mover su brazo cuando dio la orden de que le volvieran a poner la armadura para salir a las calles de la ciudad con la intención de regresar al muro fue gracias a esa sangre hada. De su madre, sí, pero principalmente de su padre.

¿Gavriel habría escuchado, al otro lado del mar o donde fuera que su búsqueda de Aelin lo hubiera llevado, que Terrasen estaba a punto de caer? ¿Le importaría?

Daba igual. Aunque una parte de él deseaba que el León estuviera ahí. Rowan y los demás también, por supuesto, pero la presencia firme de Gavriel sería un bálsamo para estos hombres. Tal vez para él también.

Aedion apretó los dientes. Se tambaleó al subir por las escaleras llenas de sangre para llegar a los muros de la ciudad. Iba esquivando cuerpos humanos y Valg. Una hora… había estado fuera una hora.

Nada había cambiado. El Valg seguía atacando las paredes y las puertas al sur y al oeste. Pero las fuerzas de Terrasen los mantenían fuera. En los cielos, el número de Crochans y Dientes de Hierro había disminuido, pero poco. Las Trece eran un grupo distante y feroz. Hacían pedazos todo lo que volara en su camino.

Y en el río… la sangre roja manchaba la ribera nevada. Demasiada sangre roja.

Dio otro paso y perdió de vista el río un momento mientras los soldados se deshacían de algunos Valg frente a él. Cuando pasaron, Aedion apenas podía respirar mientras buscaba en las riberas sangrientas. Había soldados muertos por todas partes pero… ahí. Más cerca de los muros de la ciudad de lo que se había dado cuenta.

Blanca sobre la nieve y el hielo seguía peleando. Le brotaba sangre del costado. Sangre roja.

Pero el dragón no se estaba retirando al refugio del río. Se mantuvo firme en su posición.

Era una tontería… innecesario. Emboscarlos desde el agua hubiera sido mucho más efectivo.

Pero Lysandra peleaba y rompía columnas vertebrales con su cola bifurcada mientras sus fauces gigantes arrancaban cabezas, justo donde el río curvaba al lado de la ciudad. Supo entonces que algo estaba mal. Más allá de la sangre en ella.

Supo que Lysandra se había enterado de algo que ellos no. Y al estar resistiendo estaba intentando indicárselos en los muros.

Con la cabeza dándole vueltas, con el dolor en el brazo y las costillas, Aedion estudió el campo de batalla. Un grupo de soldados la atacó. Con un golpe de su cola las lanzas se rompieron junto con sus portadores.

Pero otro grupo de soldados intentó pasar, del lado del río.

Aedion vio lo que traían. Lo que intentaban traer. Y maldijo. Lysandra destrozó un bote con su cola pero no podía alcanzar al segundo grupo de soldados… que llevaban otro.

Llegaron a las aguas heladas, el bote salpicó, y Lysandra atacó. Justo entonces quedó rodeada por otro grupo de soldados. Había tantas lanzas que no le quedó otra más que enfrentarlos. Permitir que el bote y los soldados que lo llevaban pasara.

Aedion se fijó hacia dónde iban los soldados y empezó a gritar sus órdenes. La cabeza le daba vueltas con cada orden.

Que Lysandra se hubiera escabullido al río por los túneles le dio la ventaja de la sorpresa. Pero también le había revelado a Morath que existía otra manera de entrar a la ciudad. Una que quedaba bajo sus pies.

Y si lograban entrar por esa rejilla, si podían meterse dentro de las paredes del castillo…

Luchó contra la confusión de su mente y Aedion empezó a hacer señas. Primero a la metamorfa que se mantenía firme, intentando con valentía

controlar esas fuerzas. Luego a las Trece, que volaban peligrosamente alto en los cielos, para que regresaran a los muros, que detuvieran el avance de Morath antes de que fuera demasiado tarde.

En el cielo, donde los aullidos del viento se confundían con los de los moribundos y heridos, Manon vio la señal del general. Un patrón cuidadoso de luz que le había enseñado la noche anterior.

Era una orden de que se apresuraran hacia los muros… de inmediato. Sólo ella y las Trece.

Las Crochans tenían contenida la marea de Dientes de Hierro. Pero si se retiraban… si se iban…

El príncipe Aedion volvió a hacer la señal.

Ahora, ahora, ahora.

Algo estaba mal. Muy mal.

Río, señaló él. Enemigo.

Manon miró hacia la tierra debajo. Y vio lo que Morath estaba intentando hacer a escondidas.

—¡A los muros! —le gritó a las Trece, que seguían en formación ofensiva detrás de ella, y movió las riendas para que Abraxos se dirigiera a la ciudad y que volara por encima de la pelea.

El grito de advertencia de Asterin la alcanzó un instante demasiado tarde.

Desde abajo, el depredador había estado emboscando a su presa. El guiverno enorme se dirigió directamente a Abraxos.

Manon reconoció a la jinete cuando el guiverno chocó con Abraxos y sus garras y dientes se enterraron hondo en el cuerpo de su montura.

Iskra Piernas Amarillas ya estaba sonriendo.

El mundo se ladeó y giró pero Abraxos, rugiendo de dolor, continuó en el aire, continuó aleteando.

Cuando el guiverno de Iskra movió la cabeza hacia atrás… y cerró sus mandíbulas alrededor de la garganta de Abraxos.

CAPÍTULO 89

El guiverno de Iskra lo apretó del cuello pero Abraxos se mantuvo en el aire.

Al ver esas mandíbulas poderosas alrededor del cuello de Abraxos, el miedo y el dolor en sus ojos…

Manon no podía respirar. No podía pensar por el terror que recorría su cuerpo, tan cegador y doloroso que por unos segundos se quedó congelada. Completamente congelada.

Abraxos, Abraxos…

Suyo. Él era de ella y ella era de él, y la Oscuridad había elegido que estuvieran juntos.

No tenía ya noción del tiempo, no sabía cuánto tiempo había pasado entre la mordida y el momento en que volvió a moverse. Podría ser un segundo, podría ser un minuto.

Pero luego estaba sacando una flecha de su aljaba casi vacía. El viento amenazó con arrancársela de los dedos pero la colocó en el arco, el mundo giraba-giraba-giraba, el viento rugía, y apuntó.

El guiverno de Iskra corcoveó cuando su flecha aterrizó… a un pelo de distancia de su ojo.

Pero no soltó a Abraxos.

No lo estaba sosteniendo con tanta fuerza como para arrancarle la garganta, pero si apretaba el tiempo necesario, si le cortaba el flujo de aire…

Manon sacó otra flecha. El viento la movió lo suficiente para que le atinara sólo a la mandíbula de la bestia y apenas se enterró en la piel gruesa.

Iskra estaba riendo. Reía mientras Abraxos luchaba y no podía liberarse…

Manon buscó a alguna de las Trece, a quien fuera que pudiera salvarlos. Salvarlo.

Era él quien importaba más que cualquier otro, con quien hubiera

intercambiado lugares si la Diosa de las Tres Caras lo permitiera, que le arrancaran a ella la garganta con esas fauces terribles.

Pero las Trece estaban dispersas. El aquelarre de Iskra atacaba y separaba a sus filas. Asterin y la Segunda de Iskra estaban luchando con las uñas y sus guivernos estaban entrelazados de las garras y caían hacia el campo de batalla.

Manon midió la distancia al guiverno de Iskra, a la mandíbula alrededor del cuello. Consideró el peso de las correas en las riendas. Si pudiera hacer un movimiento hacia abajo, si tenía suerte, podría lograr cortarle la garganta, sólo lo necesario para que soltara…

Pero las alas de Abraxos empezaron a fallar. Su cola, que estaba intentando con tanto esfuerzo golpear al otro guiverno, empezó a moverse con más lentitud.

No.

No.

No así. Cualquier otra cosa menos esto.

Manon se echó el arco a la espalda y con los dedos semicongelados intentó mover las correas y broches de la silla.

No podía soportarlo. No la soportaría, esta muerte, su dolor y miedo antes de que llegara.

Tal vez estaba sollozando. Tal vez estaba gritando cuando sus alas volvieron a fallar.

Saltaría por el maldito viento, arrancaría a esa perra de su silla y le cortaría el cuello al guiverno…

Abraxos empezó a caer.

No a caer. Descender… intentando bajar. Llegar al suelo y arrastrar al otro guiverno con él.

Para que Manon pudiera sobrevivir.

—POR FAVOR —su grito a Iskra se escuchó en todo el campo de batalla, en todo el mundo—. POR FAVOR.

Le suplicaría, se arrastraría, si eso le daba la oportunidad a él de vivir.

Su montura con corazón de guerrero. Que la había salvado muchas más veces que ella a él.

Que la había salvado de las maneras que más importaban.

—POR FAVOR.

Lo gritó, lo gritó con todo lo que le quedaba de su alma desgarrada.

Iskra sólo rio. Y el guiverno no soltaba, mientras Abraxos intentaba e intentaba acercarlos más al suelo.

El viento le arrancaba las lágrimas a Manon y al fin logró liberar el último broche de su silla. El espacio entre los guivernos era imposible, pero había tenido suerte antes.

No le importaba nada. Los Yermos, las Crochans, las Dientes de Hierro, su corona. No le importaba nada si Abraxos no estaba ahí con ella.

Las alas de Abraxos se esforzaron, lucharon con ese valiente corazón amoroso para llegar a un sitio más bajo.

Manon juzgó la distancia al flanco del guiverno, se arrancó los guantes para liberar sus uñas de hierro. Tan fuertes como garfios.

Manon se levantó en la silla, pasó una pierna por debajo de su cuerpo y se puso tensa para dar el salto. Y le dijo a Abraxos mientras le tocaba la columna:

—Te amo.

Era lo único que importaba al final. Lo único que importaba ahora.

Abraxos se azotó. Como si estuviera intentando detenerla.

Manon envió toda su fuerza a sus piernas, a sus brazos, inhaló, tal vez su última respiración…

Desde los cielos, más rápida que una estrella fugaz cruzando el firmamento, una forma se acercaba rugiendo al guiverno de Iskra.

Las mandíbulas soltaron el cuello de Abraxos y entonces iban cayendo, retorciéndose.

Manon logró pensar en sostenerse de la silla, sostenerse con todas sus fuerzas porque el viento amenazaba con arrancarla de él.

La sangre de Abraxos chorreaba hacia arriba mientras caían, pero abrió las alas muy amplias y giró, aleteando para subir. Se estabilizó lo suficiente para que Manon pudiera volver a sentarse en la silla. Se volvió a abrochar los cinturones y se dio la vuelta para ver qué había ocurrido a sus espaldas. Quién los había salvado.

No había sido Asterin.

No había sido ninguna de las Trece.

Sino Petrah Sangre Azul.

Y detrás de la heredera del clan de brujas Sangre Azul, chocando ahora con la legión aérea de Morath desde el sitio donde se habían escabullido al campo de batalla por encima de las nubes, llegaron las Dientes de Hierro.

Cientos de ellas.

Cientos de brujas Dientes de Hierro y sus guivernos se lanzaron contra su propia gente.

Petrah e Iskra se separaron. La heredera Sangre Azul voló hacia Manon mientras Abraxos luchaba por mantenerse en el aire.

Incluso con el viento, con la batalla, Manon alcanzó a escuchar a Petrah cuando la heredera Sangre Azul le dijo:

—Un mundo mejor.

Manon no tenía palabras. Ninguna, aparte de mirar hacia los muros de la ciudad, a la fuerza que estaba intentando entrar por la rejilla del río.

—Los muros…

—Ve.

Luego Petrah apuntó hacia donde Iskra se había detenido en el aire con la boca abierta por lo que estaba sucediendo. Ante el acto de desafío y rebelión tan impensable que muchas de las Dientes de Hierro de Morath también estaban boquiabiertas. Petrah le enseñó los dientes y reveló el hierro que brillaba en la luz del sol.

—Es mía.

Manon miró los muros de la ciudad y luego a Iskra y se dirigió hacia ellas de nuevo. Dos contra una y seguramente la podrían hacer pedazos…

—Ve —gruñó Petrah. Y cuando Manon volvió a titubear, Petrah sólo dijo:

—Por Keelie.

Por la montura que Petrah había amado como Manon amaba a Abraxos. Quien había luchado por Petrah hasta su último aliento mientras el guiverno de Iskra la masacraba.

Así que Manon asintió.

—Que la oscuridad te acoja.

Abraxos empezó a volar hacia el muro. Sus alas estaban inestables y su

respiración superficial.

Necesitaba descansar, necesitaba ver una sanadora…

Manon miró hacia atrás justo cuando Petrah chocó contra Iskra.

Las dos herederas iban cayendo hacia el suelo, luchando otra vez, los guivernos no dejaban de atacarse.

Manon no podía apartar la vista aunque lo hubiera querido.

Los guivernos se separaron y luego dieron la vuelta. Ejecutaron unos giros perfectos que los volvieron a enfrentar y se elevaron hacia el cielo. Sus colas se azotaban y se sostenían de las garras.

Más y más arriba volaron Iskra y Petrah. Los guivernos iban rasgando y mordiendo, atacaban con las garras, con las fauces. Más arriba de los niveles donde se libraba la batalla, entre las Crochans y las Dientes de Hierro y por encima de las nubes.

Una carrera, una burla de la danza de apareamiento de los guivernos, donde se elevaban al punto más alto del cielo y luego caían a la tierra como uno.

Las Dientes de Hierro detuvieron su pelea. Las Crochans se quedaron quietas a medio vuelo. Incluso en el campo de batalla, los soldados de Morath levantaron la vista.

Las dos herederas subían más y más y más alto. Y cuando llegaron a un lugar donde ni siquiera los guivernos lograban introducir suficiente aire a sus pulmones, pegaron las alas al cuerpo, se quedaron sostenidos de las garras y se lanzaron de cabeza hacia el suelo.

Manon vio la trampa antes que Iskra.

La vio en el momento en que Petrah se liberó, con el cabello dorado volando y desenfundó la espada al mismo tiempo que su guiverno empezó a dar vueltas.

Círculos cerrados y precisos alrededor de Iskra y su guiverno mientras caían.

Los círculos eran tan cerrados que el guiverno de Iskra no tenía espacio para abrir las alas. Y cuando lo intentaba, ahí estaba el guiverno de Petrah atacando con la cola o lanzando un mordisco. Cuando lo intentaba, ahí estaba la espada de Petrah haciendo jirones a la bestia.

Iskra se dio cuenta en ese momento.

Se dio cuenta de que caían y caían y caían mientras Petrah les daba vueltas, tan rápido que Manon se preguntó si la heredera Sangre Azul habría estado practicando esta maniobra durante meses, entrenando para este momento.

Para la venganza que le debía por ella y por Keelie.

El mundo pareció detenerse.

Petrah y su guiverno daban vueltas y vueltas. La sangre del guiverno de Iskra llovía hacia arriba. La bestia se ponía más frenética con cada metro que se acercaban a la tierra.

Pero Petrah tampoco había abierto las alas de su guiverno. No había tirado de las riendas para subir con su montura.

—Sube —exhaló Manon—. Sube ahora.

Petrah no lo hizo. Los dos guivernos caían hacia la tierra, estrellas oscuras que descendían de los cielos.

—Detente —ladró Iskra.

Petrah no se dignó a responder.

No podrían subir ya a esta velocidad. Y pronto Petrah tampoco podría hacerlo. Se rompería contra el suelo, junto con Iskra.

—¡Detente! —el terror convirtió la orden de Iskra en un grito agudo.

Manon no sintió ninguna lástima por ella. Nada.

El suelo se acercaba brutal e implacable.

—¡Perra desquiciada, dije que te detuvieras!

A sesenta metros del suelo. Luego a treinta. Manon no podía respirar.

Veinte metros.

Cuando el suelo parecía subir para encontrarlas, Manon escuchó las únicas palabras de Petrah a Iskra como si las hubiera arrastrado el viento hasta ella.

—Por Keelie.

El guiverno de Petrah abrió las alas, giró de una manera que Manon nunca había visto en ningún otro guiverno. Empezó a subir, la punta del ala rozaba el suelo helado, y luego salió disparado de regreso a los cielos.

Y dejaron que Iskra y su guiverno se aplastaran en el suelo.

El sonido reverberó por el cuerpo de Manon, se escuchó retumbar por todo el mundo.

Iskra y su guiverno no volvieron a levantarse.

Abraxos gimió de dolor y Manon volteó en la silla, con el corazón desbocado.

Iskra estaba muerta. La heredera de las Piernas Amarillas estaba muerta.

No la llenó de felicidad como debería. No ahora que había una rejilla vulnerable en el muro de la ciudad bajo ataque.

Así que restalló las riendas y Abraxos voló hacia los muros de la ciudad. Entonces Sorrel y Vesta llegaron a su lado. Asterin llegó rápidamente por la retaguardia. Volaron bajo, debajo de las Dientes de Hierro que peleaban contra las Dientes de Hierro, las Dientes de Hierro que peleaban contra las Crochans. Buscaron los puntos donde el río fluía justo a su lado.

Ya había llegado un bote a la rejilla. Las flechas ya volaban desde adentro: guardias frenéticos por mantener alejados a los enemigos.

Los soldados de Morath estaban tan preocupados por el objetivo frente a ellos, que no miraron atrás hasta que Abraxos estaba sobre ellos.

Su sangre voló hacia el frente cuando aterrizaron. Atacó con sus garras, sus dientes y su cola. Sorrel y Vesta se encargaron de los demás. El bote pronto terminó convertido en astillas.

Pero no fue suficiente. Ni remotamente.

—Las rocas —exhaló Manon y dirigió a Abraxos hacia el otro lado del río.

Entendió. Ella sintió que el corazón se le rompía hasta el punto de la agonía por presionarlo, pero voló al otro lado del río y trajo una de las pequeñas rocas de regreso. Las Trece vieron su plan y la siguieron, rápidas y decididas.

Cada uno de los aleteos de Abraxos era más lento que el anterior. Perdía altura con cada metro que cruzaban sobre el río.

Pero lo logró, justo cuando otro grupo de soldados de Morath estaba intentando ingresar por el pasaje pequeño y vulnerable. Manon dejó caer la piedra en el agua frente al lugar. Las Trece dejaron caer sus piedras también. El agua salpicó al otro lado de los muros de la ciudad.

Más y más, cada viaje al otro lado del río más lento que el anterior.

Pero luego ya estaban ahí las rocas apiladas, ya salían a la superficie. Luego sobre ella para bloquear todo el acceso al túnel del río. Sólo con la suficiente altura para sellarlo, pero no para permitirle que lo usaran los soldados de Morath para pasar al otro lado.

La respiración de Abraxos era dificultosa, su cabeza estaba caída.

Manon giró en la silla para ordenarle a su Segunda que dejara de apilar las piedras, pero Asterin ya lo había hecho. Su Segunda apuntó a los muros de la ciudad sobre ellas.

—¡Métete!

Manon no desperdició un momento discutiendo. Chasqueó las riendas de Abraxos y volaron al otro lado del muro. Su sangre llovió sobre los soldados que luchaban ahí.

Logró llegar a las almenas del castillo antes de que se le agotara la fuerza.

Antes de chocar contra las rocas y deslizarse por ellas. El tronido del impacto se escuchó por todo Orynth.

Chocó contra el costado del castillo en sí, con las alas flácidas, y Manon de inmediato empezó a desabrochar las ataduras de la silla y a pedir a gritos que los ayudara una sanadora.

La herida de su cuello era mucho más grave de lo que pensaba.

Y de todas maneras había peleado por ella. Se había mantenido en el aire.

Manon usó sus manos para detener el sangrado de la profunda mordedura. La sangre brotaba entre sus dedos como agua en una presa cuarteada.

—Ya viene la ayuda —le dijo con la voz entrecortada y áspera—. Ya vienen.

Las Trece aterrizaron. Sorrel corrió al castillo sin dudarlo a buscar a una sanadora y arrastrarla si fuera necesario, y luego había once pares de manos en el cuello de Abraxos.

Para detener el sangrado. Presionando como una para mantener esa sangre preciada en su interior mientras encontraban a la sanadora.

Manon no podía verlas, no podía hacer nada salvo cerrar los ojos y rezarle a la Oscuridad, a la madre de las tres caras, mientras continuaba con sus manos sobre las heridas sangrantes.

Unos pasos apresurados sonaron en las rocas de las almenas y entonces Sorrel ya estaba ahí junto a Manon. Levantó las manos también para cubrir sus heridas.

Una mujer mayor sacó su estuche y les advirtió que siguieran presionando.

Manon no se molestó en aclararle que no irían a ninguna parte. Ninguna de ellas.

Mientras la batalla seguía su curso en los cielos y en la tierra.

Lysandra apenas podía respirar. Cada movimiento de sus alas era más pesado que el anterior mientras se dirigía al lugar donde había visto a Manon Picos Negros y su aquelarre chocar en las almenas del castillo.

Se había convertido en un guiverno también. Aprovechó el caos de la llegada de las rebeldes Dientes de Hierro como distracción, pero el agotamiento de su magia había cobrado un precio. Y la pelea, las heridas que ni siquiera ella

había podido detener…

Lysandra vio a dos figuras que llevaban a un conocido guerrero de cabello dorado por las escaleras del castillo justo cuando llegó a las almenas. Las brujas se dieron la vuelta hacia ella.

Pero Lysandra se transformó y obligó a su cuerpo a hacerlo una última vez, a regresar a la forma humana. Apenas había terminado de ponerse los pantalones y la camisa que había dejado en un paquete junto al muro del castillo cuando Ren Allsbrook y un soldado del Flagelo llegaron a la cima de las almenas con un Aedion semiconsciente entre ellos.

Tenía tanta sangre.

Lysandra corrió hacia ellos. No hizo caso a su cojeo, al dolor que le recorría la pierna izquierda, el hombro derecho. Al fondo en las almenas una sanadora trabajaba en Abraxos, que estaba herido. Las Trece, cubiertas en su sangre, estaban a su alrededor.

—¿Qué pasó? —preguntó Lysandra cuando se detuvo frente a Aedion, quien logró levantar la cabeza y sonreírle.

—Príncipe del Valg —dijo Ren. También estaba cubierto de sangre y tenía el rostro pálido por el agotamiento.

Oh, dioses.

—No se escapó —dijo Aedion con voz ronca.

Ren le dijo molesto:

—Y tú no descansaste el tiempo suficiente, idiota. Te rasgaste las suturas.

Lysandra le acarició la cara a Aedion, su frente.

—Vamos a conseguirte una sanadora.

—Ya vi a una —gruñó Aedion y puso los pies en el suelo para intentar enderezarse—. Me trajeron acá para descansar.

Como si eso fuera una idea ridícula.

Ren bajó el brazo de Aedion de alrededor de su hombro.

—Siéntate, antes de que te caigas y te rompas la cabeza con las rocas — Lysandra estuvo a punto de expresar que estaba de acuerdo. Ren dijo—: Voy a regresar al muro.

—Espera.

Ren volteó a verla pero Lysandra no habló hasta que el soldado del Flagelo le

ayudó a Aedion a sentarse apoyado en el costado del castillo.

—Espera —le repitió a Ren cuando él abrió la boca. Ella sentía que el corazón le estallaba, sentía náuseas arremolinándose en su estómago. Silbó y Manon Picos Negros y las Trece voltearon a verla. Las llamó con un movimiento del brazo y sintió el dolor recorrerla.

—Estás herida —gruñó Aedion.

Lysandra no le hizo caso y las brujas se acercaron. Estaban llenas de sangre por todas partes.

Le preguntó a Manon:

—¿Abraxos va a vivir?

La reina bruja asintió brevemente. Tenía los ojos dorados opacos.

Lysandra no logró sentir alivio. No en vista de las noticias que la habían hecho volar de regreso tan desesperadamente. Tragó la bilis que sentía en su garganta y apuntó hacia el campo de batalla. A su corazón oscuro y en tinieblas.

—Ya arreglaron la torre de las brujas. Está avanzando hacia acá. La acabo de ver. Las brujas están en la parte superior.

Silencio absoluto.

Y, como en respuesta, la torre hizo erupción.

No hacia ellos, sino hacia el cielo. Un destello de luz, un estallido más fuerte que un trueno y luego una sección del cielo se quedó vacía.

Donde luchaban las Dientes de Hierro, rebeldes y fieles a Morath por igual, donde las Crochans volaban entre ellas, ya no había nada.

Sólo ceniza.

La voz de Lysandra se quebró cuando la torre continuó moviéndose. Avanzaba en línea recta, directamente hacia Orynth.

—Quieren volar la ciudad en pedazos.

Con las manos y los brazos cubiertos de la sangre de Abraxos, Manon miró hacia el campo de batalla. Miró hacia el sitio donde todas esas brujas, Dientes de Hierro y Crochans luchando por ambos lados, simplemente habían… desaparecido.

Todo lo que había dicho su abuela sobre las torres de las brujas era verdad.

Y no había sido Kaltain y su fuego de sombras lo que le había dado energía a

esa explosión destructiva, sino brujas Dientes de Hierro.

Brujas Dientes de Hierro jóvenes que se ofrecieron como voluntarias. Que hicieron el Doblegamiento al saltar en el agujero forrado de espejos dentro de la torre.

Un Doblegamiento ordinario podía eliminar a unas veinte o treinta brujas a su alrededor. Tal vez más, si era anciana y más poderosa.

Pero un Doblegamiento amplificado por el poder de esos espejos de bruja… Un estallido y el castillo que estaba detrás de ellos quedaría convertido en escombros. Otro estallido, tal vez dos, y Orynth tendría el mismo destino.

Las Dientes de Hierro rodearon la torre. Un muro feroz para evitar que se acercaran las Crochans y las Dientes de Hierro rebeldes.

Unas cuantas Crochans habían intentado romper sus filas defensivas.

Sus cuerpos vestidos de rojo cayeron al suelo hechos pedazos.

Petrah, que ahora estaba acompañada de su aquelarre, incluso avanzó hacia la torre. Para derribarla.

Un enjambre de Dientes de Hierro las obligó a retroceder.

La torre avanzaba. Más y más cerca.

Estaría ya dentro del rango pronto. En unos minutos más, esa torre estaría lo suficientemente cerca para que su explosión alcanzara el castillo. Para eliminar a su ejército, este remanente de resistencia, para siempre.

No habría sobrevivientes. No habría segundas oportunidades.

Manon volteó a ver a Asterin y dijo en voz baja.

—Necesito otro guiverno.

Su Segunda solamente se quedó viéndola.

Manon repitió:

—Necesito otro guiverno.

Abraxos no estaba en condiciones de volar. No lo estaría por varias horas, tal vez días.

Aedion Ashryver dijo con voz rasposa:

—Nadie podrá cruzar ese muro de Dientes de Hierro.

Manon le enseñó los dientes.

—Yo sí —apuntó a la metamorfa—. Tú puedes llevarme.

Aedion gruñó:

—No.

Pero Lysandra negó con la cabeza. Sus ojos verdes expresaban tristeza y desesperación.

—No puedo… ya agoté mi magia. Si tuviéramos una hora…

—Tenemos cinco minutos —le gritó Manon. Volteó a ver a las Trece—. Entrenamos para esto. Para romper las filas enemigas. Podemos atravesarlas. Podemos destrozar esa Torre.

Pero ellas sólo se miraron. Como si hubieran tenido una conversación y un acuerdo.

Las Trece caminaron hacia sus propios guivernos. Sorrel le puso la mano a Manon en el hombro al pasar a su lado y luego montó a su guiverno. Dejó a Asterin frente a Manon.

Su Segunda, su prima, su amiga, sonrió con los ojos brillantes como estrellas.

—Vive, Manon.

Manon parpadeó.

Asterin sonrió más ampliamente, le besó la frente y volvió a susurrar:

—Vive.

Manon no vio venir el golpe.

El golpe a su estómago, tan fuerte y preciso que le sacó el aire. La derribó de rodillas.

Estaba intentando respirar, levantarse, cuando Asterin llegó al lado de Narene, se montó en la hembra azul y tomó las riendas.

—Lleva a nuestra gente a casa, Manon.

Manon entendió entonces. Lo que iban a hacer.

Le flaquearon las piernas, su cuerpo no le respondió cuando intentó ponerse de pie. Con voz áspera, dijo:

—No.

Pero Asterin y las Trece ya estaban volando en el cielo.

Ya iban en formación, ese ariete que les había funcionado tan bien. Se dirigían rápidamente al campo de batalla. A la torre de las brujas que se aproximaba.

Manon se arrastró a la orilla de la almena y se agarró del borde de la roca para pararse. Se recargó contra las piedras, jadeando, intentando que el aire volviera a entrar a sus pulmones para poder encontrar una manera de salir volando, de encontrar alguna Crochan para robarle su escoba…

Pero no había brujas ahí. No había escobas. Abraxos seguía inconsciente.

Manon alcanzó a darse cuenta de que llegaron a su lado la metamorfa y el príncipe Aedion junto con lord Ren. Estaba distantemente consciente del silencio que cayó sobre el castillo, la ciudad, los muros.

Todos veían esa torre de las brujas acercarse, la destrucción que se acumulaba en su interior.

Veían a las Trece acelerar en esa dirección, acelerar contra el viento y la muerte misma.

Un muro de Dientes de Hierro se levantó frente a la torre para bloquearles el paso.

Cien contra doce.

Dentro de la torre de las brujas, tan cerca que ahora Manon podía ver a través del arco abierto de su nivel superior, una joven bruja vestida de negro dio un paso al interior hueco.

Avanzó hacia el sitio donde estaba la abuela de Manon e hizo un gesto hacia el agujero debajo.

Las Trece se acercaron a las enemigas en su camino y no titubearon.

Manon enterró los dedos en las rocas con tanta fuerza que las uñas de hierro se cuartearon. Empezó a sacudir la cabeza, algo en su pecho se fracturó por completo.

Se fracturó al ver a las Trece chocar contra el bloqueo de las Dientes de Hierro.

La maniobra fue perfecta. Más perfecta que todas las que habían ensayado. Una falange letal que se abrió paso por las filas enemigas, dirigiéndose directamente a la torre.

Segundos. Tenían segundos antes de que la joven bruja invocara el poder y desatara el Doblegamiento en un estallido de negrura.

Las Trece atravesaron el muro de Dientes de Hierro, se dispersaron y las empujaron a los lados.

Abrieron un camino directo a la torre y Asterin llegó por la retaguardia, dirigiéndose al nivel más alto.

Imogen fue la primera en caer.

Luego Lin.

Y Ghislaine, porque su guiverno estaba rodeado de sus enemigas.

Luego Thea y Kaya, juntas, como siempre habían estado.

Luego las gemelas demonio de ojos verdes, riendo al morir. Luego las Sombras, Edda y Briar, disparando flechas hasta el último momento. Flechas que dieron en sus blancos.

Luego Vesta, que rugió su rebeldía a los cielos.

Y luego Sorrel. Sorrel, que había mantenido abierto el paso para Asterin, un muro sólido para que la Segunda de Manon pudiera entrar. Un muro contra el cual las olas de Dientes de Hierro chocaban y chocaban.

La joven bruja dentro de la torre empezó a emitir luz negra, a unos pasos del agujero.

Junto a Manon, Lysandra y Aedion se abrazaron. Estaban listos para que llegara el final en unos segundos.

Y entonces Asterin llegó. Asterin voló a toda velocidad hacia ese trozo abierto de aire, hacia la torre en sí, que habían comprado con las vidas de las Trece. Con su última resistencia.

Manon sólo podía mirar, mirar y mirar y mirar, sacudiendo la cabeza como si pudiera deshacerlo, al ver a Asterin quitarse la chaqueta de cuero, la camisa debajo.

Y Asterin se paró en la silla de montar, desabrochó las correas, con una daga en la mano, y su guiverno se dirigió directamente a la torre.

La abuela de Manon volteó en ese momento. Apartó la vista del agujero, de la acólita que estaba a punto de saltar a su interior y destruirlos a todos.

Asterin lanzó su daga.

El cuchillo encontró su blanco.

Se enterró en la espalda de la acólita y la bruja cayó hacia las rocas, a unos treinta centímetros de la boca del agujero.

Asterin sacó las espadas gemelas de las fundas de su cintura e hizo chocar su guiverno contra el lado de la torre. El crujido de hueso en roca hizo eco por el

mundo.

Pero Asterin ya estaba saltando. Ya estaba volando por el aire con las espadas en alto. Su guiverno caía. El cuerpo de Narene se había fracturado con el impacto.

Entonces Manon empezó a gritar.

Gritos, interminables y sin palabras, cuando eso en su pecho, cuando su corazón, se hizo pedazos.

Asterin aterrizó en el arco abierto de la torre de las brujas. Iba blandiendo las espadas frente a las brujas que se acercaban a matarla. Podrían haber sido hojas de pasto. Podrían haber sido niebla, por la facilidad con que Asterin las derribó, una tras otra, avanzando hacia adelante, hacia la matrona que la había marcado con las letras que contrastaban en su abdomen.

SUCIA.

Las espadas giraban, se torcían, volaban. Asterin mató a todas las brujas que quedaban entre ella y la abuela de Manon.

La bruja mayor del clan Picos Negros retrocedió, sacudió la cabeza. Movió la boca, como si estuviera exhalando:

—Asterin, no…

Pero Asterin ya estaba ahí.

Y no había oscuridad, sino luz, una luz brillante y pura como el sol sobre la nieve que brotaba de Asterin.

Luz, cuando Asterin hizo el Doblegamiento.

Cuando las Trece, con sus cuerpos rotos tirados alrededor de la torre casi en un círculo, también hicieron el Doblegamiento.

Luz. La quemaron con esa luz. La irradiaron.

Una luz que brotaba de sus almas, de sus corazones feroces al entregarse a ese poder. Brillaron incandescentes.

Asterin tiró a la matrona Picos Negros al suelo. La abuela de Manon era poco más que una sombra contra ese brillo. Luego poco más que un desecho de odio y recuerdos cuando Asterin estalló.

Cuando ella y las Trece hicieron el Doblegamiento por completo y se volaron a ellas mismas y a la torre de las brujas en mil pedazos.

CAPÍTULO 90

Manon cayó de rodillas en las almenas del castillo y no se movió en mucho mucho tiempo.

No escuchó a los que le hablaban, a los que le tocaban el hombro. No sintió el frío.

El sol subió y descendió.

En algún momento, se recostó en las rocas, en posición fetal contra el muro. Cuando despertó, la cubría un ala y un aliento tibio le soplaba por la cabeza mientras Abraxos dormía.

No tenía palabras ya. Nada salvo un zumbido de silencio.

Manon se puso de pie y salió detrás del ala que la había protegido.

Estaba amaneciendo.

Y ahí donde estaba la torre de las brujas, donde había estado el ejército, sólo quedaba tierra quemada.

Morath había retrocedido. Muy atrás.

La ciudad y los muros se mantenían en pie.

Despertó a Abraxos con una mano en su costado.

No podía volar, todavía no, así que caminaron juntos.

Bajaron las escaleras de la almena. Salieron de las puertas del castillo y a las calles de la ciudad.

No le importaba si otros la seguían. Cada vez había más detrás de ellos.

Las calles estaban llenas de sangre y escombros, todo bañado en la luz dorada del sol que despuntaba.

No sintió la calidez de ese sol en su rostro mientras caminaban por la puerta sur y hacia la planicie más allá. No le importó que alguien les hubiera abierto

las puertas.

A su lado, Abraxos empujaba los montones de soldados del Valg a un lado para irle abriendo paso. Para abrirle paso a los que iban detrás de ellos.

Estaba muy silencioso. Dentro de ella y en la planicie.

Tan silencioso y vacío.

Manon cruzó el campo de batalla acallado. No se detuvo hasta llegar al centro de la explosión. Hasta que se paró en su corazón.

No quedaba rastro de la torre. Ni de los que habían estado en ella, alrededor. Incluso las rocas se habían derretido y evaporado.

No había rastro de las Trece ni de sus guivernos valientes y nobles.

Manon cayó de rodillas.

La ceniza se levantó y voló a su alrededor. Suave como la nieve cuando se adhirió a las lágrimas de su rostro.

Abraxos se echó a su lado. Enroscó la cola a su alrededor y ella se agachó encima de sus rodillas y lloró.

Detrás de ella, si hubiera volteado, habría visto a Glennis. Y a Bronwen. A Petrah Sangre Azul.

A Aedion Ashryver y Lysandra y Ren Allsbrook.

Al príncipe Galan y al capitán Rolfe y a Ansel de Briarcliff, a Ilias y a la realeza hada a su lado.

Si hubiera volteado, habría visto las pequeñas flores blancas que traían. Se habría preguntado cómo y dónde las habían conseguido en pleno invierno.

Si hubiera volteado, habría visto a la gente reunida detrás de ellas, tanta gente que el grupo llegaba hasta las puertas de la ciudad. Habría visto a los humanos parados lado a lado con las Crochans y las Dientes de Hierro.

Todos habían ido a honrar a las Trece.

Pero Manon no volteó. Ni siquiera cuando los líderes que la habían acompañado, que habían caminado con ella hasta acá, empezaron a colocar sus flores sobre la tierra quemada y ensangrentada. Ni siquiera cuando sus lágrimas fluyeron y cayeron sobre las cenizas junto con sus ofertas de tributo.

No hablaron. Y tampoco habló la fila enorme de personas que vino detrás de ellos. Algunos traían flores pero muchos traían pequeñas rocas para colocarlas en el sitio. Los que no tenían ninguna de las dos, dejaban cualquier artículo personal que podían ofrecer. Hasta que el sitio de la explosión quedó

cubierto, como si hubiera nacido un jardín en el campo de sangre.

Glennis se quedó hasta el final.

Y cuando se quedaron solas en el campo de batalla vacío, la bisabuela de Manon le puso la mano en el hombro y dijo en voz baja, su voz distante de alguna manera:

—Sé el puente, sé la luz. Cuando el hierro se funda, cuando las flores broten en los campos de sangre… deja que la tierra sea testigo y regresaremos a casa.

Manon no escuchó las palabras. No se dio cuenta siquiera cuando Glennis regresó a la ciudad a sus espaldas.

Durante horas, Manon se quedó hincada en el campo de batalla con Abraxos a su lado. Como si pensara quedarse con ellas, sus Trece, un rato más.

Y a lo lejos, en las montañas cubiertas de nieve, en una planicie estéril frente a las ruinas de una ciudad que alguna vez fue grande, una flor empezó a abrir.

CAPÍTULO 91

Dorian no lo había creído… no se había atrevido a tener esperanza al verlo.

Un ejército extranjero que marchaba hacia el norte. Un ejército que él había crecido estudiando. Eran los soldados del khagan y la caballería darghan. Eran los legendarios ruks, magníficos y orgullosos, volando sobre ellos en un mar de alas.

Se acercó lo más que pudo a la cabeza del ejército y se preguntó quiénes de la realeza habrían venido. Se preguntó si Chaol vendría con ellos. Si la presencia de este ejército milagroso significaría que su amigo había tenido éxito en su misión imposible.

Entonces lo vieron los ruks.

Lo persiguieron y él empezó a hacer señales al acercarse. Esperando que se detuvieran.

Pero luego aterrizó en un cruce de caminos. Y los vio. La vio.

Aelin, que galopaba hacia él. Rowan a su lado. Elide y los demás con ella.

Maeve creía que Aelin iba a Terrasen. Y ahí estaba, con el ejército del khagan.

La sonrisa de Aelin desapareció en el instante en que se acercó. Como si percibiera lo que cargaba.

—¿Dónde está Manon? —fue lo único que preguntó.

—Terrasen —exhaló él jadeando ligeramente—. Y probablemente con las Crochans, si todo salió de acuerdo con el plan.

Ella abrió la boca, con los ojos como platos, pero otro jinete llegó cabalgando por el camino.

El mundo se quedó en silencio.

El jinete que se acercaba se detuvo. Otro jinete, una mujer hermosa que Dorian sólo podría describir como dorada, venía detrás.

Pero Dorian se quedó viendo al jinete que estaba frente a él. A la postura de su cuerpo, el asiento de mando que poseía.

Y cuando Chaol Westfall desmontó y corrió los últimos metros hacia Dorian, el rey de Adarlan lloró.

Chaol no ocultó sus lágrimas, el temblor que lo estremecía cuando chocó con Dorian y abrazó a su rey.

Nadie dijo una palabra, aunque Chaol sabía que todos estaban a su alrededor. Sabía que Yrene estaba detrás de él, llorando con ellos.

Sólo abrazó a su amigo, a su hermano.

—Sabía que lo lograrías —dijo Dorian con la voz entrecortada—. Sabía que encontrarías cómo. Cómo lograr todo.

El ejército. El hecho de estar de pie.

Chaol sólo abrazó a Dorian con más fuerza.

—Tienes una buena historia que contar tú también.

Dorian retrocedió con expresión solemne.

Una historia, se dio cuenta Chaol, que tal vez no sería tan alegre como la de él.

Pero antes de que pudiera caer sobre ellos la desgracia que traía Dorian, Chaol hizo un ademán hacia el sitio donde Yrene había desmontado y ahora se limpiaba las lágrimas.

—La mujer responsable de esto —dijo Chaol con un movimiento hacia su cuerpo erguido, su habilidad de caminar, al ejército que se extendía por el camino—. Yrene Towers. Una sanadora de la Torre Cesme. Y mi esposa.

Yrene hizo una reverencia y Chaol podría jurar que un destello de tristeza oscureció los ojos de Dorian. Pero luego su rey estaba tomando a Yrene de las manos, levantándola de su reverencia. Y aunque la tristeza seguía en su sonrisa, Dorian le dijo:

—Gracias.

Yrene se puso color escarlata.

—He oído mucho de ti, majestad.

Dorian sólo le guiñó un ojo, un fantasma del hombre que había sido antes.

—Puras cosas malas, espero.

Yrene rio y la dicha de su rostro, la dicha que Chaol sabía era por ambos, lo hizo amarla por completo nuevamente.

—Siempre he deseado una hermana —dijo Dorian y se inclinó para besar a Yrene en ambas mejillas—. Bienvenida a Adarlan, lady.

El rostro de Yrene se suavizó, se hizo más profundo y se puso una mano en el abdomen.

—Entonces te alegrará saber que pronto serás tío.

Dorian volteó de inmediato a ver a Chaol. Chaol asintió, incapaz de encontrar las palabras para transmitir lo que le inundaba el corazón.

Pero la sonrisa de Dorian se apagó cuando volteó al sitio donde estaba Aelin ahora, recargada en un árbol con Rowan y Elide a su lado.

—Lo sé —dijo Aelin y Chaol supo que ella no se refería al embarazo.

Dorian cerró los ojos y Chaol le puso una mano a su rey en el hombro al percibir la carga que estaba a punto de revelarles.

—Conseguí la tercera de Morath —dijo Dorian.

Chaol sintió que se le doblaban las rodillas e Yrene llegó ahí al instante con un brazo en su cintura.

Las llaves del Wyrd.

Chaol le preguntó a Dorian:

—¿Tienes las tres?

Dorian asintió una vez.

Una mirada de Rowan y su grupo se movió de inmediato para asegurarse de que nadie del ejército se acercara lo suficiente para escuchar.

—Me metí a Morath en secreto para conseguir la tercera —dijo Dorian.

—Santos dioses —exhaló Aelin. Chaol solamente parpadeó.

—Ésa fue la parte fácil —dijo Dorian y palideció.

La realeza del khaganato emergió de entre las filas y Dorian le sonrió a Nesryn. Luego hizo un gesto de afirmación a los príncipes y la princesa. Las presentaciones se harían después.

—Maeve estuvo ahí —le dijo Dorian a Aelin.

Las flamas bailaron en las puntas de los dedos de Aelin y puso la mano en

Goldryn. El fuego pareció hundirse en la espada y el rubí centelleó.

—Lo sé —dijo en voz baja.

Dorian arqueó las cejas. Aelin solamente negó con la cabeza y le indicó que continuara cuando el grupo de Rowan regresó.

—Maeve descubrió mi presencia y… —Dorian suspiró y les contó toda la historia rápidamente.

Cuando terminó, Chaol sintió alivio de que Yrene hubiera mantenido su brazo alrededor de su cintura. El silencio se extendió a su alrededor, espeso y tenso. Dorian había destruido Morath.

—No dudo —admitió Dorian— que tanto Erawan como Maeve sobrevivieran al colapso de Morath. Probablemente sólo sirvió para hacerlos enfurecer.

Eso no evitó que Chaol se maravillara ante lo que había logrado su amigo. Los demás estaban viéndolo boquiabiertos.

—Bien hecho —dijo Lorcan y miró al rey de pies a cabeza—. Bien hecho en verdad.

Aelin silbó impresionada.

—Me hubiera gustado verlo —le dijo a Dorian con un movimiento de cabeza. Luego volteó a ver a Rowan—. Tu tío y Essar por lo visto sí reaccionaron. Echaron a la calle a Maeve.

El príncipe hada resopló con una risa.

—Dijiste que tu carta estaba redactada con palabras fuertes. Debí haberte creído —Aelin hizo una reverencia. Chaol no tenía idea de qué hablaban pero Rowan continuó—: Entonces, si Maeve no puede ser reina de las hadas, se buscará otro trono.

—Perra —escupió Fenrys. Chaol estaba de acuerdo.

—Entonces nuestros peores miedos se han confirmado —dijo el príncipe Sartaq y miró a sus hermanos—. Un rey y una reina del Valg se unieron — miró a Elide—. Tu tío no mintió.

—Maeve ya no tiene ejército —les recordó Dorian—. Sólo su poder.

Nesryn se encogió un poco.

—Los híbridos que creó con las princesas podrían ser suficiente desastre.

Chaol miró a Yrene, la mujer que tenía en su cuerpo el arma más poderosa contra el Valg.

—¿Cuándo saliste de Morath? —preguntó Rowan.

—Hace tres días —dijo Dorian.

Rowan volteó a ver a Aelin, con el rostro cenizo mientras continuaba recargada contra el árbol. Chaol se preguntó si estaría así solamente porque no se podría sostener sobre sus propias piernas.

—Por lo menos sabemos entonces que Erawan no ha llegado todavía a Terrasen.

—Sus huestes de Dientes de Hierro se adelantaron —dijo Dorian.

—Lo sabemos —dijo Chaol—. Ya están en Orynth.

Dorian negó con la cabeza.

—Eso es imposible. Salieron poco después que yo. Me sorprende que no las hayan visto volar por las Ruhnn.

Silencio.

—Las huestes completas de las Dientes de Hierro todavía no llegan a Orynth —dijo Aelin con suavidad. Demasiada suavidad.

—Yo conté más de mil en el grupo con el que volé —dijo Dorian—. Muchas traían soldados con ellas… todos Valg.

Chaol cerró los ojos e Yrene lo apretó como consuelo silencioso.

—Sabíamos que los rukhin estarían superados en número de todas maneras —dijo Nesryn.

—No quedará nada de Terrasen para que defiendan los rukhin —dijo el príncipe Kashin frotándose la mandíbula—. Aunque las Crochans llegaran antes que nosotros.

La reina de Terrasen al fin se separó del árbol.

—Tenemos dos opciones, entonces —dijo y su voz no titubeó a pesar del infierno que se había desplegado contra ellos—. Continuamos al norte, lo más rápido que podamos. Vemos si queda algo por lo cual pelear al llegar a Terrasen. Yo podría hacer algo para derribar a varios de esos guivernos.

—¿Y la otra opción? —preguntó la princesa Hasar.

El rostro de Aelin se puso sombrío.

—Tenemos las tres llaves del Wyrd. Me tienen a mí. Puedo ponerle fin a esto ahora. O al menos sacar a Erawan de la jugada antes de que pueda encontrarnos, volver a robar las llaves y gobernar sobre este mundo y todos

los demás.

Rowan se sobresaltó y sacudió la cabeza. Pero Aelin levantó una mano. Y el príncipe hada retrocedió.

—Esta decisión no es sólo mía.

Y Chaol se dio cuenta de que en verdad una reina estaba parada frente a ellos, no la asesina que había sacado arrastrando de una mina de sal a unos cuantos kilómetros de ahí. Ni siquiera la mujer que había visto en Rifthold.

Dorian enderezó los hombros.

—La decisión también es mía.

Lenta, muy lentamente, Aelin lo volteó a ver. Chaol se preparó. La voz de Aelin era letalmente suave cuando le dijo a Dorian:

—Tú conseguiste la tercera llave. Tu papel en esto ya terminó.

—Por supuesto que no —dijo Dorian y sus ojos de zafiro centellearon—. La misma sangre, la misma deuda, fluye por mis venas.

Las manos de Chaol se cerraron en puños y se esforzó por mantener la boca cerrada. Rowan parecía estar haciendo lo mismo ahora que los dos gobernantes estaban enfrentándose.

El rostro de Aelin permaneció impasible… distante.

—¿Tantas ganas tienes de morir?

Dorian no retrocedió.

—¿Y tú?

Silencio. Silencio absoluto en el claro.

Luego Aelin se encogió de hombros, como si el destino de mundos enteros no estuviera en juego.

—Independientemente de quién ponga las llaves de regreso en la puerta, éste es un destino que nos pertenece a todos. Así que deberíamos decidirlo entre todos —levantó la barbilla—. ¿Continuamos a la guerra con la esperanza de llegar a Orynth a tiempo y luego destruimos las llaves o destruimos las llaves ahora y luego ustedes continúan al norte? —una pausa, terrible e insoportable —, sin mí.

Rowan temblaba, por intentar controlarse o por temor, Chaol no podía distinguirlo.

Aelin dijo sin titubear y tranquila:

—Me gustaría someterlo a voto.

A voto.

Rowan nunca había escuchado algo tan absurdo.

Aunque una parte de él brillaba con orgullo de que hubiera elegido este momento, este sitio, como el momento en que surgiría ese nuevo mundo que había prometido.

Un mundo en el cual no sólo unos pocos tuvieran todo el poder, sino muchos. Empezando con esta decisión vital. Este destino insoportable.

Todos avanzaron más por la carretera y a Rowan no le pasó desapercibido que estaban en un cruce de caminos. Ni que Dorian y Aelin y Chaol estaban en el corazón de ese cruce, a pocos kilómetros de las minas de sal. Donde habían empezado tantas cosas, apenas hacía poco más de un año.

Rowan sintió un rugido sordo en los oídos cuando el debate se desató.

Sabía que debía caer de rodillas y agradecerle a Dorian que hubiera conseguido la tercera llave. Pero al mismo tiempo odiaba al rey.

Odiaba este camino en el que lo habían puesto, hacía mil años. Odiaba que tuvieran que tomar esta decisión, cuando ya habían peleado tanto, cuando ya habían dado tanto.

El príncipe Kashin estaba diciendo:

—Vamos a marchar hacia un ejército de cien mil tropas enemigas, posiblemente más. Ese número no va a cambiar cuando se cierre el portal del Wyrd. Necesitamos a la Portadora de Fuego para abrirnos paso entre ellos.

La princesa Hasar hizo un gesto de desaprobación.

—Pero existe la posibilidad de que ese ejército se colapse cuando Erawan desaparezca. Si le cortamos la cabeza a la bestia, el cuerpo podría morir.

—Ése es un riesgo grande —dijo Chaol con la mandíbula apretada—. Eliminar a Erawan de todo esto podría ayudar, o podría no servir. Un ejército enemigo de ese tamaño, lleno de Valg que podrían estar muy felices de ocupar su lugar, podría ser imposible de detener en este momento.

—¿Entonces por qué no usar las llaves? —preguntó Nesryn—. ¿Por qué no llevar las llaves al norte y usarlas, destruir el ejército y…

—Las llaves no se pueden usar —la interrumpió Dorian—. No sin destruir al portador. No estamos enteramente seguros de que un mortal pueda soportar el poder —asintió hacia Aelin, que observaba en silencio mientras Rowan se esforzaba por no vomitar—. Sólo volverlas a colocar en la puerta requiere de todo —agregó con seriedad— de uno de nosotros.

Rowan sabía que debería estar discutiendo en contra de esto, debería estar gritando.

Dorian continuó:

—Debería hacerlo yo.

—No —la palabra salió de Chaol... y de Aelin. Sus primeras palabras desde que había empezado este debate.

Pero fue Fenrys quien le preguntó a Chaol con la voz letalmente baja:

—¿Preferirías que muriera mi reina que tu rey?

Chaol se quedó inmóvil.

—Preferiría que no muriera ninguno de mis amigos. Preferiría que no sucediera nada de esto.

Antes de que Fenrys pudiera gruñir su respuesta, Yrene intervino.

—Entonces, cuando se forje el Candado y se selle el portal del Wyrd, ¿los dioses se habrán ido?

—Qué bueno —dijo Fenrys entre dientes.

Pero Yrene se quedó inmóvil al escuchar ese desprecio despreocupado y se puso una mano sobre el corazón.

—Yo amo a Silba. Con todo mi corazón. Cuando se vaya de este mundo, ¿dejarán de existir mis poderes? —volteó a ver a todo el grupo ahí reunido.

—Lo dudo —dijo Dorian—. Ese precio, al menos, nunca nos lo exigieron.

—¿Qué hay de los otros dioses en el mundo? —preguntó Nesryn con el ceño fruncido—. Los treinta y seis del khaganato. ¿Ésos no son dioses también? ¿Serán enviados de regreso o sólo estos doce?

—Tal vez nuestros dioses sean de otro tipo —dijo la princesa Hasar pensativa.

—¿Ellos no nos pueden ayudar entonces? —preguntó Yrene. La tristeza por la diosa que la había bendecido todavía le oscurecía los ojos dorados—. ¿No pueden intervenir?

—Hay en efecto otras fuerzas que actúan en este mundo —dijo Dorian con la mano en Damaris. El dios de la verdad, él era quien había bendecido la espada de Gavin—. Pero creo que si esas fuerzas nos hubieran podido ayudar de esta manera, ya lo habrían hecho.

Aelin dio unos golpes en el suelo con su pie.

—Esperar ayuda divina es un desperdicio de tiempo. Y no es el tema que estamos discutiendo —miró con los ojos encendidos a Dorian—. Tampoco estamos debatiendo quién pagará el precio.

—Por qué —fue la pregunta en voz baja que hizo Rowan antes de poderse contener.

Lentamente, su pareja volteó a verlo.

—Porque no —palabras cortantes y gélidas. Miró a Dorian y el rey de Adarlan abrió la boca—. No lo haremos —gruñó.

Dorian volvió a abrir la boca, pero Rowan lo vio a los ojos. Le sostuvo la mirada y le permitió leer ahí sus palabras. Más tarde. Debatiremos esto más tarde.

Aelin no dejó que se notara si se había percatado de esa conversación silenciosa, si había detectado el asentimiento sutil de Dorian. Sólo dijo:

—No tenemos tiempo para desperdiciarlo en un debate interminable.

Lorcan asintió.

—Cada momento que tengamos las tres llaves es un riesgo de que Erawan nos encuentre y que finalmente consiga lo que quiere. O Maeve —dijo con el ceño fruncido—. Pero incluso con eso, yo iría al norte y dejaría que Aelin redujera un poco las legiones de Morath.

—Sé objetivo —gruñó Aelin. Los miró a todos—. Finjan que no me conocen. Finjan que no soy nadie y nada para ustedes. Finjan que soy un arma. ¿Me usan ahora o después?

—Pero no eres nadie —dijo Elide en voz baja—. No lo eres para muchas personas.

—Las llaves regresarán a la puerta —dijo Aelin un poco fríamente—. Tarde o temprano. Y yo me iré con ellas. Estamos decidiendo si lo haremos ahora o en unas semanas.

Rowan no podía soportarlo. No podía escuchar otra palabra.

—No.

Todos volvieron a detenerse.

Aelin le enseñó los dientes.

—No hacer nada no es una opción.

—Las volvemos a esconder —dijo Rowan—. Él las perdió durante miles de años. Lo podemos volver a hacer —señaló a Yrene—. Ella podría destruirlo

por su cuenta.

—Ésa no es una opción —gruñó Aelin—. Yrene está embarazada.

—Lo puedo hacer —dijo Yrene y avanzó un paso frente a Chaol—. Si hay una manera de hacerlo, lo podría hacer. Podría ver si hay otras sanadoras que pudieran ayudar…

—Habrá miles de Valg para que destruyas o salves, lady Westfall —dijo Aelin con la misma frialdad—. Erawan te podría masacrar antes de que siquiera lo toques.

—¿Por qué tú tienes autorización para dar tu vida por esto y nadie más? —la desafió Yrene. —Yo no soy la que tiene un bebé en su interior.

Yrene parpadeó lentamente.

—Hafiza podría hacerlo…

—No voy a jugar el juego de posibilidades y de podrías —dijo Aelin con un tono que Rowan había escuchado en muy pocas ocasiones. Ese tono de reina —. Votaremos. Ahora. ¿Ponemos las llaves de regreso en la puerta de inmediato o continuamos a Terrasen y luego lo hacemos si podemos detener a ese ejército?

—Erawan puede ser detenido —insistió Yrene sin amedrentarse por las palabras de la reina. No sentía temor de su ira—. Sé que es posible. Sin las llaves, podemos detenerlo.

Rowan quería creerle. Quería más de lo que había querido nada en su vida creerle a Yrene Westfall. Chaol volteó a ver a Dorian y parecía también querer hacer lo mismo.

Pero Aelin señaló a la princesa Hasar:

—¿Tú cómo votas?

Hasar le sostuvo la mirada a Aelin. Lo consideró por un momento.

—Yo voto por que lo hagamos ahora mismo.

Aelin señaló a Dorian.

—¿Tú?

Dorian se puso tensa, el debate inconcluso seguía realizándose en su expresión. Pero dijo:

—Hazlo ahora.

Rowan cerró los ojos. Apenas escuchó las respuestas que dieron los otros

gobernantes y sus aliados. Caminó hacia el borde de los árboles, preparado para correr en caso de que empezara a vomitar.

Entonces Aelin dijo:

—Tu voto es el último, Rowan.

—Voto que no. No ahora y no nunca.

Los ojos de Aelin estaban fríos, distantes. Como habían estado en Mistward.

—Está decidido, entonces —dijo Chaol en voz baja. Con tristeza.

—Al amanecer, forjaremos el candado y las llaves regresarán a la puerta —terminó de decir Dorian.

Rowan sólo se quedó mirando y mirando a su pareja. Su motivo para respirar.

Elide preguntó en voz baja:

—¿Cómo votas tú, Aelin?

Aelin apartó los ojos de Rowan y él sintió la ausencia de esa mirada como un viento congelado cuando dijo:

—No importa.

CAPÍTULO 92

Aelin no dijo que pedirles que votaran no había sido solamente con la intención de permitirles decidir, como pueblos libres del mundo, cómo sellar su destino. No les dijo que eso también había sido una actitud cobarde. Dejar que alguien más tomara la decisión por ella. Que alguien más eligiera el camino a seguir.

Esa noche acamparon en Endovier. Las minas de sal estaban a cinco kilómetros de distancia.

Rowan hizo que montaran la carpa real. Su cama real.

Ella no comió con los demás. Apenas pudo tocar la comida que Rowan puso sobre el escritorio. Seguía sentada frente a ella, el conejo asado ya frío, y estudiaba esos libros inútiles sobre las marcas del Wyrd cuando Rowan dijo del otro lado de la mesa:

—No acepto esto.

—Yo sí.

Las palabras eran inexpresivas, muertas.

Como estaría ella antes de que el sol saliera por completo. Aelin cerró el tomo antiguo frente a ella.

Sólo estaban a unos cuantos días de la frontera de Terrasen. Tal vez debía haber accedido a hacerlo ahora pero con la condición de que fuera en territorio de Terrasen. En tierras de Terrasen en vez de junto a Endovier.

Pero cada día que pasaba era un riesgo. Un riesgo terrible.

—Nunca has aceptado nada en tu vida —gruñó Rowan y se puso de pie con las manos apoyadas en la mesa—. ¿Y ahora de repente estás dispuesta a hacerlo?

Ella tragó saliva para intentar aliviar el dolor que sentía en la garganta. Miró los libros que había estudiado ya tres veces sin encontrar nada.

—¿Qué se supone que debo hacer, Rowan?

—¡Lo mandas todo al demonio! —gritó y azotó su puño contra la mesa. Los platos vibraron—. ¡Mandas al infierno sus planes, sus profecías y sus destinos y construyes el tuyo propio! ¡Haces lo que sea excepto aceptar esto!

—La gente de Erilea ya habló.

—Al demonio con eso también —gruñó él—. Puedes empezar tu mundo libre después de esta guerra. Que voten por sus propios malditos reyes y reinas, si eso quieren.

Ella también gruñó.

—No quiero esta carga un segundo más. No quiero elegir y enterarme de que tomé la decisión equivocada al retrasarlo.

—Entonces tú hubieras votado en contra. Hubieras ido a Terrasen.

—¿Qué importa? —dijo ella y se puso de pie de un salto—. Los votos no estaban a mi favor de todas maneras. Escuchar que yo quería ir a Orynth a pelear una última vez sólo hubiera servido para hacerlos cambiar de opinión.

—Tú eres quien está a punto de morir. Yo diría que tienes una voz en esto.

Ella le enseñó los dientes.

—Éste es mi destino. Elena trató de evitarlo. Y mira cómo terminó, con un grupo de dioses vengativos que juraron terminar con su alma eterna. Cuando se forje el Candado, cuando yo cierre la puerta, estaré destruyendo otra vida junto con la mía.

—Elena ya tuvo mil años de existencia, viva o como un espíritu. Perdóname si me importa un carajo que ya se haya terminado su tiempo cuando tú sólo recibiste veinte años.

—Llegué a los veinte gracias a ella.

Ni siquiera veinte. Todavía faltaban meses para su cumpleaños. En la primavera que ya no vería.

Rowan empezó a caminar. Sus pasos grandes se comían la alfombra.

—Este desastre también lo provocó ella. ¿Por qué deberías tú cargar sola con el peso?

—Porque siempre fue mío, desde el principio.

—Eso es una puta mentira. Podría haber sido igualmente Dorian. Él está dispuesto a hacerlo.

Aelin parpadeó.

—Elena y Nehemia dijeron que Dorian no estaba listo.

—Dorian entró y salió de Morath, luchó directamente con Maeve y derrumbó todo el maldito lugar. Yo diría que está tan listo como tú.

—No le permitiré sacrificarse en mi lugar.

—¿Por qué?

—Porque es mi amigo. Porque yo no podría vivir conmigo misma si lo dejo ir.

—Él dijo que lo haría, Aelin.

—No sabe lo que quiere. Apenas acaba de salir de los horrores que tuvo que soportar.

—¿Y tú no? —la desafió Rowan sin sentirse convencido—. Él es un hombre adulto. Puede tomar sus propias decisiones… nosotros podemos tomar decisiones sin que tú nos supervises.

Ella le volvió a enseñar los dientes.

—Ya está decidido.

Él se cruzó de brazos.

—Entonces lo haremos tú y yo. Juntos.

El corazón de Aelin le dejó de latir en el pecho.

Él continuó:

—No vas a forjar ese Candado tú sola.

—No —le empezaron a temblar las manos—. Ésa no es una opción.

—¿Según quién?

—Según yo —no podía respirar al pensarlo, que él quedara borrado de la existencia—. Si eso fuera posible, Elena me lo habría dicho. Alguien de mi linaje tiene que pagar.

Él abrió la boca pero podía ver la verdad en su rostro, en sus palabras. Negó con la cabeza.

—Yo te prometí que encontraríamos una manera de pagar esta deuda… juntos.

Aelin miró los libros tirados. Nada… los libros, esa ligera esperanza que le habían ofrecido no había servido de nada.

—No hay alternativa —se pasó las manos por el cabello—. Yo no tengo alternativa —corrigió. Tampoco tenía un as bajo la manga, ninguna gran revelación. No para esto.

—No lo haremos mañana, entonces —presionó él—. Esperamos. Le decimos a los demás que queremos llegar primero a Orynth. Tal vez la Biblioteca Real tenga algunos textos…

—¿Cuál es el sentido de votar si no hacemos caso al resultado? Ellos decidieron, Rowan. Mañana terminará.

Las palabras sonaban huecas y enfermas en su interior.

—Déjame encontrar otra manera —dijo él con la voz entrecortada pero sin dejar de caminar—. Yo encontraré otra manera, Aelin…

—No hay otra manera. ¿No lo entiendes? Todo esto —siseó ella y abrió los brazos—. Todo esto ha sido para mantenerte con vida. Mantenerlos a todos con vida.

—Contigo como el precio. Para expiar una culpa antigua.

Ella azotó la mano sobre el montón de libros antiguos.

—¿Crees que quiero morir? ¿Crees que esto es fácil, ver el cielo y preguntarme si será lo último que vea? ¿Verte a ti y preguntarme sobre todos esos años que no tendremos?

—No sé qué quieras, Aelin —gruñó Rowan—. No has sido totalmente honesta.

Ella sintió que el corazón le latía desbocado.

—Quiero que todo acabe, de una manera o de otra —enroscó los dedos y formó puños con las manos—. Quiero que esto termine.

Él sacudió la cabeza.

—Lo sé. Y sé lo que pasaste, esos tres meses en Doranelle fueron el infierno, Aelin. Pero no puedes dejar de luchar. No ahora.

Ella sintió que le ardían los ojos.

—Me mantuve viva por esto. Por este propósito. Para poder volver a poner las llaves en la puerta. Cuando Cairn me destrozaba, cuando Maeve me arrancaba todo lo que conocía, recordar que esta misión dependía de que yo sobreviviera era lo único que evitaba que me rompiera. Sabía que si fracasaba, todos ustedes morirían —su respiración se volvió entrecortada, agitada—. Y desde entonces, he sido muy estúpida pensando que tal vez no tendría que pagar la deuda, que podría volver a ver Orynth de nuevo. Que Dorian podría hacerlo en mi lugar —escupió en el suelo—. ¿Qué especie de persona soy si pienso eso? ¿Haberme sentido llena de temor cuando llegó

hoy?

Rowan volvió a abrir la boca para responder, pero ella lo interrumpió y su voz se quebró.

—Pensé que podía escaparme… aunque fuera un momento. Y en cuanto lo hice, los dioses trajeron a Dorian directamente de regreso a mi camino. Dime que eso no fue intencional. Dime que esos dioses, o esas fuerzas que gobiernan este mundo, no están gritándome que yo debería ser la que forje ese Candado.

Rowan sólo la miró un momento largo, con el pecho agitado. Luego dijo:

—¿Y qué tal si esas fuerzas no trajeron a Dorian a nuestro camino para que tú sola pagues la deuda?

—No entiendo.

—¿Qué tal si los juntaron? No para elegir a uno o a la otra, sino para compartir la carga. Juntos.

Incluso el fuego de los braseros pareció detenerse.

Los ojos de Rowan brillaban mientras continuaba:

—El día que destruiste el castillo de cristal, cuando unieron las manos, tu poder… Yo nunca había visto algo igual. Pudieron unir sus poderes, convertirse en uno. Si el Candado te exige todo a ti, ¿por qué no dar la mitad? La mitad de cada uno de ustedes, dado que ambos tienen la sangre de Mala.

Aelin se deslizó lentamente en su silla.

—Yo… No sabemos si funcionará.

—Eso es mejor que caminar a tu propia ejecución con la cabeza agachada.

Ella le gruñó.

—¿Cómo podría pedirle que lo hiciera?

—Porque no es sólo tu carga, por eso. Dorian lo sabe. Lo aceptó. Porque la alternativa es perderte —la rabia de sus ojos se fracturó junto con su voz—. Yo iría en tu lugar, si pudiera.

Ella sintió que su propio corazón también se fracturaba.

—Lo sé.

Rowan cayó de rodillas frente a ella y puso la cabeza en su regazo antes de abrazarla de la cintura.

—No puedo soportarlo, Aelin. No puedo.

Ella le enredó los dedos en el cabello.

—Yo quería mil años contigo —dijo ella suavemente—. Quería tener hijos contigo. Quería que nos fuéramos al Más Allá juntos —sus lágrimas cayeron en el cabello de Rowan. Él levantó la cabeza.

—Entonces pelea por eso. Una vez más. Pelea por ese futuro.

Ella lo miró, la vida que contemplaba en su rostro. Todo lo que ofrecía.

Todo lo que ella podría tener, también.

—Necesito pedirte que hagas algo.

La voz de Aelin despertó a Dorian de un sueño intranquilo. Se sentó en su catre. Por el silencio del campamento, debía ser la mitad de la noche.

—¿Qué?

Rowan montaba guardia detrás de ella y vigilaba el campamento del ejército detrás de los árboles. Dorian vio esa mirada de esmeralda y vio la respuesta que necesitaba.

El príncipe había cumplido con la promesa silenciosa que le había hecho.

Aelin tragó saliva.

—Juntos —dijo con la voz quebrada—. ¿Qué piensas de que forjemos el Candado juntos?

Dorian supo cuál era su plan, su esperanza desesperada, desde antes de que se la planteara. Y cuando terminó, Aelin se limitó a decirle:

—Te pido una disculpa por siquiera preguntarte.

—Yo siento no haberlo pensado —respondió y se levantó para ponerse sus botas.

Rowan volteó ahora hacia ellos. Esperando la respuesta que sabía Dorian tendría.

Así que Dorian les dijo a ambos:

—Sí.

Aelin cerró los ojos y él no pudo distinguir si era por alivio o por arrepentimiento. Le puso la mano en el hombro. No quería enterarse de cómo habría estado la discusión entre ella y Rowan para que ella hubiera aceptado,

para que hubiera estado de acuerdo con esto. Para que Aelin hubiera dicho siquiera que sí…

Ella abrió los ojos y lo único que se podía ver en ellos era una determinación sombría.

—Lo haremos ahora —dijo con voz ronca—. Antes de que lleguen los demás. Antes de las despedidas.

Dorian asintió. Ella sólo le preguntó:

—¿Quieres que Chaol esté ahí?

Él consideró decir que no. Pensó en evitarle a su amigo otro adiós ahora que había visto en su rostro tanta dicha, tanta paz.

Pero de todas formas, Dorian dijo:

—Sí.

CAPÍTULO 93

Los cuatro caminaron en silencio entre los árboles. Por el camino antiguo hacia las minas de sal.

Era el único lugar donde no estaban vigilando sus soldados.

Cada paso que daban sentía más náuseas y el sudor empezaba a brotarle en la espalda. Rowan no le soltaba la mano y le acariciaba la piel con el pulgar.

Aquí, en este lugar horrible y muerto, de tanto sufrimiento, aquí sería donde enfrentaría su destino. Como si nunca se hubiera escapado, no realmente.

En la oscuridad, las montañas donde estaban construidas las minas eran poco más que sombras. El gran muro que rodeaba ese campamento de la muerte no era nada salvo una gran mancha de negrura.

Las puertas estaban abiertas, una de ellas tenía las bisagras rotas. Tal vez los esclavos liberados habían intentado arrancarla al salir.

Aelin le apretó la mano a Rowan cuando pasaron debajo del arco y entraron al campo abierto de las minas. Ahí, en el centro, ahí estaban los postes de madera donde le habían dado de latigazos. En su primer día, en tantos días.

Y ahí, en la montaña a su izquierda, ahí estaban las fosas. Las fosas sin luz donde la metían.

Los edificios de los supervisores de las minas estaban oscuros. Eran meros cascarones.

Necesitó de todo su autocontrol para no ver constantemente sus muñecas, donde estaban las cicatrices de los grilletes. Para no sentir el sudor frío que le corría por la espalda y saber que ahí tampoco había cicatrices. Sólo el tatuaje de Rowan, diseñado sobre su piel lisa.

Como si este sitio fuera un sueño… una pesadilla conjurada por Maeve.

No le pasó desapercibida la ironía. Había escapado de los grilletes dos veces ya… sólo para volver a terminar aquí. Una libertad temporal. Tiempo prestado.

Había dejado a Goldryn en la tienda de campaña. La espada le serviría de poco en el sitio a donde irían.

—Nunca pensé que volveríamos a ver este lugar —murmuró Dorian—. Ciertamente no en esta situación.

Ninguno de los pasos del rey era titubeante. Su rostro estaba sombrío y tenía en la mano la empuñadura de Damaris. Listo para enfrentar lo que les aguardara.

El dolor que ella sabía que sufrirían.

No, en realidad nunca había escapado, ¿verdad?

Se detuvieron cerca del centro del patio de tierra. Elena le había explicado cómo forjar el Candado, cómo poner las llaves de regreso en la puerta. Aunque no habría un gran despliegue de magia, no había ninguna amenaza a los que los rodeaban, ella quería estar apartada. Lejos de los demás.

Bajo la luz de la luna la cara de Chaol se veía pálida.

—¿Qué necesitan que hagamos nosotros?

—Que estén aquí —respondió Aelin con sencillez—. Eso es suficiente.

Era la única razón por la cual podía seguir soportando estar en este lugar, en este sitio odioso.

Miró la expresión inquisitiva de Dorian y asintió. No tenía ningún caso perder más tiempo.

Dorian abrazó a Chaol e intercambiaron algunas palabras que Aelin no alcanzó a escuchar.

Aelin empezó a trazar una marca del Wyrd en la tierra. Tenía el tamaño necesario para que ella y Dorian pudieran pararse

dentro. Habría dos marcas que se traslapaban una sobre otra: Abrir. Cerrar.

Cerrar el candado. Abrir el candado.

Se las había aprendido desde el principio. Las había usado personalmente.

—¿No tendremos una dulce despedida, princesa? —le preguntó Rowan cuando estaba trazando la marca con el pie.

—Me parecen algo dramáticas —dijo Aelin—. Demasiado dramáticas, incluso para mí.

Pero Rowan la detuvo antes de que terminara de trazar el segundo símbolo. Le levantó la barbilla.

—Incluso cuando estés… allá —dijo con los ojos color verde pino muy brillantes bajo la luz de la luna—, yo estaré contigo —le puso una mano en el corazón—. Aquí. Estaré contigo aquí.

Ella le puso la mano en el pecho a él e inhaló su olor hasta el fondo de sus pulmones, de su corazón.

—Como yo estoy contigo. Siempre.

Rowan la besó.

—Te amo —le dijo en la boca—. Regresa a mí.

Entonces Rowan retrocedió al borde de las marcas incompletas.

La ausencia de su olor, su calor, la llenó de frío. Pero mantuvo los hombros hacia atrás. Mantuvo su respiración constante y memorizó todas las líneas del rostro de Rowan.

Dorian, con los ojos brillantes, entró a las marcas.

Aelin le dijo a Rowan:

—Sella la última cuando terminemos.

Su príncipe, su pareja, asintió.

Dorian sacó un pedazo de tela doblada de su chaqueta. Lo abrió y reveló dos astillas de roca negra. Y el amuleto de Orynth.

Ella sintió que el estómago se le revolvía, la náusea ante lo sobrenatural de esas cosas amenazaba con hacerla caer de rodillas. Pero tomó el amuleto de Orynth de sus manos.

—Pensé que tú desearías abrirlo —dijo Dorian en voz baja.

Aquí, en este lugar donde había sufrido y soportado tanto, aquí, en este lugar donde habían empezado tantas cosas.

Aelin sintió el peso del amuleto antiguo en sus manos, recorrió los bordes dorados con los pulgares. Por un instante, estaba de nuevo en esa habitación acogedora en la casa al lado del río y su madre le estaba entregando el amuleto para que ella lo cuidara.

Aelin pasó los dedos sobre las marcas del Wyrd en la parte de atrás. Las runas que determinaban su destino y decían: Mi precio no tiene nombre.

Escrito ahí, todo este tiempo, por tantos siglos. Una advertencia de Brannon… y una confirmación. El sacrificio de ellos. El sacrificio de ella.

Brannon estaba enfurecido con esos dioses, había marcado el amuleto y había dejado todas esas pistas para que ella las encontrara algún día. Para que ella pudiera entender. Como si ella de alguna manera pudiera desafiar este destino. Una esperanza ingenua.

Aelin volteó el amuleto y rozó con los dedos el ciervo inmortal en el frente.

Tiempo prestado. Todo había sido tiempo prestado.

El oro que sellaba el amuleto se derritió en sus manos y siseó cuando cayó en la tierra helada. Con un giro, separó los dos lados del amuleto.

El hedor sobrenatural de la tercera llave le llegó a la nariz, la llamó. Le susurró en lenguajes que no existían en Erilea y nunca existirían.

Aelin simplemente le puso la astilla de la llave del Wyrd a Dorian en la mano. Chocó con las otras dos y el sonido podría haber hecho eco en la eternidad, en todos los mundos.

Dorian se estremeció y Chaol y Rowan retrocedieron un poco.

Aelin sólo se echó al bolsillo las dos mitades del amuleto. Un pedazo de Terrasen que llevaría con ella. Donde fuera que se estuvieran dirigiendo.

Aelin miró a Rowan a los ojos una última vez. Vio las palabras en su mirada. Regresa a mí.

Se llevaría esas palabras, ese rostro también. Aunque el Candado le exigiera todo, eso permanecería. Siempre permanecería.

Tragó saliva para aliviar la sensación de su garganta. Apartó la vista de la mirada penetrante de Rowan. Y entonces se cortó la palma de la mano. Luego la de Dorian.

Las estrellas parecieron acercarse, las montañas se asomaban por encima de los hombros de Aelin y Dorian cuando hizo un tercer corte con el cuchillo en su antebrazo. Profundo y amplio, partiendo la piel.

Para abrir la puerta ella debería convertirse en la puerta.

Erawan había iniciado el proceso de convertir a Kaltain Rompier en esa puerta… le había puesto la piedra en el brazo no para que la cuidara, sino para preparar su cuerpo para las otras piedras. Para convertirla en un portal del Wyrd viviente que él pudiera controlar.

Sólo una de las astillas en el cuerpo de Kaltain la había destruido. Poner las tres en el suyo…

Mi nombre es Aelin Ashryver Galathynius y no tendré miedo.

No tendré miedo.

No tendré miedo.

—¿Listo? —exhaló Aelin.

Dorian asintió.

Con un último vistazo a las estrellas, una última mirada hacia el Señor del Norte que montaba guardia sobre Terrasen a pocos kilómetros de distancia, Aelin tomó las astillas de la mano extendida de Dorian.

Y cuando ella y Dorian unieron sus manos ensangrentadas, cuando su magia rugió a través de ellos y se entretejió, cegadora y eterna, Aelin colocó de golpe las tres llaves del Wyrd en la herida abierta de su brazo.

Rowan selló las marcas del Wyrd con un movimiento de su pie en la tierra helada.

Justo después de que Aelin se pusiera la palma en el brazo y sellara las tres llaves del Wyrd en su cuerpo mientras con la otra mano sostenía la de Dorian.

Tenía que funcionar. Tenía que ser el motivo por el cual se habían cruzado sus caminos, el motivo por el cual Aelin y Dorian se habían encontrado ya dos veces, en este sitio exacto. Él no aceptaría otra alternativa. No podría haberle permitido hacerlo de otra manera.

Rowan no respiraba. A su lado, no estaba seguro de que Chaol estuviera respirando tampoco.

Pero aunque Aelin y Dorian seguían ahí parados, con las cabezas en alto a pesar del miedo que podía oler en ellos, sus rostros estaban ausentes. Vacíos.

No hubo un destello de luz.

No hubo una explosión de poder.

Aelin y Dorian simplemente se quedaron ahí parados, de la mano, mirando al frente.

Vacíos. Ciegos. Congelados.

Ausentes.

Aquí pero ausentes. Como si sus cuerpos fueran cascarones.

—¿Qué pasó? —exhaló Chaol.

La mano de Aelin que había colocado las piedras en su brazo cayó y colgaba a su lado. Dejó a la vista esa herida abierta. Las astillas negras que había introducido en ella.

Algo en el pecho de Rowan, algo intrincado y esencial, empezó a tensarse. Empezó a sentirse forzado.

El vínculo de pareja.

Rowan dio un paso al frente, su mano en el pecho.

No. El vínculo se retorcía, como si estuviera agonizando, como si estuviera aterrorizado. Se detuvo con el nombre de Aelin en sus labios.

Rowan cayó de rodillas cuando las tres llaves del Wyrd dentro del brazo de Aelin se disolvieron en su sangre.

Como rocío bajo el sol.

CAPÍTULO 94

Como había sido alguna vez, así volvió a ser.

El principio y el fin y la eternidad, un torrente de luz, de vida que fluía entre los dos, las dos mitades de un linaje desgajado.

La niebla se arremolinó y ocultó tras su velo el suelo sólido bajo sus pies. Tal vez era una ilusión… para que sus mentes soportaran el sitio donde ahora estaban. Un lugar que no era un lugar, en una habitación de muchas puertas. Más puertas de las que jamás podrían esperar contar. Algunas hechas de aire, algunas de vidrio, algunas de flama y oro y luz.

Un nuevo mundo detrás de cada una; un nuevo mundo que los llamaba.

Pero permanecieron ahí, en el cruce de todas las cosas.

En cuerpos que no eran sus cuerpos, entre todas esas puertas, su poder salía de ellos, se acumulaba bajo ellos. Se mezclaba y se fusionaba y una bola de luz, de creación, flotaba en el aire.

Cada brasa que fluía de ellos hacia la esfera creciente delante, en el Candado que estaba tomando forma, no regresaría. No se volvería a llenar.

Un pozo que se estaba secando. Para siempre.

Más y más y más, arrancándoles más con cada respiración. Creación y destrucción.

La esfera giró, sus bordes se deformaron, se encogió. Adquirió la forma que ellos habían elegido, una cosa de oro y plata. El Candado que sellaría todas estas puertas infinitas para siempre.

Siguieron entregando su poder pero la creación del Candado exigía más.

Y empezó a doler.

Ella era Aelin pero no lo era.

Ella era Aelin pero era infinita; era todos los mundos, era…

Ella era Aelin.

Ella era Aelin.

Y al permitir que las llaves entraran a su cuerpo, habían entrado al verdadero portal del Wyrd. Un paso, o un pensamiento, o un deseo les darían acceso a cualquier mundo que desearan. Cualquier posibilidad.

Había un arco frente a ellos. Un arco que olería a pino y nieve.

Lentamente, el Candado se formó, la luz se transformó en metal: en oro y plata.

Dorian jadeaba, tenía la mandíbula estirada mientras daban y daban y daban su poder para el Candado. Para no volverlo a ver.

Era agonía. Agonía como la que jamás había conocido.

Ella era Aelin. Era Aelin y no las cosas que se había puesto en el brazo, no este sitio que existía más allá de la razón. Ella era Aelin; ella era Aelin; y ella había llegado aquí para hacer algo, había llegado aquí prometiendo hacer algo…

Luchó contra el grito que le subía por la garganta al sentir que su poder se alejaba, como si le estuvieran arrancando la piel de los huesos. Precisamente como lo había hecho Cairn, como se había deleitado haciéndolo. Pero ella había aguantado. Se había escapado de las garras de Maeve. Había sobrevivido a los dos. Para hacer esto. Para venir aquí.

Pero estaba equivocada.

No podía soportarlo. No podía tolerarlo, esta pérdida y dolor y locura creciente cuando una nueva verdad se volvió clara:

No saldrían de este lugar. No quedaría nada de todas maneras. Se disolverían, niebla flotando en la niebla a su alrededor.

Era una agonía como ninguna que hubiera conocido Dorian. Su mismo ser se iba deshaciendo, hilo por hilo.

La forma del Candado, le había dicho Elena a Aelin, no importaba. Podía ser un ave o una espada o una flor para lo que le importaba a este sitio, a esta puerta. Pero sus mentes, lo que quedaba de ellas al irse deshaciendo, eligieron la forma que conocían, la que tenía más sentido. El Ojo de Elena, vuelto a nacer… el Candado nuevamente.

Aelin empezó a gritar. Gritar y gritar.

Él sintió cómo le arrancaban su magia de ese sitio sagrado y perfecto en su interior.

Forjarlo los mataría. Los mataría a ambos. Habían venido juntos con el anhelo desesperado de que ambos pudieran salir.

Y si no se detenían, si no detenían esto, ninguno saldría.

Intentó mover la cabeza. Intentó decirle. Detente.

Su magia se desgarraba de su cuerpo, el Candado la bebía, una fuerza que no se podía contener. Un hambre insaciable que los devoraba.

Detente. Intentó hablar. Intentó retroceder.

Aelin estaba sollozando… sollozando entre dientes.

Pronto. Ya pronto el Candado se llevaría todo. Y esa última destrucción sería la más brutal y dolorosa de todas.

¿Los dioses los obligarían a ver cuando reclamaran el alma de Elena? ¿Tendría siquiera la posibilidad, la capacidad de intentar ayudarla, como le había prometido a Gavin? Conocía la respuesta.

Detente.

Detente.

—Detente.

Dorian escuchó las palabras y por un instante no reconoció a quien hablaba.

Hasta que un hombre apareció desde una de esas puertas imposibles-pero-posibles. Un hombre que parecía ser de carne y hueso, como ellos, pero que brillaba en sus bordes.

Su padre.

CAPÍTULO 95

Su padre estaba ahí. El hombre al que había visto por última vez en el puente en el castillo de cristal. Pero al mismo tiempo no.

Había amabilidad en su expresión. Humanidad.

Y pesar. Un pesar terrible y doloroso.

La magia de Dorian titubeó.

Incluso la magia de Aelin frenó sorprendida. El torrente se adelgazó y se convirtió en un hilo, un drenar constante y agonizante.

—Detente —exhaló el hombre y avanzó dando traspiés hacia ellos, viendo el listón de poder, cegador y puro, que alimentaba la formación del Candado.

Aelin dijo:

—Esto no se puede detener.

El padre de Dorian sacudió la cabeza.

—Lo sé. Lo que inició no puede detenerse.

Su padre.

—No —dijo Dorian—. No, tú no puedes estar aquí.

El hombre miró hacia abajo, del lado de Dorian. Donde podría estar una espada.

—¿No me invocaste?

Damaris. Estaba usando a Damaris en ese anillo de marcas del Wyrd. En su mundo, en su existencia, todavía la tenía puesta.

La espada, el dios sin nombre a quien servía, aparentemente pensó que tenía todavía una verdad por enfrentar. Una verdad más, antes de su fin.

—No —repitió Dorian. Era lo único que podía pensar mientras lo veía, el

hombre que les había hecho cosas tan terribles a todos ellos.

Su padre levantó las manos a modo de súplica:

—Mi niño —exhaló solamente.

Dorian no tenía nada que decirle. Odiaba que este hombre estuviera aquí, al principio y al final.

Pero su padre vio a Aelin.

—Déjame hacer esto. Déjame terminar esto.

—¿Qué? —brotó la palabra bruscamente de la boca de Dorian.

—Tú no fuiste elegido —dijo Aelin, aunque la frialdad de su voz titubeó.

—Mi precio no tiene nombre —dijo el rey.

Aelin se quedó inmóvil.

—Mi precio no tiene nombre —repitió su padre. La advertencia de una bruja antigua, las palabras condenatorias escritas en la parte trasera del amuleto de Orynth—. Por la marca del nacido bastardo que llevas, no tienes nombre, pero ¿acaso no lo soy yo también? —miró a los dos con los ojos muy abiertos —. ¿Cuál es mi nombre?

—Esto es ridículo —dijo Dorian entre dientes—. Tu nombre es…

Pero donde debería haber un nombre, sólo existía un agujero vacío.

—Tú —exhaló Aelin—. Tu nombre es… ¿Cómo es que no tienes uno, que no lo conocemos?

La ira de Dorian empezó a desaparecer. Y la agonía de que le arrancaran su magia, su alma, se volvió algo secundario cuando su padre dijo:

—Erawan lo tomó. Lo borró de la historia, de la memoria. Un encantamiento antiguo y terrible, tan poderoso que sólo se podía usar una vez. Todo para que yo pudiera ser su sirviente más fiel. Ni siquiera yo conozco mi nombre, ya no. Lo perdí.

—Mi precio no tiene nombre —murmuró Aelin.

Dorian miró entonces. Al hombre que había sido su padre. Lo miró de verdad.

—Mi niño —susurró su padre de nuevo. Y había amor… amor y orgullo y dolor reflejados en esa cara.

Su padre que había sido poseído igual que él, que había tratado de salvarlos a su manera y había fracasado. Su padre, a quien le habían quitado todo, pero

que nunca cedió a Erawan, no por completo.

—Quiero odiarte —dijo Dorian con la voz entrecortada.

—Lo sé —dijo su padre.

—Destruiste todo —no pudo contener sus lágrimas. Aelin solamente le apretó la mano.

—Lo siento —exhaló su padre—. Perdóname por todo, Dorian.

E incluso la forma en que su padre decía su nombre… nunca lo había escuchado pronunciarlo así.

Descartarlo. Arrojarlo a un mundo infernal. Eso era lo que debería hacer.

Pero Dorian sabía por quién había destrozado Morath en realidad. Por quién había enterrado esa habitación llena de collares, la tumba odiosa a su alrededor.

—Lo siento —repitió su padre.

No necesitaba que Damaris le confirmara que las palabras eran verdad.

—Permíteme pagar esta deuda —le dijo su padre y dio un paso para acercarse —. Permíteme pagarla, hacer esto. ¿Acaso la sangre de Mala no fluye también por mis venas?

—Tú no tienes magia… no como nosotros —le dijo a Aelin con ojos tristes.

Su padre miró a Aelin a los ojos.

—Tengo suficiente… apenas suficiente en mi sangre. Para ayudar.

Dorian miró por encima de su hombro, hacia el arco que abría a Erilea. A su hogar.

—Entonces déjalo —dijo aunque las palabras no surgieron con la frialdad que deseaba. Sólo con pesadez y agotamiento.

Aelin le dijo al padre de Dorian con suavidad:

—Yo planeaba hacerlo antes de que llegáramos al final.

—Entonces ahora ya no estarás sola —le respondió el hombre. Luego le sonrió a su hijo, una visión del rey, el padre, que podría haber sido. Que siempre había sido a pesar de lo que le había sucedido—. Estoy agradecido… de poderte haber visto otra vez. Una última vez.

Dorian no tenía palabras, no las podía encontrar. No cuando Aelin volteó a verlo, con lágrimas rodando por su cara cuando le dijo:

—Uno de nosotros debe gobernar.

Antes de que Dorian pudiera entender, antes de que se diera cuenta del trato que acababa de hacer, Aelin le soltó la mano.

Y lo empujó por la puerta detrás de ellos. De regreso a su propio mundo.

Con un rugido, Dorian cayó.

Y cuando el reino de niebla del portal del Wyrd desaparecía, Dorian vio a Aelin tomar a su padre de la mano.

CAPÍTULO 96

Rowan no se había movido en las horas que se quedaron parados al lado de Aelin y Dorian y los vieron mirar hacia la nada. Chaol tampoco se había movido.

La noche pasó, las estrellas giraron sobre este lugar odioso y frío.

Y luego Dorian se arqueó, tragó aire… y cayó de rodillas.

Aelin se quedó donde estaba. Se quedó ahí parada y simplemente le soltó la mano a Dorian.

El alma de Rowan se detuvo.

—No —dijo Dorian con voz áspera y avanzó hacia ella, intentando volver a tomarla de la mano, unirse a ella.

Pero la herida en la mano de Aelin ya había cerrado.

—¡No, no! —gritó Dorian y Rowan lo supo entonces.

Supo lo que había hecho ella.

El último engaño, la última mentira.

—¿Qué pasó? —exigió saber Chaol mientras se acercaba para levantar a Dorian. El rey lloraba, se quitó la espada antigua de la cintura y la aventó. Damaris cayó al suelo con un sonido hueco.

Rowan se quedó mirando a Aelin.

A su pareja, que le había mentido. Que les había mentido a todos.

—No fue suficiente, los dos juntos. Nos hubiera destruido a los dos —lloró Dorian—. Pero Damaris de alguna manera invocó a mi padre y… él tomó mi lugar. Ofreció tomar mi lugar, así que ella —Dorian se lanzó para intentar tomar la mano de Aelin pero ya se había salido del anillo de marcas del Wyrd.

Ahora las marcas lo mantuvieron fuera.

Un muro que sellaba a Aelin.

El vínculo de pareja se iba adelgazando más y más.

—Ella y él… van a terminar con todo —dijo Dorian temblando.

Rowan apenas pudo escuchar las palabras.

Debió haberlo sabido. Debió haber sabido que si su plan fallaba, Aelin nunca sacrificaría a un amigo voluntariamente. Ni siquiera por esto. Ni siquiera por su propio futuro.

Sabía que él intentaría evitar que forjara el Candado si hubiera mencionado esa posibilidad, lo que haría si todo se iba al carajo. Había accedido a dejar que Dorian la ayudara solamente para llegar ahí. Probablemente habría soltado la mano de Dorian aunque su padre no hubiera aparecido.

Terminado… dijo tantas veces que quería que todo terminara. Debía haberla escuchado.

Chaol sostuvo a Dorian y el joven lord le dijo a Rowan, con suavidad y tristeza:

—Lo siento.

Ella había mentido.

Su Corazón de Fuego había mentido.

Y ahora la vería morir.

De la mano de su enemigo, Aelin permitió que la magia volviera a fluir, le permitió salir de ella en un torrente furioso.

El poder del rey sin nombre no era nada comparado con el de Dorian. Pero era lo suficiente, como él había dicho. Apenas lo suficiente para ayudar.

Ella nunca había tenido la intención de que Dorian se destruyera a sí mismo por esto. Sólo que le diera lo suficiente. Y luego ella lo hubiera lanzado de regreso a Erilea. Para poder terminar sola.

El pago por diez años de egoísmo, diez años lejos de Terrasen, diez años de huir.

La agonía se convirtió en un rugido adormecedor. Incluso el rey jadeaba por el dolor.

Ya estaba cerca. Los anillos y círculos de oro en el Candado se solidificaron.

Pero todavía se necesitaba más. Para atar este sitio, para atar todos los mundos.

Él nunca la perdonaría.

Su pareja.

Ella necesitaba que él la dejara ir, necesitaba que lo aceptara. Ella nunca lo podría haber hecho, venir aquí, si él estuviera rogándole que no lo hiciera, si él estuviera llorando como ella lo quería hacer cuando la besó por última vez.

Regresa a mí, le había susurrado.

Ella sabía que él la esperaría. Hasta que desapareciera en el Más Allá, Rowan esperaría su retorno. Que ella regresara con él.

La magia de Aelin se separó de ella, un trozo tan vital y profundo que ella gritó y se empezó a tambalear. Lo único que evitó que cayera fue la mano del rey que la sostenía.

El Candado estaba casi terminado, los dos círculos sobrepuestos del Ojo estaban casi completos.

Su magia se retorció, rogándole que se detuviera. Pero no podía hacerlo. No lo haría.

—Ya falta poco —le prometió el rey.

Ella vio que el hombre estaba sonriendo.

—Me dieron un mensaje para ti —dijo con suavidad. Sus bordes ya se veían borrosos porque estaba terminándose de drenar lo que le quedaba de poder. Pero sonrió de todas maneras. De todas formas se veía en paz—. Tus padres están… Están tan orgullosos de ti. Me pidieron que te dijera que te aman muchísimo —casi estaba ya invisible y sus palabras eran apenas un poco más que un susurro de viento—. Y que la deuda ya quedó suficientemente pagada, Corazón de Fuego.

Luego desapareció. Lo que quedaba de él fluyó hacia el Candado. Desapareció de la existencia.

Ella apenas sentía las lágrimas en su cara cuando cayó de rodillas. Cuando dio y dio su magia, su mismo ser. Mi nombre es Aelin Ashryver Galath…

Un grito desgarrador salió de su cuerpo cuando se selló la última parte del Candado.

Cuando el Candado quedó forjado de nuevo, tan real como su propia carne.

Y la magia de Aelin desapareció por completo.

CAPÍTULO 97

Apenas podía moverse. Apenas podía pensar.

Desaparecida. Donde antes había fluido la luz y la vida en su interior, ya no quedaba nada.

Ni una brasa. Sólo una gota, sólo una, de agua.

Se aferró a ella, la protegió cuando aparecieron doce figuras a través del portal detrás de ella. Se filtraron a este lugar de lugares, a este cruce de caminos de la eternidad.

—Está hecho, entonces —dijo la de las muchas caras y se acercó al Candado que flotaba en el aire. Un movimiento de la mano fantasmal y siempre cambiante y el Candado flotó hacia Aelin. Aterrizó en su regazo, dorado y brillante.

—Invoca nuestro mundo, niña —dijo uno con voz como acero y gritos—. Y permítenos ir a casa por fin.

El último rompimiento. Para enviarlos de regreso, para sellar la puerta. Usaría su última semilla de sí misma, la última gota, para sellar la puerta con el Candado. Y luego se iría.

Había una vez, en una tierra que hace mucho tiempo quedó reducida a cenizas, una joven princesa que amaba su reino…

—Ahora —dijo la voz que sonaba como olas que reventaban—. Hemos esperado suficiente.

Aelin logró levantar la cabeza. Ver las figuras brillantes. Esas cosas de otro mundo.

Pero entre ellas, apretada entre sus filas como si la tuvieran prisionera…

Vio los ojos muy abiertos de Elena. Agonizantes.

Que amaba su reino…

Uno de ellos le chasqueó los dedos fantasmales a Aelin.

—Suficiente de esto.

Aelin levantó la vista, a la diosa que había hablado. Conocía la voz. Deanna.

En silencio, Aelin los estudió. Vio la que era como un amanecer brillante, el corazón de una flama.

Mala no la vio. Ni a Elena, su propia hija.

Aelin apartó la mirada de la Portadora de Fuego. Y dijo, a ninguno en particular:

—Me gustaría hacer un trato con ustedes.

Los dioses se quedaron inmóviles. Deanna siseó:

—¿Un trato? ¿Te atreves a pedir que negociemos?

—Yo la escucharía —dijo una cuya voz era amable y amorosa.

La cosa en el brazo de Aelin se retorció y Aelin hizo que revelara lo que buscaban.

El portal a su reino. Luz de sol sobre un campo verde que casi la cegaba. Ellos voltearon en esa dirección, algunos suspiraron al ver la escena.

Pero Aelin dijo:

—Un intercambio. Antes de que ustedes cumplan con su parte.

Las palabras eran distantes, tan difíciles y dolorosas. Pero se obligó a decirlas.

Los dioses se detuvieron. Aelin sólo miró a Elena. Sonrió suavemente.

—Juraron que se llevarían a Erawan con ustedes. Que lo destruirían —dijo Aelin y el que tenía la voz como la muerte la volteó a ver. Como si estuviera recordando que, en efecto, habían prometido hacer esa cosa inaudita.

—Me gustaría intercambiar —repitió. Y logró señalar con ese brazo que tenía dentro toda la eternidad— el alma de Erawan por la de Elena.

Mala la volteó a ver. Y la miró fijamente.

Aelin dijo hacia su silencio:

—Dejen a Erawan en manos de Erilea. Pero a cambio, dejen a Elena. Dejen que su alma permanezca en el Más Allá con sus seres amados.

—Aelin —susurró Elena y las lágrimas le rodaban como plata por las mejillas.

Aelin le sonrió a la antigua reina.

—La deuda ya se pagó lo suficiente.

Ella había querido que lo debatieran… sus amigos. Había pedido un voto sobre la puerta no sólo para aligerar la carga de la decisión, sino para escucharlo de sus propias bocas, escucharlos decir que podían derrotar a Erawan solos. Que Yrene Towers podría tener la posibilidad de destruirlo.

Para poder hacer este trato, este intercambio, y no sellar su condena del todo.

—No lo hagan —les suplicó Elena. Les suplicó a todos esos dioses fríos e impasibles—. No accedan.

Aelin les dijo:

—Déjenla y váyanse.

—Aelin, por favor —dijo Elena, llorando.

Aelin sonrió.

—Tú me conseguiste ese tiempo extra. Para que yo pudiera vivir. Déjame conseguir esto para ti.

Elena se cubrió la cara con las manos y lloró.

Los dioses se vieron entre sí. Luego Deanna avanzó, con la elegancia de un ciervo en el bosque.

Aelin exhaló e hizo una reverencia al ver a la diosa acercarse a Elena.

Nadie más salvo ella. No permitiría que nadie salvo ella se sacrificara en esta última misión.

Deanna puso sus manos a los lados de la cara de Elena.

—Yo tenía la esperanza de que pasara esto.

Luego presionó sus manos con la cabeza de Elena entre ellas.

Un destello de luz de Mala, en advertencia y dolor, y los ojos de Elena se abrieron. Y Deanna apretó.

Y entonces Elena se rompió. En mil pedazos brillantes que se desvanecieron al caer.

El grito de Aelin murió en su garganta, su cuerpo no pudo levantarse cuando Deanna se limpió las manos fantasmales y dijo:

—No hacemos tratos con mortales. Ya no. Quédense con Erawan, si eso es lo que desean.

Entonces la diosa pasó por el arco hacia su propio mundo.

Aelin se quedó mirando el espacio vacío donde Elena había estado apenas unos instantes antes.

No quedaba nada.

Ni siquiera una brasa brillante para enviarla de regreso al Más Allá, a la pareja que había dejado atrás.

Nada en absoluto.

CAPÍTULO 98

Se estaba rompiendo.

El vínculo de pareja.

De rodillas y con el torso doblado, Rowan jadeaba. Tenía una mano en el pecho mientras sentía cómo se deshacía el vínculo.

Se había aferrado a él, había envuelto su magia, su alma, alrededor de él, como si así pudiera conservarla, donde fuera que estuviera, como si así pudiera evitar que se fuera a un sitio donde él no podría seguirla.

No lo aceptaba. Nunca aceptaría este destino. Nunca.

A la distancia, escuchó a Dorian y Chaol debatir sobre algo. No le importaba.

El vínculo se estaba rompiendo.

Y no podía hacer nada más que sostenerlo.

Uno por uno, los dioses pasaron por el arco hacia su propio mundo. Algunos se burlaron de ella al pasar.

No se llevarían a Erawan.

No harían… no harían nada.

Ella sentía el pecho vacío, su alma destrozada, y sin embargo esto…

Y sin embargo esto…

Aelin arañó el suelo-que-no-era-suelo cubierto de niebla mientras veía desaparecer a los últimos. Hasta que quedó sólo una.

Un pilar de luz y flama. Brillando en la niebla.

Mala se quedó en el umbral de su mundo.

Como si recordara.

Como si recordara a Elena, y a Brannon, y a quienes se habían arrodillado frente a ella. Sangre de su sangre. La receptora de su poder. Su heredera.

—Sella la puerta, Portadora de Fuego —dijo Mala con suavidad.

Pero la Señora de la Luz titubeó un poco más.

Y a la distancia, Aelin escuchó la voz de otra mujer.

Asegúrate de que los castiguen algún día. A todos y cada uno de ellos.

Así será, le había jurado a Kaltain.

Habían mentido. Habían traicionado a Elena y Erilea, como ellos creían que habían sido traicionados.

Su mundo verde bañado por el sol ondulaba frente a ella.

Con un gemido, Aelin se puso de pie.

Ella no era un cordero sacrificial. No era un sacrificio sobre un altar del bien común.

Y no había terminado.

Aelin miró a los ojos ardientes de Mala.

—Hazlo —dijo Mala en voz baja.

Aelin miró detrás de ella, hacia ese mundo impecable al que buscaban regresar desde hacía mucho. Y se dio cuenta de que Mala lo sabía, que podía ver los pensamientos en su propia mente.

—¿No me vas a detener?

Mala sólo le extendió la mano.

En ella había una semilla de poder incandescente. Una estrella caída.

—Tómalo. Un último regalo a mi linaje —podría jurar que Mala sonrió—. Por lo que ofreciste por ella. Por luchar por ella. Por todos.

Aelin avanzó tambaleante hacia la diosa, hacia el poder que le ofrecía en su mano.

—Me acuerdo —dijo Mala con suavidad y las palabras eran dicha y dolor y amor—. Me acuerdo.

Aelin tomó esa semilla de poder de la palma de su mano.

Era el sol naciente contenido en una semilla.

—Cuando termine, sella la puerta y piensa en casa. Las marcas te guiarán.

Aelin parpadeó, la única señal de confusión que podía transmitir cuando ese poder la llenaba y la llenaba y la llenaba se fundía en los sitios rotos, los sitios vacíos.

Mala volvió a extender su mano y se formó una imagen en ella. Del tatuaje en la espalda de Aelin.

El nuevo tatuaje, de alas extendidas, la historia de ella y Rowan escrita en el Antiguo Lenguaje entre las plumas.

Un movimiento de los dedos de Mala y surgieron símbolos de ahí. Ocultos entre las palabras, entre las plumas.

Marcas del Wyrd.

Rowan había ocultado marcas del Wyrd en su tatuaje.

Había puesto marcas del Wyrd en todas partes.

—Un mapa a casa —dijo Mala y su imagen empezó a desvanecerse—. A él.

Él lo sospechaba, de alguna manera. Que las cosas podrían llegar a esto. Le había pedido que le enseñara para poder apostar a que sucedería esto.

Y cuando Aelin miró detrás de ella, hacia el arco de su propio mundo, en verdad podía… sentirlas. Como si las marcas del Wyrd que él había tatuado en su cuerpo fueran una cuerda. Algo que la ataba a casa.

Una cuerda salvavidas hacia la eternidad.

Un último engaño.

Otra voz le susurró entonces, un fragmento de memoria, pronunciado en un techo en Rifthold. ¿Qué tal si seguimos adelante y sólo nos topamos con más dolor y desesperanza?

Entonces no es el final.

Ese poder fluyó y fluyó en Aelin. Sus labios se curvaron hacia arriba.

No era el final. Y ella no había terminado.

Pero ellos sí.

—Por un mundo mejor —dijo Mala y pasó por la puerta hacia su mundo.

Un mundo mejor.

Un mundo sin dioses. Sin dueños de destinos.

Un mundo de libertad.

Aelin se acercó al arco hacia el reino de los dioses. Donde Mala ahora caminaba en el césped brillante, apenas poco más que un rayo de sol.

La Señora de la Luz se detuvo, y levantó un brazo en despedida.

Aelin sonrió e hizo una reverencia.

A lo lejos, caminando sobre las colinas, los dioses hicieron una pausa.

La sonrisa de Aelin se convirtió en un gesto malvado. Malvado y furioso.

No titubeó hasta que encontró el mundo que buscaba. Se introdujo en ese poder eterno y terrible.

Ella ya había sido una esclava y un peón antes. Nunca lo volvería a ser.

No por ellos. Nunca por ellos.

Los dioses empezaron a gritar, a correr hacia ella, cuando Aelin rasgó un agujero en su cielo.

Justo hacia un mundo que sólo había visto una vez. Cuando había abierto accidentalmente un portal aquella noche en el castillo de roca. Los aullidos bramaban a la distancia al surgir de la extensión gris y sombría.

Un portal a un reino infernal. Una nueva puerta abierta.

Aelin seguía sonriendo cuando cerró la puerta al mundo de los dioses.

Y los dejó ahí, con los sonidos de sus gritos de rabia y terror detrás de la puerta.

Quedaba una última tarea antes de sellar la puerta para siempre.

Aelin extendió la palma de su mano y estudió el Candado que había forjado. Le permitió flotar en el centro de ese espacio de niebla lleno de puertas.

No tenía miedo. Ahora abrió la otra palma de la mano y el poder fluyó.

El último regalo de Mala. Y un desafío.

La fuerza de mil soles en explosión salió de la palma de Aelin.

Cerrar. Atrancar. Sellar.

Lo deseó, lo deseó, lo deseó. Deseó que cerrara y le ofreció su poder.

Pero no ese último pedazo de ella misma.

La deuda ya fue pagada lo suficiente.

Un mapa para regresar a casa, un mapa tatuado con las palabras de universos, la guiaría.

Más y más y más. Pero no todo.

No lo daría todo. Su ser más interno.

No se rendiría.

No le quitarían esta última semilla de ella.

No la cedería.

La luz fluyó por el Candado, se fracturó como un prisma y salió disparada hacia todas esas puertas infinitas.

Cerrando y atrancando y sellando. Un portal a todas partes que se sellaba.

No la destruirían. No les permitiría quitarle eso.

Regresa a mí.

Más y más y más, el último poder de Mala iba saliendo de ella y hacia el Candado.

No ganarían. No se lo podrían quitar… no podrían tenerla a ella.

Se negaba.

Estaba gritando. Gritando y rugiendo su rebeldía.

Un rayo de luz salió hacia el arco a sus espaldas. Lo empezó a sellar también.

Ella viviría. Ella viviría, y todos podían irse al infierno.

Un mundo mejor. Sin dioses, sin destinos.

Un mundo que ellos construirían.

Aelin gritó y gritó. El sonido se escuchó en todos los mundos.

No la derrotarían. No le podrían quitar esto, la semilla más esencial de su ser. De su alma.

Había una vez, en una tierra que hace mucho tiempo quedó reducida a

cenizas, una joven princesa que amaba su reino…

Su reino. Su hogar. Lo volvería a ver.

No había terminado.

Detrás de ella, el arco lentamente se sellaba.

Tenía pocas probabilidades, las probabilidades eran insuperables. Ella no había estado destinada a escapar de esto, a llegar a este punto y seguir respirando.

La mano de Aelin se fue hacia su corazón y se posó ahí.

La fuerza de esto es lo que importa, le había dicho su madre hacía mucho tiempo. A donde sea que vayas, Aelin, no importa qué tan lejos, esto te conducirá a casa.

A donde sea que vayas.

No importa qué tan lejos.

Aunque la llevara más allá de los mundos conocidos.

Los dedos de Aelin se curvaron y la palma de su mano presionó hacia el corazón que latía debajo. Esto te conducirá a casa.

El arco a Erilea seguía cerrándose.

Viajera entre mundos. Aventurera.

Otros lo habían hecho antes. Ella encontraría también cómo. Un camino a casa.

Ya no era la Reina Prometida. Sino la Reina que Caminaba entre Mundos.

No se iría en silencio.

No tenía miedo.

Así que Aelin arrancó su poder. Arrancó un trozo de lo que Mala le había dado, una fuerza suficiente para destrozar un mundo, y lo lanzó contra el Candado.

El último pedazo. El pedazo final.

Y luego Aelin saltó por la puerta.

CAPÍTULO 99

Estaba cayendo.

Estaba cayendo y siendo lanzada.

El portal del Wyrd se selló detrás de ella pero ella no estaba en casa.

Al cerrarse, todos los mundos estaban sobrepuestos.

Y ahora iba cayendo a través de ellos.

Uno tras otro tras otro. Mundos de agua, mundos de hielo, mundos de oscuridad.

Pasó dándose golpes por cada uno de ellos, más rápido que una estrella fugaz, más rápido que la luz.

Hogar.

Tenía que encontrar su hogar…

Mundos de luz, mundos de torres que se extendían hacia los cielos, mundos de silencio.

Tantos.

Había tantos mundos, todos ellos milagrosos, todos ellos tan preciosos y perfectos que incluso mientras caía a través de ellos sentía que su corazón se partía al verlos.

Hogar. El camino a su hogar…

Intentó sostener la cuerda, el vínculo en su alma. Tatuado en su carne.

Regresa a mí.

Aelin caía a través de mundo tras mundo tras mundo.

Demasiado rápido.

Pasaría por su mundo tan rápido que no lo vería.

Pero no podía frenar. No podía detenerse.

Iba cayendo, dando tumbos y pasaba uno y otro y otro y otro y otro.

Es la fuerza de esto lo que importa. Donde sea que vayas, Aelin, no importa qué tan lejos, esto te conducirá a casa.

Aelin rugió, una chispa de su ser brilló en el cielo.

La cuerda se hizo más fuerte. Más tensa. Empezó a jalarla.

Demasiado rápido. Tenía que frenar…

Cayó hacia lo último que quedaba de ella, lo que restaba, intentando buscar algo de poder que le permitiera frenar su avance.

Pasó por un mundo donde una gran ciudad se había construido a lo largo de una curva del río. Los edificios eran imposiblemente altos y sus luces centelleaban.

Pasó por un mundo de lluvia y verdor y viento.

Con un rugido, intentó frenar.

Pasó por un mundo de océanos donde no vería ninguna tierra.

Cerca. Su hogar estaba tan cerca que casi podía oler el pino y la nieve. Si no lo veía, si lo pasaba…

Pasó por un mundo con montañas nevadas bajo estrellas brillantes. Pasó sobre una de esas montañas, donde un hombre alado estaba parado junto a una mujer embarazada, viendo esas mismas estrellas. Hadas.

Ellos eran hadas pero éste no era su mundo.

Extendió una mano, como si pudiera hacerles una señal, como si ellos pudieran de alguna manera ayudarla cuando ella no era nada salvo una mota de poder invisible…

El hombre alado, hermoso más allá de la razón, volteó hacia ella cuando cruzó su cielo estrellado.

Levantó la mano, como saludando.

Un estallido de poder oscuro, como una noche suave de verano, chocó contra ella.

No para atacar… sino para frenarla.

Un muro, un escudo, que ella rompió y atravesó.

Pero la frenó. El poder de ese hombre alado la frenó, apenas lo suficiente.

Aelin desapareció de ese mundo sin siquiera un susurro.

Y ahí estaba.

Ahí estaba, el pino y la nieve, la cordillera sinuosa de las montañas en su continente, el bosque de Oakwald a la derecha, los Yermos a la izquierda. Una tierra de muchos pueblos, de muchos seres.

Los vio a todos, los conocidos y los desconocidos, peleando y en paz, en grandes ciudades u ocultos en la profundidad de la naturaleza. Tanta gente le fue revelada. Erilea.

Se lanzó hacia él. Tomó esa cuerda y aulló mientras avanzaba hacia él. Mientras bajaba hacia él.

Hogar.

Hogar.

Hogar.

No era el fin. Ella no había terminado.

Se esforzó, deseó que el mundo se detuviera. Justo cuando el portal del Wyrd se azotó con un gran tronido, junto con todas las puertas.

Y Aelin cayó de regreso en su propio cuerpo.

Las marcas del Wyrd desaparecieron en el suelo rocoso cuando el sol salió sobre Endovier.

Rowan estaba de rodillas frente a Aelin, preparándose para que ella respirara su último aliento, para el final que él esperaba también se lo llevara a él.

Lo haría su final. Donde ella fuera, él iría.

Pero entonces lo sintió. Cuando empezó a salir el sol, lo sintió, ese aumento en el vínculo de pareja deshilachado.

Una explosión de calor y luz que soldó las fibras rotas.

No se atrevió a respirar. A tener esperanza.

Ni siquiera cuando Aelin se colapsó de rodillas donde habían estado las marcas del Wyrd.

Rowan estuvo ahí instantáneamente, con la mano extendida hacia su cuerpo

laxo.

Un latido de corazón hizo eco en sus oídos, en su propia alma.

Y ahí estaba el pecho de ella, subiendo y bajando. Y ahí estaban sus ojos, que se abrían lentamente.

El olor de las lágrimas de Dorian y Chaol reemplazó la sal de Endovier cuando Aelin miró a Rowan y sonrió.

Rowan la abrazó a su pecho y lloró en la luz del sol naciente.

Una mano débil le tocó la espalda, el tatuaje que había diseñado. Como si estuviera trazando los símbolos que él había escondido ahí, con una esperanza desesperada e improbable.

—Regresé —dijo con voz áspera.

Sentía calor pero… frío al mismo tiempo, por alguna razón. Era una desconocida en su propio cuerpo.

Aelin se sentó y gimió por el dolor que sintió en los huesos.

—¿Qué pasó? —preguntó Dorian que estaba de pie gracias a que Chaol lo sostenía de la cintura.

Aelin ahuecó las manos frente a ella. Una pequeña llama apareció en ellas.

Nada más.

Miró a Rowan, luego a Chaol y a Dorian, sus rostros tan demacrados en la luz del nuevo día.

—Ya no está —dijo en voz baja—. El poder —volteó las manos y las flamas giraron con ellas—. Sólo queda una brasa.

No hablaron.

Pero Aelin sonrió. Sonrió ante la falta de eso en su interior, ese mar revuelto lleno de fuego. Y lo que quedaba, un don importante, sí, pero nada más allá de lo ordinario.

Lo único que quedaba de lo que Mala le había dado, en agradecimiento por Elena.

Pero…

Aelin buscó en su interior, hacia ese sitio en su alma.

Se llevó una mano al pecho. La puso ahí y sintió el latido en su interior.

Su corazón hada. El precio.

Había dado todo de ella. Había dado su vida.

Su vida humana. Su mortalidad. Eso había sido quemado, convertido en polvo entre mundos.

No habría más transformaciones. Sólo este cuerpo, esta forma.

Se los dijo. Y les dijo lo que había ocurrido.

Y cuando terminó, todavía en los brazos de Rowan, Aelin extendió la mano de nuevo, sólo para ver.

Tal vez había sido el último regalo de Mala, también. Preservar este pedazo de ella que se formó en su mano, esa gota de agua.

El don de su madre.

Lo que Aelin había guardado hasta el final, de lo que no se había querido separar hasta que había dado ya todo de sí al Candado, al portal del Wyrd.

Aelin extendió su otra mano, la semilla de fuego que chisporroteó ahí.

Un don ordinario. Ya no era la Portadora de Fuego.

Pero seguía siendo Aelin.

CAPÍTULO 100

Una patada de Kyllian despertó a Aedion antes del amanecer.

Gimió y se estiró en el catre donde dormía en el Gran Salón. El espacio seguía en penumbras. Había incontables soldados dormidos a su alrededor. Su respiración pesada llenaba la habitación.

Entrecerró los ojos deslumbrado por la linterna que Kyllian sostenía sobre él.

—Es hora —dijo Kyllian con los ojos cansados y enrojecidos.

Todos se habían visto mejor. Habían estado mejor.

Pero seguían vivos. Una semana después de que las Trece se sacrificaron para frenar el avance de Morath, seguían vivos. Las vidas de las brujas les habían conseguido un día entero de descanso. Un día y luego Morath empezó a marchar hacia los muros de Orynth nuevamente.

Aedion se echó encima la capa pesada de piel que había estado usando como manta e hizo una mueca por el dolor en su brazo izquierdo. Había sido una herida por descuido, cuando había apartado su atención del escudo por un momento y un soldado del Valg había logrado cortarlo.

Pero al menos no estaba cojeando. Y al menos la herida del príncipe del Valg ya había sanado.

Se echó el escudo sobre ese mismo hombro, tomó su espada y se la puso en el cinturón y avanzó por el laberinto de cuerpos dormidos y exhaustos. Le hizo una seña a Kyllian y el hombre avanzó hacia los muros de la ciudad.

Pero Aedion dio vuelta a la izquierda al salir del Gran Salón y se dirigió a la torre norte.

Fue un recorrido solitario y frío hasta la habitación que buscaba. Como si todo el castillo fuera una tumba.

Tocó suavemente en la puerta de madera cerca de la punta de la torre e inmediatamente se abrió y se cerró. Lysandra salió al pasillo antes de que Evangeline pudiera moverse en la cama.

En la luz parpadeante de la vela de Aedion, las sombras grabadas en la cara de Lysandra tras una semana de pelea desde el amanecer hasta el anochecer eran más pronunciadas, más oscuras.

—¿Estás lista? —preguntó él con suavidad y se dio la vuelta para bajar las escaleras.

Se había convertido en su tradición, que él llevara a Lysandra a su habitación en la noche y que luego subiera a verla en la mañana. Era el único momento de luz en sus días largos y horribles. A veces, Evangeline los acompañaba y les contaba sobre su trabajo llevando y trayendo mensajes y mandados de Darrow. A veces eran sólo ellos dos caminando lentamente.

Lysandra estaba callada. Su andar agraciado era más pesado con cada escalón que bajaban.

—¿Desayuno? —le preguntó Aedion cuando se acercaron al último escalón.

Ella asintió. El huevo y las carnes curadas ya habían sido sustituidos por avena y caldo caliente. Hacía dos noches, Lysandra había salido en forma de guiverno cuando terminó la lucha por el día y regresó una hora después con un venado entre las garras.

Esa carne preciada había desaparecido demasiado pronto.

Llegaron al fondo de las escaleras de la torre y Aedion empezó a dirigirse al comedor pero ella lo detuvo con una mano en su brazo. En la penumbra, él volteó a verla.

Pero Lysandra, con ese hermoso rostro tan cansado, sólo le pasó los brazos por la cintura y presionó su cabeza contra su pecho. Se recargó lo suficiente en él para que Aedion dejara la vela en una saliente y la abrazara con fuerza.

Lysandra se dejó caer un poco y se apoyó más en él. Como si el peso del agotamiento fuera insoportable.

Aedion recargó su barbilla sobre su cabeza y cerró los ojos, disfrutó su olor siempre cambiante.

El corazón de Lysandra palpitaba contra el de él. Aedion le acarició la espalda, caricias largas y tranquilizantes.

No habían compartido una cama. De todas maneras, no había dónde. Pero esto, abrazarse, ella lo había iniciado la noche en que las Trece se habían sacrificado. Lo detuvo en este mismo sitio y solamente lo abrazó durante varios minutos. Hasta que el dolor y la desesperanza se disolvieron lo suficiente para poder subir las escaleras.

Lysandra se apartó, pero no del todo, de sus brazos.

—¿Listo?

—Se nos están acabando las flechas —le dijo Petrah Sangre Azul a Manon bajo la luz grisácea previa al amanecer. Iban caminando por el nido improvisado sobre una de las torres del castillo—. Tal vez deberíamos considerar que alguien de los aquelarres menores se quede hoy a hacer más.

—Hazlo —dijo Manon y miró a los guivernos que todavía no le eran familiares y que compartían el espacio con Abraxos. Su montura ya estaba despierta. Miraba al exterior, solitario y frío, hacia el campo de batalla más allá de los muros de la ciudad. A ese tramo de tierra quemado que la nieve no había logrado borrar.

Ella había pasado horas viéndolo. Apenas podía volar sobre él durante la pelea interminable de cada día.

Su pecho, su cuerpo, estaban huecos.

Sólo el movimiento, realizar cada una de las actividades ordinarias, evitaba que se enroscara en posición fetal en el nido para nunca salir de ahí.

Tenía que continuar en movimiento. Tenía que hacerlo.

Si no, dejaría de funcionar por completo.

No le importó si era obvio para los demás. Ansel de Briarcliff la había buscado en el Gran Salón la noche anterior por ello. La guerrera de cabello rojo se había sentado en la banca a su lado, sus ojos de color vino notaron la comida que Manon casi no había tocado.

—Lo siento —había dicho Ansel.

Manon sólo miró su plato prácticamente lleno.

La joven reina miró el salón solemne a su alrededor.

—Yo perdí a la mayoría de mis soldados —dijo con el rostro pecoso pálido—. Antes de que llegaras. Los masacró Morath.

Había sido un gran esfuerzo para Manon voltear a ver a Ansel. Encontrar su mirada pesada. Parpadeó una vez, la única confirmación que podía molestarse en hacer.

Ansel extendió la mano hacia la rebanada de pan de Manon, le arrancó un pedazo y se lo comió.

—Podemos compartirlos, ¿sabes? Los Yermos. Si tú logras romper esa maldición.

En la mesa larga, algunas de las brujas se pusieron tensas pero no voltearon hacia ellas.

Ansel continuó:

—Yo honraré las viejas fronteras del Reino de las Brujas pero me quedaré con el resto —la reina se puso de pie y se llevó el pan de Manon—. Sólo para que lo consideres, si surge la oportunidad.

Luego se fue, con su caminar altivo, hacia el grupo de soldados que aún le quedaban.

Manon no la miró irse pero sus palabras, esa oferta, permaneció.

Compartir la tierra, reclamar lo que habían tenido pero no la totalidad de los Yermos… Lleva a nuestra gente a casa, Manon.

Las palabras no habían dejado de hacer eco en sus oídos.

—Tú podrías mantenerte fuera del campo de batalla hoy también —le dijo Petrah Sangre Azul entonces con una mano en el flanco de su montura—. Usa el día para ayudar a las otras. Y para descansar.

Manon se quedó mirándola.

A pesar de las dos matronas muertas, junto con Iskra, y de que no había señal de la madre de Petrah, las Dientes de Hierro seguían muy bien organizadas. Lo suficiente para mantener ocupadas a Manon, Petrah y las Crochans.

—Nadie más descansa —dijo Manon con frialdad.

—Pero todos logran dormir —dijo Petrah. Cuando Manon le sostuvo la mirada, Petrah dijo sin parpadear—: ¿Crees que no te veo acostada pero despierta toda la noche?

—No necesito descansar.

—El agotamiento es tan letal como cualquier arma. Descansa hoy y regresas mañana.

Manon le enseñó los dientes.

—La última vez que me fijé, tú no estabas al mando.

Petrah no bajó la cabeza ni un milímetro.

—Pelea, entonces, si es lo que quieres. Pero considera que muchas vidas dependen de ti, y si caes por estar tan cansada que te vuelvas descuidada, todas sufrirán por eso.

Era un consejo sabio. Un consejo sensato.

Pero Manon miró hacia el campo de batalla, el mar de negrura que apenas empezaba a volverse visible. En una hora más o menos, los tambores de hueso

volverían a sonar y el fragor bramante de la guerra se renovaría.

No podía detenerse. No se detendría.

—No voy a descansar.

Manon se dio la vuelta para buscar a Bronwen en las habitaciones de las Crochans. Ella, al menos, no tendría unas ideas tan ridículas. Aunque Manon sabía que Glennis estaría de acuerdo con Petrah.

Petrah suspiró y el sonido le recorrió la espalda a Manon como una lija.

—Entonces nos vemos en el campo de batalla.

El rugido y el estruendo de la guerra se habían convertido en un zumbido distante en los oídos de Evangeline para el mediodía. A pesar del viento helado, el sudor le corría por la espalda bajo las capas pesadas de ropa cuando subió corriendo de nuevo las escaleras de la almena con un mensaje en la mano. Darrow y los otros lords ancianos seguían en la misma posición que las últimas dos semanas: en los muros del castillo, monitoreando la batalla en las afueras de la ciudad.

El mensaje que había recibido, directo de las manos de una Crochan que aterrizó tan brevemente que apenas tocó el piso con los pies, venía de Bronwen.

Era raro, se había dado cuenta Evangeline, que las Dientes de Hierro o las Crochans les informaran algo a los humanos. Que la soldado Crochan la hubiera encontrado a ella, que supiera quién era… El orgullo, más que el miedo, hizo que Evangeline subiera corriendo las escaleras y luego cruzara las almenas para llegar con lord Darrow.

Lord Darrow, con Murtaugh a su lado, ya tenía la mano extendida cuando Evangeline se patinó al detenerse.

—Cuidado —le advirtió Murtaugh—. El hielo puede ser traicionero.

Evangeline asintió aunque planeaba no hacerle ningún caso. Aunque se había caído en las escaleras el día anterior pero afortunadamente nadie la había visto. En especial Lysandra. Si hubiera visto el moretón que tenía en la pierna, que hacía juego con el de su antebrazo, la habría encerrado en su torre.

Lord Darrow leyó el mensaje y frunció el ceño hacia la ciudad.

—Bronwen dice que vieron a Morath moviendo una enorme torre de asedio hacia el muro oeste. Que llegará aquí en una o dos horas.

Evangeline miró más allá del caos en los muros de la ciudad, donde Aedion y el Flagelo luchaban con tanto valor, bajo la batalla en los cielos, donde las brujas peleaban contra las brujas y Lysandra volaba en su forma de guiverno.

Y dicho y hecho, una figura enorme avanzaba hacia ellos.

Evangeline sintió que el estómago se le iba a los pies.

—¿Es… es otra de esas torres de bruja?

—Una torre de asedio es distinta —dijo Darrow con su mal humor usual—. Gracias a los dioses.

—Pero sigue siendo letal —agregó Murtaugh—. Sólo que de otra manera —le frunció el ceño a Darrow—. Iré allá abajo.

Evangeline parpadeó al escuchar eso. Ninguno… ninguno de los otros lords mayores había ido al frente.

—¿A advertirles? —preguntó Darrow con cautela.

Murtaugh le dio unas palmadas a la empuñadura de su espada.

—Aedion y Ren ya no pueden más. Kyllian tampoco, si quieres seguir pensando que él es quien los lidera —Murtaugh no bajó la barbilla nada al ver que Darrow se ponía tenso—. Yo me encargaré del muro oeste. Y de esa torre de asedio —le guiñó un ojo a Evangeline—. No todos podemos ser mensajeros valientes, ¿o sí?

Evangeline se obligó a sonreír aunque el temor se acumulaba en su interior.

—¿Debo… debo avisarle a Aedion que irás allá?

—Yo mismo se lo diré —dijo Murtaugh y la despeinó al marcharse—. Cuidado con el hielo —le volvió a advertir.

Darrow no intentó detenerlo y Murtaugh se alejó de las almenas. Lentamente. Se veía tan lento, y anciano y frágil. Pero mantuvo la frente en alto. La espalda recta.

Si ella hubiera podido elegir un abuelo, habría sido él.

El rostro de Darrow lucía severo cuando Murtaugh al fin desapareció.

—Viejo tonto —dijo Darrow con preocupación en la mirada cuando devolvió su atención a la batalla frente a ellos.

CAPÍTULO 101

Ya no era humana.

El aliento de Aelin hacía un sonido áspero en sus orejas… sus orejas permanentemente arqueadas e inmortales, con cada paso que daban de regreso al ejército acampado. Rowan permanecía a su lado, con la mano alrededor de su cintura.

No la había soltado ni una vez. Ni un instante desde que había regresado.

Desde que ella había recorrido los mundos.

Todavía los podía ver. Incluso caminando en silencio entre los árboles, con la oscuridad cediendo su lugar a la luz grisácea previa al amanecer, ella podía ver todos y cada uno de los mundos por los que había pasado.

Tal vez nunca los dejaría de ver. Tal vez sólo ella en este mundo y en todos los demás sabía qué es lo que había más allá de los muros invisibles que los separaban. Cuánta vida habitaba en ellos y florecía. Amaba y odiaba y luchaba para seguir viviendo.

Tantos mundos. Más de los que podía contemplar. ¿Sus sueños quedarían embrujados por ellos para siempre? Haberlos visto pero no poder explorarlos… ¿esa añoranza echaría raíces en ella?

Las ramas de Oakwald formaban un tejido esquelético sobre sus cabezas. Los barrotes de una jaula.

Como su cuerpo, como este mundo, podrían ser.

Ella apartó esa idea de su cabeza. Había vivido… vivido cuando debía haber muerto. Aunque su parte mortal… aunque eso hubiera muerto. Aunque se hubiera derretido para separarse de ella.

Los bordes externos del campamento aparecieron y Aelin miró sus manos. Frío… tenían un poco de frío ahora.

Alterada de todas las maneras.

Dorian dijo cuando se acercaron al primero de los rukhin:

—¿Qué les vas a decir?

Las primeras palabras que alguno de ellos había pronunciado desde que empezaron el recorrido de regreso.

—La verdad —dijo Aelin.

Suponía que eso era lo único que podía ofrecerles, después de lo que había hecho.

Le dijo a Dorian:

—Lo lamento… sobre tu padre.

El viento helado le apartó unos mechones de cabello a Dorian de la frente.

—Yo también —dijo y puso la mano en Damaris.

A su lado, Chaol permaneció en silencio, aunque volteaba a ver al rey de vez en cuando. Él cuidaría a Dorian. Como siempre lo había hecho, supuso Aelin.

Pasaron por los primeros ruks y las aves los miraron curiosas. Luego encontraron a Lorcan, Fenrys, Gavriel y Elide esperando cerca de las tiendas de campaña.

Chaol y Dorian murmuraron algo sobre reunir a los demás miembros de la realeza y se marcharon.

Aelin permaneció cerca de Rowan cuando avanzaron hacia su corte. Fenrys la miró de pies a cabeza, sus fosas nasales se ensancharon cuando detectó su olor. Dio un paso hacia ella y el horror le recorrió la cara. Gavriel sólo palideció.

Elide ahogó un grito.

—Lo hiciste, ¿verdad?

Pero Lorcan respondió, tenso, como si percibiera el cambio en ella.

—Tú… tú no eres humana.

Rowan le gruñó como advertencia. Aelin solamente los miró, la gente que había dado tanto y había elegido seguirla hasta

acá, con su destrucción todavía pendiente. Tener éxito pero a la vez fracasar por completo.

Erawan seguía ahí. Su ejército seguía.

Y no habría Portadora de Fuego, no habría llaves del Wyrd, no habría dioses para ayudarles.

—¿Ya se fueron? —preguntó Elide suavemente.

Aelin asintió. Se lo explicaría después. Se lo explicaría a todos después.

Asesina de dioses. Eso era. Una asesina de dioses. No se arrepentía. Ni siquiera un poco.

Elide le preguntó a Lorcan:

—¿Sientes… sientes alguna diferencia?

La falta de los dioses que los cuidaban.

Lorcan miró hacia los árboles sobre sus cabezas, como si leyera la respuesta en sus ramas enredadas. Como si estuviera buscando a Hellas ahí.

—No —admitió.

—¿Qué significa —preguntó Gavriel cuando los primeros rayos de sol brillaron sobre su cabello dorado— que ya no estén? ¿Hay ahora un reino del infierno con el trono vacante?

—Es demasiado temprano para esa mierda filosófica —dijo Fenrys y le ofreció a Aelin una media sonrisa que no le llegaba del todo a los ojos. Ahí había un reproche… no por su decisión, sino por no decirles. Pero de todas formas intentó hacer bromas para aligerar la situación.

Condenada… esa hermosa sonrisa de lobo podría estar en sus últimos días de existencia.

Todos podrían estar viviendo sus últimos días de existencia. Por ella.

Rowan lo pudo leer en su mirada, en su rostro. Le apretó la cintura con la mano.

—Vayamos a buscar a los demás.

En una de las carpas de guerra del khagan, Dorian extendió sus manos hacia una fogata que había hecho e hizo una mueca de dolor.

—Esa junta podría haber ido mejor.

Chaol, sentado al otro lado de la fogata, con Yrene en sus piernas, estaba jugando con la punta de la trenza de su esposa.

—Así es.

Yrene frunció el ceño.

—No sé cómo no se fue de aquí y dejó que todos se pudrieran. Yo lo hubiera

hecho.

—Nunca subestimes el poder de la culpabilidad cuando se trate de Aelin Galathynius —dijo Dorian y suspiró. El fuego que había invocado parpadeó.

—Ella cerró el portal del Wyrd —dijo Yrene molesta—. Lo mínimo que pueden hacer es agradecerlo.

—Oh, no dudo que lo agradezcan —dijo Chaol también con gesto irritado—. Pero de todas maneras Aelin prometió una cosa y luego hizo lo contrario.

Así era. Dorian no sabía bien qué pensar sobre la decisión de Aelin. O que siquiera se los hubiera dicho: sobre intercambiar a Erawan por Elena. Los dioses la traicionaron a su vez.

Y luego Aelin los había destrozado por eso.

—Típico —dijo Dorian intentando sin éxito encontrar el humor en la situación. Una parte de él todavía se sentía como si estuviera en ese lugar-de-lugares.

En especial porque una parte de él se había perdido.

La magia que se sentía infinita apenas el día anterior tenía ahora un punto muy real y muy sólido donde se terminaba. Era un don poderoso, sí, pero no pensaba que pudiera ser capaz de nuevo de destrozar castillos de cristal o fortalezas enemigas.

No había decidido todavía si era un alivio.

Era más poder, al menos, que lo que le había quedado a Aelin. Lo que le habían regalado, por lo que les había dicho. Aelin había gastado cada brasa de su propia magia. Lo que ahora tenía era lo que quedaba del regalo que le había hecho Mala para sellar la puerta… para castigar a los dioses que las habían traicionado a ambas.

La idea todavía le daba náuseas a Dorian. Y el recuerdo de Aelin que eligió aventarlo de ese no-lugar todavía lo hacía apretar los dientes. No por su decisión, sino la de su padre…

Pensaría después sobre su padre. Nunca.

Su padre sin nombre, que había ido por él al final.

Chaol no le había preguntado, no había presionado. Y Dorian sabía que cuando estuviera listo para hablar de ello, su amigo estaría esperando.

Chaol dijo:

—Aelin no mató a Erawan. Pero al menos Erawan no puede traer a sus hermanos jamás. Ni usar las llaves para destruirnos a todos. Tenemos eso. Ella… ustedes dos hicieron eso.

No habría más collares. No habría más habitaciones debajo de fortalezas con ellos.

Yrene le pasó los dedos a Chaol por el cabello castaño y Dorian intentó luchar contra el dolor que sentía en el pecho al verlos. Al ver el amor que fluía con tanta libertad entre ellos.

No tenía resentimiento por la felicidad de Chaol. Pero eso no impedía que sintiera un dolor cortante en su pecho cada vez que los veía. Cada vez que veía a las sanadoras de la Torre y deseaba que Sorscha las hubiera encontrado.

—Entonces el mundo quedó parcialmente salvado —dijo Yrene—. Eso es mejor que nada.

Dorian le sonrió. Ya adoraba a la esposa de su amigo. Probablemente él también se habría casado con ella si hubiera tenido la oportunidad.

Aunque sus pensamientos seguían desviándose hacia el norte, hacia una bruja de ojos dorados que caminaba junto a la muerte y no le temía. ¿Pensaría en él? ¿Se preguntaría qué le habría sucedido en Morath?

—Aelin y yo todavía tenemos magia —dijo Dorian—. No como antes, pero todavía tenemos. No estamos completamente indefensos.

—¿Suficiente para enfrentar a Erawan? —dijo Chaol con los ojos de bronce cautelosos. Muy consciente de la respuesta—. ¿Y a Maeve?

—Tendremos que encontrar la manera —dijo Dorian. Rezó por que fuera verdad. Pero ya no quedaban dioses a quienes rezarles.

Elide mantuvo un ojo en Aelin cuando ambas se bañaban en la tienda de campaña de la reina. Y un ojo en el agua deliciosamente tibia que habían traído.

Y que la mujer en la bañera al lado de ella estaba manteniendo tibia.

Como si estuviera desafiando esa horrible reunión que habían tenido con la realeza del khaganato ante el regreso inesperado de Aelin.

Triunfante. Pero sólo en ciertos aspectos.

Una amenaza derrotada. La otra no.

Aelin lo ocultaba bien, pero la reina también hacía cosas que la delataban. Su inmovilidad, el ángulo depredador de la inclinación de su cabeza. La primera había estado presente en la mañana. Inmovilidad total mientras la interrogaban, la criticaban, le gritaban.

La reina no había estado tan callada desde el día que había escapado de Maeve.

Y no era el trauma lo que ahora mantenía inclinada su cabeza, sino culpa. Temor. Vergüenza.

Elide había sido quien había sugerido un baño. Y ahora estaban sumergidas casi hasta los hombros en las altas y largas bañeras. Para darle al príncipe Rowan la oportunidad de volar alto y lejos para que tranquilizara un poco su temperamento. Para darle a Aelin un momento para estabilizarse.

De todas maneras había planeado bañarse esta mañana. Aunque se había imaginado un acompañante distinto en la bañera de al lado.

Aunque Lorcan no lo sabía. Sólo le había besado la sien antes de salir en la mañana, para ayudar a Fenrys y Gavriel a preparar la salida del ejército. Su movimiento al norte.

Aelin se talló el cabello largo. La masa de su pelo cubría su cuerpo. Bajo la luz de los braseros, los tatuajes de la espalda de la reina parecían fluir como un río negro viviente.

—¿Entonces todavía tienes magia? —dijo Elide de repente.

Aelin movió sus ojos color turquesa hacia ella.

—¿Tu agua está caliente?

Elide rio con un resoplido y movió los dedos por el agua.

—Sí.

—Quieres saber cuánta, exactamente.

—¿Puedo saberlo?

—No mentí en la reunión —dijo Aelin con la voz todavía hueca. Se había quedado ahí para responder a todas las preguntas que le gritaba la princesa Hasar, todos los gestos de desaprobación del príncipe Sartaq—. Es… —levantó los brazos y colocó las manos en el aire, una encima de la otra, unos treinta centímetros entre ambas—. Aquí estaba el fondo antes— dijo y movió los dedos de la mano de abajo. Luego levantó esa mano hasta que quedó como a cinco centímetros de la de arriba—. Acá está ahora.

—¿Ya lo probaste?

—Lo puedo sentir —esos ojos de turquesa, a pesar de todo lo que había hecho, estaban pesados, solemnes—. Nunca había sentido un fondo antes. Lo sentí sin tener que buscarlo —Aelin sumergió su cuero cabelludo enjabonado en el agua y liberó las burbujas y aceites—. Ya no es tan impresionante, ¿o sí?

—A mí nunca me ha importado si tienes magia o no.

—¿Por qué? A todos les importaba.

Era una pregunta inexpresiva. Sí, cuando eran niñas, muchos sentían temor del poder que Aelin poseía. En lo que se convertiría.

—Quien tú eres no es tu magia —dijo Elide simplemente.

—¿No? —preguntó Aelin y recargó la cabeza hacia atrás en la bañera—. Me gustaba mi magia. La amaba.

—¿Y ser humana?

Elide sabía que no debía haberse atrevido a preguntar, pero se le salió.

Aelin la miró de reojo.

—¿Sigo siendo humana, en el fondo, si no tengo un cuerpo humano que poseer?

Elide lo consideró.

—Supongo que tú eres la única que puede decidir eso.

Aelin canturreó un poco y volvió a sumergirse en el agua.

Cuando salió, Elide le preguntó:

—¿Tienes miedo? ¿De enfrentar a Erawan en la batalla?

Aelin se abrazó las rodillas. Su tatuaje se movió en su espalda. Estuvo en silencio un buen rato.

—Me da miedo no llegar a Orynth a tiempo —dijo al fin—. Si Erawan decide arrastrar su cuerpo asqueroso hasta acá para pelear conmigo, entonces lidiaré con él.

—¿Y Maeve? ¿Si ella llega con Erawan también?

Pero Elide sabía la respuesta. Todos morirían. Todos.

Tenía que haber una manera… alguna manera de derrotarlos a ambos. Supuso que Anneith ya no sería de ninguna ayuda. Y tal vez ya era hora de que ella confiara en sí misma de todas maneras. Aunque el momento podría haber sido mucho menos inoportuno.

—Cuántas preguntas, lady de Perranth.

Elide se sonrojó y extendió la mano para tomar el jabón. Se frotó los brazos.

—Perdón.

—¿Ahora ves por qué no te pedí que hicieras el juramento de sangre?

—Las hadas te desafían todo el tiempo.

—Sí, pero me gusta que tú no estés atada a mí —un suspiro suave—. No planeaba que nada de esto sucediera.

—¿Qué?

—Sobrevivir al Candado. La puerta. Tener que… gobernar de verdad. Vivir. Estoy en un territorio completamente nuevo, al parecer.

Elide lo consideró. Luego se quitó el anillo que tenía en el dedo. El anillo de Silba… no de Mala.

—Toma —dijo y extendió la mano con el anillo entre las dos bañeras. La espuma goteaba de sus dedos.

Aelin parpadeó al ver el anillo.

—¿Por qué?

—Porque entre nosotras dos, es más probable que tú enfrentes a Erawan o a Maeve.

Aelin no tomó el anillo.

—Preferiría que lo conservaras tú.

—Y yo preferiría que tú lo tuvieras —la contradijo Elide y le sostuvo la mirada. Preguntó en voz baja—: ¿No has dado ya suficiente, Aelin? ¿No permitirás que alguno de nosotros haga algo por ti?

Aelin miró el anillo.

—Yo fracasé. Te das cuenta de eso, ¿no?

—Tú volviste a poner las llaves en la puerta. Eso no es fracasar. Y aunque no lo hubieras logrado hacer, te daría este anillo.

—Le debo a tu madre asegurarme de que sobrevivas a esto.

El pecho de Elide se contrajo con dolor.

—Lo que le debes a mi madre es vivir, Aelin —se acercó más y casi le puso el anillo en la cara a Aelin—. Tómalo. Si no por mí, entonces por ella.

Aelin miró el anillo otra vez. Y luego lo tomó.

Elide intentó no suspirar cuando la reina se lo puso en el dedo.

—Gracias —murmuró Aelin.

Elide estaba a punto de responder cuando se abrió la lona de la carpa y un aire helado aulló hacia el interior, junto con Borte.

—¿No me invitaron a bañarme? —preguntó la rukhin e hizo un gesto dramático hacia la reina.

Aelin sonrió.

—Pensaba que los rukhin eran demasiado rudos para los baños.

—¿Te has fijado en lo lindo que mantienen los hombres su cabello? ¿Crees que eso no implica una obsesión con la limpieza? —Borte cruzó la tienda de campaña y colocó un taburete junto a la bañera de la reina. Al parecer no le importaba en lo más mínimo que la reina o Elide estuvieran desnudas.

Elide tuvo que hacer un esfuerzo por no cubrirse. Al menos con Aelin en la bañera de junto, el borde era lo suficientemente alto para darles algo de privacidad. Pero con Borte sentada arriba de ellas así…

—Esto es lo que yo pienso —dijo Borte y movió la punta de una de sus trenzas.

Aelin sonrió ligeramente.

—Hasar está de mal humor y tiene frío. Sartaq está acostumbrado a estas condiciones y no le importa. Kashin está intentando ver el lado positivo, porque es muy amable, pero todos están un poco nerviosos de que vayamos a pelear contra cien mil soldados, probablemente más en el camino, y que Erawan no esté fuera. Tampoco Maeve. Así que están molestos. Les agradas, pero están molestos.

—Eso me quedó claro —dijo Aelin con sequedad— cuando Hasar me llamó vaca estúpida.

Elide tuvo que usar todo su autocontrol para no atacar a la princesa. Y por el gruñido que salió de las hadas, incluso de Lorcan, por los dioses, sabía que debía haber sido igual de difícil para ellos.

Aelin sólo había inclinado la cabeza frente a la princesa y le sonrió. Igual que sonreía ahora.

Borte no hizo caso a las palabras de Aelin.

—Hasar llama a todos vaca estúpida. Tienes buena compañía —otra sonrisa de Aelin al escuchar eso—. Pero no vine a hablar de eso. Vine a hablar de ti y de mí.

—Mi tema favorito —dijo Aelin con una risita.

Borte sonrió.

—Estás viva. Lo lograste. Todos pensábamos que ibas a morir —trazó una línea por su cuello para dar más énfasis y Elide se encogió un poco—. Sartaq probablemente me va a pedir que lleve uno de los flancos a la batalla, pero ya he hecho eso. Ya he sido buena en eso —la sonrisa se hizo más amplia—. Quiero estar a cargo de tu flanco.

—No tengo un flanco.

—¿Entonces quién irá a la batalla contigo?

—No había pensado en eso —dijo Aelin y arqueó una ceja—. Porque pensaba que estaría muerta.

—Bueno, cuando lo pienses, espera que yo esté en el cielo volando sobre ti. Odiaría que la batalla fuera aburrida.

Sólo los rukhin de ojos fieros podrían tener el valor de decir que marchar a una batalla contra cien mil soldados sería aburrido.

Pero antes de que Aelin pudiera decir algo, o de que Elide le pudiera preguntar a Borte si los ruks estaban listos para luchar contra los guivernos, la jinete ya se había marchado.

Cuando Elide miró a Aelin, el rostro de la reina estaba sombrío.

Aelin hizo un gesto hacia la entrada de la carpa.

—Está nevando.

—Ha estado nevando casi constantemente desde hace días.

Aelin tragó saliva y se oyó en toda la carpa.

—Es una nevada del norte.

La tormenta azotó el campamento. Con tanta fuerza que Nesryn y Sartaq les dieron a los ruks la orden de permanecer en tierra todo el día y toda la noche.

Como si entrar a Terrasen unos días antes los hubiera puesto oficialmente en un invierno brutal.

—Seguiremos avanzando al norte —dijo Kashin, que estaba descansando junto a la fogata en la gran carpa de Hasar.

—Como si hubiera otra opción —dijo Hasar molesta y dio un trago a su vino caliente especiado—. Ya llegamos hasta acá. De una vez deberíamos llegar hasta Orynth.

Nesryn estaba sentada en un sofá de poca altura con Sartaq. Seguía preguntándose qué, exactamente, estaba haciendo en estas reuniones. Se

preguntaba por qué estaba con los hermanos del príncipe y con el heredero del khaganato a su lado.

Emperatriz. La palabra parecía flotar sobre todas sus respiraciones, todos sus movimientos.

Sartaq dijo:

—Nuestra gente ha enfrentado situaciones así en el pasado. Las volveremos a enfrentar.

En verdad, Sartaq había pasado horas despierto en las noches a lo largo de las últimas semanas leyendo los recuentos y crónicas sobre los guerreros y líderes del khaganato de generaciones pasadas. Había traído un baúl con libros del khaganato, por esta razón. La mayoría ya los había leído, le dijo. Pero nunca estaba de más refrescar la memoria.

Si eso les conseguía una posibilidad contra los cien mil soldados, ella no se quejaría.

—No nos enfrentaremos a ellos para nada si esta tormenta no cede —dijo Hasar y miró hacia la entrada sellada de su carpa—. Cuando regrese a Antica, nunca más volveré a salir.

—¿No te gusta la aventura, hermana? —preguntó Kashin con una ligera sonrisa.

—No cuando es en un infierno congelado —refunfuñó Hasar.

Nesryn ahogó una risa suave y Sartaq le puso el brazo sobre los hombros. Un poco de contacto despreocupado.

—Seguiremos avanzando —dijo Sartaq—. Hasta llegar a los muros de Orynth. Eso juramos que haríamos y no nos retractamos de nuestras promesas.

Nesryn se hubiera vuelto a enamorar de él sólo por esas palabras. Se recargó en él, saboreó su calidez, en agradecimiento silencioso.

—Entonces recemos —dijo Kashin— para que esta tormenta no nos retrase tanto que ya no quede nada de Orynth por defender.

CAPÍTULO 102

Habían vaciado una pequeña habitación cerca del Gran Salón para su funeral.

El cuarto estaba iluminado por velas de las que podían prescindir. Las rocas antiguas reflejaban la luz parpadeante y sus relieves resaltaban alrededor de la mesa donde lo habían recostado.

Lysandra se quedó en la puerta mientras veía el cuerpo cubierto con una sábana en el fondo de la habitación.

Ren estaba arrodillado frente a él, con la cabeza agachada. Como lo había hecho ya por varias horas. Desde que se enteraron al atardecer de que Murtaugh había caído.

Había sido arrasado por los soldados del Valg mientras intentaba detener su avance sobre los muros de la ciudad usando una de sus torres de asedio.

Habían llevado a Murtaugh de regreso de los muros. Una multitud de soldados iba a su alrededor.

Desde los cielos, volando con las brujas después de que Morath había dado la orden de volver a detenerse, Lysandra escuchó el grito de Ren. Había visto desde las alturas a Ren correr por las almenas hasta el cuerpo que venía siendo cargado por las calles de la ciudad.

Aedion llegó en cuestión de segundos. Le ayudó a Ren a mantenerse en pie mientras el joven lord sollozaba. Casi lo había traído cargando hasta acá, a pesar de las heridas nuevas que tenía el príncipe.

Y Aedion se quedó. En vigilia al lado de Ren todo este tiempo. Con una mano sobre su hombro.

Lysandra había llegado con Evangeline. Abrazó a la niña impactada mientras lloraba y se quedó cuando ella caminó hasta el cuerpo de Murtaugh para besarle la frente. Lo que la sábana les permitía ver, después de lo que habían hecho los soldados del Valg.

Luego llevó a la niña fuera de la habitación, justo cuando Darrow y los demás llegaron.

Lysandra no se molestó en ver a Darrow, a ninguno de ellos que no se habían atrevido a hacer lo que Murtaugh sí. Su muerte, supieron, fue lo que reunió a los hombres en el muro. Lo que hizo que derribaran esa torre de asedio. Una victoria afortunada pero muy costosa.

Lysandra le ayudó a Evangeline a darse un baño, se aseguró de que tuviera comida caliente, y la acostó antes de regresar.

Encontró a Aedion todavía al lado de Ren, con la mano aún en el hombro del lord arrodillado.

Así que se quedó ahí, en la puerta. Su propia vigilia, mientras el pozo de su poder se rellenaba, mientras las heridas que había recibido iban curándose centímetro a centímetro.

Aedion le murmuró algo a Ren y le retiró la mano. Ella se preguntó si ésas habrían sido sus primeras palabras en horas.

Aedion se dio la vuelta hacia ella y parpadeó. Se veía hueco. Destrozado. Exhausto y dolido y con una carga sobre sus hombros que ella no podía soportar ver.

Incluso el caminar de Aedion era apenas poco más que un arrastrar de los pies.

Lo siguió afuera y sólo miró atrás una vez hacia donde Ren seguía hincado con la cabeza agachada.

Un silencio terrible lo rodeaba.

Lysandra caminó al lado de Aedion mientras se dirigía al comedor. A esta hora, la comida sería escasa, pero la encontraría. Para ambos. Si era necesario, saldría a cazar.

Abrió la boca para decirle eso.

Pero las lágrimas corrían por la cara de Aedion, abriéndose paso entre la sangre y la suciedad.

Lysandra se detuvo y lo jaló para detenerlo también.

Él no la miró a los ojos mientras ella le limpiaba las lágrimas de una mejilla. Luego de la otra.

—Debería haber estado en el muro oeste —dijo él con la voz entrecortada.

Ella sabía que ninguna palabra lo consolaría. Así que le limpió las lágrimas otra vez, las lágrimas que sólo mostraría en este salón en las sombras, después de que todos se hubieran ido a dormir.

Y cuando él continuó sin verla a los ojos, ella le tomó la cara entre las manos y

le levantó la cabeza.

Por un instante, por una eternidad, se miraron.

Ella no podía soportarlo, la desesperanza, el dolor en su cara. No podía tolerarlo.

Lysandra se puso de puntas y le rozó la boca con sus labios.

Un susurro de beso, una promesa de vida cuando la muerte rondaba sobre ellos.

Se apartó y vio la cara de Aedion tan desconsolada como antes.

Así que lo volvió a besar. Y se quedó junto a su boca para susurrarle:

—Era un buen hombre. Un hombre valiente y noble. Igual que tú —lo besó una tercera vez—. Y cuando esta guerra termine, sin importar cómo termine, yo estaré todavía aquí, contigo. En esta vida o en la siguiente, Aedion.

Él cerró los ojos, como si estuviera respirando sus palabras. Su pecho se hinchó y sus anchos hombros se sacudieron.

Luego abrió los ojos y eran de una flama turquesa pura, encendida por ese dolor y rabia y desafío a la muerte que los rodeaba.

La tomó de la cintura con una mano y hundió la otra en su cabello. Le inclinó la cabeza hacia atrás y encontró su boca con la de él.

El beso le quemó todo el cuerpo, le llegó a los huesos siempre cambiantes, y ella lo abrazó del cuello y lo sostuvo con fuerza.

Solos en el salón oscuro y silencioso, con la muerte acechando en el campo de batalla cercano, Lysandra se entregó a ese beso ardiente, a Aedion, incapaz de contener su gemido cuando la lengua de Aedion rozó la suya.

El sonido fue la perdición de Aedion y los movió para recargarla contra la pared. Ella se arqueó, desesperada por sentirlo contra todo su cuerpo. Él le gruñó en la boca, y la mano que tenía en sus caderas se deslizó hacia su muslo. Lo levantó hacia su cintura y se presionó contra ella, exactamente donde ella necesitaba que lo hiciera.

Aedion apartó su boca de la de Lysandra y empezó a explorar su cuello, su mandíbula, su oreja. Ella exhaló su nombre y le recorrió la espalda poderosa con las manos. Los músculos se endurecían bajo su contacto.

Más. Más. Más.

Más de esta vida, de este fuego para quemar todas las sombras.

Más de él.

Lysandra le puso las manos en el pecho. Metió sus dedos bajo la chaqueta, buscando la piel tibia debajo. Aedion sólo le mordisqueaba la oreja, pasaba sus dientes por su mandíbula y tomaba su boca en otro beso que la hizo gemir de nuevo.

Se escucharon pasos en el corredor, junto con una tos intencional, y Aedion se quedó inmóvil

Ruidosos… debían haber estado haciendo demasiado ruido.

Pero Aedion no se movió, aunque Lysandra bajó la pierna de alrededor de su cintura. Justo cuando el vigilante pasó caminando, con la mirada hacia el piso.

Pasó caminando rápidamente.

Aedion miró al hombre todo el tiempo con ojos que no tenían nada de humano. Un depredador alfa que había encontrado su presa al fin.

No, no su presa. Nunca con él.

Sino su compañera. Su pareja.

Cuando el vigilante desapareció al doblar la esquina, sin duda para correr a decirles a todos qué había interrumpido, cuando Aedion se agachó para besarla de nuevo, Lysandra lo detuvo al colocarle una mano suavemente sobre la boca.

—Mañana —le dijo en voz baja.

Aedion gruñó, pero un gruñido sin ferocidad.

—Mañana —repitió ella y lo besó en la mejilla. Luego se salió del abrazo—. Sobrevive mañana, pelea mañana y… continuaremos.

Él tenía la respiración agitada, los ojos cautelosos.

—¿Esto fue por lástima?

Una pregunta desesperanzada y miserable.

Lysandra le acarició la mejilla con barba sin afeitar y le volvió a besar los labios. Se permitió volver a probarlo.

—Es porque ya estoy harta de toda esta muerte. Y te necesitaba.

Aedion hizo un sonido grave y lastimero, así que Lysandra lo besó una última vez. Incluso le recorrió la comisura de los labios con la lengua. Él abrió la boca para ella y entonces ya estaban de nuevo enredados el uno en el otro, dientes y lenguas y manos explorando, tocando, probando.

Pero Lysandra logró salirse de nuevo, con la respiración tan agitada como la

de él.

—Mañana, Aedion —exhaló.

—Tenemos suficientes en el arsenal para que los arqueros usen otros tres días, tal vez cuatro si cuidan sus flechas —dijo lord Darrow con los brazos cruzados al leer las cuentas.

A Manon no le desagradaba el anciano… en parte incluso admiraba su control férreo. Pero estos consejos de guerra todas las noches la estaban empezando a cansar.

En especial cuando las noticias se volvían cada vez más sombrías.

Ayer había una persona más en esta habitación, lord Murtaugh.

Y hoy, sólo su nieto estaba sentado en una silla, con los ojos enrojecidos. Un espectro viviente.

—¿Reservas de comida? —preguntó Aedion desde el otro lado de la mesa. El príncipe general había visto mejores días también. Todos. Cada una de las caras en esta habitación tenía la misma expresión sombría y apaleada.

—Tenemos comida al menos para un mes —dijo Darrow—. Pero nada de eso importará si no hay nadie que defienda los muros.

El capitán Rolfe avanzó hacia la mesa.

—Las lanzas de fuego ya están por acabarse. Si tenemos suerte, nos durarán hasta mañana.

—Entonces consérvenlas también —dijo Manon—. Úsenlas sólo cuando algún Valg de alto rango logre cruzar los muros de la ciudad.

Rolfe asintió. Otro hombre que ella admiraba de mala gana… aunque su fanfarronería podía ser irritante.

Era un esfuerzo no ver las puertas cerradas de la habitación. Donde Asterin y Sorrel deberían estar esperando. Defendiendo.

En su lugar, estaban Petrah y Bronwen. No como sus nuevas Segunda y Tercera, sino sólo como representantes de sus propias facciones.

—Digamos que hacemos flechas para que nos duren cuatro días —dijo Ansel de Briarcliff con el ceño muy fruncido—. Y hacemos que las lanzas de fuego duren otros tres, si las usamos con moderación. Cuando se acaben, ¿qué nos queda?

—Las catapultas todavía funcionan —dijo una de las integrantes de la realeza hada con el cabello plateado.

—Ésas son para hacer daño más lejos en el campo de batalla —dijo el príncipe Galan quien, como Aedion, tenía los ojos de Aelin—. No para una batalla cuerpo a cuerpo.

—Entonces tenemos nuestras espadas —dijo Aedion con voz ronca—. Nuestra valentía.

Eso último, Manon lo sabía, también se estaba acabando.

—Podemos mantener a las Dientes de Hierro alejadas —dijo Manon—. Pero no podemos ayudarles también en los muros.

Estaban peleando, en efecto, contra una marea implacable que nunca disminuía.

—¿Entonces esto es el fin? —preguntó Ansel—. En cuatro, cinco días, ¿le ofreceremos el cuello a Morath?

—Pelearemos hasta que no quede nadie —gruñó Aedion—. Hasta la última persona.

Ni siquiera lord Darrow objetó. Así que salieron, la junta había terminado.

No había nada más que discutir. En unos días, todos ellos serían un festín para los cuervos.

CAPÍTULO 103

La tormenta había detenido al ejército por completo.

En la primera mañana, los azotó con tal fuerza que Rowan no podía ver ni un metro frente a él. Los ruks estaban en la superficie y sólo los exploradores más fuertes habían sido enviados al exterior… por tierra.

Así que el ejército se quedó ahí. A menos de ochenta kilómetros de la frontera de Terrasen. A una semana de Orynth.

Si Aelin tuviera todos sus poderes…

No tenía todos sus poderes. Ya no, se recordó Rowan a sí mismo mientras estaba en la carpa de guerra. Su pareja y esposa y reina estaba en el sofá junto a él.

Los poderes completos de Aelin ahora eran… no sabía bien. Como habían sido en Mistward, tal vez. Cuando ella todavía tenía ese control autoinfligido. No eran tan reducidos como cuando llegó, pero tampoco tantos como cuando rodeó toda la ciudad de Doranelle con sus llamas.

Ciertamente no lo suficiente para enfrentar a Erawan y salir bien librada. Y a Maeve.

No le importaba. No le importaba un carajo si ella tenía todo el poder del sol o ni siquiera una brasa.

Nunca le había importado de todas maneras.

Afuera, el viento aullaba y la tienda de campaña se estremecía.

—¿Siempre es así el clima? —preguntó Fenrys con el ceño fruncido hacia las paredes de la carpa que se sacudían.

—Sí —dijeron Elide y Aelin y luego compartieron una sonrisa de las que escaseaban en esos días.

Un milagro, esa sonrisa en la boca de Aelin.

Pero la de Elide desapareció cuando dijo:

—Esta tormenta podría durar días. Podría caer un metro de nieve.

Lorcan, que estaba cerca del brasero, gruñó:

—Y cuando deje de nevar, tendremos que lidiar con eso. Que los soldados pierdan dedos de las manos y los pies por el frío y la humedad.

La sonrisa de Aelin desapareció por completo.

—Yo derretiré todo lo que pueda.

Lo haría. Se obligaría a llegar al punto de agotamiento para hacerlo. Pero juntos, si unían sus poderes, la fuerza de la magia de Rowan podría ser suficiente para derretir un camino. Para mantener al ejército caliente.

—De todas maneras, tendremos un ejército que llegará exhausto a Orynth —intervino Gavriel y se frotó la mandíbula.

¿Cuántos días lo había visto Rowan mirar al norte, hacia el hijo que peleaba en Orynth? Se preguntaba, sin duda, si Aedion todavía vivía.

—Son profesionales —dijo Fenrys con sequedad—. Pueden manejarlo.

—Tomar la ruta más larga solamente aumentará el agotamiento —dijo Lorcan.

—Según lo que sabemos —dijo Rowan—, Morath se quedó en Perranth —una mueca de dolor de Elide al escuchar esas palabras—. No nos arriesgaremos a cruzar demasiado cerca. No ahora que podría significar involucrarnos en un conflicto que sólo retrasaría nuestra llegada a Orynth y reduciría nuestras filas.

—Ya revisé los mapas una docena de veces —dijo Gavriel con el ceño fruncido hacia los mapas sobre la mesa de trabajo—. No hay un camino alternativo a Orynth, no sin acercarnos demasiado a Perranth.

—Tal vez tengamos suerte —dijo Fenrys— y esta tormenta esté azotando a todo el norte. Tal vez podría congelar algunas de las fuerzas de Morath por nosotros.

Rowan dudaba que tuvieran tanta suerte. Tenía la sensación de que toda la suerte que podrían haber tenido ya se había gastado con la mujer sentada a su lado.

Aelin lo miró, seria y cansada. Él no podía imaginar cómo se sentiría. Ella había entregado todo lo que tenía. Había renunciado a su humanidad, a su magia. Él sabía que lo segundo era lo que le había dejado ese aspecto desolado y golpeado en la mirada. Lo que la hacía sentirse como una extraña en su propio cuerpo.

Rowan se había tomado el tiempo la noche anterior de recordarle ciertas partes de ese cuerpo. Y del suyo. Había pasado un rato largo haciéndolo,

además. Hasta que ese aspecto desolado había desaparecido, hasta que estuvo retorciéndose debajo de él, ardiendo cuando él se movía en su interior. Él no detuvo sus lágrimas, que se convirtieron en vapor antes de chocar con el cuerpo de Aelin. Ella también tenía lágrimas en su cara, brillantes como la plata bajo la luz de la flama, mientras lo abrazaba con fuerza.

Sin embargo, esta mañana, cuando le rozó el cuello con los labios para despertarla con unos besos en la mandíbula, ese aspecto desolado ya había regresado. Y había permanecido.

Primero sus cicatrices. Luego su cuerpo mortal y humano.

Suficiente. Ella ya había dado suficiente. Él sabía que ella planeaba dar más.

Una exploradora rukhin llamó a la reina desde la entrada de la carpa y Aelin le dijo que entrara. Pero la exploradora sólo asomó la cabeza con los ojos muy abiertos. Tenía nieve en su capucha, en las cejas, en las pestañas:

—Su majestad. Majestades —corrigió y lo miró. Rowan no se molestó en decirle que él era simplemente y siempre sería su alteza—. Deben venir —la exploradora jadeaba con tanta fuerza que su aliento se podía ver en el aire helado que se metía por la abertura de la carpa—. Todos ustedes.

Se tardaron varios minutos en ponerse las capas más protectoras y su equipo para hacer frente al viento y la nieve.

Pero poco después iban avanzando entre la nieve. La exploradora los llevó entre las tiendas de campaña semienterradas. Inclusive bajo los árboles, había pocos lugares para resguardarse.

Sin embargo, ya habían llegado a la orilla del campamento. La nieve cegadora pasaba a su lado rugiendo. Velando lo que la exploradora señaló cuando dijo:

—Vean.

A su lado, Aelin se tropezó. Rowan extendió la mano hacia ella para ayudarla a no caer.

Pero no estaba cayendo. Estaba lanzándose al frente, como si quisiera correr para adelantarse.

Rowan al fin vio lo que ella estaba viendo. Quién emergió de los árboles.

Contra la nieve, él era casi invisible con su piel blanca. Hubiera sido invisible de no ser por la flama dorada que brillaba entre sus astas orgullosas y gigantes.

El Señor del Norte.

Y a sus pies, todo alrededor de él… la Gente Pequeña.

Con la nieve en las pestañas, un pequeño sonido salió de Aelin cuando la criatura más cercana enroscó su mano, llamándola. Como diciendo, Síguenos.

Los demás se quedaron con la boca abierta y en silencio al ver el impresionante ciervo orgulloso que había venido a saludarlos.

A guiar a la reina de Terrasen a casa.

Pero entonces el viento empezó a susurrar y no era la canción que Rowan usualmente escuchaba.

No, era la voz que todos escucharon cuando pasó a su lado.

La destrucción está por llegar a Orynth, heredera de Brannon. Debes apresurarte.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con el clima le recorrió la piel a Rowan.

—La tormenta —dijo Aelin pero la nieve se tragó sus palabras.

Debes apresurarte. Te mostraremos el camino, rápido y sin ser detectados.

Aelin se quedó inmóvil. Le dijo a esa voz, tan antigua como los árboles, tan vieja como las rocas entre ellos:

—Ya me has ayudado tantas veces.

Y tú has dado tanto de ti misma, heredera de Brannon. Nosotros que lo recordamos sabemos que él habría decidido así, si hubiera podido hacerlo. Oakwald nunca olvidará a Brannon ni a su heredera.

Aelin se enderezó, miró los árboles, el viento lleno de nieve.

Dríade. Ésa era la palabra que él buscaba. Dríade. Un espíritu de los árboles.

—¿Cuál es el precio? —preguntó Aelin con voz más alta.

—¿De verdad quieres preguntar? —farfulló Fenrys. Rowan le gruñó.

Pero Aelin se había quedado inmóvil esperando la respuesta de la dríade. La voz de Oakwald, de la Gente Pequeña y de las criaturas que habían cuidado de él durante tanto tiempo.

Un mundo mejor respondió la dríade al fin. Incluso para nosotros.

El ejército estaba apresurándose mientras se preparaba para la marcha… la carrera al norte.

Pero Aelin arrastró a Rowan a su tienda de campaña. A la pila de libros que

Chaol e Yrene habían traído del Continente del Sur. Pasó su dedo por los títulos, buscando, revisando.

—¿Qué haces? —le preguntó su pareja.

Aelin no le hizo caso a la pregunta y murmuró algo cuando encontró el libro que buscaba. Lo empezó a hojear, con cuidado para no maltratar las páginas antiguas.

—Puede ser que sea una vaca estúpida —dijo entre dientes y giró el libro para mostrarle a Rowan la página que buscaba—, pero no sin opciones.

Los ojos de Rowan bailaron. ¿Me vas a incluir en esta maquinación en particular, princesa?

Aelin sonrió. No quiero que te sientas excluido.

Él ladeó la cabeza.

—Tenemos que apresurarnos, entonces.

Con el escándalo del ejército que se preparaba al otro lado de la tienda de campaña como ruido de fondo, Aelin asintió. Y empezó.

CAPÍTULO 104

El sudor y la sangre que tenía en su cuerpo se congelaba rápidamente. Aedion jadeó al recargarse contra los muros maltratados de la ciudad y observó al enemigo regresar a su campamento por esa noche.

Era una especie de broma de mal gusto, un tormento cruel, que Morath se detuviera con cada puesta del sol. Como si tuvieran alguna especie de civilidad, como si las criaturas que infestaban a tantos de los soldados necesitaran de la luz.

Sabía que Erawan así lo había ordenado. Que los cansaran día tras día, que les destrozaran el ánimo en vez de arrasar con ellos y permitirles irse en una llamarada de gloria.

Erawan no sólo deseaba la victoria o la conquista, sino su rendición completa. Que suplicaran para que todo terminara, para que él les pusiera fin, que los gobernara.

Aedion apretó los dientes y bajó cojeando de las almenas. La luz estaba desapareciendo rápidamente y la temperatura descendía.

Cinco días.

Las armas que habían calculado que les durarían tres o cuatro días, les habían durado hasta hoy. Hasta ahora.

Más lejos en el muro, uno de los micenianos lanzó una llamarada hacia el Valg que todavía estaba intentando subir por la escalera de asedio. Donde ardía esa flama, los demonios se desplomaban.

Rolfe estaba al lado de la mujer que tenía la lanza de fuego. El rostro del capitán estaba tan ensangrentado y sudoroso como el de Aedion.

Una mano en la armadura negra se sostuvo de la almena junto a Aedion cuando pasó por ahí, buscando cómo sostenerse.

Casi sin ver, Aedion la golpeó con el escudo antiguo. Un grito de dolor y luego el alarido que fue desapareciendo fue la única confirmación de que el soldado había caído al suelo.

Rolfe sonrió con seriedad cuando Aedion se detuvo. Sentía el peso de su armadura como si fueran mil rocas. En las alturas, las Crochans y las Dientes de Hierro volaban lentamente de regreso sobre los muros de la ciudad. Las capas rojas colgaban sobre las escobas. Las alas de piel gruesa se movían irregularmente. Aedion buscó en el cielo hasta que encontró al guiverno sin jinete que buscaba todos los días, todas las noches.

Lysandra también lo vio y voló hacia él en un descenso lento y cuidadoso hacia los muros de la ciudad.

Habían muerto tantos. Más y más cada día. Esas vidas perdidas le pesaban en cada paso que daba. No podría hacer nada para mejorar la situación… realmente no.

—Los arqueros ya se quedaron sin flechas —le dijo Aedion a Rolfe a modo de saludo mientras Lysandra se acercaba. Tenía sangre de ella y de otros en las alas, en el pecho.

Rolfe movió la barbilla hacia los guerreros micenianos que seguían encendiendo sus lanzas de fuego en explosiones y estallidos breves.

Lysandra aterrizó, se transformó en un destello y al instante estaba al lado de Aedion, bajo el brazo del escudo. Un beso suave y rápido fue su único saludo. Lo único que él esperaba con gusto todas las noches.

A veces, cuando ya habían sido vendados y habían comido algo, él lograba obtener un poco más que eso. A veces, ni siquiera se molestaban en lavarse antes de encontrar algún espacio sombreado. Entonces no había nada más que ella, la perfección absoluta de ella, los pequeños sonidos que hacía cuando él le lamía la garganta, cuando sus manos exploraban lenta, tan lentamente, cada centímetro de su cuerpo. Él permitió que ella decidiera el ritmo al que irían avanzando y que le dijera hasta dónde quería llegar. Pero no habían llegado a esa unión final, todavía no.

Era algo que les daba a ambos un motivo para vivir, ésa era su promesa no verbalizada.

Ella apestaba a sangre de Valg, pero Aedion de todas maneras la besó de nuevo en la sien antes de voltear a ver a Rolfe. El lord pirata sonrió con tristeza.

Estaba muy consciente de que ésos probablemente serían sus últimos días. Horas.

La guerrera miceniana volvió a apuntar su lanza de fuego y los Valg que quedaban cayeron a la oscuridad, poco más que huesos derretidos y jirones de tela revoloteando.

—Ya se terminaron —dijo Rolfe en voz baja.

Aedion tardó un instante en darse cuenta de que no se refería al último

soldado de la noche.

La guerrera miceniana dejó su lanza de fuego con un golpe metálico pesado en el piso.

—Las lanzas de fuego se agotaron —dijo Rolfe.

La oscuridad cayó en Orynth. Tan densa que incluso las llamas del castillo se atenuaron.

En las almenas, con Darrow en silencio a su lado, Evangeline miró las filas de soldados que regresaban lentamente desde los muros, de los cielos.

Los tambores de hueso empezaron a sonar.

Un latido de corazón, como si el ejército enemigo en la planicie fuera una enorme bestia creciente que se preparara para devorarlos.

La mayoría de los días, sólo tocaban los tambores de sol a sol y el sonido quedaba ahogado bajo el fragor de la batalla. Que hubieran empezado de nuevo cuando el sol ya se había puesto… Sintió que se le revolvía el estómago.

—Mañana —murmuró lord Sloane desde donde estaba junto a Darrow—. O el día siguiente. Terminará entonces.

No sería una victoria. Evangeline ya sabía eso.

Darrow no dijo nada y lord Sloane le puso la mano en el hombro antes de regresar al interior.

—¿Qué sucede al final? —se atrevió a preguntarle la niña a Darrow.

El viejo miró hacia la ciudad, hacia el campo de batalla lleno de esa oscuridad tan terrible.

—O nos rendimos —dijo él con voz ronca— y Erawan nos convierte en esclavos a todos, o peleamos hasta que quedemos como carroña.

Eran palabras duras y fuertes. Pero a ella eso le gustaba de él, que no le suavizaba las cosas.

—¿Quién decidirá lo que haremos?

Los ojos grises de Darrow estudiaron su cara.

—Lo decidiremos nosotros, los lords de Terrasen.

Evangeline asintió. Las fogatas de los enemigos empezaron a encenderse y sus flamas parecían hacer eco del ritmo de sus tambores.

—¿Qué decidirías tú? —preguntó Darrow en voz baja, cuidadosa.

Ella lo consideró. Nadie le había preguntado algo así jamás.

—Me habría gustado mucho vivir en Caraverre —admitió Evangeline. Sabía que él no lo reconocía, pero ya no importaba, ¿o sí?—. Murtaugh me enseñó las tierras, los ríos y las montañas que quedan cerca, los bosques y las colinas —sintió un dolor latirle en el pecho—. Y vi los jardines junto a la casa y me habría gustado verlos en la primavera —sintió que se le cerraba la garganta —. Me habría gustado que ése hubiera sido mi hogar. Que esto… que todo Terrasen hubiera sido mi hogar.

Darrow no dijo nada y Evangeline puso la mano en las rocas del castillo. Entonces, miró al oeste, como si pudiera ver hasta Allsbrook y el pequeño territorio en su sombra. Hasta Caraverre.

—Eso es lo que Terrasen siempre ha significado para mí, ¿sabes? —continuó Evangeline, hablando más para sí misma—. En cuanto Aelin liberó a Lysandra, y nos ofreció unirnos a su corte, Terrasen siempre ha significado hogar. Un lugar donde… donde vive el tipo de persona que no nos hará daño. Donde todos, sin importar quiénes sean y de dónde vengan y cuál sea su rango puedan vivir en paz. Donde podíamos tener un jardín en la primavera y nadar en los ríos en el verano. Yo nunca tuve algo así antes. Un hogar, quiero decir. Y me habría gustado que Caraverre, que Terrasen, fuera mi hogar —se mordió el labio—. Así que elegiría pelear. Hasta el fin. Por mi hogar, aunque sea nuevo. Elijo pelear.

Darrow se quedó en silencio tanto tiempo que ella volteó a verlo.

Nunca había visto sus ojos con tanta tristeza, como si el peso de todos sus años verdaderamente se hubiera concentrado en ellos.

Entonces él sólo dijo:

—Ven conmigo.

Ella lo siguió por las almenas y hacia la calidez del castillo, por los diversos pasillos sinuosos y hasta el Gran Salón, donde se estaba sirviendo una comida bastante escasa. Una de sus últimas.

Nadie se molestó en levantar la vista de sus platos cuando Evangeline y Darrow pasaron entre las mesas largas llenas de soldados agotados y heridos.

Darrow no los miró tampoco al avanzar directamente a la fila de personas que esperaban su comida. Directamente con Aedion y Lysandra que estaban abrazados mientras aguardaban su turno. Como debía haber sido desde el principio, los dos juntos.

Aedion, al sentir que Darrow se acercaba, volteó. El general también se veía totalmente acabado.

Lo supo, entonces. Que el día siguiente o el que le seguía sería su último. Lysandra le sonrió ligeramente a Evangeline y la niña supo que ella también estaba consciente. Que intentaría encontrar la manera de sacarla antes del final.

Aunque Evangeline nunca lo permitiría.

Darrow se quitó la espada que traía colgando y se la dio a Aedion.

El silencio empezó a recorrer el salón al ver la espada… la espada de Aedion. La espada de Orynth.

Darrow la sostuvo entre ellos. El antiguo pomo de hueso brillaba.

—Terrasen es tu hogar.

El rostro demacrado de Aedion permaneció sin expresión.

—Lo ha sido desde que llegué aquí.

—Lo sé —dijo Darrow y miró la espada—. Y tú lo has defendido mucho más de lo que se podría esperar de cualquier hijo de Terrasen nacido aquí. Más allá de lo que se podría esperar de cualquiera. Lo has hecho sin queja, sin miedo y has servido con nobleza a tu reino —le extendió la espada—. Por favor perdona a un viejo orgulloso que también buscaba hacer lo mismo.

Aedion bajó el brazo del hombro de Lysandra y recibió la espada.

—Servir a este reino ha sido el gran honor de mi vida.

—Lo sé —repitió Darrow y miró a Evangeline antes de mirar a Lysandra—. Alguien muy sabio me dijo recientemente que Terrasen no es solamente un sitio, sino un ideal. Un hogar para todos los que deambulan, para los que necesitan un sitio que les dé la bienvenida con los brazos abiertos —inclinó la cabeza ante Lysandra—. Reconozco formalmente a Caraverre y sus tierras y a ti como su lady.

Los dedos de Lysandra encontraron los de Evangeline y los apretaron con fuerza.

—Por tu valor inquebrantable ante el enemigo reunido en nuestra puerta, por todo lo que has hecho para defender esta ciudad y reino, Caraverre será reconocido y será tuyo para la eternidad —una mirada entre ella y Aedion—. Cualquier heredero que tengan también lo heredará, así como sus herederos después.

—Evangeline es mi heredera —dijo Lysandra con voz gruesa y le puso una mano cálida sobre el hombro.

Darrow sonrió ligeramente.

—Eso también lo sé. Pero me gustaría decir una cosa más, en esta probable última noche —ladeó la cabeza hacia Evangeline—. Yo nunca tuve hijos ni adopté ninguno. Sería un honor para mí nombrar a una jovencita tan sabia y valiente como mi heredera.

Silencio absoluto. Evangeline parpadeó… y luego parpadeó de nuevo.

Darrow continuó en el silencio asombrado:

—Me gustaría enfrentar a mis enemigos sabiendo que el corazón de mis tierras, de este reino, seguirá latiendo en el pecho de Evangeline. Que sin importar las sombras que se avecinen, Terrasen siempre vivirá en alguien que entienda su esencia sin que se le tenga que enseñar. Que represente sus mejores cualidades —hizo un gesto hacia Lysandra—. Si estás de acuerdo con eso.

Hacerla su encomendada… y una lady… Evangeline tomó la mano de Darrow y la apretó. Él apretó también.

—Yo —parpadeó Lysandra y la volteó a ver con ojos brillantes—. No es mi decisión, ¿o sí?

Así que Evangeline le sonrió a Darrow.

—Eso me gustaría mucho.

Los tambores de hueso estuvieron sonando toda la noche.

Manon no quería saber qué nuevos horrores les desatarían con el amanecer.

Sentada al lado de Abraxos en la torre de los nidos, miró con él hacia el mar infinito de negrura.

Todo terminaría pronto. La esperanza desesperada de Aelin Galathynius se había apagado.

¿Alguien podría escapar cuando atravesaran los muros de la ciudad? ¿Y dónde irían, siquiera? Cuando la sombra de Erawan se estableciera, ¿habría manera de detenerlo?

Dorian… Dorian podría. Si había conseguido las llaves. Si había sobrevivido.

Podría estar muerto. Podría estar en camino en este momento, con un collar negro alrededor de la garganta.

Manon recargó la cabeza contra la piel cálida y rugosa de Abraxos.

No lograría llevar a su gente a casa. Llevarlas a los Yermos.

Mañana… sabía en sus huesos antiguos que caerían al fin los muros de la ciudad. Ya no tenían más armas aparte de espadas y su propia voluntad

desafiante. Eso no duraría mucho tiempo contra la fuerza interminable que los esperaba.

Abraxos movió su ala para que la protegiera del viento.

—Me hubiera gustado verlos —dijo Manon en voz baja—. Los Yermos. Aunque fuera sólo una vez.

Abraxos resopló y le dio un golpe suave con la cabeza. Ella le acarició el hocico.

Y en la oscuridad que se asentaba en el campo de batalla, podía imaginárselos: el verde vibrante que fluía contra el mar gris agitado. Una ciudad brillante en la costa, brujas volando en escobas o guivernos en los aires. Podía escuchar la risa de las niñas brujas en las calles, la música olvidada de su gente flotando en el viento. Un espacio amplio y abierto, fértil y siempre verde.

—Me hubiera gustado verlo —susurró Manon otra vez.

CAPÍTULO 105

La sangre llovía sobre el campo de batalla.

Sangre y flechas, tantas que cuando llegaron a su blanco en el costado, en las alas de Lysandra, apenas se dio cuenta.

Morath había estado reservando su arsenal. Hasta hoy.

Con el amanecer, habían desatado un torrente tal de flechas que subir al aire era una apuesta letal. Ella no quería saber cuántas Crochans habían caído, a pesar de los mejores esfuerzos de las rebeldes Dientes de Hierro por escudarlas con los cuerpos de sus guivernos.

Pero la mayoría habían logrado subir a los aires justo a la zona de ataque de la legión Dientes de Hierro.

Abajo, Morath avanzaba con una urgencia que ella no había visto antes. Un mar negro que chocaba contra los muros de su ciudad y que los traspasaba de vez en cuando.

Las escaleras de asedio eran colocadas más rápido de lo que podían derribarlas y ahora, cuando el sol apenas empezaba a asomarse, las torres de asedio ya estaban avanzando.

Lysandra se lanzó hacia una bruja Dientes de Hierro, una Picos Negros por la banda de cuero teñido en su frente, y la arrancó de su silla antes de arrancarle la garganta a su guiverno.

Una. Sólo una de la masa que había en los aires.

Descendió y eligió otro blanco.

Luego otro. Y otro. No sería suficiente.

Y donde la legión de Dientes de Hierro se había conformado con pelear contra ellas las últimas semanas, hoy empujaban. Las iban empujando hacia atrás poco a poco, hacia Orynth.

Y no había nada que Lysandra o las Crochans o las rebeldes Dientes de Hierro pudieran hacer para detenerlos.

Así que las brujas empezaron a morir.

Y debajo de ellas, en los muros de la ciudad, soldados de muchos reinos también murieron.

La última resistencia, las últimas horas, de su alianza desesperada.

El aliento de Manon le raspaba la garganta. El brazo que sostenía la espada le dolía.

Una y otra vez, se reunían y atacaban la legión de Dientes de Hierro.

Una y otra vez, las empujaban hacia atrás. Hacia Orynth. Hacia los muros.

Las filas de Crochans empezaban a ceder. Incluso las rebeldes Dientes de Hierro estaban empezando a volar de manera descuidada.

¿Cómo habían peleado y peleado y de todas maneras habían terminado en esto? Las Trece habían dado sus vidas; sintió el pecho hueco, el sonido de la batalla seguía siendo un rugido distante ante el silencio en su mente. Y de todas maneras habían terminado en esto.

Si continuaban, serían sobrepasadas para la noche. Si no reconfiguraban su plan de ataque, no tendrían nada más para la mañana. Le quedaba suficiente de su espíritu desgarrado para considerar que eso era inaceptable. Para enfurecerse y resistir contra ese final.

Tenían que retirarse tras los muros de la ciudad. Reagruparse y usar Orynth y las montañas detrás, para su ventaja. Mientras más se quedaran en el aire, se volvería más mortífero.

Manon sacó el cuerno de su costado y sopló dos veces.

Crochan y Dientes de Hierro la voltearon a ver con los ojos como platos por la sorpresa. Manon volvió a hacer sonar el cuerno.

Retirada, gritaba el cuerno. Retirada a la ciudad.

La puerta oeste de la ciudad se estremeció.

En el sitio donde alguna vez hubo grabados intrincados y antiguos en las enormes placas de hierro, ahora sólo quedaban golpes y sangre salpicada.

Un sonido ensordecedor hizo eco por la ciudad, las montañas, y Aedion, jadeando mientras luchaba sobre las almenas arriba de las puertas, se atrevió a apartar la vista de su último oponente. Se atrevió a mirar el resultado del último golpe del ariete.

Los soldados llenaban el pasillo hacia la puerta y había más en las calles más internas. Tantos como les pudieran dar las tropas en las almenas.

Pronto. Pronto la puerta oeste sería vencida. Tras miles de años, finalmente sería desgajada.

La espada de Orynth estaba resbalosa en su mano ensangrentada, su escudo antiguo, cubierto de residuos coagulados

La gente ya estaba huyendo al castillo. Las almas valientes que habían permanecido en la ciudad todo este tiempo, con la esperanza de que podrían sobrevivir. Ahora corrían, con sus niños en brazos, hacia el castillo que sería el último bastión contra las hordas de Morath. Aunque no sería por mucho tiempo.

Horas, tal vez.

Manon había dado la orden de retirada y las Crochans y las Dientes de Hierro aterrizaron en el muro junto a la puerta sur que todavía resistía. Algunas se unieron a la batalla y otras se quedaron a controlar a la legión aérea que venía pisándoles los talones.

La puerta oeste volvió a estremecerse, se inclinó hacia adentro; la madera y el metal y las cadenas que habían usado para reforzarlo empezaron a vencerse.

Aedion percibió que el enemigo iba a atacar a su izquierda, donde estaba expuesto, y levantó su escudo, tan infinitamente pesado. Pero un guiverno sin jinete interceptó al soldado y lo partió en dos antes de lanzar sus restos desde las almenas.

Con un destello, Lysandra ya estaba ahí. Tomó la ropa, espada y escudo de un Asesino Silencioso caído.

—Dime dónde hay que ordenarle a Manon y las demás que se posicionen en la ciudad —dijo jadeando con fuerza. Tenía una cortada profunda en el brazo, la sangre caía por todas partes, pero ella no parecía darse cuenta.

Aedion intentó sumergirse en ese lugar frío y calculador que lo había guiado a través de otras batallas, de otras que habían sido casi derrotas. Pero esto no era casi una derrota.

Esto sería una derrota, pura y brutal. Una masacre.

—Aedion —su nombre era una súplica frenética.

Un soldado del Valg corrió hacia ellos y Aedion lo partió en dos desde el ombligo hasta la nariz con un movimiento de la espada de Orynth. Lysandra apenas parpadeó al sentir la sangre negra que le caía en la cara.

La puerta oeste empezó a doblarse, el hierro gritaba a punto de resquebrajarse.

Tenía que ir… tenía que bajar ahí a liderar la batalla en la puerta.

Donde libraría su última resistencia. Donde encontraría su final, defendiendo el lugar que más amaba. Era lo menos que podía hacer, con todos los guerreros que habían caído gracias a él, gracias a sus decisiones. Caer él mismo por Terrasen.

Una muerte digna de una canción. Un final digno de narrarse alrededor de una fogata.

Si en el nuevo mundo de oscuridad de Erawan se permitía la existencia de las llamas.

La legión de Dientes de Hierro de Morath se lanzó contra sus hermanas rebeldes. Las Crochans exhaustas aterrizaron en las rocas para saciar su sed, revisar heridas. Un último respiro antes de la defensiva final.

En el muro, los soldados del Valg subían y subían y subían por las almenas.

Así que Aedion se inclinó hacia Lysandra y la besó, besó a la mujer que debió ser su esposa, su pareja, una última vez.

—Te amo.

La tristeza llenó su hermoso rostro.

—Y yo a ti —hizo un ademán hacia la puerta oeste, hacia los soldados que esperaban que se venciera—. ¿Hasta el fin?

Aedion levantó su escudo, hizo girar la espada de Orynth en su mano y se sacudió la tensión que se había apoderado de sus dedos.

—Te volveré a encontrar —le prometió—. En lo que sea que le siga a esta vida.

Lysandra asintió.

—En todas las vidas.

Juntos, giraron hacia las escaleras que los llevarían a la puerta. Al abrazo de la muerte que los aguardaba.

El sonido de un cuerno desgarró el aire, la batalla, el mundo.

Aedion se quedó inmóvil.

Volteó en dirección a ese cuerno, al sur. Más allá de las filas repletas de Morath. Más allá del mar de negrura, hacia las colinas en los límites de la planicie enorme de Theralis.

De nuevo, el cuerno sonó, un rugido desafiante.

—Eso no es un cuerno de Morath —exhaló Lysandra.

Y entonces aparecieron. En los bordes de las colinas. Una fila de guerreros de armadura dorada, soldados de a pie y caballería por igual. Más y más y más, una gran fila que se extendía hasta la punta de la última colina.

El cielo se llenó, hasta el horizonte, de poderosas aves con armadura y jinetes. Ruks.

Y frente a ellos, con la espada levantada al cielo cuando ese cuerno volvió a sonar una última vez, con el rubí en la empuñadura ardiendo como un sol pequeño…

Frente a todos ellos, montada en el Señor del Norte, venía Aelin.

CAPÍTULO 106

A través de los caminos antiguos y olvidados de Oakwald, a través de las montañas de Perranth, el Señor del Norte y la Gente Pequeña los guiaron. Rápidos e implacables, en una carrera contra la destrucción total, hicieron el último recorrido al norte.

Casi no habían parado a descansar. Habían dejado todas las provisiones innecesarias atrás.

Los exploradores en ruk no se habían atrevido a adelantarse por miedo a que Morath los descubriera. Por miedo a arruinar la ventaja de la sorpresa.

Seis días de marcha, con ese gran ejército siguiéndola.

El territorio inhóspito se aplanó. Los arroyos pequeños se congelaban para que pudieran cruzar. Los árboles bloqueaban la nieve.

Viajaron toda la noche. Y cuando empezó a amanecer, el Señor del Norte se arrodilló junto a Aelin y se ofreció como montura.

No tenía silla; nunca se permitiría ni se necesitaría. Cualquier jinete que permitiera que lo montara, Aelin lo sabía, nunca caería.

Algunos se arrodillaron cuando pasó junto a ellos. Incluso Dorian y Chaol agacharon la cabeza.

Rowan, montado en un caballo darghan de mirada feroz, solamente asintió. Como si siempre hubiera esperado que ella terminara ahí, a la cabeza del ejército que entraría en las horas finales al borde de Orynth.

Ella tenía puesta su corona de batalla, junto con la armadura que había tomado en Anielle y se aparejó con las armas sobrantes que le dieron Fenrys y Lorcan.

Yrene, Elide y las sanadoras permanecerían en la retaguardia… hasta que los ruks las llevaran a Orynth. Dorian y Chaol dirigirían a los hombres salvajes de los Colmillos en el flanco derecho, los miembros de la realeza del khaganato el izquierdo, Sartaq y Nesryn en los cielos con los ruks. Y Aelin y Rowan, con Fenrys, Lorcan y Gavriel, avanzarían por el centro.

El ejército se extendió cuando se acercaron a las colinas en las orillas de Orynth, las colinas que los llevarían al borde de la planicie de Theralis y les darían el primer panorama de la ciudad al fondo.

Con el corazón latiendo con fuerza, el Señor del Norte imparable, Aelin ascendió la última de esas colinas, la más alta y de pendiente más pronunciada y vio Orynth por primera vez en diez años.

Un silencio terrible latió por su cuerpo.

Donde brilló alguna vez una hermosa ciudad blanca entre río y planicie y montaña…

Reinaba el humo y el caos. Las aguas de turquesa del Florine fluían negras.

El tamaño, el resonar del ejército masivo que chocaba contra sus muros, en los cielos sobre la ciudad…

No se había percatado. De lo enorme que sería el ejército de Morath. De lo pequeño y precioso que parecía Orynth frente a él.

—Ya casi logran derribar la puerta oeste —murmuró Fenrys. Sus ojos de hada devoraban todos los detalles.

El ejército del khagan se distribuyó a su alrededor, por la colina. Era la cresta de una ola a punto de reventar. Pero incluso los soldados darghan titubearon, los caballos se movieron inquietos, al ver al ejército que se extendía entre ellos y la ciudad.

El rostro de Rowan estaba serio… serio pero impávido, al considerar al enemigo. Tantos. Tantos soldados. Y la legión de Dientes de Hierro sobre ellos.

—Las Crochans están peleando en los muros de la ciudad —dijo Gavriel.

Y sí, apenas alcanzaba a distinguir las capas rojas.

Manon Picos Negros no había roto su juramento.

Y ella tampoco lo haría.

Aelin miró su mano, oculta bajo el guantelete. Donde debía estar una cicatriz.

Te prometo que no importa qué tan lejos vaya, no importa el costo, cuando pidas mi ayuda, vendré.

No habría tiempo para discursos. No habría oportunidad para animar a los soldados que venían tras ella.

Estaban listos. Y ella también.

—Haz sonar el llamado —le dijo Aelin a Lorcan, quien levantó el cuerno a sus labios y sopló.

En las filas, los heraldos del khaganato levantaron sus propios cuernos. Hasta que todos eran una gran nota que rugía y que corría hacia Orynth.

Volvieron a sonar los cuernos.

Aelin desenfundó a Goldryn de su espalda y levantó su escudo con la espada apuntando al cielo. Un hilo de su magia atravesó el rubí del pomo y lo hizo brillar.

Los soldados darghan apuntaron sus suldes al frente. La madera crujió y el pelo de los caballos se azotó en el viento.

En las filas, la princesa Hasar y el príncipe Kashin apuntaron sus propias lanzas hacia el ejército enemigo. Dorian y Chaol sacaron sus espadas y las apuntaron al frente.

Rowan desenfundó su espada, tomó el hacha en su otra mano, y enfrentó lo que venía con el rostro pétreo. Inquebrantable.

Los cuernos sonaron una tercera y última vez, el grito de batalla resonó como una canción por toda la planicie sangrienta.

El Señor del Norte levantó las patas delanteras y Goldryn se elevó más alto hacia el cielo. Aelin liberó un destello de fuego a través del rubí… la señal que el ejército a sus espaldas estaba esperando.

Por Terrasen. Todo, por Terrasen.

El Señor del Norte aterrizó sobre las patas delanteras, la flama inmortal entre sus astas brilló con intensidad y se lanzó a la carga. El ejército alrededor y detrás de ella fluyó por la ladera, avanzando con cada paso, arrasando hacia la retaguardia de Morath.

Arrasando hacia Orynth.

A casa.

Siguieron avanzando hacia la batalla, sin ceder y con ferocidad.

La reina montada en su ciervo blanco no se amedrentó con cada tramo avanzado hacia las legiones que aguardaban. Solamente giró la espada en su mano… una vez, dos, y sostuvo con fuerza el escudo cerca de su cuerpo.

Los guerreros inmortales a su lado no titubearon tampoco, sus ojos fijos en el enemigo frente a ellos.

Más y más rápido, la caballería del khaganato iba galopando a su lado. La fila delantera se empezó a formar, se mantuvo, cuando llegaron a las primeras

filas de la retaguardia de Morath.

El enemigo volteó hacia ellos. Apuntaron las lanzas, los arqueros corrieron a ponerse en posición.

El primer impacto dolería. Muchos caerían antes de llegar siquiera.

Pero la línea delantera tenía que lograrlo. No podían romperse.

Desde las líneas enemigas se escuchó la orden:

—¡Arqueros!

Los arcos gimieron, los blancos fueron elegidos.

—¡Disparen!

Unas enormes flechas de hierro bloquearon el sol y se dirigieron a la caballería que avanzaba.

Pero los ruks, dorados y cafés y negros como la noche, se clavaron, clavaron, clavaron de los cielos, volando ala con ala. Y cuando esas flechas empezaron a descender hacia la tierra, los ruks las interceptaron y recibieron la mayor parte del impacto para proteger al ejército que avanzaba debajo.

Algunos ruks cayeron.

E incluso la reina que iba al frente de la carga lloró de rabia y dolor cuando las aves y sus jinetes cayeron al suelo. Sobre ella, recibiendo flecha tras flecha, con el escudo levantado hacia los cielos, una jinete joven rugió su grito de batalla.

La línea delantera no podía romperse.

Las brujas Dientes de Hierro sobre sus guivernos volaron hacia ellos, hacia los ruks, con la intención de atacar sus espaldas expuestas.

En la ciudad, en los muros de Orynth, una reina de cabello blanco gritó:

—¡Empujen! ¡Empujen! ¡Empujen!

Las brujas exhaustas salieron volando, sobre escoba y bestia, con las espadas en alto. A toda velocidad hacia el frente de la legión aérea que se lanzaba contra los ruks. Para aplastar a la legión de Dientes de Hierro entre las dos fuerzas.

En el suelo sangriento, Morath apuntó lanzas, picas, espadas, lo que traían en las manos contra la embestida de la caballería.

No fue suficiente para detenerlos.

No cuando los escudos de viento y flama y la muerte más negra entraron en acción y cortaron en las filas de Morath.

Derribaron a los soldados listos para la batalla. Expusieron a los que estaban detrás y esperando a levantar sus armas.

Dejaron a Morath abierto de par en par para el ejército dorado que chocó contra ellos con la fuerza de una ola gigante.

CAPÍTULO 107

La respiración firme de Rowan le raspaba la garganta cuando atacó frente a las líneas de soldados del Valg. Los gritos resonaban a su alrededor. Cerca, abriendo un camino a través de las masas de Morath, Aelin y el Señor del Norte luchaban. Los soldados se arremolinaban a su alrededor pero ni la reina ni el ciervo se amedrentaban.

No cuando las llamas de Aelin, aunque estuvieran reducidas, evitaban que la alcanzaran los soldados en sus puntos ciegos.

La caballería darghan empujó a Morath hacia atrás y, sobre ellos, chocaban los ruks contra los guivernos.

Bestias, con plumas y escamas, caían a la tierra.

Borte seguía peleando sobre la reina, protegiéndola de las Dientes de Hierro que veían ese ciervo blanco como una bandera entre el mar de oscuridad, y se dirigían hacia ella. Al lado de Borte, su prometido les protegía el flanco y Falkan Ennar, en forma de ruk, protegía el otro.

Rowan, en su valiente caballo darghan, extendió el brazo izquierdo y empezó a atacar con su hacha. Una cabeza Valg cayó rodando, pero Rowan ya estaba cortando con la espada a su siguiente oponente.

La suerte estaba en su contra, a pesar de todo lo que habían planeado. Pero si pudieran liberar la ciudad, reagruparse y reabastecerse, antes de que llegaran Erawan y Maeve, podrían tener una oportunidad.

Porque Erawan y Maeve llegarían. En algún momento, llegarían, y Aelin iba a querer enfrentarlos. Rowan no tenía ninguna intención de dejarla hacerlo sola.

Rowan miró hacia Aelin. Había avanzado más, las filas delanteras se estaban extendiendo, grandes grupos de soldados de Morath estaban entre ellos. Debían mantenerse cerca. Él tenía que mantenerse cerca.

Una Crochan pasó volando a toda velocidad al lado de Rowan y luego se elevó muy alto, alto, alto, hasta llegar al abdomen desprotegido del guiverno de una Dientes de Hierro.

Con la espada levantada, la bruja avanzó a lo largo del cuerpo de la bestia,

rápida y brutal.

Por donde había pasado, llovieron sangre y vísceras.

La bestia gimió y abrió las alas y Rowan envió una ráfaga de viento. El guiverno cayó en las filas de Morath con un golpe tan fuerte que incluso su propio caballo corrió.

Cuando las alas temblorosas se dejaron de mover, cuando Rowan tranquilizó a su caballo y derribó a los soldados que se lanzaban en su contra, volvió a buscar a Aelin.

Pero su pareja ya no estaba cerca de él.

No, iba avanzando al frente, una visión de oro y plata. Aelin estaba tan lejos que ya estaba casi fuera de su rango de visión. Tampoco había señal de Gavriel.

Pero Fenrys luchaba al otro lado de Rowan. Lorcan, a su izquierda, lanzaba su viento mortífero al mismo tiempo que atacaba con la espada.

Alguna vez habían sido poco más que esclavos de una reina que los había desatado sobre el mundo. Juntos, habían enfrentado ejércitos y diezmado ciudades.

No le había importado entonces si salía vivo de esos distantes campos de batalla. No le importaba si esos reinos caían o sobrevivían. Él había recibido sus órdenes y las había ejecutado.

Pero aquí, hoy… Aelin no les había dado ninguna orden, ninguna indicación más allá de la primera que habían jurado seguir: proteger Terrasen.

Así que eso harían. Y juntos lo harían, su grupo unido otra vez.

Pelearían por este reino… su nueva corte. Su nuevo hogar.

Lo podía ver en los ojos de Fenrys cuando partió a un soldado en dos al hacerle una cortadura profunda a lo largo del cuerpo. Podía ver esa visión de un futuro en la cara furiosa de Lorcan mientras usaba magia y espada para abrirse paso por las filas enemigas.

Grupo pero más que eso. Hermanos… los guerreros que peleaban a su lado eran sus hermanos. Habían permanecido con él a través de todo. Y lo seguirían haciendo ahora.

Le daba tanta fuerza como pensar en su pareja que seguía peleando a lo lejos frente a él. Tenía que alcanzarla, tenía que mantenerse cerca. Todos debían hacerlo. Orynth dependía de ello.

Ya no eran esclavos. Ya no eran una fuerza de ira y dolor.

Un hogar. Éste sería su hogar. Su futuro. Juntos.

Los soldados de Morath caían frente a ellos. Algunos incluso corrían al ver quiénes se acercaban.

Tal vez por eso Maeve los había reunido para empezar. Pero ella nunca había logrado controlarlo del todo… su potencial, su verdadero poder. Había elegido los grilletes y el dolor para controlarlos. No había sabido comprender, siquiera considerar, que la gloria y la riqueza no lo eran todo.

Pero un verdadero hogar, y una reina que los veía como hombres y no como armas… Algo por lo cual valía la pena luchar. Ningún enemigo lo soportaría.

Con Lorcan y Fenrys luchando a su lado, Rowan apretó los dientes y acicateó a su caballo para que fuera tras Aelin, hacia el caos y la muerte que se propagaban, se propagaban y no se detenían.

Aelin había llegado.

Había escapado de Maeve y había llegado.

Aedion no podía creerlo. Ni siquiera al ver al ejército que peleaba con ella. Ni siquiera al ver a Chaol y Dorian al frente del flanco derecho, atacando con las filas delanteras y los hombres salvajes de los Colmillos. La magia del rey lanzaba chorros de hielo al enemigo.

Chaol Westfall no les había fallado. Y de alguna manera había convencido al khagan de enviar lo que parecía ser la mayoría de sus ejércitos.

Pero ese ejército avanzaba lentamente hacia Orynth, todavía al otro lado de la planicie de Theralis.

Morath no detuvo el ataque en las dos puertas de Orynth. La del sur estaba resistiendo. Pero la puerta del oeste estaba empezando a caer.

Lysandra se había convertido en guiverno y volaba con el grupo de Manon Picos Negros y las Crochans hacia la legión de Dientes de Hierro, con la esperanza de aplastarlas entre ellas y los ruks. La metamorfa estaba peleando allá, perdida en medio de la batalla.

Así que Aedion se lanzó a la puerta oeste con un grito de batalla en sus labios. Sus hombres le abrieron paso para que llegara directamente a las puertas de hierro y al enemigo que apenas se alcanzaba a ver entre las placas que empezaban a vencerse. En el momento en que esa puerta cayera, todo terminaría.

Las piernas agotadas de Aedion temblaban, sus brazos casi habían llegado a su límite, pero se mantuvo firme. Por el tiempo que todavía tuviera aliento.

Aelin había llegado. Eso era suficiente.

La magia de Dorian salía rápidamente de él y derribaba a los soldados que atacaban. Junto a Chaol, rodeados de los hombres salvajes de los Colmillos, abrieron un camino entre las filas de Morath. Sus espadas se clavaban y se elevaban, su aliento ardiendo en sus gargantas.

Nunca había visto una batalla. Supo que nunca querría volverla a ver. El caos, el ruido, la sangre, los gritos de los caballos…

Pero no tenía miedo. Y Chaol, cabalgando a su lado, atacando a los soldados entre ellos, tampoco titubeó. Sólo seguía matando y avanzando, con los dientes apretados.

Por Adarlan, por lo que le habían hecho y por lo que podría ser.

Las palabras hacían eco en cada una de sus respiraciones jadeantes. Por Adarlan.

El ejército de Morath se extendía ante ellos, los seguía separando de los maltratados muros de Orynth.

Dorian no se permitió pensar en cuántos quedarían. Sólo pensó en la espada y el escudo en sus manos. Damaris ya bañada en sangre, y en la magia que usaba para complementar sus ataques. No se transformaría… todavía no. No hasta que sus armas y su magia empezaran a fallarle. Nunca había luchado en otra forma, pero lo intentaría. Como guiverno o como ruk, lo intentaría.

En algún lugar sobre él, volaba Manon Picos Negros. No se atrevió a mirar hacia arriba el tiempo necesario para buscar el destello de cabello blanco-plateado, o por el brillo de las alas reforzadas con seda de araña.

No vio a ninguna de las Trece. Ni reconoció a las Crochans que volaban sobre sus cabezas.

Así que Dorian siguió peleando, su hermano del alma y de batalla a su lado.

Sólo se permitiría contar al final del día. Si sobrevivían. Si lograban llegar a los muros de la ciudad.

Sólo entonces contaría los muertos.

Sólo estaba la ciudad sitiada de Aelin, y el enemigo frente a ella y la antigua espada en su mano.

Las torres de asedio se acercaban a los muros de la ciudad. Eran tres que se agrupaban cerca de la puerta del sur, cada una repleta de soldados.

Todavía estaban demasiado lejos para alcanzarlas. Y demasiado distantes para su magia.

Una magia que ya se estaba agotando, rápida y fugaz, de sus venas.

Ya no tenía un pozo sin fondo de poder. Tenía que conservarla, usarla para su ventaja.

Y usar el entrenamiento que había recibido los últimos diez años. Había sido una asesina mucho antes de que dominara su poder.

No era difícil limitarse a usar esas habilidades. Dejar que Goldryn sacara sangre, enfrentar a varios soldados y dejarlos sangrando a sus espaldas.

El Señor del Norte era una tormenta bajo ella. Su pelo blanco estaba manchado de carmesí y negro.

Esa flama inmortal entre sus astas no parpadeaba siquiera.

Arriba llovía sangre de los cielos, de bruja y de guiverno y de ruk por igual, todos muriendo y peleando.

Borte seguía cubriéndola, enfrentando a cualquier Dientes de Hierro que intentara atacar desde arriba.

Los minutos eran horas, o tal vez lo opuesto. El sol llegó a su cenit y empezó su descenso. Las sombras se estaban alargando.

Rowan y los demás habían quedado dispersos en el campo de batalla, pero un viento helado de vez en cuando le informaba que su pareja seguía luchando, seguía avanzando por las filas matando a su paso. Seguía intentando llegar otra vez a su lado.

Lentamente, Orynth se iba acercando. Lentamente, los muros dejaron de ser un punto distante y se convirtieron en una presencia imponente.

Las torres de asedio llegaron a los muros y los soldados fluyeron sin obstáculo sobre las almenas.

Pero las puertas seguían resistiendo.

Aelin levantó la cabeza para darle la orden a Borte y Yeran de que derribaran las torres de asedio.

Justo a tiempo para ver seis guivernos de las Dientes de Hierro y sus jinetes chocar contra los ruks.

Borte, Falkan y Yeran salieron volando, ruk y guiverno aullaron al chocar contra el suelo y rodar.

Le abrieron paso a un guiverno gigantesco para que se clavara hacia Aelin.

Ella soltó un muro de fuego hacia el cielo cuando el guiverno extendió sus garras hacia ella, hacia el Señor del Norte.

El guiverno giró, se elevó y volvió a lanzarse.

El Señor del Norte se encabritó y se mantuvo en su posición cuando el guiverno se acercó a ellos.

Pero Aelin saltó de su lomo y le dio un golpe con la parte plana de su espada. Su garganta estaba tan destrozada de rugir que no pudo pronunciar las palabras. Vete.

El Señor del Norte solamente agachó la cabeza cuando el guiverno se lanzó hacia ellos.

Ella ya no tenía suficiente magia… no podría convertir a la bestia en cenizas.

Así que Aelin lanzó su magia alrededor del ciervo. Y se apartó de la esfera de flamas con el escudo levantado y la espada lista.

Se preparó para el impacto, vio con atención todos los detalles de la armadura del guiverno, dónde era más débil, dónde podría atacar si lograba esquivar sus fauces abiertas.

La carroña de su aliento fue como una explosión de calor cuando abrió la enorme mandíbula.

Su cabeza cayó rodando al suelo.

No tanto rodando sino más bien se reventó.

Debajo de una enorme cola con espinas. Que le pertenecía a un guiverno de ojos color esmeralda.

Aelin se agachó cuando el guiverno sin jinete se lanzó sobre la bruja Dientes de Hierro que seguía montada en su bestia sin cabeza.

Con un golpe atronador de la cola, el guiverno de ojos verdes le clavó las espinas a la bruja y lanzó su cuerpo al otro lado del campo.

Luego un destello y un brillo. Y un leopardo de las nieves salió disparado hacia ella y Aelin hacia él.

Lanzó sus brazos alrededor del leopardo cuando se levantó en dos patas. El enorme cuerpo casi la tiró al suelo.

—Bien hecho, amiga —fue lo único que logró decir Aelin cuando abrazó a Lysandra.

Un cuerno sonó desde la ciudad… una petición desesperada de ayuda.

Aelin y Lysandra voltearon hacia Orynth. Hacia las tres torres de asedio que estaban en los muros junto a la puerta del sur.

Los ojos de esmeralda se cruzaron con los de turquesa y oro. La cola de

Lysandra subió y bajó.

Aelin sonrió.

—¿Vamos?

Tenía que llegar de nuevo a su lado.

Un campo de batalla los separaba y Rowan seguía masacrando para abrirse camino hacia Aelin. Fenrys y Lorcan venían cerca.

El dolor se había convertido ya en un rugido apagado en sus oídos. Hacía ya mucho que había perdido la cuenta de sus heridas. Sólo las recordaba por la astilla de hierro que una flecha le había dejado en el hombro cuando se la arrancó.

Había sido un error tonto. El hierro era suficiente para evitar que se transformara, que volara hacia ella. No se atrevió a detenerse el tiempo necesario para sacárselo, no con tantos enemigos a su alrededor. Así que siguió peleando, con su grupo cerca de él. Sus caballos seguían avanzando, valientes e intrépidos bajo sus cuerpos, e iban ganando terreno, pero no podía ver a Aelin.

Sólo vio al Señor del Norte que corría por el campo de batalla en dirección a Oakwald.

Como si lo hubieran liberado.

Fenrys, con la cara salpicada de sangre negra, gritó:

—¿Dónde está?

Rowan buscó en el campo con el corazón desbocado. Pero el vínculo en su pecho brillaba con fuerza, como si estuviera encendido.

Lorcan sólo apuntó delante de ellos. A los muros de la ciudad en la puerta sur.

Al leopardo de las nieves que se abría paso entre las hordas de soldados de Morath. Se veían explosiones de flamas a su lado y una guerrera de armadura dorada corría junto al animal.

Hacia las torres de asedio que estaban creando caos en los muros.

Los lados abiertos de las torres le permitían a Rowan ver todo lo que estaba sucediendo.

Podía ver a Aelin y Lysandra que se abrían paso por las rampas en el interior, cortando y destrozando a los soldados entre las dos, nivel tras nivel tras nivel. Cuando una no lograba derribar a un soldado, la otra lo hacía. Cuando una atacaba, la otra defendía.

Y así hasta llegar al último nivel, a la pequeña catapulta cerca de la punta.

Los soldados gritaban. Algunos saltaban de la torre cuando Lysandra los empezaba a desgarrar.

Mientras Aelin se lanzaba a los peldaños que tenía la base con ruedas de la catapulta y empezaba a empujar.

La estaba girando. Para que apuntara al lado opuesto, lejos de Orynth y del castillo. Precisamente como Aelin le había contado que había hecho Sam Cortland en la Bahía de la Calavera. Los mecanismos de la catapulta le permitieron rotar su base. Rowan se preguntó si el joven asesino estaría sonriendo ahora, sonriendo al verla colocar la catapulta en posición.

Apuntando a la torre de asedio a su izquierda.

En la segunda torre, una figura de cabello rojo había peleado hasta alcanzar el nivel superior. Y estaba haciendo girar la catapulta hacia la tercera y última torre.

Ansel de Briarcliff.

Un destello de la espada de Ansel y la catapulta se soltó y lanzó la roca que contenía. Justo cuando Aelin bajó su espada en la catapulta frente a ella.

Las rocas gemelas salieron disparadas.

Y chocaron contra las torres a su lado.

El hierro gimió, la madera se destrozó.

Y las dos torres empezaron a derrumbarse. Ni siquiera Rowan alcanzó a ver dónde se había escapado Ansel de Briarcliff para evadir la destrucción.

Aelin seguía en la punta de la primera torre y saltó hacia el brazo extendido de la catapulta que sobresalía sobre el campo de batalla debajo. Le gritó a Lysandra, que se volvió a transformar, y un guiverno se elevó del sitio donde había saltado el leopardo.

Tomó el brazo de la catapulta con una garra y levantó a Aelin con la otra. Con un movimiento poderoso del ala, Lysandra arrancó la catapulta de sus pernos sobre la torre. Y con un giro la azotó sobre la torre restante.

Y eso bastó para que la derrumbara al suelo. Justo sobre una horda de soldados de Morath que estaban intentando derribar la puerta del sur.

Los tres guerreros hada se quedaron con los ojos como platos y parpadearon.

—Ahí es donde está Aelin —fue todo lo que dijo Fenrys.

Salkhi seguía volando. También Sartaq sobre Kadara.

Eso era todo lo que sabía Nesryn. Todo lo que le importaba, mientras luchaban contra un guiverno tras otro tras otro.

Eran mucho peores en la batalla de lo que ella había anticipado. Por muy rápidos y valientes que fueran los ruks, los guivernos tenían una masa mucho mayor. Y espinas venenosas en las colas. Y jinetes desalmadas que no se preocupaban por destrozar a sus monturas si eso significaba que derribarían también a un ruk.

Estaban ya cerca. El ejército del khaganato había logrado avanzar más y más cerca de los muros de la ciudad sitiada, en llamas y destrozada. Si lograban mantener esa ventaja, posiblemente podrían deshacerlos contra los muros, como habían destrozado a la legión de Morath en Anielle.

Pero tenían que actuar rápidamente. El enemigo estaba atacando en ambas puertas y estaba decidido a entrar. La puerta del sur se mantenía firme y las torres de asedio que habían estado atacando hacía unos momentos estaban en ruinas.

Pero la puerta oeste… ésa no permanecería sellada mucho tiempo.

Salkhi se elevó de la pelea para recuperar el aliento y Nesryn se atrevió a ver cuántos rukhin seguían volando. A pesar de las Crochans y las Dientes de Hierro rebeldes, seguían superados en número. Pero los rukhin venían descansados. Listos y ansiosos de participar en la batalla.

Lo que le quitó el aliento no fueron los rukhin restantes.

Sino lo que venía detrás de ellos.

Nesryn descendió. Descendió hacia Sartaq, donde Kadara estaba arrancándole la garganta a un guiverno en pleno vuelo.

El príncipe estaba jadeando, salpicado de sangre azul y negra, cuando Nesryn empezó a volar a su lado.

—¡Haz el llamado! —gritó en el escándalo de la lucha y el aullido del viento—. ¡A los muros de la ciudad! ¡A la puerta sur!

Los ojos de Sartaq se entrecerraron bajo su casco y Nesryn apuntó detrás de ellos.

A las huestes oscuras secundarias que avanzaban a sus espaldas. Directo de Perranth, donde sin duda habían estado ocultándose.

El resto de las huestes de Morath. Brujas Dientes de Hierro y guivernos con ellas. Esta batalla había sido una trampa. Para llevarlos ahí, para que gastaran sus fuerzas derrotando a este ejército.

Mientras el resto se acercaba detrás de ellos y los atrapaba contra los muros

de Orynth.

La puerta oeste finalmente se desgajó.

Aedion estaba listo cuando sucedió. Cuando el ariete se abrió paso, cuando el hierro gritó al vencerse al fin. Luego llegaron los soldados de Morath por todas partes.

Escudo con escudo, Aedion había acomodado a sus hombres en una falange para recibirlos.

Pero no fue suficiente. El Flagelo no podía hacer nada para detener la marea que entraba del campo de batalla, presionando hacia atrás, atrás, atrás por la entrada. Incluso Ren, que dirigía a los hombres sobre los muros, no podía detener el flujo que los arrasaba.

Tenían que volver a cerrar la puerta. Tenían que encontrar la manera de cerrarla.

Aedion apenas podía recuperar el aliento, apenas podía mantenerse en pie.

Un cuerno de advertencia sonó. Morath tenía un segundo ejército. La oscuridad cubría todas sus filas.

Príncipes del Valg… muchos. Morath había estado esperando.

Ren le gritó desde arriba:

—¡Ya despejaron la puerta del sur! ¡Están metiendo todas las fuerzas que puedan tras los muros!

Para reagruparse y prepararse para enfrentar ese segundo ejército. Pero con la puerta oeste todavía abierta, con los soldados de Morath que entraban sin parar, no tenían ninguna posibilidad.

Tenía que cerrar la puerta. Aedion y el Flagelo clavaban cuchillos, cortaban con espadas y atacaban al muro de Morath que se abalanzaba. Pero no sería suficiente.

Un guiverno llegó volando hacia la puerta. Dio vueltas por el suelo y giró hacia ellos. Aedion se preparó para el impacto, para que ese cuerpo gigantesco terminara de romper lo que quedaba de la puerta.

Pero la bestia muerta se detuvo y aplastó soldados debajo de su cuerpo justo en la entrada.

Y bloqueó el paso. Una barricada frente a la puerta del oeste.

Aedion se dio cuenta de que había sido intencional al ver al guerrero de cabello dorado saltar de la silla del guiverno donde todavía colgaba la bruja Dientes de Hierro muerta. La sangre azul le brotaba de la garganta y se

derramaba por el flanco de piel gruesa del animal.

El guerrero corrió hacia ellos, con una espada en una mano y sacando una daga con la otra. Corrió hacia Aedion, sus ojos amarillos lo recorrieron de pies a cabeza.

Su padre.

CAPÍTULO 108

Los soldados de Morath arañaban y subían por el cuerpo del guiverno que les bloqueaba el paso. Llenaban el espacio bajo el arco de la puerta, el pasaje.

Un escudo dorado los mantenía atrás. Pero no por mucho tiempo.

Pero la pausa que les ganó Gavriel le permitió al Flagelo terminarse el agua de sus odres y recoger las armas caídas.

Aedion jadeaba con un brazo recargado contra el marco de la puerta. Detrás del escudo de Gavriel, el enemigo se amontonaba y avanzaba.

—¿Estás herido? —preguntó su padre. Las primeras palabras que le dijo.

Aedion logró levantar la cabeza.

—Encontraron a Aelin —fue lo único que dijo.

El rostro de Gavriel se suavizó.

—Sí. Y ya selló el portal del Wyrd.

Aedion cerró los ojos. Al menos tenían eso.

—¿Erawan?

—No.

No necesitaba más información específica sobre por qué el bastardo no estaba muerto. Qué había salido mal.

Aedion se separó de la pared y se tambaleó un poco. Su padre lo sostuvo con una mano en el codo.

—Necesitas descansar.

Aedion quitó el brazo de debajo de la mano de Gavriel.

—Dile eso a los soldados que ya cayeron.

—Tú también caerás —dijo su padre, con el tono más brusco que le había escuchado jamás— si no te sientas un minuto.

Aedion se quedó mirándolo a los ojos en señal de desafío. Gavriel le sostuvo la mirada.

No era broma, no había nada que discutir. El rostro del León.

Aedion simplemente sacudió la cabeza.

El escudo dorado de Gavriel se dobló bajo el ataque de los Valg que seguían acumulándose detrás de él.

—Tenemos que cerrar la puerta —dijo Aedion y señaló a las dos puertas maltratadas pero enteras que estaban recargadas contra las paredes. El acceso a ellas estaba bloqueado por los soldados de Morath que seguían intentando pasar por el escudo de Gavriel.

—O van a infestar toda la ciudad antes de que nuestras fuerzas puedan recuperarse.

Estar detrás de los muros no haría ninguna diferencia si la puerta oeste estaba abierta de par en par.

Su padre siguió su línea de visión. Miró a los soldados que estaban intentando pasar sobre sus defensas. Su flujo había disminuido con el guiverno que había derribado con tanto cuidado frente a ellos.

—Entonces las cerraremos —dijo Gavriel con una sonrisa sombría—. Juntos.

La palabra era más una pregunta, sutil y triste.

Juntos. Como padre e hijo. Como los guerreros que eran ambos.

Gavriel, su padre. Había venido.

Y al ver esos ojos amarillos, Aedion supo que no lo había hecho por Aelin, ni por Terrasen.

—Juntos —jadeó Aedion.

No sólo este obstáculo. No sólo esta batalla. Sino lo que viniera después, si sobrevivían. Juntos.

Aedion podría haber jurado que algo parecido a la dicha y el orgullo llenó los ojos de Gavriel. Dicha y orgullo y tristeza, pesada y antigua.

Aedion regresó a la fila del Flagelo y le indicó al soldado a su lado que abriera un espacio para que Gavriel se uniera a su formación. Con un gran empujón podrían asegurar la puerta. Su ejército entraría por la del sur y ellos verían la manera de reunirse frente al nuevo ejército que llegaba a la ciudad. Pero la

oeste, la despejarían y la sellarían. Permanentemente.

Padre e hijo, harían esto. Lo vencerían.

Pero cuando su padre no llegó a su lado, Aedion volteó.

Gavriel había ido directamente a la puerta. A la línea dorada de su escudo que ahora empujaba hacia atrás, atrás, atrás. Empujaba ese muro de soldados enemigos aunque se doblegaba con cada latido de su corazón. Los empujó por el pasaje, hacia el arco.

No.

Gavriel le sonrió.

—Cierra la puerta, Aedion —fue lo único que le dijo su padre.

Y entonces pasó del otro lado de la puerta. El escudo dorado se estaba adelgazando.

No.

La palabra se formó en un grito que subía a toda velocidad por la garganta de Aedion.

Pero los soldados del Flagelo ya estaban empujando las puertas. Ya las estaban levantando para cerrarlas.

Aedion abrió la boca para rugirles que se detuvieran. Alto, alto, alto.

Gavriel levantó su espada y su daga y brilló con un tono dorado bajo la luz del día que llegaba a su fin. La puerta se cerró a sus espaldas. Lo dejó fuera.

Aedion no podía moverse.

Nunca se había detenido, nunca había dejado de estar en movimiento. Pero no podía obligarse a ayudar cuando los soldados empezaron a apilar madera y cadenas y metal contra la puerta oeste.

Gavriel podría haberse quedado. Podría haberse quedado y empujado con su escudo el tiempo necesario para que cerraran las puertas. Podría haberse quedado aquí…

Aedion corrió entonces.

Fue demasiado lento. Sus pasos demasiado lentos, su cuerpo demasiado grande y pesado, al abrirse paso entre sus hombres. Se dirigió a las escaleras para subir al muro.

Una luz dorada estalló en el campo de batalla.

Luego se apagó.

Aedion corrió más rápido y sintió un sollozo que le quemaba la garganta. Saltó y esquivó cuerpos de soldados, tanto mortales como Valg.

Llegó a la parte superior del muro. Corrió a la orilla.

No. La palabra era un latido que pulsaba junto con su corazón.

Aedion masacró al Valg que se interpuso en su camino, masacró a todos los que se acercaban por la escalera de asedio.

La escalera. Pelearía para bajar por ella y llegaría al campo de batalla junto a su padre…

Aedion blandió la espada con tanta fuerza contra el soldado del Valg frente a él que la cabeza del hombre salió rebotando de sus hombros.

Y luego ya estaba en el muro. Mirando hacia el espacio frente a la puerta.

El ariete estaba hecho astillas.

Había Valg apilados uno sobre otro a su alrededor. Frente a la puerta. Alrededor del guiverno.

Tantos que el acceso a la puerta oeste estaba bloqueado. Tantos que la puerta ya estaba segura. Una herida abierta que había sido controlada.

¿Cuánto tiempo estuvo ahí, incapaz de moverse? ¿Cuánto tiempo estuvo ahí, incapaz de hacer nada mientras su padre hacía esto?

Lo primero que vio fue su cabello dorado.

Frente al montón de Valg que había apilado alto. La puerta que había cerrado por ellos. La ciudad que había asegurado.

Una ola terrible de inmovilidad y quietud se apoderó del cuerpo de Aedion.

Dejó de escuchar la batalla. Dejó de ver la lucha a su alrededor, sobre su cabeza.

Dejó de ver todo salvo el guerrero caído con la mirada hacia el cielo que se oscurecía pero con ojos que ya no veían.

Tenía la garganta tatuada arrancada. La espada todavía en su mano.

Gavriel.

Su padre.

El ejército de Morath retrocedió de la puerta oeste. Retrocedió y se unió al ejército que avanzaba. Al resto de las huestes de Morath.

Cojeando por la herida profunda en su pierna, con el hombro adormecido por la punta de flecha que seguía ahí adentro, Rowan enterró su espada en la cara de un soldado que huía. La sangre negra brotó pero Rowan ya estaba en movimiento, dirigiéndose a la puerta oeste.

Donde las cosas se habían silenciado demasiado.

Sólo se dirigió hacia este lugar después de ver a Aelin luchando hacia la distante puerta sur al lado de Ansel tras haber derribado las torres de asedio a su alrededor. La mayor parte de su ejército estaba entrando por la puerta asegurada a toda velocidad. Las fuerzas del khagan corrían para llegar tras los muros de la ciudad antes de que los cerraran.

Tenían como máximo una hora antes de que Morath los volviera a alcanzar… antes de que se vieran obligados a cerrar también las puertas al sur y sellarlas. Dejarían fuera a todos los que se hubieran quedado atrás y serían aplastados contra los muros.

La puerta oeste permanecería sellada. El guiverno derribado y los montones de cuerpos a su alrededor bastarían, junto con las defensas internas.

Rowan había visto el destello de luz dorada hacía unos minutos. Había luchado para llegar aquí, maldiciendo la astilla de hierro en su brazo que le impedía transformarse. Fenrys y Lorcan se habían separado para eliminar a los soldados de Morath que estuvieran intentando atacar a los que corrían hacia las puertas del sur y, arriba, los ruks traían a las sanadoras, entre ellas Elide e Yrene, hacia la ciudad que ya estaba sumergida en el pánico.

Tenía que encontrar a Aelin. Tenían que poner su plan en marcha antes de que fuera demasiado tarde.

Sabía lo que probablemente marchaba con esas huestes que avanzaban. No tenía ninguna intención de permitirle enfrentarlo sola.

Pero esta tarea… sabía lo que le aguardaba. Lo sabía pero de todas maneras fue.

Rowan encontró a Gavriel frente a la puerta oeste con docenas de cuerpos en montones altos a su alrededor.

Un verdadero muro entre la puerta y las huestes enemigas.

La luz iba desapareciendo con cada minuto. Los soldados de Morath que quedaban y las brujas Dientes de Hierro empezaban a huir hacia sus refuerzos que se acercaban.

El ejército del khagan intentaba matar a todos los que podían mientras avanzaban hacia la puerta sur.

Tenían que meterse a la ciudad. Por cualquier medio.

Con ayuda de las escaleras de asedio que acababan de ser derribadas minutos antes, el ejército del khagan escaló los muros. Algunos venían cargando a los heridos en sus espaldas.

La magia de Rowan era apenas una brisa pero apretó los dientes para aguantar el dolor punzante de su pierna y hombro y apartó al soldado del Valg que estaba tirado sobre Gavriel.

Siglos de existencia, años de pelear y luchar y viajar por el mundo… habían desaparecido. Habían quedado convertidos en nada salvo este cuerpo inmóvil, este cascarón descartado.

Las rodillas de Rowan amenazaron con doblarse. Más y más de sus fuerzas escalaban los muros de la ciudad, una huida ordenada pero rápida al refugio temporal.

Tenía que seguir. Tenía que seguir adelante. Así lo hubiera querido Gavriel. Por eso había dado su vida.

Pero Rowan bajó la cabeza.

—Espero que hayas encontrado paz, hermano. Y en el Más Allá también espero que te vuelvas a encontrar con ella.

Rowan se agachó, gruñó al sentir el dolor en su muslo, y levantó a Gavriel sobre su hombro sano. Y luego subió.

Por la escalera de asedio anclada junto a la puerta oeste. Sobre el muro. Cada paso era más pesado que el anterior. Cada paso era un recuerdo de su amigo, una imagen de los reinos que habían visto, de los enemigos contra los que habían peleado, de los momentos silenciosos que ninguna canción mencionaría jamás.

Pero las canciones mencionarían esto… que el León había caído frente a la puerta oeste de Orynth, defendiendo la ciudad y a su hijo. Si sobrevivían al día de hoy, si de alguna manera sobrevivían, los bardos cantarían sobre esto.

Inclusive con el caos de los soldados del khaganato y la caballería darghan que corrían hacia la ciudad, el silencio se pudo percibir donde Rowan caminaba hacia las escaleras de la almena cargando a Gavriel.

Apenas alcanzó a asentir con un movimiento de cabeza agradecido y aliviado a Enda y Sellene, golpeados y ensangrentados, que estaban recuperando el aliento con un grupo de sus primos junto a los restos de las catapultas. Su sangre y familia, pero el guerrero que llevaba sobre el hombro, Gavriel, también había sido su familia. Aun en los momentos en que no se daba cuenta.

El peso imposible y terrible en su hombro empeoraba con cada paso en

dirección a Aedion, que estaba al pie de las escaleras con la espada de Orynth colgando de su mano.

—Podría haberse quedado —fue lo único que le dijo Aedion a Rowan cuando dejó a Gavriel con cuidado sobre el primer escalón—. Podría haberse quedado.

Rowan miró a su amigo caído. Su amigo más cercano. Que lo había acompañado a tantas guerras y peligros. Que se merecía este nuevo hogar tanto como todos ellos.

Rowan cerró los ojos sin vida de Gavriel.

—Te veré en el Más Allá.

El cabello dorado de Aedion colgaba sin vida, lleno de sangre y sudor. La antigua espada en sus manos estaba cubierta de sangre negra. Los soldados pasaban rápidamente a su lado, por las escaleras de las almenas, pero Aedion solamente veía a su padre. Una roca ensangrentada en el río de la guerra.

Luego Aedion empezó a caminar hacia las calles. Las lágrimas y los gritos vendrían después. Rowan lo siguió.

—Necesitamos prepararnos para la segunda parte de esta batalla —dijo Aedion con voz ronca—. O no sobreviviremos esta noche.

Enda y Sellene ya estaban usando su magia para cargar los bloques caídos de escombros y colocarlos frente a la puerta oeste. Las piedras se tambaleaban por la magia casi agotada pero se movían. Era más poder de lo que podía usar Rowan en ese momento.

Rowan se dio la vuelta para volver a subir a la pared y no se permitió mirar atrás… hacia el lugar donde sabía que los soldados estaban llevando a Gavriel hacia el interior de la ciudad. A un sitio seguro.

Muerto. Su amigo, su hermano había muerto.

—Su alteza —dijo un jinete de ruk lleno de sangre que estaba sobre la pared de la almena. Apuntó al horizonte—. La oscuridad oculta una buena parte pero tenemos un cálculo del ejército que viene —Rowan se preparó para la noticia—. Veinte mil como mínimo —el jinete tragó saliva—. Las filas están repletas de Valg… y seis kharankui.

No kharankui. Sino las seis princesas del Valg que las habían infestado.

Rowan intentó transformarse. Su cuerpo se negó.

Apretó los dientes y se quitó la armadura del hombro y buscó la herida. Pero ya había cerrado. Había atrapado esa astilla de hierro en su interior. No le permitía transformarse, volar hacia Aelin. Donde fuera que estuviera.

Tenía que llegar con ella. Tenía que encontrar a Fenrys y Lorcan y a ella. Antes de que fuera demasiado tarde.

Pero al ver que caía la noche, cuando sacó una daga y la levantó hacia la herida cerrada en su hombro, Rowan supo que probablemente ya lo era.

Aunque los dioses ya se habían marchado, Rowan les rezó de todas maneras. A través de la agonía que sintió al abrirse el hombro, rezó. Que pudiera alcanzar a Aelin a tiempo.

Habían sobrevivido hasta ahora, contra todo pronóstico y en desafío de antiguas profecías. Rowan clavó el cuchillo más profundamente, buscando la astilla de hierro enterrada en su cuerpo.

Rápido… tenía que actuar rápido.

CAPÍTULO 109

La espalda de Chaol estaba ya agotada, el dolor le recorría la columna. No sabía si se debía a que su esposa estaba sanando heridos dentro de los muros del castillo o a las horas de pelea.

Tampoco le importaba. Al lado de Dorian, galoparon por la puerta sur de Orynth. Los dos eran apenas un par de jinetes más en el ejército que entraba a toda velocidad. Que se preparaba para el impacto de las nuevas huestes que marchaban hacia ellos.

La noche llegaría pronto. Morath no esperaría al amanecer. No ahora que la oscuridad flotaba sobre ellos como una especie de nube terrible.

Lo que volaba y se arrastraba en esa oscuridad, lo que les esperaba…

Dorian estaba casi recostado en su silla, con el escudo en la espalda y Damaris enfundada a su lado.

—Te ves como yo me siento —logró decirle Chaol.

Dorian movió los ojos de zafiro en su dirección y una chispa de humor iluminó las profundidades atormentadas.

—Sé que un rey no debe estar encorvado —dijo y se frotó la cara salpicada de sangre y tierra—. Pero no logro hacer que me importe.

Chaol esbozó una sonrisa sombría.

—Tenemos cosas peores por las cuales preocuparnos.

Mucho peores.

Se apresuraron hacia el castillo. Doblaron en una esquina para subir por la colina que los llevaría a sus puertas cuando se escuchó un cuerno atravesar el campo de batalla.

Una advertencia.

Desde la colina tenían una mejor vista y podían ver con claridad. Lo que hacía que los soldados corrieran hacia ellos con renovada urgencia.

Morath estaba empezando a acelerar.

Como si se hubieran percatado de que su presa estaba en las últimas y no desearan darles la oportunidad de recuperarse.

Chaol miró a Dorian y dieron la vuelta a sus caballos para regresar a los muros de la ciudad. Los soldados del khagan hicieron lo mismo y bajaron corriendo por las colinas que habían estado subiendo.

De regreso a las almenas. Y al infierno que pronto se desataría sobre ellas nuevamente.

Recargada contra un guiverno muerto, Aelin se tomó las últimas gotas de agua de su odre.

A su lado, Ansel de Briarcliff jadeaba entre dientes mientras la magia de una sanadora unía los bordes de su herida. Una cortadura muy profunda en el brazo.

Era lo suficientemente grave como para que Ansel no pudiera sostener su arma. Así que se habían detenido, justo cuando la marea de la batalla cambió de dirección y el enemigo empezó a huir de los muros de Orynth.

Aelin sentía que la cabeza le daba vueltas, su magia ya casi estaba agotada, sus extremidades pesaban como si fueran de plomo. El fragor de la batalla todavía le rugía en los oídos.

Estaban cubiertas de sangre y lodo y nadie reconocía a ninguna de las dos reinas donde estaban arrodilladas, tan cerca de las puertas del sur. Los soldados pasaban corriendo, intentando entrar a la ciudad antes de que el ejército a sus espaldas llegara.

Sólo un minuto. Sólo necesitaba recuperar el aliento un minuto. Luego se apresurarían a entrar por la puerta sur. A Orynth.

A casa.

Ansel maldijo y se tambaleó y la sanadora estiró el brazo para sostenerla.

No era buena señal. Para nada.

Aelin supo qué y quién marchaba en su dirección.

Lysandra había regresado a los cielos hacía tiempo y estaba de nuevo con las Dientes de Hierro rebeldes y las Crochans. No sabía dónde estaban ahora Rowan y el grupo. Los había perdido hacía horas, hacía días o hacía varias vidas.

Rowan estaba a salvo… el vínculo de pareja le informaba eso. No tenía heridas mortales. Y a través del juramento de sangre, sabía que Fenrys y Lorcan seguían respirando.

No sabía si podía decir lo mismo sobre el resto de sus amigos. Tampoco quería saber, todavía no.

La sanadora terminó de curar a Ansel y cuando la mujer volteó hacia ella, Aelin levantó la mano para detenerla.

—Ve a ayudar a alguien que lo necesite —dijo con voz áspera.

La sanadora no titubeó antes de salir corriendo en dirección al sonido de los gritos.

—Necesitamos entrar a la ciudad —murmuró Ansel y recargó la cabeza en la piel con armadura que estaba detrás de ella—. Antes de que cierren la puerta.

—Sí —dijo Aelin y logró que sus piernas exhaustas la obedecieran para ponerse de pie. Evaluó qué tan lejos estaban esas huestes finales y demoledoras.

Un plan. Tenía un plan para esto. Todos lo tenían.

Pero el tiempo no había estado a su favor. Tal vez su suerte había desaparecido junto con los dioses que había destruido.

Aelin tragó saliva para aliviar en lo posible la sequedad de su boca y garganta y gruñó para terminar de ponerse de pie. El mundo se meció a su alrededor pero logró permanecer erguida. Logró tomar las riendas de una jinete darghan que pasaba a su lado y ordenarle que se detuviera.

Para llevar a la reina de cabello rojo que estaba semidelirante en el piso.

Ansel apenas protestó cuando Aelin la levantó a la silla de montar detrás de la soldado.

Aelin se quedó al lado del guiverno derribado y vio a su amiga hasta que pasó por las puertas de la ciudad. Al interior de Orynth.

Lentamente, Aelin volteó a ver la ola creciente de oscuridad.

Los había condenado.

Detrás de ella, la puerta del sur se cerró.

El sonido hizo eco en sus huesos.

Los soldados que se quedaron en el campo de batalla empezaron a gritar llenos de pánico, pero las órdenes salieron. Que formaran filas. Que se prepararan para luchar.

Podía hacer esto. Ajustar el plan.

Miró al cielo en busca del halcón de cola blanca.

No había señal de él.

Bien. Bien, se dijo.

Aelin cerró los ojos un instante. Se puso la mano en el pecho. Como si pudiera estabilizarla, prepararla, para lo que aguardaba en la oscuridad que se aproximaba.

Los soldados gritaron mientras se reunían. Los gritos de los heridos y los moribundos resonaban a su alrededor. Las alas retumbaban en todas partes.

De todas maneras, Aelin permaneció ahí por un momento más, justo detrás de las puertas a la ciudad. Su hogar. Seguía con la mano presionada al pecho, sintiendo su corazón latir con fuerza debajo, sintiendo el polvo de todos los caminos que había recorrido en estos diez años para regresar aquí.

Para este momento. Con este propósito.

Se la susurró a sí misma, una última vez. La historia.

Su historia.

Había una vez, en una tierra que hace mucho tiempo quedó reducida a cenizas, una joven princesa que amaba su reino…

Yrene dejó de sanar sólo por unos cuantos minutos. Su poder fluyó, fuerte y brillante, sin apagarse a pesar de que llevaba horas trabajando.

Pero se detuvo porque necesitaba ver qué había sucedido. Escuchó que sus soldados, con la victoria cercana, habían regresado a la ciudad y eso la hizo correr más rápido hacia las almenas del castillo acompañada de Elide. Como había estado todo el día, ayudándola.

Elide hacía muecas de dolor al subir las escaleras hacia las almenas, pero no se quejó. La lady miró el espacio lleno de gente, buscando a alguien, algo. Su mirada se detuvo en un anciano al lado de una niña de cabello dorado rojizo. Los mensajeros se acercaban a él y luego se alejaban a toda velocidad.

Un líder… alguien al mando, se dio cuenta Yrene después que Elide, que ya avanzaba hacia ellos.

El anciano las miró cuando se aproximaban y se sobresaltó. Al ver a Elide.

A Yrene le dejaron de importar las presentaciones cuando vio el campo de batalla.

Su mirada aterrizó sobre el ejército, el otro ejército, que marchaba hacia ellos, semioculto bajo el velo de la oscuridad. Con seis kharankui en la línea delantera.

Los soldados del khagan se habían reunido junto a los muros, tanto fuera como dentro de la cuidad. La puerta del sur estaba cerrada.

No era suficiente. No era suficiente para enfrentar lo que se acercaba, fresco y descansado. Las criaturas que alcanzaba a distinguir entre sus filas. Princesas del Valg… eran princesas del Valg que marchaban entre ellos.

Chaol. ¿Dónde estaba Chaol…?

Elide y el anciano estaban hablando.

—No podemos enfrentar a ese número de soldados y salir vivos —decía la lady con un tono de voz que Yrene no le había escuchado. Un tono frío y de mando. Elide apuntó hacia el campo de batalla. La oscuridad, santos dioses, la oscuridad, que se amasaba sobre él.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo a Yrene.

—¿Sabes qué es eso? —preguntó Elide con voz demasiado baja—. Porque yo sí.

El anciano solamente tragó saliva.

Yrene lo supo entonces. Qué venía en esa oscuridad. Quién estaba ahí.

Erawan.

El último resto de sol desapareció y las nieves ensangrentadas lucían tonalidades azules.

Un destello de luz se vio a sus espaldas y la niña volteó. Un sollozo brotó de su garganta cuando una mujer hermosísima, ensangrentada y golpeada, apareció. Se envolvió el cuerpo desnudo con una capa, como si fuera un vestido, sin siquiera tiritar por el frío.

Una metamorfa. Abrió los brazos y tomó a la niña entre ellos.

Lysandra, la había llamado Chaol. Una lady de la corte de Aelin. La sobrina que no conocía Falkan Ennar.

Lysandra vio al anciano.

—Aedion y Rowan enviaron la orden, Darrow. Los que puedan deberán evacuar de inmediato.

El anciano, Darrow, sólo vio hacia el campo de batalla. No tenía palabras al ver el ejército que se aproximaba más y más y más.

Dos figuras que empezaron a distinguirse al frente.

Y caminaban, sin encontrar resistencia, hacia los muros de la ciudad. La oscuridad se arremolinaba a su alrededor.

Erawan. El joven de cabello dorado. Lo sabría aunque fuera ciega.

Y a su lado caminaba una mujer de cabello oscuro y piel pálida. Su ropa flotaba a su alrededor con un viento fantasma.

—Maeve —exhaló Lysandra.

Entonces la gente empezó a gritar. Con terror y desesperación.

Maeve y Erawan habían llegado. A supervisar personalmente la caída de Orynth.

Caminaban hacia las puertas de la ciudad. La oscuridad a sus espaldas iba acumulándose, el ejército detrás de ellos iba creciendo. Las tenazas chocaban y hacían ruido en esa oscuridad. Criaturas que podían devorar la vida, la dicha.

Oh, dioses.

—Lord Darrow —ordenó Elide con voz fuerte—. ¿Hay una manera de salir de la ciudad? ¿Alguna puerta trasera por las montañas por la que puedan salir los niños y la gente mayor?

Darrow apartó la mirada del rey y la reina del Valg que avanzaban.

Sus ojos estaban llenos de impotencia y desesperanza. Que le quebraron la voz cuando respondió:

—No hay una ruta que les permita escapar a tiempo.

—Dime dónde está —ordenó Lysandra—. Para que al menos puedan intentarlo —tomó a la niña del brazo—. Para que Evangeline pueda intentar huir.

Una derrota. Lo que había parecido que iba a convertirse en una victoria triunfal estaba a punto de convertirse en una derrota absoluta. Una carnicería.

Dirigida por Maeve y Erawan que estaban ya a unos cien metros de los muros de la ciudad.

Sólo había roca antigua y hierro entre ellos y Orynth.

Darrow titubeó. Estaba en shock. El viejo estaba en shock.

Pero Evangeline apuntó con el dedo. Hacia las puertas, hacia Maeve y Erawan.

—Miren.

Y ahí estaba ella.

En los azules cada vez más profundos de la noche que descendía, entre la nieve que empezaba a caer, Aelin Galathynius había aparecido frente a la puerta sur.

Apareció frente a Erawan y Maeve.

Su cabello sin recoger volaba en el viento como una bandera dorada, un último rayo de luz con la muerte del día.

Se hizo el silencio. Incluso los gritos cesaron y todos voltearon hacia la puerta.

Pero Aelin no se amedrentó. No huyó del rey y la reina del Valg que se detuvieron como si se deleitaran con la figura solitaria que tenían frente a ellos.

Lysandra dejó escapar un sollozo.

—Ya… ya no tiene magia —dijo con voz entrecortada—. No le queda nada.

Pero Aelin levantó la espada de todas maneras.

Las flamas corrían por la espada.

Una flama contra toda esa oscuridad reunida.

Una flama para alumbrar la noche.

Aelin levantó su escudo y las flamas también lo cubrieron.

Ardía brillante, ardía impávida. Una visión del pasado, renacida.

El grito corrió por las almenas del castillo, por la ciudad, por los muros.

La reina había regresado a casa.

La reina había llegado a defender las puertas.

CAPÍTULO 110

Su nombre era Aelin Ashryver Whitethorn Galathynius.

Y no tendría miedo.

Maeve y Erawan se detuvieron. Al igual que el ejército que avanzaba detrás de ellos, el último golpe del martillo, listo para aplastar Orynth.

La magia en sus venas era apenas una brasa chisporroteante.

Pero ellos no lo sabían.

El temblor de sus manos amenazaba con hacer que se le cayeran las armas, pero las sostuvo con fuerza. Con firmeza.

Ni un paso más.

Ni un paso más hacia Orynth les permitiría dar.

Maeve sonrió.

—Qué camino tan largo has recorrido, Aelin.

Aelin simplemente inclinó a Goldryn. Miró los ojos dorados de Erawan.

Los ojos del hombre destellaron cuando vio la espada. Cuando la recordó.

Aelin les enseñó los dientes. Dejó que la flama que alimentaba la espada brillara con más fuerza.

Maeve volteó a ver al rey del Valg.

—¿Vamos, entonces?

Pero Erawan miró a Aelin. Y titubeó.

No tenía mucho tiempo. No quedaba tiempo antes de que se dieran cuenta de que el poder que lo hacía titubear ya no existía.

Pero no se había quedado fuera de las puertas del sur para derrotarlos.

Solamente para hacer tiempo.

Para que los que estaban en la ciudad que tanto amaba pudieran escapar. Correr y vivir para pelear mañana.

Ella había llegado a casa.

Eso era suficiente.

Las palabras hacían eco en cada una de sus respiraciones. Le agudizaban la visión, le reforzaban la columna. Una corona de flamas apareció sobre su cabeza, giratoria e inquebrantable.

No podía ganar contra ambos.

Pero no lo haría sencillo. Los enfrentaría y derribaría a uno de ellos junto con ella, si podía. O al menos frenaría su avance lo suficiente para que los demás pudieran poner el plan en acción, para encontrar una manera de detenerlos o derrotarlos. Aunque cualquiera de esas opciones parecía poco probable. Parecía no tener esperanza.

Pero por eso había permanecido ahí.

Para darles esa ligerísima esperanza. Esa voluntad de seguir luchando.

Y al final de esto, si eso era lo único que podía hacer contra Erawan y Maeve, podía irse al Más Allá con la frente en alto. No se sentiría avergonzada de ver a todos los que había amado con su corazón de fuego salvaje.

Así que Aelin le hizo una reverencia a Erawan y dijo con lo que le quedaba de valentía:

—Nos hemos encontrado varias veces, pero nunca en nuestras formas originales —le guiñó el ojo. Aunque las rodillas le temblaban, le guiñó el ojo—. Aunque es una forma bonita, Erawan, creo que extraño a Perrington. Sólo un poco.

Las fosas nasales de Maeve se ensancharon.

Pero Erawan entrecerró los ojos, divertido.

—¿Sería el destino, tú crees, lo que hizo que nos encontráramos en Rifthold sin reconocernos?

Eran palabras despreocupadas y sencillas de una basura tan horrible y corrupta. Aelin se obligó a encogerse de hombros.

—¿Destino o suerte? —hizo un ademán hacia el campo de batalla, su ciudad destrozada—. Esto es un sitio mucho más espectacular para nuestra última confrontación, ¿no crees? Mucho más digno de nosotros.

Maeve dejó escapar un siseo.

—Ya es suficiente de esto.

Aelin arqueó una ceja.

—He pasado el último año de mi vida, diez años si lo ves desde otro ángulo, preparándome para este momento —chasqueó la lengua—. Me vas a perdonar si quiero saborearlo. Hablar con mi gran enemigo más de un momento.

Erawan rio y el sonido le recorrió los huesos como si los raspara.

—Se podría pensar que estás intentando retrasarnos, Aelin Galathynius.

Ella hizo una señal hacia los muros de la ciudad a sus espaldas.

—¿Para qué? Las llaves ya no existen, los dioses desaparecieron con ellas —les sonrió—. Pero ya sabían eso, ¿no?

La diversión se desvaneció de la expresión de Erawan.

—Lo sé.

La muerte… una muerte terrible resonaba en su voz al decir estas palabras.

Aelin volvió a encogerse de hombros.

—Te hice un favor, ¿sabes?

Maeve murmuró:

—No la dejes hablar. Terminemos con esto ahora.

Aelin rio.

—Se podría pensar que tú tienes miedo, Maeve. De cualquier tipo de retraso —volvió a mirar a Erawan—. Los dioses habían planeado arrastrarte con ellos. Destrozarte —Aelin le esbozó una media sonrisa—. Yo les pedí que no lo hicieran. Para que pudiéramos tener este gran duelo.

—¿Cómo es que sobreviviste? —exigió saber Maeve.

—Aprendí a compartir —ronroneó Aelin—. Después de todo este tiempo.

—Mentiras —escupió Maeve.

—Tengo una pregunta para ti —dijo Aelin y miró a los dos gobernantes oscuros, separados de ella solamente por la nieve que se arremolinaba—. ¿Tú compartirás el poder? Ahora que ambos están aquí atrapados —hizo un gesto hacia Maeve con su escudo en llamas—. Lo último que supe es que tú estabas

decidida a mandarlo a él de regreso. Y habías reunido a un pequeño ejército de sanadoras en Doranelle para poder destruirlo en el momento en que tuvieras oportunidad.

Erawan parpadeó lentamente.

Aelin sonrió.

—¿Qué harás ahora con todas esas sanadoras, Maeve? ¿Han hablado de eso?

La oscuridad se arremolinó alrededor de los dedos de Maeve.

—Ya soporté suficiente de este palabrerío.

—Yo no —dijo Erawan con los ojos dorados encendidos.

—Qué bien —dijo Aelin—. Yo fui su prisionera, ¿sabes? Durante meses. Te sorprendería saber todo lo que aprendí. Sobre su esposo… tu hermano. Sobre la biblioteca en su castillo y cómo Maeve aprendió tantas cosas interesantes sobre viajar entre mundos. ¿Compartirás ese conocimiento, Maeve, o eso no es parte de tu oferta?

Duda. Había duda oscureciendo la mirada de Erawan.

Aelin continuó:

—Ella quiere desaparecerte, ¿sabes? Que te vayas. ¿Qué fue siquiera lo que te dijo cuando desapareció tu llave del Wyrd? Déjame adivinar: ¿que el rey de Adarlan se metió a Morath y mató a la chica que habías esclavizado para que se volviera tu puerta viviente, destruyó tu castillo y que Maeve llegó justo a tiempo para tratar de detenerlo, pero fracasó? ¿Sabes que trabajó con él durante días y días? ¿Intentando quitarte la llave?

—Eso es una mentira —gritó Maeve.

—¿Sí? ¿Quieres que repita algunas de las cosas que dijiste en tus reuniones más privadas con lord Erawan aquí? ¿Las cosas que el rey de Adarlan me dijo a mí?

La sonrisa de Erawan creció.

—Siempre tuviste una debilidad por lo dramático. Tal vez mientes, como dice mi hermana.

—Tal vez sí, tal vez no. Aunque creo que la verdad de la traición de tu nueva aliada es mucho más interesante que cualquier mentira que yo pudiera inventar.

—¿Entonces quieres que te digamos otra verdad? —canturreó Maeve—. ¿Quieres saber quién mató a tus padres? ¿Quién mató a lady Marion?

Aelin se quedó inmóvil.

Maeve ondeó la mano hacia Erawan.

—No fue él. Ni siquiera fue el rey de Adarlan. No, él mandó a un príncipe del Valg de bajo rango. Él ni siquiera pudo tomarse la molestia de hacerlo en persona. No pensó que fuera necesario nadie importante para hacerlo.

Aelin miró a la reina. Y al rey del Valg.

Y luego arqueó una ceja.

—¿Se supone que eso me alterará? ¿Tienes miles de años de edad y eso es lo único que se te ocurre decirme? —rio de nuevo y señaló a Erawan con Goldryn. Podría haber jurado que él retrocedió unos milímetros de la espada en llamas—. Lo siento por ti, ¿sabes? Que ahora te hayas encadenado a esta aburrida inmortal —hizo un chasquido con la boca—. Y cuando Maeve te traicione, supongo que me volveré a sentir un poco mal por ti otra vez.

—¿Ves cómo habla? —siseó Maeve—. Ése ha sido siempre su don: distraer y hablar mientras…

—Sí, sí. Pero, como ya dije: tú tienes el control. No queda nada para detenerte.

—Excepto tú —dijo Erawan.

Aelin se presionó el escudo contra el pecho.

—Me halaga que pienses así —arqueó las cejas—. Aunque creo que las doscientas sanadoras que tenemos en esta ciudad en este momento podrían ofenderse un poco si las olvidas. En especial porque las he visto expulsar diligentemente a todos tus demonios de los huéspedes que habían infestado.

Erawan se quedó inmóvil. Sólo una fracción de segundo.

—¿O eso es otra mentira? —dijo Aelin pensativa—. Es un riesgo para ti entrar a esta ciudad. Mi ciudad, supongo. Ver quién te está aguardando. Escuché que te tomaste una gran molestia para matar a una de mis amigas este verano. La heredera de Silba. Si yo fuera tú, hubiera sido mucho más cuidadoso para asegurarme de matarla. Está aquí, ¿sabes? Vino hasta acá para verte y devolverte el favor —Aelin dejó que su flama brillara con más intensidad y Erawan volvió a titubear—. Maeve lo sabía. Ella sabe que las sanadoras están aquí, esperándote. Y las dejará avanzar contra ti. Pregúntale dónde está su búho… la sanadora que mantiene atada a ella. Para protegerse de ti.

—No escuches sus tonterías —escupió Maeve.

—Incluso hizo un trato: perdonarles la vida a cambio de que te eliminaran —Aelin ondeó a Goldryn hacia Orynth—. Estarás entrando a una trampa en

cuanto pises la ciudad. Tú y todos tus amiguitos del Valg. Y sólo Maeve quedará en pie al final, la Lady de Todo.

Las sombras de Maeve se elevaron en una ola.

—Ya tuve suficiente de esto, Aelin Galathynius.

Aelin sabía que Maeve seguiría adelante, sin Erawan. Continuaría sin él, de ser necesario.

El rey oscuro miró hacia Maeve y pareció darse cuenta de eso también.

El cabello negro de Maeve flotaba a su alrededor.

—¿Dónde está el rey de Adarlan? Quisiéramos hablar con él.

Una rabia profunda y feroz pulsaba por el cuerpo de la reina.

Aelin se encogió de hombros.

—Está peleando en alguna parte. Probablemente no se tome la molestia de pensar en ti —ladeó la cabeza—. Fue un esfuerzo valiente, Maeve, intentar desviar la conversación —volteó a ver a Erawan—. Las sanadoras te aguardan ahí adentro. Verás que estoy diciendo la verdad. Aunque supongo que será demasiado tarde entonces.

Duda. En verdad había duda en la mirada de Erawan. Sólo un atisbo. Una puerta entreabierta.

Y ahora dependería de Yrene, de Yrene y las demás, aprovechar esta oportunidad.

No había querido pedirlo, planear esto. No quería involucrar a nadie más.

Pero confiaba en ellas. Yrene, sus amigas. Confiaba en que lo lograrían. Cuando ella no estuviera. Confiaba en ellas.

Maeve dio un paso al frente.

—Espero que hayas disfrutado estos momentos —dijo y le enseñó los dientes demasiado blancos. Ya no quedaba nada de esa gracia desapegada. Incluso Erawan pareció parpadear, sorprendido, y luego volvió a titubear. Como si se estuviera preguntando si las palabras de Aelin tenían algo de verdad—. Espero que estés entretenida con tu palabrerío idiota.

—Eternamente —dijo Aelin con una reverencia burlona—. Supongo que estaré más entretenida cuando te borre de la faz de la tierra —suspiró a los cielos—. Dioses, qué escena será ésa.

Maeve extendió una mano frente a ella, la oscuridad se arremolinó en la palma ahuecada de su mano.

—Ya no hay dioses que puedan observar, me temo. Y tampoco hay dioses que te puedan ayudar, Aelin Galathynius.

Aelin sonrió y Goldryn brilló con más fuerza.

—Yo soy una diosa.

Y se lanzó sobre ellos.

Rowan se liberó de la astilla de hierro que tenía en el hombro en el momento en que Maeve y Erawan llegaron.

Cuando Aelin salió a reunirse con ellos frente a los muros de Orynth.

Su magia chisporroteó en sus venas, pero él se puso una mano en el brazo sangrante y corrió hacia la puerta del sur. Invocó su sanación.

La carne le ardió al empezar a sanar… demasiado lentamente. Con una lentitud maldita.

Pero no podía volar con un ala desgarrada, como seguramente estaría si se transformaba en ese momento. Cuadra tras cuadra, por la ciudad que hubiera sido su hogar, corrió hacia la puerta del sur.

Tenía que llegar con ella.

Un grito de advertencia desde las almenas hizo que lanzara un escudo instintivamente. Justo cuando una escalera de asedio chocó con el muro sobre él.

Los soldados de Morath se desparramaron sobre la almena hacia las espadas de soldados del khagan y guerreros del Flagelo. Demasiados.

Las brujas Dientes de Hierro chocaban con las Crochans en las alturas. Las Dientes de Hierro traían cada una a varios soldados de Morath. Los depositaban en las almenas. En las calles.

La gente gritaba. Más hacia el interior de la ciudad, la gente gritaba, huía.

Sólo quedaban unas cuantas cuadras para llegar a la puerta del sur… con Aelin.

Y sin embargo… esos gritos de terror y dolor continuaban. Familias. Niños.

Hogar. Éste iba a ser su hogar. Ya lo era, si Aelin estuviera a su lado. Lo defendería.

Rowan desenfundó su espada y su hacha.

El fuego estalló al otro lado de los muros y bañó la ciudad en oro. Ella no podía tener más que una brasa. Contra Erawan y Maeve, ya debía estar

muerta. Pero su flama seguía encendida. El vínculo de pareja seguía fuerte.

Algo blanco brilló a su lado y ahí estaba Fenrys, manchado de sangre y gruñendo a los soldados que entraban por los muros. Uno de ellos se acercó y con un zarpazo de su pata poderosa lo hizo pedazos.

Un zarpazo y luego una ráfaga de viento negro. Lorcan.

Se detuvieron un instante. Ambos hombres lo vieron inquisitivamente. Sabían perfectamente dónde estaba Aelin. Cuál había sido el plan.

Otra llamarada del otro lado de los muros.

Pero los gritos de la gente inocente en la ciudad… Ella nunca se lo perdonaría, si él se alejaba de esto.

Así que Rowan inclinó sus armas. Giró hacia los que gritaban.

—Hicimos un juramento de sangre a nuestra reina y esta corte —gruñó y miró hacia los soldados que entraban por las paredes—. No lo romperemos.

Ni siquiera tres de los grandes poderes del reino peleando frente a las puertas de la ciudad eran suficientes para detener la guerra a su alrededor.

Morath seguía avanzando y el ejército exhausto del khaganato se dio la vuelta para volverlos a enfrentar. Para enfrentar los nuevos horrores que emergían, los ilken, bestias de dientes enormes y aullidos bramantes, volaban sobre ellos. No había señal de las princesas del Valg, todavía no. Pero Elide sabía que estaban allá afuera. Morath había vaciado sus fosos más oscuros para esta destrucción final.

Y en la planicie, frente a las puertas, el fuego y la oscuridad más negra que la noche luchaban.

Elide no sabía hacia dónde mirar: hacia la batalla entre los ejércitos o hacia la que se libraba entre Maeve, Erawan y Aelin.

Yrene seguía a su lado. Lord Darrow, Lysandra y Evangeline veían con ellas.

Un destello de luz, una oleada de oscuridad ante eso.

Aelin era como un remolino de fuego entre Maeve y Erawan. La pelea era rápida y brutal.

Ya no tenía poder. Antes de que el portal del Wyrd se lo arrancara, Aelin tal vez podría haber enfrentado a uno de ellos y emerger triunfante. Pero con apenas un aliento de poder y después de un día entero de usarlo en este campo de batalla…

Maeve y Erawan no lo sabían.

No sabían que Aelin solamente estaba distrayendo, no atacando. Que esta danza larga no era por el espectáculo sino porque estaba haciendo tiempo para todos.

En la oscuridad más allá de las paredes, los soldados morían y morían. Y en la ciudad, con las escaleras de asedio que se elevaban hacia las almenas, Morath entraba a Orynth.

Pero Aelin seguía resistiendo en la puerta contra Erawan y Maeve. No los dejó dar un paso más hacia la ciudad. El último sacrificio de Aelin Galathynius por Terrasen.

En el momento en que se dieran cuenta de que Aelin ya no tenía nada, todo terminaría. Cualquier diversión que sintieran ante este intercambio superficial de poder y habilidad desaparecería.

¿Dónde estaban los demás? ¿Dónde estaba Rowan, o Lorcan, o Dorian? ¿O Fenrys y Gavriel? ¿Dónde estaban, o no sabían lo que ocurría fuera de las puertas de la ciudad?

La respiración de Lysandra era superficial. Nada… la metamorfa no podía hacer nada contra ellos. Y ofrecerle ayuda a Aelin podría ser lo que hiciera que Erawan y Maeve se dieran cuenta de que la reina los estaba engañando.

No había una voz suave en el hombro de Elide. Ya no. Nunca más escucharía esa voz sabia y susurrante que la guiaba.

Mira, le había murmurado siempre Anneith. Mira.

Elide miró la planicie, la ciudad, a la reina que luchaba contra los gobernantes del Valg.

Aelin no hacía nada sin motivo. Había salido a hacer tiempo.

Para cansarlos, sólo un poco. Pero Aelin no podría derrotarlos.

Sólo había una persona que podía hacerlo.

Los ojos de Elide aterrizaron en Yrene. El rostro de la sanadora se veía cenizo mientras observaba a Aelin.

La reina nunca se los pediría. Nunca les pediría eso a ellas, a Yrene.

Pero podría dejar un espacio abierto. Si ellas, si Yrene, desearan usarlo.

Al notar su mirada, Yrene apartó la atención de la batalla.

—¿Qué?

Elide miró a Lysandra. Luego a los muros de la ciudad, al destello de hielo y flama que brillaban sobre ellos.

Vio lo que tenían que hacer.

CAPÍTULO 111

Nesryn no había anticipado a los ilken. Lo terrible que serían sólo unas cuantas docenas.

Eran hábiles y feroces, se abrían paso por las líneas delanteras del ejército enorme de Morath. Negros como la noche y más que dispuestos a enfrentar a los ruks en combate.

Sartaq había dado la orden de que dispararan todas las flechas en llamas que pudieran. El calor de una de ellas le quemó los dedos a Nesryn cuando eligió un blanco en la pelea oscura y disparó.

La flama surcó la noche, directo hacia un ilken listo para atacar un caballo darghan. La flecha llegó a su blanco y el aullido del ilken alcanzó incluso los oídos de Nesryn. El jinete darghan lo clavó con su sulde y el grito del ilken se cortó. Un golpe de suerte y valor.

Nesryn estaba sacando otra flecha y sus provisiones cuando el jinete darghan cayó.

No había muerto… el ilken no había muerto sino que estaba fingiendo. El grito de dolor del caballo hermoso desgajó la noche cuando las garras el abrieron el pecho de par en par. Con otro movimiento, el esternón del jinete quedó destrozado.

Nesryn buscó el pedernal para encender la tela empapada en aceite alrededor de la punta de la flecha.

A lo largo del campo de batalla, los ilken seguían atacando. Los jinetes, equinos y de rukhin, caían.

Y al fondo del campo de batalla, como si estuvieran esperando la oportunidad de hacer su entrada triunfal, esperando a eliminar a los que quedaran en pie, estaba un nuevo tipo de oscuridad.

Las princesas del Valg. En sus nuevos cuerpos de kharankui. La última sorpresa de Erawan.

Nesryn apuntó y disparó su flecha, buscando a Sartaq. El príncipe había dirigido a una unidad de rukhin hacia adentro de las líneas enemigas con Borte, Falkan y Yeran, algo golpeados, a sus flancos.

Una ofensiva desesperada y final.

Una de la cual era probable que ninguno de ellos saliera caminando o volando.

El aliento de Yrene le apretaba en la garganta, su corazón latía desbocado a través de todo su cuerpo, pero el miedo que pensaba la vencería no se había apoderado de ella. Todavía no.

No ahora que Lysandra, en forma de ruk, aterrizó en los muros de la ciudad con cuidado para que Yrene y Elide pudieran desmontar rápidamente. Justo donde peleaban Chaol y Dorian, en un esfuerzo desesperado por mantener al Valg fuera de los muros.

Era la menor de sus preocupaciones. Porque cerca, masacrando todo a su camino mientras se acercaban, estaban esos ilken.

Que Silba los salvara a todos.

Chaol la vio primero. Sus ojos destellaron con terror puro.

—Regresa al castillo.

Yrene no lo hizo. Y cuando Dorian volteó, le dijo al rey:

—Te necesitamos, majestad.

Chaol se apartó del muro, cojeando profundamente.

—Regresa al castillo.

Yrene no le hizo caso otra vez. Igual que Dorian que mató al Valg frente a él, lo empujó para que cayera del muro y se apresuró hacia Yrene.

—¿Qué pasó?

Elide apuntó hacia la puerta sur. Hacia el fuego que se encendía entre la oscuridad que atacaba.

El rostro salpicado de sangre de Dorian perdió todo su color.

—Ya no le queda nada.

—Lo sabemos —dijo Elide con la boca apretada—. Por eso te necesitamos.

Chaol debió darse cuenta de cuál era el plan antes que el rey. Porque su esposo volteó a verla, con el escudo y la espada colgando a sus costados.

—No puedes.

Elide, rápida y brevemente explicó su idea intrépida y desquiciada. La idea de la lady de Perranth.

Yrene intentaba no temblar. Intentaba no temblar al darse cuenta de que en verdad estaban a punto de hacer eso.

Pero Elide se montó al lomo de la metamorfa y le indicó al rey que subiera con ella. Y Dorian, había que reconocérselo, no titubeó.

Pero Chaol dejó caer su espada y su escudo hacia las rocas sangrientas y tomó la cara de Yrene entre sus manos.

—No puedes —dijo otra vez con la voz entrecortada—. No puedes.

Ella colocó sus manos sobre las de Chaol y los acercó frente con frente.

—Tú eres mi dicha —fue lo único que le dijo.

Su esposo, su amigo más querido, cerró los ojos. El hedor de sangre Valg y metal cubría su cuerpo, pero debajo, debajo de eso, estaba su olor, el olor a casa.

Chaol al fin abrió los ojos y el bronce que brilló debajo era muy intenso. Vivo. Completamente vivo. Lleno de confianza y comprensión y orgullo.

—Ve a salvar el mundo, Yrene —le susurró y le besó la frente.

Yrene dejó que ese beso se hundiera en su piel, una marca de protección, de amor que llevaría con ella al infierno y más allá.

Chaol volteó hacia donde Dorian estaba con Elide sobre la metamorfa. El amor en el rostro de su esposo se endureció para convertirse en algo más feroz y decidido.

—Mantenla a salvo —fue lo único que dijo Chaol. Tal vez la única orden, se dio cuenta Yrene, que jamás le daría a su rey. Al rey de ambos.

Por eso lo amaba. Por eso sabía que el bebé en su vientre nunca pasaría un sólo instante preguntándose si era amado.

Dorian agachó la cabeza.

—Con mi vida —dijo. Luego el rey ofreció su mano para que Yrene subiera al lomo de Lysandra—. Hagamos que cuente.

El pecho de Manon le ardía con cada respiración, pero Abraxos volaba sin titubear en la pelea.

Tantos. Tantísimos.

Y los nuevos horrores que Morath había desencadenado, entre ellos, los

ilken…

Los gritos y la sangre llenaban el cielo. Crochans y Dientes de Hierro y ruks, ésos eran ruks, peleaban por su propia existencia.

Cualquier esperanza de victoria que hubiera traído Aelin Galathynius con ella empezaba a desaparecer.

Manon y Abraxos atravesaron el frente de las Dientes de Hierro y se clavaron para destrozar ilken y soldados. Con Hiende Viento como un peso de plomo en su mano. Ya no podía distinguir el sudor de la sangre.

La reina de Terrasen había llegado, con un ejército, y ni siquiera eso sería suficiente.

Lorcan sabía que Maeve había llegado. Podía sentir su presencia en los huesos, una canción oscura y terrible por el mundo. Una canción del Valg.

Peleaba en la orilla de los muros de la ciudad. Whitethorn y Fenrys estaban cerca. Aedion luchaba contra soldado tras soldado con una ferocidad que Lorcan sabía surgía de un dolor profundo y brutal.

Gavriel había muerto. Había dado su vida para darles una oportunidad a su hijo y a los que estaban en la puerta oeste de volverla a cerrar.

Lorcan guardó ese dolor en su pecho al pensar en él. Que el León ya no existía. ¿Quién de ellos sería el siguiente?

La luz destelló del otro lado de la pared. La oscuridad la devoró. Demasiado rápidamente, demasiado fácilmente.

Aelin tenía que estar loca. Debía haber perdido la cabeza si pensaba que podía enfrentar no sólo a Maeve sino también a Erawan.

Pero Rowan se detuvo. Habría sido atravesado por un soldado del Valg si Lorcan no hubiera lanzado una daga directamente a la cara del demonio.

Con un movimiento de cabeza hacia Lorcan y Fenrys, Rowan se transformó. El halcón al instante voló sobre los muros.

Lorcan miró a Fenrys. Vio que estaba alterado. Consciente del cambio detrás de los muros. Era hora.

—Terminaremos esto juntos —gruñó Fenrys y también se transformó. El lobo blanco saltó de las almenas directamente a los muros de la ciudad abajo. Hacia la puerta.

Lorcan miró hacia el castillo, donde sabía que Elide estaba observando.

Dijo su despedida silenciosa y le envió lo que quedaba de su corazón en el viento a la mujer que lo había salvado de todas las maneras que importaban.

Luego Lorcan corrió hacia la puerta, hacia la reina oscura que amenazaba todo lo que él había empezado a desear, la esperanza que había empezado a sentir. Había empezado a sentir esperanza. Había entendido que había algo mejor. Alguien mejor.

Y moriría luchando para defenderlo todo.

Era un baile, uno que Aelin había pasado toda la vida practicando.

No sólo los movimientos de su espada, de su escudo. Sino la sonrisa que conservó en su cara cuando enfrentaba cada embate de la oscuridad, cuando se daba cuenta una y otra y otra vez de quiénes eran sus compañeros de baile.

Cuando ellos avanzaban un paso, ella soltaba una llamarada. No dejaba que su duda se pudiera percibir, no se atrevía a preguntarse si alcanzarían a notar que el fuego era principalmente color y luz.

Seguían esquivándolo. Evadiéndolo.

Esperando a que ella se sumergiera en las profundidades de su poder para poder realizar ese golpe de muerte que anticipaban.

Y aunque su fuego desviaba la oscuridad, aunque Goldryn era una canción ardiente en su mano, ella sabía que su poder se rompería pronto.

Las llaves ya no existían. Tampoco la Portadora de Fuego.

No tenía utilidad para ellos. No hacía falta esclavizarla salvo para atormentarla.

Podía suceder una de esas dos cosas. Muerte o esclavización.

Pero no habría llaves, Erawan no podría hacer más piedra del Wyrd ni traer a sus Valg a poseer a otros.

Aelin atacó con Goldryn en dirección a Erawan y levantó su escudo contra Maeve. Envió una oleada de flamas a sus costados para que se pararan más juntos.

Erawan contestó el ataque pero Maeve se detuvo. Se detuvo cuando Aelin saltó hacia un lado, jadeando.

El sabor cobrizo de la sangre le cubría la boca. El anuncio del agotamiento inminente.

Maeve vio las flamas de Aelin que siseaban en la nieve y la derretían hasta llegar a los pastos secos de Theralis. Un mar ondulante de verde en los meses más cálidos. Ahora, una ruina lodosa y bañada en sangre.

—Para una diosa —dijo Maeve, las primeras palabras desde que habían

empezado este baile hacía minutos u horas o una eternidad— no pareces muy dispuesta a desatar tu poder de aniquilación.

—Los símbolos tienen poder —jadeó Aelin y sonrió al mover a Goldryn en su mano. La flama siseó por el aire—. Si los derroto demasiado rápido, eso arruinará el impacto —Aelin buscó cada migaja de arrogancia fanfarrona que le quedaba y le guiñó un ojo a Erawan—. Ella quiere que te canse, ¿sabes? Quiere que te agote para que les cueste menos trabajo a las sanadoras en el castillo.

—Suficiente —dijo Maeve y lanzó su poder. Aelin levantó el escudo y la flama desvió el ataque.

Pero apenas. El impacto reverberó en sus huesos, en su sangre.

Aelin no se permitió siquiera hacer una mueca y lanzó un látigo de flama hacia Maeve. La reina oscura sólo bailó hacia atrás.

—Espera… va a cerrar la trampa sobre ti pronto.

—Es una mentirosa y una tonta —escupió Maeve—. Lo que quiere es dividirnos porque sabe que la podemos derrotar juntos.

Una vez más, el poder oscuro se reunió alrededor de Maeve.

El rey oscuro sólo miraba a Aelin con esos ojos incandescentes y dorados. Sonrió.

—Así es. Tú…

Hizo una pausa. Los ojos dorados se concentraron arriba de Aelin. Sobre las puertas y en los muros detrás de ella. En algo más arriba.

Aelin no se atrevió a voltear. A apartar su atención tanto tiempo. A tener esperanza.

Pero el oro de los ojos de Erawan brilló. Brilló con ira y tal vez una chispa de miedo.

Volteó a ver a Maeve.

—Hay sanadoras en este castillo.

—Por supuesto que sí —dijo Maeve bruscamente.

Pero Erawan se quedó inmóvil.

—Hay sanadoras talentosas ahí adentro. Llenas de poder.

—Directo de la Torre Cesme —dijo Aelin y asintió solemnemente—. Como te dije.

Erawan sólo miró a Maeve. Y esa duda volvió a brillar.

Miró a Aelin. A su fuego, a su espada. Ella agachó la cabeza.

Erawan le siseó a Maeve:

—Si es verdad, serás carroña.

Y antes de que Aelin pudiera reunir una brasa para atacar, una figura oscura y musculosa voló desde la oscuridad detrás de Erawan y lo levantó. Un ilken.

Aelin no desperdició su poder intentando derribarlos. Los ilken tenían defensas contra la magia. Maeve miraba a Erawan que era transportado por el cielo, hacia la ciudad.

Contra dos gobernantes del Valg, ya debería estar muerta. Contra la mujer que estaba frente a ella, Aelin sabía que era sólo cuestión de tiempo. Pero si Yrene, si sus amigas, podían encargarse de Erawan…

—Entonces ya somos sólo nosotras —dijo Maeve con una sonrisa de araña. La sonrisa de esas criaturas horrendas que se lanzaban hacia Orynth.

Aelin volvió a levantar a Goldryn.

—Así es precisamente como lo quería —dijo. Verdad.

—Pero yo conozco tu secreto, Heredera de Fuego —canturreó Maeve y atacó de nuevo.

CAPÍTULO 112

Sobre la torre más alta del castillo de Orynth, en el balcón amplio con vista al mundo de abajo, la sanadora emitió otra llamarada de poder.

El brillo blanco quemó la noche e hizo que las rocas de la torre contrastaran con fuerza.

Un faro, un desafío al rey oscuro que luchaba contra Aelin Galathynius abajo.

Aquí estoy, cantó el poder hacia la noche. Aquí estoy.

Erawan contestó.

Su furia, su miedo, su odio llenaron el viento cuando llegó en las garras de las extremidades largas de un ilken. Le sonrió a la joven sanadora cuyas manos brillaban con luz pura, como si ya estuviera saboreando su sangre. Saboreando la destrucción de lo que ella ofrecía, del don que le había sido concedido.

Su pura presencia hacía que la gente en el castillo gritara al huir.

No era la muerte encarnada sino algo mucho peor. Algo casi tan antiguo y casi tan poderoso.

El ilken voló sobre la torre y lo dejó caer en las rocas del balcón. Erawan aterrizó con la gracia de un gato y se enderezó casi sin hacer un esfuerzo.

Y le sonrió.

—Nunca pensé que lo harías, ¿sabes? —le dijo Maeve y su poder oscuro se enroscaba a su alrededor mientras Aelin jadeaba. Empezaba a sentir un calambre en la espalda que subía por su columna y bajaba hacia sus piernas —. Que serías tan tonta como para volver a poner las llaves en la puerta. ¿Qué sucedió con esa visión gloriosa que alguna vez me mostraste, Aelin? De ti en esta ciudad, con las masas idolatrándote y gritando tu nombre. ¿Fue demasiado aburrido para ti ser idolatrada?

Aelin hacía un esfuerzo con cada respiración. Goldryn seguía brillando con intensidad.

Que hablara, que se regodeara y que divagara. Cada segundo que le diera para recuperarse, para recobrar una fracción de su poder, era una bendición.

Erawan había mordido el anzuelo, había dejado que la duda que le plantó echara raíces en su mente. Sabía que era sólo cuestión de tiempo antes de que percibiera el poder de Yrene. Sólo rezó por que Yrene Towers estuviera lista para él.

—Siempre esperé que tú y yo fuéramos verdaderas iguales, de una manera —continuó Maeve—. Que tú, más que Erawan, comprendías la verdadera naturaleza del poder. De lo que significaba usarlo. Qué decepción que, en el fondo, desearas ser tan ordinaria.

El escudo ya se había vuelto insoportablemente pesado. Aelin no se atrevió a ver a sus espaldas para saber dónde había ido Erawan. Lo que estaba haciendo. Sintió el destello de poder de Yrene, se había atrevido a sentir esperanza de que fuera una señal, una carnada, pero no había sabido nada desde entonces. Pero sí había atraído a Erawan. Eso era suficiente.

La oscuridad alrededor de Maeve se retorció.

—La Reina Prometida ya no existe —dijo y chasqueó la lengua—. Ahora ya no eres nada más que una asesina con corona. Y un don de magia común.

Dos látigos gemelos de poder brutal atacaron a ambos lados de Aelin.

Ella levantó su escudo y blandió a Goldryn con el otro brazo. Aelin evadió el ataque y su flama centelleó.

El escudo se dobló pero Goldryn seguía ardiendo.

Pero ella lo sintió. Ese dolor familiar e interminable. Las sombras que podían devorar.

Acercándose. Carcomiendo su poder.

Maeve miró la espada en llamas.

—Fue inteligente que impregnaras la espada con tus dones. Sin duda lo hiciste antes de darle todo al portal del Wyrd.

—Una precaución, en caso de que no regresara —jadeó Aelin—. Un arma para matar Valg.

—Ya veremos —dijo Maeve.

Y atacó otra vez. Otra.

Forzó a Aelin a conceder un paso. Luego otro.

De regreso hacia la línea invisible que había trazado entre ellos y la puerta

sur.

Maeve siguió avanzando, su cabello y ropas oscuras ondulaban.

—Me has negado dos cosas, Aelin Galathynius. Las llaves que quería —otro latigazo de poder atacó a Aelin. Su flama apenas logró desviarlo en esta ocasión— y el gran duelo que me habías prometido.

Como si en ese momento Maeve le hubiera abierto la tapa a un baúl de su poder, unas plumas de oscuridad emergieron.

Aelin blandió a Goldryn, el fuego en la espada sin parpadear. Pero no fue suficiente. Y cuando Aelin retrocedió otro paso, una de esas plumas chocó contra sus piernas.

Aelin no pudo contener el grito que se escapó de su garganta. Cayó al suelo y el escudo salió disparado por el lodo helado.

Ella se esforzó por mantener los dedos alrededor de la empuñadura de Goldryn.

Pero una presión, insoportable y rastrera, empezó a introducirse en su mente.

—Despierta.

El mundo cambió. La nieve fue reemplazada por luz de llamas. El suelo por una plancha de hierro.

La presión en su cabeza se retorcía y Aelin cayó de rodillas, se negaba a reconocerla. Real… esta batalla, la nieve y la sangre, esto era real.

—Despierta, Aelin —susurró Maeve.

Aelin parpadeó. Y estaba dentro de la caja de hierro. Maeve se asomaba sobre la tapa abierta. Sonreía.

—Ya llegamos —dijo la reina hada.

No era hada. Era Valg. Maeve era Valg…

—Estabas soñando —dijo Maeve y pasó su dedo sobre la máscara que todavía tenía en la cara—. Unos sueños muy extraños y largos, Aelin.

No. No, eso había sido real. Logró levantar la cabeza para ver su cuerpo. La túnica y la delgadez extrema. Las cicatrices que todavía la marcaban.

Seguían ahí. No habían desaparecido. No tenía nueva piel.

—Puedo hacer que esto sea fácil para ti —continuó Maeve mientras le acariciaba el cabello de manera suave y cariñosa—. Dime dónde están las llaves del Wyrd, haz el juramento de sangre, y estas cadenas, esta máscara,

esta caja… todo se irá.

Ni siquiera habían empezado. A destrozarla.

Todo había sido un sueño. Una pesadilla muy larga. Las llaves seguían sueltas, el Candado no se había forjado.

Un sueño, mientras navegaban hasta acá. Donde fuera que estuvieran.

—¿Qué dices, sobrina? ¿Te salvarás a ti misma? ¿Te doblegarás ante mí?

No te doblegarás.

Aelin parpadeó.

—Es más fácil, ¿no crees? —dijo Maeve y recargó los antebrazos en el borde del ataúd—. Quedarse aquí. Para no tener que tomar esas decisiones terribles. Dejar que los demás compartan la carga. Que paguen el precio —un esbozo de sonrisa—. En el fondo, eso es lo que te atormenta. Ese deseo de ser libre.

Libertad… ella la había conocido. ¿O no?

—Eso es lo que temes más… no a mí, o a Erawan, o las llaves. Que tu deseo de ser libre del peso de tu corona, de tu poder, te consuma. Que te vuelva amargada hasta que ya no te reconozcas a ti misma —su sonrisa se hizo más amplia—. Deseo ahorrarte eso. Conmigo, serás libre de una manera que nunca imaginaste, Aelin. Lo juro.

Un juramento.

Ella había hecho un juramento. A Terrasen. A Nehemia. A Rowan.

Aelin cerró los ojos y bloqueó a la reina que se asomaba sobre ella, la máscara, las cadenas, la caja de hierro.

No era real.

Esto no era real.

¿O sí?

—Sé que estás cansada —continuó Maeve con suavidad, alentadoramente—. Tú diste y diste y diste y de todas formas no fue suficiente. Nunca será suficiente para ellos, ¿o sí?

No lo sería. Nada de lo que había hecho, o lo que haría, sería suficiente. Aunque salvara Terrasen, salvara Erilea, todavía tendría que dar más, hacer más. El peso de eso ya la estaba aplastando.

—Cairn —dijo Maeve.

Se escucharon unos pasos lentos cerca. Que avanzaban sobre la roca.

Empezó a temblar, un estremecimiento incontrolable e indeseado. Conocía esos pasos, sabía…

La cara odiosa y sonriente de Cairn apareció junto a la de Maeve. Ambos la estudiaban.

—¿Cómo empezaremos, majestad?

Él ya había pronunciado estas palabras. Ya habían hecho este baile tantas veces.

La bilis le subió a la garganta. No podía dejar de temblar. Sabía lo que haría, cómo empezaría. Nunca lo dejaría de sentir, el susurro de dolor.

Cairn recorrió el borde del ataúd con la mano.

—Rompí una parte dentro de ti, ¿verdad?

Te nombro Elentiya, el «espíritu que no se puede romper».

Aelin movió sus dedos envueltos en metal sobre la palma de su mano. Donde debía estar una cicatriz. Donde todavía estaba. Donde siempre permanecería, aunque ella no pudiera verla.

Nehemia… Nehemia, que había dado todo por Eyllwe. Y sin embargo…

Y, sin embargo, Nehemia seguía sintiendo el peso de sus decisiones. Seguía deseando liberarse de sus cargas.

Eso no la hacía débil. Para nada.

Cairn miró su cuerpo encadenado, considerando dónde empezaría. Su respiración se aceleraba con el placer anticipado.

Ella hizo puños con las manos. El hierro gimió.

El espíritu que no se puede romper.

No te doblegarás.

Lo volvería a soportar, si era necesario. Lo haría. Cada hora y momento de agonía.

Y dolería y ella gritaría, pero lo enfrentaría. Sobreviviría.

Arobynn no la había roto. Endovier tampoco.

No permitiría que este desperdicio de existencia lo hiciera ahora.

Su temblor cesó, su cuerpo se quedó inmóvil. Esperando.

Maeve parpadeó. Sólo una vez.

Aelin inhaló, una respiración rápida y fresca.

No quería que terminara. Nada.

Cairn desapareció en el viento. Luego las cadenas desaparecieron con él.

Aelin se sentó en el ataúd. Maeve retrocedió un paso.

Aelin miró la ilusión, tan cuidadosamente elaborada. La cámara de roca con sus braseros y el gancho que colgaba del techo. El altar de roca. La puerta abierta y el rugido del río al otro lado.

Se obligó a ver. A enfrentar ese lugar de dolor y desesperación. Siempre le dejaría una marca, una mancha, pero no permitiría que eso la definiera.

La suya no era una historia de oscuridad.

Ésta no sería la historia. Ella lo guardaría en su interior, este lugar, este miedo, pero no sería toda la historia. No sería su historia.

—Cómo —preguntó simplemente Maeve.

Aelin sabía que un mundo y un campo de batalla estaban más allá. Pero se permitió permanecer un momento en esa cámara de roca. Salió del ataúd de hierro.

Maeve sólo la veía.

—Debías haberlo sabido —dijo Aelin y las brasas en su interior brillaron—. Tú, que le temes al cautiverio y que hiciste todo esto para evitarlo. Deberías haber sabido que no debías atraparme. Deberías haber sabido que encontraría una manera.

—¿Cómo? —volvió a preguntar Maeve—. ¿Cómo es que no te rompiste?

—Porque no tengo miedo —dijo Aelin—. Tu miedo de Erawan y sus hermanos te impulsó, te destruyó. Si es que alguna vez hubo algo digno de ser destruido.

Maeve siseó y Aelin rio.

—Y además está tu miedo de Brannon. De mí. Mira lo que eso provocó —hizo un ademán a la habitación a su alrededor, al mundo más allá—. Esto es todo lo que te queda de Doranelle. Esta ilusión.

El poder de Maeve retumbó por la habitación.

Aelin estiró los labios y enseñó los dientes.

—Lastimaste a mi pareja. Lastimaste a la mujer que él creyó que era su pareja por tu engaño. La mataste y lo rompiste.

Maeve sonrió ligeramente.

—Sí, y disfruté cada momento de eso.

Aelin le respondió a la sonrisa de la reina con una propia.

—¿Ya olvidaste lo que te dije en esa playa en Eyllwe?

Cuando Maeve volvió solamente a parpadear, Aelin atacó.

Con un estallido de un escudo de fuego, empujó a Maeve a un lado y arrojó una lanza de flamas azules.

Maeve esquivó el ataque con un muro de poder oscuro, pero Aelin continuó a la ofensiva, atacaba una y otra y otra vez. Esas palabras que le había gruñido a Maeve en Eyllwe sonaban entre ellas: te mataré.

Y lo haría. Por lo que Maeve le había hecho, a ella, a Rowan y a Lyria, a Fenrys y a Connall y a tantos más, la borraría de la memoria.

En un instante, Goldryn regresó a su mano y la espada cantaba con flamas.

Aunque le tomara su último aliento, caería luchando por esto.

Maeve se defendía de cada golpe y ardieron y causaron estragos en la habitación.

El altar crujió. Se derritió.

El gancho del techo se disolvió en un metal derretido que siseó sobre las rocas.

Ella voló el lugar donde se sentaba Fenrys, encadenado por unas cadenas invisibles.

Una y otra vez, con las últimas brasas de fuego que le quedaban, con el sudor goteándole de la frente, Aelin atacó a Maeve.

El ataúd de hierro se calentó y empezó a brillar al rojo vivo. Sólo aquí, en esta ilusión, podría hacer eso.

Maeve había pensado atraparla de nuevo.

Pero la reina no sería quien saldría de ahí esta vez.

Aelin giró y empezó a empujar a Maeve hacia atrás. Hacia el ataúd ardiente.

Paso a paso, la fue moviendo hacia él. La fue empujando.

La oscuridad abarcaba la habitación, bloqueaba la lluvia de flechas ardientes que volaban hacia Maeve y la reina se atrevió a mirar por encima de su hombro al destino ardiente que la aguardaba.

El rostro de Maeve se puso más blanco que la muerte.

Aelin ahogó una risa y apuntó con Goldryn, reuniendo todo su poder una última vez.

Pero un movimiento capturó su atención, a la derecha.

Elide.

Elide estaba ahí con terror en sus facciones. Extendió una mano hacia Aelin, para advertirle…

—Cuida…

Maeve lanzó un látigo negro hacia la lady de Perranth.

No…

Aelin se lanzó, el fuego saltó hacia Elide, para bloquear el golpe mortal.

Se dio cuenta de su error en un instante. Se dio cuenta cuando sus manos atravesaron el cuerpo de Elide y su amiga desapareció.

Una ilusión. Había caído en una ilusión y había permitido quedar abierta, vulnerable…

Aelin volvió a girar hacia Maeve, las flamas volvieron a encenderse, pero era demasiado tarde.

Unas manos de sombra se envolvieron alrededor de su cuello. Inamovibles. Eternas.

Aelin se arqueó, intentando respirar mientras esas manos apretaban y apretaban…

La habitación desapareció.

Las rocas debajo de ella se convirtieron en lodo y nieve, el rugido del río fue reemplazado por el ruido de la batalla. Todo pasó de un lugar al otro en un instante, pasó de la ilusión a la verdad. Del aire cálido al viento helado, de la vida a la muerte segura.

Aelin envolvió sus manos en fuego e intentó arrancarse la sombra que se envolvía alrededor de su cuello.

Maeve estaba parada frente a ella, su ropa ondulaba mientras jadeaba:

—Esto es lo que va a pasar, Aelin Galathynius.

Unas plumas de sombra salieron disparadas en su dirección, iban azotando y rasgando, y ninguna flama, ninguna cantidad de voluntad podría controlarlas. No mientras apretaban y le arrancaban todo el aire para gritar.

Su fuego se apagó.

—A mí me harás el juramento de sangre. Y luego tú y yo arreglaremos este desastre que hiciste. Tú y el rey de Adarlan arreglarán lo que hicieron. Tal vez tú ya no seas la Portadora de Fuego, pero todavía servirás de algo.

Un viento besado de nieve pasó junto a ella. No.

Otro destello de luz detrás de Aelin y Maeve hizo una pausa.

Las sombras volvieron a apretar y Aelin volvió a arquearse, un grito silencioso se abría paso por su cuerpo.

—Tal vez te estás preguntando por qué alguna vez pensé que estarías de acuerdo, qué es lo que tengo en tu contra —una risa grave—. Eso mismo que buscabas proteger, eso será lo que destruya si tú me desafías. Lo más preciado para ti. Y cuando termine de hacer eso, te arrodillarás.

No, no…

La oscuridad salió de Maeve y la visión de Aelin empezó a parpadear.

Una ola de viento besado de hielo la empujó hacia atrás.

Sólo lo suficiente para que ella pudiera respirar. Para levantar la cabeza y ver una mano tatuada que se extendía hacia ella. Que la buscaba, una oferta para ponerse de pie. Rowan.

Detrás de él, aparecieron otros dos. Lorcan y Fenrys, el segundo en forma de lobo.

El grupo, que no se había detenido ese día para ayudarla en Mistward, pero que ahora sí lo hacía.

Pero Rowan mantuvo su mano extendida hacia Aelin, que ofreció mantenerse de pie, y no le quitó los ojos de encima a Maeve mientras le enseñaba los dientes y le gruñía.

Pero fue Fenrys el que atacó primero. Quien había estado esperando este momento, esta oportunidad.

Con los colmillos destellando y la piel erizada, atacó a Maeve. Se lanzó directamente a su garganta pálida.

Aelin luchó y Rowan gritó una advertencia pero fue demasiado tarde.

Perdido en su venganza, en su furia, el lobo blanco se lanzó contra Maeve.

Un látigo de oscuridad lo golpeó.

El aullido de dolor de Fenrys hizo eco en sus huesos antes de que cayera al suelo. La sangre brotaba de la herida, una herida profunda en su cara.

Tan rápido. Apenas más que un parpadeo.

El poder de Rowan y de Lorcan se alzó, listo para atacar. Fenrys se puso de pie con dificultad. De nuevo, la oscuridad lo atacó. Le cruzó la cara. Como si Maeve supiera precisamente dónde golpear.

Fenrys volvió a caer y la sangre salpicó la nieve. Un destello y se transformó a su forma de hada. Lo que le había hecho a su cara…

No. No…

Aelin logró conseguir suficiente aire para decir:

—Corre.

Rowan la miró entonces con rabia. Por la advertencia.

Justo cuando Maeve atacó de nuevo.

Como si hubiera estado conteniendo su poder, esperándolos. Para esto.

Una ola de negrura envolvió a su pareja. Envolvió a Lorcan y a Fenrys también.

Su magia centelleó, iluminó la oscuridad como un relámpago detrás de una nube. Pero no fue suficiente para liberarse de las garras de Maeve. El hielo y el viento chocaron contra la oscuridad, una y otra vez. Golpes brutales y calculados.

El poder de Maeve creció.

El hielo y el viento cesaron. La otra magia dentro de la oscuridad se detuvo. Como si hubiera sido tragada.

Y luego empezaron a gritar.

Rowan empezó a gritar.

CAPÍTULO 113

Erawan jadeó al acercarse.

—Sanadora —exhaló. Su poder maldito emanaba de él como un aura negra.

Ella retrocedió un paso, más cerca del barandal del balcón. El rey oscuro la siguió, un depredador que se acercaba a la presa que había esperado desde hacía mucho.

—¿Sabes cuánto tiempo te he estado buscando? —el viento azotó su cabello dorado—. ¿Siquiera sabes lo que puedes hacer?

Ella titubeó y chocó contra el barandal a sus espaldas. La caída era horriblemente interminable.

—¿Cómo crees que conseguimos las llaves, para empezar? —una sonrisa horrible y odiosa—. En mi mundo también existen las que son de tu tipo. No son sanadoras para nosotros, sino verdugas. Doncellas de la muerte. Son capaces de sanar pero también de lo opuesto. Pueden deshacer el tejido mismo de la vida. De los mundos —dijo Erawan con una sonrisa burlona—. Así que las usamos. Las usamos para deshacer el portal del Wyrd. Para arrancar los tres pedazos de ella de su misma esencia. Maeve nunca lo supo, y nunca lo sabrá —su respiración entrecortada se hacía más profunda y saboreaba cada palabra, cada paso que lo acercaba—. Fueron necesarias todas ellas para sacar las llaves de la puerta, todas las sanadoras de mi mundo. Pero tú, con tus dones, sólo sería necesario que tú lo volvieras a hacer. Y con las llaves ya en la puerta… —otra sonrisa—. Maeve piensa que yo vine a matarte, a destruirte. Tu pequeña reina de fuego también pensó lo mismo. No podía concebir que yo quisiera encontrarte. Antes que Maeve. Antes de que pudieras salir lastimada. Y ahora que ya te encontré… Cuánto nos vamos a divertir tú y yo, Yrene Towers.

Un paso más cerca. Pero no más.

Erawan se quedó inmóvil. Intentó moverse pero no pudo.

Entonces vio las rocas del balcón. La marca sangrienta sobre la que había pasado, demasiado concentrado en su presa como para darse cuenta.

Una marca del Wyrd. Para retener. Para atrapar.

La joven sanadora le sonrió, y la luz blanca de sus manos se apagó y sus ojos cambiaron de oro a zafiro.

—Yo no soy Yrene.

Erawan volteó la cabeza hacia los cielos cuando Lysandra, en forma de ruk, llegó volando alrededor de la torre donde estaba escondida al otro lado con Yrene en sus garras.

El poder de Erawan creció pero Yrene ya estaba brillando, luminosa como el lejano amanecer.

Lysandra abrió sus garras y dejó caer suavemente a Yrene en el balcón. La luz brotaba de ella cuando corrió directamente hacia Erawan.

Dorian se transformó de nuevo en su propio cuerpo y la luz sanadora también empezó a salir de él. Envolvió su poder alrededor de la marca del Wyrd que retenía a Erawan. La puerta de la torre se abrió de golpe y Elide salió volando justo cuando Lysandra se transformó y, silenciosa, aterrizó con la forma del leopardo de las nieves sobre el balcón.

Erawan no sabía dónde mirar. Dorian envió un golpe de su luz sanadora que lo desequilibró. Lysandra saltó hacia el rey oscuro y lo sostuvo contra las rocas. Elide, con Damaris en las manos, clavó la espada en el abdomen de Erawan y entre las rocas del piso.

Erawan gritó. Pero el sonido no era nada comparado con lo que salió de él cuando Yrene llegó a su lado, con las manos brillando como estrellas y las azotó en su pecho.

El mundo frenó y se deformó.

Pero Yrene no tenía miedo.

No tenía ningún miedo de la luz blanca y cegadora que brotó de ella para entrar ardiente a Erawan.

Él se arqueó, gritando, pero Damaris lo sostuvo. La antigua espada no se movió.

Su poder oscuro se elevó, una ola para devorar el mundo.

Yrene no dejó que la tocara. No dejó que tocara a ninguno de ellos.

Esperanza.

Era la esperanza que Chaol había dicho que tenía en su interior. La esperanza que ahora crecía en su vientre.

Por un mejor futuro. Por un mundo libre.

Era la esperanza que había guiado a dos mujeres en lados opuestos de este continente hacía diez años. La esperanza que había guiado a la madre de Yrene a tomar el cuchillo y matar al soldado que hubiera quemado a Yrene viva. La esperanza que guio a Marion Lochan cuando eligió ganarle un poco de tiempo a la joven heredera para escapar con su propia vida.

Dos mujeres, que nunca se habían conocido, dos mujeres que el mundo consideraba ordinarias. Dos mujeres, Josefin y Marion, que habían elegido la esperanza frente a la oscuridad.

Dos mujeres, al final, que los habían traído a todos a este momento. A esta oportunidad de tener un futuro.

Por ellas, Yrene no tenía miedo. Por el bebé en su cuerpo, no tenía miedo.

Por el mundo que ella y Chaol construirían para ese bebé, no tenía nada de miedo.

Tal vez los dioses ya se habían ido, Silba con ellos, pero Yrene podría haber jurado que sintió esas manos cálidas y amables guiarla. Impulsarla en el pecho de Erawan que se azotaba, con la fuerza de mil soles oscuros intentando destrozarla.

Su poder los eliminó a todos.

Rasgó y rompió y desgarró su camino en el interior del rey oscuro, en el gusano de su interior que se retorcía.

El parásito. La infección que se alimentaba de la vida, de la fuerza, de la dicha.

A la distancia, lejos, Yrene sabía que su luz era incandescente, que brillaba más que el sol del mediodía. Sabía que el rey oscuro debajo de ella no era nada más que un foso de serpientes retorciéndose, intentando morderla, intentando envenenar su luz.

No tienes poder sobre mí, le dijo Yrene. Al cuerpo que resguardaba ese parásito de parásitos.

Te voy a destrozar, siseaba él. Empezaré con ese bebé en tu…

Con sólo pensarlo, el poder de Yrene brilló con más fuerza.

Erawan gritó.

El poder de la creación y de la destrucción. Eso estaba en su interior.

Dadora de vida. Creadora de mundos.

Poco a poco, lo fue quemando. Empezó por sus extremidades y fue avanzando hacia el interior.

Y cuando su magia empezó a frenar, Yrene extendió la mano.

No sintió el dolor cuando le cortaron la palma. Apenas sintió la presión de la mano llena de callos que se unió a la de ella.

Pero cuando la magia cruda de Dorian Havilliard se abrió paso por ella, Yrene ahogó un grito.

Ahogó un grito y se convirtió en luz estelar, en calidez y fuerza y dicha.

La magia de Yrene era la vida misma. Vida pura y sin diluir.

Casi hizo que Dorian cayera de rodillas cuando chocó con la de él. Cuando le entregó su poder, voluntaria y felizmente. Erawan estaba tirado frente a ellos. Empalado.

El rey demonio gritó.

Feliz. Debería sentirse feliz por ese dolor, ese grito. El final que seguramente estaba por llegar.

Por Adarlan, por Sorscha, por Gavin y Elena. Por todos ellos, Dorian permitió que su poder fluyera a través de Yrene.

Erawan se azotó, su poder se elevaba sólo para chocar contra un muro impenetrable de luz.

Y, sin embargo, Dorian dijo:

—Su nombre.

Yrene, enfocada en la tarea frente a ella, ni siquiera lo volteó a ver.

Pero Erawan, a través de sus gritos, miró a Dorian a los ojos.

El odio en los ojos del rey demonio era suficiente para devorar el mundo.

Pero Dorian dijo:

—El nombre de mi padre —su voz no titubeó—. Tú se lo quitaste.

No se había dado cuenta antes de que lo quería. De que lo necesitaba, mucho.

—Un hombre patético y sin agallas —dijo Erawan furioso—. Igual que tú…

—Dime su nombre. Devuélvelo.

Erawan rio entre sus gritos.

—No.

—Devuélvelo.

Yrene lo volteó a ver con duda en su mirada. Su magia hizo una pausa, sólo por un instante.

Erawan saltó y su poder hizo erupción.

Dorian lo aventó y se lanzó hacia el rey demonio. Hacia Damaris.

El grito de Erawan amenazaba con romper las rocas del castillo cuando Dorian empujó la espada más adentro. La retorció. Envió su poder a través de ella.

—Dime su nombre —jadeó entre dientes. Yrene, sosteniendo su otra mano, murmuró su advertencia. Dorian apenas la escuchó.

Erawan sólo volvió a reír, ahogándose con el poder que lo quemaba.

—¿Importa? —preguntó Yrene con suavidad.

Sí. No sabía por qué, pero sí.

Su padre había sido borrado del Más Allá, de todos los reinos de la existencia, pero podía volver a recibir su nombre.

Aunque fuera sólo para pagar la deuda. Aunque fuera sólo para que Dorian pudiera concederle al hombre un poco de paz.

El poder de Erawan volvió a atacarlos. Dorian e Yrene lo volvieron a echar hacia atrás.

Ahora. Tenía que ser ahora.

—Dime su nombre —gruñó Dorian.

Erawan le sonrió.

—No.

—Dorian —advirtió Yrene. El sudor escurría por su cara. No podría sostenerlo mucho tiempo más. Y arriesgar su…

Dorian envió su poder rugiendo por la espada. La empuñadura de Damaris brillaba.

—Dime su…

—Es el tuyo.

Los ojos de Erawan se abrieron cuando salieron las palabras de él.

Damaris se las había sacado. Pero Dorian no se maravilló ante el poder de la espada.

El nombre de su padre…

Dorian.

—Yo tomé su nombre —escupió Erawan y se retorcía mientras las palabras fluían de su lengua bajo el poder de Damaris—. Lo borré de la existencia. Pero sólo lo recordó una vez. Sólo una. La primera vez que te vio.

Las lágrimas rodaban por el rostro de Dorian al escuchar esa verdad insoportable.

Tal vez su padre había ocultado su nombre sin saberlo en su interior, una última semilla de desafío contra Erawan. Y había nombrado a su hijo con ese desafío, un marcador secreto que el hombre dentro de él seguía peleando. Que nunca había dejado de pelear.

Dorian. El nombre de su padre.

Dorian soltó la empuñadura de Damaris.

La respiración de Yrene se volvió entrecortada. Ahora… tenía que ser ahora.

Aun con el rey del Valg frente a él, algo en el pecho de Dorian se suavizó. Sanó.

Así que Dorian le dijo a Erawan, con las lágrimas evaporándose bajo el calor de su magia:

—Yo derribé tu fortaleza —sonrió salvajemente—. Y ahora te derribaremos a ti también.

Luego le hizo un gesto de asentimiento a Yrene.

Los ojos de Erawan brillaron como carbones encendidos. E Yrene desató su poder de nuevo.

Erawan no podía hacer nada. Nada en contra de esa magia cruda, unida con la de Yrene, entretejiéndose para formar ese poder creador de mundos.

Toda la ciudad, la planicie, se iluminó con una luz cegadora. Tan brillante que Elide y Lysandra tuvieron que cubrirse los ojos. Incluso Dorian cerró los suyos.

Pero entonces Yrene lo vio. Lo que yacía en el centro de Erawan.

La criatura retorcida y odiosa en su interior. Vieja y furiosa, pálida como la muerte. Pálida por pasar una eternidad en la oscuridad tan completa que nunca había visto la luz del sol.

Nunca había visto su luz, que ahora quemaba su carne antigua y blanca como la luna.

Erawan se retorció, se contorsionó en el piso del sitio donde estaba en su interior.

—Patético —fue lo único que dijo Yrene.

Los ojos dorados centellearon, llenos de rabia y odio.

Pero Yrene sólo sonrió, invocando el rostro hermoso de su madre en su corazón. Se lo mostró a él.

Deseó saber también cómo se veía la madre de Elide para poder mostrarle también a Marion Lochan.

Las dos mujeres que él había matado, directa o indirectamente, y en quienes nunca volvió a pensar.

Dos madres, cuyo amor por sus hijas y cuya esperanza por un mundo mejor era mayor que cualquier poder que pudiera tener Erawan. Mayor que cualquier llave del Wyrd.

Y fue con la imagen de su madre todavía brillando sobre él, mostrándole ese error que nunca había sabido que había cometido, que Yrene apretó los dedos para formar un puño.

Erawan gritó.

Los dedos de Yrene apretaron con más fuerza y a la distancia sintió que su mano física estaba haciendo lo mismo. Sintió el dolor de sus uñas cortando las palmas de sus manos.

No escuchó las súplicas de Erawan. Sus amenazas.

Sólo apretó el puño. Más y más.

Hasta que él ya no era nada salvo una flama oscura en su interior.

Hasta que apretó su puño, una última vez, y esa flama oscura se apagó.

Yrene tuvo la sensación de caer, de volver a caer a su cuerpo. Y sí estaba cayendo hacia atrás. Chocó con el cuerpo peludo de Lysandra y su mano soltó la de Dorian.

Dorian se lanzó para tomar su mano de nuevo y renovar el contacto, pero ya no era necesario.

No era necesario su poder ni el de Yrene.

No lo era porque los ojos dorados de Erawan estaban abiertos pero ya no veían más el cielo nocturno sobre ellos y su cuerpo quedó sin vida sobre las rocas del balcón.

Su piel se puso gris y empezó a marchitarse, a descomponerse.

Una vida pudriéndose desde adentro.

—Quémalo —dijo Yrene con voz áspera y una mano en su vientre. Un latido de dicha, una chispa de luz, le respondió.

Dorian no titubeó. Las flamas saltaron y devoraron el cuerpo en descomposición frente a ellos.

Las flamas no eran necesarias.

Antes de siquiera empezar a convertir su ropa en ceniza, Erawan se disolvió. Un montón de piel y huesos quebradizos.

Dorian lo quemó de todas maneras.

Observaron en silencio cuando el rey del Valg se convirtió en cenizas.

Cuando el viento invernal sopló para volarlas del balcón de la torre y llevarlas muy muy lejos.

CAPÍTULO 114

Estaba muerta.

Aelin estaba muerta.

Su cuerpo sin vida había sido clavado en las puertas de Orynth, su cabello cortado hasta el cuero cabelludo.

Rowan se arrodilló frente a las puertas. Los ejércitos de Morath pasaban a su lado. No era real. No podía ser. Pero el sol entibiaba su cara. La peste de la muerte le llenaba la nariz.

Apretó los dientes intentando salir, salir de este lugar. De esta pesadilla.

No se inmutó.

Una mano le rozó el hombro. Una mano suave y pequeña.

—Tú solo te provocaste esto, ¿sabes? —dijo una voz femenina y cantarina.

Él conocía esa voz. Nunca la olvidaría.

Lyria.

Ella estaba parada detrás de él, mirando a Aelin. Vestida con la armadura oscura de Maeve, su cabello castaño trenzado hacia atrás para dejar a la vista su rostro delicado y hermoso.

—También se lo provocaste a ella, supongo —dijo su pareja, su pareja de mentira.

Muerta. Lyria estaba muerta y Aelin era quien debía sobrevivir…

—¿La elegirías a ella en vez de mí? —exigió saber Lyria y sus ojos castaños se llenaron de lágrimas—. ¿Te has convertido en ese tipo de hombre?

Él no podía encontrar las palabras, algo para explicar, para disculparse.

Aelin estaba muerta.

No podía respirar. No quería.

Connall le estaba sonriendo con una expresión de burla.

—Todo lo que me pasó fue por tu culpa.

Arrodillado en esa veranda en Doranelle, en el palacio que esperaba no tener que volver a ver, Fenrys luchó contra la bilis que le subía por la garganta.

—Lo siento.

—Lo sientes pero ¿lo cambiarías? ¿Yo fui el sacrificio que estabas dispuesto a hacer para conseguir lo que querías?

Fenrys negó con la cabeza pero de repente ya era la de un lobo, el cuerpo que alguna vez había amado con tanto orgullo y ferocidad. Una forma de lobo, sin la capacidad de hablar.

—Tú te llevaste todo lo que siempre deseé —continuó su gemelo—. Todo. ¿Siquiera tuviste un duelo por mi muerte? ¿Siquiera importó?

Necesitaba decírselo… decirle a su gemelo todo lo que quería decirle, todo lo que había deseado poder transmitirle. Pero esa lengua de lobo no podía pronunciar el lenguaje de los hombres y las hadas. No tenía voz. Él no tenía voz.

—Estoy muerto por tu culpa —exhaló Connall—. Sufrí por tu culpa. Y nunca lo voy a olvidar.

Por favor. La palabra le quemaba en la lengua. Por favor…

Ella no podía soportarlo.

Rowan arrodillado ahí, gritando.

Fenrys sollozando hacia el cielo oscurecido.

Y Lorcan… Lorcan en silencio absoluto, los ojos perdidos mientras algún horror se desarrollaba.

Maeve canturreó para sí misma.

—¿Ves lo que puedo hacer? ¿Contra lo que son indefensos?

Rowan gritó con más fuerza. Los tendones de su cuello parecía que iban a reventar. Estaba luchando contra Maeve con todas sus fuerzas.

Ella no podía soportarlo. No podía tolerar eso.

Esto no era una ilusión, un sueño creado. Esto, su dolor… esto era real.

Los poderes Valg de Maeve al fin quedaron revelados. El mismo poder infernal que poseían los príncipes del Valg. El mismo poder que ella había soportado. Que había derrotado con flamas.

Pero no tenía flamas que le ayudaran. No tenía nada.

—Ya no te queda nada con qué negociar, en efecto —dijo Maeve simplemente —. Salvo tú misma.

Lo que fuera menos esto. Lo que fuera menos esto…

—Tú no eres nada.

Elide estaba parada frente a él, las torres altas de una ciudad que Lorcan nunca había visto, la ciudad que debía haber sido su hogar, lo llamaban desde el horizonte. El viento le azotaba el cabello oscuro, tan frío como la luz en sus ojos.

—Un don nadie nacido bastardo —continuó ella—. ¿Creías que yo iba a mancharme con alguien como tú?

—Creo que tú podrías ser mi pareja —dijo él con voz rasposa.

Elide rio.

—¿Pareja? ¿Por qué pensarías siquiera que tienes derecho a algo así después de todo lo que has hecho?

No podía ser real… no era real. Y, sin embargo, la frialdad de su rostro, la distancia…

Se lo había ganado. Se lo merecía.

Maeve los miró, los tres hombres hada que habían sido sus esclavos, perdidos en su poder oscuro que se abría camino por sus mentes, sus recuerdos, y reía.

—Es una pena lo de Gavriel. Al menos él cayó con nobleza.

Gavriel…

Maeve volteó a verla.

—¿No sabías, verdad? —un chasquido de la lengua—. El León ya no rugirá más, su vida fue el precio que tuvo que pagar para defender a su cachorro.

Gavriel estaba muerto. Sintió la verdad en las palabras de Maeve. Dejó que le abrieran un agujero en el corazón.

—No pudiste salvarlo, por lo visto —continuó Maeve—. Pero todavía puedes salvarlos a ellos.

Fenrys gritó. Rowan se había quedado en silencio, sus ojos verdes vacíos. Lo que estaba viendo lo había llevado más allá de los gritos, más allá del llanto.

Dolor. Dolor inexpresable e inimaginable. Como el que ella había tenido que soportar, tal vez peor.

Y sin embargo…

Aelin no le dio tiempo a Maeve de reaccionar. Ni siquiera le dio tiempo de voltear la cabeza cuando tomó a Goldryn de su lado y la lanzó hacia la reina.

Falló por un par de centímetros porque la reina Valg giró a un lado antes de que la espada se clavara profundamente en la nieve. El vapor se elevó alrededor de ella cuando aterrizó. Seguía ardiendo.

Era lo único que Aelin necesitaba.

Lanzó su poder, flamas que se lanzaron hacia el mundo.

Pero no hacia Maeve.

Chocó contra Rowan, contra Fenrys y contra Lorcan. Los golpeó en los hombros, con fuerza y profundidad.

Los quemó. Los marcó.

Aelin estaba muerta. Estaba muerta y él le había fallado.

—Tú eres un hombre inferior —dijo Lyria todavía estudiando la puerta de la que colgaba el cuerpo de Aelin—. Te merecías esto. Después de lo que me hiciste, te merecías esto.

Aelin estaba muerta.

No deseaba vivir en este mundo. Ni un instante más.

Aelin estaba muerta. Y él…

Sintió un dolor en el hombro. Y luego le quemó.

Como si alguien lo hubiera marcado con un hierro al rojo vivo.

Una flama.

Miró hacia abajo pero no vio ninguna herida.

Lyria continuó:

—Tú sólo les traes sufrimiento a quienes amas.

Las palabras eran distantes. Secundarias a esa herida que quemaba.

Lo volvió a quemar, una herida fantasma, un recuerdo…

No era un recuerdo. No era un recuerdo sino una cuerda salvavidas lanzada a la oscuridad. A una ilusión.

Un ancla.

Igual que él alguna vez la había anclado para sacarla de las garras de un príncipe del Valg.

Aelin.

Sus manos se enroscaron para formar puños a sus lados. Aelin, que había conocido el sufrimiento igual que él. Que le habían mostrado vidas pacíficas y de todas maneras lo eligió a él, exactamente como era, por lo que los dos habían soportado. Ilusiones… éstas habían sido ilusiones.

Rowan apretó los dientes. Sintió la cosa que se envolvía en su mente. Que lo mantenía cautivo.

Soltó un gruñido grave.

Ella había hecho esto… lo había hecho antes. Se había metido a su mente. Había retorcido y le había robado lo más vital. Aelin.

No le permitiría que se lo quitara otra vez.

Lorcan rugió al sentir la marca que se abrió paso desgarrando sus sentidos, a través de las palabras burlonas de Elide, a través de la imagen de Perranth, del hogar que quería con tantas ganas y que tal vez nunca vería.

Rugió y el mundo ondeó. Se convirtió en nieve y oscuridad y batalla.

Y Maeve. Parada frente a ellos, su pálido rostro lívido.

El poder de Maeve se lanzó hacia él, una pantera al ataque…

Elide ahora estaba en una gran cama opulenta, su mano marchita buscaba la de él. Una mano anciana, llena de marcas, las delicadas venas azules entrelazadas como los muchos ríos alrededor de Doranelle.

Y su cara… sus ojos oscuros estaban opacos, sus arrugas eran profundas. Su cabello escaso y blanco como la nieve.

—Hay una verdad de la que no puedes escapar —le dijo con voz como un graznido—. Una espada sobre nuestras cabezas.

Su lecho de muerte. Eso era esto. Y la mano que sostenía la de ella… seguía joven. Él había permanecido joven.

La bilis le subió a la garganta.

—Por favor.

Se puso una mano en el pecho, como si eso pudiera detener el rompimiento implacable.

Un dolor débil y punzante le respondió.

El último aliento de Elide sonaba en sus oídos. No podía ver esto, no podía…

Apretó su mano con más fuerza en su pecho. En el dolor que sentía.

Vida… la vida era dolor. Dolor y dicha. Dicha por el dolor.

Lo vio en el rostro de Elide. En cada línea y marca de la edad. En cada cabello blanco. Una vida vivida… juntos. El dolor de partir debido a lo maravilloso que había sido.

La oscuridad empezó a adelgazarse. Lorcan clavó su mano en esa herida ardiente en su hombro.

Elide tosió de una manera que lo destrozaba, pero lo tomó en su corazón, cada instante. Todo lo que el futuro podría ofrecer.

No lo asustaba.

Una y otra vez, Connall volvía a morir. Una y otra vez.

Connall estaba en el suelo de esa veranda, su sangre goteaba hacia el río cubierto de niebla abajo a la distancia.

Su destino… debía haber sido su destino.

Si caminaba hasta el borde de esa veranda, hacia el río que rugía, ¿alguien se daría cuenta de que él ya no estaba? Si saltaba, con su hermano en sus brazos, ¿el río haría que el fin llegara rápido para él?

No se merecía un final rápido. Se merecía una sangría lenta y brutal.

Su castigo, su justo merecido por lo que le había hecho a su hermano. La vida que había permitido que se construyera bajo su sombra, que sabía que siempre había permanecido en su sombra y no había intentado, no realmente, compartir la luz.

Una quemadura, violenta y constante, le rasgó el cuerpo. Como si alguien hubiera metido su hombro en un horno.

Lo merecía. Le dio la bienvenida en su corazón.

Esperaba que lo destruyera.

Dolor. Lo que más temía que les sucediera, lo que había luchado y luchado por alejar de ellos.

El olor de su carne quemada le llegó a la nariz y Maeve rio en voz baja.

—¿Qué fue eso, Aelin, un escudo? ¿O estabas intentando terminar con su sufrimiento?

La mano de Rowan, que estaba arrodillado a su lado, se movió por algún horror que estaba viendo, justo en el borde de su hacha descartada.

El pino y la nieve y el sabor de cobre de la sangre se mezclaron y se elevaron hacia ella cuando su palma se abrió con la fuerza de ese movimiento.

—Podemos seguir haciendo esto, ¿sabes? —continuó Maeve—. Hasta que Orynth esté convertido en ruinas.

Rowan miraba con los ojos vacíos hacia el frente. La palma de su mano goteaba sangre hacia la nieve. Sus dedos se curvaron. Ligeramente.

Un gesto de llamado, demasiado pequeño para que Maeve lo notara. Para que nadie lo notara, excepto ella. Excepto por ese lenguaje silencioso entre ellos, la manera en que sus cuerpos habían hablado uno con el otro desde el momento en que se conocieron en ese callejón polvoriento en Varese.

Un pequeño acto de desafío. Como él alguna vez había desafiado a Maeve frente a su trono en Doranelle.

Fenrys volvió a sollozar y Maeve volteó a verlo.

Aelin deslizó su mano a lo largo del hacha de Rowan, el dolor fue un susurro por su cuerpo.

Su pareja temblaba; estaba luchando de nuevo contra la mente que alguna vez lo había invadido.

—Qué desperdicio —dijo Maeve y volvió a mirarlos a ellos—. Que estos hombres tan talentosos abandonaran mi servicio sólo para terminar atados a una reina que apenas tiene unas gotas de poder que presumir.

Aelin cerró su mano alrededor de la de Rowan.

Una puerta se abrió de par en par entre ellos. Una puerta para que él regresara a sí mismo, a ella.

Sus dedos se entrelazaron con los de ella.

Aelin rio.

—Puede ser que yo no tenga magia —dijo ella—, pero mi pareja sí.

Esperando para atacar al otro lado de esa puerta oscura, Rowan levantó a Aelin y sus poderes, sus almas, se fusionaron.

La fuerza de la magia de Rowan la golpeó, antigua y poderosa. Hielo y viento convertidos en flama ardiente.

El corazón de Aelin cantó, rugió, al sentir el poder que fluyó de Rowan y en su interior. A su lado, su pareja se mantuvo firme. Inquebrantable.

Rowan sonrió, feroz y fiero y malvado. Una corona de flamas, gemela de la de ella, apareció sobre su cabeza.

Como uno solo, miraron a Maeve.

Maeve siseó, su poder oscuro empezaba a acumularse otra vez.

—Rowan Whitethorn no tiene el poder bruto que tú tuviste alguna vez.

—Tal vez él no —dijo Lorcan un paso atrás de ellos con la mirada despejada y libre—, pero juntos sí lo tenemos.

Miró a Aelin y levantó una mano a la quemadura roja que marcaba su pecho.

—Y más allá de nosotros —dijo Aelin trazando una marca en la nieve con la sangre que ella había derramado, su sangre y la de Rowan—, creo que ellos tienen mucha también.

La luz se encendió a sus pies y el poder de Maeve centelleó, pero demasiado tarde.

El portal se abrió. Exactamente como prometían las marcas del Wyrd en los libros que Chaol e Yrene habían traído del Continente del Sur.

Precisamente al sitio que Aelin tenía pensado. El que había visto al caer de nuevo por el portal del Wyrd. Al que ella y Rowan se habían aventurado hacía unos días, al poner a prueba este mismo portal.

El claro en el bosque se veía plateado bajo la luz de la luna, la nieve era espesa. Había unos árboles extraños y antiguos, más antiguos que los de Oakwald. Árboles que sólo se podían encontrar al norte de Terrasen, en las tierras al interior más allá.

Pero no fueron los árboles lo que hizo que Maeve se detuviera. No, fue la gran masa de gente, sus armaduras y sus armas brillando bajo sus pieles pesadas. Entre ellos, enormes como caballos, gruñían los lobos. Lobos con jinetes.

En el campo de batalla se abrió portal tras portal. Justo donde Rowan y el grupo los habían trazado con su propia sangre mientras luchaban. Todo para ser abierto con este hechizo. Esta orden. Y más allá de cada portal, la masa de

gente se podía ver. El ejército.

—Supe que planeabas venir aquí, ¿sabes? —le dijo Aelin a Maeve, el poder de Rowan como una sinfonía en su sangre—. Supe que habías planeado traer a tus princesas-kharankui contigo —sonrió—. Así que pensé en traer a algunos amigos míos.

La primera de las figuras detrás del portal emergió, montada en un gran lobo plateado. Y a pesar de las pieles sobre su armadura pesada, se podían ver las orejas puntiagudas de la mujer.

—Las hadas que vivían en Terrasen no fueron eliminadas del todo —dijo Aelin. Lorcan empezó a sonreír—. Encontraron un nuevo hogar, con la Tribu del Lobo —porque había humanos también montando los lobos. Como decían todas las leyendas—. ¿Y sabes que aunque muchos llegaron aquí con Brannon, hay un clan entero de hadas que llegaron del Continente del Sur? Escapando de ti, creo. Todas ellas, de hecho, no te tienen mucho cariño, lamento decir.

Más y más hadas y jinetes de lobo entraron por el portal con las armas en alto. Detrás de ellos, extendiéndose hacia la distancia, fluían sus huestes.

Maeve dio un paso atrás. Sólo uno.

—¿Pero sabes qué odian más aún? —Aelin apuntó con Goldryn hacia el campo de batalla—. Esas arañas. Nesryn Faliq me contó todo sobre cómo sus ancestros lucharon contra ellas en el Continente del Sur. Cómo huyeron de ti cuando intentaste mantener a sus sanadoras encadenadas y luego terminaste teniendo que luchar contra tus amiguitas. Y cuando llegaron a Terrasen, seguían recordándolo. Algo de la verdad se perdió, se confundió, pero lo recordaban. Les enseñaron a sus hijos. Los entrenaron.

Las hadas y sus lobos tras los portales ahora tenían la vista fija en los híbridos kharankui que al fin empezaban a emerger en la planicie.

—Les dije que yo me encargaría de ti personalmente —dijo Aelin y Rowan rio —, pero las arañas… Oh, las arañas son todas suyas. Creo que llevan un rato esperándolo, de hecho. Las Dientes de Hierro también. Parece ser que las Piernas Amarillas no fueron muy amables con los que quedaron atrapados en sus formas animales durante diez años.

Aelin soltó un destello de luz. La única señal que debía dar.

Para un pueblo que había pedido sólo una cosa cuando Aelin les suplicó que pelearan, que se unieran a esta batalla: regresar a casa. Regresar a Orynth después de una década de ocultarse.

Sus flamas danzaron sobre el campo de batalla. Y las hadas perdidas de Terrasen, la legendaria Tribu del Lobo que les había dado la bienvenida y los había protegido venían a su lado, al ataque a través de los portales. Directo a las filas desprevenidas de Morath.

Maeve estaba pálida como la muerte. Palideció aún más cuando la magia surgió y aumentó y esas arañas híbridas cayeron. Sus gritos de sorpresa fueron silenciados con las espadas asterion.

Sin embargo, la mano de Rowan apretó la de Aelin y ella miró a su pareja. Pero los ojos de él estaban en Fenrys. En el poder oscuro que Maeve todavía tenía alrededor de él.

Seguía tirado en la nieve, sus lágrimas silenciosas e interminables. Su rostro una ruina ensangrentada.

A través del rugido del poder de Rowan, Aelin buscó los hilos que salían de su corazón, de su alma.

Mírame. Su orden silenciosa hizo eco a lo largo del juramento de sangre… hacia Fenrys.

Mírame.

—Supongo que crees que ahora podrás darme fin de una manera espectacular —le dijo Maeve a ella y a Rowan. El poder oscuro crecía—. Tú, a quien más he perjudicado.

Mírame.

Con la cara destrozada chorreando sangre, Fenrys miró, sus ojos voltearon ciegos hacia los de ella. Y se despejaron… ligeramente.

Aelin parpadeó cuatro veces. Aquí estoy, estoy contigo.

No hubo respuesta.

—¿Entienden lo que es una reina del Valg? —les preguntó Maeve con triunfo en su expresión a pesar de las hadas perdidas y los jinetes de lobo que atacaban en el campo de batalla detrás de ellos—. Soy tan vasta y eterna como el mar. Erawan y sus hermanos me buscaron por mi poder —su magia fluyó a su alrededor en un aura maldita—. ¿Te crees una asesina de dioses, Aelin Galathynius? ¿Qué eran ellos sino criaturas vanidosas atrapadas en este mundo? ¿Qué eran sino cosas que tu mente humana no podía comprender? —levantó los brazos—. Yo soy un dios.

Aelin volvió a parpadearle a Fenrys. El poder de Rowan se acumulaba en sus venas, se preparaba para el primer y probablemente último golpe que podrían dar. El poder de Loran se acumulaba junto al de ellos. Pero una y otra vez, Aelin le parpadeó a Fenrys, a esos ojos semivacíos.

Estoy aquí, estoy contigo.

Estoy aquí, estoy contigo.

Una reina le había dicho eso. En su lenguaje secreto y silencioso. Durante las

horas de tormento indescriptible, se habían dicho eso mutuamente.

No estaba solo.

No había estado solo entonces, y ella tampoco.

La veranda en Doranelle y las nieves ensangrentadas afuera de Orynth se mezclaron y parpadearon.

Estoy aquí, estoy contigo.

Maeve estaba ahí parada. Frente a Aelin y Rowan, ardiendo con su poder. Frente a Lorcan, rodeado de la sombra de sus dones oscuros. Hadas… tantas hadas y lobos, algunos montados en ellos, salían hacia el campo de batalla a través de unos agujeros en el aire.

Entonces, había funcionado. Su plan desquiciado, que se pondría en marcha cuando todo se fuera al demonio, cuando ya no tuvieran nada más.

Pero el poder de Maeve crecía.

Los ojos de Aelin seguían sobre él, anclándolo. Jalándolo para sacarlo de esa veranda ensangrentada. A un cuerpo que temblaba de dolor. A un rostro que ardía y punzaba.

Estoy aquí, estoy contigo.

Y Fenrys logró parpadear también. Sólo una vez.

Sí.

Y cuando Aelin volvió a mover los ojos, él entendió.

Aelin miró a Rowan. Vio que su pareja ya le estaba sonriendo. Consciente de lo que probablemente les esperaba.

—Juntos —dijo ella en voz baja. El pulgar de Rowan le rozó el suyo. En amor y despedida.

Y entonces hicieron erupción.

Una flama, incandescente y cegadora, rugió hacia Maeve.

Pero la reina oscura estaba esperando. Un par de olas gemelas de oscuridad se elevó y cayó sobre ellos.

Sólo para ser detenida por un escudo de viento negro. Apartada a golpes.

Aelin y Rowan atacaron otra vez, rápidos como serpientes. Las flechas y lanzas de flama hicieron que Maeve cediera un paso. Luego otro.

Lorcan la golpeaba desde un lado y obligó a Maeve a retroceder otro paso.

—Yo diría —jadeó Aelin hablando sobre ese rugido glorioso de magia que la recorría, la canción inquebrantable de ella y Rowan—, que no nos perjudicaste en lo más mínimo.

Como si estuvieran alternando golpes, Lorcan golpeó con ellos. Fuego y luego muerte de medianoche.

Las cejas oscuras de Maeve se juntaron.

Aelin lanzó un muro de flamas que empujó a Maeve otro paso hacia atrás.

—Pero él… oh, él sí tiene una cuenta pendiente contigo.

Los ojos de Maeve se abrieron como platos e intentó darse la vuelta. Pero no fue tan rápida.

Le faltó rapidez cuando Fenrys desapareció del sitio donde estaba arrodillado y reapareció, justo detrás de Maeve.

Goldryn brillaba con fuerza cuando la clavó en su espalda.

En el corazón oscuro que había dentro.

CAPÍTULO 115

Al derramarse su sangre oscura en la nieve, Maeve cayó de rodillas. Con los dedos estaba intentando mover la espada en llamas que le atravesaba el pecho.

Fenrys dio la vuelta alrededor de ella y dejó la espada en el sitio donde la había empalado. Se dirigió al lado de Aelin.

Las brasas volaban alrededor de ella y Rowan. Aelin se acercó a la reina.

Maeve le enseñó los dientes y le siseó mientras intentaba sin éxito liberarse de la espada.

—Quítamela.

Aelin sólo miró a Lorcan.

—¿Algo que decir?

Lorcan sonrió con seriedad y miró a las hadas y jinetes de lobo que estaban destrozando a las arañas.

—Larga vida a la reina.

La reina hada del oeste.

Maeve gruñó y no fue el sonido de un hada ni de un humano. Sino Valg. Valg puro y sin diluir.

—Bueno, miren nada más quién ya dejó de fingir —dijo Aelin.

—Iré a donde sea que elijas desterrarme —dijo Maeve furiosa—. Sólo quítamela.

—¿A cualquier parte? —preguntó Aelin y soltó la mano de Rowan.

La falta de su magia, de su fuerza, la golpeó como si se hubiera echado a un lago helado.

Pero tenía suficiente ella misma.

No magia, nunca como la había tenido antes, pero una fortaleza mayor y más profunda.

Corazón de Fuego, la había llamado su madre.

No por su poder. El nombre nunca se había referido a su poder.

Maeve volvió a sisear e intentaba arrancarse la espada.

Aelin envolvió sus dedos en llamas y le ofreció la mano a Maeve.

—Tú viniste aquí para escapar de un esposo al que no amabas. Un mundo que no amabas.

Maeve se detuvo y estudió la mano de Aelin. Los nuevos callos que tenía. Hizo una mueca, una mueca de dolor por la espada que le estaba desgarrando el corazón pero que no la mataba.

—Sí —jadeó Maeve.

—Y amas este mundo. Amas Erilea.

Los ojos oscuros de Maeve miraron a Aelin, luego a Rowan y a Lorcan antes de responder.

—Sí. De la manera en que puedo amar cualquier cosa.

Aelin mantuvo la mano extendida. La oferta no pronunciada en ella.

—Y si elijo desterrarte, irás a donde sea que decidamos. Y nunca más nos molestarás. Ni a nadie más.

—Sí —dijo Maeve con voz golpeada, con una mueca de dolor por la espada inmortal que le perforaba el corazón.

La reina agachó la cabeza, jadeando, y tomó la mano extendida que Aelin le ofrecía.

Aelin se acercó. Justo al ponerle a Maeve algo en el dedo.

Y le susurró al oído:

—Entonces, vete al infierno.

Maeve retrocedió, pero era demasiado tarde.

Demasiado tarde porque el anillo dorado, el anillo de Silba, el anillo de Athril, brillaba en su mano pálida.

Aelin retrocedió para regresar al lado de Rowan y Maeve empezó a gritar.

Gritaba y gritaba hacia el cielo, hacia las estrellas.

Maeve quería este anillo pero no para protegerse contra el Valg. No, ella era Valg. Lo quería para que nadie más lo pudiera tener.

Pero cuando Elide se lo dio a Aelin, no había sido para destruir a una reina del Valg. Sino para mantener a Aelin a salvo. Y Maeve nunca lo conocería: ese don y poder, la amistad.

Lo que Aelin sabía evitó que la reina frente a ella se convirtiera en un espejo. Lo que la había salvado a ella, a este reino.

Maeve se azotó. Goldryn ardía con una llama gemela a la luz en su dedo.

Inmunidad contra el Valg. Y veneno para ellos.

Maeve gritó, el sonido ya no era tan fuerte como para sacudir el mundo.

Se quedaron ahí, entre la nieve que caía, los rostros impávidos, y la observaron.

Fueron testigos de esta muerte por todas las vidas que ella había destruido.

Maeve se contorsionaba, se arañaba. Su piel pálida empezó a desprenderse como pintura vieja.

Revelaba fragmentos de la criatura debajo del encantamiento. La piel que había creado para ella misma.

Aelin sólo miró a Rowan, a Lorcan y a Fenrys, una pregunta silenciosa en sus ojos.

Rowan y Lorcan asintieron. Fenrys parpadeó una vez. Su cara destrozada seguía sangrando.

Así que Aelin se acercó a la reina que gritaba, a la criatura debajo. Caminó a su espalda y sacó a Goldryn.

Maeve cayó en la nieve y el lodo, pero el anillo continuó desgarrándola desde adentro.

Maeve alzó sus ojos oscuros y odiosos mientras Aelin levantaba a Goldryn.

Aelin sólo le sonrió.

—Fingiremos que mis últimas palabras para ti son algo digno de una canción.

Blandió la espada en llamas.

La boca de Maeve seguía abierta en un grito cuando su cabeza cayó en la

nieve.

La sangre negra salió salpicando y Aelin se volvió a mover para clavar a Goldryn en el cráneo de Maeve. En la tierra debajo de ella.

—Quémala —dijo Lorcan con voz áspera.

La mano de Rowan, tibia y fuerte, volvió a encontrar la de Aelin.

Y cuando ella lo miró, había lágrimas en su rostro.

No por la reina muerta frente a ellos. Ni siquiera por lo que Aelin había hecho.

No, su príncipe, su esposo, su pareja, miró al sur. Al campo de batalla.

Cuando su poder se fusionaba y ella convertía el cuerpo de Maeve en cenizas y recuerdos, Rowan miró al campo de batalla.

Donde fila tras fila de soldados del Valg caían de rodillas a media pelea con las hadas y los lobos y la caballería darghan.

Donde los ruks aleteaban sorprendidos cuando los ilken caían de los cielos, como si los hubieran matado de un golpe.

A lo lejos, varios gritos agudos desgarraron el aire… y luego guardaron silencio.

Todo un ejército, a media batalla, en el proceso de dar un golpe, se colapsó.

La ola se expandió, ese colapso, esa quietud. Hasta que todas las huestes de Morath quedaron inmóviles. Hasta que las Dientes de Hierro que peleaban en las alturas se dieron cuenta de lo que sucedía y giraron hacia el sur para huir de los rukhin y las brujas que ahora las perseguían.

Hasta que la sombra oscura que rodeaba ese ejército caído se disolvió también en el viento.

Aelin supo entonces con certeza. Dónde había ido Erawan.

Quién lo había derrotado al fin.

Así que Aelin liberó su espada de la pila de cenizas que había sido Maeve. La levantó alto hacia el cielo nocturno, hacia las estrellas, y dejó que su grito de victoria inundara el mundo. Dejó que el nombre que gritó resonara. Los soldados en el campo, en la ciudad, tomaron el llamado hasta que todo Orynth lo estaba cantando. Hasta que llegó a las estrellas brillantes del Señor del Norte que brillaba sobre ellas, ya sin la necesidad de llevarla a casa.

Yrene.

Yrene.

Yrene.

CAPÍTULO 116

Chaol despertó para sentir unas manos tibias y delicadas que le acariciaban la frente, la mandíbula.

Conocía esas manos. Las reconocería aunque estuviera ciego.

En un momento, estaba luchando en las almenas. Al siguiente… el olvido. Como si la explosión de poder que había recorrido a Yrene no sólo hubiera debilitado su columna, sino también su conciencia.

—No sé si empezar a gritarte o llorar —dijo y gimió al abrir los ojos y encontrar a Yrene arrodillada frente a él. Un instante y él estaba mirando a su alrededor, evaluando lo que los rodeaba: una especie de escalera, donde estaba recostado en los escalones inferiores, cerca de un descanso. Un arco hacia la noche helada reveló un cielo estrellado y despejado afuera. No había guivernos en él.

Y ovaciones. Ovaciones victoriosas y salvajes.

Ni un solo tambor de hueso. Ni un solo gruñido ni rugido.

E Yrene, todavía acariciándole la cara, le sonreía. Tenía lágrimas en los ojos.

—Puedes gritar todo lo que quieras —le dijo y algunas de sus lágrimas se le escaparon.

Pero Chaol sólo la miró con la boca abierta cuando se dio cuenta de qué, exactamente, había ocurrido. Por qué había sucedido esa explosión de poder.

Lo que esta mujer increíble frente a él había hecho.

Porque todos estaban gritando su nombre. El ejército, la gente de Orynth, estaban gritando su nombre.

Chaol se alegró de estar sentado.

Aunque no le sorprendía nada que Yrene hubiera logrado lo imposible.

Chaol la abrazó de la cintura y enterró su cara en su cuello.

—Entonces ya terminó —dijo hacia la piel de ella, incapaz de detener el temblor que se apoderó de él, la mezcla de alivio y dicha y un terror fantasma que no terminaba de irse.

Yrene sólo le pasó las manos por el cabello, por la espalda, y él sintió su sonrisa.

—Ya terminó.

Pero la mujer en sus brazos, el bebé que crecía en su interior…

Tal vez Erawan estuviera terminado junto con su amenaza y su ejército. Y Maeve también.

Pero la vida, se dio cuenta Chaol… la vida apenas empezaba.

Nesryn no podía creerlo. El enemigo simplemente se había… colapsado. Incluidas las kharankui híbridas.

Era tan poco probable como las hadas y los lobos que simplemente habían aparecido a través de agujeros en el mundo. Un ejército perdido, que no desperdició ni un instante para lanzarse sobre Morath. Como si supieran precisamente dónde y cómo atacar. Como si los hubieran invocado de los antiguos mitos del norte.

Nesryn aterrizó en una de las paredes bañadas en sangre. Desde ahí vio a los rukhin y brujas aliadas perseguir a las Dientes de Hierro hacia el horizonte. Ella hubiera ido con ellos de no ser por las heridas de garras alrededor del ojo de Salkhi. De no ser por la sangre.

Apenas le alcanzó el aliento para gritarle a una sanadora cuando desmontó.

Apenas le alcanzó para quitarle la silla de montar al ruk mientras le murmuraba. Tanta sangre. Las heridas del vigía ilken eran muy profundas. No se veía el brillo de veneno, pero…

—¿Estás herida?

Sartaq. El príncipe tenía los ojos muy abiertos, el rostro ensangrentado, y la estaba estudiando de pies a cabeza. Detrás de él, Kadara jadeaba en las almenas. Tenía las plumas tan ensangrentadas como su jinete.

Sartaq la tomó de los hombros.

—¿Estás herida?

Nunca había visto tanto pánico en su cara.

Nesryn sólo señaló al enemigo inmóvil, incapaz de encontrar las palabras.

Pero otros sí las encontraron. Una palabra, un nombre, una y otra vez. Yrene.

Las sanadoras subieron corriendo a las almenas, corrieron hacia ambos ruks y Nesryn se permitió abrazar a Sartaq de la cintura. Presionar su cara contra la armadura de su pecho.

—Nesryn —su nombre era una pregunta y una orden. Pero Nesryn sólo lo abrazó con fuerza. Tan cerca. Habían estado tan tan cerca de una derrota absoluta.

Yrene. Yrene. Yrene, gritaban los soldados y la gente de la ciudad.

Sartaq le acarició el cabello lleno de sangre.

—Sabes lo que significa la victoria, ¿verdad?

Nesryn levantó la cabeza y frunció el entrecejo. Detrás de ellos, Salkhi estaba pacientemente permitiendo que la magia de la sanadora le curara el ojo.

—Una buena noche de descanso, espero —dijo ella.

Sartaq rio y le besó la sien.

—Significa —dijo hacia su piel— que iremos a casa. Que tú vendrás a casa… conmigo.

Y aunque la batalla acababa de terminar, a pesar de los muertos y heridos alrededor, Nesryn sonrió. Casa. Sí, iría a casa con él al Continente del Sur. Y a todo lo que allá aguardaba.

Aelin, Rowan, Lorcan y Fenrys se quedaron en la planicie fuera de las puertas de la ciudad hasta que estuvieron seguros de que el ejército caído no iba a levantarse. Hasta que las tropas del khagan recorrieron el campo de batalla moviendo a los soldados enemigos para ver si estaban muertos. Ninguno se movió.

Pero no los decapitaron. No les cortaron la cabeza para terminar el trabajo.

No a aquellos que tenían anillos o collares negros.

A quienes las sanadoras tal vez podrían salvar.

Mañana. Eso lo harían mañana.

La luna llegó a su cenit cuando ellos decidieron sin intercambiar palabra que ya habían visto lo suficiente para decidir que el ejército de Erawan no volvería a levantarse. Cuando los ruks, las Crochans y las Dientes de Hierro rebeldes desaparecieron persiguiendo a lo que quedaba de la legión aérea.

Entonces Aelin volteó hacia la puerta sur de Orynth.

Como si le respondiera, gimió y se abrió frente a ella.

Dos brazos abiertos de par en par.

Aelin miró a Rowan. Sus coronas de flama seguían encendidas, igual de brillantes. Lo tomó de la mano.

El corazón le latía con fuerza en cada hueso de su cuerpo y Aelin dio un paso hacia la puerta. Hacia Orynth. Hacia su casa.

Lorcan y Fenrys empezaron a caminar detrás de ellos. Las heridas del segundo todavía goteaban por su cara, pero se había negado a que Aelin o Rowan lo sanaran. Dijo que quería un recordatorio. De qué, todavía no se atrevían a preguntarle.

Aelin levantó la barbilla y enderezó los hombros cuando se acercaron a la entrada.

Los soldados ya estaban formados a ambos lados.

No los soldados del khagan, sino hombres y mujeres con armadura de Terrasen. Y civiles también, con asombro y dicha en sus rostros.

Aelin vio el umbral de la puerta. Esas rocas antiguas y conocidas que ahora estaban cubiertas de sangre.

Envió un susurro de flamas sobre ellas. Lo último que le quedaba de poder.

Cuando las llamas desaparecieron, las rocas estaban limpias de nuevo. Nuevas. Como se renovaría esta ciudad, como alcanzaría nuevas alturas, mayores esplendores. Un faro de aprendizaje y luz nuevamente.

Rowan apretó los dedos alrededor de los de ella pero Aelin no lo volteó a ver cuando cruzaron el umbral y entraron por la puerta.

No, Aelin sólo miraba a su gente, sonriendo amplia y libremente al entrar a Orynth. Ellos empezaron a ovacionarla, a darle la bienvenida a casa por fin.

CAPÍTULO 117

Aedion había peleado hasta que el soldado enemigo frente a él cayó de rodillas como si hubiera muerto.

Pero el hombre, con un anillo negro en su dedo, no estaba muerto.

Sólo el demonio en su interior.

Y cuando los soldados de incontables naciones empezaron a ovacionar, cuando se corrió la voz de que la sanadora de la Torre Cesme había derrotado a Erawan, Aedion simplemente se bajó de las almenas.

Lo encontró sólo por el olfato. Incluso en la muerte, el olor permanecía, un camino que Aedion siguió entre las calles destrozadas y las multitudes de gente que celebraba y lloraba.

Se había encendido una sola vela en la habitación de las barracas donde habían colocado su cuerpo sobre una mesa.

Ahí, Aedion se arrodilló frente a su padre.

No supo cuánto tiempo estuvo ahí, con la cabeza agachada. Pero la vela casi se había consumido hasta su base cuando la puerta se abrió con un rechinido y un olor familiar revoloteó en su interior.

Ella no dijo nada al acercarse con pasos silenciosos. Nada al transformarse y arrodillarse a su lado.

Lysandra sólo se recargó en él hasta que Aedion la abrazó y la atrajo a su cuerpo.

Juntos, permanecieron ahí hincados. Él sabía que el dolor de ella era tan real como el suyo. Sabía que su dolor era por Gavriel, pero también por la pérdida que él estaba experimentando.

Los años que él y su padre no tendrían. Los años que él se dio cuenta de que quería tener, las historias que quería escuchar, el hombre que quería conocer. Y que nunca conocería.

¿Gavriel sabría eso? ¿O había muerto creyendo que su hijo no quería saber

nada de él?

No podía soportarla, esa verdad potencial. Su peso era intolerable.

Cuando la vela se apagó, Lysandra se puso de pie y lo levantó.

Un gran entierro, prometió Aedion en silencio. Con todos los honores, toda la pompa de estado que se pudiera conseguir tras esta batalla. Enterraría a su padre en el cementerio real, entre los héroes de Terrasen. Donde él mismo sería enterrado algún día. Junto a él.

Era lo menos que podía hacer. Para asegurarse de que su padre lo supiera en el Más Allá.

Salieron a la calle y Lysandra se detuvo para limpiarle las lágrimas. Para besarle las mejillas, luego la boca. Con amor y suavidad.

Aedion la abrazó y la apretó con fuerza bajo la luz de las estrellas y la luna.

No supo cuánto tiempo estuvieron parados en la calle. Pero luego alguien se aclaró la garganta cerca de ellos y se separaron para ver quién era.

Un joven, de no más de treinta años, estaba ahí.

Mirando a Lysandra.

No era un mensajero, ni un soldado, aunque vestía la ropa de los rukhin. Se veía dueño de sí, una especie de fortaleza silenciosa en su cuerpo alto. Tragó saliva.

—¿Tú eres… tú eres lady Lysandra?

Lysandra ladeó la cabeza.

—Sí.

El hombre dio un paso al frente y Aedion tuvo que controlar su impulso por empujar a Lysandra a sus espaldas. Por sacar su espada para amenazar a este hombre cuyos ojos grises se abrieron más y… se llenaron de lágrimas.

Que le sonrió a ella con una sonrisa amplia y dichosa.

—Me llamo Falkan Ennar —dijo con una mano en el pecho.

La cara de Lysandra seguía reflejando su confusión cautelosa.

La sonrisa de Falkan no titubeó.

—Te he estado buscando desde hace mucho mucho tiempo.

Y entonces salió toda la historia, acompañada de las lágrimas de Falkan

mientras la narraba.

Su tío. Él era su tío.

Su padre era mucho más grande que él, pero desde que Falkan había sabido de la existencia de Lysandra, la había estado buscando. Llevaba diez años buscando a la hija abandonada de su hermano muerto y visitaba Rifthold cada vez que podía. Nunca pensó que ella también podría tener sus dones y que tal vez no tendría ninguna de las facciones de su hermano.

Pero Nesryn Faliq lo había encontrado. O se habían encontrado mutuamente. Y entonces se dieron cuenta, un poco de suerte en este gran mundo.

Le heredaría a ella su fortuna como comerciante, si así lo deseaba.

—Lo que quieras —dijo Falkan—. Nunca tendrás necesidad de nada otra vez.

Lysandra estaba llorando y su rostro era pura felicidad cuando envolvió a Falkan en un abrazo apretado.

Aedion los miró, en silencio y desgarrado. Pero feliz por ella… siempre se sentiría feliz por ella, por cualquier rayo de luz que encontrara.

Lysandra se apartó de Falkan. Seguía sonriendo con alegría, más hermosa que el cielo sobre sus cabezas. Entrelazó sus dedos con los de Aedion y apretó con fuerza cuando le respondió a su tío al fin:

—Ya tengo todo lo que necesito.

Horas después, todavía sentado en el balcón donde habían volado a Erawan fuera de la existencia, Dorian seguía sin creerlo.

Seguía viendo ese sitio, la mancha oscura en las rocas, Damaris saliendo de ella. El único rastro que quedaba.

El nombre de su padre. Su propio nombre. El peso de la situación empezó a quedarle claro y no era algo del todo desagradable.

Dorian flexionó sus dedos ensangrentados. Su magia estaba hecha jirones. El sabor de la sangre permanecía en su lengua. Un agotamiento cercano. Nunca lo había sentido antes. Supuso que debería acostumbrarse.

Se puso de pie sobre sus piernas temblorosas y arrancó a Damaris de las rocas. La espada se había puesto negra como el ónix. Al pasar los dedos por encima, se dio cuenta de que era una mancha que no podría limpiarse.

Necesitaba bajar de esta torre. Encontrar a Chaol. Encontrar a los demás. Empezar a ayudar a los heridos. Y a los soldados inconscientes en la planicie. Los que no habían sido poseídos ya habían huido perseguidos por las hadas que aparecieron y los jinetes de lobos gigantes.

Debería irse. Debería irse de este lugar.

Pero seguía viendo la mancha oscura. Lo único que quedaba.

Diez años de sufrimiento y tormento y miedo, y esa mancha era lo único que quedaba.

Él giró la espada en su mano y se dio cuenta de que pesaba más que antes. La espada de la verdad.

¿Cuál había sido la verdad al final? ¿Cuál era la verdad, incluso ahora?

Erawan había hecho esto, había masacrado y esclavizado a tantos, para poder volver a ver a sus hermanos. Quería conquistar su mundo, castigarlo, pero quería reunirse con ellos. Habían estado separados por milenios y Erawan no los había olvidado. Los extrañaba.

¿Él habría hecho lo mismo por Chaol? ¿Por Hollin? ¿Habría destruido un mundo para volver a encontrarlos?

La espada negra no reflejaba la luz. No brillaba nada.

Dorian todavía tenía la mano envuelta alrededor de la empuñadura dorada y dijo:

—Soy humano.

La espada se calentó.

La miró. La espada de Gavin. Una reliquia de un tiempo en que Adarlan fue una tierra de paz y prosperidad.

Y lo volvería a ser.

—Soy humano —repitió, a las estrellas que se veían sobre la ciudad.

La espada no volvió a responder. Como si supiera que él ya no lo necesitaba.

Se escuchó el resonar de unas alas y Abraxos aterrizó en el balcón. Una jinete de cabello blanco venía montada en él.

Dorian se quedó inmóvil, parpadeando, cuando Manon Picos Negros desmontó. Ella lo miró y luego vio la mancha oscura en las rocas del balcón.

Levantó la vista y esos ojos dorados lo miraron. Estaban cansados, pesados… pero brillaban.

—Hola, principito —exhaló ella.

Una sonrisa afloró en la boca de Dorian.

—Hola, brujita.

Buscó a las Trece en los cielos detrás de ella, buscó a Asterin Picos Negros, que sin duda estaba rugiendo su victoria hacia las estrellas.

Manon dijo en voz baja:

—No las vas a encontrar. Ni en este cielo, ni en ningún otro.

El corazón de Dorian se marchitó al comprender. Cuando la pérdida de esas doce vidas feroces y brillantes le creó otro agujero en su interior. Uno que no olvidaría, uno que honraría. En silencio, cruzó el balcón.

Manon no retrocedió cuando él la abrazó.

—Lo siento —le dijo hacia el cabello.

Con cuidado, lentamente, ella llevó sus manos hacia la espalda de Dorian. Luego lo abrazó.

—Las extraño —susurró y se estremeció.

Dorian sólo la abrazó con más fuerza y permitió que Manon se recargara en él el tiempo que fuera necesario. Abraxos miraba hacia ese trozo de tierra quemada en la planicie, hacia esa pareja que nunca volvería, mientras la ciudad abajo celebraba.

Aelin caminó con Rowan por las calles empinadas de Orynth.

Su gente llenaba las calles, con velas en sus manos. Un río de luz, de fuego, que marcaba el camino a casa.

Directo a las puertas del castillo.

Hacia donde estaba lord Darrow con Evangeline a su lado. La niña sonreía de oreja a oreja.

El rostro de Darrow estaba duro y frío. Duro como las Staghorn detrás de la ciudad y permaneció ahí bloqueando el camino.

Rowan le gruñó y Fenrys hizo eco del sonido unos pasos atrás.

Pero Aelin soltó la mano de su pareja. Sus coronas de flama se apagaron cuando recorrió los últimos metros hacia la entrada del castillo. Hacia Darrow.

El silencio cayó a lo largo de la calle iluminada de dorado.

Le iba a negar el paso. Aquí, frente a todo el mundo, la echaría. Una última bofetada para avergonzarla.

Pero Evangeline jaló la manga de Darrow, como para recordarle.

Eso pareció hacer que el hombre empezara a hablar.

—Mi joven encomendada y yo nos enteramos de que cuando enfrentaste a Erawan y Maeve tu magia estaba muy agotada.

—Así es. Y así permanecerá para siempre.

Darrow sacudió la cabeza.

—¿Por qué?

No se refería a por qué su magia había sido reducida a nada. Sino a por qué había ido a enfrentarlos si apenas tenía unas brasas de poder en sus venas.

—Terrasen es mi hogar —dijo Aelin. Era la única respuesta en su corazón.

Darrow sonrió, apenas un poco.

—Así es —agachó la cabeza. Luego hizo una reverencia—. Bienvenida —dijo y agregó cuando se levantó—. Majestad.

Pero Aelin miró a Evangeline que seguía sonriendo.

Recupera mi reino, Evangeline.

La orden que le había dado a la niña hacía tantos meses.

Y no sabía cómo lo había hecho Evangeline. Cómo había transformado a este lord frente a ellas. Pero ahí estaba Darrow, haciendo un gesto hacia las puertas, hacia el castillo a sus espaldas.

Evangeline le guiñó un ojo a Aelin, como en confirmación.

Aelin sólo rio y tomó a la niña de la mano. Y llevó a esa promesa de un futuro brillante para Terrasen al interior del castillo.

Cada uno de los salones antiguos y maltratados le traía recuerdos. Le arrebataba el aliento y hacía que las lágrimas brotaran. Ante el recuerdo de cómo habían sido. Ante cómo se veían ahora, tristes y desgastados. Y ante lo que se convertirían nuevamente.

Darrow los llevó hacia el comedor, a ver qué encontraban de alimento y bebida en medio de la noche después de tal batalla.

Pero Aelin vio a la persona que la esperaba en la grandeza desgastada del Gran Salón y olvidó por completo el hambre y la sed.

Todo el salón se quedó en silencio cuando ella salió corriendo hacia Aedion y

se lanzó sobre él con tanta fuerza que él dio un paso atrás.

Al fin en casa; al fin juntos en casa.

Tuvo la vaga sensación de que Lysandra se había unido a Rowan y los demás detrás de ella, pero no volteó. No cuando su propia risa alegre se desvaneció al ver el rostro demacrado y agotado de Aedion. El pesar que había ahí.

Le puso una mano en la mejilla.

—Lo siento.

Aedion cerró los ojos y se recargó en ella. Su boca temblaba.

Ella no dijo nada sobre el escudo que él tenía a la espalda, el escudo de su padre. Nunca se había percatado de que él lo usaba.

En vez de eso, preguntó con suavidad:

—¿Dónde está?

Sin decir palabra, Aedion la llevó del comedor por los pasillos sinuosos del castillo, su castillo, a una habitación pequeña iluminada por velas.

Gavriel estaba sobre una mesa y una manta de lana cubría el cuerpo que ella sabía estaba hecho pedazos. Lo único visible era su rostro apuesto, todavía noble y amable en la muerte.

Aedion se quedó junto a la puerta mientras Aelin caminaba hacia el guerrero. Sabía que Rowan y los demás se habían quedado al lado de su primo. Sabía que su pareja tenía una mano sobre el hombro de Aedion. Sabía que Fenrys y Lorcan tenían la cabeza agachada.

Se detuvo frente a la mesa donde yacía Gavriel.

—Deseaba esperar a ofrecerte el juramento de sangre hasta después de que lo hiciera tu hijo —dijo y su voz suave hizo eco en las rocas—. Pero ahora te lo ofrezco, Gavriel. Con honor, y gratitud, te ofrezco el juramento de sangre.

Sus lágrimas cayeron en la manta que lo tapaba y se limpió una antes de sacar la daga de su funda. Sacó el brazo de Gavriel de debajo de la manta. Con un movimiento del cuchillo le hizo un corte en la palma. No salió sangre, sólo un pequeño humedecimiento. Pero de todas maneras ella esperó a que una gota cayera a las piedras. Luego abrió su propio brazo, metió sus dedos en la sangre y dejó que tres gotas cayeran en su boca.

—Que el mundo sepa —dijo Aelin con la voz entrecortada— que eres un hombre de honor. Que estuviste al lado de tu hijo, y de este reino, y nos ayudaste a salvarlo —besó la frente fría—. Me has hecho el juramento de sangre. Y serás enterrado aquí como tal —se alejó y le acarició la mejilla una vez—. Gracias.

Era todo lo que quedaba por decir.

Cuando volteó, no sólo Aedion tenía lágrimas rodándole por las mejillas.

Los dejó solos. Al grupo, a la hermandad, que ahora deseaban despedirse a su manera.

Fenrys, con el rostro ensangrentado aún sin sanar, se hincó sobre una rodilla junto a la mesa. Un instante después, Lorcan hizo lo mismo.

Ella ya había llegado a la puerta cuando Rowan también se arrodilló. Y empezó a cantar las palabras antiguas… las palabras de duelo, tan viejas y sagradas como el mismo Terrasen. Las mismas oraciones que alguna vez había cantado y recitado mientras la tatuaba.

La voz clara y grave de Rowan llenó la habitación y Aelin tomó a Aedion del brazo y le permitió recargarse en ella mientras salían al Gran Salón.

—Darrow me llamó «majestad» —dijo después de un minuto.

Aedion volteó a verla con los ojos enrojecidos. Pero se alcanzó a ver una chispa en su interior… apenas.

—¿Deberíamos preocuparnos?

Aelin empezó a sonreír.

—Yo tuve la misma maldita reacción que tú.

Tantas brujas. Había tantas brujas, Dientes de Hierro y Crochans, en los pasillos del castillo.

Elide miró sus rostros mientras trabajaba con las sanadoras del Gran Salón. Un lord oscuro y una reina oscura derrotados… pero los heridos permanecían. Y como ella todavía tenía fuerza en el cuerpo, ayudaría de todas las maneras posibles.

Pero cuando una bruja de cabello blanco entró cojeando al salón, con una Crochan colgando entre ella y otra bruja que Elide no reconoció… Elide salió corriendo por el salón donde había pasado tantos días felices en su niñez antes de siquiera darse cuenta de que se había movido.

Manon hizo una pausa al verla. Le dejó a la Crochan herida a su hermana de batalla. Pero no se movió para acercarse.

Elide vio el dolor en su rostro antes de llegar a su lado. La opacidad y el dolor en los ojos dorados.

Se quedó inmóvil.

—¿Quién?

Manon tragó saliva.

—Todas.

Todas las Trece. Todas esas brujas feroces y brillantes. Muertas.

Elide se puso una mano en el corazón, como si eso pudiera evitar que se le rompiera.

Pero Manon avanzó hacia ella y, a pesar de todo el dolor en su rostro golpeado y ensangrentado, le puso una mano a Elide en el hombro. Como consuelo.

Como si la bruja hubiera aprendido a hacer esas cosas.

A Elide le ardieron los ojos y su visión se nubló y Manon le enjugó la lágrima que le salió de los ojos.

—Vive, Elide —fue todo lo que le dijo la bruja antes de seguir caminando hacia el salón—. Vive.

Manon desapareció en el pasillo lleno de gente, su trenza meciéndose a su espalda. Y Elide se preguntó si esa orden no sería para ella en realidad.

Horas después, Elide encontró a Lorcan montando guardia junto al cuerpo de Gavriel.

Cuando lo supo, Elide lloró por el hombre que le había mostrado tanta amabilidad. Y por la manera en que Lorcan estaba arrodillado frente a Gavriel, ella supo que él acababa de terminar de hacer lo mismo.

Al percibir su presencia en la puerta, Lorcan se puso de pie. Un movimiento lento y doloroso del verdaderamente exhausto. En verdad había pesar en su rostro. Dolor y arrepentimiento.

Ella abrió los brazos para él y el aliento de Lorcan salió de su cuerpo en un gran suspiro cuando la atrajo hacia él.

—Supe —dijo hacia su cabello— que debemos agradecerte a ti por la destrucción de Erawan.

Elide se apartó del abrazo y lo sacó de esa habitación de tristeza y luz de velas.

—Fue Yrene —dijo mientras avanzaban hasta un sitio tranquilo cerca de las ventanas que veían a la ciudad que celebraba—. Yo sólo tuve la idea.

—Sin esa idea, estaríamos ahora en los estómagos de las bestias de Erawan.

Elide puso los ojos en blanco, a pesar de todo lo que había sucedido, de todo

lo que estaba frente a ellos.

—Fue un esfuerzo de equipo, entonces —dijo y se mordió el labio —. Perranth… ¿has oído algo sobre Perranth?

—Un jinete de ruk llegó hace unas horas. Está igual que aquí: con la muerte de Erawan, los soldados que sitiaban la ciudad o colapsaron o huyeron. Su gente retomó el control pero los que estaban poseídos necesitarán sanadoras. Un grupo de sanadoras volará allá mañana para empezar a trabajar.

El alivio amenazó con doblarle las rodillas.

—Gracias a Anneith por eso. O a Silba, supongo.

—Ambas se han ido. Agradécete a ti misma.

Elide hizo un movimiento con la mano como para desestimar sus palabras pero Lorcan la besó.

Cuando se alejó, Elide dijo:

—¿Por qué fue eso?

—Pídeme que me quede —fue lo único que dijo él.

El corazón de Elide empezó a acelerarse.

—Quédate —susurró.

Luz, una luz tan hermosa, llenó los ojos oscuros de Lorcan.

—Pídeme que vaya a Perranth contigo.

Se le quebró la voz, pero Elide logró decir:

—Ven a Perranth conmigo.

Lorcan asintió a manera de respuesta, y su sonrisa fue lo más hermoso que ella había visto jamás.

—Pídeme que me case contigo.

Elide empezó a llorar y reír al mismo tiempo.

—¿Te casarías conmigo, Lorcan Salvaterre?

Él la tomó en sus brazos y le empezó a besar la cara con una lluvia de besos. Como si una última parte encadenada de él hubiera sido liberada.

—Lo voy a pensar.

Elide rio y le dio un manotazo en el hombro. Y luego volvió a reír, con más fuerza.

Lorcan la dejó en el piso.

—¿Qué?

La boca de Elide vibraba al intentar dejar de reír.

—Es sólo que… yo soy la lady de Perranth. Si te casas conmigo, tú tomarás el nombre de mi familia.

Él parpadeó.

Elide volvió a reír.

—¿Lord Lorcan Lochan?

Sonaba igual de ridículo cuando lo dijo en voz alta.

Lorcan volvió a parpadear y luego soltó una carcajada.

Ella nunca había oído un sonido tan dichoso.

Él volvió a tomarla en sus brazos y le dio una vuelta.

—Lo portaré con orgullo cada maldito día del resto de mi vida —le dijo hacia el cabello y, cuando la puso de nuevo en el piso, su sonrisa había desaparecido. La había sustituido una ternura infinita. Le apartó el cabello de la cara y lo pasó detrás de su oreja—. Me casaré contigo, Elide Lochan. Y orgullosamente me llamaré Lord Lorcan Lochan, aunque todo el reino se ría al escucharlo —la besó suave y amorosamente—. Y cuando estemos casados —le susurró— ataré mi vida a la tuya. Para que nunca sepamos lo que es vivir separados. Para nunca estar solos, nunca más.

Elide se tapó la cara con las manos y sollozó, ante el corazón que él le estaba ofreciendo, la inmortalidad a la cual estaba dispuesto a renunciar por ella. Por ellos.

Pero Lorcan la tomó de las muñecas y le apartó las manos de la cara con suavidad. Su sonrisa era cautelosa.

—Si es que quieres —dijo.

Elide lo abrazó del cuello y sintió su corazón latir con fuerza contra el de ella. Permitió que la calidez de su cuerpo penetrara en sus huesos.

—Eso me gustaría más que nada —le respondió en susurros.

CAPÍTULO 118

Yrene se sentó agotada en el taburete de tres patas en medio del caos del Gran Salón. La historia era familiar, aunque el contexto era ligeramente diferente: otro gran salón convertido en enfermería temporal. El amanecer estaba por llegar pero ella y las demás sanadoras seguían trabajando. Los que estaban desangrándose no podrían sobrevivir sin ellas.

Los humanos y las hadas y las brujas y los lobos… Yrene nunca había visto tal variedad de gente en un solo lugar.

Elide había llegado en algún momento, radiante a pesar de los heridos que las rodeaban.

Yrene supuso que todos tenían esa misma sonrisa. Aunque la suya había parpadeado un poco en la última hora porque el agotamiento empezaba a hacerse sentir. La habían obligado a descansar después de lo de Erawan y había esperado a que su poder se rellenara lo suficiente para poder empezar a trabajar de nuevo.

No podía quedarse quieta. Podía ver esa cosa debajo de la piel de Erawan cada vez que cerraba los ojos. Se había ido para siempre, sí, pero… se preguntó cuándo lo olvidaría. Esa sensación oscura y aceitosa. Tenía varias horas que no podía distinguir si el vómito era por el recuerdo de él o por el bebé en su vientre.

—Deberías buscar a tu esposo e ir a dormir —dijo Hafiza. Cojeaba y le fruncía el ceño—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

Yrene levantó la cabeza… estaba más pesada de lo que había estado unos minutos antes.

—La última vez que tú dormiste, me imagino.

Hacía dos días.

Hafiza chasqueó la lengua.

—Mataste a un lord oscuro, sanaste a los heridos… Me sorprende que no estés inconsciente ya, Yrene.

Yrene estaba a punto de quedarse dormida, pero la desaprobación de la voz de Hafiza la hizo enderezarse.

—Puedo trabajar.

—Te ordeno que vayas a buscar a ese esposo hermoso que tienes y que vayan a dormir. Por el bien de ese bebé en tu vientre.

Oh. Cuando la Sanadora Mayor lo ponía así…

Yrene gimió y se puso de pie.

—No tienes piedad.

Hafiza sólo le dio unas palmadas en el hombro.

—Las buenas sanadoras saben cuándo descansar. El agotamiento provoca decisiones descuidadas. Y las decisiones descuidadas…

—Cuestan vidas —terminó de decir Yrene. Levantó la vista al techo abovedado muy muy arriba—. Nunca dejas de enseñar, ¿verdad?

La boca de Hafiza se curvó para formar una sonrisa.

—Ésta es la vida, Yrene. Nunca dejamos de aprender. Ni siquiera a mi edad.

Yrene había sospechado desde hacía mucho tiempo que el amor por el aprendizaje era lo que mantenía a la Sanadora Mayor joven de corazón a través de los años. Sólo le devolvió la sonrisa a su mentora.

Pero la mirada de Hafiza se suavizó. Se tornó contemplativa.

—Permaneceremos todo el tiempo que seamos necesarias, hasta que los soldados del khagan puedan ser transportados a casa. Algunas se quedarán a cuidar a los heridos que queden, pero nos iremos en unas semanas.

Yrene sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—Lo sé.

—Y tú —continuó Hafiza y la tomó de la mano— no regresarás con nosotros.

Ella sintió que los ojos le ardían, pero susurró:

—No, no lo haré.

Hafiza apretó los dedos de Yrene con su mano tibia. Fuerte como el acero.

—Tendré que encontrar una nueva heredera, entonces.

—Lo siento —susurró ella.

—¿Por qué? —rio Hafiza—. Encontraste amor y felicidad, Yrene. No hay nada más que pudiera desearte.

Yrene se limpió la lágrima que brotó.

—Es que… no quisiera que pensaras que desperdicié tu tiempo…

Hafiza rio divertida.

—¿Desperdiciar mi tiempo? Yrene Towers… Yrene Westfall —la anciana tomó el rostro de Yrene entre sus manos arrugadas y fuertes—. Nos salvaste a todos.

Yrene cerró los ojos y Hafiza le dio un beso en la frente. Una bendición y una despedida.

—Te quedarás en estas tierras —dijo Hafiza con la sonrisa en los labios—. Pero aunque nos separe el océano, seguiremos vinculadas aquí —se tocó el pecho, justo sobre el corazón—. Y sin importar cuántos años pasen, siempre tendrás un lugar en la Torre. Siempre.

Yrene puso su mano temblorosa sobre su propio corazón y asintió.

Hafiza le apretó el hombro y empezó a caminar hacia sus pacientes.

Pero Yrene dijo:

—¿Qué tal si…?

Hafiza volteó y arqueó las cejas.

—¿Sí?

Yrene tragó saliva.

—¿Qué tal si, después de que me instale en Adarlan y tenga este bebé… cuando sea el momento indicado, establezco mi propia Torre aquí?

Hafiza ladeó la cabeza, como si estuviera escuchando la cadencia de sus palabras mientras le hacían eco en el corazón.

—Una Torre Cesme en el norte.

Yrene continuó:

—En Adarlan. En Rifthold. Una nueva Torre para recuperar lo que Erawan destruyó. Para enseñarles a los niños que tal vez no se hayan dado cuenta de que tienen el don, y para aquellos que nazcan con él.

Porque muchas de las hadas que regresaban del campo de batalla eran descendientes de las sanadoras que les habían regalado sus poderes a las mujeres de la Torre, hacía todo ese tiempo. Tal vez desearían volver a ayudar.

Hafiza volvió a sonreír.

—Esa idea me gusta mucho, Yrene Westfall.

Con eso, la Sanadora Mayor regresó a la batalla de la sanación y el dolor.

Pero Yrene se quedó ahí parada, con una mano en el ligero abultamiento de su vientre.

Y sonrió, amplia y auténticamente, al futuro que se abría frente a ella, brillante como el amanecer que llegaba.

El sol estaba por salir, pero Manon no podía dormir. No se había molestado en encontrar un sitio para descansar. No todavía porque las Crochans y las Dientes de Hierro seguían heridas y ella aún no terminaba de contar cuántas habían sobrevivido a la batalla. A la guerra.

Había un sitio vacío en su interior donde antes ardían con ferocidad otras doce almas.

Tal vez por eso no había encontrado su cama, ni siquiera cuando supo que Dorian probablemente tendría algún sitio para dormir. Tal vez por eso seguía en el nido, con Abraxos a su lado, y miraba hacia el campo de batalla en silencio.

Cuando levantaran los cuerpos, cuando la nieve se derritiera, cuando llegara la primavera… ¿ese trozo de tierra quemada permanecería en la planicie frente a la ciudad? ¿Permanecería para siempre como tal, como un marcador del sitio donde habían caído?

—Tenemos la cuenta final —dijo Bronwen a sus espaldas. Manon vio a la Crochan y a Glennis emerger de las escaleras de la torre. Petrah venía detrás de ellas.

Manon se preparó para escuchar el total y sólo hizo un movimiento de la mano para solicitar que le informara. Una cifra terrible. Pero no tanto como podría haber sido.

Cuando Manon abrió los ojos, las tres la estaban mirando. Dientes de Hierro y Crochan, juntas y en paz. Como aliadas.

—Recolectaremos a nuestras muertas mañana —dijo Manon en voz baja—. Y las quemaremos a la salida de la luna.

Como acostumbraban tanto Crochans como Dientes de Hierro. Al día siguiente habría luna llena… el Vientre de la Madre. Era una buena luna para ser quemada. Para regresar con la Diosa de las Tres Caras y renacer en ese

vientre.

—¿Y después de eso? —preguntó Petrah—. ¿Qué haremos después?

Manon miró a Petrah, luego a Glennis y a Bronwen.

—¿Qué les gustaría hacer?

Glennis dijo con suavidad:

—Regresar a casa.

Manon tragó saliva.

—Tú y las Crochans pueden regresar cuando…

—A los Yermos —dijo Glennis—. Juntas.

Manon y Petrah intercambiaron una mirada. Petrah dijo:

—No podemos.

Los labios de Bronwen se curvaron hacia arriba.

—Sí pueden.

Manon parpadeó. Y volvió a parpadear cuando Bronwen extendió el puño hacia ella y lo abrió.

Dentro había una flor color morado pálido, pequeña como la uña del pulgar de Manon. Hermosa y delicada.

—Un bastión de Crochans acaba de llegar, un poco tarde, pero escucharon el llamado y vinieron. Desde los Yermos.

Manon miraba y miraba esa flor morada.

—Trajeron esto. De la planicie frente a la Ciudad de las Brujas.

El terreno estéril y ensangrentado. La tierra que no producía flores, que no tenía vida más allá de pastos y musgo y…

Manon sintió que se le nublaba la vista y Glennis le tomó la mano para guiarla hacia Bronwen. La bruja le puso la flor a Manon en la palma de la mano.

—Sólo juntas se puede deshacer —susurró Glennis—. Sé el puente. Sé la luz.

Un puente entre sus dos pueblos, como Manon era ahora.

Una luz, como las Trece que habían explotado en luz y no en oscuridad en sus últimos momentos.

—Cuando el hierro se funda —murmuró Petrah y sus ojos azules estaban llenos de lágrimas.

Las Trece habían fundido esa torre. Habían derretido a las Dientes de Hierro con la torre. Y a sí mismas.

—Cuando las flores broten en los campos de sangre —continuó Bronwen.

Manon sintió que las rodillas se le doblaban cuando miró al campo de batalla. Donde habían colocado incontables flores sobre la sangre y ruinas donde las Trece habían encontrado su final.

Glennis terminó:

—Que la tierra sea testigo.

El campo de batalla donde los gobernantes y los ciudadanos de tantos reinos, de tantas naciones, habían venido a pagar tributo. A ser testigos del sacrificio de las Trece y honrarlas.

El silenció cayó y Manon susurró con voz entrecortada mientras sostenía la flor pequeña e imposiblemente preciada en la palma de su mano:

—Y regresaremos a casa.

Glennis agachó la cabeza:

—Y entonces la maldición se romperá. Y así regresaremos juntas a casa… como un pueblo.

La maldición se había roto.

Manon sólo podía verlas, su respiración empezó a agitarse.

Entonces levantó a Abraxos y se subió a la silla en cuestión de instantes. No ofreció explicación alguna ni se despidió y saltaron hacia la noche que terminaba.

Llevó a su guiverno a ese trozo de tierra quemada en el campo de batalla. Justo a su corazón.

Y sonriendo entre las lágrimas, riendo con dicha y dolor, Manon colocó esa flor preciosa de los Yermos sobre el suelo.

En agradecimiento y en amor.

Para que ellas lo supieran, para que Asterin supiera, en el reino donde ella y su cazador y su hija caminaban de la mano, que lo habían logrado.

Irían a casa.

Aelin quería pero no podía dormir. Había rechazado las ofertas de encontrarle una habitación, una cama, en el caos del castillo.

En vez de eso, ella y Rowan fueron al Gran Salón, a hablar con los heridos, a ofrecer su ayuda a quienes más lo necesitaban.

Las hadas perdidas de Terrasen, con sus lobos gigantes y su clan humano adoptado, querían hablar con ella tanto como los ciudadanos de Orynth. Cómo habían encontrado a la Tribu del Lobo hacía una década y cómo habían ido con ellos al interior del territorio, hacia las zonas salvajes de las montañas, era una historia que pronto conocería. Que el mundo conocería.

Sus sanadoras llenaron el Gran Salón y se unieron a las mujeres de la Torre. Todas eran descendientes de aquellas hadas del Continente del Sur y aparentemente también las habían entrenado. Docenas de sanadoras recién llegadas, cada una con provisiones que tanta falta les hacían. Se pusieron a trabajar codo a codo con las sanadoras de la Torre. Como si llevaran muchos siglos haciéndolo.

Y cuando las sanadoras, tanto humanas como hadas, los corrieron, Aelin se puso a recorrer el castillo.

Cada pasillo y piso, se asomó a todas las habitaciones tan llenas de fantasmas y recuerdos. Rowan iba a su lado, una presencia silenciosa y constante.

Nivel por nivel avanzaron, cada vez más alto.

Estaban llegando a la punta de la torre norte cuando amaneció.

La mañana estaba brutalmente fría, aún más en la punta de la torre que se elevaba alto sobre el mundo, pero el día sería despejado. Brillante.

—Aquí está —dijo Aelin y asintió hacia la mancha oscura en las rocas del piso del balcón—. Donde Erawan encontró su final a manos de una sanadora —frunció las cejas—. Espero que se pueda limpiar.

Rowan rio con un resoplido y cuando ella miró por encima de su hombro, el viento le azotó el cabello y pudo verlo recargado en el marco de la puerta de las escaleras con los brazos cruzados.

—Lo digo en serio —dijo ella—. Sería insoportable tener este desastre aquí. Y planeo usar este balcón para asolearme. Él lo arruinaría.

Rowan rio y se apartó del marco de la puerta para acercarse al barandal del balcón.

—Si no se quita, podemos ponerle un tapete encima.

Aelin rio y lo alcanzó en el barandal. Se recargó en su calidez cuando el sol empezó a pintar de dorado el campo de batalla, el río, las Staghorn.

—Bueno, ahora que ya viste todos los salones y habitaciones y escaleras, ¿qué opinas de tu nuevo hogar?

—Es un poco pequeño, pero nos las arreglaremos.

Aelin le dio un codazo suave y movió la barbilla hacia la torre oeste que quedaba cerca. Lo que la torre norte tenía de alta, la torre oeste tenía de ancha. Era imponente. Cerca de sus niveles superiores, con vista a un precipicio peligroso, el jardín de roca amurallado brillaba bajo el sol. El jardín del rey.

De la reina, supuso.

No quedaba nada más que una maleza de espinas y nieve. Pero ella todavía lo recordaba, cuando le había pertenecido a Orlon. Esas rosas y el tejido colgante de la glicina, las fuentes que corrían por los bordes del jardín y hacia el cielo abierto, el manzano con flores como cúmulos de nieve en la primavera.

—Nunca me di cuenta de lo conveniente que sería para Ligera —dijo del jardín secreto y privado. Reservado sólo para la familia real. Algunas veces sólo para el rey y la reina—. Va a ser conveniente que no tenga que bajar todas las escaleras de la torre cada vez que tenga que ir al baño.

—Estoy seguro de que tus ancestros tenían en mente los hábitos de baño caninos cuando lo construyeron.

—Yo lo habría pensado —gruñó Aelin.

—Oh, te creo —dijo Rowan con una sonrisa—. Pero ¿me puedes explicar por qué no estamos allá ahora, durmiendo?

—¿En el jardín?

Él le dio un golpecito suave en la nariz.

—En la suite junto al jardín. En nuestra recámara.

Ella le había enseñado el lugar rápidamente. Seguía bastante bien conservado a pesar de las condiciones de abandono del resto del castillo. Alguno de los súbditos de Adarlan sin duda lo había usado.

—Quiero que se limpie todo rastro de Adarlan antes de quedarme ahí —admitió.

—Ah.

Ella inhaló y bebió el aire de la mañana.

Aelin los escuchó antes de verlos, los olió. Y cuando voltearon, encontraron a Lorcan y Elide que entraban al balcón de la torre. Detrás de ellos venían

Aedion, Lysandra y Fenrys. Ren Allsbrook, con aspecto un tanto inseguro y cauteloso, apareció atrás.

Aelin no tenía idea de cómo supieron dónde encontrarlos, por qué habían venido. Al menos las heridas de Fenrys ya habían cerrado. Aunque tenía unas cicatrices rojas gemelas desde la frente hasta la mandíbula. No parecía notarlas ni importarle.

Tampoco le pasó por alto que Lorcan tenía una mano en la espalda de Elide. Lo radiante de la cara de la lady.

Aelin podía adivinar a qué se debía ese rostro radiante. Incluso los ojos oscuros de Lorcan brillaban.

Eso no impidió que Aelin mirara a Lorcan a los ojos. Y le lanzara una mirada de advertencia que le informó todo lo que no se molestó en decirle en voz alta: si le rompía el corazón a la lady de Perranth ella se encargaría de flamearlo. E invitaría a Manon Picos Negros a rostizar algo de cenar sobre su cadáver ardiente.

Lorcan puso los ojos en blanco y Aelin consideró eso suficiente acuerdo. Les preguntó a todos:

—¿Alguien se tomó la molestia de dormir?

Sólo Fenrys levantó la mano.

Aedion frunció el ceño a la mancha oscura en las piedras.

—Le vamos a poner un tapete encima —le dijo Aelin.

Lysandra rio.

—Algo de mal gusto, espero.

—Estoy pensando en algo rosado y morado. Con flores bordadas. Justo lo que le habría encantado a Erawan.

Los machos hada se quedaron viéndola con la boca abierta, Ren parpadeaba. Elide inclinó la cabeza y rio.

Rowan volvió a reír con un resoplido.

—Al menos esta corte no será aburrida.

Aelin se puso una mano en el pecho, el vivo retrato de la ofensa.

—¿De verdad te preocupaba que lo fuera?

—Que los dioses nos ayuden —farfulló Lorcan. Elide le dio un codazo.

Aedion le dijo a Ren que estaba cerca de la puerta, como si todavía estuviera considerando emprender la huida:

—Ahora es el momento de escapar, ¿sabes? Antes de que te pierdas en estas tonterías interminables.

Pero los ojos oscuros de Ren se encontraron con los de Aelin. Los estudiaron.

Ella sabía sobre Murtaugh. Sabía que no era el momento de mencionarlo porque la pérdida todavía opacaba su mirada. Así que mantuvo su rostro abierto. Honesto. Cálido.

—Siempre tenemos espacio para alguien más que participe en nuestras tonterías —dijo Aelin con una mano invisible extendida hacia él.

Ren volvió a estudiarla.

—Tú renunciaste a todo y de todas maneras regresaste. De todas maneras peleaste.

—Todo por Terrasen —dijo ella en voz baja.

—Sí, lo sé —dijo Ren y la cicatriz de su rostro resaltaba bajo la luz del sol naciente—. Lo entiendo ahora —le ofreció una media sonrisa—. Creo que yo podría usar un poco de tonterías también, después de esta guerra.

Aedion dijo en voz baja:

—Te vas a arrepentir de haber dicho eso.

Pero Aelin hizo una reverencia.

—Oh, por supuesto que se arrepentirá —les sonrió a los hombres a su alrededor—. Les juro que no los mataré de aburrimiento. El juramento de una reina.

—¿Y qué implica entonces no aburrirnos? —preguntó Aedion.

—Reconstruir —dijo Elide—. Mucha reconstrucción.

—Negociaciones comerciales —dijo Lysandra.

—Entrenar a una nueva generación para que sepan usar la magia —continuó Aelin.

De nuevo, los hombres sólo parpadearon

Aelin ladeó la cabeza y les parpadeó también.

—¿No tienen nada de utilidad que contribuir? —chasqueó la lengua—. Tres de

ustedes son antiguos como el demonio, ¿saben? Esperaría más de un montón de ancianos gruñones.

Las fosas nasales de los hombres se ensancharon. Aedion sonrió, Ren sabiamente apretó los labios para no hacer lo mismo.

Pero Fenrys dijo:

—Cuatro. Cuatro de nosotros somos viejos como el demonio.

Aelin arqueó una ceja.

Fenrys sonrió y el movimiento estiró sus cicatrices.

—Vaughan sigue allá afuera. Y es libre ahora.

Rowan se cruzó de brazos.

—Nunca lo atraparán de nuevo.

Pero la sonrisa de Fenrys sugería algo. Señaló al ejército hada que acampaba en la planicie, los lobos y humanos entre ellos.

—Tengo la sensación de que alguien allá abajo podría saber dónde podríamos empezar —miró a Aelin—. Si es que estás dispuesta a que otro anciano gruñón se una a esta corte.

Aelin se encogió de hombros.

—Si lo puedes convencer, no veo por qué no.

Rowan sonrió ante eso, y miró hacia el cielo, como si pudiera ver a su amigo volando ahí.

Fenrys le guiñó un ojo.

—Prometo que no es tan miserable como Lorcan —Elide le dio un manotazo en el brazo y Fenrys se apartó con las manos levantadas y riendo—. Te agradará —le prometió a Aelin—. A todas las damas les agrada —agregó con otro guiño a ella, a Lysandra y a Elide.

Aelin rio, el sonido fue más ligero, más libre de lo que había producido antes y volteó a ver el reino que se empezaba a mover.

—Les prometimos a todos un mundo mejor —dijo después de un momento con voz solemne—. Así que empezaremos por eso.

—Empezar por lo más sencillo —dijo Fenrys—. Me gusta.

Aelin le sonrió.

—Me gustó eso de votemos-por-lo-de-las-llaves-del-Wyrd. Así que empezaremos con más de eso también.

Silencio. Luego Lysandra preguntó:

—¿Sobre qué votaremos?

Aelin se encogió de hombros y se metió las manos a los bolsillos.

—Cosas.

Aedion arqueó una ceja.

—¿Como la cena?

Aelin puso los ojos en blanco.

—Sí, como la cena. Cena por comité.

Elide tosió.

—Creo que Aelin se refiere a las cosas vitales. Cómo gobernar este reino.

—Tú eres la reina —dijo Lorcan—. ¿Qué hay que votar?

—La gente debe tener voz sobre cómo es gobernada. Sobre las políticas que les afectan. Deberían tener voz en cómo se reconstruirá este reino —Aelin levantó la barbilla—. Yo seré reina y mis hijos… —se ruborizó al sonreírle a Rowan—. Nuestros hijos —agregó con suavidad— gobernarán. Algún día. Pero Terrasen debe tener una voz. Cada territorio, independientemente de los lords que lo gobiernen, debe tener una voz. Alguien elegido por su gente.

Los hombres del grupo se miraron uno al otro. Rowan dijo:

—Había un reino… en el este. Hace mucho tiempo. Creían en esas cosas —el orgullo resplandecía en su mirada, más brillante que el amanecer—. Era un lugar de paz y aprendizaje. Un faro en una parte distante y violenta del mundo. Cuando reconstruyamos la Biblioteca de Orynth, les pediremos a los estudiosos que averigüen lo que puedan sobre ese lugar.

—Podríamos buscar a la gente de ese reino —dijo Fenrys—. Ver si algunos de sus estudiosos o líderes quieren venir acá. A ayudarnos —se encogió de hombros—. Yo podría hacerlo. Viajar allá, si lo desean.

Ella sabía que él lo decía en serio… viajar como su emisario. Tal vez para trabajar en todo lo que había visto y soportado. Para hacer las paces con la pérdida de su hermano. Con él mismo. Tenía la sensación de que las cicatrices en su cara sólo empezarían a desvanecerse cuando él así lo quisiera.

Pero Aelin asintió. Y aunque enviaría con gusto a Fenrys donde él quisiera…

—¿La biblioteca? —preguntó.

Rowan sólo sonrió.

—Y el Teatro Real.

—No había teatro… no como en Rifthold.

La sonrisa de Rowan se hizo más grande.

—Lo habrá.

Aelin ondeó la mano.

—¿Debo recordarte que a pesar de que ganamos la guerra ya no nos sobra el oro?

Rowan le puso el brazo sobre los hombros.

—¿Debo recordarte que, desde que decapitaste a Maeve, yo soy nuevamente príncipe de Doranelle, con acceso a mis bienes y mis propiedades? ¿Y que ahora que Maeve quedó expuesta como una impostora, la mitad de su riqueza te corresponde a ti… y la otra a los Whitethorn?

Aelin parpadeó lentamente. Los demás sonrieron. Incluido Lorcan.

Rowan la besó.

—Una nueva biblioteca y un Teatro Real —le murmuró a la boca—. Considéralos mi regalo de pareja para ti, Corazón de Fuego.

Aelin se alejó para ver bien su cara. Leyó en su expresión la sinceridad y la convicción.

Y lo envolvió en sus brazos, riendo hacia el cielo que se aclaraba y rompió en llanto.

Sería un día de muchas reuniones, decidió Aelin parada en una habitación casi vacía y polvorienta y les sonrió a sus aliados. A sus amigos.

Ansel de Briarcliff, golpeada y rasguñada, le sonrió también.

—Tu metamorfa es buena para mentir —dijo—. Me avergüenza no haberme dado cuenta.

El príncipe Galan, igualmente golpeado, rio.

—En mi defensa, yo no te conocía —inclinó la cabeza hacia Aelin—. Así que, hola, prima.

Aelin, recargada contra el escritorio medio derruido que era el único mueble en la habitación, le sonrió.

—Yo una vez te vi a lo lejos.

Los ojos de Galan Ashryver centellearon.

—Daré por hecho que fue durante tu anterior profesión y gracias por no matarme.

Aelin rio y Rolfe hizo un gesto de fastidio.

—¿Sí, corsario?

Rolfe ondeó su mano tatuada, que todavía tenía sangre bajo las uñas.

—Yo me abstendré de comentar.

Aelin volvió a sonreír.

—Tú eres el heredero del pueblo miceniano —dijo—. Los pleitos intrascendentes ya están por debajo de tu estatus.

Ansel resopló. Rolfe le lanzó una mirada.

—¿Qué piensas hacer con los micenianos ahora? —preguntó Aelin. Supuso que el resto de su corte debería estar ahí, pero cuando había mandado a Evangeline a reunir a los aliados, ella había optado por dejarlos descansar. Rowan, al menos, había ido a buscar a Endymion y Sellene. La segunda, al parecer, estaba a punto de enterarse de muchas cosas sobre su futuro. El futuro de Doranelle.

Rolfe se encogió de hombros.

—Tendremos que decidir a dónde ir. Si regresaremos a la Bahía de la Calavera, o… —entrecerró sus ojos color verde mar.

—¿O? —preguntó Aelin con dulzura.

—O si preferimos reconstruir nuestro viejo hogar en Ilium.

—¿Por qué no lo decides tú? —preguntó Ansel.

Rolfe ondeó la mano tatuada.

—Ellos ofrecieron sus vidas para pelear en esta guerra. Deberían poder elegir dónde desean vivir después de ella.

—Sabio —dijo Aelin y chasqueó la lengua. Rolfe se puso tenso pero se relajó de inmediato al ver la calidez de su mirada. Pero entonces ella volteó a ver a

Ilias. La armadura del asesino estaba golpeada y rasguñada—. ¿Hablaste en algún momento durante toda esta guerra?

—No —respondió Ansel por él. El hijo del Maestro Mudo miró a la joven reina y le sostuvo la mirada.

Aelin parpadeó al ver la mirada que intercambiaron. No había enemistad, no había miedo. Podría haber jurado que Ansel se ruborizaba.

Decidió no molestar a su vieja amiga y Aelin les dijo a todos:

—Gracias.

Ellos la miraron de nuevo.

Aelin tragó saliva y se puso una mano sobre el corazón.

—Gracias por venir cuando se los pedí. Gracias a nombre de Terrasen. Estoy en deuda con ustedes.

—Nosotros estábamos en deuda contigo —le dijo Ansel.

—Yo no —murmuró Rolfe.

Aelin le sonrió.

— Tú y yo nos vamos a divertir.

Miró a sus aliados, desgastados y cansados de la batalla, pero todavía en pie. Todos en pie.

—Creo que todos nos vamos a divertir mucho.

Al mediodía, Aelin encontró a Manon en uno de los nidos de las brujas. Abraxos miraba hacia el campo de batalla.

Tenía vendajes en sus flancos y en las alas. La exlíder de la flota también estaba cubierta de curaciones.

—Reina de las Crochans y de las Dientes de Hierro —dijo Aelin a modo de saludo y silbó de una manera que hizo que Manon volteara con lentitud. Aelin se empezó a limpiar las uñas—. Impresionante.

Pero el rostro que la volteó a ver…

Agotamiento. Dolor.

—Me enteré —dijo Aelin en voz baja y bajó las manos pero no se acercó.

Manon no dijo nada. Su silencio le transmitió a Aelin todo lo que tenía que saber.

No, no estaba bien. Sí, eso la había destruido. No, no deseaba hablar sobre ello.

Aelin sólo dijo:

—Gracias.

Manon asintió vagamente. Así que Aelin caminó hacia la bruja y luego más adelante. Justo hasta el sitio donde estaba Abraxos, mirando hacia Theralis. El trozo de tierra quemado.

Su corazón se oprimió al verlo. El guiverno y la tierra y la bruja a sus espaldas. Pero Aelin se sentó junto al guiverno. Le acarició la cabeza. Él se acercó a ella para que lo acariciara más.

—Habrá un monumento —le dijo a Abraxos, a Manon—. Si lo deseas, yo construiré un monumento justo en ese sitio. Para que nadie olvide jamás lo que entregaron. A quiénes tenemos que agradecer.

El viento cantó en la torre, hueco y rápido. Pero entonces se escucharon pasos en la paja y Manon se sentó junto a ella.

Pero Aelin no volvió a hablar y no hizo ninguna otra pregunta. Y Manon, al darse cuenta, dejó que sus hombros se encorvaran, dejó que su cabeza se agachara. Como tal vez no haría nunca más con nadie. Porque nadie más podría entender… el peso que ambas cargaban.

En silencio, las dos reinas miraron hacia el campo de batalla diezmado. Hacia el futuro a la distancia.

CAPÍTULO 119

Les tomó diez días arreglar todo.

Diez días para limpiar la habitación del trono, para lavar los salones de los pisos inferiores, para encontrar la comida y los cocineros que necesitaban. Diez días para limpiar la suite real y encontrar la ropa adecuada y decorar el trono de la reina con esplendor real.

Colocaron guirnaldas de pino en las bancas y en el techo. Rowan estaba en la plataforma del salón del trono, monitoreando a la multitud ahí reunida, y debía admitir que Lysandra había hecho un gran trabajo. Las velas brillaban en todas partes y la nieve fresca que había caído la noche anterior cubría las cicatrices que todavía quedaban tras la batalla.

Y a su lado, Aedion se movía inquieto. Lorcan y Fenrys estaban viendo al frente.

Todos lavados y cepillados y con ropas que los hacían ver… principescos.

No era el estilo de Rowan. Su chaqueta verde con hilo de plata era la prenda menos práctica que se había puesto en la vida. A su lado, al menos, tenía su espada. Goldryn colgaba del otro lado.

Afortunadamente, Lorcan se veía tan incómodo como él, vestido de negro.

Si usaras cualquier otro color, le había dicho Aelin a Lorcan, el mundo se voltearía de cabeza. Así que usa negro.

Lorcan no ocultó su hartazgo. Pero Rowan notó el rostro de Elide cuando ella y Lysandra habían entrado unos momentos antes a la sala del trono. Vio el amor y el deseo en su mirada cuando vio a Lorcan con su ropa nueva. Y se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que esta sala estuviera decorada para una boda.

Una mirada a Aedion, vestido también de verde Terrasen, y Rowan sonrió ligeramente. Dos bodas, quizás antes del verano. Aunque ni Lysandra ni Aedion lo habían mencionado.

El último de sus invitados llegó al espacio repleto y Rowan vio a los gobernantes y aliados sentados en las primeras filas. Ansel de Briarcliff también se veía incómoda en sus pantalones y chaqueta nuevos, Rolfe tenía

un brazo sobre la banca detrás de ella y sonreía al notar su incomodidad. Ilias, vestido con las capas de ropa blanca de su gente, estaba al otro lado de Ansel, el retrato de la tranquilidad y sosiego. Una fila más adelante, Galan estaba sentado con sus ropas principescas y la barbilla en alto. Le guiñó con esos ojos Ashryver a Rowan cuando lo vio.

Rowan sólo inclinó la cabeza ante el joven. Y luego ante sus primos, Enda y Sellene, sentados cerca del pasillo. La segunda había necesitado estar sentada varias horas en silencio cuando Rowan le informó que ella era ahora la reina de Doranelle. La reina hada del este.

Su prima de cabello plateado no se había vestido según correspondía a su título el día de hoy. Al igual que Enda, optó por la ropa que estuviera menos maltratada por la batalla.

Habría tantos cambios en Doranelle, cambios que Rowan sabía que no podría predecir. La familia Whitethorn gobernaría, el linaje de Mora quedaría restaurado al fin en el poder, pero sería decisión de ellos, de Sellene, cómo se conformaría el reino. Cómo elegirían las hadas conformarlo sin una reina oscura al mando.

Todavía faltaba por decidir cuántas de esas hadas optarían por quedarse aquí, en Terrasen. ¿Cuántas querrían construir una vida en este reino destrozado por la guerra, optar por años de reconstrucción en vez de regresar a la vida sencilla y la opulencia? Los guerreros hada que él había encontrado estas dos semanas no le habían dado ninguna indicación, pero había visto a varios mirar hacia las Staghorn, hacia Oakwald, con nostalgia. Como si ellos, también, escucharan el llamado de la naturaleza.

Luego estaba otro factor: las hadas que vivían ahí antes de la caída de Terrasen. Que habían respondido a la súplica desesperada de Aelin y habían regresado de su hogar oculto con la Tribu del Lobo en los territorios al interior para prepararse para el viaje hacia acá. Para al fin regresar a Terrasen. Y tal vez traer con ellos algunos de esos lobos.

Él trabajaría para hacer que este reino fuera digno de su regreso. Que fuera digno para todos los que ahí vivieran, humanos o hadas o brujas. Un reino tan grande como lo había sido alguna vez… más grande. Tan grande como lo que existía en el lejano sur, al otro lado del Mar Angosto, una prueba de que podía existir una tierra de paz y prosperidad.

La realeza del khaganato le había dicho muchas cosas sobre su reino en estos días: sus políticas, sus pueblos. Ellos estaban ahora sentados al otro lado de la sala del trono, con Chaol y Dorian entre ellos. Yrene y Nesryn también estaban ahí, ambas con vestidos hermosos que Rowan suponía eran prestados. No había tiendas abiertas, y ninguna tenía provisiones. En verdad era un milagro que cualquiera de ellos tuviera siquiera ropa limpia.

Manon, al menos, se había negado a usar ropa elegante. Usó su ropa de cuero de las brujas aunque tenía la corona de estrellas sobre la frente. La luz de la corona iluminaba a Petrah Sangre Azul y Bronwen Crochan, que estaban sentadas a ambos lados de ella.

Alcanzó a oír a Aedion tragar saliva y Rowan levantó la vista hacia las puertas abiertas. Luego al lugar donde lord Darrow estaba parado junto al trono vacío.

No era un trono oficial… sólo una silla más grande y más fina que había sido seleccionada entre un grupo triste de candidatas.

Darrow también estaba mirando hacia las puertas abiertas, su expresión impasible. Pero sus ojos brillaban.

Las trompetas empezaron a sonar.

Un llamado de cuatro notas. Repetido tres veces.

Las bancas crujieron cuando todos voltearon a las puertas.

Detrás de la plataforma, oculto por un biombo de madera pintado, un pequeño grupo de músicos empezó a tocar música procesional. No era la gran orquesta enorme que debería acompañar un evento de esta magnitud, pero era mejor que nada.

No importaba de todas maneras.

No al ver a Elide aparecer con un vestido color lila y una guirnalda de listones sobre su cabello negro trenzado. Cojeaba con cada paso y Rowan sabía que era porque ella le había pedido a Lorcan que no usara magia en su pierna. Quería hacer este recorrido por el pasillo con sus propios pies.

Con gracia y elegancia, la lady de Perranth mantuvo los hombros hacia atrás mientras sostenía su ramo de acebo frente a ella y caminaba hacia la plataforma. La lady de Perranth y una de las doncellas de Aelin. Para el día de hoy.

Para la coronación de Aelin.

Elide iba a la mitad del pasillo cuando apareció Lysandra, vestida de terciopelo verde. La gente murmuró. No sólo por su belleza sorprendente, sino por lo que era.

La metamorfa que había defendido su reino. Que había ayudado a vencer a Erawan.

Lysandra avanzó con la frente en alto por el pasillo y Aedion levantó la cabeza al verla. La lady de Caraverre.

Luego vino Evangeline, con listones verdes en su cabello dorado rojizo, sonriendo, las cicatrices muy restiradas por su absoluta dicha. La joven lady de Arran. La encomendada de Darrow. Quien de alguna manera había logrado derretir el corazón del lord lo suficiente para que convenciera a los demás lords de esto.

El derecho de Aelin al trono.

Les habían entregado los documentos hacía dos días. Firmados por todos.

Elide ocupó su lugar a la derecha del trono. Luego Lysandra. Luego Evangeline.

El corazón de Rowan empezó a latir con fuerza cuando todos miraron al pasillo vacío. La música se elevó y se elevó, la Canción de Terrasen empezó a sonar.

Y cuando la música llegó a su punto más alto, cuando el mundo explotó en sonido, real y firme, ella apareció.

Rowan sintió que las rodillas se le doblaban y todos se pusieron de pie.

Ataviada con un vestido de tela vaporosa verde y plateada, con el cabello dorado sin recoger, Aelin hizo una pausa en la puerta de la sala del trono.

Nunca había visto a alguien tan hermosa.

Aelin miró por el pasillo. Como si estuviera considerando cada paso que daría hacia la plataforma.

Hacia su trono.

Todo el mundo pareció detenerse con ella, esperar en ese umbral.

Brillando más que la nieve en el exterior, Aelin levantó la barbilla y empezó a recorrer el último trecho de su camino a casa.

Cada paso, cada camino que había elegido, la había traído aquí.

Los rostros de sus amigos, de sus aliados, se veían borrosos a su paso.

Caminó hacia el trono que la aguardaba. Hacia la corona que Darrow colocaría sobre su cabeza.

Cada uno de sus pasos parecía hacer eco por toda la tierra. Aelin dejó que algunas de sus brasas fluyeran detrás de ella, flotando a su paso tras la cola de su vestido.

Le temblaban las manos pero sostuvo su ramo de coníferas con más fuerza. Coníferas… por la soberanía eterna de Terrasen.

Cada paso hacia el trono se avecinaba y la llamaba.

Rowan estaba a la derecha del trono, con una sonrisa feroz que ni siquiera su entrenamiento podía contener.

Y ahí estaba Aedion, a la izquierda del trono. Con la cabeza en alto y las

lágrimas corriendo por su rostro. Con la espada de Orynth a su lado.

Fue por él que ella sonrió entonces. Por los niños que habían sido, por lo que habían perdido.

Lo que ahora habían ganado.

Aelin pasó al lado de Dorian y Chaol y les asintió. Le guiñó un ojo a Ansel de Briarcliff, que se secaba las lágrimas con la manga de su chaqueta.

Y luego Aelin estaba frente a los tres escalones de la plataforma. Darrow avanzó a su orilla.

Como le había indicado la noche anterior, como había practicado una y otra vez durante horas en las escaleras polvosas, Aelin subió los tres escalones y se hincó en el superior.

La única vez en su reinado que se inclinaría.

Lo único ante lo cual se arrodillaría.

Su corona. Su trono. Su reino.

La gente en la sala permaneció de pie aunque Darrow les indicó que se sentaran.

Y entonces vinieron las palabras, pronunciadas en el Antiguo Lenguaje. Sagradas y antiguas, articuladas a la perfección por Darrow, quien había coronado al mismo Orlon hacía tantas décadas.

¿Ofreces tu vida, tu cuerpo y tu alma al servicio de Terrasen?

Ella respondió en el Antiguo Lenguaje, como también había practicado con Rowan la noche anterior hasta que sintió la lengua pesada.

Ofrezco todo lo que soy y todo lo que tengo a Terrasen.

Entonces pronuncia tu juramento.

El corazón de Aelin latía a toda velocidad y sabía que Rowan lo podía escuchar, pero agachó la cabeza y dijo:

Yo, Aelin Ashryver Whitethorn Galathynius, juro por mi alma inmortal proteger, nutrir y honrar Terrasen desde éste hasta el último de mis días.

Entonces, que así sea, respondió Darrow y extendió la mano.

No hacia ella, sino hacia Evangeline, quien dio un paso al frente con una almohada de terciopelo verde entre sus manos.

Y con la corona sobre ella.

Adarlan había destruido la corona de astas. Había fundido su corona.

Así que habían hecho una nueva. En los diez días desde que habían decidido que la coronarían ahí, frente al mundo, habían encontrado un maestro orfebre para que hiciera la corona con el oro que les sobraba todavía del robado en la tumba de Wendlyn.

Tenía dos bandas gemelas, como astas entrelazadas, que subían para sostener la gema en su centro.

No era una gema real, sino algo infinitamente más precioso. Darrow se la había dado en persona.

El cristal que contenía la única flor de flama del rey del reino de Orlon.

Incluso entre el metal reluciente de la corona, la flor roja y anaranjada brillaba como un rubí, reluciente bajo la luz del sol de la mañana cuando Darrow la levantó del cojín.

La alzó hacia el rayo de luz que entraba por las ventanas detrás de la plataforma. La ceremonia se había programado a esta hora, para este rayo de sol. Para esta bendición de la misma Mala.

Y aunque la Señora de la Luz se había ido para siempre, Aelin podría haber jurado que sintió una mano tibia sobre su hombro cuando Darrow sostuvo la corona al sol.

Podría haber jurado que los sintió a todos ahí parados con ella, a quienes había amado con su corazón de fuego salvaje. Cuyas historias estaban tatuadas en su piel.

Y cuando la corona empezó a descender, cuando ella preparó su cabeza, su cuello, su corazón, Aelin permitió que su poder brillara. Por todos los que no habían llegado hasta acá, por los que habían peleado, por el mundo que observaba.

Darrow colocó la corona sobre su cabeza, su peso era mayor de lo que ella anticipaba.

Aelin cerró los ojos, dejó que ese peso, esa carga y ese regalo se acomodaran en su cuerpo.

—Ponte de pie —dijo Darrow—, Aelin Ashryver Whitethorn Galathynius, reina de Terrasen.

Ella ahogó su sollozo. Y, lentamente, su respiración firme a pesar del latido de su corazón que amenazaba con salírsele del pecho, Aelin se puso de pie.

Los ojos grises de Darrow brillaban.

—Que tu reinado sea largo.

Y cuando Aelin volteó, el grito se escuchó por todo el salón, hizo eco en las rocas antiguas y en la ciudad reunida afuera del castillo.

¡Salve, Aelin! ¡Reina de Terrasen!

El sonido de esas palabras de labios de Rowan, de Aedion, amenazaba con hacerla caer de rodillas, pero Aelin sonrió. Mantuvo la barbilla en alto y sonrió.

Darrow le señaló el trono que la aguardaba, esos dos últimos pasos.

Se sentaría y la ceremonia terminaría.

Pero aún no.

Aelin volteó a su izquierda. Hacia Aedion. Y dijo en voz baja pero firme:

—Esto ha sido tuyo desde el día que naciste, príncipe Aedion.

Aedion se quedó inmóvil al ver a Aelin levantar la manga de su vestido y exponer su antebrazo.

Los hombros de Aedion temblaban con la fuerza de sus lágrimas.

Aelin no contuvo las suyas tampoco cuando le preguntó con los labios temblorosos:

—¿Me harás el juramento de sangre?

Aedion solamente cayó de rodillas frente a ella.

Rowan le dio una daga en silencio pero Aelin hizo una pausa al sostenerla sobre su brazo.

—Tú peleaste por Terrasen cuando nadie más lo hacía. Contra todo, más allá de toda esperanza, peleaste por este reino. Por mí. Por esta gente. ¿Jurarás continuar haciéndolo mientras haya aliento en tu cuerpo?

Aedion inclinó la cabeza y exhaló:

—Sí. En esta vida y en todas las demás, te serviré. Y a Terrasen.

Aelin le sonrió a Aedion, el otro lado de su moneda, y se cortó el antebrazo antes de extenderlo hacia él.

—Entonces, bebe, príncipe. Y sé bienvenido.

Con suavidad, Aedion tomó su brazo y puso la boca en su herida.

Y cuando se separó, con su sangre en los labios, Aelin le sonrió.

—Dijiste que querías hacerlo frente a todo el mundo —dijo de manera que sólo él la escuchara—. Ahí lo tienes.

Aedion ahogó su risa y se levantó. La abrazó con fuerza antes de regresar a su lugar al otro lado del trono.

Aelin miró a Darrow, que seguía esperando.

—¿Dónde estábamos?

El viejo lord sonrió ligeramente y le señaló el trono.

—La última parte de esta ceremonia.

—Y luego a comer —murmuró Fenrys con un suspiro.

Aelin contuvo su sonrisa y dio los dos pasos hacia el trono.

Se volvió a detener al dar la vuelta para sentarse.

Miró a las pequeñas figuras que asomaban sus cabezas alrededor de las puertas de la sala del trono. Un pequeño grito se escapó de ella y todos voltearon a ver.

—La Gente Pequeña —dijeron varios. Algunos retrocedieron cuando las figuras pequeñas corrieron entre las sombras por el pasillo; las alas y escamas brillaban y crujían.

Uno de ellos se acercó a la plataforma y con manos verdes y delgadas colocó su oferta a sus pies.

Una segunda corona. La corona de Mab.

Que habían sacado de su alforja, donde sea que hubiera quedado después de la batalla. Con ellos, al parecer. Como si no fueran a permitir que se volviera a perder. No le permitirían olvidar.

Aelin tomó la corona que habían puesto a sus pies y se quedó con la boca abierta al ver la pequeña reunión de seres que se escondían en las sombras tras las bancas, sus ojos grandes y oscuros parpadeaban.

—La reina hada del oeste —dijo Elide con suavidad pero todos escucharon.

A Aelin le temblaban las manos, su corazón estaba tan lleno que casi le dolía, y miró la antigua corona brillante. Luego miró a la Gente Pequeña.

—Sí —les dijo—. También les serviré a ustedes. Hasta el fin de mis días.

Y Aelin les hizo una reverencia. A la gente casi invisible que la había salvado tantas veces sin pedir nada a cambio. Al Señor del Norte, que había

sobrevivido, igual que ella, a pesar de todo. Que nunca la había olvidado. Les serviría a todos, como serviría a todos los ciudadanos de Terrasen.

Todos los que estaban en la plataforma hicieron una reverencia. Luego todos en la sala del trono.

Pero la Gente Pequeña ya se había ido.

Así que se colocó la corona de Mab sobre la de oro y cristal y plata. La antigua corona se acomodaba a la perfección detrás de la nueva.

Y luego, finalmente, Aelin se sentó en su trono.

Le pesaba, se acomodaba en sus huesos, esa nueva carga. Ya no era una asesina. Ya no era una princesa rebelde.

Y cuando Aelin levantó la cabeza para ver a la multitud que gritaba, cuando sonrió, la reina de Terrasen y la reina hada del oeste, brilló tanto como una estrella.

El ritual no había terminado. Todavía no.

Cuando sonaron las campanas en la ciudad para anunciar su coronación, la ciudad reunida afuera empezó a ovacionarla.

Aelin se dirigió a saludarlos.

Bajó a las puertas del castillo, seguida por su corte y sus amigos. Detrás venía la multitud de la sala del trono. Y cuando se detuvo frente a las puertas selladas, ante el imponente metal labrado y antiguo, la ciudad y el mundo en espera detrás de ellas, Aelin volteó a verlos.

Hacia los que habían venido con ella, que habían conseguido este día, este dichoso tañer de las campanas.

Llamó al frente a su corte.

Y luego les sonrió a Dorian y Chaol, a Yrene y a Nesryn y Sartaq y sus acompañantes. Y también los llamó.

Varias cejas se arquearon y se acercaron a ella.

Pero Aelin, coronada y radiante, sólo dijo:

—Caminen conmigo —hizo un gesto hacia las puertas a su espalda—. Todos ustedes.

Este día no le pertenecía sólo a ella. De ninguna manera.

Y cuando todos titubearon, Aelin avanzó. Tomó a Yrene Westfall de la mano para llevarla al frente. Luego a Manon Picos Negros. Elide Lochan. Lysandra.

Evangeline, Nesryn Faliq. Borte y Hasar y Ansel de Briarcliff.

Todas las mujeres que habían peleado a su lado o a la distancia. Que habían sangrado y se habían sacrificado y nunca habían perdido la esperanza de que este día llegaría.

—Caminen conmigo —les dijo Aelin a ellas, a los hombres que iban un paso atrás—. Mis amigos.

Las campanas seguían sonando y Aelin asintió con la cabeza a los guardias en las puertas del castillo. Se abrieron al fin y el rugido de la multitud ahí reunida era tan fuerte como para estremecer las estrellas.

Como uno solo, salieron. Hacia la ciudad que los ovacionaba.

Hacia las calles, donde la gente bailaba y cantaba, donde lloraban y se ponían la mano sobre el corazón al ver ese desfile de gobernantes y guerreros y héroes, todos sonrientes, que habían salvado su reino, sus tierras. Al ver a la reina recién coronada con los ojos encendidos de dicha.

Un mundo nuevo.

Un mundo mejor.

CAPÍTULO 120

Dos días después, Nesryn Faliq seguía recuperándose de la fiesta que había durado hasta el amanecer.

Pero había sido una gran celebración.

Nada tan majestuoso como lo que hacían en el Continente del Sur, pero la dicha y la risa en el Gran Salón, el banquete y el baile… Nunca lo olvidaría en toda su vida.

Aunque tal vez le tomaría toda la vida volver a sentirse descansada.

Los pies todavía le dolían de tanto bailar y bailar y bailar. Y apenas hacía una hora había visto a Aelin y a Lysandra todavía quejándose de lo mismo.

La reina había bailado… era una imagen que Nesryn tampoco olvidaría.

La primera pieza la debía empezar Aelin y ella había elegido a su pareja para que bailara con ella. Tanto la reina como su consorte se habían cambiado de ropa para la fiesta. Aelin se había puesto un vestido negro con bordado de oro y Rowan ropas negras con bordado de plata. Y eran una imagen extraordinaria, solos en esa pista de baile.

La reina parecía sorprendida, y encantada, al ver que el príncipe hada bailaba un vals con ella sin fallar un sólo paso. Tan deleitada estaba que los coronó a ambos con unas flamas.

Eso había sido el principio.

El baile había sido… Nesryn no tenía palabras para describir la rapidez y gracia de su baile. Su primer baile como reina y consorte. Sus movimientos eran una pregunta y su respuesta, la una frente al otro, y cuando la música se aceleró, Rowan la hizo girar y la inclinaba hacia el suelo y le daba vueltas. El vuelo de su vestido negro reveló los pies de Aelin que estaban enfundados en unas zapatillas doradas.

Sus pies se movían con tanta rapidez sobre el piso que se veían chispas en sus talones. La iban siguiendo detrás del movimiento de su vestido largo.

Más y más rápido, Aelin y Rowan bailaron, girando, girando, girando. La reina

brillaba como si estuviera recién forjada y la música se acercó a su final culminante.

Y cuando el vals llegó a su última nota triunfal, ellos se detuvieron. Un movimiento perfecto y repentino. Justo antes de que la reina abrazara a Rowan y le diera un beso.

Nesryn seguía sonriendo al recordarlo, a pesar de los pies adoloridos. Se puso de pie en la habitación polvorienta que se había convertido en el centro de operaciones para la realeza del khaganato y los escuchó hablar.

—La Sanadora Mayor dice que todavía les quedan otros cinco días para que esté listo el último de los soldados —estaba diciendo el príncipe Kashin a sus hermanos. A Dorian, a quien le habían pedido que asistiera a esta junta.

—¿Y entonces partirán? —preguntó Dorian con una sonrisa un poco triste.

—La mayoría de nosotros —dijo Sartaq sonriendo con la misma tristeza.

Porque una amistad había florecido ahí, incluso durante la guerra. Una amistad verdadera que duraría más allá de los océanos que nuevamente los separarían.

Sartaq le dijo a Dorian:

—Te pedimos que estuvieras presente aquí hoy porque tenemos una petición un poco inusual.

Dorian arqueó una ceja.

Sartaq hizo una mueca.

—Cuando visitamos el Abismo Ferian, algunos de nuestros rukhin encontraron huevos de guiverno. Sin que nadie los estu-

viera cuidando, abandonados. Algunos de ellos quisieran quedarse aquí. Para cuidarlos. Para entrenarlos.

Nesryn parpadeó igual que Dorian. Nadie se lo había mencionado.

—Yo… yo pensaba que los rukhin nunca dejaban sus nidos —dijo Nesryn.

—Son jinetes jóvenes —dijo Sartaq con una sonrisa—. Sólo dos docenas —volteó a ver a Dorian—. Pero me suplicaron que te preguntara si podían quedarse cuando nos marcháramos.

Dorian lo pensó.

—No veo por qué no —algo le brilló en los ojos, formó una idea y luego la guardó para después—. Sería un honor, de hecho.

—Sólo no les permitas traer guivernos a casa —se quejó Hasar—. Nunca quiero volver a ver otro guiverno mientras viva.

Kashin le dio unas palmadas en la cabeza. Hasar le tiró un mordisco.

Nesryn rio, pero su sonrisa se desvaneció cuando vio a Dorian sonreírle a ella con tristeza también.

—Creo que estoy a punto de perder otra capitana de la guardia —dijo el rey de Adarlan.

Nesryn agachó la cabeza.

—Yo… —no había previsto tener esta conversación. Al menos no en este momento.

—Pero me alegra —dijo Dorian—, ganar otra reina a quien puedo llamar amiga.

Nesryn se sonrojó. Se sonrojó aún más cuando Sartaq sonrió y dijo:

—No reina. Emperatriz.

Nesryn se avergonzó un poco y Sartaq y Dorian rieron.

El rey le dio un abrazo apretado.

—Gracias, Nesryn Faliq. Por todo lo que has hecho.

Nesryn tenía un nudo en la garganta que no le permitía hablar, así que sólo abrazó a Dorian también.

Y cuando el rey se fue, cuando Kashin y Hasar se fueron a buscar algo de comer, Nesryn volteó a ver a Sartaq y volvió a sentir esa vergüenza.

—¿Emperatriz? ¿De verdad?

Los ojos oscuros de Sartaq brillaron.

—Ganamos la guerra, Nesryn Faliq —la atrajo a su lado—. Y ahora iremos a casa.

Nunca había escuchado unas palabras tan hermosas.

Chaol miraba la carta que tenía en sus manos.

Había llegado una hora antes y todavía no la había abierto. No, solamente la había recibido del mensajero, uno de una flotilla de niños comandados por Evangeline, y la había traído de regreso a su recámara.

Sentado en su cama, bajo la luz centelleante de la vela que alumbraba la vieja habitación, no logró obligarse a romper el sello de lacre rojo.

La puerta se abrió e Yrene entró, cansada pero con los ojos brillantes.

—Deberías estar durmiendo.

—Tú también —dijo él y miró su abdomen.

Ella no le hizo caso, con la misma despreocupación que ignoraba los títulos de Salvadora y de Heroína de Erilea. Con la misma sencillez que enfrentaba las miradas sorprendidas, las lágrimas cuando caminaba en las calles.

Así que Chaol podía estar orgulloso por ambos. Le contaría a su hijo o hija sobre su valentía, su brillantez.

—¿Qué es esa carta? —preguntó ella mientras se lavaba las manos, luego la cara, en el lavabo junto a la ventana. Detrás del vidrio, la ciudad estaba en silencio… durmiendo después de un largo día de reconstrucción. Los hombres salvajes de los Colmillos se habían quedado a ayudar, un gesto de amabilidad que Chaol se aseguraría de que no quedara sin su recompensa. Ya estaba considerando cómo podría expandir su territorio y la paz que acordaría entre ellos y Anielle.

Chaol tragó saliva.

—Es de mi madre.

Yrene hizo una pausa, su rostro todavía goteaba.

—Tu… ¿Por qué no la has abierto?

Él se encogió de hombros.

—No todos tenemos el valor de enfrentar lords oscuros, ¿sabes?

Ella puso los ojos en blanco, se secó la cara y se sentó en la cama a su lado.

—¿Quieres que yo la lea primero?

Sí quería. Así era, ni modo. Sin decir una palabra, Chaol le dio la carta.

Yrene no dijo nada cuando abrió el pergamino sellado. Sus ojos dorados volaron sobre la tinta. Chaol se daba golpecitos en la rodilla con un dedo. Sabía que no debía intentar ponerse a caminar porque su esposa había pasado un día largo sanando. Y él apenas había logrado llegar a esta habitación con ayuda del bastón antes de tener que sentarse en la cama.

Yrene se llevó una mano a la garganta y le dio la vuelta a la hoja para leer la parte de atrás.

Cuando levantó la cabeza de nuevo, las lágrimas corrían por sus mejillas. Le dio la carta.

—Será mejor que tú la leas.

—Sólo dime —la leería después—. Sólo dime qué dice.

Yrene se limpió la cara. Su boca temblaba pero había dicha en sus ojos. Pura dicha.

—Dice que te ama. Dice que te ha extrañado. Dice que si tú y yo así lo queremos, que le gustaría venir a vivir con nosotros. A tu hermano Terrin también.

Chaol tomó la carta para leer el texto. Seguía sin creerlo. No hasta que lo leyera.

Te he amado desde el momento en que supe que crecías en mi vientre.

No intentó detener las lágrimas que se formaron en sus ojos.

Tu padre me informó sobre lo que había hecho con mis cartas. Yo le informé que no regresaría a Anielle.

Yrene recargó la cabeza contra su hombro mientras él leía y leía.

Los años han sido largos y la distancia entre nosotros es grande, escribió su madre. Pero cuando estés establecido con tu nueva esposa, tu bebé, me gustaría visitarte. Quedarme más tiempo, con Terrin. Si eso está bien por ti.

Palabras tentativas y nerviosas. Como si su madre, también, no estuviera del todo segura de que él aceptaría.

Chaol leyó el resto y tragó saliva al llegar a las últimas líneas.

Estoy muy orgullosa de ti. Siempre lo he estado y siempre lo estaré. Y espero verte muy pronto.

Chaol dejó la carta, se limpió las mejillas y le sonrió a su esposa.

—Tendremos que construir una casa más grande —dijo.

La sonrisa de Yrene era todo lo que él había esperado.

Al día siguiente, Dorian encontró a Chaol e Yrene en la enfermería que había sido instalada en los niveles inferiores. El primero estaba en su silla de ruedas ayudando a su esposa a atender a una Crochan herida. Les hizo una señal para que lo siguieran.

Lo hicieron sin preguntarle nada, hasta que se encontraron con Manon en la punta del nido. Estaba poniéndole la silla a Abraxos para su vuelo matutino.

Ahí había estado todos los días, siguiendo una rutina que Dorian sabía le servía tanto para mantener su pesar bajo control como para conservar cierto orden.

Manon se quedó inmóvil al verlos y frunció el ceño. Había conocido a Chaol e Yrene hacía unos días, en una reunión silenciosa pero no fría, a pesar de lo mal que había transcurrido el primer encuentro de Chaol con la bruja. Yrene sólo la había abrazado. Manon la abrazó con torpeza y, cuando se separaron, Dorian podría haber jurado que un poco de la palidez, de lo demacrado, había desaparecido del rostro de Manon.

Dorian le preguntó a la reina bruja:

—¿Dónde irás cuando todos se vayan?

Los ojos dorados de Manon no se separaron de la cara de Dorian.

Él no se había atrevido a preguntarle. No se habían atrevido a hablar de eso. Así como tampoco había hablado sobre su padre, su nombre. No todavía.

—A los Yermos —dijo ella al fin—. Para ver qué se puede hacer.

Dorian tragó saliva. Había escuchado a las brujas, tanto a las Dientes de Hierro como a las Crochans, hablar sobre eso. Había percibido su nerviosismo creciente… y su emoción.

—¿Y luego?

—No habrá un luego.

Él sonrió ligeramente, una sonrisa secreta e insinuante.

—¿No?

Manon preguntó:

—¿Qué es lo que quieres?

A ti, casi dijo él. Toda tú.

Pero Dorian dijo:

—Un pequeño grupo de rukhin se quedará en Adarlan para entrenar a unos guivernos recién nacidos. Quiero que ellos sean mi nueva legión aérea. Y me gustaría que tú, y las demás Dientes de Hierro, les ayuden.

Chaol tosió y lo miró como diciendo: ¿Cuándo me ibas a informar de esto?

Dorian le guiñó un ojo a su amigo y volvió a mirar a Manon.

—Ve a los Yermos. Reconstruye. Pero considéralo… regresar. Si no para ser

mi jinete coronada, entonces para entrenarlos —agregó con suavidad—. Y para saludar de vez en cuando.

Manon se quedó mirándolo.

Él intentó no lucir como si estuviera conteniendo la respiración, como si esta idea que había tenido hacía unos minutos en la habitación de la realeza del khaganato no le estuviera recorriendo el cuerpo, brillante y fresca.

Entonces, Manon dijo:

—Son pocos días de vuelo en guiverno de los Yermos a Rifthold —sus ojos se veían cautos pero, al mismo tiempo, había una ligera sonrisa—. Creo que Bronwen y Petrah pueden gobernar si salgo ocasionalmente. Para ayudar a los rukhin.

Él vio la promesa en los ojos de la bruja, en esa insinuación de sonrisa. Ambos seguían procesando sus duelos, ambos todavía estaban rotos en algunas partes, pero en este nuevo mundo… tal vez podrían sanar. Juntos.

—O podrían casarse y ya —dijo Yrene y Dorian la volteó a ver, incrédulo—. Sería más fácil para ambos, para no tener que estar fingiendo.

Chaol miró a su esposa con la boca abierta.

Yrene se encogió de hombros.

—Y además sería una alianza fuerte para nuestros dos reinos.

Dorian sabía que su rostro estaba ruborizado cuando volteó a ver a Manon, con una disculpa y una negación en los labios.

Pero Manon le sonrió a Yrene, su cabello plateado se levantó con la brisa, como si estuviera moviéndose en dirección de los pueblos unidos que pronto volarían al oeste. Esa sonrisa se suavizó cuando se montó en Abraxos y tomó las riendas.

—Ya veremos —fue todo lo que Manon Picos Negros, Alta Reina de las Crochans y las Dientes de Hierro, dijo antes de que ella y su guiverno saltaran a los aires.

Chaol e Yrene empezaron a discutir y reír pero Dorian caminó hasta la orilla del nido. Miró a la jinete de cabello blanco y el guiverno de alas plateadas que volaban hacia el horizonte.

Dorian sonrió. Y se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, sentía ilusión por lo que traería el día siguiente.

CAPÍTULO 121

Rowan sabía que este día sería difícil para ella.

Para todos, porque se habían vuelto muy cercanos en estas semanas y meses.

Pero una semana después de la coronación de Aelin, volvieron a reunirse. Esta vez no para celebrar, sino para despedirse.

El día había amanecido despejado y soleado pero todavía brutalmente frío. Como seguiría estando durante un tiempo.

Aelin les había pedido a todos que se quedaran la noche anterior. Que esperaran a que pasaran los meses de invierno y se marcharan en la primavera. Rowan sabía que ella estaba consciente de que era muy poco probable que aceptaran.

Algunos parecieron estar dispuestos a considerarlo pero, al final, todos excepto Rolfe decidieron marcharse.

Hoy… todos como uno solo. Se dispersarían a los cuatro vientos. Las Dientes de Hierro y las Crochans se habían ido antes del amanecer: desaparecieron rápida y silenciosamente. Con dirección al oeste, hacia su antiguo hogar.

Rowan estaba al lado de Aelin en el patio del castillo y podía sentir la tristeza y el amor y la gratitud que fluían por ella al verlos a todos. Los miembros de la realeza del khaganato y sus rukhin ya se habían despedido. Borte fue la más renuente a despedirse y el abrazo entre Aelin y Nesryn Faliq fue largo. Habían intercambiado algunas palabras en voz baja y él sabía lo que Aelin había ofrecido: compañía, a pesar de los miles de kilómetros que las separarían. Dos jóvenes reinas con reinos poderosos que gobernar.

Las sanadoras se fueron con ellos, algunas a caballo con los darghan, otras en carretas, otras con los rukhin. Yrene Westfall lloró cuando abrazó a las sanadoras, a la Sanadora Mayor, una última vez. Y luego lloró en los brazos de su esposo un buen rato.

Luego Ansel de Briarcliff, con lo que quedaba de sus hombres. Ella y Aelin habían intercambiado provocaciones y luego rieron y luego lloraron y se abrazaron. Otro vínculo que no se rompería con facilidad a pesar de la distancia.

Los Asesinos Silenciosos se fueron después. Ilias le sonrió a Aelin al alejarse sobre su caballo.

Luego el príncipe Galan, cuyos barcos seguían bajo la vigilancia de Ravi y Sol de Suria y que cabalgarían allá antes de partir a Wendlyn. Abrazó a Aedion y le dio la mano a Rowan antes de voltear a ver a Aelin.

Y ella, su esposa, su pareja, su reina, le dijo al príncipe:

—Viniste cuando te lo pedí. Viniste aunque no nos conocías. Sé que ya lo he dicho, pero estaré eternamente agradecida.

Galan sonrió.

—Era una deuda que teníamos desde hace mucho tiempo, prima. Y una que pagamos gustosos.

Luego él, también, se alejó con su gente. De todos los aliados que habían reunido, sólo Rolfe se quedaría a pasar el invierno ahora que era lord de Ilium. Y Falkan Ennar, el tío de Lysandra, que deseaba aprender lo que su sobrina sabía sobre la transformación. Tal vez construiría su propio imperio mercantil aquí y les ayudaría con los acuerdos comerciales que deberían hacer pronto con otros reinos.

Más y más partían bajo el sol invernal hasta que sólo quedaron Dorian, Chaol e Yrene.

Yrene abrazó a Elide y las dos mujeres prometieron escribirse con frecuencia.

Yrene, sabiamente, sólo le hizo un gesto afirmativo a Lorcan. Luego le sonrió a Lysandra, Aedion, Ren y Fenrys antes de acercarse a Rowan y Aelin.

Yrene seguía sonriendo cuando los miró.

—Cuando su primer hijo esté por llegar, avísenme para que venga. A ayudar en el nacimiento.

Rowan no tenía palabras para expresar la gratitud que amenazaba con doblarle los hombros. Los nacimientos hada… No quería pensarlo. No al abrazar a la sanadora.

Por un momento, Aelin e Yrene sólo se miraron.

—Estamos muy lejos de Innish —susurró Yrene.

—Pero ya no estamos perdidas —le susurró Aelin también con la voz entrecortada cuando se abrazaron. Las dos mujeres que habían tenido el destino de su mundo en sus manos. Que lo habían salvado.

Tras ellas, Chaol se limpió la cara. Rowan, con la cabeza agachada, hizo lo mismo.

Su despedida de Chaol fue rápida, su abrazo fuerte. Dorian se quedó un poco más, agraciado y firme, aunque Rowan tuvo dificultad para hablar por el nudo que se le formó en la garganta.

Y luego Aelin se quedó frente a Dorian y Chaol. Rowan dio un paso atrás y se quedó con Aedion, Fenrys, Lorcan, Elide, Ren y Lysandra. Su corte incipiente… la corte que cambiaría el mundo. Que lo reconstruiría.

Le dieron a su reina el espacio para este último adiós, el más difícil.

Aelin sentía como si hubiera estado llorando sin parar durante varios minutos.

Pero esta partida, esta despedida final…

Aelin miró a Chaol y Dorian y sollozó. Abrió los brazos para abrazarlos y así se mantuvieron un rato.

—Los amo a ambos —dijo en voz baja—. Y no importa lo que suceda, no importa qué tan lejos estemos, eso nunca cambiará.

—Nos veremos otra vez —dijo Chaol pero las lágrimas le engrosaban la voz.

—Juntos —dijo Dorian temblando—. Reconstruiremos este mundo juntos.

Ella no podía soportarlo, este dolor en su corazón. Pero se obligó a apartarse y sonreír a sus rostros surcados por lágrimas con una mano en el corazón.

—Gracias por todo lo que han hecho por mí.

Dorian agachó la cabeza.

—Ésas son palabras que nunca pensé oír de ti.

Ella soltó una risotada entrecortada y le dio un empujón.

—Eres un rey ahora. Esos insultos están por debajo de tu categoría.

Él sonrió y se limpió la cara.

Aelin le sonrió a Chaol, a su esposa que esperaba atrás.

—Les deseo toda la felicidad —le dijo a él. A ambos.

Una luz brilló en los ojos de bronce de Chaol que nunca antes había visto.

—Nos volveremos a ver —repitió.

Luego él y Dorian se fueron hacia sus caballos, hacia el día brillante tras las puertas del castillo. Hacia su reino al sur. Destrozado ahora, pero no para siempre.

No para siempre.

Aelin estuvo callada un largo rato después de estas despedidas y Rowan se quedó con ella. La siguió mientras recorría las almenas del castillo para ver alejarse a Chaol, Dorian e Yrene por el camino que cortaba por la maltratada planicie de Theralis. Hasta que incluso ellos desaparecieron tras el horizonte.

Rowan mantuvo su brazo alrededor de ella y respiró su olor cuando descansó la cabeza en su hombro.

Rowan no hizo caso al ligero dolor que sentía todavía por los tatuajes que ella le había ayudado a hacer la noche anterior. El nombre de Gavriel, en el Antiguo Lenguaje. Exactamente como el León alguna vez había tatuado los nombres de sus guerreros caídos en su cuerpo.

Fenrys y Lorcan, con una paz tentativa entre ellos, también tenían el tatuaje. Habían exigido uno en cuanto supieron que Rowan lo pensaba hacer.

Aedion, sin embargo, le pidió a Rowan un diseño diferente. Que agregara el nombre de Gavriel al nudo de Terrasen que él ya tenía tatuado sobre su corazón.

Aedion estuvo en silencio mientras Rowan trabajaba. Tanto que Rowan empezó a contarle historias. Historia tras historia sobre el León. Las aventuras que habían compartido, las tierras que habían visto, las guerras que habían peleado. Aedion no habló mientras Rowan hablaba y trabajaba. El olor de su dolor era suficiente.

Era un olor que perduraría probablemente durante muchos meses por venir.

Aelin suspiró largamente.

—¿Me vas a dejar llorar en la cama el resto del día como un gusano patético —preguntó al fin— si prometo que me pondré a trabajar en la reconstrucción mañana?

Rowan arqueó una ceja y sintió la dicha recorrer su cuerpo, libre y brillante como un arroyo de montaña.

—¿Quieres que te lleve pasteles y chocolate para que tu sufrimiento sea completo?

—Si puedes encontrarlos.

—Tú destruiste las llaves del Wyrd y mataste a Maeve. Creo que puedo conseguirte unos postres.

—Como alguna vez me dijiste, fue un esfuerzo de equipo. Tal vez también requieras de ayuda para conseguir pasteles y chocolate.

Rowan rio y le besó la cabeza. Y por un rato simplemente se maravilló de

poder hacerlo. De poder estar ahí parado con ella, en este reino, en esta ciudad, en este castillo, donde construirían su hogar.

Lo podía ver ahora: los salones restaurados a su viejo esplendor, la planicie y el río brillante más allá, las Staghorn al fondo. Podía oír la música que ella traería a esta ciudad y la risa de los niños en las calles. En estos pasillos. En su suite real.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó ella y lo miró a la cara.

Rowan le dio un beso suave en la boca.

—Que puedo estar aquí. Contigo.

—Hay mucho trabajo por hacer. Algunos dirían que va a ser tan difícil como lidiar con Erawan.

—Nada podría ser tan malo.

Ella rio con un resoplido.

—Cierto.

Él la abrazó con más fuerza.

—Estoy pensando en lo agradecido que estoy. De que lo hayamos logrado. De haberte encontrado. Y cómo, a pesar de todo el trabajo que nos queda por delante, no me importará ni un minuto porque tú estás conmigo.

Ella frunció el ceño y sus ojos se humedecieron.

—Voy a tener un terrible dolor de cabeza de tanto llorar y tú no me estás ayudando.

Rowan rio y la volvió a besar.

—Muy reina, tú.

Ella canturreó un poco.

—Soy, para que lo sepas, el vivo retrato de la gracia real.

Él rio en su boca.

—Y de humildad. No olvidemos eso.

—Oh, sí —dijo ella y le puso los brazos alrededor del cuello. Su sangre se calentó y encendió un poder mayor que cualquier fuerza que un dios o una llave del Wyrd pudiera invocar.

Pero Rowan se apartó, apenas lo suficiente para descansar su frente sobre la

de ella.

—Vamos a tus habitaciones, majestad, para que pueda comenzar tu sufrimiento real.

Ella se estremeció con la risa.

—Es posible que tenga algo más en mente ahora.

Rowan gruñó y le mordisqueó la oreja, el cuello.

—Qué bueno. Yo también.

—¿Y mañana? —preguntó ella sin aliento cuando ambos se detuvieron a verse a los ojos. A sonreírse—. ¿Mañana trabajarás conmigo para reconstruir este reino, este mundo?

—Mañana y todos los días que le sigan.

Por todos los días de los mil años bendecidos que tendrían juntos. Y más allá.

Aelin lo besó de nuevo y tomó su mano para llevarlo de regreso al castillo. A su hogar.

—¿Hasta cualquier fin? —exhaló.

Rowan la siguió, como había hecho toda su vida, desde antes de conocerse, antes de que sus almas se hubieran encendido para empezar a existir.

—Hasta cualquier fin, Corazón de Fuego —la miró de reojo—. ¿Puedo hacer una sugerencia sobre qué debemos reconstruir primero?

Aelin sonrió y la eternidad se abrió frente a ellos, brillante y gloriosa y hermosa.

—Dime mañana.

UN MUNDO MEJOR

El invierno brutal se convirtió en una primavera gentil.

Trabajaron a lo largo de los meses interminables y nevados. En la reconstrucción de Orynth, en todos esos acuerdos comerciales, en la creación de vínculos con reinos que nadie había contactado en cien años. Las hadas perdidas de Terrasen habían regresado, junto con muchos jinetes de lobos y de inmediato se pusieron a reconstruir. Justo al lado de las varias docenas de hadas de Doranelle que habían elegido quedarse, a pesar de que Endymion y Sellene habían regresado a sus tierras.

En todo el continente, Aelin podría jurar que se escuchaba el golpeteo de los martillos porque tantos pueblos y territorios empezaban a emerger de nuevo.

Y en el sur, ningún reino trabajó con más ahínco que Eyllwe. Sus pérdidas habían sido muy grandes pero habían resistido y seguían inquebrantables. La carta que Aelin les había escrito a los padres de Nehemia había sido la más dichosa de su vida. Espero conocerlos pronto, escribió. Y reparar este mundo juntos.

Sí, respondieron ellos. Nehemia así lo hubiera querido.

Aelin había conservado esa carta en su escritorio durante meses. No tenía una cicatriz en la palma de la mano pero sí una promesa de mañana. Un juramento de hacer el futuro tan brillante como lo había soñado Nehemia.

Y cuando la primavera al fin empezó a subir por las Staghorn, el mundo se volvió verde y dorado y azul. Las piedras manchadas del castillo estaban limpias y brillaban sobre todo.

Aelin no supo por qué despertó al amanecer. Qué la hizo salirse de debajo del brazo que Rowan le había puesto encima mientras dormían. Su compañero seguía dormido, estaba tan exhausto como ella, como lo estaban todos, todas las noches.

Exhaustos, ambos, y también su corte, pero felices. Elide y Lorcan, ahora lord Lorcan Lochan para gran diversión de Aelin, habían regresado a Perranth hacía una semana para empezar a reconstruir allá ahora que las sanadoras habían terminado su trabajo con los últimos poseídos por el Valg. Pero regresarían en tres semanas. Junto con los demás lords que habían ido a sus casas en cuanto el invierno se suavizó un poco. Todos llegarían a Orynth

entonces. Para la boda de Aedion y Lysandra.

Él ya no era un príncipe de Wendlyn sino un verdadero lord de Terrasen.

Aelin sonrió al pensarlo cuando se puso la bata, y metió los pies en sus pantuflas forradas de vellón. Incluso ya entrada la primavera, las mañanas seguían siendo frescas. Ligera estaba echada junto a la chimenea en su cama acojinada, hecha un ovillo. Y tan exhausta como Rowan, aparentemente. La perrita no se molestó en abrir un ojo siquiera.

Aelin volvió a tapar el cuerpo desnudo de Rowan con las mantas y le sonrió al ver que no se movió siquiera. Él prefería la reconstrucción física, trabajar durante horas reparando edificios y los muros de la ciudad, a la mierda de la corte, como él la llamaba. Lo cual significaba cualquier cosa que requiriera que se pusiera ropa decente.

Pero él le había prometido bailar con ella en la boda de Lysandra y Aedion. Tenía unas habilidades inesperadas para el baile, su pareja. Sólo para ocasiones especiales, le había advertido después de su coronación.

Aelin le sacó la lengua al recordarlo y se dio la vuelta para caminar a las ventanas que abrían hacia el amplio balcón con vista a la ciudad y la planicie más allá. Su ritual de la mañana: salir de la cama, pasar entre las cortinas y salir al balcón a respirar el aire matutino.

A mirar su reino, el reino de ambos, y ver que lo habían logrado. Ver el verdor de la primavera, el olor a pino y nieve en el viento que bajaba de las Staghorn. A veces, Rowan la acompañaba y la abrazaba en silencio cuando lo que había sucedido le pesaba demasiado. Cuando la pérdida de su forma humana la atormentaba como una extremidad fantasma. Otras veces, en los días que amanecía con los ojos despejados y sonriendo, él se transformaba y volaba hacia esos vientos de montaña, volaba sobre la ciudad, o sobre Oakwald, o sobre las Staghorn. Como amaba hacer, como hacía cuando su corazón estaba turbado o lleno de dicha.

Ella sabía que era lo segundo lo que lo hacía volar estos días.

Nunca dejaría de estar agradecida por eso. Por la luz, por la vida en los ojos de Rowan.

La misma luz que ella sabía que ahora brillaba en sus ojos.

Aelin extendió la mano hacia las cortinas pesadas, buscando la manija para abrir la puerta del balcón. Con una última sonrisa a Rowan, salió al sol de la mañana y la brisa fría.

Se quedó inmóvil y sus manos cayeron a sus lados al ver lo que el amanecer había revelado.

—Rowan —susurró.

Por el sonido de las mantas, supo que él había despertado instantáneamente. Que caminaba hacia ella mientras se ponía los pantalones.

Pero Aelin no volteó cuando él salió al balcón. Y se detuvo también.

En silencio, miraron. Las campanas empezaron a tañer; la gente gritaba.

No con miedo. Sino maravillados.

Aelin se llevó la mano a la boca y miró el mundo a su alrededor.

El viento de la montaña le enjugó las lágrimas con su canción antigua y hermosa. Desde el mismo corazón de Oakwald. El corazón de la tierra.

Rowan entrelazó los dedos con los de ella y susurró, con admiración en cada palabra:

—Por ti, Corazón de Fuego. Todo esto es por ti.

Aelin lloró entonces. Lloró con una dicha que le iluminó el corazón, con más luz de la que podía conseguir cualquier magia.

Porque por todas las montañas, debajo del dosel verde de Oakwald, en toda la planicie de Theralis, la flama del rey estaba floreciendo.

RECONOCIMIENTOS

Terminar la serie en la que llevo trabajando (literalmente) la mitad de mi vida no es fácil. Pero encontrar la manera de agradecerle a toda la gente que ha participado en hacer realidad este sueño mío no es menos intimidante.

Supongo que debo empezar con mis padres, a quienes dedico este libro y cuyo amor por la lectura inspiró el mío. Gracias por leerme todas las noches cuando era niña, por nunca decirme que era demasiado grande para los cuentos de hadas y por empoderarme para seguir mis sueños.

Nada de esto se podría haber logrado sin mi agente valiente y hermosa, Tamar Rydzinski. Tamar: tú me contrataste cuando era una escritora de veintidós años que nunca había publicado nada y creíste en esta serie cuando nadie más lo hizo. Trabajar contigo estos últimos diez años ha sido un privilegio y una dicha… gracias por ser mi campeona, mi hada madrina y, lo más importante, mi amiga.

A lo largo de esta serie, he tenido el honor de trabajar con varios editores fantásticos. A Margaret Miller: gracias por apostarle a este libro y por tu guía editorial perspicaz y genial a lo largo de los años. Soy mejor escritora por haber trabajado contigo. A Michelle Nagler y Cat Onder: gracias por su apoyo, su visión y su amabilidad. A Laura Bernier: gracias por toda tu ayuda con Torre del amanecer, trabajar contigo fue un deleite. A Bethany Strout: tantísimas gracias por toda tu retroalimentación maravillosa y crucial en Reino de cenizas. Me ayudaste a darle forma a este libro para que se convirtiera en algo de lo que estoy verdaderamente orgullosa. Y a Kamilla Benko: no hemos trabajado juntas tanto tiempo pero ya es un verdadero placer.

A Lynette Noni: gracias, gracias, gracias por tus notas increíblemente brillantes sobre este libro, por leerlo múltiples veces y por todos esos detalles que notaste de último minuto. Me da mucho gusto que nuestros caminos se hayan cruzado en Australia hace tantos años.

A todo el equipo de Bloomsbury, en el presente y en el pasado, que ha trabajado tan incansablemente en estos libros: Cindy Loh, Cristina Gilbert, Kathleen Farrar, Nigel Newton, Rebecca McNally, Emma Hopkin, Lizzy Mason, Erica Barmash, Emily Ritter, Alona Fryman, Alexis Castellanos, Courtney Griffin, Beth Eller, Jenny Collins, Phoebe Dyer, Nick Parker, Lily Yengle, Frank Bumbalo, Donna Mark, John Candell, Yelena Safronova, Melissa Kavonic, Oona Patrick, Liz Byer, Diane Aronson, Kerry Johnson,

Christine Ma, Linda Minton, Chandra Wohleber, Jill Amack, Emma Saska, Donna Gauthier, Doug White, Nicholas Church, Claire Henry, Lucy MacKay-Sim, Elise Burns, Andrea Kearney, Maia Fjord, Laura Main Ellen, Sian Robertson, Emily Moran, Ian Lamb, Emma Bradshaw, Fabia Ma, Grace Whooley, Alice Grigg, Joanna Everard, Jacqueline Sells, Tram-Anh Doan, Beatrice Cross, Jade Westwood, Cesca Hopwood, Jet Purdie, Saskia Dunn, Sonia Palmisano, Catriona Feeney, Hermione Davis, Hannah Temby, Grainne Reidy, Kate Sederstrom, Hali Baumstein, Charlotte Davis, Jennifer Gonzalez, Veronica Gonzalez, Elizabeth Tzetzo. Gracias a todos ustedes desde el fondo de mi corazón por hacer de esta serie una realidad. Los adoro a todos.

Al equipo de la Agencia Literaria Laura Dail: son geniales y las amo. A Giovanna Petta y Grace Beck: muchas gracias por su ayuda. A Jon Cassir y el equipo de CAA: gracias por ser tan fantásticos para trabajar y por encontrarles tan buenos hogares a mis libros. A Maura Wogan y Victoria Cook: gracias por ser un equipo legal tan genial. A David Arntzen: gracias por tu orientación y amabilidad todos estos años. A Cassi Homer: ¡gracias por ser la mejor asistente del mundo! A Talexi: gracias por tus hermosas portadas.

Un sentido y enorme agradecimiento a todas las editoriales que me publican en el mundo: Bosnia: Sahinpasic, Brasil: Record, Bulgaria: Egmont, China: Honghua Culture, Croacia: Fokus, República Checa: Albatros, Dinamarca: Tellerup, Estonia: Pikoprit, Finlandia: Gummerus, Francia: Editions du Seuil, Georgia: Palitra, Alemania: DTV Junior, Grecia: Psivhogios, Hungría: Konyvmolykepzo, Israel: Kor'im, Italia: Mondadori, Japón: Villagebooks, Corea: Athena, Lituania: Alma Littera, Países Bajos: Meulenhof/Van Goor, Noruega: Gyldendal, Polonia: Wilga, Portugal: Marcador, Rumania: RAO, Rusia: Azbooka Atticus, Serbia: Laguna, Eslovaquia: Slovart, Eslovenia: Ucila International, España: Santillana & Planeta, Suecia: Modernista, Taiwán: Sharp Point Press, Tailandia: Nanmee Books, Turquía: Dogan Kitap, Ucrania: Vivat. Tengo los dedos cruzados por que los pueda conocer en persona algún día.

No hubiera llegado tan lejos de no ser por mis primeros lectores: la comunidad de Fictionpress. ¿Cómo puedo darles las gracias por todo lo que han hecho? Su amor por estos personajes y este mundo me dio el valor para intentar que los publicaran. Gracias por permanecer conmigo hasta el final.

Una de las mejores partes de este recorrido han sido los amigos que he hecho en el camino. Gracias y amor eterno a Louisse Ang, Steph Brown, Jennifer Kelly, Alice Fanchiang, Diyana Wan, Laura Ashforth, Alexa Santiago, Rachel Domingo, Jessica Reigle, Jennifer Armentrout, Christina Hobbs, Lauren Billings y Kelly Grabowski. A Charlie Bowater: conocerte ha sido una de las mejores cosas de mi carrera y tu arte increíble me ha inspirado de muchas maneras. Gracias por todo tu trabajo (y por tu absoluta genialidad).

A mi familia: gracias por su amor inquebrantable. Me ha llevado más lejos de lo que pueden creer. A mi familia política, Linda y Dennis: gracias por cuidarnos tan bien a Josh y a mí durante estos últimos meses (bueno, está bien, durante estos catorce años) y por ser unos abuelos tan maravillosos y generosos.

A ti, querido lector: gracias desde el fondo de mi corazón por todo. Nada de esto hubiera sido posible sin ti. Podría escribir otras mil páginas sobre lo agradecida que estoy y que siempre estaré. Pero, al final, lo único que puedo decir es que espero que tus sueños, cualesquiera que sean, se vuelvan realidad. Espero que persigas esos sueños con todo tu corazón; espero que trabajes para alcanzarlos sin importar cuánto tiempo tardes, sin importar qué tan difícil sea la situación. Cree en ti, aunque sientas que el mundo no lo hace. Cree en ti y eso te llevará más lejos de lo que imaginas. Puedes lograrlo. Lo vas a lograr. Estoy de tu lado.

A Annie, mi compañera canina y (otra) mejor amiga: estuviste a mi lado (o en mis piernas, o en el sillón, o en mis pies) mientras escribí estos libros. Si pudiera, te regalaría una dotación infinita de golosinas por tu amor incondicional y por toda la felicidad que me has brindado. Te amo para siempre jamás, mi cachorrita.

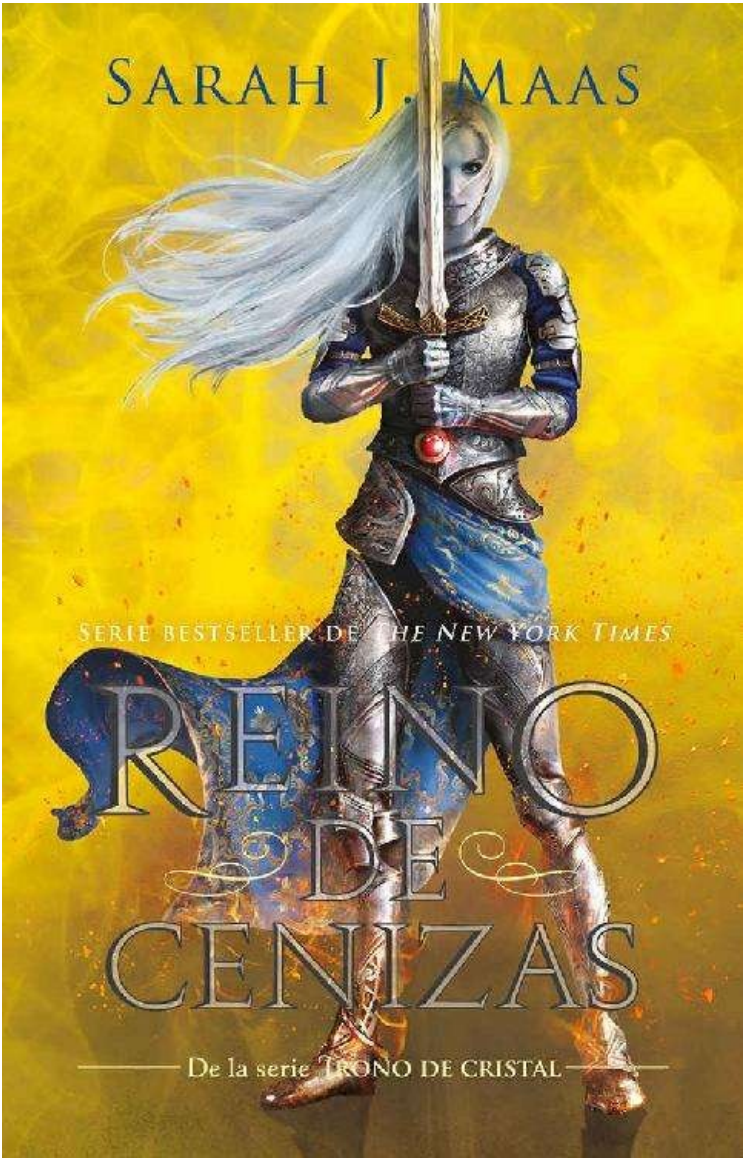
A Josh, mi esposo, mi carranam, mi pareja: ¿Qué puedo decir? Llevo conociéndote casi el mismo tiempo que llevo trabajando en estos libros y ha sido un verdadero viaje. Todos los días, despierto con dicha y gratitud en mi corazón por poder recorrer este camino contigo. Gracias por cuidarme, por ser mi mejor amigo, por hacerme reír y por apoyarme cuando yo sentía que no podía continuar. No lo hubiera logrado sin ti y estoy muy emocionada y bendecida por poder hacer la siguiente parte de este recorrido contigo.

Y, por último, a Taran: tú eras la meta desde el principio, amigo. Tú eras hacia lo que estaba caminando toda mi vida sin siquiera saberlo. Eres perfecto, eres maravilloso y eres mi orgullo. No recordarás estos primeros meses, pero me parece extrañamente adecuado que estos libros estén terminando al mismo tiempo que tú llegaste. Verdaderamente es el final de un capítulo de mi vida y el principio del siguiente.

Así pues, ahora que estoy en este cruce de caminos, quisiera que sepas que no importa a dónde te lleve tu propio camino, Taran, espero que encuentres dicha y asombro y suerte a lo largo de él. Espero que te guíe el valor y la compasión y la curiosidad. Espero que mantengas tus ojos y tu corazón abiertos y que siempre tomes el camino menos transitado. Pero, principalmente, espero que sepas que sin importar el camino, sin importar qué tan lejos te lleve, te amo. Hasta cualquier fin.

LA EXPLOSIVA CULMINACIÓN DE LA SERIE BESTSELLER DE *THE NEW YORK TIMES* , EN LA QUE AELIN LUCHARÁ POR SALVARSE A SÍ MISMA... Y POR LA PROMESA DE UN MUNDO MEJOR.

LA BATALLA FINAL HA LLEGADO.



Aelin Galathynius juró salvar a su pueblo… pero a un costo altísimo. Encerrada en un ataúd de metal por la reina de las hadas, Aelin debe reunir toda su voluntad para soportar meses de tortura. Saber que rendirse ante

Maeve condenaría a todos a los que ama es lo único que la mantiene firme, pero su determinación se desvanece poco a poco con cada día que transcurre.

Con Aelin capturada, sus amigos y aliados se dispersan por caminos distintos. Algunos lazos se volverán más fuertes, mientras que otros se romperán para siempre.

Cuando los destinos se reúnan en el final, todos deberán luchar si desean que Erilea tenga alguna esperanza de salvación…

Sarah J. Maas es la autora #1 de *The New York Times* de la saga juvenil Trono de Cristal, así como de su primera serie para adultos, Ciudad Medialuna. Sus libros se han traducido a más de treinta y siete idiomas. Oriunda de Nueva York, Sarah vive cerca de Philadelphia con su esposo, su hijo y su perro.

www. sarahjmaas.com Facebook.com/theworldofsarahjmaas Instagram.com/therealsjmaas

Reino de cenizas

Título original: *Kingdom of Ash*

Primera edición digital: diciembre, 2020

D. R. © 2018, Sarah J. Maas

Esta traducción de *Reino de cenizas* es publicada por Penguin Random House Grupo Editorial por acuerdo con Bloomsbury Publishing Inc. Todos los derechos reservados.

Publicado originalmente por Bloomsbury Children´s Books

D. R. © 2020, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.

Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,

colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C.P. 11520,

Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D.R. © Carolina Alvarado Graef, por la traducción

D.R. © 2018, Talexi, por la ilustración de portada

D.R. © Regina Flath, por el diseño de cubierta

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright* . El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright* . Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://cempro.com.mx)

ISBN: 978-607-319-826-4

Penguin Random House Grupo Editorial

/megustaleermexico !!!!!!!!!!

@megustaleermex

Conversión eBook:

Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación